




UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

EL PANTEON UNIVERSAL

DICCIONARIO HISTÓRICO

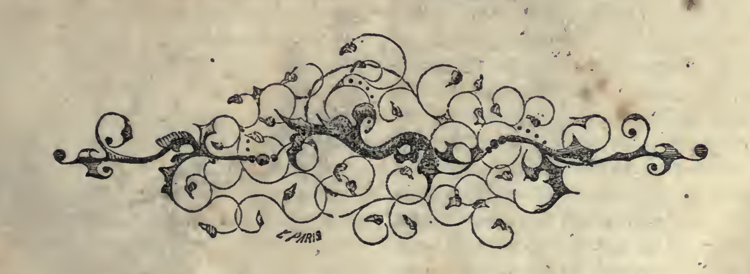
DE VIDAS INTERESANTES, AVENTURAS AMOROSAS,
SUCESOS TRÁGICOS, ESCENAS ROMÁNTICAS, LANCES JOCOSOS, PROGRESOS CIENTÍFICOS
Y LITERARIOS, ACCIONES HERÓICAS, VIRTUDES POPULARES,
CRÍMENES CÉLEBRES Y EMPRESAS GLORIOSAS DE CUANTOS HOMBRES Y MUJERES
DE TODOS LOS PAISES, DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS, HAN BAJADO
AL SEPULCRO DEJANDO UN NOMBRE INMORTAL,

POR DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

con la colaboracion de los señores

D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.
D. VENTURA RUIZ AGUILERA.
D. LUIS MIQUEL Y ROCA.
D. MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.
D. FRANCISCO ZEA.
D. BLAS MARIA ARAQUE.
D. JOAQUIN M. BOVER.

TOMO II.



MADRID: 1853.

IMPRENTA DE AYGUALS DE IZCO HERMANOS, CALLE DE LEGANITOS, NÚM. 47.

EL PANTEON UNIVERSAL.

C

CONDÉ (José Antonio). Mengua es de nuestra nacion y de nuestros escritores, que cuando tanto afan hay por rebuscar nombres y obras en la casa agena, como vulgarmente se dice, se desdeñe lo bueno, lo escelente que hay dentro de la propia, como si esto solo por ser nuestro nos deshonrase, y aquello por pertenecer á gente estraña nos diese mas mérito. Don José Antonio Condé es únicamente conocido por tal cual erudito, por tal cual sábio, siendo así que sus trabajos le colocan muy alto en el concepto de todos los verdaderos amantes de las letras y de las glorias nacionales. Se celebran las ridículas parodias de un autor cualquiera, se aplauden los absurdos de un infeliz dramaturgo, y el polvo de las bibliotecas cubre las obras que mas pudieran enaltecernos. Condé nació en 1765, siguió sus estudios en la universidad de Salamanca, fué del gremio y claustro de la de Alcalá, individuo de la Academia española y de la Historia, anticuario y bibliotecario de esta última, miembro de la sociedad matritense, corresponsal de la academia de Berlin, y murió pobre y casi olvidado en Francia. Digamos ahora los inmensos servicios que prestó á la literatura, en general, con sus preciosos trabajos, nuestro insigne compatriota. Distinguióse especialmente como consumado orientalista, y llegó á conocer los idiomas hebreo, griego y árabe con tanta perfeccion como el castellano. Los tesoros mas estimables que por espacio de siglos habian permanecido encerrados en el monasterio del Escorial, sin que nadie los hubiese dado á conocer, fueron cuidadosamente examinados por el sábio Condé, que, publicándolos, esparció clarísima luz sobre la dominacion de los moros, una de las épocas de nuestra historia menos estudiadas hasta entonces, ya por natural indolencia, ya porque esta clase de tareas no proporciona la ruidosa fama que lo vano y lo superficial, ya por otras causas que no es fácil adivinar. Los desvelos que debió costarle tan árdua empresa, acometida en fuerza de una voluntad decidida y resuelta, solo podrá comprenderlos el que alguna vez se haya ocupado en trabajos análogos. Lo cierto es que desde que se dieron á la estampa las obras de Condé, muchos hechos envueltos en la oscuridad han podido ser perfectamente estudiados, que se han resuelto no pocas dudas, desvanecido innumerables errores, y finalmente, que se ha abierto un ancho campo á la crítica que antes caminaba á tientas en lo relativo á la época que hemos citado. Publicó el ilustre español las obras siguientes: ***Descripcion de España hecha por Xe-***

rif Aledris, *conocido por el Nubiense*, *con traduccion y notas*, 1779 en 8.°, con el testo árabe escrito en el siglo XII.—*Memorias sobre las monedas árabes*, *y en especial sobre las acuñadas en España por los príncipes musulmanes*, inserta en el tomo 5.° de las *Memorias de la Academia*, año de 1804.—*Historia de la dominacion de los árabes en España*, Madrid, 1820 y 21, tres tomos en 4.° Esta última obra es la mas conocida, y se tiene en grande aprecio porque en ella se ha seguido á los historiadores árabes, con esclusion de historias y documentos mas modernos. Si á grandes alabanzas se hizo acreedor Condé por los escritos mencionados, como traductor de Anacreonte, Mosco, Teócrito y Bion, no tiene rival en nuestra patria; y los poetas griegos citados, apenas han perdido de su delicadeza, de su ingenio, de su sencillez y de su cultura propias, mas que lo indispensable cuando las composiciones pasan de un idioma á otro por mas concienzudo que sea el que las interpreta, por mas conocimientos que posea de la lengua que va á trasladar á la suya, y por grande que sea el genio de que se le suponga adornado. La escesiva modestia de este ilustrado español le hizo decir en su prólogo á la traduccion del Teócrito, que en los escritores orientales hebreos, árabes y griegos, hay cosas de natural gracia que no pueden trasladarse sin desfigurar su suavidad y belleza propias; y hemos dicho que su escesiva modestia, porque si bien es cierto lo que asienta en su prefacio, no lo es menos que él lo dice, desconfiando de la perfeccion casi increible con que desempeñó su trabajo. No está demas ninguno de cuantos elogios se hagan de su traduccion del cantar de Salomon por el testo hebreo; y tanto unas como otras merecen recomendarse eficazmente á la juventud estudiosa. No se limitaban los conocimientos de Condé á lo que dejamos mencionado, pues su instruccion era tan vasta, como amable su virtud, é irreprensible su conducta pública y particular. Su amigo don Leandro Moratin eternizó la memoria de Condé en una *oda*, destinada á cantar las virtudes y el mérito de tan ilustre español.

CONDILLAC (Esteban Bonod de), abate de Moreau. Nació en Grenoble en 1715. Las obras de este célebre metafísico y literato andan en manos de todo el mundo, y siendo tan conocidas no nos detendrémos en hablar de cada una de ellas en particular. Dedicado por inclinacion al estudio de la física, sobresalió en esta ciencia, que fué la base, digámoslo así, de todos sus escritos. Preferia vivir tranquilo, al bullicio de la corte, pero elegido entre otros muchos sábios para preceptor de don Fernando, duque de Parma, nieto de Luis XV, tuvo que hacer el sacrificio de su independencia por algun tiempo; mas luego que hubo perfeccionado la educacion de aquel príncipe, se alejó de la corte y fué á buscar en el retiro, el sosiego y el silencio que exigian las graves tareas á que consagró la mayor parte de su vida. La sencillez de sus costumbres, la modestia y otras cualidades no menos apreciables, daban nuevo realce á los talentos que le adornaban; y todas estas prendas le aseguraron la estimacion general. Sus obras están escritas con una naturalidad que encanta, no obstante versar casi todas ellas sobre puntos de ideología, que no siendo tratados con cierto ingenio, son generalmente áridos y cansados. Murió Condillac en sus tierras de Flux á 3 de agosto de 1780, y dejó entre otras obras las siguientes, que son las principales: *Ensayos sobre el orígen de los conocimientos humanos.*—*Tratado de los sistemas.*—*Tratado de las sensaciones.*—*Curso de estudios*, en el cual se comprenden una *Gramática*, el *Arte de escribir*, el de *discurrir*, el de *pensar* y una *Historia general de los hombres y de los imperios.* *Escritos póstumos*, y entre ellos la *Lógica* y el *Lenguaje de los cálculos.*

CONDORCET (María Juan Antonio Nicolas Caritat, marques de). Nació en 1743 en Ribemont, pueblo inmediato á San Quintin (Picardia). Su tio el obispo de Lizieux, hombre instruido y que conocia las felices disposiciones del jóven Condorcet, tomó á su cargo la educacion de este, y no tuvo que arrepentirse de ello, porque no tardó en ver realizadas las esperanzas que habia concebido. Mandóle al colegio de Navarra, y fueron tales los progresos que en aquel establecimiento hizo en el estudio de las matemáticas, que á la corta edad de diez y seis años defendió unas conclusiones pertenecientes á estas, en presencia de personas tan competentes y célebres como Clairant, Alambert y Fontaine, que no pudieron menos de admirar el claro despejo del jóven alumno, elogiándole con entusiasmo, y animándole á que se dedicase á aquel ramo de los conocimientos humanos. Condorcet era pobre en bienes de fortuna, pero en su vasta capacidad tenia un tesoro mucho mas apreciable que aquellos; asi es que no vaciló en dirigirse á Paris, en donde tuvo la suerte de encontrar en el duque de la Rochefoucauld un protector que, ademas de proporcionarle conocimiento con algunos ilustres personajes, cuyas casas frecuentaba, alcanzó para él varias pensiones, con las cuales podia vivir con cierto desahogo para dedicarse á sus trabajos científicos. Su *Ensayo sobre el cálculo integral* y su memoria sobre el *Problema de los tres cuerpos*, le facilitaron la entrada en la Academia, á que perteneció desde 1769. Animado Condorcet con la honrosa acogida de sus primeros escritos, emprendió otros sobre el cálculo analítico, y que demostraban su profundo talento, aunque sin dar aplicacion útil á sus ideas, descendiendo de lo general á lo particular, porque consideraba entonces esta tarea superior á sus fuerzas. Dió á estas memorias reunidas el título de *Ensayo de análisis*, añadió á ellas despues otras llenas de consideraciones nuevas; pero la impresion de la obra no llegó mas que hasta el sesto pliego, y no se sabe que se haya vuelto á proseguir. Las Memorias de las Academias de Paris, Berlin, Petersburgo, Turin y del Instituto de Bolonia, contienen trabajos de Condorcet del mismo género. Aspiró á la plaza de secretario de la Academia de ciencias, y al efecto compuso los *Elogios de los académicos muertos antes de* 1699, que distan mucho de los del célebre Fontenelle, pero que, sin embargo, le valieron el nombramiento de secretario perpétuo, por haber sido juzgados superiores á los de su predecesor. Entró tambien en la Academia francesa, leyendo á su recepcion un discurso, *Acerca de las ventajas que puede reportar la sociedad de la reunion de las ciencias físicas á las ciencias morales.* Condorcet se hallaba dotado de infatigable laboriosidad, y á ella debió el escribir en breve espacio de tiempo los elogios de Alambert, Bergmann, Linneo, Buffon, Eulero, Francklin, Vaucauson y algunos otros, con una maestría que no solo prueba su génio sino la estension de sus conocimientos. La memoria que presentó á la Academia de Berlin obtuvo el premio anunciado por la misma sobre la teoría de los cometas. Redactó igualmente numerosos artículos para la famosa *Enciclopedia*, relativos á materias diversas. Las ideas republicanas y generosos sentimientos de este sábio, se dieron claramente á conocer en muchas ocasiones, pero con especialidad durante la guerra de América, en cuya época defendió la independencia de sus habitantes y la libertad de los negros. El esterior del ilustre Condorcet no revelaba la energía de su alma ardiente y varonil, á propósito de lo cual decia su amigo Alambert que era un *Volcan cubierto de nieve;* otros en términos mas vulgares le llamaban *Carnero rabioso*. En 1788 empezó á publicar una obra sobre la administracion del Estado, en sentido reformador, y mas adelante redactó con Cerutti *La hoja villana*, periódico destinado á defender y propagar las

ideas revolucionarias. En 1791 fué nombrado comisario de la tesorería. Fué diputado por Paris en la Asamblea legislativa, secretario de la misma, y en la cuestion de emigrados pidió la pena capital solo para los que se cogiesen armados. En 1792 presidió aquel cuerpo, y el manifiesto á los franceses y á Europa, esplicando las causas de la suspension del monarca, fué obra suya. En la Convencion estuvo casi siempre al lado de los *Girondinos;* en el proceso del rey votó « por la pena mas grave, que no fuese la de muerte,» y abogó por la supresion de esta pena, escepto para los delitos contra el Estado. Entonces, como si la ciencia no pudiese existir independiente de la política, la emperatriz de Rusia y el rey de Prusia mandaron que se borrase el nombre de Condorcet de las listas de las academias de aquellas dos cortes. Perteneció á la primera comision de salud pública, y á la de constitucion, y despues tuvo que presentarse en la barra como cómplice de Brissot, á consecuencia de una denuncia del ex-capuchino Chabot, que le acusó de haber hablado mal de la constitucion de 93. Con motivo de la persecucion que sobre él como sobre otros verdaderos patriotas pesaba, tuvo que ocultarse, declaráronle al punto fuera de la ley, y se vió obligado á permanecer escondido mas de medio año en la casa de una amiga generosa. Pero se publicó un decreto condenando á muerte á los que acogiesen á los proscritos, y no quiso esponer el sábio la vida de su bienhechora, quien se esforzaba en detenerle diciéndole: — « Si vos estais fuera de la ley, nosotros no estamos fuera de la humanidad. » Condorcet sale de Paris, se dirige á una casa de campo de uno de sus amigos á quien no encuentra, y temiendo ser descubierto, se oculta durante algunas noches en unas canteras abandonadas; pero forzado por el hambre entra en un bodegon de Clamart, en donde á pesar de su disfraz fué descubierto, preso por un individuo de la junta revolucionaria de aquel pueblo y conducido á Bourg-la-Reine. El hambre, el cansancio, la inquietud, una herida que tenia en el pié, y algunas otras causas le inspiraron una idea fatal, así es que encerrado en un calabozo del último pueblo citado, cuando fueron á verle, le encontraron muerto al dia siguiente, que fué el 28 de marzo de 1794; habia tomado un veneno que siempre llevaba consigo, para evitar el horror del patíbulo. Era Condorcet de carácter afable, pacífico, y su tranquila fisonomía revelaba toda la bondad de su alma. No por esto carecia de valor, firmeza y energía, y su orgullo en nada se parecia á la petulante vanidad de los necios, sino á la justa estimacion que todo hombre de mérito debe hacer de sí mismo. La generosidad que usaba con sus adversarios, y la firmeza de que dió pruebas con personas poderosas, manifiestan su genio indulgente y su entereza varonil. Cuando Maurepas le reconvino porque tardaba mucho en escribir el elogio del duque de la Vrilliere, académico honorario, respondió Condorcet que nunca su pluma alabaria á un ministro que por sus actos habia sido odiado en tiempo de Luis XV. Para no tener con Necker relaciones de ninguna especie, renunció el empleo de inspector de monedas; y no quiso insertar en el *Mercurio* una carta de Voltaire, en que este ensalzaba el mérito de D'Aguesseau sobre el de Montesquieu. Mucho fué lo que escribió Condorcet, pero nos limitarémos á citar sus principales obras: *Ensayo del análisis.—Tratado del cálculo integral.— Problema de los tres cuerpos.—Cartas de un teólogo al autor del Diccionario de los tres siglos. —Elogio de los individuos de la Academia real de ciencias, muertos desde el año de* 1666 *hasta* 1699 *inclusive.— Elogio y pensamientos de Pascal, puestos en nuevo órden. — Ensayo de la aplicacion del análisis á la probabilidad de las decisiones tomadas á pluralidad de votos;* esta obra se refundió,

con muchas adiciones, bajo el siguiente título: *Elementos del cálculo de las probabilidades y su aplicacion á los juegos de azar, á la lotería y al juicio de los hombres, con un discurso acerca de las ventajas de las matemáticas sociales, y una noticia sobre M. Condorcet.* — *Dictámen sobre la instruccion pública.* — *Biblioteca del hombre público, ó Análisis motivado de las principales obras francesas y estranjeras sobre la política en general, la legislacion, la hacienda*, etc.; en esta coleccion trabajaron tambien algunos otros sábios, debiéndose solo á Condorcet varios artículos. *Medio de aprender á contar seguramente y con facilidad.* — Notas á las *Indagaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, obra del ingles Smith. — Trabajó, ademas, Condorcet, en el *Diario enciclopédico*, en la *Crónica del mes*, en *El Republicano* y en el *Diario de instruccion pública.*

CONFUCIO. Nació por los años de 551 antes de la Era cristiana, en la ciudad de Tscoukien del reino ó principado de Lou, que en nuestros dias constituye parte de la provincia de Chan-toug, en la China. Cuando nació Confucio, su padre era gobernador de esta provincia. Conócese ademas, en su patria al sábio filósofo, con los nombres de *Koung-tsée*, *el gran maestro* y *el sábio por escelencia*, y se venera en aquel vasto imperio su memoria casi como la de un Dios. La familia de Confucio pertenecia á una de las mas antiguas, ilustres y poderosas de la China, contándose en el número de los ascendientes de aquel filósofo el célebre legislador Hoang-ti, y ha dado al imperio ministros, príncipes y soberanos, como lo fué el fundador de la dinastía de los Chang. Confucio demostró un talento en estremo precoz, pues aun siendo niño ya admiraba á cuantos le trataban, por sus conocimientos y rara disposicion para las ciencias, uniendo á estas cualidades una gravedad y un juicio mas propios de un hombre de edad madura, que de un jóven que tan pocos años contaba. A los 17 fué nombrado mandarin, con el cargo de la inspeccion del comercio de granos y de otros géneros de primera necesidad para el consumo de una populosa ciudad. A los 19 obtuvo un mandarinato de ascenso, confiándosele la vigilancia general de los campos y de la agricultura; en cuya época ó poco antes efectuó su enlace con la jóven Ki-Koan-Ché, en quien hubo un hijo llamado Pé-yu. Desempeñó estos destinos, como era de esperar, en vista de sus grandes conocimientos y del celo que desplegaba en el cumplimiento de sus obligaciones. A la muerte de su madre, fué privado, segun las leyes antiguas de la China, del ejercicio de su empleo, con cuya práctica se conformó para dar ejemplo de rígida observancia; y no solo hizo esto, sino que dispuso que las exequias de su madre se verificasen con la pompa y religiosa solemnidad que en los siglos de Jao, Chum y Yu, resucitando de esta suerte una piadosa costumbre que despues siguieron sus conciudadanos. Vivió por espacio de tres años aislado en el retiro de su casa por su madre, y despues de tributar á sus restos el último homenaje, colocó sobre la tumba su traje fúnebre, y se puso el que se usaba en la vida comun. En los espresados tres años hizo Confucio un profundo y detenido estudio de las eternas leyes de la moral, á las cuales se propuso ajustar su conducta en cuantas empresas acometiese. La relajacion de las costumbres habia causado y causaba terribles estragos en aquella sociedad, que amenazaba desquiciarse completamente; la dinastía reinante, que era la de los Tckeou, iba en rápida decadencia; los príncipes tributarios y algunos gobernadores se declaraban independientes ó se revelaban, y en aquel desórden surgian ideas de nuevas formas de gobierno; por último, ni las antiguas máximas, ni la autoridad, ni la religion, ¡nada merecia ya acatamiento,

nada veneracion! Nunca habia sido mas necesaria que entonces la aparicion de uno de esos hombres, que con su voz parece que ahuyentan las tempestades sociales, que detienen el océano de las revoluciones, y conducen á los pueblos hácia el camino de su salvacion. Confucio fué el hombre que entonces se presentó á cumplir esta sublime mision. Renunció, pues, á todas sus riquezas, honores y distinciones, y se convirtió en apóstol de las buenas doctrinas, ya aconsejando, ya instruyendo, ya, en fin, guiando á sus conciudadanos. Pero conociendo que todos sus esfuerzos serian estériles, si en tan importante tarea no le auxiliaban algunos hombres de bien que imitasen su abnegacion y su actividad, fundó una escuela y escribió varias obras, recopilacion, digámoslo así, de la antigua filosofía china, que era tambien la suya. Sucedió á Confucio lo que ha sucedido siempre á los reformadores, y es que, mientras unos se declararon ardientes partidarios suyos, otros le causaron con su fanática oposicion y desprecio hondas amarguras. El virtuoso filósofo tuvo que revestirse de una fortaleza sobrehumana, y empleó gran parte de su vida en viajar por los diversos estados, ó mas bien naciones, en que el imperio se hallaba dividido, siendo recibido con honrosas distinciones en unas cortes y escarnecido en otras. Su reforma no podia ser obra de poco tiempo, pero sus discípulos iban aumentándose mas y mas, y sus doctrinas penetraban, aunque con lentitud, por todas partes. Uno de los que mejor acogieron á Confucio fué el rey de Tsi, que quiso darle para su subsistencia las rentas de una ciudad importante, pero el filósofo no aceptó este regalo; por otra parte, ni el príncipe, que le oia con gusto y admiracion, ni su familia, ni sus ministros abandonaron los vicios á que se entregaban, y esto no podia agradar mucho á quien se habia sacrificado por estirparlos de su patria. De la corte de Tsi pasó á la capital de los emperadores de Tckeou, para observar todo lo relativo al gobierno, á las costumbres y á la religion, registrar los anales, archivos, etc., y emprender despues la obra que era objeto de sus constantes meditaciones. Logrado su objeto regresó á Tsi, y en seguida á Lou en donde vivió durante diez años. Aquella fué una de las épocas en que gozó mas sosiego y contento, pues abierta su casa á todo el que queria instruirse en los principios que él esplicaba, se vió rodeado de numerosos discípulos, y entre ellos de personas que ejercian autoridad, ó distinguidas por otras circunstancias, y que luego propagaban aquellos por los puntos del imperio en que residian. Habia otra clase de discípulos que vivian en mas estrecha intimidad con él, y que le seguian á todas partes. Fácilmente se concebirá el entusiasmo con que estos contribuirian á realizar la obra del maestro. Pronto tuvo Confucio ocasion de aplicar sus máximas y demostrar con resultados positivos si no valia infinitamente mas conducirse por ellas que no observar máxima ninguna, ó solo aquellas que halagan las pasiones humanas. Habiendo fallecido el soberano de Lou, su sucesor se apresuró á llamar á Confucio, cuyos talentos respetaba, confiándole sucesivamente la policía general del pueblo, juntamente con el gobierno del mismo, la administracion de justicia y, por último, el cargo de ministro. ¿Qué interés, qué actividad, cuánto estudio, cuánto desvelo no emplearia Confucio para que sus doctrinas, aplicadas al gobierno del Estado triunfasen completamente? Y, en efecto, la faz de la nacion se trasformó de una manera radical; el comercio, la agricultura, la paz, el órden, todos los elementos, en fin, que contribuyen á la prosperidad de un pueblo, encontraron impulso y proteccion en el sábio ministro. El órden y economía en la administracion, la justicia, la moralidad y el trabajo, sustituyeron al despilfarro, á la venalidad, al vicio y á la holganza; en tér-

minos que el monarca no sabia cómo elogiar, ni premiar los eminentes servicios del ministro. Estaban acostumbrados los poderosos á cometer toda clase de delitos y desórdenes, sin que nadie les fuese á la mano, porque los jueces eran, si cabe, mas corrompidos que ellos. Confucio se propuso acabar tambien con este abuso, ofreciendo al público un escarmiento ejemplar que en lo sucesivo contuviese á todo el mundo en sus justos límites. Un opulento cortesano, sobre quien pesaban infinitos crímenes, fué el que Confucio eligió para el objeto proyectado. Vivia el tal confiado en que sus riquezas continuarian asegurándole la impunidad, y de que su favor en la corte seria temido por quien osase acusarle; pero Confucio sin consideraciones de ninguna especie mandó prenderle, y probados sus delitos, mandó que le decapitasen, como se verificó, en efecto, presidiendo el mismo ministro la ejecucion. El pueblo aplaudió esta medida que le libertaba de la tiranía de los grandes, habituados á oprimir á los pobres. La situacion del reino de Lou era ya demasiado próspera, para que no despertase los celos al propio tiempo que los temores de los príncipes vecinos, quienes viendo cuánto crecia el poder y la fama del soberano que protegia á Confucio, empezaron á idear medios de derribar á este, como causa del engrandecimiento que tanto les espantaba. El rey de Tsi, que acababa de subir al trono asesinando al que legítimamente lo ocupaba, esperimentó mas inquietudes que ningun otro, temiendo que el de Lou invadiese mas adelante su territorio; pero conocia bien el carácter de este, y determinó aprovecharse de él. Lo primero que hizo fué mandarle un embajador, bajo ciertos pretestos, con riquísimos presentes, y entre otros cien jóvenes escogidas entre las bellas de su reino, y adornadas ademas, con todos los atractivos de una educacion esmerada. La presencia de estas jóvenes bastó para destruir la severa austeridad de la corte de Lou, y á la rigidez de costumbres, al órden de un pueblo laborioso, al sosiego establecido por un gobierno paternal, sucedieron en breve los bailes, los festines, el desenfreno y la disolucion. Confucio vió con dolor que el monarca ya no hacia caso de sus consejos, que las leyes no eran observadas, que todas las cosas volvian, en fin, al antiguo estado de desconcierto. Sus reflexiones llegaron á importunar de tal suerte al rey, que este le prohibió volverse á presentar ante su vista. Confucio tornó con noble resignacion á sus viajes, en los cuales, á vuelta de grandes fatigas, disgustos y miseria, tuvo la satisfaccion de observar que en todas partes se tenia conocimiento de sus doctrinas, y esto ya era mucho, por mas que todavía se observasen en pocos pueblos. Comparaba su suerte con la de un perro arrojado de casa por sus dueños. «Tengo—decia—la fide«lidad de ese animal y me tratan lo «mismo que á él. Pero ¿qué me impor«ta la ingratitud de los hombres? Esta «ingratitud no me impedirá hacerles «todo el bien que de mí dependa. Si «son infructuosas mis lecciones, ten«dré al menos el consuelo interior de «haber cumplido fielmente mi deber.» Cuando regresó á su patria contaba cerca de 70 años de edad, y no hallándose ya en estado de hacer mas viajes, se dedicó hasta el fin de su vida á corregir y perfeccionar las obras que habia escrito, y á la enseñanza de la filosofía. En sus seis *Kings*, que forman una coleccion de libros que los chinos tienen por sagrados, y á los cuales destinó la mayor parte de su vida, están reunidos los escritos mas antiguos de aquel vasto imperio. Los achaques de la vejez y las contínuas pesadumbres aceléraron la vida de Confucio, cuya posteridad se continuó en la persona de su nieto Tsee-sse, pues su hijo único habia fallecido años antes. Murió Confucio en el año 479 antes de Jesucristo, rodeado de muchos de sus mas fieles discípulos, que derramaron tiernas lágrimas de dolor y respeto por

aquel sábio é ilustre anciano. Uno de ellos plantó sobre su tumba el árbol kiay, cuyo tronco seco aun en el dia se conserva. Los chinos lo veneran como un monumento religioso, y el grabado lo ha reproducido en infinidad de ejemplares, esparcidos por el imperio. Era tal el afecto y el respeto que le profesaban sus discípulos, que aun los que mas distantes se hallaban del punto donde habia muerto Confucio, concurrieron á tributarle el último homenaje, hermosearon con árboles el lugar en que reposaban sus cenizas, y llevaron luto por espacio de tres años, estableciéndose tambien allí mismo otros, que dieron orígen á *Koung-ly* ó *Aldea de Confucio*, la cual con el trascurso de los siglos llegó á formar la ciudad que en nuestros dias se conoce con el nombre de *Kiu-fou-hien*, en la provincia de Chau-toug. Es un error muy comun el creer que Confucio fué legislador, puesto que nunca tuvo las suficientes facultades ó autoridad para reformar el código de su patria, ni introducir innovacion alguna en las creencias y ceremonias religiosas. Merecen ser conocidos los pensamientos de Confucio; pero como sean muchísimos los que hay esparcidos en sus obras, nos contentarémos con los que van á continuacion: «El que ha ofendido al *Tien* (señor del cielo), no tiene ya protector alguno.—El sábio está siempre en la orilla, y el insensato en medio de las olas; este se queja de no ser conocido de los hombres, aquel se lamenta de conocerlos.—La beneficencia de un príncipe no brilla menos en los actos de rigor que ejerce, que en los testimonios de su bondad. Conducíos siempre con la misma prudencia que si os viesen diez ojos y os señalasen diez manos.—Pecar y no arrepentirse. es propiamente pecar.—Un hombre falso es un carro sin timon, que no hay por donde uncirle.—No os afligais de no ascender á las dignidades públicas, lamentaos mas bien de no estar adornados tal vez de las virtudes que pudieran haceros dignos de obtenerlas.—Es un deber de todo monarca instruir á sus súbditos; pero, ¿debe ir á la casa de cada uno en particular? Sin duda que no; habla á todos por medio del ejemplo que les da.» Confucio ordenó, corrigió y purgó de graves errores los libros sagrados de la China; esplicó los *Kona* de *Fou-hi;* comentó el *Li-ki*; corrigió el *Che-King;* compuso el *Chou-King* y el *Tchum-tsicou.* El estilo de estas obras es sentencioso, y por lo tanto conciso, enérgico y espresivo. En vano han tratado algunos escritores ilustres de imitarle, pues se han quedado muy lejos del original. El *Chou-King,* que algunos creen que existia antiguamente, otros que lo que hizo Confucio fué únicamente reducirlo á mas breve espacio, es un libro de moral y de antigua política del imperio; principió en el emperador Yao, que subió al trono en 2357 antes de Jesucristo, y concluye en 624 antes de la era cristiana. El *Tchum-tsicou* comprende parte de dos anales del reino de Lou, y los sucesos ocurridos en el mismo durante unos dos siglos y medio, contando desde el año 722 antes de Jesucristo. Posteriormente han sido comprobados los numerosos eclipses de que en este libro se hace mérito, y se ha visto con cuánta exactitud habian sido indicados. Escribió igualmente, aunque tambien se atribuyen á algunos de sus discípulos, el *Tahio*, (la grande ciencia), el *Hiao-King* (diálogo sobre el respeto filial), el *Tchoug-youg* (el justo medio), el *Lun-yu* (Libro de las sentencias). Se han hecho varias ediciones de todas estas obras en diferentes idiomas, y á esto se debe el que sea bastante conocida la filosofía de Confucio.

CONRADINO ó CONRADO el jóven, conocido generalmente con el nombre de *Coradino*, nombre mas poético que el otro, pero menos propio. Nació en 1251, de Conrado IV é Isabel, hija de Othon, duque de Baviera. Fué un príncipe desgraciadísimo, casi desde su na-

cimiento, pues á los tres años quedó huérfano de padre, luego vió usurpado su trono, y despues de combatir por sus derechos, murió decapitado cuando solo contaba 17 años de edad. A la muerte de Conrado IV quedó con la regencia del reino de Nápoles Manfredo, hombre de carácter odioso y de corazon endurecido en la maldad. No contentándose este con ejercer un mando despótico y absoluto, de que el príncipe heredero no podia despojarle en razon á su tierna edad, le arrebató la corona y gobernó como tirano. Logrados en parte sus designios, dirigió sus criminales y ambiciosas miras á otro lado, y sin respeto ni temor humanos, invadia frecuentemente el territorio del papa, en términos, que este tuvo que reclamar los auxilios de Cárlos de Anjou, á quien concedió como señal feudal la investidura del reino de Coradino, víctima de los desastres de la guerra. Cárlos venció á Manfredo, que quedó muerto en el campo de batalla, y entonces el rey niño, reclamando sus legítimos derechos, fué recibido en el Capitolio romano por los gibelinos de Italia, con iguales ceremonias que un emperador. Era tal el interes que llegó á inspirar la suerte de Coradino, que los romanos, los turcos, el infante don Enrique, hermano de don Alonso *el Sábio*, rey de Castilla, y el de Túnez, se declararon en su favor, y algunos de ellos le socorrieron con tropas, armas, galeras y dinero, con lo cual parecia que la fortuna debia mostrársele mas propicia que hasta entonces. Pero el cielo habia decretado su muerte, y hecho prisionero en la batalla de Tagliacozzo, le decapitaron en la plaza de Nápoles en 1268. Este infortunado príncipe dió desde el patíbulo una prueba de valor, que revelaba un gran corazon. Pocos momentos antes de ejecutarse la bárbara sentencia, arrojó desde el lugar del suplicio un guante, como señal de ceder la investidura á cualquiera de sus parientes que se encargara de vengarle. Habia entre la multitud un caballero, que atravesando el gentío, se adelantó con serenidad hasta el pié del cadalso, recogió el guante, y desapareciendo de Nápoles, fué á llevárselo á don Jaime, rey de Aragon, casado con una hija del que habia sido causa de todos aquellos males, de Manfredo.

CONRADO, marques de Tiro. Nació á mediados del siglo XII, fué hijo de Guillermo III, marques de Monferrato, y adquirió gran celebridad en una de las espediciones de los cruzados á la Palestina, para rescatar el Santo Sepulcro de Jesucristo. Antes de partir para la Tierra Santa, ya era su nombre conocido por las campañas que hizo en Italia en favor del pontífice contra el emperador Federico II. Obedeciendo despues á la voz del honor, de la religion y de la gloria, abandonó la Europa, y de paso para los Santos Lugares, logró restablecer la calma en el pueblo de Constantinopla, capital del Bajo Imperio, que se habia sublevado contra Isaac Angelo, que á la sazon ocupaba el trono. Prosiguió despues su marcha, y llegó, por fin, á la Palestina. Sitiaba entonces Saladino la plaza de Tiro, pero la heróica defensa que de ella hizo Conrado, la libertó del peligro con que la amenazaba el poderoso ejército de los infieles. Tal fué el título con que logró que se le diese la soberanía de aquella ciudad, soberanía á que Guido de Lusiñan alegaba derechos que unos creyeron legítimos y otros no. Conrado se resistió á ceder dicha soberanía, su rival seguia con empeño sus pretensiones, y en tal estado las cosas, el puñal de dos asesinos emisarios del *Viejo de la montaña*, decidió la contienda á favor de Guido, pues Conrado murió, acaeciendo este trágico suceso en 1190.

CONRADO III, duque de Franconia. Nació en 1093, de Federico, duque de Suavia, y de Ines, hermana del emperador Enrique V. La vida de este príncipe ofrece escaso interes, y así pasarémos por alto sus varios detalles por

la causa indicada, para fijarnos en un rasgo de generosidad digno ciertamente de ser conservado en la historia. Despues de haberse apoderado de Winsberg, dió órden de que todos los hombres, sin escepcion, fuesen hechos prisioneros, pero que se dejase salir libremente de la ciudad á las mujeres con todo lo que quisieran llevarse. Hallábanse estas cuando oyeron la órden, sumidas en la mayor afliccion, pero una de ellas, inspirada por una idea repentina, se la comunicó á las demas, y el anterior desconsuelo se convirtió en alegría, con no poca sorpresa de los que presenciaban tan súbita trasformacion. Cargaron todas con sus maridos en las espaldas y sus hijos debajo de los brazos, y en esta disposicion salieron de la ciudad. Algunos historiadores añaden que la duquesa, cuyo marido se hallaba encerrado en Winsberg, y que hubiera corrido la suerte de los demas, siguió el ejemplo de las heroinas, poniéndose al frente de todas, y llevando consigo al duque. Este sublime acto de amor conyugal conmovió de tal suerte al emperador, que hizo estensivo el perdon de todos los habitantes.

CONSTANTINO, llamado *el Grande* (Cayo Flavio, Valerio, Aurelio, Claudio). Nació en el año 272 ó 274, segun la opinion mas probable, en Naisus, hoy Nisa, ciudad de la antigua Dardania, que en nuestros dias se conoce con el nombre de Servia. Fueron sus padres Helena y Constancio Cloro. Entregado en rehenes á Diocleciano cuando su padre fué aclamado César, Diocleciano le trató como si fuera hijo propio, y le proporcionó ocasiones en qué distinguirse, prendado de su despejo y felicísimas disposiciones. Cuando Constantino hizo la primera campaña, tenia diez y nueve años de edad, y se portó con la prudencia, valor y discrecion que ya habian anunciado sus talentos. Esta campaña fué la de Egipto contra el rebelde Aquiles, á quien derrotó. Despues de la abdicacion de Diocleciano tomaron el título de Augustos Constancio Cloro y Galerio, que temiendo la fama que Constantino habia conquistado ya con sus hazañas y virtudes, tendió á este príncipe traidores lazos para perderle. No logró su intento, sin embargo; Constantino se unió á su padre que iba á emprender una espedicion contra la Gran Bretaña, y en la que venció á los Pictos, muriendo en 306, no sin haber nombrado por único heredero suyo á Constantino, aunque perjudicaba con esta disposicion á los hijos habidos en su segunda esposa, Teodora. Concíbese fácilmente el despecho que acometeria á Galerio, pero como el ejército aprobó la eleccion casi con unánimes aclamaciones, no tuvo el último otro remedio que conformarse, á lo cual contribuyó mucho la conciliadora conducta que su nuevo colega usó con él. Constantino, que se inclinaba interiormente á la religion del Crucificado, se propuso protegerla con todas sus fuerzas, y así el primer paso que dió fué el permitir que los cristianos la profesasen libremente. Acusan de cruel á Constantino, porque mandó echar á las fieras los dos reyes francos, Ragayso y Ascarico, que asolaban contínuamente á la Galia, y pasó á cuchillo á muchos de los enemigos que entonces cayeron en su poder. Ciertamente que tal crueldad cuadraba mal con sus sentimientos cristianos, pero tal vez se la aconsejarian razones de alta política que la hicieran necesaria. Constantino, viudo de Minervina, con quien se habia casado cuando su espedicion contra Aquileo, dió su mano á Fausta, hija de Maximiano, habiendo recobrado este el título de emperador, que no le concedió Constantino, aunque sí los honores de tal. Maximiano, lleno de indignacion y de soberbia, usurpa la suprema autoridad y se corona en Arles, mientras su yerno combate contra los francos; pero al saber este tan insigne perfidia, abandona su empresa, y llega con la celeridad del rayo á Marsella, donde se habia refu-

giado su suegro; pónela sitio, la toma, y cediendo entonces á sus generosos impulsos, perdona al usurpador, contentándose con despojarle de la púrpura imperial. Considerado este castigo por Maximiano como un ultraje que solo podia lavarse con la sangre del esposo de su hija, propone á esta el asesinato de Constantino; pero Fausta le amaba, y por otra parte le estremecia el crímen intentado por su padre: como viese á este firmemente resuelto á consumarlo, juzgó que lo mas prudente seria fingirse cómplice voluntario, y así lo hizo. En seguida dió cuenta á su marido del horrible complot que se fraguaba contra su existencia, y Constantino mandó á un esclavo que se acostase en el lecho imperial aquella noche. Maximiano acude con paso cauteloso cuando reinaba el mayor silencio, y creyendo que Constantino descansaba en el dormitorio de costumbre, se arroja contra el esclavo y le da de puñaladas. Entonces aparece el emperador acompañado de sus guardias, y no siendo posible al homicida disculparse, Constantino le condena á ahogarse por sus propias manos. Mientras gran parte del Occidente vivia bajo el dulce imperio de Constantino, el Oriente, Italia y Africa esperimentaban los desastrosos efectos de la tiranía de Maximino y de Magencio. Entonces Constantino resolvió pasar á Italia al frente de todo su ejército; pero no sin consultar antes la voluntad del cielo para la empresa que meditaba. Ya hemos dicho que este ilustre príncipe se manifestaba muy inclinado á la religion cristiana; cuya circunstancia, y el haber permanecido mudos los ídolos del gentilismo cuando llegó el caso de consultarlos, casi le acabaron de decidir. En tal situacion, dice un historiador, que apareció súbitamente á su vista una cruz en el cielo, rodeada de las siguientes palabras: *In hoc signo vinces*, á cuyo maravilloso suceso todo el ejército se llenó de asombro. Desde entonces el lábaro de Constantino ostentó siempre en su centro el signo glorioso de nuestra redencion, y convertido este emperador á nuestra santa fe, así como tambien su hijo Crispo y su hermana Constancia, una série de triunfos vino á coronar su ardiente celo por ella. Sura, Turin, Milan y las cercanías de Roma fueron teatro de sus hazañas, despues de haber atravesado los Alpes; y el mismo Magencio, contra quien dirigió sus armas, y que se hallaba entregado en la capital del orbe á sus placeres y desórdenes, fué vencido con todas sus tropas, ahogándose ademas en el Tiber, al pasar en su precipitada fuga un puente de barcas que se hundió bajo el peso de la multitud. A su entrada en Roma aceptó el título de augusto y de pontífice que le otorgó el senado; y recibió los honores del triunfo. El Africa y las provincias se apresuraron á reconocerle como emperador; y entonces Constantino se dedicó á los cuidados del gobierno en todos sus ramos, destruyendo la anarquía administrativa, publicando leyes sábias, protegiendo las artes y las industrias; restableció las buenas costumbres, reformó el calendario, etc. Al mismo tiempo atendia con particular interes á cuanto pudiera contribuir al lustre y esplendor de la religion que acababa de abrazar; y al efecto, no solo fundó basílicas, sino que permitió y fomentó el libre ejercicio del cristianismo en sus Estados, reuniendo en 314 un concilio en Arles, con el objeto de poner término á la herejía y cisma de los *donatistas* que destrozaba el seno de la Iglesia de Africa. No podia Licinio mirar con ojos serenos la elevacion y prestigio de Constantino; trató de escitarles á la guerra persiguiendo á los cristianos, pero derrotado por el emperador, tuvo que pedir la paz, y esta le fué otorgada mediante la cesion de la Iliria y de la Grecia, y la deposicion de Valente, creado César por el rebelde Licinio. En 317 nombró Césares á su hijo Crispo y al de Licinio, y venció á los bárbaros. El carácter díscolo de Licinio, ó mas bien la ambicion que le cegaba,

no le permitia vivir sino inquietando á Constantino; y declarándole nuevamente la guerra, le dió una batalla en Andrinópolis, funesta para su ejército, porque todo él fué derrotado, reunió despues otro mas afortunado al principio, pero que despues sufrió igual suerte, teniendo que refugiarse en Nicomedia el vencido. De allí puso por mediadora á Constancia su esposa, hermana de Constantino, para que este suspendiese el rigor de su persecucion, y así lo hizo el emperador, permitiéndole que viviese tranquilo en Tesalónica; aunque algunos historiadores dicen que fué condenado á muerte, ya por venganza de su enemigo, ya porque él tornase á sus malas artes conspirando contra su hermano político. La herejía de Arrio no podia hacer grandes progresos mientras imperase Constantino, pero sus fanáticos sectarios no cesaban de propagar con infatigable empeño sus erróneas doctrinas, lo cual causaba cierta agitacion en los espíritus. Viendo, pues, que el emperador no favorecia sus designios, apedrearon sus estátuas, cuyo delito no le hizo impresion alguna; pues cuando le refirieron el hecho en términos que pudieran encolerizarle, él por toda respuesta se sonrió, y palpándose el rostro, dijo que ninguna herida ni lesion de otra especie habia recibido. Despues del concilio celebrado en Nicea en 325, contra aquella herejía, Constantino desterró á todos los que la defendian, y en su consecuencia los obispos ortodoxos fijaron en el *Símbolo de Nicea* las bases de la fe cristiana. Por aquella época mancilló su gloria con algunas crueldades que apenas se conciben en un hombre de sus cualidades, y que aun en los Nerones y demas mónstruos coronados horrorizarian. Mandó decapitar á su hijo Crispo, esperanza del imperio y orgullo de su casa; condenó á su esposa Fausta á ser ahogada en una estufa; el tierno hijo de Licinio fué asesinado de órden suya, y muchos ciudadanos distinguidos sufrieron tambien la muerte. El primero perdió la vida, por causa de su propia madre, que le acusó de haberla manifestado una pasion criminal, aunque se sospecha que semejante acusacion era una calumnia; Fausta fué víctima de los remordimientos de su esposo, que temia haber sacrificado á la inocencia. Con estas medidas, á todas luces injustificables y odiosas, el pueblo comenzó á inquietarse de una manera que puso en cuidado y afligió el espíritu de Constantino, quien desoyendo los consejos de viles aduladores, que le escitaban á proseguir por el mal camino que habia emprendido, se dedicó, por el contrario, á disipar con actos laudables el efecto de sus anteriores disposiciones. Pero en vano buscaba consuelos á su amargura; el recuerdo de aquellas trágicas escenas vivia siempre fijo en su mente, y se decidió á abandonar para siempre á Roma, cuyos lugares le renovaban las memorias que á toda costa trataba de alejar de sí. Salió, pues, de la capital, y dirigióse á la Panonia. Al año siguiente fué cuando su piadosa madre, Helena, emprendió su peregrinacion á la Tierra Santa en busca de la cruz de nuestra Redencion. Su hijo la favoreció por todos los medios en su empresa, y con las riquezas que le dió pudo aquella dejar piadosas fundaciones en Judea. Luego que Helena encontró los preciosos restos del sagrado madero en que espiró el Señor, regresó á donde estaba su hijo, á quien comunicó el feliz éxito de su viaje, y poco despues exhaló en sus brazos el último suspiro. Los honores fúnebres que el emperador dispuso con este motivo, fueron dignos de su magnificencia y de la escelente princesa á quien se tributaron; creyendo honrar mas la memoria de su madre, desplegó entonces todo su celo para acabar de una vez con la idolatría en su imperio. El templo de Adonis y Venus, situado en las cumbres del Líbano, y el de Serapis en Egipto, así como algunos otros de los mas concurridos y famosos, fueron cerrados ó destruidos de órden suya; y aunque se

ignoran los verdaderos motivos de la traslacion de la residencia imperial á Oriente y el centro del gobierno, créese que la verificaria persuadido de que la corrupcion de costumbres y los vicios todos estaban tan arraigados en el corazon de Roma, que seria imposible arrancarlos; y de que el único medio tal vez de conservar aquel poder que amenazaba desplomarse y hundirse para siempre, seria el de llevarlo á sus dominios, en los cuales su accion seria mas fácil, mas rápida y mas enérgica. La antigua ciudad de Bizancio, aunque poco importante, fué, pues, elegida como capital del mundo. Constantino habia pensado en reedificar á Troya, para que reemplazase á Roma; pero la ciudad antes mencionada ofrecia ventajas mucho mayores bajo diversos aspectos, y la edificacion de la nueva metrópoli del orbe quedó terminada en 11 de mayo de 330. La corte de Bizancio llegó casi á esceder á Roma en el lujo de los trajes, en la pompa de las solemnidades, y en la profusion con que se distribuian empleos, títulos y dignidades. Por aquel tiempo se vió tambien amenazado el cristianismo de grandes nubes, con motivo de haber protegido Constantino, á ruegos de su hermana Constancia moribunda, á un presbítero arriano, quien logró insinuarse de tal modo en el corazon del emperador, que hizo que este llamase al famoso Arrio de su destierro. Justificóse este, valiéndose de su astucia ante Constantino, á quien engañó, pero no sucedió así con los obispos ortodoxos, y menos aun con Atanasio, que lo era de Alejandría, y que perseguido por los arrianos, tuvo que ir desterrado á Tréveris. Durante el hambre horrorosa que asoló todo el Oriente tres años despues, Constantino se condujo como verdadero padre del pueblo, pues envió trigo á los prelados para que lo repartiesen entre las personas mas necesitadas. En 335 dividió Constantino su imperio entre sus tres hijos y dos sobrinos, y en seguida salió á campaña contra Sapor, rey de Persia, que aunque antes le habia mandado embajadores en señal de amistad, reclamaba á la sazon no menos que cinco provincias, alegando varias razones. Constantino cayó enfermo en Nicomedia, y conociendo que se aproximaba el término de sus dias, los que le restaban los empleó dignamente. Alzó el destierro á San Atanasio y demas obispos que se hallaban en igual caso, se bautizó y entregó su testamento al presbítero que habia abogado por Arrio, y murió en 2 de mayo de 337, siendo depositados sus restos en la iglesia de los Apóstoles. Por mas que algunos enemigos de nuestra fe hayan tratado de mancillar la memoria de Constantino, negándole todas las cualidades que precisamente brillaban mas en él, al paso que exageran sus defectos, no puede negarse que fué un gran príncipe, y que así los gentiles, como los cristianos, le tributaron respeto y admiracion, llegando los primeros á adorarle como una divinidad, y muchos de los segundos á reverenciarle como á un santo. Mas para demostrar la injusticia de los que no reconocen el mérito de este emperador, «basta, como dice un biógrafo, observar «que Constantino reunia bajo su dominio tantas provincias como Augusto y «Trajano; que renovó enteramente las «costumbres, leyes y usos; que trasladó la silla del imperio de Occidente á «Oriente; que sustituyó sin conmocion «alguna la religion cristiana á los relajados ritos de la idolatría; que los «vínculos de familia, la accion del poder y las relaciones de los pueblos «tomaron otro carácter, y que, en fin, «las artes y la literatura recibieron un «impulso distinto, para convenir en «que su reinado y su nombre parece «que dividen la historia del mundo en «dos grandes épocas.» Las prendas físicas y morales que adornaban á Constantino, le hacian amar de todo el mundo; porque á una bella presencia, á un aspecto majestuoso y á un talento vivo y penetrante, reunia una afabilidad, una dulzura, y unos modales

tan simpáticos, que en nada se parecian á la fria ostentacion de otros emperadores. Los defectos que se le atribuyeron, como su escesiva prodigalidad, su magnificencia sin límites, su demasiada aficion á las personas que sabian alucinarle, no pueden en manera alguna oscurecer las escelentes dotes que le adornaban. Dejó tambien dos hijas, llamadas Constantina la una, y la otra Helena, que casó con Juliano el apóstata.

CONSTANTINO VI. Fué hijo de Leon IV Chazar. La historia de los emperadores de Oriente no ofrece en general mas que una larga série de crímenes y desórdenes. A esta dinastía de fieras coronadas perteneció Constantino VI, que en lo cruel dejó muy atras á sus predecesores. Diez años escasos contaba cuando por muerte de su padre subió al trono en 780, bajo la tutela de su madre Irene. El funesto gobierno de esta princesa, suscitó en breve el ódio de los cortesanos, así como tambien el del pueblo; y los primeros, como mas inmediatos á la persona del príncipe, aconsejaron á este que rigiese por sí solo la nave del Estado, la cual conducida por Irene se encaminaba á un naufragio seguro. Pero la emperatriz llegó á entender lo que se trataba, y para prevenir su ruina, que como tal consideraba el tener que abandonar una autoridad que tan mal ejercia, mandó prender á muchos de los conjurados y arrestar á su hijo en un aposento de palacio. No fué mucho rigor, para quien solia usarlo mas grande con frecuencia. Constantino permaneció poco tiempo en su encierro, porque Alejo al frente de algunas tropas le puso en libertad, y obligó á Irene á retirarse á un castillo. Despues de varias victorias ganadas contra los sarracenos, creyó el emperador que ya podia llamar sin peligro á su madre, y reconciliarse con ella, y así lo verificó; pero el ejército detestaba á Irene, y llevó á mal esta accion, digna seguramente de alabanza; entonces Constantino cometió otra imprudencia; mandó rapar, azotar y prender al mismo que le habia dado la libertad, lo cual juntamente con la derrota que sufrió en Bulgaria, era ya motivo bastante para que se le principiase á aborrecer. Los ánimos estaban exasperados, la inquietud cundia por todas partes como si se esperase un acontecimiento estraordinario, y aun circulaban rumores acerca de coronar á Nicéforo, hijo de Constantino V. Entonces se dió á conocer en toda su horrible deformidad el salvaje carácter del emperador, que no creyó ver medio mas espedito de captarse el amor del pueblo que el de disponer que arrancasen los ojos á Nicéforo, y la lengua á cuatro tios suyos, con otras muchas sentencias que se ejecutaron con general indignacion y terror. Para coronar dignamente su obra repudió á su legítima mujer María, y ciñó la doble corona de esposa y de emperatriz á las sienes de Teodora, camarista de Irene y que con su belleza habia logrado cautivar el corazon de Constantino. La madre misma del emperador habia favorecido esta pasion, con el fin de acabar de desacreditarle en el concepto público; sus cálculos no salieron vanos; el descontento aumentó, y aprovechándose de él la infame Irene, tramó un complot contra su propio hijo. Detenido este cerca de Constantinopla en 797 fué nuevamente encerrado en palacio. Reposando del cansancio se hallaba en su lecho, cuando su madre ¡apenas se concibe tal barbarie! mandó clavarle unos punzones en los ojos, á cuyo suplicio se cree que sobrevivió muy poco tiempo el infeliz emperador.

COOK (Santiago). Nació en 1728 en Marton, pueblo del condado de York en Inglaterra. La suma pobreza de su padre, que para mantener á su numerosa familia compuesta de nueve hijos servia de criado en una quinta, no era seguramente lo mas á propósito para que la gran capacidad de Santiago se desarrollase como debia, porque

el mejor talento abandonado á la naturaleza y sin el cultivo de una buena educacion, pocas veces llega á brillar y producir frutos. Pero habitaba afortunadamente en aquellas cercanías un caballero llamado sir Tomas Skotow, rico propietario, que impulsado por sus sentimientos filantrópicos, no solo confió la administracion de parte de su hacienda al padre de Santiago, modelo de honradez y laboriosidad, sino que se encargó de la enseñanza del que es objeto de estas líneas. Aprendió Santiago á leer y escribir en breve tiempo, y luego entró en clase de aprendiz en casa de un mercader de Staith, pueblo inmediato á Newcastle. Su aficion á la lectura, á la que se dedicaba con ardor en todos los ratos que le quedaban desocupados, y la proximidad al mar despertaron en él una pasion tal á navegar, que este fué desde entonces el único pensamiento que le dominaba. Una indisposicion que tuvo con su amo, le acabó de decidir; y entrando á servir de marinero, y despues de contramaestre, siguió así hasta la edad de veintisiete años. Cuando estalló la guerra entre Francia é Inglaterra (1755), se presentó Cook al servicio de la marina real, y se embarcó en el *Aquiles*, á las órdenes de sir Hugk-Palliser, cuyo mas firme apoyo fué en aquella campaña. Algun tiempo despues salió una espedicion al Canadá, y encargado Cook de sondear el canal situado al norte de la isla de Orleans, levantó el plano del mismo tan á satisfaccion del gobierno, que mereció que en seguida se le confiase la formacion de la carta de navegar del rio de San Lorenzo, carta desempeñada con rara inteligencia, y que hasta nuestros dias ha conservado su superioridad sobre las demas conocidas. Por sus talentos y servicios ascendió hasta el grado de capitan, y en 1768 partió con algunos sábios á bordo del *Endeavour* para hacer un viaje al rededor del mundo, durante el cual visitó las islas de la Sociedad y descubrió las costas de la Nueva Zelandia, y el estrecho que separa á la Nueva Holanda de la tierra de Van-Diemen, dando nombres á todos los cabos é islas descubiertas, y recogiendo observaciones y datos utilísimos para la ciencia, y que hacian honor al intrépido navegante. Tres años empleó en este viaje, y á su regreso á Inglaterra recibió el grado de comandante de navío, embarcándose nuevamente en 13 de julio de 1772 para continuar sus descubrimientos con la *Resolucion*, en cuyo navío él iba, y la *Aventura* á las órdenes del capitan Furneaux. En los tres años que duró tambien esta espedicion, penetró Cook hasta el último límite posible por la costa del polo Sud; recorrió los mares australes frente á los de la India, los que forman la continuacion del grande Océano y la prolongacion del Atlántico. Los contínuos peligros á que se vió espuesto, ya por los eternos hielos que muchas veces se oponian á su paso, ya por otras causas, el frio, las fatigas, las privaciones enmedio de aquellos climas, nada fué bastante á desalentar el ánimo del valeroso marino, quien fondeó varias veces en la Nueva Zelandia, en las islas de la Sociedad, de los Amigos, de la Nueva Caledonia, y regresó felizmente á su patria en julio de 1775. Tan gloriosos trabajos merecian una recompensa, y el rey se la dió, siendo ademas admitido, por unanimidad, en la real sociedad de Lóndres, que le concedió despues el premio fundado por Copby para el que hubiese hecho los esperimentos mas útiles á la conservacion de los hombres. Verificó su tercera espedicion al año siguiente de su llegada á Inglaterra, y salió á bordo de la *Resolucion*, con la *Descubierta*, buque á las órdenes de Clerke, llegando al N. O. de América en marzo de 1778; pero los hielos le impidieron el paso hácia el Norte, y se dirigió á las islas Sandwick, muriendo en la de Owhihea á 13 de febrero de 1779, en un motin ocurrido entre aquellos isleños con motivo del asesinato de su rey, á quien Cook que-

ria recibir á bordo de su navío. El gobierno ingles concedió á la viuda é hijos del célebre marino una pension á cada uno, y la mitad del producto de la venta de los *Viajes*, de cuya edicion se encargó el mismo gobierno.

COPÉRNICO (Nicolas). Nació en Thorn (Prusia) en febrero de 1473, de una ilustre familia de aquel pais. La educacion que desde los primeros años de su juventud le proporcionaron sus padres fué esmeradísima, y cual convenia á las bellas disposiciones que Nicolas poseia para toda clase de estudios, y con especialidad para las lenguas griega y latina, la filosofía y la medicina. Siguió los estudios mayores en Cracovia, y allí recibió el grado de doctor en esta última facultad; pero su genio le impulsaba hácia otro camino, en el que debia recoger gloriosos laureles, y dedicándose con mas afan que nunca á las matemáticas y la astronomía, que eran las ciencias de su predileccion, asistió á las lecciones que podian ilustrarle acerca de ellas y se familiarizó con el uso de los instrumentos. Llamaba entonces desde Italia la atencion del mundo sábio, el famoso Reggio Montano, y con el objeto de oirle, emprendió Copérnico á la edad de veintidos años, un viaje á aquella península, aplicándose tambien al dibujo y á la pintura, á fin de sacar mas provecho de su espedicion científica. Detúvose primeramente en Bolonia, en cuya capital adquirió muy pronto la amistad del astrónomo Domingo María, que, prendado del claro talento y penetracion del jóven prusiano, le admitió en las reuniones de su casa frecuentadas por sábios y literatos. Tambien Reggio Montano le recibió con distincion particular en Roma, y allí esplicó matemáticas Copérnico con grande aplauso; sin que esta ocupacion y algunas otras fuesen obstáculo á sus observaciones astronómicas. Así trascurrieron unos cuantos años, y últimamente cuando regresó á su patria, pasó á establecerse en Franenburg, en donde su tio, el obispo de Warmie, le dió un canonicato. En este nuevo empleo no gozó al principio toda la tranquilidad que se habia prometido, á causa de varias disputas que se suscitaron y de injustas pretensiones que tuvo que combatir; pero estas desazones terminaron al cabo, y restablecida la calma de su espíritu se dedicó al estudio con incansable ardor, distribuyendo el poco tiempo de que podia disponer, ya en el desempeño de sus obligaciones como eclesiástico, ya en obras de caridad, pues en clase de médico visitaba gratuitamente á todos los pobres que le llamaban, llevándoles no solo el remedio de la ciencia, sino los consuelos de la religion. Para demostrar el aprecio y justa estimacion en que se tenian los talentos, la probidad y el celo de Copérnico en el desempeño de su canonicato, baste decir, que habiendo vacado varias veces el obispado, á él le confiaron la administracion de los negocios relativos al mismo, dando prueba de notable entereza en la defensa de sus derechos contra los caballeros de la Orden Teutónica, poderosísimos á la sazon. Pero hablemos ya de los trabajos que inmortalizaron su nombre, de aquellos por los cuales se considera al ilustre sábio prusiano como el gran astrónomo de los tiempos modernos. Conocia Copérnico y habia tratado á los astrónomos contemporáneos mas célebres; habia examinado atenta y escrupulosamente las tareas y observaciones de los antiguos, y visto con gran sentimiento no solo la complicacion, la prolijidad y los errores de los sistemas conocidos, sino tambien la oposicion entre unos y otros, como si no presidiera ley alguna fija y determinada á la armonía del universo. Concíbese fácilmente que en el estado en que se hallaba la ciencia, era difícil encontrar un punto de partida para fundar sobre él un sistema que á su sencillez, reuniese mas simetría y mayor claridad. Despues del contínuo estudio de todo lo mejor que se habia escrito hasta en-

tonces, y del exámen comparativo de todas aquellas teorías, dos opiniones llamaron particularmente su atencion; la de los egipcios, segun los cuales Mercurio y Venus giran en torno del sol, y este astro con Marte, Júpiter y Saturno al rededor de la tierra, y la de Apolonio de Perga que consideró al sol como centro del sistema planetario, si bien girando como igualmente la luna en torno del globo terrestre; opinion que llegó á servir de base al sistema de Ticho-Brahe. Estas ideas representaban muy bien las escursiones limitadas de Marte y Venus al rededor del sol, y esplicaban sus movimientos en diversas direcciones. Conociendo ya los medios de juzgar estos diferentes sistemas, puesto que la esperiencia le habia indicado las condiciones á que era preciso sujetarlos, Copérnico habia dado un gran paso para su descubrimiento. Los pitagóricos alejando la tierra del centro del mundo, colocaban en este al sol; semejante sistema no reunia las condiciones de órden y de sencillez que reuniria el de Apolonio, con solo una modificacion que se hiciese, á saber: situar el sol fijo en el centro, y hacer girar la tierra en torno suyo. Segun Nicetas, Heráclides y otros filósofos, la tierra ocupa el centro del mundo y tiene un movimiento de rotacion sobre su mismo eje, dando de esta suerte orígen á la aparicion y ocultacion de los astros y á la alternativa de los dias y las noches. De todas estas doctrinas y teorías, purgadas de los absurdos, errores, complicacion y confusion que tenian, formó Copérnico un todo armónico, sencillo y mucho mas racional, que es lo que conocemos con el nombre de *Sistema de Copérnico.* Las estaciones, las retrogradaciones de los planetas, la precision de los equinoccios y otros muchos fenómenos malamente esplicados hasta entonces, lo fueron de una manera tan satisfactoria cuanto lo permitian los adelantos de la época, en la teoría del mundo del insigne astrónomo, que al efecto repetia contínuamente sus observaciones y hacia otras nuevas. Resultado de todos estos trabajos fué su obra, dividida en seis libros, titulada: *De orbium cœlestium revolutionibus*, y que parece estaba concluida en 1530. La impaciencia con que el mundo sábio esperaba la publicacion de esta obra, que iba á causar una revolucion en las ciencias astronómicas, y cuyas principales ideas ya se habian empezado á difundir, solo podia compararse con los temores de Copérnico de someterla al fallo de sus contemporáneos, temores que por desgracia no carecian de fundamento. Así es que, el eminente astrónomo revisaba y corregia sin cesar sus borradores, examinaba sus observaciones, enmendaba las ya publicadas, y aunque instado á menudo para que las diese á luz, no osaba decidirse á ello. Las preocupaciones han sido en todos tiempos el terrible escollo con que han tropezado las inteligencias superiores, y para luchar contra ellas y destruirlas muchas veces, han tenido que hacer los sábios el sacrificio de su reposo, de su dicha, de sus intereses, y hasta de su vida. Lo mismo sucedió respecto de Copérnico; los hombres ilustrados acogian favorablemente las ideas que se tenian acerca del nuevo sistema, al paso que los ignorantes levantaban su osada frente considerándolas como absurdas; y á tanto llegó la maldad de los necios adversarios, que en una comedia, públicamente representada, se le ridiculizó, ni mas ni menos que hubiera sucedido en el antiguo teatro griego. Tan miserables tiros no servian sino para dar á conocer mas y mas el respetable carácter del gran astrónomo, quien despreciando con el silencio al insulto, no pudo menos de adquirirse el respeto y admiracion de toda persona sensata; por el contrario, el autor de la indecente farsa recibió en el desprecio público el merecido castigo. Ya era tiempo, sin embargo, de calmar la ansiedad con que se esperaba su obra, cuyas verdades serian la mejor contestacion á las censuras que la ignorancia

le dirigia. Así, pues, autorizó á sus amigos para que la publicasen, y la dedicó á Su Santidad Paulo III, á quien decia estas palabras: «Lo hago para que no se me acuse de que huyo el juicio de las personas ilustradas, y para que la autoridad de vuestra santidad, si aprueba esta obra, me defienda de los venenosos tiros de la calumnia.» Imprimióse efectivamente la obra en Nuremberg, bajo la direccion de uno de los discípulos de Copérnico, quien de repente se vió atacado de una disenteria seguida de una parálisis del lado derecho del cuerpo, con gran debilidad de la memoria y de las facultades intelectuales. El grande hombre vió y tocó, pocas horas antes de morir, el primer ejemplar de su obra; que en vano hubiera deseado hojear, pues en aquel terrible momento ocupaban otros cuidados su espíritu. Murió en 24 de mayo de 1543, y escribió el epitafio de su sepulcro el obispo Cromer, el Tito Livio de la Polonia. Hé aquí las obras que se conocen de Copérnico: *De revolutionibus orbium cœlestium, libro VI.* Un tratado de Trigonometría, con tablas de signos, titulado: *De lateribus et angulis triangulorum, etc.—Theophylacti scholastici Simocattæ epistolæ morales, rurales et amatoriæ, cum versione latina.* Ademas de estas obras, parece que Copérnico habia presentado á los estados de su provincia una sobre monedas, y que en la biblioteca de los obispos de Warmie se conservaban varios manuscritos suyos.

CORDAY D'ARMANS (María Ana Carlota). Nació en 1768, en San Saturnino, pueblo de Normandía; y se hizo célebre en la revolucion francesa, por el asesinato de que mas adelante pasarémos á ocuparnos. Despues del célebre 31 de mayo de 1793, fueron proscritos los principales jefes del partido de la Gironda, los cuales tuvieron que huir á los departamentos del Eure y de Calvados, para libertarse del furor de Robespierre y sus secuaces, al mismo tiempo que con el designio de sublevar la Normandía. Los males que afligian á Francia, y especialmente á la capital, escitaban el horror y la indignacion de todos los ciudadanos honrados y amigos de la verdadera libertad; pero aquellos males aparecian con colores mucho mas sombríos y terribles, narrados por boca de los mismos que los habian presenciado, y á quienes se amenazaba con la muerte, como eran los girondinos. Al oirles Carlota, jóven dotada de entereza y corazon varoniles, y angustiada por el infeliz estado de su patria, concibió un pensamiento audaz que su imaginacion le pintaba como realizable y fecundo en buenos resultados; pensamiento que nadie se hubiera atrevido á llevar á cabo, pero que á su ardiente entusiasmo le parecia fácil. Dirígese, pues, á Paris, y logra que le permitan entrar en las tribunas de la Convencion, á tiempo que algunos oradores de aquella borrascosa asamblea tronaban contra los proscritos, cuyas desgracias y persecucion tan vivamente habian interesado el corazon de la jóven normanda. Uno de los que mas habian contribuido á la proscripcion de los girondinos, era Marat; sábelo Carlota, pero no le ve entre los convencionales; pregunta por él, la dicen que está enfermo, por cuya razon no asiste á las sesiones. No necesitaba saber mas Carlota; escribe inmediatamente á Marat, pidiéndole una conferencia para revelarle los secretos mas importantes; pero ni esta, ni otra carta que despues le envió la jóven recibieron contestacion. Temia Corlota que Marat hubiese llegado á sospechar su proyecto; pero ni ella lo habia revelado á nadie, ni habia ocurrido accidente alguno que lo descubriese. Mas tranquila por fin, le mandó otra carta por conducto de un criado, á quien siguió, llegando casi al mismo tiempo que él á la puerta de la casa del convencional. Trataron de impedirla que pasase de la antesala, pero Marat oye la dis-

puta que con este motivo se suscita, y figurándose que la que allí estaba era la autora de las cartas, manda que la permitan pasar adelante. Cuando Carlota entró estaba Marat bañándose; y la preguntó los nombres de los girondinos que se hallaban en Calvados, apuntándolos en una cartera, á manera que aquella los iba diciendo. Terminada esta operacion, aseguró á Carlota que dentro de breves dias serian todos guillotinados. Ni un solo momento habia vacilado Carlota en su resolucion, desde que abandonó su pais, pero al oir las sanguinarias espresiones de Marat, se sintió con no menos brios, y sacando de improviso un puñal que llevaba oculto en el vestido, lo hunde en el corazon del mónstruo, que no pudo mas que esclamar: «¡Ah, querida amiga mia!» A los gritos de Marat, acuden corriendo las dos mujeres que antes habian disputado la entrada á Carlota, y al ver á esta contemplando impávida el cadáver del convencional, temen acercarse y piden socorro. Llega una guardia, prenden á Carlota, y la conducen al punto á presencia del tribunal revolucionario. La valerosa jóven no se intimida ante sus jueces; al contrario, cuando Fouquier-Tionville principiaba á pronunciar un elogio de la víctima, le interrumpió aquella diciendo: «Era un mónstruo, y me «felicito de haber libertado de su tira«nía á Francia.» Las siguientes palabras del defensor de Carlota, Chaveau La-garde, manifiestan el imperturbable valor de la jóven durante el breve proceso que se la formó: «La acusa«da — dijo el abogado — confiesa con «serenidad el horrible atentado que ha «cometido; confiesa á sangre fria su «larga premeditacion, las circunstan«cias mas espantosas; en una palabra, «todo lo confiesa, y no quiere apelar á «ningun medio de justificacion: aquí «teneis, ciudadanos jurados, toda su «defensa. Esa calma imperturbable, «ese completo desprendimiento de sí «misma, que no dan indicio de remor«dimiento alguno ni aun en presencia «de la muerte; esa tranquilidad y esa «abnegacion sublimes, parece que sa«len del órden de la naturaleza. A vo«sotros, ciudadanos jurados, á voso«tros toca juzgar qué peso debe tener «esta consideracion moral en la balan«za de la justicia.» Carlota se manifestó muy agradecida á Chaveau La-Garde por su defensa, defensa que era la única que admitia una causa tan desesperada, y le rogó en prueba de su reconocimiento, que se encargase de pagar la pequeña deuda que habia contraido durante su corta permanencia en la prision. Cuando la leyeron la sentencia de muerte, se mostró tan indiferente y serena, que causó admiracion á los que presenciaron este acto; nadie notó ni la menor turbacion en su bella y noble fisonomía, que ciertamente no indicaba un carácter tan firme. Ni en el camino del suplicio, á pesar de los insultos y zumbas del pueblo, harto acostumbrado á espectáculos semejantes, ni en el patíbulo desmintió Carlota la estraordinaria energía de su alma, que inspiró á la multitud á un mismo tiempo interes, asombro y terror. Su fisonomía estaba animada, y un vivo carmin encendió mas el color de sus rosadas mejillas, cuando el verdugo la despojó de parte de su ropa; el pudor ofendido se revelaba en el casto rostro de la jóven, que recobrando al punto su valor para morir como heroina, fué guillotinada en 17 de julio de 1793 á los 25 años de edad.

CORESO y CALIRHOE. No menos trágica que verosímil es la historia de estos amantes, por mas que las noticias que de ellos se tienen, hayan venido por un conducto tan sospechoso como la fábula mitológica. Brevemente se la referirémos á nuestros lectores. Coreso, sacerdote de Baco en Calidonia, amaba á una de las mas hermosas y esquivas doncellas de la ciudad, llamada Calirhoe. Cansado de suspirar en balde, acudió al dios, y este, no viendo en el desdeñado galan

mas que al ministro de sus altares, menospreciado por una mortal, afligió á la poblacion con una epidemia que dejaba á los pacientes como ébrios. Consultado el oráculo, segun costumbre de aquellos tiempos en circunstancias semejantes, respondió que para que aquel azote cesase, era menester sacrificar en las aras de la irritada deidad á la ingrata, á menos que otra persona se ofreciese voluntariamente á reemplazarla. No habiéndose presentado nadie, Calirhoe, sujeta con fuertes cadenas, fué conducida al pié del altar, donde con el hacha en la mano, la esperaba el enamorado sacerdote, pronto á cumplir la voluntad del dios; pero, llegado el fatal momento, y cuando todo el pueblo tenia fijos los ojos en ambos, Coreso levanta la cuchilla, la hace brillar un momento en el aire y, en vez de dejarla caer sobre el cuello de la víctima, hiérese mortalmente y cae salpicando con su sangre á Calirhoe... Esta, aunque tarde, comprendió cuán injusta habia sido con él, y arrepentida derramó un mar de llanto, pidiendo á la Parca cortase el hilo de una vida, que desde aquel instante no podia menos de serle odiosa. Compadecidos los dioses, accedieron á sus súplicas, convirtiéndola en fuente. La poética fantasía de los griegos podrá haber inventado esta lastimosa tragedia para amansar á las empedernidas beldades de la antigüedad, cuyos rigores, tantas y tan tiernas lágrimas han hecho derramar á los poetas; pero ¿hay alguna pasion mas capaz que el amor, de inspirar rasgos sublimes y de ofrecer á la admiracion de los hombres sacrificios como el de Coreso?

CORILA, célebre improvisadora del siglo último, y que creemos sea la misma que con el nombre de *Corina*, inspiró á Mme. Stäel su famosa novela que lleva igual título. Despues de haber recorrido Corila, muchos de los principales pueblos de Italia, se estableció en Roma, donde sus grandes conocimientos, su génio singular para la improvisacion, sobre cualquier asunto, su belleza y los encantos de su trato, la conquistaron el entusiasmo de los romanos. En las primeras casas de aquella capital, era recibida con distincion, y en la suya propia se reunia lo mas ilustrado y distinguido. El nombre que va al frente de estas líneas, es el que la dió la Academia de los Arcades, que en muestra de aprecio la admitió entre el número de sus individuos. Estas satisfacciones fueron, sin embargo, acompañadas de disgusto, porque habiéndola dispensado la señaladísima honra de coronarla en el Capitolio, algunos enemigos de su gloria, parece que la dirigieron sátiras mordaces, en las que se censuraba la licencia de sus costumbres, no muy puras, segun aquellos, y á los cuales se decia que Corila contestó con epigramas, sonetos, etc. A su muerte, acaecida en Roma en 1791, dejó grandes riquezas; y entre sus poesías que vieron la luz pública en un tomo, se distingue un canto en elogio de María Teresa, emperatriz de Alemania.

CORIOLANO (Cayo Marcio, llamado). Nació en Roma, de una familia patricia. Distinguióse desde sus primeros años en la carrera de la milicia, y á un valor estraordinario reunia una fuerza corporal hercúlea. En el sitio de Corioles, capital de los volscos, por el cónsul T. Postumio Cominio, en el año 261 de la fundacion de Roma, 493 antes de la venida de Jesucristo, manifestó un heróico arrojo, penetrando en aquella plaza con escasas fuerzas, habiendo antes rechazado una salida de los habitantes, que tuvieron que rendirse á discrecion. Cominio, que se habia dirigido contra los anciates, estaba empeñado en la batalla, á tiempo que Cayo Marcio llegó á decidirla. Tan señalada accion merecia alguna recompensa, y el cónsul se la dió, ciñendo á sus sienes una corona de oro, haciéndole ricos presentes y distinguiéndole con el nombre de *Coriolano*. Aprovechándose los anciates del ham-

bre que algun tiempo despues afligió á Roma, tornaron á sus correrías por el territorio de la república, creyendo que aquella calamidad favoreceria sus designios, al paso que abatiria el ánimo de sus enemigos. Pero pronto recibieron un nuevo castigo por su osadía, pues poniéndose Coriolano al frente de algunos jóvenes, acosó á los anciates, hízolos huir y volvió triunfante á la capital, no sin haberse apoderado de un botin considerable. Las disensiones de los patricios, cuyo ídolo era Coriolano, con los tribunos que defendian al partido popular, tomaron tal incremento por aquella época, que acusado el guerrero de propender á la tiranía, fué sentenciado por estos últimos á ser precipitado de la roca de Tarpeya. Defendióse Coriolano con grande energía, estendiéndose en la relacion de sus servicios, y mostrando sus coronas cívicas y sus heridas; y ya la Asamblea parecia inclinarse á su favor, cuando el tribuno Decio le acusó de violacion de una ley, y de haber repartido entre sus soldados el botin cogido en Ancio, en vez de haberlo entregado al tesoro público. Esta acusacion varió de tal modo el aspecto de la causa, que Coriolano fué condenado á perpétuo destierro. Los senadores no tuvieron valor para defenderle y oponerse á este fallo, por cuyo motivo Coriolano, seguido de muchos ciudadanos respetables, fué á despedirse de su mujer, sus hijos y su madre Veturia, y en seguida salió enteramente solo de la capital, meditando los mas vengativos proyectos. Muchas veces habia combatido el ilustre desterrado contra los volscos, y creyó que aunque enemigos suyos, conociendo su valor, no dejarian de prestarle ayuda contra Roma. Preséntase Coriolano en casa de Accio Tulo, general de los volscos, y descubriéndose á él le refiere sus desgracias y los planes que allí le conducen. Prométele Tulo auxiliarle en la empresa, y declarando la guerra á Roma, uno y otro invaden el territorio de la república, talando y destruyendo todo lo perteneciente á los plebeyos, pero sin tocar á los bienes de los senadores. Su marcha y sus triunfos fueron tan rápidos, que cuando los cónsules trataron de oponérsele con sus fuerzas, ya Coriolano se hallaba á tres millas de Roma, á la cabeza de un respetable ejército, pues de todas partes acudian soldados á alistarse en sus filas, á la noticia de sus victorias. Hasta su mismo colega se vió abandonado por sus tropas, que no querian militar bajo las órdenes de otro general que Coriolano. La consternacion de Roma, al verse á punto de ser sitiada, fué grande; y el senado y el pueblo acordaron unánimemente enviar al vencedor una diputacion, concediéndole permiso para entrar en la capital, siempre que alejase de ella su ejército. Coriolano, que se hallaba en situacion de imponer condiciones, mas bien que de recibirlas, las rechazó todas. El mismo Cominio, á quien tantos honores debia, y Minucio, que habia sido su mas ardiente defensor contra los tribunos, acompañados de otros tres ciudadanos consulares, tornaron á él, rogándole que no hiciese ninguna peticion que rebajase ó comprometiese la dignidad de su patria; pero Coriolano permanecia inflexible, concediendo solo un plazo de tres dias para que deliberasen acerca de sus primeras demandas. No tuvo mas efecto la embajada de los pontífices y augures, vestidos con sus ornamentos de ceremonia. En tal conflicto, el pueblo lleno de terror acudió á los templos á implorar al piê de los altares la proteccion de los dioses: jóvenes, ancianos, niños y mujeres, todos corrieron en tropel á los lugares sagrados, y solo se oian gritos de dolor por todas partes, y escenas que conmovieron profundamente el ánimo. Pero empieza á circular la voz de que tal vez las lágrimas de una esposa, el respeto de una madre anciana, y la ternura de unos hijos inocentes, ablandarian el corazon del sitiador de Roma; y al punto se trata de realizar esta idea, mandando una diputacion á

la familia de Coriolano. Conociendo Veturia el carácter de su hijo, que habia jurado venganza, vaciló algunos instantes, temiendo que ni su llanto ni sus ruegos alcanzasen nada; pero interesándose tambien por la salvacion de Roma, cuya lamentable situacion la afligia, se presenta ante el pueblo, y seguida de las mas ilustres matronas vestidas de luto, sale de la ciudad con Volumnia mujer de Coriolano y sus hijos. Al ver este de lejos la comitiva, juró mantenerse inflexible, y para que su resolucion fuese mas pública y solemne, llamó á sus oficiales para que presenciasen el recibimiento que iba á hacer á las damas romanas. Pero sabe que entre ellas van su madre, su esposa y sus hijos, vélos llegar, acércansele, y no pudiendo entonces contener su emocion desciende del tribunal, corre á su encuentro y los colma de tiernos abrazos; este espectáculo, y las súplicas y lágrimas de su madre, su esposa, sus hijos, y de aquellas mujeres postradas á sus piés, suscitaban en el corazon de Coriolano, una lucha de encontradas pasiones, que no podia ser muy duradera. Por fin, despues de un instante de silencio, esclamó de improviso dirigiéndose á Veturia, que se habia postrado á sus plantas: «¡Oh, madre mia! tú salvas á Roma, pero pierdes á tu hijo!» En efecto; la situacion de Coriolano era muy crítica, pues habia engañado las esperanzas que habia hecho concebir á los volscos de aniquilar completamente á sus enemigos los romanos, y aquella falta en el cumplimiento de su palabra, iba á atraerle fatales consecuencias, segun pensaba. Dió, pues, á sus tropas la órden de que se retirasen, suponiendo que Roma era invencible, y los soldados le obedecieron sin murmurar, dando en ello una admirable prueba de disciplina, así como tambien de respeto á su general. Cuando la madre de Coriolano volvió á Roma con sus compañeras, y se tuvo noticia del feliz resultado de la embajada, las aclamaciones y alegría del pueblo solo podian compararse con el terror que antes le habia dominado. El senado quiso recompensar dignamente el inapreciable servicio que las matronas acababan de prestar á la república; pero ellas se limitaron á pedir que se les permitiese erigir á su costa un templo á la *Fortuna de las mujeres*, que, en efecto, se construyó, pero á espensas del Erario. La gloria de Coriolano habia despertado en el alma de Tulo, su colega, un secreto y celoso despecho, que no tardó en manifestarse; acusó, pues, á su rival de haber sacrificado á su afecto particular, los intereses y la gloria del pueblo que le habia dado generosa hospitalidad en su desgracia, y favorecido en estremo. Difícil hubiera sido tal vez á Coriolano el justificarse, mas no así el salvarse, pues el ejército le adoraba, y sus victorias le habian conquistado gran influencia en el pais de los volscos; Tulo llegó á convencerse de esto mismo, al ver que la defensa de Coriolano iba á destruir todos sus planes, y para evitarlo escitó un motin en medio del cual asesinaron al romano unas gentes por aquel apostadas. Mas sentimiento causó la muerte de Coriolano en el pueblo volsco, que en Roma, en donde fué recibida la funesta nueva con indiferencia; únicamente las damas romanas dieron muestras de pesar, pidiendo al senado que se las permitiese vestir luto por espacio de diez meses, lo cual consiguieron como era de esperar. Ciceron parece creer que Coriolano se suicidó, y Tito Livio dice que, segun Fabio Pictor, murió de edad muy avanzada, y repitiendo á menudo que el destierro era una cosa muy triste para un anciano.

CORNEILLE (Pedro). Nació en Ruan en 1606. Fué una de las principales celebridades literarias de su tiempo, el verdadero creador del teatro nacional frances, y el primero de los grandes escritores del siglo llamado de Luis XIV. El amor inspiró á Corneille su primera produccion dramática, que

fué la comedia titulada *Melita*, una de las mas débiles de todo su repertorio, pero que acogida con estraordinario aplauso en Paris, le animó á seguir cultivando aquel género de literatura. Parece que siendo aun muy jóven, un amigo suyo le llevó á casa de su querida, quien prendada de él, no tardó en abandonar las relaciones del que habia presentado en su casa al poeta. Este quiso celebrar á su amada, y tal fué, segun se dice, el orígen de la citada composicion. A *Melita* siguieron *La Viuda*, *La galería de Palacio*, *La criada de la primera dama*, *La plaza real*, *Clitandro* y algunas otras comedias de las cuales no hacemos mas que citar simplemente los títulos, pues en verdad, aunque no carecian de ciertas dotes, no revelaban ni con mucho el superior talento del gran trágico. Tampoco su primer tragedia, la *Medea*, poseia condiciones tales que colocasen á su autor en un lugar eminente en la república de las letras, no obstante que dice Fontenelle, sobrino suyo: «De repente tomó vuelo en *Medea*, y se remontó hasta lo trágico mas sublime.» Pero ya habia inmensa distancia entre esta y sus anteriores producciones. Cierto es que el asunto escogido por Corneille para esta tragedia, no era el mas á propósito para que brillasen sus talentos; fundada la fábula en el poder de los encantamientos y de la mágia, llena de episodios tan inverosímiles como atroces, no poseia aquel interes que comunican á la accion dramática la lucha de afectos y pasiones verdaderas, de acontecimientos que están dentro de la esfera de la naturaleza. Imposible casi es que Corneille desconociese esto mismo; pero sin duda no pudo menos de pagar su correspondiente tributo al gusto y al espíritu de su época:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto;

Eso ha dicho nuestro Lope de Vega, y eso tal vez han repetido para su interior la mayor parte de los grandes ingenios, al mismo tiempo que seguian la corriente del mal gusto. No dejaria tambien de contribuir á ello la especie de servidumbre en que tenia Richelieu á los poetas asalariados de la corte, creyendo comprar esta vergonzosa dependencia, con la pension que por su influjo se les habia asignado. Y lo que decimos es tan exacto, que una vez que Corneille se permitió hacer algunas variantes en el plan concebido por el cardenal ministro, con el fin de darle mas perfeccion, este se manifestó sorprendido y aun enojado al parecer, por cuyo motivo, pretestando el poeta algunas ocupaciones domésticas, regresó al seno de su familia, firmemente resuelto á no seguir otras inspiraciones que las suyas propias. Sin embargo, Corneille acaso hubiera seguido escribiendo comedias, y no pasara nunca de una medianía, á no haber tenido ocasion de tratar en Ruan á un tal Mr. Chalon, que al felicitarle cierto dia por la buena acogida de sus producciones, le dijo: «Vuestras comedias respiran en todo mucho ingenio, mas permitidme que os lo diga; el género que habeis adoptado es indigno de vuestros talentos, y así es que no podreis adquirir mas que una fama pasajera. En los españoles encontrareis argumentos, que manejados por un ingenio como el vuestro, producirán efectos maravillosos. Aprended, pues, su lengua, es fácil; yo me ofrezco á enseñárosla, traduciendo juntos lo primero algunos pasajes de Guillen de Castro.» Tal vez á este consejo, dice un biógrafo frances, debe la escena trágica francesa el desarrollo del génio de Corneille y del gusto de la nacion. En efecto: Corneille se dedicó afanosamente al estudio de nuestro idioma, descubrió muchas de las infinitas bellezas que encierra nuestro teatro, aficionóse á él, y leyendo y releyendo el Cid de Guillen de Castro, vió, que así el héroe como el argumento podian inspirarle una sublime creacion. La representacion del *Cid* de Corneille fué un notable acontecimiento en los fastos literarios

de la nacion francesa, interes, sentimiento, majestad en los personajes, belleza en la locucion, conocimiento de los efectos teatrales, diálogo, caractéres, todas estas y algunas otras dotes forman de la tragedia de Corneille una de las mas hermosas composiciones que en este género se conocen. El entusiasmo de los espectadores rayó en delirio, el aplauso fué espontáneo, y hasta el mismo Boileau, crítico descontentadizo hasta ser indigesto, no pudo menos de decir hablando del *Cid* como de una maravilla naciente:

Todo Paris á Jimena
miraba como Rodrigo.

Pero habia entonces en la corte, como hay en nuestros dias, y como es probable que haya siempre en todas las cortes, una infinidad de autorcillos que no viven sino de la murmuracion, de la envidia y del despecho, y que no bien distinguen á otro que pueda eclipsar lo que ellos tienen por gloria, se desatan contra él en toda clase de críticas necias y pedantescas, de groserías y hasta de calumnias. Así le sucedió á Corneille, y aun le sucedió mas; porque habiendo empezado la guerra la clase de gente de que acabamos de hablar, pronto les siguieron otros que poseyendo verdaderos talentos sufrian mal rivales como Corneille. Dícese, aunque no con suficiente certeza, que hasta un ministro poderoso se coligó contra el *Cid;* porque envidioso de toda especie de fama habia ofrecido al poeta cien mil escudos por su propiedad, con la espresa condicion de que no declarase nunca el nombre del autor, y que este no quiso aceptar. Pero el hecho positivo es que Richelieu que habia protegido la *Medea*, tambien fué de los que acogieron mal el *Cid*, lo cual sabido por la especie de canalla literaria de que dejamos hecho mérito, fué motivo sobrado para que cada cual aspirase á la pension, atreviéndose á propalar, con la mayor desfachatez, que el triunfo del *Cid* marcaba la época de la decadencia del teatro. Ignoramos si el señor ministro concedió una pension á alguno de aquellos *genios*. La academia francesa, cuyo fundador era Richelieu, y este ministro, se ocuparon por espacio de cinco meses en dar su parecer respecto de la obra de Corneille; el cardenal queria condenarla, y temian los académicos disgustar al público, saliendo al fin de todas estas disputas las *Opiniones de la Academia francesa sobre la Tragi-comedia del Cid*, que fueron generalmente aprobadas. Por último, despues de grandes y contínuos sinsabores conoció Corneille que debia cesar en aquella lucha de que ningun provecho sacaba, cediendo con habilidad y dedicándose mas que nunca á trabajar, para responder con buenas producciones, á la intriga urdida contra su talento y contra su gloria. Apurados los calumniosos recursos é invenciones de sus adversarios, acusáronle de pobre ingenio, de traductor adocenado, de imitador servil, en una palabra, de plagiario: y entonces salieron de su pluma tragedias como el *Horacio*, *Pompeyo*, *Cinna*, *Polieuctes*, *Rodoguna*, *Heraclio*, *Sertorio*, *Oton*, *Agesilao*, *Atila*, *Pulcheria*, *Berenice* y *Surena*, y la pieza cómica titulada *El embustero*. Digamos, sin embargo, que esta pieza está casi enteramente tomada de una comedia de Lope de Vega; el *Heraclio*, imitada de otra de Calderon de la Barca; el *Pompeyo*, imitada en parte de Lucano, y la *Medea*, igualmente de nuestro compatriota Séneca; así como el *Cid* lo habia sido del poeta valenciano, antes citado. Pero ¡qué manera de imitar, si aquello era imitacion! Lo cierto es que Corneille tenia un talento de primer órden, y que el poeta que escribe tragedias como las enteramente propias y originales suyas, es uno de esos genios que nacen muy de tarde en tarde. La *Rodoguna*, era la composicion favorita de Corneille, así como el público preferia el *Cinna*. No nos detendrémos en hacer un análisis de las obras del trágico frances, y menos en la tarea ingrata

de examinar los defectos de que adolecen, cuando son tantas las bellezas y de tal bulto, que con justicia se considera á Corneille como uno de los eminentes trágicos del mundo. Antes de poner el catálogo de las demas obras de este ilustre escritor, espondrémos el parecer que un biógrafo emite acerca de Corneille, parecer con el que estamos en un todo conformes: «Si nos detenemos — dice — á juzgarle por las composiciones dramáticas del tiempo de su gloria, no podemos menos de admirar lo sublime de las ideas, la elevacion de sentimientos y la nobleza en sus retratos, la profundidad de la política y la fuerza en los argumentos. Al leer sus obras se conoce que la elevacion nacia de su alma mas bien que de su genio. Era un antiguo romano entre los franceses, un Cinna, un Pompeyo, etc. En él hablan los romanos, como romanos, los reyes como reyes, por todas partes se advierte grandeza y majestad.» Hizo Corneille antes de morir una traduccion de la *Imitacion de Jesucristo*, que aunque muy bien recibida del público, carecia de la sublime sencillez y persuasiva dulzura del original. Murió Corneille casi en la indigencia, y siendo decano de la Academia francesa, en 1684. Hay que incluir en el número de sus tragedias: *El Martirio de Santa Teodora*, siendo las restantes obras las que van á continuacion: *Misceláneas poéticas.—Obras diversas.—Alabanzas de María Santísima, compuestas en rima latina por San Buenaventura*, *y traducidas en verso frances.—El oficio de la Vírgen traducido al frances*, *tanto en verso como en prosa, con los siete salmos penitenciales, las vísperas y completas del domingo*, *y todos los himnos del Breviario romano.*

CORNELIA, matrona romana, perteneciente á la distinguida familia del mismo nombre. Algunos historiadores la acusan de crímenes tan odiosos y estraordinarios, que apenas se conciben; pero con motivo de haber acaecido en los primeros tiempos de Roma (año 423 de su fundacion, 335 antes de Jesucristo), no parecen muy auténticos los sucesos. Aquella célebre capital y sus cercanías se veian afligidas en la época citada de una epidemia que hacia horribles estragos, siendo de notar que los principales patricios, iban muriendo sucesivamente, víctimas de una enfermedad, cuyos síntomas eran idénticos. Sin embargo, era entonces tan poco conocido en Roma el arte de envenenar, que ni aun estaban previstos por ninguna ley los casos relativos á este crímen; y así aquellas muertes se atribuian generalmente al contagio. Pero en medio de la universal consternacion se presenta una esclava al edil curul Q. Fabio y acusa de envenenadoras á mas de veinte damas romanas, y aun segun varios historiadores á trescientas, siendo jefes de la espantosa trama, Cornelia y otra señora patricia llamada Sergia. En efecto; sorprendidas estas dos en ocasion en que preparaban sus ponzoñosos brebajes, fueron llevadas ante la asamblea del pueblo. Reprodújose allí la acusacion en medio de la ansiedad general que habia producido tan estraordinario caso; pero ellas se defendieron con energía, alegando que lejos de ser bebidas venenosas como falsamente se decia, eran remedios saludables. La esclava apareció, pues, aunque por breve tiempo, como calumniadora; pero de repente la ocurre una idea, que acaso podria salvarla del castigo que de otro modo seria inevitable; pide que se mande beber sus confecciones á las dos matronas. Estas lo prometieron así, pero con la condicion de que se les permitiese avistarse antes y consultar con las demas cómplices, y esto hecho, todas bebieron juntas el tósigo, evitando de esta suerte la vergüenza de ser públicamente castigadas. Habia la costumbre en Roma en las épocas de grandes calamidades, de fijar un clavo en el templo de Júpiter Capitolino, y creyendo que el descubierto complot era clara señal de cólera celeste, eligióse

dictador á Cneyo Quintilio, para que se encargase de aquella sagrada ceremonia.

CORNELIA, hija de Escipion el *Africano*, mujer de Tiberio Graco, personaje consular, y madre de los Gracos. Habiendo quedado viuda renunció para siempre á contraer otro enlace, dedicándose particularmente á dar una esmerada educacion á sus hijos, nueve de los cuales murieron, quedándola solo tres. Por este motivo, cuando Tolomeo, rey de Egipto, pretendió casarse con ella, Cornelia rehusó su mano, cada vez mas firme en el propósito que habia formado. Por lo demas, esta célebre romana se hallaba dotada de las virtudes propias de su sexo. Un rasgo de cariño y orgullo maternal la ha hecho célebre en la historia, y es el que pasamos á referir. Una señora poderosa de la Campania, creyendo deslumbrar á Cornelia con la ostentacion de sus riquezas, la enseñó sus joyas que ciertamente eran de gran mérito y valor, rogando á esta que mostrase las suyas. Cornelia llamó á sus hijos, y presentándolos á la campaniana la dijo: «*Aquí teneis mis joyas y mis adornos mas preciosos.*» Este mismo cariño, exagerado al estremo, fué causa de que Cornelia escitase y fomentase la ambicion de aquellos hijos, pasion que andando el tiempo fué tan perjudicial á la república como á ellos mismos; quienes así que se vieron al frente de una de las facciones de Roma, hicieron que se erigiese á aquella una estátua de bronce con la siguiente leyenda: *Cornelia mater Gracchorum.*

CORNELIO NEPOTE. Floreció en tiempo de Cesar y Augusto. Se ignoran casi todos los pormenores de la vida de este historiador, cuyo nombre es bien conocido, particularmente por las personas que se dedican á las carreras literarias. Unos, como Cátulo, le distinguen con el título de *italiano*, y otros, como Ausonio, le dan el de *Galo*; y esta que al pronto parece diversidad de opiniones, puede conciliarse perfectamente, sin mas que leer el pasaje en que Plinio el naturalista dice que habia nacido en las márgenes del Pó, cuyo rio regaba en Italia el pais que formaba la Galia Cisalpina. Cátulo, Ciceron y Pomponio Atico fueron amigos íntimos de Cornelio Nepote, y admiradores de su talento; el primero le dedicó una de sus mas bellas producciones, el orador romano le calificaba con el epíteto de inmortal, Pomponio Atico le colocaba el primero despues de este en el órden de los buenos escritores; y así el mencionado Plinio como Plutarco y algunos otros historiadores, le citan con gran respeto en materias graves; prueba evidentísima de lo que Nepote valia y del alto concepto que merecia de las personas mas autorizadas. Por esta razon se hace difícil creer que sea suya la obra que poseemos con el título de *Vida de los grandes capitanes de la antigüedad*, obra que hay motivos muy fundados para presumir que no es mas que un brevísimo compendio de otra mas importante que habia compuesto Cornelio, quien mas que al género puramente filósofo y moral, se habia dedicado á la ciencia de los hechos y á los estudios históricos, y en este género no ha llegado hasta nosotros ninguna obra suya. Las vidas de que dejamos hecho mérito no son á lo que parece, repetimos, mas que un compendio estractado, digámoslo así, de la obra maestra de Nepote, por Emilio Probo, cuyo nombre llevan al frente y no el del sábio y elegante autor que nos ocupa. Hay mas: hay palabras en las *Vidas* que son anacronísticas, que no pertenecen á los siglos clásicos, frases y conceptos impropios de un escritor de gusto y de genio, defectos gramaticales imperdonables aun en un autor mediano, anfibología y á veces oscuridad en el sentido de las oraciones; la cronología aparecia á menudo trastornada, y tanto los personajes como los hechos suelen estar de cuando en cuando confundidos. Emilio Probo floreció en el siglo de Teodosio,

y cierto número de versos suyos indica que su abuelo y su padre trabajaron con él en la copia de los manuscritos de la obra de Cornelio que se hallaban muy estropeados. El compendio de Probo es, no obstante, lo que dejamos apuntado, un documento precioso, y en vista del cual puede uno formarse una idea aunque remota, de la escelencia de las vidas de los grandes capitanes escritas por Nepote. Ademas de la citada, segun Aulo Gelio y Solin, compuso el historiador que es objeto del presente artículo: *Tres libros de crónicas*, relativas á los tiempos fabulosos y al orígen de las mas importantes ciudades de Italia.—*Ejemplos*: obra tambien citada por Aulo Gelio.—*De los hombres ilustres*, igualmente mencionada por el referido Gelio y por Macrobio.—*Una vida de Ciceron.*—*De los historiadores griegos.*—*Coleccion de cartas*, de que habla Lactancio. Murió Cornelio Nepote reinando Augusto.

CORONEL (doña María Alonso de), fué hija de don Alonso Coronel, y mujer de Alonso Perez de Guzman, llamado *el Bueno* por el sublime sacrificio que en Tarifa hizo por su patria, y de que se hablará en el lugar correspondiente. Los grandes servicios que Perez de Guzman habia prestado al rey de Castilla don Alfonso X, fueron recompensados generosamente por este monarca con toda clase de distinciones, por los años de 1282, en ocasion en que el *sábio* príncipe se hallaba en grande apuro, á causa de la rebelion de su hijo el infante don Sancho. El rey de Marruecos, Aben Jucef, en cuya corte residieron por espacio de algunos años Guzman y su esposa, habia favorecido al de Castilla con un considerable refuerzo en la crítica situacion á que hemos aludido; y cuando Aben Jucef se vió amenazado por los mas poderosos personajes de su reino, los prudentes consejos de doña María y de su esposo, seguidos por aquel, conjuraron el peligro. En esta época fué cuando la noble dama tornó á su patria, y muerto Aben Jucef, vino tambien Guzman á España, estableciéndose en Sevilla. Durante esta ausencia de su marido dió su esposa aquella insigne prueba de honestidad tan célebre como celebrada, y que aunque atribuida por algunos de nuestros historiadores á otra señora del mismo nombre y apellido que la de Guzman, parece fuera de duda que esta fué la verdadera heroina. Citarémos, pues, las palabras con que el P. Mariana encarece la virtud de doña María, aunque otros autores suponen que se equivocó en la persona y el tiempo del suceso. «Su mujer, doña «María Coronel, dice, refiriéndose á la «esposa de Guzman *el bueno*, por no «sufrir la ausencia de su marido, qui«so mas bien perder la vida que de«jarse vencer de malos y deshonestos «deseos; así fatigada una vez de una «torpe codicia, la apagó con un tizon «ardiendo que metió con enojo por «aquella misma parte donde era mo«lestada: mujer digna de mejor siglo, y digna de loa, no por el hecho, sino «por el deseo invencible de castidad.» Otro elogio hace de esta ilustre matrona el insigne Juan de Mena en sus *trescientas*, el cual es como sigue:

Por mas bajo ví otras enteras,
la muy casta dueña de manos crueles,
digna corona de los Coroneles,
que quiso con fuego vencer sus fogueras.
¡Oh, inclita Roma! si de esta supieras
cuando mandabas el grande Universo,
¡qué gloria, qué fama, qué prosa, qué verso,
qué templo vestal á la tal tú la hicieras!

Cuando el sitio de Tarifa por los sarracenos, la noble doña María se halló dentro de la plaza con su esposo, á cuyo lado, á su muerte, acaecida en 1309, la enterraron en el monasterio por entrambos fundado, y que en nuestros dias se ha conocido con el nombre de Gerónimos. En el sepulcro de mármol blanco, erigido á esta señora, se lee el siguiente epitafio:

Aqui yace doña Maria Alonso Coronel,
Que Dios perdone, mujer que fué de Don
Alonso Perez de Guzman el Bueno,
Que finó, era de M.CCC. LXX años.

CÓRONIS ó ARSINOC, hija de Flegias, rey de una parte de la Beocia. Cuentan los mitólogos, que Apolo, prendado de su belleza, trató de seducirla, para lo cual no tuvo que recurrir á estraños medios, como los demas dioses, siempre que acometian empresas semejantes, porque la doncella, viendo la perfecta hermosura del hijo de Latona, fácilmente se dejó vencer accediendo á sus deseos. Irritado su padre, cuando supo su deshonra, llevóla á un monte, donde la infeliz dió á luz á Esculapio, dios de la medicina, y queriendo vengarse del seductor, puso fuego en seguida al famoso templo de Delos. Segun unos, Apolo vengó este ultraje matándole con una de sus flechas, y precipitándole luego en los infiernos; otros dicen que Júpiter fué el autor de este castigo, cuyo peso sufre aun el infortunado rey en los dominios de Pluton, teniendo perpétuamente sobre su cabeza suspendida una disforme roca que amenaza confundirle. Virgilio pone en su boca estas sentenciosas palabras, dirigidas á sus compañeros de suplicios: «Aprended de mí á no despreciar jamas á los dioses.» No todos refieren esta interesante fábula de la misma manera, algunos la hacen todavía mas maravillosa, suponiendo que un cuervo acusó á Córonis de infiel, y que Apolo indignado la convirtió en corneja. Por fortuna la acusada era inocente, y el calumniador no quedó sin castigo, pues habiendo tenido hasta entonces el plumaje blanco, el dios se lo trocó en negro, convirtiendo á la engañosa ave en mensagera de desgracias, y condenándola á alimentarse de cuerpos muertos.

CORREA (Pelagio Perez), uno de los capitanes mas famosos que ha producido el vecino reino de Portugal. Vivió en el siglo XIII. La toma de las plazas de Arronches y Mertola, contra los moros de Algarbe, siendo ya comendador de Alcacer, y la de Estombar, Albor y Tavira, en la cruzada contra los mahometanos, al mando de Correa, aumentaron tanto la celebridad del valiente portugues, que fué unánimemente elegido gran maestre de Santiago, teniendo en su consecuencia que venir á establecerse en Castilla, punto de residencia del jefe de aquella Orden. Tanto como la venida de Correa favoreció la causa de las armas cristianas en España, tanto perjudicó á las portuguesas, pues los moros, aprovechándose de la ausencia del temible caudillo, no tardaron en recobrar gran parte de lo anteriormente perdido. Perez Correa fué una de las personas que mas contribuyeron con sus consejos á que Fernando III emprendiese el sitio de Jaen, cuya plaza entregó algun tiempo despues Aben Ahamar, rey de Granadá, rindiendo vasallaje al monarca de Castilla. Igualmente decidió en el consejo el ánimo de este príncipe á la conquista de Sevilla, que hacia mas de cinco siglos se hallaba en poder de los mahometanos. Loja, Alcolea, Alcalá de Guadaira, Alcalá del Rio y otras varias ciudades se sometieron á las armas cristianas. Mas de un año duraba ya el sitio de Sevilla, y aun prometia durar largo tiempo, á causa de los contínuos refuerzos que la ciudad recibia del Africa, cuando encargado Correa de cortar los que acudian de las montañas de la parte del Norte, presentó batalla á Aben Jaffon, rey de Niebla, que mandaba las tropas infieles, y aunque la desigualdad del número era notabilísima, siendo este en favor del moro, despues de una sangrienta lid, en que se peleó con gran encarnizamiento por unos y otros, la victoria quedó por los cristianos. El paraje en que esta memorable accion se verificó, se llama hoy *Deten tu dia*. Sevilla capituló al poco tiempo, y su sitio es considerado como uno de los mas gloriosos y duraderos despues del de la inmortal Numancia. En cuantas ocasiones se presentaron posteriormente, brillaron el valor, la prudencia y los talentos militares de Correa, quien murió en 1257, y fué

reputado como el primer capitan del siglo XIII.

CORREGIO (Antonio Allegri, llamado el). Nació en Corregio (Italia) en 1494. La originalidad y belleza estraordinaria de sus creaciones, demuestran que el cielo le habia dotado de un genio asombroso para la pintura, y que naciendo con este sublime don, mas debió á él las obras que le inmortalizaron, que á la imitacion ó al estudio de los grandes maestros del arte. Ofrece pocos incidentes notables la historia de Corregio, quien murió de una pleuresía en 1534. Parma y la Lombardía fueron casi los únicos puntos que sirvieron de teatro á la gloria del eminente pintor. Sus principales creaciones son: la *Ascencion de Jesucristo*, el *Juicio final*, la *Asuncion de la Vírgen*, el *San Gerónimo*, la *Noche de Corregio*, el cuadro de *Marsias*, y el *Cristo muerto*, y todos ellos atraen la admiracion del que las contempla, inspirando otros varios sentimientos á que ningun corazon sensible resiste por la verdad, el esquisito gusto en el dibujo, el colorido encantador, la soltura y facilidad de estilo, y los adornos delicados y llenos de novedad que brillan en tan magníficas composiciones. El crítico mas severo apenas echaria de ver despues de un escrupuloso exámen, tal cual incorreccion en los contornos, tal cual rareza en las actitudes, contrastes y posiciones de cabeza. Ningun pintor ha comprendido con tan singular maestría el arte de los escorzos y la magia de los cielos rasos, y á él le cabe la gloria de haber sido el primero que ha pintado figuras en el aire, adelanto precioso y merced al cual los cuadros á que se aplica, presentan un aspecto poético y delicado. Lo que no deja de sorprender es, que siendo tan eminente su mérito, viviese pobre; pero en su carácter sencillo y modesto ni siquiera sospechaba la grandeza de su genio y el valor de sus cuadros, y este mismo carácter le alejaba de los honores y distinciones, que otros con partes mucho menos aventajadas alcanzan. Baste el siguiente rasgo para dar una idea de lo que era Corregio. Entregáronle por un cuadro doscientas libras, cantidad que causó tanta alegría al pobre artista, que casi estuvo á punto de volverse loco; pero se la habian dado en moneda de cobre, Corregio tenia que caminar doce millas para llegar á su casa, y no reparando en la carga que llevaba, ¡tal era su contento! el sol ardiente de la estacion, fué el orígen de la enfermedad que en poco tiempo le condujo al sepulcro. Sobresalió Corregio en el claro oscuro y en los escorzos, combinándolos de tal suerte en sus composiciones, que producen un efecto admirable, distínguese igualmente por la gracia singular de sus pinturas, por la dulce espresion de las formas angélicas, por la osadía de su pincel, por los desnudos, las ropas, y algunas otras prodigiosas dotes que revelan el genio que le hizo esclamar, contemplando una obra de Rafael: *Anch'io son pittore.* «Tambien yo soy pintor.» Pintó la cúpula de San Juan de Parma, que representa la *Ascension de Jesucristo*, obra maestra y que grandes maestros, como Carracho, el Dominiquino, Guido y otros, han tomado por modelo de las suyas, lo cual creemos sea suficiente elogio. Pero la obra clásica de este famoso artista es la pintura de la media naranja de Parma, que representa la *Asuncion de la Vírgen*. Solo viendo tan magnífica creacion, solo contemplando aquel hermoso cielo lleno de figuras de ángeles, apóstoles, etc., aquellas tintas delicadas y suaves, solo así es posible formarse una idea de lo que la obra vale. En sus cuadros de mujeres, niños, ó escenas alegres y voluptuosas casi es incomparable, porque están tan bien entendidos los juegos, las gracias, la inocencia, la alegría, la ternura, las actitudes, las formas, y, en una palabra, todas las condiciones de este género que, como dice muy bien un biógrafo, parece que Corregio pintaba entonces con el so-

plo. En todas estas obras se descubre un genio observador, un profundo conocimiento de los afectos, de las pasiones y de la organizacion esterior del cuerpo, y deseando sin duda aplicar mas en grande estos estudios, hizo su célebre fresco del convento de benedictinas en la ciudad ya mencionada, composicion bellísima sobre todo encarecimiento, y que causa en el ánimo la mas agradable sensacion. Consiste dicho fresco en varios grupos de niños jugando, y en cuya parte inferior se ve á Diana en un carro tirado por corzos.

CORTE (Juan de la). Nació en Madrid en el año de 1597, y pasa por uno de los pintores mas distinguidos. Siguió la escuela de Velazquez, y sobresalió particularmente en las pinturas de paises, perspectivas y batallas, que demuestran un genio nada vulgar, y son muy apreciadas de los inteligentes. El buen gusto con que sabia elegir las tintas, y la soltura y facilidad en el manejo de los pinceles se advertia en todas sus composiciones. Entre estas figuran como las principales el socorro de Valencia del Pó, por don Carlos Coloma, cuya cabeza pintó el mismo Velazquez; el incendio de Troya y el robo de Elena, todas las cuales se hallan en el salon llamado de Reinos, en el Buen Retiro; algunas batallas que se conservan en la habitacion de la infanta, y el juicio de Páris: estas dos últimas están en un pasillo del citado palacio. Murió Juan de la Corte en Madrid, en el mismo año que su maestro, es decir, en 1660.

CORTES (Fernando ó Hernan). Vamos á hablar de uno de los hombres mas ilustres de nuestra patria, de una de esas grandes y hermosas figuras históricas, que si en todos tiempos han merecido la admiracion universal, nunca con mayor motivo que en los presentes, en que el valor, el génio, la virtud, las acciones generosas, todo, en fin, parece que se va empobreciendo, como si la dignidad humana hubiera caido del pedestal de su gloria, para arrastrarse por el mezquino lodo de la pequeñez actual. Lejos de nosotros la idea de negar los progresos modernos, la humanidad nunca se ha detenido en su marcha, y seria un absurdo suponer que los hombres de ayer, fueron mejores que los de hoy; pero los intereses del presente no son los del pasado; móviles menos nobles, menos elevados, guian en nuestra época á los hombres; lo que en otros tiempos se ensalzaba como sublime, en el actual se desdeña como ridículo; y cuando el amor de la patria, cuando la libertad, cuando la creencia religiosa, cuando la fe política, cuando la abnegacion y el sacrificio son objetos de necia sonrisa y de sarcasmo, el hombre virtuoso, de ciencia y de entero corazon se aisla, mientras la osadía y la ignorancia dirigen el movimiento de la sociedad. Nació Hernan Cortes en Medellin (Estremadura), en 1485, siendo sus padres Martin Cortes de Monroy, y doña Catalina Pizarro Altamirano, descendientes de nobles familias del pais. Con el objeto de seguir una carrera literaria, cursó Hernan Cortes dos años en la universidad de Salamanca; pero su inclinacion y génio fogoso le hacian mas á propósito para la vida activa del militar, que para la pacífica del estudiante; y así pasó, con licencia de sus padres, á Italia, en cuya guerra se hallaba á la sazon ocupado el Gran Capitan, Gonzalo de Córdoba. Ya iba á embarcarse Cortes para Nápoles, cuando fué asaltado de una enfermedad; mas no bien se vió restablecido, desistió de su proyecto de seguir aquella campaña, y dirigió sus miras hácia las Indias occidentales. Era necesario todo el valor de que se hallaban adornados nuestros mayores para emprender espediciones y viajes tan arriesgados, en un tiempo en que el arte de navegar habia hecho tan pocos progresos. Verdad es que la gloria y las riquezas que la conquista de aquellas re-

motas regiones prometian, eran grandes estímulos para los corazones valientes; pero muchos y muy grandes eran tambien los peligros que á la vista se ofrecian. Partió nuestro insigne estremeño para Santo Domingo, en 1504, y su pariente don Nicolas Ovando, gobernador de la isla, le recibió con las mayores muestras de afecto y distincion, admirando, como todo el mundo; el gallardo porte y noble fisonomía de aquel jóven, que así se distinguia por su destreza en los ejercicios militares, como por su discrecion y amable franqueza de su carácter. Allí desempeñó Cortes varios empleos que Ovando le confió, conociendo que no seria perdida la proteccion que le dispensase, pues su genio se revelaba ya hasta en sus mas pequeñas acciones. Cuando la espedicion á Cuba (1511), partió de Santo Domingo en compañía de Diego Velazquez, y por entonces contrajo matrimonio con doña Catalina Suarez de Pacheco. No menos proteccion encontró Cortes, que en Ovando, en Velazquez, quien deseando premiar los servicios y talentos del valeroso estremeño, le nombró alcalde de la ciudad de Santiago, empleo que á la sazon era de importancia, y que Cortes desempeñó satisfactoriamente, á pesar de hallarse rodeado de las circunstancias mas críticas. Poco despues del descubrimiento de Méjico por Grijalva, Velazquez confió la conquista de este imperio á Cortes; tan elevada era la idea que tenia de sus conocimientos, intrepidez y prudencia. Partió, pues, el jóven guerrero para aquella arriesgada y difícil espedicion (1518), que tan ancho campo ofrecia á su ambicion y á su génio emprendedor, al frente de diez naves, algunas piezas de artillería, y una reducida fuerza de infantes y caballos. Pero, sea que los enemigos de Cortes, envidiosos de su elevacion, ó codiciando las riquezas que aquella conquista ofrecia, trabajasen en su descrédito y ruina, sea que el mismo Velazquez se hubiese arrepentido de su eleccion, nombrando teniente suyo á un jóven del mérito de Cortes, es lo cierto que su afecto se trocó en antipatía y despecho, y así se apresuró á revocar el nombramiento, despachando al propio tiempo algunos correos, con el objeto, no solo de que se quitara el mando á Cortes, sino para que le arrestasen. Pero antes que la ejecucion de este decreto, llegó á Cortes la noticia de lo que se trataba, y considerándolo como un agravio hecho á su dignidad y pundonor, cuando ninguna razon habia que autorizase una medida semejante, se presentó á sus amigos y soldados con ánimo de esplorar sus ánimos, y conocer cómo tomaban la ofensa de su capitan. Todos ellos se manifestaron tan de su parte, que ya no vaciló Cortes en su resolucion, y así se dirigió á la Habana, á cuyo puerto arribó felizmente. En tanto no abandonaba los preparativos de la conquista, ya reuniendo mayor número de soldados, armas y provisiones, ya dictando las mas acertadas medidas, é instruyendo á su gente en todo género de ejercicios. Como era de suponer, Velazquez se irritó al saber que Cortes habia llegado á la Habana con todas las fuerzas, en vez de hacer entrega del mando, y envió á Garnica con nuevas órdenes en el mismo sentido. Pedro Barba, que era el encargado de prenderle, mas estaba de parte suya, que de Velazquez, y su comision no hubiera podido realizarse en manera alguna, en atencion á que las tropas estaban enteramente inclinadas en favor de Cortes. La armada salió del puerto de la Habana en 10 de febrero de 1519 para la isla de Corumel, en uno de cuyos puertos vecinos á la costa descansó la gente tres dias. Componíase entonces el ejército, contando con el aumento que habia tenido desde que Cortes se separó de Velazquez, de 508 soldados y 16 caballos, número que por sí solo basta para dar á conocer lo grande, lo heróico, lo maravilloso de la empresa. El intrépido caudillo pasó una revista á sus tropas, inflamando su valor con la pintura de

la gloria, de la honra y el provecho que, así á ellos, como al rey, y á la patria, resultarian de dar feliz cima á la espedicion. No hubo por entonces necesidad de recurrir á medidas violentas, porque presentándose algunos indios en actitud pacífica, fueron bien acogidos en el campo de los españoles. Noticioso el cacique de la llegada de los estranjeros, pasó al dia siguiente á visitar á Cortes, seguido de numeroso acompañamiento, y le entregó un regalo, á que correspondió el caudillo castellano con muestras de benevolencia, agasajo y amistad. Unos prisioneros españoles fueron rescatados con varias bagatelas, por consejo del mismo cacique. Cerca de la costa de Corumel habia un templo con un ídolo, al cual hacian sacrificios horribles los naturales del pais; y como precisamente á la sazon predicase un sacerdote ante una multitud de indios, Cortes trató de apartar de su error al cacique, por medio del intérprete; pero el ministro de aquel sanguinario culto prorrumpió en imprecaciones y amenazas tales, contra todo el que osase turbar aquellas ceremonias, que el caudillo español no pudo menos de llenarse de indignacion, lo cual visto por los soldados, derribaron todos los ídolos y adoratorios que encontraron, levantando luego un altar en donde se colocó una imágen de la Vírgen, y se celebró al dia siguiente una misa á que asistieron el cacique y muchos indios. Continuó la armada su navegacion, y penetrando los españoles en la provincia de Tabasco, encontraron tenaz resistencia en los indios, quienes, no solo desoyen toda proposicion de paz, sino que se oponen á la entrada del rio, y se empeñan en hostilizar á los que consideran como enemigos. Pero pronto tuvieron que arrepentirse de su indiscreta temeridad, porque apurado el sufrimiento del ilustre caudillo estremeño, que tentó cuantos medios conciliatorios estuvieron al alcance de su prudencia para evitar un conflicto, dió á su gente órden de pelear, huye la multitud, saltan los españoles en tierra, y despues de un combate de algunas horas, estos asaltan y toman la ciudad de Tabasco. No escarmentados los indios con el mal éxito de su empeño, logran reunir un ejército tan formidable que la vista no le hallaba término, y en esta disposicion se presentan al puñado de bravos castellanos, que lejos de atemorizarse, arden en deseos de acometer la hazaña casi increible de combatir con tan desigual número. La batalla fué reñidísima y sangrienta, y en aquel memorable dia quedaron derrotados mas de cuarenta mil indios, debiéndose la mejor parte del triunfo á Cortes, que á la cabeza de los diez y seis caballos hizo prodigios de valor, rompiendo y destrozando cuanto se oponia á su paso. En el mismo sitio donde los españoles ganaron esta victoria, se erigió un templo dedicado á Nuestra Señora de la Victoria, que fué el nombre que mas adelante se dió tambien á la primera villa que se pobló de españoles en aquella provincia: No se ensañó Cortes en los vencidos despues de esta gloriosa accion, antes, disponiendo que los prisioneros fuesen llevados á su presencia, les hizo algunos regalos para ellos de gran valor, diciéndoles que él *sabia vencer y perdonar*, con cuyo acto y otras afectuosas demostraciones, se conquistó el afecto de los indios, que le llevaron varios presentes, proponiéndole al mismo tiempo la paz de parte del cácique de la ciudad conquistada, que reconoció al emperador Cárlos por su señor y monarca. Seguros por esta parte los españoles, se hicieron á la vela, y llegaron á San Juan de Ulúa. Al poco tiempo se presentaron algunos indios, entre quienes iba una mejicana llamada doña Marina, que servia de intérprete á sus compañeros. Estos ofrecieron en nombre de los ministros de Motezuma favorable y hospitalaria acogida á los españoles, quienes saltaron en tierra, y cuyo jefe Cortes fué visitado por dos generales del emperador de Méjico, llamados

Teutile y Pilpatoc, que le hicieron un magnífico regalo en nombre de Motezuma, al cual correspondió el español con otro, pidiendo al mismo tiempo licencia para pasar á Méjico. Antes de regresar á esta capital los embajadores, presenciaron algunos ejercicios militares, en que tomaron parte, así los infantes, como la caballería y la artillería, y que causaron tal impresion de asombro en el ánimo de los indios, que consideraban á aquellos estranjeros casi como seres de un órden superior. Motezuma, alegando varios pretestos mas ó menos especiosos, se negó á los deseos manifestados por el caudillo español, pero este, constante en su proyecto, á pesar de algunas discusiones suscitadas entre su gente, y que con su rara prudencia logró disipar, despues de dar audiencia al cacique de Zempoala, pasa á Quiabislan; fundando allí la ciudad de Vera-Cruz, nombra ayuntamiento en que considera representada la autoridad de España, y renuncia el título de teniente de Velazquez. Admitida la renuncia por la nueva corporacion, esta le confió otra vez el mando de la conquista, y Cortes entra en Zempoala, en donde se enteró del estado del imperio mejicano, y del descontento que en todo el pais reinaba contra Motezuma, que era universalmente aborrecido por su tiranía. El ejército llegó á Quiabislan, aumentado con cuatrocientos indios tamenes, y habiéndose presentado en dicha ciudad unos ministros del emperador de Méjico, que no contentos con reprender á los caciques por el buen recibimiento que le habian hecho de los españoles, hasta se atrevieron á espresarse respecto de estos con punible desprecio y altanería; Hernan Cortes mandó prenderlos, así por castigar su audacia, como por evitar las funestas consecuencias que su genio previsor adivinaba si no se les ponia á recaudo. Unicamente dos de aquellos ministros quedaron en libertad, y publicado este acto de benevolencia, estendióse por los pueblos inmediatos la noticia del franco trato y benignidad de los estranjeros, cuya fama de superior inteligencia y fuerza sobrenatural, y el deseo al par de sacudir el yugo de Motezuma, fueron despues poderosos auxiliares de la conquista. Cerca de cuarenta caciques, dueños de la montaña, se presentaron á Cortes ofreciéndole sus servicios y gente, y prestando el juramento de fidelidad y obediencia al monarca español. Llegan los dos ministros de Motezuma á Méjico, y al oir el relato que estos le hicieron del carácter generoso de Cortes y de las maravillas que habian visto ú oido, el emperador empieza á concebir sérios temores, y despacha otra embajada que, ademas de varias proposiciones, llevaba el encargo de pedir al jefe español que se alejase de Zempoala, para poder castigar á los súbditos rebeldes. Cortes, resuelto mas que nunca á llevar á cabo su empresa, desatendió con buenas razones las quejas de Motezuma, y despues de apaciguar algunas disensiones ocurridas entre varios caciques, y destruir los ídolos del paganismo, ante cuyas aras se presentaban todos los dias víctimas humanas, erigiendo en aquellos mismos sitios altares al verdadero Dios, partió para Vera-Cruz, en donde se hallaba el ejército que recibió el refuerzo entonces considerable de diez soldados, un caballo y una yegua al mando del capitan Luis María, que iba de la isla de Cuba en un buque de escaso porte. Todo al parecer favorecia los altos designios de Cortes; pero sus satisfacciones eran á veces acibaradas por disgustos y sobresaltos, tanto mas graves, cuanto que se los ocasionaban los mismos que debian auxiliarle en sus planes. El valeroso Cortes ya se disponia á escribir á S. M., dándole cuenta del magnífico estado de su empresa, solicitando la revalidacion de su nombramiento de capitan general y enviándole cuantas alhajas, riquezas y presentes habia reunido, cuando ocurrió una sublevacion entre varios de sus soldados y marineros, que proyectaban fugarse para

dar aviso de todo á Diego Velazquez. Pero Cortes sabe lo que se trata en la misma noche de la fuga, y acudiendo con mano pronta al remedio que en aquellas circunstancias convenia, castiga con la pena de muerte á dos soldados, y manda azotar á otros dos, prévia la formacion de una breve causa. Por de pronto habia conjurado el mal; pero podia en lo sucesivo intentar el atrevimiento de los soldados algun designio semejante, y la necesidad reclamaba nuevas disposiciones. Inspirado entonces de una idea heróica y tal, que apenas hay ejemplo de ella en las historias, manda incendiar y destrozar las naves que componian toda su armada, y el reducido ejército castellano queda separado de sus compatriotas del Nuevo Mundo, y sin mas comunicacion que con los pueblos numerosos, bárbaros y feroces que le rodeaban. ¿Quién sino un hombre del temple de Cortes, un hombre que ama á su patria, á su soberano, que es esclavo de sus deberes, dotado de un corazon valeroso, hubiera sido capaz de ejecutar la hazaña que mencionamos? Considérense bien los hechos, medítese la situacion de Hernan Cortes y de su gente, y dígase si ha habido en los tiempos antiguos ni modernos quien haya dado ejemplo de tal heroicidad. Por fin, se pone en marcha el ejército, y despues de infinitos trabajos, entre los cuales no fueron los menores el frio escesivo y la falta de provisiones, penetró en la provincia de Tlascala, en cuya sometida capital entró Cortes en 23 de octubre de 1519, habiendo antes ganado algunos combates en los que fueron derrotados millares de indios. Escarmentó á Cholula, cuyos habitantes le habian llamado con perfidia para perderle, y llegó á vista de Méjico quince dias despues. Uno de los generales de Motezuma, llamado Qualpopoca, no solo habia invadido el territorio de los indios que permitieron á Cortes fundar á Vera-Cruz, sino que les habia impuesto crueles castigos por su amistad con los españoles, y aun envió al emperador la cabeza de uno de estos últimos, prisionero de guerra. Motivos eran estos mas que suficientes para que nuestro insigne compatriota se quejase á Motezuma, como lo hizo, y para que vituperase á este su mala fe en los términos que el caso requeria. Despues siguió el tirano emperador á Cortes, que habia ido á verle en su propio palacio, y entrando en el alojamiento del caudillo castellano, allí le retuvieron durante algunos dias, al cabo de los cuales, le dijo Cortes con franca alegría: *Que ya quedaban castigados los que se atrevieron á manchar su fama, y él habia cumplido ventajosamente con su obligacion, sujetándose á la justicia de Dios con aquella breve intermision de su libertad.* Mandó Cortes que quitasen los grillos á Motezuma, dióle permiso para que fuese á su palacio, y entrambos vivieron en buena armonía, habiéndose prohibido de comun acuerdo los sacrificios de sangre humana. El mismo emperador, que tanta resistencia opuso á la entrada de los estranjeros en sus dominios, convocó una asamblea, ante la cual sometió su imperio al rey de España, tributándole vasallaje, así él, como sus súbditos, cuya declaracion, aceptada por Cortes, se publicó en todo el imperio mejicano. Motezuma quiso dar ejemplo de obediencia, y presentó á Cortes, á manera de tributo, grandes riquezas, imitándole tambien todos los nobles é indios principales; en términos, que el valor de estas sumas reducidas á barras de oro, ascendió á seiscientos mil escudos. No hay duda en que solo la necesidad fué la que obligó al emperador á este y otros muchos actos, pues lo que él verdaderamente deseaba, era el verse libre de aquella gente estraña, y así no cesaba de aconsejar á Cortes que se tornase á su patria, puesto que ya habia logrado cuanto apetecia. La idea de Motezuma era sacudir el nuevo yugo, organizar sus fuerzas y resistir las invasiones futuras, ya que aquella no le halló tan prevenido como hubiera sido menester; el

valeroso estremeño se propuso desconcertar la astucia con la astucia, y así fingió acceder á los deseos del monarca indio, pero le pidió algun tiempo, á fin de construir los buques que para su regreso necesitaba; creyóle Motezuma, y con el objeto de apresurar mas y mas el viaje, le facilitó operarios, instrumentos y maderas; en tanto que Cortes proseguia y aseguraba lentamente su conquista. No pudiendo ahogar sus resentimientos Diego Velazquez, envió contra Cortes, al mando de Pánfilo Narvaez, una espedicion compuesta de doce navíos y otros buques, ochocientos infantes, ochenta caballos y doce piezas de artillería. Decia Diego Velazquez que su rival habia dado principio á las operaciones sin sus órdenes, y así una de las comisiones de Narvaez era la de prender al invicto caudillo si podia haberle á las manos. Vanas fueron las proposiciones amistosas que por medio de sus diputados hizo Cortes á Narvaez, pues este, ademas de tratarle como rebelde y traidor, prometió crecidas recompensas al que le entregara muerto ó vivo. Apurados todos los medios de conciliacion, resolvióse el noble estremeño á buscar á su enemigo, no obstante las escasísimas fuerzas con que contaba, y aun esponiéndose á perder el fruto de sus conquistas. Ya hemos dicho la superioridad numérica de los soldados espedicionarios; sabemos tambien el estado del ejército de Cortes; pero lo que debemos manifestar es que de él ochenta hombres tuvieron que quedar en Méjico, á las órdenes de Pedro Alvarado, y solo doscientos sesenta y seis, que era el resto, siguieron á nuestro héroe. Presentóse este junto á Zempoala, en donde se hallaba Narvaez; y deseando á toda costa evitar conflictos y desgracias, mas fatales que á nadie á los españoles, el generoso caudillo renovó sus proposiciones de paz, añadiendo una que prueba al par su desprendimiento, y los leales impulsos que le guiaban al hacer la conquista: la proposicion á que aludimos, se reducia á hacer á Narvaez dueño de Méjico, mientras él continuaba sus descubrimientos y conquistas. Tentado por la ambicion, la codicia ú otros motivos mas ó menos nobles, parece que Narvaez se avino á todo, aunque con ánimo de preparar una emboscada á su compatriota, deshacerse de él y trabajar luego por su cuenta. Pero el cielo destinaba á Cortes á mayores hazañas; tuvo el amenazado héroe noticia de la perfidia que contra él se tramaba, y sorprendiendo de noche á Narvaez, que se habia retirado á un adoratorio, huyendo de una violenta tempestad, fué herido y hecho prisionero, siguiéndose de aquí la rendicion de sus tropas, que al punto reconocieron por jefe al valiente estremeño, cuyo ejército, con este motivo, ascendió á mas de mil infantes, cien caballos, una escuadra de once navíos y siete bergantines. Entonces se dió á conocer la mala fe de los mejicanos, que apenas vieron ausentarse al caudillo que mas temian, se sublevaron y cercaron á Pedro Alvarado en su palacio, en donde tambien se hallaba Motezuma. Apenas recibe Cortes la carta de su teniente, en que se le comunicaban tan malas nuevas, se dirige á Méjico al frente de mas de tres mil hombres, pues se le agregaron en Tlascala dos mil indios. Los prodigios de valor que los españoles hicieron en Méjico, despues de la entrada de Cortes en esta famosa capital, esceden á todo encarecimiento; pero nada es bastante á contener el furor de los indios, que reunidos en tropel inmenso, todo lo llevan á sangre y fuego. El mismo Cortes recibió un flechazo en una mano; y el desgraciado Motezuma que quiso apaciguar con su presencia la rebelion, saliendo á un terrado y exhortando á los mejicanos á la paz, fué, no solo recibido con injurias, sino que, acertándole una pedrada, cae en tierra y muere á los tres dias. Por último, viendo los indios el horrible estrago que en ellos habian causado los españoles, viendo llenas las calles de cadáveres,

y no pudiendo contrarestar el indomable valor de sus enemigos, piden la paz á Cortes, aunque interiormente resueltos á rebelarse otra vez. Suspendiéronse las hostilidades por una y otra parte; y Cortes trató de retirarse, porque á pesar de sus triunfos, los peligros que le rodeaban eran muchos é inminentes. Reunido el consejo de oficiales, se aprueba la retirada, y el ejército español evacua la capital en el silencio de la noche. Pero los indios habian roto la calzada en varios puntos, por los cuales tenian que pasar necesariamente las tropas de Cortes; el tránsito era ya dificilísimo por esta causa, así es que los españoles tuvieron que improvisar puentes en los rios, canales, etc., en cuyas operaciones perdieron doscientos hombres, siendo incomparablemente mayor el número de los indios que sucumbieron por intentar oponerse á las obras. Mas adelante habia apostada una multitud considerable de ellos, que cayó sobre nuestras tropas de improviso, pero que peleando despues en desórden como tenian de costumbre, quedaron derrotados, siendo tal el número de indios muertos, que bastaron sus cuerpos para cegar el canal, sin mas que arrojarlos en él, sirviendo de puente al ejército. Los españoles que aun quedaban por la parte de la ciudad, no pudieron ser socorridos á causa de haberles cortado los mejicanos la comunicacion con sus compañeros; y allí murieron despedazados por sus fieros enemigos. Por último, al rayar el dia acabó Cortes de salir á tierra, con una pérdida de doscientos españoles, mas de mil tlascaltecas, cuarenta y seis caballos, algunos capitanes, y la artillería que habia mandado echar al agua para desembarazar el paso. Despues de descansar cerca de Tacuba, vuelve á ponerse en marcha el ejército, cada vez mas animado á pesar de las fatigas, el hambre y la sed, y llega á una cumbre, á cuyos piés está el valle de Otumba. Dirigíanse á Tlascala por aquel camino, cuando la descubierta, despachada por Cortes, vuelve con la noticia de que un ejército de doscientos mil indios ocupaba y cerraba el paso de aquel valle que necesariamente tenian que atravesar los nuestros. Ni aun con el recurso de la artillería contaban ya estos; de suerte que no habia otro remedio que vencer ó morir; pensar en la victoria era locura, pero morir como cobardes hubiera sido deshonra. Decididos, pues, á hacer el último sacrificio por su patria, resolvieron aceptar la batalla, y sucumbir en ella como valientes; sucumbir porque pasaba de los límites de lo posible el creer que aquella jornada, la mas desigual y sangrienta de que hay memoria, hubiera de coronar gloriosamente el valor sobrenatural de aquel puñado de bravos. Y sin embargo, así sucedió; trábase el combate, todo es horror, gritos, lamentos y sangre; derriba Cortes de una lanzada al caudillo enemigo que lleva el estandarte del imperio, recoge esta insignia Juan de Salamanca y se la entrega á su general, y acuchillados y dispersos los indios por los españoles, quedan veinte mil de los primeros muertos sobre el campo de batalla. Si portentosa es esta victoria, no lo es menos el que solo pereciesen tres soldados de los nuestros, quedando el mismo Cortes gravemente herido de una pedrada en la cabeza. Grande fué tambien el triunfo que este consiguió al poco tiempo contra las tropas mejicanas y de Tepeaca en la provincia de este nombre, situada en el camino de Veracruz; y despues de mandar construir allí una ciudadela llamada *Segura de la frontera*, marchó contra Guatimozin, sobrino de Motezuma, que se habia proclamado emperador de Méjico, por muerte de Quetlavac. Entonces llevaba Cortes treinta mil tlascaltecas y trescientos españoles; y así no le fué difícil derrotar las innumerables huestes mejicanas. El nombre del valiente general español era ya repetido en todas partes con asombro, respeto y temor; los caciques comarcanos se apresuraron á tributarle homenaje, y pron-

to se vió al frente de un ejército de mas de ciento veinte mil indios, que se aumentó con los refuerzos que Velazquez enviaba á Narvaez, creyéndole vencedor de Cortes, y que se unieron al conquistador, cuya fama ya no podia ser eclipsada. En 1520 escribió otra vez Cortes á Cárlos V, quien le contestó de su propio puño, nombrándole luego virey de las tierras que habia conquistado y conquistase, y prohibiendo á Velazquez que pusiese obstáculos á las empresas del ilustre español. En tanto Hernando no estaba ocioso; apoderóse de la ciudad de Izucan, arrojó de toda aquella frontera á los mejicanos, trató de volver á Méjico, mandando al efecto construir algunos buques con el objeto de evitar los apuros en que se vió, cuando su retirada de aquella capital, y pôder navegar por la laguna, y comprando un navío de Canarias cargado de armas, pólvora y otras municiones de guerra, sale de Tlascala, entra en Terenco, cuyo rey huye, socorre las islas de Chalco y Otumba contra los mejicanos, se dirige á Alcotan, y la destruye para castigar las crueldades que sus habitantes habian cometido contra unos pacíficos mensajeros, conquista otras muchas plazas, derrota un ejército numeroso junto á Suchimilco, y, en fin, por do quiera le sigue la victoria, á pesar de hallarse continuamente rodeado de peligros y asechanzas, siendo lo peor del caso que sus propios soldados se conjurasen contra él en varias ocasiones. Así le sucedió al volver á Terenco: los conjurados intentaban asesinarle, para nombrar otro general que los llevase á Cuba, pero descubierta la traicion, uno de los principales autores de ella, Antonio de Villafaña, fué condenado por un consejo de guerra á ser pasado por las armas. Cortes conocia los nombres de los cómplices, pues se encontró entre los papeles del Villafaña una lista en que estaban todos, pero usando de la clemencia de que ya habia dado pruebas en otras ocasiones, hizo como que lo ignoraba. Preso tambien el jefe de los tlascaltecas, Jicotencal, el mozo, que habia seducido á muchas compañías y huido con ellas, sufrió la misma suerte que Villafaña. Reconociendo Cortes el estado de sus fuerzas, y situacion del pais que recorria, juzgó que ya era tiempo de atacar á Méjico. Llevaba á la sazon un ejército de novecientos españoles, noventa y seis caballos, diez y ocho piezas de artillería, trece bergantines y cien mil hombres de tropas auxiliares. Dióse, en efecto, el asalto por las tres calzadas, y aunque la resistencia de los mejicanos fué la que exigia la defensa de todos sus intereses, patria, familia, religion, haciendas, etc., al fin pidieron una suspension de armas por cuatro dias. Lo que los sitiados querian era ganar tiempo, á fin de salvar al emperador Guatimozin; pero cuando ya llevaban á este oculto en una de las piraguas de la armada, García de Holguin, despachado por Cortes que ya sospechaba la evasion, apresó la piragua en que iba el emperador, quien le dijo estas palabras: «*Soy tu prisionero, é iré donde me lleves; solo te pido que atiendas al decoro de la emperatriz y de sus criadas.*» Luego que se hizo pública en la capital la fatal nueva, los mejicanos huyeron en el mayor desórden, si bien mas asombrados que temerosos, pues verdaderamente se habian defendido antes con admirable denuedo, y aun hubieran continuado en la pelea á no ocurrir el suceso que acabamos de mencionar. El ilustre conquistador mandó suspender el ataque, y salió al encuentro del desgraciado príncipe, á quien trató con las consideraciones debidas á su alta clase é infortunio. El dolor hizo prorumpir al noble indio en estas palabras:—«¿Qué «aguardas, valeroso capitan, que no «me quitas la vida con ese puñal que «traes al lado? Prisioneros como yo «siempre son embarazosos al vencedor. «Acaba conmigo de una vez, y tenga «yo la dicha de morir á tus manos, ya «que me ha faltado la de morir por mi «patria.» El llanto interrumpió su dis-

curso, al cual contestó Cortes: «Que «no era su prisionero, ni habia caido «en semejante indignidad su grandeza, «sino prisionero de un príncipe tan «poderoso, que no tenia superior en la «tierra; que por el tiempo que tardase «la noticia de sus órdenes, seria res«petado y servido entre los españoles, «de manera que no le hiciese falta la «obediencia de los mejicanos.» Todos estos sucesos acaecieron en 13 de agosto de 1521, despues de tres meses de un sitio reñido y sangriento. Reconocido el monarca español como soberano de aquel vasto imperio, regresó Cortes á su patria, desembarcando en Palos en diciembre de 1521. Las poblaciones todas que encontró en su tránsito para Madrid, rivalizaron en obsequios y festejos al ilustre conquistador, quien, llegando á la corte, fué recibido por Cárlos V y la grandeza del reino, como merecian sus servicios y hazañas casi fabulosas. Hízole el rey marques del Valle, le dió ciertos pueblos y le nombró capitan general de Nueva España (que fué el nombre que se dió á Méjico) y mar del Sur. Restablecido de una grave enfermedad que por entonces padeció, volvió á Nueva España, aunque solo con el mando militar, y en 1536 descubrió la península de la California. Los émulos de su gloria, infatigables en su afan de derribarle, le obligaron á abandonar el mismo pais por él conquistado, y dar la vuelta á su patria, en donde creia encontrar mas sosiego, y la recompensa que merecian sus grandes servicios; acompañó como voluntario á su soberano cuando la espedicion de Argel, y peleó con el valor que en cien ocasiones habia acreditado. Por último, le sucedió lo que con harta frecuencia suele acontecer á los grandes hombres, y es que llegó á verse casi completamente olvidado, en términos de que en una ocasion, á duras penas pudo conseguir audiencia del monarca. Fácilmente se concebirá lo que un hombre de su mérito y de su temple deberia sufrir al considerar lo mucho que habia hecho, y lo mal que se le pagaba. Un dia se acercó al coche en que iba Cárlos V, y subiendo al estribo de la portezuela, preguntóle este con admiracion:—«*¿Quién eres?—Soy*, le responde Cortes con noble altivez, *un hombre que ha dado á V. M. mas provincias que ciudades le han dejado sus abuelos.*» Como no le concediesen regresar á Nueva España, una pasion de ánimo, una profunda melancolía fué minando su existencia, y al cabo le condujo al sepulcro en 2 de setiembre de 1547, hallándose en Castilleja de la Cuesta. Fué depositado su cuerpo en la capilla de los duques de Medina Sidonia, y sus huesos trasladados mas adelante á Nueva España. Poseia el célebre conquistador estremeño cuantas prendas constituyen un verdadero héroe; conocimientos militares, valor, serenidad, prudencia, fecundidad de recursos, en todo era modelo; y solo así se concibe que con un puñado de hombres, á remotísima distancia de su patria, en pais bárbaro y enemigo, y en medio de toda clase de fatigas, privaciones y miserias, pudiera hacerse dueño del vasto territorio de Méjico, á que despues, como hemos dicho, se dió el nombre de Nueva España. Grandes fueron los servicios que prestó á su patria; grandes los que prestó á la religion, destruyendo una idolatría que era oprobio de la humanidad, y levantando sobre sus escombros altares al culto cristiano, que desde entonces empezó á suavizar las costumbres de aquellos pueblos que se alimentaban de carne humana, creyendo con esto agradar á sus falsas deidades. El franco trato de Cortes atraia el afecto y respeto de cuantos le rodeaban; su instruccion, su probidad, su amor á la virtud, su clemencia, su noble llaneza con todo el mundo le daban prestigio y autoridad grande, asi entre los suyos como entre los mismos enemigos; en una palabra, era tan buen caballero, como cristiano y soldado. Su gallarda estatura y cuerpo robusto y bien proporcionado, el color de su rostro

algo cetrino y melancólico, sus ojos interesantes, y la mirada, ya amorosa, ya grave, pero siempre noble, su espléndida generosidad, cautivaban las voluntades y los corazones. Tuvo Cortes de la noble india doña Merina, hija, segun parece, del cacique de Guascoala, un hijo natural, llamado don Martin Cortes, caballero que fué de la órden de Santiago. El que desee mas pormenores acerca del ilustre español, que es objeto de este artículo, puede leer la *Historia de la conquista de Méjico*, elegantemente escrita por nuestro célebre historiador, don Mariano de Solís, cuya obra es una de las mejores que posee nuestro idioma, y se cuenta en el número de las clásicas.

CORVISART (Juan Nicolas). Nació en Champaña en 1775, estudió medicina con tal aprovechamiento, que á poco de concluir su carrera, desempeñó en clase de suplente la cátedra de anatomía, fundada en Paris por Antonio Petit, y sus vastísimos conocimientos, unidos á su verdadero génio, le aseguraron muy pronto un puesto honroso entre los profesores que mas descollaban en aquella época. Fué tambien médico del hospital de la Caridad, y el primer catedrático de clínica interna de la Escuela de Sanidad, fundada en 1795. Como médico de Bonaparte, á quien manifestó siempre la mayor gratitud y adhesion, llegó á ser bastante atendido en la corte del primer cónsul; proclamado este emperador, dió á Corvisart la condecoracion de la Legion de honor, y el título de baron. Perteneció igualmente el sábio frances al Instituto, y á la Academia de medicina, como honorario. Mucho debe la medicina moderna al ilustre profesor, pero los títulos mas legítimos de este al reconocimiento de la humanidad, se fundan en sus trabajos sobre la anatomía patológica, y la aplicacion de un método inventado y escrito en latin por el médico aleman Aven-Brugger, pero casi enteramente olvidado, y relativo al conocimiento de los estados patológicos de los órganos circulatorios y los de la respiracion; método que en el dia está bastante generalizado, y al cual se deben observaciones importantísimas para el arte de curar. Hé aquí sus trabajos: Una traduccion de los *Aforismos sobre el conocimiento y la curacion de las calenturas, publicados por Maximino Stell.* Obras originales: *Aphorismi de cognoscendis et curandis morbis chronicis, excerpti ex Hermano Boherhaceve.—Ensayo sobre las enfermedades y lesiones orgánicas del corazon y de los grandes vasos.—Nuevo método para conocer las enfermedades internas del pecho, por medio de la percusion de esta cavidad.* Murió Corvisart en 1821, y la reputacion que goza es tan justa, como aplaudidos y consultados sus escritos.

COSME (Juan de Badillac ó Baseilhac). Nació en 1703 en Pouy Astruc, diócesis de Tarbes (Francia), y es mas conocido con los nombres de *el hermano Cosme* y *fray Cosme*. La invencion del litótomo, instrumento para ejecutar la talla, las difíciles operaciones, relativas al arte quirúrjico que hizo con el mejor éxito, y su cristiana filantropía en el ejercicio á que se dedicaba, le aseguran una reputacion envidiable. Algunas personas de su familia parece que practicaban la cirujía, cuando Cosme, llevado de su aficion noble, pasó á Leon y Paris á estudiarla, haciendo los notables progresos que anunciaban sus felices disposiciones. Estuvo encargado de la direccion del hospital de Bayaux, hasta que despues del fallecimiento de su protector el abad de Lorena, obispo de aquella ciudad, entró en la órden de los fuldenses, profesando en 1749. No tenia Cosme otro pensamiento ni ambicion que el socorrer á los pobres, ya con los auxilios del arte, ya con los de la religion, ya, en fin, con las sumas que le producian, como facultativo, sus visitas á las personas pudientes que le llamaban; y como á estos actos caritativos se unia el buen éxito con que practi-

caba la cirujía, su nombre era tan querido como respetado. ¿Cuál no seria su contento, cuando con los ahorros que fué haciendo, se vió en 1753 en estado de fundar un hospicio en que eran recibidos los pobres y forasteros que carecian de medios para costear las operaciones quirúrjicas que á veces necesitaban? El tierno interes con que asistia y mandaba cuidar á los infelices que á su piedad se acogian, le mereció la gratitud de estos, claramente manifestada al tiempo de su muerte, acaecida en Paris en julio de 1781. Multitud de pobres á quienes habia socorrido, y aun otros que tenian noticia de la nobleza de sus actos, acudieron presurosos á la puerta del convento que hubo de abrirse por tres veces, á impulsos de aquellos que derramaron tristes lágrimas sobre su féretro. La ciencia tambien le debe reconocimiento, y al referir la historia de una de las dolencias que mas afligen á la humanidad, cita con elogios el nombre de este famoso cirujano. Escribió las obras siguientes: *Coleccion de escritos importantes sobre la talla, por medio del litótomo.—Nuevo método de estraer la piedra.*

COTA (Rodrigo de). Fué natural de Toledo, y vivia por los años de 1540. Ninguna circunstancia de su vida ha llegado hásta nosotros, contentándose Velazquez con decir que al parecer floreció en el reinado de don Juan II, rey de Castilla. Escribió, segun se cree, la famosa tragi-comedia en prosa, titulada *Calisto y Melibea*, mas conocida con el nombre de *La Celestina*, y en la cual figura como protagonista una astuta y corrompida tercera, que por medio de conjuros y sortilegios favorece las secretas entrevistas de aquellos dos amantes, que, despues de una série de sucesos que se agolpan y amontonan, mueren asesinados, terminando de una manera no menos trágica la infame Celestina. Háse atribuido tambien esta composicion á Juan de Mena, pero hay tanta diferencia del estilo de este poeta al de Cota, que no es posible confundir á uno con otro. Dícese asimismo que Rodrigo de Cota solo escribió el primer acto de *La Celestina*, y que los diez y nueve restantes fueron obra del Bachiller Fernando de Rojas, á principios del siglo XVI, opinion que parece confirmarse reuniendo las primeras letras de cada palabra de las estancias que sirven de prefacio á muchas ediciones antiguas de la produccion que nos ocupa, y que forman esta oracion: *El bachiller de Roxas acabó la comedia de Calisto y Melibea, é fué nacido en la Puebla de Montalvan.* Juan de Sedeño puso en verso esta composicion. Todas las unidades dramáticas se ven frecuentemente quebrantadas en *La Celestina*, cuyo primer acto está escrito en un lenguaje puro y castizo; pero la obra entera, que es mas bien una novela dialogada, seguramente no seria hecha para el teatro, por mas que se tenga en cuenta la época en que se escribió. No es tal la importancia moral de *La Celestina*, que no desaparezca casi del todo ante los colores demasiado vivos con que en ella está retratado el vicio, y que aun hubieran resaltado mas en la representacion teatral. Muchas son las ediciones que se han hecho no solo en español, sino en diversas lenguas de Europa, de la obra del célebre Cota, si bien algunas de ellas con títulos variados y correcciones que la desvirtuan, como en una de las traducciones francesas al frente de la cual se lee: *La Celestina espurgada y puesta en mejor forma, etc., compuesta en reprension de los locos enamorados, etc., etc.* En una traduccion inglesa, se la titula: *The ᴗ anish rogne* (el mal argumento español). *Las coplas de Mingo Revulgo*, sátira contra don Juan y su corte, se atribuyen á Cota y á Juan de Mena; pero ni el estilo de este, ni el ser uno de los poetas mas cortesanos, parecen justificar semejante creencia. Por el contrario, si se lee el título de la obra, tal cual lo trae don Nicolas Antonio, persona de tanta

autoridad en estas materias, apenas hay lugar á ninguna duda literaria. El título es el siguiente: *Diálogo entre el amor y un caballero viejo, hecho por el famoso autor Rodrigo de Cota el Tio, natural de Toledo, el cual compuso la égloga que dicen de Mingo Revulgo, y el primer autor de Celestina que algunos atribuyen felizmente á Juan de Mena;* Medina del Campo 1569, en 12. Se ignora la época de la muerte de nuestro escritor.

COTTIN (Sofía Ristaud). Nació en Tonneius en 1773. Son tan conocidas entre nosotros las novelas de esta apreciable escritora francesa, que no podemos dispensarnos de dar una breve noticia de su vida y principales composiciones. Educada con particular esmero por su madre, pasó á su lado los primeros años de su vida, en Burdeos, hasta que á la edad de diez y siete contrajo matrimonio con un rico banquero de Paris, á cuya capital se trasladó con él. Tres años solamente vivió en este estado, cuando el fallecimiento de su esposo, la tristeza que la ocasionó esta desgracia y por otra parte, las turbulencias de la revolucion, la decidieron á vivir en el retiro y dedicarse á sus estudios favoritos que eran los literarios. La fama de los nombres de madama de Genlis, Staël y Flanaut, escitó en su ánimo vivos deseos de seguir sus huellas, y como á estos deseos é inclinaciones reunia una imaginacion viva y un corazon sensible, no tardó mucho en publicar algunas obras, que siempre serán leidas con placer por los pensamientos morales que encierran, y una sencillez que las pone al alcance de todo el mundo. Los títulos de sus obras son los siguientes: *Clara de Alba.—Malvina.—Amelia Mansfield.—Matilde.—Isabel ó los desterrados á la Siberia*, que entre todas componen trece tomos, y de los cuales se han hecho varias traducciones al español. Cuando la sorprendió la muerte, acaecida en agosto de 1807, se ocupaba en escribir un libro acerca de la religion cristiana, y una novela de educacion, en la que fundaba la gloria mayor á que puede aspirar una mujer. La mayor parte del producto de sus obras lo empleó en socorrer á los pobres, como sucedió cuando la publicacion de *Clara de Alba*, que siendo favorablemente acogida, le produjo una suma regular, con la cual libertó á un infeliz proscrito que hubiera muerto guillotinado, facilitándole recursos para salir de Francia. Profesaba la máxima de que la mujer no debe escribir, al mismo tiempo que protestaba prácticamente con su rara fecundidad, pues es de advertir que cuando murió no contaba mas que 33 años, y entre las obras que dejamos anunciadas y las que habia principiado ya formaban diez y siete tomos.

COTUGNO ó COTUGNI (Domingo). Nació en Ruvo (en la Pulla), en 1736, y es célebre por sus interesantes descubrimientos en medicina. Siguió la carrera en la universidad de Nápoles, con la aplicacion y aprovechamiento de todos los hombres que manifiestan grandes disposiciones para una ciencia. Sea por necesidad, sea por el deseo de estudiar mas y ampliar los conocimientos que le proporcionaban los libros, entró de practicante en el hospital general de la espresada ciudad, y por aquella misma época hizo el descubrimiento de la electricidad animal, que descubierta tambien algun tiempo despues y publicada por Galvan, tomó el nombre de *Galvanismo*. Este descubrimiento, como otros que despues han causado gran revolucion en las ciencias, fué debido mas que á nada á la casualidad. Hé aquí como se refiere. Hallándose Cotugno leyendo junto á la cama de un enfermo, tuvo que suspender su tarea varias veces á causa del ruido de un raton que á cada momento le distraia, hasta que logró cogerle y le abrió con una navaja. Al sentirse herido en el diafragma el importuno animal, sacudió un coletazo al practicante en la mano izquierda, en el punto

en que se separan el dedo anular y el auricular, y la mano de Cotugno quedó entorpecida por aquel golpe. Por mas que procuró esplicar este fenómeno, no encontró una razon que le dejasé completamente satisfecho, y se lo comunicó al doctor Juan de Vicencio, que segun parece siempre lo reservó cuidadosamente. El complicado órgano del oido, fué objeto particular del estudio de Cotugno, quien habiendo llegado á ser profesor de anatomía en la universidad de Nápoles sobresalió igualmente en la patología y en la fisiología. A él se debe el descubrimiento del uso de los canales semicirculares de los acueductos del caracol, y de los vestíbulos *Cotañinos*, nombre derivado del suyo; tambien descubrió la linfa del laberinto, de la cual ha dado esplicaciones mas científicas que Vasalva. Fué igualmente el que primero reconoció el nervio llamado *parabólico incisivo* por unos autores, y *naso palatino* por otros; y el que dió una esplicacion verdaderamente fisiológica del orígen del estornudo. Aficionado especialmente al estudio de las funciones vitales, describió el mecanismo del movimiento de la sangre, en una memoria publicada con notable aceptacion en 1782, y descubrió en la cabeza varios vasos venosos. Cárlos III y Cárlos IV su hijo, deseando premiar los talentos y tareas del insigne profesor napolitano cual merecian, le nombraron sucesivamente primer médico de la real cámara y caballero de la Orden de las Dos Sicilias, concediéndole otros muchos honores y distinciones. Reunia, ademas, Cotugno los títulos de presidente del Instituto central de vacunacion, médico consultor del hospital de Incurables, é individuo de la Academia real de ciencias. Murió en Nápoles, á la edad de ochenta y seis años, dejando una reputacion gloriosa, y se acuñó en honor suyo una medalla con su efigie y la siguiente inscripcion en el anverso: *Hippocrati Neapolitano*, 1824, y en el reverso una *Minerva*, con el retrato de Cotugno en una mano y en la otra el de Esculapio. El *Estudio* que se ve allí figurado, y cierra con el pié la caja de Pandora, tiene debajo esta leyenda: *Rerum addita monstrant.* Las obras de Cotugno son: *Dissertatio anatómica de aquæductibus auris humanæ internæ.—De Ischiade* (la ciática), *nervosa commentarius.—De sedibus variolarum syntagmata.*

COULON THEVENOT (N.). Nació en Francia, en 1775, y fué inventor de la *taquigrafía.* Habiendo quedado ciega su madre, solia distraerla algunos ratos por medio de la lectura; y ocupado en esta piadosa tarea cierto dia, ideó el proyecto del arte de escribir con tanta velocidad como se habla. Concíbese los desvelos que le costaria el inventar los signos y diversas combinaciones que constituyen este árte, y el tiempo que tendria que dedicar para una práctica que exige tiempo y paciencia como una de las primeras condiciones de éxito. En la obra que publicó acerca de este arte, confiesa con una modestia que realza mucho el mérito de su descubrimiento, que la taquigrafía fué conocida y aplicada ya por los griegos y romanos, citando entre otros nombres el de Augusto que la enseñó á sus sobrinos, y el de Tito que fué hábil taquígrafo; y añadiendo que á ella se deben las obras clásicas oratorias de Ciceron y de otros grandes hombres de la antigüedad. Sea de esto lo que quiera, el ingenioso frances logró que se adoptase su método, haciendo los primeros ensayos públicos de él en Paris, los cuales merecieron la aprobacion de la Academia de Ciencias. Luis XVI nombró á Coulon su taquígrafo, que adoptado tambien su método en la asamblea constituyente, es el que hoy se practica, aunque mas perfeccionado por la esperiencia. Fué Coulon republicano, y sirvió en los ejércitos de la revolucion desempeñando en ellos varios cargos, así como tambien en los de Napoleon. Cuando la derrota de los franceses en Leip-

sick, tomó el cargo de administrador de hospitales militares, y murió en la retirada, á la edad de 60 años, á consecuencia de las heridas que habia recibido, y de cansancio y miseria.

COVARRUBIAS Y LEIVA (Diego), llamado el Bartolo español. Nació en Toledo en 1512. Nicolas Clenard y Fernando Nonio, fueron sus maestros en idiomas, y estudió jurisprudencia con Azpilcueta, de cuyas lecciones sacó grandísima utilidad. La famosa universidad de Salamanca, que se hallaba entonces en sus buenos tiempos, le contó en el número de sus catedráticos, y esta circunstancia unida á la juventud de Covarrubias, que aun no contaba 26 años entonces y ya esplicaba allí derecho canónico, da una alta idea de la capacidad de nuestro sábio compatriota. A los 26 años ingresó Covarrubias en el premio y claustro de la universidad de Oviedo, en cuya biblioteca pocas eran las obras que no contenian notas manuscritas de mano de aquel insigne varon. Desempeñó sucesivamente una plaza de oidor en la chancillería de Granada, el arzobispado de Santo Domingo en América y el obispado de Ciudad Rodrigo. Era tal el aprecio en que se tenian sus talentos, que muchas veces se le confiaban comisiones importantes y delicadas como la de reforma de la universidad de Salamanca. Los estatutos que redactó con este motivo han sido observados casi hasta nuestros dias. Enviado al Concilio de Trento con Hugo Buoncomppagno, redactó él solo el decreto de reforma; y en seguida fué electo obispo de Segovia, nombrándole ademas el monarca presidente del Consejo de Castilla, y poco despues (1574), del supremo consejo de Estado, en cuyo empleo falleció á la edad de 65 años. Covarrubias ha sido siempre considerado por propios y estraños, como uno de los primeros jurisconsultos de su tiempo; y en efecto, sus obras que comprenden la ciencia del derecho, demuestran la justicia de las alabanzas que han merecido, y el nombre de su sábio autor es una de las glorias mas legítimas de nuestro pais. Su rara habilidad en el manejo de los negocios, su rectitud é integridad han sido elogiados, entre otros, por el presidente frances Favre, y por Grocio, Menoquio, Coming, Vict, Rossi, Boccadini, etc. La mejor edicion de las obras de Covarrubias es la ginebrina, la cual consta de cinco tomos en fólio, encontrándose en ellos el tratado *De mutatione monetarum*, el de *Collatio nummorum veterum cum modernis*. Y tres libros titulados: *Variarum resolutionum ex-pontifitio, regio, et cæsareo jure.* Las demas obras tratan de las inmunidades eclesiásticas, de las reglas del derecho, de los testamentos, matrimonios, contratos, posesion y prescripcion, restitucion, etc., y entre los manuscritos que dejó, se encuentran unas notas latinas relativas al Concilio de Trento, un tratado *De pœnis*, y una coleccion con este título: *Catálogo de los reyes de España y de otras cosas. Fundacion de algunas ciudades de España. Advertencias para entender las inscripciones.* Habiendo sido la ciudad de Toledo cuna de cuatro ilustres y virtuosos Covarrubias, Blas Lopez compuso los siguientes versos:

His non alta suos componat Roma Catones:
Toletum jactat quatuor, illa duos.

Un biógrafo los ha traducido así:

De Roma á los dos célebres Catones,
Cuatro ¡oh Toledo! con razon opones.

COVARRUBIAS (Antonio), hermano del precedente. Distinguióse tambien de una manera muy notable en la ciencia del derecho, y era mirado como el mejor helenista de España, mereciendo este concepto no solo de sus compatriotas, sino tambien de los sábios estranjeros. Andres Scoto le califica de este modo: *Omni doctrinæ genere et juris scientia excellentem.* Enseñó derecho civil en Salamanca, y hallándose desempeñando esta cátedra, fué uno

de los que asistieron al concilio de Trento, en compañía de su hermano Diego. Su talento y elocuencia le valieron el nombramiento de individuo del Consejo de Castilla, al cual no pudo concurrir en los últimos años de su vida, por haber quedado sordo, con cuyo motivo se retiró á Toledo, en donde murió á fines de diciembre de 1602, siendo canónigo, maestrescuelas y director del colegio de dicha ciudad. La elevada idea que Justo Lipsio, tenia de este ilustre español, está espresada en estas palabras: *Hispaniæ magnum lumen*, palabras justísimas, pues Antonio Covarrubias era, digámoslo así, el oráculo de los sábios españoles de su tiempo. A pesar de esto, ninguna de sus obras se imprimió, pero consta que habia preparado un *Comentario sobre la política de Aristóteles*, y dejó un manuscrito *De jure regni Lusitanici*, en que establecia los derechos de Felipe II á la corona de Portugal. Por último, trabajó con su hermano en la coleccion titulada *Variæ resolutiones*.

COWLEY (Ana). Nació en 1743 en Tivertou (Inglaterra), en el condado de Devon. Hay algunas singularidades en la vida de esta célebre escritora inglesa, dignas de ser referidas, y que apenas merecerian crédito, sino constasen de una manera positiva. La educacion que recibió de sus padres fué esmeradisima; pero Ana Cowley, aunque inclinada desde muy niña á la lectura, nunca habia pensado en dedicarse al cultivo de las letras. Una circunstancia, sin embargo, concurrió á revelarla su talento; asistiendo á una representacion teatral causó tal efecto en su mente el espectáculo de aquella noche, que volviéndose de repente á su esposo, le dijo á imitacion del Corregio: «Yo tambien soy autora.» Burlóse su familia de aquello que parecia necia presuncion; pero ¿cuál no seria el asombro de las mismas personas que se habian mofado de ella, cuando al dia siguiente las leyó el primer acto de *El Desertor*, una de sus mejores comedias? Pero aun hay otra coincidencia casi mas admirable; y es, que Ana Cowley casi nunca concurrió al teatro, y que entonces contaba ya 38 años de edad. Su primer ensayo fué recibido con grande aplauso, y animada por este éxito, escribió sucesivamente otras varias composiciones dramáticas, siendo estas las de mas mérito: *El Desertor.—La estratagema de una bella.—¿Quién es el chasqueado?—La escuela de los viejos.—Un dia en Turquía*, producciones cómicas; las tragedias son las siguientes: *Albina.—El destino de Esparta.* Escribió tambien tres poemas épicos, que llevan estos nombres: *La doncella de Aragon.—La aldea escocesa.—El sitio de Acre.* Murió Ana Cowley en Tivertou en 1809.

CRAMMER ó CRANMER (Tomas). Nació en Oslacton (Inglaterra) condado de Nottinghan, en 1749, de una antigua familia normanda establecida en aquel pais, y fué el primer arzobispo protestante de Cantorbery. Despues de concluidos sus estudios, esplicó teología en el colegio de Cristo, en Cambridge. Enrique VIII le colocó despues en casa del conde Wiltshire, padre de la célebre Ana Bullen, despues de haber tenido con él varias conferencias respecto del asunto del divorcio en que á la sazon estaba empeñado aquel monarca; quien con este motivo mandó que facilitasen á Crammer los auxilios necesarios para escribir sobre el mismo. En efecto; el teólogo ingles se dedicó por espacio de algun tiempo á redactar una obra, en que se proponia demostrar que la dispensa de Julio II para el casamiento de Enrique con Catalina de Aragon era nula; y presentándose despues ante el papa Clemente VII á defender su libro, no solo supo ocultar su luteranismo, sino que aparentando otros principios fué nombrado por S. S. penitenciario mayor de la Santa Sede en Inglaterra. En seguida pasó á Alemania, buscando con escritos y discusiones públicas, prosélitos que apoyasen el divorcio de su

rey, y trabando amistad con los principales luteranos del pais que recorria. Por entonces se casó de segundas nupcias en Nuremberg, con la sobrina de Osiander; pero este enlace no habia llegado á noticias de Enrique, así como tampoco su luteranismo, por cuyo motivo eligió á Crammer para ocupar la silla arzobispal de Cantorbery, despues del fallecimiento de Warham. Bien hubiera querido Crammer desentenderse de pasar á Inglaterra, temiendo comprometerse demasiado en la parte activa que en su nueva posicion tenia que representar en el negocio del divorcio; pero á pesar de los pretestos con que dilató su permanencia en Alemania, tuvo que regresar á su pais, en donde para desvanecer los escrúpulos acerca del juramento que debia prestar al Santo Padre, para que este espidiese las bulas, hizo una protesta vaga y secreta, que los escritores anglicanos han pretendido escusar por medio del sistema de las restricciones mentales. Las disposiciones pacíficas de S. S., que queria evitar á todo trance un rompimiento, fueron causa de que se enviasen á Crammer las bulas y el pálio, á pesar de las sospechas que á la corte de Roma inspiraba este personaje. Agradecido Crammer á los favores que debia á su monarca, escusado es decir que accedió á todos los caprichos ó pretensiones de este, siendo, como era de esperar, su primer acto de jurisdicion la sentencia del divorcio de Enrique, la confirmacion del secreto enlace de Ana Bullen, y la nulidad del matrimonio de Catalina de Aragon. Arrojada así la máscara con que hasta entonces habia encubierto sus designios, el arzobispo de Cantorbery atacó la primacía del papa en el Parlamento, hizo solemne renuncia de su autoridad, así como tambien del título de legado de S. S., y predicó la supremacía del monarca. Dado el primer paso en este camino, no tuvo con el tiempo reparo alguno en pronunciar igualmente (1536), la sentencia de divorcio de Ana Bullen. Ya se hallaban por entonces muy esparcidas en Alemania las ideas protestantes, y Crammer, como adicto á ellas, procuró infundirlas en el ánimo de Enrique, pero sin fruto, porque este príncipe conservaba á la sazon grande adhesion al dogma del catolicismo. Inútiles fueron sus esfuerzos para que la asamblea del clero aprobase cincuenta y nueve artículos favorables á sus errores; inútiles los que empleó combatiendo algun tiempo despues en el Parlamento, otros varios opuestos á las doctrinas de Lutero; pues en la Asamblea tuvo que suscribir á diez contrarios á los propuestos por él, y en el Parlamento se vió obligado á firmar los seis, uno de los cuales prohibia el matrimonio de los clérigos, por cuya razon no halló otro medio que mandar su mujer á Alemania. En 1539 combatió Crammer el proyecto de ocupacion de las rentas de los regulares á beneficio del rey, proponiendo que se invirtiesen en los establecimientos de beneficencia, actos piadosos, dotacion de cátedras, en becas á favor de los estudiantes pobres etc.; su proyecto fué desechado. Los enemigos de Crammer, trabajaron tenazmente para perderle en el ánimo del rey, quien, á pesar de todo, siguió protegiéndole durante todo su reinado, porque necesitaba un hombre de su carácter, energía y firmeza para la ejecucion de sus ideas reformadoras. Sucedió á Enrique en el trono de Inglaterra, Eduardo VI; entonces Crammer trabajó mas que nunca en favor de las doctrinas protestantes, y de todos los dogmas del anterior reinado, solo defendió el de la régia supremacía. Pertenecia Crammer al consejo de regencia, y este elevado puesto era, como fácilmente se concibe, muy á propósito para darle grande influencia en los asuntos del Estado, y propagar sus ideas de reforma. Despues del luteranismo profesó el zvinglianismo, y logró que la Asamblea del clero y el Parlamento revocasen los seis artículos de que hemos hablado anteriormente, estableciendo

una nueva liturgia. Al efecto escribió un libro de rezo, unas homilias acomodadas á la doctrina que trataba de generalizar, mandó traducir al ingles la paráfrasis de Erasmo sobre el Nuevo Testamento, y adoptó otras varias disposiciones, encaminadas todas al mismo fin, y contra las cuales clamaron algunos obispos que fueron depuestos y encarcelados, como desobedientes. Para que las nuevas leyes religiosas fuesen observadas y esplicadas, llamó de Alemania á Bucer, Mártir, Fagins, Ochin, Tremelio, y otros jefes protestantes que ocuparon en las universidades y parroquias de Inglaterra el puesto de los doctores, prelados y curas, que se opusieron á aquellas novedades. La reforma, como se ve, caminaba á pasos agigantados; pero sube María al trono, y citado Crammer ante el consejo, fué encarcelado en la Torre de Lóndres como reo de alta traicion; perdonóle la reina, por haber él implorado su clemencia, pero fué entregado al tribunal eclesiástico, que tenia la comision de juzgarle por el delito de herejía. Presentáronle una profesion de fe, en que se consagraban la transustanciacion, la presencia real, y el sacrificio de la misa, pero Crammer no quiso firmarla, por cuya razon le condenaron como hereje y violador de la ley que prohibia el matrimonio de los clérigos. Este juicio, como dice muy bien un biógrafo, era irregular, como pronunciado por simples clérigos contra un obispo. Condenóle despues el papa por contumaz, y entregado al brazo secular, este le sentenció á ser quemado vivo. Dícese que Crammer se retractó de cuanto habia dicho y hecho contra el dogma católico, esperando por este medio salvar la vida; pero que viendo la fatal sentencia próxima á ser ejecutada, al punto declaró nula su retractacion. Condujéronle á la iglesia de Santa María de Oxford, y de pié en un tablado dispuesto enfrente del púlpito, desaprobó ante el numeroso auditorio que presenciaba aquella terrible escena, cuanto habia escrito ó firmado despues de su degradacion, ejecutada por Bonner y Thirlby encargados de ella, como dictado por el temor; hizo su profesion de fe, fundada en los principios protestantes, y al llegar cerca de la hoguera alargó la mano derecha, para que fuese devorada la primera por el fuego, en castigo de haber firmado la retractacion de que antes hemos hecho mérito. La serenidad con que Crammer sufrió el suplicio, estaba en perfecta armonía con la entereza de carácter, la indomable firmeza que habia manifestado en todos los actos de su vida, y con el amor á la reforma protestante. Crammer fué, pues, quemado vivo, á 21 de marzo de 1556. No todos los historiadores ó biógrafos de este hombre célebre, convienen en la manera de juzgarle, naciendo esta discordancia de opiniones del espíritu ó tal vez de la religion de sus panegiristas ó detractores. Píntanle unos como un hombre candoroso, sincero, virtuoso, caritativo, y firme hasta el sacrificio. Otros, por el contrario, le acusaron de perjuro, cruel, hipócrita, apóstata y rebelde. Los conocimientos que Crammer poseia, con especialidad en teología y derecho canónico, eran vastísimos, su memoria muy feliz, grande su laboriosidad, escribia y leia de pié, y el estilo de sus escritos es mas difuso y nervioso que elegante, versando casi todos ellos sobre puntos de controversia. Distinguióse tambien por la generosa proteccion que dispensó á los doctores, estudiantes y otros sectarios de sus ideas, y, por último, es considerado como fundador de la nueva Iglesia Anglicana.

CRASO (Marco Licinio). Descendia de una familia patricia, y fué hijo de un consular. Sus riquezas eran tan grandes, que se le considera como el romano mas opulento de su época. Las proscripciones de Mario y Cina, en los cuales habian perecido el padre y hermano de Craso, obligaron á este á vivir oculto en España, hasta que por

muerte de aquellos se unió al partido de Sila. Poseia Craso un valor natural que le hacia capaz de heróicas acciones; este valor brilló en muchas circunstancias, y particularmente en la guerra contra los marcos, á la cual le envió Sila. Al emprenderla pidió á este una escolta, y el general romano le contestó: «Os doy vuestro padre, vuestro hermano y vuestros amigos, cuya «venganza prosigo contra los malvados.» Escusado es decir, cuánto no influirian estas espresivas palabras en el ánimo del jóven guerrero, quien correspondió cumplidamente á las esperanzas que en él se fundaban. Sin embargo, la fama que ya tenia Pompeyo, los laureles que habia conquistado en sus campañas, aunque demasiado jóven todavía, y la idea de que no podria igualarle en la carrera de las armas, le decidieron á dedicarse á la del foro, distinguiéndose en ella como orador. Por otra parte, el noble uso que hacia de sus riquezas, y su popularidad sobre todo, le granjearon un crédito y una estimacion dignas de rivalizar con la gloria de Pompeyo, y aun de contrabalancear el ascendiente de este. La guerra que el esclavo Espartaco movió contra Roma, y en la cual llegó á poner varias veces en peligro inminente la existencia de la república, aun no se hallaba terminada, y este fué el cargo que confiaron á Craso, creado pretor en el año 680 de la fundacion de Roma. Despues de repetidos encuentros favorables á las armas romanas, dióse por fin una batalla decisiva y tan sangrienta, que el rebelde jefe quedó muerto en el campo con cuarenta mil de los suyos. Aunque solo recibió la ovacion, le fué concedida la corona de laurel como á los triunfadores. En 682 fué elegido colega de Pompeyo en el consulado, y delatado despues como cómplice en la conspiracion de Catilina, el senado le vengó proclamando falsa la denuncia. Formó con César y Pompeyo el *Triunvirato*, y elegido, aunque violentamente, cónsul con Pompeyo en el año 697, tuvo á su cargo el gobierno de Siria. Ya contaba sesenta años de edad, cuando la ambicion, la sed de oro, los celos contra César ú otros motivos, le movieron á llevar la guerra á los partos, á pesar de no haber entonces motivo, ni aun pretesto disculpable para ello, y no obstante la declaracion del tribuno Ateyo, de que aquella guerra era impía y los auspicios contrarios á su buen éxito, Craso se desentendió de todo lo que se oponia á sus planes, partió, pues, con su ejército, y en su tránsito saqueó la Mesopotamia, apoderándose asimismo en Jerusalen del oro y alhajas que habia en el templo. Orode, rey de los partos, le envió unos embajadores, con el objeto de conocer las intenciones que allí le conducian, á lo cual contestó el romano que en Seleucia lo sabria, y en seguida pasó el Eufrates con su ejército. Nada pudieron en él los consejos que tanto su teniente Casio, como el rey de Armenia, le dieron para que tomase ciertas precauciones, y no se espusiese en campo raso contra la caballería de los partos. Trabóse por fin la accion, y los romanos, contínuamente envueltos en una nube de flechas, eran heridos sin poder defenderse. La lucha fué larga y encarnizada, y tal el apuro en que llegó á verse Craso, que envió á decir á su hijo que atacase inmediatamente al enemigo, antes que el ejército romano quedase completamente cercado. El jóven guerrero hizo prodigios de valor, pero recibió una herida, y no pudiendo salvarse mas que abandonando á sus soldados, prefirió morir, y mandó que le matasen con su propia espada, puesto que á él no se lo permitia el estado de su mano. Entonces los partos cayeron sobre sus enemigos, causaron en ellos una horrorosa carnicería, y enviaron á Craso la cabeza de su hijo clavada en la punta de una lanza. En aquella ocasion dió Craso pruebas de que era superior á las debilidades humanas, pues él mismo consolaba á los soldados, y dijo despues de recibir el fatal presente: «Que la

«pérdida de un hijo solo era trascendental para él, y que habiéndose salvado las legiones, no habia sucedido «ninguna calamidad al ejército romano por la muerte de un soldado.» Tornaron de nuevo á la pelea, y los partos auxiliados por Abgaro Mano ó Abaro, rey de Edesa, falso amigo de los romanos, combatió á estos por la espalda. El resultado de tan imprudente como injusta guerra, fué la derrota del ejército de Craso, que tuvo que huir á Carres. De aquí se vió precisado á salir tambien, perseguido por Surena, vuelven á la batalla, y amotinados los romanos porque su general no queria oir las proposiciones de paz que le hacia el de los partos, con la pérfida idea de apoderarse de su persona, Craso tuvo al fin que ceder á todo. Acudió, en efecto, al punto de la entrevista, en donde en vano le defendieron los pocos soldados que le acompañaban, contra las gentes apostadas por Surena, pues al fin cayó muerto de una herida, y su cabeza y mano derecha fueron enviadas al rey Orode, quien mandó que llenasen la boca de oro derretido, esclamando: «Sáciate al fin de este metal de que «has estado tan sediento.» Este trágico suceso acaeció en 699 de Roma. Craso debe su celebridad así á su avaricia, como á su opulencia. Para formarse una idea de esta última, bastará decir que antes de partir para la espedicion que le costó la vida, dió un banquete á todo el pueblo de Roma, á cada ciudadano trigo para mantenerse tres meses, y todavía le quedaba un capital equivalente á mas de ciento treinta y dos millones de reales, que luego aumentó con sus saqueos en Oriente.

CREBILLON (Próspero Joliot de). Nació en Dijon en 15 de febrero de 1674. Es considerado como uno de los mejores poetas trágicos de su época. Dedicóse al estudio de las leyes, y recibido de abogado ejerció por algun tiempo el derecho, hasta que conociendo que no era esta su vocacion, y sí la carrera dramática, abandonó la primera por la segunda, en la cual logró muy pronto señalarse con sus obras de una manera distinguida. El estilo que se advierte en todas ellas es vigoroso, enérgico, terrible; en sus creaciones descuella la pintura de las pasiones en su mas alto grado de exaltacion; hay verdad y fuego en sus ideas, la entonacion de sus versos, es cual corresponde á los personajes y situaciones interesantes que representa, y ningun poeta frances de su tiempo llegó á poseer como él el gran secreto del arte de Melpómene, tal cual lo poseian los trágicos griegos. Su trato afable, su modestia, moderacion y ejemplar conducta le conquistaron el aprecio público, siendo tan conocido su bello carácter, que al pronunciar en su poético discurso de recepcion en la Academia, el verso que dice: *Jamas la hiel envenenó mi pluma*, fué saludado con unánimes aplausos por el ilustre auditorio. Preguntándole por qué cultivaba el género trágico, respondió: «No tenia en que escoger: Corneille habia elegido el cielo, Racine la tierra; únicamente me quedaba el infierno, y me he arrojado á él sin vacilar.» Titúlanse sus tragedias, en las cuales se notan varias correcciones y frases duras y bárbaras: *Idomeneo.* —*Atreo.* —*Radamisto.*—*Electra.*—*Pirro y Catalina.*—*El triunvirato.*—*Semíramis*, y algunas otras, casi todas ellas recibidas con grandes aplausos. Tambien compuso algunas poesías. Murió Crebillon, á quien no sin justicia se mira como digno rival de Corneillé, en 1762, y sus restos fueron depositados en un sepulcro de mármol, obra de Le-Moine, mandado construir por Luis XV.

CRISÓSTOMO (San Juan). Nació en Antioquia por los años de 344, siendo su padre un general de caballería, llamado Segundo, que mandaba en Siria las tropas del imperio. Se cuenta á Crisóstomo entre los SS. PP. de la Iglesia, y se le tiene por uno de los

hombres mas elocuentes de su tiempo y de cuantos ha producido el cristianismo. Dedicado desde muy jóven á los estudios, tuvo por maestro de retórica al célebre orador Libanio, á quien no solo igualó en la elocuencia, sino que llegó á sobrepujarle, pues se hallaba adornado de cuanto génio se requiere para tan difícil arte. Leyendo Libanio un elogio de los emperadores, compuesto por su discípulo, el numeroso auditorio aplaudió con entusiasmo, y deteniéndose de repente el lector esclama: «¡Dichoso el panegirista que elogia tales emperadores! ¡Dichosos tambien los emperadores que tienen tal panegirista!» Hallándose Libanio en los últimos instantes de su vida, le preguntaron que cuál de sus discípulos quisiera que le sucediese en su magisterio, y respondió: «Yo nombraria á Juan, si no nos le hubiesen arrebatado los cristianos.» Crisóstomo estudió tambien filosofía y la Sagrada Escritura, y deseando consagrarse enteramente á Dios se retiró á las soledades de la Siria, en donde los ayunos, largas vigilias, el hábito de penitente, cubierto con una miserable túnica, el corto sueño y sobre la dura tierra, la meditacion y la lectura, quebrantaron estraordinariamente su naturaleza. Tuvo Crisóstomo estrecha amistad con San Melecio, San Basilio, Teodoro y Máximo. El primero de estos ocupaba la silla episcopal de Antioquia, y con el objeto de agregarle á su iglesia le tuvo tres años en su palacio, y dióle las primeras órdenes. Cuando la eleccion de obispo de Rafanea, estaban propuestos como candidatos Basilio y Crisóstomo, pero este recurrió á la fuga y se ocultó, para que aquella recayese en su amigo. Así sucedió en efecto, y Basilio se quejó amargamente de la amistosa estratagema de Juan, que entonces escribió su apología, que es su admirable *Tratado* del sacerdocio. En 374 pasó á las montañas inmediatas á Antioquia, en donde vivió por espacio de cuatro años, observando las reglas estrechísimas á que estaban sujetos aquellos solitarios anacoretas; y pareciéndole que aun debia atormentar mas su espíritu y su cuerpo, se retiró á una profunda é ignorada gruta, lejos de toda sociedad y comercio humanos. Las mortificaciones á que allí se sometió alteraron su salud en términos, que cayó gravemente enfermo y hubo de tornar á Antioquia, para restablecerse. Esto sucedió en 381, y en el mismo año fué ordenado diácono por San Melecio, y elevado luego al sacerdocio por San Flaviano, su sucesor, que, ademas le nombró vicario suyo, y le autorizó para la predicacion evangélica, que hasta entonces se habia reservado únicamente á los obispos. Era por aquellos tiempos Antioquia una de las ciudades mas populosas, y entre sus habitantes contaba cien mil cristianos; ¡tanto á estos como á los judíos, paganos y herejes cautivaba la mágica elocuencia de Crisóstomo, quien fué durante 12 años, *la mano, los ojos y la boca* de su obispo! Si alguna calamidad afligia al pueblo, allí estaba Crisóstomo para consolarle con palabras de dulzura y de humanidad; si alguna conmocion popular estallaba, se oia la voz de Crisóstomo que la apaciguaba, como sucedió en cierta ocasion en que fueron derribadas las estátuas del emperador y de su familia. Los castigos que esperaban á los delincuentes eran terribles, pero Flaviano pasó á Constantinopla á pedir gracia para aquellos infelices, y dirigió á Teodosio I, que á la sazon imperaba, un discurso, cuya redaccion se atribuye á su vicario, y que es un modelo acabado en el género oratorio. El emperador enternecido derramó copiosas lágrimas, y trocadas sus iras en blanda clemencia, concedió un perdon general al pueblo culpable. En 26 de febrero de 398 fué consagrado Crisóstomo en Constantinopla, y durante su episcopado practicó cuantos actos caritativos y religiosos le inspiraban, así los sentimientos de su corazon como las obligaciones de su nuevo estado. Vivia con la mayor frugalidad, en la mayor pobreza mas bien, y con

las economías que introdujo en su casa aliviaba á los pobres. Su ejemplar conducta, y su severa resolucion de corregir las viciosas costumbres del clero, variaron completamente el estado de desórden á que los tiempos habian habituado tanto á aquella respetable clase cuanto á los ciudadanos. Fundó hospitales, mejoró los que habia, convirtió no pocas almas, asistió á los enfermos en sus dolencias, arrostrando todo género de peligros, y entre otros títulos mereció que se le diese el de *Juan el limosnero*, por las numerosas y crecidas limosnas que hacia. Perseguido por una turba de soldados furiosos el eunuco Eutropio, primer ministro del emperador Arcadio, no tuvo otro remedio que refugiarse en una iglesia, creyendo salvar así su vida; pero los soldados profanan el sagrado recinto, y el desdichado, pálido como un cadáver, y víctima de espantosas convulsiones producidas por la rabia y el terror, se abrazó á un altar, en donde hubiera perecido indudablemente, á no presentarse Crisóstomo en tan apurado trance. Causó tal impresion en el ánimo de aquellos hombres feroces y sedientos de sangre, el discurso que les dirigió el santo obispo, pintando con vivos colores la vanidad de las grandezas humanas, que conmovidos todos se fueron sosegando á medida que las palabras de Crisóstomo salian de sus lábios, y al fin se calmó completamente la sedicion. Tambien la capital del imperio sitiado por Gainas, que mandaba los godos, debió su salvacion al elocuente obispo, que con sus sentidas frases logró que el rebelde se alejase con su ejército. En el mismo año, que era el 399, tuvo Crisóstomo un concilio en Constantinopla, y poco despues Severino, obispo de Gabala, se atrevió á dirigirle varias acusaciones desde la cátedra del Espíritu Santo, pero fué espulsado como calumniador. Los dos enemigos mas temibles de Crisóstomo eran la emperatriz Eudoxia y Teófilo, patriarca de Alejandría, el mismo que le habia consagrado, y á quien varios historiadores pintan con colores nada favorables. Resuelta la emperatriz á deponer al santo obispo, llamó á Teófilo, que no deseaba otra cosa, y en el año 403 reunió este en la ciudad de Calcedonia un concilio, conocido en la historia eclesiástica con el nombre de *Conciliábulo de la encina*, por haber una corpulenta encina junto al sitio en que se celebró. Muchas y terribles fueron las acusaciones que se dirigieron á Crisóstomo, pero tan falsas y frívolas, que solo el dañado intento de perderle pudiera haberlas inventado y defendido. Como respecto al venerable prelado se habian infringido las reglas establecidas por los cánones, se negó á comparecer, y el débil emperador aprobó la deposicion aprobada por aquella asamblea, en la cual dominaban los enemigos del acusado. Espidióse en seguida el decreto de destierro, y con este motivo se despidió el santo con las mas tiernas y sentidas palabras. «Una violenta tempestad, dijo, me rodea por todas partes; pero situado en una roca imperturbable nada temo. El furor de las olas no puede sumergir la nave de Jesucristo. Nada hay en la muerte que me espante; es un grano para mí. ¿Temeré, pues, el destierro? Toda la tierra está en el Señor. ¿Seré sensible á la pérdida de los bienes? Desnudo entré en el mundo, y desnudo saldré de él. Desprecio las amenazas y los halagos. Jesucristo está conmigo, ¿qué podré temer, pues?» Pero el aspecto del pueblo era imponente; tres dias habian trascurrido, y aun no trataba de llevarse á cabo la ejecucion del decreto, sin duda temiendo una insurreccion popular, pues Crisóstomo era generalmente amado; pero este logra sustraerse á la vigilancia de los mismos que le custodiaban, se avista con el oficial encargado de conducirle al lugar de su destino, y abandona secretamente la ciudad. Pero los gritos del pueblo reclamando á su buen pastor, y un terremoto que hubo en la noche siguiente en la capital, llena de espanto á la emperatriz,

que corriendo en busca de Arcadio, le dice: «Si no llamamos á Juan, se pierde el imperio,» y al punto es revocada la órden de destierro. La entrada de Crisóstomo en Constantinopla fué un verdadero triunfo; el pueblo salió con antorchas á esperarle y recibirle, en medio de entusiastas aclamaciones, en tanto que sus enemigos huian despavoridos por todas partes. Poco duró la calma, porque con motivo de reprobar el santo varios abusos y escándalos que se cometieron cuando la inauguracion de una estátua de plata de la emperatriz, mientras se celebraba el oficio divino, fué Crisóstomo nuevamente condenado por los obispos adictos á Eudoxia, que habian vuelto á Constantinopla. El papa Inocencio I, y el emperador Honorio se declararon en favor del santo, pero Arcadio mandó que se obedeciese la órden del destierro. Partió, en efecto, Crisóstomo, y á poco ocurrió un espantoso incendio que abrasó el templo de Santa Sofía, devorando tambien con sus llamas el palacio senatorial, las estátuas de las musas y otros varios monumentos y obras preciosas. Atribuyóse este desgraciado suceso á los amigos del santo arzobispo; miráronlo otros como una señal de la cólera divina por las persecuciones de que este era víctima. Eudoxia murió á los seis meses de haberle desterrado; algunos bárbaros asolaban las tierras del imperio, y, en fin, todo parecia contribuir á creer en el enojo del cielo. En tal conflicto, Arcadio escribió á San Nilo, pidiéndole el auxilio de sus oraciones, y este le contestó: «¿Cómo podeis esperar que Constantinopla se vea libre de los golpes del ángel esterminador, despues del destierro de Juan, esa columna de la Iglesia, esa lumbrera de la verdad, esa trompeta de Jesucristo? Habeis desterrado á Juan, la mas brillante antorcha del mundo... pero al menos no persevereis en vuestro crímen.» A pesar de estos consejos, Arcadio no varió de resolucion, y puso á Arsaces en la silla de Constantinopla. De Nicea pasó Crisóstomo á Cucusio (Armenia) en los desiertos del monte Tauro, y último punto de su destierro, señalado por Eudoxia antes de morir. Los trabajos y miserias que pasó en tan penoso viaje y en el pais de su residencia son indecibles, pero en nada desalentaron su ánimo varonil, antes por el contrario robustecieron su fe y sus sentimientos caritativos. No satisfecho el emperador con los muchos padecimientos que habia hecho sufrir al santo, é irritado por el respeto y veneracion que le profesaba el orbe cristiano, mandó que le condujesen á Pitionte, una de las ciudades situadas en los confines del imperio. La edad, los trabajos sufridos, el género de vida, el ardiente calor del clima, las lluvias, los malos tratamientos de los encargados de su custodia y algunas otras causas aceleraron su muerte, acaecida en 14 de setiembre de de 407, despues de recibir la Eucaristía y hacer oracion. Enterrado primero cerca del sepulcro de San Basilisco mártir, en el oratorio de este santo en Comana, fué trasladado su cuerpo á Constantinopla en tiempo de Teodosio el jóven, dióselo allí sepultura, y por último llevado á Roma se depositó en el Vaticano, debajo del altar que hoy lleva su nombre. Ademas del título de *Juan el limosnero*, diéronsele despues de su muerte el de *Crisóstomo*, es decir, *Roca de oro;* el de *sábio intérprete de los arcanos del Eterno* y otros muchos, que si bien pudieran parecer enfáticos, aun no dicen lo bastante en alabanza de un genio tan profundo y admirable como el del santo arzobispo. Hé aquí las obras que escribió. *Comentarios* en homilias ó discursos sobre el *Pentateuco*, *Libros de los Reyes*, *salmos*, *profetas*, *San Mateo*, *San Juan*, *Hechos de los Apóstoles*, y *Las catorce cartas de San Pablo*. — Un gran número de *Homilias y tratados.—Seis libros del Sacerdocio.— Varios tratados* ú *Homilias* de controversia, así como los otros son de doctrina. — *Muchísimas cartas*. El estilo de este padre

de la Iglesia es, como con razon dice un biógrafo, claro, sublime, puro, sencillo, fácil, natural, y exento de los inútiles y grotescos adornos que introdujo el mal gusto. Su elocuencia tiene un encanto particular, una secreta magia que cautiva al que lee y medita aquellas obras, que siempre ocuparán un lugar distinguido en la buena literatura.

CRISTIANO II, llamado *el Cruel*, sucedió á su padre Juan, en 1513, en el trono de Dinamarca, y en 1520 fué elegido por la fuerza de las armas rey de Suecia. Las páginas de la historia de este príncipe, solo contienen hechos horribles y sangrientos, dignos de los tiranos mas grandes que hayan existido jamas. Habia prometido á los suecos, mientras era simple pretendiente de la corona de aquel pais, que si lograba ocupar el trono, les trataria como hijos; pero no bien se vió en posesion de lo que tanto anhelaba, dió principio á una série de crueldades, que le merecieron el odioso título con que es conocido. En vez de tratar con benevolencia á sus nuevos súbditos, para granjearse su amor y su respeto, apeló á medidas propias para que le aborreciesen; creó caballeros únicamente á los estranjeros, diciendo que no conferia este honor á ningun sueco, porque si era rey de Suecia, debíalo solo á sus armas, y de ninguna manera á la voluntad del pais conquistado. Bastaban los malos instintos de Cristiano para impulsar á este á las mayores atrocidades; pero como si no fuesen suficientes, los infames cortesanos que le rodeaban, le precipitaron mas y mas en el camino de su perdicion con sus feroces consejos, siendo uno de ellos el que para consolidar en Suecia la autoridad real, era necesario destruir las principales familias. El monarca, sediento de sangre, oye con complacencia á aquellos malvados, acusa de herejes á los mas importantes personajes del reino, nombra una comision para juzgarlos, declárasceles culpables, los encierran en el castillo, se cierran las puertas de la ciudad, se prohibe á los habitantes que salgan de sus casas, y sin sacerdotes que les presten los divinos auxilios, y ayuden á bien morir, caen noventa y cuatro víctimas ilustres al filo del hacha del verdugo, mientras el tirano contemplaba inalterable el espantoso espectáculo. Al siguiente dia se levantaron horcas y continuaron las ejecuciones. Quemáronse los cadáveres fuera de la poblacion, y sus cenizas fueron esparcidas al viento. Las provincias sufrieron la misma suerte que la capital, y despues de publicar un manifiesto en que trataba de justificar su conducta, regresó á Dinamarca, no como verdadero triunfador, no como un príncipe paternal y humano, sino en medio del luto y desolacion del reino, pues en todas las ciudades de su tránsito se levantaron patíbulos, sin que edad, sexo, ni condicion alguna se viesen libres de las sanguinarias iras del mónstruo. Cuando regresó á Copenhague, toda la Suecia estaba alborotada contra el tirano Slaghock, á quien no solo no castigó el monarca, sino que le nombró gobernador del arzobispado de Lund. Poco tiempo, sin embargo, desempeñó su empleo Slaghock. Cristiano decretó que fuese quemado vivo, creyendo apaciguar de esta suerte al papa, que con motivo de los asesinatos de Stokolmo, habia enviado á Dinamarca un legado para que tomase conocimiento del negocio. Hasta entonces todo habia sido favorable á Cristiano, como no podia menos de suceder, pues siempre suele el terror vencer y dominar por de pronto; pero un terrible enemigo, el famoso Gustavo Wasa, escapado de la prision, levanta bandera contra los dinamarqueses, y disputa al rey la posesion de su trono, que fué declarado vacante por los Estados reunidos en Wadstena. Innumerables fueron las atrocidades que en tan crítica situacion se ejecutaron de órden de Cristiano, quien ya no se conceptuaba seguro en su trono; pero

el pueblo empezaba á despertar de su letargo, y las atroces medidas del monarca acabaron de arruinar el partido que le quedaba. En tal conflicto, Cristiano reclamó el auxilio de su tio Federico, y aun para mas obligarle á que se lo prestase, juzgó conveniente atemorizar á los principales señores de su comitiva, delante de cuyas casas mandó poner de noche algunas horcas. Con esto creció mas y mas la indignacion general, hasta que al fin mediaron los príncipes, y por entonces quedaron arregladas las diferencias. Algun tiempo despues, con motivo de la publicacion de dos códigos, cuyas principales disposiciones perjudicaban en alto grado á los obispos, estos y los senadores de la Futlandia alzaron el estandarte de la rebelion, confiados tambien en el espíritu público, claramente hostil al ciego y desatentado monarca. A fines de 1522 estendieron un acta que contenia la relajacion de su juramento de fidelidad, declarando á Cristiano destronado y desposeido de todos sus derechos. En su lugar ofrecieron la corona á Federico. Convoca tambien Cristiano la nobleza del pais, nadie concurre, y viéndose solo y casi arruinado, abandona la Dinamarca con toda su familia, sus joyas y los archivos de la corona, y auxiliado por varios príncipes de Alemania y banqueros holandeses, forma un ejército. Esta espedicion le fué tan contraria, que quedó completamente derrotado. Mandó una diputacion á los dinamarqueses, pidiendo su restablecimiento, ó al menos su vuelta al trono, despues de la muerte de Federico; hasta que, por fin, él mismo tuvo que firmar las condiciones que le impusieron, y llegó á Copenhague á fines de julio de 1532. Irritóse con esto Federico, manifestó que desaprobaba las condiciones, y el senado no solo anuló el convenio, sino que decretó la prision de Cristiano. En efecto, este fué encerrado en el castillo de Soenderbourg, en la isla de Alser. Doce años pasó allí aquel príncipe tan cruel como desgraciado, sin mas compañía que la de un enano, y abandonado de todo el mundo. Por último, habiendo firmado una renuncia de todas sus pretensiones á los tres reinos del Norte, fué conducido á Culltumdborg, en donde pasó el resto de sus dias, asignándosele una renta para vivir. Murió Cristiano en 24 de enero de 1559, dejando una memoria tan odiosa á la posteridad como lo fué su reinado á sus contemporáneos.

CRISTINA, reina de Suecia. Nació en 8 de diciembre de 1626, de Gustavo Adolfo y María Eleonora, princesa de Brandeburgo. Cristina es tan célebre por su singular belleza como por su amor á las letras y á las artes. La educacion de esta princesa fué esmeradísima, como que en ella veia Adolfo el único apoyo de su trono. No solo las labores y habilidades propias de su sexo, sino tambien las ciencias y cuanto pudiese contribuir á desarrollar sus felices disposiciones y energía de carácter, le fué enseñado desde su niñez por hombres sábios y elegidos al intento. Hallándose con su padre en la fortaleza de Calmar, cuando no tenia mas que dos años de edad, y no atreviéndose el capitan á mandar que delante de ella se hiciesen salvas de artillería, le dijo Gustavo: «Disparad, porque es «hija de un soldado, y debe acostum«brarse á este estrépito.» A la muerte de Gustavo solo contaba Cristina seis años de edad, y fué proclamada reina, quedando por tutores y regentes las cinco dignidades de la corona, hombres todos adornados de las mejores prendas, y particularmente el canciller Oxenstiern. Durante su minoría continuó estudiando Cristina, con arreglo al plan trazado por su padre, y la augusta princesa, en vez de entregarse á los juegos de la niñez, ilustraba su entendimiento ya con el estudio de las lenguas antiguas, ya con el de la historia, la geografía y la política. Una educacion tan superior á la que generalmente recibian en aquella época las mujeres pertenecientes á las familias

reales, debia producir hábitos estraordinarios y opuestos á los propios de su sexo; así es que Cristina solia distraerse en el ejercicio de la caza, en la equitacion, la incomodaba el tener que usar el traje femenil, y para ella era un tormento observar la embarazosa etiqueta y ceremoniales de la corte. Unas veces usaba la mayor familiaridad con los que la rodeaban; al paso que otras mostraba una altivez desdeñosa ó una dignidad severa é imponente. Desde que Oxenstiern regresó á Suecia de Alemania, Cristina asistió al consejo, manifestando una capacidad, un tino y una madurez en sus juicios, que admiraban á sus tutores. Era tal la confianza de los estados en los talentos de la jóven princesa, que reunidos en 1642 la invitaron á tomar las riendas del gobierno; pero Cristina rehusó, alegando su poca edad é inesperiencia, y solo despues de dos años entró en el pleno ejercicio de su autoridad. Uno de sus primeros actos en el gobierno de la nacion fué el terminar la guerra con Dinamarca, asegurando ademas por medio de un tratado, en 1645, la cesion de muchas provincias de este reino. En tanto los negocios de Alemania, á pesar de la sábia direccion de que habia estado encargado Oxenstiern, no presentaban aun el aspecto que la reina de Suecia deseaba, y con el objeto de apresurar la definitiva pacificacion, trabajó constantemente Cristina. En efecto; en 1648 se firmó la famosa paz de Westfalia, obteniendo Suecia la Pomerania, Wismar, Bremen, Verden, tres votos en la dieta del imperio, y una suma de muchos millones de escudos de Alemania. Despues de este célebre acontecimiento, se dedicó Cristina á mejorar en todos sentidos el estado interior del reino, espidió varios decretos favorables al comercio, protegió eficazmente las instituciones sábias y útiles, rodeóse de hombres eminentes y acreditados, y, en una palabra, logró con sus actos que se considerase á la Suecia como una de las primeras potencias del Norte. Los principales monarcas de Europa solicitaron su alianza, la nacion la amaba, y al parecer, solo faltaba á la felicidad pública el ver asegurada la sucesion al trono por medio de un enlace conveniente, segun lo manifestaban los deseos generales. Pero Cristina era por naturaleza y educacion mas inclinada á la independencia, y así respondió un dia á los que le hablaban de este asunto: «Puede nacer de mí un Neron, así como puede nacer un Augusto.» Muchos fueron los príncipes que pretendieron su mano; pero ella se mantuvo firme en su resolucion, si bien en 1749 hizo que los Estados designasen á su primo Cárlos Gustavo, uno de los que habian aspirado á aquella alta honra, como sucesor al trono. Pero de repente varió la faz del gobierno, y otra fué la conducta observada entonces por Cristina. Vióse rodeada de una turba de favoritos, de intrigantes y aduladores; á la noble gravedad de su corte, sucedieron la frivolidad, los manejos de las míseras pasiones; á las economías del Estado el lujo y el despilfarro; sirviendo los títulos y honores solo para premiar á los necios y á los hombres mas corrompidos. De tal estado de cosas se resintieron muy pronto todos los intereses, crecieron los apuros y dificultades, y, en fin, Cristina llegó á verse en tan crítica situacion, que para salir de una vez de ella, pensó en abdicar, y lo hubiera hecho así, á no ser por los consejos y reflexiones de sus antiguos y escelentes consejeros, y en particular Oxenstiern, á quien ella respetaba como á un padre. En efecto: algunas de las medidas que siguieron á la determinacion de seguir gobernando, anunciaban dias mas prósperos. Dedicóse entonces con el mayor afan al estudio, tanto que para atender al mismo tiempo á los cuidados del gobierno, que eran los preferentes, solia privarse del sueño; compró cuadros, medallas, manuscritos, libros raros y preciosos, estuvo en correspondencia con muchos sábios, y entre

los que llamó á su corte se distinguian Saumario, Descartes, Crocio, Bochart, etc., con quienes conferenciaba á menudo sobre diversas materias políticas, literarias y científicas. Habia entre ellos un médico frances llamado Bourdelot, intrigantuelo y adulador de mala especie, que para dominar á sus rivales, infundia á Cristina sospechas contra lo principal de la corte y contra sus ministros; danzaba, cantaba, referia las anécdotas y cuentos del dia, y hasta llegó á dirigir la cocina, creyendo con estas lindezas captarse la benevolencia de la reina; quien, en vista de las repetidas quejas que contra hombre tan perjudicial se levantaban, le mandó salir de Suecia. Escribióla él, pero Cristina arrojó la carta, diciendo: «Puf! cómo apesta á ruibarbo!» Nuestro enviado Pimentel fué uno de los diplomáticos mas distinguidos por Cristina, y se cree que él fué quien la sugirió la idea de variar de religion. Tal vez este motivo, la conjuracion de Mesenio contra sus favoritos y aun contra ella misma, el estado de atraso en la cultura de su pais respecto de otros de Europa, y por último, su carácter en todo estraordinario, tal vez, decimos, influyesen poderosamente en su nueva resolucion de abdicar, como lo verificó en presencia de los Estados reunidos en Upsal, despojándose en el mismo acto de las insignias reales que puso en manos de Cárlos Gustavo, reservándose la renta de muchos distritos de Suecia y Alemania, y la completa independencia de su persona. Este ruidoso acontecimiento se efectuó en 1654. Recorrió varios paises, y abjuró en la catedral de Juspruck, reconociendo públicamente la religion católica. Hubo muy pocas personas, que en medio de la sensacion que este suceso causó en Europa, creyeron en la sincera conversion de la hija de uno de los mas celosos defensores del protestantismo, de Gustavo Adolfo; contribuyendo á ello el poco respeto con que solia espresarse respecto del papa y algunas otras circunstancias. Refiérese que viendo en un libro una cita de la obra de Campuzano, titulada *Conversion de la reina de Suecia*, subrayó este título, y puso al márgen: «El que ha escrito eso, «nó sabia nada de eso, y la que sabia «alguna cosa de eso, no ha escrito na- «da de eso.» Pasó á Roma á confirmarse, y entró en dicha capital á caballo y en traje de amazona. Recibió en su confirmacion el nombre de Alejandra. Hallábase ya Cristina en la patria de las artes, y dedicó algunos dias á recorrer la ciudad y visitar sus principales monumentos. Uno de los que mas llamaron la atencion de la ilustrada princesa, fué la estátua de la Verdad, hecha por el caballero Berini.—«¡Loado sea Dios!—esclamó un cardenal que la acompañaba—¿es posible que V. M. haga tanto caso de la verdad, que no siempre es agradable á las personas de su categoria?—Así lo creo—respondió Cristina—pero no todas las verdades son de mármol.» Pasó despues á Francia, en donde llamó la atencion de la corte, así por sus singularidades, como por sus talentos y vastísima instruccion. Habiendo manifestado deseos de ver á los sábios mas distinguidos, Menage se encargó de esta comision, y cómo al presentárselos sucesivamente repitiese sin cesar: «Este es un hombre de mérito.» Cristina llegó á fastidiarse, y contestó una vez con irónica sonrisa. «Preciso es convenir en que Mr. Menage conoce mucha gente de mérito.» La mediacion que Cristina intentó tener en ciertos asuntos de Francia, obligó á Mazarino á alejarla de la corte de una manera honrosa; sin embargo, al año siguiente volvió á Paris, y entonces fué cuando ocurrió el trágico fin de Monaldeschi, escudero mayor de Cristina, y á quien esta habia revelado sus mas íntimos secretos. Temiendo, sin duda, que los revelase, ó por otras causas que se ignoran, le sentenció á muerte, y la sentencia se ejecutó en Fontainebleau, en la galería llamada de los ciervos. Una de las con-

diciones que la reina de Suecia habia estipulado cuando su abdicacion, fué la autoridad suprema sobre todas las personas de la comitiva; y así se esplica el que aquel infeliz fuese víctima de la venganza de Cristina, cuya memoria hubiera sido mas grata, á no oscurecerla esta horrible mancha. Habiendo muerto Cárlos Gustavo en 1660, volvió Cristina á Suecia bajo pretesto de arreglar ciertos asuntos domésticos, pero con la mira de ocupar nuevamente el trono; conocida su idea, la hicieron firmar un acto de renuncia, volvió por segunda vez en 1666 sin obtener mejor resultado en su pretension: tampoco los polacos la apoyaron cuando aspiró á la corona de Polonia, que acababa de abdicar Juan Casimiro, y tuvo por último que tornar á Roma, en donde entregada al cultivo de las letras y de las artes, permaneció el resto de sus dias, muriendo en 19 de abril de 1689. En sus últimos momentos pidió que solo pusieran en su sepulcro este epitafio: *Vixit Christina aenos* LXIII, pero el papa mandó que la erigieran un monumento con una larga inscripcion. Sus restos fueron depositados en la iglesia de San Pedro. Escribió Cristina varias obras, que aunque no se distinguen por su profundidad, retratan bastante bien su carácter, citarémos entre otras: Primera: *Obra de recreo* ó *Máximas y sentencias*. Segunda, *Reflexiones sobre la vida y acciones de Alejandro*. Tercera, *Memorias de su vida*, *Endimion*, pastoral en italiano, en que trabajó mucho Alejandro Guioli. Cuarta, *Correspondencia secreta de Cristina;* dúdase de la autenticidad de estas cartas.

CROISET (Juan). Nació en Marsella á mediados del siglo XVII. Son tan conocidas lás obras devotas de este sábio frances, que el dispensarnos de mencionarlas siquiera en la présente, y de consignar el nombre de su autor seria grande falta. Fué el célebre jesuita rector de la casa noviciado de Avignon, y dedicado al estudio y á la instruccion de la juventud, adquirió profundos conocimientos en varios ramos del saber humano, pero en particular de los religiosos. Murió Croiset en Avignon en el año de 1738. Hé aquí los títulos de sus obras, cuya mayor parte han sido traducidas á los principales idiomas de Europa. *Año cristiano.—Retiro.—Paralelo de las costumbres de este siglo* (el XVII), *y de la moral de Jesucristo.—Vidas de los Santos.—Reflexiones cristianas.—Horas ó plegarias cristianas.—Meditaciones.—Efusiones del corazon en todos los estados y condiciones.*

CROMWELL (Oliverio). Nació en Inglaterra, en 25 de abril de 1599, de Roberto, hijo segundo de Enrique Cromwell, á quien la reina Isabel habia creado caballero. El padre de Oliverio, rico propietario del condado de Hemtingdon, le dió una educacion esmeradísima; pero menos aficionado nuestro personaje al estudio que á los juegos mas ruidosos de la infancia, y dotado de una imaginacion demasiado ardiente para sujetarse á las pacíficas tareas del estudiante, no parece que por entonces sacó gran provecho de los libros. Refiérese que en aquella edad se le apareció en medio de un acceso de melancolía, una vision que le anunció su futura elevacion, el gran papel que el cielo le destinaba á representar en la escena del mundo. Reprendiéronle su padre y su maestro cuando les dió cuenta de su fantástica aparicion, considerándola como vano desvarío de la mente. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que siempre estuvo fija en el espíritu de Oliverio la idea de aquel suceso; lo cual es indicio bastante probable de que desde sus primeros años se vió agitada su alma de pensamientos de ambicion, de grandeza y de fortuna. Tampoco adelantó mucho Cromwell en la universidad de Cambridge, por la causa arriba espresada, y muerto su padre tuvo que pasar á Lóndres, enviado por su madre, que con el objeto de que se arreglase

la conducta del mancebo, determinó ponerle en un colegio de aquella capital, en donde se enseñaba jurisprudencia. Allí, sin la vigilancia materna, lejos de corresponder á las miras de la que le habia dado el ser, dió rienda suelta á sus gustos y disoluciones, en tales términos, que en poco tiempo disipó los bienes que su padre le habia dejado. «Parece, no obstante, —dice un biógrafo— que este desarreglo de vida no dependia tanto de inclinaciones naturalmente viciosas, como de cierto desasosiego de carácter que constituia en él una necesidad de ser movido por sensaciones fuertes y estraordinarias.» Un suceso que nadie hubiera previsto, atendidas las espresadas circunstancias, vino á poner término á aquel género de vida; y fué su enlace con Isabel Bourchier. Desde entonces su conducta fué diametralmente opuesta. A ello contribuyó tambien sin duda el haberse afiliado á la secta de los presbiterianos exaltados, que por entonces adquiria numerosos prosélitos y no poca influencia en el pais. Uno de los rasgos mas característicos de este hombre estraordinario, era su entusiasmo casi fanático en las materias religiosas. Asistia como uno de los mas celosos sectarios á las reuniones de los puritanos, cuyas doctrinas enseñó despues públicamente en la isla de Ely, á donde tuvo que pasar á recoger una herencia de cuatrocientas á quinientas libras esterlinas de renta. Elegido diputado del tercer parlamento de Cárlos I, en 1628, empezó á distinguirse por sus ideas contra la autoridad del jefe de la Iglesia católica, ó contra lo que los puritanos llamaban *papismo*. Disolvióse el parlamento, y entonces trató Cromwell de pasar á la Nueva-Inglaterra, pero prohibida la emigracion por un real decreto, no tuvo mas remedio que permanecer en su pais. Cuando las elecciones del *largo parlamento*, célebre en la historia de Inglaterra, la situacion de Cromwell nada tenia de halagüeña, pues por la mala administracion de sus bienes estaba casi completamente arruinado; sin embargo, su genio fecundo en recursos, encontró medio de triunfar de todos los contratiempos, y Oliverio fué elegido diputado por la universidad de Cambridge. ¿Quién hubiera sospechado que al presentarse Cromwell en la Cámara de los Comunes, con un traje sucio y andrajoso, y con un aspecto que al parecer solo indicaba miseria, ignorancia y pequeñez de espíritu, quién hubiera sospechado, decimos, que bajo aquellos girones latia el corazon del genio tal vez mas grande de su época? Hubo, no obstante, un diputado, el famoso Hampden, que interrogado por otro si sabia quién era tan estraño personaje, respondió: «Ese hombre tan mal vestido será, si no me equivoco, uno de los hombres mas grandes de nuestro tiempo.» Y no le engañó su prevision. Oliverio fué iniciado en los secretos de la faccion que proyectaba la ruina de la monarquía. Cuando este proyecto fué claramente conocido, estalló la guerra entre el rey y el parlamento, y colocado Cromwell á la cabeza de un regimiento, que con el tiempo fué el mejor del ejército, dió muestras de ser tan escelente soldado como mas adelante profundo político. Reunia al mayor entusiasmo por su causa, el valor, la habilidad, la prudencia y los talentos de un gran capitan; siendo lo mas admirable de este fenómeno que ya entonces tenia cuarenta y dos años de edad. Peleó con tan singular ventura, que en todas las acciones salió vencedor. Tamaños servicios, y su incomparable mérito le valieron muy pronto el nombramiento de teniente general de caballería, influyendo como nadie tal vez en el éxito de las batallas de Marston-Moor, y de New-bury, dada la primera en 1644, y la segunda en el año siguiente, y cuyo resultado fué la ruina del partido realista, y el principio de los desastres de Cárlos I. No se ocultaba á Cromwell el gran ascendiente que con sus hazañas se habia adquirido, así en el ejército como en el

pueblo, y aguijoneada por este y otros motivos su ambicion, siempre despierta, pero que entonces debia caminar mas de prisa hácia su fin; resolvió dar un golpe decisivo para llegar á él, y este golpe fué la disolucion de la misma cámara de los Comunes que le habia elevado. De esta suerte el poder del Parlamento pasó al ejército, y desembarazado Oliverio de todas las trabas que hubieran podido oponerse á sus designios, convocó otro Parlamento, que elegido bajo su direccion, le declaró *protector de la república de Inglaterra*, *Escocia é Irlanda*. Aun era poco este título, para su ambicion sin límites. Despues de ser decapitado el rey, quedó abolida la monarquía, pero era preciso deliberar acerca de la forma de gobierno que se adoptaria, y despues de varios debates se presentó un proyecto de constitucion, una *humilde peticion* ó *dictámen* en el que se proponia el establecimiento de una república con un jefe, cuyo título iba en blanco, con el objeto de llenar el claro los partidarios de Oliverio con la palabra *King* (rey). Procedióse al nombramiento de una comision de cien diputados, para que examinase el proyecto y comunicase su dictámen al protector. Reducíase este dictámen á pedirle que aceptase el cargo y título de rey. Antes de resolverse á dar una contestacion definitiva, meditó Cromwell el partido que seria mas ventajoso para la nacion, consultó tambien el asunto con algunos de sus amigos; y habiéndole hecho su esposa la proposicion de restablecer al hijo de Cárlos en el trono, bajo las condiciones que Cromwell estipulase, este la respondió: «Sois una loca: si Cárlos Stuart pudiese perdonarme lo que yo he hecho contra su padre y contra él, no seria digno de llevar la corona que yo le cediese.» Aquella situacion no podia ser muy duradera, pero el protector tampoco queria proceder de ligero; antes por el contrario, dando muestras de respeto al espíritu religioso de la época, quiso aconsejarse tambien de los teólogos de Lóndres, hasta que, por fin, como el ejército y el pueblo pidiesen con gritos amenazadores la disolucion del Parlamento, Cromwell se vió obligado á decidirse. Penetra, pues, en el recinto de las leyes, dejando fuera alguna fuerza armada, y al ir á votarse una proposicion relativa á la próroga de las sesiones hasta año y medio, se pone en pié y esclama: «Ya es hora de que concluya toda esa cháchara.» En seguida entra la tropa y haciendo bajar de la tribuna al orador que la ocupaba, dice señalando este á los soldados: «Echad fuera ese muñeco.» Despejado el salon, le entregan la llave, y torna al momento á Whiteall. De esta manera se vió dueño absoluto de una situacion, que él mismo habia ido preparando con un genio y una sagacidad estraordinarias. Ni su nacimiento, aunque no era de baja estraccion, como falsamente han supuesto sus detractores, ni su fortuna, ni sus relaciones, ni, en una palabra, casi ninguno de los medios á que otros grandes hombres han debido su elevacion, contribuyeron á la del que nos ocupa. Su carácter enérgico y osado, y su admirable genio, fueron las únicas palancas de su grandeza. Proclamado pública y solemnemente protector de los tres reinos, con el tratamiento de *alteza*, desplegó en el gobierno y administracion del estado una política tan sabia como prudente y hábil, no quedando ramo alguno en que no introdujese saludables reformas. Cuidó especialmente de la abundante provision de subsistencias en los almacenes; pagó con la mayor puntualidad al ejército, y aun con adelanto de un mes; llevó á cabo cuantas economías y mejoras eran compatibles con el estado del pais y de las necesidades del estado; protegió y fomentó el comercio y las industrias; cercenó contribuciones y no impuso ninguna nueva; declaró que no queria gobernar sin Parlamento, y que este seria completamente libre en sus deliberaciones, no sancionándose, ni derogándose ley alguna

sino por actos legales tambien; arregló y moralizó los tribunales, no interviniendo él nunca, ni por ningun pretesto en la administracion de justicia; y para mostrarse en todo superior á los hombres vulgares, nombró juez del primer tribunal del reino á Hale, de quien habiéndole dicho que era enemigo acérrimo de la revolucion, contestó: «Lo sé, pero es generalmente respetado por su sabiduría é integridad, y así he querido poner una «barrera entre mi venganza y mis enemigos.» No es estraño que, con hombres como Hale, no hubiese ejemplar de que durante el protectorado de Cromwell dirigiese á este el público ninguna queja contra la probidad de los jueces. Todo era asombroso en aquel genio de la revolucion. En los ratos que le dejaba libre, que eran los menos, el cuidado del gobierno, entraba en el seno de la vida privada, no con el fausto y el orgullo de un príncipe ó un potentado, sino con la sencillez de un hombre confiado en que sus actos le rodearian de una gloria mas sólida que las vanas ostentaciones. El cariño de su familia y la lealtad de sus amigos, la interior satisfaccion de trabajar por la felicidad de un gran pueblo, eran suficientes motivos para que Cromwell considerase recompensados en gran parte los sinsabores y desasosiegos consiguientes á su árdua mision. Dicen algunos historiadores, que el celo religioso de Cromwell era aparente, y que sin duda en su interior se burlaba de los principios y prácticas de la misma secta á que parecia adicto; cuya conducta le sirvió eficazmente para subir al poder; pues con ella se granjeó la confianza de aquellos fanáticos. Refiérese, á propósito de esto, que estando un dia bebiendo con algunos amigos, buscaba un sacatapon, á tiempo de presentarse una diputacion de presbiterianos, á quienes mandó á decir que no podia recibirlos porque estaba ocupado en buscar al Señor; y se añade que no bien se marcharon los comisionados, se dirigió á sus compañeros, diciendo: «¡Imbéciles! creen «que buscamos al Señor, y buscamos, «en suma, el sacatapon!» Como quiera que sea, en ninguna ocasion se le vió faltar al respeto debido en materias religiosas. Condújose, pues, con la mayor prudencia y circunspeccion, y estableció el protestantismo como la única religion que se profesaria públicamente, pero dejando á la conciencia de cada cual el seguir en particular el culto que quisiese. En las guerras que sostuvo contra potencias estranjeras, y en las negociaciones diplomáticas se mostró siempre á la altura de un genio privilegiado. Venció repetidas veces á los holandeses, con la marina inglesa, á las órdenes del famoso Blake, recobrando Inglaterra de esta suerte muchos dominios perdidos durante el último reinado. Mazarino, que gobernaba en Francia, mandó un embajador á Cromwell solicitando su amistad, pero de una manera tan humilde para la dignidad de aquella monarquía, como honrosa para el protector, cuyo nombre solo hacia temblar al astuto ministro italiano. España no reconoció al gobierno ingles, y de aquí se originó una guerra en que nuestra nacion no llevó ciertamente la mejor parte. Tan prósperos sucesos convirtieron á Inglaterra en la primera nacion de Europa, llegando á un grado de prosperidad y esplendor, que desde entonces ha ido en aumento, siendo tanto mas de admirar esto, cuanto que ni la poblacion, ni la estension de su territorio, ni otras circunstancias locales prometian resultados tan maravillosos. Nadie hay —como dicen con razon algunos historiadores—que haya gobernado los tres reinos de la Gran-Bretaña con tanto talento y tanta gloria como Cromwell. Temido y respetado en el esterior, querido y admirado en Inglaterra, tenia, sin embargo, enemigos irreconciliables y encarnizados que trabajaban incesantemente en su ruina. Estos enemigos eran los partidarios de los Stuart y los sinceros republicanos, los guerreros y políticos que

habian favorecido sus proyectos ambiciosos, aquellas mismas sectas inquietas y turbulentas, cuyas pasiones solo la energía del protector pudo reprimir por algun tiempo, pero que viéndose alejadas de toda participacion en el gobierno se avenian muy mal con su suerte. Cromwell desbarató en varias ocasiones sus ocultas tramas, castigó á los fanáticos que repetidas veces intentaron asesinarle; pero los ejemplares escarmientos que mandó ejecutar en sus enemigos, lejos de calmarlos, escitaron en ellos mayores deseos de venganza. Finalmente, aquel mismo hombre que hacia temblar la Europa, que habia arrostrado con ánimo sereno y corazon invencible los mayores peligros, y sido el primero en los combates, llegó á concebir tal pavor, que hasta su propia sombra parece que le espantaba. Su acalorada imaginacion solo le representaba ideas sombrías y tremendas; creíase amenazado á todas horas y en todas partes de puñales y venenos; y en este miserable estado, rodeóse de espías y centinelas, púsose debajo del vestido una cota de malla, llevaba siempre un par de pistolas en el bolsillo, y variaba frecuentemente de dormitorio. La varonil firmeza del protector fué decayendo poco á poco, se debilitó su salud de una manera estraordinaria, y la lectura de un folleto del coronel Tito, (antiguo partidario de Cromwell y celoso republicano) cuyo folleto llevaba el título de *killing no murder* (matar no es asesinar), causó tan fuerte impresion en su espíritu, que segun se asegura, desde entonces ya no se le vió sonreir mas. Murió en 13 de setiembre de 1658, habiendo sido por espacio de diez años protector de los tres reinos de la Gran-Bretaña. Nombró á su hijo Ricardo para que le sucediese, adoptando esta disposicion en los últimos momentos de su vida, pues aunque establecido por él el protectorado electivo, se habia reservado el derecho de designar persona que le sucediese. Apenas se concebirian los grandes y numerosos hechos que inmortalizan el protectorado de Cromwell, si no se considerase la creadora actividad de su genio eminente; puesto que en tan poco tiempo, logró llevar á cabo una revolucion en las ideas y en las cosas, que causa mayor asombro cuanto mas se medita en ella. El sentimiento de la mayoría del pueblo ingles, por la pérdida de aquel hombre singular, fué grandísimo; hiciéronsele suntuosos funerales en la abadía de Westminster; los templos resonaron con sus alabanzas; muchas cortes de Europa vistieron de luto, y los poetas entonaron sentidos elogios. Waller escribió una magnífica oda, alusiva al mismo objeto, y á una horrorosa tempestad sobrevenida en el mismo dia de la muerte del protector, en que representaba á la isla británica estremecida por los últimos suspiros del grande hombre, y al Océano que se levanta irritado cuando pierde al domador de los mares. Muchos y muy ilustres escritores han escrito la vida de Cromwell, juzgándole cada cual con arreglo á sus ideas ó pasiones, pero concediéndole todos un genio superior. Sus grandes talentos y grandes crímenes, como dice un célebre poeta ingles, «le han «condenado á una fama eterna.» Terminarémos estas noticias con unas breves palabras, tomadas de una obra en que se hace el retrato del célebre personaje que nos ocupa, y que por su imparcialidad merecen consignarse aquí. «No tenia su persona ninguna de «aquellas cualidades naturales que ins- «piran el afecto, la confianza ó el res- «peto. Su rostro carecia de nobleza y «de gracia; su lenguaje, así como sus «modales, tenian algo de rústico y de «plebeyo, y hasta su voz era áspera y «disonante; su elocucion en los discur- «sos públicos era animada, muchas ve- «ces enérgica, pero incorrecta, vul- «gar, incoherente y confusa. Estas des- «ventajas naturales eran compensadas «con un conocimiento profundo de los «hombres, una gran sagacidad en des- «cubrir y analizar su carácter, y una «rara habilidad en lisonjear sus inte-

«reses y pasiones, convirtiéndolos en «instrumentos de su ambicion. Distin«guíale particularmente su audacia en «concebir los planes mas atrevidos, la «prontitud con que tomaba las dispo«siciones mas arriesgadas, grande in«trepidez en la ejecucion, y un genio «fecundo en recursos para vencer todas «las dificultades.»

CRUZ (Juan de la), mas conocido con el nombre de Pantoja. Nació en Valencia en 1545, y segun Palomino Velazquez, en Madrid en 1551. Sus padres eran pobres, y no pudieron darle otra educacion que la que permitian sus escasos recursos; sin embargo, deseando destinarle al estado monástico, lograron que se le recibiera de monacillo en un convento. Allí se revelaron ya las felices disposiciones del jóven para la pintura, y muchas veces se le sorprendia contemplando los cuadros que adornaban la iglesia. No contaba mas que diez años de edad, cuando hizo el primer ensayo, al menos que se sepa, en el difícil arte en que anhelaba distinguirse. Luego que hubo acabado su cuadro, teniendo por modelo el del famoso valenciano Juanes, se lo mostró á su prior, quien quedó tan agradablemente sorprendido, que, al momento aconsejó al padre de la Cruz que hiciese lo posible porque el jóven pintor aprendiese el arte en que tanto prometia. Juan de la Cruz dejó entonces el convento, y despues de adquirir algunas nociones de pintura, pasó á Roma en donde hizo notables progresos. Acreditóse muy pronto en España á su regreso de la capital mencionada, y llegando su mérito á oidos de Felipe II, este monarca le llamó á la corte y le concedió una pension para que pudiese establecerse. Pintó nuestro compatriota en el Escorial cielos rasos y cuadros, siendo dignos de admiracion, un *San Lorenzo*, un *Cristo atado á la columna* y una *Concepcion*. Tambien es suyo el retrato de *Felipe III á caballo*, que enviado á Florencia sirvió despues de modelo á la estátua ecuestre de bronce de dicho monarca, vaciada en bronce por Juan de Bolonia, y que hoy ocupa el centro de la Plaza Mayor de Madrid. Los inteligentes alaban mucho la *Adoracion de los pastores*, en que está retratada toda la familia del segundo Felipe; los retratos de *Felipe III* y de *la reina su esposa*, los de cuerpo entero de *Cárlos V* y su hijo *Felipe*, y algunos mas que existen en el Escorial y otras partes. Sobresalió Juan de la Cruz en la pureza de dibujo, en la verdad, espresion, gracia y nobleza en las figuras, y una asombrosa naturalidad en las carnes. Murió en Valladolid en 1610, ó en Madrid segun Palomino Velazquez.

CRUZ (San Juan de la). Nació en Ontiveros, villa de la diócesis de Avila, en 1542, y fué hijo de un caballero del pais, pero tan pobre, que á pesar de sus deseos de dar á aquel una educacion correspondiente á su clase, iba ya á verse en la dura necesidad de ponerle á un oficio mecánico, ó al suyo propio, que era el de tejedor, cuando un amigo se encargó de darle una carrera científica, adivinando en las bellas disposiciones del jóven, claros indicios de lo que con el tiempo seria. Así, pues, Juan de la Cruz se dedicó á los estudios con grande aprovechamiento, y concluidos que fueron entró en los carmelitas descalzos de Medina del Campo. Tenia entonces 21 años de edad, y no obstante su juventud observó desde el principio una vida tan austera, que los demas religiosos, aun los mas rígidos en la observancia de la regla, le admiraban. No habitaba en celda, sino en una mísera covacha, privado casi totalmente de aire, de holgura y de luz, pues para leer tuvo que practicar un agujerillo en la pared, por el cual entraba un débil rayo. Tenia por lecho un madero hueco y en forma de sepulcro. Pero aun no estaba satisfecha su sed de rigorosa virtud; parecíale pequeña todavía la severidad con que trataba su cuerpo, y

así determinó pasar á los cartujos. Precisamente por entonces se hallaba en aquella poblacion Santa Teresa de Jesus, con el objeto de fundar un convento de su nueva reforma, é inspirado por las palabras de la sublime doctora, tomó el hábito de la órden reformada de Nuestra Señora del Cármen, teniendo despues la satisfaccion de establecer en Duruelo el primer convento de la observancia, del cual fué prelado. El género de vida que habia adoptado, al paso que fortalecia su virtud y santidad, debilitaba su naturaleza en disposicion, que á los cuarenta y nueve años de edad murió en Ubeda. Las obras que dejó escritas, y cuya mayor parte han sido reimpresas varias veces, y traducidas á diferentes idiomas por su estraordinario mérito, le han alcanzado el justo título de uno de los primeros doctores de la teología mística. Sus obras son: *Subida del Monte Carmelo.—Noche oscura del alma.—Llama de amor viva.—Cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo, con su declaracion.*

CRUZ (Juana Ines de la). Nació en Méjico en 1614. Los aficionados á la poesía encuentran en las composiciones de esta célebre escritora, dotes dignas del lugar distinguido que ocupa en el Parnaso español. Adornado por la naturaleza de fácil y noble ingenio, de esquisita sensibilidad, y de un gusto tan delicado que, solo siéndolo á tal punto, no llegó á corromperse completamente con los delirios y estravagancias gongorinas (cuando Góngora escribia estravagancias y delirios), educada, ademas, por su tio materno, eclesiástico ilustrado y con grande amor al estudio de nuestros buenos poetas, la jóven Ines dió muy pronto á conocer sus talentos, apoyados no sobre débiles bases, sino sobre útiles conocimientos, como el latin, la retórica, la filosofía, los libros sagrados y la historia. Cuando llegó á edad á propósito para tomar estado, aspiraron á su mano muchos de los principales jóvenes de Méjico; pero tuvo la desgracia de perder á aquel con quien ya iba á casarse, y desde entonces formó la firme resolucion de pasar el resto de sus dias en el retiro y soledad del cláustro. No pudo llevar á cabo esta idea, por hacer compañía á sus padres; pero, habiendo fallecido estos, entró en 1668 en un convento de gerónimas, no sin repartir entre los pobres gran parte de su herencia. Consagrada en aquel pacífico recinto á la oracion y demas deberes religiosos, no por esto descuidaba el estudio y la composicion. Era generalmente admirada por su saber, modestia y piedad cristiana; así es que, no solo deseaban conocerla, sino que á veces iban á consultarla sobre asuntos importantes, el virey, el arzobispo y otros distinguidos personajes; en dos ocasiones en que fué elegida abadesa por unanimidad, rehusó humildemente admitir este cargo. Murió en 22 de enero de 1695, y todas las autoridades y personas de distincion concurrieron á sus funerales. Sus poesías, que comprenden todos los géneros heróicos, en que sobresalen principalmente las sestillas y el soneto, se publicaron en un tomo, y se dividen en sagradas y profanas. El fuego, la gracia, la ternura, el sentimiento y sencillez de sus composiciones cautivan al lector, que á veces cree oir las bellas armonías de Garcilaso. ¡Sensible es ciertamente, que en algunas ocasiones la poetisa mejicana se dejase dominar del mal gusto de Góngora!

CRUZ CANO (Ramon de la). Nació en Madrid, á 28 de marzo de 1731. Es el poeta dramático de los últimos tiempos mas popular de España. Siguió el estudio del derecho, recibióse de abogado, y en el ejercicio de esta profesion pasó algun tiempo; hasta que alentado por los aplausos con que fué recibida su primera composicion, que fué una comedia, en un teatro casero de la corte, y despues en uno público, se dedicó á las tareas dramáticas, al-

canzando una serie de triunfos no interrumpidos y tanto mas apreciables, cuanto que despues de sus talentos, los debió á todas las clases de la sociedad, desde la mas alta hasta la mas humilde, que se veian retratadas con verdad, espresion y valentía en los lindos cuadros de nuestro poeta, á quien podemos considerar como el Goya del teatro. Es seguramente admirable, que pudiera sacarse el gran partido que Cruz Cano sacó del género que cultivó con preferencia. Su viveza de imaginacion, su carácter jovial, la natural impaciencia de su génio, no le permitian emprender obras de mucha estension, y así se dedicó á escribir *sainetes*, muchos de los cuales pueden servir de modelo ó suministrar el plan de una buena comedia. Cuanto mas se ven el *Sarao y el reverso del sarao*, *El sueño*, *El dia de Noche Buena*, *El terno* y *El Manolo*, mas gustan, este último es una parodia del Orestes, pero hecha con una maestría y una gracia tan fáciles como inimitables. En el prólogo del autor, este declara que al escribir la composicion que nos ocupa, no fué su objeto ridiculizar las verdaderas tragedias, pues mal podia hacerlo quien siempre habia manifestado respeto y admiracion hácia los buenos poetas. Descúbrese en los sainetes de don Ramon de la Cruz un talento de observacion que á muy pocos es dado poseer; una crítica atinadísima de las costumbres, vicios, ridiculeces y lenguaje de la sociedad en que vivia, comprendiendo, como hemos dicho, á todas las clases, edades, sexos y condiciones. Los chistes, las agudezas satíricas y picantes, los caractéres, las situaciones cómicas y burlescas, las truhanerías de la gente baja, y el ridículo orgullo y afectacion de la encumbrada, todo esto combinado de una manera felicísima en los sainetes de don Ramon de la Cruz, presenta unos contrastes que provocan la risa del hombre mas ceñudo y melancólico. Véase como escribia sus obras. Los incidentes que mas le habian chocado durante el dia, eran los que por lo regular le suministraban el asunto. Ibase por la noche á pasear al Prado, pasaba algunas horas ideando la fábula del sainete, y al dia siguiente la escribia sobre el banco de piedra en que habia esperado la luz del alba, pasando en seguida al teatro con sus borradores, para que los actores principiasen á estudiar la nueva obra, la cual solia representarse á los dos ó tres dias. El carácter franco y sencillo de don Ramon de la Cruz, sus sentimientos caritativos y el mérito de sus composiciones, le granjearon el aprecio de todo el mundo, así es que en todo Madrid era conocido, y particularmente en los barrios bajos, en donde se dice que siempre tenia morada á su disposicion. Cuando ya su edad no le permitia trabajar, un Grande de España le señaló una pension, y murió en casa de un pobre y honrado artesano, en donde habia concurrido á un baile de boda, en 4 de noviembre de 1795. Ganó grandes sumas con sus obras, pero la mayor parte las empleaba en limosnas y otros actos caritativos, así es que nunca pudo vivir con grande holgura. *El Teatro* ó *Coleccion de sainetes y demas obras dramáticas de don Ramon de la Cruz*, edicion de Sancha, consta de diez tomos en octavo. Segun Sampere y Guarinos las obras dramáticas de este poeta ascienden á ciento veinte, comprendiéndose entre ellas diez óperas traducidas de Metastasio, á cuyo número deben añadirse una multitud de tonadillas, loas, introducciones, etc. La versificacion de todas ellas es facilísima, el diálogo vivo. Don Ramon de la Cruz fué tambien catedrático de filosofía, y entre los Arcades de Roma se le conoció con el nombre de Larisio Dianeo.

CUBAS (don Pedro Carrasco, mas conocido por), es uno de los artistas mas célebres en el género cómico que ha producido España á principios de este siglo. Nació en Requena el año de 1777, y fué hijo de aquel otro cono-

cido actor, don Felix, á quien su padre puso pleito por haber emprendido la carrera del teatro (tan poco estimada entonces), y obligó por sentencia del tribunal á hacer uso de cualquier otro apellido que no fuese el paterno, optando al punto don Felix por el de madre, CUBAS, de que han seguido haciendo uso con entusiasmo cuantos descendientes de los Carrascos abrazaron despues la profesion de cómicos. A los 13 años de edad, esto es, en el de 1790, fué ajustado Cubas de racionista, por la empresa del teatro de la Cruz en Madrid; y tales fueron aquí sus primeros ensayos, con tal desgracia y con tan escasas facultades se presentó en esta temporada y aun las dos siguientes, en la escena, que, no hubo noche en que no recibiese las mas estrepitosas pruebas del descontento y desagrado públicos. Cubas, sin embargo, sentia grande entusiasmo y amor á el arte, por lo que, no desanimándose, á pesar de las poco afectuosas demostraciones con que ciertos espectadores habian tomado ya la costumbre de saludarle, se esforzó en corregirse de todos los defectos que le advertian sus amigos, hasta hacer cambiar en el año de 1793, las disposiciones contrarias de una parte del público en otras tan favorables á su persona, como hácia ningun actor se manifestaron nunca. Fué el caso que, concluida la guerra con Francia, guerra impolítica y bajo todos conceptos desastrosa, comenzaron á regresar á España las tropas espedicionarias, y como entonces, en celebridad del fausto acontecimiento, escribiese don Blas de la Serna, maestro de música del teatro de la Cruz, la aplaudida tonadilla con el título de *La venida del soldado*, Cubas se encargó del papel del protagonista, que desempeñó á gusto y satisfaccion del público, recibiendo en premio los mas vivos y estrepitosos aplausos, y siendo obligado ademas á repetir por dos veces la introduccion. Y como si todavía fuera necesario un nuevo y mas completo triunfo para asegurar la reputacion poco vacilante ya del jóven Cubas, el desempeño de su papel de gracioso, en la comedia titulada: *El montañes sabe bien donde el zapato le aprieta*, que fué inmejorable, se le acarreó verdaderamente. Desde esta época, el mérito del rehabilitado actor se reputó ya como uno de los mas superiores, comenzando, por consecuencia, los teatros de las provincias á reclamarle y á hacerle proposiciones tan ventajosas de ajuste, como el mismo Cubas las pudiera apetecer. Así es que, recorrió diferentes capitales, obteniendo en todas ellas multitud de aplausos y considerables remuneraciones, y no regresó á la corte hasta el año de 1805, y eso porque el príncipe de la Paz le embargó en Cádiz, donde estaba ajustado, para hacerle venir al gran teatro de los Caños del Peral en Madrid. Aquí figuró Cubas en la misma lista que el gran Maiquez y el incomparable Rafael Perez, alcanzando los mayores triunfos en la comedia *La presumida y la hermosa*, la tonadilla de *La tia burlada*, y el sainete *El payo de centinela*. Cuando aconteció la invasion francesa, Cubas se vió precisado á trasladarse á Sevilla, y de aquí á Cádiz; donde, viéndose en situacion muy apurada por lo crítico de las circunstancias, hubo de embarcarse para Montevideo, en cuyo punto habia sido contratado. Ovaciones completas y mejoramiento en sus intereses obtuvo en este pais, tan pronto como arribó á él; pero no pudiendo olvidarse de aquel otro en que habia visto por primera vez la luz, regresó á él en cuanto pudo, y se estableció en Valencia, ajustándose en su teatro. Corria el año 1815, y en consonancia con ciertas instituciones políticas, de funesta y triste recordacion, estaba y se sostenia el tribunal odioso de la Inquisicion *santa*; Cubas era el autor de su compañía cómica. Pues hé aquí, que, debido á lo uno y á lo otro, fué aquel atropello escandaloso que se cometió con nuestro héroe, atropello que le ocasionó una fuerte

alteracion en su salud, y ese estado convulsivo en que permaneció hasta la muerte, por espacio de muchos años. El caso fué el siguiente: estaban para representarse ó habíanse representado ya en dicho teatro de Valencia, las dos producciones tituladas *El Diablo predicador* y *El ángel pastor San Pascual*, cuando se presentó cierta noche, á la hora de la funcion, un familiar del Santo Oficio, preguntando por Cubas. «Servidor de usted le dijo este.» Entonces el ministro, que habia ocultado hasta allí su carácter, tiró el embozo repentinamente, y dejando ver en el pecho el escudo de la Inquisicion—«¿Me reconoce usted? interrogó bruscamente á Cubas.—Demasiado, le contestó este.—Pues en ese caso, sígame sin demora, le replicó el otro, que el tribunal está reunido y deseando ver á usted.—Vamos inmediatamente, insistió Cubas, aparentando confianza, y haciendo por disimular la zozobra y el sobresalto en que le habian puesto las palabras del familiar.» Y encaminándose los dos al sitio de los juicios sin pruebas, de las condenas sin oir, de los fallos inapelables, de las ejecuciones mas bárbaras y sangrientas que pudo inventar la perversidad humana, llegaron á la presencia de siete hienas feroces, tituladas jueces, que hicieron sentar á Cubas en el banquillo de los acusados.—«¿Es usted el autor de la compañía cómica que trabaja en Valencia? le preguntó el presidente, despues de haberle hecho jurar ante un santísimo Cristo, que diria verdad en todo lo que fuese preguntado.—Sí señor, contestó Cubas.—Y ¿no sabe, insistió el primero, que es en ofensa de nuestra santa religion y de sus mas dignos ministros, cuanto se dice y hace en las comedias que ha puesto usted en escena, tituladas *El diablo predicador* y *El ángel pastor San Pascual?*—No señor, repuso el preguntado.—Pues, sin embargo, es preciso que inmediatamente me entregue los ejemplares que tenga en su poder de las mencionadas comedias, continuó el presidente, y se abstenga en lo sucesivo, bajo las mas severas penas, de representarlas pública ni privadamente. ¿Lo entiende usted?—Sí señor, dijo Cubas, pero al mismo tiempo no puedo menos de manifestar á V. S. mi estrañeza, porque para el arreglo de un asunto tan sencillo como es este, haya empleado medios tan escesivamente eficaces, que me han causado grande alarma y sobresalto, y en virtud de los cuales me temo una muy terrible alteracion en el estado de mi salud.—¿Cómo así? le replicó, entonces, airado el presidente, y continuó: Pues ¿qué opinion es la que tiene usted formada de este tribunal, ó á qué estremo le intimida la idea de tenerse que someter á sus fallos ó decisiones?—Señor, contestó Cubas (muy pesaroso ya de lo que acababa de decir) mi opinion acerca de este tribunal es la mas ventajosa; pero como ninguno está libre de una mala voluntad y una delacion falsa, temí.....—Basta; le interrumpió el presidente; vaya usted con Dios y cumpla al punto lo que se le ha prevenido.» Cubas regresó en efecto libre á su casa; pero los recelos que habia manifestado en la inquisicion, de que se alteraria el estado de su salud, á consecuencia de la sorpresa que habia recibido con la notificacion del familiar y todas las otras medidas aparatosas del Santo Oficio, se cumplieron al pié de la letra. Acometido el autor de la compañía cómica, de un grave accidente que le hizo perder el sentido, no volvió en sí hasta despues de mucho tiempo y de haberse empleado todos los recursos que encierra el arte: siendo de lamentar, empero, que aquella convulsion nerviosa que se le habia originado entonces, le durase por todo el tiempo de su existencia, que aun se prolongó treinta años. Esto no obstante, Cubas, merced al predominio que habia llegado á adquirir sobre la escena, siguió desempeñando los diferentes papeles que se le dieron con una perfeccion y una maestría admirables, y conquistándose por ello las

simpatías y el aprecio públicos, hasta un estremo que muy pocos artistas le pueden igualar. Verdad es que, el buen timbre y la entonacion escelente de su voz, contribuian á dar mayor realce á la espresion sentida y natural de los mas fingidos afectos; que su accion era siempre decorosa y noble, aun en los papeles mas burlescos, muy diferente de la desenvuelta y libre, en estremo, de algunos actores graciosos de nuestros dias; que si bien su principal cuerda era la de figuron, no por esto dejaba de desempeñar los papeles de barba con un esmero y un acierto admirables, siempre que se le encomendaban; y, por último, que nadie le aventajó en delicadeza y gusto para decir el verso de las comedias del teatro antiguo español principalmente. Estas y otras muchas ventajosas cualidades, que adornaban al eminente artista, hicieron que rara vez le faltase ajuste en los principales teatros; siendo la mejor y mas evidente prueba de ello que, aun el año de 1843, época ya de su decrepitud, y en que figuraban en la lista del teatro del Príncipe, los nombres de los mas famosos actores, se viese representar á Cubas papeles de mucho lucimiento, y arrancar aplausos y palmoteos innumerables. Sí; el hombre del siglo pasado, el cómico de 1790, consiguió figurar dignamente al lado de la incomparable Matilde Diez, de la aventajadísima Lamadrid, del entendido Romea, del acreditado Guzman, y entusiasmó á un público, el público de 1843, tan diferente de aquel otro público, ante quien Cubas se habia principiado á formar. Este es su mayor elogio. Sin embargo, luego que terminó esta temporada vióse precisado á solicitar su jubilacion por sus muchos achaques, la que le fué concedida y disfrutó por espacio de ocho años. Al cabo de este tiempo, y mediante una penosa enfermedad que le acometió, dejó Cubas, el 15 de agosto de 1851, un mundo que habia principiado á dejarle á él mucho antes. Su fama empero, quedóse entre nosotros, y subsistirá por mucho tiempo para estímulo de los artistas entusiastas.

CUEVA (Beltran de la), duque de Alburquerque, y mayordomo del rey de Castilla Enrique VI, llamado el *Impotente*. Fué uno de los caballeros mas gallardos y apuestos de España, y tan conocido por sus espléndidas liberalidades, como por su valor. En una justa celebrada cerca de Madrid en 1459, sostuvo él solo la lid contra cuantos caballeros castellanos se quisieron presentar, teniendo la gloria de irlos venciendo uno á uno. La fiesta fué de las mas cumplidas y suntuosas que se habian visto, y todos los gastos corrieron por su cuenta. Es opinion bastante comun entre los historiadores, que don Beltran tuvo intimidad con la reina doña Isabel de Portugal, que le dispensaba todo su favor y confianza; sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el título de la *Beltraneja*, que se dió desde su nacimiento á la princesa doña Juana, hija de doña Isabel, y que ha conservado hasta nuestros tiempos, no reconocia otro orígen. El monarca nombró á don Beltran gran maestre de la órden de Santiago, antes prometido al infante don Alfonso; y sea por este motivo, sea por el favor que se le dispensaba, sea, en fin, por la influencia que gozaba y que envidiaban ó temian los cortesanos, llenáronse de indignacion así los grandes como el pueblo, y se formó una liga para derribarle, esperando solo coyuntura favorable para declararse abiertamente. Rebeláronse, pues, y don Beltran condujo al débil rey contra los descontentos, logrando alcanzarlos en Medina del Campo. La accion iba á comenzar, pero el arzobispo de Toledo, que acaudillaba á los rebeldes, creyendo intimidar el bravo corazon de la Cueva, de quien era enemigo personal, le aconsejó por conducto de un enviado, que se retirase á lugar seguro, pues si venian á las manos, su muerte seria inevitable, por haber hecho cuarenta soldados formal juramento de dársela. La contestacion

de don Beltran fué cual debia esperarse de su ánimo varonil y arrogante; respondió, pues, mostrando sus vestidos y armas al emisario, para que pudiesen conocerle mas fácilmente entre el desórden y confusion de la pelea, y dando la señal de la batalla dió principio con ella á las prodigiosas hazañas que hizo en aquel dia. La victoria, sin embargo, quedó indecisa; y don Beltran, estraordinario siempre en sus acciones, y por amor al sosiego del reino, no solo renunció el gran maestrazgo, sino que libre y espontáneamente se entregó en rehenes á sus enemigos en la fortaleza de Portillo. El monarca premió cual debia este sacrificio, dándole la ciudad de Alburquerque con el título de duque y algunos señoríos mas. En tiempo de los Reyes Católicos peleó contra doña Juana, que, escluida de la sucesion al trono, como bastarda que se la consideraba, se habia presentado á sostener los derechos que creia tener; el intento de don Beltran, era demostrar así que no era padre de aquella infeliz princesa. Murió don Beltran en 1492.

CUEVA (Juan de la), célebre poeta sevillano. Nació á mediados del siglo XVI. Se ignoran las particularidades de su vida. Segun don Nicolas Antonio, componia versos sobre toda clase de asuntos, *Carmen de quâque re pangebat*. Fué Juan de la Cueva uno de los mejores críticos de su tiempo, en materias literarias, sin que por esto se entienda que él mismo, que daba preceptos para destruir los abusos, dejase de incurrir en graves defectos, distinguiéndose mas sus lecciones, por la enseñanza que encierran que por su desempeño poético, pues están en verso. Segun Velazquez y Montiano la escena debió apreciables reformas al poeta sevillano, en cuyas composiciones dramáticas ya se echan de ver los progresos del arte. Por su *Arte poética* se colige que fué el primero que sacó á la escena reyes, y hombres groseramente vestidos, sacudiendo de esta suerte el yugo de la rutina de la mayor parte de los escritores que florecieron en el reinado de Cárlos V, quienes por no separarse de las antiguas reglas encerraban el drama nacional en los estrechos límites del griego y el romano; si bien en esto no hizo mas que seguir las huellas de Torres Navarro. Dos autores se disputan la division de las producciones dramáticas en tres jornadas ó actos, en vez de los cinco de que antes constaban; uno de ellos fué Juan de la Cueva, y el otro el inmortal Cervantes, posterior á aquel. La cuestion ofrece tan poca importancia, que abandonamos con gusto á ciertos eruditos cachazudos, la gloria de resolverla á su satisfaccion. En 1582 publicó nuestro compatriota una coleccion de poesías, y algun tiempo despues otra con el título de: *Coro febeo de romances historiales*. A esta siguió un poema, relativo á la conquista de la Bética, obra mas apreciable, que la *Restauracion de España, la de Mégico*, etc. La elevacion de estilo, la fecundidad de la fantasía, revelan, que como poeta épico valia bastante Juan de la Cueva, pero escrupuloso respecto á la historia, sujetaba de tal manera el vuelo de su imaginacion, que apenas se elevaba decaia lamentablemente. Entre la coleccion de comedias que publicó en Sevilla en 1588, representadas en dicha ciudad, hay las siguientes tragedias: *Los siete infantes de Lara.—La muerte de Ayax Telamon.—La muerte de Virginia y Apio Claudio* y *El príncipe tirano*. Montiano y Luyando elogian el estilo de Juan de la Cueva, la naturalidad artística, digámoslo así, con que maneja las pasiones, pero al propio tiempo le critican por la inobservancia de las unidades, y por la introduccion de personajes alegóricos, lo cual da á la fábula grande inverosimilitud.

CUPIDO ó AMOR. Uno de los mas poderosos dioses de la fábula es el travieso y gracioso niño, á quien los poetas del antiguo régimen llaman el *ciego*,

por la venda que cubre sus malignos ojos; cuyas alas de rosa y azul color, hienden el aire con la rapidez de la flecha disparada, y en cuyas manos relucen el arco y el agudo dardo de oro. Las flores son su cuna, y entre ellas le pintan alguna vez escondido, pronto á lanzar el envenenado arpon sobre la hermosa descuidada ó el galan mancebo. No hay corazon que no esté espuesto á sus tiros: el adusto soldado, acostumbrado á evitar los golpes de un adversario valeroso y robusto, es muchas veces blanco y víctima de ellos; la vejez misma suele recibirlos en mitad del frio pecho, convertido en volcan abrasador así que la fina punta le ha penetrado; tiranos, hartos de sangre y ébrios de orgullo, han reconocido el inmenso poder de Amor; por Amor otros se han trocado de repente en tiranos. Pero ninguno mas déspota, ni mas cruel que Cupido. Hijo del feroz Marte y de la impúdica Venus, heredó sus inclinaciones, saliendo tan semejante á sus padres, que la misma que le dió el ser tuvo que entregarle á unas fieras para que le amamantasen, obedeciendo las órdenes de Júpiter, el cual, previendo los males que habia de causar el rapaz con el tiempo, obligó á la diosa á separarle de su lado. Los bosques fueron, pues, la casa paterna y la primera habitacion del que hoy tiene por palacio el universo, y las bestias sus nodrizas y guardadoras. El Destino, divinidad superior, para quien las órdenes de Júpiter poco ó nada significaban, quiso que el niño creciese y se hiciese grande, á pesar de los peligros que le rodeaban, en medio del abandono á que se le habia condenado, y las fieras, en vez de despedazarle, le cuidaron y robustecieron con su leche, si hemos de creer á los poetas. Otra es, sin embargo, la opinion de Aristófanes y Safo. Dice el primero que la Tierra produjo un huevo, que habiendo fecundado en medio del caos lo desenvolvió, dando nacimiento á todos los demas dioses. La segunda hace á Cupido hijo del cielo y de la Tierra. Platon supone que celebrando los habitantes del Olimpo el nacimiento de Venus, *Poro*, dios de la abundancia, embriagado con el nectar celeste que habia bebido, se durmió á la puerta de la sala donde se hallaban reunidos los convidados; *Penia*, diosa de la pobreza, vino entonces á recojer las sobras del banquete, y Poro, despertando entonces, la encontró tan hermosa, que se casó con ella; de esta union resultó Amor, á quien sus padres entregaron á Venus para que la sirviese. Sea de esto lo que quiera, nosotros vamos á narrar la fábula tal como la cuentan la generalidad de los mitólogos, cuya opinion hemos seguido hasta ahora en nuestro artículo, no solo por ser la corriente, sino por conceptuar así la alegoría mas ingeniosa y poética que como la refieren los autores antes citados. Así que el niño dios tuvo fuerzas suficientes para manejar sus armas favoritas, hízose un arco de fresno y flechas de cipres, y para con mas pulso y seguridad herir los humanos corazones, ensayóse disparando sobre las mismas piadosas bestias que en su infancia le alimentaron. La destreza que adquirió en aquel ejercicio fué bien pronto el terror de los hombres y los dioses. Su propia madre, él mismo, sintieron sus efectos. ¡Tan cruel era el inquieto muchacho! Por aquel tiempo habia un rey, que tenia tres hijas, dos de ellas casadas con poderosos príncipes, la tercera un prodigio de hermosura, tanto que los hombres de entonces, en vez de rendir culto á Venus, diosa de la belleza, rendíanselo á ella, olvidados de la deidad. Esta, irritada, juró que obligaria á la inocente causa de sus celos á casarse con *el mayor mónstruo del mundo*, é hizo pronunciar tan terrible sentencia al oráculo, con sorpresa y horror de cuantos la escucharon. Conducida Psiquis (que este era el nombre de la hermosa princesa), al pié de una alta roca, eternamente azotada por las bravas olas del mar, quedó sola, esperando á su prometido esposo con la angustia y el terror pro-

pios de su situacion. Las horas pasaban y el mónstruo no venia; la doncella, cansada, inclina la cabeza, se duerme; pero despierta, mira á su alrededor con asombro, y no ve el mar, ni la roca, ni el cielo... «¿Será un sueño?» murmura, no acertando á comprender cómo se halla en el elegante salon de un magnífico palacio, por cuyas ventanas se descubrian amenos jardines, envidia de Flora, pájaros de doradas plumas, que gorgeaban entre los verdes árboles, mariposas de mil colores que sobre las flores se mecian, fuentes con tazas de mármol, arroyos que salpicaban de limpia plata la crecida yerba. La pobre niña dió un grito: «¿dónde estoy?» esclama, y una voz dulcísima le responde: «En el alcázar de tu esposo;» Psiquis se estremece, y la voz continúa: «No lo dudes; pide lo que quieras, y verás pronto satisfechos tus mas irrealizables deseos.» Armoniosas, celestiales músicas encantan el oido de la princesa; un bellísimo traje de riqueza portentosa reemplaza al que vestia; los placeres, el poder, la grandeza, se unen y dan la mano para complacerla, la rodean, la siguen á todas partes entre maravillas nunca vistas en los mas suntuosos palacios, jamas leidas en los cuentos y fábulas de los poetas. Todavía temblaba Psiquis: «¡mi esposo! decia con amargura; ¡un mónstruo que me devorará tal vez!» Las sombras de la noche cayeron en tanto sobre la tierra; la desposada se arrojó sobre su lecho de blanda pluma, y esperó el momento fatal..... Sonaron pasos, las puertas de la alcoba cedieron al suave impulso de una mano invisible. El recien llegado se acercó misteriosamente al tálamo nupcial; Psiquis habia apagado la lámpara, y sin embargo cerró los ojos..... El mónstruo la estrechó entre sus brazos, calmó los temores que la inquietaban, y últimamente, se mostró tan tierno, tan enamorado, que la hermosa casi sintió no haberse casado con él antes. Creia Psiquis que la luz del alba le discubriria lo que las tinieblas de la noche no le permitian ver, y se durmió, confiada en que su curiosidad quedaria satisfecha dentro de algunas horas; pero ¡ay! cuando despertó, el amable mónstruo habia desaparecido. Llegó la noche siguiente, y entre mil mimos y caricias le rogó que se mostrase: «¡Jamás! respondió aquel; tu ventura y la mia estriban en que ignores eternamente quién soy.» Mas, como Psiquis no podia convencerse de que así fuese, habiendo visto á sus hermanas, les contó el caso, y ellas, envidiosas, la aconsejaron que procurase salir de una vez de dudas y ver al dueño de su corazon, lo cual bastó para que la desgraciada, resuelta á satisfacer su curiosidad, bien natural por otra parte, tomase una lámpara y la ocultase en un aposento inmediato al en que dormia, aquella ó una de las noches siguientes. Cuando le pareció que su esposo estaba entregado al sueño, se levanta, corre á la estancia próxima, y vuelve con la oculta luz en la mano..... El mónstruo, ¡qué sorpresa! era un lindo mancebo, Cupido, quien despertando así que el resplandor de la lámpara bañó su rostro, salta del lecho y huye..... Palacio y jardines desaparecieron con él, y Psiquis, desesperada, corrió á arrojarse á un torrente, cuyas aguas, amansándose como por encanto, la condujeron sana y salva á la orilla, donde la depositaron entre las flores. Entonces, perdida la esperanza de morir, que antes la habia sonreido, pensó en vengarse. Buscó á sus hermanas, refirió á cada una separadamente el suceso, añadiendo que Cupido al abandonarla le habia dicho que tomaria por esposa á una de ellas, y ambas, ocultándose mútuamente su designio, se dirigieron á la roca donde Psiquis habia sido espuesta, y, creyendo que Céfiro las conduciria en sus alas al encantado palacio del fingido mónstruo, se arrojaron al mar, donde otros mónstruos, de menos blanda condicion, las devoraron. Mas desgraciada aun la esposa de Cupido, vagó largo tiempo por la tierra,

implorando la proteccion de los dioses. Venus, á quien se presentó tambien, le ofreció su perdon; ¡pero bajo qué condiciones! Despues de haberla hecho cargar de cadenas, la mandó ir por agua á un manantial que venenosas serpientes defendian; hízola ademas trepar á la cima de un gigantesco peñasco; separar en señalado y breve tiempo multitud de granos de diferentes especies confundidos y revueltos, y, con el fin de probar á libertarse de una vez de tan aborrecida rival, bajar al Averno á pedir á Proserpina una *caja de Hermosura*. Volvia ya con el precioso don la desventurada, cuando, no pudiendo resistir al deseo de examinarla, la abre, á pesar de la espresa prohibicion de la soberana de los infiernos; densos vapores salen entonces de la caja y trastornan sus sentidos... Venus iba á triunfar; mas su hijo, viendo en tan gran peligro á la que tanto amaba, acude en su auxilio, encierra los escapados ponzoñosos vapores en la cárcel que los contenia y vuela, despues de haber salvado á su imprudente y nunca escarmentada esposa, á echarse á las plantas del padre de los dioses, pidiéndole la inmortalidad para ella. La gracia fué concedida, celebráronse sus bodas, y la *Voluptuosidad*, fruto del amor de aquella pareja divina, vino al mundo, coronada de rosas, á brindar á los mortales, con el suavísimo nectar de su copa de oro, y á completar la alegoría.

CURCIO (Marco), jóven romano, perteneciente á una familia patricia. Tito Livio refiere de este personaje una de las acciones mas heróicas de amor patrio. Por los años 392 de la fundacion de Roma, se abrió en medio de una plaza de esta ciudad una sima profundísima, en el sitio mismo á que Marco Curcio ha dado su nombre. Tratóse al punto de cegar aquella especie de abismo, echando en él tierra y escombros; pero en vano. La admiracion fué general; consultóse á los augures, y estos anunciaron que el objeto no se conseguiria mientras no se echase allí lo mas precioso que la ciudad encerrase en su seno, sin cuya circunstancia la duracion de esta no seria eterna. Marco Curcio, bien conocido por las gloriosas hazañas que habia ejecutado en varias ocasiones, preguntó si lo mas precioso que contenia la ciudad era el valor y las armas, y como le contestasen afirmativamente las diversas personas á quienes interrogó, fuese á su casa, armóse de piés á cabeza, monta en un hermoso caballo magníficamente enjaezado, se presenta en la plaza, é invocando á los dioses Manes, se arroja á la sima, diciendo que no hay nada mas grande que el valor y el patriotismo. Esta sublime accion fué acogida con inmensas aclamaciones por el pueblo todo, que echó flores y frutos sobre la tumba del héroe, cerrándose esta al punto, aunque, segun algunos historiadores, parece que fué cegada con escombros. Los romanos antes consternados por aquel suceso prodigioso, atribuido por ellos á la cólera de los dioses, cobraron nuevo aliento, y la esperanza volvió á renacer en sus contristados pechos. La memoria de Marco Curcio fué honrada solemnemente por sus conciudadanos, y las bellas artes contribuyeron á perpetuarla con monumentos como el que existe en el casino de la *Quinta Borghese*, en las puertas de Roma, que representan en un bajo relieve el acto de arrojarse en la sima aquel valeroso jóven, que en actitud de estender sus brazos hácia el cielo, ofrece un soberbio contraste con la sensacion puramente animal del caballo que parece detenerse al caer en el abismo, al propio tiempo que obedece á una fuerza superior.

DAFNE, ninfa de singular belleza, hija de Peneo, rio de Tesalia, segun la fábula mitológica. Sabia Cupido que Apolo se burlaba de sus flechas, dando á entender que para él ninguna fuerza teniau. Picado de la loca jactancia del dios, el ciego niño se quitó un dia la venda, preparó su arco, y dispuesto á no errar el tiro, disparóle uno de sus mas agudos dardos. Desde aquel momento empezó á abrasarse el hijo de Latona en vivas llamas de amor, y á perseguir á la bellísima ninfa Dafne; pero esta, ó porque amaba al príncipe de Pisa, Leucipo, con mas verdad que las hermosas de esta edad de hierro á sus galanes, ó porque, como aseguran algunos, Cupido la hubiese dirigido una de las flechas de plomo que lleva en su carcax para apagar enteramente el amor, ó hacer insensible el alma mas tierna á sus halagos y promesas, huia del dios cuyos elocuentes discursos no la convencian, y á cuya lira de oro hubiera preferido el mas tosco instrumento, por mas que Apolo fuese tan buen músico como poeta, y tan galan como enamorado. Por fin, el terco amante encontró á la ninfa en los campos, en ocasion y á hora que le parecieron oportunos para lograr á la fuerza lo que los ruegos no alcanzaban; mas Dafne, encomendando á sus ligeros y diminutos piés la defensa de su amenazada honra, llegó á la orilla del rio Peneo, el cual, así que la vió venir de aquella suerte, sacó fuera la cabeza, y divisando á Apolo, que á todo correr venia tendiendo los brazos para asir á la doncella, se valió de un ingenioso medio para proteger la castidad de esta. Dudaba la infeliz si deberia en tan gran peligro echarse en los brazos de su padre, que aunque manso y apacible ninguna confianza le inspiraba, cuando de repente sintióse como helada, sin movimiento, y como si estuviese sujeta á la tierra con duras raices. Flexible, sin embargo, como nunca, inclinábase suavemente al soplo del céfiro; sus brazos, elevados al cielo como para implorar el auxilio de los dioses, refrescaban el suelo con ligera sombra; las aves revoloteaban á su alrededor, cantando como saludándola: al sutil ropaje que la cubria habia sucedido otro mas sutil, mas flotante... Miróse en el espejo del rio, y no se conoció; aplicó el oido para escuchar los pasos, ya próximos, de su perseguidor, y solo oyó un murmullo como de hojas que se mecian; quiso volver la cabeza..... y ya no vió ni oyó mas. Apolo en tanto llega, rodea con sus brazos el gracioso talle de la ninfa, y en vez de seguir adelante en su amorosa conquista, retrocede... Peneo habia transformado á su hija en laurel, del cual el dios poeta arrancó luego un ramo, se hizo una corona, colocósela en la frente, y partió para entregarse con el mismo ardor á mas afortunados amores.

DAGOBERTO I, rey de Francia, no debe su poco envidiable celebridad á otra cosa que á sus crímenes y crueldades. Pasariamos, pues, su nombre y su historia en silencio, como los de tantos otros reyes, de quienes nada bueno (ni malo) hemos encontrado que decir, sino fuera porque, segun lo prometimos al principio, nuestro Panteon estará igualmente abierto á los virtuosos y á los criminales célebres. Dagoberto nació por los años 600, y debió su orígen á Clotario II. Este tuvo otro hijo llamado Cariberto, á quien instituyó su heredero á la hora de la muerte; pero Dagoberto, sin respetar la voluntad de su padre, ni el derecho de primogenitura que asistia á su hermano, hizo cuanto pudo por escluirle de la sucesion á la corona, y hasta mandó y logró que asesinasen á su tio materno Bermulfo, que habia contri-

buido á sostener los derechos de su rival. Muerto este último, ascendió Dagoberto al trono, y si bien en la paz no demostró honrosas cualidades, ni virtuosas dotes, en la guerra, particularmente la que sostuvo contra los esclavones, gascones y bretones, adquirióse la fama de valiente. Verdad es que, segun una sana filosofía, esta última dichosa cualidad no honra á nadie, habiéndose observado generalmente, que los hombres mas valientes no han sido los mas virtuosos; pero en cuanto á Dagoberto debemos añadir, que su valor podia traducirse muy bien por su ferocidad. Son infinitos los hechos de crueldad y barbárie que acreditan la perversa índole de este aborrecible monarca, pero entre otros, y ademas del que hemos indicado que ejecutó con su tio Bermulfo, citarémos el de la degollacion de los búlgaros, á quienes habiendo dado hospitalidad en su reino cuando huian delante de los hunos, y cedídoles una porcion de terreno; solo por un temor infundado de que se hiciesen dueños del pais que les habia cedido, hizo perecer diez mil familias en una noche. Tambien contribuyó mucho á desprestigiarle y desconceptuarle en el ánimo de los de su propia nacion, la vida desenfrenada y licenciosa á que se entregó desde un principio, no habiendo esceso que no cometiera, y por último, divorciándose de su legítima mujer, y llegando á tener hasta tres á un mismo tiempo. Estos escesos, sin embargo, diéronle el mas terrible y ejemplar castigo en la temprana muerte que le acarrearon á la edad de 38 años. Su cadáver infecto fué depositado en San Dionisio, á cuyo panteon habia dado mayor ensanche el mismo Dagoberto.

DALILA es la célebre cortesana, perteneciente á la tribu de Dan y establecida en el valle de Sorce, con quien Sanson vivió amigablemente y en relaciones ilícitas, segun unos, ó como con su esposa legítima, segun otros. Ella tambien fué la que, empleando cuantos medios de seduccion y halagos se la ocurrieron, hasta conseguir del hombre poderoso que la dijese en dónde residia su mayor fuerza, se apresuró á cortar el cabello á Sanson cuando estaba durmiendo, y le entregó sujeto é indefenso á sus enemigos los filisteos. Como se vé, pues, á Dalila debe colocársela en el número de aquellas encantadoras sirenas, tan estimadas de los hombres indiscretos é imbéciles, cuanto deben despreciarlas los cautos y los prudentes. En la Sagrada Escritura es donde se hace muy particular y espresa mencion de esta escandalosa mujer.

DAMASO (San). Lo mas notable que se encuentra en la vida de este santo, es que fué español, sobre lo que no cabe la menor duda despues de haber publicado nuestro eruditísimo Perez Bayer su famosa obra *Damasus et Laurentius hispanis asserti ac vindicati;* si bien se ignora de todo punto á qué provincia debió su orígen. Esto, no obstante, se encuentran algunos rasgos marcados en su historia, que, en gracia á ser compatriota nuestro y al espíritu de justicia y rectitud de que estaba animado, vamos á narrar. Desde su juventud, y tan luego como fué admitido al sacerdocio, viósele ya observar una conducta irreprensible, distinguirse por su celo y piedad religiosos, y sobre todo, vivir en una continencia y un recogimiento poco comunes. Cuando el emperador Constancio arrojó de su silla al papa Liberio, Dámaso, que era á la sazon diácono de la iglesia romana, no quiso abandonar á su prelado, sino que por el contrario, con nobleza y generosidad poco acostumbradas, le acompañó á su destierro, y en él trató de endulzar los pesares consiguientes á la situacion angustiosa del pontífice. Muerto este, Dámaso fué elegido unánimemente papa por el clero y el pueblo romano; pero un tal Ursino, que aspiraba á la misma dignidad por reprobados medios, declaróse con aquel en guerra abierta. Vióse, pues,

precisado el emperador á hacer salir de Roma á Ursino, para atajar la efusion de sangre de ambos partidos, y mantener el órden y tranquilidad en sus estados. Sin embargo, despues de algun tiempo regresó á la gran ciudad aquel jefe de sediciosos, y trató de rebelarse nuevamente contra la autoridad legítima que ejercia San Dámaso. Entonces fué cuando, llamando á su alrededor una multitud de sacerdotes indignos, que se prevalian de su propio ministerio para ejecutar los mayores crímenes, se formó un partido resuelto y numeroso, que fué preciso volver á destruir con la ayuda del emperador. Seguro ya en su silla el pontífice español, dedicóse á poner órden y arreglo en los negocios eclesiásticos, esmerándose, sobre todo, en establecer la disciplina que de tiempo atras estaba relajada. Una de las principales medidas que adoptó Dámaso para conseguir esto último, fué la de publicar y mandar que se llevase á debido efecto una ley, espedida anteriormente por el emperador Valentiano, en que se prohibia á los individuos del clero, y á los cenobitas y á todos los seculares que observaban vida ascética, el ir á las casas de las viudas y de las doncellas que vivian solas, permitiendo á los parientes ó conocidos de ellas que los denunciasen. Tambien les prescribia la ley, que no habian de recibir cosa alguna de las mujeres cuya direccion especial estaba á su cargo, ni por cualquiera otro motivo de religion, ni por testamento, ni por otro género de donacion cualquiera, ni aun por tercera persona, á menos que no fuesen los herederos naturales de aquellas mujeres por línea directa. ¡Ah! si siempre hubiese habido un emperador como Valentiano, y un papa como Dámaso, algo menos se habria desprestigiado, por causa de sus escesos, en Roma y en diferentes paises, el sacerdocio. Todo lo mas interesante que sigue ya de la vida de San Dámaso, se refiere á que combatió tenazmente el arrianismo, y á que persiguió sin tregua ni descanso otras herejías y otros cismas, bien reuniendo concilios en Roma que destruyesen y condenasen tales errores, y ya destituyendo y arrojando de sus dominios á los obispos que se separaban un ápice de la fe ortodoxa. En tiempo de San Dámaso, y bajo su autoridad suprema, florecieron San Ambrosio, San Ascolio, San Valeriano y San Gerónimo; este último, principalmente, vivió mucho tiempo en compañía de nuestro compatriota, y aun le sirvió de secretario, ayudándole con sus consejos y su pluma al desempeño de sus trabajos apostólicos. Combatido San Dámaso por la vida azarosa que tuvo, y acabado por la accion destructora del tiempo, murió el 11 de diciembre de 384, á los 80 años de edad, y 18 de pontificado.

DAMIENS (Roberto Francisco), fué uno de tantos regicidas como ha habido en Francia, y nació en la diócesis de Arras. Dotado desde la infancia de un temperamento bilioso y un carácter melancólico, sus ideas eran las mas sombrías, y el porvenir se le presentaba siempre con las colores mas negros é inciertos; así es que, siendo criado, mudaba con la mayor frecuencia de amos; estando libre de quintas, se enganchaba y reenganchaba de soldado; no teniendo para qué mezclarse en asuntos que ninguna utilidad le podrian traer, daba lugar, por obrar de otro modo, á que le prendiesen y desterrasen, y en fin, se hallaba tan mal con todo cuanto le rodeaba y constituia, que su propio nombre era para él muchas veces un motivo de incomodidad ó disgusto, y se le quitaba ó se le ponia por mero capricho. En una palabra, era uno de esos hombres verdaderamente desgraciados, porque les falta la necesaria organizacion para ser felices. Por otra parte, el hábito que habia contraido Damiens, muy general tambien en todos los de su carácter, de no comunicarse con nadie, era otro inconveniente para poder salir alguna vez de sus abstraimientos, y sobre todo, para impedirle cometer el suicidio

que intentó, con mayor empeño acaso que el regicidio mismo. Y no se atribuya á que queramos nosotros atenuar en lo mas mínimo la gravedad del delito, ni mucho menos sostener un fatalismo, que si existiese, seria muy perjudicial por cierto á la sociedad y al hombre: es solamente buscar esplicaciones á un hecho que, aun cuando con alguna frecuencia repetido, siempre parece estraño y nuevo, y á lo general de las gentes inconcebible. Damiens llegó á Versalles el 7 de enero de 1757, dándose á conocer con el nombre de Breval, y permaneciendo en cama todo el dia. Hizo que en seguida llamasen al facultativo, quien no hallando razon ni causa bastante para propinar al enfermo ningun medicamento de la clase de los mayores, negóse rotundamente á que se hiciese la evacuacion de sangre que Damiens le proponia. Aun no habian trascurrido las veinticuatro horas, cuando ya el enfermo se encontraba convaleciente y en disposicion de trasladarse á palacio, donde situado en un rincon, debajo de la escalera principal, esperó largo rato la salida de Luis XV. Llegó por fin este fatal momento, y al ir ya á poner el pié en el coche, el desprevenido monarca fué acometido por Damiens, que le asestó un golpe con un cortaplumas de estraordinaria longitud. Era lo mas natural entonces, que el regicida huyese, pero todo menos eso; Damiens, no intentándolo siquiera, demostró lo que deciamos poco há, que el conato de suicidio le llevó á palacio mas que el de regicidio mismo. Apresado por los guardias, fué puesto en el tormento, donde se le trató con el mayor rigor para obligarle á descubrir sus cómplices. ¡ Necedad ! hombres de semejante temple jamas los tienen; tales acciones solo se ejecutan por una aberracion de la mente, obedeciendo á una inspiracion estraviada, pero propia, nunca por consejo ni instigacion de nadie. Otra prueba de que Damiens obró con arreglo á lo que su conciencia poco discreta le dictaba, fué cierta calma y serenidad imperturbable con que marchó al lugar del suplicio, y sufrió el horroroso de ser descuartizado por cuatro potros. El regicida indudablemente estaba satisfecho de su obra, y en lo interior se daba el parabien de haberla ejecutado. Lamentemos, pues, el estravío á que conducen ciertas ideas exaltadas, y, no vacilamos en decirlo, un carácter muy difícil de modificar cuando está sostenido por un temperamento bien marcado.

DAMON Y FINTIAS, pues Damon solo, nadie se ha atrevido á decir, y Fintias en particular, nunca ha ocupado la imaginacion de alguien, fueron dos raros amigos, habitantes en Siracusa, tan raros y verdaderamente amigos, que con dificultad podrian hallarse otros semejantes. Desde muy jóvenes fueron al estudio juntos, juntos aprendieron la filosofía de Pitágoras, y juntos, por fin, pasaron el resto de su vida; guardándose tal consecuencia y lealtad en todas ocasiones, cuales deben suponerse en quienes llegaron á esponer su vida el uno por el otro. Su comunidad de bienes y de riquezas era tal, que, como suele decirse, no habia entre ellos pan partido; y existia tanta conformidad en las opiniones y en los deseos del uno con los del otro, que podia muy bien tomárseles por dos personas distintas y una sola voluntad ó un solo amigo verdadero. Finalmente, llegó á tal estremo la union y la amistad de los dos jóvenes, que, divulgada y encomiada por toda Siracusa, mereció ser envidiada y solicitada por el mismo emperador; esto último acaeció del modo siguiente: Mal avenidos algunos cortesanos con la fama aquella que habia acarreado á los dos amigos su acendrada virtud, propusieron al monarca asegurarse de esta por medio de una trama que ellos idearian. Dionisio les concedió la licencia, y los cortesanos buscaron quien declarase á Fintias, principalmente, autor de ciertos planes de conjura; y como varios testigos falsos estuvie-

ron conformes en sus deposiciones, resultó que el emperador no pudo menos de condenar á muerte al que aparecia criminal. Entonces este solicitó de su juez, que le permitiese salir de la cárcel, dejando en rehenes á Damon, para poder ocuparse en sus últimos momentos del arreglo de los asuntos de ambos, que como mayor Fintias solo dirigia. A una peticion tan estraña accedió, sin embargo, con desconfianza Dionisio, y en cuanto á los palaciegos que habian preparado todo el suceso, ya se gozaban en su mas apetecido y completo éxito. Mas en esto ven llegar á Damon, quien en virtud solo de un aviso, y sin algunas otras formalidades, dice que viene á cumplir lo que su amigo respecto de él habia prometido. Marcha Fintias á arreglar sus negocios, y entre tanto que vuelve, los cortesanos se burlan completamente del incauto que se ha dejado coger en las redes de su falso amigo: solo Damon cree, que el que ha logrado escapar, por fin, de una muerte segura, volverá á esponerse al mismo riesgo por el único interes de salvar la de otro amigo. Damon, sin embargo, es el solo que en este caso acierta; juzgando por su propio corazon del corazon de su amigo, no puede dudar de la vuelta de Fintias. Acaso preferiria que esta última no se verificase, y sufrir él propio la muerte á vérsela sufrir á su amigo; pero Fintias por su parte siente otro tanto, y como quien al prepararse para un festin teme llegar tarde, y anda diligente y activo en todo, así este arregla sus asuntos con la mayor presteza, y corriendo á todo correr se encamina al sitio en que ninguno le esperaba mas que Damon. Todos se sorprenden con la vuelta de Fintias; pero entre todos descuella Dionisio, que enternecido á la vista de tan sincero afecto, de tan entrañable y leal amor como aquel hecho manifiesta, no puede menos de abrazar á los dos jóvenes y suplicarles que le admitan en su apreciabilísima y singular amistad. Damon y Fintias, sin embargo, no lo consienten; y el emperador hubo de llevar en paciencia un desaire, que tenia harto merecido por su bárbara condescendencia con los cortesanos. Este hecho se le contó el mismo Dionisio á Aristójenes, quien le refiere por boca de Jámblico.

DANAIDAS, hijas de Danao, rey de Egipto y de Argos. Hé aquí cómo refieren su historia los mitólogos: Egipto, rey del pais que en el dia lleva su nombre, ocupó durante nueve años el trono del mismo en union con su hermano Danao; mas derribándole al cabo de ellos, obligóle á refugiarse en Argos con sus hijas. Recibiólos hospitalariamente el soberano de aquel pais; pero la ambicion borró del corazon del ilustre proscripto los beneficios que á tan generoso protector debia, y siguiendo el ejemplo del usurpador de su corona, arrebató la que ceñia el generoso rey de Argos, y para asegurarse en el trono, de que traidoramente se apoderaba, trató de casar á sus hijas con varios príncipes griegos de los mas poderosos. Súpolo Egipto, y envidioso de la nueva grandeza de su hermano, quiso participar de ella, mandando á sus hijos á los estados de Danao al frente de un numeroso ejército, con el fin de amedrentar á aquel y ponerle en el caso de ofrecerles las manos de sus herederas. Cincuenta eran estas, y cincuenta tambien sus primos. Precisado Danao á ceder, por hallarse sin fuerzas suficientes para resistirlos, llamó á sus hijas, y les exijió juramento de asesinar á sus esposos la noche misma de sus bodas, poniéndoles en la mano á cada una un puñal para que lo verificasen. Hipermnestra fué la única que dejó de obedecer sus órdenes por amor á su marido Linceo, quien vengó á sus hermanos dando la muerte á su pérfido tio, en cuyo trono se sentó con la fiel Danaida su esposa. Las cuarenta y nueve criminales, precipitadas en el Tártaro, purgan su delito conduciendo continua-

mente agua á un inmenso tonel, que jamas puede llenarse por tener el fondo horadado. El afan con que desempeñan su penosa tarea es tanto mayor, cuanto se les ha prometido que su suplicio tendrá fin así que el tonel esté lleno.

DANIEL, príncipe de la sangre real de Judá, y uno de los mas grandes profetas, es conocido principalmente por su salida milagrosa del lago de los Leones. Hay, sin embargo, otros sucesos interesantes en su historia que bajo ningun concepto podemos omitir. Cuando la toma de Jerusalen, el año 606 antes de Jesucristo, Daniel fué cogido cautivo y destinado en compañía de otros jóvenes al servicio de Nabucodonosor. Pero, ora fuese por la bella presencia del mancebo, ó ya respetando su elevada condicion, es lo cierto, que aquel monarca hizo instruir á Daniel en las ciencias y en los idiomas de los caldeos, separadamente que á los demas. Tales distinciones escitaron á su vez el reconocimiento y la gratitud en Daniel, quien no solo correspondió con su aplicacion al esmero que se ponia en educarle, sino que empleó cuantos medios estuvieron á su alcance para complacer y halagar á Nabucodonosor. Era, pues, de esperar, que tan pronto como se impusiese el protegido en el idioma, leyes y usos del pais, se le confiarian los mas elevados cargos. Así sucedió, en efecto; muy pagado el rey de los buenos servicios de su page, y deseando emplear dignamente sus talentos y otras escelentes facultades, le dió el mando de todas las provincias de Babilonia, y al mismo tiempo le declaró jefe superior de todos los mágos ó adivinos, en recompensa á la esplicacion hecha por él del ensueño de Nabucodonosor. Pero la suerte que no siempre nos es propicia, volvió bien pronto las espaldas al encumbrado cautivo, y de poderoso señor á que le habia elevado, hízole descender hasta el lugar de los mas humildes vasallos, y aun faltó poco para que fuese sentenciado á muerte. Tres jóvenes que le siguieron cuando se negó á adorar la estátua de Nabucodonosor, fueron arrojados á un horno ardiendo, de donde, sin embargo, salieron sanos é ilesos por la intercesion con Dios de Daniel. Muerto el príncipe que tanto le habia protegido, ocupó el trono el rey Baltasar, quien harto de cometer escesos y crímenes, y reconvenido por ellos en lo interior de su conciencia, creyó ver un dia en medio de un gran banquete, una mano aislada que trazaba signos misteriosos en la pared. Entonces hizo llamar á aquel mismo célebre profeta que habia esplicado el sueño de Nabucodonosor, y dándole el encargo de adivinar lo que los indicados caractéres querian decir, Daniel le manifestó al punto que lo que contenian era su propia condenacion. Tambien en tiempo de Dario, sucesor de Baltasar, alcanzó Daniel honores y distinciones por su gracia particular de predecir lo futuro; solo que, en esta ocasion, algunos magnates envidiosos de su favor, se reunieron para perderle. Y á fe que no tuvieron que trabajar mucho para conseguirlo; porque con solo declarar que no queria rendir adoracion á la estatua de Dario, fué arrojado Daniel al lago de los leones, de donde, á pesar de todo, pudo salir sin la menor lesion. Pero todavía mal escarmentado, aquel profeta, no solo reincidió en su supuesto delito, sino que se metió á poner de manifiesto las supercherías de los sacerdotes del ídolo de Bel, y se burló públicamente de sus sacrificios y ceremonias, dando lugar con esto á que le arrojasen de nuevo al lago de las fieras. Pero estas, á pesar de su voracidad natural tornaron á respetar el cuerpo del profeta, que al fin cayó en poder de las Parcas, mas inexorables, sin duda, que los tigres y los leones, cuando ya contaba ochenta y ocho años de edad. Poco antes de su muerte, habia solicitado y obtenido del rey Ciro, el edicto que mandaba la reedificacion del templo y ciudad de Jerusalen y permitia el regreso de los judíos á la ciudad santa.

DANTE ALLIGHIERI, célebre poeta y uno de los cinco ó seis escritores que bastaron á las necesidades y alimentos del pensamiento humano, genios madres que parecen haber engendrado y criado á todos los demas genios, nació en Florencia por el mes de mayo de 1265. Púsosele por nombre Durante, y tal se siguió llamando, hasta que, introducida la costumbre, no se sabe por quién, de abreviar aquel vocablo, quedó reducido á cinco letras, Dante, uno de los mas grandes y famosos nombres de la historia literaria moderna. Todavía jóven, tuvo la desgracia nuestro héroe de perder á su padre, pero harto confiada su madre en las favorables predicciones que la habia hecho el sábio astrólogo Brunetto Latini, sobre la futura grandeza de su hijo, y mas que todo en la realizacion de un ensueño que ella misma tuvo, presagiando tambien la gloria que alcanzaria un dia el fruto de sus entrañas, por su saber y talento, procuró darle una esmerada educacion, y lo confió al mismo Brunetto, que tan favorables pronósticos habia hecho á su alumno. Varios fueron los estudios á que se dedicó Dante, entre ellos el de la filosofía, la teología y la historia, ejercitándose al propio tiempo en todos los ramos de la amena literatura; pero ni su esmerada aplicacion, ni lo corto de su edad, nueve años, fueron suficiente obstáculo para que viese á la jóven Beatriz, tan jóven como él, y quedase prendado al punto de su hermosura y sus hechizos. Inspirado por esta pasion compuso el Dante sus primeras obras, entre ellas *la Vita nuova*, ó sea la historia de sus inocentes amores; y aun puede decirse que en su gran poema descubrió las profundas heridas que estaba causando contínuamente en su alma el recuerdo de Beatriz. Cuando las terribles guerras de güelfos y gibelinos, Dante, que pertenecia á una familia de las primeras, creyóse obligado, por un deber de patriotismo, á tomar parte en la contienda; asi es que, se alistó en un regimiento de caballería, y aun contribuyó eficazmente con su valor en 1289 á la victoria de Campaldnio. Del mismo modo y por idénticas razones, formó parte al siguiente año de otra espedicion que dispusieron los florentinos contra los pisanos; durante esta campaña se halló el militar poeta en el sitio y toma del castillo de Caprona. Sin embargo, no era la carrera militar la que mas convenia al genio y hábitos del ilustre florentino, así que donde mas lució fué en las embajadas ó misiones diplomáticas que se le confiaron en distintas ocasiones. Mal curado todavía, Dante, de su primera pasion amorosa, concibió otra nueva, si no tan vehemente, al menos lo necesario para obligarle á contraer matrimonio con Gemma, de la ilustre familia de los Danati, y hacerla madre de una multitud de hijos. Esto, no obstante, los dos esposos se separaron despues de algun tiempo, pero con tan terrible resolucion, que nunca volvieron á juntarse. Entre tanto íbase acercando cada vez mas la época de las desgracias y las persecuciones de Dante. Nombrado uno de los priores de artes, dignidad que correspondia á la magistratura suprema, cuando apenas contaba treinta y cinco años, desempeñó su cargo con toda la prudencia, toda la rectitud y toda la entereza, tambien, que en aquellas circunstancias se requeria. Y, ¡ojalá se hubiera limitado á esto! pero hallándose en una edad en que arden con toda su fuerza las pasiones, y perteneciendo á una de las familias que mas debian figurar en todos los arreglos ó disensiones políticas, tomó partido con los blancos, cuando los güelfos á que él pertenecia, se subdividieron en blancos y negros. Tocóles á estos últimos la suerte de vencer á los primeros, y entonces los principales jefes ó cabezas de los blancos, entre los cuales se hallaba Dante, fueron desterrados. Sin embargo, esta medida, bien así como la de confiscarle todos sus bienes, no fué tomada sino en virtud de primer acuerdo, que por otro pos-

terior se condenó á Dante á ser quemado vivo en compañía de todos sus adictos. Cuando se pronunció esta bárbara sentencia, que para serlo por completo ni aun la faltaba el requisito de estar escrita en latin bárbaro, encontrábase el que era objeto de ella en Roma, cerca del papa, á donde le habian enviado los blancos en solicitud de algunos arreglos; pero no bien tuvo noticia de las citadas disposiciones, fuése en busca de los demas desterrados, como único recurso. Desde esta época comenzó el poeta una vida errante, llena de sinsabores y fastidio, la cual alterando notablemente su carácter, se le trocó de atento, jovial y risueño que fué antes, en grave, silencioso y como preocupado. Así es que, de todos cuantos le concedieron hospedaje en su larga emigracion, no hubo uno á quien no cansaran y fastidiasen la aspereza aquella y lo adusto de dicho carácter, si se esceptúa Guido Novello, señor de la ciudad de Rávena, en cuya casa permaneció algun tiempo, y á donde le sorprendió la muerte por enfermedad repentina el 14 de setiembre de 1321. Celebrados los funerales de Dante con la mayor pompa y solemnidad, por disposicion de dicho Guido, fué llevado á enterrar el ilustre desterrado á la iglesia de los frailes menores de San Francisco, colocándose sus cenizas bajo una sencilla losa de mármol sin inscripcion. Esta última falta fué remediada, sin embargo, cuando ciento setenta años despues, Bernardo Bembo mandó erigir el notable monumento que aun hoy se vé en dicha iglesia. Diferentes son los juicios qne se han formado y las opiniones que se han emitido sobre el mérito raro de las obras del Dante, y mas que nada, de su celebrado poema épico; pero á nosotros ninguno nos satisface tanto como el de un distinguido poeta que insertamos á continuacion. Dice así: «A la manera que Homero «fecundizó la antigüedad, y Eschiles, «Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Ho«racio y Virgilio son hijos suyos, li«terariamente considerados; que Ra«belais creó las letras francesas, ha«ciendo proceder de él á Montaigne, «Lafontaine y Moliere, y que la In«glaterra literaria es toda Shakspeare, «debiendo á este el mismo Byron su «lenguaje, y Walter-Scott su diálogo; «de igual suerte el Dante engendró la «Italia moderna desde Petrarca hasta «el Tasso. Muchas veces se desconoce «á estos maestros supremos, se subleva «todo escritor contra ellos, se clasifi«can sus defectos; se les acusa de fas«tidio, pesadez, estravagancia y mal «gusto, á la par que se les roba y se «adorna toda produccion con sus des«pojos; mas en vano se pugna por sa«cudir su yugo. En todo se marca su «colorido; por todas partes quedan «estampadas sus huellas, inventan pa«labras y nombres que acrecientan el «vocabulario general de los pueblos, «sus espresiones se truecan en pro«verbios, y sus personajes ficticios se «convierten en personajes reales que «tienen herederos y descendientes. «Abren horizontes de que brotan haces «de radiante luz; siembran ideas, se«milla de otras mil; crean imaginacio«nes, argumentos, asuntos y estilos «para todas las artes; en una palabra, «sus obras son las minas ó las entrañas «del espíritu humano. Genios tales «ocupan el primer puesto, su inmensi«dad, variedad, facundia y originali«dad les hace reconocer al primer gol«pe de vista por leyes, modelos, mol«des, tipos de las diversas inteligen«cias, asemejando á las cuatro ó cinco «razas de hombres, hijos de un solo «tronco, del cual los demas solo son «débiles ramas. Guardémonos de in«sultar los desórdenes en que algunas «veces incurren esos poderosos séres; «no imitemos á Caam el maldito; no «asome la risa á nuestros lábios si en«contramos desnudo y dormido al pié «del arca que fué á estrellarse en las «montañas de la Armenia, al único y «solitario piloto del abismo. Respete«mos al navegante diluviano que em«pezó de nuevo la creacion despues de

«agotadas las cataratas del cielo, é «hijos piadosos bendecidos por nuestro «padre, cubrámosle púdicamente con «nuestros propios mantos.» Despues de este juicio, al que nos adherimos con todas nuestras fuerzas, solo nos queda que apuntar aquí las principales obras compuestas por el Dante. Las en prosa, son: *La Vita nùova*, *El Convite*, el tratado de *Monarquía* escrito en latin, y el tratado *De vulgari elocuentia*, en el mismo idioma. En verso compuso su gran poema titulado *La Divina comedia*, varias poesías *líricas* ó *Rimas*, *sus odas ó canciones* y unas paráfrasis de los salmos penitenciales del *Credo*, del *Padre nuestro* y del *Ave María*.

DANTON (Jorge Santiago). Hé aquí una de las mas principales y gigantescas figuras de la revolucion francesa, figura que, ó miserablemente comprendida por la mayor parte de cuantos se propusieron retratarla, ó interesadamente desfigurada por los que hicieron formal y tenaz empeño de pintar el genio del mal con todas sus cualidades y atributos, allí donde solo copiar debieron un hombre con sus debilidades y pasiones, desconoceríamos de todo punto, en su original, el dia que se nos permitiese examinarla libre y filosóficamente. Y cuenta que, no hay que tomarnos por algunos partidarios acérrimos del terror ó furibundos Dantonianos, amigos de trastornos y de revueltas tan completos como los del 1790 al 1793 en Francia; nuestra opinion sobre este particular, nadie tiene derecho á interrogárnosla; sino que, hemos tenido la suerte de haber á las manos datos auténticos, tan auténticos al menos como los de los biógrafos aludidos, comprobantes de la falta de perversidad en Danton; y lo que es mas, que hemos sacado de los mismos escritos donde se hacen horribles imputaciones al famoso republicano, la mas evidente prueba de la falsedad de estas. «Que en las accio«nes de los hombres es necesario to«mar siempre en cuenta su carácter, (ha dicho el mayor enemigo de Dan«ton, Chateaubriand) que los culpables «dotados de imaginacion, como el que «nos ocupa, parecen en virtud de la «exageracion misma de sus frases y «escesos, mas culpables que los per«versos de sangre fria, aunque en el «fondo son los menos; y finalmen«te, que el ídolo del pueblo de Paris, «tuvo pasiones, que en el mero he«cho de ser pasiones, hubieran podi«do ser muy buenas.» Y en otro lugar añade: «Danton conservó siempre «el sentimiento religioso.» Respetando, pues, á esta y otras autoridades semejantes, y apercibiéndonos suficientemente de las monstruosas contradicciones en que incurren á cada paso los detractores de Danton, todos los cuales han querido hacer de él un personaje que no es, y se han afanado por encontrar en sus dichos y en sus hechos la comprobacion de los criminales intentos que le atribuyeron con harta ligereza; y examinando, por último, varios otros comprobantes, de que no podemos hacer uso, por razones que á todos se alcanzan, es como hemos llegado á formar nuestra opinion, de ningun modo favorable al autor de tantos y tan horribles asesinatos, pero al menos muy diferente de la poco ventajosa que han emitido los censores rígidos del mas fogoso y franco republicano. Esto, no obstante, y por temor de chocar con preocupaciones demasiado arraigadas, para combatidas en un solo artículo biográfico, hemos dispuesto no salir del camino indicado por cuantos nos han precedido en escribir la biografía de Danton, permitiéndonos únicamente ladearnos á la derecha ó á la izquierda, segun que veamos, que aquellos autores se inclinaron con esceso á cualquiera de aquellos contrarios lados. Es así: Danton nació el 28 de octubre de 1759 en el pueblo de Areis del Alba (Francia). Desde su primera edad recibió una educacion esmerada, y ya se deba á esta ó á la aplicacion grande que él

manifestó en todo el discurso de su carrera, es lo cierto que dió por terminada la de jurisprudencia á los veinticuatro años. Al poco tiempo se le nombró abogado del consejo real, cuyo importante destino se hallaba todavía desempeñando, cuando se notaron los primeros síntomas de la gran revolucion. Por entonces ya bullian en la cabeza de Danton y en la de casi toda la juventud francesa, las ideas mal digeridas de los filósofos del siglo XVII; tambien se recordaban mucho en esta época los escándalos de la córte de Luis XV; y todo esto unido á la marcha poco franca y liberal del gobierno de Luis XVI, que se tenia á la vista, marcha que no estaba en armonía con las necesidades de la época, y que reprobaba casi en su totalidad el pueblo frances, dió márgen á ciertos chispazos parciales, que anunciaban para muy pronto una conflagracion general. El gran Mirabeau fué el primero que se declaró abiertamente contra las instituciones monárquicas; tras él siguió Danton, luego Marat, Camilo Desmoulins, Fabre d' Eglantine, Robespierre y otros. Pero, entre todos estos ninguno era tan á propósito para asustar á la corte y hacer que se verificasen los primeros sacudimientos de la revolucion, como el segundo; dotado de una corpulencia estraordinaria, de una voz gruesa y estentórea, llena su elocucion de figuras gigantescas y de apóstrofes violentos, con los que atemorizaba, cuando no arrebataba á sus oyentes; hasta el mismo Mirabeau se veia precisado á recurrir á él siempre que queria inflamar las pasiones populares. Así es que, desde 1789 fué el dueño reconocido de la opinion, prevaleciendo la suya siempre en todas las asambleas que osó emitirla. Cuando Paris fué dividido en distritos, Danton ganó la eleccion de presidente en el de los *Franciscanos*, tomando de aquí orígen la sociedad que se tituló del mismo modo, y á la que se afiliaron muy pronto los hombres mas exaltados. Pues, esto no obstante, y á pesar de unos favores tan marcados, como estos que concedia la opinion al famoso tribuno, y del mayor prestigio que cada dia iba adquiriéndose entre las masas; ni la Asamblea legislativa ni la corte aparentaron alterarse mucho por ello, siendo preciso que ocurriesen las escenas del campo de Marte y la intentona contra la Asamblea, cuando la fuga de Luis XVI, para que se pensase sériamente en ello. Entonces, y despues de ver hasta qué punto podia contar Danton con la fidelidad y decision de sus adictos, fué cuando, segun dicen algunos biógrafos, los consejeros constitucionales de Luis XVI, fueron de parecer que debia comprársele; si bien las personas encargadas de la negociacion lo hicieron tan mezquinamente, que él desechó sus proposiciones con altanería, y tuvo el atrevimiento de dar á entender en uno de sus discursos al ayuntamiento, que no las habia aceptado porque eran inferiores á sus pretensiones. Pero, como por una parte, el mencionado biógrafo no cita las palabras aquellas, en que Danton dió á entender, *que queria mas de lo que se le ofrecia*, y por otra nos parezca imposible á nosotros, que un hombre cuyos afanes y desvelos todos se dirigian á adquirir popularidad, pensase en venderse á la corte, y sobre todo, que hubiese seguido disfrutando del favor de la opinion pública, como efectivamente siguió, despues de haber hecho una confesion semejante, negamos rotundamente el aserto, tal como aquí se establece; y solo admitimos que Danton, estimándose en lo que valia dijo, que «no tenia el rey de Francia dinero bastante para comprarle.» Dias antes del 10 de agosto, el presidente de los Franciscanos salió á recibir y arengar á los 600 marselleses, que de su órden vinieron con fusiles y cañones sobre Paris. Al frente de esta tropa sostuvo lo mas principal del ataque contra las Tullerías, siendo cosa harto sabida que, cuando los parisienses echaron á correr, huyendo del fuego del batallon suizo, los sól-

dados de Danton recibieron á pié firme las primeras descargas, lanzándose en seguida sobre sus contrarios y desarmándolos. Por esto último, sin duda, es por lo que se han atrevido á decir algunos apasionados historiadores, que á Danton solo y á sus marselleses se debe el hundimiento de la mas antigua y poderosa monarquía de la Europa; siendo así que, quien verdaderamente la hundió fué la jóven Francia, esa Francia que abandonando por completo á Luis XVIII, cuando salió Napoleon de la isla de Elba, y destronando despues á Cárlos X y al mismo Luis Felipe, ha declarado paladinamente, segun un monárquico por escelencia, que no es la república el gobierno imposible para ella, sino la monarquía. De muy poco hubieran servido los esfuerzos de seiscientos provincianos, si la mayoría de la nacion no hubiera estado dispuesta á recibir con agrado la noticia del destronamiento de Luis XVI. Verificado este acontecimiento, Danton fué nombrado ministro de justicia, y á él se deben dirigir los principales cargos, por haber ideado establecer el famoso tribunal de *seguridad pública*, que tantas y tan inocentes víctimas mandó al cadalso. Verdad es que, aun cuando este tribunal habia principiado á funcionar tiempo antes, sus ejecuciones sangrientas no comenzaron hasta despues del 2 de setiembre. En este dia fué cuando se recibió en Paris la noticia de haber invadido el territorio frances los prusianos, á quienes seguian los dos hermanos de Luis XVI y una multitud de emigrados. Y como la alarma se estendiese por todas partes, y el pueblo se convenciese de que el peligro era grande, por las medidas que vió tomar á Danton, de decretar un armamento general, tocar á rebato y que todos los ciudadanos que estuviesen en disposicion de llevar las armas se presentasen en el campo de marzo (no Marte como equivocadamente se dice) para marchar contra *los tiranos* y *sus satélites;* apoderóse la indignacion de los ánimos, y la crueldad y la barbárie hicieron lo demas. Las cárceles fueron forzadas, y los presos que Danton habia hacinado en ellas bárbaramente sacrificados. Cuéntase que en aquel momento, el presidente del tribunal establecido en Versalles, fué á pedirle que tomase algunas medidas para salvar á los infelices encarcelados, y que á esto contestó el ministro: «¿Qué os importa eso? cumplid con vuestros deberes y no os metais en ese negocio.» Lo cual si bien puede atribuirse á que el primer funcionario público opinaba del mismo modo, acerca de las represalias, que el último individuo de la clase mas abyecta de la sociedad, tampoco seria ningun disparate creer, que contestó así mal enojado contra el presidente, porque hasta cierto punto parecia venir á echarle en cara su impotencia contra las turbas. Dícese tambien, que Danton fué el autor de la circular central, incitando á los hombres libres á que repitiesen en las provincias las atrocidades perpetradas en las cárceles de Paris; pero como se añade luego, que esto no se significaba en la mencionada circular, sino por una contraseña, hay motivo sobrado para desconfiar del aserto. Establecida la convencion nacional, Danton fué elegido diputado en ella por los electores de Paris. En esta memorable Asamblea, fué donde, la terrible furia del averno, segun uno de sus detractores, sobresalió, sin embargo, por sus ideas de moderacion y templanza. En la primera sesion celebrada, pidió que todas las propiedades fuesen garantidas por un decreto solemne; luego dijo: «El metal hierve, pero la estátua de la libertad aun no está fundida; si no teneis cuidado con el honor sereis quemados»: y por último, se declaró abiertamente contra las fiestas de la razon, espresando que nunca habia sido su ánimo destruir la supersticion para restablecer el ateismo. Pero hánse atribuido estas buenas disposiciones que manifestó ahora Danton, á que, no habiéndose embozado en la capa revolucionaria (así se espresa Chateaubriand) sino para

llegar á la fortuna, logrado ya su objeto solo pensaba en asegurarse: cuya asercion, sobre completamente falsa, es á mas calumniosa, y hasta ridícula. Sus mayores enemigos han declarado, por ser así la verdad, que cuando Marat y algunos otros secuaces le acusaron de dilapidaciones, él los confundió é impuso silencio con sus descargos; y no hay nadie, incluso Chateaubriand mismo, que suponga en la cabeza de un miserable avaro, ideas tan gigantescas como las que brotaban de la mente de Danton, ni atribuya á un mezquino adorador del oro, pasiones tan nobles como las que abrigaba aquel pecho levantado. ¿Quién es el rico avariento, que, al verse en presencia de sus impasibles jueces y sentenciado á muerte, haya esclamado nunca como Danton: «Mi persona será en breve la nada; pero mi nombre está ya en la posteridad»? Danton, sin embargo, cuando se votó la muerte de Luis XVI, recobró toda su energía, y pronunció sin vacilar el horrible fallo. Preso y encausado Desmoulins, por haberse atrevido á condenar la marcha cruel y sanguinaria que seguian Robespierre y sus adictos, encomendó su defensa á Danton, quien se encargó de ella, á pesar del terrible compromiso que con esto contraia, desempeñando heróicamente los deberes de la amistad. Camilo Desmoulins, empero, fué á la guillotina, y Danton desde este momento quedó frente á frente con Robespierre. Los que temiendo las consecuencias de una lucha obstinada entre los dos jefes de la república, se habian propuesto reconciliarlos en un banquete, no lo consiguieron á pesar de sus esfuerzos; porque, habiendo dirigido la palabra, Danton el primero, á su terrible adversario, y espresádose en estos términos: «Justo es que sean comprimidos los realistas; pero es necesario no confundir al inocente con el culpable; nosotros debemos dar únicamente golpes útiles á la república», Robespierre, arrugando el gesto, contestó: «¿Y quién os ha dicho que se ha hecho perecer un solo inocente?» Cuyas últimas palabras debieron advertir bastante bien á Danton del peligro que le amenazaba, cuando ya al salir de la estancia dijo: «Es preciso mostrarse sin perder momento.» Y, sin embargo, no fué él el que se mostró; pues ó demasiado confiado en sí propio, ó estraordinariamente prevenido Robespierre, es lo cierto que en la noche del 31 de marzo de 1794 fué preso Danton, sin que opusiese la menor resistencia. Lacroix, su amigo, esperimentó igual suerte, y ambos fueron encerrados en las cárceles del Luxemburgo. Presentados al cabo de cuatro dias al tribunal revolucionario, de nada les sirvió, á Danton principalmente, despreciar á sus jueces, contestar con valor y nobleza, hacer titubear al tribunal, aterrar y hacer que peligrase la convencion, argüir lógicamente sobre las maldades que dieron el poder á sus enemigos, todo fué en vano; la fatal sentencia recayó sobre él, como habia recaido sobre otros innumerables desgraciados. Entonces fué cuando agobiado Danton con todo el peso de su conciencia, esclamó con el mas profundo arrepentimiento: «Yo instituí ese tribunal infame ¡oh! el cielo y los hombres me lo perdonen» (frase que se ha plagiado mas de una vez). Arrepentimiento *estéril* y *tardío*, segun el vizconde de Chateaubriand; pero arrepentimiento fecundo y oportuno segun nosotros: fecundo, porque aquella confesion de Danton fué la señal de reaccion contra el terror, oportuno, porque para arrepentirse nunca es tarde: mas tarde lo permite Dios, y se otorga el perdon á los delincuentes en el tribunal supremo. Conducido al cadalso, Danton no demostró en todo el camino el menor abatimiento. Hubo solo un instante, antes de morir, en que recordando á su esposa: «¡Oh! amada mia, esclamó; ya no volveré á verte!» Esto, no obstante, se repuso al punto, y, despues de haber paseado dominante y despreciativa mirada por toda la muchedumbre, dijo al verdugo: «En-

señarás mi cabeza al pueblo, que bien lo merece.» En efecto, la cabeza de Danton, separada del cuerpo, quedó en manos del ejecutor de las sentencias, el 5 de abril de 1794.

DAOIZ (don Luis), cuyo solo nombre recuerda una de las épocas mas azarosas y al mismo tiempo de mayor gloria para España, nació en Sevilla el 10 de febrero de 1767. Fueron sus padres don Martin Daoiz y Quesada y doña Francisca Torres Ponce de Leon, quienes proponiéndose dar á su hijo una educacion esmerada y correspondiente á la clase á que pertenecian, pusiéronle desde luego á aprender las primeras letras en el colegio de San Hermenegildo. A los quince años de edad fué trasladado á Segovia, en cuyo colegio militar de artillería, tuvo ingreso el 13 de febrero de 1782, y fué ascendido á subteniente de dicha arma, una vez concluidos los estudios de reglamento. Esto último tuvo lugar el 9 de enero de 1787, época en que, tanto por la guerra que sosteniamos contra los ingleses, cuanto por la contínua defensa á que nos veiamos obligados, en las plazas de Oran y Ceuta, todo lo que se necesitaba eran oficiales de artillería á quien emplear en diferentes puntos. Daoiz, pues, fué destinado primeramente y apenas salió del colegio, á esta última plaza, en cuya defensa se halló el año de 1790. Al año siguiente pasó á la de Oran, que tambien defendió, pero habiéndose distinguido en un hecho de armas, mereció que se le ascendiese á teniente de infantería; promoviéndosele por último á teniente de artilleros, cuyo grado le correspondió por órden de antigüedad, en 1792. Destinado á Cataluña, cuando la injustificable guerra contra la república francesa, Daoiz estuvo maniobrando constantemente con diferentes baterías, hasta el 25 de noviembre de 1794, en cuyo dia fué hecho prisionero y conducido á Francia. Ajustada la paz en 1796, el ilustre prisionero regresó libre á España; solo que, metida esta otra vez en guerra contra los ingleses, y habiendo de armar y tripular todos sus navíos para oponerlos en buen estado á las formidables escuadras de la reina de los mares, tuvo que valerse de oficiales como Daoiz, espertos en el arte de la guerra, y muy capaces de mandar la artillería de marina. Este fué el motivo de que el 10 de junio de 1797, se embarcase Daoiz en la tartana cañonera número 5, de las que componian la armada de don Manuel Mazarredo, y se encontrase con ella en la defensa del bloqueo de Cádiz y en el glorioso ataque de las lanchas españolas contra el navío inglés denominado el *Poderoso*. En otros navíos y en otros ataques se encontró tambien el teniente de artillería, desde el mes de octubre de 1798, hasta el de junio de 1802, en cuya época, habiendo sido ascendido á capitan primero de su regimiento, saltó en tierra y fué á desempeñar su destino. Encargado se hallaba del detall de la plaza de Madrid, en 1808, cuando ocurrieron los memorables sucesos del nunca bien ponderado 2 de mayo. En esta ocasion hizo Daoiz cuanto un militar denodado y pundonoroso sabe hacer en los momentos de mayor peligro, cuanto la patria de Rodrigo Diaz de Vivar, Gonzalo de Córdoba, Hernan-Cortes y otros esclarecidos héroes, tenia derecho á esperar de uno de sus predilectos hijos, en una palabra, cuanto necesitaba el preclaro nombre español en el siglo XIX, para mantenerse á la altura de su reputacion y de su gloria adquiridas en otros siglos. En aquel dia memorable, y cuando la lucha entre un pueblo inesperto, novicio en el manejo de las armas, sin jefes ni guias, y unos soldados aguerridos y fieles observadores de la mas fiel disciplina, principiaba á hacerse insostenible; en aquel memorable dia, decimos, en el terrible 2 de mayo, y al venir el pueblo en retirada, fué cuando el invicto don Luis Daoiz ejecutó una de esas proezas, que rara vez se encuentran repetidas en la historia de las naciones. Cansa-

dos de defenderse los denodados madrileños en las calles principales, y visto que no podian luchar con ventaja contra las robustas legiones francesas, que, de refresco y cada vez en mayor número, se iban presentando y avanzando simultáneamente por las calles de Alcalá y Carrera de San Gerónimo, dispusieron correrse al parque de artillería. Era su intento apoderarse de los cañones y fusiles que allí hubiese, y ayudados por los artilleros sacarlos á la calle, y batirse en regla contra las huestes de Murat. Pero, en el parque mandaba Daoiz, quien, viendo llegar aquellas turbas, y obedeciendo aunque con mal reprimido enojo á una órden del capitan general, que le mandaba permanecer frio espectador de los sucesos, manda cerrar las puertas y se niega con harto sentimiento á los deseos del pueblo. Insiste este, y Daoiz, observador rígido de la ordenanza y disciplina militar, se mantiene firme en su propósito. Avanzan entre tanto las legiones francesas que se hallaban acantonadas en San Bernardino á las órdenes del general Lefranc; y ya entonces, la idea del peligro á que van á verse espuestos sus bravos compatriotas, conmueve el corazon y trastorna el juicio del capitan de artillería. Coincide con tan interesante suceso, la llegada de Velarde, otro oficial de artilleros; y Daoiz le consulta sobre el mejor partido que en tales circunstancias conviene tomar. Velarde es jóven y valiente, su patriotismo, como el de todos los españoles, no reconoce límites; su opinion, por lo tanto, es que se arme al pueblo, se saquen dos piezas de artillería, y se venza en la contienda ó que se muera con honor. Entonces ya se decide Daoiz; y una vez persuadido de que no incurre en grave responsabilidad por dejar de cumplir una órden imprudente, su patriotismo y su valor no reconocen límites. Arma, en efecto, las desordenadas turbas, manda sacar las dos piezas de batir, y puesto al frente de unos cuantos artilleros espera el momento de cumplir el mas sagrado de los deberes. Este no se hace esperar mucho; roto el fuego por los franceses, los españoles contestan con uno muy vivo y certero. A los primeros tiros cae gravemente herido un subalterno que maniobraba con las piezas, y el mismo Daoiz recibe tambien un balazo en un muslo; pero, mas que al riesgo propio, atento al comun peligro, olvida su sangre, que corre en abundancia, y solo piensa en vengar la de sus paisanos. El fuego sigue devorador y constante; las columnas francesas caen enteras, y las fuerzas de Lefranc esperimentan bajas considerables. Pero en tan crítico momento escasean las municiones á Daoiz; en vano el denodado Velarde recoge algunas piedras de chispa suficientes para dos disparos, pues que, agotadas del mismo modo estas, hacen falta en seguida nuevos proyectiles, instrumentos de muerte. Ambos enemigos estenuados ya, y casi desconfiados del éxito, mas bien se observan que se combaten; el español, ademas, carece de pólvora y balas, el frances de carácter para mantenerse por mas tiempo firme enfrente del español. Solo una vil estratagema ó una astucia infame, en la situacion en que se encuentran, podria poner la victoria del lado de uno de los contendientes: ¿quién la ejecutará?..... ¿Quién empañará la gloria del mas brillante hecho de armas?.... Ni por un momento hay que dudarlo: el frances. Sí; el frances, que nunca venció á España sino por engaños; las huestes de Bonaparte que solo entraron en la península por traicion; esos ejércitos invencibles del gran Napoleon que, para dar un solo paso en nuestro pais, necesitaron siempre ir precedidos de la falsedad y la mentira; el general frances, fué el que, poniendo un pañuelo blanco en la punta de su espada, aparentó que queria capitular. Daoiz, entonces, á quien tambien apremiaba la misma necesidad, contestó con igual seña, viéndose en un instante que se acercaban los dos jefes, que altercaban mútuamente, y por último, que se

ponian en guardia y se batian cuerpo á cuerpo. Caballeros y nobles los de Daoiz esperaron firmes en su puesto el resultado de tan singular combate; mientras que villanos y cobardes los ayudantes y granaderos franceses, se arrojaron de improviso sobre los españoles, enclavando antes sus espadas y sus bayonetas en el indefenso cuerpo del capitan de artillería. Algunos minutos se resistió, sin embargo, el valeroso Daoiz, contra tan numerosos enemigos, guardándose las espaldas con un cañon, y asiéndose á él como quien no queria que se le arrebatasen; pero al fin cayó en tierra y su cadáver fué hollado por los que, nunca, sin esta última circunstancia se habrian apoderado del parque. Así murió este ilustre patricio, modelo de arrojo y de civismo, y á quien la posteridad le otorgará el lugar y sobrenombre que la opinion adjudica á los grandes héroes. Recogidos sus restos en aquella misma noche, fueron depositados en la iglesia de San Martin, y allí permanecieron hasta el año de 1814. En esta época se exhumó su cadáver, colocando sus cenizas en una urna y trasladándolos á la iglesia de San Isidro. Y por último, el año de 1840 en medio de una solemne procesion y seguidos de un inmenso acompañamiento de todo lo mas lucido que tenia la corte, y pasando por delante de una gran parada y á presencia de un gentío inmenso que acudió á ver la noble ceremonia, fueron conducidos los mencionados restos de Daoiz, al Campo de la Lealtad, junto al salon del Prado, y trasladados á la sencilla urna de piedra que se observa en el célebre monumento erigido á las víctimas del DOS DE MAYO.

DARIO. Con este nombre hubo tres reyes en la Persia; el primero, Dario, hijo de Histaspes de la familia de Aqueménides; el segundo, Dario *Noto* ó el *bastardo;* y el tercero Dario Codomano, último rey de Persia. De Dario, hijo de Histaspes se cuenta, que subió al trono por un medio bien estraño y sencillo á la vez. Fué el caso que, varios pretendientes legítimos á la corona, se reunieron para arrebatársela á un usurpador; y como, logrado el objeto, se encontrasen con que estaba aun por resolver la mayor dificultad, esto es, á quién de entre ellos se habia de nombrar rey, idearon echar suertes. Pero, ¿de qué modo? Conviniéronse todos en que al dia siguiente se reunirian á la misma hora en un punto cualquiera, y en que aquel cuyo caballo relinchase antes, despues de la salida del sol, seria el elegido. Sábelo el palafrenero de Dario, y sin contar con nadie, ni dar noticia de ello siquiera á su amo, ata por la noche una yegua cerca del sitio de la reunion. Conduce tambien allí al caballo, y despues de tenerle largo rato á una distancia razonable de la hembra, le vuelve á conducir á la cuadra, empero tomando la precaucion de hacerlo por el mismo sitio, por donde sabia que Dario habia de venir. Sucedió, pues, lo que es de suponer, que todo el tiempo que tardó en amanecer, y lo mismo despues de salir el sol, el caballo de Dario estuvo relinchando sin descanso, y una de tantas veces como lo hizo valió á su amo la corona de rey. Hay quien se empeña en tener por fabuloso este hecho; pero nosotros, que no acostumbramos á dar por verdaderos los que no nos constan, tampoco le damos este por la espresada razon. Lo que si tenemos por cierto, bien porque lo cuenta la historia, y ya porque nos parece imposible que pueda suceder otra cosa, es que, Dario, tan pronto como se vió en posesion pacífica de sus estados, hizo lo que todos los reyes, esto es, arreglar el sistema tributario, pero de modo que produjese algo mas de lo que producia antes al tesoro, y echar quintas, ó como hoy se dice, proceder con arreglo á la ley de reemplazos. Luego que tuvo esto concluido, hizo tambien lo que otros muchos reyes, y fué que, buscando motivos y pretestos que nunca faltan, se metió en guerras y en jaranas, tras-

cendentales para el pais contra quien las hizo, trascendentales asimismo para su propio pais. Finalmente, perdiendo unas batallas y ganando otras, llegó al año de 485, en cuya época murió sin ver lograda su famosa empresa contra el Egipto.—En cuanto á Dario *Noto*, ó sea *el bastardo*, todo lo que hay que contar de él es, que subió al trono por aclamacion de algunos sátrapas, y que se dejó llevar tanto de los consejos de Parisatis su mujer, que por ellos ejecutó infinitas crueldades, siendo así que en el fondo era pacífico y humano. Habiéndole preguntado su hijo Artajerjes, cuando Dario estaba para morir ¿qué conducta deberia observar para que su reinado fuese dichoso? él le contestó: «hacer lo que la religion y la justicia aconsejan, sin separarse de la una ni de la otra.»—Finalmente, Dario Codomano fué un buen rey, tan bueno como desgraciado, y á quien de nada aprovecharon sus numerosos ejércitos y sus casi fabulosas riquezas, el dia que se le antojó á Alejandro destruirle los unos y despojarle de las otras. Dario habia subido á reinar á consecuencia de un doble asesinato que el eunuco Bagoas ejecutó en la persona de Oco y en la de su hijo Arses; pero, aunque alegrándose en el interior de que tal crímen se hubiese cometido, no desconoció por eso que el criminal merecia ser castigado. Al efecto, quitó al eunuco la participacion que tenia en el gobierno, primeramente, y luego, al saber que tambien contra su vida habia atentado, le hizo apurar el mismo vaso de veneno que habia querido darle. Este rey, al reves que todos sus antecesores, se dedicó desde luego á conservar la paz y gobernar con esmero sus estados; así es que, fomentó la riqueza pública hasta un grado considerable, y la suya propia llegó á ser casi fabulosa. Tuvo, sin embargo, la desgracia de vivir en tiempos de Filipo y de Alejandro; tan grande para idear el uno, como pronto para ejecutar el otro; por esto que, habiéndose propuesto el primero de estos dos reyes de macedonios, llevar la guerra al interior de la Persia, el segundo destronase y causase la muerte al infeliz Dario. La primera batalla en que se encontró este rey frente á frente con el inmortal Alejandro, fué la que se dió á la entrada de la Siria, donde combatiendo al frente de seiscientos mil hombres, y en medio de toda la magnificencia y ostentacion de una corte brillantísima, fué completamente derrotado por solos treinta y cinco mil macedonios, y obligado á ponerse en fuga, despues de dejar en poder del vencedor todo su portentoso bagaje, sus concubinas y hasta su mujer y sus hijos. Creyó entonces que el único medio de ajustar la paz, era ofrecer la mitad de su imperio á Alejandro; cuyo conquistador, sin embargo, le queria por completo. Vióse, pues, precisado Dario á reunir nuevas fuerzas y presentarse al frente de otro numeroso ejército en las cercanías de la ciudad de Arbelas. Aquí le salió al encuentro Alejandro, quien hubo de emplear toda la superioridad de su genio, y hacer alarde de toda la disciplina que habia conseguido introducir en sus soldados, para arrancar la victoria al triste Dario, que peleó como desesperado. Hubo un momento en que, los persas estuvieron muy cerca de triunfar de los macedonios; pero rehechos luego estos, tanto cuanto desbandados aquellos, se dieron á huir abandonando á su general. Y ¡ojalá que todos hubieran seguido este triste y fatal ejemplo! mas hubo algunos, como Narbazanes y Beso entre otros, que, apoderándose del monarca en su retirada, con el doble fin de entregarle á Alejandro, si se veian muy perseguidos, y salvarse por este medio, ó de apoderarse del mando si conseguian rehacerse, le sujetaron con cadenas y le obligaron á seguirles; y por último, desesperando poderle llevar mas adelante, le hirieron mortalmente. Entonces quedó Dario solo, á un lado del camino y á orillas de una fuente, hasta que, acertando á pasar por allí un oficial macedonio, y com-

padeciéndose de los lamentos del moribundo, se acercó y reconoció inmediatamente al rey de los persas. Un poco de agua fué lo primero que este le pidió, y el otro le trajo en su mismo capacete; continuando el rey: «Bendigo al destino porque en el infeliz estado á que me hallo reducido, me proporciona el consuelo de que no se pierdan mis últimas palabras. Has de saber, que yo muero á manos de asesinos, los cuales huyen; y sin embargo, espero que el héroe macedonio ha de vengar el regicidio cometido en mi persona.» Tomándole luego la mano añadió: «Amigo mio, toca á Alejandro su mano como yo toco la tuya, y llévale de mi parte esta única prenda que puedo darle de mi justo agradecimiento por su conducta con mi madre, mi esposa é hijos que tiene prisioneros.» Dario espiró en seguida en los brazos de aquel sensible macedonio. A poco llegó Alejandro, y enterado del suceso por su oficial, juró vengar la muerte de Dario; lo que efectuó tan pronto como alcanzó á Beso.

DAVID, hijo de Isaías, y el primer poeta lírico de la antigüedad, nació el año de 1074 antes de Jesucristo. Su primera profesion fué la de pastor, y en el ejercicio de ella se habia ya distinguido, por el valor con que defendió varias veces á su rebaño de los asaltos de las fieras, cuando le mandó á llamar el rey Saul. Padecia este monarca una profunda melancolía, originada del pronóstico de Samuel, sobre que no se perpetuaria su corona en su familia; y como para distraerse no encontrara otro remedio mejor que la música, y David tañese perfectamente el harpa, de aquí la razon para que Saul llamase á su lado á este último, y él accediera sin replicar. Algun tiempo vivieron en la mejor armonía el pastor y el monarca; sobre todo, hasta que, habiendo acaecido la declaracion de guerra de los filisteos á los israelitas y el desafío del gigante Goliat, á quien venció David, Saul se enemistó con este último, celoso de su reputacion y de su fama, y hasta le persiguió de muerte. El suceso del gigante fué como sigue: Habia uno, llamado Goliat, entre los filisteos, que cubierto de hierro y cargado de armas, venia diariamente á provocar á los israelitas y á insultarlos por su cobardía en no salir uno á uno á luchar con él. El rey Saul se apenaba y affigia tambien por esto, y tanto llegó á desear que el mencionado gigante quedara vencido, y sus tropas libres de aquel terror pánico que les infundia el solo nombre de Goliat, que prometió la mano de su hija Merob á cualquier israelita que lograse tal victoria. David, entonces, que apenas contaba veintidos años, pero que como dejamos dicho estaba ejercitado ya en las luchas con las fieras, mas animoso que todos los súbditos de Saul, pidió permiso á este para admitir el temido desafío, y salir á pelearse con Goliat. Negósele al principio Saul, haciéndole ver al propio tiempo lo temerario de su empresa, mas viendo que insistia David, ofrecióle sus propias armas y cuanto mas necesitase. Al jóven pastor, empero, bástanle su báculo y su honda; con el primero, debajo del brazo, marcha airoso al sitio del combate; con la segunda y cinco piedras que recoge amenaza dar la muerte á Goliat. Puestos ya el uno enfrente del otro, este le ruega á aquel que se retire, se burla de él, le menosprecia y hasta le insulta; pero David por toda contestacion le dispara una pedrada con tan feliz acierto, que dándole en la frente derriba en tierra al gigante. Entonces el vencedor se arroja presuroso sobre el vencido, y arrancándole su propia espada le corta con ella la cabeza. Cuando recibió tan fausta noticia, Saul aparentó regocijarse por ello; mas en realidad le causó envidia la gloria de su protegido, y tanto que se escusó de cumplir lo del casamiento de su hija Merob, á quien al punto desposó con otro. De aquí se siguieron otras ingratitudes y otras infamias por parte del falaz monarca, quien llevó

su pasion al estremo de atentar en varias ocasiones contra la vida de David. Este, por su parte, y á pesar de que contaba con muchos partidarios que le habrian apoyado, siguió cada vez mas fiel y mas adicto á su monarca; verdad es que, á ello contribuia mucho la amistad que el hijo de Saul, Jonatas, y David se profesaban. En una de las diferentes persecuciones que este último llegó á sufrir, habíase refugiado al desierto de Maen; y como enviase á pedir provisiones para atender á la subsistencia de los que le seguian, á un hacendado rico, llamado Nabal, y este no solo no se las remitiese, sino que ademas le contestase con improperios, juró matarle; lo que habria efectuado sin la poderosa intercesion de Abigail mujer de Nabal, de quien se enamoró David, y con la cual se casó á la muerte de su marido. Otra vez, á favor de su astucia logró introducirse en la tienda de campaña donde dormia Saul, y habiéndose contentado con quitarle la lanza y la copa en que bebia, llamó á Abner desde su campo y le dijo: «Tú eres un mal guardian del rey, mira, he entrado en su tienda y me he apoderado de estas dos prendas; si las quieres, mándame uno de los tuyos y se las devolveré.» Pero ya estaba muy cercano el dia en que el valeroso David, el súbdito fiel de Saul habia de recibir el premio merecido por sus esfuerzos y su lealtad. Vencido su perseguidor por los filisteos, y muerto en una batalla este y su hijo Jonatas, quedó vacante el trono que ocupó inmediatamente David. Desde este momento, el virtuoso rey dedicóse con la mayor prudencia y el mas incesante afan á poner órden y concierto en la administracion de sus estados, á restablecer la paz y la calma en el interior, y á engrandecer el nombre de la tribu de Judá, á que pertenecia, en el esterior. David se apoderó de la fortaleza de Sion que estaba en poder de los jebuseos y que era la ciudadela de Jerusalen: se hizo dueño de la ciudad, la embelleció grandemente y estableció en ella la sede real y la de la religion. El Arca de la Alianza construida por Moises, y en la que estaban guardadas las tablas del Decálogo, no tenian asiento fijo: David la llevó en triunfo á Sion, despues de haber tomado esta fortaleza por segunda vez á los filisteos. Estos, los moabitas, los sirios y los idumeos, fueron vencidos por David, que estendió su dominacion desde el Éufrates hasta el Mediterráneo, y desde la Fenicia hasta el golfo arábigo. Pacífico ya y victorioso este rey, quiso elevar un templo al Todopoderoso, y eligió el mismo sitio en que Abraham fué detenido por un ángel al tiempo de ir á inmolar á su hijo único. Él trazó todos los diseños, reunió los ricos y preciosos materiales, y destinó para su construccion los despojos de los reyes y de los pueblos. En una palabra, su reinado hubiera sido el mas feliz y el mas glorioso, si no hubiese cometido David algunas faltas, por las que recayó sobre él la cólera celeste, y que le rebajaron en el concepto de las generaciones. Fué el caso que, habiéndose enamorado de la hermosa Betsabé, á quien vió en el baño desde lo alto de su propio palacio, no perdonó medio para seducirla y obtener su correspondencia; y como á los reyes todo les es fácil, y en negocios de esta especie, principalmente, querer es alcanzar, David logró su objeto. Pero Betsabé era casada, y su esposo Urias, uno de los generales de David, hacia ya algun tiempo que no vivia con ella por estar ocupado en la guerra contra los amonitas; así es que, cuando la infiel esposa se sintió embarazada, creyóse en el mayor apuro y recurrió á David. Entonces, como siempre, acudian tambien los reyes á muy sencillos espedientes, y el del monarca hebreo se redujo á hacer venir inmediatamente á Urias á la corte, con el fin de que encubriese lo que le importaba tanto no descubrir. El medio, sin embargo, aunque parecia ingenioso, no produjo el apetecido resultado, porque aun cuando vino Urias, no quiso entrar en su

casa y gozar de los deleites á que brinda la paz, mientras sus soldados permanecian llenos de privaciones en la guerra. En tan terrible aprieto, lo que ya urgia era separar de allí al desafortunado marido, y así lo hizo David, mandándole regresar al ejército y remitiendo una órden reservada al jefe superior de las armas, para que colocase á Urias en el sitio del mayor peligro. Hízolo así el generalísimo, y, habiendo perecido con gloria el pundonoroso militar en el primer encuentro que tuvo con los amonitas, David resultó homicida ademas de adúltero. Por este doble delito, Dios le castigó con diferentes azotes, uno de ellos muy principal, la revolucion que preparó su hijo Absalon y en virtud de la cual estuvo á punto de perder el trono. En aquellas críticas circunstancias ninguna cosa afligia tanto al fugitivo monarca, ni conturbó á tal estremo el real ánimo, como el saber que su perverso hijo, levantando una tienda sobre el terrado de su propio palacio, habia abusado á la vista del pueblo de todas las concubinas de su padre. Este, no obstante, queria á Absalon, y por eso que, cuando le trajeron la noticia de que habia sido atravesado con la lanza de Joab, esperimentase otro dolor mas grande, si cabe, que el que habia sufrido por lo de las concubinas. Finalmente, contrito y arrepentido rogó al Señor, quien se cree que perdonaria sus esceso, muriendo David á los treinta y tres años de reinado, en el de 1004. Los *Salmos* de David, ó sea la coleccion de *Odas Sagradas* que escribió este poeta rey, es entre todos los libros conocidos el que mas se ha comentado y esplicado, y de quien mas versiones se han hecho á diferentes idiomas. El doctor don Tomas Gonzalez Carvajal, uno de los que hicieron su traduccion al castellano, ha espresado esta opinion acerca de dichos salmos: «No en balde «depositó en ellos el Espíritu Santo «tanta riqueza y variedad de poesía, «que quien algo entiende de este arte, «que sin recelo puedo llamar ahora ce«lestial y divino, no echará de menos, «ni los arrebatados vuelos de Píndaro, «ni la noble y sencilla majestad de Ho«mero, ni la severidad de Cátulo, ni la «familiaridad de Terencio, ni la ele«gancia y cultura de Virgilio, ni la «concision, discrecion y gracia de Ho«racio, ni la fluidez y amenidad de «Ovidio, ni nada de cuanto bueno hay «en los mejores y mas célebres poetas «del mundo. Antes bien hallará que es«tas poesías, divinas, verdaderamente «por su primer autor, por su objeto y «por su belleza, sin ceder en nada á «las otras, les aventajan mucho en la «oportunidad y viveza de las compara«ciones, en la suavidad y ternura de «los afectos, y en la fuerza y grandio«sidad de las imágenes: tres como di«visas, ó mas bien diré brillantes an«torchas, con que muy de lejos se dis«tingue la poesía de los primeros si«glos del mundo, que fué la oriental, «de la de los siglos posteriores.»

DAVID (Santiago Luis), distinguido pintor frances, y uno de aquellos entusiastas republicanos, que, mas entusiastas que prudentes, solo se propusieron liberalizar á las masas aun antes de educarlas suficientemente, nació en Paris el año de 1750. Él no era un hábil orador ni un escritor concienzudo, pero con su lápiz y su pincel trazaba las ideas mas atrevidas, enunciaba los pensamientos mas gigantescos, y por último, acertaba á conmover y concitar los ánimos, al esponer sus cuadros, tanto como Mirabeau con sus discursos y Marat con sus folletos. Cuando manifestó David á la Convencion nacional el famoso cuadro que acababa de pintar, representando la muerte de Lépelletier, por el guardia de corps Paris, y en donde se veia un cuchillo ensangrentado, que antes de penetrar en la herida atravesaba un papel con el lema *Voto por la muerte* del tirano, dijo descorriendo el velo que le cubria: «Ciudadanos, cada uno de nosotros es «responsable á la patria de los talentos «que ha recibido de la naturaleza: si la

«forma es diferente, el objeto debe ser «para todos el mismo. El verdadero pa«triotismo debe aprovechar con ahinco «todos los medios de ilustrar á sus con«ciudadanos y de presentar contínua«mente á sus ojos los rasgos sublimes «de heroismo y de virtud: esto es lo «que he tratado yo de hacer en este «cuadro,» y tomando un tono mas bajo prosiguió: «Si algun ambicioso os «hablase alguna vez de un dictador, «de un tribuno, ó tratase de usurpar «la mas leve parte de la soberanía del «pueblo, ó bien si un cobarde infame «osare proponeros un rey (recalcándose «bien en estas últimas palabras), com«batid ó morid como Miguel Lepelle«tier, antes que consentir nunca.....» Otros dos cuadros patrióticos, por este estilo, compuso y presentó á la asamblea nacional David: el primero representaba la entrada de Luis XVI en la misma asamblea el 4 de febrero; y el segundo el *juramento del juego de pelota*, donde se veia por las ventanas de este último edificio la quinta de Versalles, cubierta de nubes, de la que salian rayos proféticos. Este distinguido pintor era amigo íntimo y tertuliante de Marat, y por esto, á mas que por sus opiniones, representó en un lienzo colosal el hecho del asesinato ejecutado por Carlota, en el momento en que estando en el baño y habiendo recibido Marat la puñalada, brotaba la sangre á borbollones de su herida. Este cuadro fué considerado como una de las obras maestras de David, y permaneció espuesto algunos dias en el patio del Louvre. Diputado y presidente de la Convencion, fué arrestado á la muerte de Robespierre, á quien habia sido muy adicto y muy leal; pero afortunadamente pudo escapar de la guillotina, y salir libre del Luxemburgo en virtud de la amnistía del 4 brumario. En tiempo del consulado y del imperio se dedicó ya con todo sosiego al ejercicio de su arte, y entonces fué cuando produjo los bellos cuadros de *Bruto*, de los *Horacios* y del *Robo de las Sabinas*; ocupándose despues de *La coronacion de Bonaparte*, de la *distribucion de las águilas* y del *retrato de Napoleon*, que se colocaron, no bien los concluyó, en el cuartel de inválidos. Tambien pintó por aquella época *El paso de las Termópilas*, cuyo cuadro se ha elogiado entre todos por la entonacion y fuerza del colorido. Durante la época de la primera restauracion, David no sufrió la menor incomodidad por sus opiniones políticas, pero á la segunda y, tal vez en castigo de que habia recibido en su casa la visita de Napoleon, cuando este consiguió escapar de la isla de Elba y apoderarse de Paris, se le puso bajo la ley que condena á los regicidas. Entonces tuvo que emigrar é ir á establecerse en Bruselas, donde pintó los dos cuadros del *Telémaco y Eucaris* y *Cupido abandonando á Psiquis al levantarse la aurora*. Finalmente el 26 de diciembre de 1825, murió David en la mencionada ciudad de Bruselas á la edad de setenta y cinco años. Algunos dicen que fué, sin disputa, el regenerador de la escuela francesa; nosotros creemos que basta para su gloria el haber instruido en su arte á Gerard, Girodet, Guerin y Cros.

DÁVILA (Antonio Sancho), tercer marques de la Velada y primero de San Roman. Nació en Madrid á 15 de enero de 1590. A los veintiseis años de edad tomó el hábito de Calatrava, y fué visitador de la órden de Alcántara, comendador de Manzanares y definidor general. Al mismo tiempo desempeñó otros varios cargos, como el de gentil hombre de cámara del rey don Felipe IV, y menino y bracero de la reina Margarita. Pero donde mas debia distinguirse, era en los campos de batalla como militar, y militar de los mas valientes y leales. Siendo gobernador y capitan general de nuestras posesiones de Africa, á donde le habia enviado el monarca, dió pruebas de su talento y bizarría en cuantas ocasiones se presentaron, y á él se debieron los repetidos descalabros que por aquel

tiempo sufrieron los bárbaros, la sumision del rey de Cuco y de mas de veinte mil moros, á quienes hizo tributarios de la corona de España. Agradecido el monarca al celo que Dávila habia desplegado en su empleo, confióle una espedicion de mas importancia, cual era la recuperacion del Brasil y la conquista del puerto de Mina, nombrándole capitan general de mar y tierra, así de aquellos paises como de Túnez, Mazalquivir, Tremecen y Portugal; pero ofreciéndose mas vasto campo á su gloria y ambicion de señalarse en los combates, peleó en Flándes, desempeñando sucesivamente los cargos de maestre de campo general, general de caballería, y capitan general de las plazas marítimas de la costa de Dunkerque y de la armada de Flándes y gobernador de los Estados. En todos estos altos puestos manifestó siempre, que no en vano recibió de su rey tan distinguidas muestras de aprecio, procurando siempre pagarlas con la lealtad de un caballero y de cumplido militar. En la batalla de Hauncour, sobre el Escalda, ningun jefe contribuyó mas que él al triunfo de las armas españolas. Tambien estuvo de embajador estraordinario en la corte de Inglaterra, y, terminada su comision, pasó de gobernador al estado de Milan, en donde batió completamente las tropas del príncipe Tomas, quien habiendo invadido aquel pais, no solo perdió gran número de soldados, sino que él mismo quedó herido, así como tambien su hermano Mauricio, que poco despues murió. Tenia ya entonces Dávila cincuenta y seis años, y agregándose á su avanzada edad algunos achaques propios de la vida agitada que habia llevado, se retiró á Madrid con el competente permiso del rey. No pudiendo Felipe IV conseguir que admitiese primero el cargo de Teniente General de mar y tierra cerca de don Juan de Austria, y despues el de capitan general del ejército y frontera de Cataluña, por las causas que dejamos espresadas, le nombró consejero de Estado, presidente del consejo de órdenes, luego gobernador del supremo de Italia, y mas tarde presidente del de Flándes, siendo este el último que desempeñó á causa de su muerte, acaecida en 25 de agosto de 1666.

DÉBORA, esposa de Lapidoth. Su ilustracion y sus virtudes la conquistaron el aprecio y respeto de los israelitas, cuyo pueblo padecia bajo el tiránico yugo del rey de Canaan, cuando Débora, á quien la Sagrada Escritura da el nombre de profetisa, juzgaba á sus conciudadanos, sirviéndola de dosel una palmera en la montaña de Araim. La elocuencia de esta piadosa mujer era tan dulce, tan simpática, tan persuasiva, que movia todos los corazones. Al salir á una espedicion contra los enemigos del pueblo hebreo que aconsejó á Barac, en cuya compañía fué, anunció á este, que el general de los cananeos seria vencido por una mujer, y que esta mujer le degollaria. Cumplióse el vaticinio de Débora, pues el ejército enemigo fué derrotado, y Sisara, general de los cananeos, se vió precisado á huir y á aceptar la oferta de Jahel, que le habia ofrecido un asilo en su tienda. Luego que el vencido jefe penetró en ella, Jahel, mujer de Haber Cinéeno, le quitó la vida. Este suceso ocurrió por los años de 1281 antes de Jesucristo. Despues de esta victoria Débora entonó en accion de gracias el cántico sublime que se halla contenido en el Libro de los Jueces, y qué es un modelo acabado de poesía sagrada. La Iglesia aplica algunos pasajes de esta magnífica obra, compuesta, segun se cree, por Débora á la Madre de Dios, que es la mujer fuerte y valerosa, y cuyo emblema fué la sábia profetisa.

DECIO (Gneio Mesio Quinto Trajano). Nació en Bubalia, en la Panonia inferior. Poco tiempo reinó, pero su memoria seria mas respetada, si á las grandes prendas militares que poseia, y á sus virtudes cívicas, hubiera reu-

nido mas tolerancia, mas clemencia hácia los cristianos, cuyo enemigo encarnizado fué, y cuya crueldad para con ellos ha hecho odioso su nombre. Hallábase encargado del gobierno de la Mesia, cuando revelándose contra Filipo sus soldados, le proclamaron emperador. Sábelo Filipo, llamado el *arábigo*, marcha al frente de su ejército al encuentro de su rival, y trabada la batalla cerca de Verona, quedó derrotado y muerto por la propia mano de Decio. Entonces reunidos los ejércitos, proclamáronle nuevamente emperador, siendo confirmado muy pronto este acto por el senado y por el pueblo. Presúmese que la horrible persecucion con que afligió á los cristianos, la acometió, no por ódio que él les tuviera, sino porque su difunto competidor les habia protegido, lo cual hace doblemente abominable su atroz conducta, porque era una persecucion premeditada y caprichosa, y en manera alguna fundada en la necesidad ni en la conveniencia. En los diferentes encuentros que despues tuvo su hijo con los godos, hubo alternativas favorables y adversas tanto por una como por otra parte, hasta que poniéndose él mismo á la cabeza de las fuerzas romanas, espulsó del imperio á los bárbaros. Pero dominados estos por su pasion á la guerra y el deseo de estender sus conquistas, volvieron á molestarle, y él tornó á ponerse en campaña, obligándoles en breve tiempo á pedir que les concediese retirarse libremente, ofreciéndole entregarle todos los prisioneros que tenian en su poder y el botin que habian hecho. Decio no quiso transigir con esta demanda, que le hacian apurados por su arriesgada situacion, y así los persiguió de tal suerte, que antes de que pudieran pasar el Danubio, les presentó batalla, siendo esta una de las mas sangrientas que se dieron por entonces. Su mismo hijo cayó mortalmente herido de un flechazo; pero él, lejos de abatirse y entibiar con su duelo el ardor de los soldados, les dijo: «No es mas que un hombre el que perdemos, compañeros, no desmayeis por esto.» Y uniendo á estas palabras el ejemplo, se precipitó en medio de las tropas enemigas, y al fin murió á la edad de 50 años. Parece que su caballo desbocado en el ardor de la pelea, se hundió en un pantano, en el cual quedó sumergido el cuerpo del emperador, sin que nadie pudiese encontrarlo. Despues de su muerte fué puesto entre los dioses.

DECIO-MUS (Publio), romano, descendiente de una familia plebeya. Aun cuando no le hubiera hecho acreedor á justísimas alabanzas el arrojo y la pericia militar de que dió relevantes pruebas en diferentes ocasiones, su amor á la patria y á la gloria, que le inspiraron acciones y sacrificios heróicos, le hubiera inmortalizado. Siendo simple tribuno legionario, se distinguió por un brillante rasgo, que juzgamos digno de honorífica mencion. El cónsul Cornelio Cosso Arbina, bajo cuya conducta militaba, se veia cercado por los samnitas, pero cercado tan estrechamente, que casi contemplaba perdido su ejército, próximo á dar en manos de los enemigos. Decio pide entonces un reducido destacamento á Cornelio, dásele, concibiendo alguna esperanza al saber el intento del tribuno, cuya intrepidez conocia, y este logra con tan escasas fuerzas, ganar una altura que dominaba el campo de los samnitas, salvando así á las tropas romanas; no contento con esta ventaja, penetra por sorpresa durante la noche en el campo enemigo, y alentando el espíritu de sus valientes y escogidos soldados, hace una horrenda mortandad, tornando á reunirse, al nacer el nuevo dia, con el ejército romano, que juntamente con su general, le recibió como á su libertador. Desbandados los samnitas con tan inesperado ataque, aconseja Decio á Cornelio que los persiga sin perder momento, hácelo así el cónsul, y esta acertada resolucion les hizo dueños del

campamento enemigo, que perdió en aquella jornada treinta mil hombres. No era Cornelio Cosso de esos hombres vulgares y cínicos, que se atribuyen hechos en que ninguna parte tienen, ó que si la tienen es por inspiracion de otras personas; su mérito no necesitaba apelar á indignos medios, y por esta razon se apresuró á declarar con una grandeza de alma que realza mas sus nobles prendas, que aquella victoria la debia á los sábios consejos de Decio, á quien dió una magnífica recompensa, que consistia en una corona de oro, cien bueyes y un toro blanco para los sacrificios, concediendo tambien á los soldados del tribuno dos túnicas y otras varias mercedes. El ejército ciñó á su libertador una corona obsidional, y la cívica fué concedida á sus soldados. Algun tiempo despues Publio Decio desempeñó el consulado con Manlio Torcuato, y hallándose los dos al pié del Vesubio, con el enemigo á la vista, para exaltar el valor de los romanos, recurrieron á una estratagema, con la cual esperaban una completa victoria. Digeron, pues, á las tropas, que se les habia aparecido un venerable anciano, anunciándoles que el ejército cuyo jefe se sacrificase á los Manes, ese seria el vencedor. Esto hecho, Manlio Torcuato y Decio convinieron entre sí en que el general cuya columna cediese la primera, seria el sacrificado. Dividieron, pues, las fuerzas en dos columnas, mandada la de la izquierda por Decio, y la de la derecha por Manlio, y acometieron furiosamente al enemigo, procurando cada uno de los dos generales sobrepujar al otro en valor y actividad, puesto que en ello les iba la reputacion y la vida. Atacada con mas empeño por los latinos la columna de Decio, esta empezaba ya á ceder; el valeroso romano, dispuesto al sacrificio, consultó con el gran sacerdote las palabras que habia de pronunciar para hacerlo, y en seguida se precipitó en medio del combate, cayendo poco despues acribillado de heridas sobre un monton de cadáveres de enemigos, y exhalando el postrer suspiro. Manlio Torcuato hizo magníficos funerales á su amigo y colega. Este heroismo fué hereditario en los Decios.

DECKER (Jeremías de). Nació en Dordrecht por los años de 1610, de una familia pobre y honrada. Es considerado como uno de los mas apreciables poetas holandeses, sobre todo en el género descriptivo, y como un modelo en cuanto á la pureza de su diccion, que siempre ha merecido el elogio de las personas ilustradas. Su carácter afable y tolerante no podia menos de lamentar los disgustos ocasionados por las disputas teológicas, y en su obra titulada: *El Antiguo celo de Roma, renovado en el Piamonte*, dió evidentes pruebas de templanza y de sinceridad religiosa. Escribió ademas una *Imitacion libre de las lamentaciones de Jeremías;* el *Viernes Santo*, obra que contiene descripciones maestras; un *Elogio de la avaricia*, amarga sátira contra los que alimentan esta baja pasion; una *Invectiva contra la calentura*, dos libros de *Epigramas*, composiciones apreciabilísimas, y la *Representacion de los caballos*. El estudio profundo que habia hecho de algunos idiomas y clásicos estranjeros, y especialmente de los de su pais, le acreditaron de buen filólogo. Mantúvose toda su vida célibe, para ayudar á su padre en la educacion de su numerosa familia, considerando este piadoso deber como uno de los mas principales, y murió en Amsterdam en 1666.

DEJOTARO, rey de Galacia. Fué constante amigo y aliado del pueblo romano, y en las diversas vicisitudes que agitaron el imperio en las desastrosas y memorables guerras civiles, tuvo el talento de saber conservar su poder, cuando tantos otros príncipes perdian el suyo frecuentemente. Su padre habia sido jefe de una de las doce tetrarquías en que estaban divididos los establecimientos asiáticos de los ga-

los, y se dice que, muerto aquel, todas ellas pasaron al dominio de Dejotaro. Verdad es que, para mantenerse en su posicion, se vió precisado á seguir á menudo el partido que mas en auge estaba, y así se le vió unirse alternativamente á Pompeyo, á César, á Bruto, á Marco Antonio y á Octavio, y separarse de ellos con la misma facilidad cuando los intereses de la república lo exigian, sabiendo conciliarse el aprecio y la confianza de unos y otros. Al principio de la guerra contra Mitrídates, socorrió á Lúculo, y despues á Pompeyo, cuando fué á reemplazar á este. Derrotado Mitrídates, Pompeyo dió al tetrarca parte de la Colchida, de la Paflagonia, del Ponto y del reino de la pequeña Armenia, en virtud de cuya última adquisicion, el senado confirió á Dejotaro el título de rey. Tambien socorrió á Ciceron con grandes fuerzas, hallándose este desempeñando el gobierno de Cilici; y de aquella época data la amistad que en lo sucesivo le unió con el elocuente orador romano. Se halló en la batalla de Farsalia; socorrió á César durante la guerra de Alejandría, y le acompañó en la espedicion contra Farnabaces. Acusado por un nieto suyo, llamado Castro, de haber intentado matar á César cuando este volvia de la campaña de Egipto, Ciceron, que le estaba agradecido desde que fué gobernador de Cilici, le defendió en Roma, pronunciando la oracion *Pro rege Dejotaro*, que es una de las mas brillantes obras de elocuencia. Muerto César, y mas enconadas todavía las revueltas civiles, Dejotaro auxilió á Bruto, y despues de la batalla de Accio, se unió á Octavio, segun refiere Plutarco. Nada se sabe de positivo acerca de la época en que murió, solo sí que era ya de bastante edad cuando bajó al sepulcro.

DEKEN (Agata). Célebre escritora. Nació en Amsterdam en 1741, y en la misma ciudad murió en 1804. La literatura holandesa debe á esta escritora un considerable número de producciones, asi en prosa como en verso, que compuso con la colaboracion de la señora Wolf-Bekker, en el espacio de nueve años. Las principales obras son las siguientes: *Historia de Willem Leevend*, que consta de ocho tomos en octavo.—*Canciones económicas ó populares*, tres tomos en octavo.—*Paseos por Borgoña.*—*Coleccion de fábulas.*—*Sara Burgerhart.*

DELAMBRE (Juan Bautista José), uno de los mas célebres astrónomos del siglo último. Nació en la ciudad de Amiens á 19 de setiembre de 1749, y en la misma siguió los primeros años de su carrera, siendo mas adelante discípulo de Lalande, que pronosticó lo que llegaria á ser con el tiempo, como en efecto lo acreditó muy pronto la publicacion periódica que los dos emprendieron, titulada *Conocimiento de los tiempos*, y que colocó á grande altura el nombre de Delambre. Sus tablas de *Urames* le valieron el honor de ser dos veces premiado por la Academia, en cuyo seno fué recibido despues unánimemente, siendo, ademas, nombrado astrónomo real. Comisionado por la asamblea constituyente, pasó á Dunkerque para medir el arco de meridiano desde esta ciudad á Barcelona. En 1795 fué admitido entre los individuos de la primera clase del Instituto, y cuatro años despues, en tiempo del consulado, le nombraron inspector general de los estudios. Otras muchas distinciones recibió en los años siguientes, y en 1808 debió á Bonaparte el título de Caballero de la Legion de honor, como hereditario, un mayorazgo y una dotacion. En 1814 ingresó en el Real Consejo de Instruccion Pública, habiendo años antes desempeñado la cátedra de astronomía, vacante por fallecimiento de Lalande, su maestro y amigo. El rey le creó caballero de la órden de San Miguel, y oficial de la Legion de honor, y pasado algun tiempo, el Instituto le dió el premio decenal de astronomía. Falleció Delambre

á los 72 años de edad, y mereció que escribiesen su elogio algunos de los sábios mas ilustres de Francia, colocándole entre los primeros astrónomos modernos. Citarémos sus principales obras.—*Tablas de Júpiter y de Saturno.*—*Historia de la astronomía antigua.*—Id. *de la Edad media.*—Id. *Moderna.*—*Método analítico para la determinacion de una parte del meridiano.*—*Base del sistema métrico*, ó *medida de la parte del meridiano comprendida entre Dunkerque y Barcelona*, con la colaboracion de M. Machain.—*Noticia histórica sobre los progresos de las ciencias, desde* 1789.—*Tratado completo de astronomía teórica y práctica.*—*Compendio de astronomía, ó elementos de astronomía teórico-práctica.*—*Tablas astronómicas*, publicadas por la oficina de longitudes de Francia; de estas corresponden á Delambre las ya citadas de *Júpiter y de Saturno*, *las del Sol*; *las elípticas y de los satélites de Júpiter.*—*La astronomía del siglo VIII*, *y la figura de la tierra.*—Débense ademas á este sábio otros varios trabajos importantes, que no mencionamos por no hacer mas largo este catálogo.

DELILLE (Santiago), uno de los mejores poetas líricos de Francia. Nació en un pueblo de Auvernia el 22 de enero de 1738. Cuando falleció Antonio Montañer, de quien era hijo natural, quedó reducido Delille á una corta pension que este le dejó, y con la cual siguió sus estudios en un colegio de Paris, admirando á sus maestros con los felices talentos que manifestaba. Desempeñó despues un empleo de humilde categoría, y en recompensa de su estraordinario mérito, fué sucesivamente nombrado catedrático de humanidades del colegio de Amiens, catedrático en el de la Marea en Paris, miembro de la Academia, á pesar de algunos envidiosos, catedrático de poesía latina en el *Colegio de Francia*, muriendo de un ataque de apoplegía, en el seno de su familia y rodeado de amigos, en 1.º de mayo de 1813, á la edad de 65 años. Cuando publicó el poema de los *Jardines*, la crítica se ensañó cruelmente contra él, pero no esa crítica racional y fundada, que lejos de deprimir el mérito, lo enaltece, sino esa otra crítica baja y torpe que se complace en zaherir por sistema. Pero, su bella composicion tenia dotes, contra las que se estrellaba el envidioso encono de sus rivales, y merced á las cuales obtuvo un éxito completo. Por esa razon decia un hombre ingenioso, mandando al poeta un folleto ruinmente escrito contra su obra: «preciso es «convenir en que vuestros enemigos «son poco activos, pues todavía están «en la sétima crítica, cuando vos lle«vais ya publicada la undécima edicion.» En su viaje á Grecia fué perseguido el buque en que iba por dos piratas; la tripulacion estaba asustada y silenciosa, y solo él, con sorprendente serenidad y en tono jovial, se atrevió á hablar diciendo: «Esos foragidos ig«noran sin duda los epigramas que voy «á hacer contra ellos.» La vista de aquellos paises célebres, y de aquellos monumentos y recuerdos de remotos siglos, influyó mucho en algunas de sus composiciones, como la de la *Imaginacion*. Cuando la fiesta revolucionaria llamada *del Ser Supremo*, le pidió Robespierre un himno que el poeta se negó á componer, y como se viese amenazado, esclamó: «*La guillotina* es muy cómoda y muy espedita.» Al fin escribió para dicha fiesta un *Ditirambo*, pintando la espantosa inmortalidad del malvado, y la dulce y consoladora imágen del hombre de bien. Así salió del apuro en que le habia puesto la nueva peticion de Robespierre, sin comprometer en lo mas mínimo sus ideas contrarias á los horrores revolucionarios. En todas las obras de este amable poeta descuellan la gracia, el ingenio, la espontaneidad y el sentimiento. Son estas obras: *Los Jardines, ó el arte de embellecer los paisajes*, poema.—*El hombre del campo, ó las Geórgicas francesas.*—*Ditirambo sobre*

la inmortalidad del alma.—La piedad, poema.—Poesías sueltas.—*La imaginacion*, poema.—*Los tres reinos de la naturaleza.—La conversacion.*—Y además una traduccion de las *Geórgicas de Virgilio*, la de *La Eneida* del mismo vate latino, la de *El Parnaso perdido*, de Milton, y la de *Un paisaje de San Gotardo*, poema inglés de la duquesa de Devonshire. Todas las obras de Delille han merecido singular aceptacion, no solo en su patria, sino en el estranjero, y están traducidas á varios idiomas.

DEMADES, ateniense. Desde el humilde oficio de marinero pasó á orador, porque, en efecto, poseia dotes no vulgares para la elocuencia, pero lo que mas célebre hizo su nombre fué la agudeza de sus dichos, de los cuales se conservan algunos que prueban su ingenio. Merced á esta cualidad llegó á adquirir grande influencia en el ánimo de Filipo, rey de Macedonia, que le habia hecho prisionero en la famosa batalla de Queronea. Viendo el inmoderado júbilo de este, á consecuencia de la victoria citada, le dijo: «Puesto que los dioses os han encomendado el papel de Agamenon, ¿por qué quereis envileceros haciendo el de Tersitas?» Preguntándole despues el mismo rey con el propio motivo: «¿qué ha sido del valor de los atenienses?—Tú lo sabrias,—le respondió—si los macedonios hubiesen sido mandados por Chares y los atenienses por Filipo.» Notábase á Demades de ser muy interesado, y de él y de Focion decia su amigo Antipater: «A este no puedo hacerle aceptar ningun regalo, y al otro nunca le hago los suficientes para que su codicia quede satisfecha.» Acusado de traidor, fué Demades condenado á muerte en el año 332 antes de Jesucristo.

DEMETRIO, llamado *Faléreo* ó de Faleria, hijo de Fanostrato, y amigo y discípulo de Teofrasto. En los primeros años de su vida se dedicó al estudio de la filosofía, en el cual hizo grandes progresos, llegando á ser por sus talentos y capacidad para el gobierno, uno de los hombres mas eminentes de su tiempo. Si ha de darse crédito á autoridades como la de Estrabon, Diógenes de Sicilia, Plutarco y Ciceron, era Demetrio uno de esos hombres estraordinarios que se ven de tarde en tarde al frente de los estados, y segun el elocuente orador romano que acabamos de citar, nunca se vió Atenas tan sosegada y feliz, como durante el gobierno de Demetrio. Puso Casandro á este al frente de la república ateniense el año 316 antes de Jesucristo, habiendo sido antes condenado á muerte por unirse al partido de los macedonios. Como Demetrio no dependia de la plebe, como habia sucedido con Temístocles y Pericles, tampoco tuvo necesidad de transigir con sus caprichos, y dedicando todas sus tareas y vigilias á la felicidad del pueblo, renovó las leyes antiguas, notablemente alteradas por las revueltas de los tiempos, así como tambien mejoró las costumbres públicas, dando á su patria la paz de que tanto habia menester. Diez años siguió al frente de los negocios, cuando tuvo que huir á Tebas, á consecuencia de una sublevacion producida por el desembarque de Demetrio Poliorcetes, auxiliado por grandes fuerzas, proclamó la libertad de los atenienses para separar á estos del partido de Casandro, á quien Demetrio Falereo debia el poder. El vencedor mismo tuvo que proteger la huida del vencido, cuyas estátuas, que pasaban de trescientas, fueron despedazadas por sus contrarios. Recibido con gran distincion en la corte de Tolomeo, hijo de Lago, ilustró á este con sus sábios consejos, con especialidad en la formacion de las leyes que queria dar á Egipto, de cuyo país acababa de apoderarse. La célebre biblioteca de Alejandría tambien se empezó á formar por dictámen suyo en tiempo de este mismo Tolomeo, como igualmente un museo que llegó á ser uno de los mas famosos establecimientos

científicos. Desterrado mas tarde por Tolomeo Filadelfo, que sucedió á su protector y amigo, murió en Busirto, á consecuencia de la mordedura de un aspid. La mayor parte de las obras que escribió Demetrio tratan de gobierno, y se le atribuye tambien un tratado de retórica, aunque al parecer sin mas fundamento que el de llevar al frente su nombre.

DEMÓCRITO. Nació de una noble y opulenta familia en Abdera, ciudad de Tracia, por los años de 470 antes de Jesucristo, tercero de la Olimpíada 77, y viéndose heredero de una gran fortuna á la muerte de su padre, se dedicó á viajar con el fin de ilustrarse en las ciencias, á las cuales tenia estraordinaria inclinacion. Recorrió el Egipto, el Asia, la Persia, las Indias y la Etiopía, y en todos estos paises consultó á los sabios, y estudió las doctrinas filosóficas que entonces se enseñaban. En la escuela de Leucipo aprendió, segun todas las probabilidades, los principios de física que fueron la base principal de sus obras, y que no eran otros que los del sistema de los átomos y del espacio vacío. Parece que tambien oyó á Anaxágoras y al grande Sócrates, y volvió á su patria habiendo adquirido rica suma de conocimientos en sus viajes, pero casi arruinado del todo por los crecidos gastos que tuvo que hacer en estos. Habia una ley en Abdera, en virtud de la cual se privaba de la sepultura á todo el que hubiese disipado su patrimonio; esta ley comprendia, pues, á Demócrito, quien para evitar que se la aplicasen á él, leyó en público su *Tratado sobre el gran mundo*. Esta magnífica obra causó tal sensacion en el pueblo, que lleno de admiracion hácia el autor, le erigió algunas estátuas, votó los gastos de sus funerales, que habrian de hacerse á costa del tesoro público, le regaló quinientos talentos, y le encomendó la direccion de los negocios; pero Demócrito preferia las dulzuras y el sosiego del retiro, á los honores é inquietudes de la vida pública, y así no tardó mucho en renunciar á tan señaladas distinciones. Aislóse casi completamente de la sociedad, y meditando siempre en la vanidad de las cosas mundanas y en las puerilidades y ridiculeces que constituyen la delicia de los hombres, y de las cuales se burlaba, ejecutando por lo regular todo lo contrario de lo que hacian los demas, llegó á adquirir fama de demente; porque á esta singular conducta se unia la espresion constante de risa que bañaba su rostro. Creyendo los abderitas que el profundo filósofo estaba loco, segun hemos indicado, llamaron á Hipócrates para que le examinase y curase. A la llegada del padre de la medicina, se ocupaba Demócrito en la diseccion de algunos animales, con el objeto de estudiar su organizacion; y queriendo obsequiar á su huesped mandó que le llevasen leche, esclamando al verla: «Esta leche es de cabra primeriza y negra.» Observacion que revelaba los profundos conocimientos del filósofo y que admiró á Hipócrates. Otra vez dió una estraordinaria prueba de su talento de observacion, delante del médico de Cos, diciendo: *Salve muchacha*, á una jóven que le acompañaba, y á quien al dia siguiente dijo: *Salve mujer*. En efecto, aquella se habia viciado en la noche que medió entre la primera y la segunda visita. Murió Demócrito á la edad de 109 años, debiendo tan dilatada vida á su conducta ejemplar en todo. Distinguióse este célebre filósofo en los ramos mas importantes de los conocimientos humanos, abarcando su admirable capacidad y penetracion, la filosofía, la historia natural, la elocuencia, la física, la medicina, la geometría, la astronomía, la moral, la literatura y las artes. Entre otros principios filosóficos profesaba los siguientes: «Todas las cosas se hacen por necesidad, siendo el *giro* (á que da el nombre de *necesidad*) la causa generadora de todo. El fin es la tranquilidad del ánimo; no la tranquilidad confundida por algunos con el

deleite, sino aquella en virtud de la cual vive el alma serena y firme en medio del embate de las pasiones.» Atribúyense á Demócrito las obras que van á continuacion: *Pitágoras.—De la disposicion del sábio.—De lo que hay en el Infierno.—De la bondad ó virtud.—El cuerno de Amaltea.—De la tranquilidad del ánimo y comentarios morales.—El gran Diacosmos.—Cosmografía.—De los planetas.*—Un libro *de la Naturaleza*, dos *de la carne, de la mente y de los sentidos.—Del alma.—De los humores.—De los colores.—De la diversidad de las arrugas.—De la inmutacion de las arrugas.—Corroborantes para preservar de las arrugas y aun para quitarlas.—Del espectro ó de la Providencia.—Tres reglas acerca de la peste.—De las cosas ambiguas.—Causas celestes.—Causas del aire.—Causas terrestres.—Causas ígneas, y de las cosas que hay en el fuego.—Causas de las voces.—Causas de las semillas, plantas y frutos.—Causas de los animales*, tres libros.—*Causas promiscuas.—De la piedra iman.—De la variedad de la regla, ó del contrato del círculo y esfera.—De geometría.—Geométrico.—Números.*—Dos libros de *líneas.—De los irracionales y de los sólidos.—Estensiones.—Año grande*, ó sea *Tablas astronómicas.—Disertacion sobre la clepsidra ó reloj de agua.—Uranografía ó descripcion del cielo.—Geografía, ó descripcion de la tierra.—Descripcion del polo y de los rayos.—Del ritmo y armonía.—De la poesía.—De la elegancia y hermosura del verso.—De las letras consonas y disonas.—De Homero, ó de la rectitud del verso.—De los dialectos.—Del canto.—De los verbos y de los nombres.—Pronóstico.—De la dieta ó Diéticon*, ó sea *Regla médica.—Causas de las cosas intempestivas y tempestivas.—De agricultura*, ó sea *geométrico.—De la pintura.—De táctica y de la pelea con armas.*—Algunos biógrafos ponen á parte de sus comentarios los libros siguientes: *De las letras santas en Babilonia.—De las letras santas en Meroe.—De la historia.—Lenguas caldea y frigia.—De la calentura y de los que tosen por enfermedad.—Causa legítima ó legal, y cheirocmeta ó problemas.*

DEMÓSTENES. Nació en Atenas en el año 381 antes de Jesucristo. Fué el orador mas elocuente de Grecia. La pronta muerte de su padre, y la descuidada educacion que recibió en sus primeros años, no eran los mas á propósito para desarrollar las sublimes facultades de su grande alma; así es que sus compañeros de infancia no tenian para él mas que palabras de mofa y desprecio, y le conocian con el apodo de *reptil.* Pero siendo ya de edad de diez y seis años, una chispa, digámoslo así, bastó para encender su corazon en ánsia de saber y en deseos de gloria. Este acontecimiento no fué otro que la defensa que oyó hacer á Calistrato de una causa interesante, defensa que arrebató en ardiente entusiasmo al pueblo, que paseó en triunfo al ilustre orador á quien acababa de oir. Desde entonces hizo propósito Demóstenes de dedicar todo su tiempo al estudio, retirándose de la sociedad á un subterráneo; en donde se ensayaba en el difícil arte de la elocuencia, en el que habia de descollar sobre todos los oradores que le habian precedido. Solo allí, sin testigos de ninguna especie, con la cabeza afeitada, copiando á Tucidides, escribia las arengas que en seguida pronunciaba en aquel oscuro recinto; estudiaba el gesto, la entonacion, las inflexiones de la voz, y las actitudes mas propias para persuadir y mover á un auditorio. Obligóle á tomar tan singular determinacion, la cruel acogida que obtuvieron sus primeros discursos, los cuales escitaron la risa y el escarnio de los oyentes; ya porque no estuviese práctico todavía en los hábitos del foro, ya porque su talento no se hubiese formado completamente, ya, en fin, porque tartamudeaba un poco, vicio que despues corrigió en su tribuna subterránea. Ha-

bíase propuesto llegar al brillante límite que le señalaban su ambicion, y tal vez el despecho que le causó el mal éxito de sus primeros pasos en la elocuencia; y como tenia genio, aplicacion infatigable y una voluntad de hierro, el tiempo vino á justificar lo fundado de sus altas pretensiones. El actor Sátiro, uno de los mas eminentes de la época, le dió algunas lecciones de declamacion, provechosísimas al discípulo, pues este corrigió sus gestos, su accion, su amaneramiento, y otros defectos que le afeaban. Los que estaban acostumbrados á reirse de Demóstenes, cuando supieron el género de vida que habia adoptado, no solo se confirmaron en la idea que anteriormente tenian formada de la escasez de su talento, sino que hasta se atrevieron á decirle: «Tus arengas huelen á aceite» á lo cual contestó él: «Mi lámpara y la vuestra sin duda no alumbran los mismos trabajos.» Por fin, á la edad de 27 años se encargó de una causa que tenia tanto de política como judicial, defendiendo á Ctecipo, hijo de Cabrios, que reclamaba la exencion de ciertas magistraturas onerosas. Esta defensa dió principio á su reputacion, y desde entonces fué considerado como un orador noble al mismo tiempo que popular, admirándose en él talentos de que hasta aquella ocasion no habia dado grandes muestras. Siguieron á esta defensa el alegato contra Audrocion, los discursos contra Aristócrates y Conon, y los ocho que compuso para Apolodoro. Pero su carácter áspero y colérico le suscitó terribles enemigos, como el opulento Midias, que le insultó con cínica osadía, y á quien confundió delante del pueblo con un elocuente discurso; mas herido en la frente por su contrario, reclamó una indemnizacion que le fué satisfecha, en efecto, dando oríjen con esto á que se mofasen de él, diciéndole que su cabeza le habia sido muy productiva, pues le proporcionaba una renta no despreciable. Todo lo que hasta entonces habia hecho, no era mas que una especie de preludio de los dias de gloria y celebridad que le esperaban. Cuando empezó la lucha contra Filipo, rey de Macedonia, casi todos los oradores populares se vendieron á aquel príncipe, bien temiendo los sucesos venideros, bien porque Filipo los venciese á fuerza de dádivas y seducciones. Solo Demóstenes permaneció firme como una columna destinada á sustentar el honor y la independencia de la república, y en el espacio de quince años pronunció las magníficas arengas conocidas con el nombre de *Filípicas* y *Olintienas*, que constituyen una terrible y elocuentísima acusacion contra el conquistador macedonio, y otras muchas oraciones en las cuales están pintados la situacion y el espíritu de Atenas en aquella época, así como tambien los proyectos de Filipo, que por una série de usurpaciones, pretendia apoderarse de la capital de la república ateniense, y cuyo carácter ambicioso habia estudiado Demóstenes cuando estuvo de embajador en la corte de Macedonia. Comprendiendo, pues, los fines del príncipe macedonio, pronuncia las mas ardientes protestas contra ellos, y llama á las armas á la patria cuya existencia se veia en inminente riesgo, pues el ejército de Filipo ya estaba á las puertas de Atenas. Merced á la influencia de su poderosa palabra, se decreta una alianza con Tebas, á cuya corte pasa de embajador, logrando con su persuasiva palabra convencer á los tebanos, de la necesidad y conveniencia de unir sus fuerzas á las de sus compatriotas. Fórmase la alianza, se hacen los preparativos guerreros, y los dos ejércitos combinados presentan batalla á Filipo en las llanuras de Queronea, pero con mala suerte, porque fueron derrotados, teniendo que huir Demóstenes y refugiarse en Atenas, en donde, á pesar de tan grande reves, le fueron encomendadas la reparacion y defensa de sus muros. En aquella infausta ocasion le eligió tambien el pueblo para que hiciese el elo-

gio fúnebre de los atenienses muertos en la espresada batalla. Murió Filipo, y Demóstenes, que acababa de perder una hija idolatrada, se presentó al pueblo lleno de júbilo y entusiasmo patrio, con una corona de flores ceñida á las sienes. Poco debia durar, sin embargo, esta alegría, porque Alejandro de conquista en conquista, se acercó hasta las puertas de Atenas; y esclavizando á la Grecia toda, la voz de los oradores quedó ahogada. Esquines que años antes habia protestado contra un decreto, en que se proponia recompensar con una corona de oro la virtud y los grandes servicios que Demóstenes habia prestado á la patria, decreto que por las circunstancias no se habia llevado á efecto, se aprovechó del sosiego en que al parecer estaba Atenas para renovar sus calumniosas acusaciones, imputando á su contrario acciones tanto públicas como privadas, que destruian la honra del sublime orador. Pero fué tal la elocuencia que este desplegó en defensa de su fama, que sus mágicos y terribles acentos fueron acogidos con grandes aplausos, desbarató cuantas acusaciones le habia dirigido la parte contraria, justificó su conducta política, y Esquines salió desterrado de Atenas. Refiere un historiador, que cuando este se dirigia á cumplir su condena, se le presentó Demóstenes, quien no solo le prodigó toda clase de consuelos y atenciones, sino que le obligó á aceptar un bolsillo lleno de oro; y que el desterrado esclamó: «¿Cómo no he dejar con el mas profundo sentimiento una ciudad donde quedan enemigos tan generosos, que no es posible hallar amigos que los igualen en la tierra á donde voy?» Acusado despues y condenado, por haberse dejado corromper por uno de los gobernadores macedonios, que temiendo la cólera de Alejandro fué á buscar en Atenas quien le defendiese, le prendieron, aunque al poco tiempo logró fugarse de la cárcel. Si ha de darse crédito al discurso de Dinarco, su acusador, Demóstenes era, en efecto, culpable, pero si se atiende á las cartas que este dirigió al pueblo de Atenas, y en las que hace la mas cumplida declaracion de su inocencia, no mereció seguramente aquel castigo, procurado tal vez por los poderosos enemigos que sus talentos le suscitaban. La muerte del gran conquistador macedonio, fué la señal de su libertad, y acaso lo hubiera sido de la de la república, si no hubiera ido degenerando el patrio ardor de los atenienses. No bien se vé fuera de la prision, recorre las ciudades, reanima con sus ardientes palabras el fuego amortiguado de la libertad, logra sublevar á sus compatriotas contra Macedonia, y regresa á Atenas, siendo recibido en su pueblo como un libertador, sin haber empleado mas armas que su elocuencia, y aclamado espontáneamente por sus conciudadanos. Pero Antipater apaga esta sublevacion; Demóstenes fué condenado por los mismos que acababan de recibirle con toda la pompa de un héroe, y tuvo que refugiarse en el templo de Neptuno en la isla de Calauria; en donde un vil actor, llamado Archias, hechura de Antipater, trató de apoderarse de su persona, primero con engaños y promesas, y despues con amenazas. Viendo Demóstenes que no le quedaban otros medios que entregarse á sus enemigos ó morir, eligió esto último y se quitó la vida con un instrumento envenenado. A su muerte, su veleidosa ciudad le tributó magníficos honores, y le erigió una estátua con la inscripcion siguiente: «Demóstenes, si hubieras tenido tanta fuerza como ingenio, jamas el Marte macedonio habria esclavizado á la Grecia.» Las obras que se conservan y conocen de Demóstenes son sesenta y un discursos ó arengas, otros tantos exordios, y seis cartas que escribió á su pueblo cuando la acusacion de Dinarco. A juzgar por los escritos de este y los de Esquines, Demóstenes fué un ambicioso turbulento, lleno de otros muchos vicios; pero semejantes autoridades son de poco peso, y, ademas,

en las de Demóstenes resaltan sus elevados y patrióticos sentimientos, constituyendo las pruebas mas palpables de lo mucho que su elocuente voz abogó siempre por la independencia y libertad de su patria, y clamó contra la esclavitud que le imponia el yugo estranjero. La posteridad no ha protestado nunca contra la fama de este grande hombre, cuyos discursos todos son modelos de majestad, de energía, de nobleza, de dignidad, de patriotismo y valor cívicos, no viéndose en ellos la afectacion, el laborioso artificio, ni la falta de espontaneidad de los oradores que se forman á la fuerza, digámoslo así, y que deben muy poco ó nada al genio.

DESCARTES CARTESIO (Renato). Nació en la Haya en Turena, el 31 de marzo de 1596, de una ilustre familia oriunda de Bretaña. Estudió en un colegio de jesuitas la filosofía escolástica y las matemáticas, siendo estas últimas á las que demostraba inclinacion mas decidida; pero viendo que los libros no le proporcionaban todos los conocimientos que acaso obtendria por otros medios, juzgó que uno de los mejores al efecto seria el viajar, y con este fin se dedicó á la carrera de las armas, entrando al servicio, primero en clase de voluntario (1616), en el regimiento de Holanda, y despues en el del duque de Baviera. En 1620 se halló en la batalla de Praga. No le disgustaba la gloria de los combates; pero mas cuadraba á su ambicion la que proporcionan las especulaciones científicas á que desde muy jóven se habia entregado. En Breda se dió á conocer siendo soldado, de una manera tan honrosa como estraordinaria. Pasando un dia por una calle, vió un cartel anónimo pegado en una esquina, en el que se proponia la resolucion de un problema de geometría, segun era costumbre en aquella época. Como el contenido estaba en flamenco, y á Descartes le fuera estraño este idioma, rogó que se lo esplicase á uno de los que lo leian á la sazon, y que era precisamente Bergman, autor del problema y famoso matemático, quien condescendió con sus deseos, no sin admirarse de que un soldado fuese quien le hiciera tal peticion; y mucho mas creció su asombro cuando al dia siguiente le vió presentarse en su casa con el problema resuelto de la manera mas satisfactoria. Despues de abandonar la carrera de las armas, Descartes viajó por gran parte de Europa, retirándose por fin á Holanda, en donde prosiguió con afan el estudio de la metafísica, de la anatomía, de la astronomía y de la química. Contribuyó no poco á la determinacion de retirarse á la vida privada, el convencimiento adquirido en sus viajes de que sus ideas no estaban en armonía con las que por entonces reinaban en Europa, y que eran las aristotélicas, y que de profesar públicamente las suyas, espondrian gravemente su seguridad personal. Un motivo análogo le decidió á no publicar hasta mas feliz coyuntura su *Tratado del sistema del mundo;* porque temió que le cupiese la suerte del inmortal Galileo, cuya desgracia habia llegado á su noticia. El talento de Descartes era ya universalmente reconocido, por su estraordinaria felicidad para resolver los mas difíciles problemas, si bien no habia aun dado á luz ninguna obra de verdadera importancia y estension. La rivalidad y la envidia se cebaron en él, como suele acontecer con los hombres de genio superior, pero Descartes, despreciando mezquinas intenciones, continuó publicando sus descubrimientos, los cuales le conquistaron no pocos admiradores. En la universidad de Utrech se siguió la doctrina cartesiana, hasta que nombrado Boecio rector de la misma, prohibió su enseñanza, á la cual habia contribuido en gran manera el entusiasmo de Regis y Renneri, discípulos entrambos del célebre filósofo frances. En Inglaterra halló grandes obstáculos con que luchar su sistema, y Descartes, en vista de ellos, regresó á la capital de

Francia, en donde le asignaron una pension de tres mil libras, aunque nunca le fué satisfecha. La reina Cristina de Suecia le llamó á su corte, deseosa de conocer á un hombre de tanto mérito, y aunque á Descartes se le resistia bastante abandonar, segun decia, *los jardines de Turena*, para ir á vivir en el pais de los osos, entre rocas y hielos, y estimaba tanto su libertad que *todos los reyes del mundo no podrian comprársela*, al fin cedió dominando su carácter independiente, y pasó á Estocolmo. Poco hubiera permanecido en la corte de Cristina, á no haberle dispensado esta de todas las sujeciones cortesanas, y á no mostrarle tan singular aprecio, que el haberse resistido hubiera sido descortesía é ingratitud. Las distinciones de todas clases que mereció á aquella soberana, fueron tales y tantas, que á la muerte de Descartes, ocurrida en 11 de febrero de 1650, se dijo, aunque sin fundamento alguno, que le habian envenenado los gramáticos de Estocolmo, envidiosos de la preferencia con que la reina habia tratado al filósofo frances. Su cuerpo, trasladado algunos años despues á Francia, fué depositado en la iglesia de *Santa Genoveva del Monte*. El generoso carácter de este grande hombre, se revelaba frecuentemente en sus acciones y en sus palabras. *Cuando me hacen una ofensa*—decia—*procuro elevar mi alma á tal altura que la ofensa no pueda alcanzarla.* Ocupado casi toda su vida esclusivamente en los estudios filosóficos y matemáticos, no le inquietaba la ambicion que ciega á los mortales, á quienes el cielo concede alguna superioridad sobre los demas hombres; así es que solia repetir con Ovidio: *vivir retirado, es vivir feliz.* Las principales obras de Descartes son: *Sus Meditaciones metafísicas.—Principios de filosofía.— Tratado de las pasiones.—Tratado de geometría.—Discurso acerca del método para guiar bien la razon.—Tratado de el hombre.—Coleccion de cartas*, entre las cuales se encuentra una obra latina con el título siguiente: *Censura quarumdam epistolarum Balzacii*, que demuestra su aficion á la bella literatura, en la cual no se señaló porque ocupaban mas sus vigilias, tareas de mayor gravedad y trascendencia. Algunas de las obras de Descartes están escritas en latin y otras en frances, pero las que hoy circulan generalmente se hallan en este último idioma. Los apasionados á las doctrinas de este filósofo, creen que con ellas se hizo una revolucion radical en la filosofía que dominaba en las escuelas, al paso que sus adversarios opinan que las ciencias le son deudoras de muy pocos progresos. Oigamos el parecer de nuestro distinguido compatriota y matemático el señor Vallejo, quien hablando en su *Tratado elemental de Matemáticas* de las partes en que se divide el álgebra, dice: «La «segunda parte fué la primera que se «inventó, pues los libros de Diofanto «se reducen á resolver cuestiones: des«pues la adelantaron (el álgebra) mu«cho Vieta, Fermat y Descartes, re«solviendo un gran número de proble«mas importantísimos. Luego que se «conocieron su utilidad y escelencia, «se echó de ver que era necesario es«plicar en general el modo de ejecutar «la primera parte; y el primer escrito «que yo conozco tenga esto por objeto, «es el que se halla con el título de «*Principia Matheseos universalis seu* «*introductio ad Geometriæ, methodum* «*Renati Descartes conscripta ab ex.* «*Bartolino*, en el principio del segun«do tomo de la geometría de Descar«tes, hecha en Amsterdam en 1683.» Efectivamente, Descartes fué el primero que despojó al álgebra de consideraciones estrañas que tenian como entorpecidos los adelantos de esta ciencia. Las confusas y repetidas anotaciones antiguas, fueron reemplazadas por el filósofo frances con una sencillísima, reducida á colocar encima de la cantidad un guarismo, por cuyos diferentes valores designó sus diversas potencias; descubriendo con esta simplificacion y

generalizacion de ideas, la aplicacion de la ciencia algebráica á la geometría. La filosofía de Descartes, tuvo despues de la muerte de su fundador, la suerte que todas las ideas de alguna importancia, pues al paso que en unas partes era ciegamente seguida, en otras era desterrada con igual sequedad, y mas en épocas en qué la intolerancia y el ardor escolásticos, proscribian todo anuncio de conciliacion y de tranquilo é imparcial exámen. Terminarémos estas noticias, diciendo que Mr. Tomas ganó en 1765 el premio de la Academia francesa, con su escelente *Elogio de Descartes.*

DESFORGES MAILLARD (Pablo). Nació en Croisie (Bretaña), y no sabiendo cómo dar á conocer sus tareas literarias, se valió del ingenioso medio de trocar su nombre, por otro femenino, visto que con aquel no adquiria la celebridad que deseaba, á pesar de haberse publicado en varios periódicos algunas composiciones suyas que pasaron desapercibidas, por falta de mérito. Adoptó, pues, el nombre de la señorita *Malerais de la Vigne,* y al poco tiempo vió lisonjeramente coronadas sus esperanzas; no siendo lo mas particular que él hubiese usado de la estratagema referida, sino que hombres de talento y genio se deshiciesen en alabanzas de la supuesta poetisa, y hasta se atreviesen á hacerla rendidas declaraciones amorosas. Voltaire la dirigió una epístola que empieza:

Tú, cuya voz brillante etc.

Finalmente, Desforges, creyéndose, en efecto, un poeta de primer órden, juzgó que ya era tiempo de descubrir el enredo; pero le costó cara esta determinacion, porque lo que antes fué amor, aplausos y admiracion, se convirtió en la mas estrepitosa silba que haya oido jamas poetilla castigado. ¿Y quiénes le silbaron? Los mismos que le habian prodigado toda clase de elogios; cuando verdaderamente á ellos debia corresponderles tambien parte de la zumba, por su candidez y ceguedad, así como al público, que suele acoger sin exámen como bueno lo que por bueno le dan, y respetar reputaciones usurpadas solo porque se le pintan como legítimas y bien adquiridas. Esta aventura sugirió á Pirron la idea de la *Metromanía*, que es su obra dramática maestra, y que está traducida al castellano con el título de *La musa aragonesa.* Las obras de Desforges son las siguientes: —*Poesías de la señorita Malerais de la Vigne.* —*Poesías francesas y latinas sobre la toma de Bergop-Zoom.—Los árboles,* idilio.—*Obras en verso y prosa.* Desforges Maillard murió en 10 de diciembre de 1772.

DESMOULINS (Camilo). Nació en Guisa, en 1762. Era hijo de un teniente de bailio de dicha ciudad, y estudió en Paris en el mismo colegio que el célebre Robespierre, de quien fué grande amigo, distinguiéndose entre sus condiscípulos, tanto por su natural despejo, cuanto por su aplicacion y aprovechamiento. Ocupábale especialmente la lectura de los filósofos que tanto contribuyeron con sus doctrinas á la asombrosa revolucion que, comenzando en Francia habia de trastornar las instituciones seculares de la mayor parte de los paises de Europa; siendo su voz el primer grito de alarma que despertó al pueblo frances de su letargo. Era Desmoulins algo tartamudo, pero en cambio poseia cualidades oratorias simpáticas, especialmente para la multitud, que oia sus atrevidos discursos con frenético entusiasmo, en el Palacio real, punto de reunion de algunos reformadores y revolucionarios, desde que se abrieron los Estados Generales. Los ánimos estaban inquietos, el descontento público crecia, todo anunciaba, en fin, que se preparaba un grande acontecimiento, que el combustible por largo tiempo hacinado no necesitaba mas que una chispa para inflamarse é incendiarlo todo. Era el 12

de julio de 1789, año famoso en los fastos de la historia moderna; divúlgase instantáneamente por la capital de Francia la noticia de la partida de Necker; y Camilo Desmoulins, que se hallaba en un café, sale presurosamente pistola en mano así que se la comunican, é improvisando en medio de la calle una tribuna con una silla, sube á ella, arranca una hoja de un árbol, pónela en su sombrero á manera de escarapela, anuncia la nueva al numeroso auditorio que al momento le rodea, é invita á todos á que tomen las armas y le sigan. A su voz acuden al Palacio real numerosas turbas hasta de los puntos mas apartados de Paris, y capitaneándolos el jóven orador, recorren las calles de la populosa ciudad, llamando á las armas á todos los ciudadanos. La gente de los teatros y otros espectáculos, abandona sus diversiones para engrosar el número y la fuerza de los sublevados, y sacando de casa del escultor Curtins, los bustos del duque de Orleans y de Necker, los pasean en triunfo por los sitios mas públicos, continuando el llamamiento á las armas. Dióse á conocer Desmoulins como periodista, en tiempo de la Asamblea constituyente, y así en sus folletos, como en sus discursos, en las *Revoluciones de Francia y de Bravante*, periódico dirigido y redactado por él, y en los escritos anónimos debidos á su pluma, fomentaba la revolucion y amenazaba al poder, y á los diputados que querian la sancion absoluta, con ejemplares escarmientos. Desmoulins se apellidaba en sus folletos *Procurador general de la linterna*, y aquellos eran leidos con avidez por el pueblo, dispuesto ya á sacudir el yugo que pesaba sobre él despues de tantos siglos. En vano le denunció Malouet á la misma Asamblea como provocador al asesinato; en vano le persiguieron como uno de los principales jefes é instigadores de la sublevacion del Campo de marzo; Desmoulins, favorecido por su amigo y condiscípulo Robespierre, y por las ideas entonces reinantes, y que tan poco favorecian á los partidarios de las preocupaciones y de la tiranía, Desmoulins, decimos, logró salvarse, y no solo no retrocedió en su camino, sino que á la caida del ministro Delssart atacó á los diputados de la Gironda y á Brissot, enemigos del rey hasta aquella época, debiéndose á él la calificacion de *girondinos* y *brisotistas*, á los cuales atribuia el proyecto de acabar con la institucion monárquica, proyecto que él mismo abrigaba, pero que no juzgaba oportuno descubrir hasta mas favorable coyuntura. Desmoulins fué una de las personas que mas influyeron y parte mas activa tomaron en la jornada del 10 de agosto, en premio de lo cual, Danton le nombró su secretario. Presúmese que tambien contribuyó á la sangrienta asonada de setiembre, á juzgar por los anuncios que de antemano habia hecho en su periódico. Establecida la Convencion, fué elegido diputado por el departamento de Paris, y votó la muerte de Luis XVI, despues de la cual apareció mas moderado en sus ideas, doliéndose de los escesos que se habian cometido, y defendiendo á algunos amigos á quienes se queria proscribir. En el *Viejo franciscano*, título de un folleto periódico, á su cargo, atacó furiosamente los escesos revolucionarios, y la conducta de los que los dirigian, como Mr. B...., Saint-Just y otros, ménos, sin embargo, la de Robespierre con cuya amistad se le figuraba que podria contar aun. No era aquella ciertamente ocasion muy propia para hacer panegíricos del órden, ni hombre Saint-Just que olvidase fácilmente los sarcasmos y amarga sátira de Camilo, á quien no vaciló en denunciar como moderado y antirevolucionario. Desgraciadamente para Desmoulins, semejante acusacion en tales circunstancias, era lo mismo que una sentencia de muerte, y desgraciadamente tambien se desprendian de los últimos escritos de Camilo, ideas no muy conformes con las que estaban en boga. Robespierre alzó su voz en defensa del *Viejo fran-*

ciscano, porque defensa era decir en una sociedad de jacobinos, que bastaba por castigo quemar este folleto; pero su autor contestó «quemar no es responder» y estas palabras fueron suficientes para que su antiguo amigo le abandonase á sus contrarios, decretando estos su prision y enviándole con otras víctimas al Luxemburgo. Tanto él como su esposa, á quien amaba en estremo, fueron guillotinados con breve tiempo de intermedio; pues el primero subió al patíbulo con Danton, Lacroix y otros, el 5 de abril de 1794, y la segunda, que todos los dias habia ido á llorar y á consolarle bajo las rejas de su encierro, á los pocos dias despues. Conducido Camilo ante el tribunal revolucionario, manifestó el mayor asombro é indignacion al oir que le acusaban por amigo de la moderacion y de los aristócratas, siendo así que habia hecho toda clase de sacrificios por la causa que defendian, acaso con menos celo que él, sus mismos jueces. Despues de la jornada del 9 termidor, fué considerado Camilo Desmoulins como una de las víctimas de la tiranía. Ademas del periódico *Revoluciones de Francia y de Bravante*, y de los folletos titulados: *El Viejo franciscano*, quedan de Desmoulins unos *Opúsculos* que llevan su nombre, y la *Historia de los Brisotistas*, ó *Historia secreta de la revolucion*, y *de los seis primeros meses de la república*, obras impresas la primera en 1790, y la segunda en 1793.

DEUCALION Y PIRRA. Formó al primero de barro Prometeo, y dióle vida con el auxilio de Minerva, que le prestó una centella del sagrado fuego con este objeto; la segunda, hija de Epimeteo y de Pandora, casó y se estableció con él en la Tesalia. Ambos vivian apartados del trato de los demas hombres, sus descendientes, pues segun los mitólogos, de quienes tomamos esta fábula, Deucalion fué el primer mortal que habitó la tierra, y de su enlace con Pirra nació el linaje humano, cuando el padre de los dioses, cansado de sufrir las maldades de este, mandó á Neptuno destruir el mundo para castigarle, y el dios desató sus aguas, encerradas en frágil prision de arena, convirtiendo los montes mas vecinos al cielo en alborotados mares. Mientras los hombres caian bajo el peso de la divina cólera, y cadáveres ó moribundos flotaban sobre las olas, Deucalion y Pirra, en una barca harto débil para resistir la furia del desencadenado elemento, salvábanse del universal naufragio, protegidos por Júpiter á causa de sus muchas virtudes é inocencia. Aunque con algun trabajo, la navecilla los condujo á la cumbre del monte Parnaso, donde dieron gracias á los dioses por tan singular beneficio. Acabado el diluvio, y retiradas las aguas, bajaron á consultar el oráculo de Temis. La diosa les dijo: «Desenterrad los huesos de vuestra madre, y arrojadlos hácia atrás, llevando la cara cubierta con un velo.» Esta respuesta les pareció al principio contraria al respeto que debe tenerse á los muertos; mas, despues de haber reflexionado algun tiempo, comprendieron que lo que el oráculo llamaba su *madre* era la tierra, cuyos huesos no podian ser otros que las piedras, y empezaron á desenterrar estas y á arrojarlas á su espalda. Las que salian de la mano de Deucalion convertíanse al momento en hombres, y las que despedia Pirra en mujeres. Los animales nacieron despues del lodo fermentado por los rayos del sol, y la tierra, el mar y el viento volvieron á estar habitados, y las criaturas á ser tan malas, y, como hijas al fin de las peñas, á ser tan duras é insensibles como antes.

DIAGORAS, rodio, atleta famoso, descendiente de Damagetes, rey de Yaliso, y de una hija del mesenio Aristomeno. Píndaro ha inmortalizado á Diágoras en su sétima olímpica, cuyo asunto está tomado de la victoria conseguida por el robusto atleta en una

lucha de pugilato, que se verificó en la olimpíada 79, es decir, 464 años antes de Jesucristo. Tuvo Diágoras tres hijos, llamados Acusilao, Damagetes y Dorio, que se distinguieron tambien de una manera notable, el primero, que era el mayor, en el pugilato, y el segundo y el tercero en el pancracio, advirtiendo que este último ganó en tres olimpíadas seguidas el premio de este ejercicio. Los dos hijos mayores de Diágoras ganaron el premio en Olimpia, siendo ya su padre de edad avanzada; y como le hubiesen llevado consigo á presenciar los juegos, despues de la victoria le pasearon en triunfo por el lugar de los juegos, cuyo espectáculo conmovió estraordinariamente á los espectadores, que arrojaban flores cuando pasaba el tierno grupo. Un historiador refiere este suceso en otros términos: segun él fué tal la impresion que produjo en el anciano atleta el ver en la misma olimpíada coronar á sus tres hijos, y el sentir ceñidas sus sienes con estas mismas coronas de que aquellos se despojaron para mas honrarle, que murió de alegría en brazos de los gloriosos vencedores.

DIANA, deidad mitológica, hija de Júpiter y de Latona, y hermana de Apolo. Nacida antes que este, tuvo ocasion de presenciar los dolores que á su madre costó darle á luz, y juró guardar perpétua virginidad, por lo que los griegos la llamaron la *blanca diosa*. Para no caer en la tentacion de quebrantar su voto, quiso presidir desde entonces á todos los partos, con el objeto de tener siempre á la vista el doloroso espectáculo, causa de aquella resolucion. Diana es conocida ademas por los nombres de *Febea* y *Hécate*. Bajo el primero alumbra en las silenciosas horas de la noche á los mortales; domina en los infiernos bajo el segundo, y es bajo el que lleva al frente de este artículo diosa de la caza, habitadora de las selvas y los montes. Ochenta ninfas acompañaban en sus espediciones venatorias, de las cuales sesenta eran hijas del Océano. Como su señora, todas debian ser vírgenes, y aquella que no tenia suficiente fuerza de voluntad ó virtud para resistir á las seducciones del amor, era cruelmente castigada. No fué otro el delito de la ninfa Calisto, la mas querida de la diosa antes de que Júpiter pusiese los ojos en ella, y la mas aborrecida despues que, víctima de un engaño, permitió que el señor del universo lo fuese tambien de su hermosura. Cuentan que el dios la vió, y que no pudiendo resistir al encanto de tantas gracias, perfeccion y honestidad, tomó la figura de Diana misma para seducirla, lo que consiguió fácilmente, merced á tan ingeniosa transformacion. Un dia que se encontraban reunidas todas las ninfas para bañarse en un lago, que en el fondo de un espeso bosque ocultaba la cristalina limpieza y agradable frescura de sus aguas, jamas visitadas de los rayos del sol, ni conocidas sino de las aves huéspedas de aquella soledad sombría y majestuosa, Calisto, que ya estaba adelantada en su embarazo, se negaba á desnudarse delante de sus compañeras, bajando humildemente los ojos, trémula el habla, y encendido el blanco y gracioso rostro, envidia antes de la azucena, y ahora del mas rojo clavel que engalanó el perfumado imperio de Flora. Irritada Diana, tiró de sus vestidos, y advirtiendo entonces la causa de la resistencia de la ninfa, á quien la turbacion vendia aun mas que las ocultas señales, testimonio nada dudoso de su falta, la arrojó ignominiosamente de su compañía. Calisto dió á luz algun tiempo despues á Arcas, y transformada en osa anduvo de selva en selva hasta que su mismo hijo la encontró en los campos un dia en que salió á caza, y preparó su arco para matarla, ignorando el crimen que cometia. Afortunadamente para ambos, Júpiter no dió lugar al parricidio, y trasladó á la fiera y al cazador al cielo, arrebatándolos en un torbellino, y convirtiendo á la una en la constela-

cion que llamamos *osa mayor*, y al otro en la menor, llamada *Bootes* ó el *Boyero*. Juno, por vengarse de la infidelidad de su esposo, rogó á Neptuno que no los permitiese jamas bajar á su imperio, y el dios de las aguas accedió á su súplica, prohibiendo á las dos osas bañarse en el mar. No fué Diana cruel solo con Calisto. Habiendo tenido la desgracia el jóven Acteon de sorprenderla impensadamente en el baño, una mañana en que el ardor del sol y su loca aficion á la caza le hicieron penetrar en el bosque, donde se hallaba el lago de que ya hemos hablado, fué convertido en ciervo y condenado por la injusta deidad á ser devorado por sus mismos perros, que, desconociéndole, se arrojaron sobre él y le hicieron pedazos. No acaban aquí las venganzas de la implacable diosa: Eneo, rey de Calidonia, hizo solemnes sacrificios en honor de todos los habitantes del Olimpo; mas olvidóse de Diana, y esta, ofendida, envió á sus dominios un javalí, que, ministro de sus iras, esparció el terror por donde quiera que pasaba. Juntáronse casi todos los príncipes griegos para dar caza á la fiera, yendo á su cabeza Meleagro, hijo del monarca, causa imprudente de aquella desgracia. Atalanta, hija de Jasio, rey de Arcadia, haciendo alarde de un valor poco comun en su sexo, salió al encuentro al mónstruo, y le hirió antes que ninguno de los cazadores. Pero el javalí la embiste, y la jóven princesa iba á perecer sin el auxilio del jefe de aquellos que, lanzándose sobre el enemigo comun, lo atraviesa con un dardo. Muerto el feroz animal, los príncipes, reunidos en torno suyo, se disputan la posesion de su cabeza; de las palabras pasan á las obras, y Meleagro, mas afortunado que todos, mata á sus contrarios. Pero Altea, madre de estos así como del vencedor, tenia en sus manos la vida del último, y resolvió vengar el triste fin de sus otros hijos. En el momento de dar á luz á Meleagro, habíasele aparecido una de las Parcas con un tizon: «La vida de ese fruto de tus amores, la dijo, durará tanto como esto,» y arrojó el tizon en el hogar, y salió de la estancia. La desgraciada madre se apresuró entonces á sacarlo del fuego, y lo guardó cuidadosamente, hasta que, ciega de cólera, é impelida por el Destino, viendo el crímen cometido por su hijo, sacó el tizon y lo puso en el hogar para que se consumiese. Al momento sintió el fratricida correr por todas sus venas una llama devoradora, y en medio de los mas atroces dolores espiró. Altea, arrepentida como era natural, y desesperada, se quitó la vida, y sus hijas, las Meleagridas, fueron convertidas en gallinas. Tal fué el fin de la familia de Eneo, y el azote con que Diana castigó su irreverencia. Igualmente cruel con la hija de Dedalion, que osó decir que la aventajaba en belleza, la altanera deidad, no pudiendo sufrir que nadie se la comparase, castigó su temeridad haciéndola perecer al golpe de una de sus flechas. La desesperacion del infortunado padre fué tan horrible, que le llevó á subirse á la cima de un altísimo peñasco del monte Parnaso, y á precipitarse desde allí, no sin compasion de Apolo, que, segun dicen, le convirtió en gavilan. A pesar de sus castos propósitos, Diana, la severa Diana, pagó tributo al amor. Fué el objeto de su pasion un jóven y hermoso pastor llamado Endimion, á quien Júpiter condenó á dormir eternamente en una gruta del monte Latino, por haberse atrevido á la beldad de Juno. Sin duda en una de sus cacerías, la diosa pasó por allí y le vió; verle y no amarle era imposible; sin embargo, Diana luchó, y si no venció, disimuló al menos su derrota. Pero á los penetrantes ojos de Júpiter nada hay oculto. El señor de los dioses no tardó en descubrir el secreto, y como al cabo era padre, y por esperiencia sabia cuánto es el poder de Amor, y cuán vulnerable el corazon mas empedernido si el niño dios le elige por blanco de sus punzantes saetas, trató de aliviar las penas de su hija, proporcio-

nándole ocasion de ver todos los dias á su amado. Con este fin la llamó al cielo, y la encargó de regir el curso de la luna, obligacion cuyas ventajas comprendió bien la diosa, aprovechándose de ellas como se verá. Todas las noches separábase de sus ninfas para guiar el carro del planeta, del cual descendia envuelta en una nube á visitar á su dormido pastor, que luego despertaba, por permision de Júpiter probablemente, y pasaba con ella toda la noche en amorosos coloquios. Estas repetidas nocturnas entrevistas tuvieron el resultado que era de esperar: un hijo y cincuenta hijas publicaron al mundo los misterios de aquellos amores, que á haber sido mas platónicos, tal vez jamas hubieran sido conocidos de los hombres. Respetaron estos, no obstante, la reputacion de Diana, teniendo en cuenta sin duda su horror al escándalo y á la publicidad en materias amorosas, y la fidelidad que guardó á su amante, quien, demasiado feliz, alcanzó por fin la honra de ser llamado al Olimpo por el bondadoso padre de su querida. La esplicacion que algunos autores dan á esta bellísima fábula es, que Endimion fué un príncipe, que impulsado por su aficion á la astronomía, pasaba las noches contemplando y siguiendo el curso de las estrellas, por lo cual dormia siempre de dia para continuar en las horas en que Diana ó la luna bañaba con su prestada luz la tierra, los penosos estudios á que vivia entregado. El viajero que atravesaba los entonces desiertos campos, sin cuidarse de los peligros, por llegar antes á la ciudad vecina, el rústico, que impaciente por ver el rayo del alba, abria la ventana de su choza en ocasion en que la reina de la noche, embozada en blanca transparente nube, iluminaba la cima de la montaña sobre que se hallaba nuestro astrónomo, debieron de verle, y aun figurarse por la misma elevacion del lugar en que hacia sus observaciones, que la luna descansaba allí, ó bajaba á reunirse con él. Es claro que un sábio no habia de merecer tan estraordinario favor de la hermosa Febea; el astrónomo fué, pues, convertido en amante, y Diana faltó á sus juramentos, sin que por esto dejasen los antiguos de erigirle altares, y de dedicarle solemnes sangrientos sacrificios. El mas famoso y magnífico templo de cuantos en honor de la deidad elevaron, fué el de Efeso, tenido por una de las siete maravillas del mundo. Púsole fuego un pastor llamado Erostrato, con el objeto de inmortalizar su nombre; pero el Areópago, cuando supo esto, mandó que jamas se hiciese mencion del hecho en historia alguna, prohibiendo, bajo severas penas, el pronunciar el nombre del criminal, para que su deseo no se realizase. ¡Inútil precaucion! uno y otro han llegado hasta nosotros, tal vez porque la misma prohibicion les daba un interes, que de otro modo probablemente hubieran venido á perder con el tiempo. Representan á nuestra heroina como una hermosa mujer de noble é imponente aspecto; para trepar con mas facilidad por las breñas, llevaba recogida la túnica; vése en sus espaldas la aljaba, en su mano el arco y la flecha, un lebrel á su lado. Su cabello va recogido atras, sin mas adorno que una media luna de plata. Otros la pintan en un carro tirado por dos ciervos, alumbrándose con una antorcha. Aquella es la Diana de las selvas, la diosa enemiga del amor, amiga solo de la fatiga y de los peligros, la hermosa del lago en el fondo del bosque; esta es la Diana del cielo, ó Febea, la blanca hermana de Apolo, la misteriosa deidad que baja todas las noches á la gruta donde reposa un humilde, pero dichoso pastor, para oir de su boca amantes ternezas, cubierta la pálida faz con un velo que la oculta á las miradas de los hombres.

DIAZ DE VIVAR (Rodrigo), llamado comunmente el *Cid Campeador*, nació en Burgos, á mediados del siglo XI, de don Diego Lainez, caballero de aquella ciudad, que contaba en-

tre sus ascendientes á don Diego Porcelos, uno de sus pobladores, y á Lain Calvo, juez de Castilla. Muerto su padre, don Sancho rey de Castilla, por gratitud á los servicios que aquel habia hecho al Estado, acogió á Rodrigo en su palacio y cuidó de su educacion. Esta fué enteramente militar, segun las costumbres de la época, y los progresos que hizo en ella nuestro héroe fueron tales, que en la guerra de Aragon y en la batalla de Grados, donde fué muerto el rey don Ramiro, no hubo guerrero alguno que se le aventajase. Por esto don Sancho, que para honrarle le habia armado poco antes caballero, le nombró alférez ó generalísimo de sus tropas. Rodrigo acompañó despues á su rey en las guerras contra sus dos hermanos; don Alonso de Leon, á quien con su ayuda y sus consejos, venció don Sancho á la vista de Carrion, ocupando despues su trono, y don García, de Galicia, que tambien fué derrotado y destronado en Santaren por el mismo don Sancho, no sin que Rodrigo librase antes á este del poder de las tropas contrarias que habian conseguido hacerle prisionero. El rey de Castilla, dueño ya de los estados de Leon y Galicia, quiso apoderarse de los de Toro y Zamora, que poseian sus dos hermanas, doña Elvira y doña Urraca, y al efecto se dirigió contra este último, acompañado siempre del intrépido Rodrigo; pero cuando mas apretado tenia el sitio de la ciudad, un soldado enemigo llamado Vellido Dolfos salió de ella á manera de desertor, ganó su confianza y sacándole un dia para enseñarle una parte del muro, que, por ser mal defendida, podia facilitar la entrada en la plaza, halló modo de atravesarle con su mismo venablo. Con la muerte de don Sancho, recayó la corona en su hermano don Alonso, destronado, como ya hemos dicho, de Leon, y desterrado en Toledo; partió, pues, este príncipe y tomó sin dificultad posesion de su antiguo reino, pero los castellanos, irritados con la alevosía cometida contra su rey, no quisieron rendirle vasallaje mientras no jurara que no habia tenido participacion alguna en ella. Avinose á hacerlo así don Alonso, mas no atreviéndose ninguno de los grandes de Castilla á tomarle el juramento, Rodrigo tomó sobre sí esta mision con noble entereza, y concitó contra sí el ódio del rey, abochornado de la sospecha cuanto indignado del atrevimiento. Al principio no estuvo descubierto este odio ni la política lo aconsejaba. Rodrigo, enlazado con la familia real por su mujer doña Jimena Diaz, hija de un conde de Asturias, siguió al rey en sus primeras escursiones militares, fué nombrado campeon en varios pleitos que, segun la jurisprudencia de entonces, habian de decidirse por las armas, y fué enviado á Sevilla y á Córdoba á cobrar las párias que sus príncipes pagaban á Castilla. En esta espedicion, tuvo motivo de hacer alarde de su valor, defendiendo victoriosamente al rey de Sevilla contra el de Granada que le hacia la guerra, y volvió á su patria, no solo con las párias que llevaba encargo de recoger, sino tambien colmado de los presentes que, lleno de gratitud, le habia dado su protegido. Tuvo entonces Alfonso que salir de Castilla á sosegar algunos árabes alborotados en Andalucía, y Rodrigo, postrado por una dolencia, no pudo acompañarle. Los moros de Aragon, aprovechándose de la ausencia del rey, entraron por los estados castellanos y saquearon la fortaleza de Gormaz, lo cual sabido por Rodrigo, apenas restablecido de su enfermedad, los embistió al instante con su hueste, y no solo les tomó cuanto habian robado, sino que, revolviendo hácia Toledo, hizo prisioneros hasta siete mil hombres con todas sus riquezas y haberes, y se los trajo á Castilla. Tan notable hecho de armas parece que debia estinguir en el rey toda animosidad contra Rodrigo; pero, lejos de esto, Alfonso á su vuelta á Castilla, tomó de él pretesto para dar rienda suelta á aquella animosidad mal reprimida, y fingiendo

creer que aquella victoria habia roto los pactos con el rey moro de Toledo, que era su aliado, desterró de sus estados á Rodrigo. Este obedeció sin murmurar, con magnánimo pecho, y abandonando su ingrata patria en compañía de algunos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna, se dirigió primero á Barcelona y despues á Zaragoza, cuyo rey moro Almoctader murió de allí á poco tiempo, dejando divididos sus dos estados de Zaragoza y Denia entre sus dos hijos Almuctaman y Alfagil. Rodrigo asistió siempre al primero; y Zaragoza, defendida por él de los ataques que con ella intentaron Alfagil, el rey de Aragon don Sancho, Ramirez y el conde de Barcelona Berenguer, le debió la constante prosperidad que gozó mientras la vida de Almuctaman. Sus enemigos, ó no osaban pelear con Rodrigo, ó eran vencidos miserablemente si entraban en batalla; y el rey de Zaragoza, cediendo á su campeon toda la autoridad en el estado, colmándole de honores y de riquezas, aun no creia que acertaba á galardonàr tantos servicios. Así se mantuvo el Cid hasta la muerte de aquel príncipe; despues se resolvió á volver á Castilla, y el rey Alfonso, contento con la conquista de Toledo que acababa de hacer, le recibió con las mayores muestras de honor y de amistad. Hízole muchas y grandes mercedes, entre ellas la de que fuesen suyos y libres de toda contribucion los castillos y villas que ganase de los moros. Rodrigo levantó un ejército de siete mil hombres, se entró por tierras de Valencia, libró á esta ciudad del sitio que tenia puesto sobre ella el conde Berenguer, y hecho tributario el régulo que la mandába, marchó á Requena donde se detuvo algun tiempo. Alfonso, que prevenia en Toledo tropas para marchar contra Jucef, rey de los almoravides, avisóle entonces que viniese á juntarse con él, y le dió órden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde habia de pasar el ejército castellano. Pero, aunque Rodrigo obedeció, apostándose en parte donde avisado pudiese efectuar su union, sea descuido, sea error, esta no se verificó, y el rey, despues de haber ahuyentado por sí solo á los sarracenos, tomó de aquí pretesto para desterrar otra vez al Cid de sus estados, ocupando todos sus bienes y poniendo en prision á su muger y sus hijos. Rodrigo envió al instante un soldado á la corte para retar ante el rey á cualquiera que le hubiese calumniado de traidor; mas su satisfaccion no fué admitida, bien que, ya mas aplacado el ánimo del príncipe, permitió á doña Jimena y á sus hijos que fuesen libres á buscar á aquel caudillo, el cual tuvo segunda vez que labrarse la fortuna por sí mismo. Ni Alfagil, rey de Denia, ni el conde Berenguer podian perdonarle sus antiguas afrentas: el conde principalmente hacia cuantos esfuerzos le eran posibles para vengarlas, y la suerte le presentó, al parecer, ocasion de ello en las tierras de Albarracin. Supo, en efecto, que se hallaba en ellas Rodrigo, y asistido de un poderoso ejército, fué á encontrarle en un valle donde se habia apostado con los suyos. El rey de Zaragoza, acordándose de los servicios hechos por el Cid á sus estados, le avisó del peligro que corria; él contestó que agradecia el aviso y esperó firme y sereno á sus enemigos. Avistáronse con esto los dos ejércitos, despues de haberse retado por escrito sus caudillos, y ambos se acometieron con igual ímpetu y corage. Ya ciaban los del conde, á pesar de ser muy superiores en número, cuando el Cid, caido del caballo, quebrantado y herido, tuvo que retirarse á su tienda; pero este accidente, que en otras ocasiones hubiera sido causa de una derrota, lo fué entonces de la victoria; pues, siguiendo los castellanos el impulso dado por su invicto general, arrollaron por todas partes á los franceses y catalanes; gran número de estos fueron muertos, cinco mil quedaron prisioneros, entre ellos el conde y sus principales cabos, y todo el ba-

gaje y tiendas cayeron en manos del vencedor. Berenguer y sus compañeros de cautividad fueron tratados por el Cid con las mayores deferencias, hasta que entregaron la suma convenida por su rescate, despues de lo cual el generoso caudillo les devolvió la libertad, así como á los soldados, perdonando á estos las cantidades que se habian obligado á pagar con el mismo motivo. Rodrigo continuó en seguida sus correrías contra los moros; mas cuando ya tenia sitiado el castillo de Liria, recibió cartas de la corte para que auxiliase á Alfonso en la nueva espedicion que preparaba contra los almoravides. Entonces lo abandonó todo; voló á juntarse con su rey y le alcanzó junto á Martos en el reino de Córdoba. Aquel príncipe le recibió con mucho agasajo; pero, luego que se concluyó la espedicion, enojado con Rodrigo porque este habia colocado sus tropas en la vanguardia, y celoso siempre del prestigio del caudillo, le ultrajó con las palabras mas injuriosas, y él no tuvo otro arbitrio que separarse una noche secretamente del ejército castellano, sabiendo que se trataba de prenderle. Desesperado ya con esto de toda reconciliacion con su patria, abandonado de muchos de sus compañeros que le abandonaron á su vez por seguir al rey, dirigióse Rodrigo al territorio de Valencia, reedificó el castillo de Pinnacatel, le fortificó con el mayor cuidado, le proveyó de víveres y armas para una larga defensa, y haciéndole el centro de sus correrías, sometió desde allí con el terror de su esfuerzo y su fortuna á todos los régulos de la comarca. De este modo, llegó á disponer de grandes riquezas y de un ejército numeroso, con lo cual pensó, por fin, en satisfacer su venganza, humillando á su mas encarnizado enemigo, el conde de Nájera. Era este un señor muy poderoso, pariente próximo de Alfonso, en cuyo ánimo atizaba el rencor que aquel príncipe profesaba á Rodrigo, y gobernaba ademas la Rioja por el rey de Castilla. El Cid entró en esta provincia como en tierra estraña, taló los campos, saqueó los pueblos, y no escuchando mas que la sed de venganza que le agitaba, siguió adelante en sus estragos, rindiendo á su obediencia á Logroño, Alberite y la fortaleza de Alfaro. El conde, que vió venir sobre sí aquel azote, juntó sus gentes y envió á decir á su enemigo que le esperase siete dias; consintió este en la tregua, mas las tropas de aquel, al acercarse, se dejaron vencer del miedo y no se atrevieron á presentar la batalla al caudillo castellano. Satisfecho ya el enojo de Rodrigo, dió la vuelta á Zaragoza, y sabiendo que los almoravides se habian apoderado de Valencia, destronando y dando muerte al rey Hiaya, su aliado, determinó vengar á este príncipe, haciéndose al mismo tiempo dueño de la plaza. Púsole sitio, en efecto, con gran séquito de tropas, armas y municiones, y despues de una resistencia obstinada por parte de los sitiados, á quienes estrechaba cada dia mas, reduciéndolos al hambre y á los mas crueles apuros, entró en ella como vencedor, y empezó á gobernarla como soberano y monarca. En vano Jucef, rey de los almoravides, cuyas intimaciones habia despreciado Rodrigo, publicando que no se atrevia de miedo á salir del África, intentó por dos veces arrancarle la conquista enviando contra él ejércitos numerosos desde aquellas regiones. Los berberiscos, acaudillados por un sobrino del mismo Jucef, fueron ahuyentados primeramente de las murallas de Valencia con las fuerzas solas del Cid, y derrotados despues completamente por él y don Pedro, rey de Aragon, en las cercanías de Játiva. Estas dos victorias y la rendicion de Olocau, Sierra, Almenara, y sobre todo Murviedro, plaza antigua y fortísima, acabaron de asegurar á Valencia, que permaneció en poder de Rodrigo todo el tiempo que este vivió. Aquella época fué una de las mas favorables para su prosperidad, pues el Cid trató á los moros con la mayor tolerancia, haciendo que los

respetasen los cristianos; gobernólos por sus leyes y costumbres, y no les impuso mas contribuciones que las que antes pagaban, escuchando sus quejas dos veces á la semana, y haciendo justicia por igual á vencidos y vencedores. Pero la muerte de Rodrigo acaeció en 1099, cinco años despues de la toma de Valencia, y esta ciudad perdió en él uno de los mas sabios y justos conquistadores de que hace mencion la historia. Escudo y defensa de unos estados, azote terrible de otros, el Cid eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que, adonde quiera que acudiese, llevaba consigo la gloria y la fortuna. Sus restos fueron trasladados por su familia al monasterio de San Pedro de Cardeña, junto á Burgos, y hoy yacen en la catedral de esta ciudad donde son siempre visitados por los viajeros con admiracion y respeto.

DIAZ (Francisco). Era natural de la ciudad de Toro, y en 1632 pasó de misionero á Filipinas, en donde permaneció, siendo un modelo de caridad y celo apostólicos, por espacio de tres años, al cabo de los cuales fué á la China deseoso de estender las doctrinas evangélicas por aquellas lejanas regiones. Mas para desempeñar su mision con mayor fruto, necesitaba tener conocimiento del idioma que hablaban aquellos habitantes, y se dedicó á su estudio con una asiduidad tal, que en poco tiempo aprendió varios dialectos provinciales de aquel imperio, y se conceptuó en estado de dar principio á sus predicaciones. Duras y mas que duras, crueles fueron las pruebas á que tuvo que someterse para esplicar las santas máximas del Evangelio, pero su voz convirtió á gran número de gentiles que abrazaron el cristianismo, hasta que el venerable religioso murió verdaderamente mártir en 4 de noviembre de 1646, de resultas de una pedrada que le dieron en el pecho. Escribió Francisco Diaz varias obras en lengua china, y entre otra: *Ki-mung*, esto es, *Doctrina de los principales*, catecismo publicado por primera vez en aquel imperio y reimpreso despues muchas veces. — *Obras devotas.* — *Vocabulario de letra china.* Esta obra, de reputacion europea, es un gran Diccionario chino-español, que comprende siete mil ciento sesenta caractéres, y que es sumamente apreciado por todas las personas que se dedican á los estudios filológicos. Lacrose lo describe en la *Miscellanea Berolineusia*, y en la biblioteca pública de Berlin se conserva un ejemplar.

DIAZ (Juan), español. Siguió la carrera de teología en Paris, en donde llegó á distinguirse por sus grandes conocimientos, y en particular por el que poseia de la lengua hebrea, lo cual le granjeó la admiracion de los sabios, que solicitaban su amistad. Las obras de Lutero produjeron en sus ideas religiosas una trasformacion tal, que se convirtió en uno de los sectarios mas entusiastas del atrevido reformador. Hallándose en Strasburgo en 1546, encontró á su compatriota Pedro Maluenda, encargado de negocios del Papa en Alemania, quien supo con asombro la conversion de Diaz á las nuevas doctrinas. Despues pasó á Neuburgo, en cuyo punto se avistó con él su hermano Alfonso Diaz, quien guiado de su celo religioso ó de su fanatismo mas bien, como pronto dirémos, trató de apartarle del estraviado sendero que seguia, y de reducirle á que tornase á sus antiguas creencias; resuelto, en el caso de no convencerle, á quitarle la vida; á cuyo efecto le acompañaba un hombre que habia ejercido en Roma el sanguinario oficio de verdugo. En el momento de su entrevista entregó á Juan unas cartas del citado Maluenda, en que este le manifestaba el motivo único del viaje de Alfonso, y prometiéndole este en nombre de la córte romana una pension de quinientos ducados, si queria ingresar nuevamente en el seno de la Iglesia. No era Diaz de

esos hombres venales, que á la menor oferta reniegan de sus convicciones, siquiera sean erróneas; así es que fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo su hermano por convertirle. Irritado Alfonso con el mal éxito de su comision cometió el horrible crímen de mandar que le asesinasen, y así se hizo en 26 de marzo de 1546, en cuyo mismo dia murió Juan Diaz á consecuencia de un hachazo que le destrozó el cráneo. Los ánimos que ya andaban inquietos con motivo de las nuevas opiniones, se exaltaron á consecuencia de este fratricidio, y los protestantes alemanes tomaron las armas contra el emperador Carlos V, suponiendo que pretendia favorecer á los culpables, ó suspender el castigo que merecian, por haber abocado á sí la causa que se formó contra los fautores del crímen.

DIBUTADES, alfarero de Sicione. Los griegos le atribuian la invencion del arte de modelar, que casi tanto como á él, se debe á una hija suya, cuyo nombre ha pasado á la posteridad con el de *La doncella de Corinto*. Amaba esta á un jóven de quien tenia que separarse muy pronto; y observando en la pared la sombra y el perfil de su amante, figurado por el reflejo de una luz, el amor que le profesaba y el sentimiento de la ausencia que estaba á punto de verificarse, la inspiraron la ingeniosa idea de marcar inmediatamente aquellos contornos en el punto mismo en que estaban señalados. Dibutades vió aquel tosco dibujo, que, sin embargo, ofrecia bastante semejanza con el objeto que representaba, y guiado por un pensamiento que le ocurrió de improviso, llenó con barro el espacio de dicho contorno, y quitando luego de la pared aquella masa la metió en el horno, para que se cociera como otro cualquier objeto de los que todos los dias fabricaba. Esta obra se conservó en la ciudad de Corinto, como un interesante objeto artístico por espacio de mucho tiempo, hasta que finalmente desapareció, cuando el saqueo de aquella famosa capital por el cónsul Mummio; y fué sin duda el primer ensayo de bajo relieve ó de una de aquellas pinturas de tierra incrustada que servian de adorno á los antiguos vasos de barro.

DIDEROT (Dionisio). Nació en Langres, en 1712, y era hijo de un cuchillero de la misma ciudad. Gran parte de su fama debió este filósofo frances á sus amigos los enciclopedistas, que organizados en pandilla ó faccion, todo querian someterlo á su juicio y á sus fallos, prodigando reputaciones, muchas veces inmerecidas, á cuantos se alistaban bajo su bandera. Empezó su carrera en Paris, ejerciendo la profesion de maestro de escuela, pero su talento le hizo distinguirse muy pronto, y los elogios que le dispensaron los enciclopedistas, y particularmente D'Alambert, contribuyeron en gran manera á la asombrosa celebridad de su nombre, celebridad de circunstancias, digámoslo así, y de fundamentos poco sólidos, para resistir al frio é imparcial exámen del tiempo. La mordacidad que descollaba en muchos de sus escritos, le acarreó gran número de enemigos no solo en Francia, sino tambien en la corte de Rusia, de la cual fué espulsado, regresando á la capital de Francia vestido con bata y gorro de dormir, escentricidad mas digna de un loco ó de un tonto, que de un hombre, no ya de talento, sino dotado solamente de sentido comun. Pero su pueril vanidad le ofuscaba hasta el punto de gozar con la estrañeza que advertia en los semblantes de todos, á su paso por las ciudades mas populosas. Los curiosos preguntaban quién era aquel hombre tan raro, y su criado, que llevaba perfectamente aprendido el papel que habia de desempeñar, respondia siempre: *Es el célebre Diderot*. No puede negarse que á este singular defecto, reunia apreciables cualidades, y cuando á todos los individuos de su pandilla les cegaba la mas insaciable avaricia, él gastaba espléndi-

damente cuantiosas sumas, llegando á verse en algunas ocasiones tan apurado, que hasta tuvo que empeñar su biblioteca. La emperatriz de Rusia se la compró por fin, dejándole el uso de ella hasta su muerte. Aunque ardiente promovedor de la filosofía del siglo XVIII, no fué tan útil á su escuela como otros sectarios de la misma, en razon á su carácter mas franco é independiente que el de los demas colegas. Diderot era en sus conversaciones familiares, ateo é impío, mas por entusiasmo tal vez, ó por seguir el espíritu filosófico dominante que por conviccion, como se advierte en algunas de sus obras, en las cuales hay ideas contrarias á los errores materialistas que en otras partes de las mismas emite. Pero su fama, lo repetimos, mas bien era debida á ciertas escentricidades ridículas y afectadas que á su propio mérito, y muchos de sus escritos ni siquiera se entienden, no obstante los aplausos con que á su publicacion fueron recibidos por la multitud, que, desgraciadamente, pocas veces reflexiona con la calma y prudencia debidas. Murió Diderot en 30 de junio de 1784, siendo de edad de 72 años, y se suscitaron grandes dificultades para su entierro, que se efectuó como el de un particular cualquiera, á pesar de los esfuerzos de sus sectarios que hubieran querido celebrarlo con gran pompa y ruido. Las obras de este filósofo, son: 1.ª El *Prospecto* de la famosa *Enciclopedia*, y varios artículos de la misma. Esta *Enciclopedia*, conocida por todos los que se precian de amantes de las letras, obtuvo una aceptacion universal, como suelen obtenerla casi todas las obras que se publican allende los Pirineos, malas ó buenas, porque los franceses poseen el don particular de imponer las producciones de su genio á todo el mundo civilizado. Por lo demas, hé aquí el juicio, aunque, en nuestro concepto, demasiado severo, que el mismo Diderot ha formado de la famosa *Enciclopedia*. «Es un golfo —dice—en donde ciertos recogedores de cuentos sin eleccion, semejantes á los traperos, echaron confusamente una infinidad de cosas mal vistas, mal digeridas, buenas, malas, inciertas, y siempre incoherentes y disparatadas, etc. En ellas se ha empleado—continúa—una raza detestable de trabajadores, que no sabiendo nada y que presumiéndose que todo lo sabian, trataron de distinguirse con una universalidad asombrosa, se metieron en todo, todo lo embrollaron, lo echaron todo á perder, etc.»—*Historia de Grecia*, traduccion.—*Obras de teatro* con un *Discurso sobre la poesía dramática*.—*Memorias sobre varios puntos de matemáticas*.—*Cartas acerca de los sordo-mudos*.—*El sesto sentido*.—*El padre de familia*.—*Pensamientos filosóficos*.—*Principios de filosofía moral*. —*Pensamientos sobre la interpretacion de la naturaleza*. No en todas estas obras fué original el célebre Diderot, pues Bacon y milord Shaftesbury reclaman con justicia muchas ideas principales de las tres últimas. Federico II no era tampoco muy apasionado á los escritos de Diderot, como puede verse por las siguientes palabras que escribia en 1774 á D'Alambert, y que no dejan de ser atinadas: «Se dice que se halla en Petersburgo Diderot, charlatan empalagoso. Repite y machaca sin cesar las mismas cosas. Por mi parte, estoy seguro de que no podria sufrir la lectura de sus obras, á pesar de que soy el lector mas intrépido. Se advierte en ellas un tono de presuncion, una arrogancia que indigna, etc.»

DINIZ DA CRUZ (Antonio), el mas célebre poeta lírico del reino lusitano. Nació en Castellon de Vide, provincia de Alentejo, en 1730. Aficionado desde muy jóven al estudio de los poetas clásicos de la antigüedad, y particularmente de los griegos, entre los cuales preferia á Píndaro, no tardó en dar muestras de su genio y del buen gusto que habia adquirido con tan sabrosa como interesante lectura. Al mismo tiempo seguia en Coimbra la

carrera de las leyes, y enriquecia sus facultades intelectuales con otros muchos conocimientos indispensables al que ha de frecuentar con fruto el ameno trato de las Musas. Él fué el principal fundador de la famosa *Arcadia*, especie de academia ó asociacion á que tanto impulso dió la cooperacion de los PP. del oratorio de Lisboa, y cuyos individuos trabajaron afanosamente en difundir el buen gusto, harto corrompido ya por los malos escritores de la época. Con motivo del atentado contra el rey José, ocurrido en 3 de setiembre de 1759, escribió una *oda* de primer órden, y que por sí sola bastaria para formar una gran reputacion, tanto por su elegante y majestuosa forma, cuanto por la energía, el nervio, el verdadero númen que brillan en toda ella. A esta oda siguieron otras de reconocido mérito, y despues publicó las *Heroidas*, coleccion de poesías dedicadas á celebrar los grandes hombres de su patria, las *Metamorfosis*, y el poema *heróico-burlesco* titulado *Hisopo*. Pocas noticias se saben acerca de la vida de este insigne poeta; pero consta que desempeñó varios destinos en la carrera de la magistratura, y entre ellos los elevados de canciller y ministro del Consejo supremo de las colonias, muriendo en Rio Janeiro en el año de 1798.

DINÓCRATES, célebre arquitecto griego, á quien los biógrafos é historiadores han dado diferentes nombres; pero hay bastante fundamento para creer que florecia en Macedonia, en la época en que Alejandro el Grande estendia sus conquistas por el Asia. Su genio debia ser uno de esos genios colosales, maravillosos, que aparecen muy de tarde en tarde, á juzgar por los gigantescos proyectos que formaba en su mente, y que hubiera realizado sin duda, á encontrar todo el apoyo que para llevarlos á cabo necesitaba. Nadie mas á propósito para protejerle en sus empresas que Alejandro: él al menos así lo creyó, y con este fin se dirigió á la corte de este gran monarca, llevando varias cartas de recomendacion para los ministros y principales personajes de la misma. Solicitó al momento de su llegada una audiencia del príncipe, y le prometieron que la obtendria; pero como esta se dilatase mas de lo que él pensaba, tomó una determinacion que en su concepto habia de allanarle el camino. Su estatura era elevada, gallarda su persona, su rostro hermoso y varonil; circunstancias que por sí solas serian suficientes para llamar la atencion; pero él juzgó que debia recurrir á otros medios que coadyuvasen á producir mas efecto, y así se despojó de su vestido, se ungió el cuerpo como los atletas, ciñóse una corona de ramas de álamo, suspendió de sus hombros una magnífica piel de leon, empuñó una clava, y cual otro Hércules, se adelantó hácia el sitio en que Alejandro tenia su tribunal. Todos los presentes hicieron demostraciones de sorpresa y admiracion al verle, y le rodearon con curiosidad, y el mismo rey, asombrado, le mandó que se acercase y le dijese su nombre y el motivo que á su presencia le conducia. Entonces él respondió:—«Soy Dinó«crates, arquitecto macedonio, y ven«go á presentarte el proyecto de una «construccion digna de tu grandeza y «de tu genio. Este proyecto es cortar «el monte Atos en figura de estátua «humana, cuya mano derecha sosten«drá una ciudad inmensa y la izquier«da una copa de tal capacidad, que «reciba todas las aguas que descien«dan de la montaña, y las vierta en el «mar.» Alejandro quedó tan maravillado al oir al audaz artista, que apenas podia dar crédito á sus palabras; pero el principal obstáculo que encontró para acoger el proyecto, fué lo difícil que seria proveer á una ciudad semejante, dificultad que en su concepto era invencible, y por lo tanto el plan de Dinócrates fracasó. Sin embargo, Alejandro comprendió el mérito del insigne arquitecto, á quien algun tiempo despues llevó á Egipto, encargándole

que trazase y construyese la ciudad de Alejandría. A este mismo arquitecto se debe la reedificacion del templo de Diana en Efeso, que el imbécil é infame Erostrato incendió por inmortalizarse, ya que de otra manera no podia; y en tiempo de Tolomeo recibió el encargo de levantar otro templo en honor de Arsinoe, en el cual se proponia sostener en el aire una estátua de hierro, cubriendo de iman la bóveda y las paredes del mismo. Ya habia dado principio á sus trabajos, cuando la muerte le atajó los pasos. Eustato llama á Dinócrates *Diocles*, Plutarco *Estasicrates*, Plinio *Dinochares*, y *Chirocrates* Estrabon.

DIOCLECIANO (Cayo Valerio Aurelio). Nació en el año 245 en *Dioclea* ó *Doclea*, cerca de Salona, en Dalmacia. Era de oscuro linaje; segun unos, hijo de un liberto, segun otros de un escribano, y principió su carrera militando como simple soldado; pero era demasiado relevante su mérito, para que permaneciese mucho tiempo en la clase mas ínfima de la milicia. Distinguióse estraordinariamente en tiempo de Aureliano y de Probo, teniendo á su cargo el ejército de la Mesia, y siendo ya cónsul concurrió con Caro á la espedicion contra Persia. Habíale vaticinado en Tongres una sacerdotisa druida de las Galias, cuando solo era soldado, que luego que matase á Aper ó Apro, suegro del emperador Numeriano y asesino de este, seria elevado al imperio. *Aper* significa en latin *javalí;* así es que teniendo siempre presente la profecía, se dedicó á la caza de cuantos javalíes encontraba, sin que por esto subiese al trono, á pesar de sucederse varios emperadores en este intermedio, lo cual le hacia repetir á menudo: «Yo mato perfectamente los javalíes, pero otros se aprovechan de ello» hasta que asesinando á *Aper*, esclamó: «*al fin he matado al cruel javalí*» añadiendo estas palabras: *Gloriare Aper magni Æneæ dextra Cadis*. Tambien se refiere que dijo á Maximiano Hércules, amigo suyo, y soldado de fortuna: «*Ya se ha cumplido la profecía*» palabras que indican que tal vez mas que el rencor ó la venganza, le movió al asesinato el deseo de cumplir una prediccion que él tenia por sagrada. Reunido el ejército en Calcedonia, proclamó emperador á Diocleciano, quien entró en Nicomedia vestido con la púrpura é insignias imperiales. Presentóse un competidor al poder, llamado Carino, hermano del infeliz Numeriano, á quien acababa de vengar el nuevo emperador; pero era hombre tan aborrecido del ejército como del pueblo, por su desordenada conducta, y aunque al principio logró algunas ventajas sobre su rival, despues murió á manos de sus propios soldados, quedando Diocleciano en completa posesion del imperio. No se envaneció este con su nuevo estado, y los primeros actos de su reinado llevaron el sello de la generosidad, de la justicia, no ensañándose contra los amigos del asesinado príncipe, sino por el contrario, favoreciendo y premiando á todos aquellos que eran dignos de su proteccion por sus servicios, por su mérito ó por sus virtudes. Despues de sosegadas las Galias, en las cuales habian estallado algunas rebeliones, tuvo que acudir tambien á apagar el descontento de los ejércitos, que acostumbrados á elegir por sí mismo los emperadores, á cada paso y bajo cualquier pretesto, no se avenian á la severa disciplina que, un genio organizador como el de Diocleciano, queria imponerles. Mas para lograr su intento, en vez de recurrir á medidas severas, que seguramente no hubieran producido otro resultado que exaltar los ánimos, recurrió á la política, y nombró por colega suyo á Maximiano Hércules, quien por sus eminentes prendas militares era tan querido como respetado de las tropas. De esta suerte concluyeron las sediciones, y mientras el nuevo colega y amigo de Diocleciano sometia las Galias á la obediencia, este derrotaba á los sarrace-

nos y tebanos, reconquistó la Mesopotamia, arrebatándosela al monarca persa, y de regreso al Occidente sujetó varios pueblos, como lo indican los dictados de británico, gótico, sármata y germánico, que le merecieron sus hazañas. Pero era tan dilatado el imperio romano, que no bien se sofocaba el incendio en un punto, que ardia en otro, siendo esta misma estension y las grandes distancias que mediaban desde la capital del mundo hasta las provincias mas remotas, causa de que muchas veces no alcanzase á ellos el brazo del poder con la fuerza suficiente. Conociendo esto mismo Diocleciano, se asoció á otros dos colegas para que le ayudasen á sostener tan pesada carga, y fueron Constancio *Cloro* (que quiere decir *pálido*) y *Galerio*, á quienes dió el título de *Césares* ó herederos presuntos del imperio; de esta manera, es decir, con dos *Augustos*, él y Maximiano, que recibió este título cuando lo asoció al imperio, y con dos *Césares*, Constancio y Galerio, quitaba tambien á las tropas el poder de nombrar emperadores á sus jefes, como, segun hemos dicho, tenian por costumbre. Dividióse, pues, el imperio en cuatro partes, una para cada uno de los mencionados príncipes, tocando á Maximiano Hércules todo lo que está allende los Alpes, con el Retia, la Panonia superior, Sicilia y Africa; á Constancio la Galia, la España y la Gran Bretaña; á Galerio la Panonia inferior, la Tracia hasta el Ponto, y la Iliria; y á Diocleciano, que siempre conservó gran supremacía entre ellos, el resto del imperio. Consecuencia de esta division fué el diverso establecimiento de las capitales de gobierno; del primero lo fué Milan, del segundo Tréveris, del tercero Sirmio, y del cuarto Nicomedia. Todo lo que con esta nueva organizacion perdia en poder la capital del mundo, lo ganaba Diocleciano, que para sostenerse contra los diversos obstáculos que oponian al libre y absoluto ejercicio de su autoridad el senado y los ejércitos, no vaciló un momento en hacer el referido arreglo, considerado por él como la obra maestra de su política. Diocleciano que no permanecia ni un momento ocioso, se dirigió en seguida á Egipto, en donde Aquileo se habia proclamado emperador, y le derrotó completamente, tomando la ciudad de Alejandría, su último asilo, despues de cuya victoria mandó que le echasen á las fieras, dictando otras muchas disposiciodes crueles contra los vencidos; si bien no faltan historiadores que aseguran que Diocleciano se condujo con gran moderacion, castigando únicamente á los principales rebeldes. Hallándose en Mesopotamia para apoyar con sus fuerzas á Galerio, este fué recibido por Diocleciano, con cuya hija, llamada Valeria, se habia casado de una manera humillante. Acababa de perder Galerio una batalla, y este reves unido al mal recibimiento de su suegro, le llenó de cólera; pero supo reprimirla hasta encontrar ocasion favorable, y merced á esta circunstancia, logró que Diocleciano se aplacase y aun le facilitase para entrar nuevamente en campaña algunos socorros, con los cuales alcanzó un triunfo, que sirvió para dar á conocer toda su altanería, pues desde entonces empezó á tratar como inferior á quien todo lo debia, siendo lo mas estraño que un hombre del temple de alma y del genio de Diocleciano, obedeciese á la influencia de quien estaba muy lejos de igualarle por muchos conceptos. Sin embargo, así fué. La cruel persecucion que en aquel tiempo se desencadenó contra los cristianos, y que fué la última que hubo antes de Constantino, duró diez años, siendo tan considerable el número de los mártires en las diversas provincias del imperio, que en una inscripcion de aquel tiempo se leia: *que se habian destruido el nombre y supersticion de los cristianos, y restablecido el antiguo culto de los dioses*. Conócese en la historia eclesiástica esta persecucion con el nombre de *Era de Diocleciano ó de los mártires*, y en ella se apuraron

cuantos suplicios puede inventar la crueldad humana. Diocleciano habia resistido todo lo posible el decreto de las atrocidades que se cometieron, y aun prohibió todo suplicio; pero su yerno, hombre de ánimo feroz y vengativo, traspasó los límites de la conveniencia, de la humildad y de la política, y comunicó á todas sus disposiciones el sello de su carácter atroz. ¡Lástima ciertamente que la historia de este príncipe, uno de los mas grandes y de mas mérito que hayan existido jamas, esté manchada con los espantosos crímenes que durante su reinado y en su nombre se cometieron, por mas que él los reprobase con todas sus fuerzas! Pero ya la edad y los achaques habian debilitado no poco la energía de su carácter, y prevaliéndose de esta circunstancia su yerno y colega, abusó indignamente de la autoridad depositada en sus manos. Retirado á Nicomedia cayó gravemente enfermo, y entonces le manifestó sin rodeos Galerio que era preciso que abdicase el imperio, á lo cual accedió Diocleciano, dando hasta en esta generosa y admirable renuncia una prueba mas de la grandeza de su corazon, y dedicándose al cultivo del campo como un simple particular. Maximiano Hércules tambien abdicó en el mismo dia, y aconsejando á su amigo y antiguo compañero y bienhechor, que volviese á ocupar el trono, este le contestó: «Ven «á Salona (á donde se habia retirado), «y verás cómo el cultivo del campo me «proporciona mas sosiego y felicidad «que el imperio; ven, y aprenderás «por tí mismo á apreciar la dicha que «disfruto en medio de mis nuevas ocu«paciones.» Nueve años vivió todavía Diocleciano, siendo consultado en muchas ocasiones en su retiro por los primeros príncipes que le sucedieron en el poder, y en medio del aprecio y consideraciones que merecian sus talentos y la alta dignidad que habia desempeñado; pero los últimos años de su vida no fueron tan tranquilos, pues algunos de los mismos á quienes habia favorecido en otro tiempo, fueron los que mas atormentaron tanto á él como á su mujer Prisca, y á su hija Valeria, inhumanamente asesinadas despues por órden de Licinio. Murió Diocleciano en 1.° de mayo de 305, y segun otros historiadores de 313. Diocleciano reunió cuantas prendas constituyen un gran capitan y un gran príncipe, juntamente con la prudencia del político, la sabiduría del legislador, y el mas decidido amor á las artes. En su tiempo se erigieron magníficos monumentos en diversas ciudades del imperio, como Espalatro y Nicomedia, se reedificó el templo quemado en tiempo de Carino, y se construyeron basilicas, circos, arsenales, fortificaciones militares; publicó muchas leyes que dan una medida de su escelente gobierno, y premió á los artistas y á los sábios con mano pródiga.

DIÓGENES (el Cínico). Fué natural de Sinope, ciudad del Asia menor, é hijo de un cambista. Dícese que los primeros años de su vida siguió la misma profesion de su padre, hasta que tuvo que abandonarla, porque acusado y convicto de monedero falso, en connivencia con el mismo que le habia dado el ser, juzgó preferible huir del pueblo natal á Atenas, á ser encerrado en una cárcel. Refugióse, pues, en esta civilizada capital, y así como varió de residencia, varió de profesion, si acaso lo era el ser monedero falso, y si merecia semejante nombre el estudio y ejercicio de la filosofía. Trabajo le costó, sin embargo, el ser admitido en el número de los discípulos de Antistenes, uno de los que mas pura conservaron la doctrina de Sócrates, y aun fué amenazado con una paliza por su temerario empeño; pero nada hubo que le hiciese ceder de su propósito, y dijo á Antistenes, que por mas que le buscase, no encontraria garrote tan duro que le echase de su escuela. La decidida perseverancia de Diógenes llegó á fijar la atencion de Antistenes, quien al fin le recibió á sus lecciones.

El nuevo alumno se distinguió muy pronto por la severidad con que seguia las máximas del maestro, severidad que luego llevó él hasta el esceso, dando ejemplo del mas singular desprecio á las riquezas, á los placeres y á las costumbres y usos recibidos, diciendo á propósito de esto: «Soy como los «maestros de capilla, que esfuerzan el «tono para que entren en él sus discí«pulos.» Reducíase su traje y hacienda á una capa ó mas bien á un manto largo para abrigarse de noche, y unas alforjas para guardar en ellas las provisiones que de limosna le daban los pasajeros, y los libros en que contínuamente leia. No tenia habitacion fija, ó por mejor decir, carecia de habitacion, y se acostaba en cualquier paraje en donde le cogiese la noche, si bien no faltan historiadores que afirman que su morada era una tinaja, lo cual es bastante difícil de creer, al menos considerándola como albergue nocturno, á no ser tan capaz que pudiera un hombre dormir cómodamente en ella. La amargura de algunas de sus sentencias, prueba que Diógenes conocia bien á los hombres, y que para vivir feliz, es necesario, no precisamente huir de todo trato social, porque esto seria reducirse á la condicion de irracionales; pero sí sostener en lo posible la independencia de carácter, y hacerse superior á las miserias humanas. Diógenes exageró estos principios, como todo el que se propone seguir en todas sus partes un sistema; pero difícil seria resolver si habia mayor mal en la exajeracion de Diógenes que en el estremo contrario. Algunas veces le veian parado en medio de las plazas públicas delante de las estátuas en ademan de hablarlas, y cuando le preguntaban qué hacia allí, contestaba que las pedia limosna, para acostumbrarse de esta suerte á oir negativas. En una ocasion luchaba por entrar en un teatro cuando salia la concurrencia, por haberse concluido la funcion, y preguntado por qué hacia lo contrario que todo el mundo, respondió:—«Esto mismo es lo que hago diariamente.» La esfera de sus especulaciones estaba limitada á la moral, y todo lo que no pertenecia á ella, era en su concepto vano y pueril, por eso se burlaba de los demas filósofos con sarcástica mordacidad, y frecuentemente con razon, puesto que las bases y principios de la moral son fijos, eternos, al paso que los de la ciencia humana están sujetos á mil variaciones. Platon habia definido al hombre llamándole animal bípedo é implume (de dos piés y sin plumas), y Diógenes se propuso demostrar lo inexacto de semejante definicion, y por consiguiente lo absurdo de aquella parte de la teoría antropológica del sublime autor de la *República*. Al efecto peló un gallo, cubrióle con su manto, y presentándose ante un numeroso concurso en que se hallaba Platon, desembozóse y soltó al desnudo animalito, esclamando: *Hé ahí el hombre de Platon*. Entre los pocos utensilios que guardaba en sus alforjas, se contaba una escudilla, que él habia considerado como indispensable hasta que vió á un muchacho que, ahuecando la palma de la mano, recogia en ella el agua y la bebia: desde entonces ya miró como un objeto de lujo la escudilla, y la arrojó, diciendo: «*Este muchacho me enseña que llevo conmigo una cosa supérflua.*» Mas si por su exajeracion aparece ridículo Diógenes en algunas circunstancias, en otras es digno de admiracion y difícil de ser imitado. Midias, ciudadano ateniense, tan célebre por su insolencia como por sus grandes riquezas, abofeteó un dia á Diógenes, picado sin duda por alguna de las verdades que el filósofo cínico solia dirigir sin consideraciones de ninguna especie; y al maltratarle como acabamos de manifestar, le dijo: «En casa de mi banquero hay tres mil dracmas para tí» juzgando que con el dinero abatiria el espíritu de quien le despreciaba soberanamente. Diógenes nada replicó en el acto; pero al dia siguiente pagó el bofeton á Midias con otro no menos soberano, poniendo á su

disposicion la cantidad que á él se le habia ofrecido el dia anterior. En una ocasion se le vió recorriendo las calles, en medio del dia, con una linterna encendida, y como le preguntasen qué buscaba, respondió: *Un hombre.* Alejandro el Grande tenia curiosidad de conocerle, y hallándose Diógenes en Corinto, al momento fué á verle, encontrándole sentado en una calle, con el aspecto de un hombre tranquilo y contento. El conquistador macedonio se acercó á él, y le dijo:—«*¿qué puedo hacer por tí?* á lo cual contestó el filósofo, sin detenerse:—*Apártarte á un lado para no quitarme el sol.*» Refiérese que Alejandro quedó tan maravillado con estas palabras, que esclamó:—«*Si no fuese Alejandro, quisiera ser Diógenes.*» Tambien tenia epigramas contra la justicia humana, que para unos suele ser ciega, mientras que para otros tiene ojos de lince; así es que, viendo un dia caminar al cadalso á un pobre diablo que habia cometido un leve robo, y á quien acompañaban algunos magistrados y otros funcionarios públicos: «*Hé ahí*—dijo—*unos grandes ladrones, que condenan y conducen al suplicio á uno pequeño.*» No era grande amigo de la mitad mas bella del género humano, á juzgar por algunos de sus dichos. Habiéndole contado que una mujer se habia ahorcado de un olivo, esclamó: «*No seria malo que todos los árboles diesen frutos parecidos.*» Lo que mas sorprendia en Diógenes era no solo la profundidad de sus sentencias, sino la prontitud con que las pronunciaba; de suerte que eran verdaderas improvisaciones en que no se descubria ni el menor estudio, y únicamente debidas á su feliz imaginacion. —«*¿Quién quiere comprar un maestro?* gritaba en el mercado, hallándose cautivo.—*¿Qué sabes hacer?*—le preguntaron.—*Mandar á los hombres* —contestó.» Compróle uno de los personajes principales de Corinto, y no bien se cerró el contrato, el cínico dijo á su dueño:—«*Sois mi amo, pero preparaos á obedecerme como los grandes á los médicos.*» En vano trataron sus amigos y conocidos de rescatarle, juzgando indigno que un hombre de sus circunstancias permaneciese en tan servil estado; pero Diógenes se opuso formalmente, diciéndoles:—«*Sois unos necios; los leones no son esclavos de los que los mantienen, sino estos de los leones.*» Sea por la singularidad de su carácter, sea porque realmente su amo considerase provechosas sus máximas, lo cierto es que mas que como á esclavo, le trataba como á amigo, llegando hasta confiarle la educacion de sus hijos y la administracion de sus bienes, convencido de que quien carecia de todas las necesidades que á los demas hombres rodean, no dejaria de serle útil bajo este último concepto. En tal estado murió Diógenes, ya de edad avanzada, en el año 323 antes de Jesucristo. Hasta en sus últimos momentos dió pruebas de la mayor indiferencia respecto del cuidado de su cuerpo; y entre otras disposiciones que hizo en el último dia de su vida, se refiere que mandó que metiesen su cadáver en un hoyo, y no le echasen mas que un poco de polvo por encima. «*Mirad*—le dijeron—*que así sereis pasto de las fieras.*—*¡Es verdad!...*—contestó, añadiendo al punto—*que me pongan un garrote en la mano para ahuyentarlas.* —*¿Y cómo las ahuyentareis, no sintiendo nada?*—*Entonces ¿qué me importa á mí que las fieras me devoren?*» En este punto no fueron cumplidos sus deseos y disposiciones, porque los funerales con que le honraron en Corinto, fueron suntuosos, y magníficas las estátuas que los sinopenses, sus compatriotas, erigieron á su memoria. Atribúyense á Diogenes muchas máximas que respiran la moral mas pura, pero tambien se refieren de él hechos que no guardan la mejor armonía con ellas, opinando algunos biógrafos, que las virtudes de Diógenes eran vicios malamente disfrazados.

DIONISIO, llamado *el antiguo*, tirano de Siracusa. Era descendiente de

una oscura familia, pero su sobresaliente capacidad para las cosas de la guerra, unida á una intrepidez y á un valor estraordinarios, le elevó en poco tiempo á los mas altos puestos de la milicia, y de aquí al gobierno de su patria. El carácter de Dionisio era un conjunto de las prendas y cualidades mas contradictorias, así es que, juzgado por algunos de sus hechos, merece grandes alabanzas, al paso que si se le considera por otros, solo de vituperio es digna su memoria. Los cartagineses acababan de tomar la ciudad de Agrigento, y los habitantes de Siracusa, llenos con este motivo de sobresalto y consternacion, temian caer tambien en manos del vencedor, previendo calamidades sin cuento. Tal era el pavor de los siracusanos, que hasta llegaron á sospechar que los generales encargados del mando de sus tropas, estaban de acuerdo con el enemigo, habiendo antes contribuido con su traicion á la desgraciada suerte de Agrigento. En este conflicto vió Dionisio una coyuntura favorable á sus ambiciosos planes, y para realizarlos creyó conveniente fomentar el disgusto y la agitacion que por todas partes cundian. El primer paso que dió fué unirse á los descontentos, que le acogieron con placer, ya porque con él y los suyos se aumentaba el partido que se iba formando contra los magistrados de Siracusa, ya por el crédito que le habian alcanzado sus servicios y afortunadas empresas. Dionisio fué condenado en una multa, por sus públicas escitaciones contra la autoridad, pero el historiador Filisto satisfizo por él la suma que le impusieron, prometiéndole pagar todas las que le echasen en lo sucesivo por la misma causa. Alentado Dionisio con esta proteccion, y conociendo con la perspicacia natural en él el verdadero estado de las cosas, y el poco respeto que inspiraban los magistrados cuyas medidas no eran suficientes para calmar la efervescencia popular, conspiró descubiertamente, pintando en seductores discursos, los inminentes riesgos que amenazaban á la patria, los males que ya afligian á la misma, y la conveniencia de un gobierno mas fuerte, mas activo, mas conocedor de las necesidades públicas. Estos discursos en las críticas circunstancias en que el pais se hallaba, causaron gran sensacion, se nombraron otros magistrados, y Dionisio quedó á la cabeza del gobierno. Pequeño era, sin embargo, este triunfo para su ambicion; y no se hubiera detenido aquí, á contar con un partido tan numeroso, fuerte y audaz como él queria. Con este fin logró que volviesen á Siracusa todos los ciudadanos desterrados por los gobiernos anteriores, y esta medida sagaz le proporcionó, bien por gratitud, bien por otras consideraciones, muchos partidarios. Como el pueblo confiaba en él mas que en ninguno de sus colegas, Dionisio se aprovechó de esta circunstancia para sus fines, no volviendo á concurrir al Consejo, y esparciendo, por conducto de amigos fieles, la voz de que aquellos mantenian comunicaciones con el enemigo. Robustecido su prestigio con la confianza del pueblo, pensó tambien en ganar la del ejército, y pronto se le ofreció coyuntura, con motivo de la espedicion de Gela, cuyo pueblo acudió á socorrer contra la aristocracia; entró victorioso en la ciudad, dejó que sus soldados saqueasen las casas mas fuertes, quitando la vida á los personajes mas influyentes por sus riquezas, y tornó á Siracusa, en donde fué recibido en medio de entusiastas aclamaciones. Aquel era el momento que por tanto tiempo habia anhelado; fingió resignar su poder, porque no le creyesen cómplice de sus colegas, dirigió á estos terribles reconvenciones, y al fin consiguió con su refinada astucia, que le encargasen á él solo de la suprema autoridad. Dionisio empezó, pues, á reinar en 405, antes de Jesucristo, á la edad de veinticinco años, y ocupó el trono durante treinta y ocho. Conveníale debilitar, ó mas bien aniquilar el partido de sus enemigos, entre quie-

nes los habia muy temibles por su saber, sus riquezas, su valor ó sus virtudes, y constante en su sistema, despojó á los unos de sus bienes, desterró á los otros, algunos perecieron en el suplicio, y los demas fueron vejados y perseguidos de diferentes maneras. Pero no gozaba el tirano la dicha y el sosiego que creia hallar en el trono; así es que, temiendo á todas horas ser víctima del puñal de sus enemigos, vivia rodeado de cuantas precauciones son imaginables, sin que se libertasen de sus sospechas su mismo hermano y su hijo. Todo el que tenia que acercarse á él, era antes escrupulosamente registrado, y para embotar el filo de las armas de que se considerába amenazado por la traicion, llevaba siempre una coraza bajo el vestido; arengaba al pueblo desde una torre elevada, segun Ciceron; para no ponerse en manos de un barbero, sus hijas le chamuscaban la barba; y para dormir mas tranquilo mandó abrir un profundo foso con un puente levadizo alrededor de su alcoba. Dionisio cometió indudablemente muchas crueldades, y algunas veces sus estravagantes caprichos costaron sumas inmensas al pueblo; pero no es menos cierto que nunca se vió Siracusa tan próspera, floreciente y tranquila como durante su reinado, incorporando á sus estados casi todas las ciudades de Sicilia por él arrebatadas á los cartagineses, despues de varios contratiempos y reveses causados por los generales enemigos Imilcon y Magon. En seguida pasó á Italia; saqueó varias poblaciones importantes, como Regio, Caulonia y Crotona. En Regio habia perecido su primera mujer, infamemente ultrajada en un alboroto popular, y él habia pedido despues, por miras políticas, una esposa á la misma ciudad; pero esta respondió que no tenia otra que ofrecerle que la hija del verdugo. Irritado Dionisio con tan altiva respuesta, juró vengarse, y, en efecto, así que logró hacerse dueño de Regio, ejecutó espantosas crueldades en sus infelices habitantes. Fundó ciudades, colonias y otros establecimientos de pública utilidad ú ornato, contándose entre las primeras la de Liso y la de Adrano, aquella en el golfo Adriático, y esta en Sicilia; y contrajo alianzas que en algunas ocasiones le fueron muy provechosas. Ni la religion, ni los objetos sagrados estaban libres de su impiedad ó de su codicia; en Etruria saqueó el templo de Céres, en Locras el de Proserpina, algunos en Sicilia, y en Siracusa el de Júpiter Olímpico. Merece referirse en el saqueo de este último, un hecho que demuestra el grado de su impiedad. La estátua de Júpiter Olímpico estaba cubierta por un manto de esquisito trabajo y de gran valor, puesto que era de oro macizo; el tirano se lo quitó de encima, sustituyéndolo con otro de lana, y pronunciando en el acto de este sacrilegio las siguientes palabras: «*El de oro es muy frio en invierno, y muy pesado en verano.*» Una cosa parecida sucedió con el despojo de la estátua de Esculapio. Llevaba el dios de la medicina una larga barba del mismo metal precioso que el manto de Júpiter, y que Dionisio le quitó diciendo, que puesto que Apolo, su padre, no la habia usado, no era justo que el hijo fuese privilegiado. Las lecciones de Platon contra la tiranía disgustaron, como era de esperar, á quien á menudo la ejercia; así es que Dionisio, que antes le habia llamado á su corte, le despidió de ella. Dionisio era como Neron, amante de las letras y de las artes, y aun cultivaba particularmente la historia y la poesía; pero, como Neron tambien, no podia tolerar que otros le venciesen, asi como le envanecian los aplausos, y le cegaba el incienso de los aduladores. Deseando ganar el premio en los juegos olímpicos, mandó á Olimpia á su hermano Thearides para que le representase en ellos, y cuidase del ostentoso tren y soberbio carro con que pensaba deslumbrar á los griegos, y alcanzar la anhelada victoria. Dióse, pues, principio al espectáculo, y salieron los caballos de Dionisio tirando

de la magnífica carroza, adornada con el lujo y el gusto mas esquisitos; pero el resultado de tanto aparato y ostentacion, fué diametralmente opuesto á lo que esperaba Dionisio; rompiéronse los carros en medio de la carrera, los versos fueron despreciados por malos, y los enviados del tirano echados del circo ignominiosamente, cometiéndose otros varios escesos. No por esto desmayó Dionisio, antes se dedicó á sus poéticas tareas con mas ardor que nunca, atribuyendo el reves sufrido en Olimpia, no á su falta de mérito, sino á la envidia. Adulaban servilmente los cortesanos todas las producciones del tirano de Siracusa, pero habia uno entre ellos, cuyo carácter independiente no se doblegaba con facilidad á esta clase de bajezas. Este cortesano, pues, y poeta, llamado Filoxeno, cuyo parecer no dejaba de respetar Dionisio, consultado un dia acerca de una poesía que su rey acababa de leer, manifestó francamente que en su concepto valia muy poco. La primera impresion que causó en el monarca el ingénuo dictámen de su cortesano, fué de consecuencia desagradable para este, porque, enojado Dionisio, le mandó á las canteras. Sin embargo, el monarca pensó que tal vez el poeta habria tenido razon, y con el fin de descubrir si era la razon la que habia dictado el referido parecer, ó algun otro motivo, le llamó á la corte al dia siguiente, y le presentó una nueva composicion en que fundaba grandes pretensiones; pero Filoxeno, lejos de acobardarse, se volvió hácia los oficiales de Dionisio y les dijo: *Volvedme á las canteras*, con cuya audaz respuesta ¡cosa estraña! ganó mas en el aprecio del mismo que el dia anterior, por un motivo idéntico, le habia castigado con un encierro. Desairado por segunda vez Dionisio en Olimpia, cayó en una profunda melancolia, siendo víctimas de su mal humor, no solo muchos de sus enemigos, sino tambien algunos amigos, mandando dar la muerte á unos, y proscribiendo á otros, en cuyo número fué comprendido su hermano Leptines. Entonces quiso probar fortuna en Atenas, en cuya ciudad, como mas ilustrada que Olimpia, juzgó que seria mejor comprendido. Envió, en efecto, una tragedia, representóse, y dió la casualidad que fuese la obra premiada en las fiestas de Baco. Con la alegría que este triunfo le causó estuvo á punto de volverse loco, ¡tal era su ambicion de gloria! Celebróse en Siracusa este suceso, como un verdadero acontecimiento nacional. Banquetes, juegos, magníficas recompensas, sacrificios á los dioses; á todo se recurrió para solemnizar una noticia que para nadie tenia importancia, ni significacion alguna mas que para Dionisio. Poco tiempo despues murió este monarca, segun unos historiadores en una revuelta popular ó de intemperancia, y segun otros de la alegría que recibió con la noticia de haber ganado el premio en Atenas. No obstante los desórdenes y crueldades con que manchó su reinado, procuró inculcar á su hijo las mas saludables máximas, deseando dejar un digno sucesor en el trono; y de sus grandes talentos políticos no puede dudarse, cuando, á pesar de su tiranía, supo reinar treinta y ocho años, mereciendo el mas elevado concepto por parte de hombres como Escipion, quien, segun refiere Polibio, Dionisio y Agatocles, rey tambien de Siracusa, eran los dos hombres que mas se habian distinguido en la gobernacion del Estado. Por mas que á Dionisio hubiese envanecido la satisfaccion de reinar, conocia demasiado la inquietud y los sinsabores anejos á tan elevado puesto, y bien lo manifestó en la leccion que dió á un tal Damocles, á quien el suceso que vamos á referir, ha hecho célebre en la historia. Creyendo lisonjear al tirano, ó no viendo mas que la superficie de las cosas, Damocles hablaba en una ocasion delante de Dionisio, felicitándole por la suprema dicha de que al parecer gozaba en el trono, y dando á entender que no cabia otra mas grande que la de reinar. El monarca, ocul-

tando la idea que le ocurrió de improviso, le dijo que, en efecto, era una felicidad incomparable el ser rey, y que queria hacerle partícipe de ella siquiera por un dia; á cuyo fin dió las órdenes oportunas, para que le obedeciesen y tratasen en todo como á sí propio, disponiendo al mismo tiempo que le preparasen un banquete digno de la persona que iba á representar. Todo quedó desde entonces á disposicion de Damocles, bastando una palabra, una indicacion leve, un gesto suyo, para que la avisada servidumbre se apresurase á complacerle. En el banquete con que fué obsequiado, se apuraron la habilidad y el gusto de los inteligentes reposteros del palacio; pero hé aquí que cuando mas gozoso y satisfecho se hallaba el improvisado monarca, le da gana de levantar los ojos, y ve sobre su cabeza una cuchilla pendiente de una cerda de caballo sujeta al techo. Toda su alegría se le acibaró con tan inesperada sorpresa, y levantándose en medio de la mayor agitacion y espanto, corre á decir á Dionisio el inminente peligro que le amenaza. «Ahí tienes, pues, esclamó este, la imágen de la vida que tú llamas dichosa.» No siempre hallaban las atrevidas respuestas de los filósofos favorable acogida por parte del tirano; testigo Antifon, á quien preguntando en cierta ocasion cuál era la mejor especie de bronce, y contestando este: «aquella con que se fabricaron en Ate- «nas las estátuas de Harmodio y de «Aristogison,» Dionisio mandó que le quitasen la vida. Para comprender bien la fuerza de esta respuesta, no estará demas decir que Harmodio y Aristogison habian sido los matadores de Hiparco, hijo de Pisístrato, que si bien heredó la autoridad de su padre, no así su moderacion, dando lugar á que el pueblo se levantase contra su tiranía, y á que aquellos dos atenienses le matasen. No se hacia ilusiones Dionisio acerca de la opinion de sus súbditos respecto de su gobierno; sabia que era odiado, y así no dejó de sorprenderle el oir á una anciana pedir á los dioses que conservasen su vida. Deseoso de averiguar el fundamento de tan estraña súplica, preguntó á aquella mujer que por qué rogaba por su vida, y ella le contestó: «porque temo que «el que te suceda sea mas perverso «que tú, atendiendo á que tú eres «peor que cuantos te han precedido.» Hemos hablado de las *canteras*, y necesitamos esplicar la significacion de esta palabra, ó mas bien el destino de una de dichas canteras, conocida con el nombre de la *Oreja de Dionisio*. Era esta una cantera que servia de prision á las víctimas del tirano, pero de prision construida en condiciones acústicas, tales que, segun se dice, todo cuanto en ella se hablaba, llegaba á oidos de Dionisio, quien de esta suerte conocia hasta las mas recónditas ideas de sus enemigos. Algunos historiadores creen que lo que de las canteras se cuenta, no pasa de una tradicion vulgar, que no está fundada en suficientes documentos que la acrediten.

DIOSCÓRIDES (Pedanio y no Pedacio). En una obra como la presente, en que domina el pensamiento de dar á conocer el nombre de cuantos han contribuido de una manera notable á los progresos de las artes y de las ciencias, ya inventando, ya perfeccionando los inventos, y de cuantos han adquirido celebridad en cualquier concepto que sea, debe tener cabida el nombre del famoso Dioscórides, siquier no vaya acompañado de ruidosas hazañas, ni de esos hechos que escitan la sorpresa, la admiracion y el interes general. Pero hay una circunstancia para nosotros muy atendible al consignar aquí esta biografía en brevísimas líneas, y es lo mucho que á Dioscórides debe la botánica moderna. Nació en Anazarbe en Cilicia, en los primeros años de la era cristiana, y hallándose en la edad oportuna se dedicó á la carrera de las armas, en la cual apenas se distinguió, porque no

era aquella seguramente su vocacion. Retirado del servicio se entregó al estudio de la medicina, en cuyo ejercicio sobresalió mas, y al de la historia natural. La obra que dejó acerca *de la materia médica en general*, es una de las mas apreciadas y célebres de la antigüedad; pero las que le han dado mas fama, han sido las que escribió acerca de las plantas, notabilísimas, por comprender casi toda la nomenclatura de los individuos del reino vejetal, siendo, en opinion de muchos sábios, el fundamento de la botánica moderna, bien que otros sostienen que Plinio precedió á Dioscórides, y que este tomó muchas ideas de aquel.

DIOSDADO (Raimundo), célebre por su mucha literatura y estensa erudicion. Nació en Mallorca á 21 de julio de 1740, y entró, á los catorce años de edad, en la Compañía de Jesus. Dotado de claro talento y singular penetracion, naturalmente laborioso, y cultivando la amistad de muchos de los sábios de su tiempo, como Pou, Masdeu y Lampillas, honra de su siglo y de su patria, el distinguido mallorquin fué digno del universal aprecio con que fueron acogidas entonces sus obras, y con el que los hombres ilustrados las siguen dispensando. Hallábase en Madrid, cuando la estincion de los jesuitas, desempeñando la cátedra de retórica del colegio imperial, y el motivo indicado le movió á pasar á Italia, como asimismo lo verificaron á diversos paises, otros muchos individuos de la estinguida órden, haciendo en la ciudad de Torbí la profesion del cuarto voto. Hé aquí las principales obras de nuestro insigne compatriota:—*De prima tipographie Hispaniæ Atate specimen.*—*Observaciones acerca de la patria del pintor José de Ribera*, conocido por el Españoleto.—*Comentarios dicticos sobre la disciplina y la lengua evangélica.*—*Advertencia amistosa al traductor de la geografía de W. Guthrie.*—*Heroismo de Fernan Cortes.*—*El evangelio de San Marcos escrito en latin, griego y hebreo, con los tres alfabetos*, M. S.—*Observaciones americanas, ó suplemento crítico á la historia de Méjico.*—*Posibilidad y certeza de los milagros, probada contra los sofismas del ingles David Hume*, M. S.—*Medios para estrechar mas la union entre españoles, americanos y europeos*, M. S.—*Suplemento copioso de los AA. de la Compañía de Jesus, que dejaron de continuar los PP. Rivadeneira, Allegambe y Sotuelo*, M. S.—*Escelencias de la América española sobre las estranjeras.*

DIOSES DOMÉSTICOS. Tres clases de divinidades domésticas conocíanse en la antigüedad, á saber: los dioses *Penates*, los *Lares* y los *Genios*, á los que llamaban *Larvas* ó *Lemnuros*. Confundíanse con frecuencia las atribuciones de los primeros, tomando á unos y otros por divinidades protectoras de las familias; pero los Penates eran mas ordinariamente considerados como dioses de las ciudades y lugares, y los Lares de cada familia en particular. Júpiter, Juno y Minerva fueron mirados como Penates de Roma en tiempo de Tarquino, y, segun un mitólogo, el culto de estas deidades nació en la Frigia entre los Samotracios. Ofrecíanles todos los meses vino y miel, y tambien de vez en cuando algun sacrificio, señalando cuando se celebraban las Saturnales un dia para adorarlos especialmente. Las estátuas de los Penates que Eneas llevó á Roma, representaban mancebos sentados empuñando sendas lanzas; las imágenes de los Lares no estaban sujetas á determinada forma: lo general era darles figura humana, ó bien la de un perro, que probablemente seria de los de mejor y mas noble casta. Significaba lo primero, que las almas de los justos se transformaban á la muerte de estos en Lares, y aludia lo segundo á la vigilancia que se suponia ejercian estos dioses en sus dominios. Las familias elevaban altares lo mismo á unos que á otros; pero tenian en

mas veneracion á los Penates. A los Lares los colocaban en los parajes mas recónditos y seguros de las casas, ponian delante de ellos una lámpara, y solian sacrificarles algunos perros criados con este objeto. Otros los colgaban detras de sus puertas como para encargarles de impedir que la desgracia entrase por ellas. Si esto no bastaba, y el infortunio pasaba adelante sin respetar al dios, ¡ay del débil ó dormido vigilante! Se le exoneraba, ó hacia pasar de la puerta á la ventana, y el que habia sido adorado é invocado hasta entonces á cada momento, iba á estrellarse contra los guijarros de las calles, ó á esconder su sagrada cabeza entre el fango. Los *Genios* ó *Larvas* eran las divinidades invisibles encargadas de dirigir al hombre y seguirle á todas partes. Cada individuo tenia dos, cuyo oficio era bien diferente: uno le inclinaba al bien, y era causa de cuantos buenos sucesos le ocurrian; otro al mal, y no solo le inspiraba criminales pensamientos, y arrastraba á cometer los mas feos ó atroces delitos, sino que ademas llamaba sobre su cabeza todas las desgracias de mas ó menos bulto que le acontecian. Estos genios reunian en sí ambos sexos, ó mejor dicho no tenian ninguno. Representábase á los buenos comunmente bajo la figura de un mancebo, con un vaso en una mano, y en la otra el cuerno de la abundancia. Los malos tenian la forma de una serpiente. Semejantes á estos dioses eran los *Manes*, que para la generalidad significaban lo mismo que las almas de los que habian cumplido ya su mision terrenal. Algunos las consideraban como genios de la especie de las Larvas, y los suponian hijos de cierta diosa llamada Manía, y de los hombres nacidos en el siglo de Plata, que fué el que sucedió á la famosa edad de oro, cuyas maravillas tan triste contraste forman con la nuestra, y el que precedió á la de hierro, harto distinta de ambas. Los manes en este último sentido tenian por oficio velar sobre las almas de los muertos: hacíanles habitar en el Averno, de donde no les era posible salir sin licencia de su rey Sumano; otros los colocan en la atmósfera, donde esperan las órdenes de los dioses para hacerlas cumplir á los mortales, ó ser ellos mismos sus ejecutores. Griegos y romanos los adoraban y erigian altares, que, segun la bárbara costumbre de aquellos tiempos, manchaban con la sangre de infinitas víctimas. Estábales consagrado el ciprés. En Italia para tenerles propicios encendian lámparas delante de los sepulcros, y les dedicaban fiestas anuales que comenzaban con fúnebre pompa despues de caer el sol, en medio del silencio y solemnidad de la noche. En Atenas estaba prohibido casarse en los dias consagrados á la celebracion de sus misterios, y los ciudadanos de Platea iban todos los años á ofrecerles sacrificios y á visitar los sepulcros en carros enlutados, con lenta marcha, descubierta la cabeza, y triste el severo semblante como en testimonio de melancólica veneracion.

DJENGUIZ-KHAN, ó JENGUIS-KAN, uno de los mas célebres conquistadores del mundo. Nació en el año 559 de la Egira, 1163 á 64 de Jesucristo, y era hijo de uno de los jefes de la horda mogola, que mandaba mas de treinta mil familias. Al morir su padre tenia Djenguiz-Khan trece años escasamente de edad, y poniéndose al frente de la soberanía que aquel habia gobernado, dió desde sus primeros actos claras muestras, así de su génio belicoso, como de la ferocidad de su carácter. Creyendo los jefes de las tribus dependientes de su estado, que aquella era ocasion oportuna para separarse de la obediencia y vasallaje, en atencion á los pocos años del jóven príncipe, se revelaron contra él, pero con tan mala fortuna, que aunque por de pronto alcanzaron algunas ventajas, al fin dieron en manos de Djenguiz-Khan. La victoria de este fué completa; repartió entre sus tropas los

prisioneros enemigos para que les sirviesen de esclavos, y los principales caudillos vencidos fueron echados en enormes calderas de agua hirviendo, en donde espiraron en medio de los mas crueles tormentos. Esta espantosa carnicería aterrorizó todo aquel pais, pero favorecido Djenguiz-Khan por el poderoso Oung, cristiano nestoriano, con cuya hija se casó para estrechar mas esta alianza que tanto le convenia, desafió ya el poder de todos sus enemigos. No tardó mucho, sin embargo, en arrepentirse Oung de haber contraido parentesco con aquel mónstruo; y queriendo borrar esta falta con alguna hazaña que libertase al pais de un príncipe que prometia larga série de horrores y calamidades, se puso al frente de un ejército para combatir al de su yerno; pero la fortuna no quiso protejerle; en la batalla dada en 1202 perdió todas sus tropas, apeló él mismo á la fuga, pero cayó en poder de unos jefes naimanes que le cortaron la cabeza. Djenguiz-Khan llevó sus armas hasta las orillas del Altai, y allí consiguió otra gran victoria derrotando y matando á Tayank, jefe de los mogoles naimanes, cuyos soldados todos fueron pasados á cuchillo. Con tan rápidos y memorables triunfos, se robustecia mas y mas el poder del bárbaro conquistador, y se estendian los límites de su reino. La batalla de Altai le puso en posesion de gran parte de la Mogolia y de su capital Cara-Corom. Los dominios heredados de su padre eran pequeños, pero con las nuevas adquisiciones ya tenian otra importancia; y queriendo Djenguiz-Khan que el reconocimiento de su nueva soberanía se verificase con pompa y solemnidad, convocó en Blun Yul-duk los diputados de las hordas tributarias, que despues de ceñirle la corona, le proclamaron *Chakan* ó *Gran Khan*, á presencia de las primeras familias y de muchísima parte del pueblo y de todo el ejército. Allí mismo dictó el código que aun en nuestros dias se conoce en Asia con el título de *Yza Djenguiz-Khan*. En este código domina sobre el espíritu civil el militar, como formado, al fin, por un hombre que solo vivia de la guerra, y para una sociedad semi-salvaje. La religion quedó casi completamente escluida, porque Djenguiz no profesaba ninguna, y así admitia en su corte á todos los hombres de mérito, sin preferir mas á los de un culto que á los de otro. La educacion del monarca mogol habia sido tan esmerada, cuanto lo permitia el estado de las luces en aquella parte del mundo; y deseando que sus pueblos participasen de los beneficios de la ilustracion, la fomentó por diversos medios. A Tayank, vencido en Altai, sucedió otro jefe, que tambien quedó derrotado y muerto en el campo de batalla; y en seguida pasó Djenguiz al pais de los oigures, gente mas ilustrada que belicosa, el cual le quedó sometido, haciéndose así dueño de gran parte de la Tartaria. No contento con tamaña conquista, el que juzgaba ya poco el Asia toda para saciar su ambicion, invadió el Matchin, pais que en la parte septentrional es fronterizo de la China, pasando en 1209 la gran muralla que separa á este territorio del celeste imperio. Tres años tardaron los ejércitos mogoles en conquistar la China, y la capital Kan-Valec ó Yen-King, que hoy conocemos con el nombre de Pekin, no cayó en poder de Djenguiz hasta 1215, siendo reducida casi toda ella á cenizas. El asesinato de los embajadores mandados por Djenguiz al rey de Karizmo, hallándose él descansando de sus campañas en Tartaria, le proporcionó ocasion para invadir el Turkestan, al frente de un ejército tan formidable, que se cree se componia de setecientos mil soldados. El nombre solo del príncipe Mogol, hacia temblar á sus enemigos, que previendo la suerte funesta que los aguardaba, opusieron una tenaz resistencia al conquistador, pero al cabo perdieron en una sangrienta batalla ciento sesenta mil hombres. Esta memorable jornada fué el anuncio de otras muchas victo-

rias, y en poco mas de un año las principales ciudades del Karismo y toda la Transoxana, quedaron incorporadas á los dominios de Djenguiz, quien sin detenerse un momento, sitió y tomó á Bokara y á Samarkanda cuyos habitantes sucumbieron al furor de los mogoles, no perdonando estos las bibliotecas, ni otros numerosos establecimientos útiles, que fueron comprendidos en la general destruccion. Aunque los habitantes de Balk prometieron rendirse, no les fué concedido, porque el cruel conquistador gozaba en las escenas de sangre y desolacion, y queria disfrutar del horrendo espectáculo de un asalto. Balk fué tomada, y general el degüello de sus infelices moradores. En Bonian fueron mayores aun las atrocidades que cometieron los mogoles, con motivo de haber perecido al asaltarla uno de los nietos de Djenguiz. La despiadada madre del príncipe muerto, creyó que apagaria con sangre el natural dolor de la sensible pérdida de su hijo, y con el beneplácito del conquistador, aquella furia mandó degollar á todos sus habitantes, abrir el vientre á las mujeres en cinta, y esterminar hasta los animales. Vencidos los generales mogoles por el sultan del Karizmo, Djenguiz voló al Korazan, y la fortuna coronó como siempre su espedicion. Despues de otras muchas campañas favorables á sus armas, en el nordeste de Asia y en la China septentrional, Djenguiz, que ya contaba mas de sesenta años de edad, salió contra el rey de Tangud, que faltando á sus juramentos de fidelidad y homenaje, no queria entregar al mogol algunos enemigos de este refugiados en sus estados. El lago helado del Camoran fué el sangriento teatro de la batalla que se dieron los dos poderosos monarcas, pero el de Tangud quedó vencido, sufriendo una pérdida de trescientos mil hombres. El viejo y sanguinario mogol paseó por todo aquel reino sus hordas de tigres, que llevaron á todas partes el saqueo, el incendio, el asesinato y la destruccion, en términos que, segun datos probables, parece que perecieron mas de las nueve décimas partes de la poblacion. Poco despues cayó gravemente enfermo Djenguiz-Khan, nombró por sucesor á Octai, y murió tranquilamente, rodeado de parientes, amigos y súbditos afectuosos, en 10 de Ramadan, 624 (24 de agosto de 1227), habiendo reinado veintidos años. Calcúlase en seis millones de individuos la pérdida que á la especie humana causó este mónstruo de genio, de valor y de crueldad. Aunque hubiera tenido muchísimos hijos de sus quinientas concubinas, dejó sus estados, que comprendian un territorio de mas de mil y quinientas leguas de largo, á solos cuatro príncipes, habidos en igual número de mujeres legítimas.

DOLOMIEU (Deodato Gratet, marques de), célebre geólogo y mineralogista frances, nació en 1750. Las ciencias naturales deben mucho á este ilustre sábio, particularmente en los ramos indicados, cuyas obras son el resultado de sus propias observaciones en los diferentes viajes que hizo á diversos puntos de Europa, lo cual da á aquellas tanto interes como importancia. Dolomieu fué uno de los sábios de la espedicion de Egipto. A su regreso á Francia en 1800, tuvo que arribar á Sicilia, en donde sin consideracion ninguna á su mérito y á su clase, fué encerrado en un calabozo, permaneciendo en él cerca de un año, lo cual apresuró su muerte, acaecida en noviembre de 1801. Fué Dolomieu individuo del Instituto de Francia, y desempeñó varios destinos correspondientes á su profesion. Los naturalistas llaman *Dolomia* á un mineral fosforescente. Hé aquí el catálogo de sus principales obras:—*Filosofía mineralógica.—Sobre el temblor de tierra de Calabria.—Memoria sobre la necesidad de unir los conocimientos químicos á los de mineralogia.—Sobre los volcanes apagados de Val-di-Noto, sobre un viaje al Etna en junio de* 1781, *y*

sobre las islas de los cíclopes ó de la Trizza.—Viaje á las islas de Lipari, seguido de una memoria sobre una especie de volcan de aire, y de otra sobre la temperatura del clima de Malta. Un gran número de memorias insertas en el *Diario de Física* que se publicó en Paris desde 1790 al 98, y en el *Diario de las Minas.*

DOMICIANO (Tito Flavio), hijo de Vespasiano y de Flavia Domitila. Nació en el año 57 de Jesucristo. Sucedió á su hermano Tito, llamado por la escelencia de su gobierno *la delicia del género humano*, y fué el reverso de la medalla, digámoslo así, por sus inauditas crueldades y estravagantes caprichos, dignos únicamente de un tirano tan bajo y tan desprovisto de mérito como él. Algunos le atribuyen la muerte de su hermano, á quien segun ellos envenenó; sea de esto lo que quiera, Domiciano subió al trono á los veinticuatro años de edad, é inauguró su reinado con actos de clemencia, justicia, liberalidad y desinteres, que prometian grandes prosperidades y sosiego á Roma; pero ya fuese fingida esta conducta, con el objeto de asegurarse en el trono, ya que su naturaleza no se hubiese corrompido todavía, es lo cierto que no tardó mucho tiempo en descubrir toda la perversidad de que es capaz un mónstruo coronado, renovando los tiempos de los Nerones y Calígulas, de horrible recordacion. Consideraba á los cristianos como irreconciliables enemigos, y su odio contra ellos se manifestó con harta crueldad en la sangrienta persecucion que les hizo sufrir, siendo una de sus mas nobles víctimas San Juan Evangelista, que de órden suya fué echado en una caldera llena de aceite hirviendo. El que era modelo de incontinencia y vergonzosa lubricidad, mandó enterrar viva á Cornelia, jóven vestal, atribuyéndola este vicio. No era menor su ridículo orgullo, como lo prueban los pomposos dictados de *Dios* y *Señor*, que por disposicion suya se le daban en todos los memoriales y documentos que le dirigian. Domiciano, como todos los criminales, vivia en contínua inquietud y desasosiego, desconfiaba hasta de sus amigos, favoritos y parientes, y empleaba cuantas precauciones puede inventar el miedo, con el fin de libertarse de las traiciones de que se creia rodeado. Por otra parte, las predicciones acerca del fin de su vida, fin desastroso, como lo tuvo, en efecto, contribuian á mantener vivo su recelo y aun á aumentarle. La galería de su palacio, por donde acostumbraba á pasearse, estaba cercada de piedra, en cuya brillante superficie se reflejaban, así como en un espejo, la figura y movimientos de todo el que transitaba por aquel sitio; con este aparato, pues, estaba seguro de descubrir á cualquiera que le siguiese. Pero su propia mujer y algunos oficiales de palacio, le asesinaron en 18 de setiembre del año 96 de Jesucristo. El senado le pagó á su muerte, los desprecios y ultrajes que él habia hecho en vida á tan respetable cuerpo, privándole de todos los honores, hasta el de la sepultura. El único acontecimiento digno de mencion en todo su reinado, fué la conquista de la Gran Bretaña por Agripa, suegro del historiador Tácito, á quien se dice que el tirano mandó envenenar. El mónstruo imperial perdia miserablemente el tiempo en ridículos entretenimientos, en vez de dedicarlo á los graves cuidados del gobierno. A uno de sus bufones preguntaron un dia, si el emperador estaba solo:—«*Tan solo*—respondió—*que no hay con él ni una mosca.*» En efecto, Domiciano se entregaba á la caza de moscas con un celo y un entusiasmo dignos de él, cuando no del pueblo que le toleraba. Pero no siempre eran escenas de este género las que representaba; algunas mas sérias y mas escandalosas llenaron de indignacion á los buenos patricios. En una ocasion convocó el senado, y hallándose reunido este, sometió á sus deliberaciones la gran cuestion de qué

clase de cacharro sería mejor para cocer un rodaballo; y para que lo decidiesen con plena libertad, mandó que algunos soldados cercasen el edificio. Convidados á comer en otra ocasion los senadores, concurrieron al palacio; pero en vez de encontrar un salon dispuesto para el banquete, se vieron en medio de una silenciosa y enlutada estancia, rodeada de fúnebres blandones y de ataudes, en que se leian los nombres de los ilustres convidados. No paró aquí la horrible farsa; sino que unos momentos despues, entraron unos hombres en cueros y negros de piés á cabeza, armados con sendas espadas, y provistos cada cual de una antorcha, cuyos pálidos reflejos daban un color sombrío y pavoroso á todos los objetos. Este espectáculo no pudo tener otro fin que el de atemorizar á los senadores, porque poco despues recibieron órden de salir y les fueron franqueadas las puertas. Durante su reinado las letras y las artes se vieron proscriptas, porque Domiciano aborrecia todo lo bueno; y el número de las víctimas sacrificadas á su crueldad ó á sus sangrientos caprichos es incalculable. Helvidio y Junio Rustico, perecieron de órden suya, y por no sufrir igual suerte, San Juan Crisóstomo y el filósofo Epicteto, tuvieron que abandonar la ciudad eterna.

DOMINGO DE GUZMAN (Santo). Nació en 1170, en la ciudad de Calahorra; siendo su padre descendiente de la familia de los Guzmanes, una de las mas nobles de España, y su madre la beata Juana de Aza. Recibió Domingo en los primeros años de su vida, una educacion correspondiente á la clase y piedad de sus padres, y estas sanas lecciones unidas á la escelente índole del niño, y á las felices disposiciones de que ya entonces daba claros indicios, formaron su corazon y su entendimiento para la práctica de todas las virtudes. En Palencia estudió la retórica, la filosofía y la teología, las obras de los padres y las Santas Escrituras, siendo la admiracion, no solo de sus condiscípulos sino de sus mismos maestros, por su vasta capacidad y ejemplar conducta. Cuando el hambre afligió á Palencia, vendió todo cuanto poseia para socorrer á los necesitados, y en otra ocasion ofreció su misma persona á una infeliz mujer, para que esta, entregándola á los moros, rescatase á un hijo que tenia cautivo. Esta admirable oferta no fué admitida, pero conocida de todo el mundo, creció estraordinariamente la fama de la piedad de Domingo. Tambien se distinguió en el ejercicio de la predicacion en aquella misma ciudad; y despues de ingresar en el cabildo de Osma, acompañó al prelado de esta diócesis á celebrar los contratos matrimoniales del príncipe don Fernando, hijo de Alfonso IX de Castilla, con la hija del conde de la Marche. Por aquella época la herejía de los albigenses se habia esparcido considerablemente por varias provincias de Francia, y conociendo Domingo los males que de crecer el contagio se seguirian á la cristiandad, pasó á Roma con el obispo de Osma, á solicitar del papa Inocencio III, permiso para instruir á aquellos sectarios en los principios del dogmà católico. Obtenida la licencia, los dos misioneros volvieron á Francia, y uniéndose á los religiosos cistercienses, autorizados por Su Santidad para la misma empresa, dieron principio á sus predicaciones. Los albigenses recorrian armados en gran número el pais, llevando el terror y la desolacion por todas partes, y en tanto que Felipe Augusto los combatia con iguales armas y con éxito favorable, los dos religiosos españoles no empleaban otras que su celo apostólico y la palabra divina, logrando convertir á muchos herejes en las conferencias que con ellos celebraron. Cerca de Montpeller, y en Bessieres, Carcasona y Montreal, alcanzaron idéntico resultado. Los mas obcecados en el error, eran los cuatro jefes de los albigenses, quienes convinieron con Domingo en que, si la espo-

sicion de la fe que les habia presentado salia ilesa del fuego, confesarian la verdad de la doctrina que contenia. Pedro de Vaux, de Cernay, Jordan y algunos otros autores que escribieron la vida de Domingo, afirman que cuantas veces se repitió la prueba antes indicada, otras tantas fué favorable al santo; con cuyo motivo se multiplicó prodigiosamente el número de las conversiones, y años despues se edificó una capilla dedicada á Santo Domingo en el castillo de Raimundo Dufort, que es en donde parece que se verificó este milagro. Abjuraron tambien sus errores muchas personas principales de la corte del conde de Foix, Raimundo Rogerio, de resultas de una conferencia celebrada en su palacio entre los misioneros españoles y algunos herejes. Confirmada por el papa la eleccion que el obispo de Osma hizo en la persona de Domingo, para que le sucediese en su apostólica mision en el Languedoc, este último la desempeñó con el celo, sabiduría y piedad de que ya habia dado altas pruebas. El asesinato del legado Pedro de Castelnau ó de Chateauneuf, fué la señal de la guerra que se movió contra los albigenses, y en la cual, segun los historiadores, no tuvo parte alguna Domingo, á pesar de que habia algunos malvados que le espiaban para quitarle la vida; antes bien, dando sublime ejemplo de caridad cristiana, su santa intervencion logró salvar á muchos de sus propios enemigos. Por aquella época ya se hallaba establecido el horrible tribunal de la Inquisicion, tribunal mas propio de caribes que de hombres civilizados y cristianos, institucion sanguinaria, atroz, que ha hecho mas daño á la doctrina misma que pretendia defender, que los mas encarnizados enemigos de la Iglesia de Jesucristo; tribunal que tenia la torpísima pretension de enseñar con la hoguera y el tormento una religion que es toda mansedumbre, clemencia, bondad y amor. Muerto Pedro de Castelnau, como llevamos referido, el papa confió á Domingo la mision que aquel habia desempeñado, reducida á entregar al brazo secular á los apóstatas y á los herejes relapsos y obstinados. Pero Domingo, lejos de ser *el primer inquisidor* en el sentido que algunos han querido dar á este título, no usó contra los albigenses otras armas que la predicacion y las oraciones, ó como dice Thierry de Apolda: *Expugnans hæresim*, *verbis*, *exemplis*, *miraculis*, ni contribuyó en manera alguna al establecimiento del odioso tribunal, ni por su causa padeció ningun desgraciado, segun Echerd, el padre Touron y los Bolandistas. Si Domingo aprobó en alguna ocasion las penas corporales, como sostienen varios escritores italianos, debe entenderse, como aseguran otros, que solo fué contra aquellos que se presentaban armados, conspirando de esta suerte no solo contra la religion sino tambien contra el órden establecido por las leyes; pues, por lo demas, los herejes pacíficos, lejos de ocultar su sentir en materias religiosas, dogmatizaban públicamente, si bien andando el tiempo, inquisidores fanáticos y crueles ejercieron contra ellos toda clase de persecuciones y tormentos. Prueba insigne es tambien de la templada y prudente conducta de nuestro santo, el haber emprendido la reforma del ejército cruzado, puesto que muchos de los que habian tomado las armas contra los albigenses, so pretesto de religion, no se ejercitaban en otra cosa que en la rapiña y los desórdenes, faltando á los sagrados deberes que sus juramentos y su creencia les imponian. Cuando el conde de Monfort se hallaba al frente del ejército cruzado, este contaba ya con escasísimas fuerzas, en razon de haberse retirado muchos á sus casas despues de haber servido cuarenta años; la victoria, sin embargo, se declaró por los católicos, habiéndola prometido antes Domingo al conde, en nombre del cielo. El ejército enemigo quedó completamente derrotado, y Pedro II de Aragon que habia acudido con gran refuerzo

en favor del conde de Tolosa, quedó muerto en el campo con diez y seis mil hombres. Hacia tiempo que Santo Domingo meditaba la fundacion de una órden religiosa, destinada á difundir por medio del ejemplo piadoso y de la predicacion, las saludables máximas de la fe, sujetando á varias condiciones, como el ayuno, la pobreza, etc., á los que abrazasen su instituto; y participando su idea á varios obispos y misioneros, todos la aplaudieron ofreciéndose á coadyuvar á su realizacion; fundándose la órden en la ciudad de Tolosa en 1215, con la aprobacion del Santo Padre, que le ordenó redactase las constituciones. El santo eligió la regla de San Agustin, cuyo hábito habia él vestido, y añadiendo á ella alguna parte de la de los premostatenses y varias constituciones particulares; sometió la suya á la aprobacion del papa Honorio III, que no solo la autorizó, sino que espidió á favor de Domingo el título nuevo y espresamente creado de *Maestro del sacro palacio*. España, Francia, Italia, Portugal, y algunos otros paises contaron muy pronto con numerosos conventos de dominicos, y nuestro santo mereció por los muchos milagros consignados en algunas historias de su vida, el nombre de taumaturgo de su siglo. Tambien reformó en Roma una órden de religiosas que no observaban clausura perpétua, logrando que esta fuese obligatoria en lo sucesivo, y haciendo que adoptasen la regla que él les dió. Estableció igualmente el instituto conocido con el nombre de Orden Tercera, que tiene algunos puntos de semejanza en su parte mas esencial con el de las hermanas de la Caridad. En tanto el orbe cristiano se poblaba de conventos de dominicos, de cuya órden salieron solo en tiempo de Gregorio XI, treinta y tres obispos, un patriarca de Antioquia, y ocho legados. Siendo la pobreza una de las principales bases de la fundacion del instituto dominicano, su autor tenia sumo cuidado en que solo pobres fuesen admitidos á él. Queriendo un habitante de Bolonia ceder todos sus bienes á un convento de aquella ciudad, y que el obispo ratificase en secreto la donacion, Santo Domingo hizo pedazos aquel documento en presencia del mismo donador. La órden de predicadores fué rápidamente estendiéndose por todas partes, y de ella han salido cuatro papas, y un considerable número de cardenales, obispos, doctores y escritores. Murió Santo Domingo en Bolonia, rodeado de sus religiosos, en 6 de agosto de 1221, siendo de edad de 51 años, y fué canonizado trece años despues. Enseñando teología el santo en Roma, compuso unos *Comentarios sobre las epístolas de San Pablo*, que, aunque se han perdido con el trascurso del tiempo, merecieron ser muy apreciados y alabados de sus contemporáneos.

DOMINIQUINO ó DOMINIQUIN (Domingo Zampieri, llamado el). Nació en Bolonia en 1581, y fué hijo de un zapatero. Si al genio con que el cielo dotó á este gran pintor, se hubiese reunido otro carácter menos apocado, menos tímido, mas comunicable, tal vez no se encontraria en los magníficos cuadros que dejó, la falta de invencion, que es lo que constituye uno de los principales defectos que en ellos notan los inteligentes; pues en lo relativo á la correccion, al dibujo, al colorido, á las actitudes, y á la espresion de las figuras, pocos rivales ha tenido dignos de serle comparados. Dionisio Calvart fué su primer maestro, pero habiéndole sorprendido copiando unas estampas de Agustin Carracho, le dió un bofeton y le echó de su estudio, continuando despues bajo la direccion de este último el pobre Zampieri. Era tal su pasion al arte que habia elegido, que dedicaba todo su tiempo al estudio, aislándose casi completamente de la sociedad, pues cuando salia de su casa por lo regular iba solo, y solia frecuentar los parajes mas públicos para observar en los movimientos, actitudes y fisonomía del

pueblo, las pasiones que luego trasladaba á sus cuadros con pasmosa exactitud. El *Adonis muerto por un jabalí*, lo pintó en Roma, á donde habia ido con el objeto de completar su instruccion, bajo la direccion de Anibal Carracho. La obra que acabamos de mencionar es un fresco que existe en el corredor del jardin, cerca de la galería de Farnesio. Uno de los enemigos que mas se enconaron contra Zampieri, sin que haya podido averiguarse á punto fijo la causa, á no ser la envidia que escitó el mérito de aquel, fué Lanfranc, discípulo tambien de Anibal. Estos ataques disgustaban profundamente al Dominiquino, no tanto por lo groseros é infundados, cuanto porque su carácter bondadoso, su escesiva modestia, no eran merecedores de semejante encono. Pero poco daño podian hacer á su fama bien adquirida, la rivalidad, la envidia, ó la mala intencion; porque las obras que salian de sus manos eran la mas elocuente respuesta que podia darse á sus enemigos. Su bello cuadro de *San Andres*, hecho en competencia del de Guido sobre el mismo asunto, fué el preferido por la mayor parte de los artistas, no tanto por lo que valia, que no era poco, sino por lo que revelaba, que era mucho. Su mismo maestro Anibal dijo: que el *San Andres* de Guido era de un maestro, y el de Domingo de un discípulo, pero que este sabia mas que aquel, queriendo significar con estas palabras, que el talento de Zampieri tenia que perfeccionarse, al paso que al de Guido ya nada le faltaba. Su *Comunion de San Gerónimo*, es una de las mas hermosas creaciones de su genio, y aunque algunos opinan que es una imitacion servil del de Agustin Carracho, esta opinion puede haber sido hija de la parcialidad mas bien que de la justicia, pues no se apoya en razones sólidas. Despues hizo en Bolonia algunos otros cuadros, y volviendo á Roma, pintó en San Andres del Valle las cuatro pechinas de los ángulos de la cúpula, y en los intérvalos de las ventanas la historia de aquel santo; composicion admirable que acabó de agriar los ánimos de los rencorosos enemigos del pintor, que no obstante sus esfuerzos y torpes intrigas, no lograron que se borrase aquella obra, como pretendian, criticándola con tan poco juicio y tal ceguedad, como todas las del Dominiquino. La persecucion le siguió tambien á Nápoles, en donde se dice que se vió espuesta su vida, por cuyo motivo hubo de fugarse á Roma sin atreverse á pintar los cuadros al fresco que le habian encargado para la real capilla, si bien tornó despues, y ya con las seguridades que le dieron, concluyó lo empezado, muriendo á poco, de edad de 61 años, envenenado, segun se sospecha con bastante fundamento. El Ponsino decia, que Zampieri no tenia rival en cuanto á la espresion, y que las obras clásicas de la pintura de Roma, eran, en su concepto, la *Transfiguracion de Rafael*, el *Descendimiento de la Cruz*, de Daniel de Volterre, y el *San Gerónimo* del Dominiquino. Tambien escitan la admiracion el *Martirio de Santa Ines*, *Santa Cecilia*, *Timoclea delante de Alejandro*, y la *Vírgen del Rosario*, composiciones todas de este insigne pintor.

DONATO, obispo de Cartago. Jefe de los *donatistas* ó *circumceliones*, herejes que propagaban, entre otros errores, que los sacramentos administrados por malos sacerdotes no eran válidos, que solo ellos eran los ministros de la verdadera Iglesia, y que para ser admitido en el seno de ella, era necesario volverse á bautizar. Muerto Mayorino, movió cisma contra Menfurio, obispo de Cartago, acusándole de haber entregado á los infieles las Sagradas Escrituras durante la persecucion. No hubiera logrado reunir bajo su bandera muchos partidarios, si su ejemplar conducta, su sabiduría, su elocuencia y otras recomendables circunstancias no hubiesen, en cierto modo, acreditado sus palabras; así es

que, su perniciosa doctrina se propagó por Africa con la misma rapidez que esas epidemias, que favorecidas por circunstancias fatales, llevan consigo la destruccion de los cuerpos, así como la herejía lleva la perdicion del alma. El feroz fanatismo de sus sectarios armados, contribuyó á esparcir sus malas máximas y á aumentar su partido, en términos, que aunque se mandaron algunas tropas contra ellos, el mal permaneció en pié, porque habia ya echado hondas raices. Pero aquel mismo fanatismo fué lo que mas tarde habia de causar la ruina de los donatistas; porque estos se entregaron á los mayores desórdenes, haciendo, entre otras cosas, que los acreedores perdonasen á sus deudores, cosa muy saludable para los últimos, sobre todo, pero justamente reprobada cuando semejante generosidad no es espontánea, sino forzosa. Los concilios de Roma y Arles, celebrado el primero en 313, y el segundo un año despues, condenaron como no podian menos los errores de los donatistas; pero hasta el año de 411 puede decirse que no terminó el cisma, debiéndose la mayor parte de este insigne triunfo á San Agustin, que en la conferencia habida en Cartago en el espresado año, confundió á los herejes tanto con su elocuencia, como con su moderacion y generosidad. A esta reunion de católicos asistieron doscientos ochenta obispos. Donato murió en 355, en el punto á que habia sido desterrado.

DONIZETTI (Cayetano). Nació en Bérgamo en 1797. Dedicado desde sus primeros años á la carrera del foro, á la que preferia la pintura, su familia le obligó á emprender la música por la que no mostraba, en verdad, grande inclinacion. Ignórase hasta qué punto llegaron los rigores paternales; pero sí es cierto que el jóven Cayetano viéndose tenazmente hostigado, doblegó su cabeza y se dedicó con ardor al estudio del arte que debia, con el tiempo, proporcionarle tan brillante, cuanto merecida nombradía. Dedicóse, sin embargo, al principio á componer música religiosa; pero como esta ni le diese para vivir, ni le granjease la reputacion que tanto deseaba alcanzar; seducido ademas, por las alabanzas que por todas partes se prodigaban á Rossini, cuyas composiciones eran acogidas, por aquel tiempo, con tanto entusiasmo, desechó la aversion que naturalmente tenia por el teatro, y se lanzó á este nuevo trabajo con el mismo ardor con que habia compuesto la música sagrada. Designado por la suerte en el reemplazo del ejército italiano en 1815, trató de libertarse del servicio con el producto de su primera ópera *Enrique de Borgoña*, que se representó en el teatro de Venecia. Desde 1818 hasta 1822 compuso diez y nueve óperas, que si bien no encontraron una aceptacion general, revelaban en él el genio del porvenir. *L'Esule di Roma* cantado en el teatro de Nápoles el año 28, elevó la reputacion de Donizetti á tan alto grado que muchos le prefirieron á Rossini. Las composiciones musicales que posteriormente vieron la luz pública, probaron suficientemente que no se habian engañado al pronosticar su gloria. El segundo período de la vida musical de Donizetti empezó en 1831 con *Ana Bolena*, cantada en Milan por los mejores artistas de la época, entre ellos Rubini, la Pasta, y Galli. Su fama desde entonces no se circunscribió á solo la Italia, sino que se estendió por toda Europa. Desde la ópera ya indicada hasta *Catalina Cornaro* que compuso en 1844, pocos años antes de morir, su vida artística fué una série de triunfos que le proporcionaron entre otras, las óperas de *Il Tasso*, *Lucrecia Borgia*, *l'Elissir d'amore*, *Gemma di Vergi*, *Marino Faliero*, *La Figlia del regimento*, escrita primeramente para un teatro frances de Paris, *Los Mártires*, *La Favorita*, *Linda de Chamounix*, *Lucia de Lammermoor*, *Maria di Rohan* y *Don Sebastian de Portugal*. El solemne entierro que aparece en

el último acto de esta última, diríase que fué fatal para el compositor, porque atacado de repente de una melancolía profunda, todo revelaba en él los síntomas de su visible decadencia. Casado en 1820 con Virginia Casselli, hija de un abogado de Roma, la perdió en 1834, víctima del cólera. Desde entonces se entregó á toda suerte de placeres, y su existencia puede decirse que se deslizaba entre el amor y la armonía. En vano para fortalecer su salud se trasladó á Bérgamo su patria; los aires natales nada pudieron lograr contra la intensidad de su físico y moral deteriorados, y en ella murió á poco tiempo de su llegada en 1848, despues de haber escrito sesenta y cinco óperas, varias piezas de canto religioso é infinidad de romanzas, melodías, nocturnos, arietas, duetinos y barcarolas. Rival en tiempo de Rossini, si no creó como él un gusto nuevo, tienen en cambio las producciones de Donizetti mas originalidad; y aun cuando no tan sentimentales como las de su amigo y compañero Bellini, han logrado rivalizar con ellas.

DORIA (Andrés). Nació en un pueblo de la costa de Génova, llamado Oneille, en 1468, y es célebre en la historia, tanto por su mérito eminente como marino, cuanto por el noble desinteres de que dió sublimes pruebas en varias ocasiones, con especialidad en la toma de Nápoles y de Génova, como dirémos en su lugar correspondiente. Empezó su carrera sirviendo al papa Inocencio III y otros príncipes de Italia, y despues á la república genovesa, adquiriendo durante este tiempo una fama por la intrepidez y prudencia, al par, que los sucesos posteriores confirmaron y robustecieron en términos, que es considerado como el primer marino de su siglo. Nombrado capitan general de las galeras de Génova, desplegó contra los piratas africanos una actividad singular, y las sabias disposiciones que adoptó para su esterminio ó persecucion, libertaron al Mediterráneo de aquellos crueles enemigos, con cuyos ricos despojos compró despues cuatro galeras. Sirvió tambien á Francisco I de Francia, hasta que este monarca cayó prisionero en la famosa batalla de Pavía, en cuya época el ilustre marino fué nombrado almirante por el papa Clemente VII que le habia llamado á Roma. Francisco I le nombró general de sus galeras, despues de la toma de la ciudad eterna por el condestable de Borbon, acontecimiento que puso al santo padre en el caso de no poder pagar su sueldo á Doria. Entonces ya poseia este ocho galeras perfectamente equipadas, con cuyo auxilio lograron las tropas francesas apoderarse de Génova; á esta conquista hubiera seguido indudablemente la de Nápoles, que se hallaba completamente bloqueada y dispuesta á rendirse á Lautrec, pero Doria se pasó al servicio de Cárlos V, abandonando á los franceses que desde aquel momento fueron perdiendo cuanto habian adquirido en la península italiana. Doria tenia grandes motivos para dar este paso, que, á no estar suficientemente justificado, hubiera sido un borron en las brillantes páginas de su historia. Desconceptuado en parte por los ministros y cortesanos de Francisco I, por la envidia que sus grandes talentos y su crédito con el monarca les inspiraban; persuadiendo aquellos viles palaciegos á este último que se apoderase de Savona, para convertirla, construyendo en su puerto las obras necesarias, en rival de Génova, estando á punto de ser arrestado por haberse opuesto en nombre de la república al proyecto indicado, no le quedaba otro recurso que retirarse á Lerise, en cuyo punto se le reunió su sobrino que estaba en Nápoles encargado del mando de sus galeras. Concluido, por otra parte, el plazo de su empeño con Francisco I, pasó al servicio del emperador Cárlos V, sin que bastasen á apartarle de este propósito la oferta de las mayores recompensas y honores, hecha por el monarca frances, ni la media-

cion de Su Santidad. Cárlos V, deseando conservar á su lado á un hombre de tan estraordinario mérito, y premiar el servicio incalculable que acababa de prestar á su causa con su desercion del ejército frances, le ofreció, segun se dice, la soberanía de Génova; pero Doria no aceptó esta recompensa, estipulando únicamente la libertad de su patria, bajo el protectorado imperial, en el caso de que Génova sacudiese el yugo de los franceses. En efecto, así sucedió; Doria se apoderó de la capital de la república en una sola noche, y el Senado le confirió el hermoso título de *Padre y libertador de la Patria*, le erigió una estátua y le regaló un magnífico palacio. Nombróse por consejo de Doria una comision de doce personas para que redactase una nueva constitucion republicana; y despues continuó sirviendo el valeroso marino al emperador, que le nombró general de la mar, y á quien prestó grandes servicios en las conquistas de Coron, Patras y Túnez. Otras muchas victorias consiguió el genoves, especialmente contra los corsarios africanos, y mereció que mas adelante le diese Cárlos V el Toison de oro, la investidura del principado de Melfo y del marquesado Tursi, á los cuales agregó la dignidad de gran canciller del reino de Nápoles. Hasta los últimos años de su vida no abandonó su honrosa profesion, muriendo en 1560, á los noventa y tres años de edad, y dejando una reputacion europea que algunos autores han pretendido oscurecer en parte, atribuyéndole una crueldad en ciertos actos de su vida que no está justificada, y que regularmente se habrá confundido con la severidad de la disciplina militar. Doria esperimentó muy pocos reveses en su larga carrera, la fortuna le favoreció casi constantemente en cuantas empresas acometió, teniendo tambien la suerte de conocer y destruir á tiempo dos conspiraciones que se tramaron contra su persona, una por el conde Juan Luis de Fiesco, y otra por Julio Cibbo.

DOROTEA (Santa), vírgen y mártir. No debe confundirse esta santa con otra del mismo nombre que fué desterrada por el emperador Maximino, á causa de haberse negado constantemente á condescender con la grosera pasion de este. La que es objeto de las presentes líneas padeció martirio en tiempo de Diocleciano, segun se cree, porque consagrada al culto de la religion cristiana, y habiendo hecho voto de perpetua castidad, se resistió á adorar los ídolos del gentilismo, sin que bastasen á domar su heróica virtud y sublime constancia, los horribles tormentos con que la castigó Fabricio, gobernador de Cesárea. Intentáronse varios medios para reducirla, y entre otros la eleccion de dos mujeres apóstatas que nada lograron. Entonces la condenaron á ser degollada. Ocurrió poco antes de su martirio un suceso milagroso que merece referirse, y que llenó de asombro á sus mismos perseguidores. Caminando al lugar de su suplicio, un jóven pagano, llamado Teofilo, oyó decir á Dorotea que iba á encontrar á su divino esposo Jesucristo. El jóven se echó á reir, y la pidió en tono de mofa y sarcasmo que le mandase flores y frutos del jardin de su desposado. Y, en efecto, Dorotea se los mandó, por disposicion de aquel mismo á quien habia dedicado su amor, su virginidad y su existencia. Este milagro fué causa de la conversion de Teofilo. El cuerpo de Santa Dorotea está en Roma, en el templo que lleva su nombre.

DRACON, primer legislador de Atenas, floreció por los años 624, antes de Jesucristo. Conocido es el nombre de este ciudadano ateniense por la crueldad de las leyes que escribió, desempeñando la dignidad de Arconte, leyes que, segun la enérgica frase del orador Demades, estaban *escritas con sangre*. En el terrible código de este legislador todo se castigaba con la pena de muerte, así las faltas mas leves como los crímenes mas atroces, no esta-

bleciéndose escepcion ninguna en favor de la edad, el sexo, la posicion social, el estado moral é intelectual del delincuente, ni otras muchas circunstancias que son muy atendibles para la recta administracion de justicia. Semejante código era mas digno de un pueblo salvaje, que de la nacion mas civilizada del mundo, ó por mejor decir, era mas propio para tigres que para hombres. Hasta los homicidios cometidos por animales ó cosas inanimadas, tenian su tribunal especial. La legislacion draconiana era, segun Aristóteles, puramente criminal, pues en lo civil no habia hecho Dracon ninguna alteracion. Referirémos ahora el fin de este hombre singular. Al presentarse un dia en el teatro, fué saludado por el público con grandes aclamaciones; y fué tal la granizada de togas y bonetes que le echaron, segun costumbre de aquel tiempo, que el pobre espiró allí mismo, ahogado bajo el peso de un aprecio y estimacion que pudiéramos llamar *draconianos*.

DRAGUT, célebre corsario y almirante otomano. Nació en un pueblo de la Natolia, siendo descendiente de una humilde familia de aquel pais. A su intrepidez, serenidad y astucia, reunia Dragut talentos que empleó con éxito brillante en varias ocasiones contra las armas cristianas y contra ilustres marinos. Agregado primero á un corsario compatriota suyo, hizo varias correrías, y despues se distinguió en diferentes encuentros, al mando de un buque que le habia dado Barbarroja. Nuestras costas y las de Sicilia é Italia se vieron frecuentemente molestadas por la presencia de Dragut, que luego se retiraba á la isla de Gerbos con los prisioneros que hacia, y el restante fruto de sus audaces rapiñas. La fortuna siguió favoreciéndole, su fama se estendia por todas partes, y atraidos por ella, infinidad de piratas le ofrecieron sus servicios. Aumentadas sus fuerzas, como dejamos dicho, se puso al frente de una escuadrilla suficiente ya para resistir un ataque formal; tanto que el famoso genoves Andres Doria no se desdeñó de considerarle como enemigo digno de él. En esta ocasion la suerte fué adversa á Dragut, pues ademas de ser derrotado en un combate naval en Córcega, cayó en poder del vencedor. Encadenáronle como á los demas piratas, y al verle entre los forzados el gran maestre de Malta, Parisot de la Valette, le dijo: «Señor Dra«gut, costumbre de guerra—*y mudanzas de fortuna*» contestó al punto con arrogancia el corsario, que antes habia visto á Parisot esclavo de los musulmanes. Poco despues fué rescatado por tres mil escudos, y continuó sus piraterías por su cuenta, y sin dependencia del sultan, hasta que al fin tuvo que solicitar la proteccion de Soliman el Grande, que le concedió su aprecio y confianza, así por su mérito como por ser encarnizado enemigo de los cristianos, contra quienes combatió infatigablemente. Para dar una idea de los recursos de su activa imaginacion, copiarémos algunas palabras del historiador Brantino, contemporáneo suyo, referentes al ingenioso medio de que se valió para escapar de Andres Doria que le tenia bloqueado, digámoslo así, en la estrecha boca de un puerto de las costas de Berbería, sin mas fuerzas el corsario que una escasa escuadrilla. «Sin embargo, dice el ci«tado historiador, Dragut ideó á sus «solas una astucia, ni militar, ni de «raposa, sino enteramente diabólica. «Juntó toda la gente que pudo, y cuyo «número seria de unos quinientos hom«bres, pagólos perfectamente, y en se«guida con su chusma, soldados y ma«rineros, en una noche sacó sus gale«ras del agua y las puso en tierra, ha«ciéndolas correr sobre unos rodillos «casi una legua, ejecutándolo tan bien «con el ayuda de sus trabajadores, que «arrojadas al agua del otro lado del ca«nal, allí los armó y se rehizo pronta«mente. Andres Doria no supo cosa al«guna hasta que vió con asombro apa«recer á Dragut en plena mar con sus

«galeras; quiso perseguirle, pero ya «era tarde, porque Dragut estaba muy «lejos y en vez de temer al genoves, «apresó casi á su vista una galera que «encontró procedente de Sicilia, y que «conducia víveres y cincuenta solda-«dos al ejército cristiano.» La victoria de Gerbos tan fatal para nuestras armas, se debió al valor y arrojo del célebre corsario, que por espacio de algunos años habia dado tanto que hacer á varias potencias católicas; hasta que al fin murió de resultas de una bala de cañon que le llevó la cabeza, en el sitio de Malta, ocurrido en el año de 1565.

DRIADAS, divinidades de la fábula, cuyo orígen se ignora. Los griegos las creian soberanas habitadoras de los montes y selvas, y por consiguiente protectoras de los árboles, principalmente de las encinas. Segun varios mitólogos, estábales permitido casarse, y su existencia era independiente de aquellos. Otros dicen que se ocultaban bajo la corteza de los árboles, y que por lo mismo estaba prohibido cortarlos, hasta que los sacerdotes declaraban que ya habian las sagradas ninfas abandonado su rústica morada.

DRUSILIA (Julia), hija de Germánico y de Agripina. Nació en Tréveris en el año 15 antes de Jesucristo. Estuvo casada dos veces, siendo su primer marido Lucio Casio, y despues de la muerte de este se unió con Marco Lépido, su cuñado. Fué digna hija de Agripina, y digna hermana de Calígula, por sus vicios y liviandades. Este infame emperador tuvo trato incestuoso con sus tres hermanas, y se dice que se presentaba con ellas en los parajes mas públicos de Roma en las mas obscenas actitudes, siendo aplaudido por el pueblo y el senado. La que escedia á todas en torpeza era Drusilia, y estaba tan ciegamente enamorado de ella Calígula, que viéndose en peligro de muerte de resultas de una enfermedad que le puso al borde de la tumba, la eligió por sucesora suya en el imperio, dejándola ademas todos sus bienes. El cielo permitió que aquel mónstruo recobrase la salud para desgracia del mundo, pero le arrebató con Drusilia lo que mas amaba, si amor podia llamarse aquella pasion criminal, mas propia de un demente que de un hombre cuerdo. Murió, pues, su hermana en el año 38, y con este motivo se entregó Calígula á inauditas estravagancias, en todas las cuales resaltaba su voluntad despótica, como si verdaderamente el dolor le hubiera privado del poco seso que acaso pudiera tener. Mientras duró el duelo fué crímen el reir, el divertirse, el bañarse, el comer reunidos los individuos de una misma familia, y todos los espectáculos públicos se suspendieron. Nada tiene de estraño que quien habia nombrado sumo pontífice y cónsul á su caballo *Incitatus*, convirtiese en diosa á su difunta hermana, con el nombre de *Venus Afrodita*. A esto contribuyó tambien la servil adulacion del senador Livio Geminio, que conociendo cuánto ganaria en la estimacion del emperador inventando una patraña que halagase sus sentimientos, juró que habia visto subir al cielo el alma de Drusilia. Desde entonces todas las ciudades de la Grecia siguieron el ejemplo de veneracion que Calígula tributaba á la imágen y memoria de la nueva Venus, cuyo retrato, bajo las formas y facciones de esta diosa, fué colocado en el Foro. Las medallas que aun se conservan en varios gabinetes numismáticos, contienen algunas inscripciones, en las que se leen los nombres de *Venus Afrodita* y el de *Augusta*, dados á Drusilia por Calígula, que quiso tambien darla el de la diosa Pantea. ¡Magnífico olimpo se formaria con semejantes divinidades!

DRYDEN (Juan). Nació en el año de 1631 en el condado de Northauton, y es considerado como uno de los mejores poetas ingleses. Dióse á conocer por una composicion en verso heróico *á la muerte del último lord protector*

en 1658, pero variaron los acontecimientos y en 1660 saludó con su poema *Astrea redux* la restauracion de Cárlos II. Cuando Jacobo II subió al trono de Inglaterra, Dryden se convirtió al catolicismo, y despues le nombraron poeta laureado, destino que en tiempo de la revolucion recayó precisamente en su irreconciliable enemigo Shadwell. Ha sido muy elogiada la facilidad suma de Dryden para componer; pero este es un don lamentable, y suele ser un indicio de verdadera *esterilidad*, cuando no va acompañado de otras dotes mas esenciales y que son las que constituyen el verdadero mérito. No carecia de estas últimas Dryden, por cuya razon escritores como Pope y Johnson le miran como un escritor insigne en muchos ramos de literatura, habiendo merecido con justicia el título de padre de la crítica en Inglaterra. Las obras completas de Dryden, en las cuales van comprendidas las tragedias, comedias, tragi-comedias, etc., con notas críticas de sir Walter Scott, constan de 18 tomos en 8.° Entre las originales se cuentan las siguientes: *Absalon y Achitofel*, y el *Modelo*, sátiras políticas.—*La Cierva y la Pantera (Hin and Panther)*, sátira político-religiosa.—*Mac Flecknoe*, magnífica sátira contra Shadwell, que sirvió de modelo á la *Dunciada* de Pope.—*Fábulas*.—*La fiesta de santa Cecilia*, oda admirable.—*Ensayo sobre la poesía dramática*, obra crítica que revela su esquisito gusto y atinado criterio.—Citarémos de sus traducciones la de las *Epístolas de Ovidio*.—La de la *Historia de la Liga*, de Maimbourg.—La de *S. Francisco Javier*.—La de *las Herejías* de Varillas.—La de *Virgilio* y la del *Arte de la pintura*, de Dufresnoy. Murió Dryden en 1701.

DUFRESNOY (Madama), célebre escritora, nació en Nantes en 1760. Sus talentos y amabilidad le conquistaron el aprecio y admiracion de las notabilidades literarias y científicas de su tiempo, llegando á ser su casa el centro de una reunion selecta é ilustrada luego que murió su marido, que habia sido procurador del tribunal del Chatelet. La mayor parte de sus obras se distinguen por la delicada sensibilidad, la sencillez y los brillantes rasgos de imaginacion que á cada paso se encuentran en ellas. Las obras de educacion que dejó, revelan la bondad de su corazon, y merecen andar en manos de todo el mundo por sus sanas máximas, que revestidas todas de una forma sencilla, amable, graciosa y variada, penetran insensiblemente en el corazon de la juventud, formándole para la virtud al mismo tiempo que ilustrándole. Las exequias que se celebraron á su muerte, acaecida en 1825, fueron suntuosas, y M. Tissot pronunció un elogio fúnebre sumamente honroso para la virtuosa y popular escritora. Hé aquí los títulos de sus mejores obras: *Armando*.—*El jóven heredero*.—*Opúsculos poéticos*, muy elogiados por La-Harpe.—*Elegías eróticas*.—*Relacion histórica* de los memorables dias 2 y 3 de setiembre.—*El nacimiento del rey de Roma*.—*Elegías y poesías varias*.—*El aniversario del rey de Roma*.—*Biografía de las jóvenes, ó vidas de las mujeres célebres desde los hebreos hasta nuestros dias*.—*La niña casera ó la educacion material*.—*Cuadro del Mundo*, ó *cuadro geográfico é histórico de todos los pueblos de la tierra*.—*Albricias á mi hija* y *los últimos momentos de Bayardo*, cuya obra fué la que mas contribuyó á la celebridad de madama Dufresnoy. En efecto, es un poema lleno de bellezas de primer órden, y fué honrado en 1815 con el premio del Instituto.

DUMOIRIEZ (Cárlos Francisco Duperier). Nació en Cambray en 1739, y aunque principió la carrera militar siendo trompeta de caballería, con el tiempo fué uno de los generales que mas brillaron por sus talentos en la revolucion francesa. A los cinco años de servicio ascendió á capitan, y á

consecuencia de una reforma le dejaron con una pension de 600 libras, pequeño premio sin duda para quien habia cumplido sus deberes con una exactitud y un celo sobresalientes, como lo acreditaban entre otras pruebas mas de veinte heridas que recibió en campaña; pero mas pequeño aun porque nunca llegó el caso de que se lo pagaran. El genio de Dumouriez no podia quedar oscurecido por este contratiempo, y aunque su situacion era muy apurada, no por eso dejó él de cultivar las relaciones con hombres de valía; y adquiriendo con el trato de algunas notabilidades políticas conocimientos y hábitos diplomáticos, se mezcló en algunas intrigas, teniendo á poco que abandonar su patria con motivo de varias desavenencias serias, ocurridas entre él y M. de Choiseul. Dumouriez vino á España, y nuestro embajador en la corte de Francia, que lo era el duque de Osuna, le dió recomendaciones para Madrid, en virtud de las cuales encontró aquí la mas honrosa acogida. Recorrió despues algunos puntos del vecino reino lusitano, y con las observaciones hechas sobre el mismo terreno, escribió dos obras, tituladas la una, *Estado presente de Portugal en el año de* 1766, anónima, y la otra *Sistema de ataque y defensa de las plazas de Portugal*. Él rey de Francia le gratificó con una suma de cuatro mil duros estos trabajos, cuyas copias habia él remitido al duque de Choiseul con quien ya estaba en buena armonía; el gobierno español tambien recibió una copia. En el ejército espedicionario de Francia contra Córcega, desempeñó la comision de deportar á los estados de la Iglesia á los jesuitas españoles, que espulsados de estos dominios se habian refugiado en la espresada isla de Córcega. La comision, como se ve, era delicada en estremo, y otro militar tal vez hubiera abusado de su posicion, pero justo es decir que Dumouriez se condujo con la humanidad que debia esperarse de su ilustracion y generosos sentimientos. En Polonia desempeñó una comision secreta en 1770; y ocho años despues fué nombrado gobernador de Cherburgo por Luis XVI, que recompensó de este modo los talentos que admiraba en él, y ascendido á brigadier por órden de antigüedad. La conducta observada por Dumouriez cuando estalló la revolucion francesa, valió á este el aprecio de los amigos de las reformas igualmente que el de la corte. Dumouriez comprendia que el estado de la Francia de aquella época no podia ser duradero, y que las necesidades del pais no serian satisfechas mientras infinidad de obstáculos y preocupaciones añejas y desacreditadas, se opusiesen al progreso natural de las ideas y las cosas. En su consecuencia se declaró partidario de la revolucion, y fué admitido en la sociedad de los jacobinos, sin que él, á pesar de esto, aprobase ciertos escesos que se avenian mal con su carácter moderado y prudente. En 1791 desempeñó el mando de la segunda division de la Vendée, por encargo del rey; y luego le fué confiado el ministerio de negocios estranjeros, siendo ya teniente general. Su carácter, que en circunstancias normales hubiera sido á propósito para ejercer tan elevado cargo á satisfaccion de todos, en la crítica situacion en que se hallaba la Francia, no podia menos de descontentar á los partidos cuya lucha era á la sazon ardiente, y que no daban oidos á nada de lo que tuviese una tendencia conciliadora. Su existencia ministerial fué pues, transitoria. Conociendo él que aquella situacion necesitaba de otros hombres, presentó su renuncia al rey y le fué admitida. Señalarémos sus principales actos durante este corto período: se declaró por el licenciamiento de la guardia constitucional de Luis XVI, contribuyó á que se declarase la guerra al rey de Hungría y á que se destituyese á los ministros Roland, Servan y Claviere, solicitando la espatriacion de los sacerdotes que no hubiesen prestado el juramento. Su renuncia ministerial le devolvió parte

de la popularidad que habia perdido, asociándose á un gabinete que no llenaba los deseos de la opinion pública; y reemplazando á Lafayette y Dillon en el mando del ejército del Norte, principió su campaña del Argone que tan justa celebridad le ha dado. El ejército prusiano próximo á invadir el territorio frances, constaba de una fuerza cuatro veces mayor que el de Dumouriez, y el oponerle resistencia hubiera sido peligroso, en cuya virtud Dumouriez emprendió una retirada con la cual no solo conjuró el peligro, sino que tuvo tiempo para organizar su ejército. Con sus fuerzas, sin embargo, no podia aventurar aun una batalla y creyó conveniente reunirse con las divisiones de Beurnonville y de Kellerman, como lo verificó, ascendiendo entonces á cincuenta mil el número de sus soldados, ochenta mil era el de los prusianos. El entendido general frances ocupó los desfiladeros del Argone, y merced á sus acertadas disposiciones, el enemigo se vió precisado primero á detener su marcha y luego á retirarse, habiendo mediado antes varias negociaciones, que se creyeron relativas á la muerte de Luis XVI. Uno de los ayudantes de Dumouriez en esta campaña fué el difunto Luis Felipe I, que entonces solo era duque de Chartres. Disipada, como hemos dicho, la tormenta que amenazaba de fuera, la revolucion quedaba mas desembarazada para proseguir su obra. Tamaño servicio valió á Dumouriez la entusiasta acogida que tuvo en la Convencion y en los jacobinos. En seguida emprendió la conquista á Bélgica, de cuyo pais se hizo dueño en solos cuatro dias; derrotó en Jemnapes al ejército imperial, y fué á Paris cuando la formacion del proceso que llevó á la guillotina á Luis XVI. Mucho pudo hacer en favor de este príncipe, si hubiera querido interponer su poderosa mediacion, pero bien fuese por no malquistarse con el partido entonces vencedor, bien porque considerase útil aquel grande escarmiento, es lo cierto que nada hizo, no obstante haber tenido, segun él, deseos de salvar la vida del monarca frances. Despues de la muerte de este volvió al ejército del Norte, destinado á la conquista de Holanda, que encontraba acerba oposicion aun entre los principales jefes del gobierno, por la disidencia de opiniones que reinaba entre ellos. Dumouriez se declaró constantemente, y con mas ó menos energía, contra varias medidas, decretadas por la Convencion, como el secuestro de los bienes eclesiásticos y la confiscacion de la plata de las iglesias de Bélgica; esta oposicion le hubiera privado del mando del ejército, á haberse hallado los comisarios con fuerzas suficientes para obligarle á ejecutar lo dispuesto ó resignar el mando; mas no contando con ellas, prefirieron disimular por entonces, y esperar ocasion favorable en que destituirle. Dióse al poco tiempo la batalla de Nerwinde, y Dumouriez tuvo que huir y replegarse hácia las fronteras francesas, cuando, segun él, pensaba en restablecer la constitucion de 1791. Dumouriez, segun la mayor parte de los datos y antecedentes de su vida política, pretendia elevar al trono á la familia de Orleans, si bien él afirma lo contrario en sus *Memorias*; sea de esto lo que quiera, el mejor juicio que puede formarse acerca de su conducta vaga, difícil de comprender, es que atendió mas á su conservacion que á ninguna otra cosa. La Convencion, sospechando ya de la fidelidad de Dumouriez ó mas bien informada por los activos agentes que siempre tenia el gobierno en los ejércitos, de que aquel general habia entablado negociaciones con el jefe austriaco Mack, le mandó presentarse en la barra á esplicar su conducta, pero Dumouriez desobedeció. Llegaron otros cuatro comisarios á su cuartel general, acompañados de su antiguo amigo Beurnonville, ministro de la guerra, y nada pudieron saber positivamente acerca de los proyectos de Dumouriez, que se mantenia siempre en su irreso-

lucion. Irritaba mucho á los generales el verse contínuamente vigilados y contrariados en sus planes y operaciones por el poder ejecutivo y la Convencion, pero sin esta vigilancia, de que se abusó seguramente en ocasiones, la suerte de la revolucion tal vez hubiera sido otra, por la comun propension de todos los que llegan á ocupar un puesto deseado, á renegar de sus compromisos y juramentos anteriores, bajo pretestos que solo pueden hallar acogida lisonjera en el ánimo de los renegados de todos los partidos. El comisario Camus fué el primero que se atrevió á decirle: «Desde «este momento quedais destituido, ya «no sois general; yo mandaré que no «se obedezcan vuestras órdenes, y que «aseguren vuestra persona. Y ahora «entregadme todos vuestros papeles «y correspondencia para sellarlos.»—«Esto es ya demasiado, esclamó Du«mouriez, á presencia de algunos de «sus oficiales que acogieron con mur«muraciones las palabras de Camus. «Esto es ya demasiado, llegó la hora «de dar fin á tanta desvergüenza», y en seguida mandó arrestar á los comisarios y al mismo Beurnonville.—«Du«mouriez, replicó Camus, con vuestra «conducta perdeis la república. —«Vos sois quien la pierde, viejo in«sensato,» repuso el general. Los comisarios y el ministro fueron puestos bajo la custodia de Clerfayt, que ya desempeñaba esta misma comision con otros personajes á quienes temia Dumouriez. En el manifiesto que por entonces dió este, relativo á su conducta, anunciaba abierta y resueltamente que iria á Paris á destruir la anarquía y restablecer la constitucion del 91; pero en el ejército prevalecian las ideas del republicanismo exaltado, y aunque al pronto se manifestó adicto al general, no tardó en principiar la desercion en las filas. En vano trató de persuadir á los jefes de una columna de voluntarios que se dirigian hácia Condé que se le uniesen y coadyuvasen á sus planes; ya no respondia ningun eco á su voz, y conociendo lo arriesgado que seria esperar á estos mismos voluntarios que le gritaban que se detuviese, ya á unos cien pasos de distancia de él, Dumouriez no quiso retroceder, antes tuvo que huir y pasar un pantano á pié, porque el caballo no queria seguir el camino, mientras que las balas de los voluntarios silbaban á sus espaldas. Por fin, logró salvar su vida en un caballo del criado de su ayudante el duque de Chartres, y con este y un reducido número de oficiales y soldados, llegó á Tournai, no pareciéndole prudente esponerse á volver á su ejército, por hallarse este ya en completa insurreccion. La Convencion le declaró fuera de la ley, y Dumouriez tuvo la desgracia de obtener tanto en Bruselas como en Colonia é Inglaterra, mala acogida, viéndose en la precision de andar errante y de incógnito por espacio de algun tiempo, hasta que se le permitió residir en un pueblo de Dinamarca. En un viaje que despues hizo á San Petersburgo, entregó al emperador Pablo I un plan, cuyas bases principales eran las siguientes: «Las «tropas rusas, sin separarse de la coa«licion, obrarán separadamente. El «emperador de Rusia enviará un ejér«cito de cincuenta mil hombres á Ma«guncia por la Franconia, y en tanto «los austriacos entretendrán á los fran«ceses en Italia, Suiza y el Rhin. En «este intérvalo doce mil rusos unidos á «otros doce mil que están con diez y «ocho mil daneses á sueldo de Ingla«terra, desembarcarán de improviso en «Normandía, que parece estar dispues«ta á declararse en favor de Luis XVIII, «y el ejército desembarcado marchará «rápidamente á Paris, para hacer en «la capital de Francia la contrarevo«lucion.» El plan cuyo resúmen acabamos de ver, mereció altos elogios y la aprobacion imperial, pero no llegó á realizarse por las intrigas cortesanas que mediaron. De San Petersburgo pasó á Inglaterra, en donde en todos los escritos que publicó se mostró enemigo de Bonaparte; á cuya circunstancia

tal vez debiera la considerable pension que en aquel pais se le asignó. Tambien parece que cuando la guerra de la Independencia, mandó á la junta de Sevilla un plan de defensa para España, cuyo territorio le era un tanto conocido por el estudio que de él habia hecho cuando su venida á este pais. Dumouriez no podia olvidar que todo cuanto habia sido lo debia á los principios liberales, por mas que lamentase desórdenes que no siempre es fácil evitar en las revoluciones; opuesto por consiguiente al inicuo sistema de la santa alianza, envió á los revolucionarios de Nápoles un plan de defensa, así como tambien á los heróicos defensores de Cádiz. Cuando murió Dumouriez ya tenia 84 años de edad, y sus restos fueron depositados en la iglesia de Santa María de Henby, junto al Támesis. Las obras conocidas de Dumouriez son las siguientes: *Estado presente de Portugal* (año de 1766).—*Sistema de ataque y defensa de las plazas de Portugal.—Memorias del general Dumouriez.—Vida y Memorias del general Dumouriez.—Galería de aristócratas militares.—Cuadro especulativo de Europa.—Correspondencia del general Dumouriez con Pache, ministro de la guerra, durante la campaña de Bélgica en* 1792.—*Ojeada política sobre el porvenir de Francia.—Juicio de Bonaparte, dirigido por un militar á la nacion francesa y á Europa.—Lecciones de geografía, historia y filosofía, compuestas en Madrid en* 1767.

DUNS (Juan), famoso teólogo y filósofo escoces, conocido mas generalmente por *Escoto* ó *Scoth*, que era su verdadero apellido, ó por el dictado de *Doctor sutil*, que manifiesta bastante bien su agudo ingenio para esplicar hasta los puntos mas oscuros de las ciencias teológicas y de la metafísica. Entró en la órden de San Francisco, siguió sus estudios, y enseñó teología en Oxford, y algun tiempo despues pasó á la capital de Francia, en donde abrió tambien enseñanza. Las acaloradas discusiones de los que en Paris defendian las doctrinas de *Escoto* en contraposicion á las de Santo Tomas, dieron orígen á los dos partidos que entonces se distinguieron con los nombres de *Tomistas* ó *Tomasistas*, y *Escotistas*, siendo jefe de estos últimos Juan Duns. Era *Escoto* hombre dotado de estraordinarias prendas, y se distinguia, no menos por su sutileza, en las discusiones escolásticas, que por la fogosa obstinacion con que defendia las las proposiciones. Las obras de este célebre teólogo constan de doce tomos en fólio, lo cual prueba su maravillosa facilidad para escribir, teniendo en cuenta que cuando murió, que fué en 1308, en Colonia, contaba poco mas de treinta años de edad. Su reputacion de grande hombre se aumentó á su muerte, y es considerado por algunos escritores como el autor de la opinion acerca *de la Concepcion inmaculada de María Santísima;* pero esta opinion ya hacia mas de un siglo que era conocida, como consta por la carta de San Bernardo al cabildo de Leon.

DURERO (Alberto). Nació en Nuremberg, en 1471. Llevado de su inclinacion á la pintura y al grabado, se dedicó al estudio de las obras de los grandes maestros, y viajó para perfeccionarse en su arte por Flándes, Alemania y Venecia. Los progresos que hizo fueron tales, que en su tiempo los pintores, contándose en este número los mismos italianos, le consideraban como modelo. El emperador de Alemania, Maximiliano I, le estimaba muchísimo, y en varias ocasiones le colmó de beneficios, dándole por blasones de la pintura tres escudos de armas. Las palabras que este príncipe dirigió en cierta ocasion á un cortesano, hablando de Alberto, demuestran claramente el gran aprecio que hacia de este insigne artista: «*Me es muy fácil, decia, trasformar á un plebeyo en noble, pero no puedo hacer de un ignorante un pintor tan hábil como Durero.*» Si la

estimacion del público y de los inteligentes proporcionó dulces satisfacciones á Durero, no le sucedió así en el hogar doméstico, cuya paz era contínuamente turbada por el impetuoso y áspero carácter de su mujer, que, segun se dice, era una verdadera arpía. Los disgustos que esta le ocasionó parece que contribuyeron á acelerar el término de su vida, pues su genio era enteramente opuesto al de aquella. Murió en 1528. Los defectos que mas se notan en las obras de Durero, son su poco gusto en el dibujo, la espresion de las figuras no tan noble como debiera, la eleccion no muy acertada de los objetos, y el amaneramiento en la pintura de los trajes, amaneramiento tal, que vestia todas las figuras á la alemana, sucediéndole en esto lo mismo que á Calderon y algunos otros insignes poetas españoles, que en sus obras dramáticas pintaban á menudo las costumbres de su pais, aunque la escena pasara á mil leguas de distancia de España; verdad es que de este achaque tambien solian adolecer otros autores estranjeros. Pero en donde Durero sobresalia como un gran maestro, era en la esmerada correccion, admirable y atinada ejecucion, y en la riqueza de fantasía que se advierten en las estampas y cuadros, siendo los mejores de estos: *La adoracion de los reyes magos.—Una vírgen á quien varios grupos de ángeles coronan de rosas.—Adan y Eva.—El tormento de varios mártires.—Un Cristo en la agonía*, *con todos los instrumentos de la pasion.—Un Crucifijo con muchos mártires en lontananza*, y *un Cristo con la cruz á cuestas*. La obra maestra de este pintor es un Crucifijo rodeado de una gloria, en cuyo cuadro se ve un grupo de papas, emperadores, reyes, etc., con el retrato del mismo Durero, que tiene un cuadrito donde se lee la siguiente inscripcion: *Albertus Durero*, *novicus*, *faciebat anno de Virginis partu*, 1511. De su célebre estampa de San Gerónimo, solo dirémos que difícil es que á pesar de los progresos del arte, se pudiera grabar con mas perfeccion en la actualidad.

E

EACO, hijo de Júpiter y de Egina, y uno de los tres rígidos jueces que sentenciaban á las almas en el infierno mitológico á diferentes suplicios, segun sus acciones durante su vida. Habiendo despoblado una epidemia la isla del nombre de su madre, que gobernaba con una rectitud tan severa que, sin otros méritos, le granjeó la dignidad referida, suplicó al señor del Olimpo transformase en hombres las hormigas de todos aquellos campos, á lo cual accedió el omnipotente dios, llamándose desde entonces los habitantes de aquel pais *Mirmídones*, de Mirmis, su madre, quien convertida por Minerva en hormiga, dió nacimiento á los demas insectos de su especie. No fué esta la última gracia que en ocasiones semejantes concedió Júpiter á Eaco. Envidiosos los mancebos de Atica de Andrógeo, hijo de Minos II, rey de Creta, por quien habian sido vencidos en toda clase de ejercicios durante las fiestas Panateneas, diéronle muerte, mereciendo por aquel horrendo crímen el enojo del padre de los dioses, que en seguida descargó sobre la Grecia entera otro azote terrible. Una general sequía hizo sufrir á aquellos pueblos todos los horrores del hambre, hasta que el recto compañero de Minos imploró la piedad del cielo con espiatorios sacrificios. En el lugar correspondiente hablarémos de los otros dos jueces del infierno que ayudaban á Eaco en sus penosas funciones.

EBBESEN (Niels ó Nicolas). Vivia en el siglo XIV, y era señor de Toerreriis en la Jutlandia. Con razon es llamado el *Bruto dinamarques*, pues libertó á su patria del pesado yugo con que la oprimia un tirano ante quien el pueblo doblaba humildemente la cabeza, viéndose espuesto á toda clase de disgustos y vejaciones. El reino de Dinamarca era en aquella época ciertamente lamentable; pues desmembrado casi todo, podia decirse que ya no existia como estado político, y sus provincias eran presa del primer audaz que tenia fuerza suficiente para contrarestar el poder de otros ambiciosos, que sin mas títulos que su voluntad, se erigian en señores absolutos del territorio que caia en sus manos. La familia real no gozaba mas que un vano título de soberanía, despues de la muerte de Cristóbal II, y todos sus dominios estaban reducidos á algunos castillos en la isla de Lotlandt y la Estonia, dispuesta á declararse independiente. El tiranuelo que mas se distinguia, por su feroz despotismo, de todos los que reinaban en Dinamarca, era el conde Gerardo de Holstein, que dominaba en la Jutlandia y en la Fionia, cuyas provincias tenia en rehenes. El primogénito de Cristóbal II gemia prisionero bajo la autoridad del conde, y á todos estos males se agregaban la peste y el hambre que hacian grandes estragos en aquel desventurado pais. En vano el príncipe heredero habia intentado ocupar el trono de sus mayores; en tan azarosos y revueltos tiempos, no era fácil hacer oir la voz de sus derechos, y la anarquía ganaba cada vez mas terreno. La insoportable tiranía del conde Gerardo, que era tambien el enemigo mas temible con quien habria que luchar, pesaba, como hemos dicho, sobre los infelices habitantes, que, sin embargo, la sobrellevaban resignados, porque no se habia presentado todavía un jefe que los acaudillase para derrocar al audaz conde. Niels Ebbesen, que lloraba en silencio la desgraciada suerte de su patria, resolvió ser el campeon de la restauracion de la dinastía legítima, y elegido jefe de gran número de nobles y ciudadanos que odiaban al autor de tantos desastres, salió á campaña, negándose antes los insurgentes á pagar los tributos, y pu-

so sitio á los castillos del usurpador. Alarmado el conde con este suceso inesperado, y temiendo que se propagase la insurreccion, acudió presuroso á donde mas necesidad habia de su presencia, y reuniendo en poco tiempo un ejército de diez mil hombres, lo llevó todo á sangre y fuego, entregándose al pillaje, sin atender á respetos humanos ni divinos, puesto que los templos tambien fueron saqueados. Juzgándose ya seguro en el seno de sus victorias, llama el tirano á Ebbesen, enviándole un salvo-conducto para que se presente en Rendey. Ebbesen no se acobarda; preséntase con la frente erguida ante el cruel conde, y este le exige imperiosamente que le jure obediencia y homenaje, niégase Ebbesen, declarando que no reconociendo ni estando dispuesto á reconocer la legitimidad de su poder, por ser un poder usurpado y despóticamente ejercido, no doblará ante él la rodilla:—«Jurad, «le dice Gerardo, ó salid desterrado, «y si no quereis, disponeos á morir en «un patíbulo.»—No os temo, conde, «respondió Niels, y no solo no os temo, «sino que aquí mismo os declaro la «guerra, y os juro que en donde quie«ra que os encuentre, os acometeré «personalmente.» La noble audacia de Ebbesen causó grande admiracion al conde, cuyos oidos estaban mas acostumbrados al sonido de las adulaciones, que á aquel lenguaje franco y valiente; por esta circunstancia permitió salir á Niels libremente, y con la esperanza tambien de ver si le podia atraer á su partido con promesas seductoras y honoríficas distinciones. Pero su maldad se estrelló en la firmeza de aquel corazon generoso en que no cabia ningun sentimiento vil y cobarde. El tirano llevaba camino de eternizarse en el poder supremo, y la situacion del pais era cada vez mas lamentable por esta causa y las ya indicadas. No viendo otro medio de libertarlo de su completa ruina, que el de acabar con el principal orígen de tantas desventuras, Ebbesen logró una noche burlar la vigilancia de los centinelas del castillo del conde, en cuya estancia penetró solo, no obstante haberle acompañado en su arriesgada empresa sesenta hombres. Al sentir el conde pasos, despierta en el mayor sobresalto, reconoce á su enemigo, y llama á gritos á sus guardias para que le presten socorro. Esto le perdió, pues tal vez Ebbesen le hubiera propuesto un duelo leal á solas en aquel sitio; pero viendo este que acudian los soldados del conde, y que si él moria, como era de esperar, el pais continuaria como hasta entonces, si es que no sucumbia á tantos desastres, traspasó con su espada el corazon de Gerardo, que espiró á los pocos momentos. Entonces Ebbesen se vió precisado á hacer una resistencia heróica á los soldados cuyas espadas le rodeaban amenazándole con la muerte; pero los conjurados se presentan, y al fin logran salvarse con su intrépido jefe. Al esparcirse la noticia de la muerte, el pueblo recibe con aclamaciones á su libertador, ejecutando terribles escarmientos en todos los que habian contribuido á mantener la tiranía del usurpador. Ebbesen no se detiene un punto, pone sitio al castillo de Skanderbourg, que, aunque defendido valerosamente por los hijos del difunto conde, que acudieron con grandes fuerzas, al fin cayó en poder de los partidarios de Ebbesen, porque este quedó muerto en el campo de batalla, así cómo tambien los dos hijos de Gerardo, cuyo ejército fué completamente derrotado. Este acontecimiento, memorable en los anales de aquel pais, allanaba el camino del trono á Waldemaro, hijo de Cristóbal II, que despues reinó con el nombre de Waldemaro IV, el *Restaurador*, así llamado porque acabó con todos los enemigos que se oponian á la posesion de sus legítimos dominios.

ECO Y NARCISO. La primera, hija del aire y de la tierra, era una ninfa, á quien la fábula da por habitacion los bosques y montañas. Condenóla Juno á

repetir la última sílaba de cuantas palabras llegaban á sus oidos, para castigarla por los cuentos que forjaban para zaherirle á ella, aunque otros dicen que lo que la implacable reina del Olimpo castigó en la pobre muchacha, no fué tanto su insolente inventiva, como su indiscrecion en referir las anécdotas mas picantes de su vida. La causa de haberse retirado la festiva ninfa á los ocultos ó apartados lugares, que, como se ha dicho, habitaba, fué el desden con que pagó su amor el necio Narciso. Era este un mancebo de estraordinaria hermosura, pero tan prendado de sí mismo, que á nadie podia amar, no hallando en toda la tierra objeto mas digno de su adoracion que su propia persona. Preguntó un dia su madre á un adivino cuál seria la suerte de aquella singular criatura: «Vivirá muchos años, respondió el sábio, si jamas llega á verse.» El tiempo demostró cuán acertado habia andado en su prediccion, como verémos mas adelante. Digamos en tanto cómo Eco, enamorada perdidamente de él y sin poder declararse á causa de la cruel sentencia de Juno, se compuso para descubrirle su pasion en la primer ocasion que tuvo. Perdióse un dia el galan mancebo en un espeso bosque, y para que sus compañeros le buscasen, ó dar él con ellos, empezó á llamarlos con grandes voces. Oyólas la ninfa, y, segun su costumbre, repitió las últimas sílabas, de aquellas que le parecieron mas á propósito para conseguir su objeto. Como rara vez entendimiento y hermosura se dan la mano, y resplandecen en un mismo sugeto, y esto no hay para qué probarlo, fuéle preciso añadir las obras á las palabras para hacerse entender, y saliendo de entre los árboles que la ocultaban, tendió los brazos á Narciso, que como si temiese que su contacto solo borrase ó quitase alguna parte de perfeccion á sus formas, la rechazó con enfado, esclamando: «¡Aparta! ¡no, no puedo amarte!,» y desapareció en la espesura, volviendo á cada paso la cabeza á ver si la atrevida ninfa le seguia, en cuyo caso la romana Lucrecia, suponiendo que estos sucesos fuesen posteriores á su época, habria hallado quien imitase su heróica resolucion en el sexo mismo á que pertenecia el robador de su intachable honra. Avergonzada la pobre Eco, que por lo visto no estaba acostumbrada á semejantes desaires, resolvió no salir de los sitios testigos de su afrenta, de temor de que los hombres le echasen en cara su liviandad, y se burlasen de sus mal pagadas amorosas ansias. Escondida en las grutas, triste y sola, su belleza se marchitó, sus ojos fueron apagándose; las carnes, que eran envidia de la nieve misma por su blancura, convirtiéronse en secos y amarillos huesos. Estos se consumieron tambien despues, y Eco, la decidora Eco, fué solo un espíritu errante, una voz que todavía vaga por los desiertos, respondiendo á los pasajeros en el silencio de la siesta ó entre las sombras de la noche. Pero Narciso pagó bien cara su crueldad. Ocupado en perseguir á las fieras por las selvas, jamas se le habia ocurrido mirarse detenidamente en el cristal de los rios ó arroyos en que se paraba á templar la sed, por no dejar sin duda momento de descanso á sus veloces enemigas. La fatiga le condujo una mañana á la orilla de una fuente de transparentes aguas, que así que inclinó la cabeza, le retrató con tal perfeccion, que obligó al mancebo á mirarse, á detenerse y recrearse en su imágen. Hasta entonces no habia tenido idea de su belleza mas que por las alabanzas de sus compañeros ó el amor de Eco; pero ahora se veia, ahora admiraba la brillantez de sus largos cabellos, el agradable color y delicadeza del rostro, el blanco y bien formado pecho, los nevados y no menos vigorosos brazos; en una palabra, la mas completa y varonil belleza que jamas habian contemplado sus ojos, ni compuesto ó imaginado su fantasía. Mientras se miraba, cada vez mas embebecido, el sol se inclinó al ocaso, la luna tuvo tiempo de

bañar la cima de los cercanos montes, el alba despertó á las aves que en los vecinos árboles se habian ocultado, el astro del dia volvió á lucir en el Cenit, bajó otra vez la noche, brilló el lucero matutino, brilló el de la tarde, y brillaron tantas veces, que el suspenso jóven, indiferente á todo lo que á su alrededor pasaba, nunca cansado de verse y admirarse, fué poco á poco muriéndose como Eco, con gran dolor de las ninfas de aquellos lugares, testigos de su fin, y de aquellas que tristemente repetian los lamentos de sus antiguas compañeras. Mas feliz Narciso que su amante, se cambió en una flor, que aun lleva su nombre; pero flor ó ser humano, siempre se inclina hácia el agua para mirarse.

EDGAR, duodécimo rey de Inglaterra. Fué hijo de Edmundo I, de la rama sajona, y los ingleses rebelados contra su hermano, le colocaron en el trono cuando apenas contaba 16 años de edad; aunque entonces solo se le dió la soberanía de las provincias del norte. Cuando murió su hermano Edwy, que fué en 959, entró en posesion de toda la monarquía. Si este príncipe no se hubiera entregado á ciertas costumbres licenciosas, que nada absolutamente tenian que ver con el gobierno de sus estados, su nombre se recordaria siempre como uno de los pocos dignos de grata memoria; porque reorganizó la marina y fomentó su aumento, estableció una disciplina severa en sus tropas, combatió felizmente contra los belicosos vecinos los nortumbrios, escoceses y otros enemigos, colmó de beneficios á las iglesias, fué liberal, generoso, justiciero, y contuvo en tales términos en el deber á los reyezuelos tributarios de las islas inmediatas, que, segun se refiere, queriendo un dia visitar una abadía, y teniendo que hacer el viaje por agua, obligó á ocho de aquellos príncipes á remar para conducir su barca. Pero sus costumbres, como hemos indicado, eran licenciosas. En una ocasion sacó de la soledad del cláustro á una monja llamada Editha ó Wilfrida, con ánimo de satisfacer sus deseos impuros, aunque tuviese que recurrir á medios violentos; pero sabiendo el hecho San Dunstan, le condenó á andar siete años sin corona. Despues de algunos años se casó con Elfrida, hija única y heredera de Olgar, conde de Devonshire; pero antes de efectuarse este enlace ocurrió un suceso curiosísimo, y fué el siguiente: Entre los cortesanos de Edgar habia uno llamado Etelwold, que gozaba de la confianza completa de su príncipe, en términos, que este no dudó en darle una comision importantísima, relativa al enlace que proyectaba con la espresada Elfrida. Era la jóven heredera de Olgar un prodigio de hermosura, segun la fama; y deseoso el rey de averiguar si en efecto eran las perfecciones que poseia tales, cuales contaban todos los que la habian visto, envió á Etelwold para que por sus propios ojos se informase de la verdad. El favorito del monarca ingles salió á desempeñar su encargo, se presentó en el palacio del conde de Devonshire, y tuvo ocasion de admirar repetidas veces la belleza de Elfrida, no exagerada ciertamente por la voz pública. La primera impresion fué suficiente para que Etelwold quedara ciegamente enamorado de la ilustre dama, y deseando la posesion de su mano á toda costa, escribió á Edgar que aquella no era ni sombra de lo que la habian pintado, que sus imperfecciones eran muchas, y que por lo tanto renunciase á la ilusion que pudiera todavía acariciar su mente, al mismo tiempo le pedia su consentimiento para casarse él con Elfrida, puesto que la colosal fortuna de esta, compensaria en parte la hermosura que la faltaba. El príncipe no vaciló en otorgarle su permiso, en la inteligencia de que le habia dicho lo cierto. Pero como todos le siguiesen afirmando que la belleza de la hija de Olgar era incomparable, y que Etelwold habia abusado de su confianza, el rey determinó informarse personal-

mente de la verdad de los hechos; vió á Elfrida, y entonces descubrió toda la perfidia de su antiguo confidente, porque la belleza de esta jóven fué para él mayor aun vista que imaginada. Desde aquel momento se propuso Edgar vengarse de Etelwold, á quien asesinó poco despues en una cacería, casándose luego él públicamente con Elfrida. Murió Edgar en el año de 975, y en su tiempo fijaron su residencia en Inglaterra infinidad de estranjeros, á quienes colmó de beneficios, y cuyas luces, industria y riquezas contribuyeron á la prosperidad é ilustracion de su reino. Las frecuentes y bien organizadas batidas que, durante su reinado, se hicieron contra los lobos que causaban grandes estragos, libertaron al pais de ellos; y el tributo de dinero que pagaban los príncipes de Gales, fué satisfecho en lo sucesivo mediante una entrega anual de trescientas cabezas de aquellos animales monteses.

EDIPO. La antigüedad, fecunda en maravillosos acontecimientos, ha prestado á la musa trágica digno ó interesante asunto, inventando ó quizas narrando solo las estraordinarias aventuras y desgracias del célebre hijo de Layo. Todavía no habia visto la luz este, que por sus crímenes seria uno de los mayores mónstruos del mundo, si la invisible mano del destino no le hubiese impelido á cometerlos, cuando el rey de Tebas, viendo en cinta á Jocasta, su esposa, consultó sobre la suerte del fruto de su amor al oráculo de Delfos, cuya respuesta, interpretada y acompañada de las mas espantosas contorsiones y destempladas voces por la Sibila, dejó á entrambos aterrados. Aquel hijo aun no nacido, y por quien sin embargo manifestaban ya el mas vivo interes, debia ser el asesino de su padre, el esposo de su madre misma. ¿Podian ellos, míseros mortales, oponerse á la voluntad de los dioses? Sin duda lo creyeron posible cuando, no bien el futuro criminal abrió los ojos á la luz del mundo, se lo entregaron á uno de sus servidores, para que en conveniente lugar le diese sangrienta muerte. La compasion hizo quebrantar las órdenes de sus reyes y señores al criado, que así que se alejó de la ciudad, dirigióse hácia un espeso bosque, en el fondo del cual ató por los piés á la criatura, y la colgó de un árbol, partiendo en seguida á dar á los crueles padres la falsa noticia de la muerte de su hijo. La casualidad ó el destino condujo á aquellos sitios á Torbas, mayoral de los ganados de Polibio, rey de Corinto, el cual compadecido tomó al niño en sus brazos, y se lo llevó á la reina, que le adoptó y dió el nombre de *Edipo*, palabra griega que equivale al *de los piés hinchados*. Manifestó este desde sus primeros años una audacia y una altivez sin límites. Muy mozo era todavía cuando, deseando saber su suerte, acudió al oráculo. No menos aterrado que sus padres, así que oyó su respuesta, huyó de Corinto, creyendo ser hijo de Polibio, para evitar los males que le amenazaban, solo, sin guia, sin objeto. En el camino, en un sendero estrecho y de difícil paso, preséntasele un anciano montado en un carro con su escudero. ¡Atras! le grita con altanería; irrítase el mancebo, amenázanse ambos, el criado corre á defender á su señor, y cae muerto. El anciano salta entonces del carro con la espada desnuda; su valor es grande, pero la edad ha debilitado su brazo: Edipo, vencedor, sigue adelante, hollando el sangriento cadáver de su contrario, y una parte de la funesta prediccion se ha cumplido: aquel viejo, ya inmóvil y sin vida, era Layo, su padre! Creon, antiguo rey de Tebas, volvió á empuñar las riendas del gobierno. Un mónstruo llamado Esfinge, con rostro de mujer, cuerpo de leon y garras de águila, habitador de una honda y espantosa cueva del monte Citeron, era á la sazon terror de aquellas tierras y verdugo de los viajeros, á quienes salia al paso, proponiéndoles estraños enigmas, de cuya solucion pendia su

existencia. Segun el oráculo, aquel que los adivinase, le daria muerte; pero hasta entonces no debia tener término tan terrible azote. Ofreció Creon al que llevase á cabo esta empresa su cetro y la mano de la viuda de Layo; pero ninguno de los héroes de la Grecia osó acometerla. Un aventurero desconocido se presenta por último: era el audaz y ambicioso Edipo; va á buscar á la Esfinge, y la halla; el mónstruo le pregunta: «¿Cuál es el animal que anda en cuatro piés por la mañana, en dos al mediodia, y en tres á la tarde?—El hombre, responde el hijo de Layo, que en su infancia se sostiene sobre los cuatro remos, sobre sus piernas despues, y en su vejez se apoya en un báculo.» La Esfinge, vencida, espira, y el aventurero vése dueño de una corona y esposo de una reina. A estos estraordinarios sucesos siguió, cuando ya Jocasta era madre de Eteocle, Polinice, Ismenia y Antígona, una peste que obligó á los tebanos á consultar al oráculo. Entonces supieron que aquella nueva calamidad era un castigo del cielo, indignado por la impunidad en que habian dejado el asesinato cometido en la persona de su soberano. La venda cae por fin de los ojos de Edipo, que desesperado se arranca los ojos, y abandonado de todos, conducido y acompañado solo de su hija Antígona, se refugia en un monte á las inmediaciones de un pueblo del Atica. Menecio, hermano de Jocasta, va allí á ofrecerle la corona, y él declara que ha renunciado para siempre al trono y á su patria; y mientras en Tebas arde la discordia, escitada por sus hijos Eteocle y Polinice, dirígese á Atenas, donde hospitalariamente le recibe Teseo, rey de la ciudad; consulta por última vez el oráculo, que le anuncia que morirá en Colona, y que los atenienses triunfarán de sus enemigos todo el tiempo que allí se conserven sus cenizas, y parte á buscar la muerte en el lugar que le indican los dioses. Teseo y la fiel Antígona salen tras él, y le hallan en un bosque, cubierto con un sudario, salpicado con la sangre de una víctima que acaba de inmolar á las deidades infernales. Edipo abraza á su hija, y la manda alejarse; la desdichada obedece, y los dos reyes, sentados en una piedra á la sombra de los gigantescos árboles del bosque, se despiden para siempre, despues de haber encomendado el de Tebas al que lo era de Atenas á sus dos hijas, huérfanas y sin amparo. A esta tierna y solemne despedida, segun los historiadores, puso fin un nuevo prodigio. Cubrióse el cielo de negras nubes, sonó un pavoroso trueno, y la tierra estremecida se abrió, dando sepultura al desventurado monarca, autor involuntario de tan horribles crímenes. Los mitólogos no han fijado aun la morada á que bajó su espíritu; unos le colocan en el Tártaro, y otros en los Campos Elíseos.

EDUARDO, príncipe de Gales. Nació en 1330, fué hijo de Eduardo III, y es mas generalmente conocido con el nombre de *Príncipe Negro*, porque llevaba siempre una armadura de este color. Fué uno de los príncipes mas cabales de su tiempo, así por su celebrada intrepidez, como por sus virtudes y conducta irreprensible en su gloriosa carrera. Comenzó esta á los quince años de edad, y se halló en Francia con su padre, dando ya entonces señaladas muestras de valor heróico en la batalla de Crecy, en que Felipe de Valois fué completamente derrotado, no obstante llevar un ejército de cien mil franceses, y constar el de los ingleses solo de treinta mil hombres. Investido Eduardo con el ducado de Guyena, y encargado del mando general de las posesiones inglesas en Francia, invadió el Languedoc, tomó por sorpresa varias poblaciones importantes, como Carcasona y Narbona, penetró con sus armas vencedoras, por el Quercy, el Lincosin y el Berry, con ánimo de pasar luego á Normandía, cuyo proyecto no le fué posible llevar á cabo. Disponíase ya el *Príncipe Negro* á emprender una reti-

rada hácia la Guyena, pero como distinguiese al ejército frances, fuerte de sesenta mil hombres, bajo la conducta del rey Juan, no le quedó otro arbitrio que aceptar la batalla, que se dió cerca de Poitiers, con tan buena fortuna, que ademas de vencer al enemigo, hizo prisionero á aquel monarca y á uno de sus hijos. Tan rápidas y considerables victorias dieron á Eduardo una celebridad justamente merecida; porque su serenidad y valor en los combates, las sábias órdenes que dictaba, propias de un general consumado, y la generosidad que usaba con los vencidos, al contrario de otros *héroes* que suelen insultar y escarnecer á la desgracia, todo esto hacia que se le mirase como un príncipe digno de ser imitado. Despues de la batalla de Poitiers, Eduardo salió de su tienda á recibir á su régio prisionero, y lejos de manifestarse engreido con tan señalado triunfo achacándolo á sus talentos, lo atribuyó á los trances de la guerra, así como tambien la desgracia del monarca, á quien colmó de respetos y afectuosas atenciones. Los Estados se negaban á dar por el rescate de su soberano las provincias que el ingles le exigia, por cuyo motivo el príncipe negro adelantó sus tropas hasta Paris; sitió á esta capital; tres años despues firmó la paz en Bretigny, con el Delfin, en virtud de la cual se le garantizaba la soberanía de las provincias inmediatas á la Guyena, y tomando el título de príncipe de Aquitania, estableció su corte en Burdeos. Arrojado del trono de Castilla, el rey don Pedro, por su hermano el bastardo de Trastamara, Eduardo socorrió al primero en varias ocasiones, señalándose en todas ellas de la manera mas brillante. Murió en 1376, dejando dos hijos, uno de los cuales subió mas adelante al trono de Inglaterra, con el nombre de Ricardo II.

EDUARDO II, rey de Inglaterra. Nació en 1284, y fué el primero á quien se dió el título de Príncipe de Gales, que desde entonces llevan los primogénitos de los reyes de aquella nacion. Sucedió á su padre Eduardo I en 7 de julio de 1307. Las bellas cualidades que desde tierna edad distinguian á Eduardo, fueron en gran manera viciadas por su favorito Gaveston, que abusando de su confianza, en vez de educar su tierno corazon en las virtudes que debe poseer un monarca para conquistar el amor de los pueblos, le aficionó á los vicios preparándole el camino de su perdicion. Ya antes de morir Eduardo I, habia castigado á su hijo encerrándole en una cárcel pública y privándole de la perniciosa compañía del favorito, que fué desterrado de Inglaterra por decreto del Parlamento, á causa de varios escesos cometidos contra algunos prelados. Faltas eran estas disculpables en cierto modo, atendiendo á sus pocos años y á los malos consejos de Gaveston; así es que Eduardo comenzó á reinar bajo los mas favorables auspicios, esperando el pueblo ingles que el tiempo y la nueva posicion del príncipe obrarian un cambio feliz en su conducta, poseyendo aquel, por lo demas, prendas apreciables. Pero desgraciadamente no sucedió así, y todas las esperanzas quedaron defraudadas, porque no bien se vió libre Eduardo, y absoluto dueño de su voluntad, volvió á llamar á su lado á Gaveston, no obstante haber prometido á su padre en los últimos momentos de su vida que nunca mas le dispensaria su amistad. No solo le llamó, como acabamos de manifestar, sino que, como si se hubiera propuesto hacer escarnio de la opinion pública, claramente espresada contra el principal autor de su perdicion, le colmó de honores y mercedes, y con el título de conde de Cornuallis, le concedió la mano de su sobrina, la hija del de Glocester. Durante el viaje que emprendió para celebrar su matrimonio con Isabel, hija de Felipe el Hermoso, rey de Francia, dejó Eduardo como regente del reino á Gaveston, que ejercia en su débil ánimo una influencia absoluta.

La reina Isabel no podia menos de mirar con indignacion el imperio del favorito, que era quien verdaderamente gobernaba. En tanto se iba formando una liga para derrotarle, en la cual entraron muchos personajes de la primera nobleza de Inglaterra, y reunido el Parlamento fué otra vez desterrado Gaveston, con no poco sentimiento del rey, que para dulcificar un tanto la suerte del privado, le nombró virey de Irlanda, dándole otras muchas pruebas de afecto y colmándole de riquezas. Poco duró el llamado destierro, porque Eduardo, como si le faltase el alma, faltándole el favorito, ganó á fuerza de honores, empleos y crecidas sumas, á los que mas odiaban á este, en términos, que cuando Gaveston volvió, el mismo Eduardo fué á recibirle en Chester, haciendo que el Parlamento le autorizase para reponerle en todos sus empleos. Semejante conducta acabó de irritar á los grandes del reino, quienes tomando las medidas de seguridad que creyeron útiles, pidieron al Parlamento un decreto ú órden para ejercer la autoridad del rey y de la Asamblea, y el destierro perpétuo del Gaveston. El artículo relativo á esto último fué el que mas disgustó á Eduardo; pero como no se conceptuaba bastante fuerte para resistir á los enemigos poderosos que se le presentaban, tuvo que firmar en 1310 un acta autorizando la formacion de una especie de junta ó comision de gobierno, que ejercia sus veces hasta el dia de San Miguel del año siguiente. Eduardo sancionó todos los actos de dicha comision obligado por las circunstancias, pero al propio tiempo protestó en secreto contra todas las disposiciones de la misma. Hallándose en Yorck, llamó por segunda vez á Gaveston, creyendo que al fin se cansarian los barones de hacer la guerra á este; pero sucedió todo lo contrario, porque indignados aquellos al ver la mala fe del monarca que quebrantaba con grande escándalo sus sagrados juramentos, renovaron la liga, contando con el pueblo que estaba á su favor y con el clero que, por su parte, contribuyó tambien á la empresa que meditaban. Perseguido el rey en Newcastle, tuvo que embarcarse con su favorito, á quien dejó en la fortaleza de Escarbourough; y él regresó con ánimo de reunir fuerzas para combatir y vencer al enemigo. Tan aborrecido era Gaveston, que cuando los insurrectos dieron con él le degollaron; y aunque Eduardo juró en un momento de cólera acabar con todos los principales motores y sostenedores de aquella empresa, despues les concedió perdon, siguiéndose de aquí la paz de que habian carecido durante el despótico favoritismo de Gaveston. En seguida penetró en Escocia al frente de un formidable ejército, que fué completamente derrotado en la memorable batalla de Bannockburn, cerca de Stirling; y á consecuencia de este funesto reves, tuvo que huir por mar á Berwick. A estos desastres siguieron otros muchos, y á ellos se agregó el azote del hambre, de suerte que la situacion de Inglaterra no podia ser mas lamentable. Tomas, conde de Lancaster, que era el jefe de la Liga, y los barones de su partido, reclamaron la ejecucion de sus decretos; el monarca á quien no habian querido seguir en su fatal espedicion contra los escoceses, no viendo otro medio para adelantar sus negocios accedió á los deseos de los coligados, y Tomas se puso á la cabeza del consejo, no sin que se recelase que tenia comunicaciones sospechosas con el enemigo. Aun no escarmentaba Eduardo con las lecciones amargas de la esperiencia, y en vez de escuchar una vez la voz de la razon, eligió un nuevo favorito que reemplazase á Gaveston; este favorito fué el noble jóven Hugo Spencer, no menos vicioso que el que le habia precedido en la confianza del monarca. La injusticia cometida por este solo con el fin de estender los inmensos dominios de Hugo, á quien habia dado la mano de su nieta, volvió á encender el descontento

general, los insurrectos amenazaron á Eduardo con la muerte de su ministro y la desobediencia á la regia autoridad, en el caso de que no alejase de su lado al favorito, cuyas tierras asolaron con vengativo furor, así como tambien las del padre de este último. La contestacion del rey al atrevido manifiesto, estaba limitada á decir que no hacia ánimo de desterrar á los Spencer, ni necesitaba justificarse. Tamaña insolencia, en tan débil carácter, no podia menos de escitar la ira de los descontentos, que penetrando en Lóndres se presentaron al Parlamento, y obtuvieron todo cuanto deseaban. Los Spencer fueron, pues, sentenciados á destierro perpétuo, sus bienes confiscados, y el rey tuvo que dar una amnistía, ó por mejor decir, una especie de retractacion de cuanto habia ejecutado, al mismo tiempo que una aprobacion de los actos de los descontentos. Despreciado el monarca por su conducta censurable y por la ligereza con que frecuentemente juraba lo que no habia de cumplir, nadie se cuidaba de atacar su autoridad, llegando el caso de negar el propietario de la quinta de Leed, á la reina misma la entrada en dicha posesion, y de matar á algunas personas de la régia comitiva. Sábelo Eduardo, y despues de castigar al ofensor, llama otra vez á Hugo Spencer, á quien dió parte de los bienes de Lancaster y de otros muchos grandes del reino que vencidos en Bucton fueron decapitados. La insolencia de Eduardo llegó entonces á su colmo, y la de su privado no tuvo límites, juzgando uno y otro que ningun acontecimiento humano turbaria ya nunca su dicha, la cual descansaba ciertamente en muy frágiles cimientos. La enemistad de la reina con los Spencer, y la pasion que la inspiró el baron de Mortimer, jóven de las cercanías del pais de Gales, contribuyeron á que Isabel se asociase á una conspiracion contra la persona de su marido. Hallábase entonces esta princesa en Paris, á donde habia ido con el fin de orillar ciertas desavenencias ocurridas entre su hermano Cárlos el Bello y su esposo. Para que la conspiracion diese los resultados apetecidos, llamó bajo un pretesto á su hijo Eduardo á la capital de Francia, y como el monarca de Inglaterra no accediese á sus deseos de que los Spencer fuesen desterrados, desembarcó en este último pais al frente de algunas tropas auxiliares, con las cuales, las del rey que la sostuvieron, y el crecido número de descontentos que al punto se alistó bajo sus banderas, reunió muy pronto un respetable ejército. Acosado Eduardo por todas partes, mal recibido por do quiera, á causa de la proteccion que seguia dispensando al favorito, contra quien se levantó un clamor general, se vió en la triste precision de huir á Bristol, de pasar despues al pais de Gales, y por último á Irlanda, pero ya hasta los elementos se declaraban contra él, pues rechazado por los vientos á las costas de Inglaterra, tuvo que esconderse en los montes, en donde no tardó en ser descubierto con Hugo Spencer. Este y su padre fueron decapitados, juntamente con las personas que les habian sido fieles, y el rey, encerrado sucesivamente en los castillos de Monmouth y Kenilworth, fué destronado en 14 de enero de 1327, sucediéndoles su hijo Eduardo. Este no queria aceptar la corona mientras su padre viviese, á no renunciarla el primero espontáneamente; pero los diputados lograron del anciano monarca el consentimiento. La vengativa reina no fué, ni permitió nunca que su hijo fuese á ver al destronado rey; cuya circunstancia llegó á noticias del pueblo, en quien el infortunio de su antiguo señor habia escitado la compasion, olvidando con hidalga generosidad los agravios recibidos, y en quien se notaban síntomas de descontento hácia la reina; el mismo Lancaster, á quien estaba confiada la custodia de Eduardo, se mostró sensible y compasivo, y sospechando Isabel que el conde trataba de poner en libertad al augusto prisionero, fué relevado de su cargo,

que luego desempeñaron lord Berkeby, y los caballeros Mautravers y Gournay. El odioso carácter de los dos últimos se reveló bien á las claras cuando al conducir al monarca de Bristol al castillo de Bekerley, mandaron llevar agua fria y cenagosa de un charco para que se afeitase. El rey pidió otra, pero se la rehusaron brutalmente, y entonces Eduardo no fué dueño de contener las lágrimas de dolor que se agolpaban á sus ojos, al verse tratado de esta suerte. El vil amante de la deshonesta reina, el favorito Mortimer, temió que la indignacion popular estallase antes de morir Eduardo, en cuyo caso podrian las cosas tomar un aspecto nada halagüeño para su seguridad é intereses, y así se propuso acabar cuanto antes con aquel príncipe que, mientras tuviese un resto de su vida, seria su contínua pesadilla. Al efecto, comunicó con el mayor sigilo, las órdenes oportunas á dos infames encargados de vigilar al primero, á quien estos sorprendieron enfermo en su propio lecho, y tapándole la boca para sofocar sus gritos, le ataron de piés y manos á la cama y, segun los historiadores, le metieron en las entrañas una barra de hierro encendido. La horrible intensidad del dolor hizo que el desventurado monarca pudiese dar algunos gritos, á los cuales acudieron las gentes del castillo que presenciaron parte de los tormentos de tan inaudito crímen. ¡Tal fué la suerte desgraciada de este príncipe, que desoyendo el justo clamor de sus súbditos, tuvo la flaqueza de dejarse dominar siempre por inícuos favoritos, cuyos funestos consejos causaron su ruina y desastrosa muerte!

EDUARDO V, rey de Inglaterra. Fué hijo de Eduardo IV, y subió al tróno á los once años de edad, reinando solo dos meses. Ricardo duque de Glocester, tio y tutor de Eduardo y de Ricardo su hermano, duque de York, era uno de esos hombres ambiciosos, que para lograr sus intentos no se detienen ante ningun obstáculo, y son capaces de cometer los crímenes mas odiosos é inhumanos. Pretendia Glocester apoderarse del trono, y reinar solo, y para ello no encontró en la ciega pasion que le arrastraba, medio mas espedito que asesinar á los dos tiernos príncipes sus sobrinos. Dictó las disposiciones que creyó mas conducentes al efecto, y encerrados los inocentes niños en la Torre de Lóndres, fueron muertos en el año de 1483. Quedaba, sin embargo, la infeliz madre; y para inutilizar á esta la acusó de mágia, apoderándose por último de aquella apetecida corona manchada de sangre, y que en la hora de los remordimientos debia abrasar la cabeza del infame tutor como si fuese de hierro candente. Durante el reinado de Isabel se llenó de prisioneros la famosa Torre, con cuyo motivo hubo que utilizar algunos calabozos, que hacia tiempo no servian y se hallaban tapiados; y en uno de ellos, cuya puerta se echó abajo, se encontraron en una cama dos esqueletos de niños con un cordel al cuello. Estos dos esqueletos eran los de los desgraciados hijos de Eduardo IV. La puerta fué nuevamente tapiada de órden de Isabel, hasta que en tiempo de Cárlos II, la abrieron otra vez y depositaron los cadáveres en Westminster. En cuanto á Glocester, no gozó por mucho tiempo del fruto de su bárbara usurpacion, porque despues de haber atraido por su crímen la pública execracion, fué vencido y muerto en la batalla de Rosworth que le presentó el duque de Richemond.

EGICA (Flavio), trigésimo tercero rey de los godos, principió á reinar por renuncia de su suegro el dia 15 de noviembre del año de Cristo 687, reinó quince años, los diez solo, y los cinco con su hijo Witiza y murió en el de 701. La venganza no se apaga con los beneficios, antes se enciende mas, porque se juzgan por precio vil de la injuria y que con ellos se compra el honor. Esta doctrina se confirma con el

ejemplo de Flavio Egica, á quien no bastaron los beneficios del rey Ervigio, su suegro, á dejarle obligado y agradecido, porque como sobrino de Wamba (si ya no era hijo) y pretendiente de la corona por ser nieto del rey Chindasvinto, tenia por cierta la voz vulgar de que Ervigio habia envenenado á Wamba y hecho firmar la cesion del reino, estando fuera de sí, porque no le parecia verosímil que Wamba se hubiese olvidado de su misma sangre y de la reputacion de su nacion, eligiendo por rey á un griego. Atribuia á razon de Estado y no á amor el haberle entregado el cetro, cuando ya no podia gozarle mas, sabiendo bien que estaba tan inclinado á su persona el pueblo, por la buena memoria del gobierno de Wamba, que no habria consentido otra renuncia á favor de sus hijos. Con estos motivos dicen algunos historiadores que castigó severamente á los que habian sido cómplices en el veneno dado á Wamba; lo cual parece que contradice á la sentencia que dieron los padres en el concilio Toledano, de la cual no consta haber sido alguno culpado en aquel accidente, antes pasaron tan ligeramente por él que parece le tuvieron por natural. Puede ser que despues se descubriese haber nacido de veneno dado por alguno de los que habian sido cómplices en la rebelion pasada, y en este caso debe ser alabado Egica, porque es obligacion de los reyes castigar los desacatos hechos á las personas reales, aunque hayan dejado de reinar, porque la dignidad siempre es una y la venganza de las injurias del antecesor es seguridad del sucesor, y una recomendacion á los que despues le sucedieren. No habria cetro seguro, si lo que se pecó en el gobierno pasado no se castigase en el presente. Escriben tambien, que en ódio de Ervigio su suegro, repudió Egica á la reina Cixilona, y que estas demostraciones eran por estimulacion de Wamba, creyendo que si bien disimuló sus afrentas, no depuso jamas las sospechas de que Ervigio fué autor de ellas y que secretamente fomentaba las iras de Egica. Habiendo, pues, de arbitrar en estas cosas, porque mas se sacan de ilaciones que de fundamentos seguros, parece mas verosímil que el divorcio no fué en ódio de Ervigio, sino porque siendo Cixilona sobrina suya, hija de su primo hermano Ervigio, le avisaria alguno que aquel grado era prohibido por los sagrados cánones, y que debia apartarse de su mujer hasta que tuviese dispensacion del papa; punto ignorado de muchos en aquel tiempo, y esto se confirma con que despues volvió á cohabitar con la reina y tuvo en ella sucesion, la cual y sus hijos fueron amparados de los padres en un concilio Toledano, como se dirá en su lugar. Pero lo que mas fe da á esto es la piedad y religion de este rey, en que á ninguno de sus progenitores fué inferior. Mucho menos es creible que Wamba retirado de la corte y desengañado de los peligros del mundo, borrase la generosidad de su retiro y turbase su sosiego solicitando venganzas. Si bien tal vez en los mas religiosos, desconocidos los afectos y pasiones al entendimiento, suelen ser mas ardientes en ellos que en los seglares, cuando les da diferentes visos el celo del servicio de Dios y del bien público. Era Egica de tan pura conciencia, que le traia muy inquieto la religion del juramento hecho á instancia del rey Ervigio, de que ampararia á la reina viuda y á sus hijos, sin consentir que en sus personas ó bienes se les hiciese molestia ni daño alguno: y por otra parte habia jurado cuando se coronó, que mantendria justicia á todos deshaciendo agravios y castigando á los culpados, y quejándose muchos de que los hijos de Ervigio les tenian usurpadas sus haciendas, vivia con escrúpulos de lo que debia hacer, y para librarse de ellos con el consejo de los prelados, convocó un concilio nacional en Toledo que fué el décimoquinto, donde intervinieron sesenta y un obispos, once abades, el arcipreste y primicerio de la iglesia de Toledo, y

diez y siete varones ilustres de la corte y palacio real. Entró el rey en la primer sesion, y postrado en tierra pidió á los padres que rogasen á Dios por él, y levantándose les dijo estas palabras: «Este memorial, beatísimos padres, contiene sincera y brevemente lo que si quisiera deciros ó me embarazaria con circunlocuciones ó no podria esplicarlo tambien en voz; yo os ruego que atendais á ello y lo considereis tomando una firme resolucion sobre sus puntos.» Este memorial contenia una relacion del hecho de los juramentos, y considerada bien por los padres con motivos muy agudos, resolvieron que la santidad del juramento no asistia á la injusticia, y que en el uno y otro caso estaba obligado á guardarle en cuanto permitia la equidad: y porque el rey Ervigio habia hecho que los grandes jurasen lo mismo que Egica en favor de su mujer é hijos, y no se atrevian á reclamar los ofendidos, resolvieron que el juramento se debia entender en las cosas lícitas y justas solamente. En el cuarto año del reinado de este rey se celebró de órden suya en Zaragoza un concilio nacional que fué el tercero. No quedó memoria de los obispos que se congregaron. En él se dió al rey el renombre de Orthodoxo, y entre otras cosas se ordenó que ningun seglar pudiese hospedarse en los monasterios de religiosos, si no fuesen tales personas y de tan aprobada vida, que de su comunicacion no pudiese resultar inconveniente alguno. Considerando los padres que no bastaba lo dispuesto en el concilio décimotercio de Toledo, para mantener sin ofensa la autoridad de las reinas viudas, ordenaron que muerto el rey dejasen el estado y vestiduras seglares y se redujesen á un monasterio, para que así ninguno se atreviese á perderles el respeto. Era electiva la corona, y los que de nuevo entraban en ella no debian de tratar bien á los que tuvieron parte en el gobierno pasado: celos que trae consigo la dominacion, ó porque no se asegura de ellos, ó porque los que dejaron de mandar no saben acomodarse á la vida privada, y ó murmuran ó maquinan contra los que reinan. El pueblo tambien tiene por especie de lisonja perseguir á los que mandaron. Esperimentó Egica contra sí el mismo desagradecimiento en Sisberto, obispo de Toledo, que él habia usado con su suegro, porque ingrato á sus favores y beneficios fomentó contra él los ánimos sediciosos del reino, y llamó las armas de Francia, con las cuales tres veces tuvo Egica guerra sin vencer, ni ser vencido, como refiere Lucas de Tuy, aunque hay quien insinua lo contrario. No sé con qué fundamento, sino es con el dictámen suyo de inclinarse á lo peor. Nosotros no hallamos en las historias de Francia mencion alguna de estas guerras, y si hubiesen sido en su favor, no las habrian pasado en silencio. En esta sedicion Egica, como astuto y prudente, rindió á su obediencia con el agrado y las promesas á los que fuera dudoso con la fuerza, y porque no convenia dejar sin castigo al obispo Sisberto, autor de aquellos movimientos, ni el juicio tocaba la jurisdicion real, le remitió al fuero eclesiástico, dando ejemplo á sus sucesores del respeto que debian tener á las personas sagradas. Con este fin convocó en el sesto año de su reinado en Toledo el concilio décimosesto, donde se congregaron cincuenta y ocho obispos, cinco abades, tres vicarios de prelados ausentes y diez y seis varones ilustres de la casa y corte real. Tambien en este concilio entró el rey, y con una profunda reverencia, y con gran piedad y religion, pidió á los padres que rogasen á Dios por él, y sacando un memorial cerrado, les dijo así: «Todo lo que yo, reverendísimos sacerdotes, os podria decir á boca y esplicar con muchas palabras, hallareis escrito en este memorial, para que con mayor atencion lo podais percibir y tratar, y así os ruego que las cosas que contiene y las demas que se ofrecieren en este reverendísimo concilio,

las resolvais con justos decretos, procurando que se observen firmes y estables.» Hecha esta breve oracion presentó el memorial, el cual contenia los puntos siguientes: Daba gracias á Dios de ver congregado aquel concilio. Que lo habia convocado para valerse de sus consejos en el gobierno de su reino. Se quejaba en general de la malicia y poca fidelidad de aquellos tiempos y la atribuia á castigo de sus pecados. Pero con gran piedad nombró á Sisberto por no acusar á un obispo, religioso respeto que en estos tiempos puede causar confusion á algunos príncipes, los cuales en tales casos suelen proceder de hecho contra los eclesiásticos. Representó los descuidos del culto divino que habia en las iglesias. Cometió á los padres la reformacion de las leyes, de los abusos y malas costumbres y el castigo de los que maquinasen contra su corona. Leido el memorial se establecieron muy santos cánones, y entre ellos se ordenó que los obispos estuviesen obligados al reparo de las iglesias con pena de que no haciéndolo, perdiesen la tercer parte de sus rentas. Refieren los padres las virtudes del rey Egica con este elogio: «El glorioso y serenísimo señor nuestro el rey Egica, abrasado con ardentísimo amor de Cristo y cumpliendo con sus obligaciones, sigue el vaticinio del profeta, donde dice: «¿Por ventura no aborrecí, Dios mio, á los que te aborrecian, y tus enemigos no me traian afligido y flaco?» Persiguiendo como verdadero católico la perfidia de ellos, afirmando con vigilante cuidado la iglesia de Dios. Muéstrase liberal con los santos templos. Modera con prudente juicio el peso de los tributos. Perdona con generosidad de ánimo y con piadosa clemencia á los que le persiguen; y á muchos que están oprimidos los hace libres, deshaciendo (como dice el profeta) sus cargas y reduciéndolos al estado de franqueza, su vida florece empleada en tantos ejercicios;» y concluyen que, por estas calidades y en reconocimiento de los beneficios que hace á la iglesia de Dios y á sus pueblos, encomiendan á todos la guarda y defensa de su persona y la de sus hijos y descendientes, ordenando que cada dia en todos sus estados se digese misa por ellos, y se hiciesen plegarias por la salud y felicidad del rey; estilo que aun se observa en nuestra edad. Depusieron los padres del obispado de Toledo á Sisberto, poniendo en su lugar á Felix, metropolitano de Sevilla, y separaron del gremio de la iglesia á cualquiera que quebrantase el juramento de fidelidad hecho al rey, á la patria ó al estado de la nacion goda, ó maquinase contra la persona y corona del rey. Sobre la reformacion de las leyes que tanto encargó el rey, no hallamos decreto alguno en este concilio; señal evidente de que se ha perdido por la incuria de los tiempos, ó que no se conservaban en las actas los decretos sobre negocios seglares. En el sétimo año del reinado de Egica se descubrió, que los judíos que habitaban en España tenian inteligencias con los de Africa y trataban de conjurarse contra los cristianos. Hiciéronse informaciones secretas, y constándole al rey de la traicion no juzgó por conveniente proceder de autoridad propia contra ellos, porque no se atribuyese á demasiado ardor de su celo contra los infieles, ó á codicia de confiscarles los bienes, y que era mas seguro remitirlo al juicio de los prelados. Con este fin convocó en el sétimo año de su reinado otro concilio en Toledo, que fué el décimosétimo. No consta de todos los prelados que intervinieron, pero diciendo el arzobispo don Rodrigo que se hallaron en él Felix, metropolitano de Toledo, Faustino de Sevilla, Máximo de Mérida, Vera de Tarragona y Felix de Braga, se puede inferir que fué nacional. De su testo consta que tambien se hallaron presentes varones ilustres del palacio y corte real. El rey con su acostumbrada piedad y celo, entró en el concilio, se humilló á los padres, les pidió su bendicion, se encomendó á sus oraciones, y despues

les dijo: «Porque seria cosa larga referir de palabra todo lo que conviene para el beneficio de mi reino y vasallos, me ha parecido, santísimo y reverendísimo colegio de la iglesia católica, venerable sacerdocio del culto divino, y tambien vosotros, ilustre honor de la casa y corte real, ayuntamiento de varones magníficos convocados á este concilio por órden de nuestra alteza, ponerlo todo en este memorial exhortándoos por aquel que dijo: «Donde se juntasen dos ó tres en su nombre estaria en medio de ellos» que con grave y maduro consejo consulteis y resolvais lo que en él se contiene, y todo lo demas que conviniere á la disciplina eclesiástica y á los demas negocios que se trataren en este concilio, dándoles firmeza con vuestros justísimos y firmísimos decretos.» En este memorial significa el rey su ardiente deseo de la conservacion y aumentos de la religion católica. Representa la gloria que resultará á España de que por todo el mundo fuese alabada, de que florecia en ella la fe, y encarga que se trate de los medios de conservarla pura, dándoles cuenta de la traicion de los judíos y proponiéndoles diversos abusos dignos de remedio. Al fin de este memorial, comete á los padres el juicio y decision de los negocios de los pueblos. Gran bondad de este y de los demas reyes que, (como se ha dicho) se privaban de su misma soberanía por el mayor bien de los vasallos, y la concedian á los prelados mostrando al mundo cuánto los respetaban y la confianza que hacian de ellos para ejemplo de sus sucesores. Pedia que se hiciesen letanías y ayunos por tres dias cada mes en el espacio de aquel año, y rogasen á Dios se sirviese quitar los estímulos y asechanzas de los corazones de aquellos que maquinasen contra la gloria de su corona, para que fuese mas acrecentada viniendo en paz y caridad con ellos. Este estilo de las letanías fué muy usado en España para aplacar las iras de Dios, recibido de la iglesia oriental. De ellas no fué autor el obispo Mamerto, como dijo Sidonio Apolinar, porque San Agustin que vivió muchos años antes hizo mencion de ellas. Dispuso el concilio con gran piedad y prudencia todo lo que parecia conveniente al culto divino y al servicio de Dios, como habia tambien representado el rey por su memorial. Condenó á los judíos cómplices en la traicion, á que fuesen tenidos por esclavos, confiscados sus bienes, ordenando que viviesen repartidos por las provincias de España, y que sus hijos de edad de siete años fuesen entregados á quien los criase católicos. De este ejemplo se valdria el rey Felipe II, cuando retiró los moriscos del reino de Granada á lo interior de España, haciendo esclavos á los que fueron presos en la rebelion. Con que parece que se divertió la profecía del arcángel San Miguel, la cual, (como refiere un santo varon) amenazaba grandes calamidades á España por el comercio con los sarracenos. En cuanto á la separacion de los hijos no se puede negar que fué justa, como lo es la separacion de la mujer católica del marido infiel, cuando hay peligro de apostatar, y ninguna esperanza de que ella le pueda convertir, con ser el vínculo del matrimonio tan estrecho, como el de naturaleza. En aquellos tiempos depravados é ignorantes, solian hacer decir misas de difuntos los que aborrecian á sus enemigos, para que en virtud de los sufragios dispuestos por la iglesia á favor de los muertos, se les abreviasen los dias de su vida. Abuso abominable, é impía locura, creer que la medicina de la salud eterna habia de obrar contra la temporal, y á instancia del rey, promulgaron los padres gravísimas penas contra los sacerdotes que las dijesen. En este reinado de Egica pasó á gozar de Dios el obispo de Toledo Julian. Su vida escribió Felix sucesor suyo, aunque no inmediato. Fué discípulo de San Eugenio el tercero. Ofenderiamos su virtud y sus letras, con que fué admiracion de Roma, y de aquel siglo,

si pasara la pluma sin reparar mucho en ellas. Los libros que escribió fueron diversos. En todos mostró su elegancia, su erudicion, y la profundidad de su ciencia. Hallóse en tres concilios de Toledo, y presidió en dos. Fué en sus acciones prudente, en sus consejos advertido, en los negocios constante, en las causas recto, en las sentencias clemente. Con los humildes era benigno, y severo con los soberbios: celoso de la grandeza de su iglesia, y tan instruido en las cosas del culto, que corrigió el oficio de San Isidoro, le añadió muchas oraciones, y ordenó la música del coro. Sus rentas repartia entre los pobres, y con todos era tan caritativo, que á ninguno negaba lo que le pedia. Algunos confunden á este Julian con otro llamado Juliano Pomerio, habiendo sido diversos en el tiempo, y en la nacion. Este vivió en tiempo del papa Gelasio, y Julian casi doscientos años despues, como consta de un libro de Varones Ilustres, que Genadio dedicó al mismo papa. Aquel fué africano, este nació en Toledo. El engaño nació de haber tenido un mismo nombre, de haber sido puestos entre los escritores eclesiásticos, y de haber escrito cada uno un libro sobre una misma materia, y con el mismo título de *Prognóstico*, aunque entre ellos es grande la diferencia, porque el que compuso Julian obispo de Toledo, se aventaja mucho al otro. Temió Egica que su hijo Witiza no seria elegido rey despues de su muerte, y para asegurar en sus sienes la corona, le nombró por su compañero en el reino, y le entregó el gobierno de Galicia, y por asiento de su corte á Tuy. Finalmente á consecuencia de una grave enfermedad falleció, y fué enterrado en Toledo. Dudosa quedó la memoria de este rey entre los escritores, sin reparar algunos en tantas demostraciones como hizo de su justicia y piedad, ni en los testimonios que se hallan de ellas en los concilios, á los cuales se debiera dar entero crédito. Don Rodrigo arzobispo de Toledo dice que fué gran perseguidor de los godos. Lucio Marineo que hizo matar á Favila duque de Tuy por gozar de su mujer, pero esto con mas verdad se atribuye á su hijo Witiza; porque solamente le desterró Egica, porque no turbase el reino. Juan Magno dice que reinó para la ruina de la monarquía de los godos, porque persiguió á los grandes que le habian elegido, cortando la cabeza á muchos; desterrando á otros, y privándolos de sus dignidades y haciendas, con impuestos y falsas acusaciones. Que cargó con nuevos tributos, y con injustas exacciones el reino. Que contrahizo escrituras haciendo deudor al fisco de grandes partidas, con que se adjudicó los bienes de los ricos. Que sin razon, ni causa repudió á su mujer. Por estos y otros vicios, le juzga por rey tan tirano, que se escusa de que le pone entre los demas por seguir el órden de la historia.

EGIL ó EIGIL, poeta escaldo que floreció en el siglo X, y tan célebre por sus cantos, como por las heróicas hazañas con que ilustró su nombre en las guerras que por aquella época ensangrentaban el suelo de la Escocia y del Northumberland. Una de las composiciones que mas han contribuido á inmortalizar su memoria, y que es interesantísima por varios conceptos, es su *Hufud Lansnar* ó *Rescate de la cabeza*, oda de grandes dimensiones, en la cual brillan rasgos verdaderamente poéticos y bellos. La historia de esta composicion es curiosísima. Héla aquí: El rey de Noruega, Erico, llamado *Blodexo* ó *Hacha sangrienta*, tenia un hijo á quien Egil habia matado en una batalla campal. El feroz Erico residia á la sazon en el Northumberland, á donde habia huido con parte de su gente, despues de ser arrojado de su patria por sus súbditos, que cansados de su tiranía, lograron sacudir el yugo de hierro que les oprimia. El bardo escaldo cayó en poder de Erico, y renovándose en la imaginacion de este la memoria de la muerte de su hijo, ú obe-

deciendo acaso á los crueles instintos de su corazon, condenó á muerte al prisionero. Egil solicita, viéndose en tan apurado estremo, el perdon, mediante un canto improvisado; accede Erico á esta peticion, tal vez solo por esperimentar el talento del poeta, y entonces este pronuncia sin detenerse y en tono inspirado una oda, ensalzando las hazañas de *Hacha sangrienta*, oda nutrida de imágenes brillantes y heróicas y de sentimientos belicosos. Erico se entusiasma al paso que el bardo va recitando su composicion, terminada la cual el príncipe noruego le cumple su palabra, dejándole al punto marchar libremente. El *Eigla* ó *Eigils-Saga*, tambien del poeta escaldo, es un libro precioso por las noticias que contiene acerca de los usos y costumbres de sus compatriotas.

EGILL. Nació en Escandinavia, pero no se sabe á punto fijo si en el siglo VII ó en el VIII, y se distinguió como guerrero. Los historiadores refieren de él, un hecho análogo al de Guillermo Tell. Habia en su patria un tirano, que con motivo de cierto incidente, tuvo la crueldad de ordenarle que derribase de un flechazo una manzana colocada en la cabeza de su hijo, sopena de sufrir él mismo la muerte si no acertaba al blanco ó si no obedecia el bárbaro mandato. El infeliz padre coge tres flechas, y disparando una de ellas, pasa y quita de su sitio la manzana, sin sufrir ni la mas leve lesion el inocente niño. Entonces le ocurre al tirano la idea de preguntar á Egill que cuál era el uso que pensaba hacer de las dos flechas restantes, y Egill le respondió: «Si la primera hubiese errado el tiro y muerto á mi hijo, te hubiera clavado en el corazon la segunda, y con la tercera yo mismo me hubiera quitado la vida.» Un escritor danes que vivió antes de la época de Guillermo Tell, refiere tambien un caso idéntico, de lo cual deduce un erudito, que el mismo hecho conservado entre tres pueblos diferentes como el escandinavo, el helvético y el dinamarques, pudiera muy bien referirse á los primitivos tiempos en que dichos pueblos formaban uno solo, bajo el nombre de suevos.

EGUAL (María), ilustre escritora española. El pueblo de su naturaleza fué Castellon de la Plana, ciudad del reino de Valencia. Distinguióse desde su mas tierna edad por su natural despejo, que cultivado con la buena lectura y estraordinaria aplicacion de nuestra autora, dió muchos y sazonados frutos. Era doña María notable asimismo por su vasta erudicion, erudicion que se echa de ver en muchas de sus composiciones poéticas. De todos los ramos de la bella literatura, la poesía fué la que mereció la preferencia de la noble escritora, y aunque con sus producciones se hubieran podido formar muchos tomos, desgraciadamente gran parte de ellas fueron quemadas por mano de doña María, cuya singular modestia quizás haya privado á las letras de sus composiciones mas escogidas. En vida de la autora se formaron cuatro tomos, y su nieta, doña Fausta Perés, parece que conserva otros tres con ánimo de publicarlos. En los primeros hay un romance á la Adoracion de los Santos Reyes, parafraseando los Evangelistas, que demuestra el grande estudio que nuestra autora habia hecho de las Santas Escrituras. Doña María Egual estuvo casada con don Cristóbal Perés, marques de Castellfort, y murió en Valencia en 1735, á la edad de treinta y siete años.

ELEONORA ó LEONOR DE GUZMAN. La española mas célebre de su tiempo, así por su incomparable belleza, como por las ruidosas aventuras y trágico fin. El rey Alfonso XI de Castilla se enamoró tan ciegamente de Eleonora, que esta disponia á su antojo del os empleos y honores, sin conseguir, no obstante, dominar nunca el inflexible carácter del monarca castellano, á que este debió el sobrenombre de *Venga-*

dor que le dieron sus contemporáneos. Unia la Guzman á su interesante figura, todos los atractivos que pueden hacer amable á una mujer, con los cuales atraia el afecto y admiracion de cuantos la veian ó trataban. Sabia amenizar con su sazonado ingenio hasta los asuntos mas frívolos, y hallaba en su inteligencia y sagacidad recurso para triunfar en las circunstancias mas difíciles. La esposa de Alfonso, doña Constanza de Portugal, solo era reina en el nombre, y sufrió en silencio y con admirable resignacion el desden del rey, hasta que habiendo fallecido este en 1350, Constanza se encargó del gobierno de Castilla, y desterró al punto á la querida del difunto monarca, que se vió espuesta á todas las venganzas, sin que los dos hijos que habia tenido de don Alfonso, Enrique de Trastamara, que despues reinó con el nombre de Enrique III, y don Fadrique, gran maestre de Santiago, pudieran libertarla de la pena de garrote que al fin sufrió en el palacio mismo de la reina y á presencia de esta y de su hijo don Pedro el Cruel, segun refieren algunos historiadores. Eleonora era viuda de don Juan Velasco, é hija de don Pedro Nuñez de Guzman. Ella inspiró á Alfonso la idea de fundar la órden de la Banda, que, en efecto, fué instituida en 1332, exigiéndose para ser admitido en ella pruebas de nobleza, de servicios militares por espacio de diez años, y de galantería y respeto con las damas; llevándose sin duda entre otros fines, el de que la respetasen á ella misma, pues no podia ocultarse á su penetracion que por mas que la colmasen de obsequios y atenciones los cortesanos, lo hacian mas bien en consideracion á su influencia, que porque sus escandalosas relaciones con el rey mereciesen la aprobacion de aquellos mismos.

ELIAS. Nació en Tesbe ó Tisbe, ciudad del pais de Galaad, situada al otro lado del Jordan. Fué uno de los profetas suscitados por Dios contra la idolatría. La impiedad y desórdenes de Acab y de Jezabel su esposa, habian exaltado la celeste cólera contra el pueblo de Israel, que padecia toda clase de aflicciones. El santo profeta les anunció una gran sequía, se retiró al punto al desierto junto al torrente de Corit, que se secó, y luego huyó á Sarepta, en donde una piadosa mujer quiso darle el único alimento que le quedaba, reducido á un poco de harina, con la cual se disponia á prepararle un pan. Elías, favorecido por el Señor, multiplicó la cantidad de harina que aquella caritativa viuda con tan buena voluntad le ofrecia, y resucitó á un hijo amargamente llorado por la misma. Viendo Elías que la situacion de la capital de Israel era cada vez mas aflictiva, agregándose entónces á los males que ya sufria, el hambre mas horrorosa, resolvióse á volver en busca de Acab y presentarse ante él con objeto de censurarle su impiedad, que era la verdadera causa de tamañas calamidades. Al momento que el rey le vió, recibióle de la manera mas indigna, pues le acusó de perturbador del órden público; pero el profeta lejos de acobardarse con las palabras de Acab, le respondió diciéndole: «Tú eres el «que has turbado á Israel, despreciando «do los mandatos de Dios.» Para que aquel infortunado pueblo abriese los ojos á la luz de la verdadera religion, pidió Elías al rey, que todos los profetas que seguian el culto de Baal y de Astarte, y cuyo número ascendia á ochocientos cincuenta, concurriesen de órden suya al monte Carmelo. En efecto; los falsos profetas y casi todo el pueblo acude al sitio marcado, y en el cual Elías les reprende su ciega incredulidad respecto del culto del verdadero Dios. Para dar mayor autoridad á sus palabras, entonces baja del cielo un fuego que deslumbra de improviso á la asombrada multitud. En vano claman los profetas del paganismo á sus ídolos, en vano esperan que la víctima del sacrificio sea consumida; los ídolos son sordos á sus voces, porque siendo

insensibles mal pueden oirlas. Entonces Elías pide al Señor otro prodigio, repítese este, y el cielo manda por segunda vez un fuego que devora la leña, el holocausto y hasta las piedras del altar en qué descansaba la víctima. Los profetas gentiles fueron en seguida degollados, y la despiadada Jezabel quiso añadir un crímen mas á los que ya pesaban sobre su conciencia, ordenando la muerte del que habia anunciado la verdadera fe. El santo Elías huye presuroso de aquellos lugares, y abrumado de pena y de fatiga, llega hasta la Arabia Petrea, rogando al Señor que le quite la vida. Pero Dios le destinaba á nuevas y santas empresas, y en vez de acceder á sus súplicas le envia un ángel que le lleva un pan y un vaso de agua para reanimar las abatidas fuerzas. Elías prosiguió, pues, su camino, y despues de andar por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches, llegó á la montaña de Horeb, parte del monte de Sinaí, en donde Dios se habia aparecido á Moises en una zarza, y fijó su morada en el interior de una honda gruta. Inspirado allí por el cielo, abandonó aquellas soledades y dirigiéndose hácia Efraim, encontró á Eliseo arando, le echó su manto sobre los hombros, y le anunció que el Señor le habia elegido como uno de sus profetas. Despues de haber despojado el rey Acab á Naboth de una viña de su pertenencia, este infeliz fué muerto de órden de la impía Jezabel. Irritado el cielo contra Acab y su criminal esposa, anuncia á estos por boca de Elías que uno y otro serán devorados por los perros en castigo de sus iniquidades. El doloroso arrepentimiento de Acab el libró de la suerte que le amenazaba. Su hijo Ocozías, que le sucedió, fué no menos impío que él, y persiguió á Elías en diferentes ocasiones, mandando para prenderle algunas gentes armadas que siempre fueron devoradas por el fuego celeste. El último enviado se arrepintió humildemente, y apaciguada la justa indignacion del Señor, el santo profeta fué con él á ver á Ocozías y anunciarle el próximo fin de su vida. Aunque Eliseo ignoraba que Elías iba á abandonar muy pronto la tierra, no pudiendo ya separarse de él, le acompañó á todos los puntos que aquel recorrió, hasta que llegando al Jordan, este abrió sus aguas al contacto del manto de Elías, y entrambos pasaron á pié enjuto á la opuesta orilla. Entonces rogó el discípulo al maestro que le dejase su espíritu profético, y elevándose el primero hácia el cielo en un rápido torbellino se despojó del manto, en que al parecer residia el espíritu del santo profeta, y que recogió Eliseo como el don que mas apetecia. Este prodigio sucedió en el año 892, antes de Jesucristo. Hasta los pueblos mas enemigos de la verdadera fe, han respetado y respetan la memoria de este venerable profeta, á quien los rabinos suponen actualmente ocupado en escribir los acontecimientos que se han verificado en el mundo, en la larga serie de los siglos. Las Santas Escrituras le elogian en varios pasajes; Jesucristo nos dice en el Evangelio que el espíritu de Elías ha morado ya en la persona de Juan; los mahometanos, que disfruta una existencia inmortal que desliza apaciblemente en el retiro de un jardin de incomparable amenidad y hermosura, y hasta ciertos magos persas sostenian que Zoroastro habia sido discípulo de este venerable profeta.

ELISEO, profeta del Señor, discípulo de Elías, cuyo manto recogió cuando este se separó de él elevándose á las regiones celestes en medio de un torbellino, heredando de esta suerte el espíritu profético de su piadoso maestro. Nació Eliseo en Abelmeula, ciudad antiguamente situada, segun se cree, á diez millas de Escitópolis, y correspondiente á la tribu de Manases. No dudaba Eliseo de la virtud del milagroso manto, y así es que deseando repasar el Jordan que antes habia separado sus aguas para que pasasen él y Elías, y tocó estas con una punta,

poco despues se vió en la otra orilla del rio, quedando evidentemente convencido de que era depositario del espíritu profético de Elías. Muchos fueron los prodigios que por medio del manto obró Eliseo; echó sal en el agua amarga de Jericó, y esta se volvió dulce; desconociendo los hijos de Bethel su don profético y su dignidad, Eliseo llamó á las fieras de los bosques y las fieras devoraron á los impíos; los reyes de Israel, Judá y Edon combatian contra los moabitas en los ardientes arenales y peñascos de los desiertos, y para templar la sed de sus soldados llenó de aguas milagrosas las cisternas; la pobre viuda acosada por sus crueles acreedores que pretendian quitarla sus dos hijos para cobrarse de este modo inhumano, vió prodigiosamente aumentado su aceite, pagó la hospitalidad generosa que la sunamia le habia dado, resucitando el hijo que acababa de perder; los profetas que estaban en Gálgala fueron alimentados por él milagrosamente, así como tambien multiplicados los panes que le presentó el viajero Baalsalisa. Naaman, general del rey de Siria, habia adorado con este los falsos dioses, y el cielo le castigó cubriendo su cuerpo de inmunda lepra, pero acudió al profeta, y este le ordenó que se lavase siete veces en el Jordan, por cuyo medio quedó completamente limpio de su repugnante enfermedad. Agradecido á Eliseo por tan grande beneficio, quiso regalarle algunos presentes, que este rehusó, pero su siervo Giezi fué á pedir á Naaman, en nombre de su maestro, dos talentos y dos vestidos; dióselos el general, creyendo que así era la verdad, y al punto se vió plagado el siervo de la asquerosa enfermedad que habia aquejado á Naaman. Creyendo el rey de Siria que Eliseo habia anunciado sus proyectos relativos á la conquista del reino de Israel, mandó contra él algunos soldados, á quienes el profeta privó de la vista; profetizó tambien la desaparicion del hambre que diezmaba á Samaria; declaró rey de Siria á Hazael, profetizándole al par los males que causaria á Israel. Los desastres que, segun la prediccion de Elías debian affigir á la familia de Acab, fueron realizados por Jehú, á quien ungió como rey de Israel por órden de Eliseo uno de los hijos de los profetas. En los últimos momentos de su vida fué visitado el piadoso varon por Joas, rey de Israel, á quien el profeta le mandó disparar una flecha por la ventana situada hácia la parte de oriente, esclamando: «Saeta de «salud del Señor, y saeta de salud «contra la Siria, herirás á la Siria en «Aphéc hasta consumirla.» Joas disparó tres veces, y luego se detuvo. El varon de Dios enojado contra él le dijo: «Si hubieras herido la tierra «cinco, ó seis ó siete veces, hubieras «herido á la Siria hasta el esterminio, «mas ahora tres veces la herirás.» Murió Eliseo en 835 antes de Jesucristo. Hé aquí cómo se refiere en el libro 4.° de los Reyes, cap. 14, el suceso milagroso acaecido en el lugar donde estaba sepultado el profeta: «Y murió «Eliseo y lo sepultaron. Y aquel mismo año vinieron los ladroncillos de «Noab contra la tierra. Y unos que «estaban enterrando á un hombre, vie«ron á los ladroncillos y echaron el «cadáver en el sepulcro de Eliseo. Y «luego que aquel tocó los huesos de «Eliseo, resucitó el hombre y levan«tóse sobre sus piés.»

ELIZABETH ó ISABEL DE INGLATERRA. Hija de Enrique VIII y de Ana Bullen, nació en 7 de setiembre de 1533. Pocas personas presenta la historia que reunan las circunstancias tan contradictorias de esta princesa, para dejar suspenso el juicio del crítico y del filósofo, sobre si efectivamente merece el nombre de *grande*, ó tan solo de una mujer que ocupando un trono se deja arrastrar por las mezquinas pasiones de los seres mas odiosos y despreciables. Los que se han ocupado del reinado de este monarca, célebre en los anales del pueblo ingles,

no están todos contestes en la verdadera apreciacion de su carácter; ni es fácil tampoco juzgar á quien al lado de una grandeza de pensamientos heróicos, deja ver hechos que estremecen y hasta grandes crímenes. Encerrada y vigilada cuidadosamente, mientras su hermana María, hija de la infortunada Catalina de Aragon ocupó el trono, sirvióla su reclusion para confeccionar su ingenio con el estudio y la meditacion. Muerta María fué proclamada, porque de derecho se la debia, reina de Inglaterra (1559). Empero, aunque católica en la apariencia y coronada por un obispo católico, Isabel guardaba en su ánimo el escepticismo de su padre; y por lo tanto solo consideraba el culto como un medio de aumentar su propia grandeza, como debiendo depender directamente de ella, y no de un jefe superior á quien ella tuviera que guardar respeto. Favorecian sus miras el estado de incredulidad y las disidencias religiosas que habian sembrado en la gran Bretaña las torpes liviandades de Enrique; pero mas ambiciosa y por lo tanto mas altiva que él, queria establecer una nueva creencia, de la que fuese absoluta soberana. Para establecer, pues, la religion anglina, nombre del nuevo culto, convocó espresamente el Parlamento, ante el cual se declaró *soberana y gobernadora de la iglesia de Inglaterra en lo espiritual y temporal.* Es este culto una mezcla de los dogmas del calvinismo con algunos restos de la disciplina y ceremonias católicas; se conservaron los obispos, los canónigos, los curas, los ornamentos y los órganos; pero se abolieron los diezmos, las anatas y los privilegios eclesiásticos; se permitió la confesion, pero dejando de ser precepto, y se admitió la presencia divina en el pan eucarístico, pero negando la transustanciacion. Grande fué, en este asunto, la fortuna de Isabel; pues de los nueve mil cuatrocientos eclesiásticos de todas categorías que habia en la Gran Bretaña, solo catorce obispos, cincuenta canónigos y ochenta curas se opusieron al nuevo rito; los restantes se plegaron á la omnímoda voluntad de la reina. Secundada poderosamente por su ministro favorito, Cecil (véase su artículo), Isabel es la reina á quien deben mayor grandeza y nombradía los ingleses, y á no haber manchado los anales de su reinado con venganzas y persecuciones que rebajan mucho el carácter de un monarca, no hay duda que su memoria hubiera sido para todos imperecedera. Su gran crímen fué el haber preparado y consumado el jurídico asesinato de la infortunada reina de Escocia, María Stuart, crímen que acarreó otros muchos, como el suplicio del generoso duque de Norfolh, y varios personajes ilustres de Inglaterra, que compadecidos de la inmerecida suerte de María, hicieron repetidos esfuerzos para libertarla del poder de su rival. Y si aquel funesto regicidio lo hubiera premeditado y llevado á cabo la reina de Inglaterra, con el único objeto de acrecentar sus dominios, tal vez la historia, que no se deja llevar de las tiernas emociones del alma y los políticos egoistas que solo conceden á los reyes el frio cálculo de la razon de estado, hubieran podido perdonársele; pero desgraciadamente es constante y averiguado, que Isabel llevó en este horrendo suplicio el placer de la venganza y rivalidad femenina. La reina de Escocia era bella y sensible; su corte era el centro de la galantería y de las gracias; Isabel, por el contrario, sin ser horrible, tenia una fisonomía vulgar, y aunque de maneras distinguidas, la hermosura y la amabilidad la habian negado sus atractivos, y si á esto se añade su desmesurado orgullo y la ambicion de no encontrar rival en nada, ni aun en la hermosura, fácil será comprender, que el amor propio herido tendria una muy activa parte en la humillacion y suplicio de su inocente cuanto graciosa antagonista. Empero el destino de Isabel era engrandecerse y elevarse, y lo que á otros sirve de escollo para su-

mirse en un profundo precipicio, para la reina de Inglaterra era escalon de grandeza. El fúnebre cadalso de María, servia de enseña á sus partidarios para urdir diarias conspiraciones contra Isabel, y reemplazarla con el hijo de la regia víctima; (véase Jacobo VI) pero este, que debia reinar mas tarde, únicamente recogió por fruto repetidos desengaños: las conspiraciones fueron descubiertas, y los conspiradores pagaron con la vida su entusiasmo. La famosa escuadra española, apellidada la *Invencible*, enviada por Felipe II (1588) para combatir el poderío de Isabel, tampoco tuvo mejor suerte que los conspiradores escoceses: pero aquí el cielo secundó la próspera fortuna de la hija de Ana Bullen. Los vientos desencadenados dispersaron el sin número de poderosos buques, como la España no los ha visto nunca reunidos despues, y la Inglaterra se salvó para seguir prosperando. Celebróse en Lóndres esta victoria, debida mas bien á la casualidad que al saber, con grandes regocijos, y la reina mandó acuñar una medalla, en cuyo anverso se leia la famosa frase de Cesar, un tanto enfáticamente variada: *venit*, *vidit*, *vicit*, y en el reverso el verso de Virgilio: *Dux fœmina facti*. Mientras tanto, la Gran Bretaña estendia sus descubrimientos y conquistas en América; y la Irlanda, aunque católica, se sujetaba enteramente al yugo de Isabel. Empero la Irlanda tambien tiene que llorar sus víctimas: el conde de Essex, nombrado gobernador, condolido, segun unos, de la triste condicion que se imponia á aquellos habitantes, ó deseando, segun otros, vengar un insulto personal que habia recibido de su reina en los dias de su privanza, quiso sublevar aquellos pueblos y declararse independiente; pero su intento tuvo el cadalso por fin. Dicen que Isabel lloró al saber su muerte, porque recordó el grande amor que le habia profesado. Como quiera que sea, es lo cierto que desde el suplicio de Essex, cayó Isabel en una melancolía profunda; y ora que echase de menos las tiernas dulzuras de la familia, ora que su conciencia la reprochase la sangre injustamente derramada por su órden, se obstinó en no recibir auxilio alguno del arte para prolongar sus dias; sin que pudiesen hacerla variar de resolucion las vivísimas instancias del arzobispo de Cantorbery, ni los ruegos de su ministro Cecil, ni las lágrimas de sus damas y servidumbre. Murió Isabel I de Inglaterra el 3 de abril de 1603 á los setenta años de edad y cuarenta y cinco de reinado. Bajo el mando de esta princesa la Inglaterra disfrutó de completa paz con las demas potencias de Europa: su comercio se estendió por todo el mundo conocido; fueron buscadas sus manufacturas, y perfeccionada su policía; y á esta reina debió la Gran Bretaña la grande influencia y prestigio que ha ido constantemente aumentándose despues. Suponen algunos historiadores, aunque sin fundamentos ni pruebas, que la naturaleza la habia negado el derecho de casarse; pero esto parece desmentido, por cuanto Isabel, aparte de sus ministros favoritos, contó no pocos amantes, con quienes estuvo ligada, no por miras de política, sino con los lazos íntimos del amor. Mas bien que por esta gratuita causa, es de suponer que no se casó nunca para poder ser siempre mas absoluta dueña de sí misma: así es que habiéndola rogado la cámara popular que eligiese un esposo, que asegurase con sucesion la estabilidad de su familia y la sirviese de apoyo, contestó enseñándoles un anillo de oro que llevaba puesto desde el dia de su coronacion: «Soy casada, el Estado es mi marido «y los ingleses mis hijos: hé aquí el «anillo nupcial, y me admira que lo «hayais olvidado tan pronto... Lo úni«co que deseo para que se conserve mi «memoria y la gloria de mi reinado, es «que escribais sobre la losa de mi se«pulcro la inscripcion siguiente: *Aquí «descansa Isabel, que vivió y murió «reina y vírgen.*»

ELOISA, la célebre compañera de Pedro Abelard, no solo merece ser conocida por sus desgraciados amores; su talento y erudicion la hacen tambien acreedora á pasar á la posteridad. No hay quien ignore que Eloisa vivia en compañía de su tio Fulberto, canónigo de Paris y limosnero del rey Enrique I; su rara belleza, altas virtudes y estraordinario talento, encanto de unos, envidia de otros y admiracion de todos, fueron fundamento de su fama, y orígen tambien de sus desgracias. Ya se han podido ver en el artículo «Abelard» los mas principales sucesos de la vida de su amante, el principio de sus amores, su dulce, aunque contrariado desarrollo, y su funesto desenlace: Eloisa, ejemplo y modelo en sus primeros años de jóven honesta y virtuosa, ejemplo y modelo de amantes en sus amores con Abelard, á quien no tiene escrúpulo de entregarse toda entera desde el momento en que le ha hecho dueño de su corazon, y cuya mano rehusa largo tiempo por no empañar su pasion con la mas ligera nube del interes que mueve á lo comun de las mujeres; ejemplo y modelo en todas las épocas de su vida, lo es hasta en sus últimos años, al frente de las religiosas de Argenteville y del Paracleto, á quienes guia por la senda de la virtud, sin embargo de estar ella misma consumida por el fuego de una pasion que no debia estinguirse sino con su vida. Referirémos sucintamente los sucesos de esta existencia de amor y de martirio. Ya se ha visto cómo Eloisa, feliz, tranquila y respetada, empezó la larga série de sus desventuras, enamorándose con toda la intensidad de una alma vírgen y apasionada como la suya, del sábio Pedro Abelard, su maestro: bien pronto el mundo vió con malos ojos aquellos amores, y la maledicencia comenzó á cebarse en la reputacion de Eloisa con tanto mas encarnizamiento, cuanto habia sido mayor hasta entonces la admiracion que le habia profesado á su víctima: manera con que suele vengarse el menguado del respeto que, á su pesar, se ha visto obligado á tener á los buenos; heróica siempre y sin ocultar un amor de que otros querian hacer su vergüenza, y ella hacia su orgullo, resístese largo tiempo á ser la esposa del que amaba, mas precisada á huir los rigores de su tio, acepta, en fin, la mano de Abelard, de quien es á poco separada por la mas inícua y canonical de las venganzas. Su vida desde entonces no es mas que un contínuo canto de amor que resuena dolorosamente en lo profundo de su alma, sin jamas asomarse á sus lábios; ella, la ligada con insolubles votos al servicio de Dios, siente correr el fuego por sus venas al recuerdo de un hombre; ella, la encargada de la salvacion de las almas, aceptara gustosa la condenacion de la suya, á cambio de uno solo de los dias pasados al lado de su amante; de su amante, en quien la venganza del canónigo habia secado al menos el manantial de los deseos, que habian quedado todos para ella, la pobre religiosa, cuyo único crímen habia sido el *amar mucho*; ¡aquel gran merecimiento de la mujer de la Escritura! No por eso descuida los deberes de su estado; la lucha es terrible y la víctima guarda para ella sola las amarguras, y se consagra con todas sus luces y su esfuerzo á la instruccion de sus hermanas; sobreviénele por entonces la última de las amarguras, muere Abelard, su amorosa piedad reclama sus cenizas, depositalas en el Paracleto, y ya no hay desde entonces mundo mas allá de aquellas paredes para la amante desconsolada, y la religiosa contrita: el nombre no es ya un delicioso tormento de su alma, porque sale á sus lábios mezclado en sus oraciones; aquel cláustro y aquella tumba eran el solo bien en la tierra de aquella triste mujer, deseosa de unirse á esa alma, que la llamaba desde el cielo. Abraza las prácticas religiosas mas austeras, las de la regla de San Benito; señálase entre todas por su piedad y celo, é instituye, por último, unos es-

trechos reglamentos para uso de las religiosas encomendadas á su direccion, y honrada con la amistad de *Pedro el Venerable*, colmada de favores de príncipes y papas, purificada por la penitencia de los errores que cometió por el amor, murió á 17 de mayo de 1164, á los sesenta y cuatro años de su edad, y á los veintidos despues de la muerte de su esposo, en cuya tumba fueron sepultadas sus cenizas, para que la muerte reuniera dos cuerpos que jamas debieron separarse en la vida. Las cenizas de estos amantes, despues de varias traslaciones, fueron colocadas en el cementerio del P. Lachaise, en 1817. Pope y Colardeau han hecho la pintura de estos amores, en cartas, que muchos hasta ahora han tenido por originales de los esposos, y que unidas á los sucesos de su vida, y aun mezcladas con alguna carta verdadera, corren impresas en diferentes idiomas. El ser tan conocidas de todos, nos dispensan de entrar en su exámen.

ELORZA (Cosme Damian de Churruca y), uno de los mas célebres marinos del siglo último. Nació á 27 de setiembre de 1761, en la villa de Motrico, perteneciente á la provincia de Guipúzcoa, y los nobles hacendados don Francisco y doña María Teresa de Elorza fueron sus padres. A los once años de edad entró en el seminario conciliar de Burgos, y sobresalió muy pronto entre todos sus condiscípulos por su talento y laboriosidad. El señor arzobispo Rodriguez de Arellano demostró lo mucho que apreciaba el singular mérito del jóven Churruca, llevándole á su palacio y ofreciendo á sus padres que se encargaria de su educacion; pero siendo la profesion de marino á la que mas inclinacion tenia, se alistó en 1776 como guardia marina en la compañía de Cádiz, de donde pasó un año despues al Ferrol á continuar sus estudios elementales. Promovido al poco tiempo al grado de alferez de fragata, por sus notables y rápidos adelantos, se embarcó en octubre de 1778 en el navío San Vicente, á las órdenes del teniente general don Antonio de Arce, siendo esta su primera campaña; en la segunda fué de ayudante del general Ponce de Leon, y siguió hasta la paz bajo el mando de don Ignacio de Alava, en la fragata Santa Bárbara. En cuantas ocasiones se presentaron, dió nuestro jóven marino pruebas inequívocas de una intrepidez y humanidad poco comunes. Cuando el horroroso incendio de las baterías flotantes de M. Aezon, á la vista de Gibraltar, nadie le escedió en diligencia, firmeza de ánimo y arrojo para socorrer á los desgraciados que se veian espuestos á perecer entre las llamas, salvando á algunos de ellos, con gran peligro de su propia vida. En 1783 pasó á estudiar matemáticas sublimes en la Academia del Ferrol, agregándole en esta ciudad el cargo de ayudante dragon de guardias marinas, que poco despues obtuvo en propiedad. A pesar de que sus ocupaciones reclamaban mucho tiempo y estudio, todo lo allanó la constante laboriosidad de Churruca, que en algunas ocasiones, ademas de aquellas, se encargó de las de institucion de los maestros de varias clases, cuando estos, por enfermedades ú otros motivos, no podian desempeñarlas. Ya entonces se distinguia por sus conocimientos en las ciencias físicas, matemáticas y astronómicas. En 1788, siendo teniente de navío, se embarcó con el capitan don Antonio Córdoba, que llevaba la comision de terminar el reconocimiento del estrecho de Magallanes, formar todos los trabajos relativos á este viaje, é informar acerca de las ventajas que dicho paso podria proporcionar al comercio y á la navegacion de Lima. Churruca estaba encargado de la parte astronómica y geográfica de la espedicion, la cual, zarpando en Cádiz en 5 de octubre del año citado, llegó á puerto Galante, ó de San José, en 7 de enero, y en él ancló, dando principio al reconocimiento de que hemos hecho mérito. Es imposible formarse una idea exacta

de los muchos trabajos que sufrieron, y de los innumerables peligros que constantemente amenazaron á nuestros bravos compatriotas en tan arriesgada espedicion. Dejemos hablar al mismo Churruca, que se espresa con esta sublime sencillez en su escelente Diario: «Aquí (es decir, en una cala inmedia-«ta al puerto de Santa Mónica) nos de-«tuvieron aun los vientos hasta el 26, «pues desde que llegamos empezaron «á tomar tal incremento por el N. O., «que dentro de pocas horas ya tenia-«mos un temporal. El 25 todo fué en «aumento, el viento mas recio, mas «gruesa la mar, y la lluvia siempre co-«piosa y permanente; con la noche «aun creció mas la furia del viento; «venia comunmente á ráfagas violen-«tas, que en el profundo seno formado «por las montañas, hacia un ruido es-«pantoso de que cada uno era un eco «particular: el bramido del mar y el «estruendo de las olas, que rompian «en las rocas inmediatas, le formaban «no menos horroroso, y el todo cons-«tituia la noche mas terrible que se «puede concebir; ciertamente no cabia «en la imaginacion de Horacio una «tempestad semejante, cuando decia:

Horrida tempestas cœlum contraxit et imbres
Nivesque deducunt Jovem:
Nunc mare, nunc silvæ
Treicio Aquilone sonant ....

Ep. Od. XIII.

«En fin, parecia que el viento y las «aguas habian puesto en accion todas «sus fuerzas, y conspiraban á abatir «las soberbias moles de piedras que «nos defendian de su furia, para se-«pultarnos bajo las ruinas.» El dia 18 dice lo siguiente: «No podemos aban-«donar al silencio la singularidad de «este dia, que fué el segundo de nues-«tra navegacion, en que nos iluminó el «sol con toda su claridad por algunas «horas seguidas: este accidente que «aquí es tan raro, parecerá tal vez de «poca entidad; pero es inesplicable «cuánto influyó en nuestros ánimos. «Diez y ocho dias de una perpétua llu-«via, de dormir siempre mojados, unas «veces en la estrechez de nuestras lan-«chas, y otras sobre una playa de pie-«dras, poco menos que á cielo raso; «los cuidados de una comision que «prolongaba la contrariedad de los «vientos, y finalmente, la frugalidad «á que nos habia reducido la pérdida «de una gran parte de nuestras provi-«siones, formaban una combinacion de «circunstancias tales, que bastaba cual-«quiera de ellas para abatir el ánimo «mas esforzado, y debilitar aun la «constitucion mas robusta; pero este «dia templado y de serenidad que nos «condujo á los límites de nuestro car-«go, permitió tambien enjugar las ro-«pas, y dió nuevos resortes á nuestros «espíritus, con el placer de haber ven-«cido obstáculos que creimos supe-«riores á los mayores esfuerzos.» Para llegar al término de su espedicion, aun tuvieron que padecer mucho los intrépidos marinos, pero al fin lograron marcar los Evangelistas, los cabos del Pilar y la Victoria, y todos los demas que debian entrar en la cadena de los triángulos. Antes de regresar á su patria dejaron en una de aquellas islas una botella cerrada con un papel dentro, que contenia las siguientes palabras: «En el augusto reinado de Cárlos III, rey de España y de las Indias, por órden de S. M., salieron del puerto de Cádiz en el mes de octubre de 1788, dos bajeles de su armada naval con el objeto de reconocer todos los surgideros, radas, puertos y bajos del Estrecho de Magallanes, formando una exactísima carta en beneficio de la navegacion y del comercio. Detenidos estos buques en el puerto de San José, ó Cabo de Galante, por la contrariedad de los vientos, destinaron dos pequeñas embarcaciones de remos para la conclusion de esta obra importante, y habiéndola desempeñado en todas sus partes, dejaron á la posteridad este monumento para eterna memoria. A 29 de enero de 1789.» El documento que acabamos de consignar, iba seguido de los nombres y apellidos de todos los que componian la tripulacion de las dos lanchas. A su regreso á España,

despues de terminado el reconocimiento de la tierra del Fuego, desde el Cabo Lunes hasta el Océano Pacífico, nuestros navegantes fueron tambien perseguidos por los elementos que parecian desencadenarse para que aquellos no volvieran nunca á ver el claro cielo de su patria; pero al fin arribaron á ella, aunque todos con la salud muy quebrantada, y especialmente Churruca, á consecuencia de algunos amagos de escorbuto que habia tenido cerca del Ecuador. Aun no se hallaba completamente restablecido cuando publicó su célebre Diario, el cual mereció la aprobacion del rey y los elogios de los jefes y sábios de la armada; pero conociendo el intrépido marino que aun cabia mayor perfeccion en este ensayo, puso al final la siguiente nota, que honra tanto á su buen juicio como á su mérito: «Si se atiende á las cir«cunstancias en que se escribió este «Diario, no se estrañarán los yerros ó «equivocaciones que se encuentren en «él.» En 1790, agregado ya al Observatorio de Cádiz, salió á campaña con el marques del Socorro, en clase de ayudante del mayor general de aquella escuadra. Para el mando de la espedicion que se preparaba con el fin de formar el Atlas marítimo de la América septentrional, espedicion importantísima y delicada bajo todos conceptos, fué elegido don Cosme de Churruca, á pesar de que solo era capitan de fragata. ¡Tan elevado era el concepto que se tenia de los talentos del ilustre marino! En 15 de junio de 1792, se dió á la vela, saliendo del puerto de Cádiz al frente de su division, compuesta de los bergantines *Vigilante* y *Descubridor*, siendo encargado de la segunda don Joaquin Fidalgo; las dos debian reunirse en la Trinidad, en donde, en efecto, así que arribó don Cosme Churruca, estableció su Observatorio y el primer meridiano de América en el fuerte de San Andres. Pero la guerra con Francia trastornó todos sus planes, y así hubo de reducirse á practicar el reconocimiento de la Granada, socorriendo en este punto á los aliados, y fijándose finalmente en Trinidad con el objeto de defenderla. Seria prolijo referir todas las observaciones y trabajos importantísimos que allí hizo, los planos y cartas que levantó, y todo esto cercado de infinitos y contínuos peligros, á causa de las circunstancias críticas en que se hallaban las islas que llevaba el cargo de reconocer. Pero su infatigable actividad y constancia, su voluntad firme, y sus talentos superaron todos los obstáculos, dejando, por fin, situadas satisfactoriamente las Antillas menores de barlovento y sotavento, muchos puntos principales de las costas septentrionales de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Hallándose en esta isla, rectificó, por medio de observaciones astronómicas, las longitudes absolutas de las arriba mencionadas. En 1802 publicó una interesante memoria acerca de estos trabajos. Regresó despues á España, habiéndose adquirido un nombre glorioso en los puntos del continente que acababa de visitar. Los estranjeros mismos ensalzaban al par que envidiaban á nuestro compatriota, que no teniendo mas que 30 años de edad, habia dirigido trabajos y empresas que denotaban su inmensa superioridad sobre los marinos de otras naciones. El recibimiento que por todas partes hicieron á Churruca, de vuelta de su memorable espedicion, fué tan honorífico como merecido; y muchos de los periódicos que por aquella época se publicaron en Europa, ensalzaron el nombre del sábio comandante. Los ministros españoles y los principales personajes de la corte, se apresuraron á darle pruebas de afecto y estimacion, y se le espidió el nombramiento de capitan de navío, con fecha atrasada de dos años, con el objeto de darle la antigüedad que le correspondia. Las obras que despues escribió fueron: *Treinta y cuatro cartas esféricas y mapas geométricos.—La carta esférica de las Antillas.—La carta particular geométrica de Puerto Rico.—La carta esférica de las islas*

caribes de sotavento. Seria de desear que se publicase completa la magnífica coleccion de trabajos de Churruca, porque demostraria evidentemente que nadie le ha aventajado hasta ahora en la perfeccion de sus obras, ni en España, ni fuera de ella. En febrero del año 97 le fué conferida interinamente la mayoría general de la escuadra, y luego se le dió el mando del navío *Conquistador*, que se hallaba en el estado mas lamentable, pero que, merced á sus sábias y enérgicas disposiciones, se vió muy pronto completamente variado, así respecto de su armamento, como bajo el punto de vista de la disciplina, á que no estaban muy habituados sus marineros; de suerte que, el citado navío llegó á ser con el tiempo un modelo. Enviado á Paris con una comision científica, tuvo ocasion de presentarse á Bonaparte, que habia manifestado deseos de conocerle, y que al verle esclamó en tono afable:—«Muy jóven me pareceis para capitan de navío, señor comandante.—Mas aun lo pareceis vos, respondió Churruca, para primer cónsul de Francia.» Su carta esférica de las Antillas le habia dado tal reputacion, que en las dos que publicó el gobierno frances, adoptó los trabajos de los españoles en aquella parte del continente americano, regalándoselas, en muestra de singular aprecio, á nuestro ilustre marino, que tambien mereció la señalada distincion de recibir de Napoleon una preciosa armadura de honor. Su *Método geométrico para determinar todas las inflexiones de la quilla de un buque quebrantado, igualmente que la cantidad de su arrufo, en caso de que le hubiese*, este método, decimos, es el mejor de cuantos hasta entonces se habian practicado. En noviembre de 1803 le dió el rey el mando del navío *Príncipe de Asturias*, cuyo estado no era tampoco muy halagüeño, pero que sufrió en poco tiempo una trasformacion tan radical como antes el *Conquistador*, el cual habia sido entregado á los franceses en virtud de un tratado, con gran sentimiento por parte de Churruca. En aquella época escribió su escelente tratado, que lleva el título de: *Instruccion sobre punterías, para el uso de los bajeles de S. M.* El gobierno le dió una estraordinaria prueba de lo mucho que estimaba sus talentos, concediéndole el privilegio de arreglar el compartimiento del *San Juan*, y armarle á su satisfaccion, sin sujetarse á reglamento alguno. Pasemos ahora á referir la hazaña mas heróica de su carrera, y la que puso fin á su gloriosa existencia. Las escuadras combinadas francesa y española, al mando la primera de Villeneuve, y la segunda de Gravina, se encontraron en Trafalgar con la inglesa, á cargo de Nelson. Fué esta batalla naval una de las mas famosas y sangrientas de que hacen mencion las historias, y la mas célebre sin disputa de todas las que se han dado en los mares en el presente siglo. El enumerar detalladamente los prodigios de valor que por entrambas partes se hicieron, el ardor del combate, las diversas operaciones de las escuadras, el horrible estruendo de la artillería, que esparcia bramando el fuego y la destruccion por todas partes, seria en cierto modo inoportuno; porque sobre ser demasiado conocida esta memorable jornada, si á describirla fuéramos con la estension que el asunto reclama, traspasariamos los límites que nos hemos trazado. Mas no podemos dispensarnos de decir, que en aquel terrible dia nuestro compatriota se elevó al rango de los héroes, contrarestando el furor y poder del enemigo, con todo el valor, prudencia, abnegacion é intrepidez que caben en lo humano, siendo muy superiores á las nuestras las fuerzas de los ingleses. Desgraciadamente en lo mas encarnizado de la pelea, una bala de cañon le llevó toda la pierna derecha y parte del muslo, y el valiente marino cayó, espirando como los grandes héroes á las tres horas de recibir el balazo, rodeado de todos los oficiales y soldados de su tripulacion. No bien fué herido, pidió los auxilios espirituales,

que recibió con cristiana serenidad, dió gracias á todos los que habian combatido á sus órdenes, manifestándoles lo satisfecho que habia quedado de sus servicios, y previno que se clavase la bandera, y no se rindiera el navío mientras á él le restase un soplo de vida. El carácter estraordinario y sublime patriotismo de Churruca, se pinta con bastante verdad en las siguientes palabras que escribió á un amigo suyo antes del encuentro con la escuadra enemiga: «Si oyes decir que mi navío es prisionero, cree firmemente que yo he muerto.» El casco del navío *San Juan*, mandado por nuestro marino, y que tanto asombro causó por su heróica resistencia al enemigo, se conserva en la bahía de Gibraltar, con su cámara cerrada, y en una lápida que hay encima de la puerta se lee esta sola palabra en letras de oro: *Churruca*. Es tanto lo que respetan los ingleses la gloria de nuestro compatriota, que cuando la cámara del *San Juan* se abre con el objeto de enseñarla á alguna persona distinguida, al que entra á visitarla se le previene que se descubra la cabeza como si el mismo Churruca se hallase presente. Era nuestro marino hombre versadísimo en otros muchos ramos, ademas de los pertenecientes á su profesion; y es ciertamente sensible que se hayan estraviado los últimos trabajos en que consta positivamente que se ocupaba. Algunos escritos los conservan los ingleses, porque habiendo oido el oficial que marinó el *San Juan* el nombre del comandante de este, se apoderó con grande interes de todos los papeles que habia en la cámara de Churruca. Tan exacto é irreprensible como habia sido nuestro marino en el ejercicio de su profesion, tan digno era de ser imitado en su vida particular y privada. Estuvo casado con doña María Dolores Ruiz de Apodaca, sobrina de don Juan Ruiz de Apodaca, virey que fué de Méjico, consejero de Estado, capitan general de los reales ejércitos, y conde de Venadito, y en su estado matrimonial fué tan feliz como merecia serlo por sus virtudes y amable carácter, no menos que por las bellas prendas que adornaban á la que habia elegido por compañera de su vida. Sabia hacerse obedecer sin repugnancia por sus subordinados, y cuando la necesidad le obligaba á usar de rigor, empleaba el menos posible, cumpliendo al mismo tiempo con los deberes que le imponian su carácter de jefe, y los generosos sentimientos de su corazon. El caso que vamos á referir es una prueba elocuente de lo que decimos. Con motivo de una sublevacion, los soldados que tomaron parte en ella merecian, segun la ordenanza, la pena capital; y como aquellos infelices pertenecian al *San Juan*, interpuso su mediacion, pidió que se les perdonase la vida, y S. M., al conceder esta insigne gracia, mencionó la intercesion de Churruca. Al saber este el buen resultado de su solicitud, con el corazon inundado de júbilo escribió á su hermano lo que sigue: «Te remito adjunta una copia de «la órden publicada ayer en la escua«dra, para que veas por ella la doble «satisfaccion que tengo de haber sal«vado la vida á cuarenta desgraciados «que se me amotinaron á bordo, y de «que tanto el rey, como el señor gene«ralísimo, hayan apreciado mi media«cion; así constará á la posteridad que «no pude provocar yo con un rigor es«cesivo un atentado que no tiene ejem«plo en nuestras tropas de mari«na, etc., etc.» Despues de su muerte fué declarado por S. M. teniente general, y su esposa disfrutó de la viudedad correspondiente á este empleo. El real cuerpo de marina del departamento del Ferrol determinó hacerle los mas suntuosos funerales, así como tambien á todos los valientes españoles que sucumbieron en el sangriento y glorioso combate de Trafalgar; y en medio de la plaza del citado departamento se construyó algun tiempo despues una magnífica fuente, coronada con una urna, con las siguientes inscripciones en las cuatro caras de la pi-

rámide que formaba el monumento, para eterna memoria:

En la 1.ª *Inmortalitati*
Churrucæ,
Incliti Ferrolis Decoris.
En la 2.ª *Obiit*
Pro patria
MDCCCV.
En la 3.ª *Suus Abadia*
Calesian portea
Gubernans.
En la 4.ª *Hunc Fontem erexit*
Nominique tanto dicavit
M. D CCCXII.

Desde entonces la fuente y la plaza en que se erigió, llevan el nombre del inmortal marino.

EMANUEL ó MANUEL, rey de Portugal, llamado por unos historiadores el *Grande* y por otros el *Afortunado.* Nació en Alconchete en 1469, y era hijo de don Fernando, duque de Viseo, emparentado con la familia reinante. Un hermano de Emanuel concibió el proyecto de destronar á don Juan II; pero no pudo realizarlo, y entonces este príncipe alejó de la corte á la mayor parte de los que habian tenido conocimiento del complot: Emanuel no fué comprendido en esta medida; pero en las fiestas que se celebraron con motivo del casamiento del infante don Alfonso, el monarca le recibió de una manera que manifestaba no hallarse muy satisfecho de su conducta. Muerto el infante, Emanuel era presunto heredero de la corona, mas como Juan tuviese un hijo natural, á quien deseaba colocar en el trono, á este fin se dirigieron todos sus esfuerzos. Pero Emanuel era amado de la nacion, y al fin se decidió el monarca á declararle su legítimo sucesor en un testamento auténtico. Despues de la muerte del rey, Emanuel, que vió los ánimos dispuestos en su favor, convocó las cortes, y presentó varios reglamentos que fueron aprobados. Reformó la administracion de las rentas públicas, y alivió á los judíos de los enormes tributos que pagaban, disponiendo que en lo sucesivo fuesen considerados en este punto como los demas habitantes del reino. Esta prudente y equitativa disposicion no llegó á realizarse, porque Isabel de Castilla, viuda de Alfonso, cuya mano habia pedido el jóven monarca, solo consintió en dársela con la condicion de que fuesen estrañados del reino los moros y los judíos, condicion altamente perjudicial á los intereses del Estado, que no podrian menos de sufrir gran detrimento con el destierro de tantos y tan industriosos y ricos moradores. Efectuóse la boda con arreglo á esta condicion, y pronto se principiaron á tocar sus consecuencias fatales, como era de suponer. Retiráronse los moros al Africa, jurando venganza, y gran parte de los judíos, á quienes con la buena, pero impolítica intencion de que sus hijos entrasen en el gremio de la iglesia cristiana mediante el bautismo, se habia prohibido que llevasen á estos consigo, no quisieron obedecer, y otros degollaron á aquellos seres inocentes, quitándose luego á sí mismos la vida, antes que renunciar á sus creencias, como hubieran tenido que hacerlo á permanecer allí por mas tiempo. Otra imprudencia por el estilo cometió Emanuel, y fué el obligar á los judíos por medio de un decreto á que se bautizasen, resultando de tan graves desaciertos una larga série de turbulencias y males. Emanuel, viudo de la princesa castellana, contrajo matrimonio con doña María, hermana de esta, que limitándose al cumplimiento de sus deberes de esposa, y dotada de un carácter apacible y religioso, pero discretamente ilustrado, nunca quiso mezclarse en las cosas de política ni en las intrigas cortesanas. La favorable disposicion de los ánimos á los viajes y á las conquistas, con motivo del descubrimiento del Nuevo Mundo, verificado en tiempo de su antecesor, contribuyó mucho á las empresas de Emanuel, que dispuso nuevos viajes á aquellos remotos climas. La fortuna le fué propicia en casi todos

los que se llevaron á cabo, y sus dominios se aumentaron mucho con las adquisiciones hechas en el continente americano. Durante su reinado, el insigne Vasco de Gama dobló el cabo de Buena Esperanza (1497), y este mismo marino reconoció la costa oriental de Etiopia, llegando hasta Calicut en la del Malabar. Alvarez de Cabral añadió á la corona lusitana el imperio del Brasil; Francisco de Almeida peleó con gloria en las Indias, y su hijo creó establecimientos en las Maldivas y en Ceilan; la conquista de las islas de Ormuz, Sumatra y Goa se debió á Alfonso de Alburquerque y á Santiago Sigueira, y la misma suerte tuvo el reino de Pegri, en que Antonio Correa acrecentó la fama de las armas portuguesas. Casóse Emanuel en terceras nupcias con Eleonor de Austria, hermana del emperador Cárlos V, teniendo ya cincuenta años de edad, y se atribuye su muerte á los escesos á que se entregó, para ocultar la debilidad que los años habian producido en su constitucion. Murió este príncipe en 13 de diciembre de 1521. Las bellas cualidades que poseia Emanuel, y la prosperidad de la nacion lusitana durante su reinado, hacen que sea respetada la memoria de este príncipe, que parece era tambien amante de las letras. ¡Lástima que su exagerado celo religioso, ó la influencia de su primera mujer le inspirasen el destierro de los judíos! Si Emanuel escribió algunas obras, se han perdido con el trascurso del tiempo, conservándose únicamente algunos fragmentos de su *Historia de las Indias*.

EMPAREDADAS. Este era el nombre que se daba en los primeros siglos á las mujeres que, por un esceso de virtud mal entendida se hacian emparedar en alguna iglesia, ya por todo el tiempo de su vida, ya por un tiempo ilimitado. Consentida esta costumbre por los padres espirituales, no pudo consentirla por mas tiempo el concilio Tridentino. En esta memorable junta de teólogos se prohibió bajo de severas penas, ese castigo que no pudo en manera alguna ser agradable al Omnipotente, único que puede disponer de la vida y muerte de las criaturas humanas. En varios puntos de España reducíase el emparedamiento á vivir religiosamente dentro de las iglesias, en cuartos dispuestos á este fin, dedicándose á la limpieza del templo y de las imágenes, costura, lavado y planchado de las ropas sacerdotales. Pero en Mallorca, donde siempre se han llevado las cosas al estremo, acostumbraban estas *canéforas* y *neócoras*, ó sean sacristanas religiosas, hacerse emparedar dentro de un estrechísimo nicho, sin mas luz que la de una pequeña ventana, por donde se les pasaba el alimento necesario para prolongar la vida, y el sagrado pan de la Eucaristía. Hay memoria de que, á últimos del siglo XV, murieron emparedadas en aquella isla una señora Quint en la capilla de San Pedro de la *Seu*, y la viuda de un caballero Brondo en la iglesia de Santa Eulalia. En Córdoba fueron muy frecuentes estos rasgos de virtud, como lo prueba el testamento de Ruiz Perez Munde, otorgado ante el escribano Alfon Vicente: *Mando* (dice este documento que tenemos á la vista) *á donna Sol emparedada de Santiague el viejo, cinco maravedises mas, y otros cinco á la emparedada de Sant Llorente, y otros cinco á la emparedada de Santa María Magdalena, y otros cinco á la emparedada de Santiague de la Ajerquia: diez maravedises á donna Urraca, donna María Diego y otra buena mujer, cosa que todas cuatro sirven en la iglesia de Santa María*. La fecha de este testamento es del 8 de octubre de 1349. En el que en 2 de noviembre de 1397 otorgó Gonzalo Martinez, ante el escribano Rui Sanchez, se hacen legados de varias cantidades de maravedis *para las emparedadas de Córdoba con las de Santa María de las Huertas*. En el que á 22 de noviembre de 1401 otorgó Diego Lopez de Hoces, en poder del escribano García Fernan-

dez, manda ciertos maravedis *á todas las emparedadas de Córdoba y de su alrededor*. Y en el que en 12 de marzo de 1441 otorgó Sancho Fernandez ante el escribano Ferrand Alvarez, se lee: *E mando á la emparedada de la dicha iglesia de Sant Nicolas* (de Córdoba) *é á María Ruiz que está con ella, diez maravedises porque rueguen á Dios por mi ánima.* Por lo que toca á Valencia, HEMOS VISTO LA APOLOGÍA POR LAS MUJERES EMPAREDADAS, obra inédita del erudito don José de Cardona, quien la terminó en 1693, en la que prueba que estas mujeres vivian en lo antiguo en estrechos emparedamientos á la parte esterior de las iglesias, no por pena ni castigo, sino libre y voluntariamente con aprobacion de sus parientes y directores. Cuando Cardona escribió, ya habia mas de un siglo que en Valencia no se conocian estos emparedamientos, pues el virtuoso arzobispo don Martin de Ayala, que falleció en agosto de 1566, los prohibió severamente en el capítulo 13 de su Sínodo diocesano.

EMPÉDOCLES. Nació en Agrigento, ciudad de Sicilia. Fué hombre de estraordinaria capacidad y conocimientos, pues cultivó la filosofía, la medicina, la historia y la poesía, sobresaliendo especialmente en esta última, segun Aristóteles, que comparaba su estilo con el del inmortal autor de la *Iliada*, por el nérvio y rotundidad de la espresion, la grande y brillante copia de imágenes, y otras dotes no menos estimables. Sus versos merecieron la señalada honra de ser cantados en los juegos Olímpicos con los de los primeros poetas de la Grecia. Como filósofo seguia el sistema pitagórico respecto de las trasmigraciones de las almas, y en su poema dejó consignadas las que él mismo decia haber esperimentado. La curacion de cierta mujer ilustre de Agrigento le proporcionó tal fama, que muchos le consideraban como un Dios. Empédocles destruyó el senado de esta ciudad, y estableció el gobierno democrático. No se sabe la verdadera causa que le indujo á precipitarse en las llamas del Etna, en donde tuvo trágico fin su vida, por los años de 440 antes de Jesucristo. Fernando Guillermo Sturz publicó en Leipsick, en 1805, algunos fragmentos de los escritos del poeta agrigentino con este título: *Empédocles Agrigentini de vita et philosophia ejus exposuit, carminum riliquias collegit;* y Amadeo Peyron dió á luz en la misma ciudad otra coleccion mucho mas reducida que la de Sturz, pues la de este es en fólio, titulada: *Empedoclis et Parmenidis fragmenta ex codice bibliothecæ taurinensis restituta ab Amadeo, etc.*

ENCINA (Juan de la), célebre poeta español. Nació en Castilla la Vieja por los años de 1446, y descendia de una ilustre familia de este pais. Siguió sus estudios en la universidad de Salamanca, y todos los ratos que estos le dejaban, los dedicaba á la lectura de los autores clásicos de la antigüedad, perfeccionando de esta suerte su educacion literaria. Ya por aquella época se distinguia por sus sobresalientes dotes entre los poetas contemporáneos. La pureza de estilo, la elegancia de la frase, los rasgos de imaginacion que brillan en sus escritos, le hacen digno ciertamente de ocupar un puesto distinguido, teniendo en cuenta el tiempo en que floreció, y el estado en que á la sazon se hallaba la literatura. Su popularidad llegó á ser tan grande, segun se dice, como en los reinados de Felipe III y Felipe IV la de Lope de Vega, y así como á este le llamaron el *Fenix de los ingenios*, á aquel le dieron el sobrenombre de *el poeta por escelencia.* Su carácter afable y sencillo, la amenidad de su trato, y los talentos que poseia, le conquistaron la amistad y proteccion de varios personajes principales de la corte de España, y aun las del mismo don Fernando el Católico, que á la sazon ocupaba el trono de Castilla. La edicion de sus obras, que se publicó en vida suya, consta de

poemas, odas y canciones, de un *Arte poética* ó *arte de trovar*, doce comedias, etc. El arte poética fué acogido con singular aplauso, siendo la segunda obra que se publicó en España. Contiene este libro los principales preceptos de los clásicos griegos y latinos, y es un precioso documento que prueba la elevada inteligencia de Juan de la Encina, atendidas las circunstancias del tiempo en que vivió. Todas sus comedias se representaron ante el rey y la corte, y la que lleva el título de *Plácida y Victoriano*, fué mirada como un modelo del arte dramático, obteniendo tanto esta como las demas un éxito brillantísimo. Juan de la Encina fué el primer escritor que echó los verdaderos cimientos del teatro español. Murió nuestro insigne compatriota al principio del reinado de Cárlos V, rodeado del aprecio y sentimiento de sus contemporáneos, y colmado de honores y riquezas. Para terminar estas noticias, dirémos, que Juan de la Encina desempeñó varias comisiones diplomáticas en las cortes de Roma y Nápoles á satisfaccion del monarca, pues era el poeta castellano persona muy ilustrada en las artes del gobierno y de la política.

ENEAS. Digno es el héroe de la célebre epopeya de Virgilio, á pesar de lo poco que Homero se ocupa de él en su Iliada, pues no hace mas que nombrarle entre los jefes troyanos, de que le consagremos un artículo, en nuestro *Panteon*, destinado á dar una idea de sus hechos é ilustre orígen. Descendia este príncipe de Dárdano, fundador de la ciudad que de su nombre se llamó Dardania, así como de la famosa ciudad de Príamo. Á Dárdano sucedió en el trono Erictonio, y á este Tros, quien tuvo tres hijos, uno de los cuales fué Asaraco, del cual procedia Anquises, padre de nuestro héroe. Enamoróse de él la diosa de la hermosura, é hízole dueño de sus encantos en el monte Ida; fruto de esta union fué el caudillo troyano, cuya protectora se declaró Venus desde aquel momento, sin que jamas dejase de velar sobre él y de prestarle su poderoso celestial auxilio. Exigió Venus á su amante guardase perpétuo silencio acerca de su aventura; pero él, mas vano que prudente, faltó á su promesa, atrayendo sobre su cabeza, en castigo de tan temeraria vanidad, la cólera de los moradores del Olimpo. Mas afortunado su hijo, tuvo á Neptuno de su parte en la guerra de Troya, durante cuyo sitio combatió contra Aquiles, de quien le libró el dios arrebatándole de la pelea cuando mas en peligro se hallaba su vida. La toma de la ciudad sepultóle en el mas cruel dolor y abatimiento; en vano habia buscado quien se le uniese para resistir á los vencedores, y hé aquí porque se desconsolaba, perdida toda esperanza, sin saber qué partido tomar en tan difícil situacion, cuando Venus, apareciéndosele de repente, le reconviene por el abandono en que deja al anciano Anquises, á Creusa su esposa y á Ascanio su hijo. Entonces vuelve á su morada, y llevando consigo á los tres, llega en medio del incendio y los cadáveres de los defensores de la arruinada ciudad á la orilla del Océano, donde encuentra algunos fieles soldados que se le reunen. En el camino, los contrarios habian dado muerte á su esposa, á quien busca inútilmente, embarcándose por fin, protegida su flota por la diosa de la hermosura, mas combatida por Eolo, á quien Juno manda desencadenar los vientos, aplacados despues á ruegos de Venus, por el rey de los mares, cuyo tridente calma las encrespadas olas con una sola señal. Presente todavía en la memoria de la esposa del padre de los dioses la injuria de Páris, y no satisfecha su crueldad con el pasado triunfo, quiso destruir la flota, y ver morir en los dominios de Neptuno á aquellos miserables restos del ejército troyano. El perseguido Eneas, libertado como se ha visto del naufragio, se refugió solo con siete naves en un pequeño puerto de la Libia, mientras su

madre acudia á Júpiter, recordándole sus promesas y obligándole á asegurar que su descendiente llegaria felizmente á Italia, donde reinaria su posteridad. En seguida, Mercurio, mensajero de los dioses, parte á anunciar á la reina Dido, la llegada del troyano caudillo, y al siguiente dia este, paseándose por un bosque con su fiel Acates, encuentra á su madre, que, sin darse á conocer, le describe el carácter y refiere la historia de la viuda de Siqueo, mostrándole á Cartago, morada y fundacion suya. En seguida desaparece en una nube, y el héroe y su amigo se hallan en presencia de Dido, quien, para demostrarles el gozo que le causa su venida, dispone un espléndido banquete, al fin del cual, Eneas refiere sus desgracias y la ruina de Troya con tanta elocuencia, que hace derramar á la reina lágrimas de compasion... ¡feliz ella, si solo hubiese dado cabida en su pecho á aquel tierno sentimiento! pero el amor pudo mas que la fidelidad que habia jurado guardar al difunto Siqueo, y lejos de combatir su pasion naciente, dejóla apoderarse de su corazon, procurando por cuantos medios le sugeria su ingenio, detener junto á sí al fugitivo troyano. Venus, por el cariño que tenia á su hijo, y Juno, por alejarle del brillante porvenir que le esperaba, favorecieron sus amores, y la bella, firme y valerosa reina, sucumbió para verse abandonada despues por el héroe, cuyas naves se hacen á la vela á sus mismos ojos por órden de Júpiter. Dido, desesperada, no ve mas consuelo que la muerte, y enciende la pira que ha de consumir sus restos; hiérese con la espada de Eneas, y exhala el último suspiro... Eneas en tanto vuelve á Drápana y celebra en honor de su padre ciertos fuegos fúnebres, durante los cuales las mujeres troyanas, incitadas por Juno, que nunca perdia de vista á sus enemigos, incendian sus bajeles con la esperanza de obligar á sus maridos á fijarse en aquella costa; pero Júpiter hace caer una abundante lluvia, que apaga el fuego antes que haya hecho progresos, y Eneas, á quien la sombra de su padre se aparece en un sueño, mandándole partir, dirígese á Cumas á consultar á la sibila Deifobea, despues de haber dejado en Drápana á cuantos no podian soportar las fatigas de la guerra. La sibila le indica el modo de hacerse dueño de un ramo de oro que debia ofrecer á Proserpina, y le acompaña ó sirve de guia en el imperio de las sombras. En los Campos Elíseos, Eneas encuentra á su padre Anquises, quien, conduciéndole á las orillas del Leteo, le muestra las almas que han de habitar un dia en los cuerpos de los grandes hijos de la aun no fundada Roma. Vuelto á la tierra, parte á donde el Destino le llama, llega á la embocadura del Tiber, pide con las armas en la mano á Latino, rey de aquel pais, la de Lavinia su hija; pero Amata, esposa de Latino, la destinaba á Turno, rey de los Rútulos, é inspirada por la furia Alecto, á quien Juno, siempre irritada y vengativa, envió con el objeto de aconsejarle se opusiese á la union del hijo de Anquises y la princesa, ocultó á esta en unos montes, y Turno declaró la guerra á los troyanos. Despues de una larga y sangrienta lucha, Eneas y el rey de los Rútulos decidieron poner término á sus rivalidades con un singular combate, en el que el primero dió muerte á su contrario á presencia de ambos ejércitos. Dueño ya nuestro héroe de la mano de Lavinia, de la cual, segun el oráculo, debia proceder la romana raza, subió, por muerte de Latino, al trono de Italia, donde le sucedieron sus descendientes. Representan á Eneas llevando á su padre sobre sus hombros, y seguido del tierno Ascanio, como en el momento que salia de Troya, en medio de los cadáveres y los estragos producidos por el incendio.

ENGHIEN (Luis Antonio Enrique de Borbon, duque de). Nació en Chantilly, en 2 de agosto de 1772, de Luis Enrique José de Borbon y de Luisa

Teresa Matilde de Orleans. Aun cuando sus talentos y bellas cualidades no le hubieran merecido glorioso recuerdo en la posteridad, su trágico fin hubiera legado su nombre á la historia, que al lamentarlo, solo palabras de horror tendria contra Bonaparte, que por este crímen atroz ya está condenado en la conciencia universal. Enghien fué el último de los descendientes del Gran Condé, cuya rama quedó estinguida con su muerte, y de cuyo genio era digno heredero; uniendo á las prendas físicas mas simpáticas, una inteligencia elevada, un corazon sensible y una educacion correspondiente á su ilustre rango, perfeccionada ademas por los estudios y el trato de muchos de los principales personajes de Francia. A los diez y seis años de edad, fué recibido caballero de la órden del Espíritu Santo, y en el Parlamento, donde en seguida tomó asiento, fué unánimemente aplaudido el discurso que pronunció. Poco despues recorrió varios paises de Europa, é hizo la campaña de Flándes en 1792, á las órdenes de su padre, agregándose luego al ejército del príncipe de Condé, hasta que dicho ejército fué licenciado. En la célebre batalla de Bertsheim, causaron admiracion hasta á los mejores capitanes, la sábia direccion y los conocimientos militares que desplegó el jóven duque, que á la sazon contaba solo veinte años de edad. En 1794, fué recibido caballero de la órden de San Luis, y dos años despues obtuvo el mando de la vanguardia del ejército acaudillado por el príncipe de Condé. Al paso de los republicanos por el Rhin en Kehl, el 26 de junio, Enghien, que habia salido contra ellos, ganó varios puntos importantes, portándose de una manera brillante en la batalla que dió al dia siguiente en el bosque de Schonter; si bien tuvo que replegarse sobre Offemburgo en el valle de Kimk, á consecuencia de la derrota que habian sufrido las tropas del círculo de Suavia; pero este accidente fué en parte remediado en las acciones sucesivas en que, unido ya á Condé, se halló Enghien, y con especialidad en Oberkamlach, en Schassenried, y en el puente de Munich, donde combatió en persona por espacio de ocho dias, asombrando con su prodigioso valor y conocimientos á los mismos republicanos, algunos de los cuales, deseando conocerle personalmente, conferenciaron con él varias veces, quedando prendados de su mérito. Licenciado el ejército de Condé (1797), dos años despues volvió Enghien á Suavia, protegió la retirada del príncipe ruso Kertschacow sorprendido en Zurich por los repúblicanos; repasó el Rhin en buen órden despues de un horroroso combate; resistió en Rosenheim á Lecourbe que mandaba una division entera, no disponiendo Enghien mas que de dos mil hombres, y al paso que con sus sábias y acertadas disposiciones admiraba á los enemigos, daba muestras de humanidad que le conquistaban el aprecio de todo el mundo; como sucedió en Rosenheim, en cuyo campo de batalla recogió á un herido republicano, le cedió su propio lecho y mandó que le asistiesen con el mayor esmero é interes, hasta que sano del todo, le dejó marchar libremente á reunirse con sus compañeros. En 1801, fué por segunda vez licenciado el ejército de Condé, con cuyo motivo Enghien fijó su residencia en Ettenheim, en donde permaneció hasta 1804, dedicándose al estudio, al ejercicio de la caza, y al cultivo de las flores, y disfrutando de las dulzuras de la paz doméstica despues de la fatiga y los desastres de la guerra. A consecuencia de algunas declaraciones vagas de un tal Querelle, arrestado en la época citada como sospechoso, y de la entrega hecha por otro llamado Felipe, de cierta correspondencia, relativa, segun se dice, á una conspiracion tramada por los Borbones, Pichegrú, los duques de Polignac y otros altos personajes contra Napoleon, este creyó que Enghien estaba complicado, y sin mas resolvió deshacerse de él, envidioso segun se

sospecha, del sobresaliente mérito del duque en quien veia un futuro y poderoso rival, al mismo tiempo que con la idea de adquirir los papeles que suponia se hallarian en poder de este, y por los cuales esperaba descubrir todos los detalles de la conspiracion. El medio de que se valió, fué un medio mas propio de un malhechor que de un soberano. Mandó, pues, una comision de malvados, los cuales cercaron el domicilio del duque, que á la sazon se hallaba en la cama, y que aun cuando intentó resistir armado de un fusil, al cabo tuvo que ceder á la superioridad del número, y fué conducido á Vincennes en la noche del 20 de marzo de 1804, habiendo sido antes separado de los dependientes que le habian acompañado, en calidad de prisioneros tambien, hasta Estrasburgo. La comision militar nombrada por el gobernador de Paris, Murat, procedió á juzgar á Enghien, á poco de su llegada.—«¿Porqué habeis combatido contra la patria?—le preguntaron.—«Yo he peleado—respondió el príncipe—unido á mi familia, para recobrar la herencia de mis antepasados; pero desde el momento en que se ha firmado la paz, he dejado las armas, reconociendo que ya no habia mas reyes en Europa.» Los jueces, viendo la serenidad, el valor, y el aspecto del ilustre acusado al decir las palabras que anteceden, no se atrevieron á pronunciar la sentencia que Bonaparte esperaba, y así se lo participaron á este; pero Napoleon celebró inmediatamente un consejo privado, en el cual tambien encontró defensores la inocencia, aunque en vano; pues intercediendo Cambaceres por el príncipe, Napoleon esclamó altamente sorprendido é irritado: «¿Desde cuándo te muestras tan avaro de la sangre de los Borbones?» La suerte de Enghien estaba decidida; el ambicioso guerrero le tenia en sus manos, y no consentia su soberbia que nadie le hiciese sombra; así es que al pié del oficio de la comision militar, puso estas breves palabras: *Condenado á muerte*. A los pocos momentos se verificó la tremenda ejecucion, en el misterio y oscuridad de la noche. Conducido Enghien al foso de Vincennes, preguntó al oficial del destacamento de gendarmes que habia ido de Paris: «¿Vais á encerrarme en algun calabozo, para que acabe mis dias en los horrores de la oscuridad?—No, señor, tranquilizaos»—respondió el oficial con muestras de sentimiento acerbo. Cuando el desventurado príncipe llegó al foso, esclamó: «Gracias á Dios, que voy á morir como soldado;» y pidiendo despues un sacerdote para que le acompañase en los últimos momentos de su vida, y le diese los auxilios consoladores de la religion, no recibió mas contestacion que la siguiente, acompañada de impío sarcasmo: «¡Qué! ¿quieres morir como un capuchino? no hay sacerdotes; á estas horas todos están acostados.» Entonces Enghien se arrodilló, alzó los ojos al cielo, y dirigió una fervorosa súplica á Dios; y luego levantándose con rostro sereno, él mismo mandó que le tirasen, cayendo en seguida acribillado de balazos. Despues de esta horrible escena, su cadáver fué echado en un hoyo, hasta que en 1816, recogidos sus restos, se depositaron en una pirámide que se erigió á su memoria en el sitio mismo del asesinato, celebrándose antes magníficos funerales. En el monumento solo se leia esta sencilla inscripcion: *Hic cecidit*. No se conocen de este infortunado y valiente príncipe mas obras, que un diario manuscrito de sus campañas y viajes; y la muerte que acabamos de referir es uno de los hechos que han manchado mas las innegables glorias del capitan del siglo.

ENNIO (Quinto), célebre poeta latino. Dióle cuna la ciudad de Rudias, en la Calabria, por los años de 240 antes de Jesucristo, siendo cónsules Q. Valerio Falton y C. Mamilio Turrino. Vivió por espacio de muchos años en la isla de Cerdeña, de donde era pre-

tor Caton el anciano, quien apreciaba tanto su amistad, que para él era preferible á los honores del triunfo. Enseñóle Ennio la lengua griega, y agradecido el ilustre gobernador á las lecciones del poeta, le dió en Roma una casa situada en el monte Aventino, rasgo que honra en estremo al generoso protector, y que fué celebrado por Cornelio Nepote con grande elogio. Concedióscle en atencion á su sobresaliente mérito, la señalada honra de nombrarle ciudadano romano, honra que se dispensaba á muy pocos, y menos aun á los estranjeros. Vivió Ennio algun tiempo con Escipion el africano, en la casa que este célebre general tenia en la campiña de Literna: y fué tan venerado por él, que dispuso que á su muerte depositasen sus restos en el mismo sepulcro que los de Ennio. Virgilio dice, que su Eneida contiene versos enteros de este poeta, á quien sin duda juzga con demasiada severidad, añadiendo que son perlas sacadas de entre estiercol; verdad es que el estilo del vate calabres es duro, desaliñado y que hay falta de pureza en su lenguaje; pero en cambio tiene otras dotes muy estimables, y él fué el primero que sacó la poesía del fondo de los bosques, para trasportarla á las ciudades. Mas favorable es que el juicio del autor de la Eneida, el de Quintiliano, cuando al hablar de Ennio se espresa en estos términos: «Veneré-«mos á este hombre célebre, como se «veneran esos bosques sagrados por su «antigüedad, donde se ven los altos «robles que el tiempo ha respetado, y «que nos llenan de admiracion, menos «por su hermosura que por el senti-«miento religioso que nos inspiran.» Murió Ennio á consecuencia de un ataque de gota, y los romanos le erigieron una estátua sobre el sepulcro de los Escipiones, cuyas hazañas habia cantado el poeta calabres. Escribió tambien en verso heróico los anales de la república romana, y algunas sátiras y comedias, llenas de filosofía y graves conceptos. Solo han llegado hasta nuestros dias la tragedia titulada *Medea*, y algunos fragmentos de las restantes obras de este poeta, que se calificaba de Homero latino á sí propio, persuadido de sus grandes facultades para la epopeya. Hé aquí el epitafio que él mismo dejó escrito:

Aspicite, ó cives, senis Ennii imaginis formam;
Hic vestrum pinxit maxima facta patrum
Nemo me lacrymis decoret, neque funera fletu
Faxit; cur! volito vivus per ora virum.

ENRIQUE I (don), octavo rey de Castilla; entró á reinar en el año de Cristo 1214, y murió en el de 1217. Aun no tenia diez años cumplidos don Enrique, cuando muerto don Alfonso VIII entró á sucederle en el reino en el año de 1214. Al sentimiento de la muerte de su padre se siguió luego el del fallecimiento de su madre la reina doña Leonor; que por la minoridad de su hijo gobernaba el reino; tomó este cargo y tutela la reina doña Berenguela, hermana mayor del mismo don Enrique, que no solo habia sido jurada primogénita y heredera de Castilla desde su nacimiento, sino tambien reina de Leon con su esposo don Alfonso; pero no tardó mucho en dejarlo por evitar disturbios y mayores daños que amenazaban de la parte de los Laras, por haber pretendido estos desde luego el gobierno y tutoría del rey jóven. Mas no llegó á entregar doña Berenguela á su hermano, sin las precauciones correspondientes, para su mayor seguridad y conservacion del Estado. Juntó á este fin cortes en Burgos; y á presencia de los prelados y grandes, y de comun consentimiento se nombró por tutor al conde don Alvaro Nuñez de Lara, jurando este en manos del arzobispo de Toledo don Rodrigo, que en todo miraria por la persona del rey y el bien del reino; que no perturbaria ni innovaria las posesiones y derechos de las iglesias y señoríos, ni haria tratados de paz y guerra, ni impondria pechos sin consentimiento de la reina. No sucedió así; pues de allí á poco tiempo de haberle entregado á don Enrique, emprendió obras y tomó dine-

ros á las iglesias, se indispuso con los prelados y otros grandes, y aun el mismo jóven rey lo echó de ver. Conociólo don Alvaro, y á fin de que no volviese la tutela á doña Berenguela, fué en persona á tratar con el rey de Portugal don Sancho que diese á su hija doña Mefalda para casarla con don Enrique: súpolo doña Berenguela, y viendo que era un matrimonio que debia impedirse por el parentesco, suplicó al papa Inocencio III que lo anulase; el cual envió sus letras á los obispos de Burgos y Palencia para que no lo consintiesen. Así lo ejecutaron estos dos prelados, y se vió precisada doña Mefalda, que ya habia venido á Castilla, á volverse á Portugal; de que resultó retirarse por toda su vida al monasterio de Araouca. Pasó despues la reina doña Berenguela á remediar los demas daños y estorsiones que habia hecho don Alvaro con las iglesias y los grandes, haciéndole presente que debia cumplir las condiciones juradas en la entrega. Aparentó el conde que queria condescender á la pretension, juntó cortes en Valladolid, á que asistieron la reina y el jóven rey, mas se hicieron ilusorias, porque no convino en restituir lo usurpado, y llegó á tanto la disension, que no concluyéndose nada, se vió precisada la reina á retirarse y defenderse con los grandes, que favorecian su partido, á la villa de Autillo. El conde se declaró mas abiertamente, yendo con el rey por los pueblos y fortalezas, conquistando amigos y ganando plazas con las armas en la mano. No contento con esto, apeló á las artes, al rigor, á la calumnia contra doña Berenguela; se hizo al fin odioso y clamaban contra él los pueblos donde habitaba. Sin duda hubieran pasado adelante sus violencias, si la suma Providencia no hubiera tomado la mano, haciendo ver su poder, y la vana confianza de los mortales. Habiéndose retirado el conde don Alvaro de Palencia con el jóven rey al palacio del obispo, estando jugando con sus donceles don Enrique en el patio, de resultas de haber tirado una piedra uno de ellos al tejado, cayó una teja y le hirió en la cabeza, de que procedió su muerte el dia 6 de junio, era 1225, año de Cristo 1217.

ENRIQUE II (don), sétimo rey de Castilla y Leon; empezó á reinar en el año de Cristo de 1369; murió en el de 1379. Muerto el rey don Pedro, quedaron prisioneros los que le habian acompañado hasta la tienda de Beltran Claquin, y el castillo de Montiel se entregó al vencedor. No fué menester aclamar de nuevo al rey don Enrique; pues se presumia que lo era desde la aclamacion de Calahorra y coronacion en Burgos. Sin embargo de esto, apenas se divulgó el horroroso atentado de la muerte de don Pedro, muchas ciudades de las que le habian sido fieles, quisieron mas entregarse á distintos dueños, que al rey don Enrique. Vitoria y Logroño siguieron con el rey de Navarra. Molina y Requena se sujetaron al rey de Aragon don Pedro VI; mucha parte de Galicia y de la frontera de Portugal al rey don Fernando, el cual juzgaban debia suceder en el reino por ser nieto de la reina doña Beatriz, hija de don Sancho IV de Castilla. Carmona se hizo fuerte, acaudillada de don Martin Lopez de Córdoba, á quien habia el rey don Pedro encargado la guarda de sus hijos y sus tesoros. El rey don Enrique partió á Sevilla, que lo recibió con aclamaciones; quiso rendir á Carmona y se resistió, fué á entregarse de Toledo; que ya se habia rendido á su árzobispo, que habia quedado por general del cerco de parte del rey don Enrique, aseguró con sus cartas y mensageros á todas las demas ciudades y villas de su devocion. El rey de Portugal levantaba gente de armas para hacerse dueño de Castilla, se aliaba con el rey de Aragon y el moro de Granada, y obraba ya en todo como rey en los pueblos de Castilla que se le habian rendido. El rey don Enrique juntaba sus huestes para oponérsele: se hicieron varias hos-

tilidades en las fronteras por una y otra parte; peleóse tambien por mar. El moro tomó y demolió á Algecira; pero el rey don Enrique recuperó á Carmona, y castigó á los cabezas; llegó á mediar el papa por sus internuncios para las paces; hacíanse tratados, pero presto se rompian. Ya se habian pasado cuatro años de estas alternativas de sucesos, cuando el rey don Enrique se halló con otro enemigo. El duque de Alencastre, de la familia de los reyes de Inglaterra, habia casado con doña Beatriz, hija jurada heredera del rey don Pedro de Castilla: y como tal llevaba el nombre de reina entre los ingleses, en cuyo poder la habia dejado el rey don Pedro, su padre, cuando fué á solicitar el auxilio del príncipe de Gales; pero no pudo por entonces poner en ejecucion su intento, por hallar obstáculos en Francia, amiga del rey don Enrique. En el año de 1375 llegó á calmarse todo, concluyéndose tratados de paz, y efectuándose tres bodas de tres hijos del rey don Enrique, casándose el infante don Juan, hijo primogénito, con la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon; el infante don Alfonso de Gijon, hijo segundo, con doña Isabel de Portugal, hija del rey don Fernando; y la infanta doña Leonor de Castilla, con el infante don Cárlos de Navarra, devolviéndose recíprocamente las tierras tomadas ó rendidas voluntariamente. Aunque poco despues se renovaron con el de Navarra algunas hostilidades, los ardides del rey don Enrique, y el valor y buena diligencia del infante don Juan, que mandaba todas las huestes, hizo que se interrumpiese una guerra en estremo peligrosa. A principios del año de 1379 el rey don Enrique consultaba á sus prelados para decidir cuál de dos papas, elegidos en cisma, Urbano ó Clemente, se habia de reconocer por verdadero; cuestion que no llegó el caso de resolverse, pues le dió una enfermedad, de la cual murió á 29 de mayo del mismo año 1379, era de 1417.

ENRIQUE III (don), nono rey de Castilla y Leon; entró á reinar en el año de Cristo 1390: murió en el de 1406. Aclamado el jóven rey don Enrique III de este nombre, hubo disensiones entre los grandes y prelados sobre la tutoría y gobierno, por no hallarse todavía en edad de gobernar por sí, y por ignorarse el paradero del testamento del rey don Juan I su padre. Termináronse de pronto las controversias con haber convenido en formar un consejo de gobierno, compuesto del duque de Benavente don Fadrique, el conde de Trastamara don Pedro, y el marques de Villena don Alfonso, los arzobispos de Toledo y Santiago, y los maestres de Santiago y Calatrava, con diez y seis procuradores de los reinos, de los cuales habian de alternar ocho cada seis meses. Hiciéronse cortes para ordenar varios puntos sobre el arreglo de las cosas del reino y alianza con los confederados. El arzobispo de Toledo, que habia reservado el testamento del rey con alguna dilacion, aparentando no convenir en la forma de aquel gobierno, declaró al fin el testamento, y estrañándolo los del nuevo consejo, empezaron á dividirse y retirarse. Crecieron los deseos de mandar en aquellos que se veian escluidos ó no comprendidos en el testamento, aumentáronse las discordias y se previnieron armas. Mediaciones de los aliados reinos, recomendaciones de los parientes del rey, servian poco para avenirse y terminarse las disputas; repetidas cortes adelantaban poco, y ya en las de Burgos, celebradas á fines del año de 1391 y principios de 1392, se concluyó que gobernasen el reino y al rey el duque de Benavente, el arzobispo de Toledo, el maestre de Santiago y don Juan Hurtado de Mendoza los primeros seis meses del año, alternando en los otros seis el arzobispo de Santiago, el conde de Gijon, el conde de Trastamara y el maestre de Calatrava, quedando siempre para guardas del rey don Juan Hurtado de Mendoza y don Pedro Lopez de Zúñiga. Por parte de

las provincias ó reinos quedaron nombrados los procuradores de Burgos, Leon, Toledo, Sevilla, Córdoba y Murcia. Sin embargo de estas revoluciones, que tocaban en los intereses de los aspirantes al mando, no se dejaba de hacer justicia en la necesidad. Hacia algun tiempo que en Sevilla el arcediano de Niebla don Fernando Martinez predicaba contra las usuras de los judíos, y de tal manera habia afeado su tráfico y sus costumbres, que se conmovió el pueblo contra ellos; perseguíanlos y los mataban; y apenas se libraban de su furor los que por huir de la violencia aparentaban convertirse y pedir el bautismo; pasó este esceso á otras ciudades del reino, y si los magistrados procuraban contener la persecucion con algun castigo, mas se enfurecia el pueblo. Tomó el rey la demanda; mandó que cesasen las violencias, declaró que estaban bajo su proteccion, y que tuviesen entendido que él los amparaba, con lo cual quedaron quietos. Tampoco se descuidaban el rey y los que bien le aconsejaban, en asegurar el reino por la parte de Portugal, con cuyo soberano no se omitieron diligencias para componer la paz, y sin embargo de los obstáculos que opuso el duque de Benavente, se consiguieron treguas por quince años. La ambicion de mandar cada uno de por sí crecia cada vez mas en los consejeros del rey. El duque de Benavente y el arzobispo de Toledo eran los discordes principales y de mayor riqueza y autoridad. Bastante dió que temer aquel con hacer del retirado, aparentar armas, y tratar alianza con el rey de Portugal, intentando casar con una hija suya bastarda. El arzobispo era constante en sus propósitos é intereses, y siempre insistia en sus pretensiones. Un dia que se despedia del rey, llegó á dar sospechas de que iba á fortalecerse en Toledo y á levantar los reinos, por cuyo motivo el rey mandó que estuviese detenido, bien que decorosamente en palacio, y que entregase las plazas que tenia. Obedeció al rey, pero bien presto se satisfizo poniéndole entredicho é implorando el auxilio del papa. Este envió un legado para absorver al rey con una corta penitencia si deshacia lo hecho. Tambien el rey obedeció al papa, pero quiso librarse bien presto de estos sonrojos, apartando de sí todos los consejeros, y tomando la generosa resolucion de mandar él por sí su reino, sin aguardar á dos meses que le faltaban para cumplir los catorce años, término acostumbrado de la minoridad, espuesta siempre á la ambicion de los tutores y consejeros, y causa de muchas disensiones y desórdenes, lo cual sucedió en la primera semana de agosto del año de 1393. Convocó cortes, juró los fueros, confirmó los antiguos privilegios y mercedes, pero revocó las que se hicieron durante su tutoría, arregló y minoró las rentas de algunos, especialmente las de la reina de Navarra, el duque de Benavente, el conde de Gijon y el conde de Trastamara, todos parientes suyos, de cuyo hecho quedaron ellos muy descontentos, al paso de la alegría con que lo celebró el reino por haber dado un ejemplo tan heróico en la reforma de su propia casa; concluyó las cortes con la celebracion del matrimonio, segun se habia pactado por su padre con doña Catalina, hija del duque de Alencastre, y desposando á su hermano el infante don Fernando con la condesa doña Leonor de Alburquerque. Los descontentos, aunque estuvieron algun tiempo sosegados, fuéronse uniendo poco á poco, comunicándose los medios de recobrar sus antiguas rentas ú obligar al rey á alguna compostura. Juntaban gente, tomaban armas, hacian tratados entre sí, y aun el duque de Benavente obligaba á los recaudadores de las rentas reales á que le entregasen el dinero que les pedia. El rey solicitó su desunion, llamólos muchas veces, añadióles algo; fingian volver á su servicio, pero duraba poco su propósito. Tuvo el rey que echar mano de las armas y el rigor, puso preso al duque de Benavente, y

á este y al conde don Alfonso ocupó sus estados, con lo cual los demas pidieron partido y perdon. Tres años duraron estas contiendas, á las cuales sucedió otra de no menor cuidado. El rey de Portugal se quejaba de no haberse firmado á tiempo las treguas, segun lo pactado; empezó á hacer hostilidades y á despertar la guerra. Armóse el rey don Enrique y mandó que su gente entrase en Portugal: se hicieron algunos estragos por mar y tierra, y sacó la ventaja de que desertasen de Portugal con su gente Martin Vazquez de Acuña y Juan Fernandez Pacheco, troncos de nobles casas de Castilla, año de 1396. Siguió la guerra por espacio de mas de dos años con empeño, y solicitando al fin paces ó treguas, hubo varios debates. Ultimamente se concordaron con estas condiciones: que ni uno ni otro ayudasen á potencia ó partido en perjuicio de ambos; que se entregasen las plazas ocupadas, los rehenes y prisioneros, y que para la seguridad de todo esto se darian nuevos rehenes, año de 1399. En medio de estos sucesos no estaba muy sosegado el ánimo del rey por varios acontecimientos en que debe reconocerse la mano del Señor. El cisma, que hacia algunos años que tenia en discordia á la tiara, estaba entonces en competencia de Bonifacio IX, sucesor de Urbano y de Benedicto XIII, sucesor de Clemente. Francia, Aragon, Castilla y Portugal estaban divididos igualmente, unas veces se negaba la obediencia á uno y se concedia á otro, y á su consecuencia se padecian censuras, entredichos, y la indignacion de cada antipapa; otras se unian los mismos príncipes, y se proponian los medios de que cesasen las desavenencias. La cesion de uno y otro parecia lo mas conveniente: no pudo conseguirse este medio y volvió el rey don Enrique á la obediencia de Benedicto. Las epidemias continuadas habian disminuido la gente; y faltando brazos al campo, aumentaba la escasez. Juntó cortes, y entre otras disposiciones, se dió licencia á las viudas que no guardasen el año de luto para volverse á casar; se suprimió el tributo de la moneda, menos favorable á los pobres que á los ricos; por cuya razon se pasaban muchos á otros reinos; con lo cual volvieron los huidos, y tomó nuevo vigor la agricultura; y despues sosegó los bandos que se habian suscitado en Sevilla y Córdoba; año de 1401. La fama de Timur ó Tamerlan, que habia llegado hasta España, movió al rey don Enrique á enviarle una embajada, ofreciéndole su amistad; lo cual consiguió como lo esperaba, enviándole otra aquel gran general con dos preciosos presentes, despojos que habia quitado á Bayaceto su contrario. Estos fueron las dos hijas del conde don Juan de Hungría, llamadas doña María y doña Angelina, apresadas por aquel en la batalla de Nicópolis, las cuales casaron despues muy noblemente en Castilla. Desde el año 1401 el rey disfrutaba del sosiego de la paz, al cual se siguió el placer del fruto del matrimonio, naciéndole sucesivamente dos hijos, la infanta doña María, y el príncipe don Juan, que fueron jurados por su órden sucesores y herederos, aquella á principio del año de 1403, y este al de 1405. Sin embargo de que tenia el rey una salud poco firme, por cuya causa era llamado el *doliente* ó el *enfermo*, nunca se desalentaba en el gobierno y administracion de justicia, no perdiendo ocasion en las frecuentes cortes que tenia, de proveer de algun remedio á las necesidades; ponia la tasa de las cosas, porque no eran las cosechas abundantes, reprimia las usuras de los judíos, y los mandó distinguir con alguna señal en los vestidos; providencia que se estendió á las mancebas de los clérigos, entonces con ciertas condiciones permitidas. En este estado, cansados los mahometanos de Granada en guardar treguas y fidelidad, empezaron á hacer hostilidades por las comarcas, en tanto estremo que obligaron al rey don Enrique á convocar su gente de armas, para ir á poner freno á este desórden. Los murcianos contenian los

ímpetus del moro, ínterin el rey juntaba cortes en Toledo para hacer un buen apresto militar. Su hermano el infante don Fernando hacia las veces del rey; porque este ya no pudo asistir á ellas en persona, agravado de sus achaques, que por instantes iban quitándole la vida. En efecto, poco despues de concluidas las cortes, murió en 25 de diciembre del año de 1406. Fué sepultado en Toledo en la capilla de los reyes. Dejó tres hijos, el príncipe don Juan, que le sucedió, y las infantas doña María y doña Catalina. Lo estraño de las dolencias del rey don Enrique III hizo creer á muchos que su muerte fué ocasionada de un veneno que le dió un médico judío; como si una enfermedad contínua, contraida por cualquiera causa, no fuera suficiente para quitar la vida, desmintiendo tósigos, que son siempre activos y prontos en sus efectos. En tiempo de este rey se hizo una espedicion á Canarias, de que apenas se da noticia en las historias. No eran estas islas desconocidas de los antiguos, que habian llegado hasta las *Fortunatas;* mas se habia perdido su comunicacion y su memoria. Hácia el año de 1300 fueron halladas por los vizcainos; y don Luis de la Cerda, hijo de don Alfonso, que perdió el trono, porque don Sancho IV le habia ocupado, en el año 1306 pidió al papa la investidura de rey de ellas; y aunque su ánimo fué el conquistarlas no llegó el caso de la ejecucion. Ahora nuevamente en tiempo de don Enrique III, año de 1393, algunas gentes de Sevilla, Vizcaya y Guipúzcoa, armaron en aquella ciudad algunos navíos con prevenciones de víveres y caballos, y fueron á ver lo que podian descubrir en ellas. Llegaron á sus contornos, y navegando por ellos avistaron la de Lanzarote, la Graciosa, la Forteventura, la Canaria grande, la del Infierno (llamada así por el volcan que hay en ella), hoy Tenerife, la Gomera, la del Fierro y la de Palma. Los marineros saltaron en la de Lanzarote, y tomaron y trajeron al rey y reina con muchos moradores de la isla, cueros y cera, que les valieron mucho. De cuya noticia y presente se alegró mucho don Enrique III, aunque entonces mozo.

ENRIQUE IV (don), undécimo rey de Castilla y Leon; empezó á reinar en el año de Cristo de 1454. Murió en el de 1474. Subió al trono don Enrique IV, en el mismo mes de julio de 1454, de edad de veinte y nueve años, príncipe esperimentado en los debates y discordias contínuas que los grandes solian traer entre sí ó con los reyes; y así echando mano del agrado y la piedad, libertó á muchos de las prisiones en que los habia puesto su padre; hizo á otros grandes mercedes, y colocó cerca de su persona á los que, siendo príncipe, habia amado. Entre ellos se cuentan don Miguel Lucas, á quien hizo su chanciller condestable. Gomez de Solis, á quien dió el maestrazgo de Alcántara, don Juan de Valenzuela (1), á quien hizo prior mayor de San Juan, y á Beltran de la Cueva, hijo de Diego de la Cueva, vizconde de Huelma, antiguo hidalgo de los mas generosos de Ubeda, á quien de doncel de Lanza subió á mayordomo mayor, y despues á conde de Ledesma y duque de Alburquerque. No fué menor su empeño que el de sus gloriosos ascendientes en seguir la guerra contra los moros de Granada, á cuyo campo se acercaba todos los años con valerosas huestes, con el fin de tomar la ciudad y esterminar la morisma; pero aunque hubo muchos combates, heridos y muertos, correrías y talas de parte á parte, no se hicieron grandes progresos en mas de cuatro años, sino obligar al moro á dobles párias ó algunas treguas. Mayor daño recibia el reino por la parte de Murcia por los rebeldes Fajardos, ayudados de los moros, que no sin trabajo tuvo el rey que combatir y castigar. Entre estos

(1) Así Ferreras, variando un poco la crónica manuscrita del Castillo, que dice Gomez de Cáceres, y Juan de Palenzuela.

tiempos hubo sucesos en la corte de no poca consideracion. En el año anterior á la muerte del rey don Juan II, y á los doce de matrimonio de su hijo don Enrique IV con doña Blanca de Navarra, se llegó á declarar impotencia respectiva de los dos consortes y nulidad de matrimonio por sentencia del obispo de Segovia don Luis de Acuña, confirmada sucesivamente por el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo por comision del papa Nicolao V. Quedaron con la libertad de casarse cada consorte con quien quisiera. La infanta de Navarra no tuvo la suerte de celebrar otro matrimonio, porque fué perseguida, desheredada y encerrada por su mismo padre, que ya habia hecho otras alianzas con el conde de Fox; pero el rey don Enrique IV, luego que se vió en el trono, quiso ser acompañado de una reina. Celebró matrimonio con la infanta doña Juana, hermana del rey don Alfonso V de Portugal. No hubo género de fiestas y regocijos con que no se obsequiase á la reina; y el rey mostraba estar tan prendado de ella, que no perdia ocasion de honrarla y divertirla; hasta la misma guerra era entretenimiento para los reyes, pues en una ocasion la puso el rey en la mano la ballesta para que tirase algunas flechas á los mahometanos. Presto se cambiaron los gustos de la reina en sentimientos, y sus amores en sinsabores. El rey puso los ojos en doña Guiomar de Castro, dama que habia traido la reina de Portugal, y aunque procuró alejarla de su lado, fué para ver mayores desaires, pues teniéndola el rey en una aldea cerca de Madrid, volvió hácia ella la diversion de la caza á que era muy inclinado. No fué solo este desengaño el que vió la reina, pues tuvo que esperimentar los celos que el rey la daba con los amores de doña Catalina de Sandoval, á quien por creerla infiel el rey, hizo encerrar en un monasterio, despues de haber mandado degollar al que creyó galan y traidor. ¿Qué hubiera hecho con la reina y don Beltran de la Cueva si hubiera tenido la menor sospecha? Ni estos galanteos, ni el haber dado á luz la reina al cabo de siete años una princesa, á quien pusieron por nombre Juana, como su madre, disminuian entre los discordes vasallos la opinion de la impotencia del rey. Este al contrario, hacia todas las demostraciones posibles para desmentir semejante concepto; tales fueron haber regalado á su esposa la villa de Aranda por haberse sentido allí en cinta; traerla á parir á Madrid con el mayor cuidado en andas; salir á recibirla al camino y entrarla el rey con pompa y regocijo á las ancas de su mula, honor muy distinguido entonces para las reinas; haber celebrado el natalicio de la princesa con muchas fiestas y alegrías; y poco despues haberla hecho jurar, segun costumbre, heredera y sucesora de los reinos: lo cual se ejecutó con general aprobacion y contento, sin manifestar duda ni repugnancia alguna los vasallos, año de 1462. Hacia tiempo que Castilla estaba enemiga con la Navarra. El príncipe don Cárlos de Viana, hijo de don Juan II rey de Navarra y de doña Blanca de Aragon su primera esposa, habia sido el centro de las discordias. Este príncipe debia heredar el reino de su padre, pero inclinado á Castilla, queria tener paces con sus reyes. El navarro, opuesto siempre, jamas se acomodaba á sus condiciones, pues habia heredado al conde de Fox, como consorte de su hija segunda doña Leonor. Tomó la demanda el príncipe don Cárlos, moviéronse partidos, tomaron las armas hijo y padre uno contra otro, fué desgraciado don Cárlos; pues al primer choque quedó prisionero. Encerróle con ánimo de no soltarle jamas; empeñábanse ya por bien y ya por mal los aragoneses, catalanes y castellanos, y las discordias no dejaban caer las armas de las manos, avivándolas el conde de Fox por la parte que esperaba de intereses. Intentábanse paces, concordias, tratados, alianzas y

matrimonios; y jamas se concluian. Los infantes de Castilla, don Alfonso y doña Isabel, debian casarse con los infantes de Navarra don Fernando y doña Juana para que finalizasen los disturbios; pero manteniéndose estos en pié, ya se trocaban las bodas con don Cárlos de Viana, ya con doña Catalina, infanta de Portugal, ya con otros, segun se mudaba la razon de amistad ú odio entre los reyes. En vano consiguió libertad el príncipe don Cárlos de Viana, despues de algunos años de prision; pues apenas la gozaba, murió en 1461, nombrando por heredera del reino que le tocaba á su hermana doña Blanca, que aun vivia encerrada en prision: pero el rey don Juan de Navarra hizo jurar en Cataluña por príncipe al hijo de su segunda mujer el infante don Fernando. Reconociéronle por tal los catalanes, pero no por su rey á don Juan II de Navarra, y se entregaron al rey don Enrique IV de Castilla, lo cual fué causa de una sangrienta guerra entre los catalanes y navarros, á quienes ayudaban los franceses. El rey don Enrique IV aunque admitió el vasallaje de los catalanes no pudo socorrerlos del todo, hasta que sus tropas estuviesen libres del empeño contra los moros que en las fronteras hacian muchos daños, los cuales quedaron bien escarmentados por haberles ganado los castellanos á Gibraltar y varias plazas y castillos. Temió el rey de Navarra las fuerzas del de Castilla cuando ya socorria con todo su poder á los catalanes, y se vió precisado á negociar la paz, eligiendo ambos por árbitro al rey Luis XI de Francia. Túvose un congreso para este fin, en que asistieron los dos reyes Enrique y Luis en la raya de Francia junto á San Juan de Luz, á la otra parte del rio Vidasoa, y tratado el asunto, se concluyó que el rey de Castilla no asistiese á los catalanes ni con armas, ni con dinero; pero que se le pagasen los gastos que habia tenido en la proteccion que habia dispensado al príncipe de Viana, y que se restituyesen á los partidarios sus estados y honores, perdonando recíprocamente unos á otros, lo cual sucedió año de 1463. Los catalanes no se contentaron con que el rey de Castilla los dejase, y buscaron por su protector al infante don Pedro de Portugal. Tampoco quedó contento el rey don Juan II de Navarra, y se resistia á cumplir las condiciones. El rey de Castilla conoció que el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo y el marques de Villena habian hecho la parte de Aragon, los cuales, viéndose en desgracia del rey, y siendo émulos de la privanza de don Beltran de la Cueva, á quien ya el rey habia casado altamente con una hija menor del marques de Santillana, y le habia condecorado con el gran maestrazgo de Santiago, dignidad siempre codiciada por los grandes, maquinaron su venganza. Hicieron una confederacion con otros grandes. Pidieron osadamente al rey, que respecto de ser notado de inepto para el matrimonio, y no poder ser hija suya la princesa doña Juana, que les entregase al infante don Alfonso para jurarle heredero y sucesor del reino; para mas obligarle añadieron el cebo del interes y del honor, prometiendo que la creida hija del rey casaria con el infante don Alfonso á su tiempo, y para que este estuviese mas condecorado, le diese el rey el gran maestrazgo de Santiago que tenia don Beltran de la Cueva. El rey don Enrique habia prometido su hija doña Juana al príncipe don Juan de Portugal, y al rey don Alfonso la infanta doña Isabel. Esta estaba adherida á lo que dispusiesen los grandes, que preferian el casamiento con el príncipe don Fernando de Navarra y Aragon; por otra parte, el rey no veia razon de que se le tuviese en tan mal concepto, habiendo justificado ser solo su impotencia respectiva en su primer matrimonio, y habiéndose declarado la aptitud para el segundo; para cuya mayor prueba hizo de nuevo suficiente informacion, por la cual afirmaron personas autorizadas, que

erraban los que creian lo contrario. Fluctuaba el rey entre la injuria y el temor: solicitó varias veces el sosiego de los coligados; aconsejóse de sus fieles servidores, mas obró contra su consejo; se hizo cargo de que casando su hija con el infante don Alfonso, no se perdia nada é iba á asegurar la quietud: convino en lo que le pedian. Entregó al infante don Alfonso en manos de sus vasallos rebeldes y enemigos de su corona, con la condicion de que casase con su hija y quedase quieto el reino. El conde de Ledesma don Beltran de la Cueva renunció el gran maestrazgo de Santiago, protestando lo hacia solo por servir al rey; y este en recompensa y reconocimiento, le hizo duque de Alburquerque, dándole su villa y otras, como Cuellar, Roa, Molina, Atienza y Peña de Alcotar, con tres millones y medio de maravedis de renta cada año. Luego que los confederados lograron su intento y juraron al infante don Alfonso por sucesor á la corona, ya no pensaban en otra cosa que en quitársela al rey; y ponerla sobre las sienes del nuevo príncipe. Deslumbraban al rey con apariencias de fidelidad, y no veia este los engaños aun con rebelársele muchas ciudades y agregarse á los partidarios. Estos llevaron adelante su intento, y de propia autoridad, llenos de un loco entusiasmo y con la mas ridícula ignominia, levantaron un tablado en el campo de Avila, hicieron la horrible ceremonia de destronar al rey en estátua, concurriendo á tan execrable farsa personajes del mas alto carácter y dignidad, y arrojándolo todo del tablado, subieron al príncipe don Alfonso y le aclamaron rey en 5 de junio de 1465. Cogió esta infausta noticia al rey en Salamanca, mas no descaeció de ánimo, apellidó á sus fieles vasallos y encontró mas de los que pensaba; vinieron muchos grandes y principales con numerosas huestes á defender dignamente la causa del rey contra los malvados. Juntó su ejército; marchó á buscar á los rebeldes, que por esta vez temblaron al rey y huyeron de su presencia; pidiéronle treguas y que se dejasen las armas por una y otra parte, ofreciendo que no darian título de rey al príncipe don Alfonso. Otorgólo todo con demasiada piedad, y premió dignamente á los que le habian sido fieles. El desórden de la conjuracion habia sido causa de la libertad de los malhechores, y estaba el reino inundado de cuadrillas de ladrones: para perseguirlos se formaron hermandades, y luego estas pasaron á hacer tantos daños, que fué preciso armarse contra algunas de ellas. Los grandes de las parcialidades volvian las armas unos contra otros, y todo era latrocinios, muertes, confusion y desórden; el rey de cuando en cuando buscaba á sus contrarios, mas con ánimo de concordarlos que de combatirlos; fué sangrienta una batalla que se dió junto á Olmedo en el mes de agosto de 1467, hubo igual pérdida de una y otra parte, y ambas cantaron victoria. Proseguíase en alistar gente por uno y otro partido. El papa envió un legado para que obedeciendo al rey se desvaneciese todo: mas estaban tan encarnizados los contrarios que le despreciaron; vínose no obstante á congreso, nada se consiguió: el legado del papa usó de sus censuras, y los rebeldes apelaron á un futuro concilio. A tantas calamidades sucedió la peste, y fué preciso huir de Segovia, ya perdida por el rey y ganada por el príncipe don Alfonso. El rey recobró á Toledo que estaba por aquel: preparóse el príncipe don Alfonso para volvérsela á quitar, y saliendo de Arévalo al llegar á Cardeñosa cerca de Avila, un insulto de apoplegía le cortó la vida en el mes de julio de 1468. Quedaron sin cabeza los partidarios, y muchos de ellos ya juraban la obediencia al rey, pero otros prosiguieron el intento contrario, queriendo que fuese heredera y sucesora del reino la infanta doña Isabel, que habia quedado en su poder. Con esta prenda estrecharon al rey, y se atrevieron á pedirle, que

apartase de sí á su esposa la reina doña Juana y á su hija, y para evitar disturbios las enviase á Portugal. El rey en tanta turbacion ya no sabia qué hacerse. El legado del papa lo facilitaba, interponiendo su autoridad, y absolviendo del juramento de la sucesion en su hija doña Juana. El rey consintió al fin, abandonando el teson que tan generosamente habia sostenido en honor de la reina y su hija. La reina volvió por sí á la sombra del marques de Santillana, en cuyo poder estaba su hija. Envióla á buscar el marques á Alaejos con un confidente, quien la facilitó por la noche que se descolgase por una ventana del castillo y se la llevase á su poder. Por el interes que tomó el marques de Santillana, se mudó el intento de las alianzas. Este pretendia juntar á Portugal por medio de la princesa doña Isabel con don Alfonso, ya viudo, y el de la hija de la reina de Castilla con el príncipe don Juan de Portugal; todo lo cual patrocinaba el marques de Villena, vuelto á la gracia del rey don Enrique de Castilla, y condecorado por este con el gran maestrazgo de Santiago. Don Juan el II de Aragon pretendia con vivas ánsias el matrimonio de su hijo el príncipe don Fernando, condecorado ya con el título de rey de Sicilia (por su padre), con la princesa doña Isabel, cuya empresa dirigia el arzobispo de Toledo con la mayor parte del reino, y no la dificultaba la inclinacion de la princesa demandada. Al mismo tiempo el marques de Villena, que ya habia mudado de parecer, pretendia juntar á doña Juana con el duque de Berri, hermano del rey de Francia. Todo se hacia con secreto, pero anduvieron mas diligentes los del partido de Aragon. Interin el rey hizo una ausencia á Andalucía para asegurar varias ciudades á su devocion, el arzobispo de Toledo negoció los esponsales y gente de guerra, y con las armas en la mano entró en Castilla el rey de Sicilia don Fernando; llegó á Valladolid, y se celebró el matrimonio de la princesa doña Isabel en 18 de octubre de 1469. Luego que el rey don Enrique tuvo noticia de esto, indignóse sobre manera. Para templarle, ya le habian enviado un mensagero llevando las disculpas, y la nueva reina doña Isabel escribió á su hermano el rey, manifestándole los motivos que habia tenido para consentir en este matrimonio sin su voluntad, haciéndole presente las ventajas que se seguirian para la quietud del reino por está union, y por las buenas condiciones de los capítulos matrimoniales. Las principales capitulaciones fueron: obediencia al papa y al rey mientras viviera; observancia de los fueros y privilegios á sus vasallos cuando reinase: que no enagenaria tierra alguna sin consentimiento de su esposa: que las provisiones reales se firmarian por los dos consortes reyes; y que todos los empleos de Castilla, así eclesiásticos como seculares, se habian de dar á los naturales de Castilla, y á la voluntad de doña Isabel: que no revocaria las mercedes actuales hechas por los reyes, y favoreceria á los prelados y grandes que habian protegido á doña Isabel para ser jurada princesa: que debia don Fernando residir en Castilla y hacer guerra á los moros cuando fuese menester, pero con consentimiento de su esposa: que si en Castilla hubiese algunas revoluciones, habia de traer mil lanzas de Aragon á su costa; y que habia de entregar á doña Isabel ciertas plazas y fortalezas con todas sus rentas en Aragon, y mas cien florines de oro anuales. El rey don Enrique IV veia las cosas en tal estado, que su corona no estaba segura con el empeño de tantos reyes que le ponian sus vasallos al frente. Considerábase al mismo tiempo sonrojado al ver que no habia podido sostener á su hija, ni como legítima, ni como heredera, ni como casada á su gusto. Resucitó la idea del marques de Villena de casarla con el duque de Berri y Guiena. Vinieron embajadores de Francia de parte del duque y del

rey su hermano á celebrar por poderes la boda tratada. Concurrieron al valle de Lozoya el cardenal de Albi, y el conde de Boloña por parte del novio, y por la de la novia, ella, el rey y la reina con varios prelados y grandes. El rey y la reina hicieron declaraciones juradas de que siempre habian tenido y reconocido á su hija doña Juana por legítima de ambos. Declaróse asimismo por nulo el juramento de sucesion en la infanta doña Isabel, desheredándola por justas causas, y renovándose la jura en la princesa doña Juana, y se celebraron las bodas con mucha solemnidad en 20 de octubre de 1470. Despachó el rey cartas y reales órdenes á todas las ciudades, avisándolas de lo actuado y del nuevo reconocimiento y jura de sucesion. Las ciudades se inclinaron ú opusieron segun sus afectos: proseguia el reino en sus bandos y desórdenes, quitándose los grandes unos á otros las ciudades: ya no se obedecian las órdenes del rey, ni el arzobispo de Toledo obedecia al mismo papa, que se habia interesado en que estuviese á la obediencia del rey, y dejase de sostener á doña Isabel y don Fernando. El pretesto de religion despertó bandos y escándalos entre la plebe de Andalucía; cristianos viejos y nuevos se robaban y asesinaban, tomando parte en unos y otros sus protectores. Todo era calamidad; aumentábase esta por los estragos que hacian varias veces los moros, validos de la ocasion de los disturbios civiles, parece iba ya el reino á espirar; mas el rey aun procuraba sostenerle, habiendo intentado remediar algunos daños en las cortes de Nieva del año de 1473, anulando todas las gracias que habia concedido desde diez años antes, y otras cosas á que habia condescendido, ó no habia podido remediar constreñido por pura necesidad. El duque de Guiena murió poco despues; rogó de nuevo el rey al de Portugal, y este se mantenia indeciso; por cuya causa, y de consejo del marques de Villena se trató matrimonio con el infante don Enrique, llamado *Fortuna*, que estaba en Barcelona; tambien lo desbarató el mismo Villena. Entre estas cosas la infanta doña Isabel no se descuidaba; buscaba la gracia del rey, y creyó hallarla en Segovia, adonde ella se habia adelantado á recibirle, abrazarle y disculparse. El rey luego que llegó la visitó y concedió su agrado, y para demostracion de él á otro dia salió la infanta á caballo por las calles de Segovia, sirviéndola de palafrenero su hermano. Por consejo de la misma infanta vino poco despues allí su marido don Fernando, que estaba en Aragon apaciguando varios disturbios. Despues de su llegada repitieron recíprocamente señales de reconciliacion. Murió el marques de Villena don Juan Pacheco, y quedó el rey mas irresuelto para todo. Pretendieron muchos su dignidad de maestre y el lado del rey. Este solo dió oidos al marques de Villena hijo, don Diego Lopez Pacheco. Enojáronse los demas pretendientes. Los caballeros de Santiago de las provincias de Castilla y Leon hicieron por su parte cada una su capítulo para elegir maestre; ya habia tres competidores, uno por Leon, otro por Castilla, y otro por el rey. La infanta doña Isabel con mas destreza buscó un medio; este fué escribir á su marido don Fernando, que habia vuelto á Aragon, pidiese al papa la administracion del maestrazgo. Un pariente de los nuevos maestres prendió al marques del Villena, y el mismo rey, volviendo por su causa, fué á Fuentidueña á darle libertad con las armas en la mano. Poco sobrevivió el rey don Enrique IV á su gran privado, pues de allí á poco, aumentándosele los achaques que padecia, le pusieron en los estremos de la muerte, acelerada por un agudísimo dolor de costado. Hizo las disposiciones cristianas para morir; preguntóle su confesor cómo dejaba dispuesta su sucesion, y le declaró que tenia hecho testamento, y que en él dejaba por heredera y sucesora á su hija doña

Juana, la cual ratificaba por el paso en que se veia, y protestaba ser su hija legítima (1); con esta resolucion murió en Madrid á 12 de diciembre de 1474, á los cincuenta de su edad. Fué depositado su cuerpo en el monasterio del Paso de San Gerónimo, hasta que fué trasladado al de Guadalupe, donde se halla sepultado.

ENRIQUE IV, llamado *el Grande*, rey de Francia. Nació en Pau el 13 de diciembre de 1553, de Antonio de Borbon, duque de Vendome, y de Juana de Albret, hija de Enrique de Albret, rey de Navarra. Su madre, que era calvinista, le educó en los principios de esta secta, y por ella combatió Enrique desde muy temprana edad, siendo el príncipe de Condé su lugar teniente. Despues de evadirse del encierro en que se le habia tenido como prisionero de Estado por su adhesion al protestantismo, se retiró á Alenzon, y puesto al frente de los hugonotes, se distinguió en cuantas acciones tomó parte, sin que hubiese riesgos, fatigas, privaciones, ni sacrificios que acobardasen su ánimo esforzado. Los soldados le amaban, porque ademas de ser afable con ellos, le veian presentarse el primero allí donde el peligro era mayor, como en la batalla de Contras, en que queriendo proteger su persona algunos de los suyos, colocándose delante de él, les dijo: «Volved á vuestros puestos, no intenteis ocultarme, porque quiero que me vean.» Despues de esta batalla, en que Enrique batió á los realistas mandados por Joyeuse, le presentaron varias prendas y alhajas de mucho valor, que rehusó, manifestando que los adornos que mejor cuadran á un general, son el valor y la serenidad en la batalla y la clemencia despues de la victoria. A la muerte de Juana de Albret, ocurrida en julio de 1572, el jóven Enrique tomó el título de rey de Navarra, y estinguida la rama de los Valois, la corona de Francia le pertenecia como descendiente de Luis XI; pero no todas las provincias reconocieron sus derechos, ya por la religion que profesaba, ya porque habia quien reclamase la legitimidad. Continuó, pues, la guerra, y aunque con fuerzas escasísimas y falto de otros recursos, al paso que su competidor, el duque de Mayenne, llevaba un ejército lucido y numeroso, ganó á este las batallas de Argues y de Ivri, la primera en 1589 y la segunda el año siguiente, habiendo sido ya declarado rey de Francia el cardenal de Borbon, bajo el nombre de Cárlos X. En seguida llevó sus armas triunfantes hasta el mismo Paris, cuya capital fué estrechamente bloqueada. Los de la liga, cuyo jefe era Mayenne, se defendieron con todo el furor que les inspiraba su celo religioso, que rayaba en fanatismo, é hicieron el juramento de morir antes que rendirse. En tanto el hambre hizo tan horribles progresos, porque los pocos víveres que habia en los almacenes, no eran suficientes para alimentar á un pueblo tan grande como Paris, que los infelices habitantes de esta ciudad, se vieron obligados á fabricar pan, amasado con harina hecha de los huesos que habia en el cementerio de los Santos Inocentes. Movido á compasion Enrique, dijo que pasasen algunos víveres, y los sitiados que se escaparon á su campo, fueron socorridos generosamente. Entonces el célebre Farnesio, general de Felipe II, que acababa de llegar de los Paises Bajos, se presenta con su ejército con el objeto de levantar el sitio, lo cual logró, en efecto, como poco despues el de Rouen. Cansados los partidos que se disputaban la victoria, de una lucha tan desastrosa como interminable, al

(1) El cronista Castillo nada especifica de la sucesion. El cronista Palencia pinta su muerte como la de una fiera ó de un hombre desesperado, callando á las reconvenciones que el confesor le hacia para que dejase declarada por sucesora á la infanta doña Isabel; pero otras memorias de aquel tiempo justificaban la relacion que hemos hecho, y acreditan la pasion ó falta de probidad en este cronista.

parecer, y creyendo Enrique que el único obstáculo que se oponia á su elevacion al trono eran sus ideas religiosas, resolvió hacer solemne abjuracion de ellas, y convertirse al catolicismo, á cuyo efecto mediaron algunas conferencias entre una y otra parte, que dieron por resultado la abjuracion de Enrique, verificada en Chartres en 1593. Este príncipe hizo su entrada en Paris en 22 de marzo del año siguiente, á deshora de la noche, de suerte que al saberlo al otro dia sus habitantes, la consternacion y la sorpresa fueron generales, porque reclamaban venganzas y castigos de que estaba muy ageno Enrique. El primer acto de este príncipe fué un perdon general, y esto fué suficiente, no solo para que se sosegasen los ánimos, sino para que aquel fuese aclamado por su generosidad. Poco trabajo le costó vencer á los enemigos que aun permanecian con las armas en la mano, y esto hecho, la Francia disfrutó hasta la muerte del monarca una paz apenas interrumpida. Restablecido el Parlamento, Enrique trató de reconciliar á los calvinistas y á los de la liga; echó á los jesuitas de la universidad y de la iglesia, sometió á Mayenne en Fontaine-Française, venció al duque de Epernon, como igualmente á Mercour, y espidió el célebre *Edicto de Nantes*, en virtud del cual se establecia la tolerancia del culto calvinista, si bien con algunas restricciones, acto que algunos católicos fanáticos consideraron como impolítico y demasiado favorable á sus contrarios. Cuando la espulsion de los jesuitas, el papa absolvió á Enrique con la condicion de que habia de restablecerlos, y así lo hizo el monarca frances en 1602. Preparaba ya Enrique una espedicion contra el Austria, cuando detenido su coche en la calle de la Feronnerie, entre la confusion de unos carros que pasaban, se acercó á él Ravaillac y le dió de puñaladas, atentado que ya otros habian querido cometer. Murió este príncipe en 14 de mayo de 1610, habiendo reinado 22 años. Dejó tres hijos y cinco hijas de su matrimonio con María de Médicis; y su memoria, aunque oscurecida por algunos hechos licenciosos, es respetada y merece serlo. Su carácter franco, sus sentimientos generosos, su valor, su genio, su amor al pueblo, su docilidad en los consejos, y su inclinacion preferente á la paz, no obstante sus bélicos instintos, colocan su nombre entre los de los mejores monarcas. Amigo de la disciplina de sus tropas, no podia permitir los escesos á que estas se entregaban en ocasiones. Algunos soldados, al partir para Alemania, cometieron ciertos desórdenes en Champaña, y habiéndolo sabido Enrique, dijo á los capitanes que aun estaban en Paris: «Id al pun«to, y restableced el órden bajo vues«tra responsabilidad. ¡Vive Dios! abu«sar del pueblo, es abusar de mí.» Hablando de su actividad, decia el duque de Parma:—«Hay generales que «hacen la guerra como leones; pero «Enrique la hace como águila.» Los principales defectos que pueden achacársele, son su pasion al juego, pasion que le dominaba completamente, y su aficion á seducir las mujeres de sus súbditos, á propósito de lo cual decia Bayle: «No hay hombre mas indigno de poseer una esposa fiel que el rey.»

ENRIQUEZ (Juan Crisóstomo). Nació en Madrid en 1595. Vivió solo 37 años, y en tan poco espacio de tiempo escribió 35 obras en latin y 6 en castellano, siendo algunas de ellas de bastante estension. Tambien dejó varios manuscritos que no sabemos si habrán visto la luz pública. ¡Fecundidad notable, que lo es mas considerando el mérito de algunas de estas obras! Fué Enriquez historiógrafo general de los Bernardos de España, comisario general de los religiosos irlandeses de la órden del Cister, y gran prior de la de Calatrava. El que desee ver el largo catálogo de las obras de Enriquez, puede recurrir á la *Biblioteca de don Nicolas Antonio*, en donde encontrará cuantas noticias bibliográficas apetezca.

ENRIQUEZ DE GUZMAN (doña Feliciana). Nació en Sevilla en el año de 1600, y dedicada desde muy niña al cultivo de la poesía, para la cual tenia sobresalientes facultades y no escasa instruccion, dejó varias *églogas, elegías, madrigales*, etc., y una tragicomedia titulada: *Los jardines y campos sabeos*, de la cual se han hecho varias ediciones en Portugal.

ENSENADA (don Zenon de Somodevilla, marqués de la). Nació en la villa de Hervias (Rioja) á 25 de abril de 1702, siendo de humilde, pero honrada cuna, segun unos, y de noble y elevada estirpe, segun otros; sin que se sepa tampoco de cierto si, como se refiere, siguió la carrera universitaria, distinguiéndose por su saber en la literatura y en las ciencias, ó la del comercio en una casa de Cádiz. Poco importa esto para nuestro objeto, porque ninguna de las espresadas circunstancias ha dado celebridad á su nombre, sino su conducta en el gobiorno de España, conducta que le enaltece hasta el punto de que se le considere como uno de los mejores ministros que hayan jamas aconsejado á un monarca. Pero si en los pormenores inciertos á que poco hace aludíamos no debemos detenernos, en razon de su misma incertidumbre, no podemos prescindir de ocuparnos de otras circunstancias de su vida, que constan de una manera positiva. Sábese sí, que en los primeros años de su vida, así como durante todo el curso de ella, fué hombre Ensenada de costumbres irreprensibles, de honradez á toda prueba, de integridad notoria, de carácter franco, amable y sencillo, lo cual unido á su despejo y natural perspicacia, le hacia merecedor de las simpatías y aprecio de cuantos le trataban. En 1.° de octubre de 1720 fué nombrado oficial supernumerario del ministerio de Marina, y en julio de 1724 ya era oficial primero y comisario de matrículas en la costa de Cantabria, cuyo ascenso prueba que sin favor ni adulaciones habia logrado un puesto que, si no muy elevado, tampoco se concedia con facilidad á quien no tuviese méritos para ello, como en nuestros dias se acostumbra con harta frecuencia, por desgracia; en 1728 recibió el nombramiento de comisario real de marina; dos años despues el de contador del departamento de Cartagena, en el 32 el de ministro de la escuadra destinada á la reconquista de Oran, y en el 33 el de comisario ordenador. Como intendente del ejército que pasó á Italia á la conquista de Nápoles y Sicilia, se condujo Somodevilla de una manera tan satisfactoria, que el infante D. Cárlos le dió el título de marqués de la Ensenada. Desempeñó pasado algun tiempo el destino de secretario del almirantazgo, y recibió la graduacion de intendente de marina. Despues de la espedicion de Italia de 1741, le nombró el rey su secretario de Estado y del despacho de la guerra, marina, Indias y hacienda, y teniente general del almirantazgo. Todos los esfuerzos de Ensenada para renunciar los altos empleos y distinciones con que, en consideracion á sus talentos y servicios, le colmó la generosidad de Fernando VI, fueron inútiles, llegando hasta el caso de amenazarle, segun se dice, el monarca con su real desagrado, si no aceptaba aquellos. Ensenada no tuvo otro remedio que ceder; y la asombrosa prosperidad que alcanzó España durante su ministerio, solo puede compararse con la anterior decadencia de esta nacion, resultado de pasadas discordias y desastrosas y largas revueltas. Su génio económico y previsor atendió á todo cuanto reclamaba remedio, y una de las primeras cosas que hizo, fué cercenar y suprimir gastos supérfluos, disminuyendo el número de destinos y de empleados, sin que por esto se resintiese el servicio público, antes por el contrario, pues siempre en la nacion española se ha abusado en este punto, con gran perjuicio de los intereses generales. Poco era, sin embargo, esta medida;

necesitábase fomentar ó crear establecimientos útiles, dar impulso á la industria, al comercio y á la marina; reformar, en fin, todos los ramos de la pública administracion. Ensenada facilitó nuestros medios de comunicacion con América, y el comercio esterior tomó un vuelo considerable; introdujo varias economías sábias hasta en la real casa; acometió la utilísima empresa del canal de Castilla; la no menos necesaria del camino del puerto de Guadarrama; aumentó el ejército y la marina, poniendo uno y otra bajo un pié respetable; creó regimientos, arsenales marítimos, y fortificó varias plazas interiores y fronterizas; construyó el fuerte castillo de San Fernando de Figueras, y fué amigo y protector de los sábios y artistas, pasando muchos españoles de mérito, pensionados á los paises estranjeros, para perfeccionarse allí en las artes y ciencias que cultivaban, y aplicar despues sus conocimientos á las obras que proyectaba el infatigable ministro. Ensenada prestó un servicio inmenso á nuestras glorias, mandando que se franqueasen al sábio orientalista, don Miguel Casiri, los auxilios de todo género que necesitase para la publicacion del índice que este mismo habia ya formado de los códices árabes, existentes en la biblioteca del Escorial. Protegidos suyos fueron tambien, entre los estranjeros, Briaut, Tournell, Sothuell, Le-Maur, Godin, Bonles y Quer, y entre los españoles, don Manuel Salvador Carmona, don Juan de la Cruz, don Tomas Lopez, don Alfonso Cruzado, don Jorge Juan, Feijóo, Florez, Campomanes, el padre Andres Burriel, don Francisco Perez Bayer y otros muchos que no enumeramos, y cuyos nombres en las ciencias y en las artes son demasiado conocidos y justamente célebres. A él, en union del famoso marino español ya citado, don Jorge Juan, se debe la creacion de un observatorio astronómico en Cádiz, y trató de levantar la carta geográfica de España, pero esta empresa no llegó á realizarse. En la misma ciudad que acabamos de citar, creó un colegio de medicina, y propuso el establecimiento de academias, de ciencias y buenas letras, así para Madrid como para las capitales de provincia, por cuyo medio se proponia difundir la ilustracion y el amor á los estudios y tareas literarias. Respecto de nuestras posesiones de ultramar, Ensenada consagró á ellas una atencion preferente, con el objeto de reformar los vicios y abusos que pudieran existir, tanto en la administracion, cuanto en los demas ramos. Durante su ministerio se llevó á cabo el concordato (1753) con Su Santidad Benedicto IV, dejando unido para siempre el patronato real á la corona, con el derecho de presentacion para las dignidades, prebendas y beneficios. Fué el insigne ministro propuesto y aun instado por Su Santidad, para que aceptase el capelo, pero Ensenada lo rehusó constantemente. Pronto debia quedar privada nuestra nacion de los eminentes servicios de este famoso hombre de Estado, porque los ingleses, envidiosos de la prosperidad creciente y rápida de España, y con especialidad de la de su marina, pensaron en paralizar este benéfico movimiento de progreso, y para conseguirlo, no encontraron otro medio mejor que preparar la caida del que tantos celos les causaba. Al efecto, el duque de Huescar y el conde de Valparaiso, mal avenidos con Ensenada y con la influencia francesa, que entonces dominaba sobre la de los ingleses, se unieron al embajador de Inglaterra, Benjamin Keenne, y trabajaron de concierto en el golpe qué meditaban contra el ministro. Este, no obstante la proteccion que siempre le habia dispensado la reina, fué destituido de todos sus cargos y desterrado á Granada en la noche del 21 de julio de 1754. Siguióle la suerte que suele alcanzar á los grandes que han perdido el favor, y en su consecuencia no vacilaron sus enemigos en acusarle como *dilapidador* de los caudales públicos; fueron

confiscados todos sus bienes, y aun se le hubiera formado proceso criminal, á no mediar la poderosa intervencion de la reina, que no solo se opuso á ello sino que logró que su regio consorte le señalase una pension anual de diez mil duros, para que, como caballero del toison de oro, pudiera Ensenada vivir con el decoro que exije tal dignidad. Despues de la muerte de Fernando VI subió al trono el modelo de los monarcas, el escelente rey don Cárlos III, que levantándole el destierro, le recibió afectuosamente en la corte, dándole á besar la real mano. Falleció Ensenada á 2 de diciembre de 1781 en Medina del Campo, punto de su segundo confinamiento, por haberse recelado de su conducta cuando el motin popular ocurrido en Madrid contra el príncipe de Esquilache. Cárlos III concedió el título de Castilla para los sucesores y herederos de don Zenon de Somodevilla, de quien descienden los marqueses de la Ensenada, en memoria de los grandes servicios que el ilustre ministro prestó á su patria; y Cárlos IV declaró mas adelante el mismo título exento de lanzas y media anata *para perpetuar*, segun dice la real órden, *la memoria de los dilatados y muy particulares servicios del señor don Zenon de Somodevilla y Bengoechea, primer marques de la Ensenada, dejando á sus sucesores una señal del celo, acierto, pureza y fidelidad con que desempeñó las cuatro secretarías del despacho.* Indudablemente contribuyó á la acusacion de dilapidador, que intentaron sus émulos cuando su caida, el lujo, casi estravagante, segun dice un escritor, con que se presentaba; llegando á tal estremo, que los diamantes que llevaba en su vestido en un dia de gala ó corte, ascendian á la enorme suma de quinientos mil duros. El mismo rey le manifestó en cierta ocasion su sorpresa en este particular, y Ensenada le respondió, segun parece: *Señor, por la librea del criado se ha de conocer la grandeza del amo.* Sin embargo, á su muerte gran parte de las riquezas que tenia fueron repartidas entre los pobres, segun habia mandado en su disposicion testamentaria. Con pocos ministros como Ensenada, cuyos actos han inmortalizado su nombre, otra seria la suerte de la nacion española.

EOLO, dios de los vientos entre los gentiles. Era hijo de Júpiter y de la ninfa Menálipa. Júpiter le admitió en el número de las divinidades de la fábula, á quienes presidia, y de rey de las islas eólidas, le elevó á señor de los vientos, aunque dependiente de Neptuno, que le mandaba sublevar las olas y levantar las tempestades en medio de la mas plácida calma, cómo y cuando le convenia. Casóse con Cianea, de quien hubo á Alcianca, Atamas, rey de Tebas, Créteo, Salmoneo, Menálipa y otros doce hijos, seis varones y seis hembras. Eolo está sentado en una cueva y rodeado de los demas vientos, sus vasallos, sujetos todos con fuertes cadenas para que no puedan salir. Solano y Céfiro son jóvenes y graciosos, osténtase el primero cargado de frutos; el segundo, ligero y murmurador, juega con las flores, cuyos aromas le perfuman. Africo tiene las alas cargadas de brumas; á Aquilon, anciano, de ceñudo aspecto, se le vé con los cabellos cubiertos de témpanos de hielo y una larga cola de serpiente, Austro se emboza entre tempestuosas nubes y deja caer de sus alas anchas gotas de lluvias; Coecias muestra el escudo lleno de granizo con que envidioso destruye los mas sabrosos frutos de los campos; Euro arrastra en pos de sí las tormentas, con los cabellos desordenados; Cauro se abriga con blandas pieles, y tiene en las manos una copa llena de agua, su barba es blanca y sus manos secas y arrugadas. Atenas elevó un templo de forma octógona á los ocho principales. Una magnífica estátua de Triton, colocada sobre la cúpula, marcaba el viento reinante con una varita que tenia en su mano.

EPAMINONDAS, hijo de Polimno. Nació en Tebas de una familia pobre, pero honrada, cuyo orígen se perdia en los tiempos fabulosos. Fué uno de los hombres mas célebres de Grecia; por su valor, su génio, su patriotismo y sus virtudes. Desde sus primeros años se dedicó á todos los ejercicios y estudios propios para robustecer su cuerpo é ilustrar su entendimiento. La cítara, el canto, la danza, la lucha y la carrera contribuyeron á lo primero, siendo sus maestros en las tres primeras, Dionisio, Olimpiodoro y Califron. El anciano Lisis, natural de Tarento, con quien mantuvo siempre estrecha amistad, le enseñó la filosofía pitagórica, y en todo se manifestó sobresaliente el jóven Epaminondas. Acompañada esta educacion de las escelentes prendas que adornaban su bello carácter, como la modestia, la prudencia, una gravedad sin afectacion, su templanza y natural bondad, podia decirse que Epaminondas era un hombre digno de presentarse á los demas, como perfecto y cabal modelo. A pesar de haber desempeñado los primeros cargos de la república, vivió siempre en la pobreza, sin duda para dar ejemplo de sobriedad y morigeracion á sus conciudadanos, y muchas veces repartió cuantiosas sumas entre los necesitados. Pretendiendo Diomedon Siciceno sobornarle con dinero á instancias de Artajerjes, ganó primero á Micito, amigo de Epaminondas, quien se encargó de desempeñar la comision; pero el insigne tebano le respondió, que si era justa la pretension de Artajerjes, le serviria sin aceptar recompensa de ninguna especie, pero que si era perjudicial á su patria, no le serviria por todas las riquezas del mundo; añadiendo: «No es«traño en tí, Diomedon, que no cono«ciéndome hayas intentado sobornar«me, creyéndome semejante á tí; así, «pues, te perdono, pero sal pronto de «aquí, no sea que sobornes á otros. «En cuanto á tí, Micito, devuelve «pronto á Diomedon su dinero, ó te «entrego á un magistrado para que te «castigue.» Dos partidos se disputaban hacia largo tiempo el gobierno de las repúblicas de Grecia; era el uno el aristocrático, y el otro el democrático. Lacedemonia se regia por los principios del primero, Atenas por los del segundo. Al fin triunfó Lacedemonia, y los tebanos combatieron con los espartanos en la famosa batalla de Mantinea contra los arcadios, en la que Epaminondas y su valeroso y esforzado amigo Pelópidas, dieron pruebas insignes de sus grandes conocimientos militares; y aunque este último cayó acribillado de heridas, aquel rechazó y derrotó completamente al enemigo, y pudo librar de la muerte á Pelópidas, protegiéndole con su persona. El carácter de estos dos célebres personajes que vivieron toda su vida en íntima y leal amistad, formaba un singular contraste, porque las circunstancias del uno eran enteramente opuestas á las del otro. Cuando los aristócratas tebanos entregaron la fortaleza llamada Cadmea á los lacedemonios, se decretó el destierro de todos los jefes del partido democrático, incluso el mismo Pelópidas, pero se respetó á Epaminondas, en consideracion á su pobreza. Algun tiempo despues Pelópidas entró en una conspiracion dirigida á restablecer el gobierno popular y echar de Cadmea á los lacedemonios ó espartanos, y aunque instado Epaminondas no quiso tomar parte en ella, previendo los desastres y venganzas que habrian de resultar. En efecto, los conspiradores vencieron, y recordando la suerte que les habian hecho sufrir los aristócratas, persiguieron á estos con toda la saña del rencor y de la exaltacion propios de las revoluciones. Entonces Epaminondas sirvió de mediador, y con la influencia que tenia sobre sus conciudadanos, logró atajar los males sin cuento que preveia. Restablecido el gobierno democrático, Pelópidas que mandaba el ejército tebano, derrotó á los lacedemonios. Con el fin de poner feliz término á todas las disensiones de las repúblicas griegas, se celebró un

congreso general en Lacedemonia, que no dió los resultados que se esperaban. En este congreso Epaminondas defendió con su persuasiva elocuencia los derechos de su nacion, pero no conviniéndose en lo relativo á la libertad de la Beocia, Agesilao y Cleombroto, reyes de Esparta, se dirigieron contra los tebanos, mandados por Epaminondas y por Pelópidas, que vencieron á los de Esparta en Leutres, en el año de 371 ó 72 antes de Jesucristo, cuya batalla hubiera bastado para inmortalizar el nombre de Epaminondas, aun cuando este eminente general no hubiera contado en su gloriosa carrera otras memorables hazañas. Despues de esta guerra, Tebas fué durante algun tiempo el Estado mas poderoso de Grecia. Deseando entonces acabar con la influencia de los lacedemonios en los pueblos que con ellos tenian alianza, pasó al Peloponeso al frente de un formidable ejército, y aunque al principio le hizo retirarse Agesilao, no tardó en recobrar sus posiciones, y en llevar el terror y la asolacion por los pueblos de la Laconia. Los envidiosos que le suscitaron sus heróicos hechos, así como tambien á su amigo Pelópidas, consiguieron, en tanto que se ocupaban en la guerra, despojarles del mando, y enviaron otros generales que les reemplazasen; pero Epaminondas no quiso obedecer, prefiriendo perder la vida, á presenciar la ruina de la república, por la impericia de los generales tebanos que habian de sustituirle. Es de advertir que estaba prohibido por una ley, conservar el mando por mas tiempo del prefijado por el pueblo, y los enemigos de Epaminondas, ateniéndose á ella, mas por derribarle, que porque quisieran observar escrupulosamente dicha ley, en circunstancias críticas, reclamaron su cumplimiento. Epaminondas confesó desde luego que habia faltado á lo establecido, y conformándose con la pena que por ello merecia, pidió únicamente que la sentencia se pusiese en los términos que á continuacion se espresan: «Epaminondas ha sido sentenciado á muerte por los tebanos; porque les obligó «á vencer á los lacedemonios, á quienes «antes que él hubiese tomado el mando, «ningun beocio se habia atrevido á hacer frente en campo raso, y porque «con sola una batalla, impidió la inminente destruccion de Tebas, y libertó «á toda la Grecia, poniendo en tal estado á los tebanos y á los lacedemonios, que los primeros llegaron á «combatir á Esparta, y los últimos se «contentaron con salvarse; y finalmente, porque no dejó las armas antes de haber sitiado á la ciudad de «Esparta, reedificando á Mesena.» La Asamblea manifestó con grandes aclamaciones su aprobacion á las palabras del ilustre acusado, y los jueces le absolvieron. En la guerra que despues tuvieron los tebanos con Alejandro, tirano de Feres, que habia detenido prisionero á su amigo Pelópidas, no obstante su carácter de embajador, aquellos confiaron el mando de las tropas á Cleomenes y á los Polemarcos ó magistrados de la república. Epaminondas sirvió en clase de soldado en aquella espedicion, dirigida á libertar á su amigo. Pronto se vió la imprudencia que se habia cometido en encargar del mando á jefes ignorantes é inespertos en las cosas de la guerra, porque el ejército quedó derrotado, y si se salvó de una completa destruccion, fué porque por aclamacion unánime, se puso al frente de él Epaminondas, quien logró despues rechazar al tirano y libertar á Pelópidas. Armadas por consejo suyo cien gabras, con el objeto de hacer á Tebas una potencia marítima de primer órden, consiguió que Rodas, Quio y Bizancio se confederasen con sus compatriotas, separándose de la alianza de los atenienses. La última batalla en que brillaron la intrepidez y el génio del famoso general tebano, fué contra los lacedemonios, cerca de Mantinea, en donde pereció traspasado por un dardo enemigo, en 365 antes de Jesucristo. Epaminondas, conociendo que la herida no tenia remedio, no quiso

que le sacasen el arma mortífera hasta que, declarada en su favor la victoria, se arrancó el dardo, pronunciando estas palabras, que fueron las últimas: «Bastante he vivido, pues muero sin «ser vencido.» Epaminondas nunca quiso casarse, y Pelópidas, que tenia un hijo lleno de vicios, le hacia cargos por la circunstancia espresada, diciéndole: «Poco atiendes á los intere«ses de tu patria, puesto que no dejas «hijos que puedan reemplazarte algun «dia,» á lo cual respondió Epaminondas: «Menos acaso la servirás tú, de«jándole un hijo como el que tienes; «en cuanto á mí, no me faltará suce«sion, porque hija mia es la batalla de «Leuctres, que no solo me sobrevivirá «sino que será inmortal.» Muchos de los mas célebres escritores de la antigüedad, tanto griegos como latinos, se han ocupado de la vida de Epaminondas, considerándole unánimemente como uno de los hombres mas grandes que han existido. Despues de la batalla y en el mismo sitio en que murió, su ejército le erigió un trofeo y un panteon.

EPÉE (Cárlos Miguel L'). Nació en Versalles en 1712, y se dedicó desde muy jóven á la carrera eclesiástica, que con motivo de cierto incidente abandonó por algun tiempo, emprendiendo la del foro, hasta que despues por consejo del obispo de Troyes, volvió á la primera, obteniendo un canonicato, que debió á lo mucho que este prelado le estimaba por las escelentes prendas de su carácter. Atribúyese por algunos franceses á L' Epée la invencion del precioso arte de instruir á los sordo-mudos de nacimiento, y esto no puede tener otro orígen que los celos con que siempre ha mirado la nacion vecina las glorias de la nuestra, por causas difíciles de comprender, sin que sirva de nada nuestra imparcialidad en reconocer las suyas, y ensalzar, tal vez demasiado, todo lo que de ella nos viene, al paso que solemos desdeñar lo que nos pertenece y nos honra. Pero averiguado está, y sabido es hasta la evidencia, que la invencion de que tratamos se debe á un monge benedictino español, llamado Pedro Ponce, que fué el primero que la puso en práctica, y aplicó los principios en que se fundaba en tres sordo-mudos de nacimiento, hermanos del condestable de Castilla. Esto sucedia á fines del siglo XVI, y la prueba de que el arte ya habia alcanzado gran perfeccion en manos de su mismo autor, es que aquellos sordo-mudos tuvieron en medio de su desgracia la felicidad de aprender á leer y á escribir, enseñándoles ademas el buen religioso los principios de la religion, algunos idiomas antiguos y modernos, la pintura, la física, la astronomía, la política, etc. Verdad es que Pedro Ponce no dejó escrito ningun método relativo á este arte, pero para nuestro objeto es suficiente que quede aquí consignado el hecho de la invencion; ademas, las dos primeras obras que se dieron á la estampa acerca de la educacion de los sordo-mudos, pertenecen tambien á los españoles Juan Pablo Bonet y Ramirez de Carrion. Los ingleses y otros estranjeros han disputado asimismo, no la primacía del invento, pues casi todos, y aun muchos franceses, están conformes en concedérsela á Pedro Ponce, sino la de haber escrito sobre la materia en cuestion. Conviene á nuestro propósito observar que el español Pereira presentó en 1748 á la academia de ciencias de Paris dos sordo-mudos, á quienes habia educado, y que mereció la mas lisonjera aprobacion de aquel respetable cuerpo. El abate L' Epée, á quien no pueden negarse los sentimientos mas bellos y filantrópicos, empleó todos sus afanes y sus intereses en el bien de los desgraciados sordo-mudos, y vió en muchas ocasiones coronados con buen éxito sus laudables esfuerzos; pero es difícil de creer que dedicándose á esta ocupacion, no tuviese conocimiento de Pereira, ni de los que le habian precedido en tan santo magisterio, segun el mismo L' Epée manifiesta en el

prólogo de una de sus obras. Por último, aunque este no hubiese oido jamas hablar de Pereira ni de su método, repetirémos lo que dice un biógrafo compatriota del buen L' Epée: *no puede haber comparacion entre el célebre Pereira y el abate L' Epée, pues el método que este adoptó, puede aun mejorarse mucho.* Como quiera que sea, el eclesiástico frances es acreedor á la gratitud de la humanidad, así por su celo é infatigable interes por los sordo-mudos, como por el establecimiento filantrópico, que inspirado por su ardiente caridad, fundó él solo, á espensas de sus propios caudales, y en el cual enseñaba á aquellos desgraciados á comunicarse con sus semejantes por medio de los signos ó del gesto, supliendo de una manera maravillosa las facultades de que les habia privado el cielo, y haciéndoles mas agradable la existencia. Dícese, que, para fomentar y sostener su piadosa fundacion, el buen abate se vió en algunas ocasiones privado hasta del fuego en el invierno. El gobierno, sin embargo, no acogió bajo su proteccion el establecimiento, por mas que lo solicitó L' Epée. ¡Tal es la desgraciada suerte que con harta frecuencia suele caber á las instituciones mas útiles, mas humanitarias! Murió L' Epée en 23 de diciembre de 1789, llevando al sepulcro la gratitud y el sentimiento de sus amigos, de sus discípulos y de todos los hombres de bien. Dejó escritas las obras siguientes: *Relacion de la enfermedad y cura milagrosa hecha en la persona de María Ana Pigalle*, 1757. —*Coleccion de los ejercicios sostenidos por los sordo-mudos desde* 1771 *á* 1774, etc.—*Verdadero sistema para instruir á los sordo-mudos, confirmado por una larga esperiencia. Su diccionario general de los signos empleados en el idioma de los sordo-mudos* quedó interrumpido con motivo de su muerte, pero el abate Sicard lo concluyó.

EPICURO, célebre filósofo de la antigüedad. Créese que nació en la isla de Samos por los años 352 antes de Jesucristo, y descendia de la noble familia de los Filaidas. Sus padres pasaron en busca de mas próspera fortuna que la que tenian, á la isla citada. Poco se sabe acerca de los primeros años de su juventud, pero se dice que por aquella época de su vida acompañaba á su madre Cherestata, recitando versos lustratorios por las casas y moradas del pueblo, y que mas adelante ayudaba á su padre Neocles en la escuela que este habia abierto en Samos. Su inclinacion á la filosofía se dió á conocer muy pronto; á su estudio se entregó casi esclusivamente, y no quedando satisfecho de lo que se enseñaba en las escuelas, se propuso formar por sí mismo una secta que, tomando con el tiempo su nombre, alcanzó gran celebridad y tuvo no pocos partidarios durante muchos siglos. Aun no contaba 20 años de edad cuando pasó á Atenas, en seguida á la Jonia, al lado de su padre que habia fijado allí su residencia, luego á Mitilene, y por úlimo á Lamsaco, en donde dió principio á sus lecciones de filosofía. Mas sosegadas las discordias que agitaban á Atenas, cuando él estuvo en esta famosa ciudad, volvió á ella, compró un jardin, y allí estableció su escuela, contándose entre sus discípulos Cheredemo, Neocles y Aristóbulo. La escuela era mas bien una especie de colegio, á cuyo sosten contribuian con una cantidad estremadamente módica los que eran admitidos, y en él vivian en una especie de comunidad como los discípulos de Pitágoras. Las siguientes palabras de Epicuro demuestran la frugalidad que observaban así él como sus sectarios: *Tengo*—le decia—*lo suficiente con pan moreno y agua, pero mándame queso citridiano para poder comer con mas abundancia cuando quisiere.* A esta frugalidad y á la feliz armonía en que vivian el maestro y los discípulos, se atribuyó la edad avanzada que alcanzó el primero, que fué la de 72 años, muriendo de mal de piedra. Sucedióle Hermaco Miteleneo, y á este le dejó en su testamento la casa y jardin

en donde esplicaba su filosofía. Esta, como hemos dicho, se hizo muy célebre, debiendo en gran parte su fama, á los encarnizados ataques que sufrió despues de la muerte de su fundador, especialmente por los estóicos sus émulos. A estos pertenecia Diótrino, quien no contento con divulgar las mas torpes calumnias contra Epicuro, y con alterar las máximas de este filósofo de la manera mas audaz, llevó la osadía y desvergüenza, hasta el estremo de publicar cincuenta cartas impúdicas y escandalosas con el nombre de su difunto antagonista. Timon decia:

De Samos ha salido
el físico postrero, el impudente,
el maestro de niños,
el mas duro y brutal de los mortales.

Pero Diógenes Laercio, que es autoridad mas respetable que la mayor parte de los que infamaron la memoria y la doctrina de Epicuro, afirma que este era uno de los hombres de mas probidad, rectitud y firmeza de alma; que en Samos se le erigieron estátuas de bronce para perpetuar y honrar su memoria; que eran numerosos sus amigos y muchos sus discípulos; y que estos veneraban sus dogmas y le oian con entusiasmo; que fué amante y agradecido con sus padres, benéfico con sus hermanos, indulgente con los criados, piadoso en alto grado, y amante de su patria sobre toda ponderacion, no queriéndose nunca mezclar en cosas de gobierno por la misma bondad de su carácter. ¡Cuán diferente no es esta pintura de la idea que por lo general se tiene de Epicuro! Créese vulgarmente, que segun la doctrina de este filósofo, la felicidad consiste en satisfacer los apetitos sensuales, en entregarse sin freno á todos los placeres. Así lo esplicaron tambien algunos de sus discípulos que no le comprendieron, ó que se llevaban miras particulares en alterar las máximas del maestro, por cuyo motivo el epicureismo fué degenerando poco á poco de su antiguo estado, hasta llegar á desacreditarse completamente. Pero bien considerada la filosofía de Epicuro, este entendia por deleite lo que los estóicos por sabiduría. Hé aquí las principales bases de ella: el sol y la luna no son mayores de lo que aparecen á la vista, el sol se apaga todas las tardes en el mar, y por la mañana vuelve á encenderse; los átomos son los principios de todas las cosas, y tienen las propiedades de la dureza y pesadez. En las escavaciones de Pompeya se han descubierto, entre los manuscritos griegos, algunas obras de Epicuro, de las que se han hecho traducciones á diversos idiomas. Gasendo esplicó perfectamente la filosofía epicúrea en su obra titulada: *Syntagma de vita et moribus Epicuri, lib.* 8.

ERASÍSTRATO. Uno de los mas famosos médicos de Grecia, jefe de la escuela llamada de los *Erasistratenos*, que floreció principalmente en Esmirna, y cuyos discípulos, que fueron muchos, se sucedieron hasta el tiempo de Galeno, esto es, por espacio de 400 años. La terapéutica de Erasístrato estaba reducida al uso de los simples poco enérgicos, á los purgantes suaves, á las bebidas emolientes, y á un régimen dietético bastante severo; por consiguiente, en su doctrina se proscribia la sangría, que es uno de los remedios heróicos, los evacuantes fuertes, y toda clase de agentes medicinales dotados de grande energía y actividad. Erasístrato escribió varias obras, cuyos nombres se hallan en los escritos de Galeno. Fué el médico griego nieto de Aristóteles, y parece que sobresalia en el arte de esplorar el pulso, á juzgar por lo que en este particular se refiere. El jóven príncipe Antioco Sotero estaba atacado de una profunda melancolía, de una pasion de ánimo que minaba rápidamente su existencia, sin que nadie hubiese podido averiguar la causa productora de tan terrible enfermedad. Consultado Erasístrato, tomó el pulso á Antioco, y por su movimiento y agitacion descubrió que este se hallaba ciegamente enamorado de su madrastra, cuyo descubrimiento le valió

una crecida suma, que le entregó Selenco Nicanor, padre del enfermo. Un poco difícil se nos hace creer este suceso, y lo mas probable, en nuestro concepto, es que Erasístrato sin necesidad de aquella prueba, habia conocido de antemano la pasion de Antioco por aquella princesa.

ERASMO (Desiderio). El escritor mas sábio del siglo XVI. Fué su patria Rotterdam, y nació en 28 de octubre de 1467, del trato ilegítimo, segun se dice, de un plebeyo de Guda, y de la hija de un médico. A los catorce años de edad quedó huérfano de padre y madre, á los diez y siete ya era canónigo regular de San Agustin en Stein, y á los veinticinco le ordenó de sacerdote el obispo de Utrecht. Todos admiraban el prematuro genio de Erasmo, quien teniendo al par una memoria felicísima, en poco tiempo logró poseer una suma de conocimientos á que á los hombres de mas talento no es dado aspirar. El estudio fué su principal ocupacion desde muy jóven, y con el objeto de perfeccionar mas y mas sus grandes facultades intelectuales, viajó por algunos de los mas ilustrados paises de Europa, tomando en la universidad de Bolonia, una de las mas celebradas de aquella época, el grado de doctor en teología. En esta ciudad fué apedreado por los apestados, que creyendo que era cirujano, por el escapulario blanco que llevaba, le persiguieron en términos, que se vió espuesto á perder la vida, lo cual dió márgen á que solicitase la dispensa de sus votos, que le fué concedida por Su Santidad. Erasmo iba precedido de una fama universal, debida á las obras que con grande aplauso habia ya publicado; así es que en Venecia, en Padua, en Roma y en todos los demas puntos por donde transitaba, era recibido como hombre estraordinario, y colmado de aplausos y distinciones, señalándose entre todos Julio II y los cardenales, con especialidad el de Médicis, que ocupó luego la silla pontificia con el nombre de Leon X. Presentábasele un porvenir lisonjero en la capital del mundo cristiano, pero prefirió pasar á Lóndres, en donde sus amigos se lo prometian mejor en nombre de Enrique VIII. A su llegada á la corte de Inglaterra se presentó, sin darse á conocer, á Tomas Moro, gran canciller del reino, en cuya casa se hospedó despues de descubrirse. En los primeros momentos entabló una conversacion con Moro, en la cual desplegó tales y tan variados y amenos conocimientos, que este no pudo menos de esclamar: *O sois Erasmo, ó el diablo en persona.* Con el objeto de que fijase su residencia en Inglaterra, se le ofreció un curato que no aceptó, y regresando á este pais despues de otro viaje á Francia, la universidad de Oxford le dió una cátedra de lengua griega, de cuyo destino hizo muy pronto renuncia, por considerarlo, segun se supone, inferior á su mérito. Sea de esto lo que quiera, Erasmo se retiró á Basilea, desde donde hacia frecuentes viajes á otros paises. El cardenal de Médicis (ya Leon X) le contestó de la manera mas satisfactoria, cuando solicitó su permiso para dedicarle su *Edicion griega y latina del nuevo testamento.* Los papas Pablo III y Clemente VII le ofrecieron la púrpura cardenalicia, y mereció la señalada honra de que le escribiesen este último y Enrique VIII de Inglaterra, llamándole á su lado, honor que igualmente le dispensaron otros príncipes, aceptando solo el empleo de consejero de Estado que le confirió Cárlos de Austria, (despues emperador con el nombre de Cárlos V). En vano los luteranos, y principalmente Martin, el fundador de esta secta, trataron de hacerle abandonar las creencias religiosas que profesaba, pues luego que los hubo conocido bien, se disgustó de ellos, considerándolos como hombres llenos de los vicios mas reprensibles, á juzgar por sus propias espresiones. Erasmo murió en Basilea, de resultas de una disentería, en 12 de julio de 1536. Sus compatriotas erigie-

ron en honor suyo una estátua, con la siguiente inscripcion en el pedestal:

Desiderio Erasmo
Magno Scientiarum atque
Literaturæ politioris
Vindici et Instauratori.

La coleccion de las obras publicadas por su amigo Froben, consta de nueve tomos en fólio. Los dos primeros contienen las obras de gramática, retórica y filosofía, el *Elogio de la locura* y los *coloquios*. En el tomo tercero están las *Epístolas;* en el quinto los *Libros religiosos;* en el sesto la *Version del Nuevo Testamento;* en el sétimo las *Paráfrasis del Nuevo Testamento;* en el octavo las *Traducciones de las obras de algunos padres griegos*, y en el noveno y último las *Apologías*. Las principales dotes que se descubren en todas estas obras, son la pureza, elegancia y facilidad del estilo, pero llevados á un alto grado. ¡Lástima es, seguramente, que en algunas ocasiones abusase Erasmo de la concision, privando entonces de majestad, número y hermosura á la frase! Su gusto era depurado, su correccion esmerada, y si á veces se estraviaba del camino de la verdad en sus escritos, criticando á los Padres de la Iglesia, y hablando en materias religiosas con libertad, no lo hacia en términos que mereciesen las severas censuras que han caido sobre varias de sus obras, censuras consignadas en el *Indice* del Concilio de Trento. A Erasmo principalmente se deben el renacimiento de las bellas letras, de la sana crítica, y el conocimiento de muchos padres y maestros de la antigüedad, de quienes no habia ediciones hasta que Erasmo las emprendió. Erasmo era hombre de costumbres ejemplares, así en las relativas á la vida pública, como á las domésticas, y cifraba toda su ambicion en los libros y en el estudio, sin que fuesen bastantes á hacerle alterar este género de vida, las magníficas ofertas que en diversas épocas le hicieron altos personajes, reyes y pontífices. Cierto es que en ocasiones se ensañó contra sus adversarios, criticándolos con aspereza y hasta con desprecio, pero no eran menores los ataques que á él se le dirigian, y si bien la venganza no es cosa que merezca elogios, no es menos cierto que no todos los hombres tienen la virtud, si hemos de llamarlo así, de ser insensibles. Erasmo vivió y murió en el seno de la Iglesia católica.

ERATO, una de las nueve Musas. Preside á la poesía lírica. Represéntanla jóven, alegre, coronada de mirto y rosas, con una lira en la mano, y un cupidillo al lado con arco y aljaba. La reputacion de esta musa, como la de todas las hermosas á quienes rodean importunos adoradores, no es ni con mucho la que conviene á una vírgen del Parnaso. Malas lenguas la suponen inconsecuente y ligera. Sus solitarios paseos por los campos, no son, en verdad, los mas á propósito para hacer enmudecer á la murmuracion y á la calumnia; pero no hay que olvidar su amor á las flores, á los astros, y á todas las galas y maravillas de la creacion, fuentes de la poesía á que preside, y únicos y sufridos oyentes de sus cantos. Erato ha inspirado á algunos poetas, convertido en poetas á casi todos los enamorados, y hecho perder algunos cursos á muchos estudiantes.

ERATOSTENO, célebre sábio de la antigüedad. Nació en Cirena (Grecia), y fué bibliotecario de Alejandro. En él se vió el fenómeno singular de sobresalir al mismo tiempo en la poesía y en las matemáticas; pero no se limitaban á estos sus conocimientos, sino que era, ademas, buen gramático, muy entendido en la filosofía, y tan notable en las ciencias astronómicas, que los modernos le consideran como el fundador de la verdadera astronomía. Conociósele tambien con los nombres de *Cosmógrafo*, *Apeador del Universo* y *Segundo Platon*. Dícese, que aburrido de los achaques propios de la edad que alcanzó, que fué la de ochenta años,

se dejó morir de hambre, determinacion que indica muy poca filosofía para quien tanta sabia. Los principales inventos y trabajos que se le atribuyen son: el descubrimiento, segun él, del modo de medir la circunferencia de la tierra; la resolucion del problema de la *duplicacion del cubo*, por medio de un instrumento compuesto de tablillas movibles, y un tratado para perfeccionar el análisis. Por último, dícese que fué el que formó el primer observatorio, examinó la oblicuidad de la eclíptica, y descubrió el método de hallar por esclusion los números *primeros*, ó lo que es lo mismo, los que no tienen mas divisor que ellos mismos ó la unidad. Las obras que nos restan de Eratosteno se publicaron en Oxford en 1672, y últimamente las dos que siguen: *Eratosthenis geographicorum fragmenta.—Eratosthenis catasterismi, græce, cum interpretatione latina et commentario.*

ERCILLA (Fortun García de), padre del célebre poeta español de este apellido. Nació en Bermeo, cabeza del señorío de Vizcaya, y estudió con grandísimo aprovechamiento filosofía, humanidades y legislacion, pasando en 1509 á Bolonia, y despues á Sena y á Roma, en cuyas capitales era admirado por sus talentos, en términos, que cuando el insigne Gines Sepúlveda fué á Italia (1515), pocos nombres habia mas celebrados que el de nuestro sábio compatriota. Varias universidades, y particularmente la de Pisa, quisieron contarle en el número de sus catedráticos, pero Ercilla habia resuelto permanecer en la de Bolonia, en donde era considerado como el oráculo de la jurisprudencia. Las obras mas importantes que escribió son: *Concilium pro militia Sancti Jacobi, etc.—Commentarium de pactis in titulum digestorum de pactis cum repetitione C. S. extra*; *ad legem Gallus D. de liberis et posthumis commentaria.— De ultimo fine utriusque juris canonici et civilis, etc.* Todas ellas tuvieron la acogida mas lisonjera, y la última con especialidad, de la cual decia el abate Lampillas: «Esta obra no es por cierto un cúmulo de especulaciones escolásticas, sino unos libros *omnigena eruditione scatentes* en juicio de Sepúlveda, quien sin duda alguna distaba mucho de aquellos que, segun Tiraboschi, no saben juzgar rectamente de las cosas, y por eso dan el nombre de escelentes juristas á los que no le merecen.» Recibió tambien, tanto por nacionales como estranjeros, el dictado de *español sutil*, por su penetracion y sabiduría en la ciencia del derecho. Fué Fortun Ercilla, Caballero de la Orden de Santiago, abogado del Consejo de Navarra y Consejero de Castilla en el reinado del emperador Cárlos V, quien le dió las mas altas muestras de distincion y le empleó en destinos importantes. Llamado á España por este gran príncipe, sus amigos de Italia hicieron los mayores esfuerzos para conservarle á su lado, pero él respondió: *Vuelvo á mi patria: Uti Regi meo deserviam; hoc est optimo cuique votis expetendum.*

ERCILLA Y ZUÑIGA (Alonso de), hijo del anterior. Nació en Madrid á 7 de agosto de 1533, un año antes de la muerte de su ilustre padre, y fué asimismo Caballero de la Orden de Santiago, y gentil hombre de cámara del emperador Maximiliano II. Las letras y las armas le inspiraron desde muy niño la decidida inclinacion que siempre manifestó á ellas, inclinacion que favorecida por sus asombrosas facultades, particularmente para la poesía, y por un constante estudio, hicieron que fuese con el tiempo tan cumplido militar como eminente poeta. Sus primeras composiciones, hechas en obsequio de las damas de palacio, daban á conocer el escritor elegante, puro, enérgico y espresivo. Fué marino en la corte de Cárlos V, y despues sirvió con su hijo el segundo Felipe, y recorrió las principales naciones de Europa. Preparábase en España una espedicion contra

los araucanos que se habian rebelado en 1547, y Ercilla, que á la sazon se hallaba en Lóndres, al tener conocimiento de ella, se alistó en clase de voluntario, y pasó á unirse con sus compatriotas al otro lado de los mares. Si Ercilla, como militar no fué uno de esos héroes que han asombrado al mundo, ya por las circunstancias de las reducidas empresas en que se halló, ya por otras que no nos detendrémos á esplicar, tampoco debe confundírsele con un soldado vulgar y desconocido; y aunque bajo este concepto sea, por cualesquiera causas, inferiorísimo su mérito al que tiene como poeta, no podemos prescindir de considerarle bajo uno y otro aspecto. Al Sur de Chile hay una comarca erizada de enormes rocas, que como otras tantas inespugnables fortificaciones naturales, parece que desafian al poder de los hombres. Esta comarca es el pais de Arauco, habitado en aquella época por una raza de hombres la mas robusta, belicosa y feroz del Nuevo Mundo. En aquel pais fué, pues, en donde, como dice Voltaire, á quien despues tendrémos ocasion de citar nuevamente, *Ercilla sostuvo contra ellos una larga y penosa guerra, en donde corrió los peligros mas grandes, en donde vió y ejecutó las hazañas mas maravillosas, obteniendo por única recompensa el honor de conquistar mas rocas salvajes, y de reducir algunas comarcas incultas á la obediencia del rey de España.* En efecto; las fatigas, las privaciones, los disgustos y calamidades de todo género que esperimentó, hubieran acobardado á un corazon de hierro, pero no fueron bastantes á debilitar el valor del suyo, avido de gloria y lleno de sentimientos patrióticos. Ya hemos dicho, que nuestro don Alonso, cuando tuvo noticia de la espedicion, se alistó como voluntario, pero su intrepidez, su presencia de ánimo, y los conocimientos que desplegó en la batalla de Millarapua, cuando ya los españoles estaban á punto de ser vencidos y esterminados por los araucanos, que eran muy superiores en número, todas estas circunstancias contribuyeron en las críticas en que se hallaban nuestros compatriotas, á que le proclamasen comandante. No menos brilló su esforzado valor en el ataque de Pureu, montañas de este nombre, en cuyos desfiladeros y gargantas se habian atrincherado los indios, de tal suerte, que, al paso que ofendian, ningun daño podian recibir del enemigo. Entonces Ercilla, al frente de solos diez hombres, y sin atender al gran riesgo á que se esponia, logró subir ó mas bien trepar hasta la cima de la montaña, y engañando á los indios con un ataque falso, los desalojó de sus puestos, cayó sobre ellos con su *ejército* y los derrotó y puso en completa dispersion. No se limitaba á esto su deseo de servir á su rey y á su pais; sino que animado por la noble ambicion de dotar á uno y otro con nuevos descubrimientos, emprendió el de tierras desconocidas hasta entonces. Treinta soldados solos le acompañaron en esta espedicion, y con ellos atravesó el Niveoputen y el lago Valdivia, reconoció el pais situado entre el Estrecho de Magallanes y el reino de Chile, tomando posesion de él en nombre de su soberano, y navegó despues por el archipiélago de Ancudbox, reuniéndose últimamente con los suyos, no sin haber sufrido grandes peligros y calamidades, como él mismo refiere en *La Araucana*. Condenado á muerte por un desafío que tuvo con don Juan de Pineda, del cual resultó un alboroto entre los presentes, que tambien llegaron á las manos, el general le perdonó, mejor informado de la causa de la pendencia, pues habia corrido voz de que el accidente de que hablamos era cosa meditada de antemano. El asunto del poema de Ercilla titulado *La Araucana*, no es otro que la guerra de los españoles con los salvajes habitantes del pais de *Arauco*. Para apreciar mas el mérito de esta hermosa composicion, no será inoportuno decir, que nuestro poeta se vió

mil veces privado hasta de lo mas necesario, en pais enemigo, á larguísima distancia de su patria entre unos hombres de salvaje fiereza, sin mas lecho en muchas ocasiones que la dura tierra, sin mas techo que el cielo, que segun él mismo refiere, escribia por la noche lo que veia y se ejecutaba por el dia, valiéndose de pedazos viejos de papel ó de cuero á falta de este; que la contínua alarma en que les tenian los indios, era causa de que con frecuencia abandonase de noche la pluma y el alojamiento por la espada y el campo. Así escribió la primera parte de *La Araucana*, y empezó la segunda en el bajel en que regresó á España. Poco le valieron los costosos sacrificios que habia hecho por su patria y por su soberano en América, y mientras medraban otros sin títulos para ello, Ercilla vivia arrinconado y en la mayor miseria, segun se deduce de sus propias palabras. Parece que murió en Madrid en 1595, esto es, á la edad de setenta años. El autor frances del artículo de la *Biografía universal*, publicada en Paris en 1827, relativo á Ercilla, se espresa en los términos siguientes acerca del célebre poema de Ercilla: «Sin adoptar la opinion de Cervantes, que cree comparable *La Araucana* con los mejores poemas que ha producido Italia, no podemos mirar con indiferencia la crítica tan severa como injusta, que han hecho de este poema los compiladores del Moreri, edicion de 1759, y los de la biografía inglesa (1798), los del diccionario histórico publicado en Caen en 1779, Voltaire en su *Ensayo sobre la poesía épica*, y últimamente, Mr. Bauterweck en su *Literatura española*. Los primeros parece que se copiaron los unos á los otros; apenas quieren concederle mas que algo de energía y fuerza cuando describe las batallas, Voltaire solo considera digno de elogio el discurso de Colocolo. Sin embargo, este poema conocido de todas las naciones que cultivan la literatura, si no tiene un mérito absoluto, por lo menos no ha disminuido la celebridad de que su autor ha gozado por muchos años. El mismo Bauterweck, á pesar de su exagerada crítica, le concede un estilo correcto, imágenes verdaderas, descripciones bellas, un interes que va progresivamente en aumento, un conjunto admirable de acciones, y el espíritu del heroismo que brilla en toda la obra. Si esto es así, ¿qué le falta entonces para ser un verdadero poema? ¿Le falta acaso un gran número de ficciones poéticas, ó la mezcla de la fábula de la mitología? Pero esto cabalmente es lo que mas se desaprueba en el poema del Tasso, á pesar de que se le juzga como al primero de los épicos modernos. Ercilla, escribiendo una historia, quiso adornarla con todas las bellezas de la poesía, sin faltar á su objeto principal» y añade por fin: «Su poema, muy inferior á la *Jerusalen libertada*, puede considerarse bajo diferentes aspectos muy superior á *La Enriada* (poema de Voltaire).» Tal es el juicio formado por el biógrafo frances. El inmortal autor del *Quijote*, tiene *La Araucana* por uno de los mejores poemas que hay escritos en idioma castellano, y una de las ricas perlas de poesía con que puede envanecerse nuestra patria. *Homero Hispano* llama á Ercilla el humanista Juan de Guzman, y príncipe de los poetas españoles. Andres Escoto añade hablando de *La Araucana*, que su lectura causaba asombro á muchos, y que no sabian cómo soltar de las manos este poema. Vicente de Espinel lleva mas allá los términos de su encarecimiento en estos versos:

Que en el heróico verso fué el primero
Que honró á su patria, y aun quizá el postrero.

El abate Lampillas se espresa así, hablando del juicio crítico de Voltaire: «Así como es demasiado liberal en preferir aquel discurso (el de Colocolo) al de Homero, es injusto en la reprobacion general del resto del poema,» y en otro lugar, refiriéndose á la falta de ficcion poética que se echa de ver

en *La Araucana*: «Sin embargo, son tan estraordinarios y asombrosos los sucesos de aquellas guerras (las de Arauco), que pueden causar todo el deleite que buscan los poetas en lo maravilloso de las ficciones, muchas veces estravagantes, y casi siempre inverosímiles.» Voltaire alaba ademas del discurso de Colocolo, la pintura que hace Ercilla al principio de su poema de los usos y costumbres de los araucanos, por la novedad del asunto, y por la manera nueva igualmente como lo desempeñó el poeta español, á quien considera por lo demas, en el resto de su obra «como el poeta mas ínfimo,» añadiendo que el poema que nos ocupa «es mas salvaje que las naciones que constituyen su objeto.» No sabemos si este famoso y mordaz escritor se propuso deprimir tan groseramente y tan sin razon á nuestro compatriota, con el ánimo de hacer resaltar el mérito que puede tener su poema titulado *La Enriada*, *La Enriada* que solo se conoce por pertenecer á Voltaire, que es tal vez el poema menos popular, y que, sin que dejemos de concederle mas de lo que él concede á *La Araucana*, dista tanto del mérito de esta, como un verdadero poeta épico como Ercilla, de otro que pretendia serlo, como Voltaire. El discurso de Colocolo que es lo único que ha merecido fijar la atencion de Voltaire, es seguramente digno de elogio; pero hay otros muchos pasajes en *La Araucana* muy superiores á él, de manera que, si nosotros siguiésemos la lógica del crítico frances, diríamos que Ercilla vale mas que Homero, proposicion tan absurda, como el juicio que de *La Araucana* ha formado el escritor á quien combatimos. Sin duda el mérito principal de un poema, segun este, consiste en la profusion de sucesos inverosímiles, de fábulas maravillosas, de ficciones estravagantes, mas propios para entretener á los niños en las veladas de invierno, que para contentar á hombres de instruccion y de gusto. Verdad es que Voltaire, en este punto, tenia todas las preocupaciones de su tiempo, y tal vez creeria que es mas fácil pintar la verdad con la conciencia debida, que inventar cuentos de enanos, hadas, paises encantados y hazañas de caballeros andantes, por mas que se les revista con todas las galas y mágia de la poesía. Dos defectos principales encontramos nosotros en el poema de Ercilla, cuyo mérito, dicho sea de paso, no ha sido apreciado hasta ahora; uno de estos defectos es la poca importancia del asunto sobre que versa; y este defecto mas bien es de eleccion por parte del autor, que de falta de genio; el segundo es la escesiva estension del poema, y el tercero la introduccion de episodios que no siendo necesarios, debilitan á veces el interes de la composicion. Pero ¡qué riqueza, qué verdad, qué animacion en las descripciones! ¡qué pinceladas tan bellas, cuánta novedad en los caractéres! ¡qué bien comprendidos y espresados los juegos, las luchas, las costumbres belicosas de los araucanos! En pocos poetas se halla tan bien conservada la pureza, la abundancia y la hermosura del habla castellana como en Ercilla; pocos rivales tendrá en cuanto á la novedad en el decir, pues un mismo objeto lo trata de cien maneras diferentes haciéndole aparecer como enteramente nuevo. Si defecto se consideraba en Ercilla el no haber echado mano de los recursos mitológicos, fuerza es confesar que los modernos son, y puede afirmarse que los venideros serán los poetas mas defectuosos del mundo. Nosotros, por el contrario, somos de opinion que el poema de Ercilla hubiera valido muy poco á haber apelado á tan desacreditados medios, y que se adelantó á sus contemporáneos, separándose en este punto de los preceptos y de los hábitos seguidos en la epopeya. Concluirémos diciendo, que *La Araucana* es una de las obras que mas honran á la literatura europea, y que si no puede compararse á la *Iliada*, ni á la *Eneida*, tiene condiciones muy es-

timables, bellezas de primer órden que aseguran á Ercilla un lugar eminente entre los mejores poetas.

EROSTRATO, ó ERATOSTRATO, natural de Efeso. Fué hombre de condicion oscura, pero tan amante de la *inmortalidad,* que no teniendo virtudes ó genio para alcanzarla, apeló á un medio que prueba su refinada maldad, su idiotismo ó su demencia; incendió, pues, el magnífico templo de Diana, tenido por una de las siete maravillas del mundo. Este suceso ocurrió en el año 356 antes de Jesucristo. Parece ser que ya habia intentado Erostrato realizar su empresa en otra ocasion, y que con este motivo se promulgó una ley prohibiendo pronunciar su nombre, la cual lejos de intimidar el ánimo del malvado, no hizo otra cosa que impulsarle con mas fuerza á concluir con aquella soberbia y famosa construccion monumental.

ERVIGIO FLAVIO, trigésimo segundo rey de los godos, entró á reinar por la renuncia de Wamba, en 15 de octubre del año de Cristo 680, y á los siete años y veinticinco dias, en el 14 de noviembre de 687, estando con la última enfermedad, renunció el reino en su yerno Flavio Egica, absolviendo del juramento de fidelidad á sus vasallos, á fin de que reconociesen á Egica. Arduas son las primeras esperanzas de dominar, pero en tomando posesion del cetro, se arriman á él la lisonja y el aplauso, y son todos instrumentos y ministros del tirano. En los mas por temor, y en algunos por necesidad y conveniencia, juzgando que fuera imprudente obstinacion oponerse á lo que no se puede impedir, principalmente contra quien ha de tener en su mano la vida ó la muerte de sus vasallos; y así, aunque muchos juzgaban haber sido violenta la cesion del reino que Wamba habia hecho en Ervigio, la aprobaron todos cuando la vieron ya hecha; porque, ¿quién seria tan loco que se pusiese á disputar si fué ó no fué supuesta? Solo el pueblo que no sabe disimular sus sentimientos, no aplaudia la eleccion de Ervigio, teniendo por cierto haber sido violenta. Acordábase de las victorias de Wamba, de su rectitud en la administracion de la justicia, de su prudencia en el gobierno y de su atencion á la grandeza de su corona. Los edificios públicos levantados con mucha magnificencia en Toledo, le despertaban las aclamaciones y los suspiros por haberle perdido. La modestia con que se habia dejado despojar del manto real, y la piedad en conservar el hábito religioso, le enternecian, y en su comparacion hacian mas aborrecible á Ervigio; el cual, reconociendo el peligro de tener mal afecto al pueblo, y que le convenia darle satisfaccion de su inocencia en los sucesos de Wamba, juzgó que ningun medio era mejor que congregar un Concilio, donde juridicamente se viese si la cesion de Wamba habia sido válida. Oponíanse á esta resolucion algunos ministros que pendian de su fortuna, representándole, que hallándose en posesion pacífica del reino, no debia hacer dudosos con la remision al concilio sus derechos. Que daria ocasion á que Wamba reclamase y quisiese ser oido y restituido al gobierno del reino, alegando, que maliciosamente, y estando sin sentido, le vistieron el hábito de religioso, y le cortaron el cabello; y que en tales casos no tenian fuerza los decretos de los concilios. Que la cesion habia sido hecha en aquella turbacion de su ánimo. Que no con menor derecho pretenderia Teodofredo, descendiente por línea varonil de Recaredo, que esta diferencia se compusiese eligiéndole rey. Que en el concilio se hallarian muchos prelados de diversos intereses y facciones, de los cuales no se podia fiar, y mucho menos de los ministros de la corte y palacio, que se hallarian en el mismo concilio, porque aunque todos se mostraban de su parte como domésticos, podrian mudarse como jueces, habiendo algunos muy obligados

á Wamba. Que la aversion del pueblo á su persona, se mudaria fácilmente en afecto y amor con los beneficios y buen gobierno, como habia mostrado la esperiencia en los reyes sus antecesores, que con la fuerza y aun con el delito, se habian hecho elegir reyes. Pudieran estas razones mover á Ervigio, pero la seguridad de su conciencia, le obligó á despreciarlas y á fiar su justicia de los padres, y luego en el primer año de su reinado, convocó un concilio en Toledo, que fué el duodécimo, donde congregados treinta y cinco obispos, cuatro abades, tres vicarios de prelados ausentes, y quince varones ilustres de la corte y palacio real, se presentó en la primera sesion, con gran humildad y piadoso respeto, encomendándose á las oraciones de los padres, y dando muchas gracias á Dios de ver cumplido el deseo que antes tenia de que se congregasen en aquel lugar, donde con la presencia y vista recíproca, se aumentase el regocijo espiritual de todos. Hechos estos oficios habló así al concilio: «No se puede dudar, santísimos padres, que se sustenta el mundo, (que está para caer) con la asistencia y ayuda de los buenos concilios, cuando en ellos, con diligente solicitud, se corrigen las cosas que necesitan de remedio; y creo que vuestrá paternidad tiene bien conocidas las calamidades con que cada dia mas nos vamos consumiendo, y que es cierto que estas nacen del desprecio de los divinos preceptos, diciendo Dios por el profeta, que «por esta causa llorará la tierra y enfermarán los que habitaren en ella» y así, siendo vosotros la sal de ella (como dijo nuestro Salvador), y recibiendo los fieles de vuestras manos los sacramentos de su regeneracion, reciban tambien el beneficio de su salvacion, y libre la tierra de los achaques del pecado, rinda copiosos frutos. Lo que sobre esto os pudiera decir, ó peligraria por tener con tantos cuidados embarazada la memoria, ó podria caer en prolijidad. Aquí está todo resumido en este memorial, leédle, y leido le consultareis, y consultado resolved lo que juzgareis de mayor servicio de Dios y gloria de los principios de mi reinado, procurando la observancia de la justicia, y la reformacion de los abusos de la plebe, porque como dice la Sagrada Escritura: «La justicia levanta las naciones, y á los pueblos hace infelices el pecado.» Con este memorial presentó el rey tres escrituras; la primera firmada de los grandes y oficiales de la casa y corte real, en que hacian fe de que en su presencia habia el rey Wamba recibido el hábito de religioso, y que le habian abierto la corona como á monge: la segunda era la cesion que Wamba habia hecho del reino en Ervigio: la tercera contenia las órdenes que de secreto habia dado Wamba á Julian (si ya no fué Quirico) obispo de Toledo, para que luego ungiese á Ervigio: y examinadas dieron por legítima la cesion. Lo que en este caso admiramos, es la ligereza de los escritores en haberse dejado llevar de la voz popular de que el rey Ervigio envenenó á Wamba, y que le hizo vestir el hábito de religioso, y cortar el cabello, obligándole despues á la cesion de la corona; pues debieran dar mas crédito á la declaracion de un concilio tan grave, hecha con pleno conocimiento de la causa, siendo testigos y jueces los mismos del palacio que se hallaron presentes. A nosotros nos ha parecido obligacion vengar la injuria hecha á su buena memoria. Aunque esta sospecha quedó siempre fija en los ánimos de los que seguian el partido de Wamba, se convirtió en amor de los demas, hecha esta esperiencia de su celo al culto divino y al beneficio público y de su clemencia y liberalidad; virtudes, que como son en beneficio de todos, de todos son amadas. En este concilio se condenó por injusto, imprudente y ligero el decreto de Wamba, en que habia mandado poner obispos en un lugar pequeño donde estaba el monasterio de Aquis, y el cuerpo de San Pimenio, obispo de Medina Sidonia, y tambien en la igle-

sia de San Pedro y San Pablo, llamada pretoriense en el arrabal de Toledo, por ser contra diversos decretos de los concilios, que prohiben la ereccion de obispados en lugares pequeños, y que no pueda haber dos en una ciudad. En que no solamente se consideraria la comodidad y la decencia, sino tambien que la vecindad, aunque sea en dignidades tan santas, causaria competencias y emulaciones con daño de los feligreses. El decreto fué muy santo, pero es de notar cuán sujetas están las resoluciones de los príncipes al juicio de los sucesores, y cuán poco se repara en lo que fueron; pues á un rey tan grande, trataron así los padres. Moderóse la ley del rey Wamba, en que habia mandado que los que siendo llamados á la guerra, si no compareciesen, quedasen infames, aunque fuesen nobles. Rigoroso decreto, sujetar á tan ligera causa el privilegio de la nobleza, adquirido por la virtud y el valor de los antepasados. En aquel tiempo, algunos casados sin legítima causa, no hacian vida maridable con sus mujeres, para cuyo remedio puso el concilio pena de escomunion á los que amonestados dos ó tres veces no se corrigiesen, y que mientras permaneciesen en aquel estado, perdiesen la nobleza y dignidad, aunque tuviesen oficios en la corte y casa real. Son los matrimonios fundamentos de las repúblicas y vínculos de la concordia, y si se separan se impide la propagacion, se introducen los vicios, y teniéndolo por afrenta los parientes, nacen disensiones y se turba el sosiego público. Concluido este concilio, estableció el rey una ley, en la cual refiriendo todos sus decretos los confirmó, poniendo graves penas á quien los quebrantase. Este estilo de confirmar los reyes godos con ley propia, lo que en los concilios se habia decretado, le tomaron de los emperadores; tambien en esto émulos de sus acciones, y si lo mismo se hubiera hecho en los decretos del Concilio de Trento, tocantes á grados prohibidos, y á otras materias semejantes, se habrian escusado muchos gastos de espediciones de breves y bulas. De la confirmacion de los decretos de este concilio, parece que se arrepintió despues Ervigio, por haber incluido uno de ellos en que se daba autoridad á los metropolitanos de Toledo, para que muriendo algun obispo y estando ausente el rey, donde no pudiese ser tan presto avisado, nombrasen sucesor en aquel obispado. Concediéndole tambien la aprobacion de los sujetos que el rey nombrase para obispos en cualquier provincia, lo cual no solamente era en perjuicio de los demas metropolitanos, sino tambien contra la costumbre antigua de nombrar los reyes sujetos para los obispados, como consta de una carta que San Braulio, obispo de Zaragoza, escribió á San Isidoro, y tambien de su respuesta, y del concilio décimosesto de Toledo. La aprobacion de los nombrados se hácia en los concilios, con que tambien se escusaba el recurso á Roma por los despachos y la dilacion de las Sedevacantes. Pero como habian sido tan favorables á Ervigio los decretos de este concilio, pudo ser que no reparase en el derecho que le quitában. Esta traza ó piedad de convocar concilios, salió tan felizmente al rey Ervigio, que en el cuarto año de su reinado convocó otro concilio en Toledo, que fué el décimotercio, donde concurrieron cuatro metropolitanos, cuarenta y cuatro obispos, veinte y siete vicarios de prelados ausentes, cinco abades, un arcipreste, un arcediano y un primicerio de la iglesia de Toledo, y veinte y seis varones ilustres de los oficios palatinos. Presentóse tambien en la primera sesion, y con ardiente celo y profunda humildad, pidió á los padres que rogasen á Dios por él, y haciéndoles una oracion los exhortó á la reformacion de la disciplina eclesiástica, y á la correccion de las costumbres depravadas, y dándoles un memorial, les pidió que confirmasen sus religiosos deseos y su atencion y cuidado del alivio de sus vasallos. Prohibió el concilio, que los esclavos ni los

libertos pudiesen tener oficios en palacio, porque muchas veces habian sido la ruina de sus señores y aun de los reinos. No creemos que entonces eran viles y bajos como ahora, sino de mayor punto y estimacion, segun se infiere de los mismos concilios. Pero como quiera que sean, son muy peligrosos en las repúblicas. De este, y de otros escesos señalaba el rey los remedios, pero queria hacerlos mas firmes con la aprobacion y autoridad de los padres. En conformidad de este memorial y de lo que juzgó conveniente el concilio, se hicieron los decretos siguientes: Se restituyeron las honras y oficios á los que habian sido cómplices en la rebelion de Paulo. Se ordenó que ningun religioso ó persona principal que tuviese oficio en palacio, pudiese ser preso ni puesto á tormento antes de estar probada su culpa. Que no se cobrase lo que se debia á las rentas reales, caido hasta el primer año del reinado de Ervigio. Que á la reina Luivigotona, mujer del rey, y á sus hijos y parientes, se les conservasen sus rentas y privilegios despues de la muerte de su marido. Que ninguno, de cualquier condicion que fuese, pudiese casarse con las reinas viudas, ni tratar con ellas lascivamente, y de las palabras con que los padres ponderan el respeto que se les debia tener, se arguye que no eran estimadas del pueblo, ni tampoco los hijos de los que habian sido reyes, porque así en este como en otros concilios, toman los padres su proteccion y fulminan graves penas contra los que tocaren á sus bienes ú ofendieren sus personas, declarando que á ello les obliga la atencion de Ervigio en conservar en paz su reino; el afecto y justicia con que los gobernaba; los premios con que los remuneraba; el valor con que les defendia y la liberalidad con que les remitia los tributos. Que los obispos estuviesen obligados á venir al llamamiento del rey ú del metropolitano, dentro del término que les señalase, ó ya fuese para celebrar las páscuas de Resurreccion, Pentecostes ó Navidad, ó para otros negocios, insinuando, que esto era conforme al precepto del apóstol San Pablo. En que es muy de notar, que en aquellos tiempos se observasen tanto las órdenes de los reyes dadas á los obispos, que para no poder asistir á otras cosas de obligacion, se igualaban al impedimento de enfermedad. Juzgábase en aquel tiempo, por tan conveniente en la corte, la presencia de los obispos, para lustre de ella y buena direccion y consejo de los reyes, que se ordenó en el concilio sétimo de Toledo, que el metropolitano señalase á los obispos vecinos, que cada uno viniese un mes del año á residir en la corte. Pudo ser que en aquellos tiempos conviniese la presencia de los obispos en la corte de España, por estar aun tierna la planta de la religion católica; pero ya en los presentes, mas conveniente parece que asistan en sus obispados, por el bien de las almas y porque sus rentas y frutos se gasten donde nacieron. Esto parece que consideró con la prudencia que todo lo demas el emperador Justiniano, cuando estableció una ley prohibiendo á los obispos el venir á la corte, si no fuese en ciertos casos; pero tales empleos pueden tener en ellas en órden al gobierno universal del reino, que sea mas conveniente su presencia á los ojos del rey. Habíase en aquel tiempo introducido un abuso notable, y era despojar los altares, apagar las lámparas, suspender los divinos oficios, y cerrar las puertas de las iglesias para escitar á los santos que intercediesen con Dios, para que castigase á los que se habian atrevido á usurparles los bienes ó cometer otros sacrilegios, y con este pretesto hacian tambien lo mismo para vengar con la intercesion de los santos, sus ofensas y ódios particulares; en que debieron de tomar el ejemplo de lo que San Gregorio Turonense refiere haber hecho el obispo Aquense, para que San Metrio castigase (como sucedió) á Chilperico, valido del rey de Francia Sigeberto, por haber, con la violencia del

poder que le daba la gracia, alcanzado una sentencia injusta en un pleito que tenia con aquella iglesia. Lo cual se debe creer que fué con inspiracion particular de Dios, arrebatado de un ardiente celo, y no todas las acciones de los santos son imitables á los que no tienen iguales favores del cielo. Este abuso quitaron los padres publicando graves penas contra los que le cometiesen. A la observancia de estos decretos, obligó el rey con una ley, haciendo gracia á sus vasallos de todo lo que se debia al patrimonio real, como lo habia ordenado el concilio, para que lo debiesen á su benignidad, y no á los padres. En este mismo año llegó á España un ministro del papa Leon el Segundo, con cartas suyas para el rey, el metropolitano de Toledo Quirico, y para el conde Simplicio, haciéndoles instancias que se convocase un concilio, en el cual se tratase de la confirmacion del concilio tercero de Constantinopla, enviando las actas de él. Este ministro del papa, era uno de los siete diáconos regionarios, á los cuales por institucion del papa Sebastiano, estaba encargado el cuidado de los pobres de las régiones que venian á Roma, y así los historiadores le llaman Pedro Regionario. Las cartas que trajo, se hallan (como afirma el arzobispo Loaisa), en un libro manuscrito. Parte de ellas, pone Baronio para convencerlas de supuestas, aunque por la autoridad del concilio toledano décimocuarto, donde dicen los padres haberlas recibido, no pudo negar que les escribió sobre ello el papa Leon; pero dice que las cartas fueron otras. Obedecieron los prelados de España al papa, y se congregó en Toledo el concilio décimocuarto, interviniendo en él diez y siete obispos, seis abades y los vicarios de los metropolitanos de Tarragona, Narbona, Mérida, Braga, Sevilla, y de los prelados de Palencia y Valencia. Pero como era concilio para sólas cosas de la fe, y no para negocios seglares, no intervino en él alguno de los palatinos. Conferidos, pues, los decretos del concilio de Constantinopla, fueron aprobados de los padres, y condenados los Monothelitas y Apolinaristas que ponian en Cristo sola una voluntad. Para confirmacion de todo, se mandó al obispo de Toledo, Julian, que hiciese una apología en defensa del concilio constantinopolitano, la cual se envió al papa con el mismo regionario, y cuando llegó á Roma, era muerto Leon y elegido Benedicto, á quien se presentó la apología. Reparó el papa que en ella se decia «que en la Santísima Trinidad, la sabiduría procedia de la sabiduría y la voluntad de la voluntad» y ordenó al mismo regionario que sobre ello y otras cosas volviese á España, y á boca las confiriese con Julian, el cual respondió con otra, defendiendo con mucha erudicion la primera; pero no con todo el respeto que se debia á quien tenia la cátedra de San Pedro, y era maestro de la verdad; pero los ingenios grandes suelen ser libres en las disputas, y en esta se puede escusar Julian, con que se trataba por via de conferencia y no de difinicion apostólica, á quien no replicaria. Murió el papa Benedicto entre tanto, y Julian la envió á su sucesor Sergio con Felix archipresbítero, Ulisando arcediano y Musario primicerio, prebendados de Toledo muy santos y muy doctos. Consideró Sergio la apología, y habiéndola dado á censurar á otros, respondió al obispo aprobándola y dándole muchas gracias por ella. Pero por mayor satisfaccion del mundo y reputacion de los prelados de España, se volvió á examinar en el concilio décimo quinto de Toledo, confirmándola con muchas razones y lugares de la escritura. Habia el rey Wamba promulgado muchas leyes para el buen gobierno del reino, las cuales fueran de gran beneficio, si el mismo que las estableció las ejecutara, porque muchas son útiles en tiempo de un rey y dañosas en otro, ó porque no tiene la misma severidad, ó porque gobierna con diversas máximas. Reconociendo, pues, Ervigio, que no eran conformes á

su genio, las derogó. Aunque todas las acciones de Ervigio eran gratas al pueblo, consideró como prudente la facilidad con que sus favores se truecan en desdenes, y para asegurar á sus descendientes, casó á su hija Cixilona con Flavio Egica, sobrino del rey Wamba y nieto del rey Chindasvinto nacido de una hija suya, reconociendo que era el de mayores esperanzas a la corona, y que le convenia dejarle obligado, nombrándole por sucesor suyo, y para mayor seguridad le obligó á prometer con la religion del juramento, que ampararia á sus hijos y á la reina su mujer. Compuestas así las cosas del reino y las domésticas, falleció Ervigio en Toledo, habiendo reinado siete años y veinte y cinco dias.

ESCALANTE (Juan Antonio). Nació en Córdoba en 1630, y murió en Madrid en 1670. Su existencia, como se ve, fué corta; pero sus cuadros vivirán largo tiempo, por la multitud de bellezas que los adornan. Estudió la pintura en la ciudad de su nacimiento, y despues en Madrid, al lado del célebre Francisco Ricci. Muchas y buenas obras dejó nuestro insigne artista, pero las mas apreciadas por su escelencia son las que existian en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced de la corte, el cuadro de *Santa Catalina* que habia en la parroquia de San Miguel, el del *Cristo* que se hallaba en la iglesia del Espíritu Santo de clérigos menores de Madrid, y la *Redencion de cautivos* que se veia en el refectorio de dicho convento de la Merced. Los modelos que Escalante se propuso en su estudio, fueron principalmente el Tintoreto y el Ticiano, á quienes muchas veces supo imitar, en términos que hasta las personas mas inteligentes confundian sus obras con las de estos dos grandes maestros.

ESCALIGERO ó SCALIGERO (José Justo), filólogo, el último de los diez hijos de Julio Cesar Scalígero, célebre sábio de Verona. Nació en Agen (Francia) en 1540, y abrazando el protestantismo á la edad de 22 años, pasó á Paris á completar sus estudios universitarios. Al de los idiomas, humanidades, historia y cronologia, fué al que consagró mas tiempo, porque era tambien al que mas inclinacion mostraba. En Leyden, donde murió en 1609, escribió por espacio de diez y seis años gran parte de sus obras, aumentando tambien y enriqueciendo con notas de su propia mano, las que legó á la biblioteca de la universidad de la citada capital. La vanidad de este apreciable y celebérrimo escritor rayaba casi en lo ridículo, y en repetidas ocasiones, persiguió con intolerante y satírica mordacidad, á los que no aplaudian el mérito sobresaliente que él juzgaba que habia en sus escritos. Contribuyó tambien, en gran parte, á infatuarle la vana adulacion ó necedad de varios compiladores, que le llamaban *abismo de erudicion*, *océano de ciencia*, *obra clásica*, *milagro*, *último esfuerzo de la naturaleza*. Sus contemporáneos Justo Lipsio y Casaubon le colocaron entre los escritores de primer órden; de suerte que, con su vanidad incomparable y con la autoridad del juicio de estos dos autores, se convirtió en una especie de tiranuelo literario. Mucho, sin embargo, disminuyó su infundada celebridad con la publicacion de una carta, en que intentando probar la antigüedad de la casa de Escalígero, aseguraba, á vuelta de mil fábulas, que esta descendia de Alano, restaurador de Verona, en los tiempos de la fundacion de Venecia. El intento le salió al reves de lo que él esperaba, porque uno de sus enemigos, Sciopio, señaló en la genealogía inventada por José Justo Escalígero y su padre Julio Cesar, la respetable suma de quinientas noventa y nueve mentiras, lo cual fué motivo de sérios disgustos y contestaciones entre unos y otros. Dícese que Escalígero hablaba trece lenguas, pero no falta quien asegura que solo algunas de estas conocia bastante bien. Escalígero fué apreciable crítico y erudi-

to, y prestó un buen servicio á las letras, destruyendo la oscuridad que reinaba en la cronología, y publicando unos principios para arreglar la historia por un órden metódico, y facilitar, por consiguiente, su estudio é inteligencia. Hé aquí el catálogo de sus obras: *Notas* sobre las tragedias de Séneca, sobre Varron, Ausonio, Pompeyo, Festo, etc.—*Poesías*.—Un tratado *de emendationæ temporum*.—*La crónica de Eusebio* con notas.—*Canones isagogici*.—*De tribus sectis Judeorum*. —*Epistolæ*. —*Annotationes in Evangelia*.—*De veteri anno Romanorum*.—*De re nummariâ*.—*De notitia Gallice*, con los comentarios de César. —Varias obras, entre las cuales está comprendida *La Scaligeriana*.

ESCÉVOLA (Cayo Mucio). Llamósele primeramente *Cordus*, y despues *Scævola*, ó lo que es lo mismo *Zurdo*, en memoria de haberse quedado manco, á consecuencia de la heróica accion que vamos á referir, y que es la que ha inmortalizado su nombre. Nació en el reinado de Tarquino el Soberbio, rey de Roma, de una familia patricia. Sitiada esta célebre capital por el rey Porsena, en 507, antes de Jesucristo, creyó Cayo Mucio que podia servir gloriosamente á su patria asesinándole, y al efecto se encaminó disfrazado de etrusco, al campamento enemigo, y logró penetrar en la tienda del príncipe. A su entrada en ella vió á dos personas lujosamente vestidas, pero la una con mas ostentacion y rodeado de mas gente que la otra; á este, pues, que era el secretario del rey, tuvo Mucio por el rey Porsena, y arrojándose sobre él le dió de puñaladas. Sucédese á este atentado un alboroto, prenden al audaz romano, prepáranle el suplicio, pero él lleno de heróica firmeza de ánimo, no se altera ni acobarda, no solo no se altera ni acobarda, sino que insulta al irritado príncipe, anunciando que de poco le serviria quitarle la vida, porque trescientos jóvenes patricios habian jurado matar á Porsena. En seguida metió una mano cerrada en el brasero que ardia delante de él en un altar, como si con esto quisiera castigarla por haber errado el golpe y para manifestar su desprecio á los tormentos que pudieran esperarle, esclamando: «Un romano sabe no solo ejecutar sino tambien sufrir.» La falsa declaracion del complot que los jóvenes patricios fraguaban contra Porsena, y la heróica serenidad de Mucio mientras la mano se le abrasaba, causaron en aquel príncipe tal espanto y admiracion, que temiendo irritar con su cólera ó su venganza á los romanos, prefirió ganar á estos con su clemencia, y puso en libertad á Cayo Mucio, en cuya compañía mandó embajadores que negociaron y concluyeron un tratado de paz con Roma, tratado que segun Plinio el naturalista, fué en estremo humillante para los romanos, que en virtud de él quedaron reducidos al estado de colonos, dejándoles únicamente el hierro necesario para fabricar los instrumentos agrícolos. Segun el historiador Dionisio de Halicarnaso, Porsena levantó el sitio de la capital del mundo, no por temor á los romanos, sino á consecuencia de una sublevacion ocurrida en los mismos estados de Etruria. Cuando Mucio regresó á Roma, sus compatriotas le dieron el dictado de *Scævola*, que hizo gloriosa su memoria entre sus conciudadanos y conocida en el mundo.

ESCIPION Ó SCIPION. Nombre histórico debido en su orígen á un jóven de la ilustre familia de los Cornelios, que teniendo ciego á su padre, le sirvió de báculo (*scipio*), en su triste ancianidad.

ESCIPION (Cneo Cornelio), llamado *Asina*, porque, segun Macrobio, hizo conducir públicamente sobre una pollina el dote que destinaba para su hija, ó el importe de una hacienda que acababa de comprar con el mismo fin. Fué consul con Julio en el año 494 de Roma, (260 antes de Je-

sucristo). Los romanos carecian casi completamente de marina por aquella época, y como necesitase fuerzas navales para contrarestar el poder de su rival Cartago, con quien entonces principiaban las desastrosas guerras que sostuvo contra esta república, procedió de acuerdo y en union de su colega á la construccion de una flota que por el poco tiempo que se empleó en ella, puede decirse que fué improvisada. Con esta escuadra, pues, compuesta de diez y nueve naves, partió para Mesina, en donde esperaba nuevos refuerzos navales; pero engañado por los habitantes de Lipari, que le prometian entregarle su isla, fué cercado por la escuadra cartaginesa, hecho prisionero y conducido á Cartago con los oficiales de su flota. Libertado despues por Régulo, á quien entonces favorecia la suerte, fué nombrado otra vez cónsul, y logró vengar el desastre de Lipari con las conquistas que hizo en Sicilia, apoderándose de varias plazas, algunas de ellas pertenecientes á los cartagineses.

ESCIPION (Publio Cornelio), hijo de L. L. Cornelio Escipion el conquistador de Cerdeña, hermano de Cneo Cornelio Escipion, llamado *el Calvo*, y padre de Escipion *el Africano*. Elevado á la dignidad de cónsul en el año de 536 (218 antes de Jesucristo) y primero de la segunda guerra púnica, fué con su hermano uno de los que mas contribuyeron á consolidar en España la dominacion romana. Apenas llegó á Marsella al frente de un formidable ejército de mar y tierra, supo que el general cartagines habia pasado los Pirineos, y se propuso presentarle batalla; pero Anibal, no menos hábil que el romano, cuyas grandes prendas temia, y que á la sazon llevaba fuerzas muy superiores á las suyas, atravesó el Ródano y logró poner en salvo su ejército, esquivando así la batalla. Italia iba á ser el principal teatro de la guerra, con motivo de la audaz y maravillosa espedicion del cartagines, y persuadido Escipion de esto mismo, resolvió no pasar á España, sino mandar, como se verificó, á su hermano Cneo, y él se dió á la vela con direccion á Pisa, con el resto del ejército, pues habia confiado á aquel dos legiones y veinte naves. Encontráronse estos dos grandes generales junto al Tesino, en donde se trabó una sangrienta batalla, en la que el cónsul desplegó todos sus talentos y estraordinarias cualidades, pero se vió forzado á pasar al otro lado del Pó, dirigiendo él mismo en buen órden la retirada, no obstante hallarse gravemente herido, y á pesar de la desercion que habia comenzado en sus filas. Fortificóse despues en unas alturas, esperando allí refuerzos para hacer frente al enemigo, pero estos se perdieron en una emboscada de los cartagineses, por no haber dado oidos el cónsul Sempronio á los prudentes consejos de Escipion. En tanto Cneo triunfaba en España, y el Senado comprendiendo que convenia distraer al enemigo en la península ibérica, debilitando de está suerte sus fuerzas, mandó allí á Publio Escipion con el título de procónsul. Confiáronsele veinte galeras, que debian unirse á las de Cneo, y puestos de acuerdo los dos hermanos, el primero se encargó del mando del ejército de mar, y este último del terrestre. En 538 de Roma (216 antes de Jesucristo), presentaron batalla á Asdrubal, y ganaron una victoria decisiva, no solo derrotándole, sino impidiéndole que pasase á Italia á unirse con Anibal, que necesitaba refuerzos para continuar sus conquistas. Entonces los españoles se decidieron por los romanos, habiendo permanecido hasta entonces indecisos acerca del partido que seguirian. La batalla de Cannas, tan fatal á Roma, hubiera concluido tal vez con esta poderosa república, sin los felices triunfos que en la península española alcanzaron los dos Escipiones, de manera que lo que en una parte ganaban los cartagineses en otra lo perdian, y así

la suerte se mantenia dudosa, lo cual no era poco para los romanos, que se conceptuaban perdidos desde Cannas. El año 529 (215 antes de Jesucristo), se hizo memorable por dos batallas ganadas por los romanos á los cartagineses. Hallábase sitiada por los últimos la antigua Iliturgis, y los dos Escipiones, que veian reducida al mayor apuro esta ciudad, lograron abastecerla de todo lo necesario, habiendo tenido que atravesar antes los tres campos enemigos que les opusieron grandes obstáculos. De estos tres campos, el mas temible, por ser el mas numeroso, era el de Asdrubal, y los jefes de los otros dos, Amilcar y Magon, viendo que los romanos trataban de forzar el de su colega, acudieron al punto á su socorro. Las fuerzas eran muy desiguales; los cartagineses eran sesenta mil, y solo diez y seis mil sus enemigos, pero estos alcanzaron una victoria completa debida tanto á la habilidad y consumada prudencia de sus dos generales, como á su valeroso arrojo y escelente disciplina. Aun fué mayor el triunfo conseguido por los Escipiones en Intibiles, aliada como Iliturgis del pueblo romano, y como ella sitiada por las tropas de Cartago; trece mil cartagineses quedaron muertos sobre el campo de batalla, y los romanos cogieron mil prisioneros, muchos estandartes y todos los elefantes del enemigo. Esta batalla puede decirse que hizo romana á casi toda España. Despues de algunos otros sangrientos combates favorables á las armas romanas, siendo uno de ellos la espulsion de los cartagineses de la ciudad de Sagunto, creyeron los dos valientes hermanos que el modo mejor de terminar la guerra seria dividir sus fuerzas, y esta resolucion fué justamente la que les perdió. Los cartagineses habian reunido dos respetables ejércitos, siendo mandado uno de ellos por Asdrubal y por Magon; contra este ejército, pues, se dirigió Publio, pero encontró en su camino un enemigo con quien no habia contado, y era Masinisa rey de los masilios, que tenia sitiado, digámoslo así, á Cneo. Dase la batalla, peléase por una y otra parte con encarnizado valor y rabia, Publio anima con su presencia, con su actividad, con su heróico ejemplo, buscando siempre el sitio mas peligroso, el ardor de sus tropas; pero todo inútilmente, pues aunque la victoria se mantiene indecisa, Publio cae en tierra, atravesado por una lanza enemiga, y con su muerte quedan vencedores sus enemigos. *Rayos de la guerra* ha llamado Ciceron á Cneo, ó Eneyo, y á su hermano Publio, con justa causa, pues sin ellos tal vez se hubiera hundido el poder romano, que debilitado ya en Italia, se sostenia gloriosamente en España por el valor y grandes talentos militares de los Escipiones.

ESCIPION (Publio Cornelio), llamado el Africano; hijo de Publio Cornelio Escipion. Nació en el año de Roma 518 ó 520, y fué tan consumado político como gran capitan. Segun la tradicion, hallándose en cinta su madre, habia visto en la alcoba una serpiente monstruosa, á la cual, considerada por la credulidad pública como un dios, se la atribuyó el nacimiento de Escipion, siendo en su consecuencia celeste y misterioso el orígen del que tantos dias de gloria habia de dar á su patria. A la temprana edad de 17 años salvó la vida á su padre en la batalla del Tesino, fatal á los romanos; y apenas contaba 25, cuando, á pesar de no haber hecho diez campañas, segun exigia la ley, fué nombrado edil, vistiendo antes la toga de candidato. Pero esta alta dignidad la obtuvo despues del suceso que pasamos á referir. Despues de la memorable batalla de Cannas le confiaron el mando de una de las legiones romanas, y notándose señales de abatimiento y de desercion en los soldados, y aun en algunos oficiales de familias patricias, el jóven guerrero se pone en medio de ellos, espada en mano, y les dice: «Juro so«lemnemente por Júpiter y por este

«acero, defender mi patria, y no abandonarla, ni permitir que nadie la «abandone; y este juramento lo cum«pliré aun á costa de mi propia vida.» Y luego dirigiéndose á Metelo, á quien habian aclamado jefe los desertores: «Cecilio, y todos los demas aquí pre«sentes, ó prestais el mismo juramento «que yo, ó pereceis en este sitio al filo «de mi espada.» El entusiasmo que produjeron estas breves, pero enérgicas palabras, es dificil de describir, todos rodearon al valiente jóven, y saludándole con guerreras aclamaciones, juraron morir por la patria. Con la salvacion de la vida de su padre y con este rasgo de heróico patriotismo, inauguró su brillante y gloriosa carrera Escipion. Roma, despues de la muerte de Publio Cornelio y de Cneo, habia ido perdiendo poco á poco gran parte de lo que estos dos famosos generales habian conquistado en España; no contaba tampoco con jefes hábiles que pudiesen oponerse al grande Anibal, y el mediodia de Italia se veia en inminente riesgo de ser presa del enemigo. El pueblo se hallaba en la mayor consternacion, se indican los comicios, y nadie se presenta, no obstante la urgente necesidad que hay de mandar un nuevo procónsul á España. En circunstancias tan críticas, cuando todo anunciaba tristes acontecimientos, se presenta el jóven Escipion en la asamblea del pueblo, y con voz inspirada dice, que si se le nombra procónsul, él reparará las desgracias de su patria y vengará á su padre y á su tio. Una aclamacion espontánea y unánime responde á las palabras de Escipion, que viendo pintada en algunos la desconfianza que inspiran sus pocos años, desenvuelve allí mismo sus grandes proyectos, y es nombrado procónsul; entonces solo tenia veinticuatro años de edad. Embarcóse, pues, en el puerto de Ostia, y se hizo á la vela con direccion á Tarragona, en donde se le reunieron las fuerzas que á la noticia de su arribo le enviaron los pueblos españoles aliados de Roma; emprende en seguida el sitio de Cartagena, plaza de guerra considerada entonces como inespugnable, ciudad la mas rica y floreciente á la sazon de todas las de la península ibérica, y únicamente protegida por una guarnicion de mil hombres. Sabe por unos pescadores, que el mar era vadeable por ciertos puntos durante el reflujo, y trazando su plan con arreglo á este dato, ya no piensa mas que en llevarlo á cabo. Ataca al enemigo por la parte de mar y de tierra, con el fin de distraerle, y en tanto pasa por el punto que le indicaron los pescadores, escala las murallas, y el enemigo aterrorizado, le abre las puertas de la ciudad. Las leyes de la guerra fueron entonces severamente aplicadas, y se hizo un degüello general, en que no se perdonó ni aun á los animales. Entregada la ciudadela, único punto que aun resistia, y que estaba defendida por Magon, los romanos se entregaron al saqueo, apoderándose de un inmenso botin, pues, como ya hemos indicado, Cartagena era la ciudad mas rica de España. No podia Escipion habituarse á ciertos escesos de la barbárie romana, y así siempre que podia, daba generosas muestras de la humanidad de sus sentimientos. Cediendo, pues, á estos, dejó marchar libremente á sus casas, colmándoles de presentes, á los hijos de las primeras familias de España, que los cartagineses habian tenido en rehenes en la fortaleza de Cartagena; trató con humanidad y delicadeza á sus prisioneros, y aunque por derecho de guerra las cautivas eran conducidas al lecho del vencedor, que desde entonces se constituia en dueño absoluto de ellas, Escipion protegió á cuantas cayeron en su poder, confiándolas á oficiales suyos de acreditada moralidad y prudencia. Entre aquellas desgraciadas habia una hermosísima doncella, de ilustre cuna, y los soldados creyendo hacer un obsequio de gran valía á su general, se la presentaron presurosos. Pero Escipion habia sabido que la mano de aquella jóven estaba prometida á Alu-

cio, rey de los celtíberos, quien la amaba sobre todo encarecimiento, y así, llamándole, le dijo: «La jóven destinada á ser tu esposa, está en mi «poder, recíbela de mis manos tan pu-«ra como si saliese ahora de la casa «paterna. Solo una cosa deseo en cam-«bio de este beneficio, y es tu alianza «con el pueblo romano.» Los padres de la jóven, reconocidos al generoso vencedor, llevaron á este una gran suma por el rescate de aquella; pero Escipion, obligado á recibirla por las vivas instancias que se le hicieron, dirigiéndose al príncipe celtibero, le dijo: «Al dote que recibirás de tu suegro, añado yo esta suma, como un regalo de boda que no desairarás.» Alucio, despues de esta tercera escena, en que unos á otros se habian querido esceder en magnanimidad, permaneció siempre fiel aliado de Escipion, quien con esta conducta se granjeó mas amigos en España, que hubiese podido adquirir con sus victorias. Muchos de los jefes que antes habian auxiliado á los cartagineses, contándose entre otros Mandonio ó Indibilis, se declararon por Escipion, quien en una batalla que se decidió á dar, en vista del considerable aumento que habian tenido sus fuerzas, derrotó á Asdrúbal, cerca de Boccula. No quiso aceptar el procónsul el título de rey que quisieron darle los celtíberos, y con este y otros rasgos de grandeza inusitados, creció la admiracion y el afecto con que ya era mirado por los españoles. Los únicos enemigos que quedaban ya en la península, pues los demas no podian inspirar temor, eran Asdrúbal, Gisgon, Magon y Masinisa, que aunque contaban con fuerzas formidables que oponer al general romano, fueron sucesivamente derrotados y puestos en fuga, siguiéndose de aquí la completa sumision de España. El júbilo que causó en Roma esta noticia, es indescriptible; pero el procónsul no limitaba á esto su ambicion; sus proyectos eran gigantescos, y aprovechándose del terror que al enemigo de su patria causaba su nombre, pensó en la conquista de Cartago, la ciudad rival de la señora del orbe. Lo primero que en su concepto debia hacer, era ganarse la amistad de Sifax, rey de los masilios, y presentándose él mismo en su casa, consiguió que, en efecto, se declarase en favor de los romanos. Refiérese que Asdrúbal, habiendo ido á implorar los auxilios de Sifax, se halló tambien en aquella entrevista, y aun estuvo recostado en el mismo lecho con Escipion, cuyos talentos militares tuvo ocasion de conocer en las conversaciones que tuvieron, dando desde entonces por inevitable y segura la ruina de Cartago. Despues de la toma de Iliturgis y Castulon, se preparaba á sitiar á Gades, cuando con motivo de una enfermedad, se esparció con siniestras intenciones la falsa nueva de su muerte, originándose de aquí una instantánea rebelion de algunas de sus tropas, que á haberse prolongado, hubiera tal vez producido una sublevacion general en España; pero Escipion abandona el lecho, castiga con la ultima pena á los principales jefes del motin, sosiega los ánimos, y marchando en seguida contra Macedonio é Indibilis, que habian tomado parte en la rebelion rompiendo su jurada amistad, consigue derrotarlos. Masinisa se hizo aliado del pueblo romano, Gades se entregó voluntariamente, y sometida del todo la España, Escipion pasó á Roma, en donde no se le hicieron los honores del triunfo porque no era cónsul, y porque el feliz vencedor en vez de solicitarlo con seguridad casi de conseguirlo, prefirió observar lo establecido, dando un grande ejemplo de respeto á las leyes. Un año despues (549) obtuvo la dignidad consular por el voto unánime del pueblo, que le siguió hasta el capitolio con un entusiasmo como nunca se habia visto en Roma. El pensamiento político de Escipion era llevar la guerra hasta el seno mismo del Africa, pero el senado le envió á la Sicilia, en donde se aumentaron considerablemente las escasas fuerzas que se le habian confiado,

con los voluntarios que de todas partes acudian á alistarse bajo sus estandartes. Ya se disponia á pasar al Africa, cuando habiéndosele ofrecido secretamente la entrega de la ciudad de Locres, que estaba por los cartagineses, penetra en ella á favor de la noche, y rechaza á Anibal que habia acudido á socorrerla. Los habitantes de la ciudad conquistada se quejaron al senado contra Escipion, cuando las vejaciones cometidas debian atribuirse á su teniente Pleminio, añadiendo que, ademas de proteger estas, el ilustre general vivia entregado á la molicie y al pasatiempo. Llevóse á cabo la acusacion, llamóse á Escipion á Roma para que diese cuenta de su conducta, pero esta determinacion no se llevó á cabo, nombrándose en su lugar algunos comisionados, para que examinasen en Sicilia la conducta de Escipion. Pero, como dice Tito Libio, estos regresaron á Roma «penetrados de admiracion y convenci«dos de que, si Cartago habia de ser «vencida, lo seria sin duda por aquel «ejército y por aquel general.» En vista de semejante informe, el senado facilitó á Escipion todos los recursos necesarios para que realizase la espedicion contra Cartago. Salió, pues, el ilustre conquistador al frente de una escuadra, compuesta de 50 naves de guerra y 400 buques de trasporte, y desembarcó en Africa, junto al promontorio conocido con el nombre de *Bello*. A la noticia de este imprevisto suceso, el espanto y la consternacion se apoderaron de Cartago, que temia tanto las considerables fuerzas que llevaba el general romano, como la celebridad de su nombre, ante el cual temblaban sus enemigos, y los pueblos abrian sus puertas. Sifax faltó á su palabra de amistad; Masinisa, despojado por este, no se hallaba en situacion de socorrer á Escipion; el pais que este pisaba, era pais enemigo, y veíase allí entregado á sus propias fuerzas; todos estos contratiempos hubieran desalentado al corazon mas intrépido, pero no así á Escipion, de cuya prudencia debia esperarse que no se espondria á una batalla decisiva, mientras no contase con los elementos necesarios. La única accion en que por entonces se halló, fué en la que dió á Hannon, que quedó muerto en el campo con 2000 cartagineses. Aunque los enemigos de Escipion no cesaban de trabajar en el senado contra este ilustre general, y espiraba ya el año de su consulado, continuó en el mando del ejército con el título de procónsul. En tanto Escipion no estaba ocioso, sino que se enteraba del número y estado de las fuerzas enemigas, estudiaba el terreno en que debia operar mas tarde, mantenia la mas severa disciplina en sus tropas, y mandaba espías al campo cartagines para que lo reconociesen con toda escrupulosidad. Habiendo sabido por estos, que las tiendas de los enemigos estaban formadas de ramas y cañas, se resuelve al punto á obrar, y cayendo por la noche sobre el campo de Asdrúbal, mientras Lelio y Masinisa hacian otro tanto en el de los numidas, el fuego cunde por todas partes con espantosa voracidad, y corre la sangre de los cartagineses y de los numidas, que en número de 40,000 quedaron en aquella noche muertos. El rey Sifax fué hecho prisionero. A esta sorpresa afortunada sigue la batalla de las *grandes llanuras*, y la mayor parte de las ciudades sujetas á Cartago, inclusa la de Túnez, se entregan al vencedor. La suerte de Cartago inspiraba ya á Anibal serios temores, y creyó que antes que nada era preciso volar en su auxilio; así lo ejecutó, y de una entrevista que medió entre él y el general romano, en que, segun se dice, trataron de la paz de los dos pueblos rivales, no resultó otra cosa sino que la guerra era necesaria, que no cabian transacciones, y que el mundo no estaria en paz mientras una de las dos naciones no sucumbiese. Separados los dos grandes capitanes en disposicion de ánimo tan poco lisonjera, al dia siguiente llegaron á las manos en una dilatada llanura cerca de Zama, en el

año de Roma 552 (201 antes de Jesucristo). La batalla fué una de las mas sangrientas que refieren las historias; peleóse con un encarnizamiento sin ejemplo, y los dos héroes rivalizaron en valor, en actividad y en prudencia militar; al fin la victoria se decidió en favor de Escipion, muriendo 20,000 cartagineses, y quedando igual número de prisioneros. Escipion aceptó entonces las proposiciones de paz de los de Cartago, sujetando, empero, á esta ciudad á condiciones duras y humillantes. Setecientos bajeles entregados á los romanos por esta ciudad desgraciada fueron quemados ante sus muros. El general vencedor trató al vencido con la generosidad propia de su carácter, é hizo su entrada triunfal en Roma en un soberbio carro, delante del cual iba encadenado Sifax. Las fiestas que se hicieron para celebrar un acontecimiento de tamaña trascendencia, fueron magníficas, y por espacio de algunos dias no se pensó mas en Roma que en juegos y espectáculos. A Escipion se le dió el glorioso título de *Africano*, siéndole ademas concedidos honores y recompensas sin cuento. Nombrado embajador de Roma en la corte de Antioco, en la cual Anibal habia recibido generosa hospitalidad, vióse con este su ilustre vencedor, y tuvieron ocasion de celebrar largas conferencias. Refiérese que en una de ellas le preguntó Escipion, que cuál le parecia el general mas grande del mundo. — «*Alejandro* — contestó Anibal. —*¿Y despues?* — repuso el romano.— *Pirro, rey de Epiro*—replicó el cartagines.—*¿Y el tercero?*—*Yo*—contestó sin titubear Anibal. — *¿Qué diríais, pues*, — replicó Escipion sonriendo— *si me hubieseis vencido á mí?—En ese caso me hubiera yo contado el primero de todos.*» A su regreso de la espedicion de Siria, no encontró Escipion en la capital que poco antes le habia recibido en triunfo, mas que envidia, celos, sospechas y desconfianzas contra su persona; todo habia cambiado para él. Caton, que segun la espresion de Tito Livio, no habia cesado de ladrar contra él en el senado, *allatrare ejus magnitudinem solitus erat,* se ensañó entonces mas que nunca contra el vencedor de Anibal, y á escitacion suya le acusaron los tribunos, los petilios de haber vendido la paz al rey de Siria, inventando otras calumnias con el objeto de derribarle de una vez. Escipion tuvo, pues, que subir á la tribuna, y pronunció estas palabras: «Ro«manos: en tal dia como hoy, alcancé «en Africa una brillante victoria con«tra el mas poderoso y temible enemi«go de nuestra patria, dando á esta la «paz de que tanto necesitaba. No nos «mostremos, pues, ingratos con los «dioses, abandonemos hoy las discu«siones judiciales, dejemos que grite «ese miserable intrigante, y subamos «al Capitolio á dar gracias á Júpiter «por tan grandes beneficios.» Despues se encamina y sube al Capitolio, seguido del pueblo, quedándose solos los tribunos acusadores en el *rostrum*. Refiérese que, diciéndole uno en cierta ocasion, que nunca se habia espuesto mucho en las batallas, contestó: «*Mi madre me dió á luz para mandar y no para batirme.—Luego no sois soldado?* — *No ciertamente* — replicó — *sino capitan.*» Los últimos años de la vida de este célebre general están envueltos en las sombras del misterio. Lo mas probable parece, sin embargo, que viendo la ingratitud de su patria, se retiró á una casa de campo, y se dedicó al estudio de las letras, y particularmente al de los poetas é historiadores griegos, ocupándose otros ratos en tareas campestres como el gran Cincinato. Allí halló consuelos que en vano hubiera buscado en el tumulto y agitaciones de la vida pública. Murió Escipion en el año de Roma 572, en esta ciudad, si hemos de dar crédito á unos historiadores, y en Linternum, alquería de Campania, segun otros. Al retirarse de Roma, parece que pronunció estas palabras, que demuestran la amargura de su corazon por la mala recompensa que habian tenido sus glo-

riosas acciones: «Ingrata patria, no conservarás mis huesos» *ingrata patria, ne ossa quidem mea habes.* Dícese, que Aníbal murió en el mismo año que Escipion. Es innegable que este general romano se escedió algunas veces en las represálias que usó con los enemigos; éslo tambien que la escesiva sangre por él derramada, le hace aparecer en cierto modo como hombre cruel y vengativo. Pero considérense la época en que vivió, los enemigos que tuvo que combatir, el estado de Roma, las costumbres guerreras de aquel tiempo, y pesadas estas y otras circunstancias en la balanza de la equidad, hallarémos que mas bien fué clemente que inhumano; que muchas veces por dar lugar á sus nobles sentimientos, se suscitó en Roma terribles enemigos; y que si su conducta fué diferente en diversos puntos, esto mismo prueba el superior conocimiento que tenia de los pueblos que debia sujetar, porque si unos, como España, se conquistaban con la blandura y el afecto mas que con la violencia, no así otros, como Cartago, rival constante y terrible de Roma.

ESCIPION EMILIANO (Publio). Nació en el año 568 de Roma; era el mas jóven de los cuatro hijos de Paulo Emilio y de Lutacia, y fué adoptado por la familia de los Escipiones. Educóle su padre en el arte militar, y con él concurrió á la campaña de Macedonia, despues de la cual sus maestros, Metroboro y Polibio el historiador, perfeccionaron su educacion en las artes y ciencias, inspirándole al mismo tiempo las virtudes y nobles sentimientos de un buen ciudadano. La franca generosidad de Escipion, ha sido muy elogiada por los historiadores, con tanto mas motivo, cuanto que la codicia era uno de los vicios que mas descollaban en las costumbres romanas. Su conducta desinteresada, sus talentos, su juventud no contaminada con la general corrupcion, le conquistaron muy pronto un lugar preferido en la estimacion de sus compatriotas. España habia sido por espacio de mas de medio siglo, uno de los teatros principales de las guerras de Roma, y la escuela en donde aprendieron los mas célebres capitanes de esta soberbia república. Los reveses que con harta frecuencia habian esperimentado los ejércitos romanos en nuestra patria, la hacian temible, y así eran pocos los generales que solicitaban pasar á ella. Escipion contribuyó en gran parte, siendo tribuno durante el consulado de Manlio, á que renaciese la confianza en el ánimo de los soldados, no muy dispuestos á sufrir nuevos descalabros. Cartago aun no se habia repuesto de las pérdidas esperimentadas en la segunda guerra púnica, pero siempre se manifestaba digna rival de Roma. Habia pasado Escipion al Africa, con el objeto, segun se cree, de observar la situacion de Cartago, en ocasion en que el ya anciano Masinisa, atacaba á los cartagineses mandados por Asdrúbal. Las fuerzas de los dos ejércitos ascendian al formidable número de mas de ciento diez mil hombres; y Emiliano que contemplaba el sangriento combate desde una elevada colina, dijo despues, que antes de él, solo dos veces se habia ofrecido un espectáculo semejante en la guerra de Troya. Vencidos los cartagineses, eligieron por mediador entre ellos y Masinisa, á Emiliano, en cuya juventud tenian confianza, porque ya la fama habia hecho famoso el nombre del heredero de Escipion. Las condiciones que les impuso el octogenario Masinisa, fueron, sin embargo, duras, pero á ellas tuvieron que sujetarse por la ley, mas dura aun, de la necesidad. De esta suerte el poder de Cartago se iba debilitando gradualmente, al paso que el de su rival acrecia, ya por las exijencias que los aliados de Roma tenian con aquella, cuando la suerte les favorecia, ya por la torcida, astuta y cruel política de esta última con la ciudad vencida. Al finalizar el consulado de Calpurnio, fué Escipion elevado á este

cargo, dispensándosele la edad en atencion á su mérito, y con la mision de concluir la guerra de Africa. Ya habia militado antes en calidad de tribuno legionario, á las órdenes de Lucio Calpurnio, distinguiéndose de una manera notable. Escipion, que ardia en deseos de inmortalizarse con alguna señalada hazaña, se embarca inmediatamente en el puerto de Utica, triunfa del ejército cartagines, que habia sorprendido y bloqueado al que mandaba Mancino, su teniente, en cuyo socorro iba, y poniéndose al frente de todas las fuerzas romanas, se presenta á la vista de Cartago. Esta ciudad contaba entonces en su seno cerca de un millon de habitantes, dos puertos, tres ciudades construidas en el mismo recinto, un istmo estrecho y fortificado, y espesos muros, capaces de resistir el mas terrible ataque; pero carecia de escuadras, porque Masinisa habia echado á pique todas sus naves. Escipion dió principio á su grande empresa, con un asalto nocturno, en que salió vencedor, apoderóse sucesivamente de una de las tres ciudades y del istmo, y emprendió el bloqueo por mar. Como los sitiados no tuviesen fuerzas navales que oponer á los sitiadores, acordaron improvisar una flota, y en efecto, fué tal la actividad con que trabajaron, que la flota quedó formada en muy poco tiempo, no obstante carecer de muchos de los objetos necesarios para construirla, pero á todo ocurrieron con su patriotismo; baste decir, que segun la tradicion, no teniendo cuerdas para los buques, las mujeres de Cartago dieron sus cabellos para suplir esta falta. ¡Estériles sacrificios! La flota fué vencida y destruida completamente. Las operaciones del sitio quedaron suspendidas con motivo del invierno, en cuyo tiempo, considerando Escipion que no le convenia tener ociosas sus tropas, dejó al frente de Cartago las fuerzas que juzgó suficientes, y se dirigió contra los aliados de esta ciudad, para privarla de toda esperanza de socorro. No era ciertamente pequeño el que estos pudieron haberla proporcionado, pues solo en la toma de Néferis murieron sesenta mil hombres bajo el acero de los romanos. Habia sonado, pues, la hora fatal para Cartago, para la opulenta y poderosa reina del Africa, para la temida rival de Roma; comenzó sucesivamente con la primavera el sitio; los habitantes de la desolada ciudad hicieron cuantos esfuerzos, cuantos sacrificios son imaginables para conservar la existencia de su patria, de su libertad, de sus hijos, de sus padres, de sus esposas, templos y riquezas; pero el sétimo dia, no pudiendo ya humanamente resistir por mas tiempo, pidieron los cartagineses la vida únicamente, siendo segun se dice, concedida á todos por Escipion, menos á los que con Asdrúbal, se defendian aun en el templo de Esculapio. Eran estos en número de novecientos, contándose entre ellos la esposa y los dos hijos de Asdrúbal, que era el jefe de aquella gente desesperada, y el mismo que viendo ya segura su muerte y la de todos los suyos, quiso tentar la clemencia del vencedor, á cuyo efecto salió secretamente del templo, y se echó á los piés de Escipion, con un ramo de olivo en la mano. Sabido esto por la bella esposa de Asdrúbal, sale tambien del templo, pero adornada como si fuese á un festin, y presentándose delante del vencedor con sus hijos, esclama: «No in-«voco contra tí ¡oh romano! la vengan-«za de los dioses, pues tú no has hecho «mas que usar de los derechos de la «guerra. Mas permitan las divinidades «de Cartago, y tú de acuerdo con ellas, «que sea castigado como merece, ese «miserable perjuro, continuó señalando «á Asdrúbal, que ha vendido á su «patria, á sus dioses, á su mujer y «á sus hijos.» Despues de haber pronunciado estas terribles palabras, que conmovieron á todos los presentes, haciéndoles derramar lágrimas de compasion, la valerosa heroina degolló á sus dos hijos, y arrojando sus cuerpos á las llamas, ella misma fué destruida

por el fuego devorador, así como tambien los que habian estado en el templo de Esculapio, y que al punto siguieron su ejemplo. Ni el mismo Escipion pudo contener las lágrimas al presenciar tantos horrores, ruina, tanto menos obra suya, que de la necesidad. Entonces parece que pronunció estos versos de Homero, profetizando, digámoslo así, la ruina de su patria. «Dia «vendrá en que la ciudad sagrada de «Ilion y Priamo, y el pueblo de Hec«tor serán aniquilados.» El botin que los romanos recogieron fué inmenso; las fiestas que se celebraron en Roma, correspondientes á la dominadora del orbe y á la grandeza de la victoria, y sin cuento los honores que se hicieron á Escipion á su regreso á Italia. En su embajada á la corte de Tolomeo, rey de Egipto, tuvo ocasion de ver la pompa oriental en todo su esplendor y magnificencia; pero el mencionado príncipe, que nunca salia sino en un lujoso carro, para obsequiar al enviado romano le acompañó por las calles de la ciudad, á propósito de lo cual decia Escipion: «Los alejandrinos deben «agradecerme el haber visto una vez «en su vida andar á su rey.» Esta pompa contrastaba notablemente con la sencillez del destructor de Cartago, que no llevaba mas comitiva que el filósofo Panecio y cinco esclavos. Nombrado cónsul por segunda vez, despues de haber desempeñado la dignidad de censor, pasó á España, que era la provincia que debia gobernar. El lujo, la molicie y la inaccion parece que habian relajado la antigua disciplina en varias legiones romanas, pero á poco tiempo de su llegada ya todo habia vuelto al órden antiguo, oponiendo á aquellos vicios los remedios contrarios. Ocupaba á los soldados, para el logro de su intento, en los trabajos mas rudos y penosos, haciéndoles en ocasiones abrir fosos, construir muros, que mandaba arruinar en seguida, repitiendo á menudo: «Llé«nense de lodo ya que temen la san«gre.» Acostumbradas ya sus tropas á todo género de fatigas, y restablecida la obediencia, que tanto necesitaba para sus planes, se presentó ante Numancia. Era esta ciudad una de las principales de España, así por el renombre que habia alcanzado en largos años de heróica resistencia contra grandes ejércitos romanos, como por la natural fiereza de sus hijos, que eran de los mas valientes y belicosos de Iberia, y por las riquezas que encerraba en su recinto. El atacarla abierta y resueltamente, hubiera sido estrellarse en el mismo escollo que ya habian encontrado hábiles generales; así, pues, Escipion se propuso sitiarla por hambre, encerrándola dentro de una muralla flanqueada de torreones. En aquella circunstancia ejecutó Escipion un acto de crueldad, que la historia ha condenado siempre; y es, que sitiada la ciudad de Lucia, aliada de Numancia, consintió en la capitulacion que le propusieron sus habitantes, con la condicion de que le entregasen cuatrocientos de los principales jóvenes de ella, lo cual verificado, mandó que cortasen las manos á todos. Oigamos ahora lo que dice nuestro buen historiador Mariana, al narrar el ejemplo de heroismo mas memorable quizá que se haya visto en el mundo. «Estaban ya sin «ninguna esperanza de salvarse (los «numantinos), ni de venir á batalla, «acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. «Emborráchanse con cierto brebaje «que hacian de trigo y le llamaban *ce«lia*: con esto acometen los reparos de «los romanos, escalan el valladar, de«güellan todos los que se les ponen por «delante, hasta que sobrevino mayor «número de soldados, y sosegada al«gun tanto la borrachera, les fué for«zoso retirarse á la ciudad. Despues de «esta pelea, dicen, que por algunos «dias, se sustentaron con los cuerpos «muertos de los suyos. Demas de esto «probaron á huir y salvarse; como «tampoco esto les sucediese, por con«clusion, perdida del todo la esperanza «de remedio, se determinaron á aco«meter una memorable hazaña, esto

«es, que se mataron á sí y á todos los «suyos, unos con ponzoñas, otros me«tiéndose las espadas por el cuerpo: «algunos pelearon en desafío unos con «otros, con igual partido y fortuna del «vencedor y vencido, pues en una «misma hoguera, que para esto tenian «encendida, echando al que era muer«to, y luego tras él le seguia el que «le quitaba la vida.» Cuando el vencedor entró en la ciudad, no encontró mas que cenizas y ruinas por todas partes. Llamósele por esta terminacion de esta guerra, el *Numantino*: agregándole ademas el título de *Africano*, como su abuelo, por la destruccion de Cartago. Habiendo regresado á Roma se unió á la aristocracia, y como sus hazañas le habian dado grande ascendiente en los romanos, el partido popular temia por sus libertades, pues se trataba de nombrarle dictador. Fulvio y Cayo Graco se declararon contra él, y á la mañana siguiente del dia en que fué conducido Escipion en triunfo á su casa, por el mismo senado que trataba de depositar en sus manos la suprema dictadura, se le encontró asesinado en su cama. Murió Escipion á los 56 años de edad, y el sentimiento que le acompañó al sepulcro, fué general. Metelo el *Macedónico*, uno de los mas tenaces enemigos de Escipion, pronunció estas sentidas palabras, interrumpidas por el llanto que bañaba sus mejillas: «Corred, ciudadanos, «corred, las murallas de Roma han si«do derribadas: Escipion el africano ha «recibido un golpe mortal en su mismo «lecho.» El dia en que se iban á celebrar los funerales del gran capitan, mandó á sus hijos que acompañasen el cadáver, diciéndoles: «Id, pues, por«que nunca llorareis la pérdida de «hombre mas grande.» Ciceron elogia la elocuencia de Escipion Emiliano, y á sus trabajos políticos, cuando se retiró de la escena de la guerra, unió el estudio de las letras. Se ha dicho que escribió con Terencio algunas comedias que llevan el nombre de este, pero semejante suposicion parece infundada, pues cuando el poeta latino dió á conocer sus primeras obras, Escipion apenas habia salido de la niñez.

ESCOIQUIZ (Juan). Nació en Navarra en 1760, y descendia de una antigua y distinguida familia. Educado en la casa de Pages, en tiempo del buen Cárlos III, pronto se dió á conocer entre todos los demas alumnos, por su aplicacion y notables progresos en cuanto emprendia, pero muy especialmente en las ciencias exactas. No llamándole la inclinacion á la carrera de las armas, á la cual solian pasar con el grado de capitanes los pages de S. M., cuando cesaban en el servicio de palacio, se dedicó á la eclesiástica, y en vez de dicho grado admitió un canonicato en la iglesia de Zaragoza; hasta que nombrado despues preceptor de don Fernando VII, á la sazon príncipe de Asturias, pasó á la corte, en donde se granjeó la estimacion y particular confianza de la augusta persona, cuya educacion le estaba encomendada, así como el aprecio de otros muchos personajes principales. El favor que gozaba con el príncipe, su elevacion y algunas otras circunstancias le suscitaron varios enemigos poderosos, y entre otros, á lo que parece, don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, que encontraba en Escoiquiz un obstáculo poderoso á sus designios. Godoy era quien verdaderamente gobernaba el reino, pero de una manera despótica, absoluta; y augurando Escoiquiz los males que podrian sobrevenir si no se ponia coto á la ambicion y desórdenes del príncipe de la Paz, se creyó en el deber de aconsejar al rey Cárlos IV, que, deslumbrado por el favorito, no solo desoyó los prudentes consejos de la lealtad, sino que protegió mas y mas á aquel, y hasta dió una órden de destierro contra Escoiquiz, á escitacion de Godoy que de esta suerte quedaba mas desembarazado para seguir libremente hasta el fin á que se proponia llegar. Godoy, por medio de sus intrigas habia sembrado

la discordia entre las personas de la real familia, y el príncipe Fernando, que se revelaba contra la osadía del favoritismo que lo dominaba todo, fué mirado con ojos de sospecha por sus mismos padres, quienes no tenian otra voluntad que la de Godoy. Bien conocia Fernando la crítica posicion en que se hallaba, y necesitaba á su lado una persona que con su saber y fidelidad le aconsejase la conducta que debia observar; así, pues, llamó á Escoiquiz en 1807, y este se presentó inmediatamente en el Escorial, para tener el sentimiento de presenciar el arresto de Fernando, á quien se acusaba de conspirador contra sus padres y de inteligencias secretas con Francia. La prision del príncipe heredero fué un acontecimiento ruidoso, y que afectó los ánimos de una manera estraordinaria. La opinion pública habia recibido mal la nueva de esta delicada determinacion; y viendo el pais, que al mismo tiempo que se tenia en un encierro á su príncipe crecia el favor del privado, autor de aquel conflicto, empezó á inquietarse temiendo mas sérios desastres. Escoiquiz trabajó cuanto pudo por la libertad del príncipe, y hasta el mismo Godoy, en vista del aspecto que empezaban á presentar las cosas, hubo de aconsejársela á los reyes, como mediador entre estos y aquel. Logrado el principal objeto de su viaje á la corte, Escoiquiz se volvió á su destierro de Toledo, hasta la revolucion de Aranjuez y proclamacion de Fernando VII, verificada en 19 de marzo de 1808, habiendo antes abdicado Cárlos, su padre. Agradecido el nuevo monarca á las repetidas pruebas de lealtad y adhesion que le habia dado Escoiquiz, nombró á este consejero de Estado, en ocasion en qué ya los vándalos de allende los Pirineos, se habian apoderado traidoramente de muchas de nuestras mas importantes plazas, con el objeto de fundar aquí una monarquía napoleónica, y sujetarnos al carro del gran usurpador. Entonces cometió una falta de gravedad el ilustre preceptor de Fernando. Creyendo en su honrada lealtad, que la visita de Napoleon no llevaba el siniestro objeto que el tiempo y los sucesos posteriores acreditaron, aconsejó al rey que accediese á los deseos de aquel, no obstante el juicioso y previsor dictámen de personas que, conociendo mejor el carácter del usurpador, no esperaban nada bueno. Pronto, sin embargo, tuvo ocasion de desengañarse, con motivo de las conferencias celebradas en Bayona con Bonaparte, y en las cuales Escoiquiz, celoso defensor de su rey y de la independencia de su patria, se mostró á la altura de sus dignos sentimientos; tanto que, admirado el mismo Napoleon, no pudo menos de decirle: —«Me han hablado mucho de vos, y ahora veo, que sabeis demasiado, canónigo.—No tanto como vos, respondió al punto Escoiquiz, y los hechos lo prueban bastante.» Napoleon conocia la ilustracion y la influencia que Escoiquiz ejercia en el ánimo del monarca español, y lo mucho que, de consiguiente, le interesaba ganar á un hombre de tales circunstancias. Al efecto, en la siguiente conferencia le declaró sin ambajes ni rodeos, que intentaba cambiar la dinastía de España; que puesto que él poseia la amistad y confianza de Fernando, aconsejase á este la abdicacion, en recompensa de la cual seria nombrado rey de Etruria. Semejantes proposiciones llenaron de indignacion al ilustre eclesiástico, no solo porque revelaban ya claramente el inícuo plan de Bonaparte, respecto de la península española, sino porque se tenia la audacia de confiarle una mision que causaria la ruina de su príncipe y la de su nacionalidad, y porque siendo él mismo uno de los que habian aconsejado con mas insistencia el viaje á Bayona, sobre él mas que sobre otro alguno recaeria el ódio y el descrédito. Entonces conoció la ligereza con que habia procedido en sus consejos, y entonces tambien cuando se propuso hacer todo lo posible por evitar ó aminorar los

males que ya preveia. A las reflexiones de Escoiquiz, demasiado exactas desgraciadamente, respondió Napoleon procurando disimular los proyectos liberticidas que abrigaba en su mente: «Tranquilizaos, canónigo; temeis porque no podeis adivinar mis intenciones, ignoradas de todos. Vos os habeis conducido como un hombre de bien y como súbdito leal... y yo tengo una política peculiar mia.» En efecto, la tal política era tan peculiar suya, que, por lo inícua, y mas en España, no es comparable á otra alguna. Escoiquiz, sin perder nunca de vista sus deberes y su responsabilidad ante la opinion pública, se mantuvo firme en la defensa de su príncipe y del pais, representando, ademas, á Napoleon, que ni su gloria, ni sus intereses, podian ganar nada en que se llevasen adelante sus planes, pero el usurpador se hallaba entonces en el colmo del poder, y confiaba en que lo que la política no consiguiese, habria de ceder á la fuerza de las armas, que es la ley suprema de todos esos hombres que han nacido para asolar y ensangrentar la tierra. Así es que, á los argumentos de nuestro compatriota, respondió: «Los nobles y las clases elevadas, se someterán para asegurar sus propiedades, y algunos castigos severos contendrán al populacho.» ¡Qué mal conocia Bonaparte lo que él en su insolente lenguaje llamaba *populacho!* Insistió mas y mas Escoiquiz en apartar á Napoleon de su idea de conquista; pero este le dijo que estaba resuelto y determinado á realizar su plan, aunque costase la vida á doscientos mil hombres; número tal vez escaso, tal vez muy lejano de aquel á que ascendieron las pérdidas de sus ejércitos en España. Escoiquiz, penetrado de la situacion de su patria, del estado de agitacion de los ánimos, y del horror con que por la generalidad de los hijos de la península era mirada aquella invasion, contra toda conveniencia y contra todo derecho, no pudo menos de contestar á Bonaparte las siguientes palabras: «En ese caso la nueva dinastía se fundará y vivirá sobre un volcan; y para contener una nacion de esclavos descontentos, de seguro no bastará un ejército de doscientos mil hombres.» No dejó de causar impresion en Bonaparte el enérgico discurso del respetable eclesiástico; así es que aquella misma noche, hablando con cierto personaje, esclamó: «El canónigo ha pronunciado esta mañana un discurso por el estilo de los de Ciceron, pero se niega resueltamente á entrar en mi plan.» Por último, el rey Fernando tuvo que abdicar en su padre Cárlos, que á su vez hubo de renunciar despues la corona en Napoleon; en consecuencia de estos sucesos, Escoiquiz siguió en su cautiverio á los príncipes españoles, á quienes siempre manifestó la mas franca y mas leal adhesion. No podia Escoiquiz mirar con indiferencia los males que pesaban sobre su patria, que no obstante los heróicos esfuerzos que hacia, no podia sacudir el yugo estranjero; y deseando que aquella triste situacion tuviera el feliz término que él ansiaba, parece que mantuvo correspondencia secreta con los embajadores de Rusia y Alemania, con el fin de que las potencias europeas se coligasen contra Bonaparte. Descubierto, segun se dice, el proyecto, nuestro compatriota fué confinado á Bourges, y allí permaneció hasta la vuelta de Fernando VII á España, que se efectuó, prévias algunas negociaciones diplomáticas en que tomó parte muy activa Escoiquiz. A su regreso á la madre patria, el sábio eclesiástico volvió á ocupar el alto puesto de Consejero de Estado; muriendo en Ronda á 19 de noviembre de 1820. Escribió Escoiquiz varias obras, en las que descuellan como principales dotes la pureza y elegancia; sus poesías, á vuelta de prendas recomendables, son por lo general pesadas; pero sus traducciones de algunos poetas ingleses merecen ser leidas, si no por las galas y riqueza de imaginacion, por la exactitud tal vez de-

masiado escrupulosa con que están hechas. No quiere esto decir, que en ocasiones no se remonte el traductor español á una altura digna de un gran poeta; y ¡ojalá no fuesen peores otras muchas traducciones en verso, que para calamidad de nuestra literatura y descrédito de los poetas estranjeros, se han impreso en varias épocas! Sus obras originales son: *Méjico conquistado*, poema. — *Los famosos traidores refugiados en Francia.* — *Esposicion de los motivos que obligaron en 1808 á Fernando VII á pasar á Bayona.* — *Impugnacion de una memoria contra la Inquisicion.* Hé aquí las traducciones. *Las noches*, poema de Young.— *El Paraiso perdido*, poema de Milton.

ESCOTO ó SCOT (Juan): llamado tambien *Erigeno* por ser natural de Irlanda, cuyo pais llevaba antiguamente el nombre de *Erin.* Siguió en su patria con grandísimo aprovechamiento los estudios de las letras humanas y la filosofía, y despues de concluidos estos, pasó á Francia, en donde Cárlos el Calvo, que á la sazon reinaba, le dispensó estraordinaria proteccion, dignándose convidarle con frecuencia á la mesa, y conferenciar con él repetidas veces respecto de materias científicas y literarias. Semejantes confianzas dieron motivo á las familiaridades que en ocasiones solia usar el protegido delante del monarca, sin que este se ofendiese. Refiérese que hablando un dia despues de comer, le preguntó Cárlos, qué distancia podria haber entre un Escoto y un tonto. «Señor, contestó, no hay entre ellos mas distancia que la de la mesa.» Aseguran algunos biógrafos que era Escoto muy entendido en cosas de religion, al paso que otros afirman que comprendia muy poco estas materias, pero en lo que todos convienen es en que en los asuntos religiosos que trataba, se veia su genio vivo y audaz, no habiendo sofisma á que no recurriese para sostener los errores en que incurrió hablando contra la Sagrada Escritura y la tradicion, y disputando en varias cuestiones teológicas. Los que profesaban ideas católicas impugnaron sus doctrinas, condenándolas como perniciosas á los intereses de la religion, y el mismo papa, Nicolao I, se quejó vivamente á Cárlos el Calvo, estrañando que este príncipe consintiese en su corte y protegiese eficazmente al temerario escritor irlandes. No se sabe de cierto cómo, cuándo, ni dónde murió; dicen unos que en Francia en 877, otros que en Inglaterra en 833, quién que de muerte natural, quién que á manos de algunos de sus discípulos que le dieron de puñaladas. Las obras que de él se conocen, son un *Tratado de la predestinacion divina*, otro *Sobre la Eucaristía, contra Pascasio Ratbert.* Este último es considerado como el fundamento y orígen de todo lo que despues se ha escrito contra la transustanciacion y la presencia real; varios concilios lo juzgaron como nocivo, y ademas de ser prohibido por ellos fué condenado al fuego por el de Roma, en 1059. La obra *Act. sant. ord. San Bened. in præfat sect.*, contiene datos mas estensos acerca del célebre Juan Escoto.

ESCOVEDO (Felipe), menos célebre por los acontecimientos, poco interesantes de su vida, que por las circunstancias estraordinarias que acompañaron á su muerte. En 1573 habíase apoderado don Juan de Austria de la plaza y ciudad de Túnez; pero en vez de desmantelarla, como le habia enviado á decir Felipe II por conducto de su secretario Antonio Perez, el de Austria solo se ocupó de avituallarla y fortalecerla. Creyóse entonces, que este generalísimo solo pensaba en conquistar ó hacerse conceder una soberanía, y cómo tales planes y el exaltar la ambicion de don Juan de Austria se atribuyesen principalmente á don Juan de Soto, secretario del anterior, decretóse en Madrid su separacion, reservándose la vacante para Felipe Escovedo. Recibió, pues, este el nombramiento de su

nuevo destino, de manos del monarca, y con el papel el encargo espreso de de dirigir á don Juan por otra senda de la que antes habia seguido. Escovedo, sin embargo, no correspondió á la confianza que depositara en él Felipe II, antes al contrario, se olvidó inmediatamente del encargo que se le hizo, y, ó no le aconsejó nada, ó mas bien, apoyó y siguió las miras de don Juan de Austria, cuya ambicion, sin variar de naturaleza, se encaminó á otro objeto. Pensó, ahora, este príncipe bastardo, en el reino de Inglaterra, gobernado á la sazon por una princesa protestante; y como conociese que la corte de Roma, naturalmente estaba interesada en secundar sus proyectos, acudió á ella, por medio de su secretario Escovedo, en solicitud de un apoyo y una proteccion directos. Pero quiso entonces la fatalidad y mas bien la imprudencia del Sumo Pontífice, que el Nuncio ó sea el legado de Roma en Madrid comunicase todo el proyecto del de Austria y su secretario á Felipe II; quien sorprendido y disgustado, mucho mas porque Escovedo le faltase así, que por las miras ambiciosas de su hermano natural, juró vengarse en la primera ocasion. Esta pareció presentársele cuando, apremiándole ardientemente y aun con desconsiderada rudeza el mencionado Escovedo, para que secundase las ideas de su jóven amo, en punto á la guerra de Flándes y aun de la intentona contra Inglaterra, se atrevió á vituperar en un escrito dirigido al monarca, lo *descosido* de la política de Felipe II; mas como intercediese Antonio Perez, é hiciese ver al monarca, que el secretario de don Juan no habia obrado así sino movido por un celo estimable, se aplazó todavía la ejecucion de la venganza. Sin embargo, Felipe II habia calificado la carta de Escovedo de *papel sangriento*, y es indudable que, desde esta época, aquel funcionario solo fué un objeto de su odio reconcentrado. Don Juan de Austria y Escovedo, unidos por los vínculos mas estrechos de una sincera y leal amistad, no tuvieron mas que un solo pensamiento ni encaminaron sus esfuerzos á otro fin durante su permanencia en Flándes, que al de abandonar aquellos mal regidos estados, y á comprometerse en otras mas difíciles y arriesgadas empresas. Mil cartas escribieron sobre esto, en confianza, al secretario y favorito de Felipe II, Antonio Perez; quien, en vez de reservarlas, como correspondia á un hombre de honor que se decia amigo y confidente de don Juan de Escovedo, las presentaba todas á su rey. Este daba instrucciones á Perez sobre el modo de seguir aquella interesante correspondencia, y queria que, prestando oidos compasivos á las quejas de don Juan, este exhalase todas las que tenia del rey de España, y descubriese enteramente su pecho. Así es cómo llegó á enterarse y tomar por lo sério el estravagante proyecto, que en un momento de jactancia comunicó Escovedo á Perez, de invadir él y su amo á España, despues de haber ocupado la Inglaterra; proyecto que, á pesar de lo descabellado y quimérico, dió mucho en qué pensar á Felipe II. Empero, reducidos á su verdadero valor los proyectos de don Juan, nada tenian de peligrosos ni aun de sérios: eran pensamientos ambiciosos y quiméricos, que se sucedian sin realizarse, y que se destruian mútuamente. Ninguno de ellos habia empezado á ejecutarse, y puede decirse que tan pronto como los concebia don Juan, se le ocurrian las dificultades á Escovedo, y eran al punto abandonados. Ademas, Túnez se habia perdido hacia cuatro años; la Inglaterra era muy difícil, si no imposible, de invadir, y el generalísimo de las tropas de Flándes, tenia dadas sobradas pruebas de lealtad y cariño hácia su hermano, para que fuese lícito atribuirle miras ambiciosas sobre la corona de España. Por esto, que, cuando don Juan envió á Felipe Escovedo cerca del gobierno de Madrid, lo hiciese solo con el objeto de apremiar á este, para que le mandase los recursos que necesita-

ba; que su deseo no fuese otro que el de poder comenzar nuevamente la guerra y hacer triunfar por las armas, en los Paises Bajos, la autoridad de su hermano. Y sin embargo, Felipe II alarmado con aquellos designios vagos, contradictorios, abandonados, eligió precisamente esta época de la venida de Escovedo á tratar asuntos interesantes al monarca español, para entregarse á sus temibles desconfianzas. «Ya nos llega el alcance cerca (escribió Felipe II á Antonio Perez, tan pronto como tuvo noticia del arribo de Escovedo á Santander), menester será prevenirnos bien de todo y darnos mucha prisa á despacharle antes que nos mate.» Cuyas palabras amenazadoras, que parecian manifestar por parte del rey, el miedo de un peligro inminente de su autoridad ó de su persona, no tuvieron efecto hasta despues de ocho meses, que fué el tiempo que medió entre la llegada y la muerte del infeliz secretario. Antonio Perez créese que fué el que detuvo primero el golpe, y quien le precipitó tambien despues, y se convirtió en asesino de Escovedo, para impedir el descubrimiento de ciertos crímenes. Se dice que, relacionado Perez con la princesa de Eboli hasta un estremo que era el escándalo de sus criados, y del modo que nosotros detallarémos cuando llegue su turno al artículo de doña Ana de Mendoza, y aun al de Antonio Perez, llegó á saberlo Escovedo cuando su estancia en Madrid, y cómo tratase de reconvenir por su conducta á la esposa de Rui Gomez de Silva, y aun la amenazase con declarar su amistad al rey, de quien la Eboli habia sido tambien dama en su dia; Perez y la princesa convinieron en que, para conjurar el mal era preciso deshacerse de Escovedo. En efecto, el secretario del rey, que hasta allí habia estado entreteniendo la ejecucion de la terrible venganza, meditada por Felipe II contra Escovedo, comenzó ya entonces á sacar á plaza los diversos proyectos urdidos por este en interes de don Juan, mientras su estancia en Italia; recordó al monarca el vivo dolor que sintieron los autores de estos proyectos, de que no se realizase la espedicion á Inglaterra, que era su primera idea; el ensayo que hicieron con Su Santidad, cuando pasó Escovedo á Roma; el designio de abandonar el gobierno de Flándes; las inteligencias secretas, anudadas en Francia, sin conocimiento de Felipe; las palabras tan fuertes con que espresaba el príncipe en sus cartas su tristeza y desesperacion, y en una palabra, Antonio Perez fué de parecer que, «amenazaba alguna grande resolucion y la ejecucion de un golpe capaz de turbar el órden público y el reposo de los estados de su majestad, como igualmente la perdicion del mismo don Juan de Austria, si se dejaba por mas tiempo á su lado al secretario Escovedo.» En virtud de cuyo informe, y de otro todavía mas inhumano que dió el marques de los Velez, cuyo cristianísimo personaje «creia tan conveniente la resolucion adoptada, que si se le preguntase teniendo la hostia en la boca, qué vida importaba mas sacrificar, si la de Escovedo ó la de otro cualquiera de los mayores criminales, responderia que la de Escovedo» fué este sentenciado á muerte por Felipe II. Al escribir este monarca á Perez, y concederle en términos formales la autorizacion que le pedia para asesinar á Escovedo, le decia: «Cierto convendrá abreviar lo de la muerte del verdinegro (aludiendo sin duda al color y carácter de la víctima), antes que haga algo con que no seamos despues á tiempo, que él no debe dormir ni descuidarse de sus costumbres. Hacédlo y daos priesa, antes que nos mate.» Perez puso manos á la obra, recurriendo á medios secretos para librarse de Escovedo, cosa que no pudo conseguir tan fácilmente como parece decir en su *Memorial*. Las primeras tentativas, de que dió parte á Felipe II, fallaron al principio; trató de envenenar á Escovedo en la propia mesa, mas, ya porque el brebage no estuviese hábilmente

preparado, en una ocasion, ó ya porque se usase en corta cantidad de la fatal droga, en otra, es lo cierto que por dos veces se libró de la muerte, si bien una de ellas estuvo muy enfermo. Entonces fué, cuando decidido Perez á hacer «que le matasen (á Escovedo) cuanto antes, una noche de un pistoletazo, de una puñalada ó de una estocada,» segun declara uno de los criminales, y armando de pistolas y de dagas á su mayordomo el primero, á su paje Enriquez, á un hermano de este y otros tres foragidos, esperó á que estos concertasen entre sí el medio mejor y mas seguro de asesinar á Escovedo. Distribuidos ya los respectivos cargos, y habiéndose convenido aquella cuadrilla de tunos, en que un tal Insausti, tenido por el mas valiente, fuese el que atravesase á Escovedo con la terrible espada que le dieron, y los demas no hiciesen sino auxiliarle en caso necesario; fueron todos á ocupar sus puestos la noche del lunes de Pascuas, 31 de marzo, á la plaza de San Jaime. Antonio Perez habia partido dias antes á Alcalá, con objeto de pasar la Semana Santa y asistir á los divinos oficios en uno de aquellos monasterios tan concurridos entonces. Sucedió, pues, que habiendo salido Escovédo de su casa, aquella noche, como lo tenia de costumbre todas las anteriores, los asesinos se arrojaron á él por la espalda, atravesándole Insausti de parte á parte con el terrible acero. La muerte de un secretario del rey, asesinado en las calles de Madrid, causó una gran sensacion. Los alcaldes principiaron á hacer pesquisas, y ese instinto admirable de las masas, esa opinion general que nunca engaña porque representa la suma total de todas las inteligencias, señaló bien pronto á Antonio Perez como el autor principal de aquel horrible asesinato. No dejáron tampoco de alcànzar á Felipe II muy autorizadas y fundadas sospechas; pero como de uno y otro personaje hemos de ocuparnos cuando lleguemos á sus correspondientes artículos, remitimos á estos á nuestros lectores, donde encontrarán los suficientes detalles.

ESCULAPIO, dios de la medicina entre los antiguos, é hijo de Apolo y Córonis. Algunos dicen que, habiendo sido abandonado por su madre en una montaña, una cabra le dió de mamar y un perro de ganado cuidó de él. Echando de menos un dia el pastor á la cabra nodriza, salió á buscarla y hallóla amamantando al niño Esculapio, á quien una aureola de luz circundaba, como para revelar la elevada estirpe á que pertenecia. Cuando grande, fué su maestro el centáuro Quiron, instruyéndole en la medicina y enseñándole las virtudes de todas las plantas, cuyos conocimientos fueron tan útiles al mundo, que en mucho tiempo no hubo enfermedad que triunfase de la humana naturaleza. Desesperábase Pluton, dios de los infiernos, viendo que el tiempo pasaba y los habitantes de la tierra no parecian por su imperio, cuando antes á cada hora, á cada minuto, á cada instante, llegaban nuevos viajeros á aquellos en verdad no muy agradables lugares. Por fin un vivo, Hipólito, hijo de Teseo, dejó de serlo, y el avariento monarca del abismo se disponia á apoderarse de su presa, cuando hé aquí que llega Esculapio, y que usando de un poder desconocido, resucita al muerto; Pluton entonces da un rugido que sube al trono de Júpiter, y el padre de los dioses, que ve que le usurpan su omnipotencia, celoso del dios médico, arrójale uno de sus rayos y le hiere. Irritado por esto Apolo, no pudiendo vengarse de Júpiter, vuelve su cólerá contra los cíclopes que le habian forjado el rayo, y mata á la mayor parte, por cuyo crímen es desterrado del Olimpo. Su hijo, convertido en constelacion, fué colocado en el cielo, y la tierra agradecida á sus beneficios, le tributó culto y erigió templos, donde se criaban culebras domesticadas, bajo cuya forma, solian decir los sacerdotes, se manifestaba el dios á los mortales. Representan comunmente á

Esculapio bajo la figura de un hombre grave, cubierto con un largo manto, mostrando en la mano como un caduceo, ó vara con una serpiente enroscada al rededor, como el de Mercurio. Desde la desgracia del benéfico dios, los médicos, temiendo sin duda incurrir en la indignacion de Júpiter, para cuyas heridas no hay humano remedio, tienen buen cuidado de no privar á Pluton del ordinario tributo.

ESOPO, célebre fabulista de la antigüedad, cuyo nombre ha llegado hasta nuestros dias rodeado de merecida celebridad por sus lindas y morales composiciones. Nació en Frigia, y aun contaba pocos años de edad cuando se vió reducido á la mísera condicion de esclavo, siendo su dueño un tal Dimarco. Hallábase este domiciliado en Atenas, y Esopo que deseaba perfeccionar su entendimiento con estudios sólidos y útiles, se dedicó á la literatura y á la filosofía en aquella capital, la mas culta y mas célebre de Grecia. Pasó del poder de Dimarco al de Jadmon de Samos, y algun tiempo despues consiguió la libertad. Entonces pudo entregarse con mas asiduidad á sus tareas favoritas, y pronto fué admirado por su ingenio, teniendo, segun se cree, la gloria de ser el inventor del apólogo ó fábula, una de las mas difíciles composiciones, no solo por las trabas que impone al escritor, en razon de la brevedad y agradable forma que exige, sino por la filosofía que debe encerrar en tan breve espacio. La novedad de sus apólogos llamó la atencion, y la popularidad de Esopo fué grande; porque aquellos, bajo una ingeniosa ficcion, contenian verdades al alcance de todo el mundo, y que necesariamente tenian que hallar buena acogida. Creso le llamó á su corte, y segun refiere el historiador Herodoto, habiendo ido Solon á conferenciar con el mismo príncipe, como este no quedase muy satisfecho de sus respuestas, Esopo dijo al filósofo: «Es preciso callar delante de los reyes, ó adularles.» A lo cual contestó Solon: «Es preciso callar, ó decirles verdades útiles.» Esopo continuó mereciendo la confianza del monarca, y recibiendo altas pruebas de aprecio por su talento. Ciro inspiraba sérios temores á Creso, que creyendo que la divinidad estaba irritada contra él, mandó á Esopo á consultar el oráculo de Delfos, ofrecer sacrificios en su nombre y distribuir crecidas recompensas pecuniarias entre los habitantes de la ciudad. La primera parte fué exactamente cumplida, las víctimas mancharon el altar con su sangre, mas no así la segunda, porque habiendo descubierto el enviado algunas de las supercherías de que los falsos ministros se valian para engañar la credulidad pública, se reservó la plata que debia entregar. De aquí nacieron varias contiendas, y tal fué tambien el orígen de la desastrosa muerte del fabulista, á quien aquellos miserables embaucadores habian jurado perder para que no pusiese en evidencia sus amaños y farsas. Al efecto, sacaron del templo de Apolo una copa de oro consagrada á este dios, y la escondieron entre el equipaje de Esopo; prendiéronle en seguida acusándole de hurto, y habiendo aparecido la copa entre sus efectos, como no podia menos, le condenaron como sacrílego á ser precipitado de lo alto de la roca Hiampia. Tal fué el funesto fin del célebre fabulista; ocurriendo este suceso en el año 560, antes de Jesucristo. No tardaron mucho en arrepentirse los de Delfos de tan atroz atentado, porque afligieron á la ciudad varias calamidades que, aunque casuales, ellos atribuyeron á la cólera celeste por su crímen. En tal conflicto, ofrecieron que darian cuantas satisfacciones les fuesen exigidas, á todos los descendientes de Esopo que se presentasen. Este escritor filósofo, si hemos de creer la tradiccion, fué uno de los hombres mas feos que hayan existido jamas, aunque no todos los biógrafos están conformes en esta opinion. Lo cierto es que, sus fábulas adquirieron una fama que las

generaciones que le han sucedido no han hecho mas que justificar, porque verdaderamente están llenas de pensamientos filosóficos, de verdades útiles, de fina sátira y de moral enseñanza. La mayor parte de las fábulas de Esopo que han llegado hasta nosotros, son las que Sócrates y Babrias pusieron en verso, y los escritores del Bajo Imperio en prosa.

ESPAÑA (Cárlos Espagne conde de), merece un lugar preferente en nuestro *Panteon*, si no ya por lo heróico y sublime de sus hechos, al menos por sus horribles y espantosas crueldades ejecutadas en Cataluña. Fueron estas en tanto número mientras el mando militar del conde en el Principado, quedó tan grabada en el ánimo de la mayor parte de los españoles, la época esta del terror que mantuvo Espagne en el pais mas laborioso é industrial de la península, que no tendria disculpa nuestra omision, dado caso que no erigiéramos en estas páginas, abiertas á todas las celebridades de cualquier género, el monumento mas digno y correspondiente á la memoria del afamado general. Esto, no obstante, procuraremos hacer mas bien, la historia imparcial y exacta de los sucesos tragicos en que figuró como principal actor el tiránico conde, que emitir nuestra pobre opinion acerca de los motivos ó impelentes que tuvo para ello, y ora fuesen estos su instinto ó su temperamento, ora el hábito, ora, en fin, una conviccion arraigada y profunda. Don Cárlos Espagne nació el año de 1775 en el condado de Foix (Francia), trayendo su alcurnia de los príncipes soberanos de aquel pais, que poseyeron á la vez á Cominges y al Couserans. Fué su padre el teniente general marques de Espagne, quien habiendo destinado á su hijo desde muy temprano al servicio de las armas, dióle ingreso en la compañía de su mando, que fué despues de la célebre Casa-Roja de Luis XVI. Cuando los grandiosos al par que terribles sucesos de la revolucion francesa, el conde de España vió rodar por el cadalso las cabezas de su padre y de muchos otros de sus parientes; por lo que, y mal avenido con el despojo que sufrió de sus aristocráticos blasones, se declaró enemigo irreconciliable del nuevo órden de cosas. Fuése, pues, con su hermano mayor á Tréveris, en donde incorporado con el ejército de los príncipes, tomó parte, uno de tantos, é inauguró aquella corta campaña contra las huestes de la república, de tan funestos y tristes resultados para los defensores de las lises. Emigrado á Inglaterra solicitó pasar al servicio de España, lo que obtuvo con el empleo de segundo teniente graduado de capitan, del marques de la Alcudia, por mediacion del embajador en Lóndres. Esto último ocurrió el 11 de enero de 1792; y á muy poco vióse ya á don Cárlos combatir á sus compatriotas y á los ingleses en las dos guerras que contra ellos sostuvimos. Al comenzar la titulada de la independencia, tenia Espagne el grado de ayudante en el ejército de Cataluña, con el que asistió á cuantas acciones tuvieron lugar en aquel principado; pasando despues á Castilla, donde tambien combatió y se distinguió notablemente, y por último, trasladándose á Estremadura, en cuya provincia ya se le vió ascender. Nombrado comandante del batallon de tiradores de Castilla, asistió á la defensa del Puerto de Baños; por la cual se le dió el grado de coronel en 19 de agosto de 1809. El 18 de octubre del mismo año peleó en la célebre batalla de Tamames, y luego en otros diferentes ataques, mereciendo por todo que se le ascendiese á brigadier en 14 de marzo de 1810, y se le diese el mando de una brigada de las que componian la division del general don Cárlos Odonell. En 1811, concurrió á los dos sitios de Badajoz, mereciendo por su bizarría ostentada en el primero, que se le confiriera una medalla de honor y se le nombrase comandante general de la vanguardia del quinto ejercito; tambien peleó por

entonces en la batalla de la Albuera, donde, habiendo recibido una herida de lanza, ganó el ascenso á mariscal de campo, que se le otorgó el 23 de junio. Otros encuentros y otras acciones sostuvo Espagne en Castilla, á donde se habia trasladado, contra las huestes francesas, pero que no teniendo la importancia que el sitio y toma de la plaza de Ciudad Rodrigo, los omitimos en obsequio á la brevedad. A esta última y feliz operacion, dirigida por lord Wellington, y ejecutada por el ejército aliado, concurrió nuestro comandante general con un buen número de sus tropas, señalándose, principalmente, en el momento del asalto. Y fué sin duda por este hecho de armas, por el que, habiendo fijado su atencion Sir Arturo Welesley en el valeroso Espagne, le confirió el mando militar y político de la provincia de Madrid cuando arribaron á este punto. Ahora bien; en cuanto á la habilidad y prudencia con que el agraciado general ejerció su nuevo empleo, dejarémos hablar por nosotros al biógrafo mas parcial de Espagne, y que mejor maña se ha dado para disculpar todos sus errores y crueldades. Dice así: «Durante la permanencia de Espagne en Madrid, se ocupó en regularizar la administracion militar y política, distinguiéndose en la última, por aquella torpe intolerancia que no ha desaparecido aun completamente de nuestra patria. En un bando que publicó en Madrid el 2 de setiembre de 1812, decia: *Habiendo llegado á mi noticia por sugetos de acreditado patriotismo, que algunas personas de uno y otro sexo residentes en la capital, han conservado relaciones de correspondencia con los desgraciados españoles que han seguido al gobierno intruso, abusando de la confianza de las autoridades públicas por sus conversaciones y público trato, me hallo constituido en la obligacion de prevenir, que cualesquiera que comunique directa ó indirectamente, por escrito ó de palabra, con los enemigos de la patria y del rey, con sus adherentes, será juzgado inmediatamente por un consejo de guerra y sufrirá irremisiblemente la pena pronunciada contra los espías.* ¿Necesitaban los defensores de la independencia este rigorismo para vencer á sus contrarios? Si era insignificante la fraccion de los afrancesados, ¿no se les creerá ahora de mayor importancia á la vista de tales mandatos, dictados con mas encono que prudencia?» Repetimos, que esto lo dice el biógrafo que mayor empeño ha puesto en libertar á don Cárlos de la nota de cruel y tiránico con que la España entera ha querido designarle; aquel que, al condenar las terribles ejecuciones de Barcelona y tratar de disculpar á Espagne por ellas, se agarra del único y sutil pretesto, de que el general entonces solo era el instrumento, mientras otros daban el impulso, y eran los verdaderos causantes de tales horrores. Ahora preguntamos nosotros al mencionado biógrafo, ¿quién impelia á Espagne á publicar un bando tan *imprudente* y rigoroso como el anterior, ni cuál autoridad se sobreponia á la suya, dado caso que no hubiera querido proceder con la energía con que procedió en Madrid? Al abrirse la campaña de 1813, don Cárlos fué nombrado comandante general de la segunda division del cuarto ejército, con la que sostuvo el bloqueo de la importante plaza de Pamplona, hasta conseguir su rendicion. Por este hecho recibió las gracias del gobierno, y una medalla honorífica que acreditase su valor y su constancia. Al frente de la antedicha division, y formando cuerpo con el ejército aliado, pasó el rio Adour, y asistió á la accion del 27 de febrero de 1814, bajo el cañon de la plaza de Bayona. Esta accion fué la última de aquella desastrosa cuanto heróica guerra, y el honor de haberse hallado en ella Espagne, dice el ya indicado biógrafo, fué uno de los que mas le envanecian. De regreso á España se le confirió, en agosto de 1814, el mando militar y político de la provincia de Tar-

ragona, y en marzo del año siguiente, se le destinó al ejército de observacion de los Pirineos orientales, á las órdenes del escelentísimo señor don Francisco Javier Castaños. Por este tiempo era ya don Cárlos Espagne, caballero de la real y militar Orden de San Hermenegildo, gran cruz y banda de la de San Fernando, caballero de la de San Luis de Francia, y ostentaba en su pecho otra porcion de cruces de distincion ganadas en acciones de guerra; ademas, en 27 de agosto de 1817, fué elevado á título de Castilla con el de Conde de España, que acreditó corresponderle como descendiente, por línea legítima, de los antiguos condes de Cominges y de Foix, y en atencion á la fidelidad y al amor que habia mostrado al rey Fernando. El 26 de diciembre de 1818, se le nombró segundo cabo del principado de Cataluña; pero habiendo acaecido la revolucion de 1820, y declarándose Espagne su mas decidido y tenaz adversario, fué depuesto inmediatamente por los liberales. Entonces se embarcó en virtud de real órden, para la isla de Mallorca, pero no permitiéndosele desembarcar al llegar allí, ni trasladarse á la isla desierta de Cabrera, se vió precisado, para salvar su vida del furor de los partidos, á separarse de su mujer é hijos, y á trasladarse á un barquichuelo que le condujo al puerto de Mahon, en la isla de Menorca, donde fué insultado, perseguido y encerrado en el lazareto de espurgo con peligro de muerte. Aquí permaneció Espagne hasta marzo de 1822, en que habiendo recibido una órden secreta de Fernando *para activar la ocupacion de España y conseguir el restablecimiento del gobierno legítimo del rey*, así decia la órden, salió de la isla de Menorca en comision reservada, que desempeñó en Paris, Viena y Verona. Y hé aquí, cómo el que poco tiempo antes habia rechazado las ofertas de Luis XVIII, cuando este le invitó á entrar al servicio de la Francia, diciendo, *que la sangre francesa que corrió por sus venas, habia sido ya derramada por los mismos franceses en el suelo español*, iba ahora á impetrar su auxilio para hollar nuestra independencia; y no á impetrarle solo por obedecer reales órdenes, *sino*, como dice su adicto biógrafo, *mostrándose hasta oficioso en su cumplimiento*. Obtenido el resultado que se apetecia, y á fin de premiar el gobierno del rey, los servicios que acababa de prestar Espagne, le declaró teniente general, empleado mientras durase la campaña. A este fin se le destinó el 22 de abril de 1823, al vireinato y capitanía general de Navarra, en donde habiendo puesto sitio á la plaza de Pamplona, ocupada por los liberales, se apoderó de ella por capitulacion en setiembre del mismo año. Por este hecho se le concedió la gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III, y se le confirieron otros honoríficos encargos. Trasladado en 2 de mayo de 1824 á la capitanía general de Aragon, honrósele á los cinco dias con la presidencia de su real audiencia; ademas, S. M. cristianísima le hizo comendador de la Orden de San Luis, y Fernando VII le concedió la entonces honorífica cruz de fidelidad militar de primera clase. A principios de 1825 estalló en Getafe una rebelion armada, proclamando al infante don Cárlos por su jefe, la que tuvo encargo de sofocar y sofocó efectivamente el conde, en Molina de Aragon, castigando con rigor á los rebeldes. Otro movimiento de insurreccion, aunque algo mas considerable que el precedente, siguióse luego en Cataluña, y don Cárlos fué nombrado el 12 de setiembre de 1827, capitan general y general en jefe del ejército y toda aquella provincia. A su arribo á ella tomó cuantas medidas le parecieron conducentes al grande objeto de restablecer la paz; solo que, ora porque así se lo aconsejase su carácter duro é inflexible, ora tambien porque en su conciencia este fuera el medio mas prudente de obrar, y ora, en fin, porque obedeciese á órdenes

superiores, dictadas por un vil deseo de venganza, prefirió constantemente entre las antedichas medidas las mas severas y rigorosas, hasta el punto de conquistarse por ellas una fama y un dictado, de que sus mayores adictos no le han podido eximir. Por nuestra parte no vacilamos en admitir la relacion histórica de la época del mando militar de Espagne en Cataluña, tal como la hace su mas apasionado apologista, y en darla como el mejor comprobante de los terribles cargos que en todo tiempo se le han dirigido al conde por su conducta cruel y sanguinaria; esto tambien nos acarreará la nota de imparciales que, caso de relatar, por nosotros solos, la referida época, dificilmente podríamos merecer. Dice así: «Tenia el conde la idea de que los catalanes no obedecen sino á los que temen, y con este absurdo propósito trató de hacerse temer. Acúsase al conde de España por haber mandado ahorcar á los principales jefes de la rebelion de 1827, despues que fueron indultados por el rey; en vida no lo desmintió el conde, á su muerte tampoco lo podemos hacer nosotros. El rey que habia ido á Cataluña á cortar con su presencia la insurreccion, marchó á Valencia á recibir á su esposa, y en tanto entró el conde en Barcelona á la cabeza de sus tropas, con semblante severo é imponente, dando al punto la órden para que se presentasen en las casas consistoriales, cuantos individuos habian pertenecido á la milicia nacional. Seis batallones se habian formado en Barcelona durante la época constitucional, y por consiguiente muchos eran los que á ella pertenecian. Pero todos se presentaron con serenidad en las casas consistoriales, sin escusarse ni ocultar su nombre. A las once de la noche, el acuerdo reunido resolvió se retirasen á sus hogares hasta segunda órden. El objeto de aquella reunion era, segun se dijo, saber si habia algun individuo que tuviese armas, municiones, vestuario ó algun otro efecto perteneciente á la milicia. El conde tenia sin duda trazado el plan de la marcha política que habia de seguir en Barcelona. Todas las autoridades subalternas de esta le eran afectas; el conde de Villemur, como gobernador de la plaza, y don José Victor Oñate como subdelegado de policía, parecian de acuerdo con Espagne, en inaugurar una época de terror en la tranquila capital. Formóse desde luego una policía secreta de la hez de la sociedad, de criminales sacados de los presidios y de otras personas de este jaez. Entre ellos mismos se hallaban continuamente el delator y los testigos. Se daba el baston y colocaba á la cabeza de un barrio, vestido ya con levita, al que se vió salir el dia antes de las montañas, con calzon corto, gorro encarnado y melenas hasta los hombros. El conde por su parte no se olvidó de elegir fiscales suficientes sometidos á su voluntad. Con este aparato teatral, solo restaba abrir la escena de horror. Dióse de repente la voz de que existia en Barcelona una horrenda conspiracion, cuyo objeto era proclamar la constitucion de 1820. Cuando toda la ciudad descansaba en el mayor reposo, cuando sus honrados é infatigables habitantes procuraban disputarse el ingenio, cunde la desolacion y el infortunio en todas las familias. Esposos, padres, hijos, hermanos, eran arrebatados de sus casas, separados de los brazos de sus familias para ser conducidos á la ciudadela. De treinta en treinta, de cuarenta en cuarenta, eran en una noche sorprendidos y encerrados en lóbregos calabozos. Las cárceles, los fuertes no podian contener en sus recintos mayor número de desgraciados. No se atendia á estado, condicion, empleo ó gerarquía. El noble, el honrado artesano, lo mismo que el oficial ó jefe que encaneció derramando su sangre y dando dias de glorias á su patria, eran mezclados en negras mazmorras con el salteador ó el asesino. Cargados de hierro, incomunicados y sin permitírseles ni aun llevarles la comida, pues se les obligaba á que la tomasen de la

cantina á triplicado precio, pasaban meses enteros sin recibírseles declaracion, y cuando llegaba el caso de tomarse esta, lo hacian los fiscales con cargos, amenazando á los acusados con la horca, si no declaraban la verdad: ocultábanse los nombres de los acusadores, y en vano suplicaban los desgraciados mártires se les carease. El primero que pereció víctima de tan brutal despotismo, fué don José Ortega: tantos fueron sus padecimientos en Monjuich, que prefiriendo acabar de una vez sus dias, á sufrir una muerte tan cruel y lenta, resolvió suicidarse haciéndose una incision en el brazo con un hueso de gallina, que no produjo efecto. Cuando vieron sus enemigos la camisa bañada en sangre, le registraron, y hallándole la incision le trasladaron á la ciudadela. Allí con doce mas, fué fusilado á las seis de la mañana del 19 de noviembre de 1828. El estampido del cañon anunció su desastrosa muerte, y presto se vieron los inanimados troncos de las víctimas ser conducidos por presidiarios á la horca, de antemano puesta en medio de la esplanada, frente á la ciudadela. La sangre, los destrozos de sus cráneos se veian con horror derramados por uno y otro lado: los perros acudian á comerse los sesos que se desprendian de la cabeza de aquellos desgraciados: el verdugo se apoderaba de los cadáveres que arrastrados por la escalera de la horca, teñian con su sangre los escalones, haciendo glorioso el lugar de los suplicios. No bastaba con fusilarlos: era preciso colgar los cadáveres en la horca... ¡qué horror!!... ¡Y el mismo conde de España, fué á gozar de este espectáculo!.... Barcelona estaba consternada: la tristeza se retrataba en todos los semblantes: los paseos se veian desiertos; la desconfianza hacia enmudecer á los mayores amigos. Hasta que el cañon hubo anunciado el fatal sacrificio, no se permitió repartir el único periódico que entonces habia en la ciudad (El diario de Brusi). En él apareció un artículo de oficio, firmado por el conde, en el que daba este muy cortas esplicaciones sobre su conducta. Publicado este escrito, aparecieron varios impresos desmintiendo que hubiese en los impresos ratificaciones, confrontaciones, ni otro trámite que una simple declaracion, y mucho menos careos ni defensas públicas ni secretas; añadiendo que el pintor Magin Porta fué puestó en capilla en lugar de otro, quien por una gran cantidad se le sacó de ella y libró pasaporte para el estranjero. A las ejecuciones del 19 de noviembre, sucedió el destierro de las familias de aquellos desgraciados, destinando ademas á presidio á otras muchas personas. Todos creyeron que tales actos serian los últimos que afligieran el ánimo de los catalanes; pero el 26 de febrero del siguiente año de 1829 volvió á retumbar en Barcelona el funeral estampido del cañon de la ciudadela. A poco se ven pendientes del suplicio los cadáveres de cuatro desgraciados, de los once que acababan de ser *lanzados á la eternidad.* Distribuyóse el periódico, corren todos con los ojos anegados en lágrimas á salir de la curiosidad, y por ver si está el nombre del padre, del hijo, del esposo, del amigo, del hermano..... y vénse en sus páginas los siguientes: El teniente coronel don José Rovira; el de igual clase don Felix Soler; Joaquin Villar, pasante de escribano; José Ramon Nadal, corredor de cambios; Jaime Clavell; José Medrano; Pedro Pera; Sebastian Puig; Serra; Sanz, *Pep Morcaire.* En otra manifestacion parecida á la anterior, dió cuenta el conde de estas nuevas terribles ejecuciones. En tanto continuaban las prisiones, y el terror y el sobresalto reinaban en la ciudad. ¿Eran tan hondas las raices de la conspiracion? ¿Tan contumaces los rebeldes que no bastaban estos horribles escarmientos repetidos? ¿Serian los últimos? Desgraciadamente no, y tener que continuar refiriendo tan trágicos sucesos, es nuestra tarea mas enojosa y desagradable. Para aumentar

la triste situacion de los infelices presos, se les tapiaron los calabozos, so pretesto de que unos á otros se hacian señas. Por befa y escarnio, obligaban cada mañana á los presos á que, rodeados de centinelas, sacasen los servicios de los calabozos y ellos mismos se hicieran la limpieza, para no dar lugar á que los presidiarios dirigieran siquiera una compasiva ojeada sobre aquellos infortunados. Creyóse por entonces que ya no haria mas ejecuciones el conde de España, y se trataba de aliviar la suerte de los presos; pero el 30 de julio del mismo año 29, resonó por tercera vez el fatídico cañon, indicio del sacrificio, y á su estruendo, unido al de la fusilería que dirigió las descargas á las víctimas, quedaron yertos cadáveres, don Pedro Mir, Domingo Prats, Manuel Lopez, don Antonio de Haro, don Juan Crotet, Salvador de Mata, Manuel Sancho, Manuel Latorre y Pando y Antonio Vendrell, cuatro de los cuales fueron, segun costumbre, colgados de la horca..... Llegóse á una época en que era espuesto hasta el interceder: se cerraron varios establecimientos públicos; y lo intenso del dolor tenia sumidos á los barceloneses en una especie de estúpido marasmo. De vez en cuando se hacian remesas de presos á Ceuta, Tarifa y otros presidios. El depósito comun era la ciudadela; en donde se les ponia grillete y cadena, rapada á navaja la cabeza, y entre multitud de bayonetas se les conducia al muelle, y sin permitirles dar el postrer á Dios á sus esposas, hijos, padres ó amigos, se les embarcaba, obligándoseles á estar bajo escotilla. Cuando se prendia á algun sugeto, no se sabia sino con mucho trabajo y despues de incesantes investigaciones su paradero: de aquí nacian gravísimos perjuicios al paciente, que ni aun podia recibir los escasos auxilios de una cantina, porque sus parientes ó deudos no se presentaban á salir garantes de los gastos. No temian los presos la cuchilla de la ley, sino la de la arbitrariedad, y preferian suicidarse á ser el vilipendio y juguete de sus enemigos. Así que, perdido el juicio, ó llevados de un impulso violento, intentaron darse la muerte quince de los encerrados en la ciudadela. Quién desesperado hasta el último estremo, no hallando instrumento con que darse la muerte, se colgaba de una sábana; quién se agujereaba el cráneo dándose golpes con un clavo que habia por casualidad en la pared; uno se ahogaba con un hueso, y otro en fin, se hizo una incision con un pequeño vidrio en la garganta, y se desgarró la carne con los dedos hasta abrir una brecha suficiente para desangrarse. De los quince referidos, siete llevaron á efecto su trágico fin: los otros no pudieron lograr sus horribles intentos. Se mezclaba á las personas de categoría y dignidad entre los ladrones y asesinos: á todos se rapaba la cabeza, cargaba de hierros y amenazaba con la muerte; jefes, oficiales, comerciantes y hasta el cura párroco de Puigber, el oidor de la audiencia de Cabello y el oficial de la antigua guardia. Mesina, hijo del general del mismo nombre, fueron tratados con el mayor rigor y menosprecio. A este último se le dió por compañero de cadena un pito. Así hollaban no solo el carácter militar, el decoro de la magistratura, sino la dignidad del sacerdocio; por el que tanto blasonaba el conde, y del que se mostraba tan partidario; llegando su religiosidad hasta el punto de pasar largos ratos de rodillas en los templos, con su rosario en la mano, obligando á los demas á que le llevasen al cuello, y prohibiendo al mismo tiempo gastar patillas crecidas, y sacar fuera del corbatin los picos de la camisa. El espionaje se encargaba á los que habian pertenecido á las filas revolucionarias del año 27. El teniente don Jaime Mas fué preso, y directamente desde su casa conducido á presidio, con grillete y afeitada la cabeza, trabajando en las obras públicas con los presidiarios. Despues de algunos meses, púsosele en libertad, prévia una órden del conde

de España en la cual decia: «le tenia allí para unas averiguaciones, y se le dará el pasaporte para Daroca en clase de indefinido.» Muchas de las condenas no decian la causa ni el tiempo que debian estar, y aun hubo sugeto á quien se le destinó á presidio, en uno de los de Africa, ínterin se sustanciaba la causa. Las personas desterradas á seis leguas del radio de Barcelona, puertos, costas marítimas y fronteras, pasaron de mil ochocientas; muchas de ellas, por ser familias de los condenados á destierro y que habian sufrido la pena capital. Pero corramos ya un velo sobre tan trágicas escenas, y demos fin á la parte mas enojosa de nuestra tarea; en la que mas bien hemos contenido la pluma, que dejádola correr é invadir terrenos que respetamos.» Repetimos, que, esto lo dice el biógrafo mas parcial del conde; el mismo que, al querer disculpar mas adelante por estos hechos á su biografiado, incurre, como no puede menos, en contradicciones lastimosas y chocantes. Pero no interrumpamos el curso de nuestra historia; agraciado ya Espagne con el nombramiento de gentil-hombre con ejercicio, y recibido caballero profeso de la órden militar de Santiago, fué honrado todavía en 1829, con la gran cruz de la real y militar órden de San Fernando de Nápoles, que le concedió el padre de doña María Cristina, cuando vino á España á celebrar las bodas de su augusta hija. En 1830, enarbolaron algunos montañeses el pendon de don Cárlos, y el conde le abatió prontamente. De aquí data el ódio que le tenian muchos realistas. El jefe de estas bandas, don Manuel Ibañez, fué enviado al presidio de Ceuta por el conde; á los ochos años despues, ya verémos cómo se encontraron el juez y el reo, que bajo el seudónimo de *Llarg de Copons*, infundia el terror en las llanuras de Tarragona, durante la pasada guerra. Mas hé aquí que, sobreviene el año de 1832, y con él varios sucesos predisponentes á un cambio en la marcha política del gobierno: entonces, el 11 de diciembre, el conde de España fué relevado de la capitanía general de Cataluña, por don Manuel Llauder. Al recibir la noticia de tan importante medida, los habitantes de Barcelona prorumpieron en las mayores demostraciones de un contento y regocijo estremos, haciendo mas evidente con esto la opresion en que habian vivido por espacio de cinco años y cuatros meses. «Se conoce demasiado bien, decia el capitan general entrante al gobierno, la violencia y arbitrariedad con que ha gobernado esta provincia el conde de España, y que á los atropellamientos é ilegalidades con que ha sumido en la miseria y las mayores amarguras á millares de familias, multiplicando suplicios y llenando los presidios, no podia menos de seguirse un profundo resentimiento, reprimido largo tiempo, que al fin habia de romper el primer dia que resplandeciesen la justicia y la clemencia soberana. Llegó para ellos el suspirado caso, y se contentaron con publicar vivamente su gozo, al verse acogidos bajo la augusta proteccion de nuestros reyes y señores.» Esto, no obstante, el conde estuvo espuesto á ser víctima de su temeridad é imprudencia, cuando, saliendo á la calle en medio del entusiasmo público, quiso hacer como que se burlaba de las mas vivas y naturales demostraciones. Entonces, y merced á la proteccion que le dispensó su sucesor Llauder, en cuya casa tuvo que refugiarse Espagne, solo recibió insultos de palabra, que, pudieron muy bien ser de obra, á haberse prolongado el motin algunos minutos. La carta autógrafa que desde la ciudadela dirigió el mismo conde al capitan general, demuestra mas que nada el peligro á que en esta ocasion se vió espuesto, y cuánto le habian intimidado, luego de estar en la calle, aquellas demostraciones que un momento antes habia creido poder despreciar. Héla aquí: «Barcelona 20 de diciembre de 1832: mi apreciable amigo y compañero: agradeciendo cual debo el par-

ticular interes que usted me dispensó en los insultos á que me ví espuesto en la tarde de ayer, y su permiso para retirarme á la ciudadela, hasta tener proporcion de barco para Mallorca, ruego á usted tenga la bondad de mandar se me despache pasaporte para mí, mi hijo y dos criados. Crea usted, que mi gratitud, á la par de mi aprecio, quedará para siempre grabada en el corazon de su afectísimo, apasionado compañero y amigo Q. B. S. M. *El conde de España.*» Efectivamente, don Cárlos, desde la casa del capitan general, en donde habia estado metido, no creyéndose seguro en ningun otro punto, se trasladó á la ciudadela, y de aquí pasó á la goleta de guerra Mahonesa que le condujo á Mallorca. En esta isla se hallaba, al parecer tranquilo sobre su destino ulterior, y sin dar lugar á la menor sospecha sobre su intento de fuga, cuando hé aquí que, en la noche del 25 de enero de 1833 desapareció el conde, por haberse escapado á bordo de un buque de Cerdeña, fletado al intento y con rumbo á Génova. Y fué que, sabedor don Cárlos de las indagaciones que empezaba á hacer su sucesor, y revision de las causas en que se habia él apoyado para tantas y tan sangrientas ejecuciones, y demasiado convencido de que solo habian de resultar del exámen, arbitrariedad y despotismo en las incoacciones, infinitas ilegalidades en los procedimientos, crueldad y barbárie en las sentencias, acerca de lo cual dice ya bastante Llauder al gobierno, temió las consecuencias de una sumaria estensa y bien hecha. Dice, sin embargo, el apologista del conde tantas veces aludido, que si su personaje gobernó tan tiránicamente en Cataluña, fué solo obedeciendo á reales órdenes, como la del 9 de setiembre de 1827, en donde le decia el rey á Espagne, *que le revestia de todo el poder de su autoridad real para modificar las sentencias impuestas á los delincuentes, ó para perdonar á los rebeldes que por motivos de pública conveniencia, y para mayor ventaja del Estado, juzgase oportuno.* Pero, como á renglon seguido añade el mismo apologista «que debe tenerse presente la época en que se le confirieron tales órdenes, la cual acabada, si no caducaron de hecho, debieron al menos de derecho» y mas adelante: «mal queria el rey á los sublevados, y aun á los catalanes todos, cuando asi delegaba el completo ejercicio de su autoridad real en un jefe poco dispuesto á la clemencia» no damos la menor importancia á este descargo, y continuamos sin detencion nuestra historia. De Génova, á donde habia arribado, se trasladó Espagne á Marsella, y de aquí á Montpeller para venir á parar á Tolosa. Cuatro leguas solamente distaba este punto del pueblo de su nacimiento, por lo que, ya en él, no pudo resistir al deseo de visitar aquellos lugares, testigos de su mas tierna infancia; decidiéndose, por fin, á establecerse en ellos. Cuéntase, y aun dase por seguro, que el conde aquí no se ocupó ya de asuntos políticos ni mucho menos de fomentar la rebelion carlista en el principado; pero, como apenas trascurrido algun tiempo le vemos encaminarse á la península con intenciones hostiles, y ser apresado por ello, y conducido á Perpiñan por un destacamento frances, dudamos mucho del anterior aserto. Efectivamente, don Cárlos no pudo atravesar nuestras fronteras sin ser descubierto por los gendarmes de Luis Felipe, quien, ó su gobierno, dispuso que el prisionero fuese trasladado á la ciudadela de Lille. En este punto recibió mal trato el conde, por lo que, avivándosele los deseos de escapar de las manos de sus opresores, empleó mil medios para lograr su objeto. Uno de aquellos, acaso el mas eficaz y el que mas llama nuestra atencion, si no por lo ingenioso, al menos por la fuerza de voluntad que para emplearle se necesita, fué el de fingirse enfermo y permanecer en cama *diez y ocho meses*, dejándose crecer la barba y las uñas, y pasando el tiempo en el mayor silencio, y únicamente entregado á la lec-

tura y á la oracion. Con esto consiguió que, demasiado confiados sus guardianes en la indisposicion de su prisionero, le vigilasen muy poco, y á él le fuese mas fácil y asequible la escapada. Tambien contribuyeron eficaz y poderosamente á facilitar la fuga del conde de España, personajes de gran cuenta, que desde el campo y corte del pretendiente habian aportado á Lille con aquel objeto; así es que, bien por lo uno y ya por lo otro, el famoso prisionero, despues de atravesar la frontera francesa á cuestas de un célebre contrabandista, llegó al valle neutral de la república de Andorra el 1.º de julio de 1838. De aquí pasó el 2 al valle de Urjel, y el 4 hizo su entrada en la plaza de Berga el anciano general, en medio de los gritos de alegría de los realistas catalanes. Estos, ó sean todas las fuerzas rebeldes que infestaban el principado, no constituian un cuerpo de ejército ordenado y disciplinado, de modo, que un jefe superior pudiese disponer á voluntad de él, y combinar sus operaciones como la necesidad lo reclamase; sino que, subdivididas y diseminadas por todo el pais las mencionadas fuerzas, no obedecia otra autoridad cada fraccion que la del cabecilla ó jefe de banda que inmediatamente la dirigia. Por esto el conde, luego de llegar á Cataluña y de recibir los mas amplios poderes por parte de su rey, para encargarse del mando superior de la provincia, puso su mayor empeño en reasumir en el suyo solo, ó con sujecion á él, todos los otros mandos ejercidos antes tan independientemente. Al efecto mandó, que todas las fuerzas carlistas existentes en el principado, se le incorporasen al punto: y cómo la columna del famoso *Llarg de Copons,* aquel don Manuel Ibañez que dejamos dicho atras envió á presidio el conde de España, compuesta de seis batallones, no se presentase, don Cárlos fué en su busca, seguido de unos cuantos miñones y una pequeña escolta. Seria el amanecer, cuando habiendo tropezado con la mencionada columna, ó sorprendídola mas bien en un pueblecito del fértil valle de Conca, se presentó ante ella súbita é improvisadamente; y entonces, sin tomarse mas tiempo que el necesario para apearse de su caballo, y llegar á donde estaba el *Llarg*, le abraza, se dirige á la tropa que allí habia, y con voz conmovida dice:—« *Hé aquí el orgullo de Cataluña, el mejor servidor del rey y mi mejor amigo. ¡Honor y gloria á don Manuel Ibañez y á la division de Tarragona! Hijo mio, yo te nombro brigadier en nombre del rey, y á vosotros, soldados, concedo la gratificacion de una semana de paga, porque vosotros servis á Cárlos V, y no á Cárlos con los cinco dedos.*» Este juego de palabras tan ingenioso y significativo acaba lo que el general habia tan bien comenzado. Resuenan estrepitosos gritos de alegría; é Ibañez, que sin duda momentos antes pensaba de otro modo, grita mas fuerte que los demas, y llora enternecido; sí, el *Llarg de Copons* lloraba. Pero desde entonces quedó el conde enteramente dueño del mando militar sobre las tropas carlistas, y en aptitud de establecer un órden y una disciplina, cuales no se habian observado anteriormente. Esto, no obstante, los sucesos de la guerra no fueron mas prósperos á las facciones catalanas de lo que lo habian sido hasta allí, ni la causa carlista obtuvo todas las ventajas que sus principales defensores se prometieron de la entrada y mando del conde en Cataluña. Al primer mes perdió á Solsona, y luego fué derrotado en varios encuentros con las tropas liberales; de lo que se siguió su desprestigio y la pérdida total de muchas ilusiones que poco antes se concibieran. Verdad es que, á resultado tan desventajoso por parte de aquel caudillo, contribuyó mucho la conducta rigorosa que se propuso observar, ahora como cuando mandaba en Barcelona, contra los que delinquian realmente, ó á España se le figuraba que habian delinquido; siendo tanto esto, que, su mismo apologista, despues de referir va-

rios casos en que el severo general apaleó, fusiló y cometió crueldades inauditas, habla de uno en particular, y dice al concluir lo siguiente: «Por último, en este breve y original juicio, *que se imponian sentencias al capricho, no faltaron sus respectivos fusilamientos*, pereciendo tres infelices despues de haberlos hecho pasar por delante de las tropas, ostentando una placa, sobre la que estaba escrito su delito.» En otro lugar, y despues de haber hecho mencion de la terrible medida de destruir todas las casas de una legua á la redonda de la plaza de Berga, que tomó el conde, con la cual arruinó á multitud de familias carlistas, entre ellas la de un pobre anciano, cuyos dos hijos mayores habian muerto en la faccion, y los dos menores estaban ocupando las plazas vacantes de sus hermanos, añade, aludiendo á las terribles amenazas que el espresado anciano dirigió á España. «Estas palabras que parecian proféticas, pronunciadas con seguridad y firmeza por un anciano sin miedo, y frente á frente de un hombre tan temible como el conde, no le produjeron el menor efecto, y la órden no se revocó. Su ejecucion llenó de espanto á toda la comarca, que ya iban empezando á mirar al conde, no como á su libertador, sino como á su destructor.» Ahora bien, ¿será de estrañar que, unidas á estas causas otras concausas, tales como la ambicion de mando de la junta carlista, á quien España habia limitado estraordinariamente sus facultades; y sobre todo, existiendo aquella otra gran causa, oculta, pero eficaz y poderosa, que produjo los fusilamientos de los generales carlistas en Estella, la transaccion de Saturno, segundo Palillos, en la Mancha, el pase del jefe de la escolta de Cabrera al campo enemigo á la vista de Morella; será de estrañar, repetimos, que un hombre de tan escasas simpatías como España, tuviese un fin tan desastroso como el que verdaderamente tuvo? Esto, no obstante, nosotros no podemos menos de condenar la conducta de todos aquellos que, ya persuadidos de que librando á su pais de un jefe tan cruel y sanguinario como España, hacian un señalado servicio, ó bien movidos por una ambicion ilimitada y un deseo ruin de venganza, contribuyeron directa ó indirectamente á perpetrar el horrible asesinato del infortunado conde. De distintos modos se ha contado el hecho de su prision, conviniendo sin embargo, los historiadores mejor informados, en que esta se verificó en el pueblo de Avia y en la casa de la rectoría, donde la junta de Berga celebraba sus sesiones. Parece que dos ó tres individuos de los que componian dicha junta, se lanzaron sobre el general, puñal en mano, en un momento en que se hallaba este mas desprevenido, y que derribándole en tierra, le amenazaron de muerte si trataba de gritar. A esto siguió un fuerte altercado entre varios de los circunstantes, algunos de los cuales eran todavía adictos al conde; y por último, á las nueve de la noche de aquel mismo dia, 26 de octubre, se le obligó á ponerse en marcha montado en una mula, con direccion á Andorra. Formaban la escolta del prisionero los individuos de la junta, Ferrer, Torrabadella, Sampons, Villela, el estudiante Masiá y un hermano de Ferrer, quienes despues de haberle conducido con las mayores precauciones hasta la casa de campo de Casellas, media hora de Orgañá, y conferenciado con el capitan Balta y el teniente Morera, se le entregaron al brigadero Solá que le habia de llevar hasta el sitio convenido. Era este el llamado *paso de los tres puentes*, junto al rio Segre, donde habiéndose apoderado los referidos Morera y Balta y el subteniente Solana del resignado conde, le derribaron en tierra de un garrotazo, y le echaron una soga al cuello, ahorcándole con su propio peso. Y cómo si todavía dudasen sus asesinos del postrer aliento que acababa de exhalar la víctima, y trataran de asegurar mas el golpe, ataron una piedra con el pedazo de

cuerda sobrante, y echándolos á rodar uno y otro los arrojaron al rio. Tal fué el trágico fin del famoso conde de España, cuyo cadáver se halló despues en la pequeña playa de una isleta que forma el Segre entre el puente del Espia y el inmediato á Oliana. Entre las diferentes anécdotas que se cuentan del capitan general de Cataluña, todas las cuales, si no prueban la perversidad de su corazon, dan al menos una idea aproximada del lamentable estado de su cabeza; hemos escogido las siguientes, por parecernos las mas interesantes, y cuyo relato agradará mas á nuestros lectores. En primer lugar, dícese, que poco enterado España de esas causas naturales, en virtud de las que un jóven no puede menos de tener un sueño mas abundante, mas pesado y mas profundo que un viejo, ó deseando, tal vez, corregir esta desigualdad que existia naturalmente entre él y su hijo, quien madrugaba mucho menos que su padre, ideó el bárbaro y estrepitoso medio de hacer entrar en la alcoba del jóven, toda una banda de tambores, pitos y cornetas, un dia que este tardase en despertar, y que rodeando su cama con el mayor silencio, y prévia una indicacion del conde, rompiesen un redoble general. Esto se verificó, en efecto, solo que, sobresaltado el hijo de España hasta el punto que es de presumir, faltó poco para que le acometiese un accidente, y entonces su padre, indignado con los tambores, emprendió á palos y á patadas con ellos, hasta echarlos rodando por la escalera abajo. Cuéntase tambien, que, con objeto de asegurarse de cómo cumplian con la ordenanza sus oficiales y soldados, mandó llamar cierto dia al comandante de su guardia, y le previno que diese la consigna al centinela, de no dejar salir á nadie absolutamente de su casa. Hízolo así el oficial, quien muy confiado de que sus órdenes se cumplirian al pié de la letra, se retiró sosegadamente á su pabellon. Pero en esto se oyen voces en el pórtico, y al salir á enterarse de lo que ocurria, se encuentra el oficial al conde disputando acaloradamente con el centinela; era que este, cumpliendo puntualmente con la consigna que se le habia dado, no permitia salir ni aun á su escelencia. Entonces, mas racional el comandante, da órden al centinela de que permita la salida al conde; se escusa con este por la torpeza del soldado, al que manda relevar al punto, para reprenderle su ignorancia; mas cuando cree que ya nada le queda por hacer para desenojar á don Cárlos, ve con la mayor sorpresa, que lo que mas le ha enfurecido á este, ha sido precisamente la conducta del oficial. España conviene sí en que el centinela sea relevado, mas por ningun otro que por el comandante de la guardia, cuyo puesto confia por veinte y cuatro horas al centinela, en consideracion y premio á lo bien que habia cumplido con su deber. Entre las escentricidades del conde se cuenta tambien la de castigar á su hijo y aun á su esposa, por faltas imaginarias, con penas militares, tratando á toda la familia como á tropa en activo servicio: su propio caballo era castigado con arreglo á la ordenanza. Por último, se asegura mucho, que cuando Fernando VII estuvo en Cataluña, y principalmente á su paso por Barcelona, envió á llamar un dia al estravagante conde; que este se escusó de ir á palacio, primero con fútiles pretestos, y despues con el poderoso y bastante motivo de estar arrestado; que entonces quiso saber el monarca cómo y por quién habia sido arrestado el capitan general; á lo que contestó este, que él mismo se habia impuesto aquel castigo en pena de cierta falta: y finalmente, que compadecido Fernando del delincuente, y tratando de templar la severidad del conde de España, dió órden de que se le alzase el arresto al punto al capitan general, y este pasase inmediatamente á la regia morada.

ESPEJO (Antonio). Nació en Córdoba, y adquirió célebre nombradía por

el descubrimiento del Nuevo Méjico, tierras al norte del antiguo imperio Mejicano, cuya existencia se sospechaba, ó por mejor decir se sabia por las relaciones de algunos indios conchos, habitantes del pais, que á la sazon aun no habia sido conquistado. Ya unos religiosos franciscanos habian intentado acometer esta empresa, con el auxilio de un escaso número de soldados, pero hubieron de renunciar á ella, á causa de haber sido asesinado uno de los misioneros, lo cual inspiró á los restantes grandes temores. Cabalmente se hallaba allí entonces Espejo, y habiendo llegado á su noticia el suceso, lejos de acobardarse, sintió vivos deseos de llevar á cabo aquella espedicion, tan gloriosa y útil para él y los suyos, como para su patria. Con esta idea, pues, solicitó y obtuvo el competente permiso, y reuniendo una pequeña fuerza salió del valle de San Bartolomé en 10 de noviembre de 1582, volviendo á primeros de julio del año siguiente, despues de haber descubierto y recorrido aquellos pueblos hasta entonces desconocidos. Los riesgos á que se vió espuesto, las privaciones y fatigas que los valerosos espedicionarios esperimentaron, fueron muchas, pero no fué menor la satisfaccion de ver que su empresa no habia sido estéril. Los españoles vieron ricas y abundantes minas de plata en el pais descubierto, reconocieron las localidades y estudiaron las costumbres de los habitantes y demas circunstancias. Terminado el viaje, Espejo formó una coleccion con las memorias de sus descubrimientos, que fué trasmitida al consejo de Indias por conducto del virey de Méjico. Los *Grandes viajes* de Hackluyt y la *Historia de la China* del P. Mendoza, contienen muchos y curiosos detalles acerca del descubrimiento de aquella parte del continente americano.

ESPINEL (Vicente). Nació en la ciudad de Ronda en 1544. Es considerado como el inventor de la décima aconsonantada, tal cual hoy la conocemos, y á que él dió su propio nombre llamándola *espinela*, y como el perfeccionador de la *guitarra*, á la cual añadió la quinta cuerda, siendo uno de los mas hábiles tañedores que ha tenido el difícil y armonioso instrumento citado. La desgracia persiguió á nuestro compatriota desde los primeros años de su vida, y aunque no se sabe dónde siguió los estudios, consta que en Málaga cursó teología por algun tiempo, viéndose precisado á pedir limosna para subsistir, en las puertas de los conventos. No era su situacion lisonjera, ciertamente, para que se dedicase al cultivo de las letras, y con especialidad de la poesía á que mostraba particular inclinacion; y sin embargo, su laboriosidad, su amor al trabajo, esta misma inclinacion y su fuerza de voluntad fueron superiores á todas las adversidades, y Espinel en los ratos de ocio que le dejaban sus estudios, compuso cánticos sagrados *(Villancicos)* para unas fiestas solemnes. La favorable aceptacion que tuvieron estos primeros ensayos, animaron al pobre Espinel, y le conquistaron el aprecio y proteccion del obispo de Málaga, don Francisco Pacheco, á quien el poeta consideró siempre como su caritativo Mecenas, ensalzándole en todas sus obras y confesándose agradecido á sus favores. Dicho prelado, compadecido de su miseria, y justo apreciador al mismo tiempo de las bellas disposiciones de Espinel, contribuyó generosamente para que este pudiera tomar el hábito eclesiástico, y llegara á ser beneficiado de las iglesias de Ronda. Pero la muerte le arrebató á su compasivo protector y amigo, y Espinel tuvo que acudir á la corte á solicitar un destino con que poder subsistir. Sucedióle en esto lo que suele suceder harto comunmente á muchos hombres de mérito, y es que se vió postergado y desatendido despues de infinitas diligencias; por cuyo motivo se dedicó esclusivamente al estudio y á las tareas poéticas que aliviaban en parte la tristeza de que su corazon estaba colmado, por tantos

sinsabores y contratiempos. Hemos dicho que se atribuye á Espinel la invencion de las *décimas;* y en efecto, aunque en el *Romancero general* habia algunas, alteró el poeta rondeño en tal disposicion la antigua forma, órden y contestura de los versos, comunicó tal vida y gracia tal á este género de composiciones, que bien merecian el nombre de nuevas. El estudio que Espinel habia hecho de los mejores modelos griegos y latinos, el conocimiento que tenia de las lenguas antiguas y modernas, y su admirable erudicion, se manifiestan bien á las claras en sus composiciones originales, que le han dado un merecido puesto en el parnaso. Escribió el *Incendio y rebato en Granada*, el poema titulado *Casa de la memoria*, y el libro conocido con el nombre de *Vida del escudero Marcos de Obregon*, obra llena de donaire, gracejo y sana crítica. *La casa de la Memoria*, es una obra apologética de algunos vates ilustres. Tradujo tambien varias *odas de Horacio* y el *Arte poética*, siendo mucho mas feliz en las primeras que en la última, en la cual se permitió alteraciones que no mejoran seguramente los pasajes de la obra del poeta latino. Por fin, nuestro compatriota, á quien la fortuna no sonrió mas en la corte que en su pais natal, murió en Madrid á los noventa años de edad. Los émulos que sus talentos le suscitaron fueron muchos, y á ellos tal vez debió Espinel el que no se realizasen sus esperanzas, y el que la miseria y la calumnia le persiguiesen hasta los últimos momentos de su vida. Lope de Vega hizo un elogio de Espinel, cuya conclusion es como se sigue:

Honraste á Manzanares,
que venera en humilde sepultura
lo que el Tajo envidió, Tormes y Henares,
mas tu memoria eternamente dura.
Noventa años viviste,
nadie te dió favor, poco escribiste,
sea la tierra leve
á quien Apolo tantas glorias debe.

ESPINOSA (Baruc, y despues Benito). Célebre filósofo, fundador del espinosismo, calificacion tomada de su apellido, y con la cual se conocen las erróneas doctrinas que fundó y defendió. Nació en Amsterdam en 1658. Su padre era un mercader portugues, y educado Espinosa en los principios religiosos del autor de sus dias, que eran los del judaismo, en ellos siguió durante los primeros años de su vida. De todos los estudios, los que mas llamaban la atencion de Espinosa, eran los relativos á las materias religiosas, y á ellos se dedicó con el ardor y el entusiasmo de quien algun tiempo despues habia de alcanzar gran nombradía, así por sus conocimientos como por sus errores. El estudio de la teología llenó de dudas su entendimiento acerca de la religion judáica, y á consecuencia de varias disputas acaloradas con los rabinos, estos le persiguieron en términos, que temiendo Espinosa peores resultados, hubo de alejarse de Amsterdam y buscar un asilo en la Haya. Dícese que despues de esta determinacion, que le aconsejaron su seguridad y sus nuevas convicciones, parece que abrazó la creencia dominante de su pais, abandonando su primitivo nombre de Baruc por el de Benito. Habia por entonces en Holanda una secta herética, la de los Mennonitas; y parece que Espinosa la seguia, pues visitaba con frecuencia las iglesias; si esto fué cierto, no permaneció mucho tiempo Espinosa en ella, porque si dudas le habian ocurrido anteriormente respecto del judaismo, dudas mayores y mas numerosas le ofrecieron las nuevas doctrinas. Espinosa, como todos los grandes filósofos, pretendia buscar la verdad; y lo mismo que ellos, la buscaba por senderos estraviados y peligrosos, sacando al fin de la jornada solo ignorancia, confusiones y ceguedad. No satisfecha ni convencida su razon, con ninguno de los sistemas filosóficos conocidos, y presumiendo de haber él descubierto el mejor, esto es, el que conduce á la verdad, siendo así que, por el contrario, era el que mas distaba de ella, pues se fundaba en la in-

credulidad, que es la negacion de toda filosofía y de toda verdad, se retiró Espinosa al campo, en donde ocupado en varios trabajos mecánicos, como la fabricacion de microscopios y telescopios, esplicaba lecciones de ateismo á todos los incrédulos de aquel pais, que acudian á oirle como si fuese un oráculo. Hallándose en su retiro, le ofrecieron la cátedra de filosofía de Heidelberg, que no quiso aceptar, porque se hallaba bien en la soledad que habia escogido lejos del tumulto de las ciudades. Murió Espinosa en 1677, y es considerado como el maestro de los modernos incrédulos. La doctrina de Espinosa puede reducirse á las siguientes proposiciones: Dios no es otra cosa que el universo, que piensa en los hombres, siente en los animales, vejeta en las plantas y está inanimado en el reino mineral: no existe mas que una sustancia diversamente modificada, infinita ó ilimitada en todos sentidos: Dios obra necesariamente, y la existencia de los seres es asimismo necesaria y eterna; no hay religion, ni revelacion. Las ideas ateas han tenido en todos tiempos ciegos é ilusos partidarios y apóstoles, y entre los antiguos filósofos podemos contar á Diágoras, Leusipo, Demócrito, Estraton, gran número de estóicos y con especialidad Colofon. Las doctrinas de estos, presentan algunas diferencias en la forma, pero en el fondo, en su verdadera esencia, tienen muchos puntos de contacto con las del filósofo holandes. Distínguese este, sin embargo, de los que le han precedido, en que él fué el primero que intentó reducir el ateismo á sistema. Por lo demas, si bien el número de los espinosistas llegó á ser considerable, no hay duda que en gran manera influyó en ello la ejemplar conducta de su jefe, cuya sobriedad, moderacion, desinteres y otras bellas prendas de carácter, pudieran servir de modelo á los hombres mas amantes de la moral, de la moral cuyas eternas bases se proponia destruir el mismo que prácticamente y sin hipocresía la respetaba. Dícese que la fisonomía de Espinosa parecia marcada, digámoslo así, con el sello de la eterna reprobacion; no sabemos si esto será invencion de sus enemigos, quienes, si hubiese tenido rostro de ángel, entonces hubieran apelado á la fealdad de su alma. Jacobi, Baile, Cuper, Francisco Lami, Jaquelot, Vasor y otros grandes escritores, han refutado en obras muy conocidas, los absurdos contenidos en las obras de Espinosa, condenadas por un decreto de los Estados Generales.

ESPINOSA (Francisco). Fué natural de Cebieros, estudió el diseño en Toledo, y se distinguió muy pronto como uno de los mas célebres pintores en vidrio, que han existido en nuestra patria, como lo demuestran las obras suyas que hay en la catedral de Burgos, y algunas otras del reino, y especialmente los vidrios de colores que por encargo de Felipe II hizo para el Escorial, estableciendo al efecto una fábrica, de donde salieron esas graciosas pinturas que en las vidrieras del suntuoso templo citado, llaman la atencion de curiosos é inteligentes. Nada se sabe acerca de la época en que murió este ingenioso artista.

ESPINOSA (Gabriel), célebre en la historia, en las comedias, y en las novelas, bajo el nombre de el *Pastelero de Madrigal*. No le conoce la posteridad por sus virtudes, por su sabiduría, por su heroismo, por obras de ingenio ó de talento; conócele y le considera como uno de los mas solemnes embusteros que hayan vivido jamas. Toledo fué su patria, el de pastelero su oficio; pero su fecunda imaginacion, auxiliado por los consejos de un bendito religioso portugues, llamado Fr. Miguel de los Santos, hombre de grande autoridad en el vecino reino lusitano y de genio artificioso, su fecunda imaginacion, decimos, le sugirió la idea de otro pastel que le diese mas fama y mas utilidad que los que estaba acostumbrado á amasar y confeccionar

Fingióse nada menos que rey de Portugal, tomando el nombre de don Sebastian, y de tal manera supo ocultar su verdadera procedencia, que hubo infinidad de incautos y bobalicones que le creyeron. La impostura fué, por fin, descubierta, presos los autores de ella, y castigados segun la magnitud del delito, habiendo confesado antes uno y otro, en medio de crueles tormentos, la superchería con que habia engañado á las gentes. A Gabriel le arrastraron y dieron garrote, y su cabeza fué puesta en un palo en el mismo sitio de la ejecucion. A Fr. Miguel tambien le quitaron la vida, pero de una manera mas terrible, porque antes de ponerle en el patíbulo, fué degradado y paseado en un borrico por las calles mas públicas de Madrid.

ESPINOSA (Jacinto Gerónimo). Nació en 1600 en Concentaina, villa del reino de Valencia; y es uno de los pintores de que, á juicio de los inteligentes, mas puede envanecerse nuestra patria. Fueron sus maestros en el difícil y hermoso arte á que le llamaba su aficion desde muy jóven, su padre, Fr. Nicolas Borras y Francisco Ribalta. La vida de este insigne pintor no ofrece las sorprendentes peripecias que la de otros artistas, pues apenas sabemos mas de él, sino que murió en Valencia, á los ochenta años de edad; pero como nuestro objeto no es, ni debe ser únicamente consignar en esta obra hechos que interesen por su novedad y dramático interes, sino dar tambien á conocer todo lo que sirva para aumentar nuestras glorias, harto olvidadas por los estranjeros, de aquí el que, guiados por nuestro espíritu patriótico, nos limitemos á veces á presentar el nombre y las obras de algunos españoles, cuando, como en el caso presente, nos vemos privados de amenizar la narracion como desearíamos; á cuyo efecto, si no lo creyésemos indigno de nuestra buena fe, recurriríamos á ficciones poéticas y novelescas, siguiendo á los biógrafos de otros paises. Y volviendo á nuestro pintor, dirémos que dejó muchas y muy estimables obras, contentándonos con citar las siguientes, por ser las que mas celebridad le han dado. *La Transfiguracion del Señor*, magnífico lienzo, pintado con gran verdad, espresion y figuras grandiosas, que se hallan en el altar mayor de Carmelitas calzados de Valencia, el cuadro de la *Vírgen* y algunos otros de mérito no inferior que se ven en el remate de dicho altar. En el convento de Santa Tecla, tambien atrae la admiracion el *Santo Cristo del Rescate*, primera obra de Espinosa, hecha á los veintitres años de edad. El lienzo de *San Joaquin*, escelente composicion clásica, que hay en San Juan del Hospital; en Santo Domingo están el *Tránsito de San Luis* y otros pasajes relativos á la milagrosa vida de este santo; en San Nicolas, el lienzo del altar de *San Pedro mártir*, obra de gran efecto; en San Estéban los cuadros que existian en las puertas del altar mayor antiguo; en la casa consistorial *la Concepcion;* en el noviciado de Capuchinos, á dos leguas de Valencia, el célebre cuadro del altar mayor, y algunos otros en diversos pueblos de aquel reino. Distínguense casi todos ellos, por la gracia, verdad, espresion y naturalidad y actitudes de sus figuras, por la valentía del dibujo, y por la gran fuerza de claro oscuro, cualidades todas que hacen presumir, que aunque fueron maestros españoles los que guiaron sus primeros pasos en el arte, posteriormente debió estudiar en Italia para perfeccionarse.

ESQUILES ó ESCHILES. Nació en la ciudad de Eleusis, por los años 525 antes de Jesucristo, siendo, segun se cree y al parecer acreditan los mármoles de Arundel, descendiente de una nobilísima familia del Atica. Siguió por espacio de algun tiempo la carrera de la milicia, y no fué ciertamente de los que menos se distinguieron por su valor en las memorables batallas de Maraton, Salamina y Platea. Pero la pos-

teridad no celebra sus hazañas guerreras, tanto como su genio dramático, y con razon, pues á este y no á las otras debe su fama. Esquiles es considerado como el poeta que primero contribuyó á perfeccionar la tragedia griega, inventada por Tespis, no solo en lo relativo al arte propiamente dicho, sino en la parte mecánica del espectáculo. Dícese que el número de sus composiciones dramáticas, ascendia á noventa; número que demuestra su gigantesca fecundidad, y que tal vez demostraria la estraordinaria fuerza de su genio á ser conocidas todas ellas; pero solo nos quedan siete, y aunque es cierto que con frecuencia su estilo es hinchado, áspero é incoherente, no lo es menos que los grandes rasgos de energía, de elevacion y majestad que descuellan en dichas obras, indican que Esquiles era un poeta dotado de maravillosa fantasía y de verdadero talento dramático. Refiérese, que era tal la impresion que causaba la representacion de la tragedia titulada *Las Eumenides*, que los espectadores salian horrorizados del teatro, y que á algunas mujeres embarazadas les fué fatal este espectáculo. Ademas de esta tragedia, se conservan traducidas á varios idiomas. *Los persas.—Agamenon.— Prometeo encadenado.—Los siete contra Tébas.—Los cipreses* y los *Suplicantes*. Él fué el que inventó la máscara con que los actores salian á la escena; él, quien les hizo vestir un traje mas decente y mas análogo á los personajes que representaban; él, quien ideó el calzado llamado *Coturno*, calzado mas alto que el que anteriormente usaban, y él, finalmente, el que dió al lugar del espectáculo la forma de teatro por medio de unas tablas, pues antes las representaciones se hacian sobre caballetes movibles. Esquiles fué el rey del teatro durante mucho tiempo, venciendo con su genio á todos los que osaban disputarle la palma; pero á su vez fué vencido por Sófocles, y disgustado por este accidente, se retiró á la corte de Hieron, rey de Siracusa, y protector de las letras y de los que á ellas consagraban sus tareas. Referirémos ahora su muerte singular, que cierta ó no, es tal cual la vemos en la mayor parte de los biógrafos. Esquiles tenia la costumbre de dormir en campo raso, porque siendo jóven le habia vaticinado un astrólogo que moriria sepultado en las ruinas de una casa; poco, sin embargo, le valieron sus precauciones, porque parece que durmiendo un dia en el campo, un águila que llevaba entre sus garras á una tortuga, dejó caer esta sobre la calva cabeza del poeta, confundiéndola con un peñasco; cosa no muy creible, porque precisamente el águila tiene una vista penetrante y perspicaz, y por lo tanto poco espuesta á semejantes equivocaciones.

ESSEX (Roberto de Evreux, conde de). Nació en 1567 en Nethewood, fué favorito de la reina Isabel de Inglaterra, y sus aventuras y trágico fin, le han hecho célebre. Sus relaciones con aquella princesa tuvieron un principio que no deja de ser singular. Salia Isabel á pasearse en un jardin, y como hubiese llovido mucho y tuviera que atravesar la augusta señora un sitio lleno de lodo, Essex se quitó al momento su capa de terciopelo recamada de oro, y la tendió sobre el indicado paraje, para que pasase su soberana. Esta delicada galantería bastó para que la reina quedara prendada de él, y empezara á dispensarle su proteccion. Tenia Isabel cincuenta y ocho años de edad á la sazon; así es que, nadie sospechaba que ya se ocupase en amorosos devaneos. Cuando Leicester fué á Holanda, Essex le acompañó, y un año despues (1586) se portó como un bravo militar en la batalla de Zutfen, siendo ya general de caballería. De esta época data precisamente el gran favor que llegó á alcanzar con la reina, y parece que celoso de lord Montjoy, á quien miraba como rival, tuvo con él un desafío. Conocido es el carácter altanero, imperioso y colérico de la reina Isabel, y así no es estraño que habien-

do tenido noticia del casamiento secreto de Essex con la hija única de sir Óalsingham, se mostrase altamente ofendida y aun casi dispuesta á retirar su favor á aquel que, aunque dotado de un mérito superior, tanto debia á su munificencia, munificencia que no solia prodigar muchas veces la reina de Inglaterra. Por fin, en esta ocasion pudo mas en ella la prudencia que el resentimiento, y perdonando á Roberto le confió en 1591 el mando de las tropas que envió á Enrique IV de Francia. De regreso de este último pais á su patria, y al frente de una escuadra contra los españoles, se apoderó de Cádiz. Dos años despues fué nombrado gran maestre de caballería, y por fallecimiento de Durleig, que habia sido uno de sus mas constantes protectores, le sucedió en la dignidad de canciller de la universidad de Cambridge. En tanto no descansaban sus enemigos, que nunca faltan á los hombres de genio superior, ni á aquellos á quienes sopla favorablemente el viento de la prosperidad y de la dicha. Nombrado Essex virey de Irlanda, para reprimir la agitacion de los descontentos de este pais, parece que observó la conducta misma de su antecesor, conducta que tanto habia él reprobado públicamente. De aquí tomaron pié sus émulos para entablar una acusacion ante un consejo, al cual tuvo que acudir á dar sus descargos. Disgustado despues con la reina, porque esta le negó una gracia que la habia pedido, entró en correspondencia secreta con Jacobo, rey de Escocia, con el fin de que este asegurase sus derechos á la corona de Inglaterra, por medio de una declaracian que él se prometia arrancar á su soberana. Estas y otras intrigas encaminadas al mismo intento, como el designio de sublevar al ejército de Irlanda y al pueblo de Lóndres en favor de aquel príncipe, fueron al cabo descubiertas y decidieron su suerte, porque el crímen era tan público, tan palpable, tan evidente, que solo un acto estraordinario de clemencia en su reina, podia librarle de la muerte á que le condenaron los jueces. No era Isabel mujer de corazon muy compasivo, y cuando se trataba de sus intereses mucho menos, como lo demostró cuando la trágica muerte de María Stuart y en otras muchas ocasiones; pero tal vez en esta hubiera cedido á haber implorado su misericordia el antiguo favorito, quien prefirió perder la vida, á tener que humillar su orgullo á los piés de la reina. Esta, pues, habiendo esperado en vano algun tiempo, firmó por fin la sentencia de muerte, y Essex fué decapitado en la torre de Lóndres, teniendo solo treinta y cuatro años de edad.

ESTANISLAO AUGUSTO, conde Cioleck-Poniatowski, rey de Polonia. Nació el año de 1732, en Wolczyn, ciudad de Lituania. Fueron sus padres el famoso conde Estanislao, señor del castillo de Cracovia, descendiente de los condes de Guástala, y la princesa Constancia Czartorinski, de la familia de los grandes duques de Lituania. Estanislao era el sétimo de sus once hermanos, y aunque su orígen esclarecido y la riqueza de su casa parecian asegurarle una posicion cómoda, la circunstancia de ser tan numerosa la familia, le privaba de poderse presentar con el fausto propio de su clase, así es que vivia en un estado de pobreza. Sin embargo, la educacion que le dieron sus padres correspondia á las exigencias de esta misma clase; y esto unido á su talento, á sus elegantes y distinguidas maneras, y á una figura hermosa y simpática, se hacia amar de todo el mundo. Su padre y sus tios los príncipes de Czartorinski, fundaban en él las mayores esperanzas, y á fin de que no saliesen fallidas, quisieron que el jóven Estanislao recorriese varios paises de Europa, en los cuales no podria menos de perfeccionar su educacion, ya con sus propias observaciones, ya con el provechoso trato de hombres eminentes por sus luces y conocimiento del mundo. En efecto, Es-

tanislao recorrió la Alemania, la Italia, la Francia y la Inglaterra, llamando siempre en todas partes la atencion por las bellas prendas de que anteriormente hemos hecho mérito. En donde mas obsequios recibió el ilustre viajero, fué en la córte de Rusia, en la cual fué admitido por la gran duquesa Catalina, cuya íntima amistad y confianza supo conquistar con sus gracias y talentos. Desde esta época mantuvo Estanislao frecuente correspondencia con la augusta princesa, que mas tarde habia de ser su protectora. Estanislao era ambicioso, sus padres conocian el ascendiente que ejercia en el ánimo de Catalina, y deseando no desperdiciar la escelente coyuntura que se les presentaba de labrar el porvenir de su hijo, y su fortuna propia, lograron que fuese nombrado embajador de Augusto III, poco antes de morir este monarca, en la corte de Rusia. Partió, pues, Poniatowski para San Petersburgo, y allí no solo fué colmado de todo género de obsequios y distinciones, sino que Catalina le prometió que, cuando ella subiese al trono imperial, él ocuparia el de Polonia. Y así sucedió efectivamente, por muerte de la emperatriz Isabel, acaecida en 5 de enero de 1762. La mayor parte de las potencias de Europa se opusieron á los designios de la nueva emperatriz respecto de Poniatowski, y para impedir la eleccion de este, publicaron varios manifiestos y circularon fábulas y anécdotas relativas á su juventud, relaciones de parentesco, y autenticidad de su orígen; todo lo cual, en un carácter imperioso y tenaz como el de Catalina, en vez de retraer á esta de sus designios, la alentó, por el contrario, á llevarlos á cabo. Cioleck-Poniatowski fué proclamado rey de Polonia en la dieta de Wilua, en 26 de noviembre de 1764. Muchos de los principales potentados que concurrieron á la dieta, se opusieron fuertemente á la eleccion, pero invadido y rodeado el pais por las tropas de Catalina, y amenazados los descontentos, todos los obstáculos quedaron allanados. No era el amor, como algunos creian, la causa de un favor tan estraordinario, sino la política de Catalina, quien habia movido á esta á poner á Cioleck en el trono de Polonia; porque siendo hechura suya, podria dominarle á su capricho, no dejándole mas que una soberanía ilusoria, pues quien verdaderamente reinaba era ella. Los sucesos posteriores tardaron muy poco en confirmarlo. El amor de Poniatowski fué reemplazado con otro en el corazon de la emperatriz, y esta empezó á trabajar contra el mismo á quien acababa de elevar, escitando cuestiones religiosas en Polonia, y sublevando contra el monarca á los *disidentes*. En vano, para conjurar la tormenta que le amenazaba, convocó Estanislao la dieta en 1766; en vano propuso las medidas mas útiles, mas sábias y mas beneficiosas para el pais; todos sus proyectos fueron desaprobados por los descontentos, que formando varias confederaciones revolucionarias, pusieron en terrible conmocion todo el pais. Entonces conoció Catalina que habia procedido muy de ligero, y que si no acudia con mano pronta á calmar aquel estado de insurreccion, los polacos unidos y armados, tal vez podrian sacudir el yugo que se les habia impuesto, y proclamarse independientes, como lo hacia temer el carácter belicoso y el amor á la libertad de aquellos valientes habitantes. La confederacion de Bar, dirigida hábilmente por el conde de Pack y protegida por la Francia, pasó mas allá de lo que habia pensado Catalina; pues tuvo la audacia de declarar vacante el trono. Mandaba el ejército de los insurrectos el bravo Casimiro Polawski, quien se portó como intrépido guerrero en cuantas ocasiones se presentaron, y aun hizo mas, que fué arrebatar á Estanislao de la capital, auxiliado por sus amigos Strawski, Kosinski y Lukaski. Al salir el rey de su palacio en la noche del 3 de noviembre de 1771, le siguieron cuarenta dragones disfrazados de paisanos, que

así que vieron ocasion oportuna de realizar su plan, dispersaron la comitiva del monarca, quien recibió un sablazo en la cabeza, fué atado y luego conducido violentamente fuera de Varsovia. Perdidos los raptores en medio de la oscuridad de la noche, y teniendo que caminar por senderos estraviados con el fin de no caer en manos de las patrullas rusas, resultó que al nacer el nuevo dia se encontraron solo á tres leguas de la capital, en la que todo se hallaba en el mayor tumulto desde que se habian sabido los peligros que corria el monarca. El escaso número de soldados que con Kosinski custodiaba á Estanislao, se fué desbandando poco á poco, por temer á las muchas patrullas reales que recorrian aquellas inmediaciones, en términos que al cabo de algun tiempo quedaron solos Estanislao y Kosinski, quien arrepentido ya de lo hecho en vista del estado compasivo de su soberano, y con el objeto probable de salvar su vida, que ya conceptuaba no muy segura, dirigió al monarca estas palabras: «¡Oh, cuánto sufris! y á pesar de esto «sois mi rey!—Sí, respondió el ilustre «prisionero, y vuestro buen rey, un «rey que jamas os hizo mal ninguno.» Entonces Kosinski se echó á sus piés, pidiéndole perdon, y el generoso monarca no solo se lo otorgó, sino que para dar mas alta prueba de sus escelentes sentimientos, le prometió que seria recompensado. Despues de la entrada verdaderamente triunfal de Estanislao en su corte, que le recibió con grandes demostraciones de júbilo, Kosinski fué indultado, y segun lo ofrecido, disfrutó una pension en la Romanía, á donde se retiró pocos dias despues. Los acontecimientos que luego sucedieron, trastornaron un tanto las miras políticas de Catalina, respecto de la Polonia, que al fin, contra todo derecho y con una iniquidad propia de los siglos mas bárbaros, fué repartida entre la Rusia, el Austria y la Prusia en 18 de setiembre de 1772. De esta manera quedó Estanislao reducido casi á la condicion de un particular, con lo que le dejaron del reparto, y aun así su corte llegó á ser una de las mas brillantes de Europa, y su pueblo uno de los mas ilustrados, merced á lo que él contribuyó á fomentar el amor á las letras y á las artes. No podia, sin embargo, dar Estanislao grande espansion á sus sentimientos generosos, porque ni aun tenia él lo suficiente para vivir con el decoro y ostentacion de un soberano. Para compensar en algun modo á los artistas italianos que trabajaban en el teatro de la ópera de su corte, solia espedirles despachos de varias graduaciones militares, que aquellos, con permiso del monarca, vendian luego en Italia á los particulares que querian comprarlos. Así el marques Albergati, por ejemplo, vestia el uniforme de general polaco, mediante la suma de veinte mil reales que le costó el despacho. Situacion tan apurada tenia disgustado á Estanislao, quien con motivo del viaje de Catalina II á la Taurida en 1787, salió á recibirla en Kanief, y solicitó que se le aumentasen las rentas de la corona y algunas otras concesiones, que no obtuvo, porque las cosas habian variado, y la emperatriz parece que no queria acordarse de lo mucho que le apreciaba cuando era gran duquesa de Rusia. Poco despues de la declaracion de guerra de Rusia y Austria á la Puerta Otomana, se formó en Polonia una confederacion, al frente de la cual se colocó el conde Potocki, con consentimiento de Estanislao, que prefirió ponerse de parte de su pueblo, á sufrir la agresion de las tropas rusas que ya ocupaban el pais. La hora de Polonia habia sonado, y pronto iba á desaparecer del mapa de las naciones independientes. El célebre Souwaron, general del ejército ruso, se apoderó por asalto del arrabal de Praga, cuyos defensores todos fueron, sin piedad, pasados á cuchillo; despues de lo cual se verificó el segundo reparto de aquella infeliz nacion, quedando su príncipe despojado de la regia autoridad, y

reducido casi al estado de particular en Crogno, punto de su continamiento. Muerta la emperatriz fué llamado á Petersburgo por el nuevo Czar, Pablo I, que le trató con todas las atenciones y miramientos debidos; y allí murió en 1796. Si Estanislao hubiese poseido mas firmeza de alma, un carácter mas enérgico, sin duda hubiera hecho la felicidad de la nacion polaca; pues ni le faltaba instruccion, ni las escelentes cualidades morales que le adornaban, se encuentran tan fácilmente en los hombres que están llamados á regir el destino de las naciones. De la época de su desgracia data la de la humillante esclavitud de Polonia, cuyos hijos, como los de la raza hebrea, andan esparcidos por los pueblos de Europa, sirviendo con su lanza en los ejércitos de la libertad.

ESTEBAN VI, electo papa en 2 de mayo de 896, sucedió á Bonifacio V, señalado por algunos como antipapa, y que solo ocupó quince dias la silla pontificia. Precedió á Bonifacio en el gobierno de la nave de la Iglesia el italiano Formoso, canónigo reglar, que antes de ser nombrado obispo de Roma, fué obispo de Oporto. Considerada dicha traslacion como una innovacion criminal, á fines del mismo año en que Esteban fué exaltado al trono pontificio, ó á principios del siguiente, convocó este un concilio con el objeto de que se condenase á Formoso. Es horrible lo que ejecutaron con el cadáver del condenado papa: el P. Florez lo califica de escítica fiereza, y aun no es todo lo severa que debe ser la calificacion, porque ni los mismos cafres serian capaces de dar al mundo un espectáculo igual. Desenterraron, pues, el cuerpo de Formoso, llevironle, y le pusieron en medio de la grave asamblea en la silla pontifical, revestido con todos los ornamentos de tan elevado ministerio, y se le nombró un abogado para que le representase y defendiese. ¡Escena indigna, repugnante y espantosa, y mucho mas si se considera el carácter de las personas que con fria serenidad la contemplaban! Esteban se dirigió entonces á aquel cuerpo inanimado, como si estuviese vivo: «Obis-«po de Oporto—dijo—¿por qué has «llevado tu ambicion hasta el estremo «de usurpar la silla de Roma?» Y despues de pronunciar la sentencia condenatoria, le despojaron con hipócrita santidad de las vestiduras episcopales, le cortaron tres dedos, luego la cabeza, y por último arrojaron todos sus restos al Tiber. Esta inaudita y sacrílega violacion de la sepultura del que se habia visto al frente del orbe cristiano, por mas motivos de censura que hubiese dado con su conducta, causó una indignacion general, agravada mas y mas por otras disposiciones, si no tan impías, no menos inconvenientes. Formoso tenia numerosos partidarios en Roma, los cuales aprovechándose del espíritu de sus habitantes, y de la agitacion de los ánimos que se manifestaba ya bien á las claras, escitaron una sublevacion, cuyas consecuencias fueron fatales al autor de la horrible violacion. Esteban cayó en poder de los insurrectos, que le cargaron de cadenas, y algunos meses despues le dieron garrote. Cuando ocupó la silla de San Pedro Juan I, reunió un concilio, en el que se condenó todo lo dispuesto en la junta donde llevaron el cadáver de Formoso, rehabilitando al mismo tiempo la memoria de este; y los Padres del concilio observaron que aquel prelado habia sido trasferido por necesidad de la isla de Oporto á la de Roma: *Necesitatis causa de Portuensi Ecclesia Formosus, pro vitæ merito ad apostolicam sedem provectus est.*

ESTER, llamada en la lengua de su pais *Eddisa*, que significa *mirto*. Nació durante el cautiverio de Babilonia, y pertenecia á la tribu de Benjamin. El rey Asuero se habia separado de su esposa Vasthi, pero deseoso de contraer nuevos lazos, quiso que su eleccion recayese en la mujer mas hermosa de su grande imperio, ó al menos

en la que á él le pareciese tal, y al efecto dispuso que algunos comisionados recorriesen todas las provincias, con el objeto de que buscasen á las que fuesen dignas de participar del lecho real. Eddisa vivia *oculta*, que esto es lo que quiere decir en lengua persa la palabra Ester, y abandonando su retiro, fué llamada á la corte, en donde el cielo la destinaba á ser la libertadora del pueblo judío, como vamos á referir. Lo primero que hicieron los encargados de recibirla en palacio, fué darla para su servicio siete mujeres y un eunuco, que perfumaron su cuerpo y lo ataviaron con espléndidas galas, para que pudiera presentarse al rey. Los estraordinarios atractivos de aquella hermosa jóven, adornada con un lujo propiamente oriental, conquistaron en un momento el corazon del poderoso monarca, quien ciegamente prendado de ella, la ciñó la doble corona de esposa y de reina, cuyo acontecimiento fué celebrado por los pueblos del imperio, que con aquel motivo recibieron varias gracias del soberano. El ministro y favorito de Asuero, llamado Aman, era uno de esos cortesanos insolentes y audaces que ganando la confianza de los príncipes, no solo quieren dominar á estos y sujetarlos á su voluntad como esclavos, sino que aspiran á elevarse hasta por encima del trono, sin considerar que el golpe de la caida suele ser en el dia de la desgracia proporcionado á la elevacion que alcanzaron. Pretendia Aman que los israelitas le hiciesen honores poco menos que divinos, en venganza de varios resentimientos que tenia contra ellos; pero Mardoqueo, tio carnal de la nueva reina, y que habia educado á esta en sus primeros años, viendo á Ester huérfana de padre y madre, Mardoqueo, decimos, resistia á las órdenes del vanidoso privado, que por su parte no cesaba de intrigar para perderle. Habia espedido el rey, á instigacion de su pérfido consejero, un edicto de muerte y esterminio de todos los judíos que se hallasen en el territorio de su imperio, y se hubiese llevado á efecto á no subir Ester al trono, como hemos dicho. Mardoqueo se aprovecha al punto de tan favorable coyuntura para salvar á los suyos, y al mismo tiempo derribar á su terrible enemigo; dice á su sobrina que es preciso que inmediatamente pida al monarca la revocacion del sanguinario decreto; y Ester, que no podia presentarse á su esposo sin ser llamada, so pena de perder la vida, tomó la heróica resolucion de arrostrarlo todo para conjurar la espantosa tormenta que amenazaba á millares de infelices y de inocentes, solo por el capricho de un odioso favorito. Adórnase con sus galas mas preciosas, pónese sus mas ricas joyas, y confiada en la proteccion del cielo, que antes habia implorado con lágrimas, ayunos y oraciones, aparece á los ojos de Asuero resplandeciente de belleza como uno de esos sueños tranquilos que cruzan ante los ojos de nuestra alma, imágenes celestes rodeadas de luz y de nubes de aroma. Asuero quedó deslumbrado al ver tanta hermosura, alarga el cetro en señal de gracia, y cada vez mas hechizado promete á la valerosa jóven concederla cuanto le pida, por grande que sea y costoso el objeto de sus deseos. En un banquete á que concurrió Aman, convidado por la reina, y en el que Asuero, habiéndose escedido en la bebida, reiteró las promesas hechas á su esposa, esta le pidió la salvacion del pueblo judío, é indicó al favorito como la causa de todas las desgracias que al mismo pueblo amenazaban. Asuero abandonó la mesa encolerizado, y entonces el privado, conceptuándose perdido si no apelaba al favor de la reina, que era á la sazon quien mas influencia ejercia en el ánimo de su señor, se postró á las plantas de Ester, pidiéndola misericordia. Vuelve el rey, y tomando por un atrevimiento de mala índole, lo que no era mas que la bajeza de un ministro vano y audaz, que lejos de intentar á la sazon violencia alguna, no trataba de otra cosa que de

salvarse, mandó que asegurasen su persona, y le quitasen la vida. Revocóse el edicto contra los judíos, y en cambio estos, con autorizacion para perseguir á sus enemigos, ejecutaron atroces venganzas, llegando el número de víctimas degolladas á 75,500. Los diez hijos del favorito fueron de los que primero sucumbieron al furor de los judíos, quienes en 14 del mes adar, esto es en el mismo dia en que ellos, segun el decreto inspirado por Aman, debian perecer, celebraron la fiesta llamada del *Purim*.

ETCHEVERRI ó ECHEVERRI (Juan de). Nació en Tafalla, ciudad de Navarra, á mediados del siglo XVI, y se le considera como el mas famoso de los poetas vascongados. En efecto, los que poseen el vascuence aseguran que las producciones de Etcheverri están llenas de bellezas muy recomendables, distinguiéndose especialmente por su mucha naturalidad y al mismo tiempo brillante fantasía; siendo su estilo tan elegante y castizo, que puede pasar por clásico en dicho dialecto. Sábese que fué eclesiástico y doctor en teología, y aunque se han perdido sus primeras composiciones, estimadas por el ingenio y singular gracia con que estaban escritas, las que restan, hechas en edad mas madura, son dignas ciertamente de ser estudiadas. Todas estas versan sobre asuntos sagrados. Puso en verso la *Vida de Jesucristo*, los *Misterios de la fe* y la *Vida de algunos santos*.

ETEOCLE y POLINICE. Al narrar la trágica historia de Edipo, ciego ejecutor y víctima de las tiranas leyes del destino, hemos hecho mencion de los personajes de esta biografía, frutos del criminal enlace de aquel con Jocasta, su madre. Mientras el desventurado, abandonado de sus antiguos servidores y amigos, se alejaba de Tebas sin mas compañía que la tierna Antígona, Meneceo, hermano de la reina, atizaba el fuego de la civil discordia, encendido primero en el ambicioso pecho de Eteocle y Polinice, y comunicado luego á toda la ciudad, que dividida en bandos, pronto se vió entregada á los horrores de intestina guerra. Despues de la muerte de Edipo, convínose en que cada uno de los aspirantes al trono, le ocupase por espacio de un año, y Eteocle empezó á reinar sin oposicion. Sosegado ya el bando contrario, y asegurada la paz, aunque momentáneamente, porque, cumplido el plazo y reclamada la corona, el falso monarca se negó á cedérsela á su hermano, que resuelto á tomar venganza, se dirigió á la corte de Adrasto, rey de Argos, en ocasion favorable para sus proyectos. Tenia aquel soberano una hija llamada Argia, y el oráculo habia profetizado que se casaria con un leon. Polinice, vestido con la piel de un animal de la especie indicada, se presentó en la ciudad y obtuvo la mano de la princesa. Adrasto, enterado de las pretensiones de su yerno, y declarándose políticamente á favor suyo, envió á Tebas un embajador, que fué Tideo, hijo del rey de Calidonia. Era este Tideo hombre de estraordinario valor, y no menores fuerzas. Cansado de intentar la imposible reconciliacion de los dos hermanos, volvíase á la corte del rey de Argos, cuando cincuenta asesinos, mandados por Eteocle, caen sobre él ávidos de verter su sangre. No era esta la primera vez que Tideo se las habia con los tebanos. En el tiempo que duró su embajada, muchos se habian visto obligados á confesar su superioridad en diferentes luchas particulares, y hé aquí por qué ahora se juntaban tantos para acometerle, temerosos sin duda de errar el golpe. Salióles cierto su temor, porque el valiente embajador se dió tan buena maña á deshacerse de ellos, que pronto, de tantos enemigos, quedó uno solo para testigo de aquella hazaña. Así que Adrasto tuvo noticia de la perfidia de los tebanos, unióse á varios príncipes de Grecia (alianza á que llamaron Hep-

tarquia, por ser siete los coaligados) y partió á poner sitio á Tebas. La guerra fué obstinada y sangrienta. Eteocle perdió en ella muchos é insignes guerreros; Polinice vió espirar al invencible Tideo, herido mortalmente por Menálipo. Cara costó á este su victoria: próximo á lanzar el último suspiro, el hijo de Eneo asió con los dientes á su enemigo, y le destrozó con ellos el cráneo. Anfiarao, hijo de Oicles y otro de los caudillos del ejército de Polinice, murió tambien en el sitio: Capaneo, Hipomedon y Partenopeo les siguieron, sin que tanta sangre derramada, produjese otro efecto que encender mas la ira de los combatientes, y hacer interminable la lucha; viendo esto Polinice, no quiso ser causa por su parte, de mas desgracias, y propuso á su hermano un combate singular y decisivo. Aceptó Eteocle, y á vista de ambos ejércitos uno y otro se acometieron ferozmente; despues de algun tiempo, Polinice derribó en tierra á aquel, y juzgándole muerto, se arrojó sobre él á quitarle la espada: ¡la victoria y el trono eran suyos! pero Eteocle no habia espirado aun: hallándose sin fuerzas para continuar la lucha, esperó á que el vencedor se acercase á él, y hundió en su corazon el fratricida acero, inclinando en seguida la cabeza para no levantarla mas. Tal fué el fin de los hijos de Edipo, al que siguió el no menos trágico de Jocasta. Entregada esta á la mas horrible desesperacion, cuando llegó á su noticia la anterior catástrofe, se atravesó el pecho con un puñal, no pudiendo soportar el peso de tantas desdichas juntas.

EUGENIO (Francisco Eugenio de Saboya; conocido mas bien con el nombre de príncipe). Nació en Paris en 1663. Fueron sus padres Eugenio Mauricio, conde de Soissons, y Olimpia. Dedicado en los primeros años de su juventud á la carrera eclesiástica, vistió por algun tiempo el hábito clerical, y era llamado el abate de Cariñan. No satisfecho con aquel género de vida, que tan mal se avenia con sus instintos é inclinaciones guerreras, quiso entrar al servicio de las armas, en donde se prometió glorias que en su concepto no podia proporcionarle el sacerdocio. Cuando se presentó á Luis IV pidiendo el mando de un regimiento, el gran monarca frances formó tan pobre idea de Eugenio, que juzgándole incapaz de soportar las fatigas de la guerra, se negó á concederle la gracia, negativa que llenó de resentimiento el corazon del jóven príncipe, quien declaró en presencia de sus amigos, que puesto que en su patria no se querian sus servicios, pasaria al de una nacion estranjera, jurando que volveria á Francia con las armas en la mano. Pronto ganó Eugenio con la espada, el puesto que su soberano no habia querido darle, pues en la campaña de Alemania contra los turcos, en 1683, se portó con tan heróico valor, que el emperador le confió el mando de un regimiento de dragones. Adornaban al jóven príncipe cualidades eminentes bajo todos conceptos, y así era admirado por sus talentos, gran penetracion y actividad suma, como por la intrepidez que desplegaba en las acciones de guerra, buscando siempre los puestos mas peligrosos y acometiendo las empresas mas difíciles. Despues del levantamiento de Viena, y mas adelante en Hungría, donde militó á las órdenes de Cárlos V duque de Lorena, y de Maximiliano Emanuel, duque de Baviera, justificó cumplidamente la alta idea que el emperador tenia de él. Pero á mayores hazañas estaba llamado su genio, y mayor galardon debia recibir por sus grandes servicios. Sitiada Coni por el marques de Bulonde, bajo las órdenes de Catinat, el príncipe Eugenio acudió con sus fuerzas y logró libertarla; en seguida se dirigió á la plaza de Carmañole, y asediándola á su vez, fueron tales y tan acertadas las disposiciones, que en el breve espacio de quince dias se apoderó de ella. Estos, y algunos otros hechos memorables, le valieron el mando del

ejército imperial, que le fué confiado en 1697. Pero aun brillaron mas sus eminentes prendas militares en la célebre batalla de Zenta, en la que consiguió una de las mas importantes victorias de aquel tiempo; baste decir que quedaron muertos en el campo el gran visir, diez y siete bajáes y mas de veinte mil turcos, y que el mismo Gran Señor concurrió á esta jornada fatal para el imperio otomano, y en consecuencia de la cual se firmó la paz de Carlowitz, con condiciones humillantes para los turcos. El nombre del príncipe Eugenio, resonó en toda Europa, que contemplaba con asombro los rápidos triunfos de aquel jóven, cuyo genio tan mal habia comprendido el gran Luis XIV. Sus enemigos trabajaban en Viena para perderle, ó privarle al menos del mando del ejército imperial, y aunque, en último resultado, no lo consiguieron, lograron sí, que llamado á Viena le arrestasen y pidiesen la espada, que entregó con gran sentimiento el héroe, mas por obedecer al emperador, que porque creyese justa semejante determinacion. Las palabras que con este motivo pronunció, conmovieron el ánimo de Leopoldo, quien persuadido de que el mérito estraordinario de Eugenio, no merecia seguramente tan mal pago, le autorizó en debida forma para que continuase la guerra como juzgase mas conveniente, y sin sujecion á otro dictámen que al suyo propio. Esta prueba de confianza, que honraba tanto al emperador como al general, destruyó todos los planes de los émulos de Eugenio. Encendióse pocos años despues del tratado de Carlowitz, una nueva guerra de sucesion á la corona de España, que fué un nuevo y glorioso teatro en donde habian de brillar los talentos del príncipe. Este pasó á Italia al frente de un ejército de trescientos mil hombres, y forzando despues de un sangriento combate el puerto de Carpí, defendido con teson por las tropas francesas, se apoderó en su consecuencia de todo el pais comprendido entre el Adige y el Adda, haciendo retroceder en seguida hasta detras del Oglio, al mariscal Catinat. Derrotado tambien Villeroi, que habia ido á reemplazar á este último, terminó Eugenio aquella campaña con la toma de la Mirándula, en 22 de diciembre de 1701. Algunas otras acciones de guerra ocurridas en el invierno del año siguiente, pusieron tambien á prueba el valor y la actividad de Eugenio, que pasó á Alemania, sin haber podido conseguir ventaja alguna sobre Vendome, que mandaba á la sazon las fuerzas francesas, con motivo de haber sido hecho prisionero Villeroi por el príncipe Eugenio, que le sorprendió una noche en Cremona. Entonces el emperador añadió nuevas pruebas de aprecio al jóven príncipe, nombrándole presidente del consejo de guerra, director de la tesorería general militar, y confiándole el mando de los ejércitos imperiales que peleaban en Italia. Regresó Eugenio á esta península en 1705, en ocasion en que las armas francesas habian sufrido una considerable pérdida en la batalla de Hochstet, que ganaron Marlborongh y Heinsio; Eugenio las derrotó igualmente en la de Cassano, y en seguida ejecutando una marcha rápida y oculta, para levantar el sitio de Turin, próximo á caer en manos del ejército frances, se apodera de Corregio y Regio, logra salvar la plaza, bate al enemigo y reduce el Milanesado á la obediencia del emperador, que le confiere el gobierno de aquel pais. No fué tan afortunado en la invasion de la Provenza y del Delfinado, pues tuvo que levantar el sitio que habia puesto á Tolon, pero este desastre fué con usura reparado en el combate de Oudenarde, en que los franceses se vieron obligados á retirarse. Una serie no interrumpida de triunfos, elevaron el nombre de Eugenio á la altura del de los mas famosos capitanes; tomó á Lila, ganó la batalla de Malplaquet y se apoderó de la ciudad de Quesnoy; todo, en fin, contribuia á alarmar á Francia y Es-

paña; pero estos temores se disiparon con la victoria ganada por Villars á Albermale, que no pudo ser socorrido por el príncipe Eugenio, á causa de hallarse este á bastante distancia, engañado por las operaciones del mariscal frances. En consecuencia de este acontecimiento, Eugenio y Villars, ajustaron la paz en Rastadt, á 6 de mayo de 1714, cuyo acto fué seguido del tratado de Baden en Argaw. Entonces estalló la guerra por otra parte. Ciento cincuenta mil turcos invadieron las fronteras del imperio; preséntase Eugenio al frente de sus tropas, gana la batalla de Peterswaradin, toma á Temeswar, y pone sitio á Belgrado, viéndose él sitiado á su vez en su campo, por el ejército turco. Dióse al fin la batalla, y tan sangrienta fué, que mas de veinte mil turcos quedaron muertos, y toda la artillería y bagajes en poder del príncipe Eugenio; á quien, ademas, se rindió la plaza, siguiéndose de aquí una paz tan humillante para el vencido como ventajosa para el vencedor. Esta puede decirse que fué la última accion gloriosa en que se distinguió el príncipe Eugenio, á quien recibió el pueblo de Viena con grandes aclamaciones, y de quien el emperador decia con motivo de su muerte, acaecida en aquella capital en 1736: «*La fortuna del Estado ha muerto con este héroe.*» El sentimiento que causó en Alemania su muerte fué general, porque á las grandes prendas que poseia como guerrero y como político, reunia todas las cualidades que hacen amable un hombre á sus semejantes. Mucha y merecida celebridad le dieron sus triunfos, pero aun en los pocos reveses que sufrió, es digno de todo elogio, si se meditan detenidamente las difíciles circunstancias que le rodearon en diversas ocasiones. Su gratitud á los emperadores de Austria, que desde el principio de su carrera le habian protegido, jamas fué desmentida. Sabido es que, arrepentido Luis XIV, del desaire que le habia hecho negándole el mando de un regimiento, cuando aun no era conocido el nombre del jóven príncipe, no bien supo los progresos de este, y lo mucho que prometia para lo sucesivo, hizo que le ofreciesen el baston de mariscal, el gobierno de Champagne, una gran pension, y algunas otras recompensas y distinciones; pero Eugenio, leal á sus bienhechores, nunca quiso abandonarlos y les sirvió hasta el fin de su vida.

EULALIA (Santa). Nació en Barcelona por los años de 289. Sus padres eran nobles, profesaban la hermosa religion del Crucificado, y en sus santas máximas educaron á la tierna niña, que desde sus primeros años fué un modelo de todas las virtudes cristianas. Eulalia vivia en el pacífico y solitario retiro de los campos, entregada á las labores propias de su sexo, y siendo maestra y directora, digámoslo así, de las jóvenes que solian acompañarla, cautivadas por sus amables gracias, carácter dulce, y que, sin conocerlo, iban insensiblemente aprendiendo en el ejemplo de su amiga, mas que con las mas elocuentes lecciones. La oracion, la lectura de libros piadosos, el trabajo y la práctica de la caridad, absorvian la mayor parte del tiempo de Eulalia, que habia prometido consagrarse enteramente á Dios y arrostrar para ello, si preciso fuere, los mayores tormentos; tal era su deseo, á este fin se encaminaban sus oraciones, para este objeto fortalecia su alma con la contemplacion de la pasion y muerte del Divino Maestro. Regian entonces los destinos del mundo los emperadores Diocleciano y Maximiano, y en el año 303 espidieron un edicto cruel contra los cristianos, que debia llevarse á efecto en todas las provincias del imperio romano. Aquel edicto esparció el horror y la consternacion en todos los corazones débiles, porque era un decreto de esterminio; pero los corazones valerosos, los corazones heróicos como el de la noble hija de Barcelona, latieron de alegría, porque detras del

sepulcro veian abrirse de par en par las puertas de la gloria, para dar entrada á los mártires de la fe. Oigamos cómo se espresa en este particular nuestro célebre historiador Ambrosio de Morales. «Cuando Daciano, dice, «vino á Barcelona y començó á mani«festar su deseo de perseguir á los fie«les de Jesucristo, la santa Vírgen «(Eulalia), que no habia entonces mas «que catorce años, y estando su fe con «gran firmeza en tanta ternura, oyen«do el peligro de los que la seguian, «se dolió mucho en el corazon por el «temor que tenia de que desmayasen «algunos cristianos; y por otra parte «se alegró mucho con ver el tiempo de «poder morir por la fe de Jesucristo, «como siempre habia deseado; y era «tanto su gozo, que sus padres se lo «conocian, aunque no sabian la causa «de él.» El corazon de Eulalia ardia en deseos de salir en defensa de las sublimes verdades de la religion cristiana, cuando con mas encono trataban sus perseguidores de destruirla y hacerla desaparecer de la faz del mundo; el temor de afligir á sus padres, que la amaban con estremado cariño, fué lo único que la contuvo por algunos dias; hasta que no pudiendo ya reprimir el secreto impulso que la guiaba hácia la gloria y el martirio, abandona una noche el hogar paterno, dirígese sola á Barcelona, y oyendo el pregon que ordena á todos sus habitantes que sacrifiquen á los ídolos del paganismo, en presencia del gobernador Daciano, corre con admirable valor al tribunal presidido por este, y desplegando toda la elocuencia de que era capaz su juvenil corazon, inspirado por la Divina Gracia, defendió en tales términos la fe cristiana, que el auditorio quedó lleno de asombro y confusion. Irritado como una fiera el cruel presidente, manda que azoten á la tierna Vírgen, quien lejos de desmayar con los atroces dolores del tormento, proclamaba en alta voz las escelencias de la santa fe, en cuya defensa combatia. Apurada la paciencia de un juez y verdugo, al ver que una niña despreciaba los castigos y amenazas de la barbárie, ordena que la coloquen en el ecúleo, en el cual fué horriblemente atormentada con garfios ó uñas de hierro que la abrieron las entrañas. La santa, llena de júbilo y con dulce sonrisa, repetia: *El Señor me ayuda y es el que recibe mi alma.* A cada palabra de la santa los sayones la introducian en las entrañas antorchas encendidas, las cuales, segun las actas del martirio, volvian las llamas contra los bárbaros ejecutores, que cayeron derribados al suelo, llenos de asombro al contemplar aquel prodigio. Dicen asimismo las actas, que, durante el martirio, salió de la boca de la heróica niña una blanca paloma; que desplegando las alas tendió su vuelo hácia la gloria. El cuerpo de la vírgen quedó, de órden del gobernador romano, espuesto en una cruz para que las aves de rapiña lo devorasen, pero el cielo envió abundantes copos de nieve que lo cubrieron, hasta que algunas personas piadosas le dieron sepultura. Venérase actualmente el cuerpo de esta santa en la catedral de Barcelona, en la parte mas baja de la capilla mayor. Algunos autores la han confundido con Santa Eulalia de Mérida; pero esta padeció martirio algun tiempo despues, aunque durante la misma persecucion.

EULALIA (Santa), vírgen y mártir. Nació en Mérida (Estremadura), por los años de 296, bajo el imperio de Diocleciano. La vida de esta santa ofrece en la mayor parte de sus episodios tal analogía con la de la precedente, que no es estraño que por esta coincidencia, la de tener una y otra el mismo nombre, ser las dos españolas, y padecer martirio con pocos años de diferencia, no es estraño, decimos, que á menudo se las haya confundido. Eulalia manifestó desde su infancia los cristianos sentimientos y piadosas virtudes que mas adelante la habian de conducir al martirio y en pos á la gloria eterna. Ninguna ocasion se podia

presentar mas propicia que aquella á los que adoraban la verdadera fe; porque desatada contra la Iglesia de Jesucristo y contra los fieles la mas espantosa persecucion, no quedaba medio entre rendir culto á los dioses del paganismo, segun decreto de los señores del mundo, ó morir en el tormento. La eleccion no podia ser dudosa para los verdaderos cristianos; y las llamas y todos los suplicios que puede inventar la perversidad humana, hicieron millones de víctimas inocentes. No tenia Eulalia mas que doce años cuando la publicacion de los sanguinarios edictos; pero si era niña por la edad, era mujer fuerte por el valor. Su madre naturalmente sobresaltada por el fervor de la tierna vírgen, creyó prudente llevarla al campo, en donde vigilándola con inquieta solicitud, tal vez lograria contenerla á su lado; pero Eulalia supo evadirse en la oscuridad de una noche, y no bien se vió en Mérida se presentó ante el tribunal presidido por Daciano. La elocuente niña combate los injustos y terribles decretos del emperador, defiende la doctrina de Jesucristo; y por último, viéndose amenazada por el juez, quiso manifestar de una manera positiva, cuán grande era el desprecio que la inspiraba el paganismo, derribando el ídolo colocado en medio de la sala, y al cual querian que sacrificase Eulalia. Daciano que antes habia hecho inútiles esfuerzos para persuadirla, ya valiéndose de frases tan afectuosas como falsas, ya de amenazas, no pudo entonces reprimir la cólera que hervia en su pecho, y entregó la santa á los verdugos, que desgarraron los costados de Eulalia, y abrasaron su pecho con ardientes antorchas. La admirable niña no exhalaba ni una sola queja; y esta sublime resignacion, en vez de anonadar á sus verdugos, no hacia mas que aumentar la rabia. Finalmente, el fuego prendió en su cabello esparcido por el rostro, y Eulalia quedó sofocada por el humo y la llama, su cuerpo abandonado en el foro, fué cubierto por la nieve que cayó en abundancia, y en el mismo lugar donde se verificó su martirio, se construyó, andando el tiempo, una iglesia, en la cual se conservaban todavía en el siglo IV sus reliquias.

EUMÉNIDES ó FURIAS, ejecutoras de las sentencias de los tres jueces del infierno pagano Eaco, Minos y Radamanto. Eran tres, Tisifone, Megera y Alecto. Generalmente se las supone hijas de la Discordia. El terror que inspiraban fué causa de que los griegos les elevasen templos é hiciesen sacrificios, distinguiéndolas ademas con el epíteto de *dulces* ó *bienhechoras*, por antífrasis, para espresar precisamente y con mas energía lo contrario. Decíase que ningun hombre podia acercarse á sus altares, so pena de perder el juicio; no obstante, en Atenas, contra la comun preocupacion, estaban encargados de su culto unos sacerdotes llamados Besíquidas, ante quienes cuantos comparecian en presencia de los jueces del Areópago prestaban juramento de decir verdad. En Roma reuníanse cierto dia del año los ciudadanos de mas fama por sus virtudes, en el templo de Furina, nombre que tambien daban á la primera de las tres hermanas, y coronados de narcisos, le sacrificaban considerable número de ovejas preñadas, ofreciéndole algunas tortas, amasadas por las mas ilustres damas para aquella ceremonia, y libaciones con miel y vino. Represéntase á las Euménides lívidas y descarnadas, ceñida la cabeza de enroscadas serpientes, con alas de murciélago, un hacha encendida en una mano y en la otra un manojo de culebras, con las cuales azotan cruelmente á los criminales, á quienes no solo castigaban en los infiernos de la manera referida, sino que ademas los perseguian durante la vida con desgarradores remordimientos, sueños espantosos y horribles visiones.

EUNO, esclavo sirio. Bien se puede perdonar á este el haberse metido á

embaucador, siquiera en gracia de que, al parecer, no se llevó en ello el fin de otros muchos, esto es, medrar y especular á costa de los incautos. Euno, dotado de corazon fuerte y de un sentimiento de dignidad que no siempre se hallaba en los de su abyecta clase, deseaba salir de aquel estado de miseria y de servidumbre que encadenaba los briosos impulsos de su alma; y conociendo lo mucho que la supersticion influia en el ánimo de los esclavos, fingióse inspirado por los dioses y enviado por ellos, para ser el libertador de todos los que gemian bajo el pesado yugo de la esclavitud. Al efecto se valia de varios medios, por los cuales consiguió formarse un partido. Uno de ellos consistia en meterse en la boca una nuez llena de polvos de azúfre, que encendia con suma destreza, tanto que sus compañeros creian de buena fe que vomitaba llamas por la boca. Así se fué acreditando poco á poco entre los suyos, en términos que llegó á ser considerado como un dios. Cuando él conoció que era tiempo de obrar, salió al campo al frente de dos mil esclavos, á quienes habia hecho halagüeñas promesas, ademas de la de su libertad, que era lo primero; y pronto vió alistados bajo sus estandartes cerca de cincuenta mil hombres, que derrotaron á varios pretores romanos. La revolucion llevaba trazas de propagarse y dar que hacer al enemigo, pero al fin Euno y los suyos fueron derrotados por Perpena, y crucificados luego que este los hubo en sus manos.

EURIALO y NISO. No estará de mas dar á nuestros lectores una idea de estos dos mancebos, soldados de Eneas, cuyos nombres, muchas veces citados por los poetas, deben su inmortalidad al primer poeta de la antigüedad despues de Homero. Amábanse ambos con la misma ternura que Castor y Polux; juntos combatian, cubríalos el lienzo de la misma tienda, y ni la ambicion ni la hermosura con sus poderosos atractivos lograban separarlos: en los juegos cedíanse mútuamente el premio, despues de haber hecho prodigios de agilidad y fuerza; en las batallas, mas que de su vida propia, cuidaba cada cual de la de su amigo, sin que los peligros le intimidasen, ni hubiese empresa que no fuese capaz de acometer por salvarle ó prestarle al menos el auxilio de su brazo si la ocasion lo requeria. Habiéndosele encomendado un dia á Niso la guarda de una de las puertas del campo troyano, y hallándose este incierto acerca del paradero de Eneas, ausente á la sazon, intentó penetrar en el campo contrario para averiguarlo: Eurialo, sin reparar en lo arriesgado de la empresa, ó tal vez porque comprendió lo grave del peligro á que su amigo se esponia, empeñóse en acompañarle; en el camino divisaron un cuerpo de tropas enemigas, y se emboscaron para no ser vistos; pero mas valerosos que cuerdos, empezaron á dispararles flechas, que aunque no dejaron de causarles daño, fueron causa de que los descubriesen, y de que uno de ellos, Eurialo, cayese en poder de los latinos, perdiéndose de este modo ambos, pues Niso, lejos de pensar en evadirse, se presentó á aquellos, les pidió su vida jurando que era inocente, y que solo él habia tenido la temeridad de atacarlos. Eurialo, por su parte, afirmaba lo mismo, hasta que el capitan, cansado de presenciar aquella estraña contienda y arrebatado por la cólera, atravesó con la espada á su amigo. Inmediatamente el intrépido mozo viendo humear la sangre de este en el desnudo hierro del bárbaro, y conociendo que la muerte de Niso era inevitable, lánzase sobre el asesino y le mata; pero rodeado de sus contrarios, cuyo crecido número no le acobarda, cae tambien cubierto de heridas, dejando al mundo un hermoso ejemplo que imitar, tan sublime como poco seguido, así en aquellos tiempos como en los que dichosamente alcanzamos.

EURICO, nono rey de los godos, elegido en el año 466 de Cristo, reinó 18 años cumplidos, y murió en Arles en el año 484. Eurico por la escala del fratricidio habia subido á la dignidad real en el mismo año 466; fué el primero que dió leyes escritas á los godos: acaso porque juzgó este el medio mas oportuno de precaver que otro delito como el que él habia cometido, le privase de la corona y de la vida. Asegurado en el sólio con las artes de la paz, de la justicia y de la equidad, que cultivó por ventura con afectada solicitud y esmero en los principios de su reinado, se atrajo el ánimo de los buenos y de los malvados; estos amedrentados de los castigos que las leyes les ponian siempre delante de los ojos, y aquellos con el cariño y munificencia. Concibiendo despues el designio de dominar absolutamente en las Españas, dió principio á este vasto proyecto, haciendo la guerra á los suevos que poseian toda la Galia y la mayor parte de la Lusitania. No se alcanza por qué no acudió Remismundo á la defensa de esta, que fué reducida por fuerza de armas á su obediencia. Vuelto inmediatamente su poder contra los romanos que poseian á Pamplona, Zaragoza, Toledo y Cartagena, para la conquista de estas provincias dividió en dos trozos su ejército: con el uno rindió á Pamplona y Zaragoza, y marchando con el otro sobre Tarragona, tomó por asedio esta ciudad, desmantelándola en pena de su resistencia, con cuyo ejemplo se sujetaron á sus armas las provincias de Cartagena y Toledo, consiguiendo de esta suerte arrojar de ellas á los romanos que las habian dominado por espacio de casi 700 años. Glorioso con estas victorias, volvió sus fuerzas contra las demas provincias que los romanos conservaban en las Galias, mandadas entonces por el prefecto Arvando, dispuesto á entregarlas sin resistencia; pero descubierta la traicion del prefecto, y castigado con pena de muerte en Roma, no pudo Eurico hacerse dueño de aquellas ciudades con la facilidad que le prometian las negociaciones que habia entablado con los romanos, ofreciendo suspender sus designios. No subsistió mucho tiempo en la fe estipulada en los tratados hechos por la mediacion del obispo de Pavía Epifanio, de cuya autoridad se valió el emperador Nepote para persuadirle, pues invadió inmediatamente la Aquitania romana, domó los paises de Rodas, Cahors y Limoges, y sitiando á Clermont, la obligó á rendirse, despues de un obstinado asedio en que esperimentó su ejército considerables pérdidas, por hallarse defendiendo la ciudad el conde Ediccio, hijo del emperador Avito, su gobernador, que á un singular talento militar unia los demas requisitos de valor y constancia que forman un digno general. Prosiguió Eurico con sus conquistas: rindió á Marsella, tomó á Arles, y domó á los borgoñones. Colocó en esta ciudad su corte, y hallándose gravemente enfermo, pidió á los suyos eligiesen por su sucesor á su hijo Alarico; habiéndolo conseguido, falleció en la era 522, año 484, habiendo reinado 18 años cumplidos.

EURÍPIDES. Uno de los poetas trágicos mas célebres de Grecia. Nació en Salamina, en el año primero de la olimpiada 75, esto es, 482 antes de Jesucristo. Fué hijo de Mnesarco y de Clito, herbolario segun varios autores, y segun otros persona distinguida. En el dia en que Eurípides vino al mundo, ganaron los griegos una gran victoria junto á la confluencia del *Euripo*, y como recuerdo glorioso de esta célebre jornada, se dió al hijo de Mnesarco el nombre con que es conocido. Ocurrió tambien, hallándose en cinta Clito, que consultado por su marido el oráculo para saber el destino que aguardaba al fruto que aquella llevaba en sus entrañas, recibió esta respuesta: «Tendrás un hijo que causará la admiracion de Grecia y del mundo entero, y el laurel sagrado dará sombra mas de una vez á su frente vencedora.» De

suerte que todo parecia indicar que, en efecto, el hijo de Mnesarco estaba llamado á grandes cosas. Segun la interpretacion que este hizo de las palabras del oráculo, su hijo llegaria á distinguirse en los juegos olímpicos, y fijo en esta idea, le dió una educacion correspondiente á lo que reclamaban los ejercicios atléticos. No fueron perdidos los desvelos de Mnesarco, pues Eurípides ganó el premio en las fiestas de Teseo y de Céres; pero no siendo esta su vocacion, despues de estudiar pintura, elocuencia y filosofía, se dedicó enteramente al teatro á los 18 años de edad. Este era su verdadero terreno, y en este debia conquistar la inmortalidad. En sus obras, generalmente, se ve severamente censurado el bello sexo, al cual pinta con unos colores poco favorables por cierto. Achácase esta severidad á los disgustos domésticos que amargaron su vida, pues con las dos mujeres que tuvo, fué desgraciado; lo cual suministró á Aristófanes y á otros poetas cómicos de la época, asunto para groseras sátiras. Que no odiaba á las mujeres por natural carácter, lo prueban bien las siguientes palabras de Sófocles: «Sí, las detesta en sus tragedias, pero las ama y las busca por todas partes» y otro tanto confirma Ateneo. Ademas, en algunas de sus tragedias rinde homenaje á la virtud de las heroinas que figuran en ellas. Retirado á la corte de Arquelao, rey de Macedonia, recibió cuantos obsequios y distinciones merecia por la superioridad de su genio, y aun desempeñó uno de los puestos mas eminentes del Estado. El monarca macedonio, al protejerle tan eficazmente, parece que se llevaba la idea de que el gran poeta celebrase alguna accion de su reino, pero Eurípides, para esquivar el compromiso en que pudieran ponerle los deseos de Arquelao, le dió esta ingeniosa respuesta: «¡No permita el cielo que vuestro reino me suministre nunca asunto para una tragedia!» Murió Eurípides á la edad de 76 años, pero de una manera trágica y singular, pues si ha de darse crédito á las conjeturas de varios historiadores célebres, paseando á solas por un bosque, fué acometido y destrozado por una jauria de perros. En el mismo dia de su muerte empezó á dar á conocer su sanguinario carácter Dionisio el tirano; á propósito de lo cual decia Timeo, que precisamente cuando el destino arrebataba al pintor mas hábil de las calamidades trágicas, aparecia el autor de ellas en la escena del mundo. El rey de Macedonia, en demostracion del gran sentimiento que le habia causado la muerte de un poeta á quien tanto habia apreciado, mandó celebrar suntuosos funerales presididos por él, y costeó un magnífico monumento que guardase las cenizas del grande hombre. Tambien fué para Atenas un motivo de dolor y de luto tan sensible pérdida, y el mismo Sófocles, su amigo y rival, vistió luto, y quiso que sus actores se presentasen sin corona en el teatro. El poeta Flemon, grande amigo de Eurípides, espresó en un epígrama sus deseos de salir pronto de esta vida, para encontrar á aquel entre los muertos. No sucedió lo mismo con Aristófanes, quien no solo no le respetó en vida, sino que á poco de su muerte escribió contra él la famosa comedia titulada *las Ranas*, en la que bajo el velo de la poética ficcion, califica el mérito de los tres trágicos Esquiles, Sófocles y Eurípides, dando á Baco el trono de la tragedia el primero, quien al salir de los infiernos pide que ocupe el segundo su puesto durante su ausencia. Los atenienses reclamaron los restos del eminente poeta, y como Arquelao se negase á entregarlos, erigieron aquellos un soberbio cenotafio, que aun se veia en tiempo de Pausanias. Setenta y cinco tragedias compuso Eurípides, y este número, que no podrá menos de asombrar á todo el que conoce las grandes dificultades del arte dramático, no parece que indicaba en aquella época remota mucha fecundidad, pues jactándose el poeta Alcestes de que mientras aquel escribia un verso, él

fabricaba, que así puede decirse, tres, le contestó el primero:—«*Hay, sin embargo, una diferencia notable entre versos y versos, y es que los tuyos durarán tres dias, y los mios lo que durare el mundo.*» De las setenta y cinco tragedias, diez y nueve solamente han llegado á nuestros dias. Quintiliano hace este juicio de ellas. «Su estilo está lleno de bellas sentencias, y bien haga hablar ó bien replicar á sus personajes, siempre le encuentro comparable á lo mas fecundo que tenemos en el foro.» Las tragedias del poeta griego adolecen de grandes defectos, principalmente en cuanto á la disposicion y trama de la fábula; pues ademas de la languidez que se advierte en las esposiciones, de la incoherencia de los episodios é incidentes, se nota á menudo poco arte en el desenlace y aglomeracion de acciones, lo cual oscurece el argumento y debilita el interes dramático, agregándose á esto la abundancia de escenas ó mas bien disertaciones filosóficas y políticas. No puede negarse, sin embargo, que atendido el estado de la literatura dramática en aquel tiempo, Eurípides merece grandes elogios, pues de primer órden son tambien las bellezas que en sus obras se encuentran. Dícese que, cuando los abderitas vieron la representacion de su Andrómaca, fué tal la impresion que esta tragedia les causó, que todos fueron acometidos de una especie de locura. Hé aquí los títulos de algunas de las tragedias que nos quedan de Eurípides:—*Hécuba.*—*Las Fenicias.*—*Alcestes.*—*Medea.*—*Electra.*—*Andrómaca.*—*Los Suplicantes.*—*Ifigenia en Taurida.*—*Las Bacantes.*

EUTERPE. Una de las nueve musas, inventora de la flauta, que otros atribuyen á Minerva; preside á la música y tambien, segun algunos, á la poesía pastoril. La representan con una corona de flores, tocando la flauta, y rodeada de atributos alusivos al cargo que desempeña en el monte Parnaso.

EVA, en hebreo HEVAH (madre de los vientos), esposa de Adan y madre de todos los hombres. Dios crió al hombre á imágen y semejanza suya, formándole del cieno de la tierra, y ademas de dotarle del precioso don de la inteligencia, cuyo atributo es el que mas le distingue de los séres irracionales, puso á su disposicion cuanto le rodeaba, así para satisfacer sus necesidades, como para su recreo, y para que en los prodigios de la naturaleza adorase la alta Providencia, que con sola su voluntad; los habia sacado de la nada. El hombre, pues, se vió rey de la creacion, y habitante del paraiso, jardin deliciosísimo, digna obra del Ser que lo habia formado, y digna morada de la inocencia. Pero se encontraba solo en la inmensidad del mundo, en el silencio de la naturaleza, al paso que animales de clase inferior, vivian en parejas y tenian la facultad de perpetuar su especie. Entonces Dios determinó sacarle de aquel estado de aislamiento, de soledad, y dijo: «Hagamos un ser semejante á él,» é infundiendo en el primer hombre un sueño profundo, tomó una costilla de este, vistióla de carne, la comunicó el principio de la vida y de la inteligencia, y creada de este modo la mujer, se la presentó á Adan, para que fuese compañera suya. Resplandecia en la nueva obra de Dios una belleza incomparable, unida á los atractivos de la juventud y del candor, y Adan, al verla con asombro, esclamó: «Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne,» como si presintiese la santa intimidad que debia reinar en el matrimonio. Como todavía la mancha del pecado no habia hecho ruborizar su frente, como estaban libres de todo pensamiento impuro, contemplaban su desnudez sin avergonzarse, cual si fuesen dos niños que apenas saben balbucear el nombre de sus padres. Nada turbaba la serena dicha de la hermosa é inocente pareja, y los árboles, las flores, los céfiros, las fuentes, los rios, las aves, toda la naturaleza, en fin, unia sus misteriosos y

dulces ecos para saludar á nuestros primeros padres. Habíales impuesto el Señor un solo precepto, para probar su obediencia, tan fácil de observar, como de terribles resultados, si faltaban á él; puesto que en el primer caso la inmortalidad seria su premio; en el segundo la muerte su castigo. Entre los árboles del paraiso habia uno, el árbol de la ciencia, del bien y del mal, y á este les prohibió Dios que tocasen, quedando todos los restantes á su disposicion. Pero el demonio, bajo la astuta forma de una serpiente, acechaba una coyuntura favorable para sorprender el corazon de Eva, y así lo hizo; aseguró á esta que no por quebrantar el precepto moriria, antes por el contrario, comiendo del fruto prohibido, llegarian á ser casi unos dioses, puesto que despertaria su dormido entendimiento, y llegarian á conocer el bien y el mal. Seducida Eva completamente, y escitada su curiosidad de probar el fruto, fijó la vista en él, admiróle su hermosura, y alcanzándolo, comió de él y dió de comer á Adan. Abrieron los ojos, en efecto, como habia dicho la serpiente, pero fué para conocer el hondo abismo de infelicidad en que se habian precipitado, advirtiendo entonces que estaban desnudos. El crímen enjendró la vergüenza, y corrieron á ocultarse, huyendo uno de otro. Interrogados luego por Diós, á quien en vano querian disfrazar la horrenda falta cometida, Adan declaró culpable á la mujer, y la mujer declinó toda la responsabilidad en la serpiente, causa de su perdicion. Entonces fué cuando el Señor pronunció aquellas terribles palabras del Génesis: «Dijo asimismo á «la mujer: multiplicaré tus dolores y «tus preñeces; con dolor parirás los «hijos, y estarás bajo la potestad de tu «marido, y él tendrá dominio sobre «tí.» Y á Adan dijo: «Por cuanto oiste «la voz de tu mujer, y comiste del ár«bol de que te habia mandado que no «comieras, maldita será la tierra en «tu obra: con afanes comerás de ella «todos los dias de tu vida; espinas y «abrojos te producirá, y comerás la «yerba de la tierra, con el sudor de tu «rostro comerás el pan hasta que vuel«vas á la tierra, de la que fuiste toma«do; porque polvo eres, y en polvo te «convertirás.» Hizo tambien el Señor Dios á Adan y á su mujer, unas túnicas de pieles y vistiólos. Y dijo: «Hé «aquí, Adan, como se ha hecho uno de «nos, sabiendo el bien y el mal, ahora, «pues, porque no alargue quizá su «mano y tome tambien del árbol de la «vida, y coma y viva para siempre. Y «echólo el Señor Dios del Paraiso del «deleite, para que labrase la tierra, de «que fué tomado. Y echó fuera á Adan, «y delante del Paraiso puso querubi«nes y espada que arrojaba llamas, y «andaba alrededor para guardar el ca«mino del árbol de la vida.» Privados por su culpa de la antigua felicidad nuestros primeros padres; y desterrados para siempre de su primitiva morada, concibió Eva, y tuvo, segun la Escritura, muchos hijos de ambos sexos, aunque solo cita los nombres de tres, que fueron, Cain, Abel y Seth. Ignórase la edad que tenia Eva cuando murió; algunos suponen que la misma que Adan, poco mas ó menos, siendo esta la de nuevecientos treinta á nuecientos cuarenta años. Los que profesan la religion de Mahoma veneran mucho la memoria de la primera madre de los hombres, cuya gruta enseñan cerca de la Meca, y cuyo sepulcro suponen que está en Djiddah, en el mar Rojo. Tienen asimismo en gran veneracion la montaña de Arafat, punto en el que dicen, que Adan y Eva se encontraron despues de una larga ausencia, y rinden culto á uno y otra los orientales, dedicándoles una fiesta en 19 de noviembre, porque los cuentan en el número de los bienaventurados. No hay suposiciones, fábulas ni patrañas, por ridículas y estravagantes que sean, que no hayan inventado algunos escritores, relativas á nuestros primeros padres, alterando á su gusto la hermosura, sencillez y verdad de la Sagrada Escritura.

EVENO III, rey de Escocia. Fué hombre que poseia todos los vicios que podian hacerle aborrecible, y que prepararon su trágico fin, pues murió en una estrecha prision degollado, despues de reinar siete años. La crueldad, la avaricia y el libertinaje, constituian todos sus goces. Entre otras disposiciones bárbaras que con escándalo general dictó, habia una que prueba su estado de desenfreno ó de demencia, que apenas puede calificarse de otro modo. Mandó, pues, por medio de una ley, que todo hombre viviese con cuantas mujeres quisiese; que los reyes tendrian derecho sobre las de los nobles, y estos á su vez, sobre las de los plebeyos. Si semejante ley se hubiese llevado á cabo, hubiera sucedido una de dos, ó Escocia hubiera quedado despoblada, porque nadie querria ver profanado su lecho nupcial por el primer insolente que se le antojase, ó se hubiera convertido en un inmundo lupanar, renovando los desórdenes y la prostitucion de las antiguas Sodoma y Gomorra. El resultado fué el que debia esperarse; los nobles fueron los que primero se rebelaron, siguióles el pueblo, y el imbécil príncipe pagó con su cabeza aquella singular ocurrencia, que deja muy atras á la de Mahoma, relativa al matrimonio.

EXIMENO (Antonio). Nació en Valencia á 26 de setiembre de 1729. La universidad de esta capital le contó en el número de sus alumnos, y en ella se distinguió por sus conocimientos en humanidades, y con especialidad en la lengua del Lacio, en la cual alcanzó tanta perfeccion, que improvisaba versos latinos de bastante mérito, dictándolos á dos escribientes al par. Facilidad tanto mas admirable, cuanto que los hacia en un idioma estraño. Entró en la Compañía de Jesus en octubre de 1745, y despues de concluir su carrera con el aprovechamiento que su natural despejo y su amor al estudio prometian, fué nombrado catedrático de retórica y poética de la universidad de Valencia y del seminario de nobles de San Pablo. En el desempeño de este cargo dió repetidas muestras de su capacidad y vasta instruccion, y los sermones que predicó en varias iglesias, le dieron tambien nombradía, como orador sagrado. Dedicado contínuamente al estudio, ensanchó la esfera de sus conocimientos, y sobresalió en las ciencias matemáticas. Sus observaciones sobre el paso de Venus por el disco solar, merecieron alto concepto entre los sábios de Alemania, que las imprimieron en Viena. El rey don Cárlos III, de feliz recordacion, le nombró catedrático de matemáticas del colegio de cadetes de artillería de Segovia, cuando la creacion de dicho establecimiento, y sus sábias lecciones formaron discípulos tan aventajados, como el teniente general don Tomás Morla. Con motivo de la famosa espulsion de los jesuitas, hubo de pasar á Italia, en donde por sus talentos, muy apreciados en aquel pais por los hombres mas eminentes, fué admitido en el seno de la mayor parte de las sociedades literarias. La de los Arcades de Roma, le distinguió con el nombre de *Aristógenes Megáreo*. Regresó á Valencia en 1798, en virtud de real órden de aquella fecha, y despues de permanecer por espacio de dos años en compañía de su familia y de sus amigos, que echaban mucho de menos su sencillo é instructivo trato, volvió á Italia, y concluyó sus dias en Roma, acaeciendo su muerte en 9 de junio de 1808. El célebre padre Andres, el ilustrísimo señor don Francisco Cerdá y Rico y otras personas tan competentes como estas, han hecho grandes elogios de Eximeno; la revista de Lóndres, los periódicos de Milan y de Florencia, el diccionario histórico biográfico de Feller, y el publicado en Paris por una sociedad de literatos en 1812, contienen tambien merecidísimas alabanzas de nuestro compatriota, que fué considerado como uno de los escritores mas sábios y eruditos de aquel tiempo. Las obras que escribió fueron muchas, y la

mayor parte de ellas alcanzaron gran fama, siendo en efecto, dignas de su reputacion. Hé aquí el catálogo de las principales: *Oracion que en la apertura de la real academia de caballeros cadetes del cuerpo de artillería, nuevamente establecido por S. M. en el real alcázar de Segovia, dijo en 16 de mayo de 1764*, etc. Un tomo en 4.° mayor.—*Cuatro respuestas muy graciosas á los autores de las efemérides de Roma del año de 1774, que impugnaron la obra de Eximeno sobre la música*, sin nombre de autor.—*Vaticinium calcantis odœ.—Del orígen y de las reglas de la música, con la historia de su progreso, decadencia y renovacion, obra de don Antonio Eximeno, en las pastores Arcades, Aristógenes Megáreo, dedicada á la augusta real princesa María Antonia Balburga de Baviera, electora viuda de Sajonia, entre las pastoras arcades Ermelinda Talea;* esta obra tuvo varios impugnadores porque combatía los errores de los sistemas antiguos acerca de la música, pero fué altamente encomiada por respetables autoridades, de manera que tuvo una estraordinaria acogida.—*Ensayo del contrapunto del padre Martini.* Este Martini era considerado en Italia como el *non plus de la música*, así es que la obra de nuestro compatriota levantó gran polvareda, y al paso que los discípulos y apasionados de Martini no encontraban palabras bastantes para combatir á Eximeno, en Milan y en Florencia llamaban á este los periódicos el *Newton de la música*, y los de Lóndres *Autor original.—Carta del señor abate don Antonio Eximeno al R. P. M. Fr. Tomás María Mamachi, sobre la opinion del señor abate don Juan Andres, acerca de la literatura eclesiástica de los siglos bárbaros.—Del orígen, progresos y estado actual de la literatura.—Ant. Eximeni institutiones philosophicœ et matematicœ.—El espíritu de Maquiavelo.—Tragedia de Aman, representada en un certámen en San Pablo de Valencia.—Investigaciones músicas de don Lazarillo Vizcardi.—Apología de la historia de don Quijote, sobre algunos errores que le atribuye don Vicente de los Rios en la vida que publicó de Cervantes.—Historia militar de España.—Manual del artillero.* Estas dos últimas se citan en el artículo de Eximeno, en el diccionario publicado en Paris, de que ya hemos hecho mérito, y se atribuyen á nuestro compatriota, por cuyo motivo hemos creido conveniente incluirlas en el catálogo, sin que podamos responder de que en efecto pertenecen á este sábio.

F

FAETON, hijo de Apolo y de la ninfa Climene. Criábase en Egipto en compañía de Epafo, hijo de Júpiter y de Io, cuando este, que habia sido vencido por él en varios ejercicios, irritado por la envidia, se atrevió á insultarle, llamándole bastardo, y afirmando que no descendia de Apolo, sino de algun amante desconocido de su madre. Acudió el agraviado jóven al dios pidiéndole le permitiese guiar su carro, para probar á Epafo que él y no otro le habia dado el ser, y el monarca de la luz cometió la imprudencia de poner en sus manos inespertas las riendas de los fogosos caballos del astro del dia. Pero desconociendo estos á su conductor, precipitáronse desbocados y en poco estuvo que la tierra entera no se abrasase en la hoguera del sol, que jamas la habia alumbrado tan de cerca. Júpiter indignado confundió al atrevido mancebo con uno de sus rayos, lanzándole en medio del rio Eridano, hoy Pó, en Italia, cuyas aguas le sirvieron de tumba. Sus hermanas, las Heliadas, y su amigo y primo Cieno, le lloraron tanto, que los dioses, compadecidos, transformaron á las unas en álamos, de cuyas hojas se desprendian brillantes gotas de rocío, y al otro en cisne, para que en dulcísimos fúnebres cantos, celebrase la muerte de su infortunado deudo.

FAIEL ó FAYEL (Eudon de), señor del Vermandois, en Francia, célebre por una de las acciones mas atroces que la historia nos conserva. Estaba casado con Gabriela de Vergy, jóven que á lo ilustre de su orígen unia la belleza mas seductora. Visitábala frecuentemente Reinaldo, señor del castillo de Coucy, quien no pudiendo dominar la pasion que sus atractivos le habian inspirado, se decidió á manifestársela claramente á la hermosa Gabriela. En vano intentó luchar la virtud de esta con las seducciones del apasionado mancebo; el amor que ella misma habia concebido por Reinaldo, se revelaba ya en sus acciones y en las propias palabras con que queria ocultarlo ó desmentirlo. De este peligroso trato nació una íntima amistad entre los dos jóvenes, que no podia esconderse á la celosa é inquieta mirada de Fayel, hombre que, aunque de carácter duro y arrebatado, logró sepultar en el fondo de su corazon la rabia que le ahogaba, esperando en tanto tener pruebas mas claras de sus sospechas, para proceder contra entrambos. Por aquella época partió Ricardo de Inglaterra, mas conocido con el nombre de *Corazon de Leon*, á Tierra Santa, á pelear con los cruzados contra los infieles, y como Reinaldo estuviese ya alistado para asistir á aquella guerra, hubo de abandonar su pais y su amada. El infortunado jóven murió en una peligrosa accion, atravesado por un venablo; pero en su agonía encargó á su escudero que al regresar á Francia, entregase á Gabriela una carta escrita de su puño y letra, un cofrecito de plata que contenia las alhajas y presentes que aquella le habia entregado al tiempo de su despedida, y su corazon que, por disposicion suya, debian arrancarle del pecho así que exhalase el último suspiro. Al regresar á su pais el escudero, encaminóse desde luego al castillo de Fayel, cerca de cuyas puertas encontró al mismo esposo de Gabriela, que conociéndole al punto, le obligó á referirle el objeto de su llegada, y todo lo que supiese relativo á la misma; apoderándose en seguida del funesto presente, penetró en el castillo ardiendo en deseos de ejecutar el horrible proyecto que habia meditado. Habló con uno de los dependientes del castillo, procuró disimular sus rabiosos celos y su espantosa idea, y sentado á la mesa con Gabriela, dijo

á esta luego que hubo comido de uno de los platos que se sirvieron: «*Ese manjar, sin duda, te habrá parecido escelente, porque es el corazon de tu amante;*» y como si aun no estuviese satisfecha su crueldad con esas palabras que descubrian lo que aquella desgraciada no habia ni sospechado siquiera, vació sobre la mesa el cofrecito en que iban la joyas. Al ver aquellas tristes prendas, al oir la funesta nueva, la infeliz Gabriela quedó muda y helada de horror, como si la hubiese herido un rayo, y luego cayó desmayada. Las primeras palabras que pronunció al volver en sí, fueron estas: «*Juro que, puesto que tan escelente manjar he comido, no volveré á tomar alimento alguno,*» y cumpliendo el fatal juramento murió entre las angustias del hambre á los pocos dias. Este horrible suceso acaeció en 1191. No duró mucho mas la vida de Fayel, pues los remordimientos de haber sacrificado tan inhumanamente á una esposa á quien siempre habia amado, empezaron á perseguirle desde entonces dia y noche, no pudiendo encontrar reposo mas que en el sepulcro. Algunas historias refieren otro hecho análogo de una condesa de Astorga, pero los indicios mas fundados prueban, al parecer, que esto no es otra cosa que el suceso trágico de Fayel, con ciertos variantes, ó hay que suponer que Belloi escribió sus memorias con arreglo á la anécdota de la condesa de Astorga.

FÁLARIS, tirano de Agrigento, oriundo de Astafilea, ciudad de Creta. No se sabe á punto fijo la época ni la duracion de su reinado, y únicamente hay conformidad en los historiadores respecto del nombre de su padre, que se llamaba Leodamas. Fálaris debe su fama tanto á su tiranía, cuanto al horrible castigo que daba, segun se dice, á sus enemigos, como referirémos mas adelante, metiéndolos en una espantosa máquina que jamas existió, en concepto de algunos historiadores, siendo, por lo tanto, falsos cuantos hechos se atribuyen respecto de ella á Fálaris. Refiérese tambien, que estando en cinta su madre, tuvo un sueño que fué considerado como un presagio de la futura grandeza y crueldad del tirano. Sea de esto lo que quiera, lo indudable parece que Fálaris manifestó desde muy jóven, y ya huérfano de padre y madre, disposiciones naturales poco comunes, y que tomó alguna parte en los negocios públicos. Pero trasluciéndose su ambicion, tuvo que salir desterrado de Astafilea, con cuyo motivo pasó á Agrigento en donde le admitieron. Fálaris, ya por sus liberalidades, ya con sus intrigas ó por otros medios oportunos, logró adquirirse gran partido entre cierta gente del pueblo, con el auxilio de la cual consiguió hacerse dueño de la ciudad, y establecer su gobierno durante la solemnidad de las Temosforias. Su conducta fué al principio moderada, y varios actos benéficos y medidas sabias, así como tambien la proteccion que dispensó á los poetas y artistas, parecian anunciar una era de dicha y sosiego. Fálaris no hizo mas en esto que imitar el ejemplo de tantos otros tiranos, que mientras se conceptúan débiles, usan de todos los artificios y engaños que les sugiere su perversidad, mas luego que ven robustecido su poder, dan rienda suelta á sus vicios y no tienen mas guia que sus caprichos. Los himerios, que estaban en guerra con sus vecinos, pretendieron pedir auxilio á Fálaris para terminarla, engañados, como todos, con la aparente blandura y virtud del tirano; pero desistieron de su proyecto, gracias á un ciudadano distinguido, que para apartarles de él les refirió la fábula del caballo que pide socorro al hombre para vengarse del cielo. Hasta entonces no se habia dado á conocer, seguramente, el carácter de Fálaris, ni existian mas que pretensiones de lo que podria ser. Pronto se vieron, sin embargo, convertidas las sospechas en realidades. Era por aquella época Agrigento una ciudad que encerraba en su seno hombres inquietos y turbulentos,

que á cada paso ponian en conmocion el Estado con sus sediciones. En una de ellas se vió, pues, obligado Fálaris á usar medidas de rigor, derramando la sangre de los principales ciudadanos, pero con tal ceguedad, que lejos de acabar de una vez con las conspiraciones, no hizo sino aumentarlas y darles aspecto mas serio que el que hasta entonces habian presentado; esto al menos resulta de la relacion de los antiguos, si bien se cree que exageraron las crueldades de Fálaris con el intento, loable sin duda, de inspirar mas horror á la tiranía, pintando la del tirano de Agrigento con colores aun mas odiosos de lo que eran en realidad. Y tantos mas motivos hay para creer en la exageracion de que hablamos, por cuanto este príncipe no era estraño á los sentimientos de piedad, dando muestras de ella en algunas circunstancias, en que pudiendo acabar con sus enemigos se contentó con desterrarlos. El siguiente hecho referido de varios modos por los historiadores que de él se han ocupado, y creido por unos al paso que otros le niegan formalmente, ha contribuido á eternizar en la historia, como al principio de esta biografía indicamos, el nombre de Fálaris. Perilo, escultor ateniense, deseoso de alcanzar la proteccion del tirano ó alguna considerable recompensa, inventó y presentó á Fálaris un toro de bronce hueco, en donde el desgraciado que allí entrase, devorado por el fuego que se pondria debajo, lanzaria tales gritos que, por la disposicion acústica del espantoso mónstruo metálico, al salir por la garganta de este se parecerian á los bramidos de un toro. Dícese que Fálaris lejos de premiar el horrible invento del adulador artista, no solo recibió con el mayor desprecio é indignacion á Perilo, sino que dispuso que muriese encerrado en la misma máquina que su inhumanidad le habia inspirado para tormento de sus semejantes, consagrando despues de este acto de justicia el terrible invento en el templo de Apolo. Luciano pone entre sus obras el discurso que Fálaris pronunció con tal motivo, pero repetimos que segun otros muchos autores, jamas existió la famosa máquina. No hay mayor conformidad respecto del género de muerte de Fálaris, presumiéndose únicamente que los agrigentinos le mataron á pedradas, acaeciendo su muerte por los años 556 antes de la era cristiana, segun Eusebio y Suidas, citados por Lanauce. Los habitantes de Agrigento, deseando que desapareciese para siempre hasta el menor vestigio de lo que pudiera recordarles la pasada tiranía, decretaron, por medio de una ley, la prohibicion de los vestidos azules, por ser este color del uniforme de los guardias de Fálaris.

FALCONET (Esteban Mauricio). Nació en Paris en 1716, y descendia de una familia poco acaudalada, oriunda de Exilles, en el Piamonte. Desde muy jóven empezó á distinguirse tan notablemente en la escultura, que la emperatriz de Rusia, Catalina, le llamó á su corte, en donde entre otras honoríficas distinciones con que recompensó su mérito, le dió el título de *visokorodie*, ó Vuestro Alto poder. Solo su genio pudo apartarle del camino del mal gusto, en que indudablemente hubiera entrado en los primeros años de su educacion artística, á causa de haber trabajado algun tiempo en casa de un escultor detestable; por fortuna despues le admitió el famoso Lemoine en la suya, y las dos circunstancias espresadas contribuyeron á sus grandes y rápidos adelantos, en términos, que á los seis meses de estudio al lado del último artista citado, ejecutó su estátua de *Milon de Crotona derribado por el leon*, que le valió el nombramiento de individuo de la Academia, de la cual fué luego vicedirector. Al mismo tiempo que se entregaba á su arte favorito, cultivaba su inteligencia con otros conocimientos no menos útiles, como el de las letras y los idiomas italiano y latino. En 1766 le llamó Catalina II,

encargándole la estátua ecuestre de Pedro el Grande, de cuya obra no quedó al parecer muy satisfecha la emperatriz, sea que el artista no hubiese realizado el pensamiento de aquella, sea, y esto es mas probable, que los cortesanos le hubiesen desconceptuado con la célebre princesa. La idea de Falconet era, sin embargo, grandiosa. El famoso emperador estaba representado en su paso por una escarpada roca, teniendo bajo los piés de su caballo una serpiente aplastada, como figura simbólica de los obstáculos que aquel grande hombre tendria que vencer para introducir la civilizacion en sus vastos dominios. La base, que era de granito, de una sola pieza, pesaba cerca de tres mil quintales. La primera fundicion de la figura y del caballo, que debia hacerse de una vez, salió mal, pero ejecutando Falconet la segunda, amalgamó las dos partes, en términos, que no se conocian las señales de la juntura. Permaneció el insigne escultor algun tiempo en Holanda, y regresó á Paris en 1778; cinco años despues intentó un viaje artístico á Italia, para ver y estudiar los monumentos de la patria de las artes, pero una parálisis le quitó la vida en enero de 1791. Son notables entre sus obras, ademas de las mencionadas, *Pigmalion.—Una mujer bañándose.—El Amor amenazando* y un *Cristo en la agonía*. Esta escultura, así como tambien una *Anunciacion* y las estátuas de *Moises* y del *rey David*, fueron hechas para la iglesia de San Roque. Se habia formado Falconet una idea tan elevada del poder de su arte, que en este particular no dudaba en comparar la ilusion que causaba en todos los casos, como la que produce la pintura. Su amigo el pintor Dumont le dijo un dia, en que disputaba con él acerca de este asunto: «Si es así, haz, pues, un claro de luna con la escultura.» Las obras literarias de Falconet son: *Reflexiones sobre la escultura.—Observaciones sobre la estátua de Marco Aurelio.—Traduccion de los libros* 34, 35 y 36 *de Plinio*, con notas.

FALIERI (Marin), conocido generalmente con el nombre de Marino Faliero. Sucedió en el dogado de Venecia á Juan Dandolo, autor de las *Crónicas de Venecia*, en 11 de setiembre de 1354, época en que el poder de esta célebre república, habia sufrido una gran derrota naval por los genoveses, en el puerto de Sapienza. La historia de este famoso personaje y su trágico fin son tan interesantes, que han suministrado asunto á varios de los primeros poetas de Europa, y entre otros á Byron, cuyo magnífico drama es bien conocido. Cuando Falieri fué nombrado dux tenia ya 76 años, era hombre opulento, y habia desempeñado empleos importantes. La prudencia propia de su edad, el conocimiento de los negocios públicos, la práctica adquirida en sus altos destinos, su brillante posicion y antecedentes, todo indicaba que su gobierno seria paternal, y que la república floreceria bajo su direccion. Pero tenia una esposa tan jóven como bella, y naturalmente, aunque esta hubiera sido un modelo de virtud, el anciano dux habia de esperimentar la pasion de los celos, nunca mas terrible que cuando media tanta desigualdad de edades y de caractéres, como entre Falieri y su esposa. De quien mas sospechaba Falieri era precisamente de uno de los jefes del tribunal de los cuarenta, llamado Miguel Steno, llegando á tal estremo la desconfianza, ó mas bien el ódio, de entrambos, que se insultaron mútuamente en un baile de máscaras; de cuyas resultas Steno fué condenado á un mes de prision por el mismo cuerpo de que era presidente. Semejante castigo no podia satisfacer en manera alguna el resentimiento del dux, y mucho menos destruir los celos que le devoraban; antes por el contrario, pues sospechaba que luego que aquel se viese libre, con el recuerdo de la pena que le habia hecho sufrir su enemigo, trabajaria con mas empeño que nunca, no ya solamente en atizar el fuego que ardia en su corazon, sino hasta para derribarle del

alto puesto que ocupaba. Así, pues, Falieri proyectó vengarse nuevamente de Steno, por las causas indicadas, y del tribunal y la nobleza, porque no habian vengado mejor su injuria. Al efecto, buscó el apoyo de los plebeyos. Estos habian ejercido la soberanía desde el orígen de la república, pero hacia ya cuarenta años que no tenian participacion en el poder, usurpado por la nobleza, y así era fácil moverlos contra esta, igualmente que contra los jóvenes patricios, á quienes aborrecian por la insolencia con que les trataban. El plan se reducia á lo siguiente: el 15 de abril de 1355 se reunirian en la plaza de San Marcos, al toque de rebato, seiscientos conjurados; á esta señal de la campana debian acudir todos los nobles para reunirse alrededor del senado; y conforme fuesen llegando, serian degollados por los que entraban en el complot. Este plan hubiera dado el fruto que los amigos del dux se proponian, y el poder de la nobleza hubiera sufrido indudablemente un golpe de muerte; pero hubo un miserable que lo reveló al terrible y sanguinario consejo de los diez, el dia antes de su ejecucion, y muchos de los comprometidos en él perecieron en varios suplicios. El delator recibió en premio de su infamia el título de noble y algunas otras recompensas. ¡Envidiable nobleza! Marin Falieri fué tambien decapitado á los tres dias del descubrimiento del complot, en la escalera del palacio ducal, y en el lugar mismo en que habia prestado juramento de fidelidad á la república, de cuyo gobierno era jefe. No falta quien opine, con algun fundamento, que la historia de los celos de Falieri es pura invencion, ó que por lo menos estos contribuyeron de una manera muy secundaria al proyecto del anciano dux; siendo probable que este lo formara sin mas motivo ni fin que el de restablecer la influencia popular, abatida por la opresion de los nobles. El sitio de la sala del Consejo Supremo, correspondiente al retrato de Falieri, que con los de los demas duces debia rodear aquel recinto, se vió ocupado despues de su muerte por un trono cubierto con un velo negro con esta leyenda: «*Este es el lugar que correspondia á Marin Falieri, decapitado por sus crímenes.*»

FALOPIO ó FALLOPE (Gabriel). Nació en Módena, en 1523, ó segun Tommasini, en 1490, si bien esta fecha debe estar equivocada á juzgar por el testimonio del mismo Falopio. Otros autores aseguran que fué discípulo de Vesalio, pero Martine y el gran Haller afirman lo contrario. Verdaderamente esta diversidad de opiniones importa muy poco á nuestro objeto, y así no nos detendrémos mas en ellas. Son tan escasos los pormenores que se poseen acerca de este célebre anatómico y cirujano, que apenas se sabe mas sino que estudió medicina primero en Ferrara, y despues en Pádua, siendo su principal maestro Antonio Musa Brasavola; que nombrado canónigo de la catedral de Módena, renunció esta prebenda al poco tiempo; que esplicó anatomía en Ferrara y en Pisa; que desempeñó en Pádua la cátedra de cirujía y anatomía; que estaba encargado de la demostracion de las plantas medicinales y la inspeccion del jardin botánico, enriquecido por él con muchos vejetales recogidos en sus viajes por Italia, Francia y Grecia, y que murió cuando aun no tenia cuarenta años de edad. La ciencia anatómica debe á este grande hombre muchos y muy importantes trabajos y descubrimientos, descripciones exactas, hechos é investigaciones interesantísimos, que le aseguran un puesto glorioso entre los primeros sábios que se han dedicado á esta parte del saber humano. Su obra titulada *Observationes anatomicæ*, que, como dice un biógrafo, forma época en los fastos anatómicos, es ciertamente digna de los mayores elogios. La Osteología y la Angiología del feto se hallan descritas en ella por primera vez de una manera tan exacta y completa, que muy poco es lo que se ha

añadido despues; la descripcion de las epífisis, del caracol ó laberinto del oido, de los canales semicirculares y de los conductos que llevan el nombre del ilustre anatómico *(trompas falopianas)*, revelan los grandes conocimientos que este poseia, y las prolijas y difíciles observaciones que debió hacer para comprenderlos y darlos á conocer con la precision y minuciosidad que se descubren. Los huesos etmoides y esfenoides, los alveolos dentarios, las venas, arterias y nervios de estas mismas partes fueron tambien objeto de su estudio. El ligamento que se estiende desde la espina iliaca anterior hasta la sínfisis del púbis, lleva asimismo su nombre, y él fué el primero que señaló, con buen órden y numerosos detalles, los músculos occipitales *(occipito-frontales)*, palatinos *(pterigo-estafilino)*, laríngeos *(estilo-laringeos)*, faringeos *(estilo-faringeos)*, piramidales del abdómen *(pubio-infra-umbilical)*, auriculares *(cigomato-auricular)*, oculares, faciales, el elevador del párpado superior *(recto superior del ojo)*, y el esfinter de la vejiga *(isquio-perineal)*. Ocupóse tambien de los vasos, si bien en este ramo no se halla á la altura que en los restantes, aunque tampoco es en ellos un anatómico vulgar. Respecto del seno de la médula espinal, de las arterias carótidas *(interna y esterna)*, meningias *(superior, media é inferior)*, y etmoidales, las venas yugulares y vertebrales, y sobre el origen de la arteria del pene, era tal la ignorancia, ó la confusion é inexactitud de ideas que habia antes de él, que en este punto le es deudora la anatomía de preciosas nociones. Falopio descubrió en neurología el cuarto par, enumeró los tres ramos del quinto, y completó la descripcion del octavo. La esplanología en general, y en particular los aparatos secretorios de la bilis, de la orina y del sémen, le deben escelentes observaciones; y es notable su descripcion del clítoris, de los ligamentos redondos y de las trompas uterinas. En todos estos luminosos trabajos reina un espíritu de crítica desconocido casi hasta entonces. El gran duque de Toscana protegió al insigne anatómico en sus trabajos, pero ¡de qué manera! Ningun hombre sensible podrá menos de estremecerse al leer las siguientes palabras, aunque relativas á criminales: *Princeps jubet ut nobis dent hominem, quem nostro modo interfecimus, et illum anatomisamus.* Las lecciones de Falopio, publicadas despues de su muerte, están plagadas de errores. Indicarémos los opúsculos que por su mérito ó sus defectos sean susceptibles de anotaciones. *De corporis humani anatomia compendium*, rapsodia en que está mutilada por el compilador la doctrina de su maestro.—*Lectiones de particulis similaribus humani corporis.—De parte medicinæ quæ chirurgia nuncupatur, necnon in librum Hippocratis de vulneribus capitis dilucidissima interpretatio.*—La *cirujía* de Falopio ha sido traducida al italiano por Juan Pedro Maffei. *Libelli duo; alter de ulceribus, alter de tumoribus præter naturam.* Los copiantes han alterado muchísimo todos estos escritos, pero aun así resulta que Falopio era no menos sábio como cirujano que como anatómico. Dougles dice de él: *In docendo maxime methodicus, in secando expeditissimus, in medendo felicíssimus.* El último rasgo bello, literariamente, por su energía y laconismo, está en contradiccion con lo que el mismo Falopio confiesa al hablar de su práctica. Veamos cómo se espresa respecto de las heridas de la cabeza: *Advertatis, quæso; ego fui in causa mortis centum hominum, ignorans causam hanc.* Lo cual no se opone tampoco en manera alguna á que practicase las operaciones quirúrgicas mas difíciles con habilidad y destreza sumas.—*Opuscula, edente Petro Angelo Agatho;* tratado en que el autor considera como empírica la curacion de la sífilis por medio del mercurio, que es su verdadero específico, prefiriendo el guayaco ó palo-santo, cuyos efectos son muy poco se-

guros, y que, ademas, no destruye radicalmente el vicio venéreo.—*De medicatis aquis libri septem.—De metallis et fossilibus libri duo, nunc primum editi per Andream Marcolinum.—De simplicibus medicamentis purgantibus tractatus, nunc recens exactissima cura ab Andrea Marcolino collectus;* de los escritos que dejamos mencionados, y algunos otros, se formó una coleccion que lleva este título: *Opera genuina omnia, tam practica quam theorica, in tres tomos distributa.* Tambien se ha publicado en italiano una coleccion de secretos atribuidos á Falopio, pero indudablemente es apócrifa y está llena de disparates. Concluirémos diciendo que la Historia natural y la Terapéutica, deben á Falopio algunos trabajos que le honran sobremanera, y que Loureiro le dedicó con el nombre de *Falopio* un género de plantas de la China, de la cual hasta el dia no se conoce mas que una especie.

FARIA DE SOUSA (Manuel), célebre historiador y poeta castellano. Su pueblo natal fué Souto (Portugal), en la provincia entre Miño y Duero. Aunque portugues de nacion, es considerado como compatriota nuestro, tanto por haber residido la mayor parte de su vida en nuestro pais, cuanto porque todas sus obras están escritas en español. Descendia Faria de una antigua y nobilísima familia, por cuya circunstancia recibió una educacion bastante esmerada, manifestando ya desde niño una inteligencia tan precoz, que era la admiracion de cuantos le conocian. Aprendió en sus primeros años el dibujo y la pintura, llegando á sobresalir en estas artes, cuanto podia esperarse de su tierna edad; mas no satisfecho su padre con estos solos conocimientos, mandóle, cuando no tenia mas que nueve años, á la universidad de Braga, en donde adelantó notablemente en el estudio de la gramática y la filosofía. Cinco años despues entró á servir de page del obispo de Oporto, Gonzalez, persona instruidísima, y bajo cuya direccion nuestro Faria se perfeccionó en las ciencias, creciendo con los conocimientos adquiridos, su amor al estudio y su ambicion de gloria. En la ciudad citada fué donde se desarrolló su númen poético, inspirado por los atractivos de una jóven que habia logrado cautivar su corazon, y con cuyo motivo escribió un poema, titulado Albania, en que celebra la belleza de su amada. En 1618 contrajo matrimonio, y como la muerte de su protector y maestro, el escelente obispo, ocurriese poco tiempo despues, se decidió á fijar su residencia en Madrid con su familia. No era Faria hombre de carácter muy á propósito para medrar en las cortes, en donde no los merecimientos, la modestia, ni la sencillez suelen alcanzar favor, sino mas bien la ignorancia, la osadía y la intriga, con muy pocas escepciones. Su genio independiente no podia amoldarse al servilismo cortesano, su gravedad contrastaba estraordinariamente con la frivolidad de las costumbres que habia, así es que se aburrió muy pronto, y disgustado, ó acaso tambien con el deseo de volver á ver su patria, tornó á Portugal, aunque por poco tiempo, pues ya en 1631 estaba otra vez en Madrid. En este mismo año fué á Roma en calidad de secretario de embajada con el marques de Castel Rodrigo, en cuya sazon ocupaba el sólio pontificio Urbano VIII, que dió claras pruebas de aprecio y consideracion á Faria, quien por sus vastos conocimientos, mereció asimismo el respeto y atenciones de los sábios que rodeaban á Su Santidad. No permaneció mucho tiempo Faria en la carrera diplomática, pues habiendo ocurrido algunas desavenencias entre él y el embajador Castel Rodrigo, abandonó á este de improviso; y desembarcó en Barcelona, en donde fué preso porque el embajador, resentido de su repentina fuga, habia conseguido que despachase una requisitoria para asegurarse de su persona. Faria tenia amigos de influencia en la

corte, y estos la emplearon con su diligencia é interes en su libertad, que no tardaron mucho en conseguirla; despues de lo cual hizo Faria firme propósito de renunciar á los destinos y á la fortuna que habia empezado á sonreirle, para dedicarse completamente á las pacíficas tareas literarias, en tales términos, que en el resto de su vida, no obtuvo ya mas empleos ni distinciones que una módica pension de Felipe IV y la cruz de caballero de la órden de Cristo. Tenia Faria, como muchos hombres de genio, algunas rarezas, algunas singularidades que á ellos no suelen parecer tales. Una de las de nuestro sábio escritor era el vestir un traje particular, y llevar toda su vida una espesa y luenga barba que le daba un aspecto estravagante, y que nunca quiso afeitarse, á pesar de los ruegos de su esposa y de las instancias de sus amigos. A esto se unia la severa seriedad y el aire melancólico de su fisonomía; siendo, á pesar de todo, franco, sensible y hasta jovial cuando se veia rodeado de verdaderos amigos, entre quienes no era raro que olvidase de vez en cuando sus principios ó sus manías. Murió casi indigente en Madrid, en 1647, de una retencion de orina causada, al parecer, por su vida sedentaria y dedicada al estudio y las meditaciones. Cuando murió, tendria unos 59 años, y practicada la diseccion del cadáver, se encontró en su vejiga, segun se dice, la enorme cantidad de 150 piedras entre grandes y pequeñas. Dejó dos hijas, una de las cuales se distinguió despues por su talento en la pintura. Citarémos las principales obras de este insigne escritor:—*Discursos morales y políticos.*—*Comentarios sobre la Lusiada.* Esta segunda obra sirvió de pretesto á sus enemigos para acusarle ante el santo oficio, suponiendo que en ella habia esplicado Faria las divinidades mitológicas en un sentido alusivo á las verdades del cristianismo; pero el autor fué absuelto. En Lisboa fué condenada la misma obra por ignorancia de los revisores, si bien se autorizó á Faria para que se justificase, lo cual consiguió perfectamente en su *Defensa de los comentarios sobre la Lusiada.*—*Epítome de las historias portuguesas.* Comprende esta historia hasta el reinado de don Enrique, y se distingue por la veracidad é imparcial criterio que en ella resaltan, y que han merecido siempre el elogio de las personas instruidas. No es menos notable bajo el concepto de la erudicion y oportunas y sábias reflexiones que contiene.—*Imperio de la China y cultura evangélica por los religiosos de la Compañía de Jesus hasta el año* 1635, que escribió Samedo y ordenó luego Faria. Hé aquí los títulos de las obras póstumas: *El Asia portuguesa*—*La Europa portuguesa*—*El África portuguesa*—*La América portuguesa*, historia curiosísima y que ha merecido el honor de ser traducida á muchos de los idiomas principales de Europa.—*Siete tomos de poesías* bajo el título de *Fuente de Aganipe, rimas varias.* En estas poesías se advierten metáforas exageradas unas veces, otras ridículas, y cierta confusion promovida por el afan de engrandecer ó abultar hasta los objetos mas pequeños; pero en general, las imágenes son bellas, grande la energía y admirable la pureza de estilo.

FARINELLI. Nació en Nápoles, en 1705, siendo su verdadero nombre Cárlos Broschi. El cielo le habia dotado de cuantas facultades pueden formar un eminente músico, y su padre, que lo era bastante bueno, conociendo esto mismo, sea por un vil interes, por fanatismo artístico, ó por la costumbre entonces admitida en Italia, se decidió, como dice un biógrafo, *á ultrajar á la naturaleza*, esto es, á privar á su hijo de ciertos órganos de su cuerpo, con el objeto de que su voz adquiriese toda la flexibilidad, dulzura y estension que se prometia. Siguió Farinelli la escuela del célebre Pórpora, é hizo su primera salida en Roma, como primer cantante del teatro de Ali-

berti, cuando aun no contaba mas que diez y siete años de edad (1). Su canto tenia un atractivo irresistible, en alabanza del cual bastará manifestar que desempeñando en su *debut*, como ahora se dice, un aria obligada de flauta de que estaba encargado un maestro, á quien se tenia poco menos que por un prodigio en su profesion, eclipsó de tal manera con su habilidad la del flautista, que para él fueron todos los aplausos y aclamaciones de aquella noche. Su fama y su fortuna quedaron aseguradas desde entonces, pues no hubo teatro en Italia que no disputase la gloria de tenerle en su seno, escediendo pronto en mérito y celebridad á los primeros cantantes de la época, como Elisis, Gizzielli y Cafarelli. El doctor Burney y el padre Martisu hablan de Farinelli en los términos que solo se dedican á los grandes artistas. Oigamos al primero en su *Historia de la música*: «Hallábanse, dice, en su voz, «reunidas todas las circunstancias, la «fuerza, la dulzura y la medida, y su «método era á un mismo tiempo gra«cioso, tierno y admirablemente fácil. «Era superior á cuantos cantores le «habian conocido antes de él; embele«saba, dominaba á todos los que le «oian, á sábios é ignorantes, amigos y «enemigos.» Pero hasta entonces no habia cantado en competencia; hasta entonces no se habia encontrado frente á frente con un rival de los que mas ruido hacian en su tiempo; era preciso que llegase una ocasion en que manifestase sus maravillosas dotes, y esta ocasion llegó con motivo de haber pasado en 1734 á Lóndres, en cuya capital se hallaba Cafarelli. La fama que precedia á Farinelli, aumentó la curiosidad de todos los inteligentes y aficionados que ya deseaban oirle. Escusado es decir que en Lóndres fué recibido con iguales demostraciones de entusiasmo, ó mayores si cabe, que en las ciudades en donde antes habia cantado. Pero le estaban reservados mas grandes triunfos. Los dos célebres artistas de que nos ocupamos, representaban en dos teatros diferentes, entrambos con estraordinario aplauso; mas para mejor comparar su mérito, lograron que cantasen en una misma ópera, en la cual Cafarelli desempeñaba el papel de tirano, y Farinelli el de un héroe infeliz abrumado bajo el peso de sus cadenas. El voto de los espectadores se inclinó al principio en favor de Cafarelli; pero cuando llegó su vez á Farinelli desplegó este unos recursos tan maravillosos, que su mismo rival no pudo menos de correr á él, embargado de placer y de admiracion y estrecharle en sus brazos, olvidándose enteramente del odioso papel que representaba. Con artistas de esta especie, no aparecen ya increibles los prodigios que la fábula cuenta de Orfeo, y mucho menos los que se refieren de los músicos de la antigüedad, como Timoteo y Terpandro, cuya voz arrancaba tiernas lágrimas á los corazones mas empedernidos. Llamado á Madrid por Felipe V, que en medio de sus achaques creyó que ninguna medicina habia mejor que la habilidad de Farinelli, para calmárselos, pasó el eminente artista á aquella corte, consiguiendo, en efecto, mas con su voz en el augusto enfermo, que todos los recursos de la ciencia empleados hasta entonces por los alumnos de Esculapio. Con este motivo se señalaron á Farinelli grandes rentas, sin mas obligacion por parte de este, que la de cantar todas las noches en la regia cámara, cuatro arietas, siempre las mismas, segun lo dispuesto por Felipe. Pero la verdadera influencia de Farinelli en la corte de España, no empezó hasta el reinado del buen Fernando VI, quien atacado de una profunda melancolía, al parecer hereditaria, nunca hallaba mas consuelo que cuan-

(1) Durante el pontificado de Pio VI, se permitió que pudiesen representar en los teatros las mujeres, cuyos papeles hasta entonces habian sido desempeñados por hombres, así en Roma, como en las poblaciones de los Estados Pontificios, en donde residia un legado.

do oia los melodiosos y tiernos ecos de Farinelli, que ejercia en su espíritu una especie de mágia irresistible, llegando por tanto á ser su voz una necesidad á la existencia, ó al menos á la tranquilidad del sábio monarca. Antes de acceder este á las súplicas de la reina, protectora decidida de Farinelli, para que ensayase, como su predecesor, el poder de la música contra la tristeza que le devoraba, pasaba Fernando dias enteros encerrado en su gabinete, sin querer recibir á nadie, y sin que disminuyese en lo mas mínimo su dolencia, ninguno de los medios que se emplearon para combatirla. Por fin, decidióse el rey á oir á Farinelli, y fué tan estraordinaria y grata la sensacion que le causó el melodioso canto del artista, que desde entonces accedió gustoso á cuanto exigian de él para aliviar sus padecimientos. Entonces la reina, impulsada por un sentimiento de gratitud y de entusiasmo, prendió en el vestido de Farinelli, prévio el permiso del monarca, una cruz de la órden de Calatrava, de cuyo momento data el favor del célebre cantante en la corte de España. Pero no empleó el gran cantante su influencia, como suelen hacer los favoritos, en premiar la adulacion, la intriga, el parentesco, ni la ignorancia; sino en beneficio de los hombres de verdadero mérito, y en solicitar gracias para los desgraciados que acudian á su generosa proteccion. Á él se debió el establecimiento de un teatro italiano en el palacio del Buen Retiro, prestándose fácilmente á esta novedad el rey que tanto le debia; Farinelli, como era justo y natural, fué nombrado director. Pero no se limitaba solo á esto la confianza de los reyes, sino que en algunas ocasiones le emplearon en asuntos políticos, conferenciando á menudo con el célebre Somodevilla, marques de la Ensenada, y siendo particularmente considerado como agente de los ministros en varias cortes estranjeras interesadas en que no se llevase á cabo el pacto ó tratado de familia, propuesto por la Francia al rey Católico. Farinelli trabajó contra dicho pacto, que en manera alguna podia á la sazon convenir á España, ocupada entonces solo en reparar los grandes males que la habian traido las guerras de sucesion. El músico italiano, supo con su prudente conducta, no solo conservar la influencia que siempre tuvo en el ánimo de sus protectores y soberanos, sino el ascendiente y simpatías en medio de una corte estraña; fenómeno singular que deben tener muy presente todos aquellos que en pais estraño quieren mezclarse en los negocios públicos, contra los intereses de los mismos á quienes deben su elevacion, y del pueblo que les concede honrosa hospitalidad. Solo en una ocasion lograron los enemigos de Farinelli, que tambien los tenia, aunque pocos, indisponerle en el ánimo de la reina, alegando razones tan infundadas contra su conducta, que solo al intento de perjudicarle ó perderle, mas bien, era dado inventar. Poco tardó el honrado artista en notar la mudanza que habia sobrevenido en el carácter de la reina respecto de él; y como no encontrase medio hábil de hablarla y justificarse, logró por una de las damas de palacio, ser introducido en una de las habitaciones inmediatas á la de la reina, y allí, acompañado de su guitarra, espresó en tiernos y sentidos ecos la afliccion que esperimentaba por el enojo de su protectora. Esta, conmovida por el canto de su antiguo protegido, mandó llamar á Farinelli, le oyó, hizo justicia á su inocencia, y á ruegos del mismo agraviado, perdonó á los que habian querido arruinarle. Las nobles prendas que constituian el carácter de Farinelli, no se desmintieron nunca; y sin haber hecho un estudio particular en la política, poseia un tacto, una penetracion, un instinto tan delicado, que merced á ellos consiguió conservarse siempre en su puesto; siendo, por decirlo así, el tipo de un buen cortesano, en el mejor sentido de esta palabra. Su urbanidad, sus escelentes

modales, su beneficencia, su modestia, su generosidad, en fin, subyugaban hasta á sus propios enemigos. Algunos rasgos darán mejor á conocer la nobleza de sus sentimientos. Habia en la corte un personaje, hombre de gran capacidad y vastos conocimientos, que era de los que mas se habian ensañado contra Farinelli en varias ocasiones. El tal personaje solicitaba largo tiempo hacia una embajada, que el monarca nunca habia querido concederle. Entonces Farinelli interpuso con este su influencia, y tan bien supo interesarle en favor del pretendiente, que al fin hizo que le diese el deseado nombramiento; en cuya ocasion preguntó el rey al cantante:—«¿Pero no sabes «que es enemigo tuyo, y que me ha«bla mal de tí?—Así es, señor, res«pondió Farinelli, pero yo deseo ven«garme de este modo.» Al pasar un dia por una de las antecámaras de palació á ver al rey, oyó murmurar á un guardia de la debilidad de este, que concedia su favor á un miserable músico. Farinelli se informó al punto de quién era el murmurador, y supo que hacia treinta años que estaba en el servicio sin haber logrado ascenso alguno. La venganza del artista fué cual debia esperarse de su genio y de su corazon; al salir del cuarto del rey entregó al guardia el despacho de coronel, y este confuso de admiracion, de sorpresa y de placer, se arrojó á los brazos de su bienhechor, quien le contestó únicamente estas palabras: «Un «guardia rara vez es tan rico, que pue«da costearse un equipaje propio de «un coronel. Os espero á comer maña«na en mi casa, y allí arreglarémos «este negocio.» ¡Rasgo digno de eterno aplauso, y que honra mas á un hombre que los títulos y pergaminos mas ilustres, cuando á ellos no acompaña la grandeza de alma! Afable por naturaleza, y sensible como verdadero artista á todo rasgo estraordinario, no desdeñaba á nadie por humilde que fuese, ni dejaba de apreciar nada de cuanto revelase amor al arte en que él descollaba. Habia mandado hacerse un magnífico traje de gala, y al presentárselo el sastre pidió á este la cuenta. El sastre titubeó algun tiempo, como un hombre que desea pedir un favor, y mas resuelto al fin le dijo que no la llevaba, pero que si tenia la bondad de dejarse oir por él, recibiria esta gracia como la mas insigne recompensa de su trabajo. Farinelli, agradablemente sorprendido, no le contestó ni una palabra, pero asiéndole de la mano le llevó á su estudio, y en su presencia desplegó todos sus talentos como si se hallára en presencia del monarca mismo y de toda la corte. El sastre le oyó estasiado, y despues de darle mil y mil gracias, se disponia ya á salir, cuando Farinelli, no sin grandes instancias, le obligó á recibir un bolsillo que contenia doble suma de la que valian los vestidos. Gouffé tomó de esta anécdota el asunto de su linda ópera: *El bufo y el sastre*. Despues de la muerte de los monarcas sus protectores, cuya pérdida le afligió profundamente, pasó el resto de sus dias en una hermosa casa de campo que mandó construir fuera de la puerta llamada de Zaragoza, en Bolonia, entregado á los estudios filarmónicos y al cultivo de su jardin. Murió Farinelli á los setenta y ocho años de edad, llorado por todos los amantes de las artes, y por los innumerables desgraciados á quienes habia socorrido liberalmente en su última residencia.

FAUNOS, SÁTIROS, SILENOS, númenes rústicos de la mitología griega, descendientes de Fauno, rey de Italia, los primeros, é hijos de Baco y de la ninfa Nicea los últimos. Tenian forma humana en el cuerpo, pero piernas, cuernos, orejas y cola de macho cabrío. Los primeros eran de bastante buena índole, mas los sátiros, tan lascivos como feos, y tan atrevidos como astutos, robaban á los pastores sus ganados, su honra á las inocentes zagalas, y hacian toda clase de fechorías en los campos, donde, ya en ásperas

cavernas, ya en el fondo de los mas intrincados bosques, habitaban. Capitaneábalos Príapo, hijo de Baco y de Venus, á quien los griegos adoraban como deidad, consagrándole el jumento y erigiéndole templos como el de Lampsaco, su patria, segun los mitólogos, é instituyendo fiestas en su honor, durante las cuales se cometian las mayores torpezas, como que la divinidad por quien se celebraban era nada menos que el dios del vicio y del libertinaje. Opúsose á estos desórdenes el senado, pero una epidemia que desolaba la ciudad le obligó á restablecer los antiguos usos, y á abrir nuevamente las puertas del templo á la deidad, que con tanta razon habia desterrado. La estátua de Príapo, colocada en los jardines y huertas, servia de espantajo á las aves dañinas. Representábanle con medio cuerpo de hombre y una hoz en la mano; completaba su figura un tronco de árbol, ó la misma piedra que habia servido para formarlo. Los sátiros eran grandes bebedores, tañian diestramente el pandero y danzaban á su son alegremente. Los Silenos eran los sátiros viejos; sin embargo, teníaseles por de mejor condicion que los mozos.

FAVILA (don), segundo rey de Asturias, hijo de don Pelayo, empezó á reinar en el año 737 de Cristo; reinó dos años, murió en el 739. Luego que murió el rey don Pelayo, en señal de veneracion de las virtudes de tan gran príncipe, á quien se debia la restauracion de una monarquía enteramente estirpada, y considerando las estimables prendas y cualidades de su hijo don Favila, cuya juventud instruida en la heróica escuela de un padre tan sábio, guerrero y justo, hacia esperar á los españoles, con razon, que continuasen en su reinado las glorias que tuvieron tan notables principios en el antecedente, determinaron de comun acuerdo nombrarle sucesor en la corona, proclamándole para esto en la ordinaria forma de levantarle sobre un paves á vista del pueblo y del ejército. Luego que entró en el gobierno de la monarquía, se le presentaron diversas ocasiones en qué hacer ostentacion y uso del valor y de la prudencia que habia heredado ó aprendido en la observacion de las acciones de su padre, pues habiendo los mahometanos, confiados acaso en la corta edad y en la falta de esperiencia que suponian en el jóven príncipe, ejecutado una violenta y rápida entrada en las Asturias, con el fin de restituir á su obediencia aquella porcion de tierra que con tan honroso y justo título mantenia su independencia, y con el de vengar el desaire de habérsela permitido arrancar de su dominacion con tan grandes y repetidas pérdidas de gente, recogió don Favila sus tropas, y saliendo á la cabeza de ellas al encuentro de sus enemigos, chocó con ellos tan valerosa y acertadamente, que despues de haberlos desbaratado, los obligó á abandonar la empresa, y á ponerse en fuga apresurada y vergonzosamente, dando con este heróico ensayo á sus enemigos el palpable y costoso desengaño, de que en la mas florida juventud no están siempre destruidos de la prudencia y la sabiduría, el valor y ardimiento. Estos dignos y admirables principios parece que anunciaban un glorioso y feliz reinado, y en todo semejante al de don Pelayo, cuando de improviso se vieron desgraciadamente frustradas las esperanzas de los españoles, y de todos sus amantes vasallos, con la trágica y temprana muerte de este admirable príncipe. Solia muchas veces usar del ejercicio y recreo de la caza á que estaba acostumbrado, y que ofrecian las asperezas de aquellos montes que producian, entre otras muy feroces fieras, algunos osos de estraordinaria corpulencia. Habiendo levantado sus monteros uno de estos terribles animales, y lisonjeándose de matarle y rendirle por sí solo, mas confiado en su valor y esfuerzo que lo que fuera justo, pues no le pudieron libertar ni su destreza ni la va-

lentía de su espíritu, pereció finalmente á su ferocidad, dejando un ejemplo bien digno de consideracion en el malogro de su lozana juventud y de sus admirables prendas. Queda tambien un ilustre monumento y testimonio de la piedad y religion de este generoso príncipe en la iglesia de Santa Cruz, no muy distante de la villa de Cangas de Onís, edificada por su munificencia y la de la reina doña Froyliuba su mujer, segun consta de la memoria de su dedicacion. Reinó don Favila dos años, habiendo sucedido su muerte en la era 777, año de Cristo 739.

FAVRAT (Tomas Andres de). Nació en Prusia en 1730, fué general y gobernador de la plaza de Glotz, y murió en 1804, dejando escritas unas *Memorias que pueden servir á la historia de las guerras de la revolucion de Polonia, desde* 1794 *hasta* 1796. Como las hazañas de este militar, por lo demas muy entendido en su profesion, no sean de aquellas que por lo estraordinario merezcan ser consignadas en esta obra, no las mencionamos, y nos limitarémos á citar la circunstancia á que debe su mayor nombradía. Esta circunstancia era su fuerza casi fabulosa, pero, segun se dice, un dia levantó en alto un caballo con su ginete, y en algunas ocasiones se le vió llevar al hombro un cañon con la misma facilidad que un soldado lleva su fusil.

FAVRE (Claudio), señor de Vangelas y baron de Peroques. No se sabe á punto fijo si nació en Bourg (Bressa) ó en Chamberí; pero consta que desde muy jóven pasó á vivir a la corte, que desempeñó algunos destinos propios de su clase, y que murió de edad de noventa años, casi en la indigencia. En 1619 le señaló Luis XIII una pension de dos mil libras; peró fué tan escaso de memoria con el pobre señor de Vangelas, que nunca se la pagó. Hé ahí una manera de proteger, con la que cualquiera puede ser espléndido sin peligro de arruinarse. Mejor se portó con él el cardenal de Richelieu, pues le confirmó la pension para que trabajase en el Diccionario de la Academia, y al anunciarle esta gracia le dijo sonriendo: «*Supongo que no os olvidareis en vuestro diccionario de la palabra* PENSION.—*No señor*, respondió Favre, *y mucho menos de la palabra* RECONOCIMIENTO.—Ocupóse Vangelas por espacio de treinta años en la traduccion de Quinto Curcio, que pasa como el primer libro que se ha escrito correctamente en frances. Decia Balzac, á propósito de este trabajo, y en nuestro concepto con tanta justicia como énfasis, segun costumbre de dicho escritor: *El Alejandro de Quinto Curcio es invencible, y el de Vangelas inimitable. Sus observaciones sobre la lengua francesa* son muy acertadas y juiciosas; y han sido anotadas por Tomás Corneille y otros autores ilustres.

FEDERICO II, rey de Prusia, llamado *el Grande*. Fué hijo de Federico Guillermo I, y nació en Berlin en 24 de enero de 1712. Aficionado este príncipe desde sus mas tiernos años á la literatura y á las bellas artes, para cuyos estudios manifestaba felicísimas disposiciones, siendo admiracion de sus preceptores, descuidó un tanto al principio los de la milicia, ya porque la carrera de las armas no fuese de su gusto, ya tambien, y esto es lo mas probable, porque llegase á detestarla, á causa de la escesiva severidad de su padre que para ella queria educarle. Mas adelante verémos, sin embargo, los grandes talentos que Federico desplegó en las campañas en que se ejercitó durante su reinado, y que han elevado su nombre á la altura del de los primeros capitanes. El rigor de su padre inspiró al jóven príncipe la idea de fugarse de Berlin á Alemania, y unido á su amigo Katt quiso realizarla, contando escasamente 18 años de edad. Salióle mal el intento, pues descubierto antes de ser llevado á cabo, Federico Guillermo mandó prender á entrambos jóvenes, y proceder contra ellos

con todo el rigor de las leyes. De nada sirvieron los consejos de los ministros, que le hicieron ver los inconvenientes de semejante paso contra el heredero de la corona, mucho mas cuando habia medios suaves de traerle á la razon y apartarle de la idea de la fuga. La contestacion del inflexible padre fué entregar su hijo á un consejo de guerra, para que le juzgase como á un simple coronel de sus guardias. El consejo sentenció á muerte á Federico y á Katt. Interesáronse la reina, los ministros, la corte y varios soberanos en el perdon del príncipe; pero ni lágrimas, ni ruegos, ni temores de ninguna especie, fueron bastantes á doblar aquella voluntad de hierro. Unicamente logró suavizar un tanto la crueldad del castigo una carta enérjica y severa del emperador Cárlos VI, en vista de la cual Federico Guillermo se vió obligado á revocar la sentencia, trocando esta en una prision en la ciudadela de Custrin, en donde el ilustre jóven estuvo dos años, y de la cual las súplicas y llanto de su madre lograron sacarle al cabo. Katt sufrió la pena de muerte. Federico Guillermo que antes de la fuga de Federico tenia todas sus esperanzas en él, pensó despues en dejar la sucesion del trono á su segundo hijo, trabajando para que el primero cediese á su hermano los derechos á la corona; pero siempre Federico manifestó la mayor firmeza de carácter. En 1733 contrajo matrimonio con Isabel de Brunswich, y poco despues, prévio el permiso de su padre, se retiró al castillo de Rhinsberg, en donde pudo entregarse libremente á sus tareas favoritas. Aquella mansion se llamó desde entonces morada de las musas, y allí recibia el príncipe á los hombres distinguidos de todos los paises, manteniendo frecuente correspondencia con muchos de ellos, entre quienes se contaban Algarotti, Maupertuis y Voltaire, que por encargo suyo revisó é imprimió la refutacion que el mismo Federico escribió de las obras de Maquiavelo. La fama de los talentos de Federico hacia esperar con ánsia el dia de que empuñase las riendas del Estado: este dia llegó, sucediendo Federico á su padre en 31 de mayo de 1740. Sus medidas administrativas y políticas tendian á la mejora de estos ramos; y las reformas que introdujo en la milicia, juntamente con las revistas é instruccion en que ejercitaba á los soldados, y el aumento de mas de mil hombres, fijaron la atencion sobre el nuevo monarca, mirándole algunos como un conquistador, al recordar que habia refutado años antes los principios de Maquiavelo. El primer paso de Federico en la carrera militar fué la espedicion contra el obispo de Lieja; obligóle á que le pagase una crecida suma, alegando varios pretestos sobre uno de los arrabales de aquella ciudad. En seguida, por muerte de Cárlos VI que dejó á su hija un vasto patrimonio, Federico pensó en apoderarse de alguna parte de él, cosa que no le seria muy difícil conseguir, puesto que el único enemigo que tenia que vencer era una débil princesa. En efecto, el rey de Prusia la declaró la guerra, pretestando derechos sobre una parte de la Silesia, y pasando de las palabras á los hechos, invadió aquel territorio y se apoderó de algunas plazas. Replegáronse los austriacos, sorprendidos por ataque tan imprevisto, á la Silesia alta; pero Federico los derrotó completamente en Molwitz en abril de 1741, no obstante la heróica resistencia que le opusieron. Al año siguiente ganó otra victoria en Cozaslan contra el príncipe de Lorena, logrando de esta manera atraer la atencion de las potencias de Europa. Algunos soberanos rivales del Austria se coligaron con él, cada cual con la mira de participar de los despojos de la rica presa que todos codiciaban; pero Federico firmó, sin contar con ellos, una paz en Breslau, el 11 de junio de 1742, tan ventajosa para él, que no tuvo inconveniente en prescindir de sus aliados, que donde median los intereses de la política, no hay amistades ni de-

beres, por sagrados que sean. Esta paz costó á María Teresa la cesion á Federico de la mayor parte de la Silesia. Refiérese, que antes de partir para esta espedicion habia dicho á M. de Beauvan, embajador de Francia en su corte: «Creo que voy á jugar vuestro juego; si me tocan los ases, partirémos.» y que al dia siguiente de haber firmado la paz, dijo á Belisle, que habia reemplazado á aquel en su embajada: «Mariscal, yo ya he ganado mi parte, ahora procurad vos ganar la vuestra.» Como por entonces no le quedase ningun enemigo que vencer, Federico prosiguió sus reformas administrativas, y llevado siempre de su inclinacion á las letras, restableció la academia de ciencias de Berlin, celebrando él mismo este suceso en una oda que al efecto compuso. El Austria no podia olvidar los descalabros sufridos anteriormente, y con el objeto de repararlos, así como tambien con el objeto de vengarse del que los habia causado, fortalecióse con la alianza de Rusia, Sajonia é Inglaterra, y no solo obtuvo algunas ventajas contra Francia y Baviera, sino que tornó á apoderarse de la Silesia. Alarmado Federico, porque adivinaba las intenciones de María Teresa, dirigidas tal vez á mas altos fines, marchó sobre Praga á la cabeza de sesenta mil hombres, y despues de apoderarse de esta ciudad, se encaminó á la capital del imperio austriaco, aunque con éxito nada próspero, porque se vió obligado á retirarse al centro de la Silesia, ya á causa de lo escabroso del terreno, ya tambien porque no se considerase en estado de resistir al ejército que habia reunido el príncipe de Lorena. Despues de la muerte de Cárlos VII, la mayor parte de los príncipes de Alemania, y el nuevo elector de Baviera, firmaron la paz con María Teresa, de manera que no quedaba á Federico mas amigo que la Francia, y aun este no muy seguro, desde lo sucedido cuando la paz de Breslau. Proyectaba la Rusia y el Austria despojar á Federico de todos los Estados que no hubiese recibido por herencia paterna, pero la batalla memorable de Friedberg, dada el 24 de junio de 1745, y en la que quedó victorioso el rey de Prusia, desconcertó por entonces los planes de aquellas dos potencias. Al emprender la marcha, dijo Federico al caballero Latour, que acababa de anunciarle la victoria de Fontenoy: «¿Venís á ver por quién quedará la Silesia?» y despues de la batalla escribió á Luis XIV: «Acabo de pagar la letra de cambio que V. M. libró contra mí en Fontenoy.» Sin embargo, era tan superior en número el ejército enemigo, que á pesar del triunfo no pudo el prusiano tomar cuarteles de invierno. Repuesto de su derrota el príncipe de Lorena, y aumentadas sus tropas hasta el número de 50,000 hombres, presentó otra vez batalla á Federico cerca de Soor. El ejército prusiano solo constaba de 25,000 plazas; pero la prudencia, la habilidad, el genio militar y el valor de Federico le dieron nuevamente la victoria, después de la cual acuarteló en Silesia, y el rey pasó á Berlin. Pero los austriacos no debian permitirle mucho tiempo de descanso, porque contando con mas recursos que él, apenas era derrotado un ejército, se presentaba otro. Así sucedió tambien en aquella ocasion; el príncipe de Lorena junta considerables refuerzos, y trata de sorprender la misma capital de Prusia; pero el infatigable Federico sale al momento al encuentro del enemigo, hace prisionero un cuerpo de sajones en Naumburgo, se apodera de los almacenes de Gorlitz, y escribe al príncipe de Auhalt las siguientes palabras: «He dado felizmente el golpe en la Lusacia, dad el vuestro en Leipzick, y nos verémos en Dresde.» En efecto, el anciano príncipe sale victorioso en Kesseldorf, y al dia siguiente entra con Federico en la capital de Sajonia. Tan satisfactorios resultados no podian menos de engrandecer á Prusia, que desde entonces fué considerada como una de las potencias mas fuertes. En el breve espacio de año y medio habian

caido en poder de Federico 45.000 prisioneros, igual número de aliados habia muerto en el campo de batalla, y su ejército contaba con un aumento considerable, pues muchos de los mismos prisioneros, deseando combatir á las órdenes de tan consumado capitan, se alistaron bajo sus banderas. La paz de Dresde con el elector de Sajonia, firmada en 24 de diciembre de 1745, duró diez años, tiempo suficiente para que Federico se dedicara á la prosperidad de sus dominios. Su genio é incansable celo á todo atendian, así es que el comercio, la industria, las artes, la policía y ornato de las ciudades, la agricultura, todo, en fin, tomó un vuelo desconocido hasta entonces en aquel pais. Publicó un código uniforme para todos sus estados, mandó construir fortificaciones, reparar otras, libertó á la navegacion de todas las trabas que la entorpecian, y la administracion de justicia fué rápida y equitativa. No tenia abrigo en su corazon la insoportable y ridícula vanidad de otros héroes, que no contentándose con este nombre, quisieran que se les contase en el número de los dioses, por el contrario, su ameno trato, la sencillez de sus costumbres, y su afabilidad, así con los mas altos como con los mas humildes, le conquistaban la admiracion y el afecto de todos. Si gloria adquirió en los campos de batalla, laureles no menos bellos le proporcionaron las útiles tareas de la paz, ocupado solo en labrar la felicidad de sus pueblos. Entonces publicó su poema *Sobre el arte de la guerra*, sus *Epístolas*, sus *Operas* y demas *Obras del filósofo de Sans-Souci*. El mérito de estos trabajos no es, en verdad, sobresaliente, pero tampoco pueden confundirse entre el número de los indiferentes. Escribió tambien por aquella época unas *Memorias que pueden servir á la historia de la casa de Brandeburgo*, en las cuales reina la mas severa imparcialidad. Federico era considerado ya como el primer capitan de su siglo, y sus ejércitos los mejores en cuanto á la disciplina y á la maniobra. La infantería prusiana se miraba tambien como la superior; la caballería era escelente, y en cuanto á las demas armas, progresaban sin duda de una manera notable. En lo que mas sobresalia el héroe prusiano era en la estratégia, y se cree que la lectura de los antiguos, y particularmente las jornadas de Leuctres y de Montinea, le enseñaron este difícil arte, que muchas veces triunfa de los mayores obstáculos con pocos recursos. La gloria de Federico escitó los celos de algunas potencias, y particularmente de las vecinas, que no solo miraban su proximidad como peligrosa, sino que deseaban ocasion de vengar en él antiguos agravios. El Austria se habia visto abatida en varias ocasiones, y no podia olvidar sus derrotas; la Rusia, gobernada por el canciller Bestuchef, cuyo ódio á la Prusia era bien conocido, deseaba escarmentar á Federico, quien, por otra parte, habia escrito varios epigramas sobre los amores de la emperatriz, quien los recordaba con indignacion; la Francia conservaba gran resentimiento por no haber intervenido en los tratados de Breslau y de Dresde; de manera que el único soberano con quien tal vez el rey de Prusia podia contar, era con el de Inglaterra. Amenazado por los franceses Jorge II, formó alianza con Federico, alianza que por la causa indicada, miró la Francia como un acto de hostilidad, lo cual unido á los antiguos resentimientos, determinó á esta potencia á unirse con el Austria, como lo verificó igualmente la Rusia. Vemos, pues, que amenazaba una gran tormenta á Federico; pero este príncipe, lejos de arredrarse, invade de improviso la Sajonia, bate en Lowositz al mariscal Brown, que volaba en socorro del ejército del elector, estrechado en el campo de Pirna por los prusianos; y las tropas sajonas, desesperando de todo remedio, se entregan á Federico. Un biógrafo dice que este monarca perdió la accion, y tuvo que retirarse precipitadamente, pero á las pocas pági-

nas se contradice en cierto modo, temiendo sin duda aparecer poco veraz en lo anteriormente manifestado. Las reclamaciones que esta invasion escitó, fueron grandes, y el rey de Prusia fué declarado perturbador del órden público por el consejo áulico de Viena. Para justificarse Federico, publicó varios documentos que encontró en el palacio del elector, y aun á vista de la electora que en vano procuró ocultarlos, y que salieron á luz con el título de *Memoria fundada sobre los peligrosos designios de las cortes de Viena y Dresde*. Esta publicacion no alteró en nada la resolucion de los gabinetes. Francia envió hasta cien mil hombres para contestarle, la Dieta de Ratisbona sesenta mil combatientes, que unidos á las fuerzas del Austria, anunciaban un resultado funesto al héroe prusiano. Este, sin embargo, invadió la Bohemia, y ganó bajo los muros de Praga una gran victoria. Menos feliz fué en Rollin. Atacó al mariscal Daun, que iba al frente de sesenta mil combatientes, siendo así que él solo llevaba la mitad; su temerario arrojo le costó caro, pues quedó por primera vez vencido en 18 de julio de 1757, no obstante los prodigios de valor que los suyos hicieron, y gran parte de los cuales quedó en el campo de batalla. Retiróse Federico, y viéndose obligado á dividir las fuerzas que le restaban en varios cuerpos, para cubrir la Sajonia y la Silesia, confió el mando de uno de ellos al príncipe real, su hermano, que sufrió pérdidas considerables. Con este motivo Federico le escribió una carta en que le atribuia el mal éxito de sus proyectos por su desacertada conducta; y que causó tal impresion en el espíritu del desgraciado príncipe, que murió á los pocos dias de recibirla. A estos reveses se agregaron la derrota del general Lewald, batido por los rusos en Jaegerndorf, y la capitulacion en Closter-Sewen del ejército ingles, que era único auxiliar de los prusianos. En medio de tan grandes conflictos la familia real habia tenido que refugiarse en Macdeburgo amenazada por Richelieu, y otro ejército frances con el germánico, se dirigia á Sajonia. Imposible parecia ya la salvacion de Federico, rodeado por cuatro ejércitos numerosos, y despues de los contratiempos sufridos; pero determinado á vencer ó morir; marcha contra el príncipe de Soubin con solos veinticinco mil hombres, constando el ejército enemigo de mas de sesenta mil, y por medio de hábiles operaciones, que le inspiraron juntamente su genio y su despecho, le derrotó completamente en Rosbak; pero aun eran necesarios esfuerzos, al parecer, superiores al poder humano, no ya para triunfar, sino siquiera para libertarse de tantos enemigos como le cercaban por todas partes: Winterfeld habia sido batido en Gorlitz, los austriacos habian penetrado hasta la misma capital de su monarquía; la plaza de Schweinidz estaba ya en poder de estos, y el duque de Bevern acababa de ser derrotado en Breslau. Entonces redobló su actividad, su energía y su ánimo, reunió los restos de esta última batalla, y se dirigió contra el mariscal Daun á marchas forzadas. Presentáronle entonces un desertor prusiano, y Federico le preguntó que por qué se separaba de sus banderas:—«Porque vuestros negocios se hallan en muy mal estado,—le contestó.—Pues bien—replicó el monarca—combate aun otro dia por mí, y si la cosa no va mejor, desertarémos los dos.» La fortuna favoreció esta vez los inauditos recursos y esfuerzos de su genio y de su valor. En la memorable batalla de Lisa derrotó con fuerzas inferiorísimas en número á las contrarias, al mariscal Daun y al duque de Lorena, desbarató toda la línea enemiga, se apoderó de Leuten, que formaba la llave, digámoslo así, de la posicion que ocupaban los austriacos, y ganó, en fin, una de las victorias que mas honran su brillante carrera. A los cinco dias se rindió Breslau con una guarnicion de quince mil hombres, y el ejército imperial se vió obligado á eva-

cuar la Silesia, con una pérdida total de cuarenta mil hombres, en unos cuantos dias. «Jamas, dice Federico, «hubo campaña mas fecunda en re«voluciones súbitas de la fortuna. Es«ta sucesion de accidentes decisivos y «contrarios, habia admirado á la Eu«ropa; necesitábanse algunos momen«tos de tranquilidad para reunir los «ánimos y para que cada potencia pu«diese considerar á sangre fria su si«tuacion. De un lado la sed de ven«ganza, la ambicion, el despecho y la «desesperacion, ponian las armas en «la mano; de otro la necesidad de de«fenderse y algunos rayos de esperan«za conducian á los mas grandes es«fuerzos.» La formacion de un nuevo gabinete ingles, cuyo primer ministro era Lord Chatam, varió el aspecto de la política europea. La capitulacion de Closter-Sewen habia sido deshonrosa para las armas inglesas, y tratando el nuevo ministro de lavar la afrenta, decidió al rey á que señalase á Federico un subsidio de doce millones anuales, enviándole ademas un ejército al mando de Fernando de Brunswik. Este príncipe, en cuyos grandes talentos militares tenia mucha confianza el rey de Prusia, hizo, en efecto, una gloriosa campaña que comparó Federico á la de Turena en Alsacia, en 1675. El monarca prusiano, cobró nuevo aliento con tan buen refuerzo, recuperó á Schweinds y sitió á Olmutz, aunque hubo de renunciar por entonces á la conquista de esta plaza, á la cual acudió el mariscal Daun con numerosas fuerzas. Retiróse Federico á Bohemia, y salió al encuentro del ejército ruso en Zorndorff, derrotándole, aunque con pérdida de diez mil de sus soldados mas aguerridos. Este próspero suceso, le decidió á marchar contra Daun, que trataba de estrechar al príncipe Enrique, y tomó posicion en Hohenkirchen, pero una posicion tan espuesta, que con tal motivo le dijo el general Keit: «Si Daun no nos ataca, merece ser ahorcado. — Yo creo — le respondió el rey—que mas nos teme á nosotros que á la cuerda.» Pero, contra lo que esperaban, el general austriaco se condujo bizarramente en aquella ocasion, sorprendiendo al ejército prusiano, que se vió á punto de ser completamente deshecho. Federico se mostró superior á este inesperado contratiempo, y con aquella serenidad admirable que le asistia en los trances mas apurados, condujo sus batallones á la carga; encendióse la pelea, unos y otros lucharon con singular encarnizamiento; el ejército prusiano perdió sus mejores generales y la flor de sus soldados, el mismo Federico fué gravemente herido; pero reuniendo de repente sus tropas, formó detras del pueblo, se retiró en buen órden á media legua del campo, y presentó batalla á los austriacos que no se atrevieron á aceptarla. «Este rasgo de valor no tiene ejemplo— dice el conde de Guibert — y este prodigioso genio del jefe y la disciplina de sus tropas, serán eternamente celebrados. Un ejército completamente sorprendido, y que pierde en esta sorpresa siete ú ocho mil hombres, ciento cincuenta piezas de artillería, sus tiendas de campaña y sus equipajes, logra restablecerse en medio del desórden, y para decirlo mejor, en vez de sucumbir, se detiene á poca distancia del campo de batalla, provoca é insulta al enemigo que acaba de obtener sobre él tan gran ventaja.» Retiróse despues Federico en buen órden, y pasó en seguida á levantar, como en efecto lo verificó, el sitio de Neissa por el enemigo. Dirígese luego á orillas del Elba, y logra alejar á Daun de la plaza de Dresde, en tan buena coyuntura, que á retardar su llegada algunos dias, la plaza se hubiera tenido que rendir. Terminada esta brillante campaña, encaminóse á Breslau, en donde tomó cuarteles de invierno. Abrióse la campaña en 1759, sin ningun suceso verdaderamente memorable hasta el 12 de agosto del mismo año, en que se dió una de las batallas mas sangrientas de aquella guerra. De cuarenta mil hombres que man-

daba el rey de Prusia, la mitad quedó sobre el campo; no fué menor la pérdida de los rusos, los cuales al principio llevaron la peor parte, tanto que Federico anunció á su esposa la victoria, por medio de un correo; pero repuestos luego, resistieron con tal valor y empeño los ataques del ejército prusiano, auxiliados por los austriacos que se les reunieron, que Federico perdió toda su artillería, y estuvo él mismo á punto de caer en manos del enemigo, recibiendo ademas una contusion de gravedad en una pierna. Si los aliados hubieran sabido aprovechar ocasion tan favorable para ellos, la guerra hubiera terminado; pero ocurrieron sérias desavenencias entre unos y otros, y el monarca prusiano, conociendo lo que le importaba la actividad, se apresuró á rehacerse, y lo consiguió en términos, de verse al poco tiempo en estado de de defensa. A los desastres mencionados, sucedieron otros de no menor importancia: Schmettham, general prusiano, capituló en Dresde; diez y siete mil prusianos rindieron las armas, por haber penetrado imprudentemente en los desfiladeros de Bohemia; tres mil hombres mandados por Dierke, se entregaron igualmente. Sin embargo, el príncipe Enrique se sostenia en Silesia, en donde habia logrado algunas ventajas, y luego se reunió al ejército del rey; el duque Fernando tambien vencia en Westfalia, y aun mandó á Federico un considerable refuerzo, con el cual este príncipe pudo prolongar con ventaja la campaña hasta el mes de diciembre. Alentadas las cortes de Viena y de Versalles con la esperanza de un próximo y completo triunfo, no dieron oido á las proposiciones de arreglo que les hicieron, por cuyo motivo principió la campaña de 1760, que se inauguró de una manera fatal á los prusianos, pues diez mil de ellos fueron derrotados en Landshut, los austriacos atacaron la plaza de Glatz, que en vano trató de socorrer Federico, pues él mismo hubo de tornar á Sajonia. Sitió á Dresde, y tuvo que retirarse á Silesia nuevamente, verificando una marcha en que demostró toda la superioridad de su genio; pues aunque se veia rodeado por tres ejércitos, y los rusos amenazaban sus comunicaciones, no solo consiguió contener á tantos y tan poderosos enemigos, sino que supo impedir que combatiesen reunidos contra él, derrotó en Lignitz al general Landon, resistió á Cacy y á Daun, alejó á los rusos y, finalmente, libertó á Berlin amenazada por los aliados, que por segunda vez habian invadido sus estados. Este sistema de prudencia y contemporizacion, tan hábil como bien meditado, no podia, sin embargo, adelantar mucho los negocios del monarca prusiano, que deseaba ya ardientemente verse en estado de desplegar toda su energía. Pronto se le presentó una ocasion. El mariscal Daun ocupaba en Jorgan una posicion ventajosísima; y esta circunstancia que hubiera arredrado á otro, alentó por el contrario á Federico, que en sus talentos encontraba muchas veces recursos, que están fuera del alcance de los hombres vulgares. Dióse la batalla, y aunque hubo grandes pérdidas por una y otra parte, la victoria se declaró por Federico. Resultado de esta célebre accion fué la retirada de los austriacos á Bohemia, y la ocupacion de las dos terceras partes de Sajonia por el ejército prusiano. Los suecos y los rusos se alejaron tambien, de manera que los valientes soldados de Federico pudieron al fin tomar algun descanso. Imposible parece que este grande hombre hubiera podido sostenerse tanto tiempo, amenazado por todas partes y casi solo en medio de los mas poderosos enemigos. A pesar de las últimas ventajas obtenidas, el estado de sus asuntos no era nada halagüeño, segun lo manifiesta la carta que él mismo escribió al marques de Argens, y en la que se leian las siguientes palabras: «Jamas me he hallado en una situacion tan crítica; me resta aun hacer grandes milagros para vencer todas las dificultades que se me

ofrecen. Cumplo con mi deber cuando se me presenta la ocasion; mas yo no puedo disponer de la fortuna; tengo que aprovechar lo que la casualidad me proporciona en mis proyectos, á causa de faltarme los medios para formar otros planes mas sólidos; y aun me veo obligado á emprender los trabajos de Hércules, en una edad en que me abandonan las fuerzas, y en que la esperanza, único consuelo de los desgraciados, empieza á faltarme.» La campaña de 1761, no llama la atencion del vulgo, porque no ocurrieron en ella sucesos ruidosos, mas para los tácticos constituye un objeto de admiracion. Apurado en estremo Federico, y careciendo de recursos, tuvo que fortificarse en el campamento de Bunzel, y esperar al enemigo. Los atrincheramientos que allí formó en los dos meses de permanencia en dicho punto, son considerados como modelos de fortificacion de campaña. Aun se aumentó lo crítico de la situacion del héroe, con la toma de Colberg por los rusos, y la rendicion de Schweritz á los austriacos, quedándole ya solo en la Silesia á Federico, las plazas de Neissa, Ereslau y Glogan; Enrique apenas podia sostenerse en Sajonia, despues de la pérdida de Dresde, y para que nada faltase á la desgracia del rey de Prusia, la Inglaterra le retiró los subsidios con que le habia favorecido, á causa de la salida de lord Chatam del ministerio. Estas calamidades, colmaron de amargura el corazon del ilustre príncipe, que vivió algun tiempo en Breslau, triste y solitario, y que por entonces se vió espuesto á ser entregado á sus enemigos, á causa de un complot que felizmente fué descubierto. Si grande fué Federico en los prósperos sucesos, no lo fué menos en la desgracia, y los sacrificios y sublime resignacion de sus pueblos le fueron mucho mas. Por fortuna, en medio de tales conflictos, la inesperada muerte de la emperatriz de Rusia, mejoró aunque por poco tiempo, sus asuntos, puesto que quedaba libre de uno de sus mas poderosos enemigos. Sucedió á Isabel Pedro III, con quien el monarca prusiano tenia estrecha y antigua amistad; así es que, la paz entre ambos se firmó en breve, formando una alianza ofensiva y defensiva. En consecuencia de este tratado, el ejército ruso que habia combatido contra el prusiano, pasó á servir á Federico, quien al empezar la campaña de 1762, se vió al frente de setenta mil hombres. Todo parecia prometer los mas felices resultados á Federico; mas apenas habia dado principio á las operaciones, cuando la trágica muerte del nuevo emperador volvió á sumergirle en un estado angustioso. Las tropas rusas recibieron órden de volver á Polonia. Sin embargo, la importante plaza de Schwenitz se rindió á los prusianos, quienes conservaron su superioridad en la Silesia durante el resto de la campaña. Tambien el príncipe Enrique ganó, en Sajonia, la batalla de Friedberg. Despues de la proclamacion de la emperatriz Catalina, el Austria se encontró casi completamente aislada, y Federico pudo respirar por primera vez despues de una guerra tan desastrosa. La Rusia no quiso unirse á los enemigos de este; concluyóse un tratado de paz entre Inglaterra y Francia, á la cual siguió la de Hubertsburgo, en 15 de febrero de 1773, entre María Teresa y Federico, á peticion de la primera, que para obtenerla tuvo que ceder la Silesia. Concíbese cuán lamentable seria el estado de la Prusia despues de una guerra en que la nacion habia tenido que hacer los sacrificios mas heróicos para no ser víctima de la rapacidad y de la venganza estranjera. Pero cuando ocupan los tronos príncipes como el gran Federico, pocos años de paz son suficientes para reparar los mayores desastres. La prosperidad que la Prusia recibió á muy pocos años de terminada la guerra, llamó la atencion de las demas naciones de Europa, que la miraban con admiracion. Agricultura, comercio, industria, leyes, administracion de justicia, arreglo de

tropas, todo, en fin, fué objeto de los cuidados y estudio del monarca. La táctica prusiana, era la que servia de modelo á los ejércitos de las demas naciones, las cuales enviaban á Postdam oficiales de todas clases, para que presenciasen las grandes operaciones militares que todos los años se ejecutaban allí, y aprendiesen el arte de la guerra. Federico adquirió por la reparticion de la Polonia, verificada en 1772, la parte conocida en el dia con el nombre de Prusia oriental. Podriamos estendernos en muchas reflexiones, acerca del carácter y talentos de este gran capitan, pero como para hacerlo debidamente, necesitariamos dedicarle una obra especial, nos limitarémos á trascribir algunas líneas de un escrito biográfico, en que se discurre con notable acierto, acerca del héroe prusiano. «Federico—dice—era de mediana y proporcionada talla; la aficion que tenia á tocar la flauta, le hacia llevar la cabeza un poco inclinada á la derecha: sus facciones eran muy espresivas, y sus ojos demostraban toda la energía de su alma. Era muy severo en la ejecucion de sus órdenes, y se cuenta que nunca condenó á nadie á muerte. Trataba con el mayor cariño á los que le servian con celo, y perdonaba con facilidad á los que le habian ofendido. Bastaba una respuesta graciosa ó un rasgo de sinceridad, para desarmarle en medio de la cólera mas terrible. Como general y como hombre de Estado, Federico puede ser comparado con César; su carrera fué mas larga y no menos gloriosa; y como literato solo sus defectos de estilo pueden impedir que su *Historia de mi tiempo*, pueda ser colocada al lado de los *Comentarios*..... Como general, es sin duda el primero de los tiempos modernos, y César no consiguió hacer en la táctica de los antiguos, una revolucion semejante á la que Federico hizo en la nuestra... Mostróse tolerante con todos los cultos..... Se cuentan de él muchos rasgos de clemencia y de generosidad... El mismo Voltaire, despues de haberle calumniado atrozmente, recibió pruebas nada equívocas de la bondad de Federico... Ni los mismos que le condenaron á muerte, tuvieron jamas que quejarse de él. Quince años despues de haber subido al trono, se le oyó decir un dia: «Existe «en Berlin un hombre que me condenó «á muerte; yo le conozco, y come «tranquilamente en su casa...» Pasaba las veladas en medio de una reunion de hombres distinguidos por su ingenio y por sus conocimientos; hablando al mismo tiempo de la historia, de las artes y del gobierno, echaba una ojeada rápida y acertada á los brillantes siglos de Grecia, Roma y Francia, con una energía y una gracia que admiraba á todos los circunstantes... La libertad de la prensa llegó en el reinado de Federico hasta la licencia; y en ninguna época se publicaron tantos libelos contra el soberano, como en la suya. Un dia, hallándose en el balcon de su palacio, vió una multitud de gente que se entretenia en leer un pasquin que se habia fijado contra su persona, é inmediatamente dió órden para que lo colocasen mas bajo, á fin de que todos pudieran leer. «A su muerte se compusieron varios epitafios, entre los cuales el mejor es el del de Suhm, y es como sigue: *Hic cujus laus maxima Federicus II*, *Borussorum rex*, *armis Cæsar*, *pace Augustus*, *in republica gerenda Vespasianus philosophia Marcus*, *vita Antonius*, *regum exemplum, sine exemplo maximus.* Las obras de Federico, segun la edicion de Amsterdan, constan de veintitres tomos en 8.° Tambien se le atribuyen las siguientes: *Reflexiones acerca de los talentos militares y carácter de Cárlos XII, de mano maestra.—Cartas inéditas ó correspondencia de Federico con Mr. y Mme. de Camas.—Caractéres de los personajes mas distinguidos en las diferentes cortes de Europa, estractados de las obras de Federico.—Memorias históricas y críticas sobre la civilizacion de diferenrentes naciones de Europa en los si-*

glos XVII y XVIII, por Federico el Grande. Algunos biógrafos no vacilan en considerar á Federico, como superior en talentos y en genio militar á Bonaparte.

FEDRO (Julio). Nació en Tracia, segun algunos historiadores, ó en la Macedonia, segun otros, y es uno de los mas célebres fabulistas. Sábese de él, que en su juventud fué esclavo, y luego liberto de Augusto, que tuvo consideraciones á su talento. Menos afortunado fué con Tiberio, cuyo ministro Sejan ó Seyano, como dicen otros, pretendió castigarle, sin mas que por los elogios que el fabulista hacia de la virtud, y en los cuales el consejero del tirano creia ver censurada su vergonzosa conducta; pero nada alcanzó su ódio contra el poeta, porque este encontró amigos y protectores, entre las personas á quienes habia dedicado sus lindas composiciones, que se distinguian por la sana moral que encierran, bajo el ingenioso velo de la fábula, y por la delicada y graciosa crítica que en ellas hace de los vicios y costumbres de su tiempo, siempre, como hemos dicho, valiéndose de la alegoría. Hasta quinientos años despues de su autor, no se publicaron las obras de Fedro; y este feliz hallazgo se debió á Francisco Pithon, que las sacó de la biblioteca de San Remigio de Reims, ó, segun varios pareceres mas probables, de la de San Benito del Loira, saqueada á mediados del siglo XVI por los calvinistas, y cuyos manuscritos y libros raros parece que salvó Pedro Daniel, bayle de dicha abadía. Cuandó se verificó el hallazgo, disputóse la autenticidad, la cual quedó, sin embargo, confirmada, y aun lo fué mas con el de otras treinta y tres fábulas, tambien atribuidas á Fedro, y cuyo estilo y otras circunstancias corroboran la autenticidad. Aunque actualmente son poco leidas, merecen sin embargo andar en manos de la juventud, y los poetas que se dedican á este género deben tambien estudiarlas, porque entre ellas hay no pocas que pueden servirles de modelo.

FEIJÓO Y MONTENEGRO (El Padre Fr. Benito Gerónimo). Nació en 18 de octubre de 1676 en la aldea de Casdemiro, diócesis de Orense. Sus padres, don Antonio Feijóo y Montenegro y doña María de Puga, le educaron con el esmero propio de su afecto, cual correspondia á su ilustre clase. La naturaleza habia dotado á Feijóo con las mas brillantes facultades de inteligencia: y estas recibieron estraordinario desarrollo, merced á la aplicacion, á la constancia en el estudio, y á los desvelos de nuestro sábio. Inclinado á la carrera religiosa, eligió la vida monástica, y entró en el órden de los Benedictinos, tomando la cogulla en 1688, cuando solo contaba doce años de edad. Las humanidades fueron luego objeto de sus vigilias, y en Oviedo recibió despues el grado de maestro en artes. Decir que en cuantos estudios se propuso, llegó á sobresalir de una manera pasmosa; que así conocia las ciencias sagradas, como la literatura de su pais y la estranjera, muchos idiomas, la historia, las matemáticas, las ciencias físicas, etc., seria en cierto modo ocioso, al menos para nuestros compatriotas, pues el nombre y las obras de Feijóo son tan populares, que pocas serán las personas medianamente aficionadas á la lectura que no las conozcan. Los clásicos nacionales y estranjeros, antiguos y modernos, sirvieron de guia y modelo al jóven religioso, cuya ambicion en este punto no se limitaba á leerlos atentamente, sino á profundizarlos con la penetracion que el cielo habia concedido á su talento privilegiado. Los grandes conocimientos que por este medio adquirió, se ostentan en todas sus empresas literarias, llenas de erudicion, pero no de esa erudicion árida y fastidiosa, reducida á poner notas y rebuscar noticias y datos que á nada útil y grande conducen, sino de esa otra que á su verdadera importancia reune una varie-

dad amena, tan oportuna como deleitable. Para su prodigioso genio nada habia difícil, y lo que él naturalmente no penetraba, el estudio llegaba á vencerlo, permitiéndose solo unas cuatro horas de descanso al dia. Con estos antecedentes, y solo con ellos, se comprenderá cómo pudo ser doctor en casi todas las facultades, catedrático de teología y maestro general de su órden, desempeñando todas las obligaciones que le imponian estos cargos con un acierto y una puntualidad notables. El retiro del claustro, que á otros parece que pone una venda en los ojos, produjo el efecto contrario en Feijóo. ¡Qué conocimiento tan perspicaz de los hombres se descubre en sus escritos! ¡Qué manera tan atinada de pintar la sociedad y el siglo en que vivia, y aun sociedades y siglos pasados! ¡Qué crítica tan fina y razonada, cuando se propone examinar un objeto, un hecho cualquiera, porque su vasto genio todo lo abarcaba! ¡Qué energía cuando censura el vicio; qué dulzura cuando ensalza la virtud! Las preocupaciones y errores vulgares tuvieron en Feijóo el enemigo mas acérrimo, cualquiera que fuese el asunto sobre que versasen, ora moral, ora político, ya religioso, ya literario. Distinguióse tambien como orador sagrado, y en cuanto á memoria era un fenómeno. Dícese que bastaba citar en su presencia un pasaje ó testo cualquiera, para que al punto designase el autor, libro y página á que pertenecia. Los sermones y algunas otras obras teológicas y sobre diversas materias, que publicó antes que el *Teatro crítico*, merecieron escelente acogida. El *Teatro crítico* es la obra maestra de nuestro compatriota, y muy pocas habrán alcanzado el éxito que ella obtuvo desde que vió la luz pública el primer tomo, y el aplauso con que siempre ha sido celebrada. Entonces fué cuando Feijóo, desde el rincon de su provincia, recibió atentas cartas y comunicaciones de las personas mas distinguidas en nuestra patria por su talento y por la posicion que ocupaban; de entonces data igualmente la estrecha é ilustrada correspondencia que medió entre él y el célebre Campomanes, amigo suyo y honor de nuestra patria, quien le ofreció honores, empleos y dignidades, para premiar sus talentos, que la modestia de Feijóo no le permitió aceptar; lejos de eso, por dedicarse con mayor asiduidad á sus tareas literarias, renunció el cargo de maestro general, que le ocupaba demasiado tiempo. La primera edicion de el *Teatro crítico* constaba de ocho tomos en cuarto, y se ha reproducido varias veces, no solo en España, sino en las repetidas traducciones que entonces y despues se hicieron en diferentes paises de Europa. Las *Cartas eruditas* del mismo autor son muy parecidas en su objeto y desempeño al *Teatro crítico*, por cuya razon no nos ocuparémos de ellas. Juzgamos tan atinado el parecer de un crítico español, acerca del ilustre autor de que tratamos, que no será ocioso reproducir algunas líneas que no hacen mas que corroborar el nuestro: «En ellas (habla de las *cartas*) se admira un sábio profundo, que no hay materia en las ciencias sagradas y profanas, ni en la literatura, ni en las artes, que no trate con pulso, erudicion y discernimiento; y si á veces es algo prolijo, esto se debe á su avanzada edad y á sus mismas fatigas literarias. Sin embargo, su estilo puro, enérgico y elocuente compensa bien sus leves defectos. Seria un error imperdonable considerar á Feijóo como un sábio ó un crítico ordinario, que no se atreve á traspasar los límites de nuestra España: *Feijóo* (esto lo dice un frances) *escribió para todos los hombres, y á todos interesan sus escritos.*» El P. Fray Martin Sarmiento, en la dedicatoria de su *Demostracion crítico-apologética*, se espresa en estos términos: «Tan claro y tan bien fundado se halla lo que el P. M. Feijóo puso en su *Teatro*, que cualquiera podria tomar la pluma para *Demostrar* que solo se impugnaba, porque no se entendia. *Inepcias*,

Convicios é *Imposturas*, son las tres cabezas de aquella cínica impugnacion. Hice poco caso de las dos primeras; solo entre idiotas pasarán por argumentos las *Inepcias;* pero los *Convicios*, ni aun entre idiotas pasan por argumentos.» Y continua así: «Lo que principalmente he tomado á mi cargo, es demostrar que las horrendas falsedades é imposturas contra el *Teatro*, se han llamado errores de un autor. ¿Qué se dirá al ver que hubo valor en un vulgo desenfrenado para imprimir que el P. M. Feijóo habia cometido novecientos noventa y ocho errores; no siendo estos otra cosa que *inepcias, convicios é imposturas* de sus falsos impugnantes? No admiro la osadía, estraño la tolerancia.» Hubo, en efecto, á la publicacion de la famosa obra de Feijóo algunos críticos, que careciendo de fundamento, dieron un resultado opuesto al que sus autores se prometian; deseaban estos hundir el libro; desacreditarle para siempre, y lo que hicieron fué escitar mas y mas la curiosidad pública, fomentándose de esta suerte el estudio de materias que de otro modo les habrian sido siempre desconocidas, y despertándose el buen gusto en la nacion. En cambio de los disgustos que siempre acarrea el genio al que le posee, Feijóo logró la satisfaccion de ver considerado y aplaudido el suyo por los hombres mas eminentes de Europa. El pontífice Benedicto XIV hizo particulares elogios de Feijóo; no menos lisonjeros fueron los del cardenal Querini; Fernando VI le concedió los honores de consejero, y Cárlos III le dió varias pruebas de estimacion, honrándole ademas con su confianza, y regalándole las *Antigüedades de Herculano*. Murió este sábio español en 26 de setiembre de 1764; siendo, como dice Mr. Laborde, *el lustre de su patria y el sábio de todos los siglos*. Poseemos de Feijóo, ademas de las obras citadas, varios escritos apologéticos y poesías á diferentes asuntos, aunque no de tanto mérito como su prosa.

FELIPE I DE AUSTRIA (don), empezó á reinar en 1504. Murió en 1506. Reinando don Felipe con su esposa doña Juana, á quien no consiguió se declarase incapaz de reinar, juntó Cortes en Valladolid, pidió algunos servicios, y condecoró á algunos con el collar de la órden del Toison, instituida por Felipe II, duque de Borgoña, en 1429, é introducida ahora por la primera vez en España. La demasiada tristeza de la reina la tenia siempre retirada del trato de las gentes. El pueblo atribuia esta reclusion á los mandatos del rey, con lo cual estaba disgustado de no verla; por otra parte, no miraba bien que á los que tenian los castillos y otros empleos, se les quitasen para dárselos á los flamencos, con lo cual ya no era tan bien quisto como sus deseos se habian prometido; pero esto cesó bien pronto con la inesperada muerte del rey, sucedida en 25 de setiembre del mismo año de 1506 en Burgos, en cuyo monasterio de Miraflores fué depositado su cadáver. Dejó cinco hijos y á su esposa en cinta; estos fueron don Cárlos, su sucesor, doña Leonor, don Fernando, doña Isabel, doña María y la póstuma doña Catalina.

FELIPE II (don), décimo quinto rey de Castilla y Leon, cuarto de las Indias; dió principio á su reinado en 1556, por renuncia de su padre Cárlos I: murió en 1598. Muerto el rey don Cárlos I, y la reina de Inglaterra, tomaron diverso semblante las cosas de Estado, respecto á la paz, que trataba el rey don Felipe II desde Flándes con Francia é Inglaterra. El rey don Felipe, no obstante, queria mejorar los intereses con el matrimonio que intentaba con Isabel de Inglaterra, sucesora al trono, sin embargo de estar prometida al príncipe don Cárlos, hijo del rey don Felipe; aceleró los tratados con el rey de Francia, y ajustó la paz con las ventajas siguientes: el rey de Francia dejó la alianza con el turco y príncipes protestantes de Alemania, para unirse con los católicos y favore-

cer la conclusion del concilio de Trento; restituyó á los genoveses la isla de Córcega, á los toscanos sus plazas, y al duque de Saboya todo lo que le habia ocupado en el Piamonte, y le dió en matrimonio á madama Margarita. El frances solo recobró del rey don Felipe á Metz, Toul y Verdun, con lo que los franceses, descontentos, murmuraron mucho, diciendo: que por tres plazas habia entregado noventa, que podia defender muy bien. Durante este ajuste veia el rey don Felipe que la reina de Inglaterra Isabel no estaba muy asegurada en el trono, si no se declaraba contra los católicos, y que no podia sacar buen partido del frances, negándola este aun la restitucion de Cales, que prosiguió en tener ocupada ocho años mas; mudó, pues, de pensamiento; concertó matrimonio con doña Isabel, hija del rey de Francia; condescendió este, y por medio del duque de Alba se celebraron los desposorios en la iglesia mayor de Paris á presencia del rey Enrique, su padre, á 24 de junio de 1559. Hiciéronse muchas fiestas, que acabaron en tristeza, pues el rey Enrique quiso correr dos lanzas, de lo cual, saliendo herido, á pocos dias murió, dejando por sucesor al rey Francisco II su hijo. Hecho esto disponia el rey don Felipe la partida para España, pero queria dejar los estados de Flándes bien asegurados, así en la religion, como en lo demas del gobierno; sacó bula del papa para repartir en ellos obispos y metropolitanos, y quedando encargada de poner en ejecucion este asunto su hermana doña Margarita, duquesa de Parma, á quien dejó por gobernadora, se embarcó para España; llegó al puerto de Laredo á 29 de agosto, desde donde pasó á Valladolid, y fué recibido de todos con mucho regocijo, especialmente de su hijo el príncipe don Cárlos y su hermana doña Juana, princesa viuda de Portugal. Poco despues hizo reconocer por hijo del emperador Cárlos á don Juan de Austria, habido en una dama alemana, el cual se educaba en poder de Luis Quijada, señor de Villagarcía de Campos, de órden del emperador, y el rey le llevó consigo á Valladolid, y le puso casa y criados conforme á su rango ilustre. Desde el año antecedente se habian empezado á suscitar en España varias opiniones, que creyéndolas herejías, se veia precisado el *santo oficio* á proceder contra semejantes reos. Se hicieron varios autos de fe en Valladolid, y en uno de ellos se halló el rey don Felipe, que para deshonra suya quiso asistir á él. Los principales cabezas fueron en Castilla el doctor Agustin Cazalla, y otros; y en Sevilla, donde tambien hubo auto, los doctores Gil y Constantino. Cayó tambien en sospecha fray Bartolomé Carranza arzobispo de Toledo, del órden de Santo Domingo, y fué entregada su persona con decoro á la custodia, ínterin se justificaba. El rey don Felipe pasó á tener Cortes en Toledo, y estando en ellas tuvo la noticia que partia de Paris su nueva esposa la reina doña Isabel, y habiendo nombrado las personas principales para recibirla en la raya, él la esperó en Guadalajara, y trayéndola á Toledo se efectuó el matrimonio con regocijo y fiestas. Celebróse la jura del príncipe don Cárlos, hijo del rey, y prosiguieron las Cortes para el arreglo de varios puntos de gobierno. El corsario turco Dragut habia hecho muchos daños desde Trípoli, en las costas de Sicilia y Nápoles. El duque de Medinaceli, virey de Nápoles, con permiso del rey, habia juntado una fuerte armada, auxiliada de Andres Doria, el maestre de Malta, y otras naves y gente de Italia para tomar á Trípoli y echar de allí á Dragut y sus corsarios; no pudo vencer los vientos y tempestades que le servian de obstáculo y arribó á la isla de Gélves, sujeta antes á la España, y que tuvo que sujetar de nuevo por la rebeldía de su gobernador Mazahud. Dragut pidió socorro al sultan por medio de Aluchalí; vino Piali con muchas galeras, y fué tanto su esfuerzo y poder, que no solamente maltrataron la

armada cristiana, sino que Dragut se llevó prisioneros muchos cabos nuestros principales. Al mismo tiempo los moriscos de Valencia y los de Granada tenian secretas inteligencias con Asan, rey de Argel, hijo de Barbaroja, á quien habian ofrecido facilitar aquellas costas para los daños que quisiesen hacer. Sentido el rey don Felipe del estrago de Dragut, y receloso de estas secretas comunicaciones, mandó armar todas cuantas naves se pudieron juntar; y desarmar á los moriscos de Granada y Valencia, quitándoles las espadas y arcabuces. Pero el turco, insolente, con la pasada victoria, echó mas adelante sus miras y armó una poderosa escuadra para tomar á Mazalquivir y á Oran, cuya empresa fué encomendada á Asan, rey de Argel. Por el mes de marzo del año de 1563, Asan fué por tierra y por mar con mucha gente y naves, y poniendo á un mismo tiempo cerco á Oran y á Mazalquivir, cargó despues la fatiga sobre esta última plaza. Resistieron ambas con el mayor esfuerzo, por espacio de tres meses, los contínuos y vivos ataques de los turcos. El conde de Alcaudete don Alfonso de Córdoba defendia á Oran; su hermano don Martin de Córdoba á Mazalquivir; la guarnicion, animada de tan buenos caudillos, sostenia con el mayor vigor el ímpetu de los mahometanos; hubo muertos y heridos de una y otra parte, pero en mucho mayor número de la de estos. De Cartagena salió, de órden del rey don Felipe, una buena armada en socorro, y á su llegada á la costa de Oran huyó Asan, recogiendo lo que pudo de sus gentes y escuadra. Poco despues don Sancho de Leiva con pocas naves intentó tomar el Peñon de Velez de Gomera, pero se retiró con alguna pérdida de gente; lo cual obligó al año siguiente de 1564 al rey don Felipe á que juntase una poderosa escuadra al mando de don García de Toledo, y á su llegada se entregó con poca resistencia. De aquí resultó que irritado el turco con tanto infeliz suceso, al año siguiente de 1565 juntó todos sus corsarios de Berbería Asan, Dragut, Piali, Aluchalí y otros, y los envió á tomar á Malta, donde hicieron muchos estragos y hubieran vencido, si no hubiera socorrido aquella isla el rey don Felipe con sus naves de España é Italia. En este tiempo ya iban tomando cuerpo las discordias de los estados de Flándes. Habia el rey don Felipe, al tiempo de su partida, nombrado varios gobernadores de las provincias, no muy contentos con la reparticion de sus suertes, y sujetos á una persona principal, que era doña Margarita, duquesa de Parma, hermana del rey. Establecidos poco despues obispos y metropolitanos, se habian comisionado en cada catedral tres canónigos para juzgar de los asuntos de la religion. Algunos flamencos, que estaban infestados del luteranismo, graduaban de inquisidores á aquellos tres comisionados, y por consiguiente pensaban metido, con otro nombre y otra figura, el tribunal de inquisicion, tan aborrecido en aquellos estados. Los gobernadores aborrecian al obispo de Arras, que despues se llamó el cardenal Granvela, porque era consejero íntimo de la suprema gobernadora doña Margarita. Los principales resentidos eran el príncipe de Orange, el conde de Egmont y el de Hornos. Aquel, casándose con una sobrina del duque de Sajonia, renunció bien pronto el catolicismo, y con su ejemplo, ya algunas ciudades se declaraban abiertamente protestantes. Habíase concluido el concilio de Trento á fines del año de 1563; y en 21 de julio del siguiente de 1564, mandó el rey don Felipe que se observasen sus decretos en todos sus dominios, para lo cual rogó á todos los metropolitanos juntasen concilios particulares para intimar su observancia. Los flamencos se descontentaron mas con el mandato de que se publicase allí el concilio de Trento, pretestando que se les queria meter allí el tribunal de inquisicion, y pidiendo libertad en la religion. Hubo varias representaciones al rey don Felipe sobre la suspension

de él, pero este con ánimo constante mandó que se publicase su observancia. Exasperáronse los ánimos; buscaron la libertad: levantáronse algunas ciudades; siguieron otras su ejemplo. El rey don Felipe juzgó oportuno sujetarlas por las armas. Envió al duque de Alba; este hizo derramar mucha sangre, así á mano del verdugo, como al filo de la espada y fuego de los arcabuces. Túvose por victorioso; pero quedó en su terquedad la herejía. La varia alternativa de tan funestos sucesos es muy larga de contar, y se halla con estension en los historiadores de aquel tiempo: breve y elegantísimamente los refiere el bachiller Antonio de Fuenmayor, tambien coetáneo en la vida y hechos de San Pio V, lib. III, hácia el fin (1). El mismo autor describe en el libro IV con la misma brevedad y elegancia la guerra contra los moriscos de Granada; habiendo disfrutado la obra del célebre don Diego Hurtado de Mendoza, escrita con mas estension y mas elocuente estilo (2), que andaba aun en tiempo que escribia Fuenmayor. Nosotros apuntarémos los hechos mas principales de ella. Estaban resentidos los moriscos de que se les hubiesen quitado las armas; aborrecian la religion cristiana, como que solo cumplian con ella en la apariencia, mas en lo interior eran mahometanos y circuncisos; proseguian en sus fiestas de costumbre en bodas, baños y juntas; pasaban muchos sus hijos á la Africa á que se educasen en sus ritos, y asegurarse en ellos una retirada; habia entre ellos quien robase niños y los vendiese á los turcos, y aun en los lugares montuosos habia cuadrillas de salteadores, que llamaban monfíes. El arzobispo de Granada pedia remedio á don Felipe II para que se enmendasen tantos abusos y delitos. Mandó el rey que no tuviesen junta ninguna con pretesto de fiestas, que no usasen del hábito morisco, ni de su lenguaje, ni de baños, y que no cerrasen sus puertas y ventanas sino á horas regulares, y para que sirviese de algun freno á los malhechores la esperanza del asilo, se les negó este, así en las iglesias dentro de tres dias, como en los castillos y lugares de señores. Encargó la ejecucion de lo mandado á la chancillería, y al marques de Mondejar, que era capitan general de la costa, dióle tropa para la guarda de ella y seguridad del reino. Hubo competencias de jurisdiccion entre estos magistrados, y no habia aquella actividad uniforme que era menester. Creció el resentimiento de los moriscos, y representaron los inconvenientes; mandóse llevar todo á debido efecto, y vengativos los moriscos resolvieron abiertamente la rebelion, confiados en su valor, en lo fragoso de la tierra, y en el auxilio de los berberiscos, año de 1567. Casi dos años se detuvieron en trazar los medios y modos de sostener la rebelion. Don Fernando de Valor el Zaguer, morisco de calidad, les aconsejó que eligiesen un rey; fué aclamado secretamente en el Albaycin por tal su sobrino don Fernando Valor, el cual trocó este nombre en el de Muhamet Abenhumeya, para manifestar su clara descendencia de antiguos reyes de Granada y Córdoba. Nombró este varios cabos y oficiales para su servicio, y juntar la gente de las Alpujarras contratada de tomar las armas á los avisos correspondientes: á su tio Abenxauat, que habia dejado el nombre de Fernando Valor, dió el título de general de las armas, y por alguacil mayor nombró á Farax Abenfarax. Este alborotó sin tiempo oportuno las gentes de algunos lugares cercanos á Granada, y aunque hizo una entrada de fiestas, como por aviso en el Albaycin, no le correspondieron los suyos. Fuese á la Alpujarra mintiendo á los suyos que ya estaba Granada por ellos, Abenhumeya pasó á Beznar á aguardar las resultas; empezaron á levantarse algunos pueblos de la Alpujarra, eran los dias de natividad

(1) Pág. 156 de la edicion de Valencia por Benito Monfort, año de 1773.

(2) El mismo impresor hizo una edicion de esta obra en 1776.

de 1568, y el reyezuelo morisco mandó que fuesen por los contornos y robasen, matasen, y no perdonasen nada á los cristianos ó á quienes no se declarasen por la ley del Alcoran. Hubo muchos estragos de templos y altares, y crueles muertes de cristianos, que para ellos fueron martirios. El marques de Mondejar armó su gente, envió á pedir lo que pudiesen juntar los pueblos fieles de los contornos. Llamó á sus amigos, convidó á los soldados retirados ya ú ociosos. El presidente de la chancillería hizo lo mismo con el marques de los Velez que estaba en Murcia, desde donde movió al instante con su gente. Diérense por unos y otros buenas disposiciones, cada uno peleaba por sí, el de los Velez por el rio de Almería, el de Mondejar por donde se hacia fuerte Abenhumeya, que proseguia su empresa rindiendo pueblos y matando gentes. Por disposicion del marques de Mondejar quedó en Granada por su teniente el conde de Tendilla, con que proveia á la seguridad del Albaycin, y enviaba socorros y víveres á los ejércitos de los marqueses. El de Mondejar iba ganando pasos y lugares, no sin peligro y alguna pérdida de hombres; pues era grande la resistencia de algunos tercios de moriscos por esta parte del Alpujarra, pero vencidos los primeros pasos, puso terror hasta al mismo Zaguer, que viéndose sin esperanza de socorro de la parte de Africa, y el triste fin que podria tener el suceso, trató de reducir á los suyos, con tal que el marques de Mondejar les asegurase en nombre del rey el perdon. Lo mismo quiso hacer Abenhumeya, pero ambos entraron en sospecha y se retiraron de su pretension. Entre tanto muchos se rendian y entregaban, quedando muy pocos á quien obligar con las armas. Abenhumeya, y su tio el Zaguer, estuvieron en peligro de ser presos varias veces por disposicion de ambos marqueses; lo cual, si se hubiera logrado, hubiera dado fin á esta guerra. Estaba en aquella sazon el ejército de España ocupado en Flándes y en Italia; no habia quedado casi tropa, la que fué á Granada era por la mayor parte aventurera, compuesta de gentes que solo habian ido con la esperanza del saco y del despojo; por coger la presa usaban los soldados de mas hostil licencia que la humanidad permite, y con sus atrocidades aumentaban los estragos de la guerra. Esto se achacaba á los generales; habia partidos, unos por el marques de los Velez, y de este era el presidente de la Chancillería, otros por el de Mondejar, sostenido en Granada por su hijo el conde de Tendilla. Entre los mismos generales habia cierta emulacion, heredada en la familia desde muy antiguos tiempos; no parecian bien á uno las acciones del otro, y caminando á un mismo fin, parece que querian encontrarse en las operaciones; se murmuraba entre los partidarios, y las cosas puestas en lenguas se abultaban y se execraban; así llegaban á oidos del rey, y en la corte cada uno tenia su apoyo. Don Felipe II no partió de ligero, y le pareció tomar un buen acuerdo; envió á su hermano don Juan de Austria, á cuya direccion y mando acabasen la empresa, y aunque el rey don Felipe no juzgó necesaria su presencia, pasó despues á celebrar Cortes á Córdoba para dar de cerca nuevas disposiciones y socorros, y se detuvo algunos meses en varias ciudades de Andalucía, estando á la mira. Entre tanto, socorrido Abenhumeya de la parte de Argel con turcos y berberiscos, recobró el ánimo, recogió gente, y hallándose con diez mil hombres en Uxijar, fué á combatir al marques de los Velez, que estaba con poca tropa en Verja; mas no salió bien de la empresa, siendo ahuyentado con bastante pérdida. El comendador mayor de Castilla, don Luis de Requesens, habia traido refuerzos de Italia, con cuyo auxilio el corregidor de Málaga tomó el peñon de Frigiliana. Don Juan de Austria, para que la ciudad de Granada estuviese mas segura, sacó los moriscos del Albaycin, y los repartió en Andalucía.

Todo el anhelo de Abenhumeya era ganar algun lugar de la costa para que le sirviese de puerto, y poder atraer mas segura la gente de Berbería que solicitaba; hizo varias tentativas, pero de todas salió descalabrado. Los suyos, ya no contentos con él, trazaron su muerte; y se la dieron, sorprendiéndole en Lanjaron; fué nombrado sucesor Abenaboo, con el nombre y título de Muley Abdala, rey de los andaluces, repartió los cargos en nuevos oficiales, y señaló á cada uno los sitios de su defensa y conquista. La primera que intentó hacer fué la de Orgiva, su cerco fué muy pesado; pero tuvo que abandonarlo con la noticia de que el duque de Sesa venia en su socorro; salió á encontrarle, y peleó con tanto valor que se dudó quién se retirase victorioso. Seguian los capitanes de Muley haciendo hostilidades en algunos lugares, y los cristianos procuraban rechazarlos, pero se adelantaba poco en la reduccion de unos y otros. Don Juan de Austria, viendo esta lentitud, determinó salir en persona á campaña á fines del año de 1569, y tomando á Guejar por medio del duque de Sesa, se abrió camino para pasar adelante sin estorbo. Poco despues, prevenido su ejército, dirigió su marcha hácia Galera, puso sitio á esta plaza; fué mucha la resistencia de los moros, y mayor el trabajo de los cristianos en ganarla, quedaron muchos muertos de una y otra parte, y á este estrago se añadió el de pasar á cuchillo en despique á sus habitantes y asolar la plaza. No esperimentó don Juan de Austria mas feliz suceso en el cerco de Soron; fué rechazado, pero volviendo con vigor se apoderó de la villa: pasó á Fijola, y los moriscos, amedréntados, la desampararon, con lo cual la ocupó, y halló mucho despojo. Pocas mas hostilidades hizo por aquellos contornos, esperando la reduccion por medio de un morisco principal, llamado Abaqui, que se ofreció á ello; á cuyo fin tambien el rey publicó un edicto, llamándolos á la union, y ofreciendo perdon á los voluntarios que se redugesen ó hiciesen reducir á otros. Con el mismo lento paso caminaba en la Alpujarra contra Muléy el duque de Sesa, pero no dejando de hacer daños y padecerlos, aun despues que supo este que se trataba de la reduccion. Vino esta á efecto de rendir la obediencia el morisco Abaqui al rey en manos de don Juan de Austria, y en nombre de Muley ó Abenaboo y todos los moriscos. Don Juan de Austria señaló varias personas principales ante quienes debian presentarse, y de quienes deberian recibir las órdenes y salvoconducto, ó custodia para salir del reino de Granada, é ir á habitar á otros lugares. En este tiempo recibe aviso de Argel Abenaboo, de que el turco va á socorrerle poderosamente, y en esta confianza muda de dictámen, prende á el Abaqui y dále muerte. Este suceso removió otra vez los moriscos de varios lugares, que aun no se habian reducido; por lo cual, viendo el rey don Felipe que se tardaba tanto en sujetarlos, mandó que don Juan de Austria y el duque de Sesa formasen de nuevo sus ejércitos, y entrasen á sangre y fuego con los moriscos rebeldes; de aquí todo fué correrías, talas y muertes. Los moriscos se retiraban á las cuevas de las montañas; perseguíanlos hasta ellas, y dándolas fuego, ó eran sofocados del humo, ó se entregaban. Entre tanto que esto sucedia, muchos moriscos pasaban voluntarios á entregarse á los comisionados recibidores, y estos reducian á los que podian, ya de grado, y ya aprehendiéndolos en los lugares, sierras y cuevas, donde se ocultaban. Era grande ya el número de ellos, y así envió el rey órden de que se sacasen del reino de Granada, y se distribuyesen tierra adentro en varias partes de los pueblos comarcanos; con lo cual y las contínuas correrías y matanza sobre ellos, quedaron muy pocos que sujetar; don Juan de Austria, licenciada gran parte del ejército, y dejando las órdenes convenientes para acabar con ellos, se

partió á Madrid por el mes de noviembre de aquel año. Solo quedaba que destruir ó vencer á Abenaboo, que como se titulaba rey, podia aun conmover mas aquellos restos de moriscos, que estaban escondidos en las sierras y cuevas; y como siempre al lado de los tiranos hay traidores, uno de sus principales confidentes, llamado Gonzalo el Jeniz, habiendo tratado antes con el presidente de Granada la seguridad de su vida y el duque de Arcos, se lo entregó muerto, y con este suceso quedó finalizada esta sangrienta rebelion, á principios del año de 1571. Volviendo atras á tomar el hilo de la historia desde el año de 1567, en que empezó la rebelion de los moriscos, darémos razon de algunas cosas que pasaron entre tanto en el palacio real. El príncipe don Cárlos se hallaba en edad de veinte y tres años, y deseaba ir á Flándes con algun cargo; su padre el rey habia conocido su genio altivo y le sujetaba bastante; pero el príncipe no pudo menos de prorumpir en ira, cuando vió destinado á la empresa de Flándes al duque de Alba, y salió tan fuera de sí, que mandando al duque de Alba que no tomase aquel cargo y se lo dejase á él, le embistió con un puñal, porque dijo que obedecia al rey. Su padre le puso como preso en un cuarto de palacio, por cuya causa el príncipe se irritaba tanto, que padecia ardientes enfermedades, y aun algunas veces salia fuera de tino, estas, pensando piadosamente, le acarrearon la muerte, sucedida á 24 de julio de 1568. Decimos, *pensando piadosamente*, porque algunos historiadores bien informados han asegurado, que temeroso Felipe II de que pudiera su hijo resentido, favorecer la causa de los protestantes, ó tal vez por motivos aun menos atendibles, apresuró su muerte con un veneno. Nosotros lo creemos todo posible en la desmoralizacion palaciega, y si nos hemos inclinado á la opinion de que el desgraciado príncipe fué víctima de sus dolencias, no es por disculpar ni menos por adular á un rey, sino porque nos parece imposible que un padre deje de ser padre, despojándose no solo de la humanidad, sino de un amor mas poderoso que ella, el amor paterno. Sin embargo, los alcázares régios están salpicados de sangre por idénticos crímenes! Fué depositado el cadáver en Santo Domingo el Real de Madrid. En el mes de octubre de este mismo año murió á consecuencia de un malparto la reina doña Isabel; fué depositada en las Descalzas Reales de Madrid. Dejó dos infantas, una llamada doña Isabel Clara Eugenia, nacida en 1566, y otra doña Catalina Micaela, nacida en 1567. A los dos años de viudo casó el rey con doña Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano II, y de doña María de Austria, hija del emperador Cárlos V; conducida desde Alemania por Flándes, y el mar á Santandèr, celebróse el matrimonio en Segovia en el mes de noviembre de 1570 con mucha pompa y fiestas. Siguiendo ahora los sucesos desde el año de 1571, lo primero que ocurre es la famosa espedicion contra el turco, y la batalla feliz dada sobre el golfo de Lepanto. El turco Selim, despues de haber hecho varios estragos por las costas de los dominios que poseian los príncipes cristianos en el Mediterráneo, saltó en Chipre, y se iba apoderando de aquella isla, propia entonces de los venecianos. Estos rogaron al papa Pio V que les auxiliase con su armada ó con algunos socorros de otros príncipes católicos con quienes mediase. Pio V intercedió con el rey don Felipe, y este mandando juntar una fuerte armada en Barcelona, envió por general de ella á su hermano don Juan de Austria. Salió este de aquel puerto á 20 de julio de aquel año; despues de haber tocado en Génova, llegó á Nápoles á 14 de agosto. Allí recibió el baston y estandarte benditos por el papa, que llamaron de la liga, por componerse toda la armada de galeras de venecianos, del papa y demas príncipes de Italia, y de las de España. De

aquí partió á Mecina, centro de reunion de toda la escuadra, donde le estaban esperando con la suya Sebastian Venieri, general de los venecianos, y Marco Antonio Colona, general del papa. En 15 de setiembre salió de Mecina la armada, compuesta de doscientas ocho galeras y otros vasos, con ánimo de dar la batalla á la del turco, donde quiera que se la encontrase; pues él, noticioso de tanto apresto naval, se habia preparado para salir al encuentro con doscientas ochenta y cinco naves bien armadas: no fué muy próspero el viento á los nuestros, y así no avistaron la armada turca hasta el 7 de octubre, hácia la isla de Santa Maura: previniéronse una y otra á la batalla, embistiéronse con valor, llevando el centro de nuestra parte don Juan de Austria, y de la parte turca el general Alí. Las capitanas de estos dos generales llegaron las proas; aferráronse; saltaron los unos en la de los otros: hubo mucha mortandad; los cautivos cristianos, en viendo la ocasion se volvian contra los turcos y se pasaban á nuestra banda: al fin hubo mucho destrozo; fué preso Alí, y su cabeza cortada puesta en un palo. Los turcos muertos fueron treinta mil, los presos tres mil quinientos, con siete mil esclavos; los cristianos libertados mas de quince mil, muchas galeras tomadas ó sumergidas; de los nuestros solo hubo quince mil heridos y siete mil muertos. Cantóse victoria y se retiraron los nuestros con los del papa á Mecina. Marco Antonio Colona entró triunfante en Roma, celebróse la victoria con solemnidad eclesiástica en Santa María la Mayor, y dijo la oracion latina de gracias el elocuente Marco Antonio Mureto. La memoria de tan feliz suceso, con el nombre del triunfo ó batalla de Lepanto, quedó despues consagrada en la Iglesia en la primera dominica de octubre de todos los años. Despues de esta victoria, avivaba Pio V otra espedicion, y aunque murió en primero de mayo de 1572, continuó en promoverla su sucesor Gregorio XIII. En efecto, se unieron otra vez las escuadras veneciana y del papa primeramente, y despues la de don Juan de Austria, habiendo tardado este en hacerlo por esperar órden de su hermano el rey don Felipe, á quien daba mas cuidado entonces Flándes que los turcos, pues estos huian los encuentros, y así resultó que no pudiendo adelantar nada la armada cristiana, se retiró de la empresa; á lo cual se siguió que los venecianos hicieron paces con el turco sin dar parte á los coligados. En el año de 1573, hallándose don Juan de Austria con la armada española bien reforzada, tuvo órden de su hermano de que fuese á restaurar á Tunez, y demoler aquella ciudad para librarse de los cuidados de su rebelion, pero don Juan luego que llegó allá y la ocupó, pensó de otra manera. Su secretario Juan de Soto, y despues Juan de Escovedo le aconsejaron se hiciese rey de Tunez, y con esta lisonjera esperanza, en lugar de destruirla, mandó fortificarla, y echó rogadores al papa y al rey don Felipe para que se le titulase rey de Túnez. Sintiólo mucho su hermano y le envió órden que pasase á Italia. El turco para recobrar á Túnez, y conquistar la goleta, envió en el año de 1574 á Aluchalí con una poderosa armada, y con tan superiores fuerzas se apoderó de estas plazas por mas resistencia que hicieron los españoles, y sin embargo de los refuerzos que don Juan de Austria procuraba enviar desde Italia. El rey don Felipe, á vista de esto, creyendo que peligraban las demas fortalezas de Africa, procuró que se reforzase Oran y Mazalquivir por medio del príncipe Vespasiano Gonzaga, que llevó gente escogida, y arregló con ella sus defensas. Don Juan de Austria se restituyó á Madrid de órden de su hermano, á quien le pidió ser general de Italia. Concedióselo y partió á Nápoles. Murió por entonces don Luis de Requesens, gobernador de los Estados de Flándes, que habia sucedido al duque de Alba; fué nombrado sucesor

don Juan de Austria. Este envió á España á su secretario Juan de Escovedo para que facilitase por medio de Antonio Perez, secretario del rey, varias providencias de dinero para ir á Flándes: pero como Escovedo no volviese por haber sido asesinado en Madrid de órden de Felipe II, segun hemos detallado en la biografía de aquel ilustre personaje, don Juan de Austria vino á la corte á hacer por sí las diligencias. Consiguió lo que pretendia, y llevó órden de su hermano de acceder á todas las prudentes pretensiones de los flamencos, escepto la libertad de conciencia, año de 1576. Por espacio de dos años, poco menos, estuvo don Juan de Austria empleado en procurar reducir á aquellos estados, y casi sin fruto le cogió la muerte en el mes de octubre de 1578. En este mismo año sucedió la memorable batalla del rey don Sebastian de Portugal, junto al rio Luco, cerca de Alcazarquivir, contra el Jerife Muley, en que no solo perdió todo el ejército sino tambien su propia vida. Por su muerte subió al trono su tio el cardenal Enrique, en competencia del rey don Felipe II, tambien tio del rey don Sebastian. El rey don Enrique juntó Cortes, y nombró jurisconsultos para examinar el sucesor de mejor derecho á la corona de Portugal. El rey don Felipe previa que la razon andaria ofuscada entre tantos votos, y mas oponiéndose á él Inglaterra y Francia; y así se previno de un poderoso ejército de mar y tierra, esperando las resultas. Muere á esta sazon el cardenal rey Enrique en 31 de enero de 1580. Parte el rey don Felipe á la frontera de Portugal, espera en Badajoz el ejército que habia mandado al duque de Alba que condujese; y reune toda la escuadra en el puerto de Santa María, para que subiese las costas de Portugal. Entréganselе algunas plazas de la frontera; con cuya noticia don Antonio, prior de Ocrato, pretendiente tambien á la corona de Portugal, pero esluido por bastardo, se hace aclamar rey. Éntrase el duque de Alba en Portugal con su ejército, dirigiéndose hácia Lisboa, y casi no halla resistencia; por la mar venia costeando con la armada el marques de Santa Cruz, y se le rendian igualmente las principales plazas; desembarca al fin su gente, y juntas todas las tropas, iban sujetando y rindiendo. El pretendido rey don Antonio quiso hacerse fuerte á la otra parte del rio Alcántara, cerca de la torre de Belen, para impedir el paso á Lisboa. Dióse una batalla; los castellanos ganaron el puente: huyó don Antonio, entraron en Lisboa, y fué reconocido por rey don Felipe II. Buscó asilo don Antonio en Oporto, el duque de Alba envió en su alcance á don Sancho de Avila, y de tal manera le apretaron, que desamparándole su gente, se le obligó á desaparecer. Entró en Portugal el rey don Felipe II, aclamáronle en muchas partes, juntó Cortes en Tomar, juráronle por rey de Portugal, hiciéronle muchas fiestas, y quedó dueño de aquel reino á principios del año de 1581. La reina doña Ana habia dado á luz en 1571, un príncipe llamado Fernando, que murió en 1578: en el año de 1573 parió al infante don Cárlos Lorenzo, que murió antes que el otro en 1575. En este mismo año le nació el infante don Diego, el cual, muertos los otros, fué jurado príncipe en las Cortes de Tomar, pero murió en 1582; solo sobrevivió don Felipe, nacido en 1578, que muerto aquel, fué jurado príncipe en Lisboa en 1583, en Madrid en 1584, y sucesivamente en otras partes del reino. La reina, madre de todos estos, murió en 1580, dejando tambien una infanta llamada María, que habia nacido en el mismo año. Todos estos y demas de su familia, desde su abuela, fueron trasladados y sepultados en el panteon real, fundado por este rey en el Escorial con este fin. El pretendido rey don Antonio habia ido á sostener su partido á las islas Terceras, y no habiendo librado bien en la primera empresa, pasó á Francia, y recibiendo tropa y bajeles de allá, vino con nue-

vos ánimos á enmendar lo perdido. Resistióle el marques de Santa Cruz con una buena escuadra, tomó este muchas plazas del partido de aquel en una isla de las Terceras, y obligó á que los franceses desamparasen á don Antonio. El rey don Felipe II, dejando por gobernador de Portugal al archiduque Alberto, su sobrino, se restituyó á Madrid, despues de la jura del príncipe don Felipe, como ya hemos insinuado; y se celebró el matrimonio de su hija la infanta doña Catalina con el duque de Saboya en 1585. Los estados de Flándes rebeldes, pidieron auxilio á la reina Isabel de Inglaterra, y envió en su socorro al conde de Leicester con tropas. Al mismo tiempo mandó al general Francisco Draque, corriese el Océano, é interceptase las naves españolas que viniesen de América, ó hiciese en sus dominios los daños que pudiese; de paso hizo algunos estragos en las costas de Galicia, en Canarias, y despues en la isla de Santiago en el Cabo Verde. De allí torció hácia la América, entró y saqueó los puertos de Santo Domingo, Cartagena y otros, año de 1586. En el siguiente de 1587 vino el Draque con una grande escuadra sobre Cádiz, intentó hacer un desembarco, pero la buena diligencia de su corregidor impidió que pasasen adelante sus intentos, y se vió precisado á retirarse. Molestado el rey don Felipe de todas estas correrías, y deseando vengar los agravios que los ingleses le habian hecho, ya socorriendo á los partidarios portugueses de don Antonio, y ya á los flamencos, determinó ir con poderosa armada sobre Inglaterra. Junta esta en Lisboa, salió á últimos de mayo de 1588, dirigiéndose al canal de Inglaterra. Los ingleses se habian prevenido muy bien de bajeles y gente, y ademas tenian la ventaja de la situacion. Los nuestros encontraron los vientos y mareas contrarias, y llevaban menos ligeras naves. Trabóse con valor de una y otra parte la batalla, hubo varios choques, pero rara vez salian bien de ellos los nuestros. El Draque, uno de los generales, hizo mucho daño con los *brulotes* ó navíos de fuego, que él inventó, con asombro de todos. Al fin se retiró nuestra armada muy desbaratada. El año siguiente de 1589, el pretendido rey don Antonio pudo conseguir de la reina de Inglaterra una grande armada, con la cual se puso en frente de Lisboa, despues de haber saltado en Peniche, y héchose proclamar rey. Hizo nuevo desembarco, tomó algunos arrabales de Lisboa, hubo algunas escaramuzas, no consiguió cosa de provecho, y se retiró con la armada á Inglaterra. Calmaron un poco estas cosas, pero el rey don Felipe se halló metido en otra empresa contra la Francia. El rey de ella don Enrique III destinaba por sucesor al reino al príncipe de Bearne, Enrique de Borbon, mezclado en el calvinismo, que mucho tiempo habia dado que hacer á la Francia. El papa solicitó una liga con el rey católico, con el duque de Saboya y otros descontentos de la Francia, para oponerse á que sucediese al trono Enrique de Borbon. Poco tuvo que hacer esta union al principio, pues Enrique III fué asesinado de un traidor. Mas luego que, muerto el rey, tomó las armas Enrique de Borbon, llamado IV, para abrirse camino al trono, hubo muchas crueldades y muertes; cuya descripcion horrorosa aquí omitimos, dejándola á los historiadores franceses, que no dejaron de abultar los hechos contra el ejército del rey católico. En tanto que esto pasaba sucedió un alboroto en Zaragoza por libertar á Antonio Perez, escapado allá de la cárcel de Madrid, donde se le habia sustanciado la causa de haber sido muerto por instigacion suya el secretario del rey Juan Escovedo. Y esto último, no porque realmente la justicia tratase de cumplir con su deber, sino porque, encelado Felipe II de su secretario Antonio Perez, quien ciertamente tenia amistad con la princesa de Eboli, dama que habia sido antes del rey, le retiró ahora su proteccion y le entregó indefenso á la accion de

los tribunales. Pero de tales sucesos darémos los pormenores en los artículos de doña Ana de Mendoza y de Antonio Perez. A la conmocion de Zaragoza, se siguió el quitar en Aragon las justicias mayores, y reformar muchos de sus fueros, que favorecian la independencia. Tambien en Madrigal se prendió á Gabriel Espinosa, pastelero, que se fingia el rey don Sebastian, habiéndose castigado algunos años antes otros que quisieron fingirse lo mismo; lo peor es que encontraban crédulos que le reconocian por tal, sabiéndose de cierto que desde Fez se habia traido á sepultar á Lisboa el cadáver del rey don Sebastian. Mucho dió que hacer Gabriel Espinosa por la destreza en el fingir, pero pagó su falsedad en un cadalso. La reina Isabel de Inglaterra, de tiempo en tiempo armaba escuadras para robar las flotas de los españoles, y quebrantar de este modo el poder y riqueza del rey. En el año de 1596, envió otra espedicion que tentase saquear todos los puertos de las costas de España por el mar Océano: en donde menos dificultad hallaron los enemigos fué en Cádiz; hubo varios sucesos prósperos y adversos; al fin saquearon esta ciudad, y se volvieron ricos de despojos á Inglaterra. El rey don Felipe, para recompensar estos daños, envió otra armada gruesa á las costas británicas, pero contrastada de los vientos, á vista de Viana del Miño, se perdieron cuarenta navíos y pereció mucha gente. Casi igual suceso esperimentó otra escuadra que con el mismo fin armó en el año siguiente de 1597. En este mismo año, y á principios del de 1598, trató de casar al príncipe don Felipe, su hijo, con la archiduquesa doña Margarita, hija del emperador de Alemania, y á su hija la infanta doña Clara Eugenia, con el archiduque Alberto; y envió á Verbin sus embajadores para tratar las paces con el rey de Francia. En medio de estas negociaciones se agravaron al rey don Felipe II sus achaques, especialmente el de la gota, que le quitó la vida en 13 de setiembre del mismo año de 1598, á los setenta y un años de su edad, y cuarenta y dos de reinado. Murió en el Escorial, donde está sepultado.

FELIPE III (don), décimo sesto rey de Castilla y Leon, cuarto de las Indias; empezó á reinar en 1598, murió en 1621. Subió al trono el rey don Felipe III en el mismo dia 13 de setiembre de 1598, de edad de 20 años, jóven, pero bien instruido de su padre ya en los negocios del despacho, á que le habia introducido dos años antes: formando una junta de Estado para esto, yà de los peculiares consejos, que en varias ocasiones le habia dado, así para el gobierno de su reino y administracion de justicia, como para tomar consejo de hombres sábios, y elegir ministros de satisfaccion. Los del voto de su padre eran don Cristóbal de Moura, marques de Castel-Rodrigo, camarero del nuevo rey, y el arzobispo de Toledo don García de Loaysa que habia sido su maestro; pero el nuevo monarca dió mas grato oido á don Francisco Gomez de Sandoval, su caballerizo mayor, marques de Denia y duque de Lerma, á quien hizo su primer ministro y gran privado, estimado mucho de antemano y despues tratado como amigo. Pocos dias antes se habian publicado en Madrid las paces con el rey de Francia, pero no habian cesado las hostilidades de Flándes, donde el almirante don Francisco de Mendoza sostenia la reputacion de las armas españolas, rindiendo varias plazas; y en Oran el conde de Alcaudete don Francisco de Córdoba y sus sucesores, escarmentaban á los moros de las contínuas embestidas que hacian. Las repetidas guerras que tuvieron que mantener sus dos predecesores Cárlos V y Felipe II, habian consumido las inmensas riquezas de España é Indias, y dejado exhausto el real erario; por lo cual se vió precisado el nuevo rey á pedir á los reinos de Castilla algunos servicios de dinero, los cuales, no bas-

tando despues, fueron causa de sellar la moneda con mas valor del que tenia. El comercio andaba muy débil, y los comerciantes hacian muchas quiebras. Atribuíase al lujo, á la mucha plata labrada que habia entre los grandes é iglesias; de cuyas dos manos, en la una quedaba estancada, y en la otra duraba poco; porque hacian mucha estraccion de ella á los reinos estranjeros. Quiso el rey evitar este mal prohibiendo fabricarla y estraerla en adelante, para lo cual mandó antes, que todos presentasen su inventario, y quedase registrada: pero mezcladas las iglesias y monasterios en este punto, se originaron escrúpulos, y quedó la cosa sin acabar. Habia aumentado el rey la familia y esplendidez de su real casa, y dado muchas pensiones con que se aumentaron los gastos. Los obsequios y fiestas que habia recibido en Ferrara la reina doña Margarita al celebrar sus desposorios en aquella ciudad, y los de su hermano el archiduque con las bendiciones del papa Clemente VIII, y por medio de sus correspondientes apoderados, habian sido magníficos, prosiguiendo en serlo por todas las ciudades de Italia, y puertos de Génova y Francia por donde pasaban; era menester competirlos ó escederlos, y eran precisos nuevos empeños. Empezaron estos con los festejos desde la llegada á los Alfaques y rada de Vinaroz en Valencia á 21 de marzo de 1599, y en esta ciudad fueron celebrados con rica pompa y gentil aparato, así por el rey, como por los grandes y la ciudad, sobresaliendo entre estos el duque de Lerma. Concluidas las bodas en Valencia, pasaron los reyes á Barcelona, á fin de que desde allí se embarcasen para el imperio los otros esposos, que eran la infanta doña Isabel y el archiduque Alberto, á quienes despidieron en 7 de junio bien regalados. Con esta ocasion tuvo el rey Cortes en que pidió servicios de dinero á los catalanes, que le otorgaron gustosos. De allí partió con su esposa á Zaragoza, donde, antes de entrar, hizo dar sepultura á las cabezas espuestas al público sobre las puertas, por el castigo ejecutado en tiempo de las revoluciones sucedidas por causa de Antonio Perez, y borrar los padrones esculpidos de sus delitos. Visitaron las iglesias y edificios principales, fueron obsequiados con el mayor afecto, y saliendo de aquella ciudad á 22 de setiembre del mismo año, se vinieron á descansar á Madrid. A los cinco meses de estar en esta villa, se mudó la corte y tribunales á Valladolid, donde á 22 de setiembre de 1601 les nació la infanta doña Ana Mauricia. En el espacio de cinco años que allí estuvieron, nacieron la infanta doña María, año de 1603, que murió pronto, y el príncipe don Felipe en 8 de abril de 1605, que despues sucedió en el reino con nombre de IV. Entre tanto que todas estas cosas pasaban, no se descuidaba el rey en sostener la reputacion de sus armas en todo el orbe. Los ingleses, como enemigos, infestaban nuestros mares con sus piraterías, y el rey don Felipe armaba de tiempo en tiempo sus escuadras para castigarlos ó amparar las flotas que tanto codiciaban. La espedicion que en el año de 1599 mandó hacer á don Martin de Padilla, adelantado mayor de Castilla, no tuvo buen efecto por los vientos contrarios. Tampoco tuvo tan buenos sucesos el almirante Mendoza en Flándes, como despues el marques de Espinola, que ganó á Ostende, plaza importante, pero que costó á los nuestros cuarenta mil hombres, y á los enemigos setenta mil (1). Los holandeses, no solo ganaban amigos en la India Oriental, sino que aumentaban establecimientos, y hacian todo el daño que podian contra nosotros, sin embargo de haberles salido mal una espedicion que armaron contra las islas Canarias, y otras hostilidades que hacian en el Oriente. El marques de Santa Cruz fué mas feliz, así contra los ingleses, co-

(1) Bernabé de Vivanco, historia Ms. de Felipe III.

mo contra los turcos, en las costas de Africa y mares de Turquía: haciánse nuevos progresos en la India Oriental por los portugueses y castellanos: en la América, en las provincias de Chile, hubo varios sucesos en la invasion de los rebeldes araucanos; pero al fin fueron vencidos. En esta guerra se halló doña Catalina de Arauso, natural de San Sebastian de Vizcaya, disfrazada de soldado con el nombre de Pedro de Oribe, que llegó á ser alférez del capitan Alfonso Rodriguez. Poco despues se hizo la total conquista del nuevo Méjico, empezada en tiempo de Felipe II, y la embajada y regalos que envió el rey don Felipe III al de Persia, sirvieron de que este entretuviese al turco con sus hostilidades, é impidiese que acometiera los dominios españoles con todas sus fuerzas. Habiendo muerto la reina de Inglaterra doña Isabel en el año de 1603, subió al trono el rey de Escocia Jacobo Stuart, como pariente mas cercano; este deseó tener paces con el rey de España, el cual, condescendiendo á tan loables deseos, envió para contratarlas al condestable de Castilla y Leon, don Juan de Velasco, duque de Frias. Incluyéronse en ellas tambien los archiduques de Austria, y se firmaron en Lóndres en el año 1604, y en Valladolid en el siguiente de 1605. En estas, despues de una amistad perpétua se atendió mucho á la seguridad y aumento del comercio, así de España, como de Indias, de una nacion y de otra, del rey don Felipe III, y del archiduque Alberto, gobernador de Flándes ya absoluto, por haber llevado estos estados en dote la infanta doña Isabel, aunque con devolucion á la corona á falta de hijos varones (1). El arzobispo de Valencia, don Juan de Ribera, habia hecho una representacion al rey don Felipe, disuadiéndole la paz, y animándole á la guerra, como contra enemigo de la fe católica; pero el rey prefirió aquella,

(1) Bernabé de Vivanco citado. Tratados de paz.

y aun en algunos capítulos acordó que en España no se molestase á los vasallos ingleses en puntos de religion, si no daban escándalo, y que se castigasen las violencias y delitos que se cometiesen durante la paz, sin perjuicio de ella. En medio de los frutos de la paz, iba cogiendo el rey don Felipe III los de bendicion. En 18 de agosto de 1606 nació la infanta doña María en el Escorial, y en Madrid en 5 de setiembre de 1607 el infante don Cárlos. A principios del año de 1608 fué jurado el príncipe don Felipe á los tres años de edad; en cuyas Cortes le fué acordado un servicio de diez y siete millones y medio para las urgencias de la corona; donativo que tuvo principio en el reinado del padre, y fué creciendo en el reinado del hijo. En 17 de mayo de 1609 dió á luz la reina al infante don Fernando, en San Lorenzo, y á 24 de mayo de 1610, en Lerma, á la infanta doña Margarita, á cuyas felicidades se agregó la tregua con los holandeses, asentada por espacio de 12 años, firmada por el archiduque Alberto, gobernador de Flándes en nombre del rey Felipe, con mas provecho suyo, y de los garantes los reyes de Francia é Inglaterra, que nuestro, pues quedaron declaradas libres las provincias unidas (1). En 1611, á 22 de setiembre, nació en el Escorial el infante don Alfonso, y á poco tiempo murieron hijo y madre; esta en 3 de octubre del mismo, á la edad de 26 años, y aquel en el año siguiente de 1612, ambos fueron sepultados en el real panteon. El rey sintió mucho su muerte, y desde entonces hizo ánimo de permanecer viudo toda su vida. No fué menor el sentimiento que causó la muerte de la reina Margarita á los vasallos, principalmente á las iglesias, hospitales y conventos que socorrió con crecidas limosnas, ó que fundó con numerosas rentas. Inclinada á este género de obras pías, despues de haber edificado en Valladolid el convento de

(1) Tratados de paz.

franciscas descalzas, y trasladado en Madrid las monjas agustinas que estaban en la calle del Príncipe á la de Santa Isabel, dió principio á la fundacion del real convento de esta misma órden, descalzas ó recoletas, llamado de la Encarnacion. En el mismo año de 1611, dió buenas rentas al colegio de jesuitas de Salamanca, llamado del Espíritu Santo, protegió en la misma villa de Madrid con sus limosnas las carmelitas descalzas de Santa Ana, hizo varias limosnas perpétuas en San Juan de Dios, y contribuyó á la traslacion de franciscos descalzos de San Gil, que antes fué parroquial, y se agregó á la de San Juan, sin otras limosnas que no se daban al público. Dícese que el principal motivo de la reina en la fundacion del real convento de la Encarnacion, fué voto que hizo por la felicidad de la espulsion de los moriscos de España, que habia resuelto el rey don Felipe III, por haberse averiguado que estos, abrigando siempre en su corazon la secta de sus ascendientes, y el rencor contra los españoles, solicitaban socorros del turco y de Marruecos para levantarse otra vez con las armas. Determinó el rey su espulsion á fines del año de 1609. Dió las providencias correspondientes para que se hiciese en el siguiente de 1610, publicándose las reales órdenes de espulsion en cada provincia, y encomendando su ejecucion á los primeros gobernadores de ellas. El rey les ocupó los bienes raices como á reos que eran comprendidos en delito de majestad violada; pero les dejó disponer de los muebles con esta condicion; que dentro de sesenta dias debian venderlos, y con su dinero comprar géneros comerciables para llevarlos consigo, y que si querian sacar joyas de oro ó plata habian de entregar la mitad á los comisionados para el rey, y entonces no debian llevar las mercaderías permitidas, y que se quedasen los notoriamente buenos cristianos, ó hijos de cristianos viejos, ó las moriscas casadas con estos. El duque de Gandía embarcó en Denia mas de 150,000 en las naves del marques de Santa Cruz, comisionado para el trasporte á los puertos de Africa. Don Agustin Mejía tuvo la comision de los moriscos de Aragon, Valencia y Cataluña, que se embarcaron por los Alfaques de Tortosa: hasta en número de mas de 30,000 fueron recibidos en Francia, y otros en mayor número pasaron á Africa. Al cargo de don Juan de Mendoza, marques de San German, estuvo la espulsion de los moriscos de Andalucía, Granada y Hornachos, cuyo número pasó de 234,000; don Bernardino de Velasco y Aragon, conde de Salazar, cuidó de la salida de los moriscos de ambas Castillas, Estremadura, Murcia y Cartagena, en la cual se gastaron cuatro años de tiempo, y salieron de esta parte hasta 60,000, de los cuales muchos fueron tambien á Francia é Italia, y los que pasaron á Africa fueron trasportados en las naves del cargo de don Luis Fajardo, capitan general de armada del mar Océano. Acabóse la espulsion en el noviembre de 1614, y la suma general de los espelidos en esta última ocasion, ascendió á cerca de seiscientos mil entre hombres, niños y mujeres, que agregados á los espelidos por Felipe II y Fernando el Católico, compusieron el número de tres millones de moros y moriscos, y dos millones de judíos (1). Bien se conocia la falta que habia de hacer tanta gente al campo, á la industria y al comercio; y que estos cinco millones hubieran producido en cada generacion, rebajadas pérdidas, mas de siete millones y medio de personas, pero el celo de la pureza de la religion, ó mejor dicho el ciego fanatismo de aquellos tiempos, y quien sabe si alguna razon de hipocresía, animó á nuestros reyes á privarse de tanta riqueza y poblacion, cuya empresa celebró el rey don Felipe III en Madrid, yendo en procesion desde Santa María á las descalzas reales. Hallaron un sin número

(1) Vivanco. Gil Gonzalez de Avila.

de libros del Coran, pero mas rica fué la presa que se tomó por entonces en la mar, de dos navíos del rey de Marruecos Cidan, en que iban mas de tres mil cuerpos de libros de varias ciencias y artes, escritos por escelentes autores árabes, de los cuales se hizo una biblioteca en el Escorial. Mucho ofreció Cidan por su rescate; pero tambien queria el rey en cange todos los cautivos cristianos de su reino, lo cual no tuvo efecto; pero á la entrega de Larache, que habia adquirido en 1609, agregó despues la toma de Mamora en el mismo Marruecos. Desde el año de 1608 habia empezado á tratarse de las bodas de un hijo é hija de Enrique IV de Francia, con otros dos de Felipe III de España. No pasó muy adelante este tratado, hasta que por muerte de Enrique, en el año de 1610, entró á sucederle su hijo, el rey Luis XIII, que renovó la pretension. Capituláronse, pues, en el año de 1612 los matrimonios del rey Luis XIII con la infanta doña Ana Mauricia de Austria, hija de Felipe III, y del príncipe don Felipe, su hijo, con doña Isabel de Borbon, hermana de Luis. Entre varios capítulos llamó el cuidado el de la sucesion; firmóse que los hijos y descendientes de la infanta doña Ana, de ambos sexos, no sucedieran al trono español, de lo cual hizo formal renuncia la misma infanta al tiempo de partir á Francia, á fines del año de 1615; en cuyo tiempo se hicieron las entregas recíprocas, pasando acá la esposa del príncipe don Felipe, doña Isabel de Borbon. Recibida esta princesa en Burgos, fué obsequiada con magníficas fiestas correspondientes á su alto carácter, y desde luego puso el rey casa y oficios á los reales esposos, que aun no se hallaban en estado de juntarse. Destinóse por ayo y mayordomo mayor del príncipe don Felipe al duque de Lerma, por confesor al maestro Fr. Antonio de Sotomayor del órden de Santo Domingo, por maestro á don Garceran de Albanell, caballero catalan, persona de buenas letras y vida (como dice Gil Gonzalez de Avila), que murió arzobispo de Granada. Asimismo se repartieron otros oficios, y entre los gentiles hombres se agregó á don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, comendador de Víboras, que estaba en la corte pretendiendo la embajada de Roma, y que el rey cubriese su casa. Seguian infestando los mares los enemigos mahometanos, y aumentándose los piratas ingleses y holandeses. Sin embargo de las treguas con los unos y paces con los otros, fué tambien antojo del rey ayudar al papa contra los venecianos, que habian espelido á los jesuitas y capuchinos de su reino. Hacíanse contínuas levas de gente para Italia y los mares Mediterráneo y Océano; empeñábase contínuamente la corona. El rey no dejaba por esto de fundar obras pías ó concurrir con socorros para ellas, ó acudir á gastos indispensables. Restableció el palacio del Pardo, maltratado por un incendio, en cuyas inmediaciones fundó un convento de capuchinos: en Portugal y en Méjico hizo cuantiosas limosnas para reedificar otros conventos. En Madrid contribuyó mucho á la reedificacion de su célebre Plaza Mayor, y trajo á su costa las aguas para palacio, á cuyo ejemplo la villa hizo otro tanto para el resto de ella. Fueron renovados los palacios de Valladolid y Toledo, los muros y varios edificios de Cádiz, fabricadas muchas torres en la costa del Mediterráneo, muy adelantado el muelle de Gibraltar, levantados castillos y fuertes en Portobelo, en Nueva España, y muy fortalecido el puerto del Callao en el Perú: espensas hechas á costa de la corona en el todo ó en parte. Los grandes y ricos señores continuaban enagenando sus rentas con la imprudente fundacion de conventos, lo cual, de una mera devocion, como decia don Gabriel Cimbro, procurador de Avila, habia pasado á una especie de vana emulacion, queriendo competir unos á otros, y aun á los mismos reyes: crecia la despoblacion, menguaban los contribuyentes,

se multiplicaban las exenciones, quedaban sin labradores los campos, las ciudades sin industria y comercio, y el reino en perpétua necesidad (1). Hombres grandes y de acreditado celo y sabiduría hicieron presente al rey por escrito, y por medio de la imprenta, los males y sus causas: quiso el rey poner remedio; juntó Cortes en el año de 1619, á fin de que el reino hiciese un nuevo esfuerzo para sostener los gastos, y mandó al consejo real que le consultase los medios mas convenientes de aliviar sus dominios. El consejo, despues de una madura reflexion sobre el estado de la monarquía, las causas de donde provenian sus empeños; propuso su dictámen con aquella verdad y respeto con que debe hablarse á la majestad, en una célebre consulta, que imprimió y comentó el licenciado Pedro Fernandez Navarrete, secretario del rey. En ella redujo el consejo el punto á siete medios que le parecieron los mas oportunos: el alivio de los impuestos; la templanza en las mercedes y gracias reales, hacer salir de la corte á sus tierras los mendigos y ociosos, juntamente con los ricos y grandes que por venir á ella desamparaban sus lugares y patrimonios, dejando de dar que trabajar á sus vasallos ó vecinos; reforma de trajes y lujo, y de número escesivo de criados, debiendo empezar por la casa real, para que así tuviesen mas gente los pueblos, y se fomentase el cultivo del campo é industria nacional, y no se necesitasen los géneros estranjeros; privilegios y premios á los labradores, como no ser presos por deudas, libre comercio de sus cosechas, reforma de privilegiados de cargas personales, como los hermanos de los frailes, y los que llamaban soldados de la milicia y otros exentos, porque de otro modo recaian todas las cargas sobre los pobres; que los ejecutores de rentas no llevasen mas que ocho reales de salarios, y se aminorase el número de los cien receptores establecidos, que estafaban á los miserables, y multiplicaban pleitos por sus intereses en daño de los pleiteantes, frustracion de la justicia y molestia del consejo; y en fin, que se fuese á la mano en dar licencias de fundaciones de conventos, suplicando al papa hiciese lo mismo en las de nuevas religiones, representándole cuantos inconvenientes resultaban en menoscabo de las rentas reales, de la poblacion y abundancia de gente útil y provechosa para la corona, y aun de las costumbres, pues se observaba que los jóvenes corrian á los conventos, mas bien llevados de la necesidad y ódio al trabajo, que de vocacion verdadera; para lo cual seria muy conveniente que no entrasen menores de diez y seis años, y no profesasen hasta los veinte, etc. Igualmente se pidió en las Cortes á representacion del mismo procurador de Avila, don Gabriel Cimbro, que el rey mandase no se admitiesen en los consejos, tribunales, colegios, congregaciones y demas comunidades, memoriales en razon de informaciones de limpieza que no fuesen firmados de personas conocidas. Habia mucho tiempo que personas graves y de mucha autoridad, habian hecho presente al público y al trono por medio de escritos y manifiestos, los perjurios, falsedades, venganzas, cohechos y ódios que pasaban en semejantes informaciones; todo lo cual pedia tambien la reforma de los estatutos de limpieza. Tal era la corrupcion de costumbres y miserias de España en este tiempo. El rey deseaba el remedio, pero parte de esta enmienda estaba reservada á sus sucesores. El duque de Lerma que habia merecido la mayor satisfaccion del rey, se habia atraido la emulacion de los subalternos, y otros que envidiaban su privanza; todo era en estos buscar medios para que el rey le separáse de sí. El duque se habia esmerado en servir al rey y al Estado cuanto se podia desear, y

(1) Son notables las observaciones que hace sobre este punto Gil Gonzalez de Avila, en el cap. 85.

se habia portado con singular agrado y beneficencia con todos. El maestro Gil Gonzalez de Avila afirma de instrumentos vistos por él, que en las bodas que celebró el rey en Valencia, habia gastado de suyo en aparatos, galas, y dádivas, trescientos mil ducados; en las entregas de las reinas de España y Francia, cuatrocientos mil; que hizo muchos presentes al emperador, al rey Felipe y á varios príncipes de Europa, y que mereció el agrado de los pontífices romanos; que dió varios cuantiosos socorros á iglesias y monasterios; que dejó enriquecidos once conventos de religiosos y monjas, con preciosos vasos, ornamentos y rentas; dos colegiatas, fundadas la una en Ampudia y otra en Lerma; muchas limosnas secretas y muchas públicas; pero al mismo tiempo no se habia descuidado en prevenirse para su retiro, que pidió repetidas veces, y que al fin se lo concedió el rey con bastante repugnancia, no hallando motivo sino para su aprecio y conservacion. Un capelo que con licencia del rey habia pedido al papa Paulo V, le condecoró en su soledad, que la pasó en Valladolid desde los fines del año de 1618 en que se retiró. Don Rodrigo Calderon, marques de Siete Iglesias, habia servido al duque de Lerma, desde jóven, y tanto se habia instruido en los negocios á su lado, que le hizo secretario de la cámara, en quien descansaban los cuidados del ministerio en esta parte. No se pinta á don Rodrigo tan agradable y tan espléndido como á su bienhechor, y aunque durante su servicio desempeñó á satisfaccion del rey negocios muy importantes en su oficio y viaje á Flándes, tuvo tan rigorosos émulos y le atribuyeron tales escesos, que el rey dió órden para que se le formase causa á principios de 1619. Don Bernabé de Vivanco que escribe á la larga los sucesos de este ministerio, es un perpétuo defensor del duque de Lerma y don Rodrigo Calderon; nosotros no hemos hecho mas que apuntarlos brevemente como lo hace el maestro Gil Gonzalez de Avila. A 26 de abril del mismo año salió el rey de la corte á Portugal, donde le deseaban con ansia, para que les hiciese mercedes y pusiese alguna enmienda en las cosas de gobierno: hiciéronle los portugueses muchas fiestas, tuvo cortes en Lisboa, hizo jurar allí al príncipe don Felipe, y antes de despedirse recibió á besar la mano á los consejos de inquisicion, de estado, de la cámara, etc., y les encargó la vigilancia en el gobierno y la rectitud en la justicia. Allí tuvo la gustosa noticia de un nuevo descubrimiento en provecho de la navegacion. Habiendo en 1616 Jacobo Maire y Guillermo Schother, holandeses, advertido por el estrecho de Magallanes otro paso para el mar del Sur y las Molucas, intentaron pasarle; pero solo llegaron á los 57 grados. El rey deseó adelantar este descubrimiento, y envió á fines del año de 1618 en dos carabelas á los hermanos Nodales, portugueses, y al cosmógrafo Diego Ramirez, natural de Valencia. En 23 de enero de 1619, llegaron al estrecho que iban buscando, y le dieron el nombre de San Vicente, corrieron aquellos contornos, navegaron hasta 63 grados de altura, y observaron las mareas, corrientes, vientos y demas cosas necesarias ó útiles á la navegacion, hicieron su regreso en julio y dieron cuenta al rey en Lisboa, donde estaba. De aquí partió á Madrid el rey á 29 de setiembre, y antes de llegar á la corte enfermó en Casarrubios de cuidado; pero restablecido, entró en ella á 4 de diciembre. Habia muerto antes el cardenal, arzobispo de Toledo, don Bernardo de Rojas y Sandoval, y pidió la sucesion al arzobispado y capelo para el infante don Fernando, de edad de nueve años, lo cual concedió gustosamente el papa Paulo V, con la correspondiente dispensacion. Las cosas de religion en Alemania siempre daban que hacer á la España. El emperador Matias habia hecho rey de Hungría y de Bohemia al archiduque Ferdinando.

Los bohemios herejes, no contentos de esta eleccion, se levantaron contra él, y buscaron nuevos aliados de su secta que les favoreciesen; entre ellos fué uno Federico, conde palatino, á quien hicieron rey: por parte de España se socorrió al rey Ferdinando con buen número de tropas, al cargo del general conde Bucoy, que los contuvo. A poco tiempo murió Matias, los electores crearon rey de romanos y emperador al rey de Hungría Ferdinando. Crecieron los enemigos, y creció el refuerzo de España con treinta y dos mil infantes, cuatro mil caballos y dinero, yendo á su cabeza el marques de Espinola, general de Flándes, acompañado de los subalternos don Gonzalo de Córdoba, maestre de campo, y don Luis Velasco, capitan general de la caballería. Ganáronse algunas plazas, y el general obligó al enemigo á que se retirase. Apenas descansaban las armas por aquella parte, era preciso tomarlas por la de Italia. Los grisones herejes habia mucho tiempo que perseguian á los católicos valtelinos. El duque de Feria, gobernador de Milan, como inmediato á ellos, pedia permiso y socorro al rey Felipe para defenderlos. El general de la caballería, don Gerónimo Pimentel, salió al opósito con poca gente española é italiana contra ocho mil grisones; acometió al enemigo cerca de Tiran, desbaratóle y se retiró victorioso con rica presa, aunque con alguna pérdida de gente; lo cual sucedió en el año de 1620. El príncipe don Felipe habia llegado ya á la edad de 15 años, y su esposa doña Isabel á la de 17, y determinó el rey se juntasen, lo cual se celebró en el Pardo en 25 de noviembre de este año, y desde entonces empezó el príncipe á asistir al despacho con su padre, para instruirse en los negocios de la monarquía. Pocos meses despues enfermó en Madrid el rey don Felipe de erisipela. No se desesperaba al principio de su salud, pues se hallaba en la edad de 43 años; pero la enfermedad se agravó: conoció el rey su próximo fin, dispúsose cristianamente con el mayor fervor, y murió en 31 de marzo de 1621 en el real palacio de Madrid. Fué llevado á sepultar á San Lorenzo el real, en donde habia dispuesto su sepulcro. De ocho hijos que habia tenido con doña Margarita de Austria, quedaron vivos cinco, el rey don Felipe IV que le sucedió, doña Ana Mauricia, reina de Francia, la infanta doña María, el infante don Cárlos y el infante don Fernando, cardenal arzobispo de Toledo.

FELIPE IV (don), décimo sétimo rey de Castilla y Leon, y sesto de Indias; empezó á reinar en 1621, murió en 1665. El rey don Felipe IV, hechas las exequias de su padre, se retiró al monasterio de San Gerónimo, esperando el dia de su entrada pública y celebridad de su coronacion, que fué á 9 de mayo del mismo año de 1621 (1). Habíale dado buenos consejos su padre antes de morir, y le habia encargado que mirase por su reino, así por lo que toca al estado eclesiástico, como al civil, y le recomendó mucho á los que habia tenido en su servidumbre: mas no solamente por consejo del conde de Olivares mandó que el duque de Lerma suspendiese su llegada á la corte, á donde venia por llamamiento de los suyos, sino que pocos dias despues se le hizo causa de su órden, sobre ciertos provechos logrados en el gobierno (2). Mudó tambien parte del ministerio, haciendo retirar á unos ministros, agregando otros al palacio y á los consejos, dejando correr los negocios por sus respectivas vias, sin quedar mas privanza por entonces al conde de Olivares que la de un íntimo confidente, y á su tio don Baltasar de Zúñiga, los negocios que se mandó dejase el duque de Uceda (3). Era jóven de 16 años, de edad poco madura para internarse por sí mucho en los negocios, pero con buenos deseos de acertar por medio de sus ministros. Seguia

(1) Baltasar de Céspedes.
(2) Céspedes citado.
(3) Vivanco y Céspedes citado.

el reino en sus empeños y pobreza; las costumbres estaban muy relajadas, y quiso que se atendiese á todo. Mandó formar una junta de ministros con el nombre de fiscales ó censores de la patria, compuesta del presidente de Castilla, de su confesor Fr. Antonio de Sotomayor, dominicano, varios obispos y letrados. Procuró desde luego la buena armonía y alianza con las potencias estranjeras, y particularmente reducir á concordia á los valtelinos y grisones, y aunque no dejaba de asistir al emperador de Alemania, Ferdinando II, con dinero y gente para vencer á sus rebeldes, instó mucho para que se compusiesen las cosas de manera que se evitasen los comunes costosos gastos. Solo insistió en que se renovase la guerra á los holandeses, cuya tregua habia espirado, y se aprestasen armas y víveres para volver á reducir aquellos pueblos á la antigua católica religion y fidelidad de sus soberanos. A este fin juntó Cortes en Madrid, para que el reino le asistiese con sus acostumbrados servicios. Renováronse en estas las pretensiones de las pasadas sobre el remedio de la despoblacion de España, destierro de la ociosidad, estincion de estancos de varias cosas comerciables, minoracion de jueces y escribanos, gastos de pleitos, y cobranzas de censos y tributos, inhibicion de justicias, prohibicion de la saca de plata, de la introduccion de varios géneros estranjeros y moneda falsa, que con motivo de la subida pasada contrahacian estos; que hubiese nuevo arreglo en la administracion de rentas, y paga de soldados á los guardacostas, á quienes se estaba debiendo: que se impidiese el desórden en los trajes, que no se fundasen muchas capellanías, ni se hiciesen dotaciones y otras obras de esta calidad con demasía, ni se comprasen haciendas por los conventos y eclesiásticos, para que de este modo no hubiese tantas rentas exentas de alcabalas y de la real jurisdiccion, aumentándose las cargas sobre los pobres ó el número de individuos de aquel estado, con menoscabo de los labradores en los campos, marineros en la mar y brazos á las artes útiles al comercio. Todas estas cosas deseaba remediar el rey, y aun otras muchas que de propia voluntad habia pensado reformar en su real palacio y gobierno de los consejos. La actividad no era poca en el rey, pues espidió varias pragmáticas á este fin; pero varias circunstancias ocurridas despues, no las dejaron poner en entera ejecucion. No estaban los ánimos de los holandeses menos dispuestos á todo trance, antes que ceder á la libertad é independencia, y mas viendo que muerto en aquellos dias el archiduque Alberto, sin sucesion, volvia á la corona de España el derecho de dominio, que se habia reservado al tiempo de contratar el matrimonio de aquel con la infanta doña Isabel Clara Eugenia, de España. Habian adquirido muchas fuerzas y riquezas durante los doce años de treguas, formando compañías para comerciar en el Oriente, piratear en los mares y hacer hostilidades en los dominios españoles de las Indias; acostumbrados á no sufrir el yugo antiguo, se hallaban bien en el gobierno que habian establecido. Determinaron, pues, hacer resistencia en tierra y hacer espediciones por mar. Las armas españolas no podian tan presto reunirse por estar empleadas en Italia para socorro de los valtelinos, y en Alemania para auxiliar al emperador. Las armadas que se disponian para sostener á Flándes, padecian recios temporales en el canal de Inglaterra; las flotas que venian de América cargadas de dinero se hundian, y todo era calamidad. El rey de Inglaterra deseaba componer las paces en Alemania con el Palatino y su hijo Cárlos, príncipe de Gales: este vino á Madrid á tratarlas en persona, y al mismo tiempo el matrimonio con la infanta doña María. No dejó de alegrarse el rey Felipe de esta nueva alianza que se presentaba; pero la diversidad de religiones suscitó tantas dificultades, crecidas con consultas á teólo-

gos, y con tales condiciones, á que se queria sujetar este matrimonio, que aunque fué celebrado el consentimiento á ellas públicamente en Madrid con grandes fiestas y regocijos, tuvo que partirse el príncipe de Gales, no muy gustoso, sin desposarse, si bien satisfecho de los grandes obsequios y festejos que se le habian hecho. En medio de esta negociacion tenia el rey nuevas Cortes en Madrid, que habian dado principio en 8 de abril de 1623. El fin de ellas era adelantar los medios que se querian tomar para el alivio del reino, y ver los mas oportunos para la ereccion de montes píos, mantener en pié treinta y dos mil hombres de tropa arreglada, y surtir de buenas armadas los mares, para sujetar á los corsarios turcos y piratas de otras naciones, y amparar las flotas que viniesen de la América y del Oriente. Desechas las bodas del ingles y la infanta de España en 1624, muerto tambien Jacobo de Inglaterra de allí á poco, y heredando Cárlos el reino, las hizo con una hermana del rey de Francia, llamada Cristina; y otra hermana del mismo rey ingles, las ajustó con el conde Palatino, y estos tres hicieron una liga muy poderosa con el rey de Dinamarca, las provincias de Flándes, el duque de Saboya, la república de Venecia, y revolvieron toda la Europa contra el rey de España y el emperador de Alemania. Tomó calor la guerra en el Palatinado y entre los grisones; armáronse escuadras holandesas é inglesas; aquellas tomaron en la costa del Brasil la ciudad de San Salvador y la bahía de Todos Santos, y estas dirigieron el primer tiro á coger la flota española en la misma bahía de Cádiz, cuando viniese: entraron en la bahía, ocuparon el Puntal con poca resistencia, é hicieron algunos desembarcos, pero don Fernando Giron resistió de tal suerte, ínterin le llegaban socorros de las ciudades circunvecinas, que con ellos obligó á los ingleses á retirarse con alguna pérdida, á cuyo descalabro les sucedió otro mayor, perdiéndose casi toda la escuadra á poco trecho de su salida, por una brava tormenta. Don Fadrique de Toledo recobró con su escuadra las pérdidas de la costa del Brasil; el marques de Espínola tomó á Breda en Alemania: el duque de Feria resistió al frances y al saboyano en Italia: vino la flota segura: vino el alivio, y respiró España. Los holandeses, que siendo tan débiles en gente y naves para poder sostener una guerra contra tantas fuerzas españolas y alemanas, no hubieran conseguido su fin sin sus compañías, cuyo fondo é interes resultasen del poco ó mucho comercio que pudiesen hacer entre el Oriente y Europa, y de la piratería y robos de las flotas españolas que viniesen de la América, hicieron avisada á la España para que tomase ejemplo. Así es, que el rey quiso, ademas de las escuadras de guerra que tenia, se formasen cuatro compañías, una en Lisboa, otra en Sevilla para la India y América, otra en Barcelona para el Levante, aplicando desde luego la cuarta que era ya primera, llamada del Almirantazgo, para la espedicion contra Flándes, y defensa del comercio. Con esta mira partió el rey á la corona de Aragon para juntar allí Cortes, jurar los fueros, sacar algunos servicios y dejar plantificada la compañía de Barcelona. No se retiró el rey muy contento de esta ciudad, no habiéndose avenido bien los catalanes en ello, y convocadas desde allí Cortes nuevas para Madrid, dió la vuelta muy pronto á la corte. En las Cortes de este año de 1625 se volvieron á hacer presentes los mismos males que en las pasadas, y añadir otros, representando que estaban pobres las provincias por los repetidos servicios hechos al rey en sus necesidades; la falta de poblacion, de cultivo, de industria, de comercio; hallarse encarecidas las cosas, escasez de moneda, y esta falseada é introducida por el estranjero, que en cambio se llevaba la mejor plata y el mas rico oro; ser el clero mucho, nueve mil y

ochenta y ocho monasterios, sin contar los de las monjas (1), exenciones de tributos en estos multiplicadas, necesidad de plantificar erarios y montes píos, y remediar con ellos en parte la falta de comercio. El rey consultaba, los hombres mas sábios discurrian y proponian medios, habia muchos arbitristas, pero siempre quedaba sin efecto el remedio de las mas principales causas, pues aunque eran ciertos los efectos y obvias ellas, no se acudia ó no podia acudirse á evitarlas por no ser posible salir de ellas, sino dejando las armas y desamparando los estados, con descrédito y menoscabo de España: no hay azote mas cruel para un Estado, que larga y porfiada guerra; y si aun para una corta se agota un rico erario, ¡qué no consumirán tantos años! Con motivo de querer el rey, de consejo del conde Olivares, arreglar los gastos, reformar el lujo y las costumbres, restringir las mercedes sin mérito, é impedir que no tuviesen muchas, ó se enriqueciesen otros á costa del erario, lo cual no observó el mismo conde tan puntualmente, que no cayese en el mismo peligro que queria evitar, se hizo acusacion al duque de Lerma por el fiscal del rey, don Juan Chumacero de Sotomayor. Entre los cargos que se le pusieron, fué notable la demanda que se le hizo sobre el empeño de la corona y necesidades del patrimonio real, á que respondió, que por relaciones que se presentaron al fin del reinado del rey don Felipe II, resultó que todas las rentas ordinarias estaban vendidas, y no alcanzaban con una gruesa suma á los juros y privilegios que estaban despachados sobre ellas, que las gracias estaban libradas hasta el año de 1603, las flotas consignadas hasta el de 1601, los servicios hasta la nueva concesion, los vasallos de las islas vendidos, y las deudas á los ejércitos, fronteras, armadas, pensionarios y príncipes aliados, eran de una suma increible; lo cual dió motivo al mismo rey á que hiciese aquel pedido, que se llamó de limosna, por medio del padre Sicilia, jesuita, y pensase en la renuncia de los estados de Flándes en la infanta doña Isabel, por no poder acudir bien á ellos, y que dejó empeñada el rey la corona en largos cien millones de escudos, cargada ya por Cárlos V, su padre, en setenta millones (1). El conde de Olivares empleaba todo su conato en el remedio. Quiso unir los intereses de las provincias y reinos para que todos concurriesen á formar un cuerpo de tropas respetable y temible á las potencias: muchas dificultades halló, y solo se pudo conseguir un arbitrio para mantener veinte mil hombres de tropa sobre las armas, cuyo servicio se invirtió en socorro del aleman, que lo habia pedido para continuar contra el Palatino, lo cual no pudo por entonces hacer tanta falta á España habiendo hecho ya paces con el frances, y estando ya quieta la guerra de Italia año de 1627. Estas paces iban guardándose tan fielmente por parte de España, que habiendo el frances necesitado auxilio contra el ingles, su cuñado, con quien habia roto por faltar á las condiciones matrimoniales de su hermana Cristina, le envió España una armada al mando de don Fadrique de Toledo, para ayudar á tomar la Rochela, que pretendia socorrer el ingles; la cual, aunque llegó despues de haber sido rechazados los enemigos, sirvió de terror para que no volviesen con mayores fuerzas. Pero el rey de Francia, olvidado de este favor, tenia el ánimo contrario á la España. Buscaba detenciones en formali-

(1) Céspedes, citado.

(1) Ya no podrá causar estrañeza lo que admira Gil Gonzalez de Avila, que habiendo en el año de 1595 entrado por la barra de Sanlúcar treinta y cinco millones de oro y plata, bastantes para enriquecer á los príncipes de la Europa, en el año siguiente no habia un solo real en Castilla: pues Bernavé de Vivanco dice, que desde el año de 1593 hasta el de 1597, se habian gastado setenta y tres millones trescientos setenta mil cuatrocientos y cincuenta escudos de oro.

zar los tratados de paz sobre la Valtelina y los grisones, y como que protegia á estos, queria que dominasen á los otros, lo cual era del gusto de los cantones suizos, de quienes eran aliados; los valtelinos clamaban por la libertad de la religion católica, y por ser dueños de sí mismos en el mando civil. Asegurábase el rey de Francia haciendo alianza con los holandeses contra España. La infanta doña Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los paises obedientes de Flándes, ganaba el ánimo tambien de estas, para la defensa y ofensa respectiva de sus convecinos. El comercio debia interesar su seguridad entre amigos y enemigos, y en todos los tratados entraba este asunto, como parte principal. El rey de España daba las facultades necesarias á la compañía llamada del Almirantazgo, y las reglas oportunas para los cargamentos y transportes nacionales y estranjeros, repartimiento de presas y otros puntos de este género y de jurisdiccion para poder obrar en los casos ocurrentes. Habia asimismo dispuesto el rey desde las Cortes de Aragon, por proyecto del conde de Olivares, para tener á raya á los enemigos, que eran muchos y poderosísimos, que de todos los dominios españoles se formase un ejército de union defensiva en número de ciento cuarenta y cuatro mil infantes en esta forma: cuarenta mil de Castilla é Indias, doce mil de los Paises Bajos, diez y seis mil de cada uno de los reinos de Cataluña, Portugal y Nápoles, seis mil de Sicilia, Valencia y las islas de ambos mares, ocho mil de Milan, y de Aragon diez mil; en cuanto á dinero se habian dado tambien buenos arbitrios, pues ademas de los servicios de millones ofrecidos en España por las provincias, se habian cargado con permiso del papa Urbano VIII ciertas cuotas por ciento, sobre los bienes de los eclesiásticos y sobre varios géneros comerciables; lo cual habiéndose interpretado variamente, dió motivo á varias esplicaciones de Su Santidad. Interrumpiéronse estas disposiciones y las esperanzas de la paz, con varios sucesos del año de 1628, que habiendo fallecido sin sucesion Vicente Gonzaga, duque de Mántua y del Monferrato, pretendia sucederle Cárlos, duque de Nevers, con el auxilio del rey de Francia; oponíase el duque de Saboya, púsose en secuestro el Monferrato, en poder de españoles, por mandado del emperador Ferdinando II, hasta que se hiciese una buena concordia sobre este punto entre los potentados auxiliadores. El rey de Francia se unia con el duque de Saboya, con el papa Urbano VIII, con la república de Venecia, el príncipe del Piamonte y el duque de Nevers, contra España y el emperador. El rey de Inglaterra, Cárlos I, hizo nuevo tratado de comercio con España, y mediaba con el holandes para que hiciese alguna tregua con el rey católico; nada se pudo conseguir y siempre habia motivos de alteraciones en Italia con las pretensiones del duque de Saboya, no solo al Monferrato, sino á otros varios estados en Génova, á cuya composicion pasó á Milan en calidad de gobernador y capitan general de Italia, el infante cardenal don Fernando, en 1632. Origináronse otras en Alemania por favorecer el rey de Dinamarca á los rebeldes, y todo era un nuevo motivo para sacar dinero España en defensa del emperador, con repeticion de pedidos á los reinos, sin esceptuar al estado eclesiástico. Pidió el rey al papa nuevas gracias para esto, pero siendo negadas, se ocurrió á Su Santidad por parte de España, y se hizo aquel célebre memorial del rey á representacion de las Cortes del año de 1632, llevado á Roma por don Fr. Domingo Pimentel, del órden de Santo Domingo, obispo de Córdoba, y don Juan de Chumacero Carrillo, en 1633, representando los abusos que se habian introducido por la curia romana en el estado eclesiástico de España; y en él se pedia remedio sobre los que habia acerca de las pensiones en favor de estranjeros, esceso en su cantidad, sobre beneficios

simples y curados, sus resignaciones y reservaciones sobre las coadjutorías, las dispensaciones matrimoniales, vacantes de obispados y sus espolios, los inconvenientes con que se ejercia la nunciatura en cualquiera género de causas, sus voluntarios derechos de pago, calidad de la moneda exigida, procesos largos y enredosos, facilidad de buletos, admision de pleitos entre religiosos, etc. Al fin del año de 1635 declaró enteramente la guerra el rey de Francia; hiciéronse recíprocas represalias en España, Nápoles, Flándes y Francia. Unióse Luis XIII con Dinamarca, y en Italia con Saboya, Mántua, Parma y Módena; moviéronse desde luego contra Francia las armas de las provincias obedientes de Flándes, de órden del infante cardenal don Fernando, que habia pasado allá á suceder á la infanta gobernadora, y por la frontera á la defensa de Fuenterrabía, que habia sitiado el frances, yendo al socorro el marques de Valparaiso, virey de Navarra, y el almirante de Castilla, don Alonso Henriquez de Cabrera. Estuvo en riesgo esta plaza, pero no solamente se defendió por nuestra parte, sino que se hicieron algunos daños por la Beovia y Labort, y acometiendo el frances por el Rosellon, rindió á Salsas en Cataluña, y el rey de España se vió precisado á sosegar la Italia para acudir mejor contra la Francia; recobró á Salsas, pero luego toda la Cataluña se hizo partidaria del frances al fin del año de 1640. Siguieron á los catalanes los portugueses en sustraerse de la obediencia de Castilla, y aclamado el rey en primeros de diciembre de aquel año el duque de Braganza, con el nombre de Juan IV, envió un mensaje á los catalanes, exhortándoles á la empresa comenzada, y ofreciéndoles su auxilio. Los ejércitos de España que habian de servir contra los enemigos estraños, tienen que dividirse ahora contra los domésticos. El rey de Castilla pide al papa Urbano VIII el auxilio de las censuras eclesiásticas contra los rebeldes, y al rey de Polonia Ladislao, gente para que resista en Flándes, y confirma de nuevo un tratado de comercio con el rey de Dinamarca. El rey de Francia hace alianza con Portugal, y se agregan los holandeses formando con aquellas un poderoso armamento naval. Logra tambien el portugues la amistad del de Suecia, y no contento con alzarse con el reino, solicita á los castellanos y leoneses. Algunos príncipes de Italia vacilan; conspíranse otros en Francia en favor de España, y el emperador Ferdinando III intenta las paces señalando á la ciudad de Múnster para tratar de ellas. El rey don Felipe IV se vale de los medios de la piedad, y de su cercanía á Cataluña partiendo á Zaragoza, para volver á los catalanes á la antigua obediencia, pero los franceses apretaban tanto el sitio en el Rosellon y Cataluña, que se iban perdiendo todas las plazas. Los portugueses hacen alianza con el rey de Inglaterra, Cárlos II. Apresurábase el congreso de Múnster por el emperador, y el rey de España iba cediendo muchas plazas en Italia y Flándes para que hubiese menos tardanza. Muere Luis XIII en el año de 1643 sucediéndole Luis XIV al cuidado de su madre doña Ana de Austria, infanta de España, por su corta edad de cinco años, renueva las alianzas de su antecesor, y procura asegurarse bien para disminuir el poder de la España. Habia muchas cosas á qué atender para la paz general; habia muchos interesados, y nadie queria perder, solo España cedia. Veia protegido al portugues por las potencias comerciantes, y estaba sin esperanza del recobro de Portugal. La Cataluña, aunque mal amparada por el frances, se obstinaba en la separacion. Nápoles se rebeló tambien en 1647, y buscaba con eficacia, proteccion en el papa y el frances. Todo era contratar preliminares y artículos que dificultaban la conclusion de la paz. La Holanda se inclinaba á suspender las hostilidades, por mediacion del archiduque Leopoldo Gui-

llermo, el cual habia sucedido al gobierno de Flándes, que por muerte del infante cardenal en 1641, habia estado en poder de don Francisco Melo, conde de Asumar; pero el rey de Francia hacia por estorbarlo. El comercio habia decaido en España, por la necesidad de prohibirlo con sus enemigos, era menester atender á él, y el rey tomó sus medidas con las ciudades anseáticas para asegurarlo con ellas. La marina tambien era escasa, y solo se completaba con contínuas levas. Don Juan José de Austria, hijo natural del rey (1), fué nombrado general de la armada, y enviado á reducir á Nápoles, que no habia podido conseguir el duque de Arcos su virey, á pesar de sus esfuerzos. Ya llegó en fin, el ajuste de la paz del rey de España y los estados generales de Holanda, celebrado en Múnster, á 30 de enero de 1648. En él quedaron reconocidas por libres é independientes, las provincias unidas; concertóse que España se quedase solo con lo que al presente poseia en Flándes, y recíprocamente los estados de Holanda con sus posesiones, arregláronse los territorios poseidos en ambas Indias, y cómo se habia de hacer el comercio sin perjuicio de unos y otros y de sus respectivos aliados. Sintió mucho la Francia que llegase á efectuarse el tratado de paz entre el rey y los estados unidos, sin que ella dispusiese á su gusto de muchas cosas ya pertenecientes á la misma Francia, ya á las condiciones que presentaba la Holanda; procuró diferir las ratificaciones; pero se apresuraron cuanto se pudo para evitar unos y otro la guerra y sus furiosos efectos, y procedieron unos y otros contrayentes á disponer las paces con Francia, punto que habian acordado en el ajuste de paz. El emperador Ferdinando III, iba allanando las dificultades por su parte, firmando paces con Francia y Suecia, restituyendo el Palatinado á su conde Cárlos Luis, y arreglando los derechos y posesiones de otros príncipes de Alemania, no todo á gusto del rey de España, sobre lo cual hizo sus correspondientes protestas; bien que el imperio no reconoció por rey de Portugal á otro que á Felipe IV. Ibase recobrando la Cataluña y quebrándose el poder del auxilio frances; por otra parte, el rey de España asentaba paces con algunos príncipes de Italia. Don Juan de Austria, apaciguado Nápoles, vino á mandar la escuadra en los mares de Cataluña, y pretendia con su autoridad y clemencia de parte del rey, reducir á Barcelona. Pide esta perdon de su desobediencia y ríndese en octubre de 1652. El reino de Inglaterra se hallaba gobernado por Oliverio Cromwell, el rey de España negociaba con aquella nacion, pero el rey de Francia contrataba contra él, contra España y Flándes; y dificultándose así la paz con esta potencia, solo se consiguió una suspension de armas á principio del año 1659, para proceder á ella. Suspendamos aquí un poco el hilo de la narracion, para hablar de algunos sucesos del palacio del rey Felipe IV. Tanta multitud de guerras y enemigos contra la España, la sublevacion de Cataluña y del reino de Portugal, tanta falta de dinero y tanto mal suceso en las batallas, eran atribuidos en el reino, al descuido y mala disposicion del conde-duque de Olivares, en quien únicamente fiaba el rey sus aciertos. Los grandes, aunque descontentos y aun mal tratados del conde-duque, no se atrevian á acercarse al trono para hacer presente al rey la causa de tantos males; pero poco á poco lo fueron logrando, ya con el viaje que hizo el rey á Zaragoza, ya con los avisos del embajador de Alemania, el marques de la Grama Carreto, ya con la audiencia particular que la reina doña Isabel facilitó á la princesa doña Margarita de Saboya, que se habia retirado de Portugal, donde habia estado de gobernadora, y ya en fin, con tantos golpes

(1) **Nació, segun se cree, en Madrid el año 1629; dícese tambien ser habido en una comedianta llamada María Calderon ó la Calderona.**

como le habia dado la esperiencia de tantos trabajos como padecian sus armas y sus vasallos. Mandó, pues, el rey al conde-duque, que dejase el ministerio, y retirándose en el mes de enero de 1643 á Loeches, pareció á los que lo deseaban, que empezaba á respirar la España, pero no se conocieron tan pronto los efectos que se esperaban en el mejor suceso de las armas. Muchas cosas juntas movieron á la Francia á inclinarse á la paz; hacíanle repetidas instancias los príncipes y potentados de Alemania, por donde tenian paso las tropas beligerantes para Flándes, con estrago de los pueblos. Habia muerto en 1646 el príncipe don Baltasar Cárlos, y solo quedaba la infanta doña María Teresa del matrimonio con doña Isabel. Felipe IV se habia casado en segundas nupcias con doña Mariana de Austria, hija del emperador Ferdinando III, en 1649. Tenia tres hijos el rey de esta segunda mujer; la infanta doña Margarita nacida en 1651, el príncipe don Felipe Próspero nacido en 1657, y el infante don Fernando nacido en 1658, pero ambos varones, con pronóstico de muy poca duracion por enfermizos. Todo esto contribuia mucho para apetecer el frances el matrimonio con la infanta mayor de España. Tratáronse los preliminares entre el plenipotenciario don Antonio Pimentel, por parte de España, y el cardenal Mazarini por parte de Francia, en el mes de junio de 1659. Pretendió el frances quedar en posesion de varias plazas y pueblos conquistados en Flándes, y todo el Rosellon y algunas otras de Francia, ofreciendo restituir á Felipe IV algunas en los Paises Bajos, y las de Cataluña y Cerdania; prometia desunirse de Portugal, si en el espacio de tres meses de tiempo, posteriores á la ratificacion de paz, no podia conseguir de aquel reino una composicion á satisfaccion del rey de España, y últimamente dispuso pedir en casamiento á la infanta doña María Teresa. Para la ratificacion de esta paz, se avistaron en los Pirineos, en la isla de los Faysanes sobre el rio Vidasoa, los plenipotenciarios de ambas potencias, don Luis Mendez de Haro, conde-duque de Olivares, y el cardenal Mazarini, en 7 de noviembre del mismo año, y fueron confirmadas por los respectivos reyes, sucesivamente antes de acabarse el año. Los mismos plenipotenciarios tuvieron los poderes para hacer las capitulaciones matrimoniales del referido desposorio, supuesta la dispensacion del papa. En ellas se convino, entre otras cosas, que no se unieran en un reino las dos coronas, á fin de conservar la igualdad; que la infanta doña María Teresa renunciase el derecho de que ella, sus hijos (fuesen varones ó hembras) y demas descendientes, succediesen en el reino de España, aunque se verificara el caso de la estincion de la sucesion de los hijos y descendientes que quedaban entonces en España, no obstante á esto ninguna ley ni costumbre de ambos reinos. Todo lo cual fué ratificado y confirmado despues por uno y otro rey, y la misma infanta doña María Teresa. Entregada esta reina á su esposo Luis XIV, en el año siguiente de 1660, el rey Felipe IV reforzó sus armas contra los portugueses, pero en vano; pues no tardó mucho en auxiliarles el frances, irritado de que España le habia negado el estado de Bravante, que habia pedido como perteneciente á su esposa doña María Teresa, que no debió comprender el ducado de Borgoña en la absoluta renuncia del tratado de los Pirineos. Entre este tiempo, murieron el infante don Felipe Próspero y el príncipe don Baltasar Cárlos, pero en 6 de noviembre de 1661, parió la reina doña Mariana de Austria, al príncipe don Cárlos, quedando esperanzas de vivir para suceder en el reino; y calmó los pesares que habia causado la pérdida de los otros. En medio de los varios sucesos de la guerra de Portugal, empezaron á molestar al rey Felipe IV algunos achaques, que agravándose de dia en dia, le quitaron la vida en 17 de setiembre de 1665, de-

jando en poder de su madre á la infanta doña Margarita (que casó el año siguiente con el emperador Leopoldo) y en su tutela, á su hijo Cárlos, de edad de cuatro años, que sucedió al trono. Vivió el rey don Felipe IV sesenta años, reinó cuarenta; fué sepultado en el real panteon, con su primera esposa doña Isabel de Borbon y los hijos que habian fallecido. El largo reinado de este rey, fué larga prueba de las desdichas de España, y la constancia y valor de sus soldados. Combatia á un tiempo casi en todas partes, y contra las mas de las potencias de Europa, como en tiempo de sus tres antecesores, pero no es maravilla que flaquease, rodeada de tanto enemigo junto; aun esto es digno de admiracion, pues pudo en la misma decadencia tanto ó mas que todas ellas. Conservó el rey Felipe IV cuanto le fué posible, el imperio floreciente que le dejaron sus antepasados, en armas y en letras, y lo que valió á Luis XIV para restaurarlas, eso mismo contribuyó para que cayeran despues en España. La Francia se hizo rica y poderosa, con la paz y sus ulteriores conquistas y alianzas, y la España no podia recobrar tan presto sus fuerzas, debilitada por tantos años, aunque con gloria suya y admiracion de todos. Hacen los escritores franceses comparaciones entre los ministros de uno y otro gabinete, entre Richelieu y el conde-duque, entre Mazarini y don Luis de Haro: no fueron mas sábios ni mas buenos aquellos, tuvieron mas fortuna, y la desgracia de estos es acaso inculpable. El mejor ministro es el menos ambicioso para sí, y mas amante del rey y de la nacion. El mejor rey es el mas justo, mas clemente y mas cristiano. Bien se conoce en el cotejo, á cuál parte se inclina la balanza. Dícese, que el rey Felipe IV, fué escesivamente aficionado á la poesía, y particularmente á las cómicas representaciones, y aun se cree que hizo algunas comedias; esto último no se ha probado, lo primero se manifiesta en tantas comedias como se representaron á SS. MM. en el salon del real palacio, y en el gusto que supieron dar Lope de Vega, Quevedo, Calderon y otros. Mas no solamente fué amante de esta literatura; cuarenta años antes que en Francia se pensara en restaurar las letras, aun no habian decaido en España, y por si amenazaban ruina, Felipe IV puso buenos medios para prepararlas y aun para mejorarlas, fundando en Madrid, en 1625, en el colegio de jesuitas, que se llamó imperial, unos estudios escogidos y no acostumbrados á usarse en las universidades, fuera de los comunes que se enseñaban en ellas; porque ademas de las cátedras de gramática y retórica, habia otras de buen gusto; una era la de erudicion para leer la parte que llaman crítica, é instruir á los jóvenes en las antigüedades; otra de *Re militari* para interpretar á Polibio y Vegenio, y conocer la disciplina militar antigua, y otra de historia cronológica, para leer el cómputo de los tiempos, la historia universal y particular. Estableciéronse tambien cátedras de lengua griega, hebrea, caldayca y siriaca, y otra mas de escritura santa; pusiéronse otras de filosofía para esplicar la de Aristóteles en todos sus ramos, lógica, física, *de ortu et interitu de Cœlo*, *de Meteoris*, *de Anima* y la metafísica: los libros éticos, políticos y económicos del mismo; las partes é historia natural de los animales, aves, plantas, piedras y minerales; agregándose á todo esto la cátedra de historia literaria, de toda la filosofía ó historia filosófica, de sus sectas y opiniones de los filósofos antiguos; en fin, dos cátedras de matemáticas, una para la geometría, geografía, hidrografía y gnomónica, y otra para la esfera, astronomía y perspectiva; componiéndose entre seis cátedras de estudios menores hasta retórica, y diez y seis de estudios mayores desde lógica. Por este plan de estudios, se ve el punto de instruccion que habia entonces en España, ó á que queria mejorarse. El fértil ingenio de Lope de Ve-

ga, celebró este establecimiento con un elegante poema; y el siguiente epigrama, que se halla á su puerta, lo abraza todo con la mayor concision:

D. O. M.
NATURÆ COELO ELEMENTIS MORIBUS
REIPUB. BELLO PACI TEMPORI FACUNDIÆ
PHILIPUS MAGNUS IV. HISP. ET. IND REX
DIVITE MANU DITIORI ANIMO.
M.DCXXV.

FELIPE V (don), décimonono rey de Castilla y Leon, y octavo de las Indias; subió al trono en 1700. Murió en 1746. Muerto don Cárlos II, y abierto su testamento, se publicó el nombramiento de sucesion al reino de España en Felipe duque de Anjou, jóven de diez y seis años, hijo segundo del Delfin de Francia. El cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, que habia quedado nombrado gobernador de los reinos, acompañado de la reina viuda, otros ministros y de una junta particular, ínterin viniese el real sucesor, avisó luego con sus correspondientes espresos al rey Luis XIV, abuelo del nuevo rey. Y el embajador de España en la corte de Francia, el marques de Castel-dos-Rius, fué mandado prestar la obediencia al rey don Felipe V. Aclamóse poco despues en 24 de noviembre de 1700 en Madrid, y sucesivamente en toda España, y fué reconocido por tal por todas las potencias de Europa, escepto el emperador Leopoldo, que creyéndose acreedor de mejor derecho, desde luego procuró ganar al ingles para oponerse á la casa de Francia. Partió el rey don Felipe para España el dia 4 de diciembre. Muchos grandes por su voluntad se adelantaron á ofrecerse á su obediencia, y cumplimentar al rey de Francia y su real familia; pero de oficio y por parte del gobierno de España fué el condestable de Castilla, don José Fernandez de Velasco, quien encontrando al rey en Burdeos á últimos de diciembre, logró prestar su obediencia y recibir de S. M. muchas honras, y las órdenes correspondientes para concluir su embajada estraordinaria con el rey cristianísimo. Habiendo llegado el rey don Felipe á San Juan de Luz el dia 21 de enero de 1701, hizo su despedida de sus hermanos que le acompañaban; y obsequiado desde Irun por las gentes del respectivo ministerio, enviadas por parte del gobierno á servir á S. M., prosiguió su viaje por la carrera de Castilla á Berlanga, Atienza, Guadalajara y Alcalá, llegando á Madrid el dia 18 de febrero de 1701. Hizo la entrada pública en 14 de abril, y el reino celebró su jura en 8 de mayo en la real iglesia de San Gerónimo, segun costumbre; y aunque en el viaje y en estas funciones procuraron los vasallos obsequiar al rey con mucha pompa y regocijos, siempre mandó que se escusaran los posibles gastos. Desde los primeros dias que llegó, empezó á dedicarse á las cosas del gobierno; arregló los empleos y oficios de palacio, mudando muy pocos de los individuos anteriores. Pero no podia menos de llevarle la atencion principal la guerra que amenazaba por parte del emperador, el cual hacia grandes preparativos contra el estado de Milan en Italia. Dió el rey prudentes disposiciones para que en aquel estado estuviesen bien prevenidas nuestras tropas, y para que de estos reinos pasasen las suficientes á contener el ímpetu del emperador, cuyo hijo, el archiduque Cárlos, se decia habia de ir á la cabeza de su ejército; por cuya razon alentado de un magnánimo valor, el rey determinó tambien ir en persona á mandar sus españoles y los auxiliares franceses que le prevenia su abuelo Luis XIV. Este habia ya fortalecido los paises de Flándes con cuarenta y dos mil hombres; habia negociado alianzas con los príncipes de Italia, y particularmente con el duque de Saboya Victor Amadeo II, á quien habia pedido su hija segunda doña María Luisa Gabriela para esposa del real nieto, ya que el emperador Leopoldo, no aprobando el nombramiento de sucesion, rehusó dar la suya segun habian

sido los deseos del difunto rey Cárlos, que así lo habia dispuesto en su testamento. Con el ánimo de recibir á su esposa en Barcelona el rey don Felipe, y de tener las Cortes acostumbradas en Cataluña y Aragon, dispuso su viaje en 3 de setiembre, dejando por gobernador de los reinos al cardenal Portocarrero. Ejecutóse todo con felicidad en Barcelona, de donde partió hasta Figueras á recibir á su real esposa, que desde Marsella, donde habia desembarcado por el mal temporal, traia la carrera de Francia y Cataluña. Llegó la nueva reina de edad de trece años, acompañada de la princesa de los Ursinos y la correspondiente comitiva, el dia 2 de noviembre del mismo año de 1701, á quien salió á ver antes de incógnito el rey, y despues la recibió en palacio con aquel aparato y ostentacion real que permitian las circunstancias. El marques de Castel Rodrigo, que habia sido el apoderado del rey en Turin, hizo al otro dia la correspondiente entrega, se revalidaron los desposorios, y se celebraron *in facie Ecclesiæ* con público regocijo. Volvieron los reyes esposos á Barcelona, y dieron fin á sus Cortes en 14 de enero de 1702. Las armas del emperador hacian progresos en el estado de Milan, teniendo sitiada á Mántua, y por medio de emisarios secretos habia sublevado al vulgo de Nápoles, que aunque fué sosegado por las disposiciones del virey, marques de Villena, no dejó de llamar la atencion del rey; y así para recibir juramento de fidelidad de aquel reino y asistir con su presencia en Milan, determinó pasar á Italia en compañía de su esposa, dejando para el interino gobierno una junta compuesta del cardenal Portocarrero, los presidentes de los consejos y su mayordomo mayor el marques de Villafranca. No tuvo efecto por entonces esta disposicion, porque se halló por conveniente que la reina celebrase Cortes en Aragon, y pasase luego á Madrid para servir de consuelo y aliento á sus vasallos; quedando entre tanto el cardenal Portocarrero por gobernador de los reinos. Embarcóse para Nápoles el rey don Felipe el dia 8 de abril de 1702, en una armada compuesta de ocho navíos de guerra de gran porte, que le habia remitido su abuelo el rey Luis XIV, y llegó á Nápoles con felicidad el dia 17. El 19 partió la reina doña María Luisa de Saboya desde Barcelona á Zaragoza, á cuya ciudad llegó el dia 25 y abrió las Cortes; las cuales prorogadas pasó á Madrid, hecha gobernadora de los reinos por su esposo, con asistencia de una junta de Estado nombrada por él mismo, á donde llegó en 29 de junio. Entró el rey don Felipe en Nápoles perdonando y haciendo beneficios; fué obsequiado por sus vasallos con grande aparato y pompa, recibió el juramento de fidelidad de aquel reino; dió desde allí varias providencias para pasar luego á Milan; á cuyo estado se dirigió desde Nápoles, yendo por mar hasta el Final en 2 de junio de 1702, confirmando de nuevo por virey de aquel reino al marques de Villena, que lo era al tiempo de llegar allí S. M. En 11 de junio desembarcó el rey en la playa del Final, donde le recibieron con mucha salva de artillería, y prosiguió su viaje por tierra hasta Milan, haciéndole los rendimientos correspondientes los pueblos por donde pasaba, y adelantándose á obsequiarle el duque de Mántua, el de Saboya y otros personajes. Llegó á Milan el rey en el dia 18, desde donde á los doce dias salió para Cremona, á donde llegó el dia 3 de julio. Dispuso allí el órden de salir con su ejército, hizo las revistas correspondientes acompañado del duque de Vandoma, general del ejército, que habia venido á darle cuenta del estado del sitio, y el dia 21 se dirigió hácia los enemigos con sus tropas. Estos tenian con un cuerpo de ellas ocupado el rio Tezon para impedir el paso de las del rey don Felipe, pero adelantándose el duque de Vandoma logró desbaratarlos, matando á muchos y ahuyentando el resto; llegando el rey á tiempo que pudo animarlos con su pre-

sencia y apoderarse del botin que dejaron. Entregóse la ciudad de Regio, y otros lugares ofrecieron paso libre al rey. El ejército aleman, mandado por el príncipe Eugenio de Saboya, habia pasado el Pó; y se prevenia para dar batalla al rey Felipe, el cual se iba acercando poco á poco á su linea. Acampó el rey á la vista de Lúzara: vino al encuentro el ejército aleman y ambos se dieron la batalla; en la cual fué rechazado el enemigo en sus varios y porfiados choques, con pérdida de seis mil hombres, y de nuestra parte mil quinientos; lo cual sucedió á 15 de agosto de 1702; poco despues se rindió el castillo de Lúzara, y sin desamparar el campo, se puso sitio á la plaza de Guástala, la cual despues de una vigorosa defensa, se entregó capitulando en 8 de setiembre. Estos fueron los preludios del valor y grande ánimo del rey don Felipe V, dando esperanzas seguras de que habia de ser un animoso guerrero: las acciones posteriores y los grandes peligros vencidos escedieron tan dichosos anuncios. La proximidad del invierno, y la dificultad de obrar en el campo, persuadian la suspension de las facciones militares, y así habiendo determinado el rey volverse á Madrid para alentar con su presencia á sus vasallos, salió del campamento el dia 2 de octubre, y pasando por Milan y otras ciudades, llegó á Génova, desde donde embarcándose en 16 de noviembre y siguiendo la costa, desembarcó en Antibo; desde aquí pasando por Marsella, Nímes, Mompeller y Perpiñan, llegó á descansar á Figueras en las fronteras de Cataluña. Aquí dió la órden correspondiente para que cesase el gobierno interino de los reinos, á 16 de diciembre del mismo año. Poco se detuvo en Barcelona y Zaragoza, y dirigiendo su jornada por Tarazona y Agreda, llegó por esta carrera á Guadalajara, donde le esperaba la reina el dia 13 de enero de 1703, y el dia 17 á Madrid, entrando el rey á caballo al lado del coche de la reina, entre innumerables aplausos y aclamaciones (1). El marques de San Felipe que escribió los comentarios de la guerra de España y á quien desde aquí seguimos, hace una pintura bastante odiosa de la ambicion del cardenal Portocarrero, por cuyo gobierno, dice, habia muchos descontentos y afectos al partido cesáreo, así de algunos personajes principales de España como de algunos pueblos de la Cataluña; pero nada de esto era necesario, ni aun suficiente á un emperador que queria que su hijo el archiduque Cárlos tuviese la misma suerte que nuestro legítimo rey don Felipe V, y que confiando en algunos aliados pensaba abatir la gloria de Luis XIV, ó quebrantar su poder para temerle menos. Interesaba mucho á Guillermo de Inglaterra unirse con Leopoldo de Alemania, por temblar del mismo modo á la Francia y á la España; á aquella porque abrigaba en su seno la sucesion católica de Inglaterra, y á esta porque unidos abuelo y nieto pudieran poner en ejecucion el restablecimiento del trono católico que repugnaban los ingleses. La Holanda tenia, si iguales intereses con aquellos, no menor recelo de estos, y así era consiguiente formar liga para evitar tantos riesgos y temores. Llegó esta á su colmo cuando, por muerte del rey Guillermo III en 1702, entró á sucederle en el trono Ana Stuart, hija de Jacobo II el desposeido, no por sucesora inmediata habiendo varon, sino por protestante, que por eso estaba casada con el príncipe Jorge de Dinamarca. Confirmó esta reina el mando de las armas en el duque de Malborough; renovó la liga con el imperio reconociendo por legítimo acreedor á la corona de España al archiduque Cárlos; hiciéronse pactos de reparticion de conquistas: para el emperador el estado de Milan, para los ingleses Menorca, Gibraltar, Ceuta y

(1) Todo lo dicho hasta aquí está sacado de la *Relacion* del viaje desde Versalles á Madrid, y de aquí á Italia, que escribió el secretario de Estado don Antonio de Ubilla Medina, é impreso en Madrid año de 1704.

alguna parte de las Indias; otra parte de estas y España para el archiduque, y por fin para los holandeses muchas plazas de Flándes. Mientras tanto el rey estaba en Italia, dispusieron los ingleses y holandeses una pequeña escuadra y vinieron á la bahía de Cádiz con intento de apoderarse de ella y de la ciudad. No les salió bien el intento aunque tomaron algunos buenos puestos, porque los naturales se defendieron con valor y los rechazaron. Mayor felicidad tuvieron en la retirada, pues habiendo sabido que nuestra flota habia ido á desembarcar á Vigo, puerto pequeño y con poca defensa, se dirigieron allá; y aunque no lograron aprovecharse de ella, la hicieron infructuosa para nosotros, porque á pesar de mucha resistencia y mucha sangre de una y otra parte, se vieron los nuestros precisados á entregarla al fuego y sumergirla; suceso que hizo apresurar el viaje desde Génova á nuestro rey don Felipe, á donde le cogió la funesta noticia. La España tenia poca gente armada, y de esta, mucha parte en Italia; no muchas naves de guerra; el portugues que habia ofrecido neutralidad al principio, fué ganado de los austriacos é ingleses con promesas de darle la Estremadura y Galicia si ofreciendo paso por su reino á los de la liga, y juntando el ejército que pudiese, unidos peleasen contra España; con estas esperanzas se declaró enemigo; el duque de Saboya á pesar de tener una hija casada con un príncipe de Francia y otra reina de España, se mostró quejoso de los que hasta entonces eran sus aliados y parientes, y tambien se declaró en favor del emperador, dando por causa no haberle confiado el mando del ejército en Italia, y otras condiciones que alegaba tratadas y no cumplidas. Así crecian los enemigos contra la España y se aumentaba su riesgo. El frances apresuraba la guerra en Alemania y Holanda, sin descuidar la de Milan y la que se agregó luego por causa del duque de Saboya en el Piamonte. Los navíos ingleses y holandeses visitaban frecuentemente las costas de España, Francia é Italia, como en señal de patrocinio, á los que quisiesen entrar en su partido y aprovechar las ocasiones; proclamóse al fin en Viena por rey de España entre sus partidarios al archiduque Cárlos, y dándole el emperador corte y forma de comitiva real, partió á Holanda á tentar su obediencia, y á prevenirse de armas y gente para venir desde allí á Portugal. En efecto, habiendo tocado en Inglaterra en donde le sirvieron con algunas tropas y naves, vino á Lisboa en donde desembarcó con ocho mil ingleses en el mes de marzo de 1704. En Castilla se habia hecho la prevencion posible de ejército, y con diez y ocho mil hombres de á pié y ocho mil de á caballo, españoles y franceses, salió el rey don Felipe á la campaña, dirigiéndose á Salvatierra, plaza de Portugal en la frontera. Rindióse esta plaza y á su ejemplo otras muchas, ó con poco ataque se entregaron. Mas no fué tan feliz la batalla que se dió junto á Monte Santo, donde padecieron bastante rigor los españoles: así con poco fruto se retiró el ejército, y el rey se volvió á Madrid. Al mismo tiempo hicieron otra espedicion para tentar á Cataluña. Partió pues al mando del príncipe de Armestad, general aleman, una armada, dejando á su pretenso rey en Lisboa. Habia este prometido llevar al archiduque Cárlos, y presentarse con mas poder. Creia que estaba en sazon el designio esperado. El virey don Francisco Velasco, trabajó en mantener fieles á los catalanes; y así aunque desembarcaron cuatro mil ingleses en las cercanías de Barcelona, no se atrevieron á intentar nada y se retiraron. Volvió Armestad la proa hácia Cádiz, donde tambien esperaba su entrega por algun engaño; tampoco logró el fruto, de cuyas resultas formaron el ánimo de tomar á Gibraltar y á Ceuta; consiguieron lo primero por no haber suficiente defensa, y esta empresa fué de mucha utilidad para los enemigos, entre cuyos

generales ingles y aleman se disputó la presa, quedando al fin en favor de los ingleses, cuyo almirante era Rooch. De aquí se formó el plan de buscar la escuadra española auxiliada de la francesa que venia de Tolon, para echarse unos á otros de los mares. Encontráronse á vista de Málaga, dióse una porfiada batalla el dia 24 de agosto; quedaron maltratados unos y otros, y el ingles se retiró á Lisboa, dejando alguna guarnicion en Gibraltar, cuya plaza en vano intentaron los españoles recobrar inmediatamente aunque la cercaron, pues tuvieron la suerte contraria, ya por los temporales que desbarataban las trincheras, y el soldado padecia mucho, ya por los buenos socorros que el ingles llevaba á la plaza, ya por la amistad de los moros que facilitaban víveres. La guerra en Alemania é Italia se mantenia con varia fortuna, no logrando muchas ventajas los franceses. El ingles enviaba muchos refuerzos á Portugal, donde se mantenia el llamado rey Cárlos. En la Cataluña se hacian progresos por parte de Alemania en solicitar descontentos, y ya el archiduque Cárlos concebia esperanzas de ser aquí bien recibido. Partió con esta confianza de Lisboa en la escuadra inglesa, hizo algunas tentativas en Cádiz y costas de Andalucía y Valencia, solo logró la rendicion de Denia; aclamóse allí el archiduque Cárlos, quedó por gobernador un emisario valenciano que solicitó la revolucion, iba esta tomando cuerpo, pero buenos españoles, el duque de Gandía y el virey, cortaron su rapidez. A 22 de agosto de 1705 se presentó el archiduque Cárlos con su armada inglesa á vista de Barcelona; ahuyentó con su fuego á la caballería que guardaba aquella parte de costa, y desembarcó la tropa en su ribera, á los siete dias él tomó tierra: aunque habia partidos en Barcelona, no hizo particular conmocion, pero seis mil foragidos de la provincia fueron á perturbarla y á recibir recompensa del archiduque, que habia ya levantado algunas baterías contra las salidas de la ciudad y de Monjuich. Dentro no habia mucha tropa, y parte de esta ya sobornada: no podian defenderse los fieles al rey don Felipe. Las únicas armas que quedaban al virey, eran las del ruego, exhortando á la fidelidad. Interin el archiduque Cárlos batia la ciudad con poca gente, con otra poca enviada á Gerona y Figueras, plazas con poca guarnicion, las trajo á su reconocimiento. Con esto se desenfrenó mucha gente facinerosa de la provincia, y dió la rienda al pillaje, al saqueo, al sacrilegio, al estupro; ensangrentando contra sí mismos los aceros que estuvieran mas bien empleados contra los enemigos. Estos no hicieron menos, pero Barcelona no se rindió hasta que no pudo mas, capitulando salir los fieles con el honor posible. Mientras esto pasaba, defendia la frontera de Portugal con tropas francesas y españolas el general frances Tesé, el cual partió de órden del rey don Felipe á Aragon, para reunir el ejército que enviaba Francia para el recobro de Cataluña. El mismo rey don Felipe salió á esta campaña. Llegó á las cercanías de Barcelona, púsose sitio á Monjuich y á la ciudad; atacaba por mar la escuadra francesa, mandada por el conde de Tolosa; pero acercándose un cuerpo de diez mil catalanes por la espalda de los sitiadores, y llegando en socorro por mar una armada inglesa, fué preciso al rey don Felipe levantar el sitio, retirarse á Perpiñan y volver desde allí á España por Navarra. Intentábase al mismo tiempo por los aliados del imperio hacer una paz poco decorosa á la España; la resistió el rey don Felipe, no condescendiendo en la pretension de que quedase España y América por Cárlos, y los estados españoles de Italia por el rey don Felipe. Apenas se retiró el ejército de Barcelona, movió el archiduque hácia Aragon; rindiéronse unas plazas de temor, otras de grado, ya tenia Cárlos toda esta corona, escepto algunas principales plazas fieles al rey don Felipe. El portugues,

unido con las tropas inglesas y holandesas, entraba por Castilla; esta solamente cedia á la violencia, pero no en el corazon. El rey don Felipe, falto de gente, pero lleno de valor, recogia el resto de las tropas para hacer frente al portugues por la espalda, y al archiduque cara á cara, que se decia encaminarse á Madrid desde Zaragoza. Determinó que la reina pasase á asegurarse en Burgos, y allí se llevasen los tribunales, el rey fué á unirse con un trozo de ejército que estaba en Sopetran. El ejército portugues acampó en el Pardo y cercanías de Madrid. El marques de las Minas, general portugues, entró en esta villa en el mes de junio de 1706. Prestóse forzada obediencia; él hacia de rey; creaba tribunales, daba empleos, pero nada se ejecutaba sino por fuerza. Al mismo tiempo que los austriacos hacian la guerra á España, los moros (cada reino por su parte) hacian la guerra á Ceuta y á Oran; aquella resistió sus ímpetus, esta no pudo tanto por falta de socorro, el cual, aunque se aprontó, el que lo llevaba fué sobornado y lo pasó á Barcelona. Perdióse al fin Oran despues de algun tiempo, Cartagena fué entrada por ingleses: todo era calamidad, hasta que vino un socorro de quince mil hombres de la Francia, que se incorporó con las tropas del rey de Sopetran. El duque de Berwick, que habia gobernado las tropas españolas en las fronteras de Portugal con vario suceso, dispuso su campo entre Jadraque y Sopetran con el nuevo ejército, animados ya todos con la presencia y exhortacion del rey don Felipe. Venia ya el archiduque á Madrid, el portugues se encaminó á Guadalajara, para divertir el ejército español y abrir el paso á don Cárlos; contínuas escaramuzas hicieron ver al marques de las Minas no poder ser feliz su empresa. El archiduque torció hácia Valencia; siguióle el portugues dejando las Castillas, y casi sin pelear volvió el rey don Felipe por Aranjuez á Madrid, donde fué recibido con imponderable alegría. Restituyéronse los tribunales y la reina: tomaron aliento las Castillas, y el rey se aseguró de su amor y fidelidad. El general español Berwick seguia las marchas del enemigo, y acampó en San Clemente y despues en Albacete. En Valencia se redujeron algunos pueblos á la obediencia del rey; pero se perdieron las Islas Baleares por la invasion de los ingleses, los cuales no fueron tan afortunados en las Islas Canarias, de donde fueron repelidos. En Italia apretó tanto el ejército austriaco á Milan, que se rindió con el marquesado del Final. El duque de Orleans, á cuyo cargo estaba el ejército frances y español de aquella parte, vino á mandar las tropas de España, que estaban á cargo del duque de Berwick en las fronteras de Valencia. Este habia hecho mucho daño á los enemigos con frecuentes correrías; pero el ejército de estos, movido y gobernado por el marques de las Minas, general del ejército portugues, y por Gallobay del ingles, y el conde Donna, holandes, buscaba al español para darle la batalla. Segun la observacion de las marchas de cada uno, vinieron los contrarios ejércitos á acamparse en las llanuras de Almansa. El duque de Berwick dispuso su ejército, ocupando él su centro, y el duque de Pópuli á la derecha, y la izquierda el señor de la Barre, frances. Acometiéronse con valor unos y otros, diéronse reñidos combates, estuvo dudosa la fortuna, pero al fin venció el ejército español desbaratando al contrario, á quien le hicieron perder diez y ocho mil hombres entre muertos, heridos y huidos, con solo la pérdida de dos mil y quinientos de nuestra parte; lo cual sucedió á fines de abril de 1707. En memoria del triunfo se erigió en aquel paraje un obelisco de piedra que refiere en suma el suceso, y que hemos visto permanente. No hay menor memoria en el santuario de la imágen de Atocha en esta corte, al que se trajeron cien estandartes de diferentes potentados del ejército aliado. El rey

premió al duque de Berwick, con el título de duque de Liria, y la grandeza de España. Los enemigos se retiraron á Játiva, Alcoy y Tortosa, á quienes no se pudo perseguir por el pronto, á causa de la falta de víveres. Llegó el duque de Orleans á incorporarse con nuestro ejército; entró en Valencia, y con poca dificultad se rindió toda la frontera, escepto Alcira, Alcoy y Játiva; púsose sitio á esta plaza por el duque de Berwick y el caballero Asfelt, frances, interin el de Orleans pasaba á mandar las tropas del rey contra Aragon; resistióse obstinadamente Játiva, toda quiso mas perecer que rendirse, y así no quedó de ella ni el nombre, porque el rey le dió el suyo, llamado despues *San Felipe*. Con poco menor estrago se sujetaron Alcoy y Alcira. Felices progresos hizo el duque de Orleans en Aragon, el cuál fácilmente volvió al reconocimiento. No eran así en Italia. Confiado el austriaco en la conquista de Milan, emprendió lá de Nápoles; envió un pequeño ejército mandado por el conde Ulrico Daun. En vano defendieron el paso y la ciudad de Cápua el marques de Feria y el conde de la Roca, no tenian favorable el pueblo; en vano se previno el marques de Villena, virey de Nápoles, para defender esta ciudad, y despues la de Gaeta: era débil la resistencia por abundancia de desafectos y falta de armas. Con poco fruto defendió á Pescara el duque de Atri, pues ya eran superiores las fuerzas de los enemigos. En fin, perdióse el reino de Nápoles á pesar de los buenos esfuerzos de los fieles defensores. En medio de estas desdichas quiso Dios confirmar el ánimo de los buenos españoles, enviándoles en 25 de agosto de 1707 un príncipe de Asturias, generosa esperanza de la sucesion del reino, á quien se puso por nombre *don Luis Fernando*. Celebróse este nacimiento con muchos regocijos y perdon de algunos personajes desterrados, y el reino tomó mas aliento y amor á los reyes. Las armas de don Felipe hacian progresos en Portugal y en Cataluña; el duque de Osuna tomó á Moya, el duque de Bay, y despues el conde de Aguilar, recobraron a Ciudad-Rodrigo, contribuyendo mucho la ciudad de Salamanca en estas y otras anteriores ocasiones con gente y con dinero. Lérida fué sitiada por el duque de Orleans y el de Berwick, la cuál se rindió despues de una porfiada resistencia. En Aragon y Valencia reducidos los ánimos, fueron tambien reducidos á menos los fueros, para que fuesen mas uniformes las leyes del reino. La Francia, que sola sostenia tanta guerra en Európa, no perdia terreno en Holanda, adelantaba en Alemania, defendia en Italia lo que habia tomado al duque de Sáboya, y rechazó á este del sitio de Tolon, que habia puesto con el mayor vigor, auxiliado de la escuadra inglesa, y confiado en el partido de los hugonotes, que en su provincia misma hacian la guerra en favor del enemigo comun. A la pérdida de Nápoles, ocupada por el emperador, siguió la de la isla de Cerdeña: esta no pudo hacer muchos esfuerzos; testigo de esto fué el marques de San Felipe (á quien seguimos), que era gobernador de los cabos de Cáller y Gallura. Con este poder aumentado al rey pretenso, se animaron los ingleses á darle mayor socorro en defensa de Barcelona, donde vivia con el aparato real, y acababa de celebrar las bodas con la princesa *Isabel Cristina* de Brunswick en el mes de agosto de 1708, pero aquellos socorros se suspendieron un poco por atender la Inglaterra á estorbar el intento del desposeido Jacobo II, que salió con una armada francesa de Dunkerque para ocupar la Escocia; no le favorecieron, ni el tiempo, ni las órdenes estrechas que llevaba de Luis XIV, y así se volvió perdiendo la mejor ocasion. El ejército del rey don Felipe estrechaba á los catalanes, habiendo ganado á Tortosa no sin sangre, y en Valencia á Denia y Alicante con bastante dificultad. Tambien eran escarmentados los portugueses en su

frontera, dándose una batalla que se llamó de la *Gudiña*, pero la Francia, trabajada con tantas guerras contra tantos príncipes y en tantas partes, se hallaba embarazada para seguirlas; los enemigos, aunque flaqueaban por alguna parte, no habian dejado de sacar algunos frutos hácia sus intereses: el rey don Felipe, siempre constante y confiado en sus buenos vasallos, ni se acobardaba, ni desconfiaba de los auxilios de la Francia; en fin, deseábase á un mismo tiempo la guerra y la paz; ya el rey de Francia consentia en los preliminares de ella á principios del año de 1709, pero eran sus artículos tan irritantes y contrarios al rey Luis XIV y á la España, que de ningun modo fueron oidos. El ejército del rey Felipe, que hacia frente á Cataluña, estaba compuesto de dos cuerpos, uno de franceses mandado por el mariscal Besson, y otro de españoles al cargo del conde de Aguilar; no estaban muy bien unidos en sus operaciones, porque aquel tenia particulares órdenes de Luis XIV. Fué preciso que partiera el rey don Felipe para ponerse á su cabeza en el mes de setiembre de 1709. Examinadas las cosas, dispuso con acuerdo de su abuelo, que quedando un cuerpo de doce mil franceses al sueldo de España, se retirasen los demas á Francia; intentó el rey don Felipe sacar á batalla á los enemigos que estaban acampados en Balaguer, pero no moviéndose ellos, se volvió á la corte, trayéndose consigo al conde de Aguilar, y dejando el mando de las tropas al conde de Esterclaes, flamenco. Estaba tan enlazada la guerra en toda Europa, que hasta los estados del papa tuvieron que tomar las armas para defenderse de los peligros que le amenazaban de parte del emperador. Este, por medio del conde Daun, virey de Nápoles, y otros enviados, pretendia anular los acostumbrados reconocimientos feudales á los estados del papa; pretendia mas, que el papa reconociese por rey de España al archiduque Cárlos, con otras cosas favorables á este, y contrarias al rey don Felipe, á quien el papa ya habia reconocido por tal: el mayor poder del emperador hizo que el papa hiciese contra su voluntad mucha parte de lo que pretendia, y así reconoció á Cárlos por rey de lo que poseia en Cataluña. De aquí resultó el disgusto del rey don Felipe, y la necesidad de reclamar estos procedimientos. De aquí resultó, despues de una séria consulta de teólogos, algunos obispos y de sus reales consejos, mandar salir de España al nuncio monseñor Zondadari, cerrarse el tribunal de la nunciatura y encomendarse sus causas á los ordinarios. Por el mes de mayo de 1710 volvió el rey don Felipe en persona á buscar al enemigo en Balaguer. Tambien le aguardaba el archiduque Cárlos en su mismo ejército, fortificado y con puestos ventajosos; intentó el rey don Felipe, aunque en vano, desalojarle, pues hallaba mucha resistencia en los enemigos; faltaban víveres, y empezó el rey á retirarse con alguna pérdida; la cual dió algun nombre á los enemigos, celebrándose por esto la batalla de Almenara, por haber sucedido todo esto cerca de aquel pueblo, no lejos del Segre. El rey don Felipe, que en esta empresa habia fiado su ejército al conde de Esterclaes y al marques de Villadarias, llamó al marques de Bay, que estaba en la frontera de Portugal; pero tampoco fué este muy feliz, pues cargaban siempre los enemigos la retaguardia de nuestro ejército, que retirándose, llamaba al contrario á parajes mas descampados y socorridos; con este intento se detuvo el rey don Felipe en Zaragoza, é hizo frente en el monte Torrero, allí inmediato; fué mas crudo este combate, y aunque hubo por una y otra parte bastante pérdida, quedó mas fuerte el archiduque. Malograda esta accion, partió el rey don Felipe por Agreda á Castilla, y á la corte. El archiduque ocupó á Zaragoza, y trajo á su devocion la mayor parte de Aragon. Con esta ventaja pensó conquistar á Navar-

ra, á donde dirigió su ejército, resistióse esta, y él pasó á Castilla. El rey don Felipe se retiró á Valladolid con los tribunales, á donde le siguió un grande número de habitadores madrileños con la mayor parte de la grandeza, la cual se empeñó por sí en solicitar nuevos socorros del rey de Francia, y en levantar algunas tropas para la defensa. El archiduque llegó á Madrid, hizo una entrada con mayor pompa que la primera vez, pero halló la corte sin gente y sin afecto. Interceptábanle los víveres por las cercanías con algunas partidas de caballería don Feliciano Bracamonte y don José Vallejo. Esperaba las tropas del portugues, pero las buenas providencias y nuevos refuerzos al cargo del marques de Bay, impedian el paso de la frontera. El duque de Noalles enviado por el rey de Francia, con quince mil hombres, se apostó á la raya de Cataluña, por cuyo peligro y por no haber adelantado nada en Madrid el archiduque, dejándola desesperado, se fué á Cataluña. Pocos dias despues le siguió su ejército, pero el rey don Felipe, que habia estado en la frontera de Portugal, vino con prontitud á Madrid, entrando en esta villa con innumerables aplausos; de aquí partió á perseguir la retaguardia de los enemigos, enviando delante al duque de Vandoma, á quien habia llamado de Francia; logró interceptar en Brihuega la parte de ejército que componian los ingleses mandados del general Stanhop; fortificóse este en la villa, sitiáronla los españoles, hubo mucha resistencia y sangre de una y otra parte, pero al fin se entregó con cuatro mil prisioneros en el dia 9 de diciembre: al dia siguiente llegó el general Staremberg con sus alemanes y el resto de su ejército, que habia sido llamado por Stanhop, al socorro; pero alentado el ejército español, le acometió con vigor: hubo muchos reencuentros, hubo esquisitas evoluciones de guerra, y se vió sobresalir la pericia militar de los dos mas valientes generales Staremberg y Vandoma; hubo mucha sangre derramada; el aleman tenia una tercera parte mas de gente que el español; perdió mucha; de nuestra parte, aunque en corto número, teníamos la ventaja en la presencia y magnanimidad del rey don Felipe, que con su generoso aliento daba vida á los que sin él la hubieran perdido. Entre los oficiales de nuestro ejército, teniendo á la vista tan buen modelo, dieron á conocer su valor el conde de Aguilar, el de San Esteban de Gormaz y su hermano el marques de Moya, y el marques de Valdecañas; no quedando inferiores los ya referidos Bracamonte y Vallejo, don José Amézaga y el conde de Mahoni. Esta es la célebre batalla de Brihuega y el campo de Villaviciosa, con que se dió fin al año de 1710, y casi á todo el ejército del archiduque Cárlos. Con tan feliz suceso mandó el rey don Felipe que volviese la reina á Madrid, juntamente con los tribunales, que desde Valladolid se habian pasado á Vitoria. El presidente de Castilla don Francisco Ronquillo, desterró á ciertos personajes que habian sido afectos al archiduque; pero el consejo real representó al rey el perdon de la plebe, que concedió generosamente. Del campo de Villaviciosa partió el rey don Felipe con su ejército á Zaragoza, para volver á restablecer los ánimos de aquella provincia y estrechar mas á Cataluña, cuya plaza de Gerona estaba sitiada con las tropas que habia traido de Francia el duque de Noalles. Este habiendo ganado aquella plaza en el mes de febrero de 1711, pasó á Zaragoza donde estaba el rey en compañía de la reina, para tratar las disposiciones ulteriores de la guerra. Estando en esto mudaron de semblante las cosas, y el estado de la Europa, con motivo de la muerte del emperador José I, y ser llamado al imperio su hermano el archiduque Cárlos, con preferencia á otros príncipes que le competian. Sentia mucho dejar á Cataluña, porque se esponia á perder lo poco que tenia de rey. Al mismo tiempo nuestro soberano dilataba mover el ejército, esperando que

se ausentase Cárlos; pero al fin antes que partiese, mandó al general duque de Vandoma, que se dirigiese con sus tropas hácia Prats, en 16 de setiembre de este año. Ni aquí ni en el sitio de Cardona se hicieron muchos progresos, oponiéndose valerosamente el general Staremberg, aunque habia partido ya su rey para Alemania en 27 de setiembre. Este habia asegurado á los barceloneses su proteccion para que se mantuviesen firmes, dejándoles entre tanto á su esposa Isabel Cristina por gobernadora. Al llegar á Génova y pasar despues por algunos estados de Italia, quiso hacerse reconocer por rey de España de algunos príncipes, que se hallaban indiferentes ó estaban por el rey don Felipe. Con la esperanza de ser elegido el archiduque Cárlos por emperador de Alemania, habian apresurado las potencias aliadas, principalmente la Inglaterra, con el rey de Francia, los preliminares de una paz, y con la eleccion, sucedida en 12 de octubre se afianzaron. Estos preliminares fueron que al nuevo emperador Cárlos VI se diesen Nápoles, Milan y Cerdeña; á los holandeses la Alta-Geldria y una barrera conveniente en Flándes; á los ingleses la isla de Menorca y Gibraltar; al rey don Felipe España, Mallórca, Canarias é Indias: quedándose sin aplicar por entonces Sicilia y Flándes, aquella para que el duque de Saboya la cambiase con la parte que habia ocupado del ducado de Milan, y este porque el rey don Felipe lo habia cedido al duque de Baviera. El emperador Cárlos se oponia á todo, pero la Francia y la Inglaterra apresuraban el Congreso, destinando para él la ciudad de Utrech. No por eso cesaban las hostilidades en todas partes, pero se procedia con mas lentitud en ellas por parte de la Inglaterra y Francia, y ya España lograba treguas con aquella, aunque dentro de su reino siempre estaba con las armas en la mano, ya en Portugal, ya en Cataluña dando el rey acertadas providencias desde Madrid, á donde se habia restituido desde fines del año de 1711. Entre este tiempo sucedió que en Francia habian muerto varias personas de la real familia, y por su falta se temia que viniese á recaer la corona de Francia en el rey don Felipe; porque este tenia ya dos hijos varones para suceder en España: el uno era el príncipe de Asturias don Luis, y el otro el infante don Felipe, nacido en Madrid á 6 de junio de 1712, y así para proceder al ajuste de la paz, pedian los contrarios que el rey don Felipe hiciese otra vez renuncia de pretension alguna á la corona de Francia, si llegase á faltar Luis XIV ó un biznieto niño que solo quedaba por sucesor, y despues se llamó Luis XV. Convocó el rey don Felipe Cortes de todo el reino para hacer aquella renuncia y tratar de mudar el órden de sucesion á la corona de España. Consultó al mismo tiempo al consejo de Estado y al de Castilla; aunque este anduvo detenido en este punto, al fin de comun asentimiento de todo el reino junto en Córtes, se derogó el órden de sucesion en las hembras, habiendo varones en algunas de ambas líneas recta ó transversal, no interrumpida, pero con condicion de que el sucesor varon fuese nacido y criado en España, y en defecto de príncipes españoles la hembra mas próxima al último rey; todo lo cual se publicó por pragmática sancion en fuerza de ley, con la mas solemne autoridad. Para proceder á la paz por parte del emperador, le fué pedido por el rey don Felipe y las demas potencias beligerantes, que evacuase la Cataluña, Mallorca é Ibiza, y así salió de Barcelona la emperatriz Isabel Cristina á 19 de marzo de 1713, y poco despues las tropas alemanas, con lo cual se procedió con mas desembarazo al ajuste de paz. La suma de esta con Inglaterra fué reconocerse recíprocamente la reina Ana por legítima en Inglaterra, y el rey don Felipe por legítimo en España, y la sucesion establecida de cada uno en su reino; que aquella no auxiliase á Austria contra don Felipe, ni este contra la In-

glaterra en favor de la familia católica de Jacobo Stuart. Arregláronse varios puntos de comercio, conforme á lo establecido por Cárlos II de España, y el asiento de negros para Indias quedó por los ingleses, escluidos los de cualquiera otra potencia. Firmóse esta paz en Utrech á 13 de julio del mismo año de 1713. Entregó la España á Sicilia para el duque de Saboya, y el frances le restituyó á Niza, Villafranca y la Saboya. El emperador no queria hacer la paz con España sino con Francia; esta la habia hecho ya con Holanda, pero no ajustándose bien el rey cristianísimo con el emperador, todavía siguió un poco la guerra entre franceses y alemanes. Al fin pidió el emperador Congreso aparte, conviniéronse en Rastad, y los primeros preliminares fueron que el rey de Francia no ayudase á la España, mientras el emperador no auxiliase á otra potencia. Concertaron al fin sus paces ambas naciones, y luego las hizo España con Holanda. Quedaron por el emperador la Flándes, el ducado de Milan, Nápoles y Cerdeña. Los catalanes, aunque se vieron desamparados de su rey el archiduque, y poco despues de su reina Isabel Cristina, de sus generales y tropas alemanas é inglesas, quisieron mas quedar independientes y libres que entregarse al rey don Felipe. Juntaron gentes, formaron regimientos para su defensa. Las tropas del rey, mandadas por el duque de Pópuli, hacian correrías por los contornos de Barcelona con poco fruto; y el duque no con mucho bombeaba la ciudad. Para apretar mas el sitio, el rey quiso que tomase á su cargo esta empresa el duque de Berwick que vino de Francia con veinte mil franceses. La ciudad se defendia con contínuas salidas para desbaratar las trincheras ó derrotar á los sitiadores. El duque de Berwick, abiertas brechas, empezó el asalto en 30 de agosto de 1714. Los catalanes estaban poseidos del furor y del despecho: las tropas del rey eran en gran número y muy animosas: aquellos se defendian ó encerrados en sus casas, ó pertrechados en las boca-calles, en los muros y baluartes: todo era estrago y sangre; porfiaron mucho, y no se rindieron hasta que hicieron perder muchas vidas, ó ellos se aminoraron con muchas muertes por espacio de once dias; pero cubramos con el velo del silencio estas desgracias, mas para lloradas que para referidas. Entre tanto que el rey don Felipe aseguraba su monarquía con sus armas y las paces, le llenaba el cielo de bendiciones; en 23 de setiembre de 1713 habia nacido el infante don Fernando, pero interrumpió este regocijo la grave indisposicion de la reina, la cual, durante su matrimonio, habia padecido muchas intercadencias de salud; este parto la dejó tan debilitada, que le apresuró la muerte á los 26 años de edad, en 14 de febrero de 1714, en la cual dió muestras de aquella bondad característica que la habia distinguido toda su vida: fué sepultada, segun costumbre, en el panteon de los reyes en San Lorenzo del Escorial. El rey estaba en la flórida edad de 32 años, y pensó en nueva esposa. Entre varias propuestas por su abuelo Luis XIV, eligió á la princesa Isabel Farnesio, hija del difunto duque de Parma, Odoardo, y próxima á la herencia de la Toscana, mujer de gran talento y de mucha instruccion, en la edad de 21 años. Dícese que cooperó mucho á esta eleccion la princesa de los Ursinos, camarera mayor de la reina difunta, y que no solamente esperaba serlo de la siguiente, sino tener tanta gracia y poder con ella como con la pasada: añádese que tuvo tambien mucha parte en esto el abate Julio Alberoni, que habia sido capellan doméstico del duque de Vandoma en Italia, despues comensal del marques Casali enviado de Parma, y por retiro ó ausencia de este, encargado de sus negocios. En fin, el cardenal Acuaviva que estaba en Roma y que primero trataba el matrimonio de órden del rey con una hija del duque de Baviera, la tuvo de concluirlo con la princesa par-

mesana, lo cual se efectuó en 16 de setiembre de 1714 en que fué proclamada esposa del rey y reina de España en Parma. Dispúsose el viaje de la nueva reina desde Parma por Génova, para ir por mar hasta Alicante, pero el temor de la navegacion la precisó á venir por tierra, pasando por la Francia hasta San Juan de Pié de Puerto, á donde salió á recibirla desde Bayona la reina viuda de Cárlos II, doña María Ana de Neoburg, su tia, allí retirada, y donde á la sazon se hallaban tambien el cardenal Judice como detenido por cierta causa en que habia desagradado al rey. En esta ocasion se dice que estos dos instruyeron á la nueva reina del genio altivo de la princesa de los Ursinos, y la aconsejaron que la apartase de sí, y que luego Julio Alberoni hizo lo mismo en Pamplona, á donde habia llegado á recibirla como á su señora. El rey la esperaba en Guadalajara, y de órden suya la princesa de los Ursinos se adelantó á Jadraque, de donde apenas pisó el palacio la reina, dió órden para que la sacasen fuera del reino: dícese que porque en el mismo punto descubrió su altivez é irritó á la reina; la cual comunicó al rey por escrito esta resolucion, y luego fué á darle parte de palabra Julio Alberoni. Causó esto gran novedad al rey y á toda la corte, pero se llevó á debida ejecucion el mandato. Recibió á la reina el rey en Guadalajara con muchas demostraciones de regocijo, y se hizo la santa ceremonia del matrimonio en 24 de diciembre, celebrando el patriarca de las Indias, y pasados allí los tres dias de Páscua, entraron en Madrid ambos reyes en medio de innumerables aplausos y aclamaciones, con que se dió fin al año de 1714. Aun no estaban en aquel tiempo compuestas las cosas de la dataría de Roma y nunciatura en España, y habia contribuido mucho á su dilacion don Melchor de Macanaz, hombre de genio fuerte, pero celoso de las regalías de S. M. Este de varias comisiones ejercidas en Valencia y Zaragoza, pasó á ser fiscal del consejo real. Por entonces sucedió la interrupcion de la nunciatura de que hemos hablado, con cuyo motivo, apoyado del patrocinio del señor Orri, ministro de hacienda, reprodujo con teson y aliento las antiguas contestaciones entre la potestad temporal del papa sobre varios puntos y la jurisdiccion real; pero los espuso de un modo tan ácre y tan picante en algunas proposiciones, que hubo de tomar la mano en esto el Santo Oficio. Publicó este un edicto condenando varias proposiciones que contenian los escritos de Macanaz, aunque en él no se le nombraba: firmó tambien este edicto el cardenal Judice, inquisidor general, pero ausente por entonces en Paris. Reclamó Macanaz como inválida la firma de Judice por causa de su ausencia; y el rey don Felipe, ínterin se examinaba todo esto, no le habia dado permiso para venir á España. Los escritos de Macanaz habian dividido á muchos en partidos; se habia resentido el papa y retardado los convenios en que se habia de ejercer la nunciatura en España. La reina vino con su gran talento á apaciguar estas discordias, y á poner el reino en tranquilidad. En efecto, todo se hizo por su mediacion, y resultó que el rey mandase salir de España al señor Orri, y volver á la corte y su estado al cardenal Judice: Macanaz se salvó en Francia; se suprimieron los presidentes de las salas del consejo real, y se redujo al antiguo método de gobierno, y se dieron otras acertadas disposiciones que trajeron un gran sosiego en esta parte á los ánimos de los reyes. Adelantábase en la paz por las potencias cristianas de la Europa; y tambien se concluyó entre España y Portugal en la misma ciudad de Utrech, á 6 de febrero de 1715, restituyéndose recíprocamente algunas plazas de nuestra frontera y varios territorios en América. A 20 de enero de 1716, alegró la reina á la España con el feliz alumbramiento del infante don *Cárlos Sebastian*, que por divinas disposiciones vino á ser despues piadoso rey de nues-

tra España con el nombre de don Cárlos III. El emperador resistia siempre hacer las paces con España, abrigando sin cesar la pretension á ella en su corazon; ni dejaba de portarse con neutralidad en Italia, ni dejaba de lograr las ocasiones en que pudiese hacer algun mal; el duque de Saboya faltaba tambien á varios pactos, por los cuales el rey don Felipe le habia cedido la Sicilia, y con consideracion á todo resolvió formar una espedicion contra esta isla y la Cerdeña, en cuya determinacion se dice tuvo la mayor parte el abate Alberoni, que á esta sazon ya habia logrado del pontífice el capelo, por medio del nuncio Aldrabandini y peticion del rey. Hizo un desembarco en Cerdeña la armada prevenida para esto en 20 de agosto de 1717; no costó mucho trabajo reducir toda la isla á la obediencia del rey católico, contribuyendo mucho á esto la actividad en las disposiciones, y la ocasion de estar empleado el emperador en guerra contra el turco, siendo muy cortos los socorros que vinieron á Cerdeña de Nápoles y Milan. Desde Cerdeña debia haber seguido la armada á sorprender la Sicilia, pero el mar contrario no lo permitió. Perdida la ocasion, el cardenal Alberoni intentó agregarla á España por tratados con el duque de Saboya, ó cambiarla por la Cerdeña, mas no lo consiguió; y no desistiendo de su empeño resolvió conquistarla. Oponíanse muchas dificultades. El emperador ya estaba libre de la guerra contra el turco. La Inglaterra y la Francia que habian penetrado los designios de la España, y veian el armamento que esta disponia, empeñaron al emperador en una liga para estorbarlo, y por este medio conservar el equilibrio de la Europa; pero nada detuvo al rey don Felipe. En el mes de junio de 1718, salió de los puertos de España una poderosa armada compuesta de veinte navíos de guerra con gente, municiones y víveres correspondientes, y pasando por la Cerdeña á tomar algunas tropas, se presentó delante de Sicilia, y dando fondo en el golfo de Salento, hizo su desembarco en el dia 1.° de julio. Iban haciendo progresos las armas españolas en esta isla; pero los alemanes desde Nápoles, y los ingleses con una escuadra de veinte navíos vinieron á impedirlos: hubo un choque naval, no sin astucia de los ingleses, que aparentaron no querer pelear, y aprovechándose del descuido de los españoles, los derrotaron: por tierra ganaron los nuestros algunas plazas fuertes, pero á costa de mucha sangre. Estas pudieron haber sido defendidas ó conservadas, si no hubiera ocurrido por entonces la pretension del rey Jacobo desposeido del trono de Inglaterra, al cual ayudó España llevándole á Escocia con naves cargadas de algunas tropas, pero de mucha fusilería y municiones para armar á los que se declarasen en su favor. Esta empresa que se malogró con pérdida de algunas naves españolas por el mal temporal, dió lugar á que los alemanes favoreciesen con otra escuadra á Sicilia. La España ya no podia atender tanto á esta isla como á las fronteras de Navarra y Vizcaya, por donde se entraba el frances haciendo daños. Esta guerra con la Francia, era resulta de las desavenencias que habia entre aquella corte y esta, por la regencia del rey niño Luis XV, que habia tomado el duque de Orleans por disposicion de Luis XIV al tiempo de morir en el año de 1715. Atribuíanse al duque de Orleans malos influjos contra la España, y no buen tratamiento á los franceses. El rey don Felipe á vista de esto pretendió ser el regente principal, ya por ser mas inmediato en parentesco y dignidad, ya por redimir al rey niño y á sus vasallos de tantas vejaciones. En este estado apretaban los franceses á Fuenterrabía, en cuyo riesgo resolvió el rey don Felipe ir á animar sus tropas por el mes de junio de 1719: pero antes de su llegada ya se habia rendido aquella plaza, no pudiendo impedir que se entregasen otras aun á su vista por la desigualdad de fuerzas; contentáronse

los franceses con haberlas sujetado y tenerlas á su disposicion, y retirándose su ejército hizo lo mismo el rey don Felipe, bien que el príncipe fué despues por Cataluña reconquistando lo perdido. Los ingleses hicieron un desembarco en Galicia por Vigo, contentándose tambien con hacer algun daño en despique del pasado auxilio del rey Jacobo, y en obsequio del duque regente de Francia con quien habian pactado esta tentativa. Ocuparon al fin los enemigos la mayor parte de la Sicilia, y el emperador que tanta parte habia tenido en la empresa, determinó no volverla al duque de Saboya, á quien el rey don Felipe la habia cedido con derecho de reversion, por negociar la paz, y de quien despues la habia represado por faltar á muchos convenios. Como todas las empresas de guerra habian sido manejadas por el cardenal Alberoni, atribuian á este las potencias estranjeras los obstáculos de la paz deseada; y así el duque de Parma, de acuerdo con alguna de ellas, insinuó al rey don Felipe, que si no apartaba al cardenal del ministerio, no se concluirian con felicidad las pretensiones de la tranquilidad. Bien conocia el rey don Felipe que esta era precisa, pues las armas españolas habian tenido varia fortuna contra las esperanzas y promesas de Alberoni: y así desviando este obstáculo se preparó el tratado de una paz general. El emperador antes de todo ajuste, pretendia que se evacuasen de las tropas españolas para él la Sicilia, y para el duque de Saboya la Cerdeña. La Holanda y la Inglaterra querian que accediese al tratado de esta y de Francia del año de 1718, en que estaban escluidas entre otras estas pretensiones, y á que no accedió por entonces el rey don Felipe; porque aunque en él tambien se queria restablecer por heredero de la Toscana, Parma y Plasencia á don Cárlos, infante de España, hijo primogénito de la nueva reina doña Isabel Farnesio, era con la condicion de que habian de quedar estos estados feudatarios del imperio, lo cual parecia al rey don Felipe muy mal, como al duque de Parma muy indecoroso. No obstante, por acelerar la paz adhirió á aquel tratado, y mandó evacuar y entregar la Sicilia y la Cerdeña. Pero aun despues de esto se dilataba la paz por haber empezado el rey don Felipe un poderoso armamento en Cádiz, y esta empresa puso en recelo á las potencias. Importaba el sigilo, y no era contra ellas; ni bastó que lo asegurase en estos términos el rey católico, pero vieron el desengaño, cuando se dirigió esta armada á libertar á Ceuta, que habia 26 años que estaba sufriendo cerco trabajoso de los moros. Se habia fortificado de tal modo el marroquí, enfrente de Ceuta, durante el tiempo referido con trincheras y otros ardides, que ya habia hecho como un lugar poblado con casas y huertos para mejor comodidad de los jefes, á las faldas del monte Bullones; y aunque no se habia adelantado nada contra la plaza, pero interrumpian frecuentemente las provisiones, y se ayudaban mucho del pillaje. Nombró el rey don Felipe para dirigir esta empresa al marques de Ledé, capitan esperimentado en la conquista y defensa de Sicilia, por cuyo mérito le habia premiado con la grandeza de España. Tenian los marroquíes cuarenta mil hombres en su campamento; diez y seis mil llevó el marques de Ledé de desembarco. No tardó en acometer al enemigo en sus mismas trincheras, y aunque no se derramó mucha sangre, se logró ahuyentar á los moros, y apoderarse de 29 cañones, cuatro morteros, muchas municiones y víveres, y destruir sus atrincheramientos. Tres estandartes presentó luego el rey don Felipe en persona en el santuario de Atocha, y uno envió al papa, quien ensalzó su celo. Este año de 1720 fué alegre para los españoles por este triunfo, y triste á los franceses por la horrenda peste de Marsella. Aunque el rey de España habia cedido á la cuádruple alianza formada entre Inglaterra y Francia, Holanda y el imperio

para el ajuste de la paz, pero como cada una de estas potencias tenian sus pretensiones pendientes, se dilataba la forma del Congreso que estaba destinado en Cambray. Entre tanto se dispusieron dos bodas entre Francia y España. Habian muerto dos infantes llamados Felipes, hijos de la primera reina doña María Luisa de Saboya, y quedaba de esta el sucesor á la corona, jurado ya príncipe de Asturias, don Luis Fernando, de edad de trece años, y el infante don Fernando de ocho. De la segunda reina doña Isabel Farnesio, teníamos al infante don Cárlos de edad de cuatro años, para quien se pretendia la soberanía de Parma, la infanta doña María Ana Victoria que habia nacido en 31 de marzo de 1718, y al infante don Felipe nacido en 15 de marzo de 1720. El regente de Francia, duque de Orleans, restituidas á España las plazas tomadas en la frontera, pensó en desposar al jóven Luis XV, de edad de once años, con la infanta doña María Ana Victoria de edad de cuatro; pero que se llevase allá para educarla á su usanza, hasta la edad suficiente para la union del matrimonio, al modo que una segunda hija del duque de Orleans habia de venir á España para el infante don Cárlos; asimismo se dispuso casar á nuestro príncipe de Asturias don Luis, con la hija mayor de aquel duque llamada doña Isabel de Orleans, aquel de edad de catorce años y esta de doce. Convenidos los tratados, fueron á principios del año de 1722 el rey don Felipe y la reina doña Isabel á Lerma, á recibir á los que venian, y á entregar la que hubiera sido reina de Francia, si no se hubiesen cambiado los deseos. Con estos casamientos creyó el emperador que España y Francia habian hecho una enconosa liga contra él, y que la Holanda y la Saboya, uniéndose con estos reinos, le habian vuelto las espaldas; aquella enojada por el establecimiento de la compañía de Ostende, perjudicial á su comercio, y esta por no estar contenta con sola la Cerdeña, lo cual hizo dilatar aun las deseadas paces. El rey don Felipe no cesaba de solicitarlas, y de tantos cuidados y trabajos ya le faltaba la salud. Por esta causa andaban tambien lentos los negocios de su gobierno. Habia hecho construir próximo á Balsain un sitio de recreo con un templo dedicado á San Ildefonso, de donde tomó despues su nombre, y ya lo disfrutaba como retiro, para hallar en él algun descanso á sus penosas fatigas y quebrantada salud. ¿Y cómo no habia de padecer ya su espíritu fatigado? Un rey que desde mancebo, por espacio de veinte y dos años, habia andado en las campañas espuesto al desvelo, á la incomodidad é inclemencia del tiempo, á los mayores peligros de la guerra en los mas fuertes trances de batallas; probada su fortaleza y constancia á la piedra de las adversidades y pesadumbres, rodeado y acosado de enemigos domésticos y estraños; él solo contra todos los reveses de la fortuna; él solo lleno de magnanimidad, celo, paciencia y religion, en contínuo contraste con las desgracias y trabajos, amante de sus vasallos y de la gloria de un reino que la justicia ponia en sus manos, y la iniquidad se lo queria arrebatar. ¿Qué desvelos no le habian merecido hasta entonces la real hacienda, los tribunales, las armas, las letras, las artes, la industria, la navegacion y el comercio, dirigido todo al bien de sus amados vasallos? Desde el punto que subió al trono, para evitar la imposicion de nuevos tributos, quiso arreglar la administracion de las rentas reales; mandó venir de Francia á Juan Orri, hombre inteligente en el gobierno y economía de los caudales. Hízole intendente general del real Erario, con el fin de enmendar los abusos y usurpaciones de las rentas reales, y lo consiguió con facilidad. Arregló la tropa de la casa real; suprimió la de la Cuchilla ó de Borgoña, que era la guardia real que habia creado Cárlos V, cuyo capitan era regularmente de la nobleza de Borgoña; dejó la de alabarderos y formó cuatro compañías de á

caballo de á doscientos hombres cada una, nobles y veteranos, llamados guardias de corps: estas fueron dos de españoles, una de walonas (ó flamencos) y otra de italianos. Asimismo arregló dos regimientos de guardias de infantería española y walona de á tres mil hombres cada uno. Sucesivamente se formaron varios regimientos, Cantabria, Asturias, el fijo de Ceuta, el de Navarra, el de Milan, los de Hibernia y Ultonia, el de Aragon y Bravante, y los de caballería de la Reina, del Príncipe, de Algarbe, Calátrava, Santiago, Montesa, los dragones de Sagunto, Numancia, Lusitania; milicias urbanas, cuerpos de artilleros, ingenieros y compañías de guardias marinas; con lo que promovió la disciplina militar, terrestre y marítima, y se dió mas fomento al comercio y navegacion. Las letras no le habian merecido menor cuidado; fomentó la academia médica en Sevilla, estableció otra en Madrid y el teatro anatómico, pero le llevó particular atencion la lengua castellana, para cuyo cultivo y elegancia juntó sus deseos con los del marques de Villena que habia sido virey de Nápoles, el cual segun era instruido y propenso á las glorias de la nacion, tenia el gusto de hacer concurrir á su casa sugetos literatos que la cultivasen; y viendo la inclinacion que á ella tenia el rey don Felipe, y aun á restablecer las demas ciencias, pidió su fundacion á que condescendió con la mayor complacencia en 1714. Espidió varias órdenes de reforma á las universidades, y particularmente encargó que se esplicasen las leyes del reino en ellas; punto frecuentemente instado por sus antecesores, pero muy frecuentemente olvidado por los que profesaban este magisterio. Debióle la humanidad uno de los mayores beneficios, prohibiendo con severísimas penas la bárbara costumbre de los duelos en 1716. En fin, satisfecho su corazon de haber cumplido con las principales obligaciones de un rey conquistador de su propio reino, y amante de sus vasallos, á quienes habia colmado de tantos bienes, quiso dedicarse á pensar en labrarse otra corona en el de la eternidad, confiado en que les dejaba un rey en su hijo primogénito heredero de sus virtudes, renunciando con valor el cetro en Luis I, á principios de enero de 1724; se retiró á los treinta y nueve años de edad, en compañía de su amada esposa la reina doña Isabel Farnesio, sin guardias ni pompa, á vivir una vida particular y consagrada á Dios en el sitio de San Ildefonso, que con este intento habia edificado. Muerto el rey don Luis, si el rey don Felipe se hubiera mantenido en la renuncia como intentó, hubiera de haber entrado á reinar en virtud de ella y de la pragmática de sucesion, el infante don Fernando, hijo de la reina primera esposa. Pero el marques de Mirabal, presidente de Castilla, y poco despues el consejo real, le presentó razones tan poderosas para que ciñese otra vez la corona, que hubo de entrar en reflexion para resolverse. Despues de un maduro exámen y á consulta de graves teólogos, acerca del voto que sobre este punto habia hecho, y despues de muchas instancias de la reina su esposa y otros personajes, movido del bien y amor á sus vasallos, y de los inconvenientes que podian resultar de la menor edad del príncipe Fernando, pues tenia solos 11 años, volvió á empuñar el cetro y animar nueva vida á la España en 4 de setiembre de 1724. La Francia intentó que la jóven reina viuda casase con el príncipe que fué jurado como tal y sucesor de los reinos, en 24 de noviembre del mismo año. No tuvo efecto la proposicion de la Francia, y acaso fué este un poderoso motivo para apresurar la devolucion recíproca de las dos reales esposas tratadas, aquella á la infanta doña María Ana Victoria que tenian allá para el rey Luis XV, y la España á la princesa de Beaujeulois, hija menor del duque de Orleans, que estaba acá para el infante don Cárlos. Entró de nuevo el rey don Felipe en el cuidado de procurar la paz que tanto

se dilataba en Cambray. Ofreciósele un medio muy á propósito para lograrla, negociando por sí solo con el emperador. Brindóse á esto el baron de Riperdá, que habia sido enviado de la república de Holanda y héchose católico, y establecido en España era intendente de la real fábrica de paños de Guadalajara. Guardóse tanto secreto en este punto, que los ministros estranjeros que estaban en Cambray no le pudieron penetrar. El baron de Riperdá fué á Viena por rodeos, trató con el príncipe Eugenio, su antiguo amigo, y en España solo tenia noticia de él el secretario de Estado don Juan de Orendain, con quien lo habia comunicado para dar parte al rey: costóle mucho trabajo, pero al fin logró hacer una paz sin la mediacion de las potencias que aparentaban negociarla y la dilataban mas por sus intereses particulares. Llamóse este tratado el de la paz de Viena, firmada en aquella corte en 30 de abril de 1725. La suma de los principales artículos es la siguiente: que se ratificaban los artículos de la paz de Utrech, y del tratado de Lóndres de 1718 y accesion del rey de España á él en 1722 en cuanto á la cesion de los estados de Italia y Flándes y renuncia á la corona de Francia; que el emperador por su parte cedia á la pretension de la España y reconocia á don Felipe como legítimo rey de ella; que el rey don Felipe cedia el derecho de reversion al reino de Sicilia, pero no el de Cerdeña, que los hijos varones y demas descendientes masculinos de la reina doña Isabel Farnesio, como heredera próxima á los estados de Toscana, Parma y Plasencia, sucediesen por su órden á ellos, y que el infante don Cárlos pasase á tomar posesion de ellos cuando llegase el caso de la sucesion, conforme á la eventual investidura que ya habia dado el emperador, quedando puerto franco el de la ciudad de Liorna, y cediendo el rey don Felipe al sucesor de la Toscana á Puerto Longon y las posesiones de Elba. Ademas de esto se convino en un perdon general de los súbditos de uno y otro que hubiesen seguido sus partidos, durante la disputa del reino de España, en la reintegracion de sus bienes, ó derechos á ellos, conservacion de empleos y dignidades, y libertad para volverse cada uno á su patria sin daño alguno. Se obligaron ambas potencias á ser mútuos garantes de la sucesion á sus coronas, segun las renuncias establecidas y otros actos y disposiciones, y que guardarian una perpétua paz, amistad y alianza para defenderse unos á otros. Arregláronse tambien varios artículos de comercio, sobre que los súbditos de una y otra potencia pudiesen ir, venir ó entrar en los puertos y sus dominios, con motivo de comercio y navegacion; qué navíos y cómo debian ser recibidos, amparados, visitados y registrados; los derechos que hubiesen de pagar de entrada y venta de mercaderías; jurisdiccion de los cónsules, puntos en que debian ó no entender estos ú otros jueces del lugar, y demas privilegios y exenciones acostumbrados en este ramo: últimamente, ofreció el emperador por convenio aparte, no estorbar la restitucion de Gibraltar y Mahon á España, que el rey don Felipe habia pretendido del de Inglaterra, en el año de 1721, antes bien interponer su mediacion á fin de que el ingles cumpliese lo que entonces habia prometido sobre este punto. De resultas de este tratado de paz premió el rey á don Juan de Otendain con el título de marques de la Paz, y al baron de Riperdá con el de duque, y la secretaría del despacho de Estado que habia obtenido el marques de Grimaldo de los negocios estranjeros, á la cual se agregaron despues los de Marina, Indias, Guerra y Hacienda. Tratábase entre las dos cortes el matrimonio del infante don Cárlos con la archiduquesa hija del emperador; habíase convenido por parte de la España entregar á la otra varias sumas de dinero, por recompensa de ciertos gastos de la guerra: el embajador de Viena, conde de Koniseg, instaba á su paga;

el erario estaba exhausto por tanto como habia sufrido en tantos años de penalidad; pensó el duque de Riperdá en la economía para poder cumplir con mas facilidad; fué autor del aumento del valor en la moneda, de la supresion de varias pensiones, reforma de oficinas, y aun con todo no se pudo remediar el deber los sueldos á la casa real, á las tropas y magistrados. La Inglaterra y la Holanda no estaban contentas porque la compañía de Ostende que protegia el rey don Felipe, era perjudicial á su comercio, y en algunos artículos del tratado de Viena, tampoco hallaban muchas cosas á su favor. Representaban los embajadores todos estos inconvenientes, cuyo remedio habia de ser poco favorable al tratado último de la paz, y mas habiendo estas potencias hecho liga con Francia y Prusia por un tratado firmado en Hannóver: todo esto recaia contra Riperdá, el cual no hallando salida á tanta complicacion de negocios, incurrió en el desagrado de todos, y tuvo que dejar el ministerio, de cuyas resultas se reintegraron en sus empleos el marques de Grimaldo, el de Castelar, don José Patiño, su hermano y otros. Recelaba tambien el rey Jorge de Inglaterra que se hubiesen resucitado por entonces las pretensiones de la casa Stuart, y que España y Alemania unidas con Rusia harian empeño de restituirla al trono; y así armó varias escuadras, enviando alguna de ellas al golfo mejicano. Por nuestra parte se hicieron las prevenciones correspondientes para estar á la mira; y hubieran los ingleses apresado los galeones del dinero que debia venir de Indias, si el gobernador de Porto-Velo no hubiese sido tan precavido en no esponerlo. Esto mismo avivó el designio del rey don Felipe de sitiar á Gibraltar, ya que no veia ánimo de restituírsela. Confióse su bloqueo al conde de las Torres; era muy difícil la empresa, así por la naturaleza del lugar, como porque los ingleses no se habian descuidado en fortificarla y guarnecerla. Abríanse trincheras desde principios de febrero de 1727; quince mil hombres era todo el ejército, ninguna empresa por mar, mucho fuego de los enemigos y con mucha ventaja, mucha pérdida de nuestra parte; negociábase al mismo tiempo entre la Inglaterra y Francia con el emperador para que accediese al tratado de Hannóver; todos se empeñaban en la suspension de estas hostilidades; ejecutóse así por la España, no sin provecho de la humanidad, pero con el sentimiento de no haber conseguido la empresa. Con este motivo se disponian las potencias á hacer una paz en que se finalizasen todas las contiendas, destinando para esto un Congreso en Soissons: siempre habia dificultades sobre la pretension de los estados de Toscana y Parma para el infante don Cárlos, y sobre la compañía de Ostende. El rey don Felipe, aunque con intentos siempre de volver á su retiro, no dejaba de mirar por su reino. Para facilitarle el comercio, estableció en Vizcaya la compañía que llamaron de Caracas en el año de 1728; y para afianzar mejor la amistad y alianza con Portugal, se concluyeron dos bodas, una del príncipe de Asturias don Fernando, de edad de 16 años, con doña María Bárbara, infanta de Portugal, de 18; y otra de don José, príncipe del Brasil, con doña María Ana Victoria, infanta de España, de edad de 11 años. Salieron á la raya de ambos reinos ambos reyes para la entrega, acompañados de cada real familia, y se ejecutó en 19 de enero de 1726, volviéndose el portugues á su corte, y pasando á Sevilla nuestros reyes llenos de júbilo y regocijo. El Congreso de Soissons tuvo el mismo fin que antes habia tenido el de Cambray; nada se concluyó, ni habia mas contienda que lo frustrase, que pedir España se cambiasen en tropas españolas los seis mil hombres de tropa suiza, que por convenio del emperador se habian de poner por señal y prenda de la futura sucesion del infante don Cárlos á los dominios de Toscana y Parma en

alguna plaza de estas. Pero tambien esta vez el rey don Felipe intentó conseguirlo por negociacion. Hizo un ajuste y alianza con Francia é Inglaterra, concluido en Sevilla en 9 de noviembre de 1729. Renovâronse en él los antiguos tratados de socorro y comercio, declarando el rey don Felipe, que por lo concluido en Viena en el año de 1725 con el emperador, no era su ánimo sirviese de perjuicio al comercio; tratóse de restituir mútuamente los navíos apresados y recompensar los daños, de efectuar la introduccion de los seis mil hombres de tropa española en los estados de Toscana y Parma, hicieron obligacion las potencias contratantes de colocar en llegando el caso, y asegurar al infante don Cárlos en la posesion de aquellos estados, y se previnieron todas aquellas circunstancias útiles á este fin. Disgustó este tratado de alianza al emperador; acercó tropas por el Milanesado, las previno en Sicilia y Nápoles para impedir la entrada de la guarnicion española, hizo alianza con el rey de Cerdeña para poner mayores obstáculos, y despues solicitó, ó deshacer dicho tratado y renovar el de Viena, ó conciliarse las potencias que habian consentido en el de Sevilla. Por nuestra parte se hacian preparativos para el embarco de los seis mil hombres á Italia; las potencias de la nueva alianza aparentaban con sus navíos el auxilio necesario y convenido, pero querian mas que esto se ejecutara sin armas, y pensaron en que era muchísimo mejor persuadir al emperador buenamente á su consentimiento. Entablóse por todos esta pretension. El emperador sostenia sus intereses, y con esta resistencia no hacian muchos esfuerzos las potencias aliadas, antes bien se preparaban á condescender mas á su gusto, que al de la España. Entre tantas dudas é irresolucion, muere Antonio Farnesio, duque de Parma, en 20 de enero de 1731, y estiéndese la voz de que su esposa quedaba en cinta. Trastórnanse las ideas: el emperador introduce sus tropas en las plazas de Parma y Plasencia, como conservador de sus feudos, y en la espectativa de que el póstumo de la duquesa viuda, si fuese varon, debia ser heredero de aquellos estados, pero declarando que si así no fuese, serian para el infante de España don Cárlos. Mezclóse en este negocio el papa, pretendiendo tambien la reversion de aquellos estados al de Roma, como feudos suyos: pero el rey de Inglaterra y la república de Holanda, instaron al emperador para que condescendiese con las pretensiones de España, y al tenor de este intento, firmaron un tratado en Viena en 16 de marzo del mismo año, el cual fué hecho saber al rey católico, pidiéndole añadiese su consentimiento, con tal que se renovasen los anteriores tratados, y en las pretensiones de cada corona no hubiese perjuicio en el comercio. Accedió el rey don Felipe, y con esto se concluyó en Viena en 22 de julio de 1731 entre estas potencias; que no solamente se introducirian las tropas españolas en Parma, sino que el infante don Cárlos no hallaria embarazo alguno en tomar posesion de aquel estado, no verificándose la póstuma sucesion varonil de la duquesa viuda. La España pasó mas adelante. Negoció con el gran duque de Toscana, que nombrase tambien por sucesor suyo al infante don Cárlos, de lo cual se hizo una formal convencion; pero esto disgustó mucho al emperador, porque con él no se habia contado, siendo señor de aquel feudo; fué menester que ambos contratantes le aplacasen, declarando que ni uno ni otro intentaban perjudicar sus derechos; disimuló el emperador, nombró tutores del infante don Cárlos, al mismo duque de Toscana y á la madre de la reina doña Isabel la Católica, que habia quedado viuda del otro duque de Parma, hermano del príncipe Antonio y abuela del infante don Cárlos. Sosegadas así al parecer las cosas, y descubierta la equivocacion del preñado de la última duquesa viuda de Parma, ya no se pen-

saba sino en dar la posesion de aquel ducado al infante don Cárlos. El conde de Stampa, ministro del emperador en Parma, tomó posesion de ella en nombre de este infante. La Inglaterra aprontó su escuadra para unirse con la española, que habia de conducir al nuevo real duque, el papa suspendió sus pretensiones y le reconoció por tal; previnose la armada y se embarcó para Italia el infante don Cárlos. Hallábase todavía la corte en Sevilla con la real familia, aumentada ya, ademas de los infantes de que hemos hecho mencion, con la infanta doña María Teresa, nacida en 11 de julio de 1726, el infante don Luis Antonio Jaime en 25 de julio de 1727, todos en Madrid, habiendo logrado tambien Sevilla, ser patria de la infanta doña María Antonia Fernanda, nacida en 17 de noviembre de 1729. Esperaba el rey don Felipe la vuelta feliz de la escuadra, para emplearla con otra mayor que habia mandado prevenir en los puertos. El marroquí habia recibido en su reino al duque de Riperdá, que hasta entonces habia andado errante de corte en corte, y no menos de religion; temióse que este prófugo influyese á aquel rey moro alguna hostilidad contra Ceuta, y no dejaba de traslucirse algun aparato; estaba bajo su proteccion Oran, que antes se habia perdido en 1708, y para cortar cualesquiera designios de Riperdá ó del Marrueco, aceleró el rey una espedicion contra aquella plaza. Encomendóse esta empresa al conde de Montemar, hombre esperimentado en las pasadas guerras: hasta veinte y seis mil hombres se reputaron suficientes para el empeño. Salió de Alicante una armada compuesta de doce navíos de guerra y el convoy necesario, en 15 de junio de 1732: los malos temporales dilataron el desembarco hasta el dia 29; el cual se hizo en el paraje llamado de las aguadas, cercano á Mazalquivir, no sin trabajo, por la oposicion que hicieron algunas partidas de moros en la playa; pero defendido el desembarco por el cañon de algunos navíos, logró hacerlo todo ahuyentando los moros. Mayor dificultad halló al tiempo de mover sus tropas hácia Oran, pues mas de veinte mil moros coronaron las montañas: hubo varios reencuentros dificultosos. El bey y los moros de Oran, asombrados del poderoso armamento que veian delánte de Argel y de aquella plaza, huyeron; cuya ocasion fué oportuna para apoderarse con presteza de la plaza. A 8 de julio tuvo el rey en Sevilla la gustosa noticia de la victoria, que trajo el mariscal de campo marques de la Mina. Dió gracias al Señor y mandó retirar la escuadra, dejando buena guarnicion en la plaza, al cargo del marques de Santa Cruz. El toison de oro fué el premio del conde de Montemar. No salieron vanos los anuncios que se tuvieron de los designios del marrueco y consejos de Riperdá, á quien ya se le habia declarado por traidor y despojado de sus títulos; pues en el mes de octubre venia un ejército de treinta mil hombres contra Ceuta. No venia todo junto; y así el gobernador don Antonio Manso, dispuso una salida con que desbarató su vanguardia, y obligó á que no pasasen adelante; á lo cual contribuyó mucho la noticia que los marruecos tuvieron de las pérdidas que padecian los moros que habian vuelto sobre Oran. Así quedaron con tranquilidad ambas plazas, y la corte se volvió á Aranjuez á principios de junio del año siguiente. El emperador habia retardado algunas ceremonias y dispensas, para asegurar al infante don Cárlos en Parma: el papa volvia otra vez á la pretension de sus feudos; estas demoras disgustaban al rey don Felipe, y así mandó á su hijo que tomase posesion formal. Con esto se juzgó el emperador agraviado, y empezó á dar quejas y á armarse para invadir aquellos estados. El rey don Felipe envió una escuadra en noviembre de 1733 contra Nápoles, y declarando al infante don Cárlos general de sus armas, dispuso que fuese por tierra con algunas tropas españo-

las y parmesanas á ocupar el reino. El emperador se hallaba embarazado para poder acudir á la defensa de Nápoles; Milan era acometido por el rey de Cerdeña, quejoso de él por faltarle al cumplimiento de varios convenios; la Francia invadia á la Alemania. El real infante duque, apenas encontró resistencia, ni en el pasaje por el estado eclesiástico, ni en la entrada del reino de Nápoles, ni en la ocupacion de esta capital. Todo lo habia facilitado el conde de Montemar, comandante del ejército, el cual despues de asegurado el rey en Nápoles, desbarató las tropas imperiales que se habian hecho fuertes en Bitonto. El real infante duque, que iba con carácter de general, se quedó con el de rey por cesion de su padre don Felipe. Todo esto sucedió desde febrero á mayo de 1734, y el premio de Montemar en esta empresa, fué el título de duque de Bitonto, y la grandeza de España. En tanto que seguia el rey don Cárlos reduciendo á Nápoles y Sicilia, el rey de Francia hacia daños al emperador por Alemania, y adelantaba las conquistas de Milan y Parma en Italia, unido con el rey de Cerdeña, auxiliando despues á estos aliados el rey de Nápoles con tropas españolas, al cargo del duque de Montemar. El rey de Inglaterra Jorge II, empeñaba á las potencias beligerantes á la paz; pero tuvo despues que cortar otra guerra que amenazaba entre España y Portugal, de resultas de un suceso particular sucedido con un reo en Madrid. En el año de 1733, estando el rey don Felipe en Sevilla, habia dispuesto, que para quitar el abuso de los asilos en los palacios de los embajadores, y evitar la impunidad de los delitos, no los admitiesen estos ministros, ó los entregasen de buena fe. Sucedió en febrero de 1735, que desde la villa de Argete, traian preso á Madrid, los ministros de justicia y algunos soldados, un reo de muerte, y habiendo entrado por la puerta de Alcalá, al llegar al paseo del Prado unos lacayos de un enviado de Portugal embistieron con ellos, les quitaron el preso, y se le entraron en su casa, que distaba poco, en la calle de Alcalá, y le dieron escape: fué muy grande el alboroto que hubo y el disgusto que causó al rey don Felipe; quien reflexionando este atentado, mandó prender á todos los criados de aquel enviado, el cual se decia no estaba aun con carácter declarado. El rey de Portugal, luego que supo esto, hizo con título de represalia, otro tanto con los criados del embajador de España en Lisboa: diéronse mútuas quejas ambas cortes: la de Portugal pidió auxilio á Inglaterra; esta cubrió las costas de Portugal con una poderosa escuadra de veinte navíos de guerra, con el pretesto de que protegia los intereses de su comercio; la España hacia lo posible para no llegar á un rompimiento, pidió por mediadora á la Francia; la Inglaterra se ofrecia por Portugal, y hacia lo posible por desvanecer el terror con sus protestas y declaraciones, de que no tenia otro fin que el que habia manifestado. España y Portugal no se convenian. Cada una se contemplaba agraviada, cada una pedia recíproca satisfaccion, y ambas disponian sus ejércitos. Así se pasó todo el año de 1735, pero el siguiente se destinó á la negociacion de la paz de Europa, que á fines del antecedente, habia empezado por unos preliminares entre Francia y Alemania. De aquí resultó el matrimonio de la primogénita del emperador, la archiduquesa María Teresa, con el duque Francisco Estéban de Lorena, á quien habia de pertenecer la sucesion á la Toscana. El emperador reconoció por rey de Nápoles y Sicilia, al infante don Cárlos ya coronado, y este con acuerdo de su padre el rey don Felipe, cedió los estados de Parma y de Plasencia al emperador. Fué declarado rey de Polonia Federico Augusto III, elector de Sajonia, padre de María Amalia, que casó despues con el rey don Cárlos de Nápoles y Sicilia. Suspendidas las hostilidades, se trató sériamente de la paz, disponién-

dose para ello el convenio de la evacuacion de las tropas españolas de la Toscana, y guarniciones de las plazas que debian quedar para el emperador en Parma y Plasencia: parte de estas tropas volvieron á España, y parte pasaron á Nápoles y al estado de los presidios, para el servicio del rey Cárlos. El rey de España, entre tanto, trató las bodas de su hijo el infante don Felipe, con madama Luisa Isabel, primogénita del rey de Francia Luis XV, y casi á un tiempo se celebró la paz con Viena, y el matrimonio del infante don Felipe aquella en 13 de julio, y este en 26 de agosto de 1739. Cuando el rey don Felipe pensaba tomar algun descanso en tantas fatigas, sobrevinieron otras á pesar de los esfuerzos que habia hecho para quedar tranquilo con el ingles. Desde el tratado de Sevilla de 1729, habian quedado pendientes varios ajustes entre España é Inglaterra sobre el comercio, y valuacion de los daños y presas. Se llevaron estos desde luego con alguna lentitud; ya por las disensiones ocurridas con el emperador sobre los estados de Parma, Toscana y conquista de Nápoles, ya por los abultados daños que esponian los ingleses, y regulacion de presas para su satisfaccion, y ya en fin, por la novedad de la armada apostada en las costas de Portugal, con el pretesto de proteccion de su comercio, en cuyo tiempo no dejaban de fortificar á Gibraltar y Mahon, y de cometer algunos insultos en la América. Es verdad que entre los dos reyes no hubo tantas dificultades que vencer, como en el pueblo ingles, el cual no quiso acceder del todo á la convencion firmada por ambos en 14 de enero de 1739, sin embargo de que el rey de España, para no retardarla, buscó los medios posibles para pagar las noventa y cinco mil libras esterlinas, valuadas por los daños á la compañía de los mares del Sur, de la cual se titulaba gobernador el rey de Inglaterra. Este, instigado de los Parlamentos, mandó en 21 de julio publicar en Lóndres, licencia para represalias de navíos y efectos españoles. Correspondióle el rey de España, publicando otra represalia en 20 de agosto del mismo año en Madrid. Desde los principios se dirigió esta guerra al corso por mar, sacando muchas ventajas los navíos españoles, y no menores en América, rechazando las tentativas de tomar á Cartagena, y otras plazas marítimas de Nueva España. En este estado de hostilidades, muere el emperador Cárlos VI en Viena, en 20 de octubre de 1740, y empieza una nueva revolucion en la Europa. No dejó este emperador herederos varones, entraba hereditario de los reinos de Hungría y Bohemia, su hija mayor la archiduquesa María Teresa, casada con Francisco de Lorena, poseedor de la Toscana, que desde luego aspiró al trono imperial, y para proporcionarse fué declarado por la corte de Viena, corregente de los estados de su esposa. El rey de Prusia, con las armas en la mano, pretende algunos estados de la Silesia; el elector de Baviera, como pretendiente de la reversion de la casa de Austria á la de Baviera, y con auxilio del rey de Francia, ocupa la Austria superior y reino de Bohemia; el rey de España se manifiesta heredero, por derecho de reversion, de los estados de Austria. El rey de Polonia, representa tambien sus derechos por parte de su esposa, hija del emperador José I, y todos se previenen á sostener sus derechos con las armas. Los estados de Parma y Plasencia y aun la misma Toscana, tiemblan de los preparativos de España unida con Nápoles; aquí se previenen las tropas que habian quedado de españoles, para ir ó por el estado eclesiástico, ó á las costas de Toscana, y en Cádiz y Barcelona, se disponen convoyes al mando del duque de Montemar. Todavía adelanta mas pretensiones España; protesta el rey don Felipe contra el gran duque de Toscana, el llamarse soberano de la órden del toison, y pide preferencia de elector sobre el mismo que habia sido nom-

brado por su esposa como electriz de Bohemia; todo lo fundaba el rey don Felipe en el mismo derecho de reversion de los estados de Austria á la corona de España. Negociábase para la eleccion de emperador, en el elector de Baviera, al mismo tiempo que el ejército de este, unido con el frances, hacia grandes progresos bélicos, con los cuales y los daños hechos por el prusiano, y los nuevos movimientos del polaco, se vió Alemania ya en la mayor decadencia en el año de 1741. En vano la reina de Hungría reclamaba con razones sus derechos, pues no podia sostenerlos por las armas, aunque confiadas á su esposo el gran duque de Toscana; en vano llamaba en su socorro á las potencias garantes de la famosa pragmática sancion que habia hecho Cárlos VI en el año de 1713 para asegurar en su familia estos estados que se disputaban, pues la misma Francia ayudaba al de Baviera, y las demas garantes no podian hacer uso de sus armas, por estar ya ocupada de antemano la Alemania por los pretendientes. España no habia podido aun usar de sus fuerzas, porque necesitaba el paso de la Cerdeña, cuyo rey se mostraba en su neutralidad, inclinado á la reina de Hungría ; el de Francia pensaba mas en auxiliar al bávaro, y el papa Benedicto XIV se detenia en dar paso á las tropas de infantería de Nápoles por su estado, para dirigirse en número de quince mil por la Marca de Ancona á Mántua y fronteras circunvecinas, bajo el mando del duque de Castropignano; la ocasion era favorable, pues habia sacado la reina de Hungría mucha parte de tropas de los estados de Italia para defenderse en el Tirol; sin embargo, el rey don Felipe, ya con el amparo de una escuadra de Tolon que cruzaba el Mediterráneo, puso en ejecucion el intento por el mes de noviembre de 1741 , partiendo de Barcelona un convoy de doscientas naves de transporte con veinte mil hombres armados, escoltadas de algunas de guerra que salieron de Cádiz, y llegando á las costas de Toscana felizmente, sin embargo de algunos obstáculos de mar, en ocasion de haberse ausentado la escuadra de Inglaterra. Suspendiéronse un tanto los designios de los españoles por las novedades que ocurrieron en Alemania y en Cerdeña; el elector de Baviera es electo emperador con el nombre de Cárlos VII, pero al mismo tiempo ve rechazadas sus tropas y las de su auxiliar el frances, perdiendo en poco tiempo lo que habia adelantado en un año : el ingles y el rey de Cerdeña se declaran en favor de la reina de Hungría, y este último, pretendiendo el ducado de Milan, dispone su ejército para una y otra defensa; éntrase por Módena y la Mirándula, ocupa estas plazas, llénanse de tropas alemanas y saboyanas los estados de Parma. Las tropas de Nápoles se habian acercado á la frontera por Bolonia de un lado, y las de España por Toscana, del otro; el infante don Felipe venia con un buen tercio por Francia, para pasar por Niza y Génova á la Toscana; pero una escuadra inglesa que cruzaba los mares de la Provenza y Génova, y el embarazo de socorros por parte de Nápoles, puestos por una escuadra inglesa que recorria aquellas costas, le hacian detener en Antiboo. Con estas demoras y el embargo de la artillería que iba por el Adriático, hecho por las naves inglesas, tampoco pudo ejecutar el duque de Montemar sus designios, y retirándose ambos ejércitos, se separaron ; á que se siguió un convenio de neutralidad entre el rey de Nápoles, don Cárlos, y la corte de Inglaterra. Sin embargo de todo esto, el infante don Felipe pasa por el Delfinado, y llega á Saboya con su ejército, que bajo sus órdenes, comandaba el conde de Glimes, el cual mandó inmediatamente por un manifiesto, que le prestasen obediencia y le acudiesen con víveres y municiones, declarando por enemigo al rey de Cerdeña. El conde de Gages fué á sustituir á Montemar en Italia, é hizo volver el ejército há-

cia el Boloñes. Por falta de víveres volvió á salir de Saboya el ejército del infante don Felipe, y de resultas el marques de la Mina fué á sustituir al conde de Glimes; volvió á entrar en Saboya el infante, ocupó á Apremont y otras tierras, retiróse el rey de Cerdeña para oponerse al conde de Gages en Italia, y el infante don Felipe acuarteló en el Chamberí: todo lo cual sucedió en el año de 1742. No son tan favorables los sucesos de Saboya en el año de 1743, aun cuando el rey de Francia escarmentado tambien en Alemania, declara la guerra á la Cerdeña, y une un cuerpo de tropas con las españolas para pasar al Piamonte, pues era mucho obstáculo el paso de los Alpes y la resistencia del saboyano para llegar á los estados de Parma: pero en cambio de esto el conde de Gages dió una batalla gloriosa á principios de febrero en Campo Santo, á la otra parte del rio Pánaro junto al Boloñes contra el ejército de Cerdeña, aliado con los austriacos; en la cual se disputaron tan valerosamente la victoria uno y otro cuerpo, que ambos se creyeron triunfantes; pero considerando la resistencia de los nuestros en un paraje donde no podian volver pié atras sin infamia ó sin la muerte, se vió que estuvo la superioridad de valor y destreza de nuestra parte, contra mayor número y mejor situacion de la contraria. Los estandartes y otros despojos colocados en el santuario de Atocha de Madrid, hacen honorífica memoria de esta funcion. Despues del suceso de Campo Santo se retiró el conde de Gages á Rimini, donde tuvo las órdenes de estar al comando del duque de Módena, que se agregó al partido de España para recobrar su estado. Poco se adelantó en sus movimientos en lo restante del año de 1743, habiendo venido el general Lobckowitz á reforzar el ejército austriaco, y obligando á Gages á retirarse á Pésaro y á las fronteras de Nápoles, hasta cuyas cercanías fué en su seguimiento. Viendo el rey don Cárlos de Sicilia amenazados sus estados con las tropas austriacas, tomó las armas por el mes de mayo de 1744, y salió en persona á impedir sus estragos, y juntándose con las tropas españolas, obligó al austriaco á retirarse á Roma; habiéndose despues hecho fuerte el rey don Cárlos en Veletri, estuvo en grande peligro de ser sorprendido con el duque de Módena en el mes de agosto de aquel año; pero advertido, dejó burlados á los enemigos y dió contra ellos con el mayor valor. El ejército del infante don Felipe, que no habia podido pasar por los Alpes á Italia, movió retrocediendo para pasar desde la Provenza á Niza, cuyas costas se habian visto bloqueadas por una escuadra inglesa, teniendo encerradas en Tolon mucho tiempo las escuadras de Francia y de España, las cuales sin embargo, salieron de este puerto con el riesgo de chocar con la enemiga, lo que sucedió, no con feliz suceso de nuestra parte, pero con ardiente valor. El infante don Felipe halló abandonada á Niza, y sabiendo que el rey de Cerdeña le esperaba atrincherado en el paso de Villafranca y Montalban, fué allá con sus tropas, y á pesar de sus esfuerzos, ahuyentó al enemigó y se apoderó de aquellas plazas, con que se hizo algun paso por el Piamonte por el mes de julio del mismo año. Hizo algunos progresos el infante don Felipe, ganando algunas plazas á fuerza de fatigas y alguna sangre, como las de Castillo del Delfin, Demont y otras, pero el difícil cerco de Coni, y las continuadas lluvias é inundaciones de la estacion, hicieron retroceder su ejército y sus ideas, advirtiendo que contrastaban mas con las peñas y las aguas, que con los hombres, por espacio de tres años en los mayores peligros; y así retiróse el ejército frances al Delfinado, y el español á Niza, dejando destruida parte de la plaza de Demont. Despues del suceso de Veletri el príncipe Lobckowitz se retiró con sus austriacos hácia Roma, siguióle el alcance en persona el rey don Cárlos con su ejército de españoles y napoli-

tanos, pero viendo que el austriaco llevaba el designio de no parar hasta el Boloñes, el rey don Cárlos despues de haber rendido sus respetos al pontífice en Roma, se retiró á Veletri, y desde allí á Nápoles: el conde de Gages se apostó no lejos de Perugia, á las fronteras de Toscana, con que se dió fin á los sucesos belicosos del año de 1744. A mediados del año de 1743 en que aun el rey de Cerdeña estaba indeciso sobre el partido que debia tomar en tanta revolucion, se inclinó al partido austriaco, haciendo una triple alianza firmada en Wormes con la Hungría é Inglaterra, en la que le brindaron con el territorio del Final, que era de Génova. Esta misma alianza hizo prevenir á esta república para no perderlo, y estando en la misma indecision se declaró al fin por España y Francia contra Cerdeña, con cuyo motivo dió paso á las tropas del infante don Felipe para la Lombardía, y el de Gages pudo venir á juntarse por la Toscana en Ripalta por el mes de julio, con que hicieron progresos por Tortona, Plasencia, Parma, Pavía, Alejandría, Valencia y Milan, todo lo cual sucedió en 1745. El emperador Cárlos VII habia muerto en 20 de enero de este año; fué elegido por setiembre, con nombre de Francisco I, el gran duque de Toscana, esposo de la reina de Hungría, la archiduquesa María Teresa. Se habia convenido con este motivo, una paz por el imperio, que concluyeron despues en Dresde, Polonia, Prusia, Viena é Inglaterra. Esta, que tenia tropas en Flándes, ya en favor de Hungría, ya contra el frances, y muchas naves en los mares para hacer daños en América, y en las costas de Italia para impedir los progresos de las armas españolas y francesas, combinadas con Nápoles, llamó toda su atencion á su reino, que se hallaba acometido en la Escocia por el nuevo pretendiente Cárlos Eduardo, primogénito del caballero de San Jorge, el cual en el año anterior, partiendo de Roma, habia intentado su entrada en aquella parte, con la oferta del auxilio de Francia y España, y no pudiéndose verificar esta esperanza, lo ejecutó solo á fines de este año de 1745. Aliviada ya con la paz de Dresde la reina de Hungría, que teniendo mas quieto su imperio podia mas bien oponerse y con mayores fuerzas al frances en Flándes, y al ejército combinado en Italia, envió buenos refuerzos á su general Lictestein para que con el de Cerdeña resistiese á los enemigos. De esto resultó avivarse los movimientos de una y otra parte en Milan, Parma, Plasencia, Guastala, Tortona y otras plazas. El infante don Felipe se preparó muy bien, y movió su ejército combinado para resistir y guardar cuanto pudiese las plazas ocupadas. Hubo al principio vario suceso, pero despues se aumentó el esfuerzo al tenor del peligro y del poder de los enemigos; fué célebre la retirada que hizo de Parma el marques de Castelar, y la defensa del puente del Pó sobre Plasencia, en donde por dos veces fueron escarmentados los austriacos y los sardos. Pero en medio de estas glorias de la España y del rey don Felipe, se sirvió Dios llamarle para sí en 9 de julio de 1746, dejando de la reina doña Isabel Farnesio tres hijos varones y otras tantas hembras; á don Cárlos, rey de Nápoles y de Sicilia; al infante don Felipe, general de la guerra de Italia; al infante don Luis Antonio Jaime, cardenal arzobispo de Toledo; á doña María Ana Victoria, reina de Portugal; á doña María Ana Teresa, que murió trece dias despues en Versalles, casada con el Delfin de Francia, y á doña María Antonia Fernanda, que casó poco despues con el heredero de Cerdeña. Fué sepultado en la colegiata de San Ildefonso, fundacion suya. La segunda parte del reinado de don Felipe V, no fué menos tegida de grandes sucesos que la primera; pero si aquella sobresale mas en valor y constancia en los trabajos, esta se halla mezclada de los mayores sucesos políticos, con tantas guerras bien que fuera de su reino, con tantas y tan poderosas potencias,

y en negocios los mas árduos; dejó casi todos sus hijos coronados ó próximos á serlo; muchas alianzas manejadas con la mayor prudencia, y sostenidas con incansables fatigas, armas, dinero, razon y justicia; hábiles ministros para el manejo de lo uno, y valientes y espertos generales para el apoyo de lo otro. Ni por esto descuidaba lo interior de su reino, procurando aminorar en tantas empresas los trabajos de los vasallos; el comercio, alma de una potencia marítima, como la España, se vió sostenido á pesar de tantos obstáculos. La industria y agricultura se vieron fomentadas; las ciencias protegidas; muchas academias creadas ó reducidas á instituto bajo su real proteccion. La academia de la historia empezó así en 1738; en su tiempo se vieron dos academias médicas, una protegida por el infante don Luis, y otra por su padre, y las de buenas letras de Sevilla y de Barcelona, y la de las tres nobles artes de pintura, escultura y arquitectura, hubieran recibido este honor de su mano, si no hubiera cortado la muerte la carrera de sus dias. El real seminario de nobles, y la biblioteca real, copiosa de todo género de libros, y de ricos manuscritos, fueron hijas del amor al bien público, á la nobleza y á la instruccion. En medio de su piedad y clemencia, tuvo un declarado horror á los delitos, especialmente á uno, que los comprende casi todos, que es el del robo. En el año de 1734 promulgó una severísima pragmática contra los ladrones, particularmente los de esta corte y su rastro. Todo esto era necesario para corregir las estragadísimas costumbres, hallándose este vicio muy arraigado con la licencia que suele traer consigo una continuada guerra, en que hay que combatir con los que deben desterrarlo. Era menester hacer valer la actividad de la ley y la justicia en esta parte, que por tantos tiempos estaba como ociosa y adormecida.

FELIPE, el *Bueno*, duque de Borgoña, de Bravante y de Luxemburgo, conde de Flándes, de Artois, de Hainaut, de Holanda, de Zelandia, etc. Nació en Dijon en 1396, de Juan-sin-Miedo y de Margarita de Baviera. Al recibir la fatal nueva del asesinato cometido contra su padre, el nuevo duque, enlazado ya con la hermana del delfin, que despues reinó con el nombre de Cárlos VII, formó una alianza con el monarca ingles Enrique V, con el objeto de invadir la Francia y derribar al Delfin; quien, en efecto, fué vencido por Felipe en la batalla de Mons en Vimien, dada en 1421. No menos feliz fué en la guerra que emprendió contra la condesa de Hainaut, de Holanda y de Zelandia, que vencida por él, tuvo que reconocerle por heredero suyo y lugar teniente de sus estados. Hasta 1435 estuvieron unidos Felipe y el rey de Inglaterra, pero un tratado hecho en el mismo año entre él y Cárlos VII, fué causa de que el primero se separase del segundo. El rey de Francia tuvo que someterse á las condiciones que en recompensa de esta reconciliacion le impuso el duque de Borgoña. Por entonces se unió tambien en segundas nupcias con Isabel de Portugal, con cuyo motivo instituyó en honor de esta princesa, la distinguida órden del Toison de Oro, queriendo, segun decia, inmortalizar la memoria de los argonautas. La espresada órden es una de las que mantienen mas intacto su brillo, por no haberse prodigado hasta ahora las insignias que la distinguen, segun se ha hecho con otras muchas que por esta razon han caido, al menos en nuestro pais, en grande y merecido descrédito. Algunos escritores presumen, que con el emblema del Toison quiso honrar Felipe el comercio de lanas, que entonces constituia la principal riqueza de los Paises-Bajos. La alianza de Felipe con el rey de Francia fué sumamente útil al primero. Cárlos negó en el tratado de Arras haber aprobado el asesinato del padre del duque; y ademas de una amnistía general, concedió

á este varios privilegios y gran número de señoríos fronterizos del ducado de Borgoña, con mas la soberania de Picardía. Felipe envió á Enrique VI una embajada para presentar á este el tratado de Arras; pero insultados los embajadores por el populacho de Lóndres, acabaron de desavenirse el duque y el monarca de Inglaterra, al paso que se consolidaba cada dia mas la amistad del primero con Cárlos. Las sublevaciones de los ganteses, la sumision del condado de Luxemburgo á la autoridad de Isabel, su tia, ocuparon los últimos años de la vida del duque. Agradecida Isabel á los grandes servicios que Felipe la habia prestado, le cedió todos sus derechos, mediante una pension de diez mil libras tornesas. Murió Felipe en Bruges, en 1467, dejando gloriosos y gratos recuerdos entre sus súbditos, y mereciendo por sus magníficas prendas el respeto de Europa. Como amante de las letras y de las artes, protegió y fomentó unas y otras; á él se debió la fundacion de la universidad de Dola; el pintor Van-Dick fué muy apreciado y favorecido por él; civilizó las costumbres incultas de la Borgoña y del Franco-Condado, dió gran impulso al comercio holandes, y finalmente, las virtudes que le adornaban y su sábia y recta administracion, le hicieron acreedor al título de *Bueno*, con que la posteridad ha seguido honrando su memoria.

FELIPE II, rey de Francia, conocido generalmente con el nombre de *Felipe Augusto*. Nació en 1165, de Luis VII y de Alix. Apenas tenia catorce años de edad cuando su padre le asoció al trono, siendo solemnemente consagrado en Reims. Casó con Isabel de Hainaut, descendiente de Carlomagno, por medio de cuyo enlace unió á sus Estados el condado de Artois, que aquella ilustre princesa le llevó en dote. Los edictos que Felipe publicó antes de la muerte de su padre, contra los blasfemos, herejes, bufones y comediantes, mandando castigar á los dos primeros con pena de muerte, y á los últimos con la espulsion del reino, como corruptores de la moral pública, señalaron sus primeros pasos en el gobierno; pero dichos edictos no fueron recibidos muy favorablemente; y así algunos grandes se levantaron aprovechando esta coyuntura, aunque con mal resultado; porque Felipe se dirigió contra ellos, y les obligó á rendirse. Deseando el jóven rey cortar de raiz los males que producian las escandalosas usuras de los judíos, en cuyas manos se hallaba el comercio y gran parte de la riqueza de Francia, condenólos, no solo á destierro de su reino, sino que confiscó sus bienes, declarando á sus vasallos libres de las deudas que hubiesen contraido con ellos; actos todos impolíticos é injustos, y que solo pueden hallar defensa en ciertos biógrafos franceses, que á trueque de ensalzar todo lo que les atañe, no vacilan en aparecer ciegos, parciales y enemigos de la verdad. Las rapiñas de los judíos merecian seguramente un correctivo eficaz; pero de esto á privarles enteramente el ejercicio de sus industrias y profesiones, á apoderarse de sus bienes, á espulsarlos de Francia, hay una diferencia inmensa. Con motivo de la guerra contra Enrique II de Inglaterra, nuevas turbulencias agitaron el seno de la nacion francesa; pero Felipe, cuyas altas prendas militares y singular prudencia son indisputables, terminó esta guerra de una manera gloriosa. La paz que disfrutó su reino por espacio de algunos años, favoreció la prosperidad del pais; y el monarca, decidido firmemente á reformar las costumbres con mano firme y voluntad severa, reprimió las dilapidaciones y la insolente tiranía de los nobles, que siempre que podian descargaban su brazo de hierro sobre el desgraciado pueblo. Las provincias estaban infestadas por crecidas cuadrillas de ladrones, viéndose los caminos casi intransitables, porque nadie osaba esponerse á caer en sus manos; Felipe tomó medidas tan acertadas, que muchos de

los criminales que se dedicaban á tan peligroso ejercicio, fueron cogidos y castigados con la última pena; cuyos saludables escarmientos dieron los buenos frutos que se apetecian. Por entonces se cercó tambien de fuertes muros la ciudad de Paris, cuyas calles, focos hasta entonces de inmundicia, y espuestas por la desigualdad y mal estado de su piso, fueron tambien enlosadas por primera vez. En 1187 ocurrieron algunas desavenencias entre el ya citado monarca de Inglaterra, Enrique II, y el de Francia; pero terminaron felizmente mediante un tratado, en que se resolvió, de comun acuerdo, tomar la cruz y pasar á Tierra Santa. No pudo Enrique asistir á esta guerra, á causa de su muerte; pero Ricardo I, su sucesor, se embarcó en 1190 con Felipe, y entrambos se presentaron al pié de los muros de Acre, que era la antigua Tolemaida. Despues de varios sucesos prósperos y adversos, la ciudad sitiada cayó en poder de los dos príncipes aliados, quienes, como sucede siempre con los que aspiran á una misma gloria y á unos mismos intereses, se dividieron, y ya no volvió á reinar entre ellos una amistad sincera. Al cabo de algun tiempo regresó Felipe á Francia, no sin haber conquistado en los lejanos paises que habia visitado gloriosos laureles. Obligó á Balduino III, conde de Flándes, á que dejase libre el condado de Artois, y valiéndose de la ausencia de Ricardo I, su rival, contra quien habia jurado sobre los santos evangelios, no cometer acto alguno de hostilidad mientras estuviese en la Cruzada, quebrantó su juramento; que donde median intereses, no hay cosa, por sagrada que sea, que se respete, ni aun por los que mas aparentan servir al cielo. Este castigó al rey de Francia, que fué rechazado de Ruan con pérdida considerable de gente, por cuyo motivo se vió precisado á hacer una tregua de medio año. En este intérvalo contrajo matrimonio con la bellísima y virtuosa Indeburge, princesa de Dinamarca, á quien repudió luego para unirse con una hija del duque de Pomerania. Pero la Santa Sede fulminó contra él sentencia de escomunion, y solo se le retiró esta mediante la promesa que hizo de reunirse con Indeburge. En 1199 subió Juan Sin Tierra al trono de Inglaterra, que correspondia de derecho á su sobrino Arturo; este, viéndose injustamente desposeido, se declaró contra el usurpador, apoyado por las armas de Felipe, pero con tal desgracia en su empresa, que no solo fué vencido, sino preso y muerto. El consejo de los pares de Francia condenó á Juan á ser decapitado, y le confiscó todos los bienes que poseia en este pais, por no haber comparecido á responder del asesinato de Arturo. Felipe se apoderó de la Normandía, del Maine, Anjou, Turena y el Poitú, que antiguamente dependian de la corona de Francia, y que con el motivo indicado dejaron de pertenecer á la de Inglaterra, que á la sazon los poseia. Nadie ignora la fuerza que por aquel tiempo tenian las escomuniones de la corte de Roma, la cual, prevaliéndose muchas veces de esta circunstancia, y conociendo el espíritu de los pueblos, las fulminaba contra todo derecho y justicia. Las desavenencias ocurridas entre dicha corte y el rey Juan, dieron motivo á la escomunion de este príncipe, escomunion que favoreció no poco á Felipe, puesto que Inocencio III le trasfirió la corona de Inglaterra á perpetuidad. Felipe habia considerado nulos el anatema y censuras pontificias cuando le perjudicaban; ahora que recaian sobre su rival, los miraba como justos y merecidos; y para mas justificarlos dispuso un armamento de mil setecientas naves, con auxilio de las cuales pensaba tomar posesion de sus nuevos y ricos estados. La atencion de Europa se fijó en este suceso estraordinario; pero hé aquí que cuando mas interes mostraba la ansiedad pública por ver el resultado, el rey Juan se reconcilia con Su Santidad, poniendo su reino bajo la proteccion de la Santa Sede; la

cual, como tuviesen feudo los estados de Inglaterra, prohibió al monarca frances todo acto de hostilidad contra su nuevo protegido. ¡Asombro causa el ver que con esta especie de juego de cubiletes, en que los actores no se mostraban por cierto muy hábiles ni diestros, se haya engañado á los pueblos, sacrificando su tranquilidad, sus hijos y sus bienes todos, por el mezquino interes de los que los dirigian! Felipe, sin embargo, prosiguió sus preparativos; pero estos alarmaron á muchas de las principales potencias, que se coligaron contra la Francia; esta coalicion se disolvió en 1214, de una manera gloriosa para Felipe, en la batalla de Boubines; y este príncipe regresó á su pais entre alegres aclamaciones. Murió Felipe Augusto en 1223, á los cincuenta y ocho años de su reinado. Algunos lunares oscurecen la historia de este monarca; pero poseia prendas estraordinarias que le conquistaron el amor de sus pueblos. Fué en la guerra activo, prudente, valeroso y afortunado; en la paz un gran rey, pues no hubo ramo á que no alcanzase su generosa proteccion; reunia á una instruccion rara en su tiempo, un carácter mas severo que suave, y era mas inclinado al castigo que á la clemencia; pero en aquellos borrascosos tiempos bien pudo pasar entre sus vasallos como un genio tutelar, y como un verdadero padre de la patria.

FENELON (Francisco Salignac de Lamotte). Nació en 6 de agosto de 1651, en el castillo de Fenelon, en Perigord. Fué uno de los ingenios franceses que mas brillaron en el siglo XVII, y algunas de sus obras, como el *Telémaco*, han adquirido una celebridad europea. Desde niño empezó á dar muestras de sus felices disposiciones; tenia ademas una aplicacion estraordinaria, y esto unido á la docilidad y dulzura de su carácter, le conquistaron el cariño de sus maestros, que por lo mismo parece que se esmeraron mas en su educacion. Ninguno de los condiscípulos del jóven Fenelon igualaba á este en penetracion fácil, sobre todo en lo relativo al estudio de los idiomas, asi es que manejaba con singular maestría los autores del siglo de Augusto, poseyendo, casi como la suya propia, las lenguas latina, griega y algunas de las modernas. Su tio el marques de Fenelon, justamente orgulloso con los adelantos del jóven, y conociendo la inclinacion de este al estado eclesiástico, llamóle á Paris, á fin de que en aquella capital concluyese los estudios de filosofía y teología, proponiéndose protegerle eficazmente para que su rara inteligencia diese los frutos que prometia. Quince años contaba entonces Fenelon, y al entrar en el nuevo establecimiento tuvo que predicar ante un numeroso é ilustrado auditorio, prueba por la cual habia pasado tambien Bossuet. El efecto que produjo su discurso no pudo ser mas satisfactorio; pues no solo consiguió cautivar con su elocuencia á los oyentes, sino que muy pronto su nombre resonó en toda Francia, considerándose ya á Fenelon como una de las mas legítimas esperanzas de aquel pais. Este triunfo no parece, sin embargo, que agradó mucho al marques; quien, no estimulado ciertamente por ninguna ruin pasion, sino por alejarle de las seducciones del mundo y de la gloria, creyó conveniente colocarle en el seminario de San Sulpicio. La soledad de este retiro, lejos de entristecer el espíritu de Fenelon, le llenó por el contrario, de una dulce paz y alegría íntimas, propias para el estudio y la meditacion, principalmente de los santos libros. Allí recibió Fenelon las sagradas órdenes, é impulsado por su caridad y ardiente celo religioso, trató de ir á las misiones del Canadá, proyecto que hubiera realizado sin duda, á no ser por temor á su familia, ó convencido tal vez de que su delicada complexion no era muy á propósito para arrostrar las fatigas, privaciones y penalidades á que aquel ejercicio le espondria. Con el mismo objeto pensó en

pasar á las de Levante hácia la parte de Grecia, que tampoco emprendió, acaso por las razones espresadas. Entonces se dedicó especialmente á la obra no menos caritativa y útil de instruir á los *nuevos católicos*, en cuya tarea se ocupó por espacio de diez años, con notable interes y perseverancia. Por aquella época trabajó en su primera y célebre obra, acerca de *La educacion de los niños*. Mantuvo Fenelon estrecha amistad con los duques de Beauvillers, y de Chevreuse y con Bossuet, cuya conducta le inspiró sin duda el tratado *del ministerio de los pastores*, en el cual combate á los herejes con mas moderacion que su insigne modelo, aunque con fruto no menor. Luis XIV le encomendó entonces el cuidado de una mision en el Poitú, ofreciéndole el auxilio de las armas, creyendo que de esta suerte se aumentaria la eficacia de la palabra evangélica, en atencion á lo arraigada que estaba la herejía en Francia. El sábio religioso rehusó este apoyo, persuadido de que mas fuerza que el hierro y el fuego, tienen en los corazones la dulzura, la persuasion, la caridad, y en fin, los demas medios que posee la religion para triunfar de los mas obstinados enemigos. Así, pues, partió para desempeñar su mision, sin mas compañía que la de algunos virtuosos é ilustrados eclesiásticos, en cuyo celo confiaba. Los resultados fueron satisfactorios; verdad es, que el carácter sencillo, amable y modesto del sábio prelado era simpático para todo el mundo; su reputacion, por otra parte, le favorecia en gran manera; y á todas estas circunstancias debe atribuirse el que indistintamente católicos y disidentes, le consultasen y escuchasen como un oráculo. El éxito de esta felicísima eleccion no podia menos de agradar al monarca, que no tuvo que arrepentirse de ella; sino que, por el contrario, para recompensar como merecian los grandes servicios que Fenelon habia prestado, y confiando en su profunda instruccion y ejemplar conducta, nombróle preceptor del Delfin, su nieto, á propuesta de Beauvillers, que era el ayo del jóven príncipe. Fenelon llegó á concebir la esperanza de que podria formar un buen rey, desterrando del corazon de su discípulo todos aquellos sentimientos peligrosos que suelen inspirar el rango, el poder y la riqueza, usando sanas máximas de moral y recta política, y, en fin, valiéndose de medios contrarios á los que suele emplear la malicia ó el servilismo cortesano, que á trueque de sostenerse no vacila en halagar los caprichos y hasta los crímenes de los príncipes. Nadie mas á propósito que Fenelon para la tarea laudable que dejamos indicada; pues á un escelente corazon, á una modestia que realzaba mucho su mérito, unia un genio tan amable, tan sencillo trato, y una política tan franca, que muy pronto llegó á ser el objeto predilecto de la corte. A estas y otras cualidades no menos superiores debió Fenelon la magnífica acogida que tuvo en la espléndida corte de Luis, mas que á los escritos que hasta entonces habia publicado, aunque estos demostraban gran capacidad y florido ingenio; así es que cuando fué recibido en la Academia francesa, su principal elogio estaba fundado en su superioridad personal. Véase cómo le pinta La Bruyere: «Uno siente, dice, la fuerza y ascendiente de este raro ingenio, ora improvise, ora pronuncie un discurso estudiado y oratorio, ó bien esplique sus pensamientos en la conversacion; dueño siempre del oido y del corazon de los que le escuchan, ni siquiera les permite envidiar ni tanta elevacion, ni tal conjunto de delicadeza y de política.» La posicion del ilustre prelado no podia ser mas favorable para adquirir altos empleos, dignidades y riquezas; pero Fenelon no era ambicioso, ni codiciaba mas bienes que los que poseia, y mucho menos cuando se veia rodeado de afecto y admiracion sinceros. En medio de estas satisfacciones un suceso inopinado vino á herir el sensible corazon del venerable prelado; y este

golpe, que perjudicó bastante á su crédito, procedió de donde menos podia esperarse, de su antiguo amigo y modelo Bossuet. Fenelon habia entendido las máximas de madama Guyon, de una manera conforme á los sentimientos de su alma pura y cándida, creyéndolas saludables ó en manera alguna nocivas; pero otros célebres teólogos, y en particular Bossuet, las interpretaron de distinto modo; y apoyándose en que dicha doctrina se fundaba en los errores del quietista Molinos, fué no solo condenada la obra, sino tambien perseguida y arrestada su autora. Madama Guyon habia sido discípula de Fenelon, y como á esta circunstancia se agrega la de la defensa que de la misma tomó á su cargo el arzobispo de Cambray, queria Bossuet que este condenase abiertamente los errores de madama Guyon. La ardiente controversia que de aqui se originó, tuvo agitados por algun tiempo los espíritus, así en la corte de Francia como en la de Roma, fijándose tambien en ella la atencion de Europa, tanto por lo estraño del caso, cuanto por las personas que en él intervenian. El buen arzobispo de Cambray, con el objeto de justificarse, publicó el libro de la *Esplicacion de las máximas de los santos;* la cual, lejos de serle favorable, le acarreó nuevos y serios disgustos, porque Bossuet se empeñó en hacerla aparecer como una especie de confirmacion del sistema del *quietismo*, denunciándola en medio de la corte de Luis XIV. Para que nada faltase á la desgracia de Fenelon, recibió la noticia del incendio de su palacio de Cambray, en el que fueron consumidos por las llamas su biblioteca, sus manuscritos y papeles particulares. Pero su cristiana resignacion, superior á todas las calamidades que le afligian, no solo le mantuvo inalterable á ellas, sino que le hizo esclamar: «Mas vale que «se haya quemado mi palacio, que la «choza de un pobre labrador.» Bossuet, aquel mismo Bossuet de cuyo elocuente lábio solo salian palabras de caridad y de religion, continuó persiguiendo á su rival con un encarnizamiento propio de hombre vulgar, mas que de un genio estraordinario. Fenelon sometió su obra al fallo de Roma; el obispo de Meaux proponia al propio tiempo una conferencia, á la cual se negó su perseguido amigo, prefiriendo defender su libro en el tribunal de la Santa Sede. Fenelon fué entonces desterrado de la corte á su diócesis, con gran pena del duque de Borgoña que hubiera querido retenerle á su lado. Luis XIV estaba de parte de los enemigos del arzobispo de Cambray, pero la corte de Roma no se atrevia á decidirse abiertamente, pronunciando la sentencia condenatoria contra el hombre insigne que nos ocupa. Pero esta prudente conducta, que honra la conducta del pontífice Inocencio VIII, lejos de entibiar la cólera injustificable de Bossuet, la encendió mas y mas, sucediéndose los escritos de entrambos rivales con prodigiosa rapidez. Bossuet apeló á otras armas con el objeto de confundir mas á su adversario, dando á este y á madama Guyon los nombres de Montano y de Prísila. Fenelon se defendió en una bellísima apología; esforzóse entonces mas el monarca para que se condenase la *Esplicacion de las máximas de los santos*, y al fin la corte de Roma falló á gusto de Bossuet y de Luis. Pero, segun dice un biógrafo, «mayor gloria adquirió Fenelon, siendo el primer obispo de Francia que subió al púlpito de su iglesia para publicar la decision de Roma.» Parecia que despues de lo ocurrido, y en atencion á las virtudes y ejemplar humildad del buen prelado, debia haberse calmado el resentimiento del monarca; pero no fué así, y un suceso inesperado vino á colmar su indignacion. Este suceso fué la publicacion del *Telémaco*, que un familiar de Fenelon dió á luz sin permiso, ni noticia de su autor. Esta célebre obra habia sido escrita años antes del favor de Fenelon, y como su publicacion se verificase poco despues de las

ruidosas controversias de que dejamos hecho mérito, interpretáronse maliciosamente su argumento, sus personajes y el sentido de sus palabras, atribuyéndose á Fenelon alusiones á las conquistas y reveses del reinado de Luis XIV, que injuriaban á este monarca. No fué necesario mas para que la obra se prohibiese. La esperiencia demuestra que semejantes medidas solo sirven para despertar mas y mas la curiosidad pública; y que basta que un escrito se prohiba, para que por escasa que sea su importancia, adquiera popularidad y aplausos. No se hallaba en este caso el libro del arzobispo de Cambray, cuyo mérito superior es indisputable; así es, que reimpreso en varios paises, pocas obras han sido nunca mas leidas que el poema condenado. El monarca frances, grande en otras circunstancias, apareció entonces por su desacertada conducta y su encono injusto, como un hombre vulgar, considerando al sábio prelado como un detractor de su gloria, que pagaba con sátiras los beneficios que le debia. ¡Lamentable ceguedad! Fenelon no habia hecho mas en su libro que pintar personajes, costumbres, vicios y virtudes de otros pueblos y de otra época; y si habia en él verdades, que por sensibles y amargas que fuesen, tenian aplicacion á la sociedad francesa de aquel tiempo y á su monarca, culpa era de la debilidad humana; pues, como dice Tácito, *habrá vicios mientras haya hombres*, y segun un biógrafo, mientras haya vicios la historia antigua parecerá una sátira del siglo presente. El *Telémaco* ofrece casos que, en efecto, pueden aplicarse á Luis XIV; pero esto ¿quiere decir que la obra sea una sátira contra este monarca? Príncipes y personajes numerosos habia entonces en Europa que tambien hubieran podido darse por aludidos; príncipes y personajes ha habido despues, que sin duda habrán contemplado su retrato en la obra que nos ocupa; y ciertamente que nadie tendrá la ridícula ocurrencia de presumir que Fenelon pensase en ellos cuando escribió el *Telémaco*, á no suponérsele adivino. Lo positivo es que la reputacion de esta obra se hizo universal, y que se buscaba y leia por todas partes con avidez. Conociendo Fenelon el disgusto que su publicacion habia causado al monarca, resolvió renunciar para siempre á la corte, y dedicarse esclusivamente al cuidado de su rebaño que le amaba tanto por su sabiduría como por sus virtudes, siendo envidiable modelo en una y en otras. En el seminario fundado por él, recibieron sana y vasta instruccion los clérigos; enseñó el catecismo á los niños de su diócesis, y á estos sagrados deberes, que desempeñó con un celo admirable, unió la predicacion de la divina palabra, derramando en sus discursos todos los tesoros de su fecundo y peregrino ingenio. En su retiro mantuvo Fenelon frecuente correspondencia con sus amigos y muchos hombres distinguidos de Francia; y en sus cartas resplandecen la sublimidad de su talento y los secretos de la ciencia del mundo, analizados con una sagacidad, penetracion y delicadeza sumas, y con el estilo de La Bruyere, célebre autor de los *Caractéres*. Jacobo III, conocido en el ejército con el nombre de *Caballero de San Jorge*, y cuyos infortunios son de pocos ignorados, recibió de Fenelon saludables consejos. En cierta ocasion le decia: «Amo mas á «mi familia que á mí mismo; mas á mi «patria que á mi familia; pero mas al «género humano que á mi patria.» ¡Admirables sentimientos, pintados de una manera no menos admirable y filosófica! El estudio de la historia, el trato de los hombres y su residencia en la corte, le habian enseñado á despreciar las preocupaciones, de cuya verdad cualquiera puede convencerse consultando las memorias que dirigia al duque de Beauvillers, y en que se ven tratados con gran maestría los mas grandes intereses de algunas de las naciones europeas. Cuando la guerra de sucesion en nuestra península, el

virtuoso prelado tuvo la satisfaccion de ver y abrazar en su diócesis al jóven príncipe, que iba al frente de los restos del ejército vencido de Luis XIV, y que merced á la sábia educacion y prudentes consejos que habia recibido de Fenelon, supo realizar las esperanzas que dió en su juventud, así en los campos de batalla como en la direccion de los negocios de Estado. Con motivo de haberse suscitado nuevas controversias religiosas, el arzobispo de Cambray escribió contra el jansenismo, lo cual movió á sus enemigos á tratarle de ambicioso y adulador, como si el ilustre autor del *Telémaco* necesitase recurrir á medio tan ruin para hacerse lugar en el aprecio del monarca, cuando á proponerse tal idea, le hubieran bastado sus grandes sacrificios para mantener á sus espensas el ejército frances en el fatal invierno de 1709. Muerto el Delfin, y llamado cerca del trono que debia heredar el duque de Borgoña, le escribió Fenelon dándole como siempre los mas saludables consejos en bien del pais. Murió Fenelon á los sesenta y cuatro años de su edad, de resultas de una caida, y este acontecimiento privó á la Francia de uno de sus mas ilustres varones. El sentimiento fué general. Muchas y muy apreciables son las obras que nos quedan de este insigne autor, que, para mayor realce de su modestia, no intervino en la publicacion de la mayor parte de ellas, pues algunas que salieron á luz durante su vida, fué sin su consentimiento, y otras no se conocieron hasta despues de su muerte. Pero la que indudablemente le ha colocado á la altura de uno de los primeros escritores conocidos, es el famoso *Telémaco*, poema tan popular, como hemos dicho anteriormente, que apenas habrá persona medianamente ilustrada que no lo haya leido. De una obra que hemos consultado para las noticias que nos ocupan, entresacarémos algunas lineas que nos parecen bastante acertadas, aunque el juicio en general, que en dicha obra se forma acerca del *Telémaco*, es, en nuestro humilde concepto, demasiado favorable, sin que esto sea negar que el poema de Fenelon es de lo que mas honra á la literatura francesa. «Para poder entresacar del *Telémaco*, de este tesoro de riquezas antiguas, la parte que pertenece al autor moderno, es preciso comparar el infierno y los campos Eliseos de Fenelon con las pinturas trazadas por Virgilio. Por sublime que sea el silencio de Ayax, por mucha que sea la grandeza y la perfeccion del libro VI de la Eneida, conocerá el lector todo lo que Fenelon ha creado de nuevo, ó mas bien todo lo que ha tomado de los dogmas de nuestra santa religion con un arte admirable. Fenelon ha escedido á los antiguos en lo sublime, y se ha valido mejor que el Dante del gran recurso del cristianismo..... Sin embargo, algunos autores han querido criticar el *Telémacò*, mas al fin todas sus críticas han venido á parar, ó en temeridad ó en elogios; y uno y otro ha cedido siempre en gloria de Fenelon. Es cierto que su diccion natural y dulcemente animada, algunas veces enérgica y atrevida, participa tambien en ciertos pasajes de un estilo algo débil y lánguido; pero este defecto se desvanece ante las bellezas en que abunda, y la delicadeza del mismo estilo. Los que se ofendan, pues, de la repeticion de algunas palabras, de algunas construcciones incorrectas, deben tener presente que la hermosura del lenguaje no se encuentra solo en una correccion severa y calculada, sino en la eleccion de palabras sencillas, tiernas y espresivas, en una armonía libre y variada que acompaña al estilo y le sostiene, como el acento sostiene la voz; en fin, en un dulce calor esparcido por todas partes, el cual da alma y vida al discurso; y este es el gran mérito de la diccion del *Telémaco*, que unido á la belleza del plan, forma una de las obras mas originales de la literatura moderna.» El *Telémaco* ha sido reimpreso infinitas veces en casi todos los paises de Europa, y es libro que

goza grande aceptacion. Ademas de las obras citadas, escribió Fenelon las siguientes:—*Diálogos de los muertos, compuestos para la educacion de un príncipe.—Diálogo sobre la elocuencia en general y sobre la sagrada en particular.—Directorio de la conciencia de un rey, compuesto para la educacion del duque de Borgoña.— Cartas sobre varios objetos, concernientes á la religion y á la metafísica.—Demostracion de la existencia de Dios, sacada del conocimiento de la naturaleza, y proporcionada al alcance de todos.—Coleccion de sermones escogidos sobre diferentes objetos.—Obras espirituales.* Refiérense algunas acciones de este virtuoso prelado, que pintan su carácter benéfico y caritativo. Citarémos una. Entre las familias desgraciadas que se retiraron á Cambray, cuando el ejército de los aliados se apoderó de una parte de Flándes, y que fueron recibidos en el mismo palacio arzobispal, habia un jóven cuya profunda melancolía llamó la atencion del prelado. Deseando este consolarle, sentóse á par de él, y le dijo que las tropas del rey debian llegar de un momento á otro, que echarian de allí al enemigo, y que él podria regresar muy pronto á su pais. «Sí, respondió el jóven, pero yo no encontraré mi vaca, con cuya leche tenia lo suficiente para mantener á mi padre, á mi mujer y á mis hijos.» El arzobispo le prometió que le daria otra si le robaban aquella los soldados; pero el jóven continuaba siempre afligido. Entonces Fenelon, tomando todos los informes que necesitaba, salió á las diez de la noche á pié, sin mas compañía que un familiar, y habiendo encontrado la cabaña del labrador, á una hora de Cambray, él mismo condujo la vaca hasta su palacio y la entregó al desconsolado mancebo. Rasgos de esta clase honran tanto á Fenelon como sus escritos.

FERDONCY (Aboul-Cacem-Mansour). Nació en Rizvau en el Khorazan, de una familia humilde, por los años 304 de la Egira (916 ó 17 de la era cristiana). Es considerado como el mejor poeta persa. Las hermosas composiciones que le dieron á conocer, estaban dedicadas á las hazañas de los héroes mas antiguos de aquel vasto imperio; y queriendo el soberano Mahmoud, tercer príncipe de la dinastía de los Schektégny, recompensar su mérito sobresaliente, llamole á su corte, encargándole la composicion del *Cháh-Naméh* ó sea *Historia de los reyes.* El premio debia ser considerable; pues el monarca le prometió por cada verso una pieza de oro. Treinta años empleó el poeta en este trabajo; pero rivales de su gloria y enemigos personales intrigaron de tal manera contra su crédito, que Ferdoncy, conociendo que habia perdido la gracia de su soberano, tuvo que huir de su patria y retirarse á Bagdad. La justa celebridad que le habia precedido, la admiracion que causaban sus obras, eran títulos suficientes para que los habitantes de la ciudad hospitalaria le recibiesen con entusiasmo. El mismo califa, parece que al verle, esclamó:—«Ferdoncy es la maravilla poética; sus talentos esceden á todos los que hemos conocido hasta el dia.» La generosidad de aquel príncipe no se limitó á acogerle con la distincion que lo hizo, y á vanos aparatos de admiracion, sino que causó consuelo á la desgracia de la espatriacion, le dió con su verdadero aprecio y amistad sesenta mil piezas de oro, esto es, una suma igual á la que el soberano de Persia le habia ofrecido y no entregado. Al cabo de algunos años, le llamó este á su corte, advertido sin duda de que solo la envidia y la calumnia pudieron manchar la fama de un hombre como Ferdoncy. Murió este célebre poeta en 411 de la Egira (1020 de Jesucristo). El *Cháh-Naméh* consta de unos ciento veinte mil versos; existe una traduccion en la biblioteca real de Francia, ejecutada por otra en prosa árabe que mandó hacer Aboul-Fetch-Iza en el año de la Egira 675 (1277 de Jesucristo). Se conocen algunas otras

versiones del *Poema histórico de los reyes de Persia.*

FERNANDEZ (Alfonso), presbítero sevillano. Son muy pocas las noticias que tenemos de la vida de este compatriota, pudiendo decir únicamente que fué protonotario apostólico, y que publicó y dedicó al cardenal don Bernardino de Carvajal la *Historia partenopea.* Esta obra es la que ha dado nombradía al poeta sevillano, porque es de advertir que toda ella está escrita en versos de arte mayor, principiando por los siguientes:

El rey que á su mesa á comer convidara
al muy sabio Ulises del mar destrozado... etc.

En esta produccion, que apenas es conocida mas que por algunos eruditos, se propuso cantar el autor las gloriosas hazañas de Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado *El Gran Capitan.* Imprimióse en Roma, y dióse al público, mediante la autorizacion concedida en un breve de Su Santidad Leon X, por el clérigo napolitano Luis de Gibraleon. A esta obra debian seguir otras del mismo autor, cuyos títulos son: *La vida de Jesucristo.—Doce libros de la Esperanza.—Doce libros de la Justicia.—Ocho libros de la educacion del buen príncipe.—Siete triunfos de las siete virtudes, á imitacion de Prudencio.*

FERNANDEZ (Francisco). Nació en Madrid en 1605. Su genio y aplicacion le dieron pronto á conocer muy ventajosamente en el árte de la pintura, siendo discípulo de Vicente Carducho, mas tarde el primer maestro del célebre Juan Donoso. Cuando se trató de pintar el salon de retratos de los reyes en el real palacio de Madrid, nuestro Fernandez fué uno de los artistas elegidos, y justo es decir que lo merecia, porque entre los pintores españoles de aquella época, pocos habia que le igualasen en el mérito é inteligencia en el dibujo, segun se ve por dos cuadros de su mano, que existian en el convento de la Victoria de la corte, á pesar de estar bastante estropeados. Representa uno de ellos á San Joaquin y Santa Ana, y el otro el entierro de San Francisco de Paula. Pero todas las grandes esperanzas que habia hecho concebir este pintor, desaparecieron con el sensible y trágico fin, acaecido en 1646, de resultas de una disputa que tuvo con un maestro de primeras letras llamado Francisco de Varras, quien de una puñalada le dejó tendido sin vida á sus piés. Ademas de las obras mencionadas, grabó al agua fuerte, con gusto pintoresco, la portada y la segunda, cuarta y quinta estampas de los *Diálogos de la pintura,* obra escrita y publicada por Carducho.

FERNANDEZ de NAVARRETE (Pedro). Nació en Logroño, y fué sucesivamente canónigo de Santiago de Galicia, capellan y secretario del infante don Fernando de Austria, cardenal y arzobispo de Toledo, y secretario de la reina Isabel de Borbon, esposa de Felipe IV. Las obras de este ilustre varon se tienen en mucho aprecio, y son verdaderamente dignas de su grande instruccion, vasta capacidad y constante estudio. Conócense de él, y merecen altos elogios, las siguientes:—*Conservacion de monarquías, y discursos políticos sobre la gran consulta que el consejo hizo al señor rey Felipe III.—Carta de Lelio, peregrino, á Estanislao Borvio, privado del rey de Polonia.—Siete libros de Lucio Auneo Séneca, traducidos al español, á saber: De la Divina Providencia.—De la vida bienaventurada.—De la tranquilidad del ánimo.—De la constancia del sábio.—De la brevedad de la vida.—La consolacion á Polibio.—De la pobreza.*

FERNANDEZ NAVARRETE (Juan), célebre pintor español, mas conocido con el nombre de *El Mudo.* Fué su patria Logroño, y á poco de nacer padeció una enfermedad grave, de cuyas resultas perdió el oido, no pudo aprender á hablar, y quedó privado del uso de la palabra. Desde los primeros años

de su vida, mostró una inclinacion tan estraordinaria á la pintura, que continuamente se le sorprendia trazando en la pared varias figuras con un pedazo de carbon; notándose ya en aquellos primeros rasgos, aunque muy imperfectos, felicísimas disposiciones, que cultivadas con el mayor esmero, producirian preciosos frutos. Dióle las primeras lecciones un religioso de la órden de San Gerónimo, que habia en el convento de la Estrella, y hombre bastante entendido en pintura. La rara aplicacion y genio de su discípulo llegaron á llamarle la atencion en tales términos, que aconsejó á los padres de aquel que le enviasen á Italia. Así lo hicieron, y nuestro pobre *Mudo* visitó á los mas distinguidos artistas de aquel pais, trabajando por espacio de algun tiempo en casa del Ticiano, que se tomó grande interes por él, y cuyas sabias lecciones le sirvieron de mucho provecho. Cuando regresó á España ya le habia precedido la fama de algunas de sus obras; y noticioso Felipe II de su mérito superior, llamóle á la corte, le nombró pintor de cámara, y para que pudiera dedicarse con cierta holgura á trabajos de empeño que acabasen de acreditarle, le señaló una gratificacion de doscientos ducados, pagándole separadamente las obras que ejecutase. Para dar una muestra de su habilidad al monarca, trajo consigo de Italia un cuadrito, que representa el bautismo de Jesucristo, el cual mereció la aprobacion de Felipe, y se conservaba en la celda alta del prior del Escorial. Estimulado con la proteccion de su soberano, Fernandez determinó no trabajar ya mas que para el monasterio é iglesia del Escorial. Dió principio á sus obras con unos profetas de blanco y negro, que pintó en las puertas de un tablero, y con una *Asuncion;* y estos trabajos llamaron la atencion de los inteligentes, mereciendo tambien la aprobacion del rey. Pareciendo al pintor, que la Vírgen y algunas otras figuras de este último cuadro estaban demasiado apretadas, quiso borrarlo, segun se dice, pero Felipe no se lo permitió. Parece, asimismo, que la cabeza de aquella Asuncion era un retrato de su madre, y que el de su padre se veia en uno de los apóstoles colocados en primer término. Hizo despues ocho cuadros para la sacristía, los cuales merecieron grandes elogios, pero de ellos solo quedaron cinco, que existian en el cláustro principal del famoso monasterio; los demas perecieron en un incendio. Los que se salvaron, son: *El martirio de Santiago*; *San Gerónimo en el desierto; un nacimiento del Señor; la Sacra Familia*, *y el Señor en la columna. El del nacimiento* es una obra preciosa, que se distingue por el gran artificio y la inteligencia de las luces. Son tres las que iluminan el conjunto; una que sale del niño recien nacido, otra que baja de la gloria, y la que despide una vela que San José tiene en la mano. Lo mas admirable de esta composicion, son los pastores, cuyo mérito es tal, que el famoso Tibaldi cada vez que los miraba, decia: *¡Oh, gli belli pastori!* Las demas obras citadas se tienen en grande estima; pero la mas sobresaliente, la obra maestra de nuestro compatriota, es el *Abraham con los tres ángeles*, que existia en el altar de la portería del monasterio del Escorial. Cuando la concluyó Navarrete, Felipe II mandó que le entregasen quinientos ducados, suma muy considerable en aquel tiempo. Navarrete no solo poseia estensos conocimientos en el arte que ejercia, sino tambien en historia sagrada, profana y mitológica. Leia, escribia, jugaba á los naipes y se esplicaba por señas con la mayor claridad, causando, con estas singularidades tan raras en su desgraciada situacion, el asombro de cuantas personas le trataban. Distinguióse como pintor en el dibujo, en la espresion de los objetos y en la composicion, igualándole en esto muy pocos; pero su maestría en el colorido aun era superior, así que mereció por ella que le llamasen el *Ticiano español*. El respeto que nuestro insigne *Mudo* profesaba

á su maestro, y la admiracion profunda que le inspiraban sus obras, se dieron bien á entender, cuando el Ticiano envió su célebre cuadro de la *Cena del Señor*, destinado al testero del refectorio del Escorial. El cuadro era mayor que el sitio en que debia ser colocado, y el rey mandó que se cortase. Entendiólo el *Mudo*, y esta órden le causó la mas viva afliccion, espresándola con señas y acciones estraordinarias de pena. Hizo cuantas diligencias pudo para que el monarca revocase su órden; ofrecióse a pintar en medio año una copia exacta y de las dimensiones que se deseaba, y hasta dió á entender que consentia en que le quitasen la cabeza si no lo cumplia. Todo fué inútil; ni lágrimas, ni ruegos, ni recomendaciones lograron que Felipe desistiese de su empeño, y así mandó cortar el lienzo, lo cual causó tal impresion al *Mudo*, que enfermó de tristeza. Tambien el monarca se arrepintió al poco tiempo de aquella providencia, que mas que nada le habia dictado su enojo contra el Ticiano, por no haber marcado el cuadro en las proporciones ó medidas que al efecto se le habian mandado. Murió Fernandez Navarrete en Segovia en 1579, y por la gran celebridad que conquistó con sus obras, mereció que *el Fenix* de los ingenios, nuestro inmortal Lope de Vega, compusiese en elogio suyo estos versos:

No quiso el cielo que hablase,
porque con mi entendimiento
diese mayor sentimiento
á las cosas que pintase.
Y tanta vida les dí
con el pincel singular,
que como no pude hablar
hice que hablasen por mí.

No podemos menos de trascribir tambien las siguientes palabras del P. Sigüenza, relativas á las obras que hizo el *Mudo* para el Escorial, y á la propiedad que tienen las de devocion: «Por solo gozar de ellas—dice—merece esta casa que la vengan á ver de lejos. Al fin son, al parecer de todos, las que guardan mejor el decoro, sin que la escelencia del arte padezca, sobre cuantas nos han venido de Italia; y verdaderamente son imágenes de devocion, donde se puede y aun da ganas de rezar, que en esto en muchos que son tenidos por valientes, hay gran descuido por el demasiado cuidado de mostrar el arte.» Otros muchos cuadros se conocen de este insigne pintor, pero solo citarémos los mejores: *Nuestra Señora, con el niño dormido en el regazo.* —*El niño San Juan, imponiendo silencio con el dedo en la boca, y San José mirando al niño;* este es copia de un original de Buonaroti. Todos ellos existen en el Escorial, así como tambien *El Crucifijo con la Vírgen y San Juan*, de claro oscuro, colocado á la derecha del coro por la parte de afuera; y en la aulilla, el *Robo del cuerpo de San Lorenzo*, cuadro filosófico y de magnífica invencion, en que no se sabe qué admirar mas, si la pintura de los afectos del alma, ó la composicion, que es tan original como artística. La escena representa el momento de encender una vela, á cuyo débil reflejo todas las figuras del cuadro, viendo el cuerpo tostado del mártir, espresan su sentimiento; estas el temor, aquellas la devocion, unas el horror, otras su afecto y su curiosidad, y todas estas gradaciones de la pasion en armonía con la edad, sexo y carácter de cada actor. El bosquejo de esta obra pertenece á Fernandez, la conclusion á un discípulo suyo, que desempeñó muy bien el tono; trabajo difícil, como desde luego se comprende, en atencion á la escasa luz que ilumina al cuadro. En la iglesia vieja del Escorial habia tambien una copia hecha por Navarrete, del *Entierro de Cristo*, original del Ticiano, y, por último, en la capilla del sepulcro de la catedral de Salamanca, se conservaba la cópia de uno de sus cuadros, que representa á *Jesucristo resucitado, apareciéndose á la Vírgen Santísima.*

FERNANDO I (don), vigésimo rey de Leon y de Castilla. Quedó el reino

de Leon sin sucesor de la línea varonil de los godos, y de Pedro, duque de Cantabria; porque aunque el rey don Bermudo tuvo un hijo llamado Alfonso, murió muy niño: con cuyo motivo, no habiendo otra persona real que su hermana doña Sancha, casada con don Fernando de Castilla, entró este á reinar por medio de ella en Leon; para lo cual, luego que envió el real cadáver, marchó aceleradamente á esta ciudad, para que le reconocieran y juraran por rey. Así lo ejecutaron los leoneses, y celebró la coronacion en la iglesia mayor, siendo ungido por don Servando, obispo de ella, á 22 de junio del mismo año de Cristo 1037. No fué tan general el placer de admitir el nuevo rey, que no hubiesen quedado algunos descontentos, acordándose de que entraba á gobernar la misma mano que habia dado muerte, aunque en batalla campal, al último rey de la descendencia varonil de los de Leon, y aumentándose el desconsuelo ó la ira, á proporcion del mayor número de los que desde luego no miraban con benignos ojos un rey estranjero; pero debió de contener mucho la presencia y afabilidad de doña Sancha, que era la esperanza y el apoyo del reino: y así don Fernando, con este auxilio, y la industria de visitar las principales ciudades y monasterios, y dejándolos contentos con beneficios, fué poco á poco ganándose la voluntad de todos. Asegurada ya la obediencia y amor de sus vasallos, puso toda su atencion en recobrar los dominios perdidos en las guerras pasadas de Almanzor, Abdelmelich y otros capitanes de los sarracenos, aprovechándose de la fama esparcida entre los mahometanos del gran poder de que se hallaba reforzado, siendo señor de tan ricos estados, y del espíritu guerrero que habian visto en las ocurrencias pasadas combatiendo con don Bermudo, y sujetando á los leoneses descontentos. Así en el año de 1044 juntó el rey sus numerosas huestes, y entrándose en Portugal, tomó el castillo de Jena y taló sus contornos, sitió á Viseo, y la obligó á que se entregase á pesar de su resistencia: aun se añade, que viviendo todavía el ballestero que asestó el tiro con que dió muerte á don Alfonso V, le hizo quitar la vida con varios tormentos, satisfaciendo así el dolor de la desgraciada muerte de un rey tan grande. Pasó adelante rindiendo á Lamego, el castillo de San Justo sobre el rio Malva, y la fortaleza de Taruca, y dejando en estas plazas buenas guarniciones, volvió á Leon victorioso y rico de despojos y prisioneros. Restaba al rey tomar la mas fuerte plaza, que era la de Coimbra, ya mas fortificada por el cuidado de Benavet, rey moro de Sevilla, á cuyo dominio estaba sujeta; y en el siguiente año, habiendo implorado la proteccion del apóstol Santiago, y visitado su templo, se armó de nuevo con escogida gente, y volvió á Portugal á poner sitio á aquella fortaleza. Resistieron porfiadamente los mahometanos; pero apretando el sitio por hambre, y batiendo sus murallas con los ingenios, logró que pidiesen capitulaciones, reducidas á salir libres sus habitantes. Dió el gobierno de esta plaza á un caballero llamado Sisnando, el cual se cree fué aquel que huyó de don Bermudo III al rey de Sevilla, y que en esta ocasion se habia pasado entre los suyos al servicio de don Fernando, señalándose en muchas acciones de espíritu y valor. En tanto que el rey don Fernando I estaba ocupado en las guerras de Portugal, no se descuidaban los mahometanos sujetos al rey de Zaragoza, y á Almenon, rey de Toledo, en hacer algunas hostilidades por las fronteras de Castilla, por la cual tuvo que volver las armas á la defensa de aquella parte del reino, y al castigo de la insolencia alarbe. Rindió á Gormaz, Aguilera, Berlanga, Güermos, Vado de Rey; demolió las atalayas del monte Parrantagon, y los lugares adyacentes á Valdecorreja, dejando bien asegurados los confines de Aragon. En el año siguiente prosiguió la empresa, y pasando los montes de

Guadarrama, tomó á Talamanca, taló y destruyó todos los lugares, haciendas y ganados hasta Alcalá; puso sitio á esta fortaleza, á donde por mas segura se habian retirado los que huian del ímpetu de don Fernando: apretó el cerco combatiendo las murallas con las máquinas; y esforzando sus habitadores la defensa, dieron aviso al rey de Toledo, Almenon, el cual, viendo que no tenian fuerzas para hacer frente á don Fernando, y que vencida esta plaza, corria peligro su misma corte, vino á su presencia á tratar de paces, y tributarle párias. Bien conoció el rey su fingida fe, pero por entonces, recibidos los espléndidos regalos que le presentó, le dejo en paz, y se volvió á tierra de Campos. Habiendo dejado así castigada la insolencia de los infieles, y asegurado los confines de sus dominios, se dedicó á restaurar la disciplina eclesiástica, así secular, como monacal, y otros puntos de la liturgia, buena servidumbre de las iglesias, reforma de vida clerical, y administracion de la recta justicia en sus pueblos; celebrando concilio y Cortes en Coyanca (hoy Valencia de don Juan), á que concurrieron los obispos de Oviedo, Leon, Astorga, Palencia, Viseo, Calahorra, Pamplona, Lugo y Santiago, con el rey, la reina, varios abades y grandes. En ellas, en cuanto al primer punto, se estableció, que en los monasterios de ambos sexos se siguiese la regla de San Benito, y estuviesen sujetos á los obispos; que ninguna iglesia ni clérigo estuviese sujeto á la jurisdiccion secular, sino á la de sus obispos; que tuviesen buenos ornamentos, no vistiesen á lo secular, ni llevasen armas, ni tuviesen en su casa mujeres que no fuesen madre, hermana, tia ó madrastra; que enseñasen la doctrina cristiana á los fieles y muchachos, y llamasen á penitencia á los pecadores escandalosos: que se celebrasen las órdenes en las cuatro témporas, y los ordenandos fuesen bien instruidos en el rezo y cántico de la iglesia; que los clérigos no fuesen á las bodas y mortuorios por solo comer, sino para bendecir la mesa y orar por los difuntos, y asistiesen algunos pobres ó enfermos para el bien de sus almas; y en fin, que todos los cristianos ayunasen los viernes, y asistiesen el sábado á vísperas, y el domingo á misa y á los divinos oficios; que no trabajasen ó hiciesen viaje sino en los casos conformes al Evangelio y espíritu de la Iglesia, ni habitasen ó comiesen con los judíos, bajo la pena en esto último, á los nobles de alguna penitencia, y á los plebeyos de cien azotes, segun su renitencia. En cuanto al gobierno civil, se determinó, que los condes y merinos del rey no oprimiesen á los pueblos, sino que los juzgasen conforme á derecho. Se confirmaron los fueros de don Alfonso V á los leoneses, asturianos, gallegos y portugueses conquistados, y á los de Castilla los del conde don Sancho; y en los demas se mandó que se hiciese justicia por el Fuero Juzgo, con declaracion de algunos puntos sobre la prueba de testigos, bienes de la Iglesia, poseedores de hacienda agena en litigio de propiedad, sobre el derecho de asilo, etc. El rey don García, su hermano, habia dado las disposiciones convenientes para edificar en Nájera la iglesia y monasterio de Santa María; dotándola de copiosas rentas, y adornándola de muchas reliquias de Santos; y determinando celebrar su dedicacion en el año de 1052, convidó á sus hermanos los reyes don Fernando de Castilla y don Ramiro de Aragon, y á su cuñado don Ramon, conde de Barcelona, con muchos prelados y grandes de la comitiva de estos príncipes, haciéndose muchos regocijos y fiestas. De esta concurrencia parece no resultaron buenas consecuencias entre los dos hermanos don García y don Fernando: los historiadores antiguos y cercanos á estos tiempos, dicen, que la causa de ir don Fernando á Nájera, fué por visitar á su hermano, que estaba enfermo, y que este, envidiando el poder y prosperidad del don Fernando, intentó pren-

derle: que sabida la traicion, se libró con astucia, y que despues, habiendo enfermado tambien don Fernando, y pasado á verle don García, quedó este preso en el castillo de Cea, de donde, con ayuda de los suyos, se huyó, y que desde entonces empezó á hacer varias hostilidades en los confines de Castilla, por cuyo motivo vinieron pronto á las manos. Lo que parece cierto, y observa el padre Moret, es, que cuando don Fernando fué á ver á don García, ya hacia un año que estaba bueno; y que la causa de hallarse allí en el año de 1052, fué la celebridad referida: que tres caballeros hermanos, de la corte de don García, llamados don García, don Fortuño y don Aznar, del apellido Sanchez, ofendidos del rey, se pasaron á Castilla, y que solicitaron de don Fernando la venganza de sus ofensas. El caso (sea cual fuere la causa) tomó tal cuerpo, que se aplazó el campo de batalla el año de 1054 en el valle de Atapuerca. Juntó don García sus tropas, y aumentando su ejército con algunos pelotones auxiliares, con que le sirvieron los reyes moros de Tudela y Zaragoza, que siendo tributarios alternativamente, ya de don Ramiro de Aragon, ya de don García, ya de don Fernando, esta vez fueron del bando del navarro, se encaminó al lugar destinado al duelo. Don Fernando congregó igualmente sus gentes de armas de todas sus provincias, y en especial un lucido escuadron de caballeros leoneses, entre los cuales venian los hermanos fugitivos, que al tiempo de avistarse ambos ejércitos, se dirigieron á ocupar la espalda de un monte vecino al sitio del acampamento. Luego que asentaron sus reales, pasaron muchos oficios entre los dos reyes, mediando por una parte y otra muchos caballeros é insignes prelados, entre ellos el abad de Oña, don Iñigo, y el de Silos, don Domingo, varones santos y de virtud conocida, á fin de que se terminasen amigablemente sus quejas, y no con sangre vertida de las venas de los hermanos. Era don Fernando de apacible y suave corazon; pero don García, de genio pronto y ánimo exaltado, varon fuerte y confiado en su valor, y no quiso darse á partido. Don Fernando, que no era menos alentado y aguerrido, viendo su obstinacion, dió órden de entrar en batalla: acometieron con algazara uno y otro ejército, arrojando multitud de dardos de una y otra parte; vinieron al trance de la espada, y cuando mas encarnizados estaban unos y otros en el combate, rompió por medio de la emboscada el escuadron de leoneses, hasta llegar á encontrar á don García, y uno de los hermanos coligados, llamado don Fortuño Sanchez, le atravesó con su lanza, sin que le pudiese librar el haberse puesto de por medio su ayo, llamado tambien don Fortuño Sanchez, que quiso antes dejar traspasar su pecho, que el de su querido rey y alumno don García. Con esta desgracia volvieron las espaldas los navarros, suspendió don Fernando su persecucion, y solo cargó sobre los moros auxiliares, haciendo en ellos mucha matanza, hasta ahuyentarlos del todo, y viendo que ya no le resistian, aunque aclamaron por rey en el mismo campo á don Sancho, hijo de don García, se volvió á Leon victorioso, bien que sentido, por ser el triunfo de su propia sangre. Doña Sancha, la reina, veia propenso el ánimo del rey á elegir sepultura en su muerte, ó en el monasterio de Oña, ó en el de San Pedro de Arlanza; y así le instó á que dispusiese sepultarse en Leon entre los demas reyes; y para mas inclinarle, consiguió primeramente que el cuerpo de su padre don Sancho el Mayor fuese trasladado á la iglesia San Juan Bautista de Leon. Despues, á imitacion del templo que mandó fabricar y enriquecer en Nájera don García su hermano, donde fué sepultado, le instó á que reedificase la iglesia de Leon, labrándola de piedra, y la adornase con reliquias de algun cuerpo de santo. Condescendió á todo don Fernando; y estando ya acabándose la fábrica, halló

oportunidad de satisfacer su devocion en la guerra que movió contra el moro de Sevilla, Abenabet, en el año de 1063, en que juntando sus huestes, y encaminándose con ellas por la parte de Portugal, que tenia ganada hasta el rio Mondego y Coimbra, se entró por la Estremadura talando y destruyendo cuanto encontraba, de cuyo desastre amedrentado el moro, vino á pedirle paces. Llamó el rey don Fernando á sus generales á consejo de guerra, y entre las condiciones con que se las otorgaron, fué una la de que le diese los cuerpos que se hallaban sepultados en Sevilla de las santas mártires Justa y Rufina. Prometiólo hacer así el príncipe moro, y don Fernando suspendió las hostilidades: volvió á su corte, y dispuso fuesen á buscar aquellas reliquias los obispos don Alviro de Leon y don Ordoño de Astorga, acompañados de tres condes principales del reino, los cuales, no habiendo podido averiguar el sitio de su sepultura, hallaron el cuerpo de San Isidoro, que siendo traido á Leon, fué colocado con mucha solemnidad en la iglesia de San Juan (que despues se llamó de San Isidoro), el dia 21 de diciembre de aquel año. Dos años despues aumentó el relicario de la misma iglesia con el cuerpo de San Vicente mártir, el de Palencia con el de Santa Sabina, y el del monasterio de San Pedro de Arlanza con el de Santa Cristeta, á cuyas iglesias mandó trasladarlos desde Avila. Habia dado á don Fernando la reina doña Sancha cinco hijos desde su feliz union, á doña Urraca, que llevó ya nacida á su coronacion en Leon, á don Sancho, doña Elvira, don Alfonso y don García; habíales procurado desde su tierna edad singular educacion, haciendo que los varones se instruyeran en la religion y en las letras, porque él las entendia muy bien, y ya crecidos que se endureciesen en los ejercicios corporales, que son viva imágen de la milicia, como montar á caballo, manejar las armas y fatigar las fieras en la caza, para que desde allí supiesen emplear estas artes cuando fuesen menester contra el enemigo. A las hijas habia hecho instruir en todas las labores mujeriles, y en aquellas virtudes cristianas y políticas propias de su sexo y del carácter real de sus personas. Amábalos tiernamente; y hallándose en edad avanzada, lleno de triunfos y de prósperos sucesos, determinó pasar el resto de su vida en tranquilo sosiego y obras de piedad; y habiendo juntado á varios prelados y grandes de su reino, de comun aprobacion y consentimiento, repartió entre sus hijos sus estados. A don Sancho, primer varon, dió los dominios de Castilla; á don Alfonso, que mas amaba, la tierra de Campos, Leon y Asturias; á don García la Galicia con los territorios conquistados de Portugal; á la hermosa doña Urraca la ciudad de Zamora; á doña Elvira la de Toro, y á ambas los patronatos de todos los monasterios de monjas, disponiendo que los varones gobernasen desde luego como reyes los estados repartidos. No disfrutó mucho de la quietud apetecida, porque en el año de 1065, los reyes moros de Toledo y Zaragoza, ó pensando que ya anciano y divididos sus reinos no debian pagarle los tributos otras veces concertados, ó no teniéndole aquel temor que se los hizo pactar, podian resistirse á no cumplir su trato, le dieron motivo á que pasase armado á aquellos reinos á castigarles su deslealtad. Corrió todas sus tierras talando y abrasando sus campos, y saqueando todos sus pueblos hasta Valencia, la que hubiera conquistado, si una grave enfermedad que le hizo detener el ímpetu de su carrera, no le hubiese obligado á retirarse á Leon. Entró en su corte á 15 de diciembre de aquel año, bastante agravado de su dolencia, y segun sus fuerzas le ayudaban, iba á orar delante de los cuerpos de San Isidoro y San Vicente mártir, á la iglesia de San Juan; y pasando los siguientes dias en ejercicios de cristiano, y preparacion á una penitente muerte, entregó su espíritu al Señor el dia 27 del mismo

mes, dia de San Juan Evangelista, era 1103, año de Cristo 1065, á los veintiocho años de su reinado, y mas de sesenta y seis de edad. Fué sepultado con sus mayores en la iglesia de San Juan, que reedificó.

FERNANDO II (don), vigésimo sétimo rey de Leon; murió en el año de Cristo 1188. Seguian los Laras contra los Castros con sus hostilidades, ya buscándose en campo abierto, ya tomando aquellos á Toledo; que al principio estuvo en poder de don Pedro Fernandez de Castro, y despues en el de su hijo don Fernando Ruiz, por haberle dado aquella tenencia el rey don Fernando de Leon, cuando se armó para apaciguarlos; de lo cual resultó haberse juntado Cortes en Soria en el año 1163, en donde se procuró cortar el vuelo á la discordia entre los dos partidos: se asentaron amigables paces entre los reyes tio y sobrino, y se dieron convenientes disposiciones para reprimir las hostilidades que hacian los moros, para lo cual se hizo donacion de la villa de Ucles á los caballeros templarios, que habian abandonado la de Calatrava. El rey don Fernando, viendo ya mas bien arregladas las cosas de Castilla, y habiendo puesto el correspondiente cuidado en fortalecer y poblar varios lugares de su reino, como Mansilla, Coyanca, Mayorga, Villalpando, Benavente, Ledesma y Ciudad Rodrigo (llamada así por el caballero don Rodrigo que la pobló): trató de casarse con la infanta de Portugal doña Urraca, llamada *Alfonso*, por ser hija del rey don Alfonso Henriquez, y se efectuó el matrimonio, ó á fines del año de 1164 ó á principios de 1165. Sin embargo de los esfuerzos que ponia el rey don Fernando en sosegar á los Castros y Laras, resucitaban de cuando en cuando sus discordias con tanta viveza, que en uno de los varios reencuentros que tuvieron murió el conde don Manrique de Lara, y pasando el cargo de la crianza del tierno rey don Alfonso VIII al conde don Nuño de Lara, hermano de aquel, fué creciendo de tal modo el partido, que el rey don Fernando de Leon, y el de Navarra don Sancho, tuvieron que hacer alianza para precaverse de su poder y de sus intentos. El jóven rey salia ya á animar con su presencia las pretensiones de los Laras, de quitar á los Castros las tenencias de los castillos; y así en el año de 1166 logró entrar en Toledo, en donde fué aclamado universalmente por los ciudadanos. Don Fernando de Castro, sobrecogido de esta novedad, huyó desesperado á los moros: al contrario Aben Lope, rey moro de Valencia, que habia jurado vasallaje al emperador don Alfonso VII, vino á ofrecerse á su obediencia, y á implorar su patrocinio contra los almohades, con quienes tenia guerra. Poco tiempo despues habia ya llegado el jóven rey de Castilla á la edad de poder celebrar matrimonio, y lo ejecutó con doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, y de doña Leonor, duquesa de Aquitania, en el año de 1170. Desde entonces tomaron las cosas un aspecto poco favorable á la paz de los príncipes cristianos de España: el rey de Castilla, unido con el de Aragon, movia guerra al navarro, para quitarle las plazas que cada uno de los tres queria tener en su dominio. Don Alfonso Henriquez, de Portugal, se entraba en los dominios de Galicia, sujetos al rey don Fernando II de Leon. Los mahometanos, aprovechándose de las circunstancias, invadian los términos, ya de Aragon, ya de Castilla, ya de Portugal; y unos y otros los cristianos tenian que suspender las intestinas hostilidades para defenderse de las esternas invasiones. No por eso dejaban de acudir á los intereses propios y comunes, celebrando alianzas y matrimonios recíprocos. Don Alfonso de Aragon, en el año de 1174, casó con doña Sancha, hija del emperador don Alfonso VII, y de doña Rica; don Sancho, infante de Portugal, casó con doña Dulce, hermana del rey de Ara-

gon, pero atribúyese al cardenal Jacinto (que se hallaba entonces en España, legado por Alejandro III) la separacion del matrimonio, por causa de parentesco en tercer grado, que hizo el rey don Fernando de Leon, dejando á su esposa doña Urraca, con cuyo motivo hizo nuevas bodas con doña Teresa, hija del conde don Nuño de Lara y doña Teresa Fernandez de Traba. Doña Urraca se retiró al monasterio hospitalario de la religion de San Juan, dejando un hijo de edad de cuatro años, que despues se llamó don Alfonso IX de Leon. El rey de Castilla don Alfonso VIII llegó á conocer cuánto mayor fruto sacaria de convenirse con el rey de Navarra, sobre lás pretensiones que tenia de las tierras de uno y otro dominio, para emplear mejor su gente y armas contra los mahometanos; y así suspendiendo las hostilidades, mientras se hacian recíprocas entregas, dirigió su ejército á la toma de Cuenca, ocupada entonces por los moros. Vino en su socorro el rey don Alfonso de Aragon, y de tal manera apretaron el sitio, que al fin rindió la plaza con la capitulacion de sálir libres los sitiados, lo cual sucedió en 21 de setiembre del año 1177. Entró en ella; purificó la mezquita, dejó lá plaza con buena guarnicion, despidió al rey de Aragon, eximiéndole del homenaje que tenia sobre Zaragoza y otras ciudades de Aragon; y este de paso se entró por Valencia é hizo muchos daños á los moros. Victorioso y contento se retiraba el rey de Castilla, cuando halló que el de Leon, dón Fernando, le habia ocupado á Castrojeriz y Dueñas; pero parece que se ajustaron luego sin muchos debates, acaso porque tambien tuvo el de Leon que hacer paces con el de Portugal, que todavía persistia en invadirle sus estados, y no se hallaria con bastántes fuerzas para acudir á todas partes. En el año de 1179 murió la reina de Navarra doña Sancha, hija del emperador don Alfonso VII, que fué sepultada en Pamplona. Asimismo murió en Asturias otra hija de don Alfonso emperador, llamada doña Urraca *la Asturiana*, viuda que era del rey de Navarra, don García Ramirez. En el año siguiente falleció en Leon la reina doña Teresa de Lara, esposa de don Fernando de Leon, y fué sepultada en la iglesia de San Isidoro, como tambien una hermana del mismo rey, hija del emperador don Alfonso, habida fuera de matrimonio, llamada doña Estefanía, que habia casado con don Fernando Ruiz de Castro. Poco tiempo despues casó el rey don Fernando II, en terceras nupcias, con doña Urraca Lopez de Haro, hija del conde don Lope Diaz, señor de Vizcaya. La reina de Castilla ya habia dado á luz dos hijos, á doña Berenguela, nacida en el año de 1171, y á don Sancho, nacido en el año 1181. Don Alfonso VIII repetia las jornadas contra los moros, con felicidad; y en una de ellas le ganó Alarcon, con cuyo motivo, agregándola á Cuenca, erigió esta en silla episcopal. El rey de Leon don Fernando, acometia tambien á los enemigos por la parte de Estremadura, y les tomó á Cáceres; pero irritados los moros, pidieron socorro á Juceph, rey de Marruecos, quien pasando á España con un numeroso ejército, puso en cuidado á Portugal y á Leon. Coligáronse estos para la resistencia, yendo cada uno con sus tropas á la frontera; el enemigo habia rendido ya á Santaren, pero llegando las huestes de Leon, Galicia y Portugal, obligaron á Juceph á retirarse á Alcubaz con grande pérdida de los suyos; siguieron los cristianos el alcance, se resistió obstinadamente Juceph, y para causar mas terror á sus enemigos, degolló mas de diez mil mujeres y niños, que habia hecho cautivos. Enardeció mas esta crueldad á los dos reyes, apresuráronse para darle una batalla, en que dejasen vengada semejante atrocidad; y sin duda le hubieran arruinado, si los mahometanos no hubieran huido, atemorizados de la muerte repentina de su caudillo Juceph, con lo que se retiraron ambos reyes victoriosos, sin

pelear, y cargados de ricos despojos y bagajes que habian dejado los enemigos en el campo, año de 1184. El rey de Castilla, que habia descansado un poco en esta ocasion, volvió á juntar su gente para seguir sus conquistas, ya mas seguras con las rotas anteriores. Dirigió su ejército por la parte mas flaca, que era la Estremadura, tomó á Trugillo y Medellin sin resistencia, pero habiendo reforzado sus tropas los moros de Andalucía, vinieron á encontrarle junto á Sotillo, en donde trabándose una batalla, sacó el moro el mejor partido, y el rey don Alfonso VIII se vió obligado á retirarse para alistar nuevo ejército. Hizo dos jornadas en los dos años siguientes: en la primera rindió á Iniesta, y en la segunda á Reina. Entre tanto habian cesado las hostilidades de Portugal, por haber muerto el rey don Alfonso Henriquez en 6 de diciembre de 1185, que fué sepultado en el monasterio de Santa Cruz de Coimbra. El rey de Leon se hallaba débil de una enfermedad, que le habia acometido en Benavente, de vuelta de haber visitado la iglesia de Santiago, y agravándose sus achaques, murió en 21 de enero de 1188, era 1126, á los treinta y un años de su reinado; y fué llevado á sepultar á la catedral de Santiago, junto á su madre la emperatriz doña Berenguela, y su abuelo el conde don Ramon. Dejó el rey don Fernando un hijo de la primera mujer doña Urraca, llamado don Alfonso, que le sucedió de edad de 16 años; y de la tercera mujer doña Urraca de Haro, que le sobrevivió, quedaron dos, llamados Sancho y García.

FERNANDO III (don), primer rey de Castilla y Leon: entró á reinar en el año de Cristo de 1217, y murió en el de 1252. El rey don Fernando III, dadas las disposiciones correspondientes para el gobierno interior del reino, partió de Córdoba á donde habia venido para aquel efecto, y volvió á animar el cerco de Sevilla. Trajo nuevo refuerzo de tropas cristianas; el rey moro de Granada auxilió con las suyas; mandó á un caballero frances, llamado don Ramon Bonifaz, avecindado en Castilla, que con sus naves armadas sostuviese sus salidas, y cortase los socorros que viniesen de Africa al rey de Sevilla, que los habia enviado á pedir, favorecido de la oportunidad que le ofrecia la duracion del asedio en sus cercanías. El dia 20 de agosto de 1247, despues de haber rendido algunos lugares y ahuyentado con su presencia muchos habitantes de ellos, llegó el rey don Fernando III á los campos de Tablada: asentó allí sus reales por toda la ribera del Guadalquivir, que don Ramon Bonifaz habia con sus naves desembarazado. Al maestre don Pelayo Perez, tocó á la otra parte del rio oponerse á los auxilios que enviasen los moros de Niebla y Algarve, ínterin venia el sábio infante don Alfonso, que se habia detenido en Murcia á dar disposiciones de gobierno. Llegó al fin este, y empezóse á apretar el sitio; hubo mucha resistencia, salidas, escaramuzas, muertes. La ciudad estaba bastante bien proveida y guardada: era menester cortar todas las esperanzas de socorro y defensa. Don Ramon Bonifaz rompió con sus naves el puente de barcas que daba paso de Triana á Sevilla, y tenian libre los moros; á cuya novedad, y á la de la rendicion de Carmona que se entregó por entonces, conmovido el rey moro de Sevilla pidió tratados de paz. A ninguna condicion dió oidos el rey don Fernando, sino á la de entregar la ciudad. Viéndose el moro en tan gran conflicto se rindió, y solo pudo conseguir el que saliesen libres las personas. Cien mil habitantes se dice que desocuparon aquella ciudad, bien que otros añaden mas de trescientos mil, sin las familias que quedaron allí establecidas: todo puede ser verdad si se atiende á la poblacion del reino de Sevilla, que transmigró ya á los moros vecinos, ya á el Africa. El rey don Fernando entró triunfante en ella el dia 22 de noviembre del año de 1248,

despues de un largo y penoso asedio. El arzobispo de Toledo don Getierre, que habia sucedido en la silla por muerte de don Rodrigo Jimenez de Rada, purificó la mezquita y la consagró en la iglesia mayor, en donde el rey don Fernando, con toda la comitiva de su esposa, los infantes, caballeros y ricos hombres, dió gracias al Señor por tan grande beneficio. Por espacio de un año se detuvo allí el rey dando las disposiciones para poblar aquella ciudad, repartir sus haciendas, dar fueros y hacer otras cosas pertenecientes al buen gobierno de ella. En el año siguiente emprendió la conquista de Jerez; ganó á Medina Sidonia, Bejer, Aznalfaraché, Alpechin. Un paso mas hubiera adelantado tanto la reconquista de España, que con él se hubiera arrojado toda la morisma, ó reducido la restante á la mayor sujecion, ó acaso al cristianismo. Pero Dios dejaba esta gloria á sus descendientes, y cortando el curso á su santa vida, quiso premiar sus virtudes con inmortal corona. El mal de hidropesía con que habia probado su fortaleza, se fué agravando de tal manera que le causó la muerte. Recibióla en Sevilla con mucha resignacion de mano del Señor, disponiéndose fervorosamente á recibir los sacramentos y su gracia, y con ella y con la mayor tranquilidad entregó su espíritu al Señor en medio de su esposa, hijos, deudos, prelados y personas principales del reino, dejando con su edificacion un ejemplar de un santo rey, de un héroe cristiano. Fuera muy desigual el diseño moral que intentásemos hacer de este santo rey, y quedarian muy cortas é inferiores nuestras alabanzas; una sola es suficiente, y es haberse hecho digno de ser despues colocado en los altares, en el año de 1671, por el papa Clemente X, á peticion de nuestros reyes, y de todo el reino. Trasladarémos, no obstante, el epitafio de su sepulcro que se halla en la iglesia mayor de Sevilla, puesto en cuatro lenguas, hebrea, árabe, latina y castellana, por mandado de su hijo don Alfonso el Sábio, y que abraza con mucha concision, aunque con sencillez propia de la antigüedad y la verdad, el elogio de las virtudes que en él sobresalieron. Esto dice el castellano: «Aquí yace el rey muy ondrado don Ferrando; Señor de Castiella, é de Toledo, de Leon, de Gallicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, et de Jahen, el que conquisó toda España (1), el mas leal, é el mas verdadero, é el mas franc, é el mas esforzado, é el mas apuesto, é el mas granado, é el mas sofrido, é el mas omildoso, é el mas que temie á Dios, é el que mas le fazia servicio, é el que quebrantó é destruyó á todos sus enemigos, é el que alzó é ondró á todos sus amigos; é conquisó la cibdat de Sevilla, que es cabeza de toda España, é passos'hi en el postremero dia de mayo en la era de mil docientos et novaenta anyos (2).» Esto es, año de Cristo de 1252. Diez hijos tuvo el rey don Fernando III de su primera esposa la reina doña Beatriz, como se ha dicho. De su segunda esposa la reina doña Juana, quedaron tres, don Fernando, doña Leonor y don Luis. Sucedióle en el reino su hijo primogénito, y de la reina doña Beatriz, don Alfonso (el Sábio); á quien dejó recomendados todos sus hijos, al hermano don Alfonso de Molina, á la reina doña Juana, á los ricos-hombres, caballeros y consejos de su reino, con cargo de

(1) Esto es, la Andalucía.

(2) Aunque hemos visto este epitafio castellano, trasladado por Lupian de Zapata, y por don Diego Ortiz de Zúñiga en sus anales de Sevilla, con poca variacion en la ortografía y en las palabras, hemos copiado el del Padre Florez, llenando las abreviaturas, y añadiendo la puntuacion, para facilitar el sentido, que es el intento que nos hemos propuesto. El que quiera ver la exactitud de este epitafio, y los que de igual sentido corresponden en arábigo, hebreo y latino, consulte al mismo Padre Florez en un opúsculo que á propósito publicó, intitulado: *Elogios del Santo rey don Fernando, etc.* Impreso en Madrid por Antonio Marin, año de 1754, en cuarto mayor.

que les hiciese muchas mercedes y honras, y advirtiéndole de que habia quedado rico de buenos vasallos, abundantes tierras y poderoso reino.

FERNANDO IV *el Emplazado* (don), cuarto rey de Castilla y Leon: entró á reinar en el año de Cristo 1295, y murió en el de 1312. A los dos dias de la muerte del rey don Sancho IV, aclamó y juró la ciudad de Toledo á don Fernando IV su hijo, jóven tan tierno, que no habia cumplido todavía diez años de edad, y habia quedado por disposicion de su padre bajo de la tutela de su madre la reina doña María. Mas no fué universal en todo el reino esta aclamacion. El infante don Juan, hermano del rey don Sancho IV, vino de Granada pretendiendo el reino, con pretesto de que le tocaba á él, porque don Fernando su sobrino no estaba legitimado por disposicion del papa, que aun no habia condescendido á aprobar el matrimonio entre don Sancho IV y doña María, parientes cercanos. El infante don Enrique, el que se llamó *Senador* por haberlo sido en Roma, de donde él antes habia venido, tio tambien del jóven rey, pretendia la tutoría con preferencia á la de la reina, ó á lo menos con igualdad. Don Diego Lopez de Haro venia de Aragon haciendo daños por Castilla, queriendo recobrar la Vizcaya, que en su destierro habia ocupado el rey don Sancho. El rey de Portugal don Dionis entraba por Leon inquietando á sus habitantes, queriendo ocupar ó recobrar á Serpa, Moura y otros lugares que el rey don Alfonso el Sabio habia donado á su madre la reina doña Beatriz. Todo era confusion y alboroto entre propios y estraños, unos por reinar, y otros por enriquecerse. En tanto apuro, la reina doña María procuró ajustar las cosas con el mayor agrado, aunque tuviese alguna pérdida. Encargó á los Laras defendiesen á Vizcaya; pero estos no la sirvieron bien, por haberse coligado con don Diego Lopez de Haro. Juntó Cortes en Valladolid, en las cuales se trataron estos puntos, y se resolvió que el infante don Enrique fuese tutor y curador de los reinos, y el rey quedase en poder de su madre. Ademas de eso, se convino en que en adelante no se echasen los reyes sobre los espolios de los prelados, y que no hubiese mas derechos de sisas; y satisfechas todas las pretensiones de los procuradores de los reinos, se aclamó y juró de nuevo el rey don Fernando IV. Al mismo tiempo entraba el rey moro de Granada por la frontera de una parte, y de la otra el infante don Juan hacia gente para tomar á Badajoz, y se coligaba con el rey de Portugal don Dionis; pero la buena diligencia de la reina doña María procuraba atajar todos estos daños, entregando en treguas al portugues lo que pedia, y ofreciendo al infante don Juan varias tierras por medio de su hermano el infante don Enrique: citó á ambos á vistas á Ciudad-Rodrigo, en donde se ajustaron paces y amistades. Partió de allí á Burgos, en donde trajo á la obediencia á los hermanos Laras, y á don Diego Lopez de Haro: el maestre de Calatrava, don Rodrigo Ponce, defendia entretanto la frontera contra el rey moro de Granada; pero aunque salió victorioso, quedó herido y murió poco despues. Duró poco la quietud, pues resucitando el rey de Francia la pretension de los Cerdas, coligándose con el rey don Jaime II de Aragon, y solicitando al infante don Juan, á don Juan Nuñez de Lara y otros descontentos, vinieron aquellos con tropas á Castilla, y estos conmovian los pueblos para conservar tan infame liga. De aquí resultó ser aclamado en Leon el infante don Juan, y en Sahagun don Alfonso de la Cerda por Castilla. Atacaba al mismo tiempo la frontera el moro de Granada, que defendia el infante don Enrique, y á Tarifa, que sostenia don Alfonso Perez de Guzman, de cuyo enemigo se libraron con dar treguas á los tratados que pedia. Por Murcia hacia daños y tomaba lugares el rey don Jaime de Aragon; pero pudieron con-

tenerle los que guardaban las plazas, y el infante don Manuel que tenia allí tierras. En Castilla y Leon esperimentaba doña María la mano de la suma Providencia, habiendo entrado en los ejércitos enemigos una epidemia que, dejando á muchos muertos, obligó á levantar el campo á los aragoneses y á no proseguir adelante al rey de Portugal, que venia en socorro del infante don Juan, el cual, con don Juan Nuñez, hizo suspension de hostilidades por algunos dias. Entre tanto no se descuidaba la reina en traer á su partido al rey de Portugal, negociando por medio de don Juan Fernandez de Limia, que defendia la frontera de Portugal, y don Juan Alonso de Alburquerque, que estaba al servicio del portugues; los cuales propusieron al rey don Dionis y á su esposa doña Isabel (llamada despues la Santa), que seria muy conveniente afianzar la paz y los intereses con el matrimonio de su hija doña Constanza con el jóven rey don Fernando. Comunicado esto á las personas interesadas no les desagradó, y se citaron á vistas en Alcañizas, á donde concurrieron la reina doña María y su hijo, con los reyes de Portugal, y se contrató que don Alfonso, primogénito de don Dionis, casase con la infanta doña Beatriz de Castilla, y el rey don Fernando con doña Constanza de Portugal, dando tiempo para pedir las dispensaciones al papa y legitimaciones del matrimonio de don Sancho IV y sus hijos, y que el jóven don Fernando tuviese edad competente, que andaba ya en los doce de su vida, año de Cristo de 1297. Quedaron entregadas las novias á las respectivas reinas, doña Constanza á doña María, y doña Beatriz á doña Isabel, y aplazadas varias villas y lugares para el dote y prendas. Por espacio de tres años siguientes no sosegaba un punto la reina, ya juntando tropas y pidiendo donativos á los pueblos, ya empleando sus joyas y alhajas para sostener una guerra dentro de su reino contra los principales vasallos, ya para defenderse de aragoneses y navarros, auxiliados por la Francia en favor de don Alfonso de la Cerda, ya del rey moro de Granada, que contínuamente talaba la frontera, ya en oponerse á los ocultos designios del infante don Enrique, que con el nombre de tutor era mas enemigo que padrino, hasta que al fin, casándose este con una hermana de don Juan Nuñez de Lara, á quien ya habian preso y vuelto á la devocion del rey, se aquietó un tanto su codicia, y el infante don Juan que veia descaecido su partido, dejó el título de rey de Leon y se vino á la obediencia de don Fernando á las Cortes de Valladolid, donde se le tomó juramento de fidelidad en el año 1301. Ya, mas reunidos los ánimos, empezó la reina á disponer gente y víveres para resistir al aragones, que no dejaba de hacer daños en Castilla, y particularmente en Murcia, cuyo reino era el blanco de los deseos del rey don Jaime II para agregarlo á su corona. Valióse tambien la reina con astuta política del medio de atraer á su partido á los que en Aragon se hallaban descontentos en aquella sazon con su rey, y habiendo este conocido por una parte sus secretas inteligencias, y visto por otra el ejército que avanzaba hácia Murcia, quiso tratar de composicion con la reina, ó á lo menos desistió de sus hostilidades. Ocho años llevaba ya la reina doña María de trabajos, guerras é inquietudes por causa de hacer respetar á su hijo y su gobierno: ya no podian menos de verse los efectos de tan enormes desarreglos; escasez, hambre, mortandad, fueron sus resultas en el año de 1302, de tal suerte, que murió la cuarta parte de los habitantes del reino. Tambien era consiguiente el desórden en las costumbres de ambos estados secular y eclesiástico, siendo buen testigo de esto el sínodo ó concilio provincial que juntó en Peñafiel el arzobispo de Toledo don Gonzalo Diaz Palomeque con sus obispos sufragáneos en el mismo año, en el cual se establecieron varios puntos sobre la vida, costumbres y obligacio-

nes de los clérigos, sobre la inmunidad de las personas eclesiásticas y sus bienes, la paga de diezmos á las iglesias, la usurpacion de sus bienes por seculares, y otras cosas pertenecientes á la liturgia y disciplina. Don Juan Nuñez de Lara y el infante don Juan tuvieron modo para hacerse dueños del jóven rey en una ocasion que salia á caza, y estaba ausente su madre en Vitoria ajustando ciertas pretensiones de la Francia. Apenas tuvo esta noticia la reina, llena de dolor, se volvió á Valladolid con el infante don Enrique y don Diego Lopez, que recelaban muchos males contra sus intereses. Por otra parte, el rey de Portugal don Dionis veia la ocasion en que, teniendo al rey apartado de su madre, coligándose con el infante don Juan, podia hacer que se juntasen los novios, sin que entregase al rey las plazas usurpadas. Así sucedió: convinieron los que se apoderaron del rey que no se tratase de otra cosa que de celebrar en Valladolid, donde ya estaba la reina madre, el matrimonio de la reina doña Constanza (1) con el rey don Fernando IV á principios del año 1303. Celebradas las bodas, llamó á Cortes en la misma ciudad el rey, de consejo del infante don Juan y don Juan Nuñez, y echando de ver los diputados y concejos que no convocaba á la reina madre, se detenian en asistir á ellas, y tuvo que escribirles para que cumpliesen las órdenes del rey; tanto era el amor que la tenian los vasallos, por la prudencia y sagacidad con que se habia manejado contra tanto enemigo en defensa de su hijo. Uno de los principales puntos que se trataron en estas Cortes, despues de varias calumnias contra el gobierno de la reina, fué que se la tomasen cuentas del empleo del dinero que en las Cortes anteriores habian ofrecido y donado los reinos para los gastos que habian ocurrido. La reina dió tales y tan buenas cuentas, que alcanzó á su hijo en dos millones de maravedis, que son seiscientos sesenta y seis mil seiscientos sesenta y seis y dos tercios de reales de plata de aquel tiempo, á tres maravedis cada uno; que por un cálculo prudencial corresponden al valor de la moneda de hoy á mas de tres millones de reales vellon: con lo cual hizo ver cuánto habia economizado los gastos, cuánto habia puesto de suyo, y cuán mal habian aconsejado al rey los que, apoderándose de él, lo apartaban de su madre para tenerla mas distante de conocer sus falsedades, y de los sanos consejos que pudiera darle. Siguieron los disturbios, separando de su madre el infante don Juan al rey, hasta firmar liga contra ella y el infante don Enrique. Muerto este en este mismo año calmaron un poco los temores, y dieron lugar á que en el año siguiente de 1304 se juntasen en Agreda y Tarazona con el rey de Aragon los reyes de Castilla y Portugal, de cuyas vistas resultó, que don Alfonso de la Cerda dejase el título y pretension de rey de Castilla, y se le señalaron algunos lugares esparcidos en Castilla y Andalucía. En los tres años siguientes, nunca faltaban disensiones entre el infante don Juan, don Juan Nuñez de Lara y don Diego Lopez de Haro, sobre poseer unos las tierras de otros. El rey don Fernando, que los queria en paz, no pudiendo conseguir nada, tomó las armas para hacerse obedecer, lo que no logró hasta que los enemigos buscaron la mediacion de la reina doña María. De sus ajustes se mostró agraviado don Juan Nuñez de Lara, y profiriendo varias espresiones injuriosas al rey, le mandó este salir de sus reinos; pero él se encerró en Tordehumos, abasteciéndose de víveres y armas. Armóse otra vez el rey para castigarle, y por traicion del infante don Juan, desamparándolo sus huestes, tuvo que conquistarle por medio del perdon, año de 1308. Examinábase en Roma

(1) Desde que se desposaron, antes de juntarse los reyes, ya se daba el nombre de reina á doña Constanza, como consta de un privilegio de los fueros de Cáceres, y de las escrituras que trae el padre Berganza.

por entonces la causa de los templarios; ya les habian ocupado los bienes en Francia; secuestrábanse sus bienes en Aragon, y lo mismo mandó el papa en Castilla. El maestre del Temple don Rodrigo Yañez, entregó los de Galicia al infante don Felipe, hermano del rey. Pretendiólos al punto el infante don Juan, y movió otra discordia; la cual se cortó, tomándolos el rey. Tanto disturbio no podia menos de causar remordimiento en los ánimos del infante don Juan y sus aliados: temieron las iras del rey, porque temian á sus consejeros y privados, que eran, ademas de la reina doña María y don Diego Lopez de Haro, don Sancho Sanchez de Velasco y don Diego Garcia de Toledo (1), contra estos últimos dirigieron sus tiros, y pretestando y esparciendo voces proferidas por el rey, de que les queria quitar la vida, se presentaban armados y pedian la remocion de aquellos que el rey tenia á su lado. Tuvo este rey la demasiada condescendencia de darles gusto. Compuestas así las cosas, se reunieron tambien los ánimos para recobrar del rey de Granada Mahomet-Aben-Alhamar los pueblos que habia tomado durante las discordias de Castilla, ó para ocuparle otros en recompensa. Juntó el rey Cortes en Valladolid, se le concedieron donativos para la guerra, se avistó con don Jaime II de Aragon, y convinieron que él sitiaria á Almería, mientras don Fernando atacaba á Algecira; pidiéronse al papa las gracias de las tercias, que se acostumbraban en semejantes casos, y nueva publicacion de cruzada; todo se concedió. El rey don Fernando llevó sus huestes á Algeciras, y puso un vigoroso cerco. Tenia esta plaza bien provista el rey de Granada, pero sobrando gente para el asedio, con poco que sacaron de él don Juan Nuñez de Lara, don Alfonso Perez de Guzman y el arzobispo de Sevilla tomaron á Gibraltar. El mismo don Alfonso Perez de Guzman, hizo otra entrada por las sierras de Gausin, hizo algunos destrozos, tomó algunos ganados, pero le alcanzó una saeta, que le hirió de muerte, acabando su vida á pocos dias en 19 de setiembre del año de 1309, pero no su fama, que siempre será eterna en los anales españoles. El sitio de Algecira era muy porfiado, pero el ejército español tenia contra sí las muchas lluvias que sobrevinieron, y con ellas la escasez de víveres, y las enfermedades. No hubiera levantado el sitio don Fernando, si con motivo de la muerte de don Diego Lopez de Haro, no se hubiera despedido el infante don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel, y el infante don Juan, que llevaba en su corazon el ansia de ocupar los lugares que don Diego Lopez dejaba en Vizcaya. A cuya sazon, pidiendo partido el rey moro de Granada, se admitieron los ajustes de volver los pueblos ocupados, pagar cierto tributo, y hacerse vasallo del rey perdiendo tambien el castillo de Tempul, que habia rendido el infante don Pedro, hermano del rey. Sabido este suceso por el rey don Jaime, hizo tambien paces con Mahomet-Aben-Alhamar, las cuales costaron bien caras á este rey moro, porque levantándosele la gente, eligieron por rey á Mahomet-Nazer-Aben-Lemin, que hizo quitarle la vida en la cárcel de Granada, año de 1310. Muerto don Diego Lopez de Haro, sucedió en la privanza del rey don Juan Nuñez de Lara, á quien al tiempo de ir á Burgos á celebrar las bodas de su hermana doña Isabel con el duque de Bretaña, comunicó que determinaba deshacerse de su tio el infante don Juan para estar con menos inquietud en su reino. O sea que se divulgase este secreto, ó sea que el infante don Juan viese señales, con que se acrecentasen mas las sospechas que tenia, cuando este llegó á Burgos no quiso entrar dentro de la ciudad, hasta que le dió seguridad la reina; pero sabiendo esta que el rey queria ocultamente llevar adelante su determinacion, dió aviso al infante,

(1) El primero era ayo ó amo del rey, y el segundo mayordomo de la reina doña Constanza.

que salió á toda priesa de la ciudad. El rey fué en su seguimiento; pero el infante, poniéndose en seguro, juntaba parciales contra él. Ocurrió el rey al papa para que vibrase contra él las censuras, si no se apartaba de sus alborotos, y dejaba la gente libre para proseguir la guerra contra los sarracenos. Por este tiempo habia tambien el papa encargado el exámen de la causa de los templarios, á los arzobispos de Santiago, Toledo y Sevilla, y á los obispos de Palencia y Lisboa. Hecha la pesquisa se tuvo en Salamanca un concilio provincial, en que se declararon inocentes los caballeros del Temple del reino de Castilla. Por espacio de un año impidieron la guerra meditada por don Fernando contra los moros las discordias del infante don Juan, que tan pronto se unia como se separaba del rey; mediando siempre para la concordia la reina doña María y habiendo tenido Cortes en Valladolid á principio del año de 1312, mandó aprestar gente y dinero para ir contra el moro de Granada. Iban las tropas al mando del infante don Pedro, hermano del rey; hizo algunas entradas por la parte de Jaen, pero aunque puso sitio á Alcaudete, no pudo tomar aquella plaza tan pronto como esperaba. Venia el rey á proseguir el sitio con refuerzo de gente, y se detuvo un poco en Mártos. Cuéntase que se hallaban allí dos caballeros hermanos, llamados los Carvajales, para defenderse en duelo de la causa que se les imputaba de la muerte de otro caballero, llamado don Juan Alfonso de Benavides, sucedida poco antes en Palencia. El rey don Fernando, sin aguardar á ventilar esta causa segun fuero ó duelo, les mandó quitar la vida; cuyo modo de proceder, pareciéndoles inícuo, los irritó tanto, que no quedándoles otro consuelo ni apelacion, le emplazaron al tribunal de Dios, y aun se añade, que dentro de treinta dias (1). Lo cierto es que pasando el rey á Alcaudete, y sintiéndose allí indispuesto, porque no gastaba muy buena salud, de resultas de una peligrosa enfermedad que habia padecido en el año antecedente, se retiró á Jaen, en donde echándose á dormir la siesta, quedó muerto en el sueño á los 27 años de su edad, el dia 7 de setiembre, treinta dias despues de haber salido de Mártos, año de 1312, quedándole por este accidente el nombre de don Fernando el *Emplazado*. El infante don Pedro, su hermano, que habia ganado á Alcaudete dos dias antes, y en aquel mismo dia habia tratado con el rey sobre otra espedicion á Málaga, procuró que se llevase á sepultar á Córdoba en la capilla mayor de la iglesia catedral. De su esposa la reina doña Constanza dejó dos hijos, á doña Leonor, de edad de 5 años, y á don Alfonso, que le sucedió, de un año.

FERNANDO V (don), llamado el *Católico*, rey de Aragon y las Dos Sicilias; empezó á reinar en 1474 y murió en 1516. A la muerte de Enrique IV, hallábase don Fernando en Aragon. Llegó á Turégano el dia 30 de diciembre de aquel año, donde aguardó dos dias para hacer su entrada en Segovia con el solemne aparato y pompa que se habia prevenido. El dia 2 de enero de 1475 salieron á recibirle á la puerta de la ciudad el cardenal de Mendoza, el arzobispo de Toledo y varios grandes con pálio; juró antes de entrar las leyes, y confirmó los privilegios; acompañáronle entre aclamaciones y aplau-

(1) Con esta sencillez, y con mas verosimilitud cuenta esta accion la crónica del rey don Alfonso el XI. Pero otras historias hacen mas portentoso el suceso, añadiendo unos que los hizo despeñar desde la peña de Mártos, otros que de las almenas del castillo, otros que no quiso oirles sus descargos, etc.; pero lo que resulta de todo es, que el rey estimaba mucho al caballero Benavides; que sintió mucho su asesinato, que retados los Carvajales á defenderse en duelo por la imputacion de la muerte, no quiso guardar el rey esas equívocas pruebas, y pronunció sentencia de muerte sin ellas; prescindiéndose aquí de si él lo sabia, ó solo lo creia, ó ellos no eran culpados.

sos hasta palacio, donde le recibió la reina doña Isabel, su augusta esposa, con sumo gozo. Confirmaron luego los principales empleos en los mismos que los tenian, escepto los del marques de Villena y otros grandes que no vinieron. Tratóse de quién de los dos reyes habia de tener las riendas del imperio, y se resolvió que ambos juntos firmasen los despachos, precediendo el nombre del rey, pero que la reina tuviese el cargo de las tenencias de las plazas y castillos, atento á que ya tenian una hija de un año, llamada Isabel, la cual podria ser algun dia sucesora y heredera de los reinos de sus padres. Despues de esto el arzobispo de Toledo empezó á tentar los ánimos de los nuevos reyes, pidiéndoles muchas gracias difíciles de conceder, á que se escusaron por entonces, dándole buenas esperanzas. Halló con esto el desengaño, y haciendo de la necesidad virtud, se retiró de la corte, pretestando que ya cansado de años y negocios, queria cuidar solo de su iglesia; pero fué para unirse con el marques de Villena y otros, y levantar gente en auxilio del portugues, que ya hacia otro tanto en sus dominios para entrar poderosamente en Castilla. Los nuevos reyes buscaron todos los medios posibles para aplacarlos y desviarlos de sus intentos, dándoles á entender que solo el interes era quien los habia animado primero para declarar por espuria, y despues por legítima á doña Juana, hija de don Enrique IV; y que pues ellos los habian colocado en el trono por aquella razon, era una contradiccion manifiesta obrar de aquel modo, ó con esto declaraban que sola la venganza y la ambicion animaban sus empresas. Ya estaban resueltos los contrarios, y así, fué preciso armar los reyes su brazo contra los rebeldes. Mandaron los reyes que todas las tropas concurriesen á Valladolid, para distribuirlas desde allí por la frontera de Portugal, y hacer resistencia al enemigo. Tomóse con calor de una y otra parte el empeño. El rey de Portugal celebró esponsales en Plasencia con doña Juana, y aun no bien eran acabadas las fiestas, cuando ya se talaban los campos castellanos, saqueábanse las plazas menos fuertes, trabábanse escaramuzas, habia entregas de traidores, y todo era daño y calamidad. A los primeros esfuerzos faltó el dinero á los reyes de Castilla, y fué preciso echar mano de la plata de las iglesias, hasta el valor de treinta cuentos, con calidad de reintegro, los cuales les fueron servidos con mucho placer por las iglesias á quienes se pidieron. No llegó á tener el portugues menos necesidad, usando el príncipe don Juan del mismo recurso para socorrer en Castilla á su padre el rey don Alfonso. Burgos, Zamora, Toro y otras plazas fueron combatidas ó tomadas por el portugues, y todo el interes de la batalla se reunió en estas dos últimas ciudades. Fueron célebres las batallas de Campo Pelayo y de Albuera; en esta quedó escarmentado el castellano, y en aquella el portugues. La arcabucería, que empezaba á estenderse, hizo mucho estrago. El rey don Fernando, ahuyentado el portugues, recobró á Zamora, y fué tan generoso, que todo cuanto encontró en ella perteneciente al rey de Portugal se lo envió sin tocar, y dió salvo conducto y libertad á muchos portugueses para que se retirasen á sus dominios. Dividió esta guerra el frances, que acometió al castellano por Fuenterrabía. El portugues se puso de su parte, esperando que luego le ayudaria contra Castilla. La necesidad de atender los reyes de Castilla á tantas partes, no dejaba ni antever los empeños peligrosos de las guerras, ni gobernar lo anterior de sus estados, pero la reina doña Isabel con su gran capacidad y destreza salia al encuentro á todo. Ya ponia órden en su reino, castigando los delincuentes, ya juntaba Cortes para remediar daños, ya establecia leyes y vigoraba las hermandades contra los bandidos, ya contenia las civiles disensiones entre los partidarios de Portugal y Castilla, y ya reducia muchos descontentos á su

obediencia, á fin de que llegasen á deponer las armas, que aun en medio de la tregua y la espedicion contra franceses, no se dejaban de la mano. Acabada la tregua y defensa contra el frances, se mantuvo la guerra contra Portugal con poco suceso, y el menos favorable fué para el portugues, que se halló sin el auxilio prometido de la Francia, la cual mas se inclinó á renovar las alianzas con el de Castilla. Contemplóse don Alfonso burlado, y resolviendo no comparecer entre gentes, escribió á su hijo el príncipe don Juan que se hiciese aclamar rey: él quiso partirse oculto á visitar los santos lugares, ó como quieren otros, entrarse en un monasterio: el rey de Francia le mandó buscar por su reino, y descubierto, le persuadió volviese á Portugal, á donde llegó á tiempo que ya don Juan II estaba aclamado, pero rindiendo este á su padre el cetro, se contentó con llamarse rey de Algarve. Tenian ya otro hijo los reyes, que les habia nacido en Sevilla en 7 de julio de 1478, á quien pusieron por nombre Juan, cuyo nacimiento, bautismo y salida á misa de la reina, se celebraron con mucha solemnidad y regocijos. Falleció el rey don Juan II de Navarra á principios del año de 1479, heredó el rey don Fernando los reinos de Aragon y Sicilia, y hechos poderosos con tantos acrecentamientos, tenian menos que temer las pretensiones del rey de Portugal, á quien tambien habia negado el papa la dispensacion matrimonial de doña Juana, con lo cual determinaron acabar con la guerra que por esta causa aun duraba. La reina doña Isabel se encargó de esta empresa, mientras el rey don Fernando iba á tomar posesion de los reinos de su padre. Dió sus órdenes para apretar el cerco de Mérida, Medellin y Leitosa, cuando ya el portugues, á ruego de su cuñada la infanta doña Beatriz, consentia en una buena composicion. La misma infanta, que fué la embajadora y habia dado aviso á la reina, vino á Alcántara, donde estaba aguardándola, y allí trataron las condiciones de paz. Las principales fueron, que el rey de Portugal dejase el título y blason de rey de Castilla; que no se casase con doña Juana, hija de don Enrique IV ni la auxiliase en sus pretensiones al reino; que esta eligiese dentro de seis meses, ó casarse a su tiempo con el niño príncipe don Juan, hijo de los reyes de Castilla, ó de entrarse religiosa en un monasterio; que se ajustasen bodas del infante don Alfonso de Portugal, nieto del rey, con la infanta doña Isabel, hija de los reyes de Castilla; que á los partidarios se perdonase generalmente, y se restituyese á cada uno sus estados, se entregasen recíprocamente las plazas ganadas, y se diesen mútuamente rehenes, los cuales habian de ser los infantes de una y otra parte contratados de casar. La desventurada doña Juana conoció en la condicion que le tocaba, cuán contraria le habia sido y seria su suerte, y así desengañada, resolvió dar gusto á los reyes y paz á los reinos, encerrándose en el monasterio de Santa Clara de Coimbra. El rey de Portugal, don Alfonso V, aunque quisiera mas ventajosas condiciones, convino al fin en el ajuste de la paz, en 24 de setiembre de este mismo año de 1479, con cuyo aviso vino el rey don Fernando desde Valencia á Toledo, donde le esperaba su esposa, que al gusto de haber negociado la paz, añadió el regocijo de dar á luz otra infanta en 6 de noviembre de aquel año, á quien pusieron por nombre doña Juana. Asegurados ya los reyes con las paces, se dedicaron á gobernar los reinos de Castilla y á dar disposiciones en Aragon. Celebráronse Cortes en Toledo; estableciéronse prudentes leyes; se arreglaron cinco consejos de corte. El primero, presidido por los reyes, para los negocios de Estado, embajadas y asuntos de Roma: el segundo, compuesto de caballeros y doctores naturales de los tres reinos de la corona de Aragon y Sicilia, para los asuntos de ellos: el tercero, de prelados y oidores, para oir en justicia y despachar las peticio-

nes: el cuarto era de los diputados de las hermandades, para castigar los delitos comprendidos en su instituto: y el último, de los contadores y oficiales de la real hacienda. A cuyo número se agregó poco despues el tribunal de inquisicion para inquirir y castigar, segun las leyes, la apostasía y herejía; no determinando otra cosa por entonces sobre los judíos y moros, sino que viviesen en barrios separados, pero con señales de distintivo. Se destinaron asimismo tres alcaldes de corte para su policía y ejecucion de las causas criminales, y se pusieron corregidores en las partes donde no los habia y eran necesarios. Se examinaron las gracias y mercedes hechas por el rey antecesor don Enrique IV: se revocaron las que no tenian suficiente mérito, agregándose á la corona, al modo que ya se habia hecho con el marques de Villena, que con esta condicion fué admitido á la gracia de los reyes, siguiendo el ejemplo del arzobispo de Toledo, que ya desde antes la disfrutaba. Se hizo la ceremonia de jurar por príncipe de Asturias á su hijo don Juan, á la que sucedió despues, en otro dia, la de entrega de las banderas de la órden de Santiago á don Alfonso de Cárdenas, á quien habia nombrado gran maestre de aquella órden, último poseedor de este empleo. Acabadas las Cortes, empezaron los magistrados á hacer justicia y castigar delincuentes con la mayor actividad, con cuyo motivo se huyeron muchos á distintas tierras; y lo mismo sucedió despues con muchos judíos, luego que la inquisicion empezó en Sevilla á castigar apóstatas y herejes. El rey don Fernando, compuestas así las cosas, pasó á Aragon á celebrar Cortes, y disponer la jura del príncipe en aquella corona; poco despues pasó con él la reina, habiendo dejado gobernadores en Castilla al almirante y al condestable. Fué jurado sucesivamente el príncipe en Calatayud, Zaragoza y Valencia, y al retirarse en Castilla corrieron la mayor parte de la corona, dando muchas providencias de buen gobierno. Entre tanto y á fines del año de 1481, el marques de Cádiz, de motivo propio, hizo algunas hostilidades con poca gente en la frontera de los moros, que dieron principio á una porfiada guerra. Alentado con el feliz suceso, juntó mas gente y sitió á Alhama: ganóla, no sin trabajo y daño de la arcabucería de los moros; pero se vengó bien del desastre, peleando con el mayor ardimiento, pasando á cuchillo mas de ochocientos moros, y aprisionando mas de tres mil. El rey de Granada, Albohacen ó Abulhacen, habiendo tenido noticia del funesto suceso, armó gente para volverla á tomar, pero retiróse escarmentado. Tocó al arma por todas las fronteras y empezaron los moros á hacer daño por todas partes. Los reyes de Castilla, entre el regocijo de la conquista de Alhama, y el pesar de la invasion seguida, armando prontamente sus tropas, pudieron contener su ímpetu, acudiendo con su presencia á animar las tropas, y á dar las disposiciones convenientes; y poco despues de haber parido la reina en Córdoba á la infanta doña María, en 28 de junio de 1482 se puso cerco á Loja. Los moros resistieron é hicieron algun daño al campo castellano, con lo cual fué preciso levantar el sitio y hacer nuevas preparaciones. La toma de Alhama ocasionó entre los moros muchos disturbios; los abencerrajes alteraron el pueblo, echaron de la ciudad á su rey Abulhacen, y pusieron en el sólio á Aboabdelí su hijo. Este se armó contra los castellanos; hubo varios reencuentros, pero los nuestros lograron hacerle prisionero. Con tan buena presa, el rey don Fernando, que á la sazon habia llegado á la frontera con numerosas tropas, empezó á talar y rendir cuanto se le oponia. Los padres de Aboabdelí hicieron tales ofertas de rescate y vasallaje por su hijo, que lo entregó: suspendió las hostilidades y se retiró, dejando las convenientes órdenes y guarnicion en la frontera; pero Abulhacen despues hizo por su parte, como rey que era de Málaga, y ene-

migo igualmente de Castilla, muchas correrías, de las cuales, aunque no salió muy bien librado, los granadinos resentidos aun del mal suceso de Aboabdelí, volvieron á colocarle en el trono, en el año de 1483. El año siguiente se instauró la guerra, rindiéronse Mora, Alozayna, Setenil, Coin, Cartama y Ronda, en cuyo sitio se cree que se empezaron á usar las bombas y morteros. Entregados muchos lugares ganados y otros castillos, se retiró el rey don Fernando á descansar á Alcalá de Henares, donde la reina dió á luz una infanta, llamada doña Catalina, á 15 de diciembre de 1485. Cada año adelantaban mas los reyes los medios de asegurar mejor la conquista de Granada: en el de 1486 rindieron á fuerza de armas á Loja, Illora y Moclin, y se entregaron voluntariamente otras muchas plazas y aldeas. Los reyes no perdonaban gastos ni fatiga; buscaban dinero para mantener la gente, y las concesiones de los papas sobre las décimas de los frutos eclesiásticos sufragaban mucho. En el siguiente de 1487 rindió el rey don Fernando á Velez Málaga y mas de cuarenta lugares de su territorio, á pesar de mucha resistencia y embarazos que le puso con su gente Mahomat el Zagal, que vino á socorrer aquella plaza. Mas resistencia mostró el Zegrí, gobernador de Málaga, á cuya plaza puso sitio el rey por mar y tierra; la ciudad estaba muy fortalecida y provista; mas el tiempo y la constancia de los castellanos hicieron acabar los víveres; pidieron sus habitantes muchas veces condiciones ventajosas; negóselas el rey, y al fin se rindió á discrecion; fué ocupada por los castellanos en 18 de agosto de 1487, y el rey dió varias disposiciones para proveerla de habitantes cristianos y de obispo. Interin descansaban fueron los reyes á Zaragoza á componer varias cosas en las Cortes, y á la vuelta por Valencia y Murcia atacaron por aquella parte el reino de Granada; rindiéronse algunos lugares, en particular Vera y otros del territorio de Almería, donde puso guarnicion el rey, año 1488. En el siguiente de 1489 tomó el rey la fortaleza del Zújar, y se rindieron otros castillos del contorno. De allí dividió el ejército, y á un mismo tiempo cercó á Baza por tres partes. Fué mucha la resistencia de la ciudad, hubo frecuentes salidas, escaramuzas, muertes de una y otra parte; la reina, que desde Jaen estaba socorriendo al ejército de víveres y municiones, vino al campo, y dando valor á su gente, puso miedo á los mahometanos; estos pidieron inmediatamente capitulaciones, y concedidas se entregaron. El moro Cid Hiaya, gobernador de esta plaza, hecho vasallo y con sueldo del rey, facilitó con sus persuasiones y esperanza de beneficios, que Mahomat el Zagal entregase á Almería y Guadix, y todos los pueblos que estaban á su mando; de cuya entrega quedó el Zagal bien premiado. En esta espedicion mas gente mató la intemperie que la espada, pues solamente murieron á hierro tres mil hombres, y diez y siete mil al rigor del tiempo y de las enfermedades. Ya no restaba mas empresa que la toma de la ciudad de Granada. El rey don Fernando, con ánimo de echar el resto para este fin, dió las órdenes correspondientes para su preparacion, y entre tanto se celebraron en Sevilla los desposorios de la infanta doña Isabel, su hija, con el príncipe don Alfonso, hijo de don Juan II de Portugal, con muchas fiestas y regocijos, los cuales acabados y juntas ya las tropas, envió un mensajero al rey de Granada, intimándole que se entregase. El rey Aboabdelí envió un moro principal, llamado Aben-Comija, á tratar con el rey que le permitiese el reino con calidad de vasallo feudatario. El rey don Fernando se hallaba poderoso para rendirle con sus armas, si no queria sujetarse por voluntad, y así despidiéndole y negándose á todo lo que no fuese dejar la ciudad, se acercó hácia ella á la frente de un valeroso ejército. Contentóse el rey esta vez con talar cuanto

pudo la vega, y se retiró, de cuya ocasion valiéndose Aboabdeli, juntó las huestes que pudo, sitió y tomó algunas plazas, con cuyo feliz suceso, tomaron brío muchos pueblos de los que antes se habian rendido, y se rebelaron, lo cual dió motivo al rey don Fernando á que fuese en persona á volverlos á su deber, año de 1490. Al siguiente año mandó el rey don Fernando disponer la gente de Andalucía y de las ordenes militares; echó un donativo á todas las sinagogas y aljamas de los judíos, para proseguir la conquista; por el mes de abril llegó á los Ojos de Húecar, dos leguas de la ciudad, con cincuenta mil infantes y doce mil caballos, sin los gastadores; hizo muchos destrozos en los campos, en los lugares, en las gentes de las Alpujarras y de la vega, ya por sí, ya por sus generales, ínterin se plantificaba el real; con lo que logró quitarles el medio de socorrerse de víveres, entonces mas necesarios y en mayor cantidad, por estar llena la ciudad de las gentes que se habian retirado de las plazas conquistadas en los años antecedentes, cuyo número ascendia á mas de cien mil personas. La reina, que llegó poco despues con la familia real, vino resuelta á no levantar el sitio hasta vencer á Granada, y así mandó hacer aquel acampamento con paredes y tejados, de manera que pudiera servir de poblacion cómoda para no retirarse de allí, ni por las lluvias, ni por el rigor del invierno, y dió á esta poblacion el nombre de Santa Fe, villa que aun hoy dura con el mismo nombre, y recuerda la memoria de la grande empresa. Quiso la reina ver mas de cerca la ciudad, y armándose para su resguardo un buen cuerpo de tropas llegaron á una casa de campo vecina, y desde allí la estuvo registrando; los moros, que vieron se acercaba el ejército, salieron á estorbar que llegase á la ciudad, con lo que se vieron en precision de hacer frente los castellanos, trabóse una batalla con el mayor denuedo de parte á parte: los castellanos, que tenian que defender á la reina, hicieron los mayores esfuerzos de valor; hicieron mucha mortandad en los enemigos, y ahuyentaron á los que quedaban. Con esta pérdida y la falta de víveres que se sentia en la ciudad, se vieron precisados á tratar de la entrega. Para las capitulaciones fueron diputados de parte de Aboabdelí, Jucef-Abeng-Comija, supremo alfaquí de Granada, con Aben-Caci, su hermano, y el Cadí ó justicia mayor; de la parte de los reyes, el capitan don Gonzalo Fernandez de Córdoba y Fernandez de Zafra, su secretario, dándose antes los seguros y rehenes correspondientes. La suma de las capitulaciones era, por lo que toca al rey Aboabdelí, que él dejaria la ciudad, dándole territorio y rentas en las Alpujarras, ó seguro para pasarse á Africa cuando quisiese, y por lo que miraba á los vecinos, que á los que quisiesen quedarse, se les permitiesen sus bienes, el uso libre de su religion y de sus leyes, con sus jueces correspondientes para juzgarlos segun ellas. No fueron á gusto de todos estos conciertos, hubo alborotos en la ciudad, animados con pretesto de religion, como en Málaga, y para evitarlos Aboabdelí apresuró la entrega, la cual se hizo á 2 de enero de 1492. Habiendo logrado los reyes Católicos sujetar toda la morisma, ó espeler la mayor parte de España, se empeñaron en arrojar tambien de ella á los judíos, de los cuales, habiendo transmigrado con el mayor sentimiento á Francia, Portugal y Africa, mas de treinta mil familias, tuvieron que volverse muchos, protestando recibir el bautismo, despues que hallaron mala acogida entre los africanos. Quedaron muchos moros en las Alpujarras, con palabra de obediencia y con esperanza de ser convertidos á la religion cristiana; pero ellos, ó por miedo de verse en esta necesidad, ó esperando sacudir el yugo, formaban alborotos y rebeliones, por cuya desobediencia les obligaron los reyes á que se pasasen á Africa los que no quisieran abrazar la fe de Cristo, y

fueron mas de diez mil personas las que emigraron á Africa en esta segunda espulsion. Si estas transmigraciones contribuyeron mucho á que se amenorase el trabajo en los campos, y la industria y comercio en los pueblos, no tuvo pequeña parte otro suceso, el mas memorable y prodigioso en este reinado, este fué el descubrimiento de un nuevo mundo, hecho en el año de 1492, despues de la toma de Granada, por el ingenio mas perspicaz en la cosmografía de aquellos tiempos, Cristóbal Colon, de nacion genoves, de profesion marinero, y avecindado antes en Portugal y despues en Andalucía. Entre muchas causas de este descubrimiento, fué una los progresos de los portugueses en las costas de Africa, hechos particulàrmente en tiempo de don Juan II de Portugal. Ya en este tiempo habian vencido el cabo de Buena Esperanza y visitado hácia el Oriente, la costa de Malabar. Con estos viajes se habian corregido muchos errores en la cosmografía y náutica, y se habia despertado el estudio de esta ciencia, y el ánimo de altas empresas de navegacion. Entre todos ninguno mas instruido y perspicaz que Cristóbal Colon, que despues de haber estudiado de jóven esta parte de las matemáticas, habia aumentado sus conocimientos con una larga práctica, ya en las espediciones de genoveses y venecianos, ya en los dominios portugueses, en cuya capital se habia avecindado, ya en el tráfico con las islas Canarias y Azores. Viendo, pues, empeñado á su señor el rey de Portugal, en adelantar los viajes al Oriente por el cabo de Buena Esperanza (1), pensó en persuadirle, que era mas corto y fácil el camino de llegar á Oriente navegando hácia Poniente. El rey de Portugal mandó examinar sus proposiciones, y aunque otro hiciese secretamente la prueba, el cual habiendo dádo pronto la vuelta, obligado de las borrascas, sin haber descubierto nada, fué causa de que se le despreciase su propuesta en el año de 1484. Resentido Colon de este modo de proceder, se ausentó de Portugal, y avecindándose en Córdoba, hizo la misma propuesta á los reyes católicos, enviando al mismo tiempo á su hermano Bartolomé á Inglaterra, por si no la admitian en España. Los reyes católicos mandaron examinar el punto; hubo varios pareceres, se pusieron muchas dificultades, é informados los reyes, viendo lo dudoso por una parte, y estando ocupados por otra en la guerra de Granada, lo dejaron para otro tiempo, dándole alguna esperanza y socorro, con lo que, aunque quedó desconsolado, no obstante hizo ánimo de instar en mejor ocasion. Entre varios valedores que tuvo, y con que hizo frente á sus contrarios, de los cuales unos lo eran porque no lo entendian, y otros porque les parecia que pedia muchas ventajas en el proyecto, ningunos fueron mas constantes que fray Juan Perez de Marchena, guardian del monasterio de la Rábida, Alonso Quintanilla y Luis de Sant Angel, escribano de raciones de la corona de Aragon, los cuales de tal manera lo allanaron, que ya la reina doña Isabel queria empeñar sus joyas para aprestar los tres navíos que pedia Colon, ofreciéndose él adelantar la octava parte de los gastos; pero Sant Angel puso el dinero, y así se alistó Colon, el cual primeramente volvió, despues de algunos meses de navegacion y hallazgo de las islas Española y Cuba, con la cual quedaron todos asombrados, y él lleno de honra y aprecio. Mas luego, al paso que le favoreció la Providencia en otros viajes que repitió, en hallar nuevas tierras, le persiguió la emulacion y la calumnia para quitarle esta gloria, lo cual dejamos de contar por haberlo hecho en la biografía de Colon. Durante este tiempo, habiendo el rey don Fernando adquirido el condado de Rosellon, que estaba empeñado con el rey de Francia Luis XI, y cuya restitucion su sucesor Cárlos VIII habia

(1) Antes comunicó este proyecto á la república de Génova, su patria, la cual lo graduó de sueño.

retardado, se vió precisado á emprender una nueva guerra en Nápoles por haberla ocupado el mismo rey Cárlos de Francia, y ahuyentado de aquel reino á don Fernando II, su rey, hijo de don Alfonso, nieto de don Fernando II. Hizo el rey de Castilla estrecha liga con la república de Venecia, varios potentados de Italia y el mismo rey de Nápoles desposeido. Para restituir á este en su trono, envió con una buena armada al capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, cuyo valor ya era conocido desde la guerra de Granada, y cuyas proezas en Italia le adquirieron el renombre de Gran Capitan. La Italia estaba casi toda rendida al frances, pero el Gran Capitan por un lado, y los castellanos por el condado de Rosellon, de tal manera estrecharon á Cárlos VIII, que tuvo que desistir de la empresa, pidiendo treguas y deseando ajustes de paz. Ninguno era mas á propósito para procurarla que el rey de Castilla. Habia este firmado alianzas y matrimonios de sus hijos con los principales príncipes de la Europa. Todos deseaban que las paces se hiciesen á gusto; no pudieron firmarse con Cárlos VIII porque murió en 1498, y mudaron de aspecto las cosas. Luis XII sucesor de Cárlos VIII, ajustó con el rey de Castilla que le ayudase á sostener en la Italia, y que partirian el reino de Nápoles, destinándole las dos Calabrias y la Pulla, año de 1501. El rey don Fernando de Castilla envió con un poderoso ejército, al Gran Capitan, nombrándole virey, para que ocupase aquellas provincias; por otra parte el general frances Nemur, ocupó el resto; pero hubo grandes disensiones entre los dos generales sobre los límites ocupados; trataron de concordarse, nadie cedió y volvieron las armas unos contra otros. Hubo repetidos reencuentros y batallas, asedios, asaltos: ayudaban á España el papa y Alemania, y al cabo de tres años de una encendida guerra, se dieron treguas por otros tres, ó para terminarlas ó volver de nuevo á ellas, pero entre tanto tuvo que huir don Fadrique, desposeido rey de Nápoles, tio de don Fernando, destronado, y habiéndose de acoger á alguno de sus dos enemigos, eligió al rey de Francia, para que le dejara estar en su reino como particular, y le diera alimentos, lo cual no despreció Luis XII. Todo era feliz para España, pero al par de tanta dicha no dejaban de probar amargos sentimientos los reyes en su casa, los cuales eran tanto mas dolorosos para la reina doña Isabel, cuanto mas afanes le costaba el gobierno del reino y las alianzas con los estranjeros. Esta laboriosa reina, con los frutos de bendicion que la habia dado el cielo, unia las coronas principales de Europa con sus casamientos. La infanta doña Isabel, hija primera de los reyes católicos, habia casado con el príncipe don Alfonso de Portugal en 1490, y viuda de este, con don Manuel, primo hermano de don Juan II, ya rey en 1497. El príncipe don Juan de Castilla, hijo segundo en el órden, y primogénito varon habia casado en el mismo año de 1497 con la princesa doña Margarita, y recíprocamente doña Juana, hija tercera en el órden, con el archiduque don Felipe, hijos este y aquella de Maximiliano I, emperador de Alemania, dos hermanos con dos hermanas; murió de allí á poco el príncipe don Juan en Avila; fué sucesivamente jurada por sucesora la reina de Portugal doña Isabel, la cual murió de sobreparto en Zaragoza en el año siguiente de 1498. El hijo que causó su muerte, llamado Miguel, fué tambien jurado príncipe sucesor, pero tambien murió poco despues. Era preciso con esto llamar á la sucesion á doña Juana que estaba en Flándes con su esposo el archiduque don Felipe: tardaban en venir, pero entre tanto la reina ajustaba el casamiento de la infanta doña Catalina con Arturo, príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra, y el de la infanta doña María con el rey viudo don Manuel de Portugal, en el año de 1500, último

de este siglo. Vinieron al fin los archiduques á principios del año de 1502, y fueron jurados por sucesores á los reinos de Castilla y Aragon en Toledo á 22 de mayo del mismo año, y poco despues en Aragon: tenian ya dos hijos, llamados doña Margarita y Cárlos, que despues fué emperador con nombre de Cárlos V, y rey de España, llamado Cárlos I; y en 10 de marzo de 1503 parió la princesa doña Juana en Alcalá de Henares un infante á quien pusieron por nombre don Fernando, que despues fué emperador y rey de Hungría. Del sobreparto de este infante empezó á enfermar de la cabeza la princesa doña Juana, cuyos efectos se conocieron mas por la pasion de ánimo que se le acrecentó en la ausencia de su marido, que habia tenido precision de irse á Flándes por el peligro que amenazaba la guerra de Francia, á quien no tardó mucho en seguir, aunque sus padres procuraban detenerla en España. Por causa de este defecto de la sucesora, y de las revoluciones que pudieran suceder, si llegaba la reina doña Isabel á faltar, con el mas prudente acuerdo dejó establecido, así en las Cortes últimas de Alcalá como por testamento, que acababa de hacer de resultas de una enfermedad, que ínterin viniesen los sucesores á tomar posesion del reino ó durase la minoridad de Cárlos, quedase en administracion el reino en poder de don Fernando su esposo. Agoviada de tanto peso la reina y cercada de tantos afanes, volvió á enfermar por el mes de octubre de 1504, y agravándose la enfermedad, hechas las disposiciones de cristiana, dió su espíritu al Señor con la mayor devocion y tranquilidad en 26 de noviembre del mismo año, en Medina del Campo, á los cincuenta y cuatro años de edad y treinta de reinado. Fué despues llevada á sepultar á la ciudad de Granada en el convento de San Francisco de la Alhambra. La benignidad y la justicia, la fortaleza y la religion, fueron las principales virtudes que adornaron á esta reina. Luego que tomó posesion del trono procuró todos los medios posibles de concordia con los grandes, sacrificando ruegos é intereses para evitar todo rompimiento; pero una vez desairada sostuvo su decoro con la mayor grandeza, sin abatirse á la venganza. Al mismo arzobispo de Toledo que la habia amenazado con que la haria volver á la rueca, de donde la habia ensalzado, trató con el mayor respeto, yendo ella misma en persona á su palacio á rogarle con la paz. Estaban hechos los poderosos á mandar á los mismos reyes; en cuyo estado poco respeto podia haber á la majestad, y poca justicia para el infeliz; alborotos, bandos, latrocinios, violencias, asesinatos, eran los efectos de este orgulloso poder; fina política y entereza eran menester oponerse á tanta soberbia é impunidad. Las hermandades acabaron con los bandidos, y reforzaron el brazo de los reyes, y la justicia de estos fué sostenida con entereza y actividad, é hizo temblar á los otros. Las casas fuertes y castillos, ya abandonados, ya reforzados con los que los ocupaban, eran otros tantos asilos de malvados; echarlos por tierra fué el mas acertado consejo. Los empeños de las guerras eran grandes, y muchos los poderosos que, ademas de no tener justo título á sus riquezas, las convertian contra el mismo bien del reino; una justa averiguacion de lo usurpado, las gracias concedidas por la sede apostólica y la administracion de los maestrazgos, incorporada á la corona, fueron recursos justos para sostener tantas empresas. La reina tenia tanta fama de buena pagadora, que al instante encontraba dinero, aun entre los mas avaros, sin admitir ricas preseas, que podia empeñar ó regalar. Unidos á Castilla los reinos de Aragon, Sicilia y Nápoles, conquistados los restos de los moros, que aunque pocos, eran los mas fuertes, y añadido un nuevo mundo, creció en grandeza y gloria el imperio español; pero para que se ensalzara en lo católico y pureza de costumbres, se

mejoró el clero, se reformaron los órdenes monásticos, se espelieron los judios y se restableció un tribunal que con el recto celo de engrandecer el nombre santo de Dios inquiriese y castigase la mortal peste de la herejia y apostasía, que infestaba y corrompia la mas pura cristiandad; hazañas que adquirieron á los reyes el merecido renombre de católicos. Mas templaron de tal suerte la veneracion al Sumo Pontífice y la obediencia á la Iglesia, que supieron mantener con igual entereza y majestad las regalías temporales en lo eclesiástico, y la proteccion que estaba á su cargo de la religion. Hombres doctos y de recta intencion asistian siempre á sus consejos y á su lado, y las letras eran apreciadas mas que nunca en su corte. Ya desde el principio de su reinado se habia introducido la imprenta (1) protegida sucesivamente por los arzobispos de Toledo, Mendoza y Cisneros; y el buen gusto de las humanidades, traido por Antonio de Lebrija desde Italia, habia tomado asiento en el palacio (2) de donde se difundió á las universidades. Con estos fundamentos se edificó el templo de la fama que ocuparon los escritores españoles en el siglo XVI.

FERNANDO VI (don), vigésimo primero rey de Castilla y Leon, y décimo de las Indias; empezó á reinar en el año de 1746. Murió en el de 1759. Hijo don Fernando VI de la primera esposa de Felipe V, doña María Luisa de Saboya, ocupó el trono inmediatamente á los treinta y cuatro años de su edad. Celebróse la proclamacion en 10 de agosto del mismo año de 1746, con mucho regocijo y fiestas, habiendo hecho en el intermedio una solemne promocion á varios empleos de muchos sugetos beneméritos, especialmente de los militares que habian servido en ambos ejércitos de Italia. Para el dia 10 de octubre destinó la celebridad de la entrada pública con su real esposa doña María Bárbara de Portugal, dando repetidos indicios de su piedad en las ordenes que espidió, ya perdonando delincuentes, contrabandistas, desertores y otros presos, cuyas causas no fuesen en daño de particulares, ya mandando, por no agravar á sus vasallos, que el coste de las reales funciones fuese de su real erario; pero no por eso dejaron de manifestar su riqueza y esplendidez los cinco gremios mayores, los escribanos, plateros y otros en los magníficos adornos de arcos triunfales, obeliscos, estátuas, músicas, luminarias, etc., con que dispusieron y alegraron las calles por donde habian de pasar los reales esposos. No fué menor el esmero de los gremios menores con sus acostumbradas inventivas de disfraces de varios trajes en el dia 11, haciendo la villa en el siguiente su correspondiente obsequio con artificios de fuego, ni faltando las acostumbradas corridas de toros con aquella pompa y magnificencia que suele acompañarlas. Recibidos los obsequios debidos de varias diputaciones de ciudades, cabildos, universidades y otros cuerpos, partió con su esposa y parte de la real familia desde el palacio del Buen Retiro al real sitio de San Lorenzo en 29 de octubre; quedando la reina viuda doña Isabel Farnesio en el palacio de Madrid en compañía de sus hijos el infante don Luis y la infanta doña María Antonia

(1) No está aun bien averiguada la época de la introduccion de la imprenta en España. Si no nos engaña el testo de Nicolas Antonio, en la Biblioteca antigua, libro 10, cap. 11, hallamos citada una impresion en Palencia en 1470 de la *Historia de España*, de don Rodrigo Sanchez Arévalo; pero la mas antigua que hemos visto es una hecha en Sevilla en 1477 por los diligentes y discretos maestros Anton Martinez, Bartolomé Segura y Alfonso del Puerto.

(2) La reina doña Isabel, despues de haber dado aquella educacion casera á sus hijas, que las hacia tanto mas recomendables, cuanto eran constituidas en mayor alteza, como hilar, coser, bordar, etc., las hizo estudiar la lengua latina, y la reina ya grande la aprendió tambien. A este ejemplo estudiaron latin muchas damas suyas y otras entre las nobles de la corte, como se puede ver en Lucio marineo Sículo.

Fernanda. En este tiempo el infante don Felipe se iba retirando de Italia por los mismos pasos por donde habia entrado, y retrocediendo por Génova y Niza haciendo siempre frente á los enemigos que venian en alcance, llegó hasta Antibo, donde hizo asiento esperando su ejército, y despues pasó á Arles, á San Maximino y otros lugares de la Provenza para rehacerle y disponerse á nueva campaña. Los genoveses se hallaban oprimidos de tal manera de los austriacos, que no solo habian sido obligados á pagar varias cantidades sacadas de su banco, al emperador, sino tambien los veian servirse de sus territorios y plazas como si fueran suyas, para fortificarlas y defenderse contra el ejército combinado de España y Francia, ó para llevar sus cañones á otras plazas. Estaba alojada en Génova una parte de tropa austriaca teniendo ocupadas algunas puertas, puestos y murallas: un dia conducian un mortero algunos soldados por un arrabal de la ciudad; hundióse el suelo y quedó atascado. Los soldados echaron mano de los paisanos vecinos ó transeuntes para que les ayudasen, y maltrataban á los que se resistian: movióse un alboroto en el paisanage contra la tropa; hubo heridos de una y otra parte; armóse toda la plebe contra los austriacos, atacáronlos en las puertas ocupadas; obligáronles á huir; encendióse el encono en toda la república, y sacudió el yugo. Pide auxilio al ejército combinado que estaba en la Provenza, dále este socorro por medio de algunos convoyes por mar, con lo cual hubo de detenerse la campaña meditada en el año de 1747; pero el ejército combinado, al paso que venian socorros de España y Nápoles, no dejaba de rechazar á los enemigos, ya espeliéndolos de la Provenza, hasta donde habian seguido el alcance, ya teniéndolos á raya por Saboya y Niza, ya en fin, adelantando algunos pasos en varios reencuentros que se tuvieron en el discurso de aquel año; y echándolos de la parte allá del rio Bar, recobraron á Niza, Montalban, Villafranca, Vintimilla y otros puestos. En el año siguiente de 1748, se redujo el lugar de la guerra al territorio de Génova, oponiéndose esta república con sus tropas y algunas auxiliares de Francia y España, contra las austríacas y sardas, quedando el resto de nuestro ejército combinado, acuartelado en la Provenza y Saboya, en cuya capital hizo asiento el infante don Felipe. El corso, por los mares Océano y Mediterraneo entre los navíos españoles é ingleses, no habia cesado desde el año 1739 y contínuamente se hacian mútuas presas, pero siempre, siempre con ventaja nuestra. El ingles, no obstante, asistia por mar contra Génova y el ejército combinado, al rey de Cerdeña y tropas austriacas, impidiendo muchas veces los trasportes de las tropas de España y Nápoles, para reforzar nuestro ejército. El mismo ingles auxiliaba por tierra á la archiduquesa y á la república de Holanda, invadida por el ejército frances, en que siempre sacaba buenos partidos, venciendo muchos reencuentros, y tomando muchas plazas. Con este motivo el rey de Francia, que al mismo tiempo daba auxilio á nuestro ejército por la Provenza, se hallaba superior en las armas contra tan poderosos contrarios, y por tanto en mucha mejor situacion para obligarles á la paz. Ya en el discurso del año de 1747 habia manifestado su ánimo á varias potencias, y principalmente á las provincias unidas, que despreciaron sus avisos; pero tantos progresos hacian las armas francesas, que empezaron las potencias á enviar á sus ministros á un congreso en Aquisgran. Los principales contratantes fueron los reinos de Inglaterra y Francia, y la república de Holanda. Habia muchas detenciones, por lo cual no cesaban de hacer muchos preparativos de guerra, como si faltase toda esperanza de paz. Aun cuando ya se trataban los preliminares de esta, á principios del año de 1748, y los ejércitos estaban en cuarteles todavía en Italia y Flándes,

se disponian con el mayor ardor á nuevas campañas. Se firmaron aquellos por las tres potencias en 30 de abril, y en los dias 25 y 28 de mayo, firmaron sus accesiones la corte de Viena y la de España, ejerciendo por esta sus poderes don Jaime Masones de Lima, y siguiendo el marques Doria por la de Génova en 28 de junio. Publicóse sucesivamente en los ejércitos la suspension de hostilidades por tierra, y por los mares, tomando las precauciones correspondientes para las Américas. Esta publicacion se verificó en Niza entre las tropas de Cerdeña, Austria y las nuestras combinadas por el mes de junio; y fueron recibiendo sus respectivas órdenes para retirarse, quedando algunas de España á la disposicion del infante don Felipe, para ocupar los estados de Parma, Plasencia y Guastala, de donde los austriacos debian evacuar las suyas, segun se habian convenido en los preliminares, debiéndose terminar por conferencias particulares entre los ministros comisionados de Viena, Cerdeña, Paris y Madrid, la forma de procedér en este punto, como tambien en Flándes por el rey de Francia, la reina de Hungría y el ingles, la entrega recíproca de las plazas conquistadas cuando se concluyese la paz. Al fin se firmó esta en Aquisgran, en 18 de octubre del mismo año de 1748, y sus ratificaciones se hicieron por las respectivas potencias interesadas, en el mes de noviembre. Tenidas varias conferencias en el diciembre siguiente en Niza, entre los comisarios de las potencias interesadas en Italia, segun lo convenido, se evacuaron las tropas austriacas de Parma, Plasencia y Guastala, y entraron á tomar posesion de estos estados, en fines de enero y mes de febrero del año de 1749 las tropas españolas, siendo el diputado para esto el teniente general don Agustin de Ahumada, capitan esforzado en la última guerra, y que con el marques de la Mina, diputado en las conferencias de Niza, habia tenido las principales funciones de ella. El infante don Felipe se embarcó en Antibo, pasó á Sestri de Poniente, territorio de Génova, y dirigiéndose por Plasencia entró en Parma en 9 de marzo de 1749, siendo obsequiado por donde pasaba, con muchos aplausos, y recibido de la nobleza y habitantes de aquella ciudad con mucho júbilo y regocijo, el cual fué grande en Madrid con este aviso, y con la publicacion de la paz celebrada en 26 del mismo mes. Apenas se habian firmado las paces, se preparó la infanta doña Luisa Isabel, esposa del nuevo real duque, el infante don Felipe, para partir con su hija doña Isabel María á unirse con su esposo, de quien habia estado ausente siete años. Salió, pues, de Madrid, en 26 de noviembre de 1748, dirigiéndose por Bayona á París, en cuya corte estuvo detenida cerca de un año, hasta que hechas las preparaciones y fiestas de público recibimiento entró en Plasencia, donde la esperaba su esposo, en 19 de noviembre de 1749, en medio de muchas demostraciones de aplauso y contento, transfiriéndose con el mismo á Parma, á donde llegaron en el dia 23, y empezaron á gobernar sus estados con las mejores disposiciones al bien de sus súbditos. El rey don Fernando vió los dias deseados de la tranquilidad, para emplear su ánimo pacífico en bien del reino y provecho de sus vasallos. La guerra indispensable que encontró al subir al trono, no habia detenido sus felices intentos, pues siguiendo la obra comenzada por su padre, de mejorar en cuanto pudiese la administracion de su real hacienda y demas negocios de Indias, escogió para su ministro de Estado á don José Carvajal y Lancaster, gobernador que era del consejo de Indias; y haciéndole decano del consejo de Estado, le encargó su celo para promover la felicidad de la monarquía. Pronto se vieron los efectos del paternal afecto del rey. Mandó que se pagasen por entero los sueldos de los individuos de planta y número de ejército, de la marina, del ministerio y de las casas y caballe-

rizas reales; que se estinguiese la mitad de los trece reales del sobreprecio de la sal: que se suspendiese por cuatro años la renta del servicio y montazgo: que la mitad de los arbitrios de su real hacienda, se aplicase á la construccion de cuarteles para la residencia y tránsito de la tropa: que se satisfaciesen los débitos qne se causasen en el tiempo que reinaba, y que se procurásen fondos posibles para estinguir los que fuesen justos del reinado antecedente. Quitó el arrendamiento de sus rentas reales, y las volvió á la administracion de su cuenta, con el ánimo de establecer una única contribucion, y perdonó muchos débitos de tributos anteriores; determinó que las intendencias y corregimientos fuesen trienales; creó otras de provincia con el mismo término, constituyendo el mismo órden en los gobiernos políticos y militares. Mandó publicar una ordenanza á los tribunales, magistrados y dependientes de oficio de ellos, sobre el modo de invertir y beneficiar las penas de cámara; y otra á los intendentes y magistrados de provincia, sobre plantíos, conservacion y cortas de los montes, dehesas y cotos de cada jurisdiccion. Todas estas providencias se dieron en los tres años de reinado, hasta fines de 1749, al cual se añadió el regocijo del ajuste de matrimonio de la infanta doña María Antonia Fernanda, con el primogénito del rey de Cerdeña duque de Saboya. Tan benignos deseos del bien público bendijo Dios, dándole despues de la paz riquezas y abundancia á manos llenas. Las flotas de Indias hacia mucho tiempo que se detenian por causa del corso contínuo de los ingleses en las guerras pasadas; pero apenas se supo la paz, no cesaron de venir cargadas de intereses para el rey y particulares, y restablecido el comercio, y abastecido el erario todo era felicidad. El rey don Fernando repartia mucho á los pobres, y le llevaron particular atencion los enfermos del real hospital general de esta corte. Para ponerlo en el mejor estado posible, al mismo tiempo que estableció un colegio de cirujía en Cádiz á fin de surtir con hábiles cirujanos á la real armada, mandó, que de los practicantes y profesores de los hospitales del ejército, se escogiesen los mas á propósito para establecer y cuidar del de Madrid, formándose nuevas y prudentes ordenanzas para su gobierno: que se pagasen del real erario los gastos de su asistencia, aunque se estendiese á mayor número de enfermos, dándose mayor ensanche al edificio, ínterin se fabricase otro con mas anchura y comodidad: para lo cual mandó tambien levantar el plano y fábrica á costa del mismo real erario, en la parte que no pudiesen suplir las propias rentas, y dió otras sábias disposiciones dirigidas al alivio y curacion de los enfermos pobres. A todo esto se siguió la proteccion de las ciencias y artes, que solo reinan en la tranquilidad y la abundancia, la academia de buenas letras de Barcelona, habia tenido principio en aquella ciudad á fines del siglo pasado, con el título de los *desconfiados*, á imitacion de algunas de Italia. Su objeto principal era la historia de Cataluña. Las guerras de sucesion la habian interrumpido hasta el año de 1729, que resucitó bajo el gobierno del marques de Risbouck, capitan general de aquel principado, de la cual fué hecho presidente, pero en principios del año de 1751, á solicitud del marques de Eñó, su director, y por intercesion del señor Carvajal, ministro de Estado, la recibió el rey don Fernando bajo de su real proteccion. Con este ejemplo se formó otra en Sevilla, intitulada tambien de buenas letras, á que dió principio don Luis German, individuo de la de historia de Madrid. Su objeto era promover la enciclopedia ó erudicion universal de las antigüedades y letras humanas; y fué admitida bajo la misma real proteccion en18 de junio de 1752. Cinco dias antes se habia celebrado la solemne abertura de la real academia de las tres nobles artes, pintura, escultura y ar-

quitectura. El rey don Felipe V habia dado principio á esta, aprobando un proyecto de estudio público de estas artes, en 13 de julio de 1745; bajo de la direccion de una junta que formó con el título de *preparatoria*, presidida por el marques de Villarias, que era del consejo de Estado. Vió el rey don Felipe algunos progresos; viólos despues mayores el rey don Fernando, y habiendo concedido en 1750 doce mil y quinientos pesos para su subsistencia, la erigió en real *academia*, con el título de *San Fernando*, en 12 de abril de 1752, nombrando por protector de ella á su ministro de Estado don José de Carvajal y Lancaster, y despues se estendió su cuidado hasta enviar pensionados á Paris y Roma, manteniendo en aquella varios jóvenes para el grabado y sellos, y en esta una academia ó colegio con el título de San Lúcas para pintura, escultura y arquitectura. Tambien en Valladolid habia una junta particular de caballeros, que se empleaban en cultivar la cosmografía é historia, presidida por el marques de Vallecerrato, duque del Parque, á cuya peticion el rey don Fernando la acogió bajo su real proteccion y la erigió en academia, con el título de *geográfico histórica*, en setiembre de aquel año de 1752, y celebró su abertura solemne en 6 de octubre siguiente. En el mismo año, en 4 de setiembre, se hizo tambien la abertura solemne al nuevo establecimiento de matemáticas, fundado en el colegio imperial, dando principio á su enseñanza los PP. Juan Wedlingen y Gaspar Alvarez, á cuyo ramo unió despues el consejo de Indias, una cátedra de cosmografía para adelantar la de aquel orbe. Todavía no se habia dado principio en España, á lo menos en Madrid, al estudio metódico de la botánica, en que ya habian adelantado mucho las naciones estranjeras, pero habiéndose introducido el buen estudio de la anatomía, medicina, cirujía y farmacia, desde don Felipe V, quiso el rey don Fernando que no faltase un ramo tan principal para la salud del pueblo, y así concedió al real protomedicato el uso de su real quinta llamada de *Migas calientes*, para que en ella se formase un jardin real de plantas, para el adelantamiento de la botánica é historia natural, dotando este establecimiento con liberalidad, nombrando por intendente de él á su primer médico, presidente del real protomedicato, que entonces era el doctor don José Suñol, y por subdirectores con igual dependencia, á don José Martinez Toledano y don José Ortega, constituyendo por primeros profesores á don José Quer y don Juan Minuart, en el año de 1755. Llevóle tambien la atencion, la educacion de la juventud de la corte en las letras humanas, dando en este mismo año facultad á los profesores de latinidad y elocuencia, para que erigiesen una academia latina, en cuyas juntas tratasen y escribiesen sobre el mejor modo de la instruccion y adelantamiento de los jóvenes en estos ramos; no olvidando á los de primeras letras que formaron un colegio académico. Los estudios del real seminario de nobles, le merecieron mucho cuidado; allí se cultivaban las letras con el mejor gusto, las matemáticas y la mas sólida filosofía con el mayor esmero; honró á sus individuos con su real presencia muchísimas veces, asistiendo con gusto á los ejercicios públicos de humanidad, matemáticas y física esperimental: dióles caudales para ensanchar el edificio, y los distinguió con muchas exenciones y privilegios, segun las carreras que siguiesen, eclesiástica, civil ó militar. Entre tantos cuidados hácia las letras, daba algun tiempo en compañía de su esposa al recreo del ánimo en las representaciones en música, y alentaba con abundantes premios á sus profesores, admirándose en la corte y su palacio los mas diestros en la música y canto de toda la Europa. Hasta de la milicia y de la marina procuraba hacer diversion, al mismo tiempo que alentaba con su presencia estos ramos. Asis-

tia muchas veces á las evoluciones militares de varios cuerpos, y premiaba su esmero, á que se añadió que hizo mucha reforma en el arte militar, prefiriendo el ejercicio mas ligero y sólido, adoptado por una junta de generales, que de su real órden tuvieron presente lo mejor de Italia, Francia y Prusia en esta parte; y no descuidando la tropa de caballería, dió escelentes órdenes para la cria de caballos y las remontas del ejército. Ya desde el año de 1751, entre las iluminaciones y diversiones de Aranjuez se habian hecho sobre el Tajo fragatas y jabeques pequeños para imitar la navegacion y maniobras de artillería, haciendo venir marineros de Cartagena para este efecto; pero esto que parecia un entretenimiento era un indicio del importante cuidado que empleaba en la sólida marina y aumento de comercio. Don Jorge Juan, con su pericia matemática, habia adelantado de invencion propia muchas cosas en el arte de la navegacion y construccion de navíos. Ya se habia dado á conocer el talento de este español, desde que fué elegido en el año de 1734 por el rey don Felipe V para aquella famosa espedicion de la medida de los grados terrestres, que con don Antonio Ulloa ejecutó en Quito ó bajo del Ecuador, al par de Mrs. Bouguer y la Condamine, sábios astrónomos de Francia, ínterin que otros del mismo reino lo ejecutaban hácia el norte; de cuyas observaciones uniformes resultó la exacta averiguacion de dichos grados y de la figura de la tierra, con que recibió mucha luz la astronomía física. No habia dejado de atender el rey don Felipe V á este ramo cuando halló proporcion en medio de sus continuadas guerras, dando principio á sus ideas desde la paz de Utrech. Pero en tiempo del rey don Fernando, traidos nuevos constructores hábiles estranjeros, y establecidos astilleros, se hicieron tales progresos que, durante su reinado, se botaron al agua mas de treinta navíos de guerra, los mas de setenta y cuatro cañones, siguiendo el proyecto de los sesenta navíos que se necesitaban por entonces para tener una marina respetable. Allanados los medios para el comercio marítimo y la industria, volvió los ojos á proteger los que dentro de la Península se proporcionasen. Con su real permiso se estableció en Barcelona una compañía de comercio para las islas de Santo Domingo, Puerto Rico, Margarita y otras en el año 1755; y dos años despues á la compañía de la navegacion del Tajo, formada á representacion de don Cárlos Simon Pontero, alcalde de corte, concedió varias franquicias para promover tan importante empresa; sin que omitamos el esmero con que avivó las fábricas de paños de Guadalajara, Segovia y la nueva que hizo en la nueva ciudad de San Fernando, y la proteccion que dispensó á las de otros particulares, especialmente las de Alcoy y Cataluña, las de sedas de Valencia, Estremadura y Granada, y la de lienzos de Leon. Dió principio á los caminos públicos; en su tiempo allanó los montes de Guadarrama para dar fácil paso á las Castillas, y se hizo el magnífico camino de Santander, á cuya ciudad se dió obispo. Y no es este el solo bien que procuró á la iglesia de España; hizo otro que es imponderable, y cuyo provecho redunda á todas las de España é Indias, este fué el de un concordato con la corte de Roma. Largo tiempo habia que se pretendia en España sostener en la curia romana el derecho del patronato real universal de las fundaciones y dotaciones de las iglesias y nombramientos de las personas eclesiásticas, que estaba oscurecido, ó no observado, por muchas causas que repetidas veces se hicieron presentes á varios papas. En el concordato que pretendió Felipe V con Clemente XII, no se habia podido acabar este punto á satisfaccion, pero habiendo ocupado la silla pontificia el sábio Benedicto XIV, se fueron proporcionando mejores ocasiones. Este doctísimo pontífice examinó bien el asunto, y hecho cargo, conoció que era

indisputable el derecho del patronato real (1) y que el rey de España pedia en justicia; pero cediendo cada uno por su parte algunos intereses, se convino á principios del año de 1753, en que escepto cincuenta y dos nombramientos absolutos que reservó Benedicto XIV á la silla romana de varias dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos, quedase en todo lo demas el rey de España en el derecho y posesion del real patronato y sin la carga de pensiones, ni cédulas bancarias y otras cosas, que hasta entonces habian acostumbrado; contribuyendo el rey don Fernando con algunas sumas por una vez, como en recompensa de lo mucho de que se desprendia la silla romana. Dejando aparte los muchos edificios públicos levantados con mucha magnificencia por el rey, harémos mencion del mas magnífico, así por su majestad como por el fin destinado. Este es el de la Visitacion ó de las Salesas, fundado por la reina doña María Bárbara su esposa. En este edificio suntuoso quiso que hubiese un órden monástico de la beata, que entonces era Juana Fremiot, ó del instituto de San Francisco de Sáles, un colegio de enseñanza para niñas nobles de estos reinos, una casa de oracion y un panteon para que en él fuesen los dos reales esposos sepultados. La fábrica que habia empezado en 1750 se concluyó en siete años. Consagróse su iglesia en 25 de setiembre de 1757; á los cuatro dias se trasladaron las religiosas y niñas educandas desde su antiguo pobre albergue que estaba en el Prado viejo, de allí no lejos, en solemne procesion, en que tambien se llevaban algunas reliquias de San Francisco de Sáles y de la beata fundadora, cerrando el órden de aquella los dos reyes y el infante don Luis. Aun no se habian pasado diez meses desde este acto, cuando en 20 de julio de 1758 enfermó la reina doña María Bárbara en Aranjuez, estándose disponiendo la partida para venir á Madrid al palacio del Buen Retiro. Manifestó desde luego su peligro la enfermedad; diósela el Viático y lo recibió con aquella devocion y conformidad digna de su virtud; vivió, no obstante, mas de un mes, y recibiendo el último sacramento, entregó su alma á Dios en 27 de agosto de 1758. Condújose el real cadáver al real monasterio de la Visitacion, insigne monumento de su religiosa piedad, y se depositó en su bóveda hasta que se colocase en el sepulcro. El rey don Fernando, lleno de dolor por la pérdida de tan amable esposa, se retiró desde el dia de su fallecimiento en compañía del infante don Luis su hermano, y con muy poca comitiva, al palacio de Villaviciosa, propio del infante don Felipe, duque de Parma, no lejos de Móstoles. Empezó su corazon á entristecerse, llenarse de melancolía, con lo que vino á caer en tanta debilidad y flaqueza, que á los tres meses ya dió cuidado su salud á los médicos, que hicieron junta en el mes de noviembre. A pesar de los esfuerzos de la medicina, iba poco á poco perdiendo sus fuerzas el rey, en cuya compañía estuvo el infante don Luis hasta fines de abril de 1759, retirándose al real sitio de San Ildefonso, donde residia su madre la reina viuda doña Isabel Farnesio. Vivió no obstante el rey en medio de su estenuacion hasta el 10 de agosto de 1759, en que habiendo recibido los Sacramentos con la mayor piedad, tuvo fin su larga enfermedad con la muerte á los cuarenta y cinco años cumplidos de su edad y trece de reinado. Fué conducido su real cadáver desde Villaviciosa al real monasterio de la Visitacion de Madrid, donde yace.

(1) Véase el concordato en su exordio.

FERNANDO VII (don), vigésimo cuarto rey de Castilla y Leon, y décimo tercero de las Indias; subió al trono en 1808, y murió en 1833. Los clamores de alegria de un pueblo á la exaltacion de un nuevo monarca, ó su entusiasmo provocado por los primeros y brillantes pasos de aquel, son y han

sido generalmente agüero de un reinado infeliz. Pocos príncipes habrán subido al trono en medio de una aclamacion mas universal y ferviente, que la que presidió el ascenso de Fernando VII; este jóven soberano obtenia entonces el afecto y simpatías de todos sus súbditos; unos le consideraban como la víctima inocente escapada á las arbitrariedades de Godoy y á los artificios de la reina madre; otros le señalaban como el hombre destinado á encaminar la nacion, entorpecida y aniquilada, por un nuevo derrotero de prosperidad y ventura; los mas políticos, en fin, creian descubrir en él la mas sólida prenda de seguridad y concordia, desechando cualquier recelo de usurpacion estranjera, porque se figuraban que su ensalzamiento era obra en gran parte de Napoleon. Pronto se desvaneció este último cálculo, y lágrimas de honda amargura testificaron el mas cruel desengaño, lágrimas tardías é inútiles, porque el arrepentimiento no es antídoto del mal pasado, sino caucion del proceder futuro. Los primeros actos del nuevo rey, fueron de generosidad y política; los segundos hicieron subir las esperanzas que ya se alimentaban de un buen gobierno. Algunos sugetos distinguidos sufrian la opresion y el destierro por órden del anterior gobierno. Fernando les restituyó su libertad y les reintegró en todos sus títulos y honores. Volvieron á la corte con este motivo el canónigo Escoiquiz, el conde de Cabarrus, don Mariano Luis Urquijo, el ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos, y los duques del Infantado y Santa Coloma. Pensó confiar ademas las riendas del Estado á manos hábiles y espertas, ventajosamente conocidas ademas, arrancándoselas á los que las tenian, y que pecaban de indolentes ó siniestras, y así es que destituyó á los consejeros de su padre, Soler y marques de Caballero, reemplazándoles con los señores Azanza, Feliu y Pezuela. El ministro de Estado Ceballos, pariente del príncipe de la Paz, juzgó deber presentar su dimision, pero el rey complacido de este rasgo de delicadeza, y creyendo ademas, que un hombre probo é ilustrado es útil en todas épocas y á todos los soberanos, le aseguró en su destino dándole despues señaladas muestras de benevolencia y fina amistad. Seguro por otra parte de que un rey debe conquistar ó afianzar el amor de sus súbditos con beneficios positivos y mejoras palpables, suprimió algunos impuestos y abolió la superintendencia general de policía, tribunal odioso que con sus numerosas dependencias y ramificaciones, tenia esclavizadas las mas nobles y elevadas facultades del hombre. Con tales precedentes y providencias, Fernando se ofrecia ya á los ojos de sus súbditos, no solo como un monarca benéfico y justo, sino como un ser digno de una especie de culto y adoracion. Su nombre corria de boca en boca, y escitaba los mas vivos transportes de júbilo y alborozo. Luis XV, el *muy amado*, obtuvo este sobrenombre en los primeros años de su dominacion. Entonces, dice un juicioso historiador, deberia haberse muerto. Si Fernando VII hubiese fallecido en la época que describimos, habria llevado hasta el sepulcro el grato título del *deseado*. La parca arrebatándole, hubiérale dotado de una gloriosa inmortalidad. Ansiaban vivamente los habitantes de Madrid la llegada del nuevo monarca, y este la habia fijado para el dia 24 de marzo, pero debian precederle los franceses. Con efecto, el gran duque de Berg, Joaquin Murat, cuñado del emperador, penetró en aquella el 23, seguido de los brillantes cuerpos de la Guardia Imperial, y fué á alojarse al palacio del Buen Retiro, mientras que el general Dupont se internaba en el corazon de Castilla, descansando sus avanzadas en la falda de Guadarrama, y un poderoso ejército, denominado de los Pirineos occidentales, á las órdenes del mariscal Bessieres, traspasaba el término natural que separa á los dos paises limítrofes, la España y la Francia, apoderándose tran-

quilamente del norte de la Península, y amenazando caer tambien sobre las feraces llanuras de Castilla. Esta inmensa aglomeracion de fuerzas, sin objeto ni fin aparente, empezaba á azorar los ánimos, poniéndolos en confuso desasosiego acerca del porvenir. Habíase creido al principio á los franceses devotos de Fernando y favorecedores de la causa de este príncipe, pero una vez colocado su trono sobre el mas seguro de los cimientos, cual es el amor de los pueblos, ¿qué objeto plausible podian tener aquellos estranjeros, azote de la Europa entera, sino el de forjar, á la sombra de la alianza, las cadenas de nuestra esclavitud? Esta opinion iba cobrando cada dia mayor auge y prosélitos, no haciéndose ya misterio y recato de ella; pero no decidiéndose á manifestarla violentamente, se fiaba á los semblantes lo que no podian significar aun las manos. Al entrar Murat en la corte, fué recibido con el silencio mas profundo; el continente grave y sombrío de los circunstantes, su mudez melancólica y constante, debieron hacer presagiar al gran duque que era muy inminente un conflicto terrible, porque la tristeza indica el último grado en la paciencia de los pueblos. Sin embargo, todos estos sentimientos mas ó menos dolorosos, que afligian á los fieles madrileños, cesaron un instante como supeditados por otro capital. Era llegado el dia 24 y Fernando debia entrar en la capital de la monarquía. Ya desde el dia anterior muchas gentes se habian trasladado á Aranjuez, ó fijádose en alguno de los pueblos del camino, para gozar antes de la vista del soberano; ya desde la madrugada del 24 se agrupaban en los alrededores de la puerta de Atocha, por donde debia verificar su entrada, numerosos grupos, cuyas fisonomías revelaban la mas pura satisfaccion. Cada minuto que transcurria sin llegar el objeto deseado, aumentaba en muchos grados la ansiedad pública. Por último, apareció Fernando y un grito universal y entusiasta resonó bajo la inmensa bóveda de aquel horizonte. Venia el rey á caballo y sin escolta, y acompañado de su tio y hermano los infantes don Antonio y don Cárlos, personas entonces muy queridas del pueblo, y se veia detenido á cada paso por sus entusiasmados súbditos; unos le abrazaban las rodillas, otros se asian de las bridas del caballo queriendo hacer mas lenta su ya perezosa marcha, y muchos, en fin, cubrian con capas el suelo por donde debia pasar. Estos arranques de transporte y vivo enagenamiento, eran como las mas inviolables cláusulas de la concordia otorgada entre los españoles y Fernando, concordia que iba á obtener el sangriento sello de una guerra de seis años, la mas inaudita y asoladora que se encuentra en las épocas modernas. Crecia la animadversion de los madrileños hácia los franceses á medida que Murat eslabonaba sus arbitrariedades. No llevaron á bien los primeros el que este general ordenase que sus tropas cubrieran la carrera el dia 24, y mucho menos el que todos los domingos despues de salir aquellos de oir misa pasase gran revista en el paseo del Prado, porque creian percibir envuelta en todos estos actos una idea desagradable, la de hacer ostentacion de sus fuerzas; esta especie por futil é insignificante que aparezca, debia herir poderosamente la susceptibilidad de una poblacion celosa hasta el estremo de su independencia, y que creia descubrir mas y mas al traves del ramo de oliva, que ostentaban sus huéspedes y mentidos amigos, pérfidos manejos y maquinaciones tenebrosas. Sobraba fundamento y apoyo á estas sospechas. Napoleon sin calcular bien la diferencia que hay entre una nacion heróica invadida, y la misma nacion sojuzgada, escribió con fecha 27 de marzo á su hermano Luis, rey de Holanda, ofreciéndole la corona de España, y aunque este la desechó llevado de un sentimiento pundonoroso, no por eso desistió de sus planes el emperador. Constante siempre en su sistema, empleó ardides torpes y maquinaciones

inícuas, indignas de un hombre que habia llenado con la fama de sus hazañas, la Europa y el mundo entero. Conocia la popularidad de Fernando, y á fin de debilitarla ó aniquilar sus efectos, se le ocurrieron dos espedientes; primero, arrancar al monarca español del suelo que le habia visto nacer; segundo, encender en nuestra patria la guerra civil, sembrando la discordia entre los miembros de la familia real. Hubiérale sido difícil, sin embargo, llevar á cabo su proyecto, á haber contado Fernando con consejeros diestros y avisados, asistidos de aquel valor cívico, el mejor don de los funcionarios públicos, que se acrecienta al aspecto del peligro, y que solo mide su magnitud y dimensiones para calcular los medios de contrarestarle; mas por desgracia algunos de los allegados al rey, y los de mas influjo sin duda carecian de tan bellas prendas. El canónigo Escoiquiz, tributaba una especie de culto religioso á los talentos de Napoleon, y todo cuanto hacia relacion al gran hombre, era para él sublime y respetable. No se ocultó al emperador este elemento poderoso, y supo manejarle con habilidad y cautela; el 2 de abril salió de Paris, dirigiéndose á Burdeos, con ánimo, segun propalaba, de encaminarse á la Península. Conocíase apenas este viaje en Madrid, cuando Murat aconsejó al rey que debia enviar alguna persona de rango y suposicion para recibir al emperador en la frontera, puesto que así lo exigian los buenos tratos y relaciones existentes entre las dos testas coronadas. Vino Fernando en su deseo, y el 25 partió de la capital el infante don Cárlos, acompañado del duque de Hijar y de los gentil-hombres Correa, Macanaz y Vallejo, haciendo ruta á Bayona. A medida que avanzaba el príncipe, mas oscuras é inciertas eran las noticias respecto á la aproximacion de Bonaparte. Murat, no obstante, defendia con teson que la llegada de aquel á la frontera debia verificarse de un dia á otro, y aun tuvo la audacia de proponer, que el monarca español emprendiese una espedicion errante y aventurera en busca de un soberano, cuya residencia y movimientos no se sabian con plena luz, dejando á su reino en poder de numerosas cohortes á quienes desembozadamente calificaba ya la opinion pública de agresoras y enemigas. Esta proposicion produjo sumo desasosiego y divergencia en el consejo: el ministro de Estado Ceballos, la combatió con calor y gran copia de razones; otros sugetos muy dignos siguieron su ejemplo, pero Escoiquiz siempre bajo el magnetismo moral del emperador, sostuvo sin rodeos, que la espedicion debia realizarse, y que una negativa, en su concepto intempestiva, podria ser un anuncio de guerra, ó cuando menos de mala inteligencia. Mas hay causas de índole tan maligna, que de los esfuerzos de la imaginacion sale victorioso el buen juicio; Escoiquiz aunque defendió ardientemente su dictámen, hubiera quedado derrotado sin la cooperacion de una circunstancia poco imprevista; el general Savary, legado de Napoleon, llegó entonces á Madrid y tuvo inmediatamente una conferencia con Fernando; fluctuaba este á impulso de los contrarios pareceres, aunque se inclinaba mas á diferir su viaje; entonces el sagaz frances le hizo presente que el emperador se hallaba pronto á reconocerle como rey de España, siempre que prometiese á su vez aceptar y renovar la buena armonía existente entre las dos naciones limítrofes, en los mismos términos que la observó Cárlos IV; protestándole ademas, saliendo garante con su cabeza, que sus derechos y posicion serian religiosamente respetados. Por último, concluyó Savary asegurando al monarca español, que la mejor sancion otorgada á esta alianza, y la prueba mas grata á la consideracion de su amo, seria salir á recibirle hasta Bayona, donde se robustecerian con sentimientos mas tiernos las simpatías que eran solo de política, dándolas así una solidez y fijeza inalterables. A una indicacion tan fuer-

te, se desvanecieron las dudas y se arrollaron los obstáculos; verdad es que algunos españoles honrados pretendieron arrancar de los ojos del jóven monarca la venda que le cubria, y que sostenia con tanto empeño su alucinado preceptor Escoiquiz; verdad es que nuestro compatriota Herves, intérprete de Savary, manifestó que aquel viaje seria muy funesto; verdad es tambien que con esto las sospechas reinantes debian haberse elevado á un grado de certidumbre inderrocable, mas no sucedió así; fiados en la palabra de Napoleon y en la de su emisario Savary, salieron de Madrid el 10 de abril, el rey, acompañado de los consejeros Ceballos, Muzquiz, Gomez Labrador y Escoiquiz, los duques del Infantado y San Cárlos, y los marqueses de Ayerve, Guadalazar y Feria. Puesta en marcha la régia comitiva, se internó en las vastas llanuras de Castilla, y llegó á Burgos el 12. Aquí tomaron ya los mas siniestros vaticinios voz y cuerpo de verdad; lejos de hallarse el emperador en Burgos, segun le habia anunciado Savary como muy verosímil, se ignoraba á punto fijo su paradero. Descubríase ya muy de cerca la perfidia mal velada por las sombras del disimulo, y sin embargo, la corte yacia sumida en las tinieblas, cuando torrentes de luz se derramaban por todas partes. Prosiguióse, pues, el viaje, y el 14 llegó el rey á Vitoria. Acogióle esta poblacion con singulares muestras de entusiasmo, pero al primer arrebato de gozo escitado por la presencia del soberano, sucedió bien pronto una tristeza profunda y una desazon intensa; miraba aquel pueblo leal con recelo y repugnancia al embajador frances; calificábale de instrumento de una intriga infame y bastarda; deploraba la suerte de su inesperto monarca, y se proponia evitarla. Empezaba tambien Fernando á salir de su letargo, y divisar el lazo que le habian tendido. Savary comprendió entonces, que un sacudimiento violento podia fracturar aquel, y queriendo evitarle y calmar la agitacion de Fernando, le aconsejó escribiese una carta al emperador, ofreciéndose él mismo á ser el portador. Partió, pues, Savary con direccion á Bayona, donde ya se sabia estaba Napoleon, y algunos distinguidos patriotas, deseando esplotar su ausencia beneficiosamente, se acercaron al rey, le hablaron con todo el calor que puede escitar en corazones generosos la presencia de un riesgo enorme, trazáronle con vivos colores un mapa bastante exacto de los males que iba á correr, si escuchaba aun las pérfidas sugestiones del emperador frances, y le propusieron algunos medios de evasion. El ilustre patricio don Mariano Luis Urquijo opinó porque el rey se huyese disfrazado, dirigiéndose al corazon de la Península; el duque de Mahon creyó mas acertado que la régia comitiva abandonase la carretera de Francia, y se refugiase en Bilbao. Todos estos pareceres eran dictados por el mas sano celo y mejor discernimiento, pero sufrian la oposicion mas viva de parte de Escoiquiz. Este, que era constantemente el alma de las resoluciones adoptadas por el monarca, manteníase en su devocion á los franceses, y sin acertar á comprender que las palabras de paz en boca de un conquistador son siempre espresiones de engaño, pugnaba porque se satisfaciesen los deseos de Bonaparte continuando el rey su comenzada ruta. Llegó por este tiempo á Vitoria, Savary, con la contestacion del emperador, llena de hiel y punzante acíbar, en la que se prodigaba el vilipendio al monarca de las Españas, se trataban sus derechos en la region de la duda, y se hacia depender con estudio su validez de la paralizacion de la causa mandada formar al príncipe de la Paz. «Esta cau«sa, decia Napoleon á Fernando, refi«riéndose á la mandada formar al cai«do favorito, fomentaria el ódio y las «pasiones sediciosas; el resultado seria «funesto para vuestra corona: V. A. R. «no tiene á ella otros derechos que los «que le ha trasmitido su madre; si la

«causa mancha su honor, V. A. des- «truye sus derechos.» Este lenguaje humillante no indignó como debiera á Fernando, venia rebozado con una esperanza quimérica, pero aceptada entonces como realizable, la de conceder por esposa al monarca español una de las princesas de la sangre imperial, objeto constante de los afanes y desvelos de Escoiquiz. Arrastrado el rey por los consejos del canónigo, se ofrecia á llegar hasta Bayona, pero en el momento de partir de Vitoria, se amotinó el pueblo, cortó los tirantes del coche en que debia ir aquel, y se opuso con tal fuerza de irritacion á la marcha, que fué necesario para calmar los ánimos espedir una proclama, en la que el rey aseguraba hallarse convencido de la franca y cordial amistad del emperador, y que lejos de ser aquella espedicion funesta, vendria á redundar en mayor provecho del monarca y bienestar de la nacion. Sosegáronse, pues, los vitorianos, y el rey se dirigió á Bayona, no sin esperimentar grave turbacion en su ánimo, y sentirse devorado por el pesar de una próxima desgracia, que él hubiera querido prevenir, mas escaseábale la fortaleza y nervio que requieren las empresas arrojadas, perdiendo algunas coyunturas de evasion con que la fortuna le brindaba, yendo él á pisar el suelo de su esclavitud, como la víctima humana que marcha al holocausto, con repugnancia, pero sin atreverse á huir. Apenas atravesó Fernando la frontera, cuando sintió desvanecérsele toda reliquia de esperanza, porque los tres grandes á quienes habia mandado cumplimentar á Napoleon, volvieron asaz tristes y pensativos, significando en su semblante lo que iban á declarar poco despues sus palabras. Espresaron, en efecto, haber oido decir á Bonaparte, que la rama de los Borbones debia considerarse para siempre escluida del trono de las Españas, cuya desconsoladora nueva abatió hasta lo infinito el ya azorado ánimo del rey, sin dejarle mas ilusion que la que el corazon humano fia á la casualidad aun en las mayores desgracias. Avanzaba el monarca lentamente sin que encontrase en parte alguna muestra de deferencia, ni otro indicio de haberse apercibido de su llegada al territorio frances, hasta que á muy corta distancia de Bayona salieron á recibirle el príncipe de Neuchateau y Duroc, gran mariscal de palacio, con la guardia imperial de Napoleon, quien se hallaba á la sazon en el palacio de Marrac. Iba este á recoger el fruto de sus largas é insidiosas combinaciones. Fernando se halla en Bayona bajo su férula, y el débil Cárlos IV cayó, sin advertirlo, en el lazo que con tanta sagacidad se le habia tendido. El general Monthion, enviado de Bonaparte, hombre diestro y de muchos recursos, pasó por órden de este á Aranjuez en tiempo en que el rey padre abdicó la corona. Conocia perfectamente Monthion el carácter de todos los personajes que iban á jugar en el drama que él mismo habia forjado; sabia que María Luisa era implacable y vengativa, y que á la cualidad de amante herida en lo mas vivo de su pecho, unia la de reina cargada de vilipendio y oprimida por el esceso de su amor propio; no se le ocultaba tampoco que Cárlos, apático y condescendiente de suyo, con la imágen del valido siempre delante de su imaginacion, y latente el recuerdo de su pasada desgracia, escucharia con docilidad cualquiera sugestion que le indujese á recobrar y componer su cetro hecho pedazos, y con el pleno goce de semejante conciencia, empezó á desarrollar hoja por hoja el catálogo de grandes escenas. Aduló á la reina, compadeció al rey, lamentó la suerte del favorito, recordó la favorable disposicion de su príncipe, encareció sus buenos oficios, y se condujo con tanta sagacidad, que el anciano monarca protestó al fin enérgicamente contra la abdicacion del 19 de marzo, suponiéndola hija de la violencia, y arrancada por el grito de una sedicion popular. Firmó la protesta con la misma fecha

del 19, en lo cual se notó posteriormente manifiesta contradiccion con lo espresado por aquel príncipe, en cartas particulares y con la fecha del 21, que la atribuyó despues como tendrémos ocasion de manifestar; todo lo cual probaba la mala naturaleza de su causa, porque el desconcierto es aliado natural de la sinrazon, y se necesita sumo estudio y trabajo para separarle de esta. Caminaban en el entre tanto Murat y la junta suprema de gobierno establecida por Fernando, y presidida por el infante don Antonio en mala cadencia y armonía. El primero, soldado altivo y orgulloso, rodeado de numerosas huestes, pretendia que todas las voluntades se plegasen á sus caprichos, y aunque habia la junta enfermado casi desde su instalacion, combatiéndola el vicio de la debilidad, que vino á ser mortal al cabo, sin embargo, contaba en su seno algunos hombres respetables, acendrados patriotas, y que sentian bullir por sus venas una sangre enteramente española. Pero estos por desgracia eran pocos, y se veian á cada paso oprimidos en sus reclamaciones mas briosas por la pesantez de una mayoría que, destituida casi de vitalidad propia, se movia mas bien á impulsos del general frances. Bien claro lo acreditó en la ocasion siguiente: Habia pensado Napoleon reunir en Bayona Cortes españolas, á fin de dar un viso de nacionalidad á sus arbitrariedades y tropelías, queriendo al propio tiempo que en aquellas se aprobase la esclusion de los Borbones, y reconociese como monarca de la Península á un miembro de la familia imperial. Concedió en su consecuencia á la junta la facultad de designar á los sugetos que reputase mas á propósito para desempeñar el cargo de diputados, pero Murat, deseando dar en cara á aquella corporacion con su envilecimiento y falta de dignidad, se anticipó á elegir los individuos que debian partir á Bayona, dando en ello una prueba mas de arrogancia y soberanía. Españoles y religiosos en el reconocimiento de sus deberes, no quisieron partir los electos sin obtener préviamente pasaportes de la junta, y esta, aunque desairada y llena de ultrajes, no tuvo dificultad en concedérseles. Acataba la junta ciegamente las órdenes de Napoleon y de su agente Murat; habian ambos concertado la salida para Francia de don Manuel Godoy, porque entraba en la política del emperador el que el favorito asistiese en Bayona á las conferencias que debian verificarse entre los principales miembros de la dinastía borbónica y las personas mas influyentes en los dos últimos reinados, y el gran duque de Berg exigió de la junta la libertad del valido. Solo una voz de oposicion se levantó entonces en aquella suprema aunque reducida asamblea; era la del ministro de Marina, señor Gil y Lemus, quien bajo de sus venerables canas encerraba el fuego y ardor patrio de sus mas verdes años. No obstante, su resistencia fué de todo punto infructuosa, en vano esforzó las razones de justicia y conveniencia que condenaban semejante paso, en vano adujo consideraciones de alta cuenta, y la muy principal de que el espíritu público, ensañado contra Godoy, se exacerbaria mas y mas, siendo difíciles de calcular sus escesos; la mayoría de la junta, intimada ó poco precavida, dió oidos á la indicacion del generalísimo frances, y decretó la libertad del príncipe de la Paz. Hallábase este confiado á la custodia y vigilancia del marques de Castelar, capitan de guardias de Corps, quien se negó á desprenderse del preso, y no pudiendo dar crédito á la órden que le presentaban, pasó á avistarse con el infante don Antonio, presidente de la junta. El pundonoroso Castelar, gozando el doble privilegio de la inteligencia y la honradez, ni acertaba á concebir una bajeza, ni se avenia á consentirla. Fué necesario que el infante le dijese terminantemente, que de la libertad de Godoy pendia el que el emperador reconociese á su sobrino como rey de España, y entonces Castelar se deci-

dió, aunque con sentimiento, á entregar el valido al coronel frances Martell. La sancion de todos estos actos, constituia una grave responsabilidad para la junta: conocíalo ella misma, y queriendo dividirla no menos que robustecerse, llamó á su seno á todos los decanos y presidentes de los consejos, confiriendo el cargo de secretario al conde de Casa-Valencia. Previa, ademas, que iba á quedar entorpecida en sus funciones por la violencia y despótica conducta del general estranjero, y como los momentos en tiempo de crísis tienen el valor de siglos, no se atrevia á esperar la respuesta de Fernando, consultado anteriormente segun hemos indicado ya, y á propuesta de Gil y Lemus, nombró para que la sucediese en el caso de tener cumplido y material efecto sus recelos, otra compuesta del conde de Ezpeleta, capitan general de Cataluña, en concepto de presidente, y en el de vocales, de los generales Cuesta y Escaño, de don Melchor Gaspar de Jovellanos, y por su ausencia de los señores Perez Villamil y Gil de Taboada, la cual debia reunirse en Zaragoza. Fermentaba en el pais, entre tanto, un sordo descontento, parecido al rumor monotono y frecuente que precede á una gran tempestad. Las inconsideraciones de los franceses, la altivez de su jefe, la capciosa conducta observada con el monarca, y el hábito de conquistadores que iban tomando los estranjeros, trocaron las primeras prevenciones en refinada antipatía, mejor dicho, en cubierta aunque intensa enemistad. Anhelábanse ya ocasiones de venir á las manos con los imperiales, pero nadie se resolvia á tomar la iniciativa. Dominando generalmente esta fluctuacion, postrimer término de la mesura, se sintió en Toledo una oscilacion que pudo haber cundido mucho, si no se la hubiera paralizado con tiempo. Indignado el pueblo contra el ayudante general frances Marcial Tomas, por las espresiones que vertia en mengua y desdoro del monarca, corrió á apoderarse del retrato de este, le llevó en procesion por las principales calles, obligando á saludarle á españoles y franceses, se arrojó despues á la casa del corregidor Santa María y de otros dos ó tres sugetos, suponiéndoles afectos ó parciales de Cárlos IV y su privado, destrozó y quemó los muebles mas preciosos, imprimiendo en todos los objetos el sello de su encono. Apenas tuvo noticia de estos sucesos el general Dupont, se dirigió aceleradamente desde Aranjuez á Toledo, y entró en esta poblacion el 26 de abril al frente de una poderosa falange. El imponente aspecto de esta fuerza, y las persuasiones del cabildo, lograron entibiar la efervescencia, sin destruir los gérmenes de aversion. Tambien Burgos se conmovió en igual época con motivo de la llegada de un correo, hallándose espuesto á ser víctima de la ira popular el intendente marques de la Granja. Pero donde la agitacion se ensoberbecia y amenazaba con una esplosion temible, era en la capital. Habian los madrileños cobrado á Murat un ódio implacable, y él, como sus tropas, les correspondian con el insulto y la insolencia. Se hallaban tan escandecidos los ánimos y tan enardecidos los sentimientos, que á veces hechos inocentes se interpretaban de una manera siniestra, sirviendo de ocasion y campo á murmuraciones y quejas. Esa susceptibilidad rara es el anuncio de grandes acontecimientos, porque indica el último término de resignacion. Unos se figuraban tratar á un pueblo vencido, aunque no lo espresasen, y este, arrastrado por la noble afeccion de su independencia, ansiaba romper los vínculos de falaz amistad que le unian á sus enmascarados opresores, aunque preferia ser provocado abiertamente por estos. Hasta entonces las medidas mas arbitrarias se habian autorizado con el pretesto de la mejor conveniencia de Fernando; ahora iba á desaparecer este pretesto, y á romperse la última valla de consideracion. El dia 29 de abril pasó

Murat á avistarse con el ministro de la guerra Ofarril y despues de mil ambajes y rodeos le manifestó, que Cárlos IV habia protestado contra su abdicacion, y que él como órgano mas competente, debia participárselo á la junta, á fin de que dictase las disposiciones mas oportunas, acatando por de pronto la reconquistada potestad del monarca padre. Estupefacto quedó el español al escuchar este lenguaje, y vuelto apenas de su asombro corrió á noticiárselo á la junta; quien deseosa de ganar certeza en asunto de tanta importancia, comisionó de nuevo á los ministros Ofarril y Azanza, para que tuviesen otra entrevista con el gran duque. Arrojó esta el mismo resultado que la primera. Sirvió esta segunda conferencia para dar mas plenitud á la acongojadora verdad, y convencida de ella la junta acordó decir al gran duque que la protesta debia comunicársela no por él, sino por el mismo Cárlos IV; que su mision en todo caso se reducia á hacérsela saber al jóven monarca, y que si el rey padre, habia en efecto revalidado sus derechos, debia abstenerse de ejercer atribucion alguna soberana durante su espedicion á Bayona, consultando para ello la conveniencia y tranquilidad del pais, fuero supremo al que deben arreglar sus actos todos los soberanos. Vióse bien pronto satisfecha la junta en cuanto á la primera de sus pretensiones; Cárlos IV, anunció directamente al infante don Antonio, haber protestado contra su abdicacion del 19 con fecha del 21, fecha que como ya advertimos, aparece contradictoria é inexacta. Confirmó al propio tiempo al infante el poder discrecional y absoluto que le habia delegado Fernando, y él partió de Aranjuez en compañía de su esposa y servidumbre el 25 de abril, dirigiéndose al confin de las antiguas Galias. Agravóse en gran manera la opinion del público madrileño con este paso del anciano monarca; creyóle dado á impulsos del general frances, y la ira que desde largo tiempo se abrigaba en los pechos castellanos, desconoció al fin la voz de la prudencia, ahogándola con los acentos de noble indignacion. A pesar de la inminencia de un conflicto, no economizaba Murat sus insolencias, ni ponia riendas á su orgullo. Fundábale entonces en las numerosas huestes que le sostenian, parte de las cuales ceñian á la capital en casi no interrumpido cordon, y parte se albergaban en el corazon de la misma. Con efecto, un formidable cuerpo de tropas bajo las inmediatas órdenes del mariscal Moncey, soldado de gran reputacion, se hallaba acantonado en Fuencarral, Pozuelo, Chamartin, convento de San Bernardino y Casa de Campo; Dupont tenia sus divisiones en Aranjuez y Toledo; de modo que doblando una marcha, podia encontrarse á las puertas de la capital, y por último, en el recinto interior de esta, habia la guardia imperial de caballería, algunos batallones de conscriptos y una division de infantería, bajo la conducta del general Musnier. Formaban entre todas un grueso de veinte y cinco mil hombres, los mejores soldados de la Europa y del mundo entero, cubiertos unos de laureles conquistados en los mas famosos campos de batalla, y alentados otros por la esperanza de la gloria que ya se habia hecho como su natural patrimonio. Capitaneábanles jefes hábiles, llenos de prestigio y talentos, con el orgullo de conquistadores que equivale á la conviccion de una justa defensa, y que acrecentando el coraje no deja pensar en la derrota. Hasta el dia ningun conquistador ha pensado en los grandes reveses de la fortuna; si él los hubiera previsto no habria sido conquistador. Tan poderosos elementos tenia en su auxilio el gran duque de Berg, y tan escasos al parecer eran los en que descansaba la independencia de los madrileños; tres mil hombres de guarnicion, y una autoridad suprema, tibia, recelosa y amedrentada por la perspectiva del peligro, indecisa en sus resoluciones, sea por debilidad, sea por las contradictorias órdenes que recibia del nuevo monarca, pues en efecto, el con-

sejero del rey, Ceballos, despues de haberla, como hemos visto, concedido omnímodas facultades y escitado á las hostilidades, envió al oidor Ibarnavarro con el encargo especial de anunciarla, que era la voluntad del soberano no se hiciese innovacion alguna en la conducta observada con los franceses. Afirmaba al propio tiempo Ibarnavarro haber oido decir al rey, que estaba decidido á defender sus derechos con la vida, y que preferiria morir á acceder á una renuncia indecorosa é inícua. Tan desorientados andaban unos y otros del verdadero rumbo que debian seguir en aquellas difíciles circunstancias. No se mostraba abatido ni temeroso el pueblo como la junta; cuando las masas tienen el ódio en el corazon, y la irritacion en la cabeza, si alguna vez cuentan sus enemigos, es para saber el número de los que han de esterminar. Los madrileños exasperados se reunian en grandes corrillos, en los sitios mas concurridos y principalmente en la Puerta del Sol, donde se murmuraba abiertamente de los franceses, y se atacaba sin piedad su conducta, aunque siempre en los límites de la justicia, permitiendo este desahogo á sus tristes y dolorosas impresiones. Habia llegado la efervescencia á tal grado de elevacion, que bien pronto pasó de la queja á la ofensa. El dia primero de mayo de 1808, era á la sazon domingo, y habia Murat como de costumbre despues de oir misa en el Cármen, pasado revista en el Prado, y al regresar á su palacio se dirigió por la calle de Alcalá y Puerta del Sol, en cuyo último punto fué acogido por una silba estrepitosa y confusa gritería. Irritóse el gran duque, pero no se atrevió á entablar en aquel instante la demanda de su resentimiento, y fué á ocultar su despecho en el fondo de su palacio, y á combinar sus medios de venganza. Vínole á las manos uno y le empleó con premura. Como Napoleon estaba fuertemente empeñado que ningun miembro de la dinastía borbónica, ciñese en lo succesivo la diadema española, quiso arrancar á todas las personas reales del suelo peninsular y trasladarles á Bayona, llevándose en ello el doble objeto de quitar á los efectos presentes toda personificacion, á los futuros recuerdos, toda divisa viva ó caudillo, y de hacer que aquellas conviniesen en la renuncia de sus mas preciosos derechos. Habia conseguido atraer á sus dominios, del modo tan siniestro y reprobado que sabemos ya, al jóven monarca Fernando, á su hermano el infante don Cárlos, y á los reyes padres; restábale pues verificarlo con el infante don Francisco, niño de muy pocos años, la reina de Etruria, hija tambien de Cárlos IV, y el hermano de este príncipe don Antonio Pascual, presidente á la sazon de la junta suprema. Siguiendo sus sugestiones y escuchando el propio resentimiento, anunció Murat á la junta, que en un término muy perentorio debian salir para Francia, la de Etruria y el don Francisco. Este anuncio terrible, hecho en momentos tan críticos, petrificó, por decirlo así, á la junta, y embargó sus facultades. Conocia que era llegado el caso de una hostilidad abierta, pero no atreviéndose á salir de los límites de la prudencia, virtud, que la opinion ajena confunde muchas veces con el temor, encargó al ministro de la Guerra, Ofarril, contase los elementos de resistencia que habia en la capital y los espusiese ante la junta. Cumplió Ofarril su mision con una fidelidad sobrado rigorosa, y la pintura que hizo del estado de Madrid fué tan lamentable, que la junta ya anteriormente perpleja y atemorizada, acordó 1.° acceder á los deseos del generalísimo frances: 2.° que en caso que se alterase con semejante motivo la tranquilidad pública, la junta uniria sus esfuerzos á los del gran duque para restablecerla inmediatamente. Participóse á Murat el anterior dictámen y aquel fijó la partida de los infantes para el dia 2 de mayo. Apenas se esparcieron estos rumores por la multitud, cuando se encendieron los áni-

mos; precipitóse el desasosiego convirtiéndose en un movimiento convulso y desesperado. Llegó la mañana del 2, y una porcion considerable del pueblo, inundó las avenidas del palacio donde se hallaban los carruajes; su sola vista conmovió á las masas, pero á este primer síntoma de dolor, sucedió la calma y la espectacion mas profunda. A las once poco mas ó menos partió la reina de Etruria. Esta señora habíase mostrado siempre tenaz opositora á los intereses de Fernando; a su influjo, á sus oficios, á sus secretas inteligencias con el gran duque se debió en gran parte la protesta de Cárlos. Era de un espíritu mezquino aunque ambicioso, y mas fascinada que ninguna otra persona por la doble política del emperador, se habia figurado obtener de este un trono para cada uno de sus hijos. El pueblo la vió partir con indiferencia, sentimiento que es muchas veces peor que el del ódio y que es generalmente su sucesor. Quedaban aun otros dos coches y empezó á susurrarse que estaban destinados á los infantes don Francisco y don Antonio. En celada ya los asistentes, vacilaban en acometer como temerosos de la eleccion del momento. Salió entonces un criado á decir que don Francisco no queria marcharse y que lloraba mucho. Estas palabras enternecieron á la multitud, y los semblantes compungidos se veian inundados en lágrimas ó contraidos por la rabia y el despecho. Aparece á la sazon en aquel sitio el ayudante de Murat, Mr. Lagrange, y al verle se estiende y circula rápidamente la voz de que viene á apresurar el viaje: agítanse las olas de aquella espesa muchedumbre, y una mujer de las clases mas bajas del pueblo esclama: «¡nos quedamos sin personas reales!» Estas pocas palabras producen un efecto mágico; rómpense las apiñadas turbas y vienen á caer con ímpetu sobre el ayudante frances. Hubiera este fenecido muy luego sin la bizarría y denuedo del oficial de walonas, Desmanieres y Florez, quien le cubrió con su cuerpo, pero al cabo ambos habrian sido víctimas de la ira popular, sin la oportuna intervencion de una patrulla francesa. Recibió Murat la noticia de estos acontecimientos poco tiempo despues de haberse inaugurado, y decidido á ahogar la lucha en su cuna desplegando una energía feroz, mandó al sitio del peligro un batallon con dos piezas de artillería. Acometen con furor los estranjeros á la multitud en su mayor parte inerme, disparan las bocas de fuego, y se proponen bañarse en la limpia sangre española. Huye á las primeras descargas el irritado pueblo, pero no renuncia á la justa satisfaccion de su venganza. Cada uno encuentra en su cabeza consejos y en su casa un arsenal; estiéndese con la fama del suceso la mancomunidad del peligro y de las intenciones belicosas; los leales madrileños oyen la voz de independencia, y se conjuran instantáneamente contra un invasor detestado. Corren todos á las armas; allí no se conocen clases, distinciones ni gerarquías; uno es el sentimiento, uno el enemigo á quien debe rechazarse, y una la inspiracion del valor y la suma de los esfuerzos. Llénanse de gente armada en pocos minutos las calles Mayor, de Atocha y la Montera, los franceses son en ellas perseguidos, puestos en fuga ó inmolados los que resisten, pero en medio de aquella espansion tremenda de ódio y de frenesí popular, se vieron rasgos muy dignos y que hacen singular honor á nuestros compatriotas. En el encarnizamiento con que pelcaban se acuerdan de que mantienen una causa justa, y de que la justicia es inseparable aliada de la beneficencia, y si alguno de los odiados franceses se rinde é implora piedad, encuentra en los españoles un perdon noble y generoso. Sosiégase la refriega durante un corto intérvalo; creen los madrileños apuradas las fuerzas de los estranjeros y conturbado su ánimo, y se dan el parabien de la victoria; pero el desengaño mas cruel viene á desvanecer esta tem-

prana ilusion; nuevas y robustas legiones francesas avanzan simultáneamente por las calles de Alcalá y Carrera de San Gerónimo, y vienen precedidos del terror y el desenfreno. Las casas del tránsito son entregadas al pillaje, y el portero de la del duque de Hijar, es asesinado con la mas fria perversidad. No hubieran corrido mejor suerte el marques de Villamejor y el conde de Talara, sin la favorable intervencion de algunos jefes franceses sus alojados. Todavía sigue el pueblo defendiéndose con teson; los grupos de paisanos diseminados con estudio mortifican mucho á las huestes francesas, pero su resistencia iba siendo ya ineficaz, porque no podian impedir el sucesivo progreso de aquellas. Durante estas tumultuosas y cruentas escenas, un cuerpo de tropas españolas consistentes en tres mil hombres, permanecia encerrado en sus cuarteles. Bramaban de cólera y de impaciencia al ver correr la sangre de sus compatriotas, mientras ellas permanecian en la inmovilidad, mas no se atrevian á quebrantar las órdenes terminantes y represivas del capitan general don Francisco Javier Negrete. La lucha entre un pueblo inesperto, novicio en el manejo de las armas, sin jefes ni guias, y unos soldados aguerridos y observadores de la mas fiel disciplina, era digna, heróica sin duda, pero insostenible durante largo tiempo. Los denodados madrileños, cansados de defenderse con éxito en las calles principales, corrieron al parque de artillería, con ánimo de apoderarse de los cañones; los artilleros dudan, titubean algunos momentos sobre el partido que deben adoptar, pero los mas resueltos unen su causa á la del pueblo, y dos dignos oficiales, cuyo nombre inmortalizaron sus hazañas en aquel infausto dia, don Luis Daoiz y don Pedro Velarde, se ponen al frente de las desordenadas turbas, sacan dos piezas de batir, y se resignan á esperar la muerte cumpliendo con el mas sagrado de sus deberes. Avanzan entre tanto las legiones francesas que se hallaban acantonadas en San Bernardino á las órdenes del general Lefranc; rómpese el fuego por una y otra parte; el de los españoles es vivo y certero; el de los franceses poderoso y nutrido; cae bien pronto gravemente herido el oficial de artillería Ruiz, y Daoiz lo es tambien en un muslo, pero mas que al riesgo propio atento al comun peligro, olvida su sangre que corre en abundancia, y solo piensa en vengar la de sus paisanos. El fuego seguia devorador y constante; las columnas francesas padecen una quiebra considerable, pero en este momento crítico escasean las municiones; en vano el denodado Velarde recoge algunas piedras de chispas suficientes para dos disparos, pues que agotadas del mismo modo estas, Velarde va á buscar nuevos proyectiles instrumentos de muerte. Los maltratados franceses enarbolan entonces bandera de paz y capitulacion; seducen estas engañosas demostraciones al incauto Daoiz; suspéndese pues el fuego, y los agresores rodean al bravo oficial que apoyado en el cañon vende cara su vida defendiéndose con heróico valor hasta exhalar el último aliento. Volvia ya Velarde con algunas, aunque escasas municiones, y un oficial polaco le dispara un pistoletazo á boca de jarro que le derriba cadáver en tierra. Así murieron estos dos ilustres patricios, modelos de arrojo y civismo, y á quienes la posteridad les otorgará el lugar y sobrenombre que la opinion adjudica á los héroes. Otros les reemplazaban en la reñida contienda, y habíase encrespado tanto y presentaban tantas apariencias de prolongacion y resistencia, que la junta, poderosamente conmovida al notar tantas calamidades, hubo de pensar en ponerlas un término, y enviar á dos de sus individuos, los ministros Ofarril y Azanza, á avistarse con Murat, y convenir en los medios de apagar tan sangrienta hostilidad. Hallábase el generalísimo frances en la cuesta de San Vicente, rodeado de sus principales subalternos, y contemplan-

do con fria calma los progresos y horrores de la lucha: sin embargo, accedió muy luego á los deseos emitidos por Ofárril y su colega, ofreciéndose á mandar retirar sus tropas siempre que estos calmasen ó entibiasen la saña y crudeza populares. Partieron de allí los españoles acompañados del general frances Harispe, y reunidos á algunos consejeros recorrieron las calles amonestando y persuadiendo al pueblo, que sumiso y dócil á sus palabras de reconciliacion y concordia, deponia sin la menor dificultad las armas, dando uno de esos raros ejemplos de subordinacion, que por lo mismo que son raros, y apenas relatados en las crónicas seculares, aparecen mas sublimes y grandiosos. Los madrileños se mostraron aquel dia acreedores por un doble título á la consideracion y aprecio de las generaciones futuras; principiáronle como patriotas puros y ardientes, y acabaron como dignos y honrados ciudadanos. La ingratitud mas negra y la mas baja perfidia, fueron la sola recompensa de tan brillantes esfuerzos. Murat, sugerido por el ódio y animado por la confianza y tranquilidad, espidió un bando sangriento por el que se imponia la pena capital á todos los españoles que se encontrasen con armas en las calles. Procedieron en armonía con tan inhumana órden las tropas francesas á la inquisicion mas odiosa, y muchos desgraciados á quienes habian encontrado tigeras, agujas, cortaplumas y otros instrumentos de esta especie, eran conducidos á la casa de Correos y procesados allí sumariamente por una comision, á cuya cabeza se hallaba el capitan general Negrete, les arrastraban sin distincion de personas, sexos, ni categorías al Prado ó al Retiro, donde los ametrallaban en grandes grupos con la mas indefinible fiereza. El lóbrego manto de la noche cubrió en parte tan inauditos horrores, pero la despejada claridad del dia siguiente vino á iluminar escenas de igual naturaleza repetidas con un cúmulo de barbárie en la montaña del Príncipe Pio. En estos deplorables momentos de hidrofobia política, se violó tambien el sagrado asilo de las iglesias, y la de la Soledad vió manchado su pavimento con la sangre de víctimas inocentes. La pluma se cae de las manos al referir estas crueldades; un pueblo que defendia su independencia debia aparecer respetable aun ante los ojos de sus mismos enemigos. Pero los criminales políticos tienen aun menos razon y conciencia que los civiles, aunque espian tambien sus delitos de un modo mas estrepitoso; la sangre vertida en Madrid tiñó la punta de una larga cadena de sucesos que acabó con la caida de Napoleon y la violenta muerte de Murat. Mientras acontecimientos tan dignos y dolorosos tenian lugar en la capital, otros vergonzosos y degradantes acaecian en Bayona. Habia llegado á esta poblacion Cárlos IV el dia 30 de abril, y al inmediato dia 1.° de mayo fué convidado á comer por Napoleon. Terminada la comida, el anciano monarca hizo llamar á su hijo, y apenas se hubo presentado le afeó su pasada conducta, midiéndola con las espresiones mas duras y ultrajantes, y acabó asegurándole que la abdicacion del 19 habia sido un acto de inaudita violencia, y que su investidura de rey debia desaparecer en el momento como procedente de un orígen impuro. Quiso Fernando aventurar algunas reflexiones y defender sus ultrajados derechos, pero una esplosion de amenazas de parte de sus irritados padres, y la imponente voz del emperador, que tomando un tono resuelto y concluyente, dejó oir estas notables palabras: «Príncipe, no hay medio entre abdicar y morir» le hicieron enmudecer. El carácter de Fernando pecaba de pusilánime y asustadizo, y así es que se retiró de aquel sitio con propósito de acceder á las imperiosas exigencias de su padre y del emperador. Pero como el abandono de una corona hace una ruidosa impresion en el alma menos capacitada, trató de disputar todavía el triunfo á sus antagonistas

aunque en términos flojos y desmadejados. Envió muy luego á Cárlos IV el documento de abdicacion, si bien con algunas cláusulas ó cortapisas tales, como la de que regresase el anciano monarca á Madrid yendo él en su compañía; que se reuniesen en esta metrópoli de la monarquía diputados de todas las provincias, ó cuando no, una junta de tribunales para que fuesen testigos de su renuncia: que el soberano padre no permitiese volver á España alguna de las personas que se habian captado la animadversion del pais, y que si aquel no queria empuñar de nuevo el cetro, su hijo Fernando tomaria las riendas de la gobernacion con la cualidad y carácter de delegado suyo. Parte de estas condiciones eran algo duras; pero parte, y la mayor sin duda, resultaban bastante admisibles; mas engreido Cárlos con una victoria obtenida á tan poca costa y que habia engañado hasta sus cálculos mas lisonjeros, y dominado ademas por el emperador en cuyo plan no entraban seguramente semejantes restricciones, repelió las condiciones propuestas por su hijo, y le escribió con fecha 2 de mayo en un lenguaje duro y cáustico, que no dejó de exasperar algo á Fernando y de despertar sus amortiguados bríos, y así le respondió con fecha del 4 manifestándole que no podia arrancarse el derecho á la sucesion del trono á toda una rama de descendientes, de un modo que tenia visos de violento y poco legal; que para ello se necesita el conocimiento y asenso de las Cortes, y de todas las personas á quienes se queria defraudar tan justa prerogativa. Mientras que dos soberanos celebraban con escándalo en un suelo estranjero estas escenas indecorosas y mezquinas, los invasores á quienes la imprudente conducta de uno habia traido á la Península, y la apatía y torpe aquiescencia de otro á los consejos de áulicos ignorantes é imbéciles, habian hecho poderosos; los invasores, pues, empezaban á cebarse en la sangre de los desvalidos pueblos, é inauguraban por su parte un drama tan magnífico como terrible. Sabedor apenas el emperador de los sucesos del dia 2 de mayo, se los anunció á los reyes padres, y de acuerdo y comun concordia mandaron llamar á Fernando. Ofrecióse á su presencia el soberano de dos mundos con continente mústio y contristado, y con tan enorme zozobra en el corazon que se revelaba bien á las claras en su fisonomía. Un aventurero ensalzado por la revolucion, un padre ofuscado y una madre vengativa, iban á descargar sobre él la lluvia entera de sus diversos sentimientos; colmáronle, en efecto, de injurias; afeáronle su conducta, y fueron tan pródigos en calificaciones y denuestos, que Fernando, perdida ya la poca energía que le restaba, firmó la abdicacion el dia 6 en los términos y modo que le habian preceptuado. Ya preventivamente habia verificado Cárlos IV un tratado con el emperador por el que le cedia sus derechos á la corona de España; tratado que firmaron con el carácter y atribuciones de plenipotenciarios, don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, y el gran mariscal de palacio Duroc. Así acabó la flaqueza de ánimo lo que habia empezado la ambicion mas bastarda; así la obra de la insensatez recibió el sello de la ignominia. El favorito, con sus sueños de engrandecimiento, habia traido los ejércitos del usurpador del lado acá del Pirineo y concluia poco menos que mendigo y errante, deshonrándose á sí propio, deshonrando á su soberano y escupiendo en su mismo abatimiento á la nacion que le habia dado el ser. Tal es el regular fruto de empresas aventuradas y locas: cuando los altos funcionarios públicos empiezan por mirar á sí propios sin cuidarse del pais que rigen, el peligro y menoscabo de este pais es inminente, y la ruina de aquellos, cuando no cercana, segura; porque los juicios de una nacion son tan inexorables como los juicios del destino. No se habian plenamente satisfecho los deseos del emperador con la humillante renuncia de

Fernando; necesitaba que este príncipe, así como sus hermanos, desconociesen sus derechos adquiridos al nacer. Es mas fácil retroceder en la senda de la energía, que hacer alto en la de la debilidad; Fernando y sus hermanos se plegaron humildemente á esta nueva exigencia del déspota; uno renunció su título y carácter de príncipe de Asturias; los otros adjuraron su propio rango en una proclama espedida en Burdeos con fecha del 12 de mayo; unos y otros trocaron sus eminentes prerogativas por una pension anual de cuatrocientos mil francos. Igual suerte la cupo á la reina de Etruria, sin que le valiera alegar sus buenos oficios y proceders con Bonaparte y Murat. Cálculo es del ambicioso el esplotar todos los servicios posibles, pero es mas constante el olvidar, cuando ya son inútiles á las personas que se les han prestado. Al descollar la ambicion subordina á sí todas las afecciones, y ahoga principalmente el menor respiro de la gratitud; porque esta la es muy nociva. Los sucesos que acaecian en la Península y en el norte de la Francia, tenian eco y correspondencia mútua. La junta suprema de gobierno degenerando cada vez de su primera naturaleza, acababa de contraer una inhabilidad completa para regir el eje de la nacion en tan aguerridas circunstancias. Pretendió erigirse en su presidente el gran duque de Berg, y aunque Gil y Lemus se opuso con valentía, quedó derrotado como siempre, y Murat logró su intento, robando á aquella corporacion el viso de nacionalidad que en su pasada abyeccion habia conservado. Desde este momento, de autoridad española apenas conservó mas que el nombre, pero en intereses y en ideas estaba asociada íntimamente al general frances. Claro lo demostró uno de sus miembros, Azanza, en el período que vamos desenvolviendo. Habia llegado, segun espusimos, á Bayona el comisionado Perez de Castro, y en las primeras conferencias que tuvo con el rey y con el ministro Ceballos, les manifestó cuán graves se iban volviendo las dificultades por la entrada de los franceses y su permanencia en la Península, cuál era la conducta de estos, cuál la estrecha posicion de la junta, y cuántos los choques y embarazos que á cada paso le entorpecian al proceder en el desempeño de su arriesgada mision. Solicitó por consiguiente su soberano dictámen en el creciente compromiso, y el monarca, aunque repiso y acobardado, espidió dos decretos, otorgando por el primero á la junta la facultad de sustituirse, autorizándola para que cerrase la frontera á las tropas invasoras, y rompiese las hostilidades; y previniendo por el segundo al consejo que convocase inmediatamente las Cortes del reino. Recibió el secretario de Gracia y Justicia, Azanza, los dos decretos, y lejos de darlos el giro y publicidad debida, incurrió en tan vergonzosa debilidad, que temiendo atraerse la ojeriza del generalísimo Murat, si llenaba uno de sus mas sagrados deberes, guardó el mas absoluto silencio respecto á los decretos referidos, suprimiendo en caso tan grave la accion de unas medidas que podian haber producido resultados inmensamente beneficiosos. Cuando una persona por debilidad se asocia á todos los planes de un enemigo de su pais, no le falta mas que el nombre para ocupar el lugar que la opinion pública señala á los traidores. Tanto era el desaliento y tan intensa la postracion de las dos primeras corporaciones, el consejo de Castilla y la junta, que habiendo significado Napoleon su deseo, de que solicitasen estas por rey de la Península á su hermano José, se vió muy luego religiosamente obedecido, no vacilando tan desatentadas autoridades en romper todos los vínculos de consideracion y respeto que las unian al destronado monarca, á quien debian su vida, y cuyos intereses estaban llamadas á representar. Pero ni esta aquiescencia culpable, ni los artificios del generalísimo Murat, lograron cal-

mar la esplosion de los justos resentimientos que abrigaban los españoles. El principado de Asturias, tan ilustre en todas las épocas de nuestra historia, fué quien lanzó primero el grito de independencia y de esterminio á los usurpadores. Los acontecimientos del dia 2 de mayo en Madrid, llenaron de noble indignacion á los asturianos, y las sangrientas disposiciones adoptadas por Murat en la metrópoli, avivaron su ódio hácia el generalísimo, y su intencion de resistir dominacion tan inícua. Cuando estas primeras ideas iban ya madurando y apoderándose de los ánimos, se esparció la voz de que el gran duque habia espedido un bando con fecha del 3, por el que se estendian las medidas de terror á todas las poblaciones que siguiesen el ejemplo de la capital. No fué menester ya mas para quebrantar todo linaje de consideraciones; al publicar el bando algugunos miembros de la audiencia en union del comandante de armas Llano-Ponte, se vieron detenidos por una multitud de personas de todas las categorías y condiciones, que gritaban con un fervor creciente. «Viva Fernando VII: muera Murat y sus franceses.» El aspecto de la muchedumbre que iba en aumento, sus gritos y la exaltacion de que se hallaba poseida, arredraron al comandante y los oidores, que conociendo los graves peligros que iban á correr si insistian en su primer intento, le abandonaron por fin, y se retiraron sin promulgar el bando. Entonces aquel numeroso gentío se dividió en grandes grupos, y se dirigió á la sala donde la junta provincial celebraba sus sesiones. La mayor parte de los diputados aplaudia la generosa resolucion, que pretendia quebrantar á viva fuerza el acerado yugo de los estranjeros, pero habia entre aquellos, espíritus muy limitados ó muy prudentes, que aconsejaban la templanza, creyendo que solo el delirio ó la efervescencia podian aconsejar una lucha tan desproporcionada y desigual. Estos hombres, que tomaban erradamente por norte de sus cálculos el estudio de los tiempos ordinarios, eran muy pocos, y sus avisos fueron al pronto sofocados por los gritos de entusiasmo. Por el contrario el juez don José Busto, y los condes de Peñalva y Toreno, alentaron á los patriotas, auguraron bien su decision, y proclamaron como primer principio de su conducta el desacatamiento á las autoridades francesas. Pero como la zozobra se habia arrojado en tan mala hora entre aquellos ánimos, y como se habian enumerado sobrado minuciosamente los peligros, cuando solo su abstraccion ó su olvido podia mantener el valor de parte del pueblo, de aquí el que muchos empezaron á titubear; varios diputados reputaban ya como arrebato febril aquellos arranques de entusiasmo, y los primeros bríos estuvieron á punto de estinguirse sustituyéndoles una reaccion penosa. Presidia á la sazon la junta el marques de Santa Cruz de Marcenado, hombre probo, escelente patricio, que tenia en poco una vida trabajada por los años para no decidirse á inmolarla en las aras del bienestar comun. Notando el marques que la discusion tomaba un giro peligroso, y que los diputados Velasco y Florez abogaban con demasiado calor por las ideas de paz, se levantó de su asiento y esclamó con voz solemne: «No pre«tendo, señores, cambiar la resolucion «de los demas, pero en cuanto á mí sé «decir, que en cualquier punto en don«de se levante un hombre contra Na«poleon, tomaré un fusil é iré á colo«carme á su lado.» Estas valientes palabras acabaron con la irresolucion, y todos se decidieron á esperar tranquilos el momento de verse provocados. La noticia de estos acontecimientos produjo en el gobierno de Madrid irritacion y asombro profundísimos. Creia Murat haber embargado con el terror los ánimos y acallado la efervescencia, y apenas acertaba á comprender que un oscuro rincon de la Península, lejano del foco de sus intrigas, y por lo tanto menos irritado, hubiese resonado

con gritos de desafío á sus legiones, á las huestes del emperador, cuyo solo nombre infundia pavor y espanto á las mas fuertes potencias europeas. Pero precisado á creer en la verdad de los hechos, se apresuró á estinguir esta primera llamarada de la discordia, temiendo y con fundamento, que aquel alarde de inaudito patriotismo, encontrase correspondencia é imitacion en otras muchas provincias. Envió á Oviedo, con el carácter de comisionados del gobierno central, al conde del Pinar y al oidor Melendez Valdes, y encargó la comandancia general de la costa cantábrica al jefe militar La Llave. Estas medidas sobre ser ineficaces, solo sirvieron para añadir algunos grados mas al inaugurado conflicto. El pueblo recibió á los comisionados con ojeriza y encono, y los valientes asturianos, que iban con peligro inminente de sus vidas á conquistar su independencia, se reunian sin recato en casa del canónigo don Ramon de Llano-Ponte, alma del movimiento, donde se combinaban los planes que debian asegurar el alzamiento, y se ofrecian largos dispendios de gentes, provisiones y dinero. En aquellos momentos todo era sublimidad y desprendimiento; los mas avaros presentaban espontáneamente sus fondos, y los mas tímidos hacian caso de honor el solicitar armas con que combatir por su patria. Cuando se lastiman los mas sagrados derechos de un pueblo, es capaz este de casi fabulosas acciones. Habíase fijado el trance violento y decisivo para el 24 a las once de la noche, hora en que un repique general de campanas anunciaria á los patriotas era llegado el caso de terminar la comenzada obra. En el entretanto los mas ardientes defensores del pueblo, trabajaban con estraordinario celo y perseverancia. El canónigo Llano-Ponte y don Manuel Miranda habian consentido en constituirse jefes de la multitud, y el juez Busto hacia fuertes escitaciones á los alcaldes subalternos, para que comprometiesen á sus subordinados á concurrir á la defensa de la causa nacional. Este espediente produjo los mas halagüeños resultados; el 24 al toque de oraciones, entraron por las puertas de Oviedo numerosos grupos de paisanos, y fueron á recibir las órdenes de Llano-Ponte. Venian todos inflamados de ódio contra la dominacion francesa, y esperaban ansiosos el instante de obrar. General y casi unánime era la espectativa, cuando dieron las once, hora concertada, y el silencio mas profundo sucedió á las duras vibraciones del reloj. Helados de terror quedaron unos y avasallados por la cólera y la mas viva impaciencia los ánimos de los otros; todos se deshacian en cálculos y conjeturas, y nadie atinaba con la esplicacion de tan estraño accidente. Condicion es del entendimiento humano cuando cree próxima una desgracia, desatinar en las verdaderas causas que la promueven. Por último, dieron las doce y las campanas tocaron á rebato; su sonido electriza á los leales asturianos; discurren rápidamente por las calles, se dividen en grandes grupos, el mas numeroso se dirige á la casa de armas, donde se apodera de cien mil fusiles, otro va á la del comandante La Llave, mientras algunos sugetos avisan á los miembros de la junta, que se reunen con la mayor precipitacion. Instalada la junta eligió por su presidente al marques de Santa Cruz, y empezó á funcionar dictando las medidas que mas perentoriamente exigian las circunstancias; organizó un cuerpo de ejército de diez y ocho mil hombres, y como casi todos eran reclutas, gente sin táctica ni conocimiento alguno militar, eligió cabos y sargentos del batallon de Hibernia y del de carabineros, idos ambos en ayuda del comandante La Llave, y adheridos despues al movimiento popular, y confiriendo el grado de oficiales á algunos estudiantes. Ocurriósele tambien la idea de solicitar el apoyo de Inglaterra, y envió á Lóndres con este intento, á don Andres Angel de la Vega y al vizconde de Matarosa, mas adelante conde de Toreno.

Otorgóles grata acogida el gobierno británico; admirábase en la populosa Albion este rasgo de la hidalguía y bravura española, y se tributaban mil elogios á aquel puñado de héroes que por defender su rey y su independencia, no vacilaba en trabar pelea con las gigantescas fuerzas de Napoleon. Donde quiera que se presentaban los comisionados eran acogidos con estrepitosos vítores. El gabinete y los Parlamentos decidieron de comun acuerdo enviar armas, municiones, vestuarios y demas pertrechos de guerra á la noble provincia española. Vino tambien á nuestro suelo el mayor general sir Tomas Oyer, y se asentó la alianza sobre bases sólidas y duraderas. Tan glorioso como era el levantamiento de Oviedo, estuvo á punto de mancharse con un atropellamiento. Habian sido presos y conducidos á la ciudadela los comisionados conde del Pinar y Melendez Valdes, el comandante general La Llave, el coronel del regimiento de Hibernia y el de carabineros, don Manuel Ladron de Guevara. Estos dos últimos no tenian contra sí otro delito que no haberse aliado con los defensores del pueblo, por no autorizar con su ejemplo el quebrantamiento de la disciplina militar. Pero como en semejantes casos las personas de cuenta no pueden permanecer neutrales, y su despego del partido vencedor importa tanto como una oposicion abierta, la multitud les miraba con sobrada prevencion y aun les calificaba con el denigrante epíteto de traidores, género de anatema, que como el rayo hiere antes que se percibe. Abrigaba la junta serios temores por la existencia de aquellos, y queriendo ponerles á cubierto de cualquier ataque irreflexivo, pensó trasladarles de la ciudadela á otro local. Verificóse esta operacion, bien por casualidad, bien con dañado intento, en las horas mas avanzadas de la mañana, por manera que los presos tuvieron que arrostrar las miradas curiosas y enemigas de muchos centenares de personas. Unas mujeres de ínfima clase clamaron al verles pasar: «por aquí van los traidores, mueran los traidores;» cuyas voces atrajeron numerosa concurrencia, especialmente de reclutas, quienes llevados de la comun preocupacion, arrebataron al piquete aquellos desgraciados y les condujeron á un sitio retirado para darles en él breve muerte. Maniatados ya y á punto de oir la fatal descarga, solo podian esperar auxilio de la Providencia, y como si esta hubiera escuchado sus súplicas, les deparó en el terrible momento, uno inopinado. Un honrado canónigo, el señor Ahumada, afectado dolorosamente por tan cercana desdicha, tomó en sus manos al Santísimo Sacramento y fué á colocarse con noble decision, entre los verdugos y las víctimas. El imponente aspecto de aquel sacerdote, el sublime objeto que le llevaba á arrostrar tan grave peligro, y la contemplacion de la divinidad, hicieron honda impresion en los pechos de aquellos españoles, que acabaron por enternecerse y trocar sus crueles sentimientos en las afecciones mas tiernas. Pinar, Valdes y sus compañeros, recobraron, merced á esta fausta intervencion, su libertad. Cuando la religion en su pureza tiene usos tan escelentes y dignos, inconmensurable será la responsabilidad de los que la adulteran abusando de ella. Gijon habia precedido á Oviedo, y las poblaciones subalternas siguieron el ejemplo de la capital. Pronto, como era de inferir, cundió y adquirió vuelos la alta y arriesgada resolucion adoptada por el principado asturiano. El 30 de mayo alzó el grito de independencia la Coruña. Las causas generales, es decir, la altivez y perfidia de los franceses, el temor de vivir bajo su coyunda, el amor al monarca jóven y el sangriento espectáculo de Madrid, el majestuoso que pocos dias antes habian ofrecido los asturianos y la imprudencia de algunas de sus autoridades, habian desazonado en tales términos los ánimos de los gallegos, que pocas escitaciones eran menester para que estallase en

fuertes ímpetus la mal simulada irritacion. En estos dias, el 29 de mayo, cuando la ansiedad pública se fijaba en un emisario asturiano que se habia presentado al regente de la audiencia, induciéndole á que siguiera el ejemplo de las autoridades de Oviedo, y de quien fué muy mal recibido, se presentó en las calles un estudiante de Leon, que aguijoneaba un brioso caballo, haciendo tan estremas contorsiones y dando tales muestras de entusiasmo, que atrajo sobre sí bien pronto la atencion general, y grandes bandas de gente le siguieron hasta el punto donde se dirigia, que era á la casa del mismo regente. Reiteróle el estudiante la anterior demanda; lo hizo con compuestos aunque enérgicos modales, y no obtuvo otra contestacion que la órden de quedar en el acto preso é incomunicado. Retiróse de allí el pueblo mústio y enojado y con señales tan claras de descontento, que ya rebosaba por demas en la medida de la prudencia. Era el siguiente 30, dia de San Fernando, y no se puso como de costumbre la bandera en la almena del castillo. Creyó el pueblo que esto era un insulto hecho á la memoria del destronado monarca, y se agolpó á la casa del capitan general. Éralo á la sazon don Ramon Filangieri, hombre honrado, sin hiel, y querido de cuantos le trataban, pero que reunia á tan apreciables dotes la cualidad de estranjero, que debia hacerle perder buena parte de su concepto en un litigio de pura nacionalidad. Atemorizado con los clamores de la muchedumbre y creyendo en peligro su existencia, huyó por una puerta falsa. Menos cautos el mariscal Biedma y el coronel Fabros, tachados de parciales del príncipe de la Paz, tuvieron la arrogante osadía de salir por la puerta principal, pero no desafiaron sin desventura la ira de aquellas masas aunadas y compactas, pues el Biedma fué hondamente herido en un brazo, y Fabros apaleado con encarnizamiento. Desatados de esta manera los vínculos de obediencia que unian al pueblo con las depuestas autoridades, procedió aquel á sacar otras de su seno; y nombró una junta compuesta de los diputados pertenecientes á las siete provincias, esparcidos en el territorio gallego, y que fuertemente sacudidas habian acabado por seguir el movimiento de la capital. Uno de los primeros cuidados de la junta y ciertamente muy importante, fué crear y regimentar un ejército de cuarenta mil plazas, compuesto en su mayor parte de reclutas y en parte de soldados veteranos pertenecientes á los provinciales de Betanzos, Segovia y Compostela, de un regimiento de Navarra y del segundo batallon de voluntarios de Cataluña, cuyos cuerpos desde el principio tomaron un giro y determinacion favorables, atraidos por las mágicas voces de rey, religion y patria. Cometióse el mando y gobernacion de este ejército al fugado general Filangieri, pero habiendo sido este muerto alevosamente por algunos soldados de Navarra en Villafranca del Vierzo, le sucedió en tan espinoso cargo el coronel Blake, á quien la junta dió el carácter é investidura de teniente general. Partió tambien á Lóndres con plena aceptacion y mandato de la junta el diputado Sangró, quien encontró allí á los comisionados asturianos, obtuvo como estos la aceptacion mas placentera, víveres, armas, municiones y la libertad de muchos prisioneros españoles encerrados en los pontones británicos. Secundados vigorosamente los primeros esfuerzos, ya solo podian esperarse rasgos diarios de decision y bravura. Se habia pronunciado Santander el 26 de mayo y elegido por presidente de la junta á su obispo Menendez de Luarca; Segovia y Logroño oscilaron durante algun tiempo, pero la firmeza y activo comportamiento de los generales franceses Verdier y Frere, aseguraron la vacilante tranquilidad. En el primer punto se vió precisado á huir con muchos de los cadetes el director del colegio de artillería Velasco, quien fué mas adelante víctima del primer arre-

bato de las pasiones. Leon alzó la bandera de su independencia el 1.° de junio; optó tambien por el nombramiento de una junta y puso á su cabeza á don Antonio Valdes. Pero Leon se hallaba comprendido en el radio de la capitanía general de Castilla la Vieja, cuya capital era Valladolid, que no habia seguido todavía el rumbo que iba haciéndose general. Ejercia la suprema autoridad en este último punto el general don Ramon Cuesta, sugeto leal y probo, escelente patriota, pero de modales ásperos y duros, y de unos principios tan severos que no queria sancionar con su presencia, ni mucho menos con sus palabras, una conmocion popular, bien que tuviese por objeto derrocar á los mismos que él detestaba. Dos veces le anunció el pueblo su voluntad de tener una junta, pero en ambas quedó desairado, hasta que indignada la muchedumbre, se arremolinó enfrente de la casa del general, preparó un cadalso, é intimó á aquel la órden de formar la junta. Vino al cabo Cuesta en sus deseos, y el levantamiento quedó organizado con las mismas formas é iguales tendencias que los que le habian precedido. Por estos dias ocurrió en Valladolid el trágico fin del desgraciado director Velasco. Preso, calificado de traidor sin racional fundamento, fué conducido á esta capital; mas en el momento de atravesar el Campo Grande, los reclutas que estaban haciendo el ejercicio en aquel punto, se abalanzaron á él y le dieron cruel muerte, á pesar de los lamentos de su esposa y los loables esfuerzos de un eclesiástico de apellido Prieto. Logroño, Ciudad-Rodrigo, todas las poblaciones situadas al Este de la Península contestaron con ecos de independencia, pero en Vera hubo que lamentar algun estravío de las pasiones. En Logroño acaeció la muerte violenta de un honrado fabricante llamado Ordoñez, y en Ciudad-Rodrigo la de su gobernador Martinez de Ariza. No anduvieron mas lerdos los habitantes del Mediodía en presentarse á la defensa de sus mas caros objetos. Residia en Móstoles don Juan Perez Villamil, sugeto muy distinguido y á la sazon secretario del almirantazgo. Indignado como todo buen español de los sucesos del 2 de mayo, comprometió al alcalde de Móstoles á que firmase la siguiente lacónica proclama: «La patria está en peligro; Ma-«drid perece víctima de la perfidia fran-«cesa; españoles, acudid á salvarle.— «El alcalde de Móstoles.» Circuló rapidamente esta enérgica escitacion y apenas se recibió en Sevilla, cuando el paisanaje entró en furor contra los franceses; coligóse con los soldados del regimiento de Olivenza, y procedió á la instalacion de una junta presidida por don Francisco Saavedra, antiguo ministro de Hacienda, cuya corporacion tomó desde su orígen voz y título de suprema. No alcanzó todo el celo y vigilancia de esta á evitar un desman sumamente sensible; el conde del Aguila, ilustre patricio, pereció víctima del inconsiderado populacho. Mucha tristura infundió á la junta este infortunado accidente, pero no bastó á distraerla de las graves atenciones que arrojaba de sí la situacion recientemente creada. Mandó poner sobre las armas á todos los varones desde la edad de diez y séis años hasta la de cuarenta y cinco, y queriendo sondear el espíritu de las divisiones españolas acantonadas en Cádiz y en el campo de San Roque, envió comisionados á ambos puntos. Constituian aquellas la flor del ejército, ya por el valor y disciplina que adornaba á los soldados, ya por la pericia y concierto de los oficiales. Acaudillábanlas respectivamente el marques del Socorro y el general don Francisco Javier Castaños; era el primero, hombre de buenos sentimientos, aunque muy devoto á los franceses; habia llenado con honra el deber de funcionario público, promoviendo mejoras materiales en todo el diámetro de su administracion, y su amabilidad y su dulzura le ganaron el corazon de sus subordinados, pero al lado de prendas tan recomendables tenia la irresolucion de las almas po-

bres, y empleaba en los trances fuertes paliativos que prolongando el mal no daban esperanzas de curarle; hombre que contaba demasiado con el tiempo, sin advertir que la virtud analítica de este se ve muchas veces entorpecida, destruida por la precipitacion misma de las pasiones: el segundo, patriota ardoroso, soldado valiente y esperimentado general, tenia profunda aversion á los opresores de su pais, y habia entablado inteligencias con el gobernador de Gibraltar, á fin de alzarse con sus tercios en contra de las huestes invasoras. Acogió con benevolencia al comisionado de Sevilla, y desde luego se interesó en sus planes ofreciéndole la mas activa cooperacion. Mas avieso y menos dócil se manifestó el del Socorro. Exigíanle los gaditanos juntamente con el enviado de Sevilla, que secundase el alzamiento de esta ciudad, y se apoderase de la escuadra francesa surta en las aguas de Cádiz, á las órdenes del almirante Rosilly. Pretendia el marques templar con evasiones la irritacion de los ánimos, otorgando de palabra algunas condiciones y retirándose despues de su cumplimiento, pero el pueblo ya enfurecido y trocado en ódio el amor que le profesó, atacó su habitacion con singular encono, y notando que las puertas gruesas y cerradas resistian al fuego de fusil, allegó cinco cañones y se propuso en último estremo aniquilar la morada del marques. Huyó este por el terrado del edificio y se refugió en una casa inmediata de su mayor confianza. Supo su fuga y nueva residencia uno de los grupos que vagaban por aquellos alrededores, y acudiendo velozmente encontró al general oculto en un pabellon turco. Vanas fueron las generosas y valientes tentativas que hizo para salvarle la señora de la casa, hasta el punto de arriesgar su propia existencia y resultar herida en una mano, porque sus perseguidores implacables le estrageron de su asilo con violencia, y sacándole á la calle le inmolaron bárbaramente. Sucedió en la capitanía general don Tomas Morla, quien no desplegó toda la energía que reclamaban lo crítico de las circunstancias, y solo despues de quince dias de vacilacion y duda, intimó al almirante frances la entrega de su escuadra. Encontróse Rosilly en una posicion dificilísima; érale doloroso entregarse sin tentar la suerte de las armas, pero colocado bajo el cañon de la plaza, y rodeado por las escuadras inglesa y española, hubo de acatar la dura ley de la necesidad y se rindió. Ufana y esperanzada por demas andaba la Gran Bretaña al contemplar nuestro majestuoso y espontáneo levantamiento; habíanos visto en casi todas las páginas de nuestra historia tan denodados en acometer, como porfiados y tenaces en la defensa, y si bien la pareciera hiperbólica nuestra última resolucion, á no palpar los hechos y conocer su evidencia, esto redundaba en mayor alimento de sus deseos; conocia que un instinto generoso nos habia lanzado á la pelea, que nuestra característica resignacion nos sostendria en las horas mas atribuladas, que quizá el orgullo del ídolo europeo se estrellaria contra la que él reputaba frágil y ya minada muralla, y no podian adolecer de grave error sus cálculos, porque cuatro ó seis millones de hombres profundamente entusiastas, inflamados de ese ódio que jamas se estingue, porque descansa sobre cimientos indestructibles, con tan estraña organizacion y naturaleza, eran mas temibles que todos los ejércitos del continente, puesto que á estos podia derrotarles y aniquilarles una privilegiada combinacion del genio, ó un sobresaliente esfuerzo del corazon, y los españoles se hallaban garantidos contra semejante peligro; sus derrotas parciales por necesidad, no tenian apenas eco ni influjo alguno moral; ellos corrian á los combates poseidos de una resignacion santa y sublime; si sucumbian alcanzábales la reputacion de mártires, cuya creencia es susceptible de prodigiosos resultados; si por el contrario quedaban airosos, cobraban estímulos y

alientos, participaban de ellos los demas y corrian amurallados al sangriento anfiteatro: tal fué la índole de la guerra que entonces se inauguraba. Atenta la Inglaterra á fomentarla y generalizarla, ayudando á los patriotas contra los primeros arranques del ejército frances, ofreció á la junta de Sevilla cinco mil hombres de línea bajo la conducta del general Spencer, y aunque aquella corporacion no admitió semejante oferta, por reputarla entonces innecesaria, creyó no sin satisfaccion que la alianza eficaz y poderosa del gabinete de Saint-James podia sacarnos de cualquier apuro ó estrechez. Como la inaccion de las huestes estranjeras no podia prolongarse largo tiempo, la junta juzgó oportuno formar un buen cuerpo de ejército con las tropas de Cádiz y San Roque, cuyo mando confió al general Castaños. Granada, Málaga, Jaen, siguieron bien pronto el impulso y comun corriente, y en el primero de estos puntos se encomendó la direccion y régimen de las tropas granadinas á don Teodoro Reding, enviando comisionado á Gibraltar para solicitar víveres y armas al jóven don Francisco Martinez de la Rosa. El carácter andaluz acreditó bien funestamente en esta ocasion su irritabilidad en períodos de crísis y de convulsiones sociales ó políticas... El gobernador de Málaga don Pedro Trujillo; el corregidor de Velez Málaga, don Pedro Portillo, el cónsul frances D' Agaud y don Juan Cosharé pagaron con su vida, los unos el no haber sabido acallar con su conducta los rumores y sospechas populares, y los otros el no haber nacido bajo el horizonte peninsular. Activa la ley descargó su brazo sobre los perpetradores de tamaños atentados, y aparecieron suspensos de nueve horcas, nueve cadáveres cuyas cabezas estaban cubiertas con velos funerales. Un fraile, principal instigador de estos desacatos, fué condenado á encierro perpétuo. Esta severidad ejemplar aterrorizó á los espíritus díscolos y turbulentos. Nunca es tan necesario el rigor de la justicia, como cuando el criminal se cree á cubierto de su tremenda accion. No permanecieron tampoco sordos los estremeños á las voces de libertad é independencia. Suspiraba Badajoz por seguir el ejemplo de tantas otras ciudades, pero teníale comprimido su gobernador conde del Fresno, hombre escaso de fe política, que pretendia jugar con los acontecimientos, que seguia ademas las inspiraciones del marques del Socorro, cuya conducta en Cádiz ya hemos tenido ocasion de apreciar. Fomentaban entre tanto el descontento de las masas don José María de Calatrava, el teniente de rey Mancio y el tesorero Ovalle, y prontos ya á desembozarse y proclamar sin misterio sus intentos, vino á prevenirles una circunstancia poco prevista. El 30 de mayo, dia del espatriado monarca, no se dispararon en su obsequio los cañonazos de costumbre, y convirtiéndose con esto las primeras impresiones en hondo despecho y desbordada cólera, corrieron algunos grupos hácia el sitio donde se hallaba colocada la artillería, la temblorosa mano de una mujer aplicó la mecha á uno de los cañones, y el estampido de este tuvo un eco tan fuerte en todos los corazones, que olvidando los peligros ó subordinándolos á la irritacion del momento, corrió el pueblo á casa de el del Fresno, persiguióle y alcanzándole le quitó la vida. Muerto el conde, único poderoso obstáculo, se regularizó la conmocion; creóse una junta y se confirieron los mandos civil y militar á los señores Mancio y Galluzo. Era tanto mas noble este comportamiento de Badajoz, cuanto que una division francesa en número de diez mil hombres y acaudillada por Kellerman, reposaba en Yelves, y podia valiéndose de su proximidad y de su pujanza, caer súbito sobre Badajoz, hacer pedazos los quinientos hombres de línea que le guarnecian, enseñorearse de la plaza y vejar de mil maneras á sus beneméritos habitantes. Peligro era este cierto y formidable, pero le olvidó Badajoz, y le

olvidó la provincia entera, pronta á seguir las huellas de su capital. A punto de espirar mayo, acaeció el levantamiento de Badajoz; el de Cartagena y Murcia, se verificó en los dias 22 y 24 del mismo mes. Era Cartagena ciudad considerable, y á una topografía severa é imponente, reunia esmeradas obras de fortificacion y el ser departamento de marina. Súpose con alborozo por los leales, su abierta inclinacion á la buena causa, aunque los corazones sensibles tuvieron que lamentar la muerte violenta del capitan general don Francisco de Borja, á quien sustituyó Hidalgo Cisneros, eligiéndose para desempeñar el cargo de gobernador, al marques de Camarena la Real. Cuerda anduvo Murcia en el nombramiento de sus autorídades, pues confió el supremo gobierno de la provincia, á una junta compuesta de diez y seis individuos, muchos de ellos de precedentes distinguidos, entre los que se contaba el conde de Floridablanca, y puso la rienda militar en manos del coronel don Pedro Gonzalez de Llamas. Pero donde la insurreccion se ostentó con un cortejo espantoso de horrores, que llegó á ocultar casi por entero el lado grandioso y digno de la de aquella, fué en la capital del reino valenciano. Iba la animosidad de sus habitantes, subiendo contínuos grados en la escala de la fermentacion general, cuando se recibió el 23 de mayo la *Gaceta de Madrid* del 20, que contenia las renuncias del rey y de los infantes. Formábanse grandes corrillos en la plazuela de las Pasas, para escuchar la lectura del órgano oficial, que se hacia por cualquier sugeto que tuviese una voz sonora y espedita pronunciacion. Señaló este dia la suerte á un hombre de natural colérico, y tan adverso á las pérfidas tramas y bajas intrigas del emperador, que al llegar al pasaje de las renuncias, hizo pedazos el periódico y prorumpió con atronador acento: «Viva Fernando VII y mueran los franceses.» Cundió rápidamente esta voz hasta los mas apartados ángulos de la ciudad; grandes bandadas de gentes inundaron las calles y se dirigieron á la plazuela, donde la muchedumbre arremolinada se agitaba durante algunos minutos, sin dar franco giro á sus operaciones: salvada por último su perplegidad, se dirigió á la plaza de Santo Domingo, pero ocúrrela al encuentro el padre Juan Rico, la habla con eficacia, la recuerda la necesidad de un caudillo, y ella aclama por tal al religioso; entonces algunos hombres entusiastas le ponen sobre sus hombros, y le llevan en triunfo hasta la plazuela de Santo Domingo. Tenia el nuevo tribuno prendas y dotes esquisitas; muy propias para llenar la mision que le habian cometido; esa elocuencia fluida, insinuante, que habla derechamente al corazon sin interesar el entendimiento; una energía noble que superaba los obstáculos, sin tocar en el odioso estremo de la inhumanidad, una conducta inmaculada, circunstancia en que siempre se fija el afecto de la multitud; y un esterior austero y modesto, que se acomodaba bien con el sagrado carácter de que se hallaba revestido. Llegado que hubo á la plazuela, subió á la sala donde el real acuerdo celebraba sus sesiones, y espuso con precision y claridad los deseos del pueblo. Encontrábase allí á la sazon el marques de la Conquista, capitan general de Valencia, quien se opuso á las pretensiones de Rico; sostuviéronle varios otros miembros de aquella corporacion, pero el religioso abogó con tanto calor por la causa nacional, y adujo consideraciones de tanto peso, que ellas, unidas al temor que naturalmente debian producir en las autoridades los alaridos de la multitud agrupada en los alrededores del edificio, bastaron al cabo para torcer el primer ánimo de aquellas y hacerlas consentir en la creacion de una junta. Sin embargo, el de la Conquista y sus colegas, tratando como un acto de violencia el que acababa de verificarse, pretendieron ponerle en conocimiento de Murat

y solicitar tropas con que sujetar á la poblacion desmandada. Bien fuese por indiscrecion de alguno de los que tuvieran intervencion en este último paso, dado por el marques y los del acuerdo, bien porque su resistencia les hiciese sobradamente sospechosos, lo cierto es, que los patriotas se obstinaron en que se registrase la correspondencia de Madrid en casa del conde de Cerbellon, nuevo capitan general. Efectuáronlo con el correo del 24, y en medio del desórden que presidia á semejante operacion, la hija del conde se apoderó de un pliego voluminoso y le hizo menudos pedazos. Contenia el pliego una copia de la solicitud del acuerdo y la contestacion de la corte de Madrid, documentos en aquellas circunstancias peligrosísimos, y cuya lectura habria acarreado la muerte á algunos infelices. Tomó vuelos la irritacion del pueblo, testigo de semejante escena, pero se desvaneció en sordos y prolongados murmullos, sin que se atreviese á castigar con mengua propia, acto de tan rara magnanimidad. Sensible es que la historia no nos haya transmitido el nombre de esta señora, porque el homenaje mas grato á un alma tan elevada, son el recuerdo y las bendiciones de las generaciones futuras. Mas como todos los acontecimientos, aun los mas lisonjeros, tienen un reverso terrible, enlazábase con el que acabamos de presentar otro inaudito, sangriento y aterrador. El baron de Albalat, hombre de un rango esclarecido, vocal de la junta, se habia captado en otro tiempo la animadversion del pueblo con su altivez y descompuestos modales. Y como todo desbandamiento político lo es mas ó menos social, de aquí el que retoñen al lado de una afeccion fija, muy loable quizá, los resentimientos mas bajos próximos á agostarse. Tan luego como la multitud se vió señora de la accion del momento, se alzó contra el baron y le persiguió en todos sus pasos. Viéndose hecho el blanco de malignas observaciones, creyó Albalat que debia marcharse de la capital, y con efecto se retiró á Buñol, pero esta ausencia que se calificó de mal encubierta fuga, robusteció las sospechas y encolerizó mas á las masas. La junta ya fuese escuchando á estas, ya acariciando ódios nacidos en su propio seno, ordenó al baron que se presentase preso en la ciudadela; obedeció sin demora y emprendió el camino de Valencia, pero como si la suerte se hubiera conjurado con los perversos designios de sus enemigos, dispuso que el baron se reuniese al correo de Madrid, y llegase con él á la distancia de tres leguas de Valencia, donde el pueblo, ansioso de adquirir nuevas de la capital, habia salido á recibir al conductor. No fué menester mas para que al momento circulase entre aquella multitud, con fama, la voz de que el baron venia de Madrid, donde habria ido á participar á Murat los acontecimientos de Valencia. Esta especie que los enemigos personales del baron se afanaban en propagar, adquirió grado de certidumbre para las masas, las cuales como no discurren en períodos de convulsion, dan el mismo valor á la verdad que á la verosimilitud. Rodeado Albalat de numeroso y enemigo cortejo, fué conducido á la ciudad, y al entrar en ella suplicó á sus perseguidores le llevasen á la presencia del conde de Cerbellon. Esperaba el infeliz hallar amparo en el conde, á quien le unian antiguos vínculos de amistad y parentesco, mas fuese cálculo, temor ó insensibilidad, el conde escuchó sus ruegos con frialdad é indiferencia, agüero cierto del funesto porvenir que le aguardaba. Acongojábase el desgraciado baron, y esperaba entre mil angustias el momento fatal de su muerte, cuando apareció ante sus ojos el padre Rico, solícito como siempre y temeroso de que se amancillase tan noble pronunciamiento con la sangre de un inocente. No bien le divisó el baron se dirigió á él, y le dijo con voz doliente y quebrada por el padecimiento: «Padre, salve usted á un caballero que no

ha cometido otro delito que el haber venido á Valencia acatando una órden superior.» Enternecióse el franciscano, y le prometió hacer cuantos esfuerzos estuvieran á su alcance, y queriendo sustraerle de pronto á la saña popular, que se ensoberbecia con la tardanza, dispuso le trasladasen á la ciudadela. Colocado el baron en el centro de un cuadro formado por una compañía de Saboya, á las órdenes del capitan Moreno, oficial muy querido de la multitud, emprendió con pausa su marcha, pero al llegar á la plaza, una violenta irrupcion de las turbas, desbarató el cuadro, penetraron en él algunos hombres perversos ó frenéticos, y cosieron á puñaladas al sin ventura Albalat, en los brazos mismos del padre Rico. Cortáronle la cabeza y la llevaron en triunfo por las calles mas públicas y sitios mas concurridos. Sangriento trofeo que vino á constituir la enseña de una série entera de inauditas atrocidades. Raras veces hace el pueblo el mal por propia inspiracion; pero cuando se lanza á él, aunque sea sugerido, es muy difícil atajarle en su carrera, porque hasta en los crímenes encuentra continua emulacion y estímulo. Habia llegado por aquellos dias á Valencia, un canónigo de San Isidro de Madrid, don Baltasar Calvo, hombre de estragadas costumbres, de entendimiento claro, pero tan avasallado por sus pasiones, y tan dado á la ambicion, que en su obsequio sacrificaba la parte mas noble del corazon humano, la sensibilidad. Frio, duro, egoista, no dudaba en hollar las consideraciones mas sagradas, con tal que se opusiesen al logro del menor de sus intentos; altivo, imperioso, sanguinario, respiraba esterminio y destruccion, aunque cubria tan odiosas cualidades con el tupido velo de la mas refinada hipocresía. Atrájole á Valencia el deseo de hacer prosélitos y de propagar las ideas jesuíticas á que era muy aficionado. Creyó que la alianza del padre Rico, hombre de valía y de prestigio, podia serle muy provechosa, y así la buscó con ahinco, pero el franciscano rechazó de su lado al jesuita, cuyo fondo de malignidad habia descubierto al primer golpe de vista. Desairado Calvo, pretendió trabajar por sí propio y declararse en antagonista del nombrado corifeo del pueblo, y como no poseia las distinguidas prendas que relevaban á este, érale preciso fingir ese artificio y resolucion, que fascina y deslumbra por el pronto aunque es siempre muy temporal y tangible. Afectó desde luego suma y austera piedad, con que alucinó á las gentes ignorantes y sencillas, y como por otra parte tenia ese tacto fino y esquisito, que tanto realza á los malvados para elegir sus cómplices, se rodeó de algunos seres sin porvenir y sin conciencia, que no vacilaban en cometer un verdadero sacrilegio, ultrajando y adulterando la revolucion que se habia anunciado tan santa, respetable y pura. Con tan odiosos secuaces, creyó Calvo que podia acometer ya alguna empresa de importancia. Juzgó buena y no difícil la de apoderarse de la ciudadela. Custodiada por unos cuantos inválidos, no pudo resistir en efecto al violento empuje de los satélites del canónigo, quien apenas penetró en aquel recinto, se acercó á los franceses que en él se albergaban, y les dijo con voz anhelosa y persuasiva, que si no querian ser víctimas de la irritada muchedumbre, saliesen por una de las puertas mas ocultas y se dirigiesen aceleradamente al Grao, donde les esperaban barcos de su nacion. Hay en el crímen un grado que casi nunca se precave porque casi nunca se percibe; el noble orgullo de nuestra especie, nos impide con frecuencia formar un íntimo, aunque justo concepto, de alguno de sus individuos. Lejos estaban aquellos infelices de penetrar los negros proyectos del canónigo. Creyéronle un hombre honrado, arrastrado por un sentimiento de pura humanidad y se abandonaron á sus consejos. Gozábase Calvo anticipadamente con el infalible éxito de su inicua tra-

ma, y los desdichados estranjeros, aprovechaban momentos tan preciosos para preparar su fuga. Iban á verificarla, cuando se esparció la voz de que los franceses pretendian escaparse, cuya voz fué como el aviso dado á los crueles satélites del jesuita. Arrójanse al interior de las habitaciones, y se traba una lucha desigual y terrible, mejor diré, se inaugura una matanza inaudita y horrorosa. Corria la sangre abundante por el ya enrojecido pavimento, ni los ayes de las víctimas lograron ablandar el empedernido corazon de Calvo, que como autor de escenas tan desoladoras, las presenciaba con fria impasibilidad. No faltaron almas generosas, que presenciando tal lujo de sangre y de insensibilidad, tratasen de invocar el pretesto de la confesion para libertar de suerte tan horrenda á los desventurados prisioneros; otros acudiendo con imágenes y sagradas reliquias, se interponian entre las víctimas y los verdugos, estos mismos avergonzándose de sus propios escesos, querian ponerlos término y se negaban á esgrimir de nuevo el levantado puñal. Solo el canónigo permanecia insensible en medio de aquel cuadro de espantosa desolacion. No obstante, conociendo que los sayos decaian de voluntad y alientos, y temiendo que quedasen con vida setenta franceses, empleó para esterminarles otro ardid ni menos pérfido, ni menos detestable que el anterior. Fingió que accedia á los ruegos y generales súplicas, y dispuso que saliesen de la ciudadela los setenta por la puerta del Cuarte. En el momento de llevarlo á cabo, cayeron en otra region de asesinos que les sacrificaron con inesplicable saña. Habia hecho entre tanto laudables esfuerzos el padre Rico para calmar la ira de la muchedumbre, pero sus advertencias fueron desoidas, rechazadas sus razones y desconocida su popularidad. Engreido y presuntuoso andaba Calvo al verse puesto tan alto en el afecto del populacho; creyóse superior á todas las autoridades y á la misma junta, y exigió de ella una forzada sumision. Otorgósela la corporacion suprema, pecando en débil y pusilánime. Afortunadamente Rico, ni desmayó, ni perdió la energía que le caracterizaba; pasados aquellos primeros instantes de fiebre sanguinaria, montó á caballo, habló á la multitud; su afluencia y su nombre le fueron ganando los corazones, y ya reputaba como cosa cierta el arrestar al estraviado canónigo, cuando una circunstancia fortuita ó quizás el resultado de una combinacion de algun tiempo antes aparejada, vino á salvarle por entonces. El coronel Usel, miembro de la junta, propuso á esta que admitiese en su seno al feroz y atrabiliario Calvo; apoyáronle dos de sus colegas y los demas mostraron esa aquiescencia que nace del estupor y el espanto. Quedó, pues, admitido, y se presentó á ocupar su asiento en la mañana del 6 de junio. A vista de ser tan abominable enmudecieron los asistentes; solo el franciscano Rico, vivamente indignado de tan baja supeditacion, levantó la voz, increpó con vehemencia al canónigo, fué enumerando uno por uno sus crímenes y atrocidades, y concluyó asegurando, que si este hombre no desaparecia pronto de sobre la faz de la tierra, Valencia caminaba con rapidez hácia su ruina. Temblaba de ira Calvo al escuchar tan enérgicas palabras, desasosegábanse los demas individuos de la junta, y ya arrastrados por la elocuencia y el ejemplo de Rico, iban á fulminar contra aquel un terrible anatema, cuando entra en el salon de las sesiones presidida de espantosos gritos, una banda de las gentes del canónigo que despues de haber inmolado á muchos franceses en sus casas, traia ocho de estos infelices para asesinarlos en presencia de la primera autoridad. Huyen todos sus miembros poseidos del azoramiento y del terror; Rico mismo teme las asechanzas de su cruel enemigo, y se oculta; solo el jesuita permanece impávido y presidiendo el sangriento espectáculo. Estaba Calvo

en su elemento y tenia al parecer asegurado su triunfo. Pero el comun peligro unió con fuertes lazos á todas las personas honradas; conjuráronse contra el canonigo y sus secuaces; lograron reunir en la mañana del 7 á todos los individuos de la junta, y Rico repuesto ya del primer sobresalto, recobró todo su valor y prestigio. A instancia suya, Calvo fué preso, procesado y enviado á Mallorca. Algunos dias despues, y en los últimos del mes de junio, regresó á Valencia de órden de la junta, y abierta su causa y terminada con la mayor celeridad, fué condenado á la última pena, que sufrió en la cárcel en la tarde del 3 de julio, siendo espuesto al público en cadáver el dia 4. Calvo pereció víctima de un cálculo falso, como horrible. Creyó dominar la revolucion provocando la anarquía, sin advertir que jamas un tributo ocasional y sangriento ha sido hábil para llevar á cabo este sistema; puede si relajar por un momento los vínculos de órden, pero su impulso es efímero porque es muy violento; y decaido ya de fuerzas, no puede resistir al centripetalismo de las potencias normales que tiende contínuamente á recobrar su natural posicion, y la sociedad hondamente herida trata de defenderse con todo el vigor posible. Por lo demas, Calvo fué uno de los peores hombres de su tiempo, y su nombre obtendrá una triste inmortalidad, que empañará en parte el lustre de la patria que le vió nacer. El castigo impuesto á Calvo, alcanzó tambien á sus cómplices; creóse un tribunal activo y severo á la par, que hizo perecer á manos del verdugo, en el corto término de un mes, á mas de doscientos individuos. El mal era violento é iba cundiendo con una rapidez espantosa, porque en Castellon de la Plana y en Algora habian asesinado á su respectivo gobernador; fué preciso que el remedio le escediese en magnitud y eficacia. Aplacada la saña interior, era preciso mancomunarse para resistir al enemigo estranjero; Valencia carecia de municiones y pertrechos, pero se les suministró abundantes Cartagena; y las tropas procedentes de la primera ciudad, se dividieron en dos columnas; una en número de ocho mil hombres, que bajo la conducta de don Pedro Adorno se apostó en las Cabrillas, y otra, que á las órdenes del conde de Cerbellon, tomó la ruta de Almansa. La chispa eléctrica de la insurreccion, que habia prendido en casi todas las provincias, inflamó tambien el ánimo de los zaragozanos. Nobles, altivos é independientes, irritábales la idea de depender del gobierno de Madrid, instrumento servil y bajo del generalísimo frances, y queriendo sacudir yugo tan vergonzoso, depusieron al capitan general Gulltelmi, y encomendaron interinamente el mando superior militar al general Mori. Era este flojo y tímido, cualidades por demas nocivas en el encargado de afianzar una revolucion. Vióle el pueblo perplejo é indeciso; juzgóle poco capaz de llenar debidamente su elevada mision; renovó entonces la memoria de don José Palafox y Mela, y al punto partieron cincuenta hombres en derechura al castillo de Alfranca donde se encontraba, y para acompañarle en su regreso á Zaragoza. Era Palafox apuesto y gallardo mancebo, contaba á la sazon 28 años de edad, y ya se habia distinguido como patriota honrado y valiente, y captádose la voluntad de sus conciudadanos. Acogióle el pueblo con entusiasmo y fervor, y le levantó al puesto de capitan general. No desvaneció su brillante destino al jóven Palafox; desconfió de sus propias fuerzas y se asoció con el escolapio Bojiero y don Lorenzo Calvo de Rozas, uno de los hombres mas dignos de su época, nombrado entonces corregidor é intendente de la ciudad. No se limitaron á esto los cuidados y desvelos de Palafox; convocó las Cortes del antiguo reino de Aragon para que aceptasen y sancionasen las medidas estraordinarias que las circunstancias aconsejaban tomar. La poblacion estaba en muy mal esta-

do de defensa; no habia tropa regimentada, y escaseaban las armas y municiones; el jóven general organizó cuerpos de paisanos, que corrian presurosos al llamamiento de la patria; puso á su frente jefes resueltos y entusiastas, y les proporcionó armas en abundancia. Dos campeones se echaban de menos en el grandioso duelo que iba á inaugurarse, y su falta era tanto mas notable cuanto que sobradamente conocida era de antemano su decision y bravura. La Cataluña y el norte de la Península permanecian silenciosos y pasivos. Habíanse distinguido en todas las épocas los catalanes, por su denuedo que rayaba á veces en temeridad, y por su ardiente amor á las libertades patrias, pero estorbábales el tomar un giro conforme y decisivo el hallarse la capital del Principado, Barcelona, en poder de los invasores. Grande era el obstáculo, pero no se entibió el valor; alzóse Lérida contra el usurpador, y á sus ecos de independencia, contestaron Tortosa, Villafranca del Panades, y todas las poblaciones subalternas no ocupadas por los franceses, y horas mas adelante Gerona, cuya futura conducta debia inmortalizarla. Mas opresas, y sin poder apenas dar respiros á su dolor, estaban las provincias Vascas tan señaladas en la crónica de sus diferentes edades, no menos por su inestinguible ódio á la tiranía, que por su heróico comportamiento en los instantes de tribulacion y azar. Fronterizas de las Galias, é invadidas por ejércitos franceses, hubieron de limitarse por entonces á enviar socorros clandestinos á alguna de las provincias mas limítrofes, á escitar á la desercion á los soldados, y espiar una ocasion oportuna para levantar de entre el polvo el estandarte de su independencia. Tal fué esa famosa conmocion que trajo inmensa copia de gloria, y tantos dias de desventura y duelo á nuestro pais. El hecho es por demas sublime, superior á cuanto se refiere en la tradicion de los siglos, de proporciones tan vastas que apenas sin conocerlas las hubiera podido abrazar la imaginacion. Una nacion pobre, estenuada, víctima durante largos años de la rapacidad y dilapidaciones de una corte infecta y corrompida; caida en un abismo de ignorancia, de flojedad, de abandono, por efecto de una administracion viciosa y errónea, amagada en sus mismas entrañas por legiones estranjeras que la habian hollado, poniendo en juego los medios mas pérfidos y mas arteros, sin capital, sin centro de sus operaciones, sin jefes naturales, sin conocer el espíritu de ejército, con autoridades tímidas las unas, y traidoras las otras, levantarse contra un coloso cuyo nombre resonaba con aplauso en todo el ámbito del universo, á quien las naciones mas poderosas habian rendido parias y homenajes, á quien jamas habia desairado la fortuna, á quien protegia un millon de soldados, los mejores de su siglo, y grandes generales dotados de un prestigio infinito, de unos talentos estraordinarios y de un valor y de una adhesion sin límites; que poseia ademas la mitad de la Europa como patrimonio de su familia; levantarse contra ese coloso, repetimos, es rasgo que la imaginacion no se atreve á concebir sin estar certificada de su existencia. Mostróse en ocasion tan ardua, limpio y claro el carácter español, sufrido en las vejaciones interiores, paciente y resignado en las revueltas domésticas, pero implacable y violento cuando se pretendia imponerle un yugo estranjero. Quienes habian conservado vivo durante siete siglos el sentimiento de la propia ofensa para luchar con los hijos de Ismael, no podian desmayar aunque se ofreciese oscuro y lejano el porvenir de este nuevo y sangriento torneo. Por lo demas, esta revolucion de sentimientos que debia traer como por la mano la revolucion de ideas, no se inauguró del modo atroz que pudiera esperarse. Vertióse sin duda sangre inocente, pero fué muy poca y en puntos muy contados, y no se olvide nunca, al juzgar estos hechos, que un pueblo al romper

el freno legal, la primera pasion que escucha es la de la venganza. Mientras la España se mostraba tan grande y majestuosa á los ojos de la Europa y del mundo, allende del Pirineo se verificaban diversas escenas, arbitrarías é inicuas unas, feas y degradantes otras, y todas dignas de reprobacion y acre censura. Porfiado Napoleon en llevar á cabo sus intentos, ordenó que se reuniesen el dia 15 de junio en Bayona las ya anunciadas Cortes. Debian estas, segun la convocatoria espedida sin fecha por el lugar-teniente Murat, formarse de los tres grandes brazos del Estado, el clero, la nobleza, ciudades y villas con voto, y de algunas corporaciones, y constar de 150 miembros. Fácil fué nombrar los diputados, pero no tanto el hacerlos marchar á territorio estranjero. De ellos, unos como el marques de Astorga y don Antonio Valdes, se escusaron alegando frívolos pretestos; otros, aunque pocos, como el digno obispo de Orense don Pedro Quevedo y Quintanon, se negaron abiertamente, y con el mayor decoro y valentía. No podia augurar bien el emperador de resistencia tan paladina y descubierta, pero con la casi prodigiosa fuerza de obstinacion que da al hombre una dilatada série de prosperidades, no era fácil que cejase en la prosecucion de sus planes. Con fecha 6 del mismo mes espidió un decreto adjudicándo á su hermano mayor José, entonces rey de Nápoles, la corona de las Españas, y ya con anticipacion le habia prevenido que se presentase en el período mas corto posible, en el palacio de Marrac. Acató José sin réplica la órden de su imperioso hermano, atravesó rápidamente la Italia y la Francia, y tocó en Pau el dia 7 de junio. Recibióle en este punto Napoleon, y subieron á los pocos minutos en un coche que les condujo á la mansion imperial. Durante el camino, conferenciaron largamente sobre los asuntos de la Península, y aunque José se negaba á empuñar el cetro de este pais, litigioso é inseguro como se presentaba, hubo de cesar en sus reparos, vista la contraria é inexorable voluntad del emperador. Llegaron, pues, á Marrac, y al punto se avisó á los españoles residentes en Bayona, para que pasasen á felicitar á su nuevo soberano. Eran aquellos en número bastante considerable, y acordaron nombrar cuatro comisiones, una de la nobleza, presidida por el duque del Infantado, otra del consejo de Castilla, la tercera de la inquisicion, y la cuarta del ejército. Forjáronse presurosamente las felicitaciones, y aquellos españoles tan degradados y abatidos, como arrogantes y dignos sus hermanos, las sometieron á la censura del emperador. Sin embargo, una cláusula restrictiva que el del Infantado habia aventurado en la esposicion de la grandeza, irritó en tales términos al emperador, que sin ser dueño de sí mismo, asió al duque con violencia, le denostó y cargó de amenazas é improperios. Este inaudito arranque de cólera produjo el efecto deseado; corrigióse la esposicion, y una despues de otra las cuatro comisiones procedieron á la lectura de la suya respectiva en presencia del nuevo rey, cuyas medidas frases y demostrados pensamientos, daban bien á entender su deseo de captarse la voluntad de los que mas en el nombre que en la realidad iban á ser súbditos. Por este tiempo los príncipes españoles encerrados en Valencey, Fernando, su tio y sus hermanos, por quienes se aparejában tan costosos sacrificios, dirigian al nuevo rey felicitaciones por su próspera fortuna, pero en lenguaje tan humilde y con temor tan rebajado en boca de un particular, hubieran pasado por la mas insigne muestra de rastrera adulacion. Fernando VII, el ídolo de los españoles, mendigaba la adopcion del emperador, y decia que se consideraba como de su augusta familia, porque esperaba alcanzar la mano de una de sus sobrinas. Cuando la desgracia hace á los príncipes tan menguados, no hay términos para dolerse del advenimiento del dia en que renazca su prosperidad. Era en el entre tanto

llegado el 15 de junio, y se procedió á la apertura de las Cortes. Presidíalas el ministro Azanza, quien no anduvo avaro de lisonjas tributadas á Bonaparte en un discurso que pronunció. Dos fueron los principales trabajos de estas Cortes; el solemne reconocimiento de la dinastía napoleónica en la persona del rey José, y la aprobacion de un código constitucional. Verificóse el primero el dia 17 de junio, dos despues de la apertura, difiriéndose el segundo hasta el 30, siendo en el 7 de julio en el que José otorgó su sancion y solemne juramento. Constaba la nueva constitucion de 146 artículos, y era mas bien que el sólido armazon de un gobierno representativo, la mal encubierta cadena que á la larga nos uniria á la Francia, pues creando comunidad de intereses habian de producir fusion entre ambas familias políticas. Rama exótica, ingerta en el vigoroso árbol de nuestras costumbres, habria perecido sin duda antes de brotar frutos por primera vez. En nuestro pais como en cualquier otro, aquella constitucion solo hubiera servido para guarecer el despotismo. Ceñida ya su frente con la diadema española, creyó José que debia pensar ante todo en la organizacion del gobierno. Decidido á rodearse de los hombres mas distinguidos del pais, cometió el ministerio de Estado á don Mariano Luis Urquijo, el de Negocios estranjeros á don Pedro Ceballos, el de Gracia y Justicia á Peñuela, y el de la Guerra á Ofarril, dando el de Indias á Azanza, el de Marina á Mazarredo y el de Hacienda al conde de Cabarrus, frances, ventaosamente conocido en nuestra patria por sus conocimientos financieros. No todos los ministros eran apasionados ni afectos á la dinastía del usurpador, pero lo eran los mas, y en los repisos hizo el temor las veces de la espontaneidad. Pero ni recelos, ni halagos, ni promesas, bastaron á vencer la constancia del ilustre don Melchor Gaspar de Jovellanos. Este esclarecido patricio á quien se queria encomendar el ministerio del Interior, rechazó con generosa indignacion este cargo, y viéndose por todos lados abrumado de instancias, respondió á los ministros, al emperador y al nuevo rey, que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pensaban, seria siempre la causa del honor y de la lealtad, y la que á todo trance debia preciarse de seguir todo buen español. Entera respuesta que dejó por entonces bien asentado su carácter, y le aseguró para el porvenir contra los tiros de la envidia y de la maledicencia. Por lo demas, no habian permanecido inactivas las legiones del usurpador al contemplar nuestro heróico alzamiento. Mandaba á lo largo de las vertientes del Duero y del Pisuerga, y hasta en el riñon de Vizcaya el mariscal Bessieres, cuando llegó á sus oidos el relato de lo acaecido en Santander el 22 de mayo; inmediatamente dispuso que partiesen á este punto con propósito de reducirle, algunas tropas acaudilladas por el general Merle. Púsose aceleradamente Merle en camino, pero recibió contraórden para retroceder sobre Valladolid, cuyo reciente pronunciamiento trastornaba las primeras miras del mariscal. Revolvieron, pues, contra la capital de Castilla los franceses, demostrando ya un lujo de devastacion, que por lo menos era tan impolítico como inhumano y feroz. Abrasaron al paso á Torquemada, y llegaron el 11 á Cabezon, donde les esperaba el general Cuesta al frente de escasísimas tropas, indisciplinadas y sin táctica ni conocimientos militares. Al primer choque se desbandaron los reclutas, y solo el batallon de estudiantes se defendió con empeño, pero acosado por cuerpos cuya superioridad en todos sentidos era tan palpable, hubo de ceder, replegarse y pronunciarse al cabo en retirada. Dueños los enemigos del campo de batalla, lo fueron tambien de la ciudad; el dia 16 de junio penetraron en ella, precedidos de las autoridades que habian salido á recibirles. Apagado el incen-

dio en un punto, natural parecia que se corriese á estinguirlo en otro. Merle combinó sus operaciones con las del general Dulos; se arrojó con osadía sobre Santander; derrotó á sus bisoños defensores, y se apoderó de la ciudad el 12. Huyeron el obispo y la junta, y el general frances exigió á los habitantes una contribucion cuantiosa. Tomaban tambien vigor con éxito desdichado las operaciones militares en Aragon. Atacaban los invasores á Tudela, comandados por el general Lefebre Desnouett, y con intento de observarles, salió de Zaragoza el marques de Lazan, á quien hemos visto renunciar los favores y proteccion del generalísimo en las aras de su patria. Rápido y poco pensado fué el desastre de Lazan; el 11 entraron los franceses en Tudela, el 12 avistaron á las tropas españolas en los alrededores de Mallen, las acometieron con brío y las pusieron en desórden. El marques recogió como mejor pudo las reliquias de sus tercios, y se retiró á Gallar, donde tuvo que sostener el 13 otro choque no menos funesto. Llegó á Zaragoza el anuncio de tan infaustas nuevas, y á fin de prevenir sus efectos, juntó Palafox una division de cinco mil hombres, casi todos paisanos, y voló al encuentro del enemigo. Dióle frente en los campos de Alagon, y en ellos se trabó el combate. Mayor fué en este trance el ardor que la ventura del general español. Las maniobras del enemigo, auxiliadas poderosamente por la incapacidad de nuestros reclutas, gente inesperta y sin foguear, produjeron un resultado veloz. Amilanado el paisanaje por los frecuentes disparos de la artillería francesa, empezó á desbandarse, y de pronto se encontró Palafox con solos doscientos de los suyos. Juzgando entonces imposible prolongar la lucha con fuerzas tan menguadas, el jefe aragones se retiró inmediatamente en muy buen órden. Gananciosos y arrogantes andaban hasta ahora los franceses, pero les volvió la suerte el rostro en Cataluña. Temia Napoleon el carácter obstinado y decidido de los hijos de Aragon, y como esta provincia se hallaba desguarnecida de huestes invasoras, mandó que refluyesen á ella algunas tropas procedentes de Cataluña. Dos divisiones acaudilladas por los generales Schuwart y Chabran, salieron de Barcelona el 4 de junio para dirigirse al litoral del Ebro. Avanzó Schuwart sin recelo y con ánimo de penetrar en Manresa, pero los somatenes de esta ciudad, confederados con los de Igualada y San Pedor, se apostaron en las alturas del Bruch resueltos á disputar al frances este paso. Atacaron los enemigos con su impetuosidad acostumbrada, pero fueron rechazados, y la agresion se convirtió pronto en defensiva, que al cabo se hizo insostenible, viéndose precisados á emprender su retirada, que fué harto molesta y trabajosa, pues los victoriosos somatenes siguieron picando su retaguardia hasta que penetraron en Martorell. No tuvo éxito mas lisonjero la tentativa de Chabran, pues si bien cebó su saña en las desgraciadas poblaciones de Arbos y Villafranca del Panades, vióse obligado á regresar á Barcelona en virtud de órden del general en jefe Duhesme. Avergonzáronse los soberbios conquistadores de verse vencidos por una turba de paisanos, y queriendo lavar su afrenta y castigar á los manresanos por su bravura, partieron de nuevo de Barcelona los generales Schuwart y Chabran con las huestes de su mando. Esperábanles prevenidos los somatenes, habiendo colocado algunas piezas de artillería en las eminencias del Bruch. Acaudillábales don Juan Baguet, sugeto que en esta ocasion desplegó tanto valor como ingenio. El amor propio ofendido suele hacer algunas veces prodigios; aquellos altivos militares que habian doblado por primera vez su cerviz en el largo espacio de mas de diez años, acometieron con singular denuedo y esfuerzo, mas todos sus conatos se estrellaron contra el valor y la constancia catalana; tenazmente repelidos en

todos los puntos de ataque, volvieron de nuevo el rostro hácia la capital del Principado, y entraron en ella con quinientos hombres y algunos cañones de pérdida. La doble rota esperimentada por los franceses en el Bruch, confirmó á Duhesme en su primitivo plan: el de dejar espeditas las comunicaciones con el territorio imperial. Llevado de semejante intento, salió de Barcelona en la mañana del 17 de junio, acaudillando tres ó cuatro mil infantes, y dos mil quinientos caballos, con algunas piezas de artillería. Tomó la ruta de Hostalrich, y avanzó sin obstáculo hasta las faldas del Mongat. Coronaban las cimas de este nueve mil paisanos procedentes del Valles, que atacados vigorosamente de flanco, se dispersaron con grande facilidad. Ensañóse en los vencidos el ejercito usurpador, y llegó siempre avanzando á las puertas de Mataró. No flaquearon sus habitantes al aspecto del terrible enemigo; defendiéronse con bizarría, pero fueron bien pronto arrollados, y los franceses penetraron en la ciudad el mismo 17, donde repitieron sus ultrajes á la propiedad, al pudor y á la humanidad entera. Talando y asolando cuanto se ofrecia á su posibilidad, se presentaron los franceses á la vista de Gerona el dia 20. Defendia la ciudad un destacamento de Vitoria consistente en trescientos hombres, acaudillados por el coronel Udally. Suplia el denodado civismo de los gerundenses, su falta de fuerzas regulares; todos los brazos útiles se alargaban en busca de armas y belicosos pertrechos. El destacamento de Vitoria rechazó intrépido y sereno al pujante enemigo que se acercó á la puerta del Cármen y fuerte de Capuchinos, y de una y otra parte se habian dado ya muestras de arrojo y bravura, cuando la noche pareció venir á aquietar las hostilidades. No fué así, sin embargo; los franceses, fiando mas á la sorpresa que al denuedo, y prevaliéndose de la oscuridad, atacaron sucesivamente los baluartes de Santa Clara y San Pedro, pero el fuego infernal y mortífero que vomitaba el de San Narciso, y la brava conducta de los soldados de Vitoria, les hicieron desistir de una empresa cuyas dificultades no habian pesado bien en su arrogancia. Emprendieron, pues, su retirada en la mañana del 21, y hostigados por los somatenes, llegaron á Barcelona con una baja de mas de setecientos hombres. La guerra de los somatenes era porfiada, cruda y sin tregua. El general Chabran, queriendo penetrar en el Valles, fué acometido por el paisanaje, acaudillado por don Francisco Milans, y puesto en vergonzosa fuga. Al propio tiempo la gente de don Juan Baguet, llena de alientos y resolucion, recorria las inmediaciones de Lérida, Hostal y Esparraguera, llegando algunas veces hasta el radio de la misma capital. Ya antes, temeroso el gobierno de Madrid de que se alterase la tranquilidad pública en Sevilla, habia ordenado á Dupont que partiese para Andalucía. Abandonó Dupont á Toledo el 24 de mayo, llevando bajo su mano cerca de doce mil hombres. Penetró, pues, en el meridion de la Península, sin que obstáculos poderosos entorpeciesen su marcha. Rebosaba su campo en víveres, y el pais, fértil por naturaleza, le brindaba con una subsistencia segura. Dominado por semejante cálculo, y á fin de acelerar su marcha, dejó almacenadas en Santa Cruz de Mudela cuantiosas provisiones, confiando su custodia á un destacamento de cuatrocientos hombres. Adelantábase pues, con singular confianza, y el 7 de junio pernoctó en Andújar. Supo aquí, no sin sorpresa, que los españoles, se aprestaban á disputarle el paso del Guadalquivir. Avanzó entonces con cautela, pero sin ningun género de temor, y se encontró en las cercanías de Alcolea con un puente guarnecido con algunos cañones, con un cuerpo de caballería desparramada á lo largo del rio, y varios pelotones de infantes, en su mayor parte formados por paisanos provenientes de Sevilla. Era cabe-

za de los nuestros don Pedro Echevarri, nombrado general por la junta de Córdoba. Atacar los franceses el puente, aniquilar sus fuegos, y poner en fuga á los que le defendian, fué obra de pocos minutos. La caballería jugó durante mas tiempo con acierto, pero sin ventura, hasta que reconociendo la superioridad de la contraria, hubo de retirarse. Echevarri, con pocos de los suyos, se guareció en lugar lejano, y dejó á Córdoba á merced del vencedor. Presentóse este delante de sus puertas, y los cordobeses, bien por creerse débiles, bien por temor de correr los azares de un sitio, bien quizá por sentirse inhostiles, apagada ya la exaltacion del momento, pretendieron capitular. A punto de acabarse estaban los tratos entre una y otra parte, cuando se percibieron uno ó dos tiros disparados fortuitamente. Aprovechóse de esta ocasion y pretesto el general frances; hizo derribar una de las puertas, y penetrando en la ciudad, anduvieron los franceses tan sin freno y comedimiento, que saquearon las casas, profanaron los templos, mancillaron el pudor de las vírgenes, espoliaron las casas públicas, y se ennegrecieron con todo género de atrocidades. Violencia inaudita, capaz de escitar por sí sola una guerra sangrienta, cuanto mas de encrudecer una tan robusta y basamentada, y que debia tener su espiacion, porque al fin y al cabo todos los crímenes la tienen. Cúpoles temprana parte de esta á los cuatrocientos franceses quedados en Santa Cruz de Mudela. Levantóse contra ellos la poblacion é inmoló á muchos, huyendo los demas hácia Valdepeñas. Mas esta villa fuéles tambien hostil, por manera que se vieron precisados á esquivar su entrada y presencia, y á retirarse á paraje bastante lejano. Viéndose aquí, participaron á la division francesa mas inmediata su apurada situacion. Al punto marchó en su ayuda el general Lijer-Belair con seiscientos caballos y ginetes, é incorporada esta tropa de refresco con la fugitiva, revolvieron una y otra contra Valdepeñas, con propósito de hacer terrible escarmiento. Angustiado estaba el pueblo sin saber qué partido adoptar, hasta que al fin se le ocurrió uno muy ingenioso, y le puso en planta sin vacilar. Consistia este en sembrar de clavos la calle principal obstruyendo las inmediatas, y en cortarlas con maromas que abrazaban toda su latitud, ocultas, como tambien los clavos, bajo una doble capa de arena. Avanzan los caballos de Belair, pero quedan al poco rato inmóviles, y entonces el frances lleno de ira mandó prender fuego á los edificios. Las llamas consumieron ochenta edificios, y solo una capitulacion pudo cortar aquellas escenas de asolacion y dolor. Conociendo Dupont que su posicion era cada vez mas crítica, abandonó á Cordoba y se retiró á Andújar, pero noticioso al propio tiempo que los habitantes de Jaen habian dado muerte á un comisionado frances, quiso saborearse con el bárbaro placer de la venganza, y envió á aquel desventurado pueblo á un oficial con unos cuantos soldados, quienes se ensayaron en todo linaje de tropelías y abominaciones. Menos venturosa suerte le habia cabido á Moncey en su espedicion á Valencia; vencedor en Pajazo y en las Cabrillas, se presentó á la vista de Valencia el dia 17 de junio, y la acometió con singular esfuerzo y pericia, pero los nobles hijos de aquella poblacion, prevenidos del peligro por el padre Rico, fugitivo de las Cabrillas, improvisaron algunas malas obras de fortificacion, y se defendieron con tanto arrojo y heroismo, que obligaron al esperimentado mariscal á levantar el sitio, retirándose á Albacete con pérdida de dos mil hombres. Entre los muchos que se distinguieron en tan gloriosa defensa, debe hacerse honorífica mencion del religioso Rico y de un mesonero llamado Miguel García, quien solo y á caballo hizo siete salidas por una de las puertas mas combatidas, consumiendo en ellas cuarenta cartuchos. Pero en guerra de semejante in-

dole, las victorias debian darse la mano con las derrotas. Una y muy notable padeció el cuerpo de ejército acaudillado por los generales Cuesta y Blake, fuerte de veintidos mil infantes y quinientos ginetes. Colocado imprudentemente en una posicion desventajosísima, y embestido con ímpetu por las aguerridas tropas del mariscal Bessieres, se desordenó bien pronto, y los dos referidos jefes se precipitaron en la fuga con las reliquias de sus rotas columnas. De este desastre, apodado de Palacios por el sitio en donde se verificó, nacieron las mas funestas consecuencias; el orgulloso Bessieres penetró en Rioseco, en cuyo punto el desenfreno corrió parejas con la mas refinada crueldad. Víctima fué tambien de la saña francesa la desgraciada ciudad de Cuenca. El general Colincourt, enviado por Savary, que habia reemplazado á Murat, ido por aquellos dias enfermo á tomar las aguas termales de Barege en Francia, siguiendo las instrucciones mas inhumanas, y abandonándose á las intenciones mas desoladoras, puso al mismo nivel el honor de las mujeres y la vida de los hombres. Ni la tímida inocencia, ni la decrepitud fueron títulos suficientes á calmar el furor de los imperiales. Los instrumentos de una mala causa no saben poner límites á su ferocidad; por eso los conquistadores y sus tropas han cometido en todos tiempos escesos tan punibles. Corriendo estos tiempos, y acaeciendo los sucesos que acabamos de relatar, vino á la Península el nuevo rey José Bonaparte. Acogiéronle los pueblos del tránsito con notoria frialdad, que en Madrid rayó ya en mal reprimidos conatos de hostilidad, nacidos de una aversion profunda. Escepto su carácter de intruso, ninguna otra cualidad hacian á este príncipe indigno del aprecio de los españoles; la historia de aquellas épocas nos le representa como adornado de muy buenas prendas, de regular talento, vasta instruccion, de esterior aventajado, afable y atento. El 20 de julio entró en la metrópoli de la monarquía, instalándose en el palacio de nuestros antiguos soberanos, y el 25 fué el dia designado á su solemne jura y promulgacion. Todas las autoridades, corporaciones y categorías sociales y políticas, acataron su potestad escepto el Consejo de Castilla, que se resistió con noble entereza. Habíase mostrado antes flojo, desmadejado y apático, y quiso borrar ahora con un comportamiento enérgico y patriótico, la mancilla que habia recaido sobre su conducta. A la desazon y profundo desasosiego que debia producir en el ánimo del nuevo monarca esta repulsa de tan encumbrada corporacion, agregóse muy luego el de un desastre considerable ocurrido á las legiones francesas. Decíamos mas arriba que Dupont, retirándose de Córdoba, se habia acantonado en Andújar; pues bien; conocedoras de este movimiento las divisiones andaluzas que guiaban los generales Castaños, Reding, la Peña y Compigni, sumando un total de veinte y siete mil infantes y dos mil caballos, avanzaron para dar frente á Dupont que, auxiliado por los generales Vedel, Gobert y Liger-Belair, y sostenido por numerosos cuerpos de tropas veteranas, se proponia á su vez desafiar á su enemigo. Ya desde los primeros dias de este movimiento general en aquella línea se habian empeñado algunos choques, parciales sí, pero muy desventajosos para los franceses; Liger-Belair huia derrotado, Gobert estaba muerto, y su colega Dafour, se retiraba velozmente despues de sufrir un fuerte descalabro. La vanguardia de nuestro ejército, mandada por el general Reding, se adelantaba siempre con direccion á Andújar; en las inmediaciones de Bailen encontró al enemigo, y aquí se trabó la accion. Peleóse de una y otra parte con igual valor y encarnizamiento, nuestros soldados, bisoños todavía, rechazaban denodadamente los impetuosos ataques de las legiones imperiales, y estas, despues de doce horas de mortífera lucha, se vieron imposibilitadas

de manejar las armas. Ajustóse entonces un armisticio, y poco despues se concluyó un tratado en virtud del cual depusieron las armas diez y siete mil franceses. Tuvieron ademas tres mil muertos, y el vencedor recogió las águilas y artillería, preciosos trofeos de accion tan señalada. Este renombrado hecho de armas ocurrido en las cercanías de Bailen el dia 17 de julio de 1808, fué el mejor cimiento de nuestra gloria y la fianza mas sólida de nuestro porvenir. Su influjo moral entonces fué inmenso, y obró muy sensiblemente sobre la suerte de la Península entera. Apenas se esparció por Madrid la nueva de acontecimiento tan fausto, creyó José peligroso permanecer mas tiempo en este punto, y se apresuró á trasladarse al litoral del Ebro, á Burgos, antigua capital de Castilla. Enlazábase con este triunfo otro de mayores proporciones. Derrotados Lazan y Palafox, el frances Desnuest se encaminó prestamente á Zaragoza. Esta plaza sin soldados, sin cercas, sin mas defensa que los pechos de los habitantes, cerró no obstante sus puertas al arrogante invasor: no entibió el ánimo y esperanzas de los imperiales semejante resolucion; creyeron, por el contrario, que un populacho sin organizacion, sin caudillos, y arrastrado, á su entender, por una especie de vértigo, cederia bien pronto á las prácticas legiones de Bonaparte; pero olvidaban que si alguna afeccion eleva á los hombres casi sobre el nivel de la naturaleza, es el amor patrio escitado en buen hora; pasion la mas grande y sublime, aunque poco frecuente; cuando aparece subyuga á todas las demas. Formalizóse el sitio, y adquirió un carácter tal de gravedad é importancia, que atrajo sobre si los ojos de toda la España; hubo asaltos, bombardeos, salidas y reñidos encuentros, y despues de haber hecho prodigios de valor los zaragozanos, de haber ostentado la mayor tenacidad los franceses, de haber vomitado un fuego destructor las baterías de estos sobre la noble ciudad por espacio de mucho tiempo, y de haberse prolongado el cerco por espacio de dos meses, desde el 13 de junio hasta el 15 de agosto, quedaron humillados los fieros de aquellos altivos conquistadores, viéndose precisados á retirarse aceleradamente llevando consigo el baldon del vencimiento, la pérdida de tres mil de sus mejores soldados y su principal general herido. Difícil es tocar en el corto cuadro que nos hemos propuesto bosquejar, todos los grandes hechos que en aquellos dias distinguieron á los zaragozanos, conquistándoles un inmarcesible laurel; sin embargo, so pena de dejar descolorida esta reseña, no podemos omitir la narracion de algunos por demas altos y grandiosos. Cuando los sitiados se hallaban en la situacion mas crítica, cuando los franceses despues de cien encarnizados combates habian logrado apoderarse del hospital y del convento de Santa Engracia, edificios fuertes y de gran consideracion, Lefebre Desnuest intimó á los zaragozanos la rendicion, mandando á su general este lacónico mensaje: —Cuartel general de Santa Engracia.—Paz y capitulacion.—El jóven Palafox respondió sin vacilar: —Cuartel general de Zaragoza.—Guerra á cuchillo.—Cuando en los primeros dias, lejos Palafox de los muros, destituidos de recursos y sin esperanza de obtenerlos, parecia deber estinguirse el fuego de los habitantes de Zaragoza, consiguiendo la reflexion lo que no habia logrado el aspecto del peligro, aquel pueblo de héroes, resonó con un juramento terrible, con el de perecer todos sus individuos antes que sujetarse á la dura coyunda de sus adversarios. Y al lado de estos rasgos de generosidad y de patriotismo que podian imputarse á la generalidad de la poblacion, hay tambien otros muy dignos de determinados individuos. En obsequio de la brevedad citarémos solo el de una jóven llamada Agustina Zaragoza. En la puerta denominada del Portillo habia una batería española, rodeada de cadáve-

res. Nadie se atrevia á acercarse á aquel recinto de la muerte; pero Agustina que lo observaba y que conocia ser aquel punto de la mayor importancia, se acercó silenciosa, toma una mecha, la aplica á un cañon y permaneció allí impávida y serena. El ejemplo de esta mujer admirable estimula á los circunstantes; muchos corren á su lado y disputan al frances aquel sitio con gloria y con ventaja. Duro y casi simultáneo escarmiento recibian los estranjeros en Cataluña. Deseando Duhesme lavar con una venganza inaudita el descalabro sufrido delante de Gerona, partió de Barcelona al frente de una respetable cohorte, y llegó el 13 de agosto á la vista de Gerona, pero solo logró en esta jornada aumentar la afrenta de la anterior, pues una impetuosa salida de los sitiados, puso en desórden sus tropas, obligándole á emprender su regreso á Barcelona, perdiendo parte de la artillería en las escabrosidades del camino. Alternativa y vacilante se mostraba la fortuna á los defensores de la causa legítima en Portugal. Un movimiento diestro y bien combinado del general frances Loisson, desconcertó al español Moreti y al portugues Deite; pero el arribo á aquellas costas de una escuadra británica, que conducia á bordo dos ó tres divisiones inglesas, regidas por el teniente general sir Arturo Welesley, volvió de malo en bueno el rostro de los acontecimientos. Apenas pisó el breton el territorio lusitano, empezó á cubrirse de honrosos laureles; Columbeira fué el primer teatro de sus hazañas y en él quedó derrotado el imperial Delaborde. Noticioso Junot de este suceso, fluctuó algun tanto entre la indignacion y el asombro, pero conociendo al fin que su situacion era sobrado crítica y embarazosa, llamó á sí todas las fuerzas francesas derramadas por todo el diámetro del territorio portugues, y quiso ahorrar parte del camino al victorioso Welesley. Avistáronse por fin el 2 de agosto en las inmediaciones de Torres-Vedras, y se empeñó la accion. Valor, disciplina y serenidad manifestaron los ejércitos de ambas coronas; pero el de los aliados, con los alientos y ufanía del triunfo anterior, hizo un esfuerzo estraordinario y arrolló á sus enconados rivales. Junot, desairado por la victoria, apeló á las capitulaciones y convino en el tratado denominado de Cintra, aunque ajustado en Lisboa en 20 de agosto. Segun el espíritu y letra de este tratado, las legiones francesas debian evacuar el Portugal y dirigirse á su pais, y quedaba reconocida por las dos grandes potencias beligerantes la neutralidad de los puertos de aquella nacion. Pero como el ansia de ventajas, y especialmente si se reportan sobre enemigo tan odiado es inestinguible, calificóse de floja y mal fabricada la convencion de Cintra, y se elevaron tantas quejas y reclamaciones que dificultaron en parte su ejecucion. Mientras tan venturosa era se abria en los principales costados de la Península, el norte de ella era testigo de bien crueles reveses. Bessieres, aunque escaso de fuerzas, recorria victoriosamente aquellos contornos, y habiéndose aventurado con poca prudencia los habitantes de Bilbao, fueron hechos pedazos por el general Merlin. Los infelices bilbainos que cayeron en poder de Merlin esperimentaron sangrienta y desdichada suerte. Así las cosas, y habiendo arraigado y ramificádose prodigiosamente la guerra, se pensó en la necesidad de concentrar el poder gubernativo, tan derrochado y fraccionado á la sazon, que no podia esperarse la apetecida uniformidad en todos los movimientos de la rueda política. Habíanle ejercido las juntas de provincia, cuyas atribuciones soberanas chocaban ya entre sí, y podian producir colisiones muy funestas al pais. Por otra parte, los que constituian las juntas eran hombres ocasionales, buenos patricios sí, mas por lo general carecian de aptitud, de pericia, de nombre, conocimientos y tino para manejar sin equivocarse los numerosos hilos del gobierno en época

tan turbulenta, y que amenazaba ser muy duradera. Faltaba ademas un comun pensamiento en las operaciones militares, y por último, el abuso habia corroido aquellas corporaciones, escelentes mientras fueron oportunas. Mas aunque la opinion pública apreciaba en todo su valor estas consideraciones, vacilábase sobre la eleccion de cuerpos ó personas á los que debia someterse tan alto cometido; quiénes opinaban por el consejo de Castilla, y aun este mismo hizo asíduas y constantes gestiones; quiénes, finalmente, proclamaban una junta central compuesta de diputados provinciales. Este último dictámen fué el que prevaleció. La central compuesta de veinte y cuatro individuos nombrados por las juntas de provincia, se instaló en Aranjuez el dia 27 de octubre y tomó el pomposo título de junta suprema, central, gubernativa del reino. Tuvo por presidente al renombrado don José Moñino, conde de Floridablanca, y se contaban entre sus miembros al ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos, á don Antonio Valdes, hombre probo é instruido, que habia desempeñado lealmente el ministerio de Marina, y á don Lorenzo Calvo de Rozas, cuyo patriotismo y valentía influyeron muy principalmente en la salvacion de Zaragoza. A pesar de contar en su seno con tan distinguidos patricios, á pesar de haber sido saludada por la nacion con inesplicables muestras de júbilo y entusiasmo, la central empezó su administracion con providencias muy poco cuerdas. Cuando todos trabajan espontánea y asíduamente por el bien comun, debe haber muy pocas distinciones sociales y políticas, y sí solo las que marque la organizacion y disciplina. Lejos de conocer este principio, apenas se instaló la central, confirió respectivamente los títulos de Majestad, Alteza y Escelencia, á la corporacion entera, á su presidente, y á cada uno de sus vocales. Ni se limitaron á esto sus providencias nacidas de un deseo poco honroso sin duda; adjudicóse á cada uno de sus miembros la cantidad anual de 120,000 rs. y esto cuando la penuria de la nacion era ya crecida, y la guerra absorviera tantos tesoros. Censuróse tambien el que hubiese restablecido los jesuitas, ahogado la poca libertad de imprenta que entonces se obtenia, y rehabilitado el cargo de inquisidor general. Sin embargo, muchos no se apercibieron de la índole de estas determinaciones, atentos como estaban á observar la rapidez y progresos de la lucha cada vez mas gigantesca. El ejército de Galicia, siempre conducido por Blake, reparado del reves esperimentado en Palacios, y fuerte de 22,728 infantes y 400 ginetes, se corrió mas hácia el norte y cayó sobre Bilbao. Fuese falta de actividad, fuese defecto de combinacion, lo cierto es que esta jornada no arrojó todos los favorables resultados que habia derecho á esperar; el general Merlin, que guarnecia la plaza, se salvó con sus tropas, cuando, inferiores en número, debieron quedar hechas piezas por los esfuerzos gallegos. Eslabonábase á este un hecho noble y digno ocurrido en las tierras de Cataluña. Amparaba á Lerin don Juan de la Cruz con mil hombres, pero acometido de pronto é impetuosamente por seis mil contrarios, hubo de acogerse á un edificio inmediato donde se defendió desesperadamente, sin víveres ni provisiones, por mas de veinte y cuatro horas. Acaso hubiese llevado adelante tan gallarda defensa, si no se desvanecieran las esperanzas de un socorro que le habian prometido, pues entonces, acosados él y sus soldados de la hambre, la sed y la fatiga, hubieron de entablar capitulaciones. El general frances, prendado de tan noble comportamiento, les otorgó honrosas condiciones. El hombre que llena con dignidad sus deberes, es respetable aun á los ojos de sus mas encarnizados enemigos. En estos dias, el general Pignately que protegia á Leon con recias columnas, atacado por el mariscal Ney, huyó hasta Cintruénigo como poseido

de un terror pánico, dejando en el camino su artillería. Decidido el emperador á sojuzgar á la nacion española, que con tanta gloria y denuedo empezaba á sacudir las redes que le habia puesto una política artera, sacó nuevos refuerzos de tropas, escogió sus mas afamados capitanes para que pasaran á combatir la Península, y él mismo se puso aceleradamente en marcha para Bayona, á cuyo punto llegó el 29 de octubre. Ascendia por entonces el ejército del usurpador al imponente número de ciento cincuenta mil hombres y cincuenta mil caballos, tropa florida y brillante, que bajo la conducta de los mariscales Bessieres, Moncey, Ney, Lefebre, Mortier, Victor, y de los generales Junot y Saint-Cir, iba á arrojarse al seno de nuestra atribulada patria. Activo el emperador, permaneció bien poco en Bayona; el 8 de noviembre atravesó el Vidasoa, y en el mismo dia llegó á Vitoria donde se encontraba á la sazon su hermano José. Acompañábanle los generales Soult, duque de Dalmacia, y Lannes, duque de Montebello, soldados ambos de gran reputacion. No tardó en conocerse el influjo y presencia del temido conquistador en el éxito de la campaña. Siguiendo sus instrucciones el mariscal Lefebre, avanzó al frente de veinte mil hombres, al encuentro de Blake que tenia diez y seis mil en las cercanías de Zornoza. La prudencia desaconsejaba un combate en que las fuerzas eran tan desiguales, pero el general español escuchó solo los avisos del valor. Arremetió el frances con bríos, y aunque de parte de los nuestros hubo denuedo en la defensa, viéronse por último precisados á retirarse, acampando cerca de Balmaseda. Infatigable el frances, siguióles el alcance, renovóse el choque y la matanza, pero tambien el desdoro de las legiones españolas que por segunda vez se retiraron, si bien se logró lavar en parte, pocos dias despues, la afrenta de esta jornada, pues nuestra caballería, mandada por Porlier, cayó impetuosamente sobre la division Villatte, precipitándose hácia la gente de Acebedo, que acabó de derrotarla. Pero este ligero triunfo tuvo una compensacion muy dolorosa. Los mariscales Lefebre y Victor, á la cabeza de cincuenta mil hombres, se propusieron aniquilar á Blake, y despues de arrojarle con notable pérdida de sus posesiones de San Pedro de Greñes, presentaron batalla formal y reñida en los campos de Espinosa de los Monteros. Brava fué la conducta de unos y otros en esta memorable accion; la victoria quedó indecisa el primer dia, pero al segundo nuestras tropas estenuadas por el cansancio, y considerablemente desmembradas, aguantan poco tiempo las cargas de los contrarios y se pronuncian en la mas desordenada fuga. Algunos millares de fugitivos lograron reunirse en Reinosa. Esta infausta accion costónos cara y abundante sangre; en ella perecieron los generales Riquelme y conde de San Roman, y quedaron heridos los de igual clase Quiros, Valdes y Acebedo. En el entretanto Napoleon seguido del cuerpo de ejército que mandaba Bessieres, se dirigia al corazon de las Castillas. Opúsole un puñado de gente el conde de Belveder, gobernador de Burgos, pero pronto quedó desecho, y el altivo conquistador siguió imperturbable su camino. Sin embargo, todavía no estaban completos los planes del emperador; el ejército de la izquierda se hallaba, es verdad, vencido y destrozado, pero quedaba en pié el del centro, si no muy numeroso, al menos bastante robusto y sin haber probado todavía las amargas consecuencias de la última campaña. Mandábale á la sazon el general Castaños, aunque por entonces se pensó en sustituirle el marques de La Romana. El duque de Montebello y el mariscal Ney recibieron de su señor órden de desbaratar este ejército. Traia el primero bajo su fuero, treinta mil infantes, cinco mil caballos, y era caudillo el segundo de veinte mil combatientes. El general español con treinta y siete mil de los suyos, tenia que

cubrir una línea de cuatro leguas, cuyas estremidades se apoyaban respectivamente en Tarazona y Tudela. No era esta buena circunstancia para resistir con ventura el violento empuje de las legiones imperiales. Con efecto, nuestros soldados atacados cejaron pronto, y los del emperador levantaron al aire la palma de la victoria. Entonces el emperador aceleró su viaje; llegó á la falda del Somosierra, y arrollando algunos miles de españoles, que bajo la conducta del general San Juan, coronaban las alturas y defendian este paso importante, siguió rápidamente hácia la capital. La central, viéndose amagada de cerca, se trasladó á Badajoz, y poco despues á Sevilla. Madrid opuso al enemigo corta resistencia, y habiendo este abierto profunda brecha en la muralla del Retiro, se precipitó dentro de la cerca, internóse en las calles, forzó el paso de la de Alcalá, y obligó á los madrileños á pedir capitulaciones. Otorgóselas Napoleon aunque contando con el auxilio del tiempo para violarlas sin peligro. Fijó el emperador su residencia en Chamartin, y solo un dia y clandestinamente vino á Madrid á visitar el régio alcázar. Aunque las reformas de un pais sean en su fondo útiles y justas, vienen á convertirse en malas si resultan inoportunas, porque la de las circunstancias es la mas fuerte de las leyes. Napoleon, llevado de su genio reorganizador, hizo en España algunas innovaciones no vituperables en su esencia, pero que entonces condujeron al mayor desabrimiento de los ánimos. Abolió la inquisicion, suprimió el consejo de Castilla y la tercera parte de los conventos, y restableció la libertad de imprenta. Esta conducta laudable, quizá, volvió contra él el encono aun de los mas indiferentes y apáticos. Cada dia nuevas desgracias; por momentos la causa de nuestra independencia iba perdiendo medios de sustentacion materiales, aunque ganaba en majestad y grandeza moral. Las derrotas se habian repetido, y el infortunio traido á nuestros ejércitos la indisciplina, su frecuente compañera. Los fugitivos de Somosierra se habian reunido con su jefe, el general San Juan, en Segovia, mas apenas tuvieron noticia los soldados de que este denodado y entendido militar pensaba dirigirse al socorro de Madrid, desertaron casi todos. San Juan, seguido de unos pocos, llegó hasta Talavera. Aquí se le incorporaron muchos de los dispersos, y queriendo el general poner con el escarmiento un coto á tan temibles demasías, usó de rigor con los soldados, mas estos exasperados, le acometieron en su habitacion, y aunque se defendió con valentía, sucumbió al cabo, bajo los innumerables golpes de aquellos furiosos. Al propio tiempo en el ejército del centro, que se encaminaba velozmente á Cuenca por entre mil peligros, se notaron tan fuertes conatos de insubordinacion, que su general en jefe, La Peña, sucesor de Castaños, enojado de mandar una tropa, que no conociendo los inminentes riesgos á que se hallaba espuesto el pais, les aumentaba con sus imprudentes desmanes, hizo dimision de su cargo, que fué al momento conferido al duque del Infantado. El ejército que habia llegado á Cuenca, se hallaba en el estado mas lastimoso, y la gente de Grimarest, que se le agregó en aquel punto, fugitiva, amilanada, daba patentes pruebas de sus recientes derrotas. Los soldados llegaban á la ciudad sin órden ni regimiento alguno, á bandadas, á grandes pelotones. No sucedió así con una pequeña fuerza á las órdenes del conde de Alacha. Interceptada en el Nalde, estrechada de todos lados por numerosos enemigos, y despues de esperimentar los horrores del hambre, de la desnudez y el frio, durante veinte dias, se presentó en Cuenca, íntegra, sin haber sufrido pérdida ni descalabro, por el contrario, conduciendo unos cuantos prisioneros. Ensoberbecidas las tropas del emperador lo arrollaban todo á manera de un torrente. Lefebre con veinte y dos mil

hombres partió á la Estremadura, ahuyentó al ejército gallego, que bajo el mando de Galluzo, no se atrevió á disputarle puntos importantes y de difícil acceso, y obligó á este mismo ejército á refugiarse en Badajoz. Al propio tiempo, anhelando Napoleon esterminar a los ingleses que habian desembarcado en la Península, y que á las órdenes de los generales sir Juan Moore y Bair, formaban un cuerpo de veinte y tantos mil hombres, salió de Madrid el 22 de noviembre á la cabeza de sesenta mil. Iba por aquellos dias Moore á arrojarse sobre Soult, que le acosaba de cerca, pero noticioso de la espedicion de Bonaparte, retrocedió por Toro y Benavente á buscar el apoyo del marques de La Romana. Juntas ya las fuerzas españolas y británicas, parecia poder hacerse con mas órden la retirada, pero no existia la mejor concordia entre los dos jefes, y por otra parte, las tropas de La Romana, hambrientas, desnudas y empobrecidas, no eran muy aptas para sobrellevar el peso y fatiga de tan desgraciada campaña. Desuniéronse, pues, de nuevo, y cada uno tomó distinto rumbo, aunque con poca ventura, pues el marques sufrió todavía vicisitudes muy dolorosas, y Moore, viendo el estado de desorganizacion de sus tropas, pensó embarcarse para Inglaterra. No tenian un éxito mas afortunado las empresas de los nuestros en Cataluña y Aragon. Verdad es, que en el primer punto el general Vives habia pasado de la defensa á la agresion, apretando á Duhesme dentro del recinto de Barcelona y bloqueando rigurosamente esta plaza, pero cuando ya habia esperanzas de tomarla, fundadas mas que en las fuerzas, en las inteligencias entabladas con los barceloneses, y en las simpatías de estos hácia los sitiadores, afluyeron al auxilio de Duhesme tropas francesas, y el general Saint-Cir rompió por las tierras catalanas con poderosa y bien regimentada hueste. Vives salió á recibirle con una parte de sus tropas, dejando á las demas empleadas en el cerco, y se apostó en el sitio denominado de Ulinas. Llegó el frances y atacó uno despues de otro los cuerpos que defendian esta posicion con tal arrojo y ventura, que les desunió en breve tiempo poniéndoles en la dispersion mas completa. El mismo Vives, desamparado de los suyos, se vió en la precision de huir á pié por sendas descarriadas. Arrogante con la victoria quiso Saint-Cir esterminar á algunas tropas catalanas que se rehacian en las márgenes del Llobregat, bajo la direccion de Reding, y doblando sus marchas, llegó á la orilla izquierda del rio, arremetió bruscamente á los españoles, y les obligó á desbandarse. Las tropas que se hallaban delante de Barcelona levantaron el cerco. Estos deplorables sucesos llamaron la atencion pública sobre Vives, quien se libró de una muerte casi segura, abdicando sus supremas atribuciones. Sucedióle en ellas el general Reding. Por este tiempo nuevas y casi fabulosas hazañas vinieron á añadir mayor lustre al ya glorioso nombre zaragozano. Profundamente irritado Bonaparte por la noble defensa de la capital de Aragon, determinó escarmentar á sus habitantes, como si el escarmiento fuera posible en hombres que cumplen con sus mas sagrados deberes. Al efecto envió á apoderarse de la heróica ciudad á los mariscales Ney y Mortier, seguidos de treinta y seis mil soldados veteranos y de un formidable tren de batir. El 21 de diciembre plantaron los franceses sus reales frente de Zaragoza, y desde este dia hasta el 22 de febrero del siguiente año, continuó el asedio con encarnizamiento y saña indescriptible de una y otra parte. Todas las escenas de luto, de desolacion y de heroismo, que habian tenido lugar en el primer sitio, se repitieron en este, aunque en círculo mas vasto. Hubo asaltos, bombardeos, salidas y combates parciales; los generales franceses se sucedieron unos á otros; á Ney reemplazó Junot, y Junot cedió el mando al célebre Lannes, duque de Mon-

tebello. El genio y la nombradia de este esperimentado militar estuvieron á punto de estrellarse contra las frágiles tapias de Zaragoza. En vano redoblaba sus ataques, en vano forjaba las mas diestras combinaciones, en vano tambien se emplearon las minas que derrocaban por sus cimientos los mejores edificios; habian contraido los zaragozanos casi el hábito del peligro y corrian á desafiarle con un arrojo é impavidez tal, que deja corta toda ponderacion. Cada casa, el punto mas insignificante, costaba arroyos de sangre; cada palmo de terreno se defendia con inaudita tenacidad. Las baterías enemigas vomitaban incesantemente un fuego infernal sobre los reductos y sitios fortificados y les destruian, pero se improvisaban otros ó se pasaba adelante y se encarnizaba mas y mas la lucha, batiéndose en terreno despejado con los invasores. Sin embargo, los zaragozanos que despreciaban la ira de los hombres, temieron la de la Providencia; la peste invadió la ciudad é hizo estragos rápidos y terribles; aprovecháronse de esta ocasion los sitiadores, esforzaron sus combates, y aquellos hombres formidables, agoviados bajo tal diluvio de desgracias, convinieron en una capitulacion. Otorgóse esta á los sesenta y dos dias de haberse abierto el sitio. Perecieron durante este tiempo, víctimas del hierro, del fuego y de la peste, cincuenta y tres mil ochocientos setenta y tres zaragozanos, y ocho mil franceses, muertos todos en el campo de las lides. Memorable hecho de armas, que honró mas á los zaragozanos, que cien victorias reunidas, porque la opinion y la posteridad aprecian mejor los grandes sentimientos y las acciones sublimes, que los favores de la fortuna. Con el sitio de Zaragoza feneció la primera campaña, la de 1808, infausta materialmente sin duda para los españoles, pero de recordacion sempiterna y gloriosa, pues solo pechos de bronce podian haber soportado, sin relajarse, golpes tan violentos, tan duras tribulaciones. No volvió el rostro la fortuna á los franceses en los principios del año. Los ingleses, despues de sostener en la Coruña un choque sangriento, en el que pereció su general Moore, se vieron en la precision de acogerse á sus navíos haciendo rumbo á las costas de su patria. La Coruña y el Ferrol abrieron sus puertas á los invasores, y Ucles presenció la derrota de nuestro ejército del centro. Satisfecho Napoleon con sus triunfos, y queriendo conjurar la tormenta que se levantaba contra él en el septentrion de la Europa, se apresuró á regresar á Francia; pero antes de partir quiso afianzar la corona de España en las sienes de su hermano, á cuyo fin recibió en Valladolid las sumisiones y protestas de una diputacion madrileña. Casi al mismo tiempo que el emperador á Paris, emprendió José su viaje á la capital de las Españas, donde penetró el 22 de enero; siendo acogido, si no con benevolencia, al menos con esa tolerancia, con esa especie de dejadez que es la sucesora de una aversion profunda é impotente. No faltó sin embargo, la adulacion á rendir inciensos al poder, y de muchas corporaciones é individuos llegaban hasta su sólio congratulatorias esposiciones. Tambien en igual periodo se introdujo la ponzoña de la division en nuestros ejércitos; hubo algunos militares, que cansados de sufrir descalabros y quebrantos, rendian párias al usurpador, y no escasearon jefes, que sin ser devotos de los estranjeros, coadyuvaban indirectamente á su triunfo, promoviendo discordias en el campo español, llevados, como es fácil inferir, de las mas mezquinas rivalidades. Todo al parecer anunciaba que la causa de la independencia iba á hundirse; pero hay en los pueblos pundonorosos, un remedio contra las defecciones, mas eficaz y mas activo que todos los preceptos imaginables: un epíteto denigrante que se adopte por la generalidad, retrae de sus siniestras intenciones á los individuos aviesos, tanto ó mas que la muerte. A los que se aco-

gian al estandarte imperial se les llamaba *jurados*, y era tan odioso este nombre, que todos huian de llevarle, y aun de rozarse con los que le llevaban; era un verdadero anatema político. En el entre tanto la junta central instalada en Sevilla, y que era el verdadero gobierno de la nacion, y el único á quien esta acataba, no dejaba de dictar algunas disposiciones muy oportunas. Fué una de ellas la celebracion y otorgamiento de un tratado de amistad y alianza con la Gran Bretaña por el que esta reconocia los derechos al trono de Fernando VII y de su dinastía, prometia ayudarnos á todo trance en la lucha con la Francia, y no hacer paz ni tregua con esta última potencia sin nuestro beneplácito y consentimiento. El gobierno español ofrecia á su vez ser fiel á la Gran-Bretaña, mancomunar sus ódios y sus fuerzas contra el nuevo imperio, y no ceder territorio alguno á los franceses. Este tratado arrojó mas adelante grandes y faustas consecuencias. Tambien creó la junta á ejemplo del gobierno de Madrid una comision criminal, género de imitacion reprensible sin duda, porque si se contrabalanceaba la influencia de los enemigos, tambien se sancionaban todos sus malos resultados y su carácter arbitrarios. En medio de tantos trabajos y conflictos, fué de grande ayuda la adhesion de nuestras colonias á la causa de la independencia. Los considerables fondos que remitieron estos opulentos paises, sirvieron para cubrir los gastos de una guerra que, asoladora y desgraciada como era, les originaba cada vez mayores. No abandonaba la victoria á los generales franceses; antes bien parecia seguir todos sus pasos. Mientras que en Ciudad-Real quedaban derrotados los nuestros al mando del conde de Cartaojal, el mariscal Victor deshacia en Medellin las huestes del general Cuesta, causándole la enorme pérdida de diez mil hombres; Saint-Cir hacia notables progresos en Cataluña, donde triunfaba en la sangrienta batalla de Valls, y su adversario Reding, despues de pelear con el valor que le distinguia, cayó mortalmente herido, y falleció á los pocos dias. Ney arrollaba al marques de La Romana y se apoderaba de Oviedo; y en todas partes alzábanse orgullosas las águilas imperiales. Pero si en la prosperidad, el orgullo y la arrogancia hacen acometer empresas gigantescas, en la adversidad solo el verdadero valor puede enseñorearse de los trances mas angustiosos, de las situaciones mas violentas. Los españoles testigos de todos sus desastres, no cejaron ni un momento, por el contrario, el entusiasmo cundia prodigiosamente y en todas partes levantaba nuevos y robustos adalides; en las márgenes del Miño los abades de Couto y Valladares acaudillaban algunos centenares de paisanos, faltos como es de inferir de instruccion y disciplina, pero dotados de una intrepidez que rayaba en temeridad. La gente de Valladares sitió á Vigo y se apoderó de él, haciendo prisionero al destacamento frances que guarnecia la plaza; y aunque los de Couto intentaron tambien el asedio de Tuy con harta desventura, esto no entibió el ardor de aquellos naturales que se alzaron entonces en mas grande número, y que en el de diez y seis mil formaron una division cuyo regimiento se encomendó á don Martin de la Carrera, jefe valiente y pundonoroso. En Castilla, Aragon, Cataluña, en el norte mismo de la Península se presentaron los nombrados guerrilleros Porlier, Empecinado, y los clérigos Merino y Echevarría. Todos estos hombres empleaban rara vez la táctica general de los combates; empeñaban sí escaramuzas, hacian sorpresas, huian para reaparecer de improviso, é incomodaban tanto á los franceses con sus rápidas maniobras y su impetuosidad en las refriegas, que hasta llegaron á esquivar su encuentro. Asombrado el frances de esta reaccion repentina de fuerzas, cuando las españolas debian hallarse extenuadas y casi perdidas, llegó á comprender que á un pueblo que defiende

sus hogares y su independencia no le aniquilan, sino que le exasperan las victorias de sus enemigos, y así idearon los medios mas idóneos de templar la fiereza española. El gobierno de Madrid, valiéndose de don José María Sotelo, propuso á la central las bases de una paz decorosa; pero aquella corporacion suprema respondió con notable firmeza y digna resolucion, negándose á entrar en tratos, que no tuvieran por objeto la restitucion de Fernando VII en el trono de sus mayores, y la inmediata salida de las tropas francesas de la Península. Cerróse pues la puerta á toda avenencia y fué necesario continuar en el rudo ejercicio de las armas. Empezaba la vicisitud á mostrarse ya con los imperiales. Soult penetra en Portugal, invade la provincia de Tras-os-Montes, y se apodera de Chaves y de Oporto; mas al intentar retirarse de este punto á la vista de sir Arturo Welesley, que con diez y nueve mil bretones habia arribado pocos dias antes al puerto de Lisboa, le faltó la fortuna; su marcha aunque trabajosa fué singularmente precipitada, y con sus tropas considerablemente desmembradas y sin artillería, llegó al territorio español. Ni fué mas dichoso Ney en su ataque contra el ejército del Miño, mandado por el conde de Noroña. Empeñóse la liza en el puente de San Payo, y aunque el mariscal y los suyos dieron claras muestras de valor, hubo de retirarse al fin despues de dos dias de obstinado combate. Horas fueron estas de ventura bien cortas, y á ellas siguieron otras muy largas de tribulacion y calamidades. El general Ballesteros huyó vergonzosamente al amago de muy pocos enemigos, y fué tanto mas notable esta defeccion, cuanto que el español debia estar aun engreido con el recuerdo de un triunfo, aunque ligero, reciente. Sin embargo, este hecho parcial hizo muy poco peso en la gran balanza de los sucesos militares y políticos; otros mas considerables iban á inclinarla del lado de los usurpadores. Napoleon provocado por el Austria voló al campo de las lides, deshizo las huestes de su tenaz antagonista, y le obligó á firmar en Zuaim un armisticio que podia considerarse como preliminar de la paz. Al propio tiempo sus soldados perseguian con ansia una gloria que parecia huírseles en España; y parte con la fuerza, parte con la intriga, mas temible siempre que la primera, lograron apoderarse de Jaca y Mequinenza, pero no les cupo tan próspera suerte ante las débiles tapias de Molina, cuya poblacion rechazó con inimitable denuedo tres ataques consecutivos del mariscal Mortier. Tambien sobresaltó á los estranjeros el desastre causado por el general Blake á las legiones de Suchet en los campos de Guadalupe; sin embargo, el general Bonapartista intentó volver por su honor mancillado, y en Molina y Belchite obtuvo larga y usuraria indemnizacion. Estos choques y vicisitudes agotaban lentamente las fuerzas de ambas partes beligerantes sin arrojar resultados grandes y positivos; á proporcionárselos partieron los grandes cuerpos de ejércitos enemigos al corazon de Estremadura. Constaba el ejército aliado compuesto de españoles é ingleses, de cuarenta y cuatro mil peones y nueve mil ginetes, acaudillados por los generales Cuesta y Welesley. Ocupaba una estensa línea en el diámetro de Talavera de la Reina, y aguardaba colocado ya en sus posiciones la llegada del frances. Este, conducido por el rey José en persona, auxiliado por los mariscales Jourdan y Victor, soldados de gran reputacion, dió frente á los confederados el dia 27 de julio. Eran los combatientes de uno y otro lado casi iguales en número, y en todos sobraba resolucion y coraje; pero los invasores llevaban la casi inmensa ventaja de su escelente disciplina. Cuando el sol habia declinado considerablemente y la noche se preparaba á cubrir con su velo aquel teatro de sangre, vinieron á las manos los encarnizados adversarios. Recio fué el choque y brusca la embestida de las legiones imperiales,

pero se estrellaron en la constancia de los aliados, y el dia siguiente las sobrecogió sin haber avanzado un paso, aunque sí cansadas, abatidas y bastante desmembradas: hubo entonces dictámenes opuestos, de retirarse ó de tentar de nuevo la suerte de las armas. Prevaleció este último como el mas brioso y acomodado al orgullo de los franceses, y se renovó con creciente furia la pelea. Pero un ejército vencido solo en circunstancias estraordinarias puede recuperar la victoria, y no asistieron estas al rey José. Los aliados serenos é impasibles trocaron ya la defensiva en fuerte ofensa, y las cohortes francesas, próximas á ser envueltas, aceptaron la retirada que antes habian mirado con menosprecio. Los vencedores amagados por un robusto ejército que avanzaba por Galicia, bajo la conducta de Soult, no persiguieron á los derrotados franceses con la actividad que lo favorable de la ocasion aconsejaba al parecer. Grande fué la mortandad y destrozo en esta célebre batalla; perdieron los franceses siete mil trescientos ochenta y nueve hombres, entre ellos dos generales y diez y siete cañones; seis mil doscientos sesenta y ocho los ingleses, incluyéndose en ellos algunos jefes de alta graduacion, y mil doscientos los españoles. Triunfo fué este que acarreó á los generales Cuesta y Welesley distinciones y mercedes. El ingles obtuvo el título de lord vizconde Wellington de Talavera, y la dignidad de par. Parecia que victoria tan señalada abriria una era de prosperidades, mas se complicaron de nuevo los acontecimientos. Cuesta fatigado del mando hizo dimision y le reemplazó el general Eguía; Welesley, despues de ágrias contestaciones con el gobierno español, traspuso la frontera de Portugal y dejó en gran parte desguarnecida la España, cuando mas necesaria era en ella su presencia; José siguió con su ejército las vertientes del Tajo buscando punto favorable para pasarle é impedir á Venegas cayese sobre Madrid, y este encontrado empeño produjo al fin una batalla. El príncipe frances atravesó el rio por Toledo, avistó á la gente de Venegas posesionada de Almonací, y la atacó con tales bríos é intrepidez que la desordenó, y sin permitirla rehacerse, la precipitó en la fuga. Combate harto lamentable fué este, pues fenecieron en él cuatro mil de nuestros compatriotas. Enseñoreóse entonces tranquilamente José de todo aquel territorio, é irritado de la pertinaz resistencia de los españoles, quiso tratarles, no como á nuevos súbditos á quienes debia atraer é interesar con benévolas y cuerdas medidas, sino como á estranjeros, imbuidos de una animosidad secular, y que cambiaban por la muerte el oprobio y la ignominia. Como nuestros ejércitos batidos ó debilitados en el Mediodía y Este de la Península no podian inspirar sérios recelos al enemigo, pensó este en añadir nuevos triunfos á los que en la anterior campaña conquistó en Cataluña. El asedio de Gerona fué lo que por entonces cautivó su atencion. No era al parecer Gerona plaza de grande importancia; sin grandes ventajas topográficas, tenia una fortificacion endeble y descuidada, y la rodeaban algunos castillos que aunque podian servir de amparo y patrocinio, hallándose en dependencia de los defensores, se convertirian en manos de los enemigos en crudos y temibles padrastros. La principal de estas pequeñas fortalezas era la de Monjuich. Los españoles que guarnecian la ciudad y los castillos subian al número de cinco mil quinientos setenta y tres hombres, y los franceses plantaron los reales ante las murallas de Gerona el dia 6 de mayo, sumando un total de diez y ocho mil entre infantes y caballos. Tenia el supremo régimen militar en la plaza su gobernador don Mariano Alvarez, y en el castillo de Monjuich movia con su voz novecientos soldados el bizarro coronel Nash. Ajuntáronse pues de pronto diez y ocho mil franceses ante los muros de Gerona. Comandábales el general Ley-

te, quien fué muy luego reemplazado por el general Verdier. Hizo este jefe alarde de sus imponentes fuerzas; y creyendo que su perspectiva haria impresion en el ánimo de los denodados gerundenses, les propuso paz y capitulacion; pero el gobernador Alvarez rechazó con noble fiereza todo trato y concordia con los invasores de su pais, añadiendo que en adelante recibiria los parlamentarios á cañonazos. Alejadas así las vías de avenencia, ya solo se pensó en el rigor y debe decirse que los sitiadores le desplegaron muy grande. Sus principales conatos les dirigieron contra el fuerte de Monjuich. Difícil seria hacer menuda y detallada narracion de los altos hechos que allí tuvieron lugar, de los sublimes rasgos de heroismo que inmortalizaron á los sitiados. Baste decir que despues de agregarse á las primeras legiones sitiadoras doce mil hombres allegados por Saint-Cir, con formidable tren de artilleria, que despues de un bombardeo continuado sin tregua por espacio de dos meses, que despues de haber intentado los imperiales con desventura varios y encarnizados asaltos, Nash y sus soldados próximos á ser envueltos entre un monton de ruinas, abandonaron aquellos desmochados torreones, testigos de tantas proezas, y se refugiaron á la plaza, no sin haber inutilizado préviamente las municiones y artillería del castillo. Eran los defensores de este, segun hemos indicado ya, poco mas de nuevecientos hombres, y de ellos quedaron quinientos veinte y nueve cadáveres y cuatrocientos treinta y dos heridos. Cuando á tal grado se sublima el valor, faltan las espresiones para apreciarle. Tres mil de los suyos perdieron los franceses en tan obstinado asedio. Aunque comprada á costa de tanta sangre, creyeron estos que la posesion de Monjuich facilitaria la de la ciudad, y á este fin redoblaron sus esfuerzos; pero todos vinieron á resultar fallidos. En vano el fuego destructor de las baterías imperiales abria profundas brechas en la combatida muralla; en vano corrian los franceses á millaradas al asalto, pocos, pero robustos brazos les rechazaban donde quiera, obligándoles á acogerse á su campo con mengua de su decoro. En suma, tan terribles se mostraron los gerundenses, que Saint-Cir juzgó imprudente continuar el sitio y le convirtió en bloqueo. El entusiasmo y la generosa resignacion de aquellos hombres pasaban los límites de lo probable. En una ocasion mandó el gobernador á uno de sus subalternos que se preparase á practicar una salida, y preguntándole este que á dónde se retiraria en caso de un reves, el noble Alvarez respondió con una serenidad digna de admiracion: «Al cementerio.» Este héroe no conocia alternativa entre la derrota y la muerte. Sin embargo, tan portentosos actos de intrepidez, tan inauditos arranques de patriotismo, iban á obtener un fin calamitoso. El hambre, que ya otra vez habia aquejado á la plaza y en la que fué oportunamente socorrida por el general García Conde, uno de los segundos de Blake, volvíase á anunciar con mayor furor, y la peste su casi inseparable colega aumentaba el número de las víctimas. Tanto creció y fué tan intensa la escasez y penuria general, que los sitiados se vieron en la precision de comer hasta animales inmundos, valiendo un gato treinta reales y un raton cinco. Pero estos manjares groseros faltaron tambien, y entonces cada uno tomó consejo de la desesperacion y halló en la muerte un consuelo. Todos anhelaban venir á las manos con el enemigo, pero este se hallaba distante. Tal era la situacion de los defensores de Gerona cuando el mariscal Angereau tomó el mando del ejército sitiador. Temiendo el nuevo jefe que los sitiados recibieran socorros y se redoblase su constancia, abrió de nuevo las trincheras, preparó numerosas baterías, y esparció durante ocho dias un fuego voraz sobre la desgraciada poblacion. Entonces se arremolinaron todas las desventuras; las municiones escasearon. Al-

varez cayó peligrosamente enfermo, faltaron los brazos necesarios para la defensa, la ciudad habia sufrido muchísimo con los numerosos proyectiles lanzados á su recinto durante tanto tiempo, y el nuevo gobernador Bolivar, pesando todas estas consideraciones, reunió una junta de autoridades, y en ella se acordó una capitulacion en lo posible honrosa, que fué admitida sin réplica por el mariscal frances. El 24 de diciembre de 1809, Angereau y sus tropas penetraron en Gerona. Siete meses habia durado el sitio; de la guarnicion apenas quedaban mil y quinientos hombres estenuados y casi exánimes. Catorce mil habitantes contaba Gerona cuando los franceses la pusieron cerco, y en las murallas y á impulsos del hambre y de la epidemia perecieron cerca de diez mil. Alvarez fué conducido prisionero á Francia, y habiendo regresado á la Península, falleció en el castillo de Figueras al dia siguiente de su llegada. Supónese que fué muerto violentamente. Si el recuerdo de las generaciones es el premio de los grandes hombres y de los grandes hechos, el de los defensores de Gerona subsistirá mientras España lleve este nombre. Los triunfos de los invasores solo servian para enardecer mas y mas en ira á los españoles, por manera, que al propio tiempo que nuestras plazas fuertes caian en poder del enemigo, que nuestros ejércitos se aniquilaban con las frecuentes derrotas, muchos hombres oscuros, pero en quienes rivalizaba el patriotismo con la audacia, buscaban partidarios entre los mismos paisanos, y alzaban pendones contra los estranjeros, emblemas de tanta y tan cruda saña, que no les abatian mientras conservaban alientos. Entre estos guerrilleros á quienes sus hazañas alcanzaron una justa celebridad, se contaban ademas de los que en otras ocasiones hemos mencionado ya, Cuevillas, el clérigo Tapia, don Juan Gomez y un jóven de apellido Mina, de estirpe ilustre, fogoso, valiente y entusiasta. Todos estos adalides de la causa de la independencia, rara vez acometian una empresa de grandes proporciones, ni daban combates en regla; pero hostigaban á los franceses con sorpresas, movimientos estratégicos y algaradas repentinas. Interceptaban las comunicaciones del enemigo, arrebataban sus convoyes, y deshacian sus tropas menudas, huyendo y dispersándose con frecuencia, despues de obtener una de estas victorias, porque así convenia á su organizacion. Los franceses llevados de su aversion les apellidaron *brigantes;* pero les temian mucho mas que á los cuerpos regimentados. Muchos de estos llegaron mas adelante á reunir bajo su mano algunos miles de soldados de una intrepidez y audacia inimitables, y obtuvieron el honroso título de generales. Ademas de las Castillas, que podian considerarse como la cuna de estas pequeñas cohortes, otras muchas provincias las abrigaron dentro de su territorio. A las desdichas militares se agregaban las políticas, nacidas de la rivalidad y la envidia, fuentes perennes de infortunios. Habíase conducido la central en su corta administracion con bastante prudencia, tino y mesura, y el haber acertado á consolidar el gobierno en un período tal de crísis y descoyuntura, hace su mejor elogio. Pues bien, unos pocos hombres, fascinados por su ardiente patriotismo, y otros y en mayor número imbuidos por una ambicion sordida y torpe, empezaron á asestarla tremendos tiros, acusándola de floja, de indolente y de inhábil, y llegando las cosas hasta el punto de intentar disolverla violentamente y deportar á algunos de sus individuos. Entre los mas tenaces opositores de la central, figuraban el marques de La Romana, don Francisco Palafox y el conde de Montijo, quienes abogaban ó por la creacion de una regencia, ó al menos por la de una comision ejecutiva, y no faltaban quienes con celo mas puro requerian la próxima celebracion de las Cortes. Atacada con tanta fuerza, y por

tantos lados en medio de circunstancias azarosísimas, la junta central convino en la formacion de la ejecutiva, compuesta de cinco individuos reelegibles en parte de dos en dos meses; cabiéndoles los nuevos cargos al marques de La Romana, á los generales Riquelme y Caro, á don Sebastian de Lozano, á don José García de la Torre y al marques de Villel. La nueva junta principió á funcionar en 1.º de noviembre. Por otra parte, como era necesario aplacar la opinion que reclamaba altiva la convocacion de Cortes, la central la fijó para el 1.º de enero del año inmediato (1810). De uno al otro límite de nuestro territorio se oia el marcial estruendo y se verificaban grandes operaciones militares. El duque del Parque, caudillo de nuestro ejército del centro, atacó el 8 de octubre en los alrededores de Tamames, al general Marchand, con tanta fortuna y esfuerzo, que le desbarató, acosándole hasta cerca de los muros de Salamanca. Y no obstante, el referido suceso, aunque glorioso, sirvió de poco alivio á nuestras graves dolencias, pues no bastó ni aun á neutralizar la funesta impresion que produjo en los ánimos un reves muy considerable, acaso el mas temible y doloroso de los ocurridos en esta época de turbaciones y disturbios. Habia reemplazado á Eguía en el mando del ejército de la izquierda el general Areizaga, sugeto en quien se cifraban las mas lisonjeras esperanzas, suponiéndole adornado de rara y esquisita prudencia y con no cortos alcances militares. Sin embargo, su conducta en la primera ocasion importante, vino á rechazar todos estos favores del sentir general. Creian los españoles que apoderándose de Madrid, daria su causa un paso de gigante, solicitándolo tambien los habitantes de aquella poblacion, y Areizaga hizo caso de honor, el llevar á cabo esta empresa que él reputaba no muy difícil. Con un ejército de diez y seis mil infantes, cinco mil caballos y ciento cinco piezas de batir, se remontó desde el fondo de la Andalucía hasta los campos de Ocaña. Imposibilitado aquí de esquivar por mas tiempo el rostro y frente del enemigo vino con él á las manos. El mariscal Mortier y el general Sebastiani, trayendo bajo su autoridad treinta y dos mil hombres de á pié y seis mil ginetes, y apoyados en un cuerpo respetable que conducia Victor, sin esperar á ser acometidos, arremetieron ellos mismos; pero tan brusca é impetuosamente, que las columnas españolas empezaron á titubear, desordenáronse al fin y se arrojaron á la fuga mas ignominiosa. Resultados harto deplorables produjo para la buena causa esta malhadada batalla; ademas de un considerable número de muertos, trece mil españoles quedaron prisioneros del venturoso frances. Este gran desastre parece abrió la puerta á los numerosos que por este tiempo cayeron sobre nuestros compatriotas. Parque, el vencedor de Tamames, quedó derrotado en Alba de Tormes, y cincuenta y cinco mil imperiales á cuya cabeza iba el mismo José, se dirigieron á las fértiles regiones de Andalucía, atravesaron sin grande dificultad las asperezas de Despeñaperros, arrollaron las tropas españolas que las defendian, y penetraron en Córdoba y Jaen, siendo acogidas plácidamente en estas poblaciones. Pensaba José poner á la junta en tal aprieto y angostura, que la obligase á huir ó apoderarse de ella, destruirla, aniquilar su accion, y dar así un golpe mortal á la causa de la independencia. No obstante, quedó frustrado el plan; los centrales noticiosos del inminente riesgo que les amenazaba, abandonaron la populosa Sevilla y se dirigieron á la isla de Leon. Aprovechóse de esta coyuntura la discordia intestina para anunciarse de un modo muy perjudicial la causa pública; Sevilla desacató la autoridad de la junta suprema, y creó otra compuesta del marques de La Romana, del conde de Montijo y de don Francisco Palafox, quienes no tuvieron valor para hacer el sacrificio de sus resentimientos particulares en aras

de la utilidad comun. Entre tanto los franceses avanzaban siempre, y siempre precedidos de la victoria, Granada abrió sus puertas al general Sebastiani; Sevilla capituló con el mariscal Victor, y los defensores de Málaga huyeron de su recinto, dejando la ciudad á merced de los vencedores. El Mediodía entero de la Península, cayó bajo la dominacion de los imperiales. Los reveses de la fortuna hieren mas hondamente á un poder que sus propios desaciertos; la central combatida de todos lados, estaba agonizando; las últimas desdichas acabaron con su existencia. Sucedióla en el supremo régimen una regencia que constaba de cinco individuos, siendo llamados á desempeñar este cargo eminente, los obispos de Santander y Orense, los generales Escaño y Castaños y don Miguel Lardizabal Uribe. El nuevo gobierno empezó á funcionar el 31 de enero de 1810, y creyó erradamente que bastaria á justificar su sistema la condenacion del anterior. Por eso se mostró muy intolerante con los centrales, y dos de ellos harto distinguidos, el conde de Tilly y Calvo de Rozas, sufrieron duras persecuciones. Tilly murió en la prision, y Calvo no obtuvo libertad hasta que estuvieron reunidas las Cortes. No encontró muchos apologistas esta conducta del nuevo gobierno, pero como era necesario prestarle apoyo en las azarosas circunstancias que corrian, el patriotismo selló los lábios, y no se pensó mas que en resistir á los franceses. Los progresos de estos eran rápidos, casi cotidianos; Alburquerque sufrió un fuerte descalabro y se replegó á Almaden, el imperial Bonet se enseñoreó de las Asturias y de Oviedo su capital. Junot se apoderó de Astorga, y Suchet desairado ante los muros de Valencia cayó despues como un rayo sobre el español Odonnell, le hizo pedazos en Vich y Margalef y facilitó la rendicion del castillo de Hostalrich, en cuyo cerco se habian sacrificado mucha sangre y muchas víctimas; Lérida despues de una defensa desesperada se rinde tambien al frances; Suchet penetra en Murcia, y el castillo de Matagorda y el formidable de Morella ven ondear sobre sus mohosas almenas el victorioso pendon de los invasores. Todos estos acontecimientos ocurrieron en el corto término de dos meses, y desde los últimos dias de diciembre hasta los primeros de marzo. El año décimo del siglo se inauguraba de una manera bien funesta para los españoles. Envanecido Napoleon con las victorias alcanzadas por sus tropas en la Península, y creyendo haber domado por fin la fiereza castellana, pretendió cercenar nuestro territorio agregando á la Francia casi todo lo que constituia el antiguo reino de Navarra. Cálculo de orgullo fué este, porque los pueblos Vasco y Navarro opusieron la resistencia mas pertinaz á los intentos del emperador. Ni tampoco andaba cuerdo en juzgar á los españoles supeditados: un pueblo grande como el nuestro no se humilla hasta que es impotente, y no lo es mientras conserva grandes sentimientos, el instinto de la generosidad, porque si es verdad que una guerra desastrosa absorbia muchos miles de hombres, una generacion de millones venia á reemplazarles, y el enemigo no alcanzaba sus laureles sino á costa de mucha sangre propia. Aunque ganasen las batallas, la pérdida de los franceses era siempre doble que la de los españoles. Cuando cundia por todas partes la tribulacion y el desconsuelo, y los nobles hijos de la Iberia necesitaban toda la magia de los nombres patria y rey para volar á los campos de combate, este mismo rey representaba en un suelo estranjero un papel menguado y degradante. Prodigaba lisonjas á su opresor y hasta le dirigia frecuentes felicitaciones por las ventajas que las tropas imperiales obtenian sobre los españoles. Todo el afan del pusilánime, consistia lo mismo entonces que antes, en que el emperador le considerase como miembro adoptivo de su familia. Algunos creen

descubrir en esta conducta servil del destronado monarca, una huella política, suponiendo que si Fernando adulaba, era con el intento de mitigar la saña del conquistador y empeñarle en que le devolviera sus derechos; pero sobre ser esta esperanza, en caso de existir, demente, nada basta á justificar en un soberano acciones de tan indigna bajeza, porque si los reyes con sus procederes se colocan al nivel del último hombre, ¿cómo han de dominar á los demas? Les dominarán con el nombre, con la fuerza material, pero no con la moral que es el prestigio, sin el cual toda dominacion es efímera. Despues de la retirada de Junot, Portugal, ese ángulo de la Península, parecia haber sacudido definitivamente el yugo de los invasores; mas importábale mucho á Napoleon tenerle bajo su fuero; porque siendo una de las principales llaves de la Península, podia, corriéndola, dar un golpe contundente al comercio ingles. Llevado de semejante pensamiento, ordenó á Masena que se trasladase al territorio lusitano con la mayor posible celeridad. Era el nuevo general, famoso por haber salvado á la Francia en las gargantas del Zurich. Cuando la ocasion lo requeria, juntaba al valor impetuoso del soldado, el tino y conocimiento de un consumado general. Entró Masena en Portugal al frente de numerosa hueste, y al cabo de pocos dias se avistó con el ejército anglo-lusitano fuerte de ochenta mil hombres, que dominando la dilatada cordillera del Busaco esperaba con fiereza el combate. No fué este sin embargo muy sangriento y decisivo; á las pocas horas de liza, el ingles se retiró y el frances aunque con mayor pérdida quedó dueño del campo de batalla. Cuanto mas trabajada estaba nuestra nacion por la desgracia, mas gigantescos eran sus esfuerzos, que tal es la condicion de los pueblos amantes de la libertad, cuanto mas hostigados se ven por la fortuna, mas poderosa es su contumacia; la desesperacion hace en ellos prodigios, y el cálculo humano se engaña siempre al apreciar sus elementos de defensa. Alzáronse al notar el peligro que corria la patria, nuevos y celosos partidarios; juntáronse las reliquias de nuestras destrozadas tropas, y se organizaron de nuevo ejércitos, escasos en número, pero poseidos de un entusiasmo ardiente y progresivo. Mas el pueblo que detesta tan implacablemente la dominacion estranjera, viene á suspirar al cabo por su libertad intestina: los españoles al instalarse la regencia la exigieron la formal promesa de reunir Cortes, y aunque aquella se mostraba rehácia y sobrado amante de su autoridad sin querer menguarla ni compartirla, hubo al cabo de temer el encono del pais, y convocó las Cortes para el 24 de setiembre de 1810. No obstante, aunque se habia logrado lo principal, faltaban que vencer algunas dificultades secundarias; dudábase cómo se elegirian los diputados, y quiénes podrian estar adornados de tan superior carácter. Por último se adoptó el sufragio casi universal. Electores y diputados podian serlo sin distincion, todos los que habiendo cumplido 25 años tuviesen casa abierta. Cada diputado debia representar á cincuenta mil de sus conciudadanos. Habíase tambien cuestionado sobre si seria mas conveniente una sola Cámara ó dos, popular y de dignidades; pero se optó por el primer estremo, acordando una Cámara, en la que tendrian entrada todos los brazos del Estado. Reunidas, pues, las Cortes, eligieron por presidente á don Ramon Lázaro de Doy, y designaron como secretarios á don Evaristo Perez de Castro y á don Manuel Lujan: presidió la cordura á sus primeras deliberaciones, lo cual hizo nacer grandes esperanzas en los ánimos de los españoles. Solo la regencia teníalas mala voluntad, influida sin duda por sentimientos poco nobles, y á fin de desacreditarlas, dispuso que sus sesiones fueran públicas; pero esta arma con que creia herir á las Cámaras, se volvió contra el mismo poder ejecutivo, pues que así los ac-

tos de aquellas adquirieron mayor fama y prestigio. En el mismo dia de apertura, 24 de setiembre, los diputados se constituyeron en Cortes generales, reconocieron la legitimidad de Fernando VII, y declararon nula y de ningun efecto la renuncia que habia hecho de sus derechos en Bayona, acataron la religion católica, confirmaron á la regencia en el desempeño del poder ejecutivo, y espresaron la responsabilidad de esta. Proclamaron solemnemente el dogma de la soberanía popular, y delegada en las Cortes por la eleccion de sus miembros. Otra disposicion muy cuerda que hace mucho honor á aquella asamblea y prueba su tacto é inteligencia política, fué el prohibir que ningun diputado recibiese gracia ó empleo, cerrando así la puerta á la seduccion de parte del poder ejecutivo. Merecieron en seguida la atencion de las Cámaras, los asuntos que arrojaban las circunstancias de entonces, y se espidieron varias disposiciones para el buen régimen y mantenimiento de la guerra, para la subsistencia y mejoras de los ejércitos, y buena direccion en las operaciones bélicas. Como la heróica constancia de los españoles habia escitado la admiracion de la Europa y del mundo entero, el duque de Orleans acudió á las Cortes solicitando el mando de nuestro ejército en Cataluña, pero los diputados desestimaron esta pretension porque conocian á fondo hasta donde llegaba el espíritu de nacionalidad de nuestros soldados, quienes no consentirian en marchar á los campos de batalla bajo la conducta de un general estranjero; la rivalidad y las rencillas habidas con nuestro aliado el británico, les suministraban una prueba demasiado luminosa en este asunto. La representacion nacional mostraba un carácter y firmeza dignos de loa y encomios. Él obispo de Orense, miembro de la regencia, negóse al principio á prestar el debido juramento á las Cortes, y cuando se decidió á verificarlo, fué con tales modificaciones, que hacian aquel ilusorio, pero celosos de su decoro los diputados, no permitieron que se hollase en lo mas mínimo, y obligaron al prelado á no esquivar por mas tiempo el cumplimiento de un deber que le imponian su cualidad de español y su encumbrada posicion social. Por este tiempo la causa de la independencia estuvo á punto de vacilar, porque la faltó uno de sus mas robustos pilares. Nuestras colonias que habian secundado al parecer con tanta espontaneidad y generoso ardimiento los grandes esfuerzos de la invadida Península, dando ahora por causa un pretesto poco honroso, y aprovechándose del decaimiento material en que nos habia sumergido la desgracia, quebrantaron los lazos que las unian con la metrópoli, y se erigieron en libres y soberanas. Ese grito de insurreccion, alzándose en el recinto de Caracas, vino á perderse en las márgenes del rio de la Plata. El gran tesoro de prevenciones y querellas que generalmente existe entre las colonias y la madre patria, esplotado hábilmente por algunos genios díscolos; demasías quizás del lado de nuestros gobernadores y vireyes, y algunos abusos de parte del poder central, arrojaron tan infausto resultado; la pérdida de una joya cuya adquisicion habia valido á nuestros progenitores tantos y tan merecidos lauros, y en cuyo recobro se invirtieron mas adelante inútilmente tantos tesoros, hombres y conatos. Habíanse hasta aquí conducido las Cortes con tanta circunspeccion, criterio y mesura, que podian prometerse un porvenir lisonjero. No obstante, muchos diputados admirados de la terrible, pero magnífica sacudida que habian tenido las ideas en Francia, no acertaron á concebir que nuestra revolucion era puramente transitoria, sin pasado ni futuro, que era de sentimientos, que el pais al alzarles á tan encumbrado puesto, habia querido constituir un cuerpo popular, cuyos miembros hubiesen estudiado de cerca las necesidades de las provincias, y que

la ambicion de estas, cuando mas, se habia alargado á una intervencion mas directa é inmediata en el gobierno, puesto que tan directa era su participacion en las fatigas y peligros; no debieron nunca olvidar aquellos, por otra parte esclarecidos varones, que los principios liberales habian sido importados de un territorio implacablemente enemigo, ni que el lema de los españoles era al lado de independencia nacional, la monarquía de Fernando VII. La lucha que la mayoría de nuestros compatriotas sostenian con tanto heroismo, era una lucha dinástica y nada mas. Mas una ley sobre libertad de imprenta, y otras disposiciones de parecida naturaleza é iguales tendencias, probaban que aquellos representantes pugnaban por acaudillar la revolucion de ideas, corriendo el riesgo de quedar desairados en tal demanda. Los que aspiraban á la calificacion y nombre de reformadores, obtuvieron el título de *liberales*, apellidándose á sus antagonistas *serviles*, por creerlos mas afectos á la monarquía pura, que algunos de nuestros príncipes habian convertido en despótica. Contábanse en uno y otro lado hombres eminentes que entonces conquistaron un nombre y porvenir duraderos, tales como don Agustin Argüelles, don Diego Muñoz Torrero, don José María Calatrava, don Antonio Porcel y don Juan Nicasio Gallego. Todos estos eran mas ó menos ardientes abogados de la reforma, al reves de don Francisco Gutierrez de la Huerta, don José Pablo Valiente, don Francisco Burrull, y los clérigos Crey, Inguanzo y Canedo, apóstoles muy decididos del absolutismo. Como en las corporaciones numerosas é investidas de sublimes atribuciones, hay siempre un partido medio ó neutral, constituian el de nuestras Cortes los diputados americanos Mejía, Leyva, Feliu, Gutierrez de Teran, Alcocer, Lardizabal, Jerdo y Castillo. Conocian las Cortes que para fortificarse en la opinion pública, necesitaban desplegar mucho celo en la conservacion de su decoro; sabian ademas que la debilidad es un síntoma de muerte en un poder que nace en tiempos de agitacion, y aunque se habian conducido con dignidad en el asunto del obispo de Orense, creyeron que debian castigar con mas severidad á la regencia por su mal encubierta hostilidad, y así es que, aceptando sin demora la renuncia que hicieron sus miembros, redujo el número de estos á tres, y confirió tan encumbrado cargo al general don Joaquin Blake, á don Gabriel Ciscar, jefe de escuadra, y al capitan de fragata don Pedro Agar. Tal fué el término de la primera regencia, cuya administracion, si bien no fué tan esmerada como fuera de desear, no revelará, sin embargo, falta de celo en aquellos dignatarios, sino falta de ductilidad, por decirlo así, en las circunstancias. Sin la favorable concurrencia de estas, el genio mas distinguido, y los corazones mas resueltos se ven bien pronto entorpecidos, y sucumben. Seguia la Cámara en sus trabajos, y como la mayoría de los diputados era liberal, forzosamente habia de saltar este colorido de todas sus discusiones y providencias. Por una de las primeras se dispuso la suspension de provisiones de prebendas eclesiásticas, esceptuándose las de cura de almas y las de oficio. Por otra parte, teniendo en cuenta el lastimoso estado de la nacion, la penuria del erario, y la exorbitancia de algunos sueldos, redujeron los mas altos á la cantidad de cuarenta mil reales, escluyendo de esta disposicion los de los regentes, ministros, embajadores ó plenipotenciarios y generales del ejército. Algunas otras determinaciones adoptaron, humanitarias y económicas, mostrando un empeño laudable en abrir los abundantes surtidores de riqueza pública que existian en el disco peninsular, y que habian obstruido los obstáculos que arrojaron de sí la guerra y los acontecimientos adversos. Tambien cautivó por estos dias la atencion del Parlamento la conducta servil é indecorosa que ob-

servaba el cautivo Fernando. La ridícula manía de este príncipe, de implorar la alianza de Napoleon solicitando el enlace con una mujer de su familia, hirió la patriótica susceptibilidad de los diputados, quienes declararon en 1.º de enero de 1811, nulos é ineficaces los actos y convenciones de aquel monarca, mientras estuviese bajo la férula de los invasores. El gérmen de la insurreccion seguia desarrollándose con asombrosa fuerza y rapidez en nuestras colonias. El Paraguay y Tucuman siguieron el ejemplo de Caracas, y en Chile se estableció la conmovida tranquilidad, merced al tino y firmeza del conde de la Conquista. El antiguo imperio de Méjico tambien estaba desasosegado y revuelto, y un clérigo llamado don Miguel Hidalgo de la Costilla allegó numerosa cohorte de mulatos é indios, se apoderó de Guanajuato y llevó su osadía hasta amenazar á Méjico, y aunque derrotado en Aculco y en el puente de Calderon, en la provincia de Guadalájara, corrió al cabo una suerte trágica y terrible, no se logró calmar el espíritu de insurreccion, y cuando este existe, no faltan jamas corifeos y caudillos. Otro cura, de apellido Morelos, espió con la muerte su deslealtad y desmanes. Conocian las Cortes la inmensa gravedad de estos acontecimientos, y se afanaban en discurrir medios para ponerles término. Creyeron que desapareciendo las causas, que en su entender fomentaban el descontento, no podria este subsistir, y así es que no vacilaron en conceder á aquellos paises la representacion en las Cámaras, igual en un todo á la que obtenian las provincias peninsulares. Quitaron ademas las trabas impuestas á la agricultura y la industria, con relacion á los naturales, abolieron algunas obligaciones personales y humillantes, tales como la *mita*, y dieron tan señaladas pruebas de largueza, que nivelaron á los indios y mulatos con los españoles, para la obtencion de empleos y cargos públicos. Esta condescendencia que rayaba en debilidad, no produjo resultado alguno favorable; al aplicar el remedio, se habia desconocido la naturaleza del mal; los americanos suspiraban por su independencia, por su emancipacion, y todo lo que no se dirigiera á este fin, no tenia para ellos valor ni consideracion. Cabalmente, el deseo de la independencia en un pueblo es tan fuerte, que le fascina y le impide reparar en peligros y sacrificios, ¿qué estraño es que aquellos naturales no apreciasen como un beneficio positivo tales concesiones, que al fin y al cabo chocaban con el logro de su principal intento? Solo con la fuerza podian ya domarse aquellos ánimos inquietos y turbulentos, y la metrópoli hubo de adoptar este recurso estremo, reputadas inútiles las vías de templanza. Durante este tiempo, la lucha en la Península seguia sin intermitencia, y aun se embravecia mas y mas. Manteníase adversa la fortuna del lado de los peninsulares, pero no por eso desmayaban; hacíanse, por el contrario, grandes aprestos de armas y de gentes, y el entusiasmo público parecia acrecentarse con las dificultades y reveses. Se dió nueva organizacion á los ejércitos, dividiendo las mas de las provincias en seis distritos militares, comprendiendo en ellos aun las que estaban ocupadas por los enemigos. Este rasgo de audacia prueba siempre algo de invencible y de sublime, prueba el noble orgullo de un pueblo, que cuando se encuentra pobre de recursos materiales, cuenta con un tesoro infinito de teson y de constancia, cuenta con una energía incontrastable y profunda, pues como ha previsto los mayores peligros, les arrostra sin temor cuando sobrevienen. Esta especie de resignacion heróica, ha salvado muchos paises en las crisis mas tremendas. En la época á que nos referimos, ocupaban los franceses á Estremadura, Andalucía, Cataluña, los costados de Aragon y Valencia, y el reino de Portugal. Lentas eran las operaciones en este último punto, á pesar de hallarse al frente de numerosos ejércitos dos gran-

des capitanes. El imperial, regido por Masena, hizo un movimiento retrógrado, pero reforzado despues por el general Dronet, cortó al británico sus comunicaciones con el interior de la Península. El año décimo del siglo, y segundo de la guerra, terminó con un lance desastroso, pues la perfidia quizas á vueltas con el temor, facilitó á los invasores una presa importante. Mucho tiempo habia que el general Suchet codiciaba la conquista de Tortosa en el principado catalan, y deseoso de obtenerla, llevó ahora numerosas huestes, y el 15 de diciembre estableció el cerco y emprendió formal ataque contra algunos puntos respetables que poseian los nuestros, y que amparaban la plaza. Contaba esta dentro de su recinto hasta mil ciento setenta y nueve hombres de armas, y tenia por gobernador al conde de Alacha, sugeto que habia cobrado fama de audaz caudillo y de esperimentado militar. El ejército español, formado al rededor de Lent, tendia el ala derecha hasta la falda de Mont-Blanc. Imperábale don Miguel Fronoso, sucesor de don Enrique Odonnell, que se habia retirado del mando atormentado por una herida. Rápidos fueron los progresos de Suchet; en los dias que trascurrieron del 15 al 28, logró establecer diez baterías, que vomitaron un fuego destructor sobre la plaza. Los sitiados, en el entre tanto, habian verificado una salida con loable arrojo y buena estrella, consiguiendo humillar en choques parciales la arrogancia del enemigo, mas el conde gobernador, lejos de esplotar estos primeros arranques de valor, permaneció inactivo é irresoluto, y concluyó por encomendar su cargo al coronel de Soria don Isidoro Uriarte, reteniendo, sin embargo, la facultad de dictar las determinaciones que juzgase mas acertadas. El cañon frances tronaba incesantemente, y derruido un lienzo de la muralla por la parte del Temple, se propusieron los imperiales dar sin demora el asalto. El momento era crítico, la guarnicion conservaba todavía el afan de pelear; mas Alacha, Uriarte y las demas autoridades, acordaron pedir una tregua de veinte dias. Resistióla Suchet, y entonces el conde no solo ofreció capitular, sino que imploró la intervencion del frances contra sus mismos soldados, que nutridos de un sentimiento digno y pundonoroso, se obstinaban en defender los sitios cuya custodia habia confiado la patria á su celo. El 2 de enero entró el imperial en Tortosa, vanagloriándose de una conquista que le aseguraba casi la completa dominacion del Principado. La guarnicion salió libre y con todos los honores de la guerra. Perdieron los españoles en el sitio de Tortosa, tres mil doscientos hombres y quinientos los franceses. Una voz general de anatema, se alzó entonces contra el de Alacha, y los tarraconenses altamente ofendidos de la conducta que habia observado, le juzgaron, le condenaron á perecer degollado, y ejecutaron esta pena en su efigie. A este señalado triunfo, sucedió la toma de Coll de Balaguer, alcanzada por el general frances Hubert, el dia 8 de aquel mismo mes. Infatigable Suchet se dirigió, acatando las órdenes del emperador, contra Tarragona. Veinte mil combatientes presentó Suchet el 2 de mayo ante sus muros, y aunque la guarnicion no constaba mas que de siete mil doscientos hombres, se defendió con notable bizarría. Gobernaba la plaza don Juan Senen de Contreras, y se hallaba aquella protegida por una escuadra inglesa, surta en aguas de aquel puerto, compuesta de tres navíos y dos fragatas á las órdenes del comodoro Codrington. Un brazo de ejército conducido por el marques de Campoverde, sucesor de Iranzo, debia amagar al enemigo é interceptar sus comunicaciones. Cerca de dos meses duró el asedio, y en todo este tiempo se dieron por ambas partes beligerantes pruebas de insólita bravura é intrepidez. En la espugnacion y defensa del fuerte del Olivo, en la de la luneta

del Príncipe, y en la del arrabal, rompió el furor los límites de lo probable y corrió la sangre en abundancia. Dueños por último los imperiales de estos puntos, aunque á costa de inauditos esfuerzos, dieron el 28 de junio recio y bien sostenido asalto á la plaza, y aunque los sitiados mostraron al rechazarle claramente un valor distinguido, fueron al fin arrollados ó sacrificados sobre los mismos bastiones. Inundaron los enemigos la ciudad á manera de un torrente, atropellando cuanto encontraban al paso, sin que la decrepitud, la inocencia, ni las mas sagradas investiduras bastasen á aplacar su sed de sangre y de venganzas. Cuatro mil cadáveres empedraban las calles, ofreciendo al observador lastimoso y desolador espectáculo. No obtuvieron la victoria los franceses sin gran dispendio de sangre; siete mil legionarios, segun un cálculo muy verosímil, mordieron en aquellos dias el polvo ó quedaron heridos. A la pérdida de Tarragona, habian precedido algunos sucesos dignos de consignarse y referirse. Hemos dicho que Suchet fué el conquistador de aquella plaza; pues bien, antes de acometer semejante empresa, y cuando ya bullia en su imaginacion la idea de efectuarla, recibió del emperador la investidura de comandante general de todas las fuerzas francesas que operaban en Cataluña. Habíale precedido en aquel cargo Madonale, quien despechado de que se le arrebatasen, quiso desfogar sus iras con una accion ruin y sobremanera inicua, de esas que mancillan para siempre el nombre de quien las comete, y hacen bambolear la causa mejor establecida. Al regresar á Barcelona, acompañado de nueve mil peones y setecientos ginetes, tocó en Manresa, y sin causa ni pretesto aparente, hizo á esta ciudad pasto de las llamas. Estremeciéronse todos los corazones al esparcirse la noticia de atentado tan abominable, y la desesperacion hizo brotar lágrimas convirtiendo en implacable, aunque por entonces impotente frenesí, la profunda animadversion de los catalanes. Algunos de nuestros valientes guerrilleros, volaron al encuentro del orgulloso mariscal, logrando saciar en varios de sus soldados la justa venganza que les animaba. Al adoptar Napoleon y sus generales este sistema atroz, perdieron su carácter de conquistadores, porque á un pueblo altivo, numeroso y entusiasta, no se le doma por mucho tiempo con medidas de sangre y de terror. No andaban ociosos los españoles, no obstante la cortedad de sus fuerzas; por el contrario, espiaban la menor coyuntura favorable, y corrian á arrancar á los usurpadores el fruto de sus victorias. Rovira, patriota celoso y ardiente, resuelto y activo militar, logró ponerse en relaciones con un tal Marques, persona muy subalterna, al servicio del frances, y que entonces se hallaba en el castillo de San Fernando de Figueras, combinando de consuno los medios necesarios para apoderarse de esta fortaleza importante. Noticioso apenas de este proyecto el marques de Campoverde, vino en él de muy buen grado, y contando ademas Rovira con la eficaz cooperacion del capitan don Juan de Casas, no pensó en diferir por mucho tiempo su ejecucion. En la noche del 9 de abril, los dos intrépidos españoles, seguidos de gente de toda su confianza, se acercaron á los nutridos torreones del castillo. Salvaron con alguna dificultad, aunque con el mayor sigilo el foso, abrieron algunas puertas con llaves que llevaban á prevencion, lograron internarse en los almacenes, subir al piso principal, sorprender á la guardia, y desarmar á esta y las centinelas que formaban el cordon de la muralla, casi sin resistencia alguna. De este modo penetraron en el castillo dos ó tres miles de españoles, sin que la guarnicion de la plaza se apercibiera de ello, hasta que los primeros albores del inmediato dia 10, vinieron á demostrar la certeza de un suceso para ella harto doloroso y sensible. Los fuertes de Olot y de

Castell-follit, cayeron tambien por este tiempo en poder del baron de Eroles. Esta corta serie de acontecimientos prósperos, se vió turbada por otro adverso, desgraciado. Los franceses que guarnecian á Figueras, apenas sumaban el número de setecientos, al paso que los españoles que se abrigaban en el castillo, subian próximamente al de cuatro mil. Esta oportunidad debia alentar al marques de Campoverde, para proveer de víveres á los del castillo, y acaso hacerse señor de la plaza, mas si bien habia concebido este doble intento, demoró mucho su realizacion, y cuando asedió á la villa la encontró amparada por respetables fuerzas enemigas. Empeñóse entonces la lid con furor y bríos; las huestes de Campoverde se baten bizarramente; pero los imperiales, empleando á la vez la astucia y el valor, logran rechazarlas causándolas una baja de mil y cien hombres. Los franceses perdieron setecientos. En las guerras, el transcurso de algunas horas suele decidir la suerte aun de los mayores imperios, y el principal talento de un caudillo consiste en saber apreciar bien todo el valor de las ocasiones. Pero si graves y dolorosos eran algunos de los sucesos que habian precedido á la conquista de Tarragona, no lo eran menos los que despues acontecieron. El marques de Campoverde, destituido de esa poderosa energía que triunfa de las situaciones mas árduas, y que suele convertir en amigo el rostro adverso de la fortuna, creyendo sin duda que el principado no podria revolverse en mucho tiempo contra la airada mano de los imperiales, pensó evacuar aquel pais con su gente, procurando especialmente embarcar la division valenciana. Firme en este propósito y desconcertado intento, hizo rumbo á las fronteras catalanas, pero el unánime clamoreo de los pueblos, le retrajo de continuar su marcha, limitándose á embarcar á los valencianos en Arenys del Mar. No arrostró por mucho tiempo las dificultades y crecidos escollos de su cargo el atribulado marques, pues en Vich se encontró con el general don Luis de Lacy, á quien habia nombrado su sucesor la regencia. Osado y presto el nuevo general, y queriendo dotar de gran movilidad á sus tropas, segregó de ellas algunos infantes y ginetes que reputaba menos hábiles, los cuales bajo la conducta del brigadier Gasca, emprendieron un derrotero largo y peligroso, y dando un laudable ejemplo de disciplina, de valor y de frugalidad, llegaron á unirse con el ejército de Valencia. Afanoso y solícito Suchet, por afianzar su dominacion en Cataluña, no perdonaba medios ni esfuerzos para conseguirlo. Acariciaba de algun tiempo á esta parte la idea de apoderarse de Monserrat, majestuosa montaña coronada por un santuario célebre, poco distante de Barcelona y ocupada á la sazon por el baron de Eroles con reducida hueste. Allegó el imperial sus legiones á la falda de la eminencia, y mandó trepar por ella algunas tropas escogidas, acaudilladas por el general Abbé, mientras batian sus costados varios centenares de espertos tiradores. No anduvieron los nuestros flojos y desalentados en la defensa, pero fueron arrollados por el enemigo, muy superior en número, y despues de algunas horas de porfiado combate, la gigantesca cúspide y el monasterio cayeron en poder de los franceses. Cebaron estos su saña en tres inermes y desgraciados religiosos, queriendo sin duda solemnizar sus victorias con tan horrendo como sacrílego desacato. Puesto estrecho cerco y combatido con fiereza, el castillo de San Fernando de Figueras, estaba á punto de sucumbir; su guarnicion, combatida ademas por el hambre, pero alentada por su denodado jefe don Antonio Martinez, pensó antes que en entregarse, en alcanzar honrosa muerte en el corazon de las masas enemigas, mas se desgració este plan, y entonces se rindió en número de dos mil hombres. No anduvo tampoco aquí avaro de venganzas el frances, pues

condenó á pena de horca á todos los que intervinieron en la sorpresa del castillo. En las guerras no se aprecian los sentimientos, móvil y único resorte de las acciones, sino que se consideran estas y sus resultados; por eso pierden tantas veces de vista los hombres hasta la idea de la humanidad. Tal número de desdichas y de desventuras, iba desprendiéndose sobre nuestra patria, que podian abrigarse sérios temores por la causa de su independencia; sin embargo, no corria riesgo seguro mientras permaneciese íntegro, virginal y sin mancilla el entusiasmo de los españoles, y este se hallaba muy lejos de estinguirse ni de decrecer. Así, y al propio tiempo que las águilas imperiales se alzaban orgullosas en el principado catalan, que nuestros ejércitos permanecian en la inaccion, que nuestro gobierno veia próximos á agotarse muchos manantiales de riqueza, las guerrillas hormigueaban en todos los poros de la península, y hacian á los franceses cruda é incesante guerra. Eran en mas crecido número en Castilla y la Mancha, regidas por hombres de baja estraccion, pero que ambiciosos de nombre y de gloria, é influidos por una afeccion eminentemente pundonorosa y patriótica, daban de sí lucida cuenta, escapando con igual ventura á las seducciones y á las fuerzas de los imperiales. Contábanse entre estas gentes, ademas de los que ya hemos indicado, don Eugenio Velasco y don Manuel Hernandez, alias el abuelo, el clérigo Villacampa, el médico Palarea, don Juan Abril Martinez de San Martin, y don Juan Abad, de apodo Chaleco. Pero se distinguian entre todos ellos dos, que habiendo trocado en buena hora, la esteva y la azada, por la espada de los combates, vinieron á ser dos robustos paladines de la causa de la independencia, Mina y el Empecinado, activos, infatigables, dotados ambos de un carácter enérgico, llegaron á reunir bajo su mando gruesas partidas de voluntarios, y aunque operaban en distinto y aun lejano radio, se afanaban con noble emulacion en hostilizar al comun enemigo. Habia un fondo inapreciable de sublimidad en esta conducta, porque en todas partes eslabonaban los imperiales á sus anteriores triunfos, otros nuevos y de larga cuantía. La reducida esfera de Portugal, y la de las provincias españolas que lindan con él, fueron teatro de algunos acontecimientos adversos. Los dos grandes ejércitos de Wellington y Masena, permanecian observándose recíprocamente, y aunque ligeramente reforzado el primero con tres mil hombres, á las órdenes del general Joy, mantúvose en estudiada inaccion y apatía. El breton, sobremanera cauto, quiso atraer á sí las dos divisiones españolas, que se hallaban en Estremadura, gobernadas respectivamente por el marques de la Romana y don Cárlos Espagne. No llegó á incorporarse el marques con Wellington, porque le sorprendió la muerte, y le sucedió en el mando don José Virues. En el entre tanto el mariscal Soult, abandonó con diez y nueve mil infantes, cuatro mil caballos y cincuenta y cuatro piezas de batir, las feraces provincias de Andalucía y se internó en la Estremadura. Codiciaba la conquista de Olivenza y Badajoz, y si bien ganó sin gran esfuerzo la primera, era mas difícil apoderarse de la segunda; nueve mil hombres, gente florida y entusiasta, y acaudillada por el general don Rafael Menacho, sugeto adornado de un valor frio é inalterable, de una voluntad enérgica, de una imaginacion próvida en recursos y muy principalmente de una conciencia esquisita, que le hacia olvidar la muerte cuando se trataba de cumplir con sus deberes, guarnecian la plaza. El frances abrió sus trincheras y estableció sus baterías en los dias 28 y 29 de enero. Rompióse entonces nutrido y devastador fuego y menudearon las salidas, y aunque pocas veces favorecia la suerte á los sitiados, daban un testimonio claro del desesperado valor con que se defendian. Un golpe terrible debió

afectarles hondamente. Un cuerpo de ejército español, dirigido por el general Mendizabal, que servia de resguardo y sosten á la plaza, se puso imprudentemente en las orillas de Jevora, donde atacado con inusitada impetuosidad y brio por los franceses, esperimentó una derrota completa, perdiendo en la accion cerca de cuatro mil hombres; tres mil prisioneros con el general Virues, y ochocientos tendidos sobre el campo. Los que consiguieron salvarse de esta funesta refriega, huyeron por estraviados senderos y rutas ignoradas. Creyendo Soult, que desastre tan ruidoso habria abatido el coraje de los sitiados, les ofreció de nuevo capitulacion, pero Menacho, incapaz de vacilar entre la muerte y la ignominia, respondió con noble audacia al mariscal frances. Siguió obstinada la defensa, y en ella se notaron algunos rasgos de heroismo, que no deben quedar sepultados en la oscuridad. Un teniente de artillería de Canarias, de apellido Fonturvel, privado de ambas piernas y de un brazo, y manando de sus heridas largos raudales de sangre, prorumpia en vítores y aclamaciones á la patria, y alentaba con su fervor creciente á sus compañeros á la pelea. Este hombre digno de loa, espiró á las pocas horas. Pero tanto valor y decision vinieron á resultar infructuosos, porque murió Menacho, el dia 4 de marzo, derribándole del muro una bala de cañon, y su sucesor don José Imaz, entregó la plaza por capitulacion el 10. Ocho mil ciento treinta y cinco hombres, que constituian entonces el total de la guarnicion, quedaron prisioneros de guerra, haciéndose ademas dueños los venturosos imperiales de ciento setenta piezas de artillería y gran cantidad de proyectiles y provisiones. La misma suerte que Badajoz corrieron en los dias siguientes, Alburquerque, Campomayor y Valencia de Alcántara. No era tan infeliz la suerte de las armas combinadas en las tierras andaluzas. Bloqueaba Victor con robusta coherte á Cádiz y la isla de San Fernando, y como nuestro gobierno residia en este último punto, se pensó en alejar á los contrarios de sus alrededores. Organizóse con tal intento una division, la que apenas erigida, y á las órdenes de don Antonio Begines, reportó un ligero triunfo, apoderándose de Medina-Sidonia. Otra division capitaneada por La Peña, desembarcó en las playas de Tarifa, y combinando sus operaciones con las de Begines, vino á caer despues de algunos dias de marcha sobre el camino de Conil, apoyando su cabeza sobre una eminencia respetable, titulada el cerro del Puerco. Victor tambien alineó su gente, y despues de un choque parcial entre los generales Villatte y Lardizabal, terminado con ventaja del español, afluyeron las fuerzas y atenciones del frances sobre el cerro de la Cabeza del Puerco, coronado por las tropas de Begines. Briosamente atacado, vaciló el español y abandonó el cerro, y sin duda hubiera esperimentado afrentosa derrota, á no acudir á sostenerle el ingles Grahan con toda su division. Restablecióse, pues, el combate, y se mantuvo obstinado y formal entre los británicos y los imperiales, hasta que desalentados los segundos con la pérdida de sus generales, Rousseau y Buffin, y con la de dos mil cuatrocientos prisioneros, cejaron en su empresa y dejaron la altura de la Cabeza en poder de nuestros aliados. Tuvieron estos una baja de mil y cien hombres. Merced á este importante hecho de armas, penetraron en la Rota algunas fuerzas españolas, mas aunque Victor, severamente aleccionado, emprendió un movimiento retrógrado, revolvió bien pronto sobre sus huellas, y acampando el 8 sus tropas en las inmediaciones de Chiclana, empezó á bombardear á Cádiz, empleando al efecto proyectiles que llevaban la muerte y destruccion en la longitud de mas de tres mil toesas. Habia aniquilado en gran parte los beneficiosos efectos de la jornada del 5 la divergencia existente entre los generales Grahan y La

Peña, discordia que acarreó á ambos la pérdida de su mando respectivo, habiéndoles sustituido el ingles Cook y el marques de Compigny. Cuando las personas investidas de altas atribuciones, no saben hacer abnegacion de sus resentimientos particulares, atraen sobre sí la propia ruina, ó causan la de su pais, y aun muchas veces estos y aquellos reciben una lesion dolorosa y profunda. La suerte de las armas es inconstante y varia, y los dias de ventura iban declinando para los estranjeros, y alternando con otros sombríos y de funesto agüero. El cuerpo de ejército frances, acampado delante de Santarem, sin poder sostenerse en un terreno exhausto y devastado, hizo casi á la vista del británico una retirada admirable, que probaba bien el genio y los recursos de su afamado caudillo. Situóse entonces á la espalda del Alba. Siguióle Wellington, y le forzó á abandonar sus nuevas posiciones empujándole hácia Celorico. Los grandes talentos de Masena no bastaban para arrollar las dificultades de su posicion, nacidas unas del poder y bríos de los ingleses y portugueses, procedentes otras de la discordia que medraba en su propio campo. Desavenido con él, Ney partió para las provincias españolas, y el vencedor de Zurich, contemplando sus fuerzas desmembradas é impotentes para resistir al ímpetu de sus contrarios, traspuso tambien el linde que separa las dos monarquías peninsulares, el dia 5 de abril. El ingles Beresford, en el entre tanto, recobraba á Campomayor y Olivenza, y Masena, situado en Salamanca y mal avenido con la ociosidad, salió de aquel punto con lucida cohorte al socorro de Almeida, estrechamente bloqueada por las tropas de Welington. Este jefe de los aliados quiso ahorrarle parte del camino, y sin atender á la desproporcion de sus fuerzas, pues no pasaban de treinta y cuatro mil hombres, y entre ellos mil quinientos ginetes, dió frente al imperial que conducia cuarenta mil infantes y cinco mil caballos, en las cercanías de Fuentes de Uñoro. Mantúvose tres dias el choque, aunque poco rudo y encarnizado, y el 5 de mayo aflojaron en la pelea los dos ejércitos, suspendiéndola al cabo y conservando cada uno sus primitivas posiciones. Frustrósele al frances su intento de abastecer al Almeida, que falta de subsistencia, cayó en poder del británico despues de salvarse su denodada guarnicion, que, con el general Breunier á la cabeza, rompió con hidalgo esfuerzo por las nutridas columnas enemigas. Poco despues Masena, que habia dado tan relevantes pruebas de consumada pericia durante esta difícil aunque poco brillante campaña, se vió separado de su cargo, reemplazándole el mariscal Marmont. A vueltas de estos sucesos seguia vivo é inestinguible el deseo de batallar, creciendo en los invasores la codicia de los triunfos, y rebosando los pechos españoles en constancia y magnanimidad. El mariscal Soult, desde el fondo de Andalucía, enderezó sus pasos hácia Badajoz, asediada por el británico Beresford. Levantó este el cerco á la aproximacion de los franceses, aunque dándose la mano con los jefes españoles que operaban en aquel radio, marchó al encuentro del arrogante enemigo, logrando avistarle en los campos de la Albuera el dia 16 de marzo. Mandaba en jefe el ejército combinado el mariscal Beresford, en virtud de cesion recíproca y convenida de los generales Welington y Castaños. Mantenia bajo sus órdenes veintiocho mil cuatrocientos infantes y tres mil seiscientos caballos, y funcionaban en su dependencia los generales españoles, Castaños, Blake, Zayas, Lardizabal, Ballesteros y don Cárlos de Espagne, y los ingleses Stewart, Hamilton, Altas y Cole. Mandaba nuestra caballería el conde de Penne, Villemur, y la británica el general Lumley. Numerábanse en el lado contrario mas de veinte mil buenos combatientes, cinco mil caballos y cuarenta piezas de artillería. Dióse principio á la funcion con inaudito arrojo de

una y otra parte. Los imperiales, fieros é impetuosos acometian con rostro igual y ánimo esforzado las posiciones mas difíciles; los aliados no cejaban ni retrocedian un ápice; encrudecíase por momentos la lucha, y ya multitud de cadáveres cubria la superficie del terreno. El dia estaba encapotado y sombrío, y la atmósfera densa y nebulosa despedia una lluvia fina y espesa, que agitada por el viento, daba en el rostro á los combatientes y entorpecia algo sus operaciones. Aprovechóse de esta circunstancia la caballería francesa, y precipitandose sobre la division de Stewart, la pone en confuso desórden, pero la gente de Villemur corre á su socorro, y apoyado por la artillería española, arrolla á los imperiales y sostiene á los maltratados bretones. Efectúase entonces un movimiento igual y simultáneo en toda la línea. Halten, Cole y Zayas combaten briosamente, y los franceses, acosados, estrechados en todos los puntos, pronuncian al fin su retirada. Aciaga y funesta les fué esta jornada; pues perdieron en ella ocho mil de sus campeones, y sus generales Pepin, Merlé, Marasin, Gazan y Bruyer. Las filas de los aliados se disminuyeron en cinco mil cuatrocientos veintidos hombres, contándose entre ellos dos generales muertos y tres heridos. Decididos á no turbar el órden cronológico, vamos á trasladarnos desde la faja mas occidental de la Península al riñon de la misma, á Madrid, antes respetada metrópoli de la monarquía, y ahora corte de un rey á quien se calificaba de intruso, y que era sin duda mas digno que del vituperio, de la indulgeucia de la historia. Este vástago transversal de la dinastía borbónica, habia de quebrarse ante la deshecha borrasca que sin cesar la amagaba; acongojábanle de un lado la altivez y el despótico carácter de su hermano el emperador, y de otro la aversion profunda é implacable que le tenian los españoles, no tanto por sus cualidades personales, cuanto por ser el símbolo de una usurpacion violenta, pues es hábito añejo de los pueblos, y muy encarnado en su naturaleza, el imputar á un individuo toda la odiosidad de su posicion, y ser por demas pródigos de iras ó de afectos. Convencido sin duda José de que un trono usurpado solo puede sostenerse, ó apuntalado constantemente por las bayonetas estranjeras, ó apoyado en el amor del pueblo, que es el mejor y el mas sólido de sus cimientos, trató de captarse la benevolencia de su hermano, quien, como todo hombre avasallado por una ambicion sin límites, supeditaba al éxito de sus planes las consideraciones mas respetables é inmediatas. Aprovechando, pues, la ocasion del nacimiento del rey de Roma, primer hijo de Napoleon, pasó á Paris con el pretesto de felicitarle, pero decidido en el fondo á recibir de él una suma mayor de potestad y autoridad régia, pues la que entonces tenia podia reputarse cuasi nominal. Esquivóle el rostro la fortuna en tal pretension y demanda, porque Napoleon no le concedió mas que un millon mensual de francos, aunque sin ampliar en lo mas mínimo sus atribuciones y poderío, ni de un modo absoluto la sucesiva conservacion de esa corona misma desabrillantada. Regresó, pues, á Madrid atormentado por el cáncer del sentimiento, y decidido á apelar á la hidalguía y magnanimidad española, para asegurar en su mano el cetro de los Alfonsos y Fernandos. Al efecto entabló relaciones con la regencia, valiéndose de don Tomas Lapeña, canónigo de Burgos, y adaptándose á cuantas condiciones le impusiese nuestro gobierno, siempre que los españoles le reconocieran por rey. Pródiga de resentimientos y de noble indignacion se mostró la regencia, pues sin dar cuenta á las Cortes de este asunto, rechazó la propuesta con entereza y energía. Tan tardío en estallar, como difícil de calmar, es el encono de una nacion; muere solo con el objeto que le provoca. Casi coetáneamente desplegaban las Cámaras españolas laboriosidad y buen

celo. Habíanse trasladado á Cádiz en 24 de febrero, é instaladas en el local de la iglesia de San Felipe Neri, continuaron ocupándose de aquellos asuntos mas perentorios é importantes. Cautivó por este tiempo su atencion el deplorable estado de la hacienda públíca, gravada con una deuda enorme, cuyos réditos casi absorbian el total de las cantidades que entraban en el erario, quedando por consiguiente sin cubrir las numerosas atenciones que brotaban de una situacion crítica y anormal. Las dilapidaciones de la Corte de Cárlos IV, la desorganizacion que habia reinado en hacienda, grandes errores administrativos, y el diluvio de exigencias materiales que habia traido sobre sí nuestra gloriosa campaña, crearon y fomentaron esta deuda á la sazon monstruosa; preciso era, pues, que los legisladores del año 11 tratasen de disminuirla, de reducirla á menores proporciones, aunque debian emplear en esta dificultosa tarea mucho tino y pulso, porque si desgraciadamente herian los capitales, estos languidecerian, y sus productos vendrian á anularse, agotándose así una por una las fuentes de la riqueza pública. No puede negarse que el Congreso abrigó la mejor intencion al establecer un impuesto sobre los productos de la agricultura, del comercio y de la industria, mas tambien es indubitable, que al establecer en las utilidades una proporcion no aritmética, sino geométrica, es decir, al gravar las utilidades de estos tres ramos de riqueza, no de un modo proporcional, sino progresivo, interesó la masa de los capitales y holló los sanos principios de la ciencia económica. En política para hacer el bien basta muchas veces una voluntad decidida; en administracion mas que la voluntad debe obrar el entendimiento, el exámen y el estudio. Con el propio objeto espidieron en aquellos dias las Cortes varios decretos; uno adjudicando al fisco la plata de los templos y parte de la de los particulares, otro estableciendo un impuesto sobre los coches, y el tercero autorizando las represalias y la confiscacion de bienes de los invasores y sus adictos. Llevaron las Cortes sus cuidados hasta la parte militar, judicial y gubernativa, pero nosotros suspendemos aquí la esposicion de sus tareas, para volver la vista á los sucesos bélicos que acaecieron en este tiempo. Despues de la célebre batalla de la Albuera, el ejército anglo-lusitano emprendió de nuevo el sitio de Badajoz, pero el ardor de los sitiadores y su precipitacion en dar el asalto sin contar con los elementos bastantes al buen éxito, depararon funestas consecuencias, y convirtieron el cerco en bloqueo. Por otra parte, como Soult, allegando gente á sus desmembradas columnas, y combinando sus operaciones con las del mariscal Marmont, revolvió contra Badajoz, el ingles atravesó el Coa, y levantando el bloqueo de aquella plaza, reconcentró sus fuerzas en Yelves; mas vínole pronto y oportuno auxilio en Campomayor, que estos no aceptaron, dirigiéndose Soult á la Andalucía, y recorriendo Marmont las cercanías, empeñando choques parciales con las guerrillas, y esquivando el trabar un duelo grande y formal. Blake con los suyos se precipitó sobre el condado de Niebla, aunque sin recoger fruto alguno bueno de esta espedicion, y tanto los ejércitos aliados como el imperial que se hallaban en aquellas inmediaciones, continuaron haciendo varios movimientos destituidos de un resultado notable é inmediato. En el mediodía de la Península, el ódio á los franceses cobraba mayores medros, disminuyendo incesantemente sus legiones las guerrillas y el paisanaje. En Asturias y Galicia peleaban nuestras tropas con varia fortuna, pues aunque sufrieron un fuerte reves en las eminencias del Puelo, en Cogorderos el 23 de junio quedó bien sentado el honor español, pereciendo en el choque el general frances Valleteaux. El ejército de estas provincias, que acaudillaba don Nicolas Mahy, se confió al

general Castaños, y este último jefe supo introducir en él una disciplina que le faltaba, y que es prenda mas segura de la victoria que el valor impetuoso y ardiente. Una de las ciudades que con mas brio y ventura habian resistido los ataques de los invasores, era la de Valencia. Ya hemos visto á Moncey retirarse despavorido y confuso delante de sus muros, y al mismo Suchet alcanzar un éxito infeliz en la tentativa que hizo para apoderarse de la denodada poblacion, pero engreido ahora este último mariscal con los triunfos reportados en las tierras catalanas, alentado por las singulares pruebas de aprecio que le dispensaba el emperador, arrastrado por el deseo de lavar la mancilla que habia caido sobre su honor, voló contra Valencia decidido á no omitir medio ni sacrificio para penetrar en ella. Al de veintidos mil ascendia el número de los campeones que Suchet reunió para esta empresa, y tomando con ellos el rumbo de Oropesa, dió frente á Murviedro á últimos de setiembre. Débilmente fortificado Murviedro no podia oponer tenaz defensa al conquistador de Tarragona, y la tropa que la guarnecia se acogió al castillo dejando la plaza á merced del imperial. Entró este en Murviedro el 26, y desde luego dirigió sus conatos á la espugnacion de la fortaleza. Defendíanla tres mil buenos soldados regidos por don Mariano Luis Andriani, quienes se propusieron hacer larga y bizarra resistencia. Vomitaron los cañones franceses nutrido é interesante fuego sobre las almenas del castillo, y el 28, percibiendo abierta una brecha ancha y profunda, marcharon los imperiales al asalto, y costoso fuéles tamaño arrojo, porque la guarnicion se defendió con denuedo y precipitó del muro á los confiados franceses; causándoles una pérdida de cuatrocientos muertos. Con tan severo escarmiento desistió entonces Suchet de su idea, espiando para llevarla á cabo otra ocasion y mejor coyuntura. Al ruido que causó la noticia de que el mariscal pretendia hacerse señor de Valencia, acudieron de varios puntos tropas españolas para estorbarle el que consumase su plan. Las divisiones de Zayas y Lardizabal con la caballería de Loy y algunos otros cuerpos, marcharon bajo la conducta de Blake, encargado por la regencia de defender la amenazada ciudad. Mandó salir este general algunas tropas acaudilladas por O'Donnell y Obispo, á fin de mantener al frances en sus posiciones y escaramucear con sus avanzadas, pero fué aciaga esta medida, porque Suchet dividió sus huestes en dos trozos, y encomendando uno al general italiano Palonibeni y avanzando él con el otro, logró, despues de un choque ligero, alejar á los dos españoles. No pararon en esto sus ventajas, pues haciendo un movimiento retrógrado cayó de improviso sobre Oropesa; atacó y ganó el castillo, corriendo igual suerte una pequeña fortaleza denominada del Rey, que con ciento cincuenta hombres defendió noblemente el teniente don Juan José Campillo, quien logró con los suyos salvarse en un buque ingles, surto en aquellas aguas. Los hombres familiarizados con la victoria, rara vez cejan ante los primeros obstáculos por grandes que aparezcan, y Suchet, adornado de un carácter tenaz y sostenido por el orgullo, que es la pasion mas fecunda en grandes resultados, marchó de nuevo contra el castillo de Murviedro. Parecido éxito al de la primera tuvo esta segunda tentativa; los franceses dieron dos asaltos y en ambos fueron rechazados, desmembrándose sus filas en quinientos hombres. El doble descalabro esperimentado por el frances en la espugnacion de la fortaleza de Murviedro, el valor que allí desplegó un puñado de gente, y sobre todo la disminucion de las fuerzas imperiales, alentaron á muchos pechos españoles, restituyeron muchas esperanzas perdidas, y ocasionaron un suceso bastante memorable. Blake, gobernador de Valencia, era uno de esos hombres asistidos de una voluntad resuel-

ta, de una imaginacion viva, que al aspecto del peligro, se inflamaba, por decirlo así, y que solo se afanaba en atajarle sin curarse generalmente de esplorar la coyuntura mas propicia; creia que el que demoraba pudiendo sofocar un mal, se hace cómplice en su fomento y estension; cuando por el contrario, si no se acude á estinguirle en hora oportuna, lejos de lograrlo, se crea en vez de uno, una larga serie de otros mas considerables; mejor soldado que general, pero honrado patricio, ardia en deseos de librar á su patria de la ominosa dominacion napoleónica, y no podia tolerar el que las tropas de esta corona marchasen con su acostumbrada ufanía y altivez á la conquista de una poblacion. Así que, para hacer ilusorio el intento de Suchet, mostró la mayor actividad, celo y esmero en la fortificacion de Valencia, y noticioso ahora del desaire sufrido por aquel, ante los muros de la fortaleza de Murviedro, ayuntó veinticinco mil combatientes, y salió al encuentro del frances, que con veinte mil de los suyos le esperaba en las inmediaciones de Sagunto. Este sitio, cuyo solo nombre traia á la memoria tan remotos como gloriosos acontecimientos, iba ahora á verse tambien salpicado con sangre española: trabóse, pues, en la mañana del 25 de octubre, fiero y encarnizado combate; peleábase al principio con mucho ardor de uno y otro lado; los franceses titubearon; Suchet, herido en un hombro, quedó largo rato inmóvil; este espectáculo conmovió poderosamente á sus tropas; hicieron estas inauditos esfuerzos y lograron por fin arrollar á los nuestros desalojándolos de sus posiciones. Perdieron los españoles cerca de cuatro mil hombres en aquella desastrosa jornada entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, y los franceses alcanzaron la victoria con el escaso sacrificio de ochocientos. Sabedor apenas Andriani del desgraciado éxito de la batalla, abandonó en la noche del 26 con su gente el castillo, que fué ocupado al dia siguiente por las legiones del vencedor Suchet. Blake con sus mal paradas huestes atravesó el Guadalaviar, aproximándose á Valencia, y el frances se situó en el litoral del mismo rio decidido tambien á pasarle. A fin de distraer la atencion del mariscal y apartarle del propósito de marchar á Valencia, operaban varios jefes españoles con regular ventura en distintos radios de la Península. Lacy y el baron de Eroles, jefes ambos activos y valerosos, hacian á los franceses cruda é incesante guerra, apoderándose del convento de Igualada, de Casamala y Monserrat, derrotándoles en diversos choques parciales, quebrantando la línea de Mérida, penetrando en las islas Medas, ó interceptando sus comunicaciones. Lidiábase en el Aragon con igual bravura y empeño: Duran, el Empecinado, Tabuenca y Amor, trabajaban como denodados campeones en la destruccion de los invasores de su pais, logrando los dos primeros penetrar en Calatayud el 4 de octubre, haciendo prisionera la guarnicion de esta plaza que constaba de quinientos sesenta hombres. Rompió al propio tiempo el linde de los antiguos reinos navarros y aragoneses el famoso Mina, cayó sobre Egea y Ayerve, derrotó á los franceses que acudian al socorro de este último punto, y precipitándoles hasta las márgenes del Gállego, les obligó á deponer las armas. Ballesteros en esta época militaba en la Serranía de Ronda, donde era muy crecida la rabia hácia los franceses, y muy estraño el modo de guerrear de los naturales, quienes manejaban alternativamente la azada y el fusil, y concurrian á los campos del honor con igual ánimo y presteza que á abrir las entrañas de la tierra para desarrollar su fecundidad. Pero en el entre tanto se iba formalizando el sitio de Valencia, y las tropas de una y otra bandera habian trabado diversos choques, generalmente adversos á los españoles. Temeroso Suchet de que los valencianos le opusiesen una resistencia larga y obstinada, llamó hácia sí numerosas

fuerzas formando el total de ellas treinta y dos mil infantes y dos mil caballos, con un formidable tren de batir. Atravesó entonces el Guadalaviar, empujó audazmente el español, y le precisó á encerrarse en la plaza. Ardua y sobremanera dificultosa iba haciéndose la posicion de Blake. Permanecer con su ejército en el recinto de la ciudad asediada, era esponerle á caer en manos del venturoso mariscal, porque de la mala inteligencia que reinaba entre los habitantes y el general, no podian vaticinarse sino resultados muy funestos; salir á su frente rozándose casi con los enemigos, exigia resolucion y estraordinaria presteza. Vaciló Blake, y en momentos críticos es la vacilacion solo la ruina de un proyecto. El del general español vino pues á tierra, y hubo de permanecer con sus tropas en Valencia. Suchet estableció sus baterías, y el dia 5 de enero de 1812 arrojaron devastadores proyectiles sobre la denodada poblacion; el 6 mandó un parlamentario á Blake ofreciéndole capitulacion, el general no se mostraba dispuesto á escuchar proposiciones de esta clase, pero movido por las quejas del pueblo, cuyos comisionados le hicieron presente los males que iba á correr la ciudad si se reproducia el horroroso bombardeo del 5, firmó la capitulacion el 9. La guarnicion quedó prisionera, y Blake fué conducido á Francia, y allí encerrado en estrecha fortaleza. De este modo abrió Valencia sus puertas al detestado frances: habíanla salvado dos veces de un inminente y tremendo riesgo el patriotismo de sus hijos y su denuedo casi admirable; pero estas grandes prendas se relajaron, porque el tiempo y la discordia son capaces por sí solos de relajar los sentimientos mas dignos y sublimes. Violó Suchet las cláusulas del convenio, haciendo de su mala fe un alarde temible por el porvenir que pudiera tener, y aunque habia prometido respetar las personas y propiedades de los valencianos, muchos de estos infelices sufrieron vejaciones, atropellamientos y hasta la muerte. Los generales y tropas de una nacion como la Francia, que entonces se llamaba civilizada por escelencia, quebrantaban un deber respetable aun para los pueblos mas salvajes. Verdad es que, cuando una nacion se adjudica á sí propia un timbre glorioso, rara vez le merece. El orgullo de una sociedad como el de sus individuos, es siempre ciego, insensato. De vez en cuando interrumpian los invasores sus himnos de victoria con una espresion de despecho arraigado y profundo. Tarifa, tan célebre en los anales españoles, abatió ahora tambien los fieros de las legiones imperiales, y en Arrayamolinos sufrieron estas un descalabro terrible. El estruendo de las armas, que se correspondia de uno y otro polo de la Península, no impedia el que las Cortes siguieran ocupándose de una espinosa cuanto elevada mision. Decíamos mas arriba, que habian llevado sus cuidados y atenciones á todos los ramos de la administracion pública, procurando reparar y fortificar todas las partes débiles ó doloridas del cuerpo social; ahora añadirémos, que no satisfechas de esto, pretendieron dotar á nuestro pais de una constitucion política que, aunque basamentada en nuestros antiguos fueros y costumbres, llevaba fuertemente adheridos muchos de los principios preconizados en Francia con tanto fervor, y bautizados, por decirlo así, con arroyos de sangre, durante los últimos años del anterior siglo. Una comision creada presentó el 18 de agosto el proyecto del código constitucional, y el 25 empezó la Cámara á discutirle. Brillantes fueron algunos de los debates á que este dió lugar; las imaginaciones ricas y fecundas en ideas y en recursos, y escitadas por la accion misma de las circunstancias, cuyo poder es hasta cierto punto inapreciable, lucharon gallardamente con talentos claros y despejados, pero no tan impetuosos, porque estaban dominados por el cálculo ó por la reflexion, y últimamente con opiniones exaltadas tambien,

pero que representaban las creencias de muchos siglos, y para las cuales era una herida dolorosa cada innovacion, cada reforma. En fin, despues de cinco meses de discusion y de exámen, prévias algunas modificaciones, resultó aprobado el proyecto presentado por la comision. La nueva constitucion establecia el principio de la soberanía nacional con toda su vaguedad y consecuencias; se revestia á la Cámara del poder legislativo reservando á la corona la potestad ejecutiva, el derecho de firmar la paz y declarar la guerra, y se la otorgaba en la formacion de las leyes el voto suspensivo. Las Cortes acordaron tambien acerca de la sucesion en la corona, y el reconocimiento esclusivo de la dinastía borbónica, negando sin embargo, la opcion, para suceder en el reino á tres miembros de aquella; la reina de Etruria, el infante don Francisco de Paula y la archiduquesa de Austria. El nombramiento de los consejeros del monarca, sus atribuciones y responsabilidad, fueron motivo de largas deliberaciones de la Cámara. Reserváronse estas el nombramiento de regencia. El artículo 71 decia: «La religion de la nacion española es y será perpétuamente la católica, apostólica romana, única verdadera. La nacion la proteje por leyes sábias y justas, y prohibe el ejercicio de cualquier otra.» Esta prohibicion nos ha parecido siempre insensata, porque el querer avasallar la conciencia, es la mas bárbara de las tiranías. La constitucion arreglaba tambien los tribunales de justicia, y borrando muchos abusos que se habian introducido en ellos, y suprimiendo aquellos otros cuya organizacion era marcadamente viciosa y anómala, erigió en su lugar algunos otros, dotándoles de las formas que se hallaban mas en consonancia con la sana moral, y con las exigencias de civilizacion. Erigióse, pues, un tribunal que con el título de Supremo de justicia, llamaba á sí las causas mas notables, ya por su naturaleza, ya tambien por el rango de las personas que en ellas figuraban. Las audiencias, colocadas en una escala inferior á la de este alto cuerpo judicial, entendian en las segundas instancias, y se hallaban revestidas de la mas ámplia jurisdiccion civil y criminal, y por último, ante los juzgados de partidos se trataban los asuntos puramente contenciosos. Al código de Cádiz se debe tambien una institucion en igual grado prudente y benéfica; los juicios de conciliacion encomendados á los alcaldes. Contenia ademas aquel otras disposiciones muy cuerdas, como la prohibicion de confiscar los bienes, de allanar las casas, lo cual estaba permitido, y aun preceptuado por una legislacion viciosa y errónea, que sobre castigar á la inocencia, fomentaba la desmoralizacion, y minaba el mas sólido cimiento de toda ley, de todo derecho. Tampoco consentia que alguno fuese conducido á la cárcel sin haber precedido informacion sumaria del hecho que exigiese tal medida. La constitucion dió nueva forma y origen á las municipalidades; marcó las atribuciones de los jefes políticos, y señaló al propio tiempo las de las diputaciones provinciales. Organizaba ademas los impuestos, declarando que pertenecia á las Cortes decretarles y aprobarles, siendo nula en esta parte sin la cooperacion de la Asamblea, la potestad legislativa. Ávida de poder la Cámara, se habia reservado el de arreglar los ejércitos y la marina. Al tratar en la nueva constitucion de la instruccion pública, se estampaba el principio de la libertad de imprenta. Tales eran las principales disposiciones de este código, cuyos autores habian querido levantar una obra mas ó menos republicana, sobre una base esencialmente monárquica. Jurado y promulgado en 18 de marzo de 1812 fué acogido con júbilo. Empero, dejando aparte los sucesos políticos, consideremos ahora los que arrojaba de sí la guerra. El año duodécimo del siglo fué muy fecundo en vicisitudes. El general Montbrun que habia ido en auxilio de Suchet, á quien suponia todavía ocupado en el

asedio de Valencia, sabedor despues que esta plaza habia caido en poder del mariscal, se precipitó sobre Alicante, proyectando ganarla por sorpresa, mas saliéronle fallidos sus cálculos, porque los generales españoles Mahy y Freire volaron al socorro de la ciudad amenazada, y obligaron al frances á desistir de su intento. Por este tiempo las tropas de Suchet se apoderaron de Duna, y el general Soult, hermano del mariscal, entró sin dificultad en Murcia. Brindó este último acontecimiento con favorable ocasion, á nuestro compatriota don Martin de La Carrera, para ejecutar una proeza digna de los mayores encomios, porque siempre los merece un valor distiguido y un patriotismo acrisolado, si bien fué seguido de una catástrofe sangrienta. Intentó La Carrera sorprender á los franceses de Murcia, y disponiendo sus tropas de modo que penetrasen en la poblacion, simultáneamente y por diferentes puntos, se lanzó él á las calles, seguido de cien ginetes, arrollando á cuantos franceses trataban de cortarle el paso, y esgrimiendo con vigorosa mano su espada, tinta ya en la sangre de sus adversarios. Avisado Soult de tan inopinado suceso, se levantó de la mesa, donde á la sazon se hallaba, y corrió al encuentro del audaz español, siendo tanta la precipitacion del imperial, que al bajar la escalera tropezó y midió con su cuerpo un trecho considerable de esta. Sin la oportuna concurrencia que tenia prevenida, se vió La Carrera aislado y acometido por numerosos enemigos. Perecieron peleando con indecible denuedo los ginetes que le acompañaban, y quedó el bizarro caudillo solo y combatiendo contra seis franceses, que le dirigian sendos y certeros golpes. Ya habia inmolado á dos de sus contrarios, cuando le alcanzó una bala y le derribó convertido en cadáver en la calle de San Nicolas. Así murió este jóven general, acreedor á suerte mas venturosa. Si el sentimiento de sus contemporáneos es el mayor bien que sobrevive á los héroes, obtúvole y muy grande aquel infortunado patricio, pues todos los españoles deploraron amargamente la pérdida de tan esforzado guerrero. La historia abunda en contrastes, y en frente del ilustre La Carrera, presenta al español don Pedro García Navarro, quien entregó al imperial Severoli la plaza de Peñíscola, ávido de un oro que trocaba por la deshonra y la ignominia. En el suelo lusitano medraba la causa de la independencia, merced á los esfuerzos de nuestro aliado el británico. Sitió este á Ciudad-Rodrigo el 8 de enero, y como las franceses encerrados en la plaza, rechazaron constantemente la idea de capitulacion, la tomó por asalto el 19, encomendando su custodia al general Castaños. Dueño de Ciudad-Rodrigo, fijó el ingles su consideracion en Badajoz, poseida por los franceses, esmeradamente fortificada, dotada de una guarnicion aguerrida y valiente, y regida por Filipon, diestro militar y hombre de conocimientos é intrepidez. El 16 de marzo plantó Wellington, seguido de lucida cohorte, sus reales ante la capital de Estremadura. Veinte dias duró el asedio, y en todo este tiempo se condujo Filipon briosamente, practicando varias salidas y causando considerable pérdida á los sitiadores. El 6 de abril, abierta ya una profunda brecha, se lanzaron los ingleses al muro, mas no lograron dominarle sin derramar mucha sangre, porque la guarnicion se defendió con un valor desesperado, y centuplicó el número de las víctimas en el lado de los sitiadores. Cuatro mil novecientos de estos sucumbieron en tan árdua demanda. Novecientos franceses quedaron fuera de combate, y la guarnicion, que constaba de mas de cuatro mil hombres, quedó prisionera. Valieron estos dos triunfos á lord Wellington grandeza de España, el título de duque de Ciudad-Rodrigo y la gran cruz de San Fernando. Sin embargo, sus tropas al penetrar en Badajoz, cometieron mil punibles desacatos. No solo en el oriente de la Península sino en casi todos sus ángulos,

se batallaba con creciente porfía y con inestinguible encono. El capitan general de Cataluña, Lacy, perseguia con rara actividad á los franceses, causándoles molestias y quebrantos, y no contento con recobrar á Reus, cayó, en union con Sarsfield, sobre las huestes de Decaen, y las desbarató en las inmediaciones de San Felíu de Codinas. Por otra parte, el baron de Eroles, repuesto apenas de un duro descalabro sufrido en Ufafulla, marchó contra la brigada Baurke que se hallaba en Rada, y la destrozó, ocasionándola la pérdida de mil hombres. Poco tiempo antes, Sarsfield atravesó el límite que separa la Península de la antigua Galia, recorrió algunos pueblos del último pais, y regresó al Principado trayendo un botin rico y abundante. Tan audaces y aun mas activas que las tropas regulares, las guerrillas hacian cruda guerra á los franceses, y girando á todos lados y moviéndose con facilidad estraordinaria, disminuian insensiblemente sus legiones. El altivo carácter catalan no podia doblegarse bajo la coyunda de la usurpacion. En esta época don Francisco Ballesteros derrotó cerca de Ronda al imperial Marrasin, hiriéndole gravemente, y en las provincias del norte el celo de Mendizabal aumentaba la zozobra é inquietud de los invasores, quienes sedientos de sangre española, vertieron inhumanamente la de don Pedro Gordo, don José Ortiz Cobarrubias, don Eulogio José Miero y don José Navia, vocales de la junta de Burgos; mas noticioso de este atentado el cura Merino, mandó pasar por las armas á ciento diez prisioneros franceses, represalia que de ninguna manera aprobamos, y mucho menos en un ministro del altar. Sabedores del asedio puesto por el británico á Badajoz, movieron sus huestes hácia este punto, los mariscales Soult y Marmont, pero fué tardío el auxilio, porque cuando ellos pisaron el territorio estremeño, ya la plaza habia caido en poder de los aliados. Con la esperanza trocada en desengaño regresó Soult á las márgenes del Guadalquivir, y este movimiento puso en tal estrechez al general Ballesteros, que se vió precisado á retirarse, variando de rumbo, si bien lo hizo con tanto concierto y prudencia, que habiendo empeñado con los franceses choques parciales en Osuna y Alorna, salió de ambos airoso, cobrando con estas ventajas tal aliento, que se precipitó sobre la línea que los imperiales tenian en el Guadalete, pretendiendo cortarla, pero sufrió un fuerte descalabro, y se retiró todavía en buen órden y compostura. Mientras la Península española era teatro de tan varios acontecimientos, aprestábase la Europa entera á contemplar otros mas decisivos y considerables. Rara vez es sincera la buena correspondencia que entre dos príncipes ó Estados establece la victoria, y de parte del vencido desaparece generalmente con su impotencia, así es que, el czar Alejandro, vuelta ya en ostensible ódio su aparente amistad á Napoleon, allegaba tropas, aumentaba recursos, conquistaba alianzas para lidiar de nuevo contra el emperador frances. No temia este la guerra, antes bien la codiciaba, pero denotaba querer la paz á fin de que no volviesen simultáneamente contra él las armas todas las poténcias europeas. Por esto se decidió á presentar á la Inglaterra, su enemigo mas encarnizado, un ramo de oliva en una mano, mientras empuñaba ya con la otra la espada de los combates. Como bases preliminares de la paz, proponia Napoleon el reconocimiento por su parte de las Cortes de España y de su actual dinastía, y de la casa de Braganza para la corona de Portugal. No se dejó alucinar el gabinete ingles con tan capciosas promesas; exigió esplicaciones francas y terminantes, mas como Bonaparte solo habia dado este paso para disfrazar sus ambiciosos proyectos, rompió las negociaciones y marchó al frente de cuatrocientos mil legionarios á las fronteras de Rusia. Asistian al czar en esta memorable campaña, el sultan y el

rey de Suecia; el Austria y la Prusia permanecieron neutrales. No habia querido la Providencia economizar tribulaciones y calamidades á nuestra patria, pues al tormento bélico que de tiempo atras la afligia, se agregaba ahora la miseria mas espantosa. Las exorbitantes contribuciones impuestas por el gobierno de José, las dilapidaciones de los imperiales, y los gastos que ocasionaban el sosten y manutencion de los ejércitos beligerantes, vinieron á aniquilar casi todos los recursos en los pueblos de las feraces Castillas, é introdujeron el hambre, la cual se hizo sentir con tanta intensidad en Madrid, que en el corto período de seis meses sucumbieron cerca de veinte mil personas. Este horroroso cortejo de desastres, circundaba el vacilante trono de José, quien obtuvo ademas este año la amarga certidumbre de que sus sucesivas gestiones cerca de las Cortes y de la regencia, eran de todo punto infructuosas, y que jamas los españoles consentirian en doblar la rodilla ante un poder bastardo en su orígen y ominoso en su ejercicio. Los pueblos olvidan con frecuencia los errores ó desafueros políticos de sus príncipes, pero jamas les perdonan los daños y quebrantos materiales. En el entre tanto, lord Wellington, á quien dejamos en Portugal, abandonó en los primeros dias de mayo sus cuarteles de Fuenteguinaldo, y poniéndose á la cabeza de un ejército fuerte de cuarenta y siete mil hombres, cayó sobre las márgenes del Tormes, cruzó este rio, y se posesionó de Salamanca. Los imperiales que guarnecian esta plaza, se refugiaron en el castillo, y en él se defendieron bizarramente. Mas embestidos por un enemigo tan superior en número, y derruidos ya los principales lienzos de la fortaleza por el fuego voraz y nutrido de las baterías inglesas, se vieron al fin en la precision de rendirse. Observaba de cerca este triunfo del británico el mariscal Marmont, quien evolucionando diestramente, vino á las manos con los anglo-portugueses en el sitio denominado los Arapiles. Recio y crudo fué el choque, y por ambas partes se lidió con noble bravura y desusado teson, mas los aliados repelieron vigorosa y afortunadamente los impetuosos ataques de los franceses, los cuales viéndose envueltos y horriblemente maltratados, pronunciaron su retirada. Siguióles el vencedor con presto paso, y alcanzando su retaguardia, les destrozó tres batallones. Por este glorioso hecho de armas, concedieron las Cortes al general ingles el toison de oro. Noticioso José del resultado de la batalla de Salamanca, y sabiendo que el ejército combinado se dirigia á Madrid, consideró arriesgada su permanencia en este punto, y se apresuró á evacuarle. Verificólo el 27 de junio. El 30 penetró en aquella poblacion el caudillo británico, siendo recibido por sus habitantes con frenéticas muestras de júbilo y alborozo. Mandó Wellington promulgar la Constitucion, y se dispuso á atacar á dos mil quinientos franceses, que bajo la conducta del coronel Lefont, habia dejado José en el Retiro. Embistióles con numerosa y aguerrida cohorte el general Pakain, y les obligó á deponer las armas apoderándose al propio tiempo de ciento ochenta y nueve piezas de batir, y gran copia de provisiones. Confirióse el cargo de gobernador á don Cárlos Espagne, cuyo carácter áspero y atrabiliario desagradó bien pronto á los madrileños, lo cual era muy natural que aconteciese, porque aun en la corte de un soberano intruso y odiado, hay muchas susceptibilidades que herir, y grandes intereses que lastimar á la sombra de aquel. Fué sobremanera desastrosa á los imperiales esta jornada, pues perdieron en ella ocho mil hombres y muchos cañones y banderas. El mariscal Marmont y el general Benuet, quedaron gravemente heridos, y muertos los de esta última clase, Perais, Homiers y Desgraviers. No obtuvo tampoco Wellington tan señalada victoria sin gran dispendio de san-

gre, porque cinco mil de los suyos quedaron fuera de combate. Soult, considerando peligrosa su estancia en Granada, la abandonó con sus tropas, y tomó la ruta de Murcia, y Ballesteros, que no se habia resuelto a medir sus fuerzas con las del mariscal, cayó despues sobre las vertientes del Darro, y fué recibido en Granada con singular regocijo. De este modo la hermosa Andalucía sacudió el acerado yugo de los imperiales, y aunque quedó pobre y casi desnuda, merced á la rapacidad del estranjero, de las riquezas de que el arte y la naturaleza le habian pródigamente dotado, sin embargo, entonó himnos de alegría al contemplar libre su territorio de la odiosa huella del invasor. Muchos cuadros donde brillaba la esperta mano de los mas distinguidos artistas europeos, fueron conducidos al museo de Paris, ó se los apropió el mariscal Soult. Pérdida sumamente sensible de que no pudo indemnizarse completamente España, ni aun cuando brillaron para ella dias mas prósperos y bonancibles. Cauto, aunque pujante Suchet, reconcentraba sus fuerzas en las cercanías de Valencia, y viéndose amagado por el general don José Odonell, trató de desbaratarle. Harispe, subalterno de Suchet, y jefe de la vanguardia francesa, marchó contra el audaz español, y le avistó en los campos de Castalla. Regia el imperial menos combatientes que Odonell, mas acometieron los de aquel con tal brío y resolucion, que quedaron rotas al cabo las filas españolas, y con pérdida considerable. Amargas censuras y la separacion del mando proporcionó á Odonell esta derrota, porque cuando se cantan triunfos despues de grandes desastres, no se piensa en que pueda volver el rostro la fortuna, y se cree obra de la perfidia ó de la impericia, lo que es quizá puro efecto del destino. Por este tiempo una escuadra anglo-lusitana con diez mil combatientes á bordo, debia tocar en uno de nuestros puertos, y con efecto, desembarcaron en las playas de Alicante; mas noticiosos de que Suchet se hallaba situado en San Felipe de Játiva, y al frente de fuerzas respetables, se acogieron de nuevo á los buques, y vinieron á las costas de Cataluña. En este último pais y en el de Aragon, se hacia tambien la guerra con mucha actividad, y en gran manera destemplada y sangrienta, y las gentes de ambas banderas daban muestras de su mucho furor y encono, llegando el caso de atentar con frecuencia á la vida de los prisioneros. Aunque de resultados poco decisivos los choques que se empeñaban en estas dos provincias, eran generalmente favorables á los españoles. La campaña del año 12 estaba próxima á espirar. Salió Wellington de Madrid el 1.º de setiembre, y dejando en la poblacion el mejor órden y concierto posible, se internó en las Castillas, y tocando en Valladolid, vino á caer sobre Burgos. Guarnecian esta ciudad dos ó tres miles de franceses, los cuales no atreviéndose á defender una cerca poco robusta contra enemigo tan poderoso, se acogieron al castillo á la aproximacion de los aliados. Penetró Wellington en Burgos sin temor ni obstáculo, y recibido aquí el auxilio de diez y seis mil hombres que le presentó el general Castaños, no pensó demorar ni un momento el asedio de la fortaleza. Despues de algunas horas de fuego, se lanzaron al asalto varias compañías inglesas, desplegando en este arriesgado trance un valor ardiente é impetuoso; mas los sitiados se defendieron con tanto teson, que lograron precipitar repetidas veces del muro á los aliados, ocasionándoles una pérdida de bastante cuenta, y obligándoles á desistir aun para lo sucesivo de esta peligrosa empresa. El general británico partió á los pocos dias de Burgos, y trasladándose á los confines portugueses, fijó en ellos sus cuarteles de invierno. El estruendo de las armas se escuchaba en todos los ángulos de la Península, y en casi todos llevaban la mejor parte los defensores de la independencia. El Empecinado reportó un

triunfo, aunque ligero, en Guadalajara; Porlier y Mendizabal se enseñorearon de Bilbao, y Soult se vió en la necesidad de levantar el asedio de Cádiz y replegarse á Sevilla. La guarnicion de Málaga abandonó este punto, y fué á incorporarse con las tropas de aquel mariscal, el cual, sin embargo, no pudo sostenerse en Sevilla y se retiró á Granada. El coronel británico Sterret, se hizo dueño de Sevilla, y el aleman Schepeller, de Córdoba. Los gloriosos timbres que habia adquirido el lord vizconde de Wellington, la pericia y conocimientos que habia desplegado durante la guerra, y el deseo de centralizar las operaciones para que hubiese en ellas mas actividad y armonía, motivaron el que las Cortes confiriesen al británico el cargo de general en jefe de las tropas españolas, y aunque don Francisco Ballesteros elevó al gobierno una amarga esposicion, censurando aquel nombramiento, su voz solo sirvió para acarrearle la propia ruina, pues la regencia le destituyó del mando que desempeñaba. No habian permanecido ociosas las Cortes, durante este tiempo, antes bien siguieron tratando con su acostumbrada laboriosidad algunas cuestiones de importancia. Figuraban entre ellas la abolicion de la inquisicion, tribunal que habia sufrido el influjo desorganizador de los tiempos, y que creado en el siglo XVI con un objeto tan laudable, se vió pronto adulterado en su naturaleza, y convertídose en instrumento de ruines pasiones y de una politica artera y falaz. Las Cámaras le suprimieron, prohibiendo su restablecimiento en lo sucesivo. Tambien se sometió á la deliberacion del Congreso una propuesta de la Gran Bretaña, respecto á las provincias americanas disidentes. El gabinete de Saint-James prometia interponer sus oficios é influjo para conciliar aquellas colonias con la metrópoli, mas exigia del gobierno español una remuneracion tan larga y gravosa, que este acordó por fin romper las negociaciones. Mejor éxito tuvieron las entabladas en igual época con el emperador Alejandro, por medio de nuestro embajador Cea Bermudez, pues el czar por un tratado ajustado en Weliky-Louky, reconocia las Cortes y la Constitucion española. Procedióse en igual período al nombramiento de nueva regencia, recayendo la eleccion y voto de la Cámara en don Joaquin Mosquera y Figueroa, consejero de Indias, en los tenientes generales duque del Infantado, don Juan María Villavicencio y conde del Abisbal, y don Ignacio Rodriguez de Rivas, miembro tambien del consejo. El del Abisbal renunció al poco tiempo, y le sustituyó don Juan Perez de Villamil, hombre que reunia á una gran suma de conocimientos, un patriotismo acrisolado, aunque se le tenia como antagonista de las ideas liberales. La guerra de la independencia estaba próxima á terminar de un modo muy glorioso para los españoles, porque su mas gigantesco apoyo iba á desaparecer de la esfera política. Napoleon que habia sido durante tanto tiempo el azote de la Europa entera, y el asombro del universo, veia ahora marchitos los laureles que habia recogido en tantas y tan sangrientas lides, por el influjo de una suerte enemiga, y el genio y los recursos del grande hombre se estrellaban contra la implacable severidad del destino. Luchando con un valor igual en las gargantas contra los hombres y la naturaleza, su auxiliar poderoso vió sus antes temidas legiones rotas y desechas, y en vano quiso en el siguiente año 13 del actual siglo, combinar todos los elementos que aun poseia para humillar de nuevo á sus adversarios, porque probó del mismo modo el acibarado sabor de las derrotas, y contempló ya su trono inseguro y vacilante. Tambien el de su hermano le habian derribado por el polvo el vigoroso esfuerzo de nuestros compatriotas y la pujanza de nuestros aliados. El duque de Ciudad-Rodrigo abandonó en los dias de mayo de 1813 sus cuarteles de Portugal, atravesó el Tor-

mes, y apoderándose de Salamanca, Toro y Zamora, declinó hácia las Provincias Vascongadas, yendo á acampar en las inmediaciones de Vitoria, donde le aguardaba el grueso de los ejércitos enemigos, regidos por José, que habian salido de Madrid el 17 de marzo. Dióse allí sangrienta y prolongada batalla el 21 de junio, y aunque de una y otra parte se peleó con singular ardor y pericia, las columnas francesas se vieron al fin arrolladas por el ejército confederado, y puestas en completa dispersion y fuga. Perdieron los imperiales en esta célebre accion, apellidada de Vitoria, nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y los aliados cinco mil. Infatigable Wellington, siguió el alcance de los fugitivos, y consiguió despues de algunas marchas gloriosas, lanzarles del lado allá de la frontera con el intruso á su cabeza. Algunas divisiones francesas que operaban en la misma circunferencia, aunque en diferentes radios, á las órdenes de los generales Foy y Claussel, corrieron la misma suerte. Adquirieron en estas jornadas lustre y nombre inmortal, los generales españoles Giron, Longa y Morillo. Continúabase lidiando con igual empeño y no con menor gloria en los restantes dominios de la guerra. El mariscal Suchet, temido y respetado hasta ahora en los confines de Valencia y Cataluña, sufrió una cruel derrota en Castalla, y poco despues Duran y Mina desbandaron las tropas del general Páris, y se apoderaron de Zaragoza. Aunque tan lisonjeros acontecimientos cautivaran la atencion universal, no pasaba tampoco desapercibida la marcha reformadora que sin declinar seguian las Cortes. Habia clases, sin embargo, dolorosamente lastimadas por esta cuerda de principios, clases que se rebelarian contra ellos tan luego como se les presentara ocasion, y que añadian á su gran prestigio y vasto influjo sobre las masas populares, una gran copia de elementos materiales, una de estas clases era la eclesiástica, y especialmente la monástica, adversa de las ideas liberales, y que aunque habia sufrido vicisitudes y reveses, todavía era bastante poderosa en nuestro pais. Las Cortes cercenaron mas sus facultades, suprimieron varios conventos, y acaso no hubieran limitado á esto sus providencias, si un espíritu reaccionario latente, pero ya sensible, y que tenia grandes personificaciones en los encargados del poder ejecutivo, no la hubiera entorpecido. No obstante, por los mismos dias acordó el congreso la abolicion del tribunal inquisitorial. Mostrábanse reacios los regentes, y descontentos del violento empuje que daban los diputados á los sentimientos liberales, y de aquí nacia una mal simulada pugna entre la regencia y la Cámara, que acabó con la destitucion de aquella. Constituyóse en su lugar otra compuesta de tres miembros, que fueron don Pedro Agar, don Gabriel Ciscar, y el arzobispo de Toledo don Luis de Borbon. Evacuada ya por las tropas imperiales la antigua capital de la monarquía, y habiendo invadido á Cádiz la fiebre amarilla, se acordó la traslacion del gobierno á Madrid, la que se verificó en enero de 1814. Despues de la accion de Vitoria, la guerra habia adquirido un aspecto decididamente favorable á nuestra causa. En vano Soult, investido del cargo de jefe principal de las tropas imperiales que trabajaban en la Península, con el título de lugar-teniente, trató de amagar la línea de los ingleses que bloqueaban á San Sebastian y Pamplona, porque fué desgraciada esta tentativa, y la primera de las enunciadas plazas, despues de haberse defendido heróicamente se vió invadida por las legiones anglo-portuguesas. Fué víctima la ciudad de la devastacion y del pillaje, ejercitándose los aliados en todo género de tropelías y desacatos. Pamplona estrechamente asediada abrió tambien sus puertas á las tropas españolas, y de este modo el norte de la Península sacudió el ominoso yugo del estranjero. Plantó el británico sus reales en el diámetro

de San Juan de Luz, y Soult reconcentró sus fuerzas en el lado de Bayona. Desasosegado estaba el mariscal al contemplarse encerrado dentro del territorio frances, y temeroso de que Wellington, prevaliéndose de su posicion pretendiese arrojarle de las márgenes del Adour, empeñó algunos choques parciales, y quedó por último derrotado en la batalla de Ortez. Doce mil hombres perdieron los franceses en esta breve campaña, y no obtuvieron los confederados tantos lauros y ventajas sin mucho gasto de sangre. En el entretanto los acontecimientos europeos habian cambiado completamente de faz. Napoleon, ese genio de la guerra, que habia abatido con su mano victoriosa el poder y la altivez de muchas antiguas dinastias, penetró siempre halagado por la victoria hasta el corazon de la Rusia, y se enseñoreó de Moscow, mas condújole hasta el abismo de su ruina arrojo tan inaudito, porque muchos miles de sus mejores soldados quedaron entre los hielos del Septentrion. Pesaroso de su mal andanza, pero esplotando aquella energía y actividad que le habian proporcionado tan estraordinarios triunfos, el emperador aprestó de nuevo ejércitos y los volvió contra la Europa coligada, mas vino el desengaño á devorar la última ilusion que conservaba, porque sus tropas fueron derrotadas y disueltas, y al mismo tiempo se vió en la precision de abdicar la corona, y aceptar la sentencia de sus enemigos que le condenaba á permanecer confinado en la isla de Elba. Las huestes confederadas entraron en la capital de Francia el 31 de marzo de 1814. El conde de Provenza, Luis Estanislao, ciñó sus sienes con la diadema de sus mayores, teñida ya en la sangre de un descendiente de los Capetos. Las revoluciones son un drama horroroso, cuya última peripecia es generalmente favorable á los actores que han tenido una parte menos activa en él. Crean poderes gigantescos para hundirles despues en el polvo, y despues de mil oscilaciones vuelven las cosas á su anterior estado, salvas las modificaciones que imponga la esperiencia, las cuales son por regla general bien pocas ó ninguna. El influjo de acontecimientos tan capitales, debia ser grande en nuestro pais. El gran cuerpo de nuestro ejército, que á las órdenes de lord Wellington habia hecho una rápida y feliz campaña, penetrando en Burdeos y Tolosa, recibió en esta ciudad la nueva de los últimos sucesos ocurridos en Paris, y el duque de Ciudad-Rodrigo, dando entonces treguas á las armas, se apresuró á concluir con negociaciones una guerra devastadora y tenaz. Las huestes imperiales que operaban en Cataluña, estenuadas y débiles, y á las que no podia ya vigorizar el infatigable celo del mariscal Suchet, aceptaron tambien la oliva de la paz con que se les brindaba, y la aurora del 18 de abril alumbró el último dia de la guerra de la independencia, lucha magnífica donde se mostró claro y limpio el carácter español, fiero é indomable ante la adversidad, y enemigo de estranjero yugo. Aunque no tuviera otros timbres la nacion española, solo este duelo grande y majestuoso bastaria para hacerla famosa y dotarla de un nombre inmortal. Por desgracia el gozo puro é inefable que predijo en los ánimos la noticia de haber humillado para siempre las legiones invasoras, iba á ser pronto acibarado por las discordias intestinas que debian estallar con ímpetu tremendo. Como Napoleon, especialmente desde principios del año catorce, habia visto declinar y próxima á sepultarse en el ocaso su venturosa estrella, quiso calmar el encono de algunos de sus enemigos, y al mismo tiempo deslumbrar á la Europa, presentándola como ilegítima una guerra que él aparentaba afanarse en apagar. Llevado de este pensamiento puso en libertad al pontífice y á Fernando, y el monarca español, exento de su odiosa esclavitud, dejó bien pronto á sus espaldas el Pirineo y pisó de nuevo el territorio peninsular. El advenimiento de Fernando iba á producir un cambio

total en nuestro régimen interior. Uno y otro partido esperaban con ansiedad los primeros actos del monarca, y uno y otro encontraban en sus precedentes apoyo al parecer sólido á su conducta y garantía á su porvenir. Suponian los liberales que las Cortes habian salvado á la nacion en la tremenda crísis por que acababa de atravesar; que ellas habian devuelto al cautivo príncipe la corona que la espada de un usurpador habia derribado de su cabeza, y por último, que su legitimidad estribaba en la convocacion hecha por el mismo Fernando antes de partir á Bayona, si ya las circunstancias graves y peligrosas que habian militado no autorizaban por demas su reunion y establecimiento. De contrario dictámen los amigos del absolutismo, sostenian que todos los actos de la Cámara eran nulos y viciosos, porque descansaban en una usurpacion violenta; que las Cortes habian vulnerado una potestad que debian conservar como un depósito sagrado, ultrajando así los sentimientos de generosidad y magnanimidad españolas, y finalmente, que si Fernando habia heredado de sus predecesores ámplias y sin restriccion sus atribuciones soberanas, íntegras debian devolvérsele, y sin desgajar algunos de los florones que ornaban su diadema en 1808. Concluian, pues, estos, apelando á la opinion de las masas, que entonces se manifestaba clara y espontánea, muy favorable sin duda á Fernando y á los principios monárquicos puros que simbolizaba. Escuchaba el jóven rey con preferencia á los enemigos del sistema constitucional, lo cual unido á los reiterados testimonios de amor que recibia de parte de los pueblos, hizo muy honda impresion en los abogados de las reformas, desalentándoles é induciéndoles á transigir con tan formidable antagonista. Hallábase el monarca en Valencia, cuando recibió una esposicion suscrita por sesenta y dos diputados, en la que despues de hacer la apología del gobierno absoluto, se le consideraba el mas en consonancia con las circunstancias de entonces, y se pedia al rey le estableciese en sus dominios. Los miembros de la Cámara que firmaron tan notable documento alcanzaron el nombre de *Persas*, porque aquel empezaba en estos términos: «Era costumbre entre «los antiguos Persas, etc.» Despues de esta defeccion inopinada, ya no podia preverse resistencia alguna formal á las ideas realistas, fracturadas las principales articulaciones y dilacerados casi todos sus vínculos; ya nada podia impedir la pronta disolucion del cuerpo liberal, solo la contraria voluntad de Fernando hubiera quizas podido evitarla, pero esta no era verosímil ni existia. La reaccion estaba pues inaugurada; la habian provocado, como hemos visto, los mismos que mas interes tenian en evitarla, pulverizando antes su propia obra, y así no es de estrañar el giro rápido que tomaron los acontecimientos. El dia 4 de mayo espidió el rey un decreto, por el que condenaba la existencia de las Cámaras y la formacion del código de Cádiz; durante la noche del 10 al 11 fueron presos los regentes Agar y Ciscar, algunos ministros y varios diputados de los mas notables, y en los siguientes dias del mencionado mes se completó la ruina del edificio constitucional. El 13 entró Fernando en Madrid en medio de las mas fervientes aclamaciones. Esta ovacion magnífica aniquilaba todas las esperanzas del partido liberal. Organizóse un gabinete, cuyos miembros eran de antemano señalados por sus principios monárquicos puros; se restableció el abolido consejo de Castilla, se dió vida al suprimido tribunal de la Inquisicion, restituyéronse á los regulares los bienes de que se les habia privado, y en suma, todo el cuerpo político quedó completamente desfigurado, deshaciendo el monarca en pocos meses la obra que las Cortes habian procurado con tanta laboriosidad y esmero, aunque en vano, afianzar sobre bases falsas y precarias. Pero en las revueltas y trastornos políticos se crean tantos crímenes como venganzas hay que satisfacer,

como grandes intereses privados que abatir ó fomentar; los ídolos de una era son los primeros que figuran en el martirologio de la ulterior. Muchos de los liberales que habian desempeñado en la pasada época un papel distinguido, se vieron hechos el blanco de la ojeriza del gobierno, mas aunque recio y violento el encono de un partido con otro, no llegó por entonces la sangre á teñir las manos del verdugo. Escarnecidos y ultrajados los apologistas de las reformas llevaban con dolorosa impaciencia el anatema sobre su frente y esperaban para sacudirle una ocasion propicia; mas turbóles el acierto su mucho deseo, pues si bien intentaron alterar la tranquilidad en Valencia, Sevilla y en las provincias del norte, fuéles ilusoria la tentativa, y no sirvió sino para hacer mas pesadas sus cadenas. Mientras la autoridad absoluta del rey se ponia en tela de juicio por algunos españoles mal contentos, nuestras colonias americanas la desconocian abiertamente, así como toda dependencia y subordinacion de la metrópoli. Desde la insurreccion de Caracas verificada el año 9, hasta fines del 14, cuyos sucesos vamos narrando, habian levantado un estandarte sedicioso y preparádose á sostenerle con las armas Buenos-Aires, el Perú, Cochabamba, Cuzco, Chile, Quito, Nueva Granada, Venezuela y otras muchas provincias. El eco de la revolucion corria y se propagaba con la rapidez del rayo desde las principales ciudades á las mas pequeñas aldeas, siendo muy pocas las que permanecian fieles y obedientes á las autoridades. En Buenos-Aires los triunfos de los insurgentes fueron completos. Don Santiago Liniers, en quien se habia depositado el vireinato por la esperanza que inspiraba su influjo en el pais, abandonado de las tropas, cayó en poder de los contrarios, sufriendo con cuatro mas una muerte desastrosa. No tuvo mejor suerte la direccion de los negocios en manos de sus sucesores Elío y don Gaspar de Vigodet, pues aquel se vió precisado á pedir un armisticio que los contrarios no negaron, y este, despues de sostenerse algun tiempo por los auxilios que le llegaron y la superioridad de la marina española sobre la argentina, quedó reducido al estado de entregar la única y poderosa fortaleza que á su disposicion se hallaba, Montevideo. Los vencedores como fruto de sus conquistas crearon un Congreso soberano constituyente, y un director supremo. No solo hubo que lamentar en el Perú las víctimas sacrificadas á Marte, la discordia tuvo tambien las suyas. Don José Córdoba, mayor general del ejército, despues de la derrota que sufrió en Suipacha, con el intendente de Potosí, Paulo Sanz, y el presidente de Charcas, Nieto, fueron inmolados en las aras de aquella. El valor del general en jefe, Goyeneche, pudo recuperar á Cochabamba, Potosí y Chuguisaca, á consecuencia de la batalla de Huaqui (por la que recibió el título de conde), y sostener el grito de independencia que se dejaba oir por todo el altô Perú. Pero las derrotas del Tucuman y Salta en los dos años siguientes, 12 y 13, junto con los anteriores sucesos inclinaron su ánimo á admitir el mando. En Chile no presentó al principio la insurreccion el carácter sanguinario que en los demas puntos, pues no pasó mas que á poner la presidencia interina del brigadier Carrasco, en manos del conde de la conquista, con una junta provisional de gobierno. Pero la ambicion de los tres hermanos, de apellido Carrera y del doctor Rosas, vino despues á darle el aspecto feroz de las otras. Vencedores aquellos, crearon un triunvirato, izaron la bandera tricolor y borraron todos los vestigios de la anterior monarquía. Mas despues de algunas vicisitudes, ya prósperas, ya adversas, un tratado de paz celebrado en Lucai restituyó la autoridad monárquica. Quito vió varias veces encendido y sofocado el fuego de la insurreccion, pero en el año 11 se robusteció, uniéndose á su causa el obispo don José Cuero con casi todo el clero,

siendo víctima del puñal asesino el presidente conde Ruiz de Castilla. Su sucesor don Toribio Montes, con el coronel Sámano, jefe de las tropas, lograron, superando muchos obstáculos, restablecer el órden. De peor carácter y mas rápido fué el levantamiento de Nueva Granada, pues se efectuó casi instantáneamente en las provincias de Cartagena, Pamplona, Tunja, Socorro, Casanare, Antioquía, Chocó, Mariquita y Neiva, arrestándose á todas las autoridades é instalándose una junta suprema. Los insurgentes de Tunjan hicieron alianza con los de Venezuela, mas como toda union que no está basada en la buena fe es poco duradera, esta que no reconocia otro fundamento que la ambicion, bien pronto se derrocó, y aunque volvió á reproducirse, tuvo poco mejor éxito que la anterior, viniendo á apoderarse don Simon Bolivar, jefe de los tujanos, que derrotó á los contrarios y se apoderó de Santa Fe. El peor de los males para un pais, es el tener á su frente autoridades indolentes, y sin la energía necesaria para sofocar el espíritu de rebelion que en él se deja sentir. De esta calaña era don Vicente Emparan, capitan general de Caracas; y á lo cual se debió el que la sedicion erguiese su cerviz en este punto antes que en los demas, el que no solo se dejó atropellar y dimitir el mando, si que tambien hizo la bajeza de admitir la presidencia de la junta que se creó; pero un ser tan degradado era inútil para hacer el mal como lo fué para el bien, y así al poco tiempo fué arrojado del nuevo cargo. Trastornos, convulsiones, prision de las autoridades, sangre y desolacion fueron las consecuencias de tan innoble conducta. Bolivar y Miranda fueron las columnas de aquel edificio de insurreccion, quienes crearon para su perpétuo sosten un Congreso revolucionario; pero las provincias de Coro, Valencia y de Guayana, que se mantuvieron firmes á la causa de la metrópoli, prestaron un poderoso auxilio á nuestras tropas para poderse sostener al traves de innumerables dificultades y vicisitudes como la guerra presentaba, y lograr casi el total esterminio de los insurgentes. Sabedor Fernando á su llegada á España de las ocurrencias de estos paises, se dirigió á ellos por medio de una circular que el ministro de la gobernacion de Ultramar remitió á aquellas autoridades, hablándoles como un padre que reconviene á un hijo díscolo; lo que junto con el decaimiento de fuerzas que se iba sintiendo en la sedicion á causa de la desunion que reinaba entre los revoltosos, hizo renacer el afecto á la metrópoli en unos, la calma y postracion en otros; pero como los gérmenes de la insurreccion no se habian destruido, quedaban ocultos, tarde ó temprano habian de reproducirse, y adquiriendo una fuerte consistencia, hacerse aquella capaz de resistir los mas poderosos choques de los contrarios. El apuro en que se hallaba el erario público, la inmensa deuda que la nacion habia contraido durante la guerra, el miserable estado á que los pueblos quedaron reducidos, y lo insuficiente de las contribuciones para satisfacer tan pesada carga, exigian imperiosamente se acudiese con mano pronta á introducir algunas reformas en el sistema de hacienda, para que, terminadas las vejaciones, principiasen aquellos á coger los frutos de una paz que á costa de tantos sacrificios habian conquistado. Pero Fernando tendió la vista sobre este cuadro, si es que llegó á llamar su atencion, y solo vió en él el cumplimiento de la obligacion que el derecho divino impone á los súbditos de defender á sus reyes, sin que su gratitud quedase comprometida en lo mas mínimo á tan noble proceder. Así es que, volviendo á lo antiguo, segun el principio que habia adoptado, puso en accion el sistema que regia en tiempo de su padre, conforme se hallaba hasta el decreto de 1799, el cual no era otra cosa que una amalgama de confusion y errores, valiéndose de los impuestos hasta en los artículos de primera necesidad, y

concediendo el derecho esclusivo de su venta á un individuo ó compañía, para haber de salir de los conflictos en que á menudo le ponia dicho sistema. Pero no solo hay que lamentar en los actos de este monarca, en el tiempo que vamos relatando, los desaciertos ó falta de celo para aliviar el gravámen á sus súbditos. Otro defecto cometió mas digno todavía de la censura pública. Tal fué la creacion de un ministerio de seguridad pública, ó policía. ¡Institucion odiosa y de fatales consecuencias, cuando, en vez de ser dictada por una razon ilustrada y circunscrita al estrecho círculo que esta le marca, es sugerida por ruines y viles pasiones, y sin que la contengan respetos ni consideraciones, se lanza y atropella hasta los lugares mas sagrados! De esta catadura era á la que nos referimos. Así que, sus resultados no fueron otros que ostentar las fuerzas y poder de la delacion y la calumnia á costa de muchos inocentes que fueron vejados y perseguidos. Bien fuese porque se convenciese de lo perjudicial que podria serle esta institucion, ó por el carácter vacilante de Fernando, quedó suprimida algunos meses despues de su instalacion. Tambien por un decreto de 25 de abril de 815 se prohibió la publicacion de todo periódico fuera de la *Gaceta* y el *Diario*, faltando á la promesa que poco tiempo antes hiciera de proteger la libertad de imprenta bajo de razonables bases. Las potencias aliadas convinieron en el tratado de Paris en celebrar un Congreso general en Viena, para tratar de los grandes intereses que la caida del gran soldado ponia á su consideracion. Este célebre Congreso, compuesto de nueve soberanos y los plenipotenciarios de todas las naciones, se reunió el 25 de setiembre de 1814. Ninguna reunion se habia presentado á los ojos de la Europa tan brillante y numerosa como esta: sus individuos parecia que solo habian sido convocados para ostentar el júbilo y alegría que reinaba en sus corazones, y para manifestarse mútuamente el acendrado afecto de que se hallaban poseidos con respecto á los demas, según era el grandioso aparato, los convites y regocijos que allí tenian lugar. Mas esta escena varió en el momento que se comenzó la discusion de los intereses; convirtiendo cada cual su afecto y alegría en la mas refinada diplomácia. El mismo acierto que en los demas negocios manifestó Fernando en este, para elejir una persona capaz de defender los derechos de la España y sacar el partido á que, por la gran parte que tuvo en la pacificacion de la Europa, se habia hecho acreedora. Nuestro representante en aquel congreso fué don Pedro Gomez Labrador; hombre orgulloso, de una altivez indiscreta, y sin aquellas cualidades que forman un buen diplomático, su mision no podia menos de ser fatal para nuestra nacion. Así es que, la España quedó escluida del nuevo tratado de alianza celebrado por los plenipotenciarios, congregados con motivo del arribo de Napoleon á Francia de la isla de Elba, lo quedó igualmente del de abolicion de tráfico de negros, y hasta de todas las demas negociaciones que en el Congreso se ventilaron, pues llegó su desacierto hasta no querer firmar el acta general que terminó las tareas del Congreso. Pérdida incalculable, puesto que las negociaciones de este Congreso establecieron el nuevo derecho público de Europa. Todavía seguia en sus discusiones el Congreso, cuando Napoleon evadiéndose de la isla de Elba habia hecho su desembarque cerca de Antibo, el 1.° de marzo del año 15. Sabedor aquel de esta ocurrencia, y del levantamiento de la Francia á favor de su emperador, se apresuró á dictar medidas que, á la par que pudiesen inutilizar los intentos del temible campeon, que de nuevo retaba á la Europa, calmasen á esta del sobresalto que semejante noticia le habia causado. Todas las naciones agolpaban ejércitos á la frontera de Francia. Luis XVIII, viendo su causa perdida huyó precipitadamente á Gante, dejando á merced del

contrario el trono de sus mayores. Napoleon por su parte no perdia momento en reunir todos los recursos de que creia sacar algun partido, para ir en busca del enemigo. Ciento seis mil era el total de fuerzas del ejército frances; el de los aliados ascendia á doscientos catorce mil seiscientos. El 16 de junio fué el primer encuentro de ambos combatientes, en el cual quedó derrotada y puesta en fuga la izquierda de los aliados, mandada por el general Blucher, dejándose en poder del enemigo cuarenta cañones, seis banderas y muchísimos prisioneros con veinte y dos mil muertos. Se decidió Napoleon á atacar el 17 á Wellington que mandaba la derecha, mas considerando que las fuerzas de este eran muy superiores á las suyas, se detuvo hasta el 18 que llegase Grouchi que iba en persecucion de Blucher. La fortuna, que cansada ya de mimarle se rebeló contra él, hizo sin duda que el parte que mandaba á Grouchi para comunicarle aquella órden, cayese en manos de unas partidas sueltas de aliados que vagaban por aquellas inmediaciones. Llegó el 18, y Napoleon con sesenta mil franceses y doscientos cuarenta cañones atacó con el mayor ímpetu á los ingleses en los campos de Waterloo; pero al ver que, en vez de Grouchi, era Blucher que con treinta mil hombres venia á reforzar los noventa mil de que se componia el ejército de Wellington, entró la confusion en los franceses y la fuga siguió inmediatamente. Mas ocho batallones de la guardia imperial con un arrojo inaudito, se lanzaron en medio del combate, y á la intimacion de rendicion del enemigo, contestó Cambrone aquellas célebres palabras: *la guardia muere y no se rinde!* En tan deplorable situacion no habian muerto aun las esperanzas de Napoleon, todavía puso á prueba su génio singular, su valor inefable, dirigiéndose á un regimiento de la guardia que estaba de reserva allí próximo, para continuar la lucha; y sin embargo de verse aquí rodeado de numerosos enemigos, aun tuvo la serenidad suficiente para formar el cuadro con aquel puñado de soldados, mas esta temeridad le hubiera sido fatal, si Soult, viendo el inminente peligro en que se hallaba, no le hubiese separado, diciéndole «huid, señor, que harto felices son ya nuestros contrarios.» Marchó á Paris, y despues de ponerse bajo la proteccion de la Inglaterra, fué conducido á la isla de Santa Elena, en cuya prision ó confinamiento murió. Legó á la Francia sus mas gratos recuerdos: esta todavía corresponde á su memoria con singulares muestras de gratitud, con entusiasmo ¡merecido galardon á los que todo lo aventuran por la patria! Libre ya el Congreso de Viena de los cuidados en que le habia puesto la inesperada tentativa de Napoleon, volvió á abrir sus sesiones. Nuestro plenipotenciario hizo en esta época nueva reclamacion de los derechos del infante don Cárlos Luis á la Toscana, en cuyas pretensiones quedó tan airoso como en las demas negociaciones; pues habiéndole contestado Meternich á su tono altanero con otro no menos brusco, que en tal asunto no habia otra avenencia que las armas, la corte de Madrid se humilló, conviniendo en aceptar el principado de Luca, y dos millones de reales anuales hasta la entrada de posesion por indemnizacion del ducado de Parma, y á mas los de Plasencia y Guastala, que para la muerte de la archiduquesa María Luisa se le concedió su reversion. Este proceder de las naciones en el Congreso, que (junto con el poco tino de Labrador como se ha visto) dejó tan mal librada á España en el presente y porvenir, debió servir de aviso á Fernando para conocer lo funesto que podia serle una estrecha intimidad con ellas. Por desgracia no fué así: los representantes en Madrid de casi todas ellas, ejercian una grande influencia en los negocios de la Península, ofreciendo muy raro contraste que, mientras era despreciada y hasta insultada en Viena, tuviesen las sugestiones de aque-

llos tanto peso en la marcha de los negocios en la corte de España. Lo cual prueba la ineptitud de Fernando. Eran todos aquellos acérrimos defensores del despotismo, de entre los cuales el enviado de Francia y el de Rusia, Tatischeff, tenia una influencia directa y absoluta. Habia este sabido atraerse con su astucia la amistad de todas las personas que tenian ascendiente con el monarca, y convertido en instrumentos sumisos de su voluntad á ciertos diplomáticos, para que Fernando siguiese el camino que convenia á las miras de Alejandro, su señor. Así es que, reconociendo en Antonio Ugarte, agente de negocios y que habia sido mozo de compra, el cual se hallaba con frecuencia en la embajada, unas disposiciones las mas á propósito para sus fines, le sacó de la oscuridad, y logró que de ascenso en ascenso se viese pronto al lado del monarca, siendo su principal consultor y jefe de la camarilla, en la que se ventilaban los medios mas conducentes de gobernar la nacion y arrancar de raiz el árbol de la libertad. Y de este modo Tatischeff (que era Ugarte) ponia en accion sus infames planes, que dieron el fatal resultado para España que conducia á los fines de este y su señor, recibiendo el Ugarte del emperador Alejandro la cruz de la órden de Santa Ana, en recompensa de tan grandes servicios. La conducta del czar apareció de distintas fases, fué inconstante y variable y aun á veces contraria con la de su representante en Madrid, aunque en sus misteriosos designios condujesen á un punto. Así es que, se le vió prestar su reconocimiento al rey intruso en España, reconocer despues la legitimidad de las Cortes de Cádiz, asistir á la jura de la constitucion española que hicieron los prisioneros españoles que Napoleon llevó á Rusia, luego que este fué derrotado y aquellos pasaron á sus banderas; censurar ó manifestar al embajador de España, que su rey habia obrado mal con haber destruido la constitucion de un modo tan violento, y que su ingratitud podria serle muy funesta; del mismo modo que se le vió tambien mas adelante constituirse en acérrimo defensor del absolutismo. Esto prueba que quien así obra no tiene otros principios, otro sistema, que su deseo ó interes. El clero, cuya influencia en Fernando era de gran valía, no era ya aquel que con su ciencia y su virtud habia contribuido tanto á la civilizacion del género humano; la corrupcion de los siglos posteriores habia obrado en él poderosamente y dejado demasiado apego á las cosas terrenales, su regla de conducta no estaba ya ajustada á la sana moral del Evangelio, esta habia sido sustituida por una refinada hipocresía para encubrir sus vicios. Pero estos, por mas que se oculten, el tiempo rasga el velo que los cubre y se hacen patentes á todos; nadie ignoraba sus arterías para obtener concesiones y gracias del rey y prodigarlas á sus parientes, sus incesantes incitaciones para afianzar bien el despotismo persiguiendo á los reformadores, y sin que á veces los contuviesen los sentimientos de humanidad. No será pues de estrañar que Fernando, en quien tanta acogida tenia la adulacion, y cuyos principios despóticos constituian su carácter, rodeado de estos dos elementos (los embajadores y el clero, con algunos reaccionarios), marchase con rapidez á entronizar el despotismo, sin que en él hiciesen eco alguno los padecimientos del pueblo, porque si alguna mejora se proponia que no solia llevarse á efecto, ó algunas gracias se hacian á las clases beneméritas, no era esto ni sugerido por la gratitud, ni inspirado por el reconocimiento del deber; tal suposicion estaria en contraposicion con la conducta y proceder de Fernando, que, junto con las circunstancias en que se acudia á aquellos rasgos de benevolencia, es lo que debe formar el punto de comparacion, servir de norte, para juzgar de tales actos. El verdadero móvil que ponia al monarca en el caso de echar mano de estos recursos, era el deseo de tener

sujeto al pueblo, de que permaneciese sumiso espectador de sus caprichos; halagarle y colocarle en un estado de apatía, de indiferencia, mientras él corria tranquilo y sin obstáculo alguno por el fatal camino que una vez se trazara. De todas las disposiciones que por esta época se dieron para llevar á lo sumo la reaccion, merece particularmente nuestra consideracion el decreto de 29 de mayo de 1815, restableciendo la compañía de Jesus. Habíase ya declarado la opinion pública de varios paises, y aun en algunos habian sido espulsados sus individuos, contra esta compañía, por su relajacion y por sus miras muy contrarias á su instituto, cuando Cárlos III decretó la espulsion de los jesuitas de sus dominios, siguiendo no mucho despues la bula de estincion de la órden dada por Benedicto XIV. Aun cuando el tiempo no ha podido descubrir la causa que aquel monarca tuvo para proceder así, bastaba el que era un rey verdaderamente religioso, altamente justiciero y muy amante de su pueblo, para creer que motivos poderosos le habian puesto en la necesidad de tomar una medida que, sirviendo el rigor de garantía á la brevedad y sigilo en su ejecucion, previniese las fatales consecuencias á que aquellos pudieran dar lugar. Esta reflexion, el haber decaido mucho el buen concepto de dichos religiosos entre las personas sensatas, y el ver justificada con la disposicion de aquel pontífice la poca utilidad que esta órden podria prestar á la verdadera religion y á sus fieles, debieron haber obrado fuertemente en el ánimo de Fernando, para no resucitar una causa que habia de producir disgustos á unos, y embravecer á otros, cuyo deseo al retroceso era ciego, poniendo en manos de otras corporaciones ó individuos la educacion de la juventud, que hubiera estado tan bien desempeñada como en las de aquellos. El consejo de Castilla no aprobó esta medida, sin embargo de su rendimiento á la voluntad régia en todos los demas asuntos, sin duda por lo poco acertada que la consideraba. A la susceptibilidad de Fernando, en dar cabida á sugestiones sin examinar el fin á que iban dirigidas, con tal que halagasen su capricho, se agregaba otra cualidad no menos lamentable para el pais, que era su inconstancia, su prurito por variar de ministros al mas mínimo antojo. De nada era para él la instruccion y el honor, ni aun á veces las personas mas queridas estaban libres de un arrebato suyo. De donde provino que los hombres probos se alejasen, y solo se encargasen de las carteras los ambiciosos con el único objeto de lucrarse, ellos y sus allegados, en el corto tiempo que permanecian en la gracia del soberano, cuidándose poco de que la nacion estuviese bien ó mal administrada, siempre que ellos llenasen su objeto y procurasen que en el tesoro no faltase, para que el monarca alimentara su escesivo lujo y ostentacion. Así caminaba la nave del Estado por ese agitado mar de las pasiones, sin guia, sin una mano diestra que la condujese á puerto de salvacion. Pero no por esto la corte dejaba de dirigir su atencion á objetos de su interes, de distraccion en que invertir sus inmensos caudales. El casamiento de Fernando con doña María Isabel de Braganza, y el de su hermano don Cárlos con doña María Francisca de Asis, hijas ambas de don Juan, príncipe del Brasil y regente de Portugal, le proporcionaban buena ocasion para que sus deseos tuviesen cumplido efecto. El negociador de estas bodas, fué un fraile franciscano refugiado en el Brasil, á causa de los trastornos de América, llamado fray Cirilo Alameda, el cual con este motivo salió de la oscuridad, llegando á hacerse muy notable en épocas posteriores. Fernando, en pago de sus servicios, le asignó una pension de quince mil reales anuales, y despues fué elevado á general de la órden y á grande de España. Verificados los contratos matrimoniales se embarcaron las princesas para España,

efectuándose los enlaces en esta corte, el 28 de setiembre de 1816. El pueblo, que veia la deplorable situacion á que se hallaba reducida la nacion, que los impuestos iban en aumento, y que no por esto se adelantaba un paso, pues las clases, incluso el ejército, con todos los demas ramos que se sostienen del erario público, seguian en el mayor estado de postracion y de miseria; y que veia esto en tiempo que, humillada y desterrada la usurpacion, y vuelto *su libertador*; *su deseado Fernando*, por cuyo logro tan singular sacrificio hiciera, algun dia concibió fuese para él época de ventura y prosperidad: el pueblo, pues, no podia dejar de sentir esto: esa desazon, ese desagrado é incomodidad, que producen la ingratitud y la falta de un tan sagrado deber, se hacian de dia en dia mas patentes en él. Los reformadores, que solo deseaban una ocasion para derrocar el añejo sistema que tan mal parado tenia el pais, y sustituirle con otro, que haciendo desaparecer la hipocresía y poniendo freno al capricho del monarca, fuese capaz de satisfacer las necesidades de la nacion, creyeron hallarle en el disgusto de los pueblos. Pero sus intentos fueron frustrados, viniendo á aumentar con algunos nombres mas, el catálogo de los mártires de la libertad. El general don Juan Porlier, que se hallaba preso en el castillo de San Antonio de la Coruña, por su amor y decision poco disimulado á la libertad, viendo la predisposicion que en aquel pais habia á un alzamiento, desde que estuvo en él de capitan general Laci, y aprovechando la oportunidad que le presentaba la licencia concedida de pasar á los baños de Arteyo á restablecer su salud, se puso á la cabeza de la tropa que le escoltaba y se declaró independiente del gobierno, volviéndose á la Coruña, donde le esperaban los constitucionales que estaban en combinacion con la tropa. Despues de su llegada dirigió una proclama al ejército y manifiesto á la Europa, y proclamó solemnemente la Constitucion del año 12, aseguradas que fueron las autoridades. De aquí marchó á Santiago, pero habiendo sus contrarios logrado seducir á los sargentos y soldados que le acompañaban, le obligaron á entregarse, no sin una fuerte resistencia, conduciéndole preso desde este pueblo, Ordenes, á la Coruña, en donde saciados sus enemigos de hacer con él las mayores inhumanidades, fué llevado á la horca, en que recibió la muerte con gran serenidad y entereza. Igual suerte, y por la misma causa, tuvo la tentativa de don Luis Laci dos años despues; el cual, estando tambien de baños en Caldetes, Cataluña, resolvió, combinado con otros, dar el grito de insurreccion, pero dos oficiales de los conjurados descubrieron el secreto, vinieron fuerzas contra él, y seducidas las dos compañías con que contaba, no le quedó otro remedio que fugarse, mas fué cogido en una alquería y conducido preso á Barcelona. En esta capital se le siguió consejo de guerra y fué condenado á muerte; mas temiendo que el pueblo, con quien tenia muchas simpatías, se opusiese á su ejecucion, se le trasladó á Mallorca, siendo fusilado en el foso del castillo de Bellver, su prision, á los cuatro dias de su arribo á aquella. Su amor por la libertad, y el ódio que les inspiraba el mal gobierno de Fernando, enardecia el espíritu de los reformistas, y tentaban toda clase de medios que pudiesen conducir á su intento: el fin para ellos justificaba á aquellos. En cuya máxima inmoral y de fatales consecuencias, nada tenian que echarse en cara ambos partidos; porque si á los reformadores servia de regla en sus actos para destruir una obra que abria un profundo precipicio, en cuyo borde se hallaba la nacion, los reaccionarios en las persecuciones de aquellos, y en todas sus demas acciones por conservar aquella íntegra, no seguian otra. Ambos no obraban bien, pero los reformadores iban á cortar un mal patente, y si algo de justo hubiese en

uno ú otro proceder, estaria á favor de estos. Don Vicente Richard, comisario de guerra, concibió otros planes mas arriesgados que los referidos. El primero fué el de apoderarse del rey en una de las tardes que salia de paseo, aprovechándose de la ocasion que le proporcionaba la costumbre de este, de que luego que cruzaba la puerta de Alcalá solia bajarse del coche, y mandando hacer alto á la escolta y acompañamiento, continuaba él á pié con su esposa é infantes, hasta la venta del Espíritu Santo, punto en donde debia tener el Richard caballos preparados para obligar al monarca á montar en uno, y conduciéndole á Alcalá, precisarle allí á jurar la constitucion. Pero no habiendo llegado á ponerse en ejecucion este, discurrió otro mas temerario todavía. Habia de acudir como pretendiente á la audiencia pública que S. M. daba despues de venir del paseo, sacar un puñal y dar la muerte al rey. Descubierto el secreto, se tomaron medidas preventivas para apoderarse de Richard, el cual, luego que entró en las galerías de palacio fué rodeado de guardias, y encontrándole el arma con que intentaba consumar su delito, le condujeron á la prision, de donde salió sentenciado para el patíbulo con otro mas. Estos acontecimientos, no indicaban á Fernando el profundo dolor que su desastrosa administracion causaba al pueblo, y que para aplicarla debia acudir á su orígen, y cortando el mal de raiz, volverle su reposo y tranquilidad: primer deber de todo encargado de regir un Estado. Pero el desprecio de este deber, era para él mucho menor sacrificio, que ceder un ápice en punto á reformas, y que el dejar de oir unos consejos que tanto le halagaban. Su único antídoto para tranquilizar á los mal contentos, era el suplicio á unos y á otros promesas de mejoras que no habia de cumplir, y cruces al ejército, que ya la tenia bien grande sobre sí, con estar siempre en la mayor miseria. Esta conducta era errónea, conducia al estremo opuesto que se proponia. Los pueblos pueden ser deslumbrados una ó dos veces por el eco pomposo de los que pretenden engañarles, pero luego que se penetran de la realidad de la farsa, cierran sus oidos al que consideran ya como el canto de la sirena. Las potencias estranjeras, que veian que el régimen absurdo de Fernando contribuia á exacerbar mas los ánimos, temiendo que el contagio de las ideas penetrase en ellas, hubieron de resentirse. Así es que, los periódicos ingleses y franceses, censuraban agriamente la marcha del gobierno español. El infante don Antonio, que vivia en la corte, ageno de las intrigas palaciegas, falleció de una pulmonía el 20 de abril de 1817, á los sesenta y un años de su edad. Su pérdida fué sensible por el favor que prodigaba á las artes y á las ciencias. Seguia Fernando su sistema de variar de ministros, por la mas leve cosa que no estuviese en armonía con su capricho, resultando, que no teniendo siempre de quien echar mano para el desempeño de aquellos cargos, ó los cometia á los que estaban desempeñando otros, ó volvia otra vez á su gracia, á los que poco hacia habian sido víctimas de su inconsecuencia, ó finalmente, los depositaba en personas absolutamente nulas para tales funciones. Era uno de estos, don Juan Esteban Lozano de Torres, cuya elevacion á las altas regiones del poder, fué un capricho de la fortuna digno de nuestra consideracion. Era hijo de un carpintero de Cádiz, y despues de haber pasado su juventud vendiendo chocolate en este puerto, se le proporcionó viajar por varios puntos de Europa, en donde si no aumentó sus conocimientos, pues no fué este el fin de dejar su patria, recibió cierto despejo audaz que parecia hacerle apto para todo. En la guerra de la independencia fué comisario de ejército, y habiendo logrado interesar el ánimo del rey, por una felicitacion que le dirigió sumamente laudatoria, fué ascendido

á consejero de Estado, á ministro de Estado, y últimamente de Gracia y Justicia. De ninguno de estos ramos entendia, pero sí tenia el suficiente talento para captarse la voluntad del monarca, y hacer que este diese crédito á sus solemnes disparates como verdades infalibles. Le hablaba de planes de los liberales para asesinarle, de que era necesario perseguir á estos constantemente; y por fin, para manifestar la credulidad del uno y la osadía del otro, hasta le hacia creer que era tal la simpatía que habia entre los dos, que eran unas mismas sus ideas, sus afectos y temperamento, fingiendo enfermedades iguales y con los mismos síntomas que las que padecia Fernando. ¡Debilidad humana, a qué estado de degradacion y desprecio conduces al hombre, cuando la inspiracion de bajas y viles pasiones, es el único criterio, la única razon que dirige y regula sus acciones! Otro á quien encargó la cartera del de Guerra en el mismo año (1817), fué don Francisco Javier Eguía, hombre sin otros conocimientos que la rutina militar, sumamente vengativo, supersticioso y acérrimo defensor de todo lo antiguo. Habia ya ensayado su ódio contra los liberales, en sus primeras persecuciones despues de la venida de Fernando, y ahora se le proporcionaba nueva ocasion de continuarlas. Estas eran las garantías de órden y prosperidad que el monarca ofrecia á unos súbditos, en quienes la irritacion que la desastrosa administracion de su gobierno causara, habia llegado hasta atentar contra su vida. El descubrimiento de los fracmasones, les puso á su disposicion materia en que ejercitasen su saña. La secta de los fracmasones, cuya introduccion en España, databa, segun se cree, desde el reinado de Cárlos III, no llegó á tomar incremento hasta la guerra de la independencia, en que la salvacion de la patria vino á ser único y esclusivo objeto de interes y cuidado para el gobierno y demas autoridades; y despues de la abolicion de la inquisicion, contaba ya tantos afiliados, que la reaccion de 814 con todas sus persecuciones de los liberales, no fué suficiente para humillarla; sino que por el contrario aquellos se animaron mas, aumentaron sus filas y convirtieron sus fútiles y vagas cuestiones, en asuntos de política y en planes para derrocar al gobierno, cuya morosidad en echar de ver el rápido progreso del número de sus prosélitos, vino á probarle su falta de vigilancia, y su impotencia para contener ya un contagio que afectaba á muchos y principales miembros del Estado. Pero los individuos de esta secta, que formaban un cuerpo cuya cabeza, llamada el Grande Oriente, tenia su asiento en Granada, confiaron mucho de su poder, la seguridad del triunfo les dió la bastante audacia para salir de las tinieblas que hasta entonces los preservara, y sufrieron un golpe terrible; pues la mayor parte de ellos fueron encerrados en prisiones, y considerados como herejes y conspiradores. De todas, ninguna constancia y decision, en no descubrir los secretos de la sociedad, se puso tan á prueba como la de don Juan Van-Halen, que fué preso en Murcia y conducido á Madrid. Se le sumió en un horrible, hediondo y húmedo calabozo de la inquisicion, en donde puesto en la tortura ó instrumento del brazalete, recibia los golpes que la infernal máquina descargaba sobre sus miembros, descoyuntándolos antes que romper el silencio, que una vez se resolviera guardar, viniendo una afeccion celebral á poner término á la intensidad de su dolor. Visto el mortal peligro en que se hallaba, se le aplicaron los remedios del arte que lo devolvieron á la vida. Continuó en la prision, de la que debió su salida á los sentimientos de humanidad de una criada del carcelero que, compadecida de sus padecimientos en el tormento, le proporcionó la fuga. No solo con tan atroces persecuciones y bárbaros castigos, aumentaba el gobierno el número de sus

enemigos: otras disposiciones imprudentes á la par que injustas, venian á producir igual efecto. Tal era la cédula del 15 de febrero de 818, la cual determinaba quiénes de los españoles espatriados podian volver al suelo patrio. Las escepciones que en ella se establecian, entre personas cómplices de un mismo delito, y cuya mayor ó menor culpabilidad era difícil pesarse, la marcaban con el sello de la injusticia; porque cuando la culpa es igual, el castigo ó la gracia debe ser el mismo. Con el mismo acierto se dirigieron las negociaciones del tratado, celebrado entre España y las dos Sicilias, por el que perdieron los españoles los privilegios y esenciones que gozaban en aquel reino, quedando iguales con los súbditos de otras naciones con quienes no mediaban las mismas razones que con aquellos, para que el rey Fernando no hubiera dejado de conservar algunas de las prerogativas de que quedaban privados. Don Martin de Garay, ministro de Hacienda en esta época, era una escepcion de la regla respecto á los demas ministros de Fernando, hombre de probidad reconocida, de celo y conocimientos bastantes para llevar á cabo una reforma completa en la hacienda, segun el estremado apuro de esta lo exigia. Presentó al rey una memoria en la que fijaba las causas de donde provenia el mal que á aquella aquejaba, é indicaba los remedios oportunos que podrian sacarla de semejante estado de postracion, y hacerla adquirir nuevo vigor. S. M., conformándose con el plan de Garay, dió un decreto el 30 de mayo de 817, estableciendo una nueva y general contribucion, en el cual se insertaban cuatro bulas pontificias que autorizaban la imposicion de subsidios eclesiásticos. Principió aquel á trabajar con incesante asiduidad, para que, venciendo todos los obstáculos que se le presentaban, alcanzasen los pueblos coger el fruto de que tanto necesitaran. Mas los buenos deseos y laboriosidad de este honrado ministro, que con otro rey hubieran tenido feliz éxito, vinieron á estrellarse contra la envidia y ambicion de los que medraban con los abusos que dicho plan cortaba, no contentándose sus enemigos con una simple caida, sino que quisieron que esta fuese estrepitosa, valiéndose de la calumnia para que apareciese criminal ante los ojos de la nacion. La noche del 13 de setiembre del siguiente año 818, despues de haberse separado del rey, él y don José García de Leon y Pizarro, ministro tambien, y muy aborrecido de los intrigantes cortesanos, recibieron una órden de aquel para partir inmediatamente á Aragon el uno, y el otro á Valencia, siéndoles tanto mas estraña esta novedad, cuanto la despedida de Fernando pocas horas antes nada les habia dejado que desear en agrado y familiaridad. Los muros de Valencia presenciaron este año el sacrificio de catorce víctimas, que fueron conducidas al patíbulo por haber sido sorprendidas en una reunion en que se fraguaba la muerte de Elío, capitan general de aquella capital. Sensible fué tambien la pérdida de la reina Isabel, acaecida el 26 de diciembre del mismo año 818, cuyas relevantes prendas la hacian ser amada de todos. Murió de parto, y hecha la operacion cesárea para salvar el feto, no se consiguió el fin, pues espiró á los pocos minutos. La otra infanta que dió á luz en el último año, falleció tambien á principios de este, quedando el trono sin sucesion directa. En el siguiente, 1819, fallecieron Cárlos IV y María Luisa; esta en Roma el 2 de enero, y aquel el 19 del mismo en Nápoles. Embalsamados sus cuerpos, fueron trasladados á España y colocados en el panteon régio del Escorial. La indiferencia con que recibieron los españoles esta noticia, indicaba que la memoria de estos reyes les era poco grata. ¡Merecido premio de quienes con su degradacion y vicios tantos males habian acarreado á la España! Concluido el luto de la Corte, tuvieron lugar el 11 de junio de este mismo año las bodas del infante

don Francisco, hermano del rey, con doña Luisa Carlota, hija del duque de Calabria, heredero del reino de las Dos Sicilias, y de doña María Isabel, hermana de Fernando, cuyos contratos matrimoniales se otorgaron en Madrid el 12 de octubre del año anterior 1818. Fernando, que deseaba con impaciencia dejar sucesor, eligió para esposa á doña María Josefa Amalia de Sajonia, hija del príncipe Maximiliano. Verificóse el otorgamiento de la escritura de los contratos matrimoniales el 14 de setiembre del presente año, 1819, y el 21, dia siguiente al de la venida de la reina y de efectuarse los esponsales, se celebraron las velaciones con grande aplauso de los moradores de Madrid. Algunas disposiciones dió Fernando en este año, que parece indicaban reconocerse de la torcida marcha que en los anteriores siguiera. Tales fueron un decreto en que concedia gracias y exenciones á los que se dedicasen á la construccion de canales de riego, y al rompimiento de terrenos incultos: el encargo que con fecha de 2 de diciembre hizo al real consejo para la formacion de un nuevo código criminal que pusiese término á los defectos de nuestra confusa legislacion. Hizo completa innovacion en el personal del ministerio, separando tambien á los que con tanta facilidad manejaban su corazon, Lozano y Eguía. ¡Hombres funestos, que tan poderosamente habian contribuido á aglomerar combustibles, que, repletas las entrañas del volcan, en breve habia de romper este, sin que la mano débil y vacilante del gobierno fuese bastante á contener los torrentes de lava que por todos los ángulos de la Península lanzase! Pero dejemos los acontecimientos de la metrópoli, que dieron por resultado el triunfo del partido reformador y el restablecimiento de la constitucion del año 12, mientras damos una rápida ojeada por las colonias americanas. Habia Fernando, á su vuelta á España, logrado, como hemos dicho, con promesas y caricias, calmar la sedicion en la mayor parte de aquellos vastos dominios; pero como la conducta de este, respecto á aquel pais, guardaba las mismas reglas que la que observaba en la Península, esto es, halagarlos con ofertas y concesiones cuando se irritaban, y tratarlos con dureza cuando estaban sosegados, el resultado no debia ser otro que, desengañados de las poquisimas ó ningunas ventajas que á su no muy grata condicion podia ofrecer semejante proceder, exasperase los ánimos, y llevar el ódio que ya abrigaban sus pechos á la madre patria, hasta el estremo de arrojarse decididamente á la pelea, prefiriendo la muerte á sobrevivir con un yugo que tan pesado les era. Así es que, todos los medios de que se echó mano para apagar la llama desoladora de la insurreccion, cuando esta con energía volvió á levantar su cabeza, fueron inútiles: ni los halagos, ni la severidad, podian ya infundir respeto alguno á unos hijos que miraban como una calamidad la obediencia á la madre patria, no quedaba otro camino que el de la fuerza. Triste á la verdad y de fatales consecuencias, porque cuando un pueblo siente hervir en su pecho el fuego de la independencia, no hay fuerzas humanas que le contengan; todo esfuerzo para lograrlo es una temeridad que, á costa de sangre y esterminio, ha de venir á producir luego un caro arrepentimiento. Desconocida esta verdad en un principio, cuando tratados honrosos y ventajosos al comercio y á la familia real de España pudieron tener cabida, y viéndose comprometido el honor de la metrópoli por la imprevision de nuestro gobierno, que con el rigor creyó conseguir lo que tan imposible le era, deber era ya arrostrar todas las consecuencias, poner en manos del destino el todo por el todo. Con este propósito se equipó una espedicion con todo lo necesario y bien disciplinada, que constaba de diez mil hombres, al mando de don Pablo Morillo, la cual salió del puerto de Cádiz con destino á la defensa y pacificacion del istmo de Pa-

namá y Venezuela, desistiendo del primer intento de pasar á Montevideo y provincias de la Plata, por exigirlo así la necesidad en que se hallaban de socorro aquellos puntos, cuya conservacion era muy interesante, y por otras varias circunstancias. Tambien dieron rumbo desde el mismo puerto hácia el istmo de Panamá, en combinacion con las anteriores operaciones, dos mil quinientos hombres, bajo la direccion del mariscal de campo don Alejandro de Hore, y del brigadier don Fernando Miyares, portando consigo armamento para dos mil infantes y ochocientos caballos. Decretóse á mas el 9 de mayo de 815 la reunion de un ejército de veinte mil infantes y mil quinientos caballos con suficiente tren para operar en las restantes provincias. No solo habia que lamentar la sangre que se derramaba allende de los mares, sino tambien los sacrificios de aquende para sostener aquella lucha. Tales fueron los varios impuestos que se decretaron sobre artículos de primera necesidad y otros diferentes, para habilitacion de buques, correos y todo lo demas necesario al equipo de aquellas espediciones. Ya digimos que en Buenos Aires los insurgentes habian triunfado de las tropas reales, y establecido como fruto de sus victorias una asamblea nacional y un directorio. Mas como el entusiasmo por la independencia no era el único móvil de aquel levantamiento, sino que la ambicion, la envidia y ese espíritu revoltoso que tantas utilidades proporciona á muchos, tuvieron gran parte en él, su triunfo no dió por resultado una nueva era de ventura, de gozo y satisfaccion al verse libres de unos lazos que miraban como el despotismo mas insoportable; la anarquía y la tiranía vinieron alternativamente á presentarles unas cadenas mucho mas pesadas aun que las que acababan de romper. Así sucedió en todos aquellos paises. En este de que vamos tratando, la lucha trabajó tanto á los partidos entre sí, la division y el desconcierto llegaron á tal estremo, que hubiera sido muy fácil á nuestro gobierno apoderarse de Buenos Aires y demas provincias de la Plata. Habíase nombrado director supremo al general Alvear; su despotismo llegó á tal estremo, que produciendo el disgusto general, fué removido, y abandonado de sus partidarios, tuvo que refugiarse á un barco ingles para salvar la vida. Se eligió por sucesor al general Rondeau, que tenia á su mando el ejército del Perú: se disolvió el Congreso, y en su lugar se nombró una junta para que cuidase de la observancia de las leyes, y vigilase la conducta del director. El nuevo gobierno inauguró sus primeros actos formando una constitucion que, si bien estaba basada en el derecho natural y político, quedaba con un descubierto por donde dar paso á su ambicion: tal era la facultad que se reservaba de prescindir de la seguridad individual siempre que le pareciese conveniente. Inconsecuencia ordinaria y comun en todas las revoluciones. Estas giran por un círculo, y si se observan todas las peripecias que en su curso han tenido lugar, se advertirá que solo los actores han variado, viniendo por lo regular á parar en el punto de donde partieron. El gobierno de Buenos Aires quiso aparecer desinteresado á los beneficios que podian resultarle de residir en el centro de la Asamblea nacional, y al efecto ordenó se reuniese esta en Tucuman, bastante distante de su residencia; pero esto no era mas que un velo con que pretendia cubrir su ambicion. Las disensiones interiores y los acontecimientos adversos de fuera, pusieron á este territorio en el mayor apuro. El gobierno, para evitar las malas consecuencias que podria acarrear la derrota del director en Viluma, la toma de Chile por las tropas realistas, y si se llegaban á efectuar las probabilidades de que el ejército enemigo del Perú recibiese refuerzo, se vió en la necesidad de formar un ejército al pié de los Andes, poniéndolo á las órdenes de San Martin. Al cuidado que esta parte ofrecia, se agregaban las amenazas del

lado del Brasil. El directorio sin director, pues Rondeau, con el desastre sufrido en Viluma, no quiso hacerse cargo de él, y don Ignacio Alvarez y Balcarce, que lo desempeñaban, aquel interinamente, y este en propiedad, habian renunciado sucesivamente. No les quedaba á los insurgentes otros puntos en que cifrar sus esperanzas, que Tucuman y Salta, el Congreso y el ejército. Preciso era, pues, para salir de tan lamentable estado, dirigir sus miras á la eleccion de un director con las dotes necesarias para poder fundir los partidos en lo posible, y contener con el corto ejército las invasiones que amagaban aquellos diferentes puntos. El magistrado Puirredon dió muestras del acierto en su eleccion. Principió su obra por la conciliacion de los ánimos, dirigiéndose personalmente á los parajes que creia indispensable su presencia para obtenerla: organizó las tropas y las distribuyó en lugares oportunos: reparó las fortificaciones é hizo otras de nuevo. Atendidas estas necesidades, pasó á Tucuman para verificar la publicacion del acta de independencia, por la que se adoptaba en aquellas provincias el gobierno republicano, emancipándose de derecho de la metrópoli. Y convenido en Córdoba con San Martin sobre el plan de operaciones que habian de entablar, regresó á Buenos Aires. Sin embargo del incesante trabajo y desvelos por sosegar las pasiones que ponian al pais en el mayor conflicto, Puirredon no podia en esta parte conseguir su fin, era en aquel estado de la revolucion un imposible, una obra sobrenatural para que un hombre, por adornado que estuviese de las mas preciosas cualidades, llegase á ceñir la corona de la reconciliacion. Levantáronse dos fuertes partidos, los cívicos y los veteranos, y llegaron á encarnizarse de tal manera, que una noche hubieron de alistarse aquellos con armas para sorprender á estos, que hubieran sido víctimas á no estar preparados para rechazarlos. Grandes eran los inconvenientes que embarazaban los proyectos del director, pero su intrepidez, ó mas bien su temeridad, saltó por todo para poner en ejecucion algunos. Tal fué la resolucion de mandar contra Chile un ejército bajo las órdenes de San Martin, siendo así que allí se respetaba al gobierno español, y habia un número mucho mayor de valientes y disciplinadas tropas al mando de Marcó del Pont; disponiendo igualmente se reforzase el ejército de Salta para resistir cualquiera irrupcion del ejército del alto Perú, cuyo jefe era don José de la Serna. Este, por falta de útiles necesarios para abrir la campaña, no pudo efectuarlo con la perentoriedad que el caso lo exigia, y San Martin pudo sin óbice alguno salvar la cordillera de los Andes. Por la banda oriental era por donde los insurgentes únicamente tenian que temer al doctor Francia, Astigas y los revoltosos de Santa Fe, los cuales seguian alimentando la insurreccion, y despreciando toda clase de avenencia. Pero el valor y constancia de Puirredon inspiraban las mayores esperanzas de sosten y tranquilidad, á cuya sombra esperaban sus adictos se consolidaria y prosperaria el gobierno democrático. Sin embargo, las amenazas del Brasil pasaron á hechos, apoderándose de Montevideo. El proceder arbitrario de los portugueses en la toma de esta plaza, dimanaba de una cuestion entre España y Portugal sobre Olivenza y distrito, que por el tratado de Badajoz habia sido cedida á aquella. En el congreso de Viena reclamó Portugal su devolucion, pero habiéndose negado España, las potencias comprometieron su influjo con esta para cortar ulteriores desavenencias de ambas. Los portugueses, cuya paciencia no era tanta como la morosidad en el cumplimiento de esta promesa, sin recuerdo ó protesta alguna á las potencias, y aprovechándose de las circunstancias en que se hallaba aquella colonia y su metrópoli, la invadieron, quedándose como en rehenes de Montevideo. La corte de Madrid acudió á las demas de Europa

en queja de tan atrevida medida; mas estas, atendiendo al tono súplicante y poco decisivo de aquella, y no desagradándoles todo lo que se dirigia á su aniquilamiento, la determinacion que tomaron fué dar un manifiesto que no era otra cosa que una evasiva, con que pretendian cohonestar el interes protector con sus miras particulares. Así se infiere del resultado de la transaccion verificada en Paris, que dejó provisionalmente á Montevideo en poder de Portugal. El rey de España con su consentimiento añadió á aquella humillacion esta afrenta. Por trances tan indecorosos pasan los pueblos cuando son dirigidos por malos reyes. El que cuatro años antes asombró á la Europa con su valor gigantesco, se veia ahora ultrajado por un pigmeo. Distinto aspecto presentaba en Méjico por esta época la causa de los insurgentes. El celo y sábias disposiciones de las autoridades, junto con el valor y disciplina de la tropa, consiguieron que todas las tentativas de aquellos quedasen frustradas, de las que solo fijamos la atencion en la de don Francisco Javier Mina. Era este sobrino del célebre Espoz, que no satisfecha su ambicion con los ascensos que su recien principiada carrera en defensa de una independencia justa le proporcionara, se lanzó al Nuevo Mundo, en donde encontraba ocasion de satisfacerla, declarándose defensor de una que lo era injusta, aunque en ello faltase á uno de los mas sagrados deberes que la patria impone á todo ciudadano. Partió de Nueva Orleans con la gente aventurera y ociosa que pudo reunir, y entrando en el territorio mejicano se le fué reforzando su corta division con algunos de los insurgentes que hallaba al paso. Los primeros encuentros que tuvo le fueron favorables, por lo que aumentó de prestigio y fuerzas, con las que logró salir victorioso de dos acciones mas, y apoderarse de los fuertes de Comanja y San Gregorio. Hasta aquí la fortuna halagó su pasion, pero no queriendo por mas tiempo ser compañera de la traicion, le abandonó, y despues de varias batidas que sufrió, vino á caer en manos de don Francisco Orrantia, siendo fusilado á los pocos dias en el Creston del Vellaco, que era el cuartel general de las tropas reales. No terminaron con este aventurero los desastres que su insensatez promoviera, dejó á los suyos en brazos de la ilusion, para que la muerte les advirtiera de su engaño. Apoderado Mina de los referidos fuertes de Comanja y San Gregorio, pensó guarecerse en ellos, para ponerse á salvo de la respetable division que el virey Padoca encargó al general Liñan para que fuese en persecucion suya. Puesto el sitio á Comanja, hubieron de resistirse estraordinariamente los insurgentes, pero el denodado arrojo de nuestras tropas les hizo ceder á los veinte dias, con bastante pérdida de una y otra parte, logrando Mina y algunos mas evadirse. No se creyó seguro Mina en San Gregorio, á pesar de su ventajosa posicion, y dejó su defensa á los suyos, los cuales sostuvieron por espacio de cuatro meses las valerosas embestidas y el mas horroroso fuego de los sitiadores, que se habian decidido á perecer antes que abandonar el asedio. Mas viendo los sitiados era inútil llevar adelante su temeridad, salieron de la fortaleza, auxiliados de la oscuridad, gran número de ellos, mujeres y niños, entrando en ella por la brecha á otro dia el enemigo. Mucho mayor fué la pérdida que esperimentaron ambas partes en este cerco que en el anterior, pero con esta victoria y con las derrotas de las pequeñas partidas, en que se habian dividido los revoltosos, quedó el pais tranquilo. Luego que el general Morillo, jefe de la espedicion, que con diez mil hombres, como queda dicho, salió de Cádiz, llegó á Costa-firme, emprendió su grande y difícil obra de pacificacion, con el tino y prudencia que el caso requeria, aunque hubo que lamentar alguna vez su demasiada rigidez para con la tropa. La Margarita, Cumaná, Barcelona y Ca-

racas, fueron los primeros puntos que recorrió sin óbice alguno, tratando á sus habitantes con agrado y afabilidad. No sucedió así con Cartagena, que se mantuvo sorda á sus reiteradas amonestaciones de paz, obligándole á valerse de la fuerza, aunque empleada con tanta moderacion (sin embargo que pudo hacer alarde de ella), que quiso mas bien fiar al tiempo lo que el valor y arrojo, sin grande dificultad, hubieran conseguido; dando muestras de sentimiento sus habitantes, al ver la generosidad con que fué pagada su obstinacion, entradas las tropas en la plaza, de no haber seguido una conducta contraria. Apoderado Morillo de Cartagena, se decidió á penetrar en Santa Fe, á destruir la insurreccion que se habia enseñoreado del pais, dividiendo el ejército en cuatro columnas, para que operasen de consuno, por diferentes puntos. El fin correspondió cumplidamente á las esperanzas que este entendido jefe concibiera, pues los contrarios se vieron arrollados en todas partes, y singularmente en Cachisí y Tambo: en aquel, despues de una carnicería horrorosa, en que fueron mil las víctimas, con infinidad de heridos y prisioneros, cayeron en poder de nuestras tropas, dirigidas por don Sebastian de la Calzada, las inmensas municiones de boca y guerra con que iba provisto el enemigo. En Tambo no fué menor la pérdida de los bulliciosos, ni menos importante para nuestra causa, creándose un batallon de este nombre, *Tambo*, para perpetuar la memoria de tan ilustre accion, y elevándose despues á Sámano, su director, al vireinato de Quito. Con estos triunfos y con las sábias disposiciones de Morillo para poner en el mejor estado todos los ramos de la administracion, con el objeto de que los pueblos fuesen borrando de su memoria el ódio contra la dominacion española, y que renaciese el afecto hácia esta, que varios ambiciosos habian logrado alejar de ellos, se obtuvo la pacificacion de estas provincias. Pero esta paz fué poco duradera; fué la calma que precede á las tempestades, en que desencadenados los elementos, se estienden por la tierra, llevando en pos de sí la devastacion, el conflicto, la muerte. Innumerables corifeos á la cabeza de mas ó menos número de insurjentes, aparecieron por distintos parajes, y henchidos sus pechos de sed de venganza, corrian en busca de víctimas que sacrificar, para saciarla. El valor y disciplina de nuestras tropas se veian frustrados en muchas luchas por la sorpresa y temerario arrojo de aquellos cabecillas. Por todas partes blandian con furor la tea de la insurreccion, sin que ni las caricias, ni la fuerza mejor combinada y dispuesta pudiesen ya bastar á cortarla. Con todo, el espíritu fuerte de Morillo no desmayó en tanto apuro, alistó sus huestes, y distribuyéndolas por los puntos que el peligro hacia mas necesarios, se arrojaban unos y otros á la pelea con particular bravura, llegando casos de lidiar cuerpo á cuerpo. Los choques eran tan contínuos que apenas daban lugar para prepararse de unos á otros. Vária en ellos la fortuna, ni halagaba á estos ni á aquellos, mas mantenia en todos alentados el furor, la desesperacion y la ira. Algun intermedio de sosiego sucedia á tan incesante agitacion, pero era para volver esta á atacar al enfermo con mas intensidad. En efecto, el plan de Bolivar de invadir á Santa Fe, que permanecia en calma, vino á agravar tanto nuestra enfermedad política en aquel pais, que la muerte se esperaba de un momento á otro; pues, salido vencedor en una accion que sostuvo con Barreiro, en que este con treinta y nueve oficiales mas fueron cogidos y sacrificados á su venganza, se hizo dueño de casi todo el territorio del mando de Morillo. El poco acierto del gobierno español para mandar á aquellos paises jefes, que al valor é inteligencia uniesen la prudencia, tan necesaria para su cometido, contribuyó á la pérdida de tan ricas posesiones. Y es tanto mayor esta falta, cuanto que, despues de

no consultarse aquellas cualidades y el conocimiento del pais, ni ser motivos de preferencia para su eleccion, acontecia que los que habian ya acreditado en el desempeño de tales funciones, poseer dichas dotes, eran destituidos sin causa justa, sustituyéndoles otros incapaces de semejantes cargos. Esto acaeció en Chile, en la época que vamos narrando. Desempeñaba interinamente la presidencia de este punto, el brigadier Osorio, el cual habia conseguido desterrar á los Carreras, que tenian los ánimos en contínua agitacion, y puesto en él el mejor órden, de el que los medios de blandura que habia adoptado, como sus conocimientos del pais y los habitantes, daban grandes esperanzas de permanencia; pero estas esperanzas se convirtieron en desconfianzas, en temores de las catástrofes que sobrevinieron luego que se relevó á Osorio de la presidencia, y se dió en propiedad al brigadier don Francisco Marcó del Pont, hombre severo y sin nocion alguna del pais y sus naturales. Quiso cortar toda comunicacion y compromiso con los insurgentes, de las personas que se mantenian pacíficas, y para el efecto no acudió á medidas prudentes, que en las circunstancias de aquella guerra dictaba la razon; sino que estableció una junta de purificacion, en la que habia de ser acrisolada la conducta de todos los que tuviesen la mas mínima relacion con ellos ó con sus parientes. No anduvo mas atinado en la direccion del plan de campaña para rechazar la invasion de los republicanos de Buenos-Aires, que al mando de San Martin, segun queda dicho, habian salvado las cordilleras de los Andes. Así es que, aprovechándose San Martin del error de aquel, al cual habia él contribuido con el engaño de contraria direccion, cayó repentinamente sobre Chile, con grande sorpresa de su presidente, quien, sabida la retirada y derrota de las tropas en Santiago, en el primer encuentro con el enemigo, se salió ocultamente de aquella capital, dejándola á disposicion de los contrarios, que á los dos dias verificaron su entrada, sin que el grave daño que tal proceder iba á causar á su patria, y á borrar su honor, fuesen bastantes á hacerle mudar de resolucion, y mayormente cuando todavía contaba con elementos, con que quizá hubiera podido corregir su yerro, y sino su honor, su moral pública, exigian de él el deber de preferir la muerte á una fuga vergonzosa. Dueño San Martin de Chile, pasó á conquistar la provincia de la Concepcion, que le quedaba; pero en esta se estrellaron por entonces sus esperanzas de fácil conquista, contra el valor y resolucion del coronel Ordoñez y su corto número de soldados, que, habiéndose hecho fuertes en Talcahuano, resistieron un horroroso sitio por mas de nueve meses, llamando tan noble conducta la atencion del general Pezuela, virey de Lima, el cual mandó tropas en su socorro, lo que obligó á los republicanos á retirarse. Mas en Maiper consiguieron estos un completo triunfo de aquellas, pudiendo escapar el brigadier Osorio, á cuyas órdenes iban, y Ordoñez con algunos mas, pues los restantes, de mas de cuatro mil que constaba la division, fueron muertos, heridos y prisioneros. Otro suceso ocurrido en este tiempo en aquellos mares, debido por una parte á la traicion de los sargentos Martinez y Pelegrin, y por otra al descuido ó falta de prevision de don Dionisio Capaz, tuvo tambien su parte en los desastrosos acontecimientos de esta provincia, y á preparar las cosas para acelerar la incomparable pérdida de todas las demas. Habia salido de Cádiz una espedicion de dos mil hombres para aquel punto, escoltada por la fragata de guerra María Isabel, cuando separado uno de los nueve trasportes en que iban aquellos sargentos, dieron estos muerte á los jefes y se pasaron á los insurgentes con el trasporte y su tropa, informándoles de todo minuciosamente. Con estos antecedentes marchó con la escuadra republicana don Manuel Blan-

co Ciceron, su vice almirante, en busca de la contraria, quien hallándola sin prevencion alguna de defensa, en el puerto de Talcahuano, se apoderó de la referida fragata, en que iban documentos y correspondencias, cuyo secreto era sumamente interesante para nuestra causa, estuviese reservado al enemigo. Los sucesos de la guerra se presentaban en el Perú aterradores y tristes. El estruendo de las armas resonaba por todas partes; por todas partes se veia el suelo cubierto de cadáveres, y la tierra teñida con sangre humana. Dimitido el mando por el general en jefe que no pudo resistir á tan sangrienta é incesante lucha, fué sustituido por el general Pezuela, militar de energía y conocimientos, capaz para apagar la llama que con tanto furor ardia. Sus disposiciones fueron tan acertadas que, perseguida y atacada la insurreccion en diferentes puntos, vino á ser mortalmente herida en la accion de Humacchurri, y en la de Viluma, dada por Pezuela, que fué agraciado con el título de Castilla del mismo nombre; en la cual perdieron los insurgentes, que eran dirigidos por el general Rondeau (como digimos), mil doscientos muertos, seiscientos heridos y ochocientos prisioneros, con todo el gran convoy, y nuestras tropas sobre doscientos, entre muertos y heridos. Mas como ni la devastacion ni la matanza, por horrorosa que fuese, hacia desistir á estas gentes de su propósito, despues de la catástrofe de Viluma, volvieron á recorrer el pais mil partidas de bulliciosos; pero esto no ofrecia tanto cuidado que absorviese toda la atencion de Pezuela. Se decidió á conquistar el Tucuman, que estaba ocupado por los republicanos de Buenos-Aires, y en el cual tenian el Congreso nacional, pero ciertas desgracias ocurridas en su distrito por el pronto, y despues su traslacion á Lima, impidieron llevase á efecto su plan, que lo verificó su sucesor, don José de la Serna, y su resultado no fué conforme estos jefes se propusieran, pues al cabo de muchos encuentros y dificultades, los triunfos de San Martin en Chile, le obligaron á retirarse para evitar una acometida en su territorio, que lograron mantener firme la Serna y don Juan Ramirez, que le sucedió, por dimision de aquel, á causa de desavenencias entre Pezuela y él, contra las tentativas de los revoltosos. Por la costa la aparicion de la espedicion marítima de lord Cochrane, contristó los ánimos, el cual no perdonó medio ni ardid para tomar el puerto del Callao é inutilizar la marina española, mas sin embargo de algunas ventajas que en ciertos puntos obtuvo, estos dos principales fines le quedaron frustrados. En esta constante y abierta lid se hallaban las tropas del Nuevo Mundo, en donde no solo el furor de los contrarios y el rigor de las estaciones eran los únicos enemigos con quienes tenian que luchar, la discordia introducida entre ellos por los mismos suyos, venia á dar la última mano á este horroroso cuadro de sangre, de trabajos y miseria. Necesario era pues, premiar á los que, inflamados sus corazones por el amor patrio y por obtener una honrosa victoria, se precipitaban á los combates, y halagar á quienes la ambicion y la envidia eran el poderoso móvil de su decision por una causa que en tanto la miraban como propia, en cuanto y mientras satisfacia tan ruines pasiones, no deteniéndose de lo contrario en combatirla. ¡Miserable defeccion! por desgracia algo frecuente en esta guerra. No desconoció Fernando las ventajas de esta medida, por lo que prodigaba los ascensos y elogios de los que se distinguian, creando la célebre órden americana de Isabel la Católica, para despertar todavía mas el celo é interes de los que seguian las armas en aquel pais, de los jefes de las juntas y secretaría del despacho universal de Indias, y para tener firmes y afectos á sus derechos ó sistema á los naturales de estas. A dichas personas se concedia solamente al principio la órden que des-

pues ha venido á hacerse tan comun. Mas suspendamos la narracion de los sucesos de las colonias, y volvamos la vista á los grandes y trascendentales de la madre patria que en la época del 20 al 23 tuvieron lugar. Habian logrado las sociedades secretas penetrar en el ejército, á quien el desengaño del ningun bien que ni él ni la nacion podian esperar del malhadado sistema que regia, hacia dar cabida á sugestiones que antes despreciara, y decidirse á llevar á su término una empresa tentada con tan mal éxito en años anteriores por Porlier, Laci y otros. Desde mediados del año 19 dió muestras el ejército de que ya no era aquel sumiso y ciego obediente de las órdenes de Fernando. Hallábase por este tiempo acuartelada en los alrededores de Cádiz la tropa que componia la espedicion de América, al mando del conde del Abisbal, cuando se descubrió una conspiracion en ella, que este jefe sofocó inmediatamente (en la que la fama por entonces y despues su conducta le hacian cómplice, obrando de un modo contrario por temor ó por adulacion), mandando prender á algunos de los cabezas del meditado alzamiento. Por cuyo servicio fué premiado Abisbal con la cruz de Cárlos III; pero separándole del mando de dicha espedicion, el cual se confirió al conde de Calderon. No pudo salir la espedicion tan pronto como lo exigia la necesidad, á causa de la peste que azotaba toda aquella parte de la costa desde Cádiz á Sevilla, de cuyo contagio huian y se desertaban las tropas. Cuya demora dió ocasion á que la sofocada sedicion renaciese y se propagase de tal modo, que devoró con sus llamas el antiguo régimen y á sus sostenedores, mientras el gobierno con su indiferencia y apatía á la agitacion y efervescencia de los ánimos que por muchas provincias se dejaba sentir, fabricaba la tumba á donde habia de descender. En las Cabezas de San Juan, uno de los pueblos donde estaban acantonadas las tropas espedicionarias, se oyó el primer grito de *Libertad* dado por don Rafael Riego, comandante del batallon de Asturias, dado á las ocho de la mañana del dia 1.° de enero de 1820, proclamando ante las banderas la constitucion del 12. Partió por la noche con los sublevados á Arcos, que existia el cuartel general del ejército, en cuyo punto, despues de haberse declarado á su favor la tropa que habia de oponérsele, que era el batallon dicho del general, arrestó al general en jefe conde de Calderon, y á los generales Fournas, Blanco y Salvador. Estaban tambien complicados en el mismo plan Quiroga, Arco-Agüero, O'Dalí y otros, de todos los cuales fué elegido jefe del levantamiento Quiroga, por ser el de mayor graduacion. La isla de Leon fué punto de reunion de los pronunciados, cuyo número constaba de siete batallones y cinco mil hombres. Su primer intento fué tomar á Cádiz que creian no les opondria mucha resistencia por la inteligencia que en ella tenian; pero la decidida defensa de la guarnicion y la armada, dejó frustradas sus esperanzas, lo mismo que despues quedaron las que concibieran en el buen éxito de la espedicion de Riego por varios pueblos de la antigua Bética, para que alentados con su presencia secundasen el alzamiento; pues solo sirvió para descubrir la fria indiferencia con que Málaga, Córdoba y demas lugares de su tránsito miraban el restablecimiento del código Constitucional, sin duda porque la poca actividad de los insurreccionados y lo no muy bien combinado (al parecer) de sus proyectos, hacia temer hasta los mismos suyos un fatal resultado. Viéndose Riego solo, pues las tropas se habian ido desertando hasta el último soldado, no le quedó otro recurso que retirarse con los suyos, los que hubieran pagado con él su temeridad y poco concierto, si la pusilanimidad y falta de energía del gobierno por una parte, y la actividad y diligencia de los adictos y agentes de la revolucion por otra, no hubiesen venido en auxilio del movimiento, escitando y alentando los

ánimos por todos los ángulos de la Península para que le secundasen. Bien pronto se hizo patente el fruto de sus trabajos. La Coruña, Zaragoza, Barcelona y Pamplona, repitieron sucesivamente y en el corto espacio de quince dias, el grito de las Cabezas. Las autoridades, en la que mas, opusieron una débil resistencia, habiendo alguna de ellas, como Zaragoza, en que estas se pronunciaron tambien sin que mediase el mas leve ultraje ni amenaza. Si en todos estos puntos no hubo que lamentar desgracia alguna, no sucedió lo mismo en Cádiz, cuna del código, cuyo restablecimiento ponia en agitacion á la nacion. Aquí sangre vertida por las calles y plazas, ayes y lamentos de los desgraciados y sus allegados que se confundian con el estrépito y estruendo de las armas, y robo y muerte, fueron las escenas que ofreció el pronunciamento del 10 de marzo. Habíase reunido el pueblo el 9 por la noche en la plaza de San Antonio, reiterando la solicitud al general Freire que en el mismo dia habia hecho de que le concediese órden para publicar la constitucion, á la que este y el jefe de marina insistieron en su indecision, á causa del compromiso en que se les ponia, no teniendo noticias de la determinacion de la corte y otros puntos; agregándose á mas, que la tropa que estaba á sus órdenes aplaudia una parte lo que la otra repugnaba; pero al cabo prometieron á la multitud, que insistia en sus exigencias, que al dia siguiente se daria cumplimiento á sus pretensiones. Quedaron todos tranquilos, volviendo á reunirse al otro dia en dicha plaza para ver logrados y satisfechos sus deseos; mas el gozo y la alegría se convirtieron en dolor y amargura, cuando, en vez de las autoridades que aguardaban para presidir el acto del juramento, presentóse repentinamente el batallon de guias, y dirigiendo la puntería á la multitud, causó en ella un horrible estrago con los proyectiles despedidos de aquellos instrumentos infernales, marchando en seguida por las calles y penetrando en el hogar doméstico, sin quedar esceso que su furor y su vandalismo no pusiesen en ejecucion. Retiráronse por fin á los cuarteles, dejando la ciudad en un sepulcral silencio y sembrada de víctimas, cuyos autores no se pudieron descubrir. El dia 15 del mismo mes se efectuó el juramento de la constitucion en virtud de órden de la corte. Todos estos acontecimientos habian tenido lugar en los dos meses trascurridos desde el alzamiento de las Cabezas, y el gobierno todavía permanecia en la postracion y anonadamiento que este le causara; sucediéndose aquellos sin que su vista escitase en él su valor y energía para contenerlos, ni su generosidad, su política, si se quiere, para ponerse al frente de la revolucion, y aparentando beneplácito haberla dominado y conducido, segun permitieran las circunstancias, al estado mas conforme con sus intereses y los de la generalidad de los españoles: esta falta en que su debilidad y apatía le hacian caer, era punible, digna de la mas acre censura, puesto que su deber era cuidar y velar la nacion á cuya cabeza se hallaba, y no dejarla á merced de encontradas y agitadas pasiones. Al cabo se decidió Fernando despues de aquel tiempo á dictar algunas disposiciones, con las cuales indicaba que su error y su demasiado afecto á las prerogativas y privilegios de que iba á ser despojado con el nuevo sistema, no le permitian ver la nulidad de ellas, pues que en vez de aquietar los ánimos los irritaba mas, y que tenia que acudir á otras que le sacasen de la situacion que cada vez se hacia mas crítica, hasta por fin concederlo todo hoy, el que ayer no queria conceder nada. Lo anterior ocurrido al 3 de marzo, arrancó de Fernando el decreto de este dia para hacer algunas innovaciones en el consejo de Estado: el pronunciamiento del regimiento de infantería, nombrado Imperial Alejandro, que se hallaba en Ocaña, le apresuró á espedir el del 6 del mismo mes, por el que

se ordenaba la celebracion de Cortes, facultando al consejo de Castilla para qùe diese las providencias que juzgase oportunas en este negocio; promesa hecha y no cumplida en el año 14, y que por lo mismo se exasperaron mas los ánimos bulliciosos, poniéndole en la necesidad de decretar el 7 del antedicho mes que se decidia á jurar la constitucion. No se contentó el pueblo todavía con esto, quiso ostentar su poder, agolpándose un inmenso gentío á las puertas de palacio, pidiendo que el rey jurase la constitucion; y no encontrando resistencia alguna en la guardia, subió la escalera principal con la resolucion de penetrar al cuarto de Fernando, en el que se afirma estaba solo; pero por fortuna habia mandado convocar el ayuntamiento del año 14, con cuya noticia fué suficiente para que marchase á las casas consistoriales. Reunido el ayuntamiento en estas, accedió á las peticiones del pueblo de que pasase á palacio á exigir de S. M. el juramento de la constitucion, á lo que convino jurando en manos de aquellos, sin dar muestras del menor desagrado. Enorgullecido el pueblo con su victoria, se encaminó á la cárcel de la inquisicion, en donde, despues de dar suelta á los presos, se apoderó de los papeles de su archivo, retirándose á descansar, celebrado que hubo con demostraciones de sumo gozo, el feliz éxito de sus empresas del dia 9. Tambien se complació en este mismo dia al pueblo en su solicitud de nombrar una junta provisional consultiva, cuya presidencia se depositó en don Luis Borbon, cardenal arzobispo de Toledo. Para poner fin á los desmanes á que el sacudimiento político que acababa de esperimentar la nacion pudiera dar lugar, dió el monarca un manifiesto á los españoles, en que sincerando su conducta respecto á la falta de cumplimiento de sus promesas hechas á su vuelta á empuñar el cetro, amonestaba á la paz y concordia, y á rechazar las sugestiones de los enemigos del órden, terminando con las tan notables palabras: *marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional.* El proceder de la junta provisional, nada dejó que desear en sus primeras disposiciones; el sello de la cordura, tino é imparcialidad con que iban marcadas, las hacia dignas de que todos los buenos ciudadanos las mirasen como un anuncio de ventura y felicidad; pero por desgracia en algunas faltaron tan preciosos dotes, y abrieron un camino para lo sucesivo, que con otras concausas, habian de conducir la patria á un abismo. Como tal puede contarse el nombramiento del ministerio, cuyos individuos eran los mas célebres de las Cortes de la pasada época, que, habiendo sido por esta razon los mas perseguidos, necesariamente habia de quedar entre ellos y el monarca alguna prevencion, por mas sacrificios que hiciesen unos y otros de su desconfianza y resentimientos; mayormente cuando, respecto á aquellos, no veian que su elevacion á tan alto puesto era producida por una eleccion voluntaria de la corona, sino por un acto forzado. No pudiendo dejar de serle perjudicial á la misma junta la popularidad de estos hombres, por el grande influjo que en sus determinaciones habia de tener en algun tiempo. El restablecimiento de casi todos los decretos de las Cortes estraordinarias, de la libertad de la imprenta y ereccion de la milicia nacional, fueron tambien disposiciones de esta junta. Estaba señalado el 9 de julio para la apertura de las Cortes, y los partidos no habian dejado resorte ni intriga que poner en juego para mandar diputados de sus afiliados. Verificóse esta solemne ceremonia á las diez de la mañana de dicho dia 9, oyéndose repetidos vivas al rey y á la constitucion del numeroso concurso de gente que obstruia el tránsito por donde aquel y la familia real pasaban. Juró el monarca ante tan respetable asamblea, asistida del cuerpo diplomático y de otras muchísimas personas de distincion, la conservacion de la constitucion, con tanta dignidad y

desenvoltura, que la admiracion de los concurrentes no pudo menos de hacerles prorumpir en estrepitosos aplausos. El defecto de que adolecia la eleccion de muchos de los individuos de este cuerpo, en la que no tuvieron presente los electores otras cualidades que su exaltacion, la cual los habia de conducir á una estremada oposicion de todo lo que no fuese conforme con su fanatismo político, como el espíritu disolvente de que se hallaban animadas las sociedades patrióticas, que con las nuevas instituciones habian salido de las tinieblas á los parajes mas públicos de la corte á celebrar sus discusiones, y cuyo influjo en la muchedumbre era tan poderoso que por medio de ella ponian en ejecucion los planes que su envidia, ambicion y venganza les sugeria, eran otros tantos obstáculos que habian de impedir marchase aquella asamblea, en la importante y delícada materia de las reformas, con la mesura y acierto que las circunstancias presentes de tantos intereses encontrados como habia que conciliar exigia. Las consecuencias de aquel bien, pronto se dejaron ver cuando el Congreso abrió sus discusiones. La circunspeccion y decoro que debia reinar en este lugar, santuario de las leyes, fué convertida en audacia y desenfreno, con que cada partido pretendia sostener sus opiniones, sin cuidarse del concepto que formaria el público que les observaba. Ansioso de destruir todo lo que pertenecia al antiguo sistema, no le detuvieron las consideraciones de los disgustos que en algunas clases iba á causar su rápido progreso, para el que no se hallaban aun predispuestos los ánimos. Las leyes sobre supresion de regulares, de diezmos y mayorazgos, cuyas reformas eran necesarias y oportunas dentro de ciertos límites, se resentian de este defecto, del cual se aprovechaban los contrarios para desconceptuar unas instituciones cuyos defensores, so pretesto de reformas, derribaban lo que en la mayoría del pueblo, su preocupacion ó demasiado afecto á antiguas tradiciones, constituian el ídolo de su adoracion. Tambien dirigió sus cuidados el Congreso á la administracion de justicia, á la civil, á la Hacienda y á todos los demas ramos del gobierno; pero la Hacienda, sin embargo de tantos desvelos y esfuerzos como desde fines de la anterior época se llevaban hechos para la mejora de su sistema, vino á tal estremo de postracion, que hubo que acudir á la fatalidad de los empréstitos. Otras varias providencias fueron tratadas en esta legislatura con tino y comedimiento, cuyos resultados favorables al pais, indicaban que para ciertas reformas se encontraba en esta oportunidad. Algunas discusiones ocuparon ademas á las Cortes, acerca de las sociedades patrióticas, las cuales eran un embarazo poderoso, como se ha dicho, para la marcha legislativa y para la accion del gobierno, quedando despojadas por decreto de 21 de octubre, del carácter de corporaciones lícitas con que se las consideraba, de la facultad de representar y de estar en comunicaciones con otras, y necesitando para su existencia licencia de la autoridad. Disposicion acertada, pues que era su fin cortar un abuso que tantos males causaba, pero por desgracia no produjo buen resultado, porque irritando á sus individuos, contribuyeron con su furor á derribar el régimen constitucional. Estas llegaron á ser varias é independientes, aunque todas dimanaron de la antigua llamada *masonería regular española*. Acostumbrado Fernando á los halagos del libre mando que el anterior sistema ponia en sus manos, y hallándose muy arraigadas en su alma las ideas de lo antiguo, no podia avenirse á las trabas del actual, ni al estremado espíritu reformativo que animaba al Congreso. Así es que, cada ley que le presentaban á la sancion con alguna innovacion, era para él una copa de amargura que al fin se resignaba tomar. Pero si con las demas ahogó su sentimiento, no àtreviéndose á oponer, con la de reforma de

regulares no sucedió así, usó del *veto* que la Constitucion le concedia; mas las consecuencias fueron tristes, porque habiendo observado los ministros una conducta contemplativa con el rey y con el partido contrario, para quedar bien con ambos, una alarma del pueblo vino á poner término á la contienda, obligando á aquel á prestar el consentimiento que pretendian. Suma sensacion causó en Fernando esta ocurrencia, y creyó que la ausencia de Madrid, disminuiria el contínuo desasosiego en que le tenian las Cortes, las sociedades patrióticas y el pueblo, marchando el 26 de octubre, dia siguiente al de la sancion de la ley de reforma de regulares, al sitio del Escorial. No fué meramente el alejar de sus oidos la agitacion, bullicio y asonadas de aquellos, lo que decidió á Fernando á encaminarse al retiro; los dulces recuerdos de la época pasada, y los tristes de la presente, le habian sugerido la idea de hacer volver á ellos, proyectando al efecto conspiraciones, para lo que tuvo por mas á propósito aquel lugar, que la corte. Parecióle, pues, necesario ante todo contar con el capitan general de Madrid, y siendo sugeto de su confianza don José Calvajal, pensó sustituirle al actual, que era el general Vigodet, mandando á este fin dos cartas autógrafas á ambos: á Vigodet para que entregase el mando á Carvajal, y recibiese la investidura de consejero de Estado, y á este para que se encargase de la capitanía general. Este paso, dado sin las formalidades que establecia la Constitucion, de que todo decreto ó disposicion del rey fuese firmada por el ministro, fué causa de que las sospechas que los contrarios de Fernando abrigaban, de su ódio al régimen representativo, las convirtiesen en seguridades de que urdia tramas para derrocarlo, coincidiendo con esto para su crédito, la desercion en Talavera de algunos soldados del regimiento de Borbon, que se marcharon á Avila, á donde habia aparecido Morales capitaneando una partida de realistas, y se acababa de prender á un canónigo por haber publicado un escrito contra la Constitucion. Pasó inmediatamente la noticia de aquel suceso, del secretario de la capitanía general, que era sabedor, al ministerio, y por el poco disimulo de este, al público. Las sociedades patrióticas se reunieron, y exagerando sus oradores el peligro que amenazaba á la patria, persuadian al concurso á que era necesario saltar por todo, y pedir Cortes estraordinarias. Desde este momento principiaron á resonar por distintos puntos de la capital aquellas voces, viniendo los grupos que las esparcian á reunirse en el Congreso, cuyo salon de sesiones les fué franqueado por la diputacion permanente, para celebrar una pública. El ministerio, para manifestar su inocencia y salir de tal conflicto, formó un cuerpo con la diputacion permanente, el cual acordó permanecer en aquel estado hasta tener contestacion del monarca. El pueblo, impaciente y no satisfecho con las primeras comunicaciones de este, continuaba amotinado, acudiendo ya á la diputacion permanente, ya al ayuntamiento, hasta que S. M. hubo de acceder en regresar á Madrid, convocar Cortes estraordinarias, y separar de sí á su confesor don Victor Saez, y á su mayordomo el conde Miranda, verificando su entrada el 21 de noviembre, despues de vuelta la tranquilidad, alterada en el 16. Las provincias luego que recibieron el estraordinario que el gobierno, temeroso de la existencia de alguna estensa conspiracion, les habia remitido noticiando lo ocurrido, se pusieron en movimiento. En Barcelona alzaron el grito de *Constitucion ó muerte*, puesto en una cinta verde: en Cádiz se pidió la destitucion de algunos empleados, y el regreso de Riego: en Valencia la sublevacion se dirigió contra Elío y el arzobispo, sacando á este de una casa de campo para conducirle fuera del reino, y en otras muchas las sociedades patrióticas, desobedeciendo el decreto de supresion,

volvieron á sus reuniones. Los exaltados cogieron el fruto de estos trastornos, logrando elevar á Riego, Velasco, Lopez Baños y Arco-Agüero, sus ídolos, á las capitanías generales de Aragon, Estremadura y Navarra, y al último, á la comandancia general de Málaga. Los amantes del absolutismo por otra parte, y en particular el clero, fraguaban maquinaciones, y usaban de todos los medios que su ódio al actual sistema les sugeria, inculcando á sus fieles, ya en sus escritos, ya de palabra, máximas y principios contrarios á los que se trataba de estender. Varias partidas de realistas vagaban por las provincias de Asturias, Burgos y Vitoria. Contínuamente se hacian prisiones de personas complicadas en planes de conspiraciones que se descubrian. Tal era el estado en que se hallaba la Península á fines del año 20. Una lucha de españoles con españoles, en que las armas viniesen á terminar lo que ya no podia la razon ni el buen sentido, parecia ser el último y no lejano resultado de síntomas tan alarmantes. El gobierno, sin embargo de verse desairado por el rey, combatido por los partidos, y sin mas apoyo que los tranquilos liberales de buena fe, no creyó de su deber abandonar las riendas del Estado: quiso arrostrar todos los peligros de la actual situacion, antes que dejar la nacion entregada al furor de las pasiones, con desdoro de su honor. Era de sumo interes para los ministros aumentar el número de sus amigos políticos, y para conseguirlo no tuvieron reparo en afiliarse en la sociedad masónica; pero esta no era ya la que solamente agitaba los ánimos y ponia en combustion las pasiones, otro vástago suyo la disputaba los altos destinos, y conmovia la sociedad con mas ardoroso empuje; esta era la de los *comuneros*, cuyos jefes ó cabezas se decia ser el general Ballesteros, el diputado Romero Alpuente, y un tal Renato. El jefe político, marques de Cerralbo, conociendo que mas bien que útiles eran perjudiciales, procuró disolverlas por un bando, en que recordaba la ley de Cortes dada á este fin; mas aquellas no hicieron caso, hasta que la fuerza armada ocupó la Fontana de Oro y el café de Malta, en que se hallaban reunidas. Mientras el espíritu revolucionario trabajaba de este modo á la España, los vecinos reinos de Portugal y Nápoles esperimentaban los efectos del contagio: en ambos se admitió por ley fundamental la Constitucion de Cádiz; pero las potencias del Norte, si la demasiada distancia de la Península no les hacia temer penetrase en sus dominios la revolucion, por lo que no tuvieron inconveniente en reconocerla, no miraron bajo el mismo aspecto los sucesos de Nápoles, cuya proximidad á los estados dependientes del Austria, las alarmó, y en particular á esta. Congregáronse, inmediatamente de sabida la insurreccion napolitana, los soberanos de Rusia, Prusia y Austria, en Tropau primero, y despues en Laybach (á este Congreso fué invitado el rey de Nápoles, al que concurrió y protestó contra la revolucion), acordando pasase un ejército de sesenta mil austriacos á las órdenes del general Frimont, el cual se puso en marcha, y despues de derrotados los napolitanos en Civita Ducale y Aquila, entraron el 23 de marzo del año 21 en la capital de aquel reino, y derribaron lo hecho por los restauradores, devolviendo al monarca sus antiguas prerogativas. No solo en estos dos puntos se repitieron las voces de libertad que la España alzara: Turin y la Grecia oyeron tambien dentro de sus recintos el eco entusiasta de esta palabra. El 10 del citado mes y año, una sublevacion en aquella capital proclamaba la Constitucion española para el Piamonte; pero las circunstancias hacian imposible buen éxito en tal empresa: las tropas sardas que habian contrariado el movimiento, juntas con las austriacas, destrozaron el ejército constitucional en Novara, el dia 2 de abril, quedando las cosas en su anterior estado. Mejor resultado tuvo la causa de la liber-

tad en Grecia, que en las referidas monarquías. Cansada esta de sufrir el férreo yugo con que el despotismo del gran Sultan de Constantinopla la oprimia, se decidió á conquistar su independencia, arrojándose al combate con tanto valor y constancia, que sus proezas fueron la admiracion del mundo entero: eligiendo para su gobierno el sistema constitucional, que despues de la victoria ha sabido conservar. Los pueblos consiguen arribar al punto de felicidad que pretenden, cuando son animados por un puro y noble entusiasmo, el cual les da poder y fortaleza para superar los mas grandes obstáculos; pero cuando sus corazones son corrompidos por la ponzoña de miserables y asquerosas pasiones, la anarquía viene á debilitarlos, y la humillacion, las cadenas son el fruto de sus esfuerzos. Este ejemplo presentó la España en su revolucion de la época que vamos refiriendo. Ya no temian los enemigos de las instituciones, desde principios de este año, trazar planes de conspiracion sin rebozo alguno: la junta apostólica en Galicia, el Abuelo en las inmediaciones de Madrid, varios emisarios franceses, introducidos en la Península, don Matias Vinuesa, y Lucas Francisco Mendialdua Barco, en Málaga, eran otros tantos conspiradores, que, los unos con las armas en la mano, y los otros escitando los ánimos, se proponian desolar el edificio constitucional, y levantar sobre sus ruinas, aquellos el absolutismo, y el Mendialdua Barco la república. Estos acontecimientos irritaban á los revoltosos, pero el que mas llegó á poner á prueba, fué el plan y escritos de Vinuesa. Era este un capellan de honor de S. M., que habia sido cura párroco en el Tamajon, por cuya razon se entendia con el nombre de *Cura de Tamajon.* Fué puesto en prision por unos folletines y proclamas subversivas que dió al público, y por un descabellado plan que fraguó, en que se establecian las disposiciones que debian tomarse para una completa reaccion, y volver al absolutismo y á la religion su anterior brillo y esplendor. Esparcidas por la corte varias copias del mencionado plan y escritos, se alarmaron los amotinadores pidiendo la muerte de Vinuesa, y el ayuntamiento, á quien acudieron, los sosegó prometiéndoles representar, como así lo efectuó. Mas luego que vieron (pasados algunos meses) que la sentencia del tribunal no marcaba la pena de muerte que ellos esperaban, tornaron á reunirse, dirigiéndose en tropel á la cárcel de la Corona, en donde, encontrando una débil resistencia de la guardia, penetraron en el calabozo en que se hallaba Vinuesa, y descargando un fuerte martillo y otros instrumentos cortantes y punzantes sobre su cabeza y cuerpo, le dejaron destrozado y frio cadáver ante el cuadro de la Virgen, á cuyos piés se habia aquel postrado al verlos entrar. Marcháronse en seguida á repetir la misma escena con el juez de la causa, Arcas, pero este ya se habia puesto en salvo. Acudió S. M. al ayuntamiento, para que impidiese los insultos que recibiera al volver del paseo; el cual dispuso pasasen nueve concejales á palacio, para impedir cualquier ofensa que intentasen hacerle. Así lo efectuaron; pero, prorumpiendo la gente en vivas al rey constitucional, á la salida de este, algunos guardias de Corps, que se hallaban preparados paseándose por la plazuela de Palacio, desenvainaron las espadas que llevaban bajo de la capa, y arremetieron atroz y vilmente á la muchedumbre inerme. Este desacertado paso, hijo de una ruin venganza, y contrario á la justicia y la caballerosidad de los que lo daban, puso á la corte en un conflicto; porque, corrida la noticia, el pueblo, la milicia nacional y la tropa, se alarmaron, oyéndose por todas partes el vivo clamoreo de numerosos grupos contra los guardias de Corps. Fué sitiado en breve el cuartel de estos, en que estaban decididos á resistir cualquier ataque esterior, por la milicia y parte de la tropa, con dos piezas de

artillería; pero apurado Fernando con lo crítico de la situacion, y con las reflexiones que los ministros y el ayuntamiento le hacian, recobró la tranquilidad con el decreto de la disolucion del cuerpo de guardias de su persona. Algunos dias despues de estos trastornos, cuyo eco llegó á algunos puntos de las provincias, se efectuó la apertura de Cortes, acto en que creyó Fernando oportuno manifestar la poca confianza que le merecià el ministerio, leyendo à continuacion del discurso de la corona, una adicion suya, y de que no eran sabedores los ministros, en la que se quejaba de la falta de observancia de los demas á la Constitucion, que él tanto acataba, y de los ultrajes que habia recibido, debidos á la falta de energía y vigor del poder ejecutivo. Se apartaba el monarca con este proceder de las prácticas parlamentarias; tenia derecho para separar al ministerio, luego que le faltase su confianza, sin dar satisfaccion alguna á las Cortes; mas tuvo presente que aquel no habia sido elegido libremente por él, sino por la junta provisional, y á los muchos partidarios con que contaba en el Congreso, y para prevenir y no exasperar los ánimos, usó de esta franca manifestacion. A otro dia, 2 de marzo, fué exonerado el ministerio, que le constituian don Agustin Argüelles, Canga-Argüelles, Cuadra, Valdes, Perez de Castro y García Herrera. Si en la separacion de estos apareció Fernando condescendiente, en la eleccion de los que habian de ocupar sus puestos, su timidez dió lugar á una necia humillacion de su parte. Acudió á la representacion nacional por medio de un mensaje, rogándole le indicase personas para la formacion del nuevo ministerio, no conociendo que era negocio esclusivamente suyo, y que en él no podia aquella intervenir públicamente sin abierta infraccion legal. El consejo de Estado le sacó del cuidado en que este asunto le tenia, designándole los sugetos que habian de regir la nacion. Bellas cualidades adornaban al ministerio entrante, cuyo digno presidente era don Ramon Feliu; pero los anarquistas, enemigos de todo lo que propendia al órden, habian tomado demasiado vuelo para que le dejasen obrar con espedicion, y cumplir su cometido segun su buen deseo y las necesidades de la nacion lo reclamaban. Poníanle mil obstáculos que embarazasen su marcha, procuraban por todos los medios posibles aumentar el número de sus contrarios, tanto dentro como fuera de las Cortes. A esto se agregaba el lamentable estado de todos los ramos de la administracion, y sin recursos materiales con que atender á las exigencias y apremiantes obligaciones del Estado, las cuales superaban en mucho á los productos; habiendo venido á recargar aquellas la creacion de la clase de cesantes, motivada por el abuso que se habia hecho de agraciar con empleos á todos los que verdadera ó falsamente se manifestaban acérrimos adictos del nuevo sistema, no siendo justo abandonar á la miseria á los que eran destituidos. Conoció el ministro de Hacienda, don Antonio Barata, que no quedaba otro recurso que los empréstitos, si se queria contener la nacion de la marcha rápida que llevaba hácia su precipicio, y al efecto acudió á los capitalistas nacionales para un anticipo de cuatrocientos millones, pero habiendo la desconfianza de estos despreciado las ventajas que se les ofrecian, é impedido por consiguiente el que el resultado de este proyecto fuese completo, hizo aquel dimision de la cartera, antes que recurrir á los estraños y sufrir por mas tiempo tan dura y pesada carga. Todo esto redundaba en descrédito de las instituciones, y los defensores del absolutismo aprovechaban los momentos para reforzar sus filas, y poner en ejecucion sus subversivos planes. En la antigua Castilla, Arija y Merino alzaban el pendon de rebelion: en Sevilla el brigadier Mir trazaba planes reaccionarios, mientras Zaldivar recorria la provincia con una partida de rea-

listas; en las provincias vascas, Santander y Navarra, vagaban varias de estas, y en los partidos de Alagon, Alcañiz, Calatayud y Caspe, á no ser por la actividad y celo del capitan general de Aragon, Alava, la insurreccion hubiérase hecho inestinguible: en la capital del principado de Cataluña se habian descubierto varias tramas de conspiracion, al mismo tiempo que algunos partidarios principiaban ya por la parte de Gerona á dar voces contra la constitucion y á favor del rey absoluto. Finalmente, en Orense y otros puntos se observaban iguales muestras de desafecto al gobierno constitucional. Mientras los realistas llevaban la alarma por estos puntos, en las principales capitales se oian ecos de sublevacion, cuyos agentes eran los anarquistas. Un frances, llamado Jorge Bessieres, fué sorprendido fraguando un plan de conspiracion en sentido republicano, el cual consiguió por favor de sus parciales salir de la capilla en que se hallaba, para marchar al patíbulo dentro de pocas horas, fugándose despues del castillo de Figueras, en cuya reclusion fué conmutada la pena que tan de cerca le amenazaba. En Madrid intentóse repetir la misma escena del cura de Tamajon con los guardias de Corps, presos en el convento de San Martin, por las ocurrencias de la plazuela de Palacio, en que acuchillaron al pueblo, pero el valor de Starico, oficial de la guardia, y del capitan general Morillo, anuló las esperanzas de los amotinados haciéndoles retirar. Algo irritados quedaron los anarquistas contra esta autoridad, pero lo que mas exaltó su bilis fué la órden del gobierno para que dejase Riego el mando militar de la provincia de Zaragoza, y pasase de cuartel á Lérida por tramas de conspiracion, segun se decia. Creyeron satisfacer su venganza ensalzando al héroe que el gobierno castigaba, y á este fin trataron de celebrar funciones públicas. Remitiéronse circulares á las provincias por el grande Oriente y la asamblea de los comuneros para que en todas ellas se verificasen. En la corte se reducian á pasear por las calles el retrato de aquel, lo que el jefe político, Martinez de San Martin, impidió obligando á los farsantes que conducian el cuadro á que escapasen precipitadamente, dejando la imágen de su ídolo abandonada en la calle de las Platerías, punto en el que aquella autoridad ordenó á los nacionales arremetiesen con las bayonetas. En Cádiz se llevó á efecto la farsa del paseo en que tambien tomaron parte las autoridades, por lo que se originaron algunos desórdenes y la deposicion de estas. En las demas provincias que las autoridades se manifestaron enérgicas, dirigieron los alborotadores esposiciones contra el ministerio. No solo tenia el gobierno que habérselas con todos estos enemigos; en el Congreso se levantaba contra él una fuerte oposicion que examinaba con minuciosidad sus actos, y aun acudia á ardides para atacarle con furor. Dióse fin á esta legislatura el 30 de junio, en la que se llevó á cabo la reduccion del diezmo, se prefijaron los derechos de preces á Roma, y se discutieron otros puntos de no poco interes. El rey, que amedrentado por las contínuas asonadas del pueblo, y particularmente por la en que acaeció la desastrosa muerte de Vinuesa, se habia retirado á San Ildefonso, volvió á la corte, en donde parecia haber calmado ya el desasosiego en que la tenian los agitadores, para efectuar el 28 de setiembre del presente año 821, la apertura de las Cortes estraordinarias, que, á peticion de la diputacion permanente de Cortes, del ayuntamiento y otras corporaciones, habia concedido. El gobierno atacaba con energía á los enemigos del órden de cualquier modo que se presentasen; pero tan contínuo choque, sin otro resultado que salir del paso á duras penas, tomando la anarquía mas poder de dia en dia y preparándole nuevas ocasiones en que volviese á poner á prueba sus gastadas fuerzas, era ya demasiado para no desistir de ta-

maña empresa. Hizo pues dimision el ministerio, la que le fué admitida por el monarca el 9 de enero de 822, sin embargo de estar este muy satisfecho del buen desempeño en todos sus deberes. Sensible fué esta pérdida para los amigos del sosiego y consolidacion de las instituciones. Propusiéronse desde entonces algunos de los diputados combatir el jacobinismo, y ofreciéndoles coyuntura los proyectos de ley relativos á la libertad de imprenta, al derecho de peticion y á discusiones públicas en asuntos políticos presentados últimamente por el ministerio á las Cortes, lo pusieron en práctica, no sin esposicion de sus personas; pues los anarquistas habian adquirido mucho vuelo, y todo lo que no fuese una fuerza capaz de contenerlo, no produciria en ellos otro efecto que irritarlos mas contra los que se oponian á su torcida marcha. Creyó Fernando que la moderacion y rectitud de principios que adornaban á don Francisco Martinez de la Rosa, eran cualidades que debian adoptarse en las actuales circunstancias para la eleccion del nuevo gabinete, y hubo de invitarle con la cartera de Estado y la presidencia. Negóse este al principio, pero las reiteradas instancias de aquel le obligaron á ceder, siéndole admitida la condicion que puso de que le acompañasen don Nicolas Garelli para la de Gracia y Justicia, y don José María Moscoso para la de la Gobernacion. Concluyeron las Cortes estraordinarias sus sesiones el 14 de febrero sin resultado alguno favorable al bien del pais, y el 1.º de marzo se verificó la apertura de las ordinarias, en la que pronunció S. M. el discurso de costumbre, que fué contestado por el presidente de dicho cuerpo, que era Riego, con otro propio del carácter y opiniones de este. Ageno de una biografía seria referir las muchas asonadas que en el discurso de este año tuvieron lugar en varios puntos de la Península, promovidas por los desaciertos del gobierno, y el diluvio de nuevos campeones del absolutismo que se lanzaron á la pelea, con la infinidad de tramas de conspiracion que en él se descubrieron; pero no privarémos á nuestros lectores de todo lo mas notable. El baron de Eroles, desterrado por el gobierno, del Principado, habia vuelto á él para ponerse á la cabeza de la insurreccion y ordenar los movimientos del Trapense, Bessieres, Mosen Coll, Miralles, Misas, Romagosa y otros partidarios, que eran el azote de aquel pais. Mientras los unos por las inmediaciones de Berga alistaban y disciplinaban la gente que se les presentaba, los otros, formando una fuerte division, marchaban á la Seo de Urgel; y puéstole sitio, á que la corta guarnicion y escasez de víveres no pudo resistir, dieron el asalto. Poco despues los que se proclamaban á su entrada defensores del Dios que el Trapense ostentaba en un Crucifijo que llevaba en las manos, sacrificaron la guarnicion con la mayor fiereza. Grande acopio de artillería y fusiles encontraron en este fuerte los sitiadores. En Navarra no eran ya pequeñas partidas las que solamente vagaban por su ámbito, divisiones algo respetables con generales de nombradía, como Eguia, Nuñez Abreu y Quesada, disputaban á las tropas constitucionales el honor de la victoria. El constante celo y vigilancia del general Zarco del Valle, pudo contener el progreso de los absolutistas en Aragon, en donde Trujillo, Chafandin, Hierro y otros hacian sus correrías, sorprendian pueblos y tomaban fortalezas. Las demas provincias del norte de España, si bien la sedicion realista no habia llegado á la altura que en las anteriores, no dejaban de sentir su fatal influjo. No paraba aquí la osadía de los amigos del sistema absoluto, el fanatismo de algunos de ellos los conducia al estremo de esponer su vida sin el placer de la defensa. Tenia Fernando de costumbre pasar algun tiempo de la primavera en el sitio de Aranjuez, en donde la naturaleza y el arte ostentan á porfia sus hechizos y encantos.

Cogióle en él este año su dia (30 de mayo), y despues de la ceremonia del besamanos, y de haber dado un paseo con su numeroso séquito por los jardines, volvia por la calle de la Reina, cuando salió una voz de los grupos inmediatos á él, diciendo: *¡Viva el rey absoluto y muera la constitucion!* Acudieron los nacionales de Aranjuez, y poniéndose en actitud de hacer fuego al sitio de donde habia salido la voz, huyeron cobardemente llevando por todas partes el terror y el espanto. El rey se retiró á palacio, y mandó inmediatamente á sus dos hermanos para que aquietasen los ánimos, los cuales lo consiguieron; pero al retirarse de la casa ayuntamiento, ante la cual estaba formada la Milicia Nacional, dirigiéronse á escape hácia ellos dos nacionales de caballería, uno de los cuales tiró del sable al aproximarse á don Cárlos, á quien hubiera hecho víctima de su temeridad, si no lo hubiese estorbado el acompañamiento; fuese generosidad ó miedo, no permitió S. A. que se le maltratase, ni aun que se le pusiese en prision. Con esto y con la actividad que desplegó el jefe político de Toledo que se hallaba allí, quedó el órden perfectamente restablecido. Peores fueron las consecuencias de los sucesos de este mismo dia en Valencia. Subleváronse los artilleros que habian pasado á la ciudadela á hacer la salva de ordenanza por la solemnidad del dia, prorumpiendo al entrar en ella en vivas al rey absoluto y al general Elío, y mueras á la constitucion y al general Riego. Alarmóse al punto la ciudad, y la Milicia Nacional armada y el regimiento de Zamora en breve cercaron la fortaleza, publicándose la ley marcial é intimándoles en su virtud la rendicion en el término de media hora. Desoida la voz de la persuasion, rompióse el fuego por una y otra parte, hasta el dia siguiente que cedieron á la necesidad. Por su desgracia hallábase Elío preso en este fuerte, quien, no admitiendo la invitacion de los sublevados de que se pusiese á su cabeza, hubo de retirarse á lo mas recondito de ella, para manifestar su inocencia en tan insensato plan. Pero fué en balde, porque la demasiada rigidez de su administracion le creó muchos enemigos, y la venganza solo esperaba un pretesto que creyó encontrarle en lo ocurrido. El 11 de setiembre del presente año fué conducido al cadalso, en donde por última vez dió muestras de su acreditado valor. Mientras esto acaecia en las provincias, la corte presenciaba escenas todavía mas tristes. Tocábase el término de la presente legislatura, y los diputados, llevados de su celo por las reformas y de su aversion contra la templada marcha del ministerio, el único presente que podian hacer á los pueblos era cuestiones acaloradas y nada oportunas, y una fuerte obstinacion en no conceder al gobierno hasta los recursos mas indispensables y necesarios para regir la nacion. Tambien llegó al monarca el calor de este cuerpo, cuyo empeño por la sancion de la ley de señoríos, negada dos veces por este, fué estremado. Amaneció el dia 30 de junio en el que se habian de cerrar las Cortes, á cuyo acto asistió el rey, y á su vuelta de esta ceremonia, la imprudencia de los contrarios al órden, hubo de poner á Madrid en un conflicto, y á la causa de la libertad en inminente riesgo. Estaban los granaderos de la Guardia en sus filas, cuando les plugo á los bullangueros dirigirles unas pedradas, á que ellos deseosos de chocar, contestaron separándose de aquellas y acometiéndoles á bayoneta calada; pero los oficiales lograron contener el furor de la tropa y restablecer la calma por el momento. Mucho irritó este proceder de los guardias á don Mamerto Landaburu, perteneciente á la oficialidad, y cuya exaltacion de ideas le hacia ser mirado con prevencion por aquellos, el cual sacó la espada y descargó un golpe á un soldado por proferir palabras sediciosas. Aconsejáronle sus compañeros se ausentase para quitarle del peligro en que le po-

nia su arrebato. Hízolo así dirigiéndose á palacio, dentro del cual vino á ser víctima á manos de tres granaderos, que desampararon las filas é iban en su acecho á este intento. Estendióse la alarma con la noticia de este suceso por todos los ángulos de la capital, hasta que las disposiciones de las autoridades la sofocaron para última hora de la noche. Mas los guardias en número de cuatro batallones, á otro dia por la noche, dejaron el cuartel, y se salieron á las afueras de Madrid, al campo llamado de Guardias, desde donde, desoyendo las amonestaciones del capitan general Morillo, partieron al Pardo. El ministerio despreció toda medida de rigor y acudió á medios conciliatorios, que los sublevados aparentaron aceptar con gusto, pero que la esperiencia demostró lo contrario. Lograron de este modo hablar con el rey por medio de una comision, y despues se negaron á dar cumplimiento á la órden de aquel, en que igualmente habian convenido, de separar los batallones partiendo dos á Toledo, uno á Vicálvaro y el otro á Leganes. Convencióse al cabo el gobierno de la nulidad de sus tentativas conciliatorias, y temiendo malas consecuencias de la tenacidad y arrogancia de aquellos, se apresuró á mandar marchase precipitadamente para la corte el general Espinosa con todas las tropas que pudiese reunir de Castilla la Vieja. La conducta de Fernando aparecia fundadamente sospechosa de connivencia con los rebeldes del Pardo. La intempestiva convocacion de una junta, compuesta del ministerio, consejo de estado y otras autoridades para el exámen de un papel que al efecto mandaba, así como la contraórden prohibiendo á Espinosa continuase su marcha á la capital, indicaban bastante el no poco interes del monarca en el triunfo de la Guardia. Desde el toque de generala del dia 2, la milicia nacional se habia puesto sobre las armas y colocado en la plaza Mayor con algunas piezas de artillería. En el mismo dia el ayuntamiento se constituyó en sesion permanente en la casa Panadería, el cual y la diputacion permanente de Cortes, dirigian comunicaciones al gobierno y hacian lo que creian oportuno para salir de tan azorada crísis. Tambien se hallaban sobre las armas desde aquel dia los cuerpos de la guarnicion, que la componian únicamente el regimiento de infantería del Infante don Cárlos y los de caballería Príncipe y Almansa. Dos batallones de la Guardia habia ademas en Palacio, pero estos estaban á favor de los insurreccionados. Dirigiéronse estos en la noche del 6 á Madrid, y aquellos cerraron las puertas de la real morada, sin permitir salir á nadie, dejando dentro á los ministros y algunas mas autoridades. Llegó pues el 7 de julio, y antes de romper el alba penetraron los batallones del Pardo por la puerta del Conde-duque. Dividieron sus fuerzas para atacar á la vez la plaza Mayor y el parque de artillería. Los milicianos, en quienes el entusiasmo suplia las demas cualidades que á sus guerreros enemigos asistia, rechazaron con valor la acometida de estos (la verificaron por la calle de la Amargura, desde entonces del triunfo de 7 de julio) los cuales, encontrando la muerte donde creyeron hallar la victoria, y viendo estrellado su desesperado esfuerzo contra el heróico denuedo de aquellos, fueron á refugiarse á palacio, á donde igualmente frustradas sus esperanzas, acudieron tambien los del parque con el mismo intento. Rodeados y estrechados en este recinto por los nacionales, fueron desarmados y lanzados de la corte, dejando en solemne triunfo á los que antes de trabada la lid su demasiada arrogancia y vana presuncion conceptuaran vencidos. No solo en Madrid: en Castilla, Navarra y Cataluña, obtuvieron tambien poco despues las armas constitucionales la palma de la victoria sobre las huestes realistas. Estas en la última componian ya el número de 20,000 combatientes, habíanse apoderado de varias fortalezas, y tenian establecida una junta en la Seo de Urgel, denomi-

nada *Regencia suprema de España durante el cautiverio de Fernando VII*, cuando el general Mina, encargado que era del ejército del Principado marchó contra ellas, y en breve redujo á la nada aquel improvisado edificio. Convocáronse Cortes estraordinarias el 7 de octubre, en cuyas sesiones dejóse ver el frenesí por las reformas que dominaba á la mayoría de los diputados, aprobándose muchas de las medidas que eran objeto de aquellas. Persiguióse al ministerio y autoridades del 7 de julio; coartóse la libertad del monarca y se le privó de parte de la servidumbre. La santa alianza, que miraba con aversion profunda todo sistema de libertad, y sabedora por sus agentes y espías de lo mas mínimo que en la Península ocurria, creyó llegada la hora de repetir en esta la misma escena que en Nápoles el año anterior. Reuniéronse al efecto en Verona los representantes de las cinco altas potencias, y su último acuerdo fué pasar notas al gobierno de Madrid; y de no acceder este á lo que en ellas se acordaba, dejar autorizada á la Francia para elegir los medios que creyese conducentes al restablecimiento del órden en España, quedando obligadas las demas á prestar el auxilio que fuese necesario. Presentaron los embajadores las notas de sus gobiernos, y el español al ver el tono hiperbólico, agrio y reprensivo con que se espresaban, particularmente Prusia y Rusia, no pudo contener el orgullo nacional, y su contestacion fué concisa, severa y arrogante; pero intempestiva y poco prudente, atendidas las circunstancias en que se encontraba la España de suma debilidad y postracion, para poder sostener con las armas, á que era preciso venir, lo que espresaba el corazon. Retiráronse inmediatamente los plenipotenciarios; y anunciado que hubo Luis XVIII en la apertura de la cámara del 28 de enero tener prontos cien mil franceses para salvar el Pirineo; deshiciéronse todas las dudas que acerca de invasion todavía se abrigaban, y el gobierno español, confiado en vanas probabilidades de defensa, se apresuró á dictar entre otras medidas, la de formar cinco ejércitos á las órdenes de otros tantos generales, á cuyo cuidado quedase la Península. La Inglaterra, que no habia podido hacer desistir en el Congreso (del cual se separó) á las demas potencias congregadas, de su propósito de intervenir en los negocios de España, y cuidándose de que la libertad se conservase en el Mediodía de Europa, se valió de todos los medios posibles para traer á nuestros gobernantes á una avenencia, conceptuando un desacierto la defensa. Pero todo era en balde para hombres que meras ilusiones les hacian concebir esperanzas de éxito favorable á las instituciones, y para quienes era un sacrilegio alterar lo mas mínimo del código sagrado. Entre tanto la posicion de Fernando era bastante triste. Hallábase en poder de la revolucion, á quien merecia el concepto (no sin fundamento) de ser su mayor enemigo. Tenia, pues, el monarca que enmudecer, convertirse en un autómata cuyo movimiento lo recibiese únicamente de aquella, si no queria esponerse á las fatales consecuencias de enconadas pasiones. La exoneracion del ministerio San Miguel, ofreció un triste ejemplo de esta verdad. Los masones, á cuya sociedad pertenecia este, exasperáronse, y no teniendo en cuenta que el rey al obrar así usaba de un derecho que la constitucion le concedia, alarmaron al pueblo, el cual, gritando *muera el rey! muera el tirano!* penetró en palacio despreciando la resistencia de la guardia. No habia medios para reprimir y castigar este y otros desacatos cometidos fuera de aquel recinto contra Fernando, y este prudentemente cedió á la revocacion del decreto de exoneracion, con lo que se sosegaron los alborotadores. Cesaron las Cortes estraordinarias del 22, de sus tareas, el 19 de febrero de este año, y el 1.° de marzo se abrieron las ordinarias. No se creia seguro al gobierno y á las Cor-

tes en Madrid, por lo que el primer cuidado de estas, fué ocuparse de la traslacion de ambos. Fijóse por punto Sevilla, y solo se esperaba la determinacion de S. M., cuya oposicion á salir de la capital iba á ser rechazada y vencida por la resuelta decision de la representacion nacional. En vano fué á Fernando alegar la imposibilidad de viajar en que le ponia la afeccion de gota que padecia, acreditándolo por una certificacion de los médicos. Juzgóse esto en el Congreso por un pretesto que no encerraba en sí las mas sanas intenciones, y despues de un corto debate, por dictámen de una comision, se hizo presente al rey el deseo que tenian las Cortes de que en el término de muy pocos dias se decidiese á marchar á Sevilla, quedando mientras, y hasta que señalase dia y hora, en sesion permanente. Así se efectuó, y el 20 de marzo á las 8 de la mañana tomó toda la familia real el camino para Sevilla, á donde llegó el 11 de abril sin acontecimiento alguno particular. Ya habia á esta fecha cruzado el Vidasoa el ejército invasor, cuyas fuerzas, juntamente con las de los generales realistas Eroles, Odonell y España que iban á la cabeza de las divisiones de aquel, ascendian á 91,000 guerreros. Su generalísimo, el duque de Angulema, al ver la buena acogida de sus tropas en todos los pueblos de su tránsito hasta Pamplona, ordenó se separasen los cinco cuerpos en que aquel estaba dividido, y fuesen estendiéndose por todo el disco peninsular, dirigiéndose él á la corte. Entró en esta el 24, y ante todas cosas se ocupó del nombramiento de una regencia que gobernase la nacion durante la permanencia del rey en poder de los liberales. Sumamente difícil era en las circunstancias en que se hallaba la Península atenerse al órden seguido en estado normal para la eleccion de aquella, y Angulema, salvó por todo, convocando al antiguo consejo de Castilla é Indias, el cual nombró á sus dos presidentes, duques del Infantado y de Montemar, al baron de Eroles, al obispo de Osma y á don Antonio Gomez Calderon; cuyos principios, como los del ministerio nombrado por esta, eran estremadamente reaccionarios. Mientras esto pasaba en Madrid, las Cortes en Sevilla daban disposiciones declarando indigno del nombre español al que aceptase algun destino ú honor ó tomase partido con los franceses, imponiendo la pena capital á los que faltasen á sus deberes como españoles y patriotas, y otras para llevar á efecto la recaudacion de las rentas y la defensa. Las insignificantes fuerzas españolas de que disponian los jefes de los distritos, no podian contrarestar, ni aun detener su marcha á las grandes masas francesas, las cuales en breve atravesaron el Norte y centro de la Península, y se derramaban ya por su Mediodia. Noticioso el gobierno de que Bourmont con diez y siete mil hombres se dirigia á Sevilla, determinó pasar á Cádiz como punto mas seguro; pero Fernando, que cuando vió á sus auxiliares distantes habia humillado la cerviz á otra igual determinacion, ahora que los contemplaba á su lado la irguió y con carácter firme y resuelto contestó al mensaje de las Cortes, que venia mas apremiante que el de Madrid: que su conciencia y el amor á sus súbditos no le permitian como rey salir de Sevilla, reponiendo á las reflexiones que el presidente le hacia: *he dicho*, alzándose del asiento y volviendo la espalda. Esto exasperó los ánimos de los diputados, y aprobaron la proposicion de don Antonio Alcalá Galiano de suponer al rey demente, y en virtud del artículo 187 de la Constitucion, nombrar una regencia que, para solo el caso de la traslacion, reuniese las facultades del poder ejecutivo. Recayó la eleccion de esta en don Cayetano Valdes, Ciscar y Vigodet, los que pasaron á palacio á disponer el viaje que emprendió el rey con su familia á las 6 de la tarde del 6 de junio. Los realistas, cuyos pechos rebosaban de venganza y solo aguardaban la ocasion para sa-

ciarla, con esta medida de los liberales creyeron ya llegada su tan deseada hora. La regencia de Madrid, en su consecuencia, dió primero un manifiesto á la nacion que abrió las puertas á la persecucion é intolerancia; y con fecha 23 un decreto por el que ordenaba la formacion de listas exactas de todas las personas que hubiesen intervenido de cualquier modo en la traslacion del rey, imponiéndoles la secuestracion de sus bienes, y los diputados que tuvieron parte en la deliberacion de destituir al rey, quedaban declarados reos de lesa majestad. Este furor que desplegaba dicha regencia contra los liberales, corria por todos los absolutistas, y por todas partes eran aquellos ultrajados, encarcelados y hasta privados de la existencia. Zaragoza, Roa, la Mancha y Córdoba, entre otros varios puntos, presenciaron en esta época estas tristes escenas. El príncipe frances, cuyas ideas eran moderadas, observaba todo con desagrado, y si ciertas consideraciones le detuvieron por algun tiempo, decidióse al fin á poner remedio á tanto desenfreno; pero su justa y benéfica disposicion quedó reducida á la nulidad por los esfuerzos del partido furibundo, al cual unieron sus quejas los ministros estranjeros residentes en Madrid. Llegó el rey á la isla de Leon el 15 del mismo mes, en donde, reunido el suficiente número de diputados, para ser legales sus deliberaciones, se instalaron las Cortes en el mismo dia, las cuales, devuelto el poder ejecutivo por la regencia de Sevilla, por medio de un oficio que al efecto les envió, pusieron á aquel en el ejercicio de sus funciones. Cerráronse el 5 de agosto, y el 16 se formalizó el asedio de Cádiz con las tropas que Angulema trajo en el mismo dia para su acompañamiento. Entabló este príncipe al momento de su llegada, correspondencia con Fernando, pero su proposicion de tratar solo con el rey, puesto á este intento en libertad, no fué admitida por el gobierno, cerrando Fernando la puerta á la paz, propuesta con su última contestacion á aquel. Esta desagradó en gran manera á Angulema, quien, teniéndola como hechura de los que cercaban al monarca, respondió en tono apremiante y amenazador; y para deliberar sobre el estado de los negocios, convocáronse Cortes estraordinarias. Mas todo era ya inútil; la necesidad descargaba su furor sobre los sitiados, y ante hado tan fatal la humillacion era precisa. Así sucedió, y en su virtud pasó una diputacion de las Cortes al rey, para manifestarle quedaba en libertad. Acudieron despues á él los hombres mas comprometidos y reflexivos, para merecer de su piedad mandase al olvido todo lo pasado; y Fernando prometió absoluta y generalmente, sin escepcion alguna, cumplirlo así en un decreto que le presentaron los ministros el dia 30 de setiembre, ofreciendo ademas en él su reconocimiento y seguridad, en todo lo hecho y establecido bajo el régimen constitucional. Este decreto lo puso en sus manos el ministro de Gracia y Justicia, Calatrava, su autor, firmándolo el rey con toda libertad, y mandándolo publicar en el mismo dia. Libre de hecho el monarca, marchó al Puerto de Santa María, donde se hallaba el duque de Angulema, dejando á sus súbditos entregados al gozo y alegría que en ellos producia la confianza de un tranquilo porvenir. Pero la mas injusta de las consecuencias; la mas vil contradiccion, no tardó muchas horas en venir á derramar sobre aquellos alborozados corazones el temor, la desesperacion, el dolor. Al dia siguiente de tan formal promesa, luego de su arribo al referido puerto, dió Fernando otro decreto en el que declaraba nulos y de ningun valor, todos los actos del gobierno constitucional, desde el 7 de marzo del año 20, hasta el primero de octubre del 23, época en que decia habia carecido de libertad, y sido obligado á sancionar las leyes y á espedir las órdenes, decretos y reglamentos; y aprobaba todo lo ordenado y dispuesto por la regen-

cia de Madrid, y por la junta provisional de gobierno, creada en Oyarzun el 9 de mayo. El príncipe generalísimo, disuadió con ahinco al monarca de la marcha que emprendia, encareciéndole la necesidad de que adoptase un régimen de conciliacion; pero sus reflexiones fueron desoidas, por cuya razon partió al punto para la capital, y de aquí para su patria sin esperarle, llevándose el sentimiento de haber quedado frustrado su propósito de dejar establecido en España un sistema moderado, conforme con el que regia en Francia. Poco despues, salió Fernando del Puerto de Santa María para Madrid, á donde llegó el 13 de noviembre. Mucha mas acogida encontraban en este los pérfidos consejos del partido que volvia de nuevo á ponerse á su lado, cuyos deseos de venganza y retroceso, identificaban con los de Fernando. Uno y otros no perdian momento, trabajando de consuno para dar cima al sistema de terror é intolerancia que pretendian entronizar. A los tres dias del decreto arriba mencionado, expidióse otro en Jerez de la Frontera, para que en el tránsito de S. M. á la capital, no se encontrase á la distancia de cinco leguas, ninguno de los que en la anterior época hubiese desempeñado algun oficio ó cargo notable, prohibiéndoles para siempre la entrada en el radio de quince leguas de la corte y sus sitios. Siguieron á este otras disposiciones no menos injustas y despóticas; entre ellas el establecimiento de superintendencia de vigilancia pública, para que observase la conducta de cada uno. Invencion la mas á propósito, en los gobiernos en que (como este) la razon se halla supeditada al ominoso influjo de las pasiones, para descargar la cuchilla de la venganza sobre aquellos que son objeto de rencor. Infinito número de inocentes condujo al suplicio el abuso que en este tiempo se hizo de esta fatal policía. Pero la disposicion que mas prueba la altura del sangriento furor á que rayaba el partido reaccionario, y la perfidia ó indolencia de Fernando, es la institucion de comisiones militares que se establecieron en todas las capitanías generales, para conocer de los delitos de conspiracion. ¡Creacion bárbara, propia de los tiempos en que los instintos de ferocidad tienen todavía oscurecida la razon! Fácil es concebir qué equidad, qué justicia, presidiria en unos tribunales en que los jueces eran personas ignorantes del derecho, y elegidas de las mas furibundas, y cuya ley, á que arreglaban sus fallos declaraba reos de aquel delito, á los que proferian la mera palabra de mueran los serviles ó viva Riego, marcando la pena de muerte para su castigo. Preparábanse los ánimos para que estas violentas resoluciones fuesen bien acogidas del pueblo, por medio de los periódicos que circulaban entonces, el *Restaurador* y la *Gaceta* de Madrid, los cuales, dictados por el mas audaz desenfreno, solo se diferenciaban de los de la anterior época, en la defensa de la causa que tomaban á su cargo. Pintábase en ellos el partido proscripto, con los mas negros borrones, usando de infamantes epitetos para nombrarle; y acudiendo á calificaciones algo impropias. Conspirábase al mismo fin, á mantener en accion el frenesí reaccionario, en los conciliábulos ó reuniones que se tenian en varias partes, y hasta en los mismos conventos: asilos de mansedumbre y piedad. Guiada de este modo la opinion pública, y entregadas las armas á un populacho bajo y soez, no es estraño que los abusos llegasen á los estremos. Tal es el cuadro que ofrecia la metrópoli, cuando las provincias del Nuevo Mundo hacian el último esfuerzo por adquirir su completa independencia. El cambio político de 1820, tuvo grande influencia en el curso de los negocios en estos paises. Alentáronse los corifeos para llevar á cabo sus proyectos de romper los lazos que les unian á aquella, y el espíritu de insurreccion, alimentado por los clubs masónicos, que tambien en estos retirados climas predomina-

ban funestamente, llegó á convertirse en la mas espantosa anarquía. Instalado que fué el nuevo régimen en la Península, ordenóse á los vireyes de aquellos dominios, jurasen la constitucion en las provincias de su mando, encargándoles entrasen en transacciones con los insurgentes. Cumpliéronlo así aquellos, pero como estos despreciaban toda avenencia que no reconociese su independencia, de la que los españoles no querian desprenderse, estas negociaciones, como las que despues volvieron á entablarse por medio de comisionados que al efecto se enviaron, no tuvieron otro resultado que unos cortos armisticios, tornando con mas ardor á la guerra. Haciase esta mas difícil cada dia para los peninsulares, entre quienes la defeccion y rivalidad cundia estraordinariamente. Las conspiraciones eran contínuas, á cuya vista, el valor de los que se mantenian fieles defensores de la causa española, decaia, mientras los amantes de la independencia recobraban mas ánimo, y, aunque, sin embargo de esto, nuestras tropas consiguieron muchos triunfos dignos de todo encomio, los de los contrarios fueron mas decisivos. Valióles á estos la emancipacion de casi todo el vircinato de Caracas, la victoria de Carabobo, en que fué derrotado el virey Latorre, que sustituyó á Morillo; y aunque Morales quiso tentar una restauracion á favor de la madre patria, sus nobles y denodados esfuerzos, premiados al principio, tuvieron por fin el mismo fatal éxito que los de Arizabalo algun tiempo despues. Igual suerte cupo á Quito en el siguiente año, 822, á consecuencia de la batalla de Pichincha; y Méjico alcanzó tambien su completa independencia en este año, debida á la ambicion del coronel don Agustin Iturbide, el cual, para llevar á cabo su designio de proclamarse emperador (que lo verificó el 18 de mayo) puso en juego las mayores intrigas; pero este nuevo César, no fué mas feliz en su elevado puesto que lo fué el antiguo: levantáronse contra él los centralistas á poco de su proclamacion, y caido en su poder, le condenaron á muerte, quedando erigido Méjico en república central. Continuaba la guerra en Chile y el Perú, en donde la insubordinacion de varios jefes y oficiales, precisó á su virey Pezuela á dimitir el mando, que volvió á desempeñar La Serna. Algunas ventajas obtuvieron en este territorio las armas españolas sobre las americanas, en los dos últimos años; pero las desavenencias del virey y el general Olañeta, pusieron en manos de estos, con la victoria de Ayacucho, sus anheladas pretensiones. Tiempo hacia que estos jefes se miraban con aversion, y la diferencia de sus opiniones dió ocasion á que se la hiciesen presente abiertamente. Arrojó la máscara Olañeta, alzándose á favor del absolutismo, y al punto ordenó La Serna, marchase contra él don Gerónimo Valdes. Encontráronse, y despues de trabada la contienda, que parecia decidirse en pro de este, la inesperada y pronta llegada del insurgente Bolivar, le obligó á dejar á Olañeta y obedecer la órden del virey, de que fuese en su ayuda. Sufrió primero un descalabro Valdes en la accion de Fuenin, á seguida de la cual tornóse á avistar con el ejército republicano (cuyo mando puso Bolivar en el general Sucre) en la llanura de Ayacucho. En nada escedian las tropas contrarias á las nuestras, pero la falta de simultaneidad en el ataque, y el imprudente arrojo de estas, sepultaron para siempre en aquel campo, con la pérdida de la mas sangrienta de las batallas de aquellos paises, dada el 9 de diciembre de 1824, la dominacion española en el Nuevo Mundo. En la metrópoli, el furor reaccionario, adoptado por la regencia de Madrid, y seguido por el monarca, exacerbó estraordinariamente los ánimos, y este, echando de ver en medio de su ciego fanatismo y sed de venganza, el precipicio á que caminaba irremisiblemente, se apresuró á evitarlo templando el escesivo rigor de su gobierno. El

partido terrorista, que creia únicamente la salvacion y estabilidad del despotismo, en la destruccion de todos los elementos que pudiesen hacer renacer la libertad en España, llevó muy á mal este cambio, y desconfiando de Fernando, concibió el proyecto de destronarle y elevar al sólio régio al infante don Cárlos; á quien juzgaba mas á propósito para el logro de sus pérfidos deseos. Muy lejos estaba Fernando de pensar, que unos hombres á quienes dispensaba sus gracias y favores encerrasen en sus pechos tan infames designios; así es, que no llamaron su atencion sobre este particular las primeras llamaradas del volcan que bajo de sí se ocultaba. Pero la grande erupcion del 27 por el Principado, hubo de desengañarle de su necia credulidad, y juzgando necesaria su presencia para apagar este imponente y temible fuego, partió inmediatamente á aquel punto. El éxito correspondió completamente á sus intentos, y despues de recibir en su regreso á la capital, las mas insignes muestras de afecto de los pueblos de su tránsito, su entrada en aquella fué una magnífica ovacion. Tambien los liberales por las costas de Granada y Alicante, habian dado el grito de sublevacion en sentido contrario y en distintas épocas; pero como estos sucesos no fueron efecto de calculados planes, sino de la ambicion de celebridad de ciertas acaloradas imaginaciones, pasaron de la cuna al sepulcro sin el mayor estremecimiento. Pero uno y otro servian de advertencia para meditar bien en la marcha política que en tales circunstancias de opuestos enemigos habia que seguir. Los hombres moderados del partido carlista, á quienes los acontecimientos iban abriendo el camino para afianzarse mas en el poder, trazaron al monarca, como la única, la de constituirse estraño á todo bando, é ir entrando en una prudente reforma. Duro le era á este adoptar estas medidas, pero la necesidad lo exigia así, y le fué preciso ceder, y en su virtud comenzó á seguir un sistema próspero y conciliador. Con este nuevo rumbo, la Hacienda, puesta en manos del entendido y tan justamente célebre Ballesteros, salió del estremado apuro en que se hallaba, y venciendo los grandes inconvenientes que se le presentaban, elevóse á tal estado de mejora, que fué el asombro de los que la contemplaban. La muerte de la reina doña Josefa Amalia, acaecida en 17 de mayo de 1829, vino á sacar los ánimos de la calma en que habian quedado, con la estincion de la rebelion de Cataluña. Cobró nuevas esperanzas con este suceso el bando apostólico, fundadas en que los achaques y edad del rey, le retraerian de volverse á enlazar, al paso que los contrarios cifraban su porvenir en lo contrario. Acudieron estos, pues, á todos los medios conducentes á sus fines, y conceptuando á doña María Cristina de Borbon, hija de los reyes de Nápoles, la princesa mas conveniente al efecto, hubieron de proponérsela á Fernando, quien no se manifestó insensible á la belleza de esta señora. Otorgáronse los contratos matrimoniales en Madrid el 5 de noviembre, y el 11 del mismo, despues de la entrada de aquella en esta, verificóse el casamiento. Conseguido ya esto, solo restaba asegurar la corona en los descendientes del monarca, caso que estos fuesen hembras, con el restablecimiento de la pragmática sancion de 1789; derogatoria del auto acordado en 1713, que introdujo en España la sucesion agnaticia. Aconsejáronselo á Fernando, y este, dando buena acogida á tan útiles advertencias, ordenó su observancia el 29 de marzo de 1830. Tambien el 24 de julio de este año, firmó y mandó S. M. la observancia del nuevo código de comercio en todos sus dominios, derogando las disposiciones anteriores que regian en materias mercantiles. Igualmente se celebró en el mismo un convenio entre nuestro gobierno y el gran Señor, por el que permitia este, mediante el pago de cierto derecho por

el tránsito del canal de Constantinopla, comerciar á los buques mercantes españoles. Una lucha sangrienta entre el pueblo frances y su monarca, vino el presente año á sembrar el espanto por toda la Europa, y á ser orígen de notables acaecimientos en España. Provino aquella de las encontradas pretensiones de uno y otro; ambos ambicionaban ampliar mas la esfera de su poder y facultades, y del terreno de la discusion pasó á terminarse la cuestion en el de las armas. Solo tres dias fueron suficientes para decidirse la contienda, quedando en su consecuencia triunfante la bandera tricolor, y la dinastía borbónica confundida entre sus ruinas, sobre las que se levantó la nueva rama de Orleans. Los emigrados españoles existentes en este reino, recibieron suelta y socorros de los revolucionarios franceses; en cuya virtud cruzaron la frontera Mina, Lopez Baños, San Miguel y otros muchos, los cuales se estendieron por las provincias del norte peninsular proclamando la libertad; pero el resultado fué ageno á sus esperanzas. Iguales ventajas, con pérdida de sus vidas, obtuvieron Torrijos y Manzanares, que desembarcaron algo despues en las costas de Andalucía con idénticos fines. Nada adelantó la causa de la libertad española con estos proyectos, y á los contrarios se les presentó nueva ocasion para reproducir las antiguas escenas de persecucion y sangre; poniendo en juego las suprimidas comisiones militares, el anterior espionaje y demas medios que su cruel tiranía y refinada saña les sugerian. Con no menos ansiedad que el 10 de octubre de 1830, en que la reina dió á luz á doña María Isabel Luisa se guardaba el 30 de enero de este año 832, su segundo alumbramiento (doña María Luisa Fernanda). Mas en uno y otro no vieron logrados sus deseos los amantes de la tranquilidad futura de España, la cual se cifraba en el nacimiento de varon, pues quitaba todo pretesto á los que pretendian, en caso contrario, hacer valer quiméricos derechos. No así estos, los cuales redoblaron sus esperanzas, y ni aun el lecho del dolor pudo salvarse de las mas perversas tramas. Habíase agravado por el mes de agosto del corriente año la enfermedad de que Fernando adolecia, hasta el estremo de reputarle por muerto; y en tal estado encontró coyuntura la perfidia y atrevimiento de ciertos hombres, para arrancar del agonizante monarca concesiones contrarias á los derechos de sus hijas y al interes de la nacion. Tal fué la derogacion de la pragmática sancion de 1789. Pero por fortuna logró este maravillosamente librarse de la inexorable parca, y penetrado entonces de lo que no le habia permitido antes su turbacion, procuró desmentir pública y solemnemente un acto en que su reflexion no tuvo parte alguna. Así lo verificó el 31 de diciembre con todas las formalidades y ostentacion que la importancia del asunto exigia; con lo que quedaron frustradas las esperanzas de los que habian acudido á tan infame medio de satisfacerlas. No fué este el primer cuidado de Fernando; la vasta conjuracion que rápidamente se habia estendido por todas partes, reclamó ante todas cosas la remocion del ministerio y principales autoridades de provincia, los cuales con su indolencia ó malicia habian contribuido á aquella. Nombráronse otras personas conformes á las exigencias de tan delicada crisis, y el rey puso en manos de su esposa, durante su convalecencia, las riendas del Estado. Un dia de felicidad pareció amanecer para la España con esta nueva época: concedióse un indulto á los que yacian en las prisiones; ordenóse para el 18 de octubre la apertura de las universidades que todavía estaban cerradas, desde que á la timidez ó malicia del funesto Calomarde la plugo privar á la juventud de los medios de ilustrarse, y abriéronse las puertas de la patria para los que gemian en la emigracion. Los defensores de don Cárlos, viéndose burlados del triunfo obtenido por las armas de la seduccion y la in-

triga, apelaron para recobrarlo á las de la guerra. Alzóse por varios puntos la sublevacion bajo la enseña de aquel príncipe, é infinidad de ilusos corrian a alistarse en sus banderas. El peligro era grande, y Fernando, que ya habia vuelto á encargarse del régimen de la nacion, conociendo las fatales consecuencias de la permanencia de su mal aconsejado hermano en la corte, mandó pasase á Portugal con simulado pretesto. Creyó tambien oportuno jurar á la tierna Isabel, como princesa de Asturias, para dar mas robustez al nuevo trono, estrechando los lazos de este y sus súbditos con la idea de escelsitud y grandeza que en ellos imprimiria aquella augusta ceremonia. Celebróse esta el 20 de junio de 833 en el monasterio de San Gerónimo del Prado, con todos los requisitos debidos á tan grandioso acto. El infante don Cárlos negóse abiertamente á este juramento en las intimaciones que se le hicieron por medio de nuestro representante en Portugal, y en las que directamente le dirigió Fernando; á quien ademas no oyó como hermano, y desobedeció como á rey, en las propuestas y órdenes que este le remitió para que se trasladase á Italia. Pero todo era en vano para el que se habia decidido á ceñir la corona de España, á costa de cualquier sacrificio; á cuyo intento ningun punto ofrecia tantas ventajas como el que ocupaba. La voz de guerra, que el iluso príncipe hasta aquí no habia osado pronunciar, estaba dada, solo la existencia de Fernando podia librar á la nacion española del profundo abismo de males en que iba á precipitarse; mas en los arcanos de la Providencia se la habia destinado á pasar tan duro trance. Un fuerte ataque de apoplegía, en la tarde del 29 de setiembre, puso fin á la vida del monarca, á los 49 años de su edad, y 24 de su reinado. En su última disposicion testamentaria nombró tutora y curadora de sus hijas, y gobernadora del reino durante la menor edad de la reina, á su esposa doña María Cristina de Borbon.

FERNANDO, (Infante de Mallorca). Nació en 1277, de don Jaime II, de aquel reino, y doña Esclaramunda, condesa de Foix. Era aun niño cuando en 1285 el rey don Alonso III de Aragon despojó á su padre del reino Balear, en cuya desgracia se incluyeron don Fernando y su hermano don Felipe, que fueron cruelmente tratados y presos. Libre ya don Fernando del yugo, libre del despotismo de un rey, que por sus crímenes alcanzó un diluvio de anatemas y un encono de todos sus vasallos, libre de las iras de aquel rey, que habiendo prometido en solemnes capitulaciones al xeque de Menorca, la vida de todos sus súbditos, al ocupar aquella isla, los hizo perecer inhumananamente, ahogándolos en el mar, so pretesto de llevarlos con sus naves á Bugía; se dedicó don Fernando al heróico arte de la guerra. Contaba 25 años, cuando se halló al frente de varios tercios de infantería en el ejército de Sicilia, y entre las acciones que enumeran su valor, puede contarse la conquista de Almería. Hallóse en ella en 1309, con una compañía de 100 caballos, mantenida á sus costas, y cuando el moro de Granada intentó socorrer la plaza, fué destinado don Fernando al peligroso punto del Espolon, donde tuvo ocasion de pelear valerosamente con el ejército de un hijo del rey de Guadix, que al quedar vencido, gritaba: *aus be á Soltan* (soy hijo de rey). Viendo los moros la desgraciada muerte de su valiente príncipe, cerraron en confuso peloton para matar á don Fernando, quien se desenvolvió con tanta ligereza y acierto, que hizo ineficaz su proyecto, causándoles pérdidas incalculables. Tuvo despues de haber recogido tan gloriosos laureles, el mando de las tropas de su primo don Fadrique III, rey de Sicilia. Durante las guerras de la Morea y sitio de Galípoli, se halló con cuatro galeras á su mando en varias acciones de la Romanía: de allí pasó, en nombre de don Fadrique, á tomar la obediencia de los revoltosos de Galípoli, lo que

consiguió sin ninguna resistencia: logrando, igualmente que el ejército que antes fué enemigo, y que guarecia aquel punto, mandado por los capitanes Berenguer de Entenza, Fernando Jimenez de Rocafort, y Ramon Montaner, se uniese al suyo, y pasó con ambos á varias espediciones militares. La primera accion que dió, fué la desgraciada en la isla del Tarso, en donde murió Berenguer de Entenza: retiróse despues á Almiro, saqueando el ducado de Atenas; pasó luego á combatir el castillo de Estepol, y embarcándose despues para Negroponto, dieron en su puerto con veinte galeras venecianas de Cárlos Valois, las que arremetiendo á las de nuestro infante, mataron cuarenta soldados de su ejército, haciéndole prisionero de guerra á él y á diez de sus capitanes, que fueron entregados á la custodia del caballero Juan de Misi, señor de Negroponto, y de allí conducidos al duque de Atenas, quien los mandó encerrar en el castillo de Santomer. Así que don Fadrique de Sicilia supo la dura prision que sufria don Fernando, escribió á don Sancho de Mallorca y á don Jaime de Aragon, para acordar el modo de facilitar su libertad: mas entre tanto, el duque de Atenas, á instancia del rey de Francia, envió al infante don Fernando á continuar su prision en Nápoles, donde permaneció cerca de un año. La relacion de parentesco que tenia Roberto, rey de Nápoles, cuñado suyo, casado con doña Sancha de Mallorca, su hermana, bastó para lograr su libertad y pasar á disfrutarla en la isla que le daba nombre. Al llegar á ella encontró á Ramon Montaner, uno de sus antiguos compañeros de armas, de quien recibió don Fernando muchos favores durante su prision, y en recompensa de ellos le dió un arnes muy precioso con sus armaduras, que eran las que habia usado en aquella guerra, dándole igualmente para presentar á don Fadrique, dos halcones de grande habilidad de los mejores de su halconar de Valldemosa. Permaneció don Fernando en Mallorca hasta 1311, en cuyo año levantó gente á sus costas, y pasó con ella á socorrer al rey don Fadrique en la guerra que le movió Roberto de Nápoles. Fué imponderable el alborozo de don Fadrique á su llegada, y recordando los servicios que antes habia hecho á su corona, le hizo donacion de la ciudad de Catania, con jurisdiccion civil y criminal, creacion de oficiales, y dos mil onzas de plata por todo el tiempo de su vida. Allí residió tres años, y al declararse la guerra entre los reyes de Nápoles y Sicilia, ayudó con su valor á este último hasta que logró vencer la ambicion de aquel. El casamiento que don Fernando de Mallorca celebró en Mesina con doña Isabel de Auriá, legítima heredera del principado de la Morea, Tartaria y ducado de Atenas y Neopatria, dió motivo á la guerra que se movió entre nuestro infante y Juan de Taranto, usurpador de aquellos estados. Preparado ya el ejército, su esposa dió á luz un niño que se llamó Jaime, y agravándose la enfermedad del parto, con la infausta noticia de la muerte de su madre la condesa de Auriá, falleció en 7 de mayo de 1315, nombrando heredero de la baronía de Matagrifo y del derecho que tenian á los estados de la Morea ó antiguo Peloponeso, á su hijo recien nacido. El infante don Fernando, con el deseo de poseer los bienes de su difunta esposa, trató de seguir su empresa; pero antes de todo trató de poner á su hijo en seguro, remitiéndole á su madre doña Esclaramunda, reina de Mallorca, y comisionando á su amigo Montaner, quien se puso en viaje, con el ama de leche del infante, que se llamaba Ines de Adriá. Llegaron al puerto de Palma en 24 de diciembre de 1315, habiendo tenido en el camino muchos contratiempos, y la persecucion de varios navíos de la Morea con personas que querian quitar la vida al niño Jaime, para estinguir la sucesion á los dilatados estados que disputaba su padre. Entre tanto, don Fernando pasó con su armada á Clarencia, y

al desembarcar ordenó que su ejército cayese sobre los doscientos caballos que intentaban impedirlo. Victorioso salió en tan empeñada lucha y en todas las demas, hasta conseguir que los habitantes de aquellas tierras le reconociesen y jurasen por legítimo señor. En este estado, y con el auxilio de siete compañías que su hermano don Sancho de Mallorca le envió con Ramon Montaner, rindió los ducados de Atenas y Neopatria. Apenas lo hubo verificado, murió tan valiente conquistador y tan entendido guerrero, murió el príncipe digno de ocupar un trono. General valiente, y caballero virtuoso, supo merecer en todas ocasiones el lauro de la victoria y la benevolencia de los soberanos. A mas del infante don Jaime, que como dirémos fué rey de Mallorca, tuvo de doña Oliva, sobrina del rey de Chipre, que fueron don Fernando, Pagano y Sancho. El primero fué uno de los llamados por su tio don Sancho para ocupar el trono mallorquin, caso de que don Jaime no tuviese sucesion; el segundo siguió la suerte desgraciada del último rey de Mallorca, siendo testigo de todos los infortunios y sinsabores. Sancho perteneció, como pagano, al partido de Jaime III, con cuyo motivo sufrió una dura prision en el castillo del Temple de la ciudad de Palma, de donde se fugó, y la confiscacion de los bienes. Estuvo casado con la noble Saura, hija del consejero Ferrario Rosselló, que fué perseguido y desterrado por don Pedro IV, usurpador del reino de Mallorca.

FERNANDO DE CÓRDOBA, nació en esta ciudad, que le dió nombre, en el año de 1420, y fué mirado como un prodigio, por la casi fabulosa estension de sus conocimientos y por otras cualidades no menos estraordinarias. Su talento era tan precoz, que á la corta edad de cinco años leia, escribia, dibujaba, pintaba y tocaba la guitarra con perfeccion increible, segun afirman varios biógrafos; á los diez habia terminado sus estudios de latinidad y retórica, en los cuales dió tales muestras de penetracion, que causaba el asombro de sus maestros, y á los veinticinco habia recibido el grado de doctor en todas las facultades. Ciertamente que, si la existencia de este hombre singular no estuviese confirmada por sus obras, y por el dicho y testimonio de personas distinguidas de su tiempo, apenas se concebiria. Con mucha razon, pues, decia un diario de Paris redactado por Teodoro Godofredo: «Fernando era tan buen soldado, que no tenia competidor; manejaba de una manera maravillosa la espada con ambas manos, y cuando veia á su enemigo cerca de él, á unos veinticuatro ó veinticinco pasos, se le arrojaba encima, salvando de un solo salto aquella distancia. Sabia tocar todos los instrumentos; cantaba y bailaba con primor; pintaba y dibujaba mejor que ninguno de los profesores mas acreditados de Paris; y ciertamente, añade, si un hombre fuera posible que viviese cien años sin beber, comer ni dormir, no podria aprender todo cuanto sabia este jóven español.» Pero aun no hemos dicho todo lo que comprendia la vasta capacidad de Fernando, leia con perfeccion el hebreo, el griego, el latin y el árabe; en matemáticas, teología y medicina, poseia grandes conocimientos, y para mayor asombro, dícese que sabia de memoria toda la Biblia y los escritos de Nicolas de Lyra, Santo Tomas, San Buenaventura, Alejandro de Ales, Escoto, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Avicena y otros. Dedicóse en los primeros años de su juventud á la carrera de las armas, y peleó con valor contra los moros, bajo el reinado de Juan II de Castilla; pero mas inclinado por naturaleza á la vida pacífica del literato, que á la borrascosa existencia del soldado, entregóse esclusivamente al estudio, y mereció que le confiasen varios cargos en muchas de las universidades de España. La fama de su estraordinario mérito le precedia por do quiera; así es que, cuando lle-

gaba á un punto era admirado, y sus discípulos le seguian por todas partes. Los reyes católicos quisieron conocer á este prodigio de sabiduría, y llamándole al efecto á su corte, no solo le recibieron con distincion y le oyeron con gran complacencia, sino que le señalaron una pension. En el viaje que Fernando hizo á Paris, en 1445, los sábios de aquella culta capital quedaron absortos al ver por sí mismos la realidad que hasta entonces casi habian tenido por fábula; y mucho mas creció su asombro, observando que quien motivos tan fundados tenia para envanecerse, no era sino un hombre afable, modesto, sencillo en su trato y ejemplar en sus costumbres. Sostuvo con admirable talento, varias tésis en la universidad de Paris, y contestó, como habia prometido, á cuantas cuestiones le propusieron sobre diversas materias, pero con una facilidad y acierto sobre toda ponderacion. En 1459 pasó á Roma con una mision que le confirió el rey Fernando, y el papa Alejandro VI le recibió con las mayores distinciones. Algunos años despues de su regreso á España, murió Fernando, cuando tenia sesenta de edad. Los conocimientos de este sábio español hubieran maravillado en cualquier tiempo, pero mucho mas en el siglo en que floreció, en que la instruccion estaba muy poco generalizada, y en que tan difícil era sobresalir, así por la falta de medios de estudio, como por otras causas, cuya investigacion y exámen serian prolijos y hasta inoportunos en una obra de la clase de la presente. Basta decir, y esto esplica en parte lo que vamos manifestando, que su talento incomparable dió motivo á que sus contemporáneos formasen de él los juicios mas ridículos; así unos le tenian por hechicero, creian otros que era el Antecristo, y muchos al tener que acercársele, lo hacian con temor. A estas opiniones se agregaba la de que poseia la gracia de la adivinacion, en confirmacion de lo cual añadian que habia vaticinado la muerte de Cárlos el *Temerario*, que murió delante de los muros de Nancy. Hé aquí los títulos de las obras que publicó:—*Comentaria in Almagestum Ptolomæi.—In Apocalipsim S. Joannis Apostoli*, y algunos otros escritos. En la biblioteca del Vaticano existen manuscritas las obras siguientes:—*De pontificii pallii misterio.—De artificio omnis scibilis.*—*Un prólogo* á la obra de Alberto el Grande: *De Animalibus*, en el que se titula subdiácono de Sisto IV y de la Sede Apostólica, y maestro en artes y en sagrada teología.

FERNEL (Juan). Nació en Clermont en 1497. A los diez y ocho años de edad pasó á Paris, en cuya universidad estudió filosofía y elocuencia, recibiendo tres años despues el grado de maestro en artes. Aficionado particularmente á la medicina, en que con tanta gloria estaba destinado á sobresalir, se dedicó á esta facultad, y despues de recibir, como en las otras, el grado de doctor, empezó luego la práctica y enseñanza de ella. Noticioso Enrique II del gran mérito de este ilustre profesor y práctico, y sin otra recomendacion, le dió el título de primer médico de cámara. La muerte puso término en 1558 á la brillante carrera del célebre Fernel, cuya pérdida fué lamentada no solo por sus amigos y por los sábios, que conocian el vacío que quedaba en la ciencia, sino por el monarca y por el pueblo. Era Fernel uno de esos profesores que dedicados enteramente al servicio y consuelo de la humanidad doliente, sacrifican su reposo, sus placeres, sus intereses y hasta su salud, por aliviar los males del prójimo. Entre las muchas é importantes obras que dejó escritas, mencionarémos las principales:—*Monalosphærium, sive astrolabii genus; Generalis horarii structura et usus.—Cosmotheoria, libros duo complexa.—De naturali parte medicinæ libri, septem.—De abditis rerum causis libri duo.—Universa medicina.—Thera-*

peutices universalis libri septem.—Pathologiæ lib. VII.

FERRER (Jaime), mallorquin peritísimo en la náutica, como lo afirman el abate Andres, Juan de Barros y Maffei. Era muy jóven cuando con su *ùxer* (nave de tres palos) emprendió un viaje para ir á esplorar las costas de la Guinea, viaje que verificó 29 años antes que saliese del puerto de Dieppe una espedicion francesa con el mismo objeto, y con mucha mayor anterioridad á los portugueses, que no reconocieron esta costa hasta ya muy entrado el siglo XV; pues segun Luis del Mármol y don José Martinez de la Puente, en 1445 Antonio Gonzalez, con un navío del infante don Enrique de Portugal, descubrió el rio del Oro, y Lanzarote con sus carabelas llegó á Cabo Verde. *Masdeu*, y la *Historia general de viajes, última edicion revisada segun el original ingles*, t. 1.°, lib. I, cap. 4.°, aseguran que los conocimientos de Ferrer en la ciencia de navegar, en 1395 le elevaron á director de la academia de pilotaje de los Algarbes, fundada en dicho año por el infante don Enrique en la villa de Sagres. En este instituto, y bajo la enseñanza de Ferrer, se formó el célebre Colon, que siguiendo los modelos y pasos de su maestro, emprendió un descubrimiento tan provechoso, como así lo advierte Robertson. Américo Vespucio, natural de Florencia, que dió nombre al nuevo mundo, siendo sucesor de Colon en sus descubrimientos, tambien aprendió las primeras nociones de náutica en la academia portuguesa, y por su pericia y conocimientos, el gobierno le nombró hidrógrafo mayor para examinar los pilotos y revisar los derroteros. Otros escritores aseguran que las primeras cartas y los primeros instrumentos que guiaban á los marinos en sus navegaciones, eran de Jaime Ferrer, conocido por los portugueses con el nombre de *Maese Jacome*. De este mismo existia un *tratado de matemáticas* ms. en la Biblioteca del convento de Carmelitas Descalzos de Barcelona.—Con razon se puede asegurar que los navegantes son deudores á los baleares de la perfeccion en que se halla el arte de navegar. Lulio compuso en la edad media un tratado de náutica, primero que se ha conocido: Villadestes, á principios del siglo XV, escribió la famosa carta hidrográfica plana, que poco despues aumentó con nuevos descubrimientos el geógrafo mallorquin Gabriel Vallseca: Catalá conoció la inexactitud de los derroteros de España y costas de Coromandel y Bengala, y no tan solo corrigió, sino que de órden superior levantó las aplaudidas cartas hidrográficas que actualmente guian en el mediterráneo. De lo mucho que trabajó el célebre é infatigable don Felipe Bauza en favor de los navegantes, nos escusamos de repetirlo por haberlo dicho en otra parte. Y volviendo á Jaime Ferrer, honra de Mallorca, donde nació, dirémos por conclusion, que su patria apenas le ha conocido hasta que su nombre se ha estampado en el *Diccionario de escritores baleares* del señor Bover. Sin embargo, deseando el ayuntamiento de Palma levantar un monumento á su memoria, colocó su estátua en el remate de la fuente de Atarazanas, que se construyó en 1843, obra pobre de mérito, pobreza de que abunda todo lo moderno de aquella isla, pero suficiente para rendir un humilde obsequio á mallorquin tan ilustre y predilecto.

FERRER (San Vicente). Nació en la ciudad de Valencia, á 23 de enero de 1357. Su padre, que ejercia la profesion de escribano, era hombre tan recto en el desempeño de su empleo, como caritativo con los necesitados, entre quienes solia repartir el sobrante de sus rentas, invirtiendo lo demas en el mantenimiento de su familia. Su madre, como igualmente sus hermanos, fueron todos dechados de honradez y de virtud. Con tales ejemplos, con la cristiana educacion que recibió en la

casa paterna, y con los hermosos instintos que descubrió desde muy niño, no es estraño que llegase un dia en que llenase de gloria á su familia con los admirables hechos de su santidad. La docilidad con que escuchaba los consejos y advertencias de sus padres y maestros, la modestia que respiraban todos sus actos, y otras cualidades morales que son de suponer, formaban el encanto de los que le conocian. Dotóle tambien el cielo de un talento peregrino, en términos que á los doce años principió el estudio de la filosofía, á los catorce el de teología, y á los diez y siete ya parecia maestro en estas facultades; porque, ademas de lo dicho, era en estremo aplicado y empleaba en ilustrar su razon y su entendimiento, los ratos de ócio que otros jóvenes dedican á los juegos propios de la edad, ó á distracciones mas peligrosas. Cuando llegó el tiempo de tomar estado, Vicente manifestó á su buen padre la resolucion que habia formado de consagrarse en el retiro al servicio de Dios, como lo verificó, teniendo la famosa órden de Santo Domingo la gloria de recibirle en su seno. El primer acto de Vicente fué repartir entre los pobres necesitados la parte de hacienda que le correspondia. Los compañeros de Vicente notaron con admiracion los adelantos de este jóven religioso en las sagradas letras. Las Santas Escrituras, los Padres de la Iglesia, y en general los mejores libros devotos, sirvieron de objeto á las meditaciones de Vicente, que en recompensa de su mérito fué nombrado á poco tiempo lector de filosofía. Muy pronto la fama de su sabiduría atrajo á su escuela numerosos discípulos seglares que, en union de los religiosos, acudian á oir sus lecciones, lecciones que quedaban grabadas en la memoria de sus oyentes, porque veian a su maestro practicar las mismas saludables máximas que enseñaba. Al terminar el curso publicó un *Tratado sobre las suposiciones dialécticas*, que prueba que nuestro santo supo lo que en punto de materias filosóficas podia saberse en su época, así como descolló sobre sus coetáneos en lo relativo á las ciencias morales, eclesiásticas y sagradas. Deseoso de proseguir sus ejercicios escolásticos, pasó á Barcelona, y en la ilustre capital del Principado fueron oidas con admiracion sus predicaciones evangélicas. Afligia por entonces á la mencionada ciudad el terrible azote del hambre. Ninguna ocasion podia presentarse al santo mas oportuna para emplear todo el tesoro de sus virtudes y ardiente celo en favor de los pobres. Su infatigable actividad hallaba á veces recursos inopinados, y ya asistiendo á los enfermos en sus dolencias, ya consolando á los afligidos por la calamidad que los amenazaba, ya proporcionándolos medios de ocurrir á sus necesidades, ó animando á todos con sus palabras y ejemplo, se conquistó el amor de aquellos habitantes. Pero por grande que fuese la eficacia del santo, sus heróicos esfuerzos no eran suficientes á calmar la ansiedad de todo un pueblo sobre el cual la muerte batia sus alas; creció la angustiosa situacion de Barcelona, y ya parecia que hasta el cielo se habia olvidado de su suerte, cuando inspirado Vicente sube un dia al púlpito, y en medio de un inmenso concurso anuncia que muy pronto tendrian consuelo sus males. La desgracia habia hecho á muchos infelices incrédulos en este punto, así que, en los primeros momentos pensaron que la bella promesa del santo solo nacia de sus buenos deseos; pero luego comprendieron que una inspiracion divina movia los lábios de Vicente, y salieron de la iglesia con unas esperanzas que hacia largo tiempo no tenian. En efecto, en aquel mismo dia, á eso del oscurecer, llegaron al puerto dos buques cargados de trigo, con lo cual pudo por entonces remediarse la ciudad. El jóven religioso se graduó luego de doctor, por mano del cardenal Pedro de Luna, y en seguida regresó á Valencia en donde sus paisanos deseaban oirle, haciéndole el recibimiento mas lisonjero. Seis

años despues, el mismo Pedro de Luna, que pasaba por Valencia á Francia, de legado de S. S. en Paris, quiso que Vicente le acompañase, como lo verificó, llamando tambien la atencion de aquella culta capital con sus predicaciones. Regresó á Valencia en 1394, por cuyo tiempo murió el papa Clemente VII, siendo elegido por franceses y españoles para sucederle, Pedro de Luna, que en efecto ocupó el sólio pontificio, bajo el nombre de Benedicto XIII. No habia olvidado el antiguo cardenal á su amigo Vicente Ferrer, y así le nombró maestro del sacro palacio. El santo pasó con este motivo á Aviñon, y en el tiempo que permaneció al lado del pontífice, no dejó de aconsejarle que pusiera término al cisma que affigia el seno de la Iglesia católica; ofreciósela varias veces Benedicto, no se lo cumplió, mas no por esto se consideraba menos nuestro santo en el deber de insistir en su pretension; por otra parte, su presencia, predicaciones y ejemplo, no eran inútiles en una corte en donde reinaba la relajacion de costumbres. Aunque nunca quiso Benedicto condescender con los principales deseos de Vicente, su amistad no se entibió en lo mas mínimo, y para darle una prueba de ella le ofreció obispados, la púrpura cardenalicia y otras dignidades, que fueron rehusadas por el santo, mas amante del retiro del claustro que de la pompa mundana. Lo que él mismo solicitó fué el permiso para volver á su patria; concediósela el papa, y ademas le confió el cargo de misionero apostólico en el delegado y vicario suyo; con este carácter recorrió Vicente todas las provincias de España, menos Galicia, y las conversiones que logró desde la cátedra del Espíritu Santo, de judíos, mahometanos, herejes y cismáticos, fueron innumerables. Su santo celo se exaltaba con estos triunfos, que eran los de la doctrina de Jesucristo y de su Iglesia, y con el mismo objeto que le habia conducido á su patria, volvió á Francia, visitó el Languedoc, la Provenza y el Delfinado; dirigióse á Italia, recorrió las costas de Génova, la Lombardía, el Piamonte y la Saboya, el alto Rhin, parte de Flándes, y habiendo recibido una respetuosa carta de Enrique IV, rey de Inglaterra, en que le rogaba que pasase á predicar en sus Estados, Vicente partió para aquel reino, y esparció en sus principales ciudades, así como tambien en Escocia é Irlanda, la buena semilla que, merced á sus incansables desvelos, ya fructificaba en otros paises. Vicente era una de las celebridades mayores de aquella época; su nombre resonaba por todas partes, y en todas se pronunciaba con respeto y asombro. Pero pronto se vió precisado á tornar á Francia. A la sombra del cisma, el vicio levantaba su horrible frente en aquel pais, y los enemigos de la fe no solo se mostraban engreidos, sino que hasta parecia que se conceptuaban ya triunfantes. Bastó la presencia de Vicente para contener el mal de que se veian amenazados los principios católicos; su solo nombre parece como que era suficiente para conseguir la victoria. La mayor parte de las provincias de Francia oyeron la dulzura de su elocuencia, y se manifestaron conmovidas por su irresistible encanto; pero una de las que mas ciegas estaban en la perdicion era el Delfinado, en donde existia un valle llamado *Valpute*, ó valle de corrupcion, cuyos habitantes vivian en medio de los crímenes y de la mas vergonzosa crápula. Ningun ministro de la religion habia osado pisar aquel valle maldito, temeroso de pagar con la vida su apostólico celo, como si la religion no exigiese valor y sacrificios á aquellos cuyo deber es mantenerla siempre viva y siempre venerada. Vicente acometió esta gloriosa empresa, y justo es decir que la desempeñó de un modo el mas lisonjero, logrando la conversion de aquellos infelices y trocando el nombre de su valle por el de *Valpure*, ó valle de pureza. Iguales resultados dieron en Ginebra sus santas misiones, du-

rante las cuales escribió á su general manifestándole el estado de aquel pais despues de su predicacion. Deciale, entre otras cosas lo siguiente: «Convidado con las instancias mas espresivas al Piamonte, he instruido y predicado en él por espacio de tres meses en Monferrato y en los valles, y atraido á la fe una multitud de vodeses y otros herejes; el comun principio de estas herejías, es la ignorancia y falta de instruccion de aquellos infelices;» y poco despues esclama: «tiemblo y me avergüenzo cuando considero la sentencia fulminada contra los superiores eclesiásticos que viven á su comodidad en lugares ricos y poderosos, etc., cuando tantas almas redimidas con la sangre de Jesucristo están por su infelicidad pereciendo. *Yo ruego sin cesar al Señor de las mieses que envie á la suya un trabajador celoso.*» No solo la mayor parte de los príncipes cristianos de Europa deseaban conocer á Vicente y le llamaban á sus dominios para que esplicase en ellos la doctrina del Salvador, el mismo rey moro de Granada en virtud de la alta idea que tenia formada del sábio religioso español, le convidó con particular instancia á que pasase á su corte. Habiéndole concedido permiso para que allí predicase el Evangelio, fué tal el número de conversiones que alcanzó, que temiendo los nobles mahometanos la ruina de su secta, pudieron inclinar el ánimo del rey á que le despidiese. Recorrió luego algunos pueblos de Aragon, y en 1409 entró en Barcelona. Entonces parece que predijo al rey Martin de Aragon la muerte de su hijo, el rey de Sicilia, quien habia en efecto perecido. Los reinos de Leon, Castilla, Murcia, Andalucía, Asturias y otros, presenciaron los triunfos que cada dia alcanzaba Vicente con su palabra. En Toledo y Salamanca penetró en la sinagoga de los judíos, y una y otra fueron trasformadas en iglesias; la de la primera ciudad bajo el patrocinio de Nuestra Señora, y la de la segunda con el nombre de Santa Cruz. Agitaban por entonces terribles discordias los estados de Aragon, Valencia y Cataluña, motivados por la sucesion á la corona del primero de los tres reinos mencionados. Los pareceres estaban, como era consiguiente, divididos respecto de la eleccion de persona, crecian los males, y aquella situacion parecia no tener término posible, cuando por acuerdo de los tres estados se nombraron nueve diputados, con la mision de resolver á pluralidad de votos la difícil cuestion á su fallo sometida. Vicente fué uno de los comisarios elegidos por el reino de Valencia, juntamente con su hermano Bonifacio, general de los cartujos y con Pedro Beltran. Apoyó San Vicente la candidatura del infante don Fernando llamado el *justo*, en una arenga pronunciada ante los embajadores estranjeros y el pueblo; y habló con tanto entusiasmo, fundó en tales razones la conveniencia de elegir al príncipe que él designaba, que todos los votos se unieron al suyo, y don Fernando, fué unánimemente proclamado en Zaragoza en 1412. Nombróle este rey su predicador y confesor; pero Vicente prosiguió sus trabajos apostólicos en algunos otros paises hasta su muerte, acaecida en Vannes á 5 de abril de 1419. Así la vida como la muerte de este santo, fué señalada con milagros que constan mas particularmente en algunas historias estensas que hay acerca de él, y en las cuales se refieren con numerosos detalles otras circunstancias que nosotros omitimos en obsequio de la brevedad. El cuerpo de San Vicente fué depositado en la catedral de la ciudad en donde dejó de existir. San Vicente hubiera sin duda dejado muchas mas obras de las que se conocen de él, á habérselo permitido sus contínuas ocupaciones y desvelos en la predicacion evangélica que llevó á los pueblos principales de Europa. Hé aquí el título de algunas de dichas obras: Un *Tratado sobre la vida espiritual*, ó *sobre el hombre interior*. —Otro *sobre la oracion del Padre Nuestro*.—Una *Consolacion en las ten-*

laciones contra la fe, y siete *Epístolas* ó *cartas*. Verificóse la canonizacion de nuestro santo durante el pontificado de su paisano Calisto III, á quien habia profetizado que ocuparia el sólio de los papas. En 1458 publicó Pio II la bula de su canonizacion.

FERRERAS (Juan de). Nació en La Bañeza, diócesis de Astorga, á 7 de junio de 1652, siendo sus padres personas nobles, pero de escasos bienes de fortuna. Justamente se gloría España de poseer entre sus hijos este célebre historiador, que es uno de los primeros con que cuenta hasta el presente. Pero demos antes de pasar á sus obras, algunas noticias acerca de su vida. Conociendo su tio paterno la desgracia que seria, el que los talentos que anunciaba Ferreras desde niño, se perdieran por falta de medios para cultivarlos con una buena educacion literaria, se encargó de darle carrera, y al efecto le colocó en la casa de jesuitas de Monforte de Lemos, en la cual estudió con notable aprovechamiento, las lenguas griega y latina. Luego pasó á otros conventos de dominicos, y en ellos aprendió teología, filosofía, retórica y poética, con no menos adelanto propio que admiracion estraña, así por su raro ingenio como por su aplicacion al estudio. En Salamanca, á donde fué despues con objeto de acabarse de perfeccionar y abrazar el estado eclesiástico, recibió todas las órdenes; y en esta situacion, acudió al concurso de los curatos del arzobispado de Toledo, mereciendo, por los conocimientos que mostró, que le diesen uno de los de Talavera de la Reina. Poseia Ferreras grandes facultades oratorias, así es que, pronto logró admirar con sus predicaciones, granjeándose el aprecio y confianza de su arzobispo el cardenal de Aragon. No obstante, el clima de Talavera deterioró su salud en términos, que perdió la vista y padeció algunas otras incomodidades; por cuyo motivo pasó á la parroquia de Alvarez y consiguió restablecerse perfectamente. En un pueblo poco distante del que hemos citado últimamente, residia entonces el marques de Mendoza Ibañez de Segovia, hombre instruidísimo y con quien contrajo estrecha amistad Ferreras. Las lecciones que el ilustre marques dió á este de geografía, cronología y crítica, contribuyeron en gran manera á desarrollar las felices disposiciones de Ferreras, quien, ademas, se instruyó á su lado en el buen método de aprender y escribir la historia, á que era particularmente aficionado el jóven eclesiástico; de suerte que la posteridad (como dice muy bien un biógrafo) es deudora al marques de las obras de Ferreras. Trasladado este en 1685 á la parroquia de Camera, cerca de Alcalá de Henares, fué causa de que conociese y tratase á muchos de los sábios de aquella célebre universidad; cuyas frecuentes relaciones y correspondencias despertaron en el estudioso sacerdote, el deseo de perfeccionarse en la teología. En efecto, dedicóse á ella con aplicacion estraordinaria por espacio de doce años, y luego escribió un tratado completo de esta ciencia, que aun existe manuscrito en la biblioteca real. El haber servido Ferreras hasta entonces solo curatos de poca importancia, si bien no le habia proporcionado gran posicion en el mundo, favoreció como es de suponer á su ilustracion; puesto que aislado, digámoslo así, en las aldeas, todo el tiempo que le dejaba libre el desempeño de su sagrado ministerio, lo empleaba en adornar su entendimiento con nuevas luces. Por otra parte, no era hombre ambicioso, y cifraba su mayor gloria en tener amigos instruidos con quienes conversar y buenos libros que estudiar. Sin embargo, por mas que su modestia procurase ocultar su grande mérito, pronto llegó este á noticia del cardenal Portocarrero, como á la de otros hombres ilustres; y este prelado le llamó á la capital, poniendo bajo su direccion la parroquia de San Pedro, y nombrándole luego su confesor. No tuvo que arrepentirse

el célebre cardenal de haber favorecido á Ferreras, porque encontró en él un amigo tan leal como fiel consejero, en cuantos asuntos le consultó en lo sucesivo, ya como arzobispo de Toledo, ya como ministro y gobernador del Consejo de Estado. Desde entonces la fortuna empezó á sonreir á nuestro buen historiador; pero nunca llegaron sus halagos, ni los honores y dignidades de que se vió colmado, á variar en lo mas mínimo su modestia, su amable amistad, su sencillez y otras prendas que le hacian simpático á todo el mundo. Nombróle el nuncio apostólico examinador y teólogo de su tribunal, y hasta el monarca mismo quiso darle la presidencia del Consejo de Estado; conservándose todavía muchos de los escritos que compuso sobre diferentes cuestiones propuestas en ellos. Ofreciéronle tambien repetidas veces diversos obispados, como el de Monopoli, con el cual le convidaba el consejo del reino de Nápoles, y el de Zamora, con que el rey se proponia premiar su mérito. Nombrado sócio de la Academia española en 1713, fué uno de los que mas contribuyeron á la redaccion del Diccionario de la misma que se dió á luz en 1739, en seis tomos en fólio, y que indudablemente era el mejor que en aquella época existia. Felipe V le confió la direccion de su biblioteca; en cuyo destino, teniendo á mano una infinidad de preciosos documentos, de que carecia cuando principió su Historia de España en la parroquia de Alvarez, pudo continuar esta obra y enriquecerla con datos preciosos. Murió Ferreras en 1735, y leyó su elogio en la academia, don Blas Antonio Nazare y Ferriz. Hé aquí los títulos de sus mejores obras: *Disputaciones theologicæ de Deo uno et trino* etc. — *Parænesis ad Galliarum parochos.* — *Homilias de N. SS. P. latino-españolas.* — *Disertatio de predicatione evangelii in Hispania per Sanctum Apostolum Jacobum Zebedæum;* con el apéndice: *Dissert apologética*, etc.; disertaciones que han sido traducidas á diferentes lenguas. — *Disertacion sobre el monacato de San Millan.* — *Tratado académico en octava rima, en alabanzas del príncipe don Luis, aprobado por la real Academia.* — *La paz de Augusto, auto del nacimiento del hijo de Dios.* — *Divertimiento de Páscua de Navidad, en prosa y verso.* — *Varias poesías.* Considerado Ferreras como poeta, no es seguramente de los que mas descuellan por su númen; pero á un estilo noble, y á veces sublime, unia una pureza, una concision, una energía y una facilidad que tampoco se encuentran muy á menudo. En su coleccion de poesías hay sonetos, canciones y odas, que cuando vieron la luz pública, merecieron los aplausos y admiracion de los inteligentes. La composicion dirigida al príncipe don Luis, algunos de sus sonetos y canciones, y la poesía en que pinta la inconstancia de las grandezas humanas, son en estremo recomendables, y siempre serán leidas con gusto. — *Desengaño político.* — *Historia de España* (en diez y seis tomos en cuarto). Esta es la obra maestra de Ferreras. Comprende desde el orígen de la primera poblacion de España hasta 1589, cuatro años antes de la conquista de Granada. Los errores principales de nuestros historiadores ó cronistas mas antiguos, se ven corregidos en esta obra; la cronología se sigue en un órden mas rigoroso y exacto; las fábulas, contradicciones y disparates que afeaban nuestra historia, no se encuentran en la de Ferreras, cuyo estilo es, en general, puro, conciso y casi siempre elegante. Los hechos por lo regular, aparecen en ella bajo un punto de vista mas interesante, y el sano juicio y atinadas observaciones del autor, inspiran confianza al lector en la veracidad de sus relaciones. Algunos críticos descontentadizos, de esos que suelen tener por bello lo disparatado, y por malo lo bueno, se empeñaron vanamente en rebuscar en la obra defectos de que carecia, al paso que no atinaban con los que esta, como toda obra humana, tenia en realidad; pero

nuestro insigne historiador contestó modestamente con un libro titulado: *Defensa de don Juan Ferreras.* No solo España, sino muchas de las naciones de Europa, han considerado siempre á Ferreras como uno de nuestros primeros historiadores, y aun algunos le prefieren á Mariana. Los críticos estranjeros suelen comparar á estos dos ilustres sábios, con los italianos Guichardin y *Muratori*, el primero de los cuales tiene un estilo elegante, ameno y enérgico, propio de las grandes descripciones históricas, al paso que el segundo se limita á dividir un objeto en anales, y esplicar los hechos con claridad y exactitud. La obra de Ferreras tiene algunas faltas; pero encierra tales y tantas bellezas, que siempre será una de las primeras de nuestra literatura.

FERRET, llamado el *gran Ferret.* Debió esta calificacion no solo á su estatura gigantesca, sino á su fuerza estraordinaria, de que solo se sirvió para defender á su pais. Nació en el pueblo de Rivecourt (Francia) cerca de Yerverie, y desde su juventud fué mirado como una especie de Hércules, en vista de las pruebas de fuerza que hizo en varias ocasiones, solo comparables con las fabulosas hazañas que se leen en los libros de caballería. Cuando la insurreccion de los paisanos contra los nobles de Beauvoisis, acaecida por los años de 1356, Ferret fué uno de los que capitanearon algunas de las partidas de los primeros. Esta faccion, conocida con el nombre de *Jacquiers* causó grandes estragos en las propiedades de los castillos del Oise, en venganza de los crímenes cometidos por los nobles contra los diversos partidos que devoraban entonces el seno de la madre patria. Por último, las derrotas que sufrieron, y la amnistía que despues concedió el Delfin, y en la que tuvieron no pequeña parte las persuasiones del coloso frances, pusieron término á aquella desastrosa lucha. Desde entonces Ferret fué siempre modelo de fidelidad, y sirvió útilmente al Estado en cuantas ocasiones se presentaron. Inspirábales tal temor y respeto la valentia y la fuerza de Ferret, que no hubo necesidad mas que de su persona para mantener por largo tiempo el órden en las cercanías de Rivecourt. Los destacamentos ingleses, que frecuentemente recorrian las inmediaciones de aquel pais, no osaron nunca aproximarse al citado pueblo, como si en él habitase algun ogro, ó algun mágico cuyo solo aliento derribase los hombres. Nombrado lugarteniente de Guillermo de Alaud, comandante del castillo de Longüeil, y con solos doscientos paisanos defendió esta fortaleza de una manera maravillosa. Los ingleses no se atrevian á atacar el castillo á vista de su guarnicion, y mucho menos sabiendo que encerraba en su recinto al terrible Ferret; pero meditaron una sorpresa, por medio de la cual esperaban apoderarse del castillo sin gran riesgo. En efecto, cuando mas descuidados se hallaban los defensores del castillo, el enemigo penetra de repente por una brecha, que aun estaba por reparar, y se precipita en el gran patio. El número de ingleses ascendia á doscientos, perfectamente armados. El intrépido Alaud, no vaciló un punto en arrojarse sobre el enemigo dando mas oido á su valor que á la prudencia; pero pagó muy cara su osadia, pues la mayor parte de los suyos sucumbieron. Mas cauto fué Ferret. Armóse de un hacha formidable, reunió cuantos criados y soldados pudo, y despues de pronunciar algunas palabras para reanimar el valor de su gente, cae de improviso sobre los invasores, resultando de este choque algunos enemigos muertos. Noticiosos los paisanos vecinos de lo ocurrido, rodean el castillo armados de guadañas, cuchillos, flechas, y cuantos instrumentos útiles hallaron á mano, con el objeto de favorecer la reunion de Ferret con ellos. Así sucedió. Entonces el vigoroso Alcides vuelve con tal furia contra los ingleses, que á los golpes

de su hacha cayeron en un instante cuarenta y cinco de ellos. El jefe ingles enemigo hace inútiles esfuerzos para reunir á los suyos, é inspirarles el valor de que estaba animado; Ferret logró apoderarse de la bandera enemiga, matando al que la llevaba, y sin detenerse vuela á los fosos del castillo, logrando espulsar de él á los ingleses, de los cuales dejó tendidos á sus piés mas de cuarenta que hicieron resistencia. En cuanto á los demas, apelaron á la fuga, creyendo que así se salvarian; pero Ferret habia tomado tan acertadas disposiciones, que ninguno se libró de la muerte, siendo parte de ellos arrojados al campo por las murallas y pereciendo otros al filo de su terrible arma. Vuelven nuevas tropas enemigas á poco tiempo, y cuando aun no habia podido descansar Ferret, pero fueron tambien escarmentadas. Ofreciéronle un considerable rescate por los prisioneros que tenia en el castillo; Ferret, sin aceptarlo, los deja las vidas, aunque no la libertad. Dos dias contínuos de pelea, y los increibles esfuerzos que habia hecho, le causaron una calentura violenta con sed devoradora, á su regreso á Longüeil. Pero le dicen que una partida de doce ingleses intenta quitarle la vida, juzgándole indefenso, como en efecto lo estaba. El valeroso Alcides parecia próximo á exhalar su último suspiro; mas reanimado de repente, deja el lecho, coge un hacha y saliendo al encuentro de los ingleses mata á cinco, y logra dispersar á los restantes. Tal fué la última hazaña de este hombre estraordinario, cuya enfermedad agravada con el motivo que acabamos de indicar, le mató á poco tiempo y espiró con la serena tranquilidad de un cristiano.

FERTÉ (Enrique de Senecterre). Es mas conocido con el nombre de mariscal de La Ferté. Citamos este nombre, que es el de un distinguido general frances, del tiempo de Luis XIII, sin mas objeto que el de consignar un hecho que pinta admirablemente la avaricia, vicio que con la violencia de su carácter y su orgullo, oscurecia bastante las grandes cualidades que como soldado poseia. El hecho es el siguiente. A su entrada en Metz, se presentaron á él algunos judíos para rendirle el debido homenaje, pero Ferté dijo: «No quiero recibirlos; ellos fueron los que mataron á Jesucristo mi Señor.» Pero habiéndole manifestado que le llevaban un presente que consistia en una suma considerable, esclamó: «Pues dejadlos entrar; sin duda no le conocieron, cuando le crucificaron.»

FIDIAS. Nació en Atenas, y su nombre ha llegado hasta nuestros dias, rodeado de toda la gloria de los grandes artistas, atravesando los tiempos de Alejandro y de Augusto y los siglos bárbaros, en medio de la admiracion universal por sus magníficas esculturas. Poquísimas son las noticias que se poseen acerca de su historia particular, constando únicamente por las muchas investigaciones que se han hecho para conocerlo, que fué uno de los escultores que mas contribuyeron durante su vida á los adelantos de su arte. Hay, sin embargo, dos hechos que no dejan de ser importantes para el objeto de este artículo, hechos que constan en la historia cronológica de sus dias, y que no solo sirven para atestiguar las últimas épocas de la vida del célebre ateniense, sino para determinar las restantes. Hélos aquí: Segun el primero la estátua de Minerva, obra suya y colocada en el Partenon de Atenas, quedó concluida en el segundo año de la Olimpiada 85, esto es, 437 años antes de la venida de Jesucristo, y en los bajos relieves de la égida de aquella diosa, estaba él mismo retratado bajo la figura de un anciano calvo. Segun el segundo, el jóven Pantarces estaba representado en los bajos relieves del trono de Júpiter, en Olimpia, ciñéndose á la frente una corona que habia ganado en los juegos olímpicos en la lucha de los muchachos, año primero de la Olimpiada 86.

Dedúcese de los dos hechos que acabamos de consignar, que la Minerva del Partenon es anterior al Júpiter Olímpico, circunstancia que ha dado orígen á varias disputas entre algunos anticuarios y eruditos distinguidos. No se sabe de una manera positiva quién fuese el maestro de Fidias, pero la opinion mas probable es que estudiase con Hippias, segun Dion Crisóstomo; ó con Ageladas, segun otros. La Minerva *Area* ó Minerva guerrera de los de Platea, parece que fué la primera obra publica del grande artista, y que se erigió despues de las célebres batallas de Salamina y de Platea, aunque se erigió con el producto de los despojos arrebatados á los persas en la de Maraton. La estátua de aquella diosa era colosal, teniendo el cuerpo de madera dorada y las manos y piés de mármol pentélico. La diosa protectora de la ciudad, ó Minerva *Poliade*, fué igualmente uno de los despojos de Maratón, y estaba colocada en el Acrópolis de Atenas. Dicha estátua era de bronce, y estaba sobre la ciudadela, y tenia una elevacion tal que la cimera de su casco se percibia desde el cabo de Sumio. La magnitud de la obra parece indicar que fué ejecutada por Fidias en lo mas florido de su juventud, auxiliado por algunos otros escultores. Á la misma época se cree que pertenecia la estátua de Minerva de Pellesco, ciudad de la Acaya. No puede calcularse el valor de esta maravilla del arte, hecha de oro y marfil. Los preciosos materiales empleados en ella y el mérito singular de la obra, atestiguaban el gusto y la riqueza, así como tambien los progresos de la escultura, progresos admirables, pues hasta ahora no ha habido, no ya quien esceda á Fidias, sino (como dice un biógrafo) ni siquiera quien haya tenido la ambicion de igualar tan sublimes modelos. Despues de la ya citada batalla de Maraton quisieron los griegos consagrar una ofrenda en el templo de Delfos, y Fidias fué encargado de la obra, la cual se componia de trece estátuas de bronce, segun se presume, entre las cuales figuraban las de Apolo y Minerva, la de Milciades y diez héroes que simbolizaban las diez tribus de Atenas. Esta ofrenda pertenecia á la Olimpiada 87 ú 88, pues aunque no consta en la obra, se deduce de la circunstancia de que habiendo muerto Milciades en una prision, no hubiera tenido el puesto glorioso que ocupaba en la ofrenda, á no erigirse esta despues, como sin duda se erigió, y segun se cree, bajo el gobierno de su hijo el famoso Cimon. Ninguna de estas obras peregrinas satisfacia, sin embargo, la ambicion del escultor, cuando la mas inferior de ellas bastaria en nuestros tiempos para asegurar á su autor la mas sólida reputacion; así es que, el artista ateniense aun no habia puesto su nombre en ninguna. Su fama era admirada por todas partes, y los pueblos se disputaban el honor de poseer alguna de las bellas creaciones de su genio. Los habitantes de la isla de Lemnos habian ofrecido á sus aliados los atenienses, la estátua de la Minerva llamada *Lemniana*. Hízola Fidias; y tan acabada debió ser la creacion, tan peregrina la belleza que imprimió en toda su figura, que al pié de ella puso su nombre por vez primera. Al mismo tiempo pertenecen probablemente la *Amazona* del templo de Delfos, y la estátua de la madre de los dioses, incomparables esculturas que contribuyeron con las anteriores á asegurar á su autor una fama imperecedera. Cuarenta ó cincuenta años de edad tendria Fidias, cuando Pericles obtuvo el gobierno de la república ateniense, y en premio sin duda de los vastos conocimientos que poseia en escultura, fué nombrado superintendente de las obras públicas de la culta capital. Por aquella época debió, pues, principiarse la del *Partenon;* y aunque consta que no la dirigió él, sino Ictino y Calicrates, se sabe que la estátua de Minerva, colocada en el interior del templo, no menos que una parte de los esculturas esteriores, fue-

ron ú obra suya, como la de la diosa, ó hechas bajo su direccion, por discípulos suyos ó auxiliares elegidos por él. Mucho empeño debió mostrar en aquellas obras, pues no solo pedia para ejecutarlas *tiempo y tranquilidad*, sino que conforme las iba terminando las sometia á la censura y fallo del público, aprovechándose de cuantas observaciones juiciosas se le dirigian para la mayor perfeccion de las mismas. ¡Modestia singular, que realza estraordinariamente el mérito del artista! ¡Ejemplo notable, que debieran imitar los que envanecidos con sus propias fuerzas, no miran en el parecer ageno mas que aprensiones de la envidia ó desvarios de la ignorancia, por mas fundado que aquel sea! Fidias queria hacer de mármol la estátua de Minerva, por ser esta materia menos costosa que el márfil; pero habiendo consultado al pueblo: «Callad—le respondió este—el pueblo quiere que se haga de las materias mas preciosas y magníficas.» Hé aquí cómo describe un autor la obra que nos ocupa: «Tenia la estátua veintiseis codos de altura, ó cerca de treinta y seis piés y diez pulgadas; estaba en pié, cubierta con la égida, y vestia una túnica talar que la llegaba á los talones: con una mano empuñaba la lanza, y en la otra tenia una victoria de cerca de cuatro codos de alta. Dominaba su casco una esfinge, símbolo de la inteligencia celestial; en las partes laterales se veian dos grifos, cuya significacion era la misma que en la esfinge: y encima de la visera ocho caballos que partian al galope, siendo imágen, al parecer, de la rapidez con que obra el pensamiento divino. El ropaje era de oro, y las partes desnudas de marfil, á escepcion de los ojos que estaban formados de dos piedras preciosas. En la faz esterior del escudo, puesto á los piés de la diosa, se veia representado el combate de los atenienses y de las amazonas; en lo interior el de los gigantes y los dioses, en el calzado el de los lapitas y los centáuros, y en el pedestal el nacimiento de Pandora y otros muchos asuntos. El pueblo, que queria tener todo el honor de una empresa tan admirable, prohibió á Fidias por un decreto, que inscribiese su nombre en la estátua, mas al artista, para eludir esta prohibicion, se le ocurrió dar sus facciones á un ateniense que representaba en el combate de las amazonas, arrojando una enorme piedra, y á esta figura acompañaba otra en que se conocia á Pericles peleando contra una amazona.» El oro que se empleó en la construccion de esta obra maravillosa, ascendió segun unos á cuarenta y cuatro talentos, y segun otros, y entre ellos el abate Bartelemy, á cuarenta, que vienen á ser ochocientos cuatro mil setecientos cinco reales, treinta maravedises vellon de nuestra moneda. Los adornos del esterior del templo, fueron hechos en parte por Fidias, como hemos indicado, y en parte por sus discípulos ó auxiliares. Todas las esculturas que habia en esta parte de la obra eran de mármol blanco, lo mismo que el templo. En la cornisa de los frontispicios estaban representados varios asuntos mitológicos; en la entrada del templo, que miraba á oriente, se veia á Minerva saliendo del cerebro de Júpiter; esta escultura ocupaba el centro, teniendo á los lados á Céres y Proserpina, segun se cree, á un jóven que dicen era Teseo, el carro de Hyperion, una victoria alada, las Parcas y el carro de la Noche. En el frontis de occidente se distinguian á Minerva, en el centro como siempre, dando al Atica la rama de olivo, y á Neptuno el caballo, y á los lados una Victoria sin alas, Vulcano, Venus, el rio Ilisio recostado, Amfitrite, Palemon, Leucotre, Latona con sus dos hijos en el regazo y un héroe desnudo. El esterior de las paredes de la Cella estaba adornado de una manera, cuya ordenada, bella é ingeniosa complicacion era un verdadero esfuerzo de inteligencia artística. Consistia el adorno en una série de bajos relieves, á la altura del friso, por los cuatro lados del

templo, de suerte que comprendia una estension de mas de quinientos piés. Estos bajos relieves representaban la procesion de las grandes panateneas, en la cual se veian desfilar con solemne pompa, hombres, mujeres, niños, ancianos, sacerdotes, soldados, magistrados, pueblo, etc. á pié y á caballo y en diferentes actitudes. No podian faltar enemigos á la inmarcesible gloria de Fidias; así, pues, no bien se hubo terminado el monumento de que acabamos de dar una sucinta idea, uno de aquellos logró sobornar á un operario para que acusase, como lo verificó, al sublime escultor, de que se habia apoderado de cierta parte del oro que debió emplear en la estátua de la diosa. La calumniosa acusacion tenia por objeto, no solo perder á Fidias en el concepto público, sino tambien complicar á Pericles y derribarle del gobierno. Pero este último, adivinando sin duda lo que con el tiempo sucederia, habia mandado á Fidias al hacer la estátua de la diosa, que dispusiera su ropaje de suerte que se pudiera quitar sin estropearse nada. Así sucedió en esta ocasion, quitóse el vestido á Minerva, se pesó el oro, vióse que nada faltaba, y en su consecuencia, la acusacion solo sirvió para confundir al que la habia dirigido y á los que la promovieron. Irritados estos por el mal éxito de su tentativa, recurrieron á otro ardid, que no por absurdo dejó de producir resultados. Acusaron como sacrílego á Fidias, por haber puesto su retrato y el de Pericles en la égida de la diosa. Si la acusacion se admitia era inevitable la sentencia de muerte; y viéndose amenazado de prision el escultor, juzgó conveniente abandonar su patria y refugiarse en Elea. Encargado Fidias de hacer una estátua colosal de Júpiter, tambien de oro y marfil, para la ciudad de Megara, hubo de suspender esta obra, despues de concluida la cabeza, con motivo de varios acontecimientos políticos que por entonces ocurrieron, y entre ellos la lucha llamada coríntica, que empeñó á la Grecia en la desastrosa guerra del Peloponeso. De aquí tuvo tambien orígen la no menos fatal entre Atenas y Megara; y al cabo de algun tiempo la comenzada obra de Fidias fué terminada con yeso y arcilla por un escultor llamado Teocosme. Los de Elea habian ofrecido á Júpiter Olímpico un voto, que debia consistir en la estátua de este dios; y encomendaron la obra al célebre escultor ateniense, quien la desempeñó de una manera tan admirable, que entre todas las de la antigüedad ninguna hay que pueda compararse con ella, sino es la Venus de Praxiteles; baste decir, que fué comprendida en el número de las maravillas del mundo. Las siguientes líneas darán alguna idea de esta soberbia escultura. «Era mayor que la Minerva del Partenon, estaba sentada y tenia de altura unos cincuenta y seis piés geométricos, comprendiendo en esto la base; de modo que el dios era casi tan alto como lo interior del templo, y segun la espresion de Estrabon no hubiera sido posible levantarla sin quitar el techo del edificio; pensamiento sublime, por el cual inspiraba aquel coloso en la mente de los griegos una idea terrible de la inmensidad del Ser Supremo. Aquella magnífica estátua era de marfil y oro; en su diestra tenia una victoria de lo mismo, y en la mano izquierda un cetro coronado de un águila. Su calzado era de oro, así como su manto, en el cual habia representado Fidias, ya esculpidos, ya de esmalte, varios animales y flores, particularmente azucenas. El trono, embutido de ébano, oro y marfil, resplandecia y deslumbraba con las muchas piedras preciosas que en él habia engastadas, y estaba ademas enriquecido por todos lados con figuras de bajo relieve y pinturas. Veíanse allí las Gracias y las Horas, hijas de Júpiter; el Sol en su fulgente carro, el nacimiento de Venus, Diana asaeteando á los hijos de Niobe, Prometeo encadenado en la cumbre del Cáucaso, y otras varias composiciones. Pero lo

mas sorprendente y admirable de aquella obra inmortal, era la espresion de la cabeza de Júpiter. Preguntado Fidias por su hermano Paneno, que dónde habia encontrado el modelo, contestó que habia querido hacer sensible esta sublime imágen de Homero:

Dice, y bajó sus párpados divinos
así aprobando. En la inmortal cabeza
del Dios rey se agitó el sacro cabello
y tembló en el momento el vasto Olimpo.
ILIADA I.

La admiracion que causó Fidias con este prodigio del genio humano, última creacion suya, fué tal que despues de su muerte se conservaron por muchos años los instrumentos con que la habia ejecutado, y que, como todos los objetos pertenecientes á los grandes hombres, escitaron la curiosidad de los viajeros. Reconocidos los habitantes de Elea al autor de aquella maravilla, cuando Fidias murió crearon en favor de sus descendientes un empleo que se reducia á cuidar de la magnífica estátua, y limpiar el polvo que pudiera empañar su belleza.

FIELDING (Enrique). Nació en 1707 en Lharfam-Park, condado de Somerset; fué hijo de un teniente general, y se le mira como uno de los principales novelistas ingleses. Los escesos de su juventud disoluta destruyeron su salud, y agotaron su caudal, distribuyendo el tiempo, segun la feliz espresion de un crítico, entre Baco y Apoló, Venus y Minerva. Hallábase dotado Fielding de una imaginacion ardiente y demasiado libre, y no pudiendo reprimirla, se entregaba á ella enteramente, aun conociendo que su conducta licenciosa habia de hacerle pasar una vida llena de achaques, y de conducirle al sepulcro antes de tiempo. A los treinta años de edad contrajo matrimonio con miss Cradock, una de las jóvenes mas lindas y célebres del condado de Salisbury. Fielding, que ya habia consumido en devaneos su patrimonio, se vió por este enlace dueño de la considerable fortuna que su muger le llevó en dote; pero el estado matrimonial en nada alteró sus antiguos hábitos; el nuevo caudal fué disipado en poco tiempo, viéndose Fielding reducido casi á la indigencia. Habiendo enviudado, quiso seguir el foro, pero hubo de abandonarlo, porque ni la gota que le aquejaba, ni su poca inclinacion á aquella carrera, le permitian dedicarse á ella con asiduidad. Lo único que al parecer llenaba sus deseos, eran las tareas literarias, y escribió diez y ocho *comedias* y varias *novelas;* con cuyo producto y el destino de juez de paz en el condado de Mídlesex, pudo sostenerse, aunque no con mucha holgura. Los estragos que la disolucion habia causado en su naturaleza, fueron minando poco á poco su existencia, y consumido por una profunda languidez y una melancolía para las cuales no encontraba remedio, resolvióse á variar de clima, y pasó á Portugal en 1753; pero lejos de restablecer su salud, al año siguiente murió en Lisboa. Fielding era modelo de amigos, así como en el ódio era irreconciliable; sin embargo, nunca dió muestras de esta pasion en sociedad, ni en sus obras se traslucen indicios de ella, descubriéndose, por el contrario, la discreta moderacion que exige el trato de los hombres, y la decencia y superioridad del escritor. Por lo demas, era alegre, franco, leal, y tan generoso, que así en el tiempo de su fortuna, como en el de su pobreza, sus bienes sirvieron en mas de una ocasion para socorrer las necesidades de sus amigos. El siguiente rasgo pinta muy bien la nobleza de su carácter. Apremiado para el pago de una contribucion, y careciendo de recursos para satisfacerla, pidió á un librero diez ó doce guineas que necesitaba, á cuenta de una obra que pensaba escribir. Dirigíase ya á su casa con aquella suma, cuando encontró en la calle á un antiguo condiscípulo, á quien no habia visto hacia muchos años; y enterado del apuro en que este

último se hallaba, le entregó toda la cantidad que acababa de recibir, quedando mas satisfecho con esta buena accion, que si hubiera adquirido una gran fortuna. Al entrar en su casa le dijeron que el recaudador se habia presentado ya dos veces á cobrar, y Fielding contestó: «Que venga otra y serán tres; ha sido preciso cumplir con un amigo, y no habia de quedar yo mal, la primera vez que me ha necesitado.» Las principales obras de Fielding son las conocidas con los títulos siguientes: *Aventuras de José Andrews*, novela en que el autor ingles se propuso imitar el estilo y donaires de nuestro inmortal Cervantes.—*Tom*—*Jones* ó *El Espósito*, que Mr. de La Harpe considera como la mejor que en su género se ha escrito en Inglaterra.—*Amelia*.—*Rodrigo Randon*.—*Viaje al otro mundo*. Todas sus novelas se distinguen por la ternura de los sentimientos, la verdad de los caractéres, los rasgos brillantes, enérgicos y originales, y el gracejo y sales que abundan en ellas. El estilo es con frecuencia sentencioso, pero muchas veces se vuelve prolijo y hasta pesado por la aficion del autor á prodigar reflexiones y minuciosidades que debilitan el interes de la composicion. En las producciones dramáticas de Fielding, se encuentran escenas graciosas y chistes de buen género.

FIGUEROA (Bartolomé Carrasco de). Nació en Logroño por los años de 1510; y solo se sabe de él, que siguió la carrera del derecho, y recibió en Salamanca el grado de licenciado. Mostró desde muy niño gran aficion á la poesía, y aunque sus composiciones apenas son conocidas en la actualidad, sus contemporáneos las citan con elogio. Consignamos el nombre de este español, únicamente para que conste, que él fué quien primero introdujo en nuestra poesía los versos esdrújulos, desconocidos en todas las lenguas vulgares, menos en la italiana y la española, y que por su armoniosa cadencia son muy parecidos á los dáctilos de los griegos. Ya antes de Figueroa los italianos los habian tomado de los latinos. La única poesía que nos resta del autor que nos ocupa, es una cancion, compuesta toda ella de esdrújulos consonantes, y que se encuentra en el *códice* de don Manuel de Ugarte. Hé aquí cómo principia:

En tanto que los *árabes*
dilatan el *estrépito*
de su venida con furor *armígero*,
y los fuertes *alárabes*
con ánimo *decrépito*
quieren mostrar el nuestro afan *belígero*...
Nosotros mas *pacíficos*
sobre el almo *castálio*, etc.

Esta última palabra no es esdrújula en rigor; pero así se halla impresa en el citado *códice*. Ignóranse las demas circunstancias de la vida de Figueroa, como tambien el año de su muerte.

FIGUEROA (Francisco de). Nació por los años de 1540, en Alcalá de Henares, de una familia notabilísima. Es uno de los mas ilustres poetas del parnaso español, y de los que mas justa nombradía han conservado. En la universidad, entonces famosa, del pueblo de su naturaleza, siguió el estudio de las humanidades, con el aprovechamiento que prometian su genio y particular inclinacion á las letras. Tenia no menos aficion á la carrera de las armas, y así desde muy jóven pasó á Italia, militando en nuestros ejércitos como uno de los guerreros mas intrépidos. Poseia con tal perfeccion el idioma italiano, que así escribia en él como en el propio. Las eminentes cualidades que le distinguian, le conquistaron el aprecio de los sábios y personas principales de Italia, y fué admitido en las academias de Roma, Nápoles, Bolonia y Siena. La admiracion con que eran recibidas sus producciones, se dió bien á conocer cuando recitó en la academia de la primera de las capitales citadas un poema; pues ademas de ser coronado, honor que se concedia á muy pocos, le dieron el sobrenombre de *Di-*

vino, con el cual se le ha seguido distinguiendo hasta nuestros dias. Regresó á España despues de algunos años pasados entre las agitaciones de la guerra, y casó con una señora de noble calidad; en 1579 pasó á Flándes con don Cárlos, duque de Terranova, que le honraba muy señaladamente con su favor y amistad; pero deseando Figueroa pasar una vida mas tranquila y dedicar al ameno trato de las musas el resto de sus dias, regresó á su patria, en donde murió hácia el año de 1620. Las prendas particulares que adornaban á nuestro poeta, hacian doblemente apreciable su talento, pues á una gallarda presencia, amable trato, y discreta política, unia una modestia singularísima, de la cual dió una estraordinaria muestra en la última hora de su vida, pidiendo que quemasen á su presencia todas sus poesías. Así se hizo, y el insigne poeta vió con la mayor sangre fria á las llamas devorar en un momento la mayor parte de sus composiciones, salvándose únicamente algunas por mano de sus amigos, que son las que se conocen y las que dan la medida de sus grandes talentos poéticos. Imprimiéronse estas en Lisboa, seis años despues de su muerte, con el título de *Obras en verso, de Francisco de Figueroa*. Pocos escritores habrán gozado una consideracion, ó mas bien una fama tan general. Las personas mas eminentes por su sabiduría, por su posicion, por su rango; literatos, grandes, príncipes, todos solicitaban á porfía el honor de su correspondencia y trato, y era, digámoslo así, el oráculo de su patria. Refiérese que al entrar un dia nuestro poeta en un aula de humanidades, el catedrático se levantó respetuosamente de su puesto, y le recibió al punto, dirigiéndole un discurso latino. Pertenecia Figueroa al número de los buenos poetas de nuestro siglo de oro, siendo considerado en dicha época como el primero de todos ellos, y el que lugar mas distinguido ocupa despues de Boscan y Garcilaso. Las pocas producciones que de él nos quedan son modelos de pureza, y de buen gusto, ya estén escritas en italiano, ya en español; y si por ellos ha de juzgarse, no se puede menos de confesar, que Figueroa hubiera sido un gran poeta en todas las naciones. Cultivó con preferencia á los demas el género llamado pastoral, sobresaliendo entre las composiciones de este género la conocida cancion que empieza:

> Sale la Aurora, de su fértil manto
> rosas suaves esparciendo y flores, etc.

y estos versos:

> Sobre nevados riscos levantados
> cerca del Tajo está un lugar sombrío etc.

Su soneto á la muerte de Tirsis y su egloga de *Codro* y *Laura*, respiran delicada ternura y sentimiento esquisito, y se miran como perfectos modelos en su clase. La vida de este célebre poeta está escrita detalladamente en un discurso del cronista Luis Tribaldon de Toledo. El gran Lope de Vega le cita con merecido elogio en su *Laurel de Apolo*, y don Manuel José Quintana le cuenta, en su coleccion de *Poesías selectas castellanas*, en el número de los que mejor supieron conservar la naturalidad, la modestia y la sencillez de nuestra poesía, añadiendo, por último, que «en su égloga de Tirsis dió el primer ejemplo de buenos versos sueltos castellanos.»

FIGUEROA (Cristóbal Suarez de). Nació en Valladolid, en el año de 1586. Siguió y concluyó la carrera del derecho, y aun recibió el grado de doctor; pero pronto la abandonó para dedicarse esclusivamente al estudio y cultivo de las bellas letras, logrando con el tiempo, no solo distinguirse entre sus contemporáneos, sino lo que es mas raro, en atencion á la época en que vivió, disfrutó ciertas comodidades debidas al producto de sus tareas. Las obras que publicó, así en prosa como en verso, adquirieron mucha celebridad, y aun algunas de ellas son hoy

dia muy apreciadas, por las sobresalientes dotes que las adornan. Dióse á conocer en el mundo literario con un tratado de educacion, titulado: *Espejo de la juventud*. Siguió á esta obra *La Constante Amarilis*, poema pastoral, á imitacion, é imitacion felicísima, de la *Diana* de Montemayor y de la de Gil Polo. Considerado el siglo en que el autor la escribió, esta obra pudiera honrar á cualquiera literatura, y justamente debemos envanecernos de poseerla en la antigua española, porque su estilo correcto y fluido, el interes de la fábula, el ingenioso artificio en la conduccion y accidentes de las escenas, y la suavidad y dulzura de los versos que contiene, unido á la gran viveza y fecundidad de la fantasía, y á otras bellezas de no menor bulto, la señalan un lugar muy adelantado en el catálogo de nuestros antiguos vates. Tradujo el *Pastor Fido* de Guarini, y de este trabajo no dirémos mas sino que está mirado como una obra clásica, así por la exactitud con que ha sido interpretado el original, como por las infinitas bellezas de la versificacion. No mereció tanta aceptacion la *España defendida*, y no porque deje de tener cualidades recomendables en alto grado; pero el autor carecia de talento para la epopeya, y siendo el de Figueroa mas propio para los asuntos tiernos, sencillos y delicados, como el de la Amarilis, mal podia elevarse á la altura que exige el poema heróico. Escribió asimismo una *Historia analítica ó relacion de todo lo que hicieron en Oriente los padres de la compañía de Jesus por la propagacion del Evangelio;* obra interesantísima por las noticias curiosas y nuevas de los paises de Oriente que visitaron los jesuitas por los años de 1607 y 1608. Tenemos, ademas, de él, las siguientes: *Hechos del marques don García Hurtado de Mendoza*, en que el poeta castellano celebra las hazañas de su héroe. — *El Pasajero: advertencias utilísimas á la vida humana.* — *Noticias importantes á la humana comunicacion*. Esta y la anterior son dos colecciones de preceptos y máximas morales, escritas no solo en estilo elegante y sentencioso al mismo tiempo, sino siguiendo unos principios dignos seguramente de Epicteto y de La-Bruyere.—*Plaza universal*: especie de coleccion enciclopédica de manuales de ciencias y artes, traducida del italiano. Murió Figueroa en su patria en 1650, é hicieron su elogio varios escritores famosos de su tiempo; tambien Miguel de Cervantes le cita en su *Viaje al Parnaso*, en los términos siguientes:

> Figueroa es estotro, el doctorado
> que cantó de Amarilis la constancia,
> en dulce paz y verso regalado.

FILANGIERI (Cayetano). Nació en 18 de agosto de 1752. Fueron Nápoles su patria, y sus padres César, príncipe de Arianello, y Mariana Montalto, hija del duque de Fragnita, descendientes de una antiquísima é ilustre familia, que traia su orígen de la monarquía napolitana; y que por una série de acontecimientos ocurridos en el órden de la sucesion feudal, fué con el tiempo privada de la mayor parte de sus feudos, quedándole uno solo, que posee todavía, si bien continuó comprendido en el número de las cuatro primeras baronías del reino. Cayetano Filangieri fué uno de los publicistas del siglo XVIII, que mas contribuyeron con sus talentos á los progresos de la moderna legislacion, y sus obras son tan conocidas y apreciadas, que pocos escritores habrá con mas derecho á la consideracion del biógrafo. Entró Filangieri á servir en la milicia á la edad de catorce años, por haberle destinado su padre á esta carrera, que muy pronto abandonó por la feliz casualidad que vamos á referir. Disgustado Filangieri del mal método que entonces se empleaba en la enseñanza del latin, que empezó á aprender, apenas ponia cuidado en su estudio, en términos que hasta llegó á suponérsele casi incapaz de seguir una car-

rera literaria. Pero aquella aversion lo que probaba únicamente, como despues se vió, era la rectitud y no los cortos límites de su inteligencia. El maestro del hermano mayor de Filangieri, habia propuesto un problema, con cuya resolucion ni él ni su discípulo acertaban; Filangieri advirtió en dónde estaba el error, demostrólo al preceptor; y alentado por el buen éxito de su atinada observacion, abandonó las armas para dedicarse á las ciencias y á la filosofía. Pronto se vió cuán grande era la capacidad de aquel á quien tan mal habian juzgado poco antes, por los progresos que en breve hizo, llegando á poseer á la corta edad de veinte años, estensivos conocimientos en los idiomas griego y latino, en historia antigua y moderna, en principios de derecho natural y de gentes, y en fin, en casi todas las partes de las matemáticas. Entonces concibió el proyecto de escribir las dos obras que mas celebridad le han dado, á saber, una sobre la educacion pública y privada, y la otra sobre la moral de los principios, fundada en la naturaleza y en el órden social. Estas dos fueron mas tarde comprendidas en su grande obra. Deseaba su familia que se dedicase al foro, y Filangieri, aunque contra su gusto, cedió por segunda vez, logrando distinguirse por su elocuencia y sabiduría, de una manera que anunciaba ya lo mucho que habia de deberle la ciencia de las leyes. Habiendo espedido el rey Cárlos III un decreto en 1774, encaminado á corregir los abusos que se habian introducido en la administracion de justicia, lo defendió Filangieri, probando su utilidad en un escrito dedicado al ministro Tanucci, quien no pudo menos de admirar los profundos conocimientos y madurez de juicio del jóven jurisconsulto, á quien aconsejó con grande interes que siguiese la carrera que con tanto acierto y lucimiento comenzaba. Tres años despues fué nombrado Filangieri mayordomo de semana y gentil hombre de cámara del rey, y oficial del real cuerpo de guardias marinas al servicio inmediato del monarca. En la escuela de Vico, que ya habia publicado sus magníficos *principios de una ciencia nueva*, fueron establecidos los principios del derecho natural, del de gentes y de la legislacion, sobre distintas bases que en las de Grocio y Pufendorf. En Milan la aplicó Becaria á las leyes particulares, que tienen por objeto la represion de los crímenes, produciendo con su libro una verdadera revolucion en la jurisprudencia criminal. Pero faltaba una obra que comprendiese todos los ramos de la legislacion, que considerase y examinase esta ciencia bajo todos sus puntos de vista, fijando los principios universales de ella; tarea grande, trascendental, y que requeria en el que hubiese de llevarla á cabo, un talento y una penetracion vastísimos; Filangieri se propuso acometer esta empresa. Despues de largas y profundas meditaciones, trazó el plan de su grande obra, que fué dividida en siete libros. Publicáronse los dos primeros en Nápoles en 1780, y no solo Italia, la Europa toda los recibió con prodigiosa aceptacion, mirando ya al autor, que aun no tenia veintiocho años, como una de las celebridades de la época. Comprendia el primer libro las reglas generales de la legislacion, demostrando que esta ciencia las debe tener como todas las demas, y que son las que él se propone establecer; trataba el segundo de las leyes políticas y económicas, examinando dos grandes objetos, á saber: la poblacion y las riquezas. El tercero, que salió á luz tres años despues, estaba dedicado á la legislacion criminal; el cuarto á la educacion, las costumbres y la instruccion pública; este lo escribió en el pueblecito de Cava, á mas de veinte millas de Nápoles, á donde se habia retirado, renunciando antes los empleos que disfrutaba en la corte y en la milicia, para dedicarse con mas tranquilidad á sus meditaciones sobre la obra que habia emprendido, y reposar en el seno de la felici-

dad doméstica, mas llena de atractivos entonces, porque el célebre publicista se habia casado con Carolina de Frendel, jóven y hermosa húngara, aya de una de las infantas y persona tan amable como instruida. Habia propuesto Filangieri en su segundo libro la supresion de las propiedades eclesiásticas; alarmóse la corte de Roma con esta idea del publicista napolitano, quien ademas, ofreció para el quinto la reforma de los abusos del poder de aquella misma corte. Los resultados fueron los que debian esperarse; esto es, tan lisonjeros para el autor, como fatales para los que intentaron perseguirle. La congregacion del *Indice*, espidió en 6 de diciembre de 1784 un decreto prohibiendo la *Ciencia de la legislacion*, decreto que fué suficiente para que esta obra adquiriese una popularidad inmensa, y fuese reimpresa en varios paises, y buscada y leida hasta por las personas mas estrañas á la ciencia. Principió Filangieri el libro quinto, referente á las leyes relativas á la religion; pero el escesivo trabajo habia quebrantado su salud, en términos que hubo de suspenderlo por algun tiempo, y proseguirlo despues con mas calma. Agregóse á esta circunstancia la de que el nuevo rey Fernando IV, deseando tener á su lado un hombre de tan estraordinario mérito, le llamó á la corte en 1787, á su consejo supremo de Hacienda. Enfermaron tambien su esposa y su hijo mayor, y él mismo contrajo una profunda melancolía que le obligó nuevamente á retirarse á Vico Equense, en donde al año y cuando solo contaba treinta y seis de edad, murió despues de veinte dias de crueles padecimientos. Esparciéronse siniestros rumores acerca de esta muerte prematura; rumores tal vez infundados, pero que por entonces se creyeron muy ciertos, por la circunstancia de haber demostrado Filangieri en el consejo lo perjudicial del sistema comercial de los ingleses á todos los pueblos de Europa, y especialmente al reino de Nápoles, en ocasion en que gozaba gran favor en la corte Acton, oriundo de Irlanda y vendido á los ingleses. En los últimos dias de su vida concluyó Filangieri el tomo 8.° de su obra, que contenia la primera parte del quinto libro, relativo á todas las religiones anteriores al cristianismo, libro tan precioso por la vasta erudicion que en él muestra el autor, cuanto por su sana crítica y mucha filosofía. *La ciencia de la legislacion* quedó, pues, incompleta, pero aun así su valor es inestimable, y ninguna obra acerca del mismo asunto, ha tenido jamas tal aceptacion, ni circulacion mas rápida y general, pues las ediciones se han multiplicado maravillosamente en casi todos los paises de Europa. Otras dos obras proyectaba el ilustre jurisconsulto, habiendo titulado la primera: *Nueva ciencia de la ciencia*, y la segunda: *Historia civil universal y perpétua*, que segun el plan del autor, debian comprender, aquella todas las ciencias reducidas al corto número de principios generales, de donde nacen todas las séries de verdades y teorías que las constituyen, estableciendo de esta suerte la metafísica de las ciencias, reduciéndolas todas á una sola universal y superior; y la última las historias particulares de todas las naciones, la historia general y constante del hombre, de sus facultades, inclinaciones, etc., con la del antiguo y nuevo mundo, y los diversos períodos de la sociabilidad, perfeccion y cultura del hombre. El cielo habia dotado á Filangieri de una fisonomía simpática, elevada estatura, gallarda y distinguida presencia, ojos que espresaban una dulce melancolía, incomparable bondad, sencillez en sus costumbres y trato ameno, variado é instructivo.

FILEMON y BAUCIS. Nuestro pensamiento, al anunciar el diccionario histórico en cuya redaccion nos ocupamos, no ha sido solo ofrecer á nuestros lectores una obra erudita, es tambien

publicar un libro de útil é interesante recreo; y hé aquí porque, al lado de las biografías de personajes que han existido y pertenecen á la historia, colocamos las de los dioses de la antigüedad y mitológicos ó fabulosos héroes. La historia de los que son de este artículo biográfico, pertenece al número de las últimas, y es, por cierto, una de las mas juiciosas y morales. Vamos á narrarla tal como en su inimitable estilo, aunque adornada con las galas de la poesía, nos la refiere uno de los mas célebres poetas franceses, el sencillísimo y profundo La Fontaine. «Baucis y Filemon se unieron con indisoluble lazo en la primavera de sus dias. El tiempo y la posesion respetaron la ardiente llama de su amor, y no parecia sino que Cloto se complacia en hilar la trama de su existencia. Cuarenta años cultivaron juntos sus campos sin conocer el cansancio ni el tédio: ellos solos constituian su república; ningun criado les usurpaba el placer de servirse; suyo era el trabajo, y doble por esto mismo la satisfaccion que al ver cumplidos sus inocentes deseos esperimentaban. La edad cubrió su frente de arrugas, y á su amoroso fuego sucedió una amistad dulce y tierna. Vivian en las inmediaciones de una ciudad, cuyos habitantes unian á la dureza propia de corazónes corrompidos, la mas vil y solapada hipocresia. Júpiter, para acabar de probar á aquella deprabada generacion y castigarla, como cumplia á su justicia, bajó con su hijo y mensajero el dios de la elocuencia á visitar aquellos lugares. Ambos iban disfrazados de peregrinos. Llaman á todas las puertas y ninguna se les abre; resueltos á abandonar la ciudad maldita, descubren á la salida una humilde choza: dirígense á ella, y Filemon apenas oye llamar á Mercurio. «Entrad, les dice presentándose en el umbral, descansad aquí y disponed de todo cuanto tenemos; los dioses nos lo han dado para que lo partamos con nuestros semejantes. Pasad, pues, adelante, mas saludad antes á estos penates de arcilla: jamas fué el cielo tan propicio á los hombres, como cuando el mismo Júpiter se veia representado en efigie de tosca madera; ahora que le erigen estátuas de oro se muestra sordo á sus súplicas. Sentaos, ya no debe de tardar Baucis, mi mujer; venis calados, acercaos á la lumbre, y poned á secar vuestros vestidos. Aunque pobres, nunca hemos dado lugar á que nuestros huéspedes salgan descontentos de nuestra cabaña.» Baucis, que habia llegado ya, enciende el poco fuego que quedaba; y los peregrinos, al calor de algunas ramas secas arrojadas en el hogar, secan sus mantos empapados por la lluvia. Mientras Baucis les prepara un modesto banquete, compuesto de sencillos, pero saludables manjares, Filemon procura distraerles hablándoles, no de la pompa y majestad de los reyes, ó de la falaz fortuna, sino de los dioses, del campo, de los placeres de la vida pastoril y sencilla. La mesa está puesta; tosco, pero limpio mantel la cubre, sobre el cual brillan, ó esparcen agradable perfume los ricos frutos de Ceres. Sirven de asiento á los divinos huéspedes unos pequeños escabeles cubiertos de verdes tapices, que aunque viejos y raidos solo salen del arca que los oculta en ocasiones solemnes. Baucis y Filemon les presentan una cristalina copa llena de grosero vino mezclado con agua pura; los peregrinos beben el uno despues del otro y el licor no se agota. Baucis se admira, mas Filemon reconoce en vista de aquel prodigio á los sagrados viajeros; ambos se postran de hinojos en su presencia, y Júpiter toma su propia forma. «¡Escusa nuestras faltas, señor supremo! esclama Filemon. ¿Hay algun mortal que se crea digno de recibir en su morada á tan soberanos huéspedes? Poco delicados, en verdad, son los manjares que os hemos ofrecido, pero aun cuando fuéramos reyes, ¿podríamos alojar en nuestra casa y tratar dignamente á los dioses? Señor, ved nuestros corazones; cuanto la tierra y el mar abarcan, no es suficiente

para dar un solo festin al soberano del mundo.» Baucis sale corriendo á buscar una perdiz, que hacia algun tiempo criaban, para ofrecerla á los viajeros; pero por mas esfuerzos que hace no puede cogerla, y el animal acosado se refugia entre los piés de Júpiter, quien intercede por ella. Ya los valles se cubrian de sombras; los dioses salen de la cabaña y mandan á los esposos que los sigan. «Quiero, dice el señor del cielo, castigar, las culpas de la ciudad: tú, Mercurio, llama á los vapores. ¡Ah, gentes malvadas y feroces! pues antes no quisisteis abrir vuestras puertas y vuestros corazones á la compasion, recibid ahora el premio de vuestra crueldad! Dicho esto, las nubes, que oscurecian ya aquel hemisferio, empiezan á descargar mares de agua y á formar en la tierra torrentes que todo lo arrasan: hombres, animales, árboles, casas, todo desaparece en menos de una hora. Filemon y Baucis contemplan esta catástrofe juntamente con los dos peregrinos desde una alta montaña. Baucis, viendo el universal estrago, derrama en secreto algunas lágrimas: ambos quedan sorprendidos cuando, disipada la tormenta, miran convertida la ciudad en un inmenso lago, y su cabaña transformada en magnífico templo de blancas marmóreas paredes, y aureo elevado techo que se pierde en las nubes. «¡Señor! esclaman á un tiempo, así colmais de honores á tan pequeñas criaturas! ¿Tendrémos nosotros corazon bastante puro para presidir allí á los honores divinos? Si así lo creeis, hacednos vuestros sacerdotes, para que os ofrezcamos los votos de los peregrinos. Júpiter escuchó sus inocentes ruegos. ¡Ah! añadió el sencillo Filemon; si vuestra mano omnipotente quisiera favorecernos hasta el fin, ambos moriríamos juntos sirviendo vuestros altares, y ni yo lloraria la pérdida de mi amada Baucis, ni ella la mia.» Júpiter les concedió tambien esta última gracia; un dia en que se hallaban sentados en el átrio del templo y rodeados de una multitud de peregrinos, á quienes Filemon referia la milagrosa historia, volviendo de cuando en cuando los ojos á su compañera, notó que esta se transformaba en árbol, y que tendia á todos lados sombrías pobladas ramas; él mismo advierte en sí igual metamorfosis: uno y otro se dicen adios con el pensamiento, pues todo su cuerpo se convierte en insensible madera. Maravillados cuantos presenciaban la increible transformacion, quedaron sin poder articular palabra; Baucis se cambió en tilo y Filemon en encina. Todavia se les ve allí para atestiguar á los hombres cuál premio deben esperar el amor sencillo, los deseos justos y moderados y la franca hospitalidad.

FILICAYA (Vicente de). Nació en Florencia en 1642, y ocupa uno de los puestos mas eminentes entre los primeros poetas líricos de Italia. Cuando la libertad de Viena, por Juan Sobieski, rey de Polonia, y por Cárlos V, duque de Lorena, se hallaba Filicaya en una casa de campo, á donde se habia retirado con el objeto de dedicarse con sosiego al estudio y cultivo de la literatura, y habiendo tenido noticia de aquel acontecimiento casi inesperado, porque sitiaban á la capital mencionada doscientos mil turcos, escribió repentinamente, inspirado por el entusiasmo que le causaba tan fausta nueva, seis *odas* ó *canciones*, cuyo éxito fué tan estraordinario, que logró escitar la admiracion general y que se le concediese la dignidad de senador en el gobierno de la ciudad de Volterre, y despues en el de Pisa. Despues de morir Filicaya en 1707, su hijo publicó dichas composiciones en una coleccion titulada: *Poesías toscanas de Vicente de Filicaya.*

FILIPO. Nació por los años 383 antes de Jesucristo. Fué rey de Macedonia, hijo de Amintas II y padre de Alejandro el Grande. La Macedonia no habia podido constituirse aun, despues

de una serie de diez y seis reyes, como una verdadera nacion, como un pueblo independiente y que tiene vida propia, viéndose siempre á merced de la proteccion estraña, y siendo tributario unas veces de Atenas ó de Tebas y otras de Esparta. Los macedonios suponian ser de orígen griego, pero esto no impedia que fuesen tratados como bárbaros por los griegos, tanto que el mismo Alejandro I, rey de Macedonia, fué en una ocasion escluido de los juegos olímpicos, por la circunstancia espresada, y solo se le admitió en ellos luego que hubo probado que era oriundo de Argos. Igual calificacion aplica Demóstenes á Filipo en varios de sus discursos; pero este príncipe, dotado de un genio estraordinario y á cuya ambicion venian estrechos los límites de sus estados, mostraba ya lo que habia de ser con el tiempo, constituyéndose en árbitro de la Grecia y preparando á su hijo Alejandro el camino de sus vastas conquistas en aquel pais y en las regiones del Asia. El autor del *Discurso sobre la historia universal*, se espresa en estos términos: «Filipo, tan hábil como valeroso, en parte por la fuerza, y en parte por la maña y la política, obligó á todos los griegos á seguir sus estandartes;» y Bossuet añade, hablando del reinado de Filipo y Alejandro: «Alejandro encontró á los mecedonios no tan solo aguerridos sino tambien triunfantes, y por medio de sus victorias casi tan superiores á los demas griegos en valor y disciplina, como estos lo eran con respecto á los persas y sus semejantes.» Cuando murió Amintas dejó tres hijos legitimos, Alejandro, Pérdicas y Filipo, y otro natural llamado Tolomeo. El primero solo reinó un año; sucedióle Pérdicas, y en virtud de una de las condiciones del tratado que aceptaron, tanto el nuevo rey como su hermano natural Tolomeo, que le habia disputado el trono, Filipo fué conducido en rehenes á Tebas con treinta individuos mas de las principales familias macedónicas, como garantia de la ejecucion del tratado. Epaminondas fué el encargado de custodiar y educar al jóven Filipo, quien supo realizar las esperanzas de su maestro, que siendo al propio tiempo gran filósofo, escelente capitan y profundo político, dió á su real alumno lecciones sábias y dignas de uno y otro. Aprendió perfectamente Filipo el arte de la guerra y el del gobierno, mas no supo adquirir otras grandes cualidades que adornaban á su ilustre preceptor, como la justicia, la grandeza de alma, el desinteres y la templanza, si bien siempre se glorió Filipo de haber sido discípulo de aquel grande hombre, á quien, segun manifestaba á menudo, se proponia por modelo. Así, pues, la misma Grecia crió por espacio de algunos años, al que andando el tiempo habia de esclavizarla. Sabe Filipo que su hermano Pérdicas ha muerto, y no bien llega á sus oidos la noticia, abandona furtivamente á Tebas, llega á su patria, se declara tutor del jóven príncipe, se apodera de las riendas del gobierno, y poco tiempo despues depone á Amintas y se proclama rey, en el año 360 antes de la era cristiana, siendo, segun los historiadores, el primer monarca de Macedonia que se adquirió la fama de usurpador. Pronto, sin embargo, borró de la mente de su pueblo la idea del crímen que acababa de cometer, por medio de acciones propias de un gran príncipe. Premió el mérito, reanimó el espíritu público abatido por el estado anterior de dependencia, estableció sabias leyes, reformó la disciplina del ejército, y creó la famosa falanje macedónica, cuyas hazañas fueron innumerables, y que solo pudo destruir muchos años despues Paulo Emilio, concluyendo con ella la monarquía de Macedonia. La sagaz política del hijo de Amintas se dió á conocer desde sus primeros actos; celebró una paz capciosa con los atenienses; declaró libre á la ciudad de Amfípolis, y la constituyó en república, poniéndola de este modo en pugna con sus antiguos señores; desarmó á los peonios,

mediante ricos presentes y promesas falaces, sometiéndolos despues á su dominacion por las armas; venció á Argeo, derrotó á los ilirios, etc. Todos estos hechos, en que la fortuna auxilió no poco á su genio perspicaz, le aseguraron en el trono, le hicieron respetable y temible á sus vecinos, y le dejaron completamente desembarazado de sus enemigos, al propio tiempo que su reino prosperaba con maravilloso esplendor. Pero necesitaba Filipo un teatro mas espacioso á su política y á sus hazañas. Las luchas rivales de Esparta y Grecia habian debilitado muchísimo el poder de estas dos naciones; al paso que Tebas, aleccionada con la esperiencia, fué elevándose poco á poco en disposicion que ya aspiraba á obtener la supremacía. Entonces pensó Filipo en el imperio de la Grecia, y desde aquel momento nunca dejó de trabajar con constancia en el plan de la conquista, ya derramando el oro por todas partes para mantener correspondencias secretas en todas las ciudades, ya valiéndose de otros mil medios, rodeos y artificios, por espacio de veinte años, conservándose, como dice Tourriel, impenetrable aun á los amigos de su mayor confianza. Ya hemos visto que cuando se lo aconsejó la conveniencia, libertó á la ciudad de Amfípolis; ahora le verémos apoderarse de ella, así como tambien de Piduo, de Posidea y de Crenides, tomando entonces el nombre de conquistador. Enciéndese la guerra sagrada que pone en agitacion á toda la Grecia, pero el príncipe macedonio permanece neutral, atento únicamente á su ambicion, mientras los partidos se debilitan y destruyen, que era el objeto que él se proponia para despues vencerlos á todos mas fácilmente. Pasado algun tiempo ataca á los tracios, apodérase de la ciudad de Methon y la arrasa; en esta ocasion quedó tuerto del ojo derecho, dando este suceso, motivo para que le llamasen *Cíclope*, dictado que le irritaba en estremo. Ya por entonces se habia casado con Olimpias, hija de Neoptolemo, rey de los molosos ó de Epiro, y hallándose ausente de la capital de su monarquía, recibió tres nuevas felices, segun se lee en Plutarco: á saber, la de haber sido coronado en los juegos olímpicos; haber ganado Parmenion, el mejor de sus generales, una gran victoria, y el haber dado á luz su esposa un hijo que fué Alejandro el Grande. Loco de alegría, se dice que entonces pidió á Júpiter que le enviase por tantos bienes alguna leve desgracia. Parece que habiendo consultado Filipo al oráculo de Delfos, le respondió la Pitonisa: *Haz uso de armas de plata y todo lo domarás.* Fácil le era al rey de Macedonia el ejecutarlo, pues habiendo mandado esplotar unas minas descubiertas cerca de Crenides, estas le dejaban anualmente mas de mil talentos (cerca de veinticuatro millones de reales), con cuya suma, en aquella época, no solo compró numerosas ciudades, sino que corrompió la Grecia, convencido de que el dinero es una llave que abre hasta las fortalezas inespugnables á otros medios. A esto debe atribuirse aquel dicho de Valerio Máximo, de que Filipo era mas bien mercader que conquistador. Sin embargo, libertó á la Tesalia del yugo de sus tiranos; verdad es que, esta buena accion fué empañada por la crueldad que mostró con los prisioneros, pues segun los historiadores, mandó arrojar al mar tres mil de ellos. Los tesalianos, agradecidos, se aliaron con él, y en seguida pasó Filipo á la Fócida, pero con mal éxito, porque ocupadas las Termópilas por los atenienses, el rey de Macedonia tuvo que retirarse á sus Estados. Pero no eran ya los atenienses lo que habian sido en épocas anteriores; á las virtudes cívicas, al celo por el bien público, al entusiasmo y amor patrios, y á la aplicacion á los negocios, que habian rodeado de gloria y de poder el nombre de la república, habia sucedido la molicie, la indiferencia, el lujo, la afeminacion, los juegos, la intriga, y cuantas pasiones

y miserias devoran y aniquilan á las naciones degeneradas. En vano Demóstenes procuraba con su poderosa elocuencia despertar los antiguos sentimientos de aquel gran pueblo, y abrirle los ojos para que contemplase el abismo abierto á sus piés por la ambicion del monarca macedonio; sus discursos eran acogidos con ruidosos aplausos, pero Atenas seguia en el camino de su perdicion, no solo entregándose á los vicios, sino destruyéndose con sus propias manos, pues sus divisiones intestinas eran cada vez mas grandes. Ninguna coyuntura, pues, mas favorable á los designios de Filipo. Este príncipe emprende el sitio de Olintia, que implora el socorro de los atenienses; y aunque merced á los grandes esfuerzos del primer orador de la Grecia, que entonces pronunció algunos de sus mas famosos discursos, se enviaron socorros á la ciudad amenazada, fueron estos tan débiles que al fin tuvo que rendirse, si bien tuvo parte en ello la traicion de Eutícrates y Lasteno, dos de sus principales ciudadanos, cuando años antes habia resistido á las fuerzas reunidas de Esparta y Macedonia. Los mismos soldados macedonios echaron en cara su perfidia á los dos olintianos, quienes hasta se atrevieron á quejarse al que los habia comprado; pero Filipo que amaba la traicion y no á los traidores, se contentó, despues de logrado su intento, con responderles con sangrienta ironía: *No hagais caso de lo que dicen esos hombres groseros que á cada cosa dan su nombre.* Conquistada Olintia, creyó Filipo que ya era tiempo de tomar una parte activa en la guerra sagrada, á que dió orígen la circunstancia de haber arado unos labradores, vecinos al templo de Delfos, las tierras consagradas á Apolo, y maltratado otros labradores á los que habian cometido la profanacion. Los tebanos reclaman el auxilio de Filipo contra los fóceos, y este príncipe se lo concede; pero necesitaba apoderarse de las Termópilas, llave principal de la Grecia, y al efecto era preciso enganar á los atenienses. Envia Atenas diez embajadores á Macedonia, cuyo rey, acostumbrado á las artes de la corrupcion, no tardó en sobornarlos á todos, menos á Demóstenes que iba entre ellos; y en tanto que negocia, manda avanzar su ejército hasta Feris, en Tesalia, en cuyo punto se ratificó el tratado de paz hecho por los embajadores de una y otra parte, negándose, sin embargo, á que en dicho tratado quedase comprendida la Fócida. Isócrates abogó ardientemente por la paz, dando á Filipo los mas sanos consejos para que á su sombra conciliase por fin todos los ánimos, é impulsase de esta suerte la prosperidad y dicha de la Grecia. Pero no era este el ánimo del conquistador; sino pasar al Asia, para lo cual queria sojuzgar antes la Grecia. Deliberábase en Atenas lo que convendria hacer en vista de los contrarios pareceres de Esquines y Demóstenes, respecto de las miras y conducta de Filipo, mientras este se apodera de las Termópilas, penetra en la Fócida, se declara vengador de Apolo, y acometiendo en seguida á los fóceos ó focenses, los vence sin pelear, puesto que considerándose ya como perdidos, piden la paz y se entregan al enemigo. Tal fué el fin de la guerra sagrada, que duró diez años, aniquilando á todos los partidos. Entonces llegó á su colmo la alarma de los atenienses; entonces sintieron no haber dado oidos á los consejos de Demóstenes, y conociendo el inminente peligro de la patria, se decretaron la pronta reedificacion de las murallas de Atenas, la entrada en la ciudad de los niños y mugeres de las poblaciones comarcanas y la fortificacion del Pireo. Filipo queria encontrar, si fuese posible, desarmado á aquel pueblo, cuya conquista tantos años de meditaciones y afanes le costaba; y temiendo que sus proyectos se trasluciesen demasiado pronto, y se levantasen contra él todos los pueblos de la Grecia, se dirigió á Macedonia y penetró en la Iliria y en la Tracia, habiéndose apoderado ya de treinta y

dos ciudades en la Calcidia é invadido el Quersoneso. El rey de Macedonia llevó luego sus armas victoriosas al Peloponeso, cuya soberanía se lisonjeaba de tener Esparta, la cual, viéndose amenazada por Filipo, pidió auxilios á Atenas. Demóstenes, cuya voz era casi el enemigo mas poderoso del conquistador, no perdonaba ocasion en que pintar á este con los mas negros y odiosos colores; y así sucedió en aquella, por lo cual, temiendo Filipo ver malograda su espedicion, suspendió la marcha de sus tropas, encaminándose con ellas á la Eubea, pais llamado por él *las trabas de la Grecia.* Apoderóse aquí de numerosas ciudades, y dejó por gobernadores tiranos que ejercian el imperio mas absoluto. Focion fué el general enviado contra él por los atenienses, y este hombre estraordinario empezó sus operaciones derrotando al enemigo de su patria. En seguida pasó Filipo á poner sitio á Perinto y Bizancio, procurando despejarse el camino para el Atica, pero Demóstenes volvió á tronar contra él, deteniendo entonces tambien los pasos del conquistador, y retardando así el yugo de su patria, que solo se humilló delante de Alejandro. Conocia el rey de Macedonia, que la fuerza solo no le daria el dominio de la Grecia, y apeló nuevamente al engaño, dirigiendo á los atenienses una carta elegante y lisonjera, que fué calificada por el orador de Atenas como un manifiesto engañoso, y condenada por tanto á la pública reprobacion; despierta á su dormido pueblo, escítale á la guerra, é inflama su valor abatido; envíase otra vez á Focion en socorro de Bizancio, penetra en esta ciudad y arroja á Filipo del Helesponto. Parecia por un momento haber resucitado el antiguo entusiasmo; las dos ciudades sitiadas y los pueblos del Quersoneso conceden coronas de oro á los atenienses, por medio de decretos, y Filipo tiene que combatir contra los escitas, logrando vencerlos. Al regresar de esta espedicion le salieron al encuentro los tribalos, pueblo de Mesia, y recibió en un muslo una herida de gravedad, debiendo la vida á su hijo Alejandro que le protegió con su escudo. Las proposiciones de paz que el macedonio hizo á los atenienses fueron desechadas como engañosas, gracias á la elocuencia de Demóstenes. Acusados los locrios de Anfisia de haber profanado unas tierras consagradas á Apolo, dispuso Filipo que se sometiese el asunto al consejo de los Anfictiones, quienes, á instancias de Esquines, vendido al rey de Macedonia desde su antigua embajada á Tebas con Demóstenes, reclamaron el auxilio del conquistador, y le eligieron general suyo con plenos poderes para proceder como estimase mas oportuno. No tendia á otra cosa, desde mucho tiempo atras, la ambicion de Filipo. Pone sus tropas en movimiento, finje marchar hácia Anfisia, y cuando menos se esperaba toma á Elatea, la plaza mas fuerte de la Fócida. Atenas quedó consternada al recibir la funesta nueva; cuando la agitacion entra en el pueblo, reúnese este en medio del mas tumultuoso desórden, como si hubiese llegado la última hora de la ilustre capital, y el heraldo pregunta en alta voz, segun costumbre: *¿Quién quiere subir á la tribuna?* Repite varias veces la escitacion; pero nadie responde; la tribuna aparece huérfana de sus héroes; la voz de la patria no tiene ya un eco que responda á su dolor; pero hé aquí que se presenta Demóstenes, y apurando en aquel conflicto inmenso los primores y energía de su elocuencia, indica la reconciliacion de sus compatriotas con los tebanos, como el único medio de salvacion; traza un plan de campaña por mar y tierra; pide que se despachen embajadores á Tebas y á las demas ciudades de la Grecia; que se pongan en el mar doscientas naves, una escuadra de observacion al otro lado de las Termópilas, y que se reuna inmediatamente su ejército en las llanuras de Eleusis. Decrétanse al pronto cuantas medidas propone el ilustre orador, poniéndose

él mismo á la cabeza de la embajada que debe ir á Tebas, con el objeto de lograr una reconciliacion general y un olvido de los pasados ódios y rivalidades. Consultada la Pitonisa de Delfos sobre la necesidad de la guerra, respondió: *Todos los atenienses, escepto uno solo, son de un mismo parecer.* La respuesta iba dirigida á escitar el ódio de los atenienses contra Demóstenes, quien por su parte decia que el oráculo se dirigia contra Esquines; y preguntando los atenienses, quién era el hombre de opinion contraria á la de los demas, Focion se levanta y esclama: «Ese hombre soy yo, puesto que no apruebo nada de lo que haceis.» En efecto, este ilustre patricio creia que la paz era el único medio de conjurar los peligros que amenazaban á los atenienses. En tanto Filipo no estaba ocioso; penetra en Beocia con un ejército numeroso, cuya izquierda iba confiada al mando de Alejandro, que á la sazon solo contaba unos diez y seis ó diez siete años de edad. Filipo mandaba la derecha. El ejército ateniense estaba bajo la conducta de dos hombres desacreditados, cuales eran Chares y Lísicles, que habian prevalecido, merced á las intrigas de la faccion de Filipo, contra el famoso Focion; así es que, la victoria, aunque se mantuvo indecisa por algun tiempo en Queronea, que fué el punto en que vinieron á las manos, al fin quedó por el macedonio, siendo derrotado por Alejandro el batallon de los tebanos. Envanecido Lísicles al principio con las pequeñas ventajas que habia conseguido, creyó que el triunfo era ya cosa segura, y gritó: *Animo, compañeros, persigámoslos hasta entrar en Macedonia;* á lo cual respondió Filipo: *Los atenienses no saben vencer*, y para dar mas fuerza á sus palabras, cae sobre ellos como una rápida exhalacion y los derrota completamente. En aquella memorable batalla habia combatido el primer orador de Atenas como el último soldado; y este mismo orador, que habia hecho tomar las armas á la Grecia, arrojó las suyas, segun dicen. Envanecióse tanto Filipo con la victoria que, embriagado de vino y de placer, ejecutó las acciones mas indignas, no ya de un monarca poderoso, sino de un miserable. Ni los muertos quedaron libres de su rencor; fuéles á insultar en el mismo campo de batalla, y los infelices vencidos tuvieron que oir los discursos mas ofensivos y propios para lastimar su honra y aumentar el dolor de su desgracia. ¿Cómo no habia de vengarse de Demóstenes, de aquel hombre valeroso que era su sombra, su eterna pesadilla, que mil veces habia desconcertado sus planes con su elocuencia de fuego? Parodiando un decreto redactado por este grande hombre, en que escitaba á los griegos á la guerra, se puso á cantar: *Demóstenes poenio, hijo de Demóstenes ha dicho.* Hubo, sin embargo, entre los prisioneros un hombre bastante valeroso para vituperar al rey de Macedonia su baja conducta, diciéndole: *¿Cómo es eso, señor? Habiéndoos dado la fortuna el papel de Agamenon, ¿cómo no os avergonzais de representar el de Tersites?* Esperaban todos que este arrojo hubiese costado caro al orador Demades, que no era otro el que así habia espuesto su vida; pero Filipo, conociendo al punto lo vituperable de su proceder, al mismo tiempo que la generosa osadía de Demades, no solo aprobó lo dicho por este, sino que le colmó de honores y le dió pruebas de grande aprecio. Mucha impresion debieron causar en el ánimo de Filipo aquellas palabras, pues desde el mismo instante varió, al parecer, de conducta, dió libertad á dos mil prisioneros sin rescate ni cange, renovó su antigua alianza con el pueblo ateniense, guarneció á Tebas, y reparando con actos de clemencia el mal que á los vencidos y á él mismo habia causado antes su orgullo, conquistó el afecto de todos los corazones, alcanzando, como dice Polibio, un triunfo mas glorioso y útil que el primero. Demóstenes, acusado antes por Esquines, fué ahora absuelto por el pueblo, que

ademas le concedió una corona de oro. Viéndose ya el rey de Macedonia señor de toda la Grecia, pensó en la conquista del Asia, que debia ser el complemento, digámoslo así, de sus gigantescos planes. Reunióse el consejo de los Anfictiones, que le confió el mando de los griegos confederados para aquella espedicion. Filipo envió algunas fuerzas al Asia menor, y dió la vuelta á su reino. Mientras en el esterior todo sonreia al rey de Macedonia, la dicha doméstica parecia alejarse de él cada vez mas, ocasionándole serios disgustos la desunion que existia en toda su familia. Habia Filipo repudiado á Olimpia, madre de Alejandro, por casarse con Cleopatra, sobrina de Atalo; y el futuro sucesor de Filipo no podia olvidar la ofensa hecha á aquella á quien debia el ser. Celebróse el festin nupcial con gran pompa, y hallándose en el banquete Atalo, á quien el vino habia trastornado un tanto la cabeza, brindó por los regios esposos, espresando el deseo de que la nueva consorte diese al rey un legítimo sucesor. Levántase el hijo de Filipo, con los ojos centellantes de furor, como un leon herido, y esclama: *¡Cómo, miserable! ¿te atreves á tenerme, pues, por bastardo?* y diciendo estas palabras arroja una copa á la cabeza de Atalo, quien á su vez tira á Alejandro la que tenia á su lado. El rey lleno de enojo contra su hijo, por haber interrumpido la aparente paz que reinaba entre los convidados, deja tambien su asiento y, olvidando que es cojo, corre espada en mano contra su hijo, pero cae antes de alcanzarle. Interpónense los cortesanos entre uno y otro para evitar un conflicto, pero Alejandro no cede, sino que dejándose llevar de su impetuoso carácter, esclama con amarga ironía: «*¡Verdaderamente tienen los macedonios un jefe muy á propósito para pasar de Asia á Europa, cuando no puede ir de una mesa á otra sin peligro de romperse los cascos!*» y en seguida, cogiendo de un brazo á su madre, atraviesa por enmedio de la brillante concurrencia, sale de palacio, abandona la corte, y dejando á Olimpia en Epiro, él se pasa á los ilirios. Entonces parece que preguntó el rey de Macedonia á Demarates, si reinaba buena armonía entre los griegos:—«*A fe, señor*, le contestó el filósofo, *que os está bien interesaros por el sosiego de la Grecia, cuando habeis escitado tantos disturbios y disensiones en vuestra propia casa!*» Filipo comprendió perfectamente la intencion de estas frases, y al punto llamó á Alejandro. Antes de su proyectada espedicion al Asia, que habia sido el sueño dorado de toda su vida, quiso hacer sacrificios á los dioses; pero primero juzga conveniente consultar á la Pitonisa, la cual respondió con el siguiente oráculo: *El toro está ya coronado, su fin se acerca, y en breve va á ser inmolado.* El oráculo, como se ve, era ambiguo, pues así podia comprender á un príncipe cualquiera como al mismo Filipo; pero este lo interpreta á su favor y anuncia la conquista del Asia, mandando celebrar al propio tiempo este acontecimiento con juegos, fiestas, espectáculos públicos y ceremonias en que se desplegó toda la pompa de Oriente. Ya Filipo se dirigia al teatro en donde debia representarse una tragedia titulada *Ciniras*, compuesta por Neoptolemo, en la que se representaba al rey de Macedonia vencedor de Dario; cuando adelantándose un señor de la corte, llamado Pausanias, mata de una puñalada á Filipo y él mismo es víctima del furor del pueblo. Ocurrió este suceso en el año 336 antes de Jesucristo. La alegría de los atenienses al recibir la noticia del regicidio fué indecible, creyéndose ya libres para siempre, cuando precisamente se aproximaba la última hora de su libertad. Demóstenes acababa de perder á su hija, y aunque el sentimiento le tenia retraido en su casa hacia algun tiempo, se presentó en los parajes mas públicos de Atenas coronado de flores; hiciéronse sacrificios á los dioses en accion de gracias, y, en fin, llegó el júbilo de la capital á un

punto, en que por decreto público se concedió una corona al regicida. Varios autores de la antigüedad, como Plutarco y Séneca, han recogido varios dichos y acciones de Filipo, que retratan al vivo el carácter de este príncipe, grande por sus vicios, grande por sus virtudes, y estraordinario por su genio, que de un reino pobre, dependiente, habia hecho una nacion floreciente, libre y valerosa. Escuchaba con gusto las lecciones de Aristóteles, y estaba agradecido á los oradores atenienses, que con sus reprensiones le habian corregido muchos de los defectos que le dominaban. Refiérese que pagaba á un hombre, cuyo único oficio era el de decirle todos los dias al despertar: *Filipo, acuérdate de que eres mortal!*—Aconsejándole en una ocasion ciertos cortesanos que desterrase á otro que hablaba mal de él, respondió: «*Eso seria enviarle á murmurar de mí por todas partes.*»—Habia en su corte un hombre honrado, que en vez de lisonjear sus vicios con adulaciones, le reconvenia con la misma franqueza que si hubiese sido un igual suyo. Los aduladores trataron de perderle, é instaron al rey para que le separase de su lado: *Examinemos antes*, dijo Filipo, *si le he dado motivo para reconvenirme.* Llegó á su noticia que aquel mismo hombre se hallaba pobre, enfermo, y ademas, temeroso de que las amenazas de los artesanos le perdiesen; pero Filipo mandó que le socorrieran y tranquilizaran, convirtiendo así en elogios las reconvenciones, y pronunciando con tal motivo aquellas célebres palabras que manifiestan por lo menos la discreta política del monarca macedonio: «*En su mano tienen los reyes el medio de hacerse amar ó aborrecer.*» Tambien dió insignes pruebas de moderacion en algunas circunstancias. Preguntó cierto dia á los embajadores atenienses si podia hacerles algun favor, á lo cual contestó Demochares con cínica osadía: «*El mayor que puedes hacernos es ahorcarte.*» No se alteró Filipo, sino que volviéndose con dignidad al temerario filósofo, le dijo: «*Los que se atreven á decir tales insolencias, son mas altaneros y menos benéficos que los que saben perdonarlos.*» Habiendo recibido una herida en la garganta, todos los dias iba el cirujano á curársela, y todos los dias le importunaba con alguna peticion, hasta que cansado Filipo de su impertinencia, le dijo por fin: «*Conseguirás cuanto quieras, porque me tienes agarrado del cuello.*» Tenia el médico Menécrates la ridícula manía de apellidarse Júpiter, y escribiendo á Filipo una carta, cuyo principio era: «*Menécrates Júpiter á Filipo, salud etc.*» el rey le contestó: «*Filipo á Menécrates: salud y juicio.*» Al mismo tiempo fué Menécrates convidado á comer, destinándole una mesa aparte, en la cual solo sirvieron incienso y perfumes, en tanto que los demas devoraban los mas esquisitos manjares. El banquete duró mucho tiempo, y como ya el hambre principiase á producir sus efectos en el médico, este comprendió que habia querido burlarse de su imaginada divinidad, y salió repentinamente de la sala del banquete, dispuesto sin duda á desquitarse en su casa del mal rato que acababa de pasar. En vano habia recurrido varias veces á Filipo una infeliz mujer solicitando audiencia; siempre la contestaba: «*No tengo tiempo para oirte;*» hasta que ella se atrevió á decirle: «*Pues si no le tienes para hacerme justicia, deja de ser rey.*» Filipo, escarmentado con la leccion, oyó á aquella mujer, y accedió á lo que justamente pretendia. En cierta ocasion sentenció á otra mujer al salir de un banquete en que se habia escedido, y aquella esclamó: «*Apelo de esa sentencia.* ¡*Cómo!* contestó Filipo, *de vuestro rey! ¿y á quien apelais? A Filipo en ayunas*, replicó ella sin turbarse.» Filipo examinó de nuevo el asunto, y reconociendo que, en efecto, era injusto su fallo, no tardó en repararlo. Cada tribu de Atenas, que eran en número de diez, elegia todos los años un nuevo general. Hablando de

este asunto decia Filipo: «*Nunca he podido encontrar mas de un general* (Parmenion), *por mas que he hecho, y los atenienses tienen á mano diez cada año.*» Juzgado uno de sus cortesanos, recibió una sentencia merecida, pero que causaba su difamacion. Los amigos del delincuente rogaron á Filipo que no se publicase el fallo, pero él lo negó esclamando: «*Prefiero su deshonra á la mia.*» Un dia los embajadores de toda Grecia esperaban á que se levantase del lecho Filipo para darles audiencia, y estrañando su tardanza comenzaron á murmurar; entonces Parmenion les dijo con picante ironía: «*No lo estrañeis, pues mientras vosotros dormíais él velaba.*» El juicio de Demóstenes, en la arenga á Ctesifon, despues de la muerte del rey de Macedonia, pinta la ambicion de este con elocuentes rasgos: «Yo, decia en ella, veia á ese mismo Filipo con quien disputábamos la soberanía y el imperio; le veia, aunque lleno de cicatrices, tuerto, contrahecho, estropeado de piés y manos, resuelto á arrojarse en medio de los trances inciertos de una guerra, y pronto á ceder á la fortuna cualquiera otra parte de su cuerpo, con tal que pudiese vivir con gloria con las que le quedasen.» Tenia Filipo eminentes prendas, pero en él era el vicio superior á la virtud. Entre otras máximas odiosas, profesaba aquella que dijo hablando de Eliano, á saber: que á los niños se les engaña con juguetes y á los hombres con juramentos. Tal parece haber sido el móvil principal de su política con los pueblos y con los reyes. Concluirémos diciendo con un historiador, que Filipo fué ambicioso sin medida, inagotable en los recursos de su política, bajo muchos aspectos, y acaso bajo todos ellos superior á su hijo Alejandro; que no fué grande, pero ejecutó grandes cosas, dando pruebas de lo que puede el genio y el carácter sobre el destino de los imperios. ¿Qué hubieran sido el Ponto sin Mitrídates, el Epiro sin Pirro, la Macedonia sin Filipo y sin Alejandro? La existencia histórica de estos pequeños reinos parece comenzar y concluir con ellos.

FILOXENO, poeta griego. Nació en la isla de Citerea, por los años 450 antes de la era cristiana. Cuando los lacedemonios se apoderaron de su patria, le vendieron como esclavo á un tal Agesilao, y luego que este hubo fallecido, pasó á Menalipido, escelente poeta lírico de aquella época, quien, notando las felices disposiciones del jóven esclavo, se propuso darle una educacion que desarrollase talentos que tanto prometian. Filoxeno pagó con usura los cuidados de su generoso protector, llegando á ser, segun Aristófanes, uno de los principales líricos de aquel tiempo, adornando con nuevas bellezas el lenguaje poético. Amoldábase el genio del vate de Citerea á todos los tonos y géneros del arte que cultivaba, así es que, con la mayor facilidad pasaba de lo grave á lo amoroso, de lo serio á lo jovial. Su poema didáctico, titulado *La Cena*, de que se conocen muy pocos fragmentos, debió ser, á juzgar por estos, una obra tan fecunda en chistes, como en artificio é invencion. No menor fama que por su genio llegó á adquirir por su glotonería, siendo, á lo que parece, uno de los mas voraces gastrónomos de su siglo, si no el primero. Consecuencia de esta aficion era su pericia en el arte culinario, pericia tal, que bien podian tomar lecciones de él los cocineros y reposteros mas linces; á cuya preciosa facultad debió el que se diese el nombre de *filoxeniana* á cierto pastel de su invencion. Tratándose de comer, se olvidaba de las musas, hasta el estremo de aparecer como el hombre mas prosáico del mundo; su glotonería era tan original como estravagante, era una glotonería heróica, digámoslo así; y para que se vea hasta dónde llegaba su ambicion en este punto, descontento de la naturaleza, pedia á los dioses un gaznate de tres codos de largo para disfrutar el sublime placer de estar

tragando mucho tiempo. Cuando le convidaban en alguna casa, la primera operacion que hacia era tener una conferencia con los cocineros, á quienes gratificaba y rogaba, á fin de que sirviesen la comida hirviendo. Los jefes de cocina, ignorando la pérfida intencion del gastrónomo, pero no teniendo el valor de renunciar al dinero que este les daba, le obedecian, puesto que en ello ningun delito cometian. Filoxeno habia contraido la costumbre de enjuagarse la boca con agua hirviendo, así es que, ninguna impresion molesta le causaban los manjares hechos ascua. Servíanse los platos; el convidado que se atrevia á llevar á los lábios lo que contenian, ó se abrasaba vivo, ó lo tornaba al plato hasta que se enfriase, que es lo que por lo regular hacian todos; en tanto el poeta gloton engullia que era una maravilla, dejaba *temblando*, como suele decirse, los platos, y se reia estrepitosamente, contemplando las angustias y gesticulaciones del que se habia atrevido á probar la comida caliente, y la ansiedad de los que esperaban á que se enfriase, ya soplando (que entonces se soplaba), ya mirando con cierto dolor desaparecer los mejores bocados en la boca de Filoxeno, quien hasta solia dejar en el mayor abandono los huesos y las piltrafas. En medio de esta espantosa gastro-manía, no sacrificaba á ella el poeta los intereses de la literatura y de la sana crítica, pues era mas poeta que parásito. Convidóle un dia á su mesa Dionisio el Mayor, y ya digimos en la biografía de este otro célebre personaje, de qué manera criticó Filoxeno la composicion que el monarca presentó á su exámen, prefiriendo antes ir á las canteras, que ocultar su opinion sobre el demérito de la obra de Dionisio. En Tarento recibió Filoxeno una carta de Dionisio llamándole á su corte, pero él tomó su libro de memorias, y escribiendo en una de sus páginas hasta veinte veces la sílaba *no*, la arrancó y la envió sin mas respuesta al tirano. En seguida pasó el poeta á Efeso, en donde murió en el año primero de la olimpiada 100, trescientos ochenta años antes de Jesucristo.

FIOL (Bernardo), natural de Porreras, en Mallorca, donde nació en 1778. Escasos sus padres de recursos, se vieron precisados á retirarlo de las escuelas, con cuyo motivo estuvo á pique de malograrse un genio asombroso por la viveza y perspicacia con que le habia dotado naturaleza. Pero la aplicacion y talento de Fiol, que desde sus primeros años admiró á cuantos le trataron, no pudo tenerle por mucho tiempo separado de los estudios que habian de hacerle descollar sobre todos los sábios de su siglo; así es que, orillando graves dificultades, y con el auxilio de sus favorecedores, emprendió el curso de medicina, pasó á Barcelona, donde tuvo por maestro al célebre don Antonio Cibat, á quien ayudó en la formacion de sus *elementos de física esperimental*, y recibió la borla de doctor en el colegio de aquella ciudad en el año de 1806. Apenas entró en el ejercicio de su facultad, cuando su nombre fué generalmente celebrado, tanto por su felicidad en la curacion de graves enfermedades, como por lo beneficioso que se mostró para con la humanidad indigente y desvalida. Todo su caudal, su preciso descanso, todo lo sacrificó para los pobres enfermos. Pero la alta reputacion que adquirió con tan filantrópico proceder, no fué bastante para sustraerse á los envenenados tiros que incesantemente le lanzaba la envidia de sus compañeros. No tardaron estos en demostrarse de un modo positivo sus mas implacables adversarios: no tardaron en pretestar motivos poco decorosos para dejar de asistir á las consultas de médicos, en que debia hallarse el doctor Fiol, y hé aquí la causa de lo mucho que padeció su espíritu, y de haberse propuesto vivir oscuro y retirado. Entonces fué cuando admiraron sus amigos sus profundos conocimientos en la

frenología, sistema que Fiol se habia propuesto ascender á ciencia; entonces le vieron acertar el carácter y circunstancias de personas que le eran desconocidas, con tanto acierto como Gall conoció que el viajero ingles era aficionado á las colecciones de paisajes, y con el mismo tino con que Mr. Deville adivinó por el cráneo de un homicida los crímenes que este habia cometido. De sus escritos podemos citar, como modelos de erudicion y de buen lenguaje, el *tratado de fisiología pictórica:* escribió ademas una escelente *memoria* sobre la fiebre amarilla de Barcelona de 1804. Murió este ilustre y benemérito mallorquin en 18 de agosto de 1818, contando entre sus discípulos mas aprovechados á don Ramon Frau y don Juan Trias.

FLECHIER (Espíritu). Nació en 10 de junio de 1632, en Pernes (Francia), pueblo de la diócesis de Charpentres. Su tio, Hércules Audifret, general de los PP. de la doctrina cristiana, se encargó de su educacion, y merced á las sanas lecciones de persona tan instruida, el jóven alumno progresó tanto en letras como en virtud. Despues del fallecimiento de su protector y pariente, salió Flechier de aquella congregacion, y pasó á la capital de Francia, en donde fué preceptor de los hijos de Luis Caumartin, personaje distinguido, así por sus luces, como por su posicion, y á cuya casa concurrian otros muchos de los que mas figuraban en la corte, y entre ellos el duque de Montansier, que apreciando como se merecian los talentos de aquel, le proporcionó el empleo de lector del Delfin. De esta época data la celebridad de Flechier, como literato y predicador. No fué el jóven religioso de los que menos participaron de la proteccion que Luis XIV dispensaba á los sábios; y deseando corresponder á estos beneficios, aplicóse de tal manera al estudio y á la predicacion, que en breve el mérito de sus oraciones fúnebres fué comparado con el de las de Bossuet. La de Turena, que es una de las obras maestras del escritor que nos ocupa, conmovió al monarca hasta hacerle derramar lágrimas. La composicion es, en efecto, un modelo de elegancia, de ternura, de elocucion poética y de sentimiento. En 1685 fué nombrado obispo de Lavaur, y en 1687 de Nimes. Cuando el monarca frances le nombró para la primera de estas diócesis, le dijo:—«No estrañeis que yo haya *tardado tanto en premiar vuestro mérito; sentia tenerme que privar del placer de oiros.*» En Nimes, cuya diócesis se hallaba llena de herejes, trabajó Flechier con el celo y actividad de un buen pastor, logrando arrancar del camino de la perdicion á muchos de aquellos infelices, así con sus predicaciones, como con rasgos de caridad verdaderamente evangélica, y con el ejemplo de sus cristianas costumbres. Murió este piadoso y sábio prelado en Montpeller, á 16 de febrero de 1710, llorado por católicos y hugonotes, pues con sus talentos y buenas obras se habia conquistado el aprecio y respeto generales. A su fallecimiento dejó mas de veinte mil escudos á los pobres, habiendo invertido antes cuantiosas sumas en socorrer particularmente á los necesitados, y con especialidad en la carestía que hubo durante el invierno de 1709. Flechier pertenecia á la Academia francesa, y á imitacion de ella fundó una sociedad en Nimes, que puso bajo su proteccion. Hé aquí las obras de este insigne escritor, una de las glorias mas legítimas de Francia:—*Obras varias de Flechier;* comprende esta coleccion composiciones en prosa y verso, en latin y en frances, que han merecido con justicia los aplausos de los inteligentes. En las poesías, no muy conocidas entre nosotros, se encuentran rasgos y pensamientos delicados, espresiones felices y cadencia armoniosa.—*De cassibus illustrium virorum;* obra cuyo estilo es tan puro como elegante.—*Panegíricos de los santos;* uno de los mejores libros en este género.—

Oraciones fúnebres; en vez de emitir nuestro juicio acerca de esta coleccion, admirable por diversos conceptos, copiamos las siguientes líneas de un paralelo entre este grande hombre y Bossuet, el único rival que acaso pueda oponérsele: «Hay tal vez menos elegancia y pureza de lenguaje en las oraciones de Bossuet, pero en estas se encuentra una elocuencia mas varonil y mas nerviosa. El estilo de Flechier es mas fluido, tiene mas rotundidad, mas número retórico, y es mas uniforme. El de Bossuet, mas desigual y menos sostenido, abunda mas en esos rasgos atrevidos, en esas figuras vivas, animadas y sorprendentes, que caracterizan el genio. Flechier es mas feliz en la eleccion y en la colocacion de las palabras; pero su propension á la antítesis, esparce una especie de monotonía en todo su estilo. Debia tanto al arte como á la naturaleza; Bossuet debia mas á la naturaleza que al arte.»—*Sermones*: no tienen estos el mérito que las *oraciones*, pero siempre se ve en ellos al escritor de talento y de conciencia, si bien abusa en ocasiones de frases ingeniosas y no muy propias de este género de literatura.—*Historia del emperador Teodosio el grande*: es una obra tan instructiva é interesante, como apreciable por la elegancia con que está escrita.—*Vida del cardenal Jimenez*: ni Flechier, ni Marsollier han sabido caracterizar á este eminente español, pues el primero le pinta como un santo, y el segundo como un gran político, cuando nuestro ministro era uno y otro, y poseia ademas otras cualidades eminentes que rara vez y muy de tarde en tarde se hallan reunidas en un solo hombre.—*Cartas*.—*Obras póstumas*, las cuales contienen sus *Mandatos* y *Cartas pastorales*, con varios discursos, felicitaciones y arengas. En esta coleccion se encuentran escritos dignos del célebre predicador, así por las ideas que contienen, como por el estilo que les distingue. Atribúyesele tambien una coleccion manuscrita acerca de las antigüedades de Languedoc, pero parece demostrado que esta obra, que forma nada menos que seis tomos en fólio, pertenece á un ciudadano de Nímes llamado Rulman.

FLETCHER (Juan). Uno de los mejores poetas trágicos ingleses, y buen imitador de Shakespeare. Murió en Lóndres en 1625, siendo de edad de cuarenta y nueve años, y dejó varias obras dramáticas bastante apreciables, entre las cuales se distinguen: *El Fátuo.—El Capitan.—Cuatro comedias en una.—El enemigo de las mujeres.—Los Itapares.—Los dos ilustres parientes*, etc. Pero lo que principalmente nos mueve á poner aquí su nombre, es la siguiente anécdota: «Tenia Fletcher la costumbre de recitar en una de las tabernas de aquella populosa capital, las obras que escribia; y una noche le tocó la vez á una tragedia, en que habia una conspiracion contra la vida del rey que en ella figuraba. Hallábase el poeta en lo mas interesante de la escena, en que iban á matar al monarca, y tanto levantó la voz, en el calor de la representacion, que acertando á pasar cerca de la taberna algunas personas, aplicaron el oido, y creyendo que se trataba de una cosa formal, le delataron á la autoridad como conspirador. Prenden al punto á Fletcher, pero no tardó en probarse que el supuesto regicida era un hombre honradísimo, y que no mataba reyes mas que en el teatro, por cuyo motivo fué puesto en libertad, y desde entonces se dedicó á escribir con mas calor sus dramas, que constan de cuatro tomos en 8.°

FLEURI (Claudio). Nació en Paris, á 6 de diciembre de 1640, y era oriundo de Normandía. Su padre, abogado en el Consejo Real, le dió una educacion esmerada, dedicándole luego que estuvo en edad á propósito, á la carrera del foro, que siguió Fleuri por espacio de algunos años, adquiriéndose por sus talentos gran nombradía. Pero

la verdadera vocacion de Fleuri era la del sacerdocio, así por su aficion al retiro, como por el amor que tenia al estudio, y abrazando el estado eclesiástico, se distinguió como uno de los mas virtuosos y sábios de su época. Fué primero preceptor del príncipe de Conti, despues del conde del Vermandois, y en recompensa de la instruccion que habia dado á su alumno, le confirieron en 1684 la abadía de Loc-Dieu, y el empleo de sub-preceptor de los duques de Borgoña, de Anjou y de Berri, cinco años mas tarde, en compañía de Fenelon. Ya se concibe la educacion que recibirian los ilustres alumnos confiados al celo y sabiduría de estos dos virtuosos eclesiásticos. Tambien Luis XIV premió el mérito de Fleuri, dándole el priorato de Argenteuil, lo cual obligó al preceptor á hacer renuncia de la abadía de Loc-Dieu. La proteccion del monarca y de los elevados personajes á quienes educó, le aseguraban grandes empleos y dignidades; pero Fleuri no ambicionaba mas de lo que la generosidad de sus favorecedores le habia dado, y se limitó á vivir solitario en medio de la corte. Sus costumbres puras y sencillas, la práctica de las virtudes cristianas, el no mezclarse nunca en las intrigas de la corte, y el respeto y admiracion que inspiraba su sabiduría, le conquistaron el afecto de lo mas distinguido de la culta capital. El duque de Orleans medió para que le nombrase Luis XV confesor suyo, lo cual se verificó en 1716, sin que hubiese persona que no aprobase una eleccion cuyo único defecto, como dice el abate Dorsanne, pudiera ser acaso el contar ya Fleuri sesenta y cinco años de edad. En efecto: en 1722, abrumado ya por su ancianidad, tuvo que renunciar dicho cargo, y al año siguiente murió á consecuencia de un ataque apoplético. Su talento era vastísimo, su erudicion prodigiosa, y sus obras, en fin, acreditan que poseia dotes literarias, propias solo de los grandes escritores. Renunciamos al gusto de hacer un análisis algo detallado de estas obras, porque su número é importancia nos obligarian á estendernos mas de lo regular; pero poniendo aquí el catálogo de las principales, el lector puede consultarlas: —*Costumbres de los israelitas.—Costumbres de los cristianos.—Historia eclesiástica.—Institucion de derecho eclesiástico.—Catecismo histórico*; obra de aceptacion europea, y una de las que constituyen las de primera enseñanza en nuestras escuelas.—*Tratado de la eleccion y el método de los estudios.—Deberes de los amos y de los criados.—Vida de la Madre Arbouse, reformadora del Val-de-Gracis.—Historia del derecho frances.—Tratado de derecho público.—Opúsculos.—Discursos sobre la predicacion.—Reflexiones acerca de Machiavelo.—El soldado cristiano.—Discurso sobre la poesía y en particular acerca de los hebreos.—Cartas sobre la justicia.—Memorias para el rey de España.—Pensamientos sacados de las obras de San Agustin.—Discursos académicos.—Dos cartas en versos latinos.*

FLOR (Rogerio ó Roger de). Nació en la ciudad de Tarragona, á 14 de julio de 1262. Inclinado desde muy niño á la carrera de las armas, la siguió contra los moros, causando en tan tierna edad asombro, así á sus jefes como á los enemigos, por su denodado valor. Tomó algun tiempo despues el hábito de templario, y profesó en Barcelona, en la casa de esta famosa órden. Fué uno de los caballeros que en las últimas cruzadas pasaron á la Tierra Santa, estableciéndose en San Juan de Acre. Hallábase todavía en esta plaza, cuando los infieles la atacaron, y en tan señalada ocasion hizo prodigios de valor en una salida contra los enemigos, á quienes arrolló, arrebatándoles, ademas, el estandarte de Mahoma, y dando muerte con su propia mano al general que los mandaba. Pero los mahometanos habian puesto grande empeño en la conquista de aquella plaza, y reforzados con la llegada de

nuevas tropas, la plaza fué tomada por asalto en 1291, no obstante la obstinada y heróica resistencia de los sitiados. Rogerio logró, sin embargo, salvar el tesoro de la órden; y reuniendo cuantos caballos pudo, así como tambien muchos de los soldados cristianos que se habian desbandado, formó con todos ellos un ejército naval, reducido sí; pero valiente, y con el cual recorrió los mares, ya conduciendo socorros de todas clases á los ejércitos cristianos, ya desembarcando á menudo en las costas enemigas y batiendo sus escuadras, que por lo regular eran superiores á las que él mandaba. En fin, tan maravillosas hazañas ejecutó, que su nombre inspiraba respeto, admiracion y temor por todas partes, y, ademas, se hizo dueño de riquezas inmensas. Distinguióse como bravo marino en la campaña de Sicilia, llamado por Federico de Aragon, que disputaba la corona de aquel reino á los reyes de Nápoles de la casa de Anjou. No contando el príncipe aragones fuerzas suficientes para sostener con honor su pretension, llamó, como hemos dicho, á Rogerio; pasa este con su ejército á Sicilia, y pelea con tal valor y acierto, que á él se debió casi en su mayor parte la conquista de aquella isla. Agradecido Federico á tan importantes servicios, nombró á Rogerio vice-almirante. No era Rogerio amigo de mantener ociosa su espada; alimentaba, ademas, su pecho grande ambicion, y buscando nuevo teatro á sus hazañas, fijó sus ojos en Oriente, y separándose del servicio de Federico, fué á ofrecer su espada al emperador Andrónico. En ninguna ocasion mejor podia llegar nuestro valiente compatriota, porque este príncipe se veia rodeado de poderosos enemigos que combatian su trono por todas partes; así es que, fué recibido con gran distincion. Las armas de los turcos triunfaban hasta entonces; el imperio de Oriente iba á ser presa de los sectarios de Mahoma, que alentados por la débil resistencia que encontraban, ya se creian dueños de todo el pais que recorrian; pero Rogerio, con solos dos mil catalanes, pasó en 1304 á Constantinopla, y en el primer encuentro que tuvo con los enemigos, muy superiores en fuerzas, derrotólos tan completamente, que el imperio pudo respirar por fin, y la tranquilidad quedó restablecida. Cuántos y cuán importantes debieron ser los servicios que Rogerio prestó á Andrónico, se comprenderá sabiendo que este príncipe dió al intrépido catalan la mano de su hija, concediéndole ademas el título de *César*, y colmándole de riquezas y honores. No menos generoso fué el emperador con los demas capitanes españoles que le habian libertado de una ruina inminente, como Rogerio de Entenza, Arenas, Rocafort, Requesens, Foxá, etc. Entenza, segundo de Rogerio, fué elevado á la dignidad de *magneduc* ó gran duque, que viene á ser como generalísimo de los ejércitos de mar y tierra. Aquel puñado de bravos que habian ejecutado hazañas casi fabulosas, y comparables solo con los mentidos prodigios de los libros de caballería, fueron mirados con envidia ó con ódio en la corte de Andrónico; y siendo Flor el caudillo principal, contra este se suscitaron las mas grandes sospechas. El emperador, bien porque igualmente recelara de él, bien porque diese oidos á los aduladores que siempre rodean á los príncipes, impulsándoles á cometer las acciones mas indignas, el emperador, decimos, se arrepintió de haber colocado tan cerca de su trono á Flor, y llegó á sospechar que este aspiraba á ocuparlo; en cuya persuasion mandó que le asesinasen una noche, al tiempo de pasar Rogerio á la estancia de su esposa. No faltan escritores que atribuyen esta muerte á los estragos que hacian los catalanes en las provincias del imperio. Pero el carácter del emperador induce á pensar, que no necesitando ya los servicios de aquellos mismos á quienes debia su salvacion, ó tal vez queriendo impedir los grandes proyectos que los valerosos espa-

ñoles meditaban, apelase á medida tan rigorosa y que pudo costarle muy cara, á haber contado aquellas con algunas fuerzas mas. Entenza fué preso al mismo tiempo que su compañero caia cosido á puñaladas; cuyo suceso acaeció en 23 de abril de 1306. Al saber los catalanes la infausta nueva, se encierran en Galípolis, y aunque pocos en número, vengaron con usura en las frecuentes salidas que hicieron contra los griegos la muerte de su caudillo.

FLOREZ (Enrique). Nació en Valladolid á 14 de febrero de 1701, y es uno de los principales y mas sábios historiadores de España. Deseando retirarse del bullicio del mundo para dedicarse con tranquilidad á trabajar en las grandes obras que meditaba, y siendo llamado por su decidida vocacion al estado religioso, tomó en 1715 el hábito de la órden de San Agustin, distinguiéndose muy pronto, así por su piedad y ejemplar conducta, como por sus talentos estraordinarios. Enseñó teología por espacio de algunos años, y publicó una obra en cuatro tomos, relativa á esta misma ciencia. Pero particularmente aficionado nuestro compatriota á los estudios históricos, á ellos aplicó sus tareas y la fecundidad de su genio, dando á luz, como primer ensayo, la *Clave historial*; de cuya obra, que ha gozado entre nosotros mucha popularidad y aplausos, se han hecho repetidas ediciones. Distínguese por la exactitud, el buen órden, y en general sana crítica con que está escrita. Publicó despues *La España sagrada*, *ó teatro geográfico-histórico de la iglesia de España*; monumento de sabiduría y profunda erudicion, que acabó de consolidar el buen crédito del historiador valisoletano. La celebridad de esta obra, lejos de disminuir, ha ido aumentando con el tiempo, y ningun historiador debe dejar de consultarla, por los graciosos é infinitos datos que contiene, y por mil curiosas investigaciones debidas á su autor. La fecundidad de este asombra; desde 1747 á 1770 dió á la estampa veintinueve tomos en 4.°, que prueban su mucho ingenio, sus vastos conocimientos y atinado criterio. El padre Florez será siempre considerado como un historiador de primer órden, ya, como dice un crítico, por la eleccion y certeza de los hechos, ya por la marcha segura y rápida del discurso, lo cual prueba que el autor no escribia conforme iba adquiriendo nuevos conocimientos, sino que antes de escribir era ya dueño de toda la materia ó el asunto. Poseia el padre Florez varios idiomas, como el latin, el griego, el italiano, etc., y era tan buen anticuario como numismático. Murió este insigne español en Madrid á 20 de agosto (ó á 5 de mayo, segun otros) de 1773. Las demas obras que de él se conocen son: *España carpetana.—Medallas de las colonias, municipios y pueblos de España.* Esta coleccion mereció la aprobacion universal, por contener muchas medallas hasta entonces desconocidas, y la academia real de inscripciones y de bellas letras de Paris, nombraron á Florez, en prueba de consideracion á su sobresaliente mérito, sócio corresponsal.—*Disertacion de la Cantabria.—Memorias de las reinas católicas.— Tratado sobre la botánica y las ciencias naturales.*

FLORIAN (Docampo). Nació en Zamora, de Lope y Sancha García Docampo. Es considerado como uno de los buenos historiadores de España. Fué su maestro el célebre Antonio Nebrija, y dicho está con solo anunciar esta circunstancia, lo esmerada que seria su educacion. Tambien contribuyeron á desarrollar sus felices disposiciones otros sábios distinguidos que florecian en Alcalá de Henares, en donde ya se dió á conocer por sus talentos para los trabajos históricos. Dedicóse particularmente á investigar y estudiar el orígen de las antigüedades de nuestra patria, ya examinando con infatigable afan muchas obras griegas y latinas, ya consultando otros monu-

mentos, como escritos antiquísimos. Obtuvo una canongía en Zamora, y el emperador Cárlos V, informado de su raro talento, nombróle su historiador, correspondiendo de la manera mas satisfactoria al gran concepto en que se le tenia, con especialidad en las Cortes del reino celebradas en 1555. Las investigaciones practicadas por él en lo relativo á las antigüedades de Evora, y algunas otras circunstancias, le suscitaron enemigos que no dejaron de disgustarle. Habia ofrecido escribir cuatro partes de nuestra historia, pero al parecer solo dejó la que lleva por título: *Los cinco libros primeros de la crónica de España*, en los cuales no pasa de la muerte de los dos Escipiones, aunque en el proemio anunciaba que llegaria en ellas hasta la venida de Jesucristo. Su libro de *Linages y armas*, mencionado por don Jose Pellicer en su memorial, por el marques de Rivas, y por Rodrigo Mendez de Silva en la vida de Alfonso Nuño, parece que se conserva en la biblioteca del conde de Lemos. Dícese asimismo, que escribió otra obra titulada: *Linage del apellido de Valencia*, de que Argote de Molina, que lo poseia, se aprovechó para la suya de la *Nobleza de Andalucía.* El comentario de los sucesos y acaecimientos del cardenal Jimenez de Cisneros, que se dice habia principiado y remitido á Juan de Vergara, segun carta suya dirigida al mismo, fué hecho en vista de la continuacion de Fernando Perez de Guzman, en sus Varones Ilustres. Este comentario debió ser archivado en el colegio complutense, juntamente con la vida de su glorioso fundador.

FOCION, célebre filósofo y general de la antigüedad. Fué discípulo de Platon y de Jenócrates, y á su lado creció al mismo tiempo que en edad en talentos y virtudes, llegando á ser mas adelante uno de los primeros generales de la Grecia. Habíale dotado el cielo de una elocuencia tan tierna y enérgica al par, tan apasionada, persuasiva y dulce, que se hacia dueño del auditorio ante quien desplegaba aquel poderoso recurso de su genio. Sus frases eran ademas, concisas; de manera que espresaba muchas cosas en pocas palabras, sin que por ello perdiese nada la hermosura y armonía del concepto y del lenguaje. Viéronle un dia meditabundo en una reunion en que tenia que hablar, y preguntándole la causa, respondió: «*Estoy pensando en si podré suprimir alguna cosa de lo que voy á decir.*» El mismo Demóstenes no solo le admiraba sino que aun le temia; al verle entrar un dia en la asamblea del pueblo, esclamó: *Hé ahí el hacha de mis discursos.* En efecto; muchas veces hizo la oposicion á Demóstenes, y tuvo la gloria de vencerle frecuentemente. Demóstenes amaba el bien de la patria; Focion con el mismo patriotismo, era al propio tiempo mas filósofo y mas prudente. Cuando Filipo amenazó con sus armas la existencia de la república ateniense, Demóstenes abogó por la guerra, y su rival le respondió: «*Tú ves que podemos hacer la guerra, pero no si podemos conseguir la victoria.*» Focion poseia tambien grandes cualidades como político, y el prudente valor de un consumado militar. Cuarenta y cinco veces estuvo al frente del gobierno, y sin dejar de prevenirse cautamente para la guerra, por si era necesaria, atendió mas á conservar la paz, que es la que da la dicha á los pueblos. Nunca ambicionó tan elevado cargo, y al frente de los ejércitos vivia con la modestia de un simple particular. Queria acostumbrarse á las fatigas y á las privaciones, para dar ejemplo; iba siempre descalzo en campaña, y solo se cubria los piés cuando era irresistible el frio, por cuya razon, cuando esto último notaban sus soldados decian: *Focion va vestido, señal de invierno rigoroso.* La virtud de este grande hombre era incomparable. Él mismo cultivaba una reducida hacienda, que segun él, le bastaba para su sustento, y aun para disfrutar ciertas comodi-

dades, cuando cualquiera otro no hubiera tenido con ella ni aun para satisfacer las mas perentorias necesidades de la vida. Hubiera podido en mil ocasiones aumentar sus bienes, hasta llegar á ser uno de los hombres mas opulentos de Atenas, pero siempre lo rehusó, y aconsejándole algunas veces que pensase siquiera en el porvenir de sus hijos, contestó: «*Mis campos les darán alimento, si viven como buenos ciudadanos, y sino no quiero aumentar sus vicios dejándoles riquezas.*» Demóstenes en sus fogosos discursos creaba ejércitos y trazaba planes de campaña; Focion, viendo con mas sangre fria la situacion de Atenas, juzgaba de los recursos como capitan y profundo político, la esperiencia vino muchas veces á justificar sus temores, inspirados por la prudencia y no por un espíritu pusilánime. Algunos rasgos pertenecientes á aquella época desastrosa para la Grecia, pintarán el carácter de Focion. Consultada la Pitonisa acerca de la necesidad de la guerra contra el rey de Macedonia, habia respondido que todos los atenienses, escepto uno, eran de la misma opinion. Demóstenes, á quien el oráculo aludia, y que estaba en pugna con Esquines, queria que recayese contra este, para desacreditarle; cuando levantándose Focion terminó tan pueril contienda esclamando: —*Ese hombre que buscais soy yo, puesto que nada de cuanto haceis apruebo.* Cierto dictámen suyo fué acogido un dia con grandes aplausos por el auditorio, y el orador dirigiéndose á sus amigos les preguntó:—*¿Se me ha escapado alguna tontería?*—*¿No ves*, le contestó Demóstenes, *que en un momento de delirio te matará el mismo pueblo?*—*Y á tí*, replicó Focion, *en uno de juicio.* Su antagonista sostenia con empeño y elocuencia la necesidad de guerrear lejos del Atica, á lo cual respondió el anciano general:—*No examinemos dónde ha de darse la batalla, sino dónde la ganarémos.* La batalla se perdió en Queronea. Con motivo de la muerte de Filipo, Demóstenes, que acababa de perder una hija amada, y que con este motivo estaba inconsolable, salió á la calle coronado de flores; Focion, mas prudente que el gran orador, impidió que el pueblo ofreciese sacrificios á los dioses en accion de gracias:—*El hacerlo así seria una prueba de cobardía*, dijo, *cuando el ejército que os ha vencido solo tiene la miserable pérdida de una cabeza.* Alejandro trató siempre á Focion con las mayores consideraciones y respetos, saludándole siempre al principio de sus cartas, despues que hubo derrotado á Dario. El gran conquistador macedonio mandó en una ocasion al general ateniense cien talentos (2.011,764 reales, 24 maravedis vellon de nuestra moneda), y los encargados de entregárselos le hallaron en su casa sacando agua del pozo, y á su esposa amasando el pan para el consumo de la familia: —*Si Alejandro me estima*, dijo á los mensajeros, *que me deje mi reputacion y mi virtud*; en cambio pidió á Alejandro, en vista de las repetidas instancias de este para que aceptase el presente, la libertad de cuatro griegos que él mismo tenia prisioneros. Tampoco quiso una de cuatro ciudades del Asia menor, que le dió á escoger. Harpalo, tesorero del hijo de Filipo, se refugió en Atenas, creyendo quedar así impune de los castigos que merecia por sus defraudaciones, y pareciéndole que con dinero compraria á Focion, le ofreció 700 talentos, suma tan enorme, que en nuestra época tal vez pudiera comprarse con ella á siete hombres de los mas encumbrados.—*Si no renuncia á la idea de corromper á los atenienses*, contestó Focion á los emisarios, *yo haré de modo que se arrepienta de ello.* Muere Alejandro, y toda la Grecia se manifiesta preparada á una nueva guerra. Focion, que conocia bien el estado de la república y los grandes inconvenientes que ofrecia la lucha que se proyectaba, se opuso con todas sus fuerzas. En aquella ocasion le preguntó Lastenes: *¿Dónde está el*

bien que has hecho á la patria?—Mientras Atenas me ha confiado sus hijos, respondió el general, *han sido enterrados en la sepultura de sus padres.—¿Te atreves*, esclamó uno de sus adversarios, *á proponer en este momento á los atenienses que dejen las armas?—Sí*, replicó Focion, *me atrevo á ello, aunque sé muy bien que tendria autoridad sobre tí durante la guerra, así como tú sobre mí durante la paz.* Entonces principió Lamiaco una guerra que, aunque favorable por algun tiempo á los atenienses, terminó dejándolos á merced de Antípates. Focion fué nombrado general, y un heraldo publicó, de órden suya, que se dispusiesen á seguirle, con víveres para cinco dias, todos los ciudadanos de catorce hasta sesenta años. Merced á este edicto, que comprendia la mejor parte de la poblacion, se calmó el entusiasmo bélico. Algun tiempo despues mató Focion al jefe de los macedonios, llamado Micion, que habia desembarcado en las costas del Atica, y puso en dispersion á todas sus tropas. Desbaratando Antípatro la liga formada contra él, no quiso perdonar á Hipérides, ni á Demóstenes, á pesar de lo mucho que trabajó por ellos Focion en su embajada. Víctima Atenas de la opresion de una aristocracia moderada, no tuvo mas consuelo que el de ver otra vez á Focion á la cabeza de los negocios, aunque este se vió espuesto á ser acusado de cómplice en el nuevo órden de cosas, á pesar de haber reclamado con energía contra la ocupacion estranjera. Mientras desempeñó su cargo suavizó en cuanto estuvo en su mano la suerte de los desterrados, logrando que muchos de ellos regresasen al seno de sus familias. Pero sus enemigos eran incansables en perseguir su austera virtud; y como tuviese, por su empleo, que mantener relaciones con los gobernadores macedonios, esto dió motivo á que se le mirase como sospechoso, no queriendo seguirle los atenienses cuando los macedonios pretendieron apoderarse del Pireo, sino que, por el contrario, le exigieron que en el acto diese cuenta de toda su conducta. Los acontecimientos que por entonces ocurrieron, variaron el aspecto de la situacion de Atenas. Polipenchon restableció el gobierno popular, en nombre del hijo de Alejandro, y sin querer oir á Focion, le carga de cadenas remitiéndole á la Asamblea general de los atenienses, como traidor. Componíase la Asamblea, no de ciudadanos virtuosos y sábios, ni aun de verdaderos hijos de Atenas, sino, en su mayor parte, de estranjeros y esclavos. El ilustre general ni siquiera quiso defenderse, y solo habló para interceder por sus amigos y compañeros de desgracia. Esta súplica fué acogida con un grito general de rabia, pronunciando todos el voto de muerte. En seguida conducen al venerable anciano á la cárcel pública, entre el dolor de unos y los groseros insultos de la canalla estranjera, y de los hombres perdidos de la gran capital, siendo admirable la serenidad con que Focion sufrió tamañas injurias y ofensas. Nicocles y todos los demas compañeros de Focion, tomaron el veneno antes que él; habiendo suspendido su muerte el verdugo, porque no queria prepararle el tósigo mientras no le diese doce dracmas: entonces Focion rogó á un amigo suyo que pagase esta suma, porque «*no es permitido en Atenas*, añadió, *el morir gratis;*» y pronunciando estas palabras, apuró la cicuta, habiendo aconsejado antes á su hijo que nunca se acordase de la injusticia de sus compatriotas. Este suceso acaeció por los años 317 antes de Jesucristo. El encono de sus enemigos llegó hasta el estremo de prohibir que se diese sepultura al virtuoso ciudadano; pero una pobre mujer de Megara recogió sus cenizas, y los atenienses, arrepentidos poco despues, las reclamaron para honrarlas como merecian. No se limitaron á esto; sino que le erigieron una estátua de bronce, y su acusador fué condenado á muerte. Todos los autores de la anti-

güedad están acordes en considerar á Focion como un hombre desinteresado y amante de su patria; no menos elogios se han hecho de su valor, prudencia, austeridad, dulzura y modestia. Llamáronle *el Bueno*, segun dice Plutarco, porque solo fué áspero con los malvados. Dió pruebas muchas veces de su grandeza de alma, favoreciendo á los mayores adversarios que tenia; y nunca se le vió reir, ni llorar, porque, segun observa Bartelemi, su alma era mas fuerte aun, que la alegría y el dolor.

FONSECA (Eleonora, marquesa de). Nació en Nápoles en 1768. Dotóla el cielo de escelentes disposiciones para las letras y las ciencias, y á su estudio se dedicó desde muy niña, aplicándose con especialidad á la anatomía. En este ramo hizo tantas y tan exactas observaciones que, segun se dice, Spallanzani se aprovechó de muchas de ellas, comunicadas á este célebre anatómico por Eleonora, á quien parece que debió tambien algunos de sus descubrimientos, en particular el de los vasos llamados *linfáticos*. En 1784 contrajo matrimonio con el marques de Fonseca, descendiente de una nobilísima familia española, y presentada despues de su enlace en la corte de Nápoles, fué nombrada dama de honor de la reina María Carolina. Su claro talento no podia menos de encontrar envidiosos, particularmente en el sexo femenino; y habiendo recibido mas tarde la órden de no presentarse mas en la corte, unos atribuyeron esta desgracia á la causa indicada, y otros, tal vez con mas fundamento, á las verdades que se atrevió á decir de la reina y del ministro; dando á entender en esto su poco conocimiento de la corte, en donde mas que en ninguna parte, la verdad es contrabando, por mas que se vista con la forma decorosa de chistes de buen gusto, como hacia la marquesa. Dícese tambien, que desde entonces concibió un ódio implacable contra la familia real; nada tendria de estraño, porque el acontecimiento que acabamos de referir habia hecho mucho ruido, y ofendido no poco la reputacion de Eleonora; pero es probable que su carácter independiente, y sus ideas generosas, ahogadas, digámoslo así, hasta entonces por la corrompida atmósfera de la corte, tomasen ahora ya ocasion para manifestarse, atacando públicamente, como lo verificó despues, las preocupaciones que reinaban. Sea de esto lo que quiera, al estallar la revolucion francesa adoptó los principios republicanos con el entusiasmo de una mujer heróica. Cuando la fuga del rey y su familia de la ciudad de Nápoles, en consecuencia de los acontecimientos políticos de aquella época, los *lazzaroni* se entregaron á toda clase de escesos, particularmente contra los franceses y sus partidarios; pero la valerosa marquesa, despreciando á la tal canalla pagada por la aristocracia, reunió á las damas napolitanas de su partido, atravesó las calles de la capital asombrando con su serenidad á aquellos perdidos, y condujo á sus compañeras al castillo de San Telmo, en donde quedaron con seguridad. Luego que las tropas francesas ocuparon á Nápoles, la marquesa publicó un periódico titulado: *El Monitor Napolitano*, destinado á la defensa de los principios republicanos, y en el cual atacaba con energía á la familia real y á los ministros. Este periódico era buscado y leido con afan, y las doctrinas que en él se sustentaban adquirian cada vez mas prosélitos. Pero los franceses se vieron obligados á evacuar á Nápoles; y la valiente republicana permaneció en la ciudad, á pesar de las instancias de sus amigos, que la advirtieron los peligros á que se esponia quedándose en ella. Así sucedió, en efecto; el cardenal Rufo decretó su prision, y, olvidándose de la caridad evangélica, la condenó á la pena de horca en 1798, sin que fuesen bastantes á ablandar el empedernido corazon del cardenal, los ruegos y lágrimas de los amigos y parientes de

Eleonora, así como tampoco la mediacion de los principales señores de la corte, que pedian que se conmutase el suplicio en otra pena. Murió esta famosa republicana á la edad de treinta y un años.

FONTAINE (Juan de la). Nació en Castel-Tierri, á 8 de julio de 1621. Fué uno de los mejores poetas franceses de su siglo, y como fabulista tiene muy pocos rivales. A los diez y nueve años de edad entró en la casa de PP. del Oratorio, sin que en ello le guiase mas idea que el capricho; pero disgustado del género de vida que llevaba en dicha casa, abandonóla muy pronto. Nunca le habia pasado por la mente la idea de que pudiera ser poeta, no obstante contar ya 22 años, pero una feliz casualidad vino á revelarle su genio, y fué el haberse leido en su presencia una oda de Malesherbes sobre el asesinato de Enrique IV. Conforme iban leyendo los versos, oia el jóven La Fontaine en su interior una especie de voz desconocida, vaga, pero imperiosa, que parecia indicarle su vocacion, y desde aquel momento deseó él ensayar sus fuerzas en una composicion cualquiera. Enseñó sus primeros borradores á un pariente suyo, persona instruida, quien descubriendo en ellos talentos que no necesitaban mas que cultivo, le estimuló á que no abandonase la poesía, y entonces La Fontaine se dedicó á la lectura y estudio de los mas selectos escritores antiguos y modernos, franceses y estranjeros. Los que mas le deleitaban eran *Rabelais*, *Marat* y *D'Urfé*, entre los modernos, el primero por sus bufonadas, el segundo por su sencillez, y el tercero por las imágenes campestres en que abundan sus escritos. Las obras de La Fontaine reflejan perfectamente su carácter candoroso, amable, dócil, sin hiel, ni ambicion, siendo, segun una espresion feliz, tan sencillo como los héroes de sus fábulas, era un muchacho, pero con menos malicia aun. Generalmente hablaba poco y mal; debia esta cortedad á su escesiva modestia, la cual nunca traspasaba los límites de una timidez y un encogimiento que sorprendian á cuantos conocian el talento de este ilustre poeta, sino cuando se hallaba entre amigos de mucha confianza, ante quienes no temia aparecer poco elocuente; entonces se espresaba, por lo regular, fácilmente, y parecia otro hombre. Casóse con María Flericard, jóven tan hermosa como discreta, y con quien consultaba La Fontaine todas sus composiciones, convencido de la rectitud del juicio de aquella. Poco despues se le llevó consigo á Paris la duquesa de Bullon, que le habia conocido cuando estuvo desterrada en Castel-Tierri, y aun se dice que ella fué tambien la que le escitó á componer las primeras fábulas. Era La Fontaine pariente de Fouquet, á la sazon superintendente, y el poeta se hospedó en su casa, logrando por la influencia de aquel una pension que cobraba cada trimestre, con la obligacion de dar el recibo en verso. Muere su bienhechor, á cuya memoria dedicó el poeta una *Elegía;* pero tuvo la fortuna de encontrar una decidida protectora en la célebre Enriqueta de Inglaterra, en cuya casa entró de mayordomo; mas la suerte le fué otra vez contraria al poco tiempo, con motivo del fallecimiento de la ilustre princesa. Entonces fué protegido por varios personajes principales de la corte, y en particular por la ingeniosa la *Sablière*, que le llamaba su fabulista, y que no solo le llevó á su casa, sino que se encargó de su fortuna. Luis XIV favorecia, como es sabido, á todos los ingenios de su tiempo, y no dejaba de estrañarse que siéndolo de los mejores La Fontaine, solo esceptuase á este de su proteccion; y todo consistia en que el monarca frances gustaba poco del género á que aplicaba La Fontaine su talento. Tampoco el eminente fabulista vivia muy satisfecho en la corte, siendo mas aficionado á los sencillos placeres y á la dulce paz del campo; pero en el campo no podia encontrar la

amistad y relaciones que en Paris con los mas bellos ingenios de su siglo; condiciones todas que son para el poeta lo que el aire, lo que el alimento para la vida. Sin embargo, todos los años iba á visitar á su esposa por setiembre, y allí pasaba una temporada. De lo que menos cuidaba La Fontaine era de arreglar en estos viajes sus haciendas, y enterarse del estado de sus intereses; por el contrario, siempre vendia alguna parte de aquellas, y nunca apuró para el pago á ningun colono ni inquilino. La apatía de La Fontaine era maravillosa, y muchas veces ni los rigores de las estaciones le hacian salir de ella. Yendo una mañana Mme. Bullon á Versalles, le encontró meditabundo sentado bajo un árbol del camino, y al regresar por la tarde, le vió allí mismo y en igual actitud, aunque el frio era escesivo y estaba lloviendo casi todo el dia. Tambien era singular por sus distracciones; algunas veces parecia enteramente falto de memoria y hasta de juicio. A propósito de esto se refiere lo siguiente: Hallábase un dia almorzando con Boileau, Moliere y otros amigos suyos, y hablándose de teatro, el fabulista sostuvo contra Moliere, que los *apartes* de la escena son impropios y contrarios al buen sentido.—«*¿Es posible*, decia, *que se oiga desde los palcos y mas lejos lo que dice un actor, y que no lo oiga el que está á su lado?*» Y despues de algunas otras razones en defensa de su opinion, quedó pensativo como de costumbre.—«*Preciso es confesar*, esclamó Boileau en alta voz, *que La Fontaine es un gran tunante*,» y así continuó hablando contra el fabulista, sin que este saliese de su distraccion. Los demas se reian estrepitosamente, hasta que sacándole uno de ellos de aquella especie de letargo, le dijo que él debia menos que nadie condenar los *apartes*, puesto que era el único de cuantos allí estaban, que no habia oido lo que se habia dicho tan cerca de él y contra él mismo. Este hecho se tiene por verdadero; pero otros muchos que se refieren de La Fontaine son indudablemente exagerados ó falsos del todo. La fisonomía de La Fontaine no presentaba ese conjunto particular, ni ninguno de esos rasgos que parecen propios del talento, sino un aire de estupidez que estaba en perfecta armonía con su aspecto general, sus maneras y su conversacion, lo cual dió motivo á Mme. de la Sabliere para decir una vez que habia despedido á todos sus criados:—«*Solo me he quedado con tres bestias; mi perro, mi gato y La Fontaine.*» Esta ilustre protectora del poeta cuando era muchacho, falleció, y prendados de su genio, quisieron llevársele á Inglaterra la duquesa de Mazarini, Saint-Evremont y algunos señores ingleses; pero nunca faltó á La Fontaine en su patria quien se interesase por él, y en aquella ocasion debió á la generosidad del duque de Borgoña el cuidado de su suerte. La Fontaine habia vivido siempre en el mayor abandono en punto á materias de religion, pero una enfermedad que tuvo á fines de 1692, que le puso al borde del sepulcro, le abrió los ojos sobre asunto que tanto importaba á su alma, y el abate Poniet contribuyó poderosamente á ello con sus piadosas exhortaciones y pláticas, acerca de las verdades de la religion cristiana. Entonces el poeta se dispuso para hacer una confesion general, arrojó al fuego una composicion dramática que debia muy pronto ponerse en escena, y prometió retractarse públicamente del escándalo que habia causado con ciertas fábulas. Cumplió su palabra La Fontaine; antes de recibir el Viatico, en 12 de febrero de 1693, habló así delante de algunos académicos llamados por él para que presenciasen su arrepentimiento: «Es harto público y notorio que he tenido la desgracia de escribir un libro de cartas infames, pero tambien es cierto que al componerlo no creí que fuese una obra tan perniciosa como lo es. Me han sido abiertos los ojos sobre esto, y convengo en que es un libro abominable, y que me desa-

grada mucho el haberlo escrito y publicado; por lo cual pido perdon á Dios y á la iglesia. Quisiera que esta obra jamas hubiera salido de mi pluma, y que estuviese en mi poder suprimirla del todo. Prometo solemnemente á la faz de mi Dios, á quien voy á recibir, aunque indigno, que jamas contribuiré á su despacho ni reimpresion, y renuncio actualmente y para siempre al beneficio ó utilidad de una nueva edicion, que por desgracia he permitido que se haga en la actualidad en Holanda.» Este cumplimiento de un deber sagrado, privaba, sin embargo, á La Fontaine de cantidades considerables para él en aquella ocasion, pues se hallaba escaso de recursos; y considerando esto mismo el duque de Borgoña, que entonces tenia doce años, le mandó cincuenta luises de oro, que era lo único que á la sazon tenia á mano. Todavía vivió dos años el célebre fabulista en casa de Mme. Hervart, señora ilustre que le concedió la misma proteccion, y le trató con igual afabilidad que Mme. de la Sabliere. Murió La Fontaine en Paris en 1695, tan vivamente arrepentido de sus pasados estravíos, que al desnudarle se le halló ceñido de un cilicio. Hé aquí la traduccion del epitafio que él mismo se compuso, y que aunque no muy buena, es por lo menos bastante fiel:

Juan se fué como viniera,
despues de haberse comido
renta y bienes, persuadido
de que el tener es quimera.
Su tiempo distribuyó
en dos porciones; la una
siempre en dormir la pasó,
y la otra... en cosa ninguna.

Dice Mr. Freron, hablando de la desigual y descuidada versificacion de las *Fábulas morales* de La Fontaine, una de las obras que han inmortalizado su nombre, que su poesía acaso seria menos admirable si fuese mas repasada, porque aquella natural negligencia descubre un gran maestro y un escritor original. De ninguna manera podémos nosotros convenir en semejante juicio con el crítico citado, que es tambien el de otros muchos. Los defectos nunca son bellezas, por mas que los autoricen, en cierto modo, escritores distinguidos; é indudablemente la poesía de *La Fontaine* seria *mas admirable*, si llenase todas las condiciones que en algunas partes la faltan para ser buena. Mas exactitud hay en la siguiente observacion del mismo escritor: «Es verdaderamente el *poeta de la naturaleza*, particularmente en sus fábulas, y pudiera decirse que han caido de su pluma.» No por esto se crea que tratamos de rebajar en lo mas mínimo el genio del fabulista frances; por el contrario, repetimos que en el apólogo ha tenido, y probablemente tendrá, poquísimos rivales; sus fábulas están escritas, en general, con elegancia, hay gracias naturales en la espresion, agudezas propias del asunto que el autor trata, y una sencillez llena de atractivos. Respecto de la invencion, es muchas veces inferior á La Motte, Richer, Iriarte y Samaniego; y estos dos fabulistas españoles, y con especialidad Iriarte, le han igualado si no escedido en cuanto á la variada y hermosa armonía de la versificacion.—Escribió, ademas, La Fontaine una novela titulada *Psiquis.*—*El Florentino*, comedia.—*El Eunuco*, idem.—*La quina*, poema.—*Adonis*, idem.—Algunas anacreónticas y otras varias composiciones.—Los descendientes del célebre fabulista frances quedaron libres de toda gabela y tributos. No somos partidarios de los privilegios, pero si alguno hubiera de concederse, nunca peor empleado que en hombres como La Fontaine, que, como dice ingeniosamente Mr. La Harpe, «habia pagado á su patria un bellísimo tributo, dejándola sus obras y su nombre.»

FORMOSO, llamado primeramente *Dámaso*. Siguió con grande aprovechamiento la carrera eclesiástica, y por su mérito llegó á ser obispo de

Oporto. Despues de muerto el papa Esteban V, recayó la eleccion en él, mereciendo esta suprema dignidad, así por sus talentos, como por sus virtudes y ejemplar conducta. Como ya era obispo no fué ordenado, y sí solamente sentado en la silla de San Pedro, con las correspondientes ceremonias y solemnidad, siendo el primer ejemplo de un obispo trasladado á Roma desde otra silla. Ocupóla solo durante cuatro años, sucediéndole, con motivo de su fallecimiento, Bonifacio VI, cuyo pontificado fué tambien muy corto; y Esteban VI elevado al sólio pontificio celebró un concilio para condenar á Formoso. El escándalo que entonces presenciaron la cristiandad y el mundo todo, no tiene igual en los anales de la historia; ni acaso se veria en los pueblos mas bárbaros. Mandó, pues, el nuevo pontifice, que se desenterrase el cadáver del antiguo obispo de Oporto, y conducido de órden suya en medio de la asamblea eclesiástica, fué colocado en la silla pontifical vestido con los ornamentos papales, nombrándose un abogado para que respondiese en su nombre á las preguntas y cargos que se le dirigieron. Entonces, el mismo Esteban, con serenidad inconcebible, habló al cadáver, como pudiera hacerlo con un hombre vivo, le hizo varias preguntas, y le llenó de insultos é injurias que hubieran causado indignacion y horror, aun pronunciados por un hombre cualquiera, y que en el que los dirigia eran mas indignas y mas horribles. Formoso, respondiendo por boca de su defensor, fué condenado por último; despojáronle de los sagrados ornamentos, le cortaron los dedos con que consagraba, y decapitándole en seguida arrojaron sus restos al Tiber. No contento con esta sacrílega y espantosa profanacion, Esteban depuso á todos los sacerdotes ordenados por el obispo de Oporto, y los ordenó de nuevo; pero estos crímenes tuvieron su merecido antes de que pasase mucho tiempo, segun puede verse en la biografía de Esteban VI. En 898 reunió Juan XI un concilio, en que fué completamente anulado todo lo dispuesto en el sínodo de que hemos hecho mérito, y restablecida la memoria de Formoso, segun sus altas y piadosas prendas habian merecido. Escribió Formoso las *Vidas de los papas* que se encuentran en la edicion de los concilios, obra que contiene noticias curiosas y memorias útiles, aunque el latin en que está escrita no es, en verdad, muy elegante.

FORNER (Juan Pablo). Nació en la villa de Vinaroz, segun unos, y segun otros en la ciudad de Mérida (Estremadura) á 17 de febrero de 1756. Sus padres don Francisco Forner y Segarra, natural de Vinaroz, y doña Manuela Piquer, sobrina del célebre médico valenciano del mismo apellido, le dieron una educacion esmerada, que contribuyó eficazmente á desarrollar las bellas facultades del jóven Forner. El padre de nuestro poeta, hombre instruido y de buen gusto literario, le dió las primeras lecciones de literatura, haciéndole leer las obras clásicas de nuestros buenos escritores. Hallándose en Madrid Forner estudió latin, siendo su maestro D. Francisco Torrecilla, á quien debió asimismo las nociones elementales de retórica y poética. Pasó luego á Salamanca á seguir los estudios mayores, y emprendió la carrera de jurisprudencia, dedicándose al par á la filosofía y á la lengua griega; sin que el mucho tiempo que en esto invertia fuese obstáculo á la lectura de los autores clásicos. Luego que concluyó su carrera, y recibidos los grados de derecho civil en la universidad de Toledo, se incorporó al colegio de abogados de Madrid. Era Forner hombre poco ambicioso, así es que, la vida de la corte en nada alteró sus hábitos, y proseguia estudiando siempre con la mayor aplicacion, contentándose con lo que tenia por la casa del conde de Altamira, de quien era abogado, y lo que le producian los negocios que se le encargaban, propios de su profe-

sion. Dióse á conocer el poeta estremeño con *El asno erudito*, fábula crítica de las de Iriarte, y la *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*. Esta última composicion, escrita en general con buen gusto y entonacion, aunque algo lánguida, fué premiada por la Academia española en 1782. La reputacion de este escelente escritor acabó de formarse con las obras que fué publicando sucesivamente, y cuyos títulos son: *Discursos filosóficos sobre el hombre.* — *Oracion apologética por la España, y su mérito literario.* — *Carta de D. Antonio Varas, contra la Riada de Trigueros.* —Varios folletos críticos acerca del periódico titulado *El Censor.* — *Reflexiones de Tomé Cecial*, contra la leccion crítica de Huerta. —Suplemento al artículo *Trigueros*, contra la *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Cárlos III.* Dedicóse tambien á escribir algunas observaciones sobre la historia general del abate Borrego, y otras obras por encargo del ministerio, en recompensa de cuyos trabajos recibió el nombramiento de fiscal de la audiencia de Sevilla en 1790, en cuya ciudad contrajo matrimonio con doña María del Cármen Carasa. Allí fué consultado en muchas ocasiones por jóvenes estudiosos, á quienes dirigió por la senda del buen gusto, y allí escribió tambien sus obras: *Preservativo contra el ateismo*, y *Nuevas consideraciones sobre la tortura* y *La corneja sin plumas*, sátira injusta, bajo diversos aspectos, pero en la que abundan las sales, la delicadeza y la erudicion. En 1797 fué nombrado fiscal del Consejo de Castilla; y cuando mas esperanzas prometia por los asuntos de utilidad general que habia principiado á promover, falleció al año siguiente, dejando una reputacion envidiable, así de literato como de magistrado probo y celoso. En la coleccion de D. Manuel José Quintana se hallan algunas poesías de Forner, que no podemos menos de recomendar á los amantes de las bellas letras.

FORSTER (Juan-Reinhold). Nació en Dirschaw (Prusia polaca) en 1729, siendo descendiente de una familia inglesa, que habia abandonado á su patria, en tiempo de Cárlos I. Ocupa Forster un puesto muy distinguido entre los naturalistas y viajeros mas célebres. Enviáronle sus padres primero al gimnasio de Berlin y luego á la universidad de Haller, en donde siguió sus estudios, aplicándose con especialidad al de los idiomas antiguos y modernos, y á las ciencias teológicas. Desempeñó luego por espacio de algunos años las funciones de ministro protestante, y en este género de vida pacífico pudo entregarse con ardor al cultivo de su entendimiento, logrando agregar á los conocimientos que ya poseia la filosofía, la geografía física y las matemáticas. Habíase casado Forster, y no contando con medios suficientes para mantener su numerosa familia, se decidió á pasar á Rusia, siendo invitado para dirigir las nuevas colonias de Saratos; allí residió poco tiempo, cayó enfermo, y viéndose casi abandonado por todo el mundo, y en la mayor miseria, se dirigió á Lóndres en 1766, y en esta capital tuvo que dar lecciones de frances y aleman para poderse ganar la subsistencia. Seis años despues fué elegido para acompañar en clase de naturalista al famoso capitan Coock, en el segundo viaje que este emprendió al rededor del mundo. Pero el carácter altivo, díscolo é imperioso del sábio prusiano, oscurecia en gran parte el mérito que tenia; y le privó de las consideraciones á que se hubiera hecho acreedor por sus talentos. Llegó á tal punto su insolencia, que no solo se indispuso con toda la tripulacion, sino que Coock se vió obligado á arrestarle en tres ocasiones. Al regreso de la espedicion á Inglaterra, el célebre capitan se quejó amargamente de Forster al almirantazgo, y el naturalista prusiano fué castigado severamente. El mismo almirantazgo mandó distribuir entre Coock y Forster una cantidad de dos mil libras esterlinas para gastos de

grabados relativos á la historia natural, prohibiendo al último que publicase ninguna relacion de su viaje. Dicen algunos escritores, que Forster obedeció esta órden; pero otros, tal vez con mas fundamento, aseguran lo contrario, apoyándose no solo en el carácter del prusiano, sino tambien en la circunstancia de que perdió la parte que le correspondia en aquella suma. Regaló Forster algunos animales vivos al Museo británico y otros disecados á la reina, todos ellos recogidos en su espedicion; pero no obtuvo mas recompensa que demostraciones de gracias. Por entonces publicó su hijo una relacion del *Viaje al rededor del Mundo*, en ingles y aleman, y desde luego se sospechó que el padre era el autor de esta obra, por cuyo motivo le acusaron de haber faltado á su palabra de no publicarla aparte de la relacion oficial, y así el gobierno como muchas personas que por él se interesaban, se disgustaron. El aislamiento en que iba á quedar Forster, obligó á este á ausentarse de Inglaterra, pero al tiempo de llevar á cabo su proyecto fué preso, en virtud de una demanda presentada por sus acreedores. En tal conflicto le favoreció un poderoso protector cual fué Federico II, quien, justo apreciador de sus talentos, satisfizo las deudas que le retenian en una prision y en tierra estraña, le llamó á Halle en 1780, y le nombró catedrático de historia natural é inspector del jardin botánico. Un año despues se graduó de doctor en medicina, siéndolo ya de derecho por la universidad de Oxford. Murió Forster en 9 de diciembre de 1790. Este sabio prusiano tenia conocimientos tan variados como estensos, poseia diez y siete lenguas muertas y vivas, contándose entre ellas la cofta y la samaritana; pero al mismo tiempo estaba lleno de vicios, como el del juego, que agotaron todo el caudal que habia adquirido con la publicacion de sus obras, y aun le rebajaban en el concepto público. Honráronse con su correspondencia muchos de los hombres mas distinguidos de su época, y con ella y su amistad Lineo y Buffon. Hé aquí las principales obras de Forster. — *Introduccion á la mineralogía.* —*Catálogo de los animales de la América inglesa*; dos obras escritas en ingles. — *Flora Americæ septentrionalis.* — *Characteres generum plantarum quas in itinere ad insulas maris Australis collegerunt, descripserunt, delinearunt, annis* 1772, 1775, J. R. Forster y G. Forster, Gotinga, 1776. Obra clásica, y que contiene setenta y cinco nuevos géneros de plantas.— *Observaciones hechas en el viaje al rededor del mundo, sobre la geografía, física, la historia natural y la filosofía moral.—Bosquejo de la Inglaterra para el año de* 1780. —*Historia de los descubrimientos y viajes hechos por el norte.—Proyecto para destruir la mendicidad etc.* — *Enchiridion historiæ naturali inserviens.* — *Almacen de los viajes mas recientes, traducidos en diversas lenguas.*

FOSCARI (Francisco). Descendia de una de las primeras familias de Venecia, así por lo ilustre de su cuna como por sus riquezas. En 1415 fué nombrado procurador de San Marcos, y cuando en 1423 se eligió dux, este nombramiento recayó en su persona, si bien parece que lo debió en parte á sus intrigas ó al dinero empleado para comprar los votos. Su estraordinario valor y conocimientos militares brillaron en la guerra que declaró á sus vecinos, y en la cual consiguió gloriosos laureles, conquistando el Bressan, el Bergamasco, Cremona, Rávena y otras plazas. La república habia hecho, sin embargo, sacrificios inmensos para lograr estas conquistas, y los venecianos murmuraban públicamente, con tal motivo, contra su dux. Quedábale solo un hijo llamado Santiago; y ya que de otro modo no pudieran sus enemigos arruinarle, trataron de indisponerle con este; á cuyo fin fué acusado Santiago de haber recibido presentes de varios príncipes. Tendríamos que es-

tendernos mucho, si nos propusiéramos referir con todos sus pormenores los manejos é intrigas de los enemigos de los Foscaris, durante el curso del famoso proceso de acusacion del hijo de Francisco; baste á nuestro propósito decir, que se llegó hasta el estremo de dar tormento al acusado, de órden del sanguinario consejo *de los diez*, arrancándole por este medio inícuo y bárbaro una confesion falsa, de cuyas resultas fué desterrado. Cinco años transcurrieron, cuando el asesinato de Donati, procurador de San Marcos, acaecido en 1550, se atribuyó á Santiago, á quien atormentaron por segunda vez, pero de una manera tan atroz, segun los historiadores, que la fuerza del dolor le privó del juicio. Contaba ya entonces su desgraciado padre ochenta años de edad, y tanto por esta causa cuanto por el sentimiento que le habia producido el cruel castigo de su hijo, quiso renunciar su dignidad, pero no le fué admitida la renuncia. El infeliz Santiago se hallaba desterrado en la isla de Gandía, cuando fué descubierto el verdadero asesino de Donati; pero en vano pidió aquel justicia; desoyéronse sus clamores, y él desesperado y deseando ver á sus ancianos padres, escribió al duque de Milan, para que interpusiese su mediacion protectora con el Senado, haciendo de modo que la carta fuese conocida. Sus inexorables jueces, lejos de apiadarse, consideraron aquella accion como un crímen, y en su consecuencia le llevaron preso á Venecia, en donde nuevamente le pusieron en tortura para que declarase. Pero Santiago se negó á responder, no obstante lo horrible de los dolores, y le enviaron otra vez á su destierro, en donde murió apenas hubo desembarcado. Su padre Francisco fué depuesto á los ochenta y cuatro años de edad, en 1457, y á los dos dias dejó de existir. Los hechos que hemos referido sucintamente, han suministrado asunto á Byron para una de sus mejores composiciones dramáticas, que lleva el título de *Los dos Foscaris*.

FOUCHÉ (José). Nació en Nantes á 29 de mayo de 1763, de un capitan de buque mercante. Fué uno de los que mas figuraron en la revolucion francesa, y cuyo nombre merece ser aborrecido, así por sus crímenes, como por sus apostasías. Pasó sus primeros años en el pueblo de su naturaleza, educándose en una escuela de los PP. del Oratorio. Su padre quiso que siguiera la carrera de las letras, pero en vista de lo poco que en ellas adelantaba, por su falta de aptitud, le hizo estudiar matemáticas, á fin de dedicarle luego á la navegacion. Pero su temperamento era demasiado débil para emprender esta penosa profesion, por lo cual entró en la congregacion del Oratorio en Paris, y allí volvió á empezar sus estudios. El tiempo parece que desarrolló algo mas su inteligencia, en términos que, pasados algunos años, se vió en disposicion de dedicarse á la enseñanza en Arras, en la escuela militar de Vandome. Cuando la Francia comenzó á ser agitada por la revolucion, desempeñaba Fouché la prefectura del colegio de su ciudad natal, y habia adquirido alguna fama, por la intrepidez que mostró subiendo en un globo aereostático, en las primeras ascensiones que se hicieron en su patria. La ambicion de honores y riquezas que tenia Fouché, le impulsó á asociarse á una junta establecida en Nantes con el nombre de *Sociedad patriótica;* y como hubiese manifestado un ardiente republicanismo, no porque tales fuesen sus ideas, sino con ánimo de medrar, puesto que la ocasion parecia oportuna, su departamento le eligió diputado de la Convencion nacional. Como carecia de dotes oratorias, hubo de contentarse con ser uno de los partidarios de Danton, sin poder capitanear nunca ni una pandilla; así es que, solo habló con alguna estension, cuando Luis XVI se presentó en la barra de la Asamblea, votando luego su *muerte sin apelacion y sin próroga.* Él contribuyó poderosamente á la pesquisa de los bienes de los emigrados, y el

decreto de 14 de marzo de 1793 á él se debió. Como hombre codicioso de riquezas, solicitó comisiones para varias provincias, porque en ellas no habia mas justicia ni ley que el cadalso, y despues de la muerte de las víctimas, los pro-cónsules solian apoderarse de los bienes. Pasó al departamento del Auve y luego al del Nievre, portándose en ellos como un hombre sin pudor y sin corazon. Impío, segun dice un biógrafo, por principios, como demagogo *por especulacion*, mandó poner esta inscripcion en las sepulturas y en todo el pais que desolaba: *La muerte es un sueño eterno*, y al mismo tiempo ordenaba los degüellos mas sangrientos. Satisfecha la Convencion de la actividad de Fouché, le asoció á Collot de Herbois para que le acompañase á Lyon; con cuyo motivo Fouché manifestó á aquella asamblea el sentimiento que le causaba el tener que abandonar el Nievre, donde *principiaba á gozar del fruto de sus trabajos.* En Lyon se dió á conocer toda la perversidad de su alma. Apenas llegó á esta ciudad, cuya destruccion estaba resuelta, arroyos de sangre corrieron por sus calles, escribiendo en 10 de noviembre á la Convencion, que la sombra de Chalier quedaba ya aplacada, y añadia: «Lo juramos, el pueblo será vengado; y en los escombros de esta ciudad soberbia y rebelde, se levantarán cabañas esparcidas, á donde vendrán presurosos á habitarlas los amigos de la libertad.» Amigos de la libertad, llamaba Fouché á los infames que contínuamente manchaban su pureza y ultrajaban su santidad con crímenes de todo género. En otra ocasion escribia las siguientes palabras: «Continuamos sin interrupcion aterrando á nuestros enemigos: los aniquilarémos del modo mas ejemplar, mas pronto y mas terrible; es preciso que sus cadáveres precipitados en el Ródano, presenten en ambas orillas la imágen del espanto... El terror, *el saludable terror*, es aquí el asunto del dia... el terror despoja al crímen *de sus vestiduras y de su oro.*» Para dar una idea mas completa de la clase de hombre que era Fouché, trascribirémos algunas otras líneas de una carta que dirigió á su colega Collot de Herbois, despues de recobrar Dugommier, ayudante de Napoleon, la ciudad de Tolon, que antes se habia rendido á Hood, almirante ingles. Hé aquí cómo anunciaba esta victoria: «Tambien nosotros hemos contribuido á la toma de Tolon, introduciendo el espanto entre los cobardes que aquí han entrado, y presentado á su vista millares de cadáveres de sus cómplices... Solo conocemos un modo de celebrar el triunfo: esta noche despachamos ciento quince rebeldes á cañonazos.» Añádase á lo dicho, que Fouché presidia una comision encargada de formar todos los dias las listas de los infelices que habian de ser arcabuceados ó metrallados, no uno á uno, sino á centenares. Sin embargo, su amistad con Chaumete, autor de la famosa fiesta de la *Razon*, le habia acarreado el ódio de Robespierre; así es que, al dar cuenta en Paris de su comision, con objeto de dirigir el club de los jacobinos, Robespierre le acusó de *deshonrar la revolucion con sus escesos*, reconviniéndole al par por sus relaciones con aquel revolucionario. Fouché creyó conjurar la tormenta que le amenazaba, ultrajando la memoria de un hombre que habia sido uno de sus mas íntimos amigos, y por eso no vaciló en hablar de Chaumete como de un malvado. Pero Robespierre, firmemente resuelto á perderle, se levantó esclamando: «No se trata ahora de echar lodo en la sepultura de Chaumete, puesto que ese mónstruo ha perecido en el cadalso; mejor hubiera sido presentarle batalla cuando vivia.» Encendióse mas y mas la discusion, y cuando pareció á Robespierre que ya le tenia casi vencido, le acusó de conspirador ambicioso y de numerosas rapiñas. Preparado el club con los ardientes discursos del enemigo de Fouché, escluyó de su seno á este, y solo á la muerte de Robespierre de-

bió la conservacion de su vida. Decia, intentando resucitar el reinado del terror: «Es preciso establecerle en el alma del malvado, cual si fuese en el campo enemigo... Todo pensamiento de clemencia y de moderacion es una idea contrarevolucionaria.» Ni el haberse unido á la faccion jacobina de Baveuf, que era la mas exaltada, fué bastante á desvanecer las acusaciones y clamores que por do quiera se levantaban contra él. Las autoridades del Nievre, en cuyo departamento tanto se ensangrentó Fouché, entre otras razones que alegaron contra el desempeño de su comision, pusieron de manifiesto la siguiente escitacion á los comisionados subalternos: «Truene el cañon *por humanidad;* tengamos valor para marchar pisando cadáveres, para llegar hasta el fin á que aspiramos.» En 9 de agosto de 1795 se presentó á la Convencion un escrito que contenia varias acusaciones contra Fouché, á quien, nótese, espulsaron de aquella asamblea *como un terrorista, cuya conducta atroz y criminal comunicaria el deshonor y el oprobio á toda la asamblea, cualesquiera que fuese, siendo individuo de ella.* Procedióse en seguida á la prision, de la cual salió despues de la amnistía, que en 16 de octubre se concedió á los detenidos por delitos revolucionarios. El directorio ejecutivo le confió una comision en las fronteras de nuestra Península, pero no tardó en ser desterrado por mantener de nuevo correspondencia con Baveuf; y sin duda para libertarse de esta pena, merecida por haber faltado á sus protectores y amigos, reveló á Barras los proyectos de Baveuf, siendo ahora que le convenia traidor á este. Entonces le favoreció Barras, que gozaba de gran crédito despues del 18 fructidor, y su perfidia fué recompensada con diversos empleos; ¡como si para prosperar fuese necesario despojarse de todo sentimiento de pudor y hasta de humanidad! En setiembre de 1798 se le encargó la embajada de la república Cisalpina, desde cuyo momento, dice un escritor, «termina la vida política de Fouché como demagogo; aquí entra este hombre en una nueva carrera, y semejante á la serpiente, se despoja de su piel rústica y fea, para tomar formas menos desagradables. No es ya un predicador de la ley agraria; es un ambicioso que va á buscar todos los favores del poder, que va á mostrarse mas ansioso de honores y riquezas que los cortesanos mas corrompidos.» ¡Cuántos hombres del dia no pudieran verse en este retrato! Sus operaciones en Milan, en donde se hizo amigo de Joubert, que mandaba en jefe el ejército de Italia, disgustaron al directorio, que le llamó á Paris; valido él de la proteccion del general, se negó á obedecer, pero amenazado de ser conducido á Paris con un grillete al pié, como merecia, pasó á la capital de Francia. Por entonces se dió á Joubert el mando de esta misma capital, circunstancia que favoreció á Fouché, tanto que le fué confiada una comision para Holanda. El partido popular parecia que iba recobrando su ascendiente, y se nombró al pérfido Fouché, que habia pertenecido á él, ministro de policía, en atencion á que pocos podrian conocer tan bien á aquellos á cuyo lado habia combatido. En la proclama que con tal motivo publicó, se leian estas palabras: «Me prometo restablecer la tranquilidad pública, y poner un término á las *matanzas.*» En efecto, persiguió con encarnizado ardor sus sociedades políticas, mandó cerrar otras, suprimió once periódicos, fué el azote de la prensa, y dispuso la prision de muchos escritores. Despues del 18 brumario, Fouché fué uno de los que mas se apresuraron á quemar incienso á los piés de Napoleon, persiguiendo á todos aquellos que creia sospechosos al nuevo órden de cosas. El miserable ministro de policía gratificó secretamente, con el producto de los juegos, á los que rodeaban al nuevo señor de la Francia, y aun á algunos individuos de la familia del primer cónsul, y de

esta suerte logró sostenerse en su destino. Adoptó varias medidas que le hicieron útil y aun necesario en aquellas circunstancias, y era, en una palabra, como dice un historiador, el hombre mas á propósito para dirigir la policía de un jefe despótico y suspicaz, tan odiado de los republicanos, como de los realistas. Cuando se descubrió el complot de la *máquina infernal*, creyendo halagar á Bonaparte, arrestó, multó y deportó á mas de cuatrocientas personas, acusadas de complicidad é inocentes en su mayor parte. La práctica de la intriga, de la astucia y de la maldad, que Fouché habia adquirido, le sirvió mucho para el desempeño de su ministerio; y mil veces logró engañar hábilmente así á los bonapartistas, como á los republicanos y realistas. «Ladino, hábil y astuto, dice un biógrafo, trataba de hacerse favorables los dos partidos; á los realistas les hacia ver que Bonaparte era uno de sus mas furiosos enemigos, se les ofrecia como un protector, y á veces suavizaba las medidas de rigor que él mismo habia provocado contra ellos; por otra parte protegia y contenia al propio tiempo á los revolucionarios, y se valia de ellos como de una égida contra los caprichos de su amo, á quien conocia muy á fondo y con quien representaba otro papel. Cuando Bonaparte se inclinaba al partido monárquico, su sagaz ministro le hacia una pintura espantosa de los riesgos á que se esponia entregándose á aquel partido, y si Napoleon se manifestaba incrédulo, al punto inventaba una conspiracion y la hacia vociferar por los numerosos agentes que tenia pagados.» Esta táctica infernal, que en nuestros tiempos hemos visto imitada, por desgracia, llegó á inspirar recelos hasta al mismo Bonaparte, que en cierto modo se veia á discrecion de aquel malvado, á quien otros tal vez llamarian *hombre hábil;* así es que, despues de firmada la paz de Amiens, Napoleon le alejó de su lado, pero nombrándole individuo del senado conservador y encargándole la senatoría de Aix. Dos años estuvo ausente de la corte Fouché, y durante este tiempo se tramaron dos conspiraciones, la de Pichegrú y la de George; poco despues fué Napoleon proclamado emperador (18 de mayo de 1804), y su debilidad llegó hasta el estremo de considerar necesario á Fouché para afirmarse en el poder, por cuyo motivo volvió á llamarle y le confió de nuevo el ministerio de policía, en que el antiguo demagogo se condujo con mas violencia que nunca. Esparció sus espías por todas partes, tendiendo, digámoslo así, una especie de red sobre todas las familias, sobre toda la sociedad, en términos, que el ojo de la policía penetraba hasta los secretos del hogar doméstico. La habilidad singular con que Fouché desempeñó su cometido, escitó la admiracion de Francia y aun del estranjero, y se decia que si Napoleon se conservaba en el trono, lo debia á aquel hombre estraordinario. ¡Quién sabrá nunca los medios infernales de que Fouché se valdria para llegar hasta aquella altura y sostenerse en ella, en disposicion de ser casi el segundo hombre de Francia! En 1805, despues de la paz de Presburgo, el emperador concedió á Fouché el título de duque de Otranto. Colocado en esta posicion, el flamante duque aparentaba eclipsar á su amo con pacíficas virtudes, y mas conformes á los verdaderos intereses de los pueblos. El mismo emperador llegó á sospechar de su ministro, y cada cual tenia una policía que vigilaba al otro. Fouché, segun él mismo supone, parece que aconsejó á Napoleon que desistiera de continuar la guerra de España, como desastrosa é impolítica; otros afirman que este consejo se le dió Tayllerand. Sea como quiera la fermentacion causada en Paris por los sucesos de Bayona, tomó algun cuerpo, porque Fouché no se apresuró á calmarla, siendo vanas cuantas diligencias se practicaron al regreso de Napoleon á la capital para descubrir á los conspiradores.

Cuando el desembarco de los ingleses en Walcheren, época en que *ya se eclipsaba la estrella de Bonaparte*, Fouché, que entonces reunia las carteras de policía y del interior, sin contar con nadie, llamó á las armas á toda la milicia nacional, espidiendo una circular en que se decia: «*Probemos á Europa, que si el genio de Napoleon puede dar esplendor á la Francia con sus victorias, su presencia no es necesaria para rechazar á nuestros enemigos.*» Repetimos que ya se eclipsaba la estrella de Napoleon, pero gana este la batalla de Wagram, firma la paz con el Austria, negocia su enlace con la archiduquesa María Luisa, y todos estos acontecimientos favorables al emperador, hicieron temer á Fouché por su suerte. En efecto, el acto arbitrario del ministro disgustó á Napoleon, que destituyó á Fouché, y este, aunque nombrado gobernador de Roma, se retiró á su hacienda de Ferrieres. Napoleon, que ya tenia motivos suficientes para conocerle, trató de mandarle á viajar por los Estados-Unidos; Fouché creyó que lo que queria era prenderle, pero estos temores se desvanecieron, porque despues de su retirada de Moscow fué nombrado sucesivamente gobernador de Iliria y de Nápoles. Hallábase en Aviñon, cuando noticioso de los sucesos del 31 de mayo de 1814, quejóse de no ser uno de los individuos del gobierno provisional, y partió en posta á Paris en el momento en que el emperador acababa de hacer su abdicacion. Entonces varió de aspecto la conducta de Fouché; habia nuevos amos y era preciso adularles para captarse su favor y benevolencia. «Harto conocido es, dice el escritor que hemos citado, el arrepentimiento hipócrita de Fouché, y sus gestiones para acercarse al trono de los Borbones á favor de sus muchas hechuras. Su carta á Bonaparte, en 25 de abril de 1814, aconsejándole que se retire no á la isla de Elba sino á los Estados-Unidos, llevaba desde entonces la mira de abrirse el camino para ocupar el ministerio. Pero Luis XVIII no quiso confiarle el de policía, á pesar de lo mucho que intrigó Fouché por medio de sus numerosos agentes. Entonces publicó un escrito para captarse la voluntad de los realistas; despues tomó parte en la conspiracion tramada para el regreso del ex-emperador, y hallándose en Paris tratóse de prenderle, pero él se evadió por una puerta secreta de su casa y se ocultó en la de Hortensia de Beauharnais, próxima á la suya. Al llegar Napoleon á la capital de Francia, nombró nuevamente á Fouché ministro de policía. Parece que entonces este hombre audaz é ingrato, conceptuándose á la sazon con mas poder que el mismo á quien casi todo lo debia, trató de fundar una república, no para establecer con ella otros principios mas liberales que los que reinaban, sino con la ambiciosa mira de ser presidente, es decir, de ocupar el primer puesto del gobierno, dejando á Bonaparte el segundo, esto es, el de generalísimo de los ejércitos; pero como el partido militar sostenia á Napoleon, este quedó de emperador. Logró, sin embargo, el ministro, que se le hiciesen concesiones importantísimas y que le ponian en estado de hacer frente á Bonaparte, si las circunstancias lo exigiesen. Publicó algunos escritos que le granjearon la confianza de los bonapartistas y republicanos; mas no por esto dejaba de intrigar tambien con los realistas, manifestándoles y aun haciéndoles creer, que sus escritos y demostraciones en favor de aquellos, eran fingidos, y que no tenian mas objeto que el de disimular mejor su juego, y ser algun dia útil á los Borbones. Este cobarde y vil manejo suele llamarse en el dia *habilidad*. Despues de la batalla de Waterloo se vió espuesto Fouché á caer del ministerio, pero trabajó con tal actividad, que no solo consiguió reunir una cámara de jacobinos, hechura suya, sino tambien que le colocasen al frente del gobierno provisional, viéndose así dueño del destino de

Francia, para mengua de esta gran nacion, que á veces eleva á los mas altos puestos á hombres de la calaña de Fouché. El partido revolucionario, deslumbrado por el aparente patriotismo del antiguo ministro de policía, se decidió por él; y una vez logrado su intento, Fouché amenazó á Bonaparte con el destronamiento, si no abdicaba voluntariamente, y despues de entablar varias negociaciones con las potencias aliadas, firmó la capitulacion de Saint-Cloud. En tanto que Luis XVIII se acercaba á Paris, Fouché se creó un numeroso partido, y engañando á todos, respecto de sus verdaderas intenciones, fué presentado al rey, á quien, entre otros varios consejos, le dió el de que no entrase en la capital con la escarapela blanca, proponiéndose hacer que Luis adoptase la tricolor, convirtiéndole de esta suerte en caudillo de la revolucion. El monarca no quiso dar oidos á Fouché, comprendiendo la tendencia de semejantes insinuaciones, y no obstante, le conservó en el ministerio de policía. Conocia Fouché que se le conservaba solo como instrumento necesario entonces, pero que luego que variase el aspecto de los negocios, seria despedido; en consecuencia de lo cual, tomó una actitud amenazadora, manteniendo en contínuo sobresalto al trono, y pagando varios agentes, que todos los dias iban á las Tullerías á proferir gritos subversivos. «Ofrecia á la verdad, dice un escritor, un contraste monstruoso, un regicida ejerciendo un empleo eminente cerca del hermano de Luis XVI.» La Cámara nombrada entonces se componia enteramente de realistas. Fouché no podia ya sostenerse, y como hombre previsor presentó su dimision, que le fué admitida, pero siempre con la fortuna de bajar honrosamente; entonces tuvo la de ser nombrado embajador de Francia en Dresde, saliendo del ministerio con un caudal de catorce millones de francos. ¡Digno resultado de sus acciones virtuosas!... Pagó despues de su caida, una infinidad de biografías y otros escritos en elogio de su persona, y era tal su insolencia, que en una carta que escribió al duque de Wellington, en la que, entre otras cosas, le decia, que siempre se habia conducido con la mayor probidad y honradez, añadia: «Toda mi ambicion queda satisfecha, pues he adquirido entre los franceses una estimacion que acompañará por todas partes mi nombre y mi persona.» La ley de 12 de enero de 1816 contra los regicidas, comprendia á Fouché, como uno de los principales; é impidiéndole esta circunstancia vivir en su patria, abandonó á Dresde, pasó á Praga, permaneció algun tiempo en Linz, y luego se trasladó á Trieste, en cuya ciudad murió en noviembre de 1820.

FOUQUIER-TIONVILLE (Antonio Quintin). Nació en la aldea de Herouelles, cerca de San Quintin, en 1747, y su padre fué labrador. La historia de la revolucion francesa contiene pocos nombres tan odiosos como el que es objeto de esta biografía, por los espantosos crímenes con que se ensangrentó en aquella memorable época. Concluidos los primeros estudios pasó á Paris, y dedicándose á la carrera del foro, compró su empleo de procurador en el Châtelet, empleo á la sazon muy lucrativo, pero que tuvo que vender Tionville porque se vió abrumado de deudas á causa de su mala conducta, llegando á ser uno de esos hombres perdidos y ambulantes que viven de petardos, enredos y tráficos vergonzosos. Notarémos una circunstancia de aquel período de su vida, y es que, escribió algunos versos en elogio de Luis XVI en 1781, que pueden verse en las notas del poema de *la Piedad*, de Delille. Al principio de la revolucion figuró poco Fouquier, sin duda porque entonces aun no se habian desencadenado suficientemente las pasiones, para que los malvados y traficantes políticos pudieran confundirse ó mezclarse con honrados y verdaderos

republicanos. Sin embargo, alguna vez contribuyó á las alarmas que con frecuencia solian repetirse en las calles de Paris, asociándose á lo mas ínfimo de la sociedad. Pero despues de la terrible catástrofe del 10 de agosto de 1792, es decir, luego que se estableció el tribunal revolucionario de Paris, Fouquier fué nombrado individuo de él, si bien al principio perteneció al mismo con el simple carácter de jurado. La naturaleza habia dotado á Tionville de un corazon duro y perverso, que acabó de viciarse con las malas amistades que contrajo en la capital; y comprendiendo que el crímen entonces elevaba á los hombres, y era un medio seguro de adquirir riquezas, se propuso seguir con audacia este camino, y así se observó que jamas votó la absolucion de ningun reo, que siempre sus lábios pronunciaron la sentencia de *muerte*. Robespierre dirigia la *Junta de salud ó seguridad pública*, tribunal revolucionario, mal dicho, sanguinario, que necesitaba de hombres que le secundasen fielmente en sus atrocidades, y puso sus ojos en Fouquier, que ya era bastante conocido por su ferocidad. En este concepto le designó para acusador ó fiscal público de dicho tribunal, que aunque terrible siempre, nunca se ensañó tanto como desde que Fouquier aceptó el indicado cargo; de manera, dice un historiador, que desde entonces aquel tribunal no fué ya en realidad sino un matadero. Decian públicamente los anarquistas, que la Francia estaba demasiado poblada para una democracia que reposase en principios de igualdad, y que era necesario *suprimir* por lo menos la tercera parte de sus habitantes. Uno de los comisionados que se ocupaban de este trabajo, fué Tionville. Pero cuando este dió á conocer toda la maldad de su alma, fué cuando María Antonieta fué conducida ante el tribunal. Fouquier amontonó cuantas acusaciones puede inventar el corazon mas depravado; no ya solamente las relativas á la política, que al fin estas, fundadas ó no, nunca hubieran ultrajado tanto la dignidad de una mujer; sino que la acusó de todos los crímenes que la historia refiere de las Fredegundas, de todas las impudicias é infamias de las Mesalinas, de todos los delitos que pueden imaginarse. La desgraciada princesa le oyó con serenidad y calma heróicas; y únicamente la palidez turbó su rostro, al oir que la dirigian reconvenciones por actos ofensivos á los sentimientos maternales, y su lábio pronunció la famosa interpelacion de que se hablará en la biografía de esta reina. Sentenciada María Antonieta, dióse principio al proceso, no menos célebre, de los *brisotistas* y *girondinos*, que la Convencion acababa de espulsar de su seno enviándolos al sacrificio. Fouquier los acusó como realistas, aunque la mayor parte de ellos habian imaginado establecer en Francia el gobierno republicano, y votado la muerte de Luis XVI; los pintó como conspiradores con la corte; dijo que habian querido formar un gobierno federativo por el estilo del de América, etc., etc. De manera que siguiendo este método, de acuerdo con Robespierre, el que no era perseguido como federalista, lo era como monárquico, aunque no fuese uno ni otro, pues el objeto era deshacerse aquellos tigres de cuantos se opusiesen á sus criminales designios, ó les hiciesen sombra. No habia medio hábil de salvarse. Defendiéronse los acusados con la energía que inspira la inocencia, y con el genio elocuente que habia hecho famosos á muchos de ellos, apoyándose en justificaciones que no fueron atendidas, en virtud de la proposicion de Billaud-Varennes, reducida á que se juzgase revolucionariamente á los acusados, lo cual era lo mismo que mandarlos á la guillotina, sin mas formalidades. En efecto; Tionville se escudó con el decreto de la Convencion, y las víctimas fueron enviadas al suplicio. Instituyóse entonces el *Gobierno llamado revolucionario*, y la Francia quedó convertida en una especie

de cementerio; continuándose, sin embargo, en sufrir con cierta apariencia de justicia aquellos crímenes, lo cual les daba un carácter mas horrible. Pero Fouquier y los individuos de su tribunal resolvieron prescindir hasta de aquellas vanas formas, puesto que verdaderamente no se trataba ya de juzgar, sino de matar. Habíanles mandado un infeliz anciano paralítico y tartamudo, á quien era imposible responder á las preguntas que sus jueces le dirigian; por lo cual, volviéndose un individuo que se hallaba cerca de estos, dijo á uno de ellos, que el acusado no podia hablar bien.—«No buscamos la lengua, contestó Fouquier, sino la cabeza.»—Los gendarmes condujeron al tribunal, equivocadamente, á una señora del mismo apellido de la duquesa de Maillé, que era á quien en realidad debian condenar. Preguntada por Tionville, esté advirtió al punto la equivocacion, y esclamó dirigiéndose á la acusada:—«Tú no eres la Maillé, pero lo mismo da que te presentes aquí hoy que mañana,» y la pobre señora fué enviada á la guillotina. La noble serenidad que habian mostrado ante el sanguinario tribunal la señora de Sainte-Amarante y su hija, una de las mujeres mas bellas de Paris, admiró al verdugo-fiscal, quien dijo con horrible sarcasmo:—«Mirad con qué descaro se presentan; preciso es que yo vaya á verlas subir al cadalso, para cerciorarme de que conservan su entereza hasta el fin, aunque me quede hoy sin comer.» Las listas de proscripcion, á las cuales añadia otras Fouquier-Tionville, se discutian en casa del feroz Lecointre, en donde, así como tambien en un café inmediato á las prisiones de la Conserjería, reunidos una porcion de furibundos convencionales, almorzaban y bebian alegremente, acordando entre risotadas frenéticas los asesinatos mas espantosos. «Yo, decia Fouquier, he hecho ganar esta semana tantos millones á la república; la semana próxima le daré muchos mas, pues dejaré sin cabezas á un gran número de ricos.» Las víctimas que diariamente se sentenciaban ascendian á sesenta ú ochenta. Las actas de acusacion se imprimian de antemano, y todas ellas contenian unos mismos cargos ó acusaciones; de suerte que lo que únicamente faltaba era llenar los claros en que debia ponerse el nombre del sentenciado; formalidad que llenaba un escribiente cualquiera; como si fuese cosa de juego la vida de un hombre. Sobrevino el 9 termidor, año II (27 de julio de 1794), y luego que anunciaron á Fouquier la revolucion que acababa de efectuarse, y la prision de Robespierre, su protector, dijo:—«Para nosotros no hay mudanza; es preciso que la justicia siga su curso;» y en aquel dia envió al suplicio á cuarenta y dos personas. Tionville fué el encargado de mandar guillotinar á Robespierre, y su falta de pudor, y su audacia, llegaron hasta el estremo de felicitar á la Convencion por el triunfo que acababa de conseguir. Barrere propuso desde la tribuna que se continuase el sistema del terror, é indicó á Fouquier como fiscal del tribunal revolucionario proyectado; pero la mayoría desechó el proyecto, y Freron acusó á Tionville, recordando muchos de los grandes crímenes que habia cometido en su carrera. Hé aquí las palabras con que terminaba el discurso del diputado acusador:—«*Pido que Fouquier vaya á los infiernos á dormir la zorra de toda la sangre con que se ha embriagado.*» Preso y juzgado, defendióse Tionville con serenidad imperturbable, manifestando principalmente que si, en efecto, habia cometido crímenes, lo cual negaba, los habia cometido de órden de la comision de *Salud pública*. Mientras la conclusion fiscal aparentó estar dormido, y cuando abrió los ojos y tendió su mirada por la concurrencia, todavía produjo una impresion de horror; tan odiado era su nombre. Por fin, fué sentenciado á muerte en 7 de mayo de 1795, y gran parte del pueblo de Paris le siguió hasta la guillotina, col-

mándole de insultos y maldiciones. No manifestó en sus últimos momentos la sangre fria y espantosa calma que cuando ordenaba los asesinatos, sino que se puso pálido y se estremeció al llegar la hora terrible de su espiacion. Habia presentado su defensa, con este título: «*Memoria á favor de A. Q. Fouquier, ex-acusador público ante el tribunal revolucionario establecido en Paris, y presentado voluntariamente en la Conserjería el dia del decreto que manda su prision.*»

FOX (Cárlos James). Nació en Lóndres en 24 de enero de 1748, siendo tercer hijo de Enrique Fox, primer lord Holland, ministro de la guerra en tiempo de Jorge II, y rival parlamentario del célebre William Pitt, conde de Chatam. La historia ha señalado á Cárlos James Fox un puesto eminente entre los primeros oradores del mundo, pudiendo oponérsele solo entre los antiguos á Demóstenes, cuya elocuencia poseia, así como tambien los vicios de Alcibiades, y entre los modernos á Mirabeau. Su influencia en las opiniones políticas de sus contemporáneos fué tal, que su nombre solo bastaria para recordar una época y marcar los principales acontecimientos de ella. Siguió Fox sus estudios en el colegio de Eton, y desde sus primeros años demostró una aplicacion constante y deseos de distinguirse aun entre los jóvenes de su edad, unidos á una aficion decidida por los placeres. Su padre no solo no trató de corregir estas inclinaciones viciosas, sino que en cierto modo las fomentó, dándole diariamente cinco guineas para el juego, desde los catorce años de edad. Tal fué el orígen principal de las grandes pérdidas de intereses que esperimentó Fox durante su vida. A los veinte años empezó á figurar en la escena política, siendo diputado en la Cámara de los comunes. Empezó á llamar la atencion desde el dia mismo en que pronunció su primer discurso, el cual fué admirado, atendida la corta edad del orador, así por amigos como por adversarios. En efecto, dicho discurso revelaba conocimientos y facultades que prometian mucho para lo porvenir, y lord Worth, canciller del echiquier, para darle una muestra de lo que le apreciaba, le nombró pagador de las viudas y huérfanos, y despues uno de los lores del almirantazgo y de la tesorería. Hasta 1772 votó Fox con el gobierno, pero despues de esta época se pasó á la oposicion, asociándose particularmente á Burke. En esta determinacion pudo influir en algun modo la muerte de su padre, en virtud de la cual quedaba en completa independencia. Su nueva situacion parlamentaria le dió gran popularidad, cosa que disgustaba en estremo á los ministros, que miraban en él uno de sus principales defensores, y cuyas amonestaciones oyó Fox con marcadas muestras de desden, siguiendo imperturbable por la senda en que habia entrado. No olvidó el ministerio los resentimientos que tenia con el jóven orador; así es que, cuando este trató en una discusion de esceptuar de la prestacion del juramento del *test* á cierta clase de ciudadanos, fué destituido de su empleo de lord de la tesorería, considerando como culpable en alto grado su doctrina en el puesto que ocupaba. El perjuicio que le causaba semejante destitucion, era grande, y para disminuir su sentimiento, se entregó completamente al juego y á las disipaciones, viendo desaparecer en muy poco tiempo todo su patrimonio. Pero la medida del ministerio parece que no hizo mas sino comunicarle nuevo entusiasmo, y brios estraordinarios para hacerle la guerra. Las colonias americanas querian regular por sí mismas sus contribuciones; con cuyo motivo se trabó una viva lucha entre el gobierno y la oposicion, á cuyo lado combatió Fox, siendo uno de los mas distinguidos adalides. Fox, como es de suponer, defendia el derecho de las colonias, y al anunciar la pérdida que iba á esperimentar la Inglaterra, decia:—«Alejandro el Grande no hubiera conquis-

tado tanto pais como lord North tendrá el talento de perder en una sola campaña.» Despues de aquella legislatura hizo un viaje á Francia, y durante toda la guerra de América, levantó su voz contra las medidas encaminadas á reducir á los rebeldes por la fuerza de las armas. Cada vez iba adquiriéndose mas partido, y un desafío que por entonces tuvo, por defender la causa de la oposicion, acabó de alcanzarle todo el favor del pueblo. Fox se supo aprovechar de esta circunstancia con tal destreza, que cuando la eleccion general de 1780, fué elegido representante de Westminster, habiendo sido el candidato ministerial un individuo de una familia poderosísima, y que gozaba de grande influencia en la corte. La oposicion llegó á ser formidable, en términos que cayó el ministerio, y se formó otro bajo la direccion del marques de Buckingham, y del cual formó parte Fox, encargándose de la secretaría de Estado de negocios estranjeros. Poco despues entabló relaciones con aquel mismo lord North, á quien habia combatido cuando la cuestion de las colonias; y así como su conducta le habia dado popularidad anteriormente, así ahora perdió algo de esta popularidad. Sin embargo: fué elegido secretario de Estado. Los preliminares de la paz de 1783, celebrada por el gobierno con las provincias con quienes habian estado en guerra, fueron públicamente desaprobados por Fox y North, como miembros de la oposicion, pero el tratado se ratificó sin hacer en él variacion alguna. Los hechos de Fox contradecian á sus discursos, y esto le desconceptuó un poco en el público; pero pronto recobró el terreno perdido, cuando la discusion del famoso bill para privar á la compañía de Indias de su código, dejando el nombramiento de los empleados á discrecion del gobierno. En esta discusion, pues, brillaron los talentos parlamentarios de Fox; su discurso, tan elocuente como lógico, produjo gran sensacion, y está considerado como la obra clásica de este orador. Pitt y Dunday hicieron vanos esfuerzos para derrotar á su adversario; el bill pasó en la Cámara de los comunes. Pero la corte estaba alarmada con las victorias del ministerio, y el rey influyó con todas sus fuerzas para que el proyecto fuese desechado por la Cámara de los lores. Al procederse á la eleccion de Westminster, apenas quedaba ya á Fox nada de su antigua popularidad, y si reunió los votos necesarios para ser representante, lo debió tanto á la proteccion de algunas señoras distinguidas, cuanto á las enormes cantidades que invirtió para triunfar, y que causaron casi su completa ruina, y esto despues de habérsele disputado vivamente la legalidad de los votos. Comprendió Fox la fatal posicion en que se habia colocado; pero confiado en sus talentos, no dudó ni un instante en que recobraria el favor popular, como en efecto sucedió, oponiéndose desde luego á las contribuciones pedidas por el ministerio. Hallándose Fox viajando por Italia en 1788, recibió la noticia de que Jorge III habia esperimentado un ataque de demencia, y presentándose al punto en Lóndres, haciendo en nueve dias un viaje de quinientas leguas, sostuvo en la Cámara de los comunes los derechos del príncipe de Gales á la regencia del reino; pero se restableció el monarca, y la cuestion no volvió á suscitarse. El ministerio en 1790 se proponia declarar la guerra á Rusia y á España, y este proyecto fué combatido por Fox, que se hallaba en los baños de Bath, á causa de una grave dolencia. Catalina II quedó tan reconocida al servicio que Fox la habia prestado con sus discursos, que mandó hacer de mármol blanco el busto de este orador, para ponerle entre los de Demóstenes y Ciceron. Al estallar la revolucion francesa, Fox fué uno de sus defensores mas entusiastas, y esto le indispuso con Burke, cuya amistad perdió para siempre. Cuando se trató de abolir el inhumano tráfico de negros, en virtud de una proposicion presentada por Wil-

berforce, Fox apoyó la proposicion, así como tambien pidió al gobierno ingles que mediase en favor de Luis XVI cuando el proceso de este monarca. Sin embargo, se opuso en 1793 á la declaracion de guerra contra la Francia, con lo cual acabó de indisponerse con toda la Cámara, al propio tiempo que acababa de disipar sus bienes, entregándose á los placeres y á los vicios. Desde 1791 se mantuvo constantemente en las filas de la oposicion, aunque en vano, y viendo que sus esfuerzos eran estériles, dejó de concurrir á las sesiones, hasta que, por fin, hubo de volver á ellas en vista de las murmuraciones de sus amigos políticos. En uno de sus cumpleaños, los *Whigs* se reunieron en una fonda para celebrarlo; hablóse allí largamente y sin respeto alguno contra el ministerio, y entre otros brindis, el de Fox, *por su majestad el pueblo soberano*, causó tal indignacion en la corte, que el monarca borró por su propia mano el nombre del orador de la lista de los consejeros privados. Entonces se retiró Fox á una de sus haciendas, en donde permaneció hasta el año de 1800, en que volviendo á Lóndres, abogó para que se aceptasen las proposiciones de paz hechas por el gobierno frances, y cuyos preliminares no se firmaron hasta 1801, época en que Pitt se retiró del ministerio. Despues del tratado de Amiens pasó á Francia con objeto de recoger en los archivos de Paris y en las bibliotecas, datos relativos á la historia de Inglaterra que meditaba, pero tuvo que regresar muy pronto á su patria, con motivo de haberse encendido nuevamente la guerra. Habiendo fallecido Pitt (1806), fué Cárlos Fox nombrado primer ministro, y aunque rindió homenaje solemne al genio y probidad de su rival, se opuso á que se le concediesen los honores públicos. Él mismo falleció en aquel mismo año, siendo depositado su cuerpo en la abadía de Vestminster con estraordinaria pompa. «Jamas, dice un historiador, ha tenido entre sus individuos la Cámara de los comunes un orador mas instruido y mas elocuente. Sus discursos eran un conjunto de fuerza, de energía y de lógica, hermoseados con todas las bellezas de una elocuencia varonil y nerviosa, poseyendo particularmente el arte de analizar los argumentos mas complicados, y de ilustrar las cuestiones mas embarazosas y confusas. Cuando daba á un discurso todo el fuego y el impulso de que era capaz, llevaba tras sí, dominaba, electrizaba á sus oyentes, y aun á aquellos que no eran de su mismo dictámen les forzaba á que admirasen la energía de su elocuencia. Pocos hombres poseen un talento tan cultivado como él; sabia á fondo la lengua griega y latina..... ¡Cuán digno de lástima es que tantas prendas eminentes hayan sido mancilladas con una vida de relajacion y unas costumbres censurables!... Se hubiera visto espuesto á la miseria á no ser por la generosidad de los Whigs, que se reunieron para señalarle una renta de tres mil libras esterlinas. Pasaba todas las noches en el juego, y cuando ocupaba algun empleo en el ministerio, los oficiales se veian obligados á llevarle las órdenes ú oficios para que los firmase con una mano, mientras tenia los naipes en la otra.» En los últimos diez años de su vida se ocupó en reunir datos para una obra que la muerte le impidió concluir, titulada: *Historia de los dos últimos reyes de la casa de Stuart, acompañada de documentos originales y justificativos.*

FOX (Jorge). Nació en la aldea de Drayton (Inglaterra) en el condado de Leycester, en 1624, de un pasamanero. El personaje que nos ocupa fué el fundador de la célebre secta de los cuákeros. Aprendió de muchacho el oficio de zapatero, único á que su padre podia dedicarle por falta de recursos para que siguiese otra profesion, segun deseaba, y desde su mas tierna edad se aficionó tanto á la lectura y meditacion de la Biblia y á la controversia,

que causaba asombro aun á personas doctas en estas materias. Reunia Fox á una gran aficion para el estudio una memoria no menos feliz, y un entusiasmo que casi rayaba en fanatismo, tratándose de asuntos religiosos. Aun no habia cumplido diez y nueve años, cuando habiéndosele trastornado el juicio, segun se dice, ya por algun accidente particular, ya por su temperamento, creyóse inspirado de Dios y empezó á predicar por las calles. Iba vestido de cuero de piés á cabeza, y pasando de un pueblo á otro, clamaba contra la guerra y contra el clero, siendo teatro de sus primeras predicaciones las provincias ó condados de Leycester, de Nottingham y de Derby. Llamaba á los partidarios que por todas partes le seguian *Hijos de la luz*, y les habló con tal fervor acerca de la necesidad de temblar delante del Señor, que hallándose en Derby, é interrogado por un agente de la autoridad, le respondió en alta voz, que tenia que habérselas con un *Cuákero*, es decir, con un *temblador*, que esto significa en ingles dicha palabra, con la cual se ha conocido desde entonces á los individuos de aquella secta. No escluia Fox de su compañía á las mujeres, y habiendo conocido en la cárcel de Lancaster á una señora viuda de un ilustre magistrado, llamado Fell, logró atraerla á su secta y se casó con ella. En 1662, pasó el patriarca de la nueva secta al suelo americano, y allá confió á su esposa una parte de las funciones de su ministerio. Al principio tuvo pocos sectarios el *cuakerismo*, en consecuencia de lo cual Fox dirigió cartas á todos los soberanos, con objeto de que protegieran sus doctrinas, pero no le hicieron caso, y él regresó á Inglaterra, en donde murió en 1690. Suponia Fox hallarse inspirado de Dios; que este le habia ordenado no descubrirse la cabeza ante ninguna persona, no doblar la rodilla ante ningun príncipe, no prestar juramento alguno y tutear á todo el mundo. Parece tambien que sus discursos y estrañas manías dieron motivo á que se le encerrase en una casa de locos y se le azotase, y que no bien hubo recobrado su libertad tomó de nuevo á sus predicaciones. Sea de esto lo que quiera, el protector de Inglaterra, Cromwell, quiso conocerle personalmente, y protegió la secta de los *cuákeros*, bien porque le agradasen las doctrinas, bien por adquirirse mas partidarios. Los cuákeros se entregaban á las mas profundas meditaciones, soportables solo á las naturalezas robustas; pues en las personas delicadas de nervios, estas meditaciones producian temblores, y de aquí el llamarlos *tembladores*. Jorge Fox viajó por diferentes paises de Europa y América, propagando por todos ellos sus doctrinas. Entre otros muchos discípulos de nombradía, se contaban Barclay y Pen, el último de los cuales logró que en América se le cediese un territorio, en donde se estableció dándole el nombre de *Pensilvania*. El padre Catron refiere en su historia de los tembladores, datos muy curiosos acerca de estos sectarios. Cuando los cuákeros enviaron á la asamblea nacional de Francia una diputacion, el célebre Mirabeau se espresó en los términos siguientes: «Vosotros, les dijo, no prestais juramento alguno, pero vosotros mismos os engañais: un juramento no es mas que una promesa hecha á Dios: la conciencia de una alma pura es un templo de la divinidad, y prometiendo sobre vuestra misma conciencia haceis intervenir á Dios en vuestras palabras... Jamas se derramará por vosotros la sangre en la tierra: ¡estraña filosofía! pero guardaos de vivir en un error oculto, respecto de lo que juzgais virtud. ¿Hubiérais permitido que las hordas de salvajes que andan errantes por los desiertos de América, hubiesen llevado el esterminio á la pacífica Pensilvania, y degollado vuestras mujeres, hijos y ancianos, mas bien que salvar aquellas vidas tan preciosas y tan queridas, dando muerte á unos asesinos?» Dejó Fox algunos escritos, que recopilados en tres tomos en fólio, con-

tienen su *diario*, su *correspondencia* y lo publicado por él acerca de su doctrina.

FOX MORCILLO (Sebastian). Nació en Sevilla en el año de 1528, y desde muy niño manifestó en todos sus actos la solidez del juicio y el de la edad madura. Estudió primeras letras en su patria, y gramática tambien en Sevilla y en Lobaina, teniendo por preceptores al célebre Pedro Nanio y á su sucesor Cornelio Valerio, que mas adelante consultó con este discípulo, en atencion á los grandes talentos que descubrió, la mayor parte de las obras que publicó y que comprendian conocimientos de diversas ciencias y facultades. Su maestro de matemáticas fué Gemma Farisio. Solo tenia veintiun años Fox Morcillo, cuando ya se habia adquirido reputacion de elegante y docto escritor, no entre el vulgo, sino entre los sábios, que admiraban la agudeza de su ingenio y sus vastos conocimientos en filosofía y retórica. La primera obra que dió á luz fué unos comentarios á los tópicos de Ciceron; siguieron á estos, otros al Timeo de Platon, y en los demas que sucedieron con breve intérvalo, mostró nuestro compatriota dotes nada comunes. Los reyes y personas mas distinguidas deseaban conocer y tratar á Fox, quien, ademas, reunia una modestia y una afabilidad en su trato, dignas en un todo de su mérito. Felipe II le llamó á España para confiarle la educacion de su hijo el príncipe don Cárlos, pero hizo la desgracia que naufragase la embarcacion que le conducia á su patria, con grave daño de la literatura, que perdió en Fox, á pesar de lo corta que habia sido su existencia, uno de los hombres que mas la han ilustrado. Las obras que publicó fueron las que aquí se espresan: *De Studii Philosophici ratione.—De usu et exercitatione Dialecticæ.— De Demonstratione ejusque necessitate. De Juventute. De Honore. —In topica Ciceronis paraphrasis et scholia.—De naturæ philosophia sive de Platonis et Aristotelis consensione libri V.—Compendium ethices philosophiæ ex Platone, Aristotele aliisque philosophi Colectum. — De Regno et Regis institutione libri III.—In Platonis Timæum, seu de Universo commentarius.—In Phædonem, seu de animarum immortalitate. In ejusdem* 10 *libros de Republica comentarius.—De imitatione sive de informandi stili ratione libri duo.—De historiæ institutione Dialogus.* Los elogios que todas estas obras han merecido á las personas mas ilustradas de diversos paises, prueban su verdadero mérito. Antonio Posevino llamaba en su Biblioteca *grave y docto* al último libro del catálogo que acabamos de citar. Antonio Mireo daba á Fox Morcillo el título de *el filósofo mas elocuente de su edad.* Gerardo Juan Vossio el de *filósofo elegantísimo y doctísimo*, y Gabriel Naudeo manifestó acerca del mismo autor, *que dijo mucho en poco.*

FRACASTORIO (Gerónimo). Nació en Verona en 1483, y ocupa un lugar de los mas distinguidos entre los médicos y poetas famosos. Al hablar un biógrafo del nacimiento de este genio estraordinario, se espresa en los términos siguientes:—«El hombre, que debia hacer con el tiempo un uso el mas noble del don de la palabra, vino al mundo con los lábios unidos tan estrechamente, que fué preciso abrirlos y separarlos con un instrumento cortante.» El cielo parecia proteger la vida de Fracastorio, pues se refiere que teniéndole en los brazos, cuando niño, su madre, esta murió por efecto de un rayo que á él no le causó ni la mas leve lesion. Cuán grande seria su talento, y qué aplicacion tan constante debió emplear en sus estudios, lo muestra claramente el haber obtenido á la edad de diez y nueve años la cátedra de lógica en la universidad de Pavía. Distinguióse de una manera notabilísima como médico y filósofo, dejando bellos testimonios de su genio en estas diversas carreras; pero la ce-

lebridad de su memoria se funda en la escelencia de sus producciones poéticas. Con motivo de la guerra se suspendió la enseñanza en Pádua, y Fracastorio se disponia á volver á su patria, cuando el general Albiano, que mandaba el ejército de Venecia, le nombró catedrático de la nueva universidad de Pordenone, en atencion á su mérito. Disfrutando allí la tranquilidad y cómoda mediania que necesitaba para dedicarse á la composicion, escribió entonces un célebre poema titulado: *Syphilis*. La dificultad del asunto, la delicadeza con que era preciso tratarlo para no ofender con obscenidades al público, y al propio tiempo considerarlo científicamente, sin degenerar en prosáico y pesado, no arredraron á Fracastorio; quien logró vencer todos estos inconvenientes de una manera superior á cuanto hubiera podido esperarse. El poema de *La Syphilis*, así por la correccion, elegancia, armonía y riqueza de la versificacion, como por la nobleza de los pensamientos, buen gusto y belleza de estilo, ha sido comparado por ciertos críticos y aun antepuesto por otros á las Geórgicas de Virgilio, formando desde que vió la luz pública, las delicias de cuantos se complacen en volver á hallar en poetas mas modernos al inmortal poeta latino. Sannázaro consideraba la obra de Fracastorio superior á su poema: *De partu Virginis*, en el cual habia trabajado por espacio de veinte años. Despues de concluir la obra que dejamos anunciada, se retiró á una casa de campo cerca de Verona, en donde residió hasta 1547, en que fué llamado á Trento por Paulo III, en calidad de médico del famoso concilio que se celebró en dicha ciudad, contribuyendo, segun parece, á que se trasladase aquella asamblea á Bolonia, por haberse presentado en Trento una afeccion contagiosa. Murió Fracastorio en 8 de agosto de 1553, á consecuencia de un ataque apoplético, de que tal vez se hubiera restablecido á ejecutarse su indicacion; pues habiendo perdido el habla, parece que hizo una seña para que al punto le pusiesen unas ventosas á la cabeza; pero como no le entendiesen los asistentes, el enfermo sucumbió muy pronto. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa Eufemia en Verona. Muchos poetas contemporáneos honraron su memoria; su amigo J. B. Ramusio contribuyó á que se le erigiese una estátua de bronce en Pádua, y otra debió á la admiracion de sus compatriotas los veroneses. Los hombres mas ilustres de su época mantenian con él frecuente correspondencia, y Julio Escalígero le admiraba tanto que escribió en elogio suyo un poema titulado: *Aræ Fracastoreæ*. Las obras de este famosísimo filósofo, astrónomo, médico y poeta, son: *Syphilidis, sive morbi gallici libri tres*; libro de que se han hecho infinidad de ediciones, siendo el que ha inmortalizado mas que ningun otro el nombre de su autor. Combate Fracastorio en su elegante obra la opinion vulgar de que la Sífilis vino de América; afirma que esta afeccion, lejos de ser nueva, se conoció ya en la antigüedad, y la atribuye á la corrupcion del aire atmosférico, habiéndose propagado en Italia por la guerra de los franceses. El medio que propone contra esta enfermedad es el mercurio, cuyo descubrimiento celebra en una bellísima ficcion poética. El héroe del episodio, á quien dedica aquel segundo descubrimiento, le da el nombre de *Syphilis*, con el cual se ha designado con el tiempo la misma enfermedad que sirve de título al poema. — *Homo cœntricorum, sive de stellis liber unus. De causis criticorum dierum libellus*; en cuya obra ya parece que se vislumbra la invencion del telescopio, pues habia imaginado Fracastorio poner uno sobre otro dos vidrios de anteojo, para observar el curso de los cuerpos celestes. — *De simpathiâ et antipathiâ rerum liber unus: De contagionibus et contagionis morbis et eorum curatione*. Segun aparece por esta obra, Fracastorio ha sido el

primero que ha hablado de la tísis como enfermedad contagiosa, por el uso de objetos que pertenecieron á individuos muertos á consecuencia de la citada afeccion. —*José:* poema de que no se conocen mas que dos libros, y que el autor no pudo concluir á causa del accidente que le privó de la vida. —*Poesías latinas.* —Las obras completas de este escritor vieron la luz pública por primera vez con el siguiente título: *Hieronymi Fracastorii Veronensis, opera omnia, in unum proxime post illis mortem collecta; accesserunt Andreæ Nangerii patricii veneti orationes duæ, carminaque nonmilla. Venetiis apud Juntas*, 1555.—*Alcon, sive de cura canun venaticorum* apreciable poema, que hasta despues del siglo XVI no se encuentra reunido á las demas obras del poeta verones. Débese á Fracastorio la composicion farmacéutica llamada *discoridum*, que aun en nuestros dias se usa á menudo.

FRAGOSO (Juan). Nació en Toledo en el siglo XVI, y ha dejado obras que le acreditan de médico y cirujano distinguido. No se poseen mas noticias de este sábio español, sino que ejerció las mencionadas profesiones cerca de Felipe II. Hé aquí los títulos de las obras á que debe su celebridad: *Cuestiones quirúrgicas para esplicar los preceptos mas importantes de la cirujía.—Cirujía universal. Tratado de las evacuaciones; Antidotario.*— Este libro, del cual hay una traduccion al italiano, hecha por Baltasar Gasso, es curiosísimo, así por su doctrina como por las observaciones que contiene. El autor habla con exactitud y buen juicio de lo conveniente que es la aplicacion del fuego ó cauterio actual en muchas afecciones de gravedad, y discurre con gran sensatez sobre las heridas causadas por armas de fuego, que él considera como venenosas:—*Discursos sobre los aromas, los árboles, los frutos y las demas drogas simples que se sacan de las Indias orientales y que se usan en la medicina;*— hay tambien una traduccion latina por Israel Spach. *De succedaneis medicamentis liber, cum animadversionibus in quam plurimâ medicamentâ composita quorum est usus in hispanicis officinis.* Pavon y Ruiz, célebres botánicos españoles, dedicaron á la memoria de este insigne médico, con el título de *Fragosa*, una planta umbelífera cuyas especies todas son indígenas del suelo americano.

FRANCISCO I, rey de Francia. Nació en Cognac, á 21 de setiembre de 1491, de Cárlos de Orleans conde de Angulema, y de Luisa de Saboya, y heredó el trono en 10 de enero de 1515, por fallecimiento de su suegro Luis XII. Al mismo tiempo que el de rey de Francia, tomó el título de duque de Milan, de cuyo ducado trató de apoderarse poniéndose á la cabeza de un numeroso ejército. Oponíansele los suizos, que dueños del monte de Ginebra y de Mon-Cenis, tenian en su mano, digámoslo así, las dos llaves de Italia; pero el monarca frances confiaba demasiado en el valor de sus tropas y en su propio genio, para que le arredrasen semejantes obstáculos. A pesar de hallarse intransitables los Alpes, por las gargantas de Argentiera y Gillestre, los franceses lograron atravesarlos, y se encontraron con el ejército suizo en los llanos de Marignac, teniendo un sangriento choque en los dias 13 y 14 de setiembre de 1515. El rey de Francia daba ejemplo de valor y firmeza á los soldados, siendo el primero en soportar fatigas de toda clase; así, para mostrar á sus capitanes la vigilancia que debe haber cuando el enemigo está cerca, él mismo pasó gran parte de la noche en la cureña del cañon esperando la luz del alba. Hablando el anciano mariscal Trivulce de las diez y ocho batallas en que se habia hallado, decia que *eran juegos de niños, pero que la de Marignac habia sido una batalla de gigantes.* El resultado de esta espedicion, fué la conquista del Milanesado por los franceses, á quienes los suizos lo cedieron

por fin, dejando en el campo mas de diez mil compañeros suyos. Tambien los genoveses se declararon á favor de la Francia, lo cual motivó la entrevista del pontífice Leon X, que estaba alarmado á causa de los triunfos de aquellos, con Francisco I. Efectuóse dicha entrevista en Bolonia, firmóse la paz, se abolió la *pragmática sancion*, y se celebró el *Concordato* para la presentacion de los beneficios por aquel monarca, el cual fué confirmado al siguiente año en el concilio de Letran. El papa obtuvo las annatas, pero renunciando á otros derechos ó privilegios que hasta entonces habia disfrutado la Santa Sede. El *Concordato* encontró gran resistencia en las universidades y parlamentos; mas al fin lo recibieron un año despues de su celebracion. Por entonces se firmó tambien el tratado de Noyon entre Cárlos V, solo rey de España á la sazon, y el monarca frances, dando el primero al segundo el toison de oro, y este á aquel la órden de San Miguel, despues de haberse jurado una *paz eterna*, la cual, como observa muy bien un crítico, duró *dos dias*, á pesar del juramento. Muere Maximiliano, emperador de Alemania, y pretenden entrambos monarcas la corona imperial, que al fin se dió por los electores al de España, no obstante las enormes sumas y activas diligencias que empleó el frances para ganarse los votos. De aquí nació una guerra desastrosa y porfiada. Francisco dirigió sus armas contra Navarra, y logró conquistarla, pero su venturoso rival se la arrebató muy pronto. Mas le favoreció la suerte en Picardia, de donde espulsó á Cárlos, quien habia entrado en ella. Tambien penetró en Flándes, y tomó las plazas de Laudresies, Hesding y algunas otras; pero por otra parte perdia el Milanesado. Los franceses, al mando de Lautrec, quedaron igualmente vencidos en la famosa batalla de la Bicoca, en 27 de abril de 1552, y perdieron á Cremona y Génova. En 1554, el condestable de Borbon, que se habia pasado al emperador, derrotó, en union con nuestro bravo compatriota don Antonio de Leiva, la retaguardia del almirante Bonivet en la retirada de Ravec, en donde quedó sobre el campo de batalla el intrépido caballero Bayard, flor de la milicia francesa; y pasando despues los españoles hácia la Provenza, se apoderaron de Tolon y pusieron sitio á Marsella. El rey de Francia voló en socorro de la Provenza, y despues de haberla libertado del peligro que la amenazaba, penetró nuevamente en el Milanesado y sitió á Pavía. Era Francisco I buen soldado, entendido en el arte de la guerra, constante en las fatigas, sereno en las adversidades, y estaba dotado de bastante prevision; pero á veces cometia imprudencias, hijas tal vez de su carácter impetuoso, que no le permitia meditar las cosas con la debida madurez. Su primera imprudencia en la circunstancia que nos ocupa, fué la de emprender el sitio de una plaza tan importante en el rigor del invierno, otra de ellas consistió en destacar inoportunamente diez mil hombres de su ejército con el objeto de apoderarse de Nápoles, quedando, por tanto, mermadas sus fuerzas en número considerable. Esto es cuanto podemos decir en disculpa del monarca frances, quien por lo demas, vió sucumbir lo mejor de su ejército en la famosa batalla de Pavía, en 24 de febrero de 1595, quedando en poder de los españoles muchos de los principales señores de Francia. «Para colmo de desgracia, dice el crítico anteriormente citado, fué preso por el único oficial frances que habia seguido al condestable de Borbon, y este se halló presente para gozar el espectáculo de la humillacion de su monarca.» Es de advertir, que Borbon se habia pasado al emperador, no por un acto de verdadera traicion, sino por el ódio que le tenia la madre de Francisco I, y las persecuciones que le hizo sufrir. El ilustre prisionero fué conducido á Madrid, en donde el emperador le trató con todos los miramientos y atenciones

debidos á su clase y á su desgracia, hasta que por fin le devolvió la libertad mediante un tratado, que luego no cumplió Francisco, faltando así á su palabra el mismo que en la batalla de Pavía habia dicho: *Todo se ha perdido menos el honor.* Firmóse el tratado en Madrid, en 14 de febrero de 1596, y en virtud de él, renunciaba el rey de Francia á las pretensiones sobre el reino de Nápoles, el Milanesado, Génova y Asti, y á la soberanía de Flándes y Artois, debiendo, ademas, ceder el ducado de Borgoña. Pero ¿cuál no seria la sorpresa del embajador de Cárlos, Lannoy, cuando al hacer la demanda de este último ducado en nombre de su amo, la única respuesta que le dió el monarca frances, fué hacer que presenciase una audiencia de los diputados de Borgoña, en la que estos manifestaron á Francisco, que no tenia poder para desmembrar ninguna provincia de la monarquía? Quejóse Cárlos de esta falta de buena fe, pero el rey de Francia le envió á decir las siguientes palabras:—«Habeis mentido por la garganta, y tantas veces como lo digais mentireis.» ¡Bravata y ofensa al mismo tiempo, que Francisco I no se hubiera atrevido á pronunciar, ciertamente, en su hospitalaria prision de Madrid! Pero no paró aquí su ingratitud; sino que se unió á los venecianos y casi á toda Italia contra su generoso enemigo. Despues de varios sucesos, ya prósperos, ya adversos, para una y otra parte, se celebró la paz de Cambray en 1529. Entonces Francisco I contrajo matrimonio con Eleonora, viuda del rey de Portugal, y hermana del emperador. Hé aquí cómo juzga Voltaire la conducta del rey de Francia, cuando su salida de la prision de Madrid, teniendo en rehenes sus dos hijos: «*Los espuso*, dice, *á la ira del emperador, en términos, que si hubiera sido en otros tiempos, aquella infraccion hubiese costado la vida á los jóvenes príncipes.*» Rescatólos Francisco mediante una suma de dos millones de escudos de oro; pero quien verdaderamente pagó el rescate, fué el pueblo frances, porque *el rey tomó la resolucion indigna de un gran príncipe, de alterar la moneda, haciendo acuñar otras de menos quilates que las corrientes, para pagar aquella cantidad.* Agregóse á lo espuesto el abandono que Francisco hizo de sus aliados á su rival; por cuyos motivos llegó á perder casi del todo la confianza de Europa, cuyos soberanos ya no le creian. Poco prometia durar la paz de Cambray, en razon á que Francisco trabajaba sordamente para suscitar adversarios á su rival. Por entonces descubrió el Canadá Santiago Cartier, que habia sido enviado á América por Francisco; este fundó ademas, el Colegio y la biblioteca real de Paris. A pesar de las lecciones y desengaños recibidos, empeñábase el monarca frances en querer ser duque de Milan *y vasallo del emperador, á pesar del emperador;* y así tornó al frente de un ejército numeroso á Italia, y en 1535 conquistó la Saboya. El emperador, por su parte, penetraba en Provenza y puso sitio á Marsella, pero fué rechazado de esta plaza. Francisco I necesitaba contraer alguna alianza para poner en práctica sus miras ambiciosas y ciegas; y sin atender á lo mucho que podria perjudicarle en la opinion del mundo cristiano, se unió á Soliman II. Sucedió lo que era de esperar: esta alianza escitó las murmuraciones de los monarcas y de los pueblos católicos, y lo que fué peor para Francisco, este, ninguna utilidad sacó de ella. Viendo que con la guerra no adelantaban sus intereses, y cansado de tanta lucha, hizo una tregua de diez años con el emperador; tregua que debia durar poco, porque el rey de Francia se habia acostumbrado á no cumplir palabra alguna. En efecto: la guerra tornó á encenderse, y Francisco mandó tropas á Italia, al Rosellon y al Luxemburgo. El principio de esta guerra fué lisonjero para el que la habia provocado, pues el conde de Englion batió á las tropas de Cárlos en Cerisoles, y se apoderó

del Monferrato, habiéndose coligado la Francia con Barbarroja y Gustavo Wasa; pero Cárlos se unió á Enrique VIII de Inglaterra, y entrando en la Picardia y en Champagne, dieron en tierra con todas las esperanzas de Francisco. Cárlos se habia ya apoderado de Soissons, y de Bolonia el monarca ingles; y en tal conflicto, la Francia debió su salvacion á que los príncipes luteranos se sublevaran entonces contra el emperador. Poco tiempo despues, se firmó la paz en Crespi en Valois, á 18 de setiembre de 1544, y al año siguiente murió Francisco en Rambouillet, á consecuencia de una horrorosa infeccion venérea. Fué Francisco príncipe mas valiente que gran rey, y sus defectos mas numerosos que sus altas cualidades. Siempre tuvo la idea de humillar á Cárlos, pero Cárlos era mas poderoso, mas afortunado, mas sábio y mas prudente. Su ligereza al emprender las guerras que ensangrentaron la mayor parte de su reinado, prueba lo poco que meditaba los proyectos, y causó graves males á la Francia. Como él tenia que atender á los campos de batalla, confiaba los cuidados de su reino á su madre la duquesa de Angulema, mujer caprichosa, y á las pasiones de los ministros y codicia de los favoritos. Su inconsecuencia no fué menor que en política en los asuntos religiosos; y así mientras en unas partes quemaba á los herejes, en otras los sostenia y fomentaba sus planes, contribuyendo mas que nadie con semejante conducta á que Cárlos V no acabase con el luteranismo. Protegió las artes, y por esta circunstancia algunos sábios han tratado, aunque en vano, de disculpar y aun oscurecer sus defectos. Desde su tiempo se empezó á administrar justicia en frances, en todos sus dominios. En donde mas favorecido se ve este príncipe, es en la *Galería filosófica del siglo XVI*, por Mr. Mayer, en la cual, despues de varios pormenores se lee lo siguiente: «Francisco I príncipe bueno, sincero, generoso, popular; pero inconsecuente é indiscreto; nunca malvado, ni cruel, fué hombre sin costumbres, que arruinó la nacion sin quererlo.» El primer acto de su reinado, fué la guerra que declaró á los suizos, pero desde entonces no ha tenido Francia aliados mas fieles. Bayardo le armó caballero en el mismo campo de batalla, despues de la victoria de Marignac.

FRANCKLIN (Benjamin). Nació en Boston (Nueva-Inglaterra) en 1706, de una familia pobre y numerosa, pero honrada é industriosa. Apenas aprendió á leer y escribir, le empleó su padre en una fábrica que tenia de velas de sebo, en cuya ocupacion hubiese seguido Francklin á no sentir en su alma un impulso que le conducia á grandes empresas. Así es que, lejos de atender, como su padre queria, á la fábrica, el jóven Benjamin se aplicaba con insensato ardor á la lectura, teniendo particular aficion á los libros de historia y viajes. Advirtiendo el padre sus laudables inclinaciones, le colocó en un establecimiento tipográfico para que aprendiese el oficio de impresor, con la condicion de no recibir estipendio alguno hasta la edad de veinte años. Visitaba á menudo la imprenta un mercader instruido, cuya confianza supo ganar Francklin con sus buenos modales y con las escelentes disposiciones que descubria; y este mercader, no solo franqueó al jóven cajista su biblioteca, sino que le aficionó á la poesía. Coincidia con este hecho la amistad que Francklin contrajo con un jóven llamado Collins, tan estudioso como él y no menos amigo de la controversia, y los dos se empeñaron por escrito en una acalorada polémica acerca de la educacion del bello sexo. El primero sobresalia mas en lo relativo al raciocinio y á la ortografía; el segundo le escedia en la elegancia, giros y eleccion de palabras. El padre de Francklin, aunque artesano, tenia una instruccion regular, y leyendo los escritos de este, le advirtió sus defectos, así como las ventajas de su amigo, á quien

desde luego se propuso igualar Francklin, dedicándose con mas asiduidad al estudio. Casualmente pudo entonces haber á las manos un tomo de *El Espectador*, le gustó tanto su estilo, que trabajó cuanto puede imaginarse para imitarle. Al efecto se puso á traducirlo, y luego repasaba una y otra vez su trabajo comparándolo con el original, y de esta suerte llegó á identificarse con el estilo y aun parte de las ideas del autor ingles. Para dedicarse á esta difícil tarea tenia que sacrificar hasta su reposo, porque la imprenta le dejaba libres muy pocas horas y él estudiaba mucho. Carecia, sin embargo, de libros propios y suficientes para adquirir una instruccion sólida y poder disponer de ellos cómo y cuándo quisiese; y habiendo dado con uno en que se recomendaba la dieta vejetal, como medio escelente para conservar la salud y prolongar la vida, observó un método frugal, reducido muchas veces á un pedazo de pan, un puñado de pasas, y un vaso de agua. De esta suerte llegó á reunir un pequeño ahorro para comprar libros. Pero semejante régimen, cuando se lleva al esceso, lejos de aprovechar perjudica, y ya Francklin pensaba en abandonarlo, cuando un dia encontró un pez en el vientre de otro. «¡Hola! dijo con sorpresa, mirando al pescado, cuando uno de vosotros come al otro, no sé que inconveniente haya en que yo os coma á los dos.»—Por entonces aprendió tambien, sin mas maestro que su talento y aplicacion, aritmética, cálculo y geometría, con objeto de leer obras de náutica. Leyó igualmente el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke, y el *Arte de pensar*, de Port-Royal, y como no tuviese un guia que le separase del camino del error, Francklin solia hacer aplicaciones falsas de los principios que iba aprendiendo; de suerte que, sin conocerlo, se hizo insensiblemente metafísico, y escéptico con Schasterbury y Collins. Todos estos detalles relativos á la educacion que Francklin se dió á sí mismo, manifiestan que el desarrollo de las facultades intelectuales del hombre es un fenómeno moral digno de estudio. Digamos ahora la manera cómo se dió á conocer Francklin. Su hermano Santiago, impresor tambien, principió á publicar un periódico, en ocasion en que no habia mas que uno en toda América; y Benjamin que oia frecuentemente en la redaccion las conversaciones de las personas que á ella iban, y el juicio que formaban acerca de los artículos insertos en aquel periódico, trató de ensayar sus fuerzas en este género, pero sin que nadie lo sospechase, y mucho menos su hermano, cuya mofa temia Francklin. En efecto; escribió algunos artículos, y despues de repasados y corregidos cuidadosamente, los introdujo en la imprenta por debajo de la puerta. Al dia siguiente los recogió su hermano, leyólos, y como le gustasen, los fué publicando con general aceptacion, pues hasta se atribuian á los redactores mas hábiles. Estos elogios no pudieron menos de halagar á Francklin, tanto mas cuanto que no sabiendo nadie el nombre del autor, eran mas imparciales y justos. Despues de publicados todos, descubrió el jóven impresor su nombre, y la traza que habia usado para oir el fallo público, y recibió parabienes de todo el mundo, menos de su hermano, á quien á poco se le prohibió el periódico á consecuencia de un artículo de política. Entonces, y ademas por haber escitado Benjamin las sospechas del gobierno por algunas proposiciones religiosas, abandonó aquel punto, cuando no tenia mas que diez y siete años, y sin llevar dinero consigo, pasó á Filadelfia, en donde ni á una sola persona conocia. En aquella ciudad habia á la sazon dos imprentas, y admitido de cajista en una de ellas, hizo algunos ahorros, con los cuales y su buena conducta vivia dichoso. Habiendo hecho relaciones con sir Williams Keith, este le dispensó su amistad, ofreciendole la direccion de un establecimiento tipográfico que se proponia fundar, á

cuyo fin le dijo que fuese á Inglaterra á comprar materiales de su cuenta. En su consecuencia, Francklin se embarcó para Lóndres; pero al llegar á esta capital, vió que en las cartas que se le habian dado por el gobernador de Filadelfia, nada se hablaba de él; y así se encontró en un mundo para él completamente nuevo, sin amigos, parientes ni protectores de ninguna clase, y lo peor de todo, con muy escasos recursos pecuniarios. El pobre Francklin tuvo que apelar otra vez á su oficio, y entró en una imprenta. Entonces reformó su gusto literario, y siendo modelo de laboriosidad y buena conducta, se conquistó el cariño y aun el respeto de sus compañeros, que procuraban, á escitacion suya, corregir sus costumbres y tener una vida sobria y arreglada. Hiciéronsele varias proposiciones muy ventajosas para que permaneciese en aquel pais; pero Francklin deseaba volver á su patria, y así que logró reunir algunos ahorros, compró algunos libros, y se embarcó y regresó á Filadelfia, en donde se asoció al impresor Keimer, hombre indolente, pero que puso una gran suma de dinero en cambio de la actividad, el talento y la industria de su asociado. Estimulado entonces por el interes de la propiedad, no hubo sacrificio que Francklin no hiciese, por adquirirse la estimacion del público con su honradez y su laboriosidad infatigable é incesante. Su casa llegó á ser el centro, digámoslo así, de las personas mas instruidas de aquella capital; y en las reuniones semanales que celebraban, se discutian puntos de moral, de política ó de física, teniendo cada cual la obligacion de leer en cada mes un ensayo de composicion suya. Esta misma sociedad suministraba trabajo á la imprenta, y en tal estado, mediante un contrato con Keimer, se vió Francklin esclusivo propietario del establecimiento. Entonces tuvo principio la fortuna de Benjamin; las publicaciones que salian de su imprenta hallaban escelente acogida. No deseaba otra cosa Francklin para popularizar los principios de honradez y de moral que, bajo el título de *Almanaque del honrado Ricardo*, empezó á publicar en 1732. Diez mil ejemplares se despacharon en sólo un año, número casi increible, atendiendo á las circunstancias y poblacion del pais, y á que entonces se hallaba poco generalizada la lectura. En 1736 fué nombrado representante de la asamblea general de Pensilvania, y en 1737 director de correos de Filadelfia, destino muy lucrativo. En esta última capital creó una compañía de bomberos y otra de seguros contra incendios. Durante la guerra entre Francia é Inglaterra (1744), los indios invadieron el territorio de la Pensilvania, causando terribles estragos. El gobierno se veia imposibilitado de adoptar medidas de defensa general, por la oposicion en que se encontraba con los ciudadanos, en cuyo conflicto le ocurrió á Francklin la idea de una asociacion de defensa voluntaria, y aceptando este pensamiento se alistaron al punto hasta diez mil hombres, cuyo mando confiaron á Francklin, pero este lo rehusó. La sociedad de lectura de Filadelfia, encargó á Benjamin que repitiese los nuevos esperimentos acerca de la electricidad, que acababan de hacerse en la Gran Bretaña, y que era entonces, como ahora se dice, la cuestion palpitante. Francklin no se limitó á las observaciones de los sábios ingleses, sino que discurriendo sobre los fenómenos que analizaba, logró hacer otros varios descubrimientos, como la distribucion de la electricidad sobre las superficies esterior é interior de las botellas de Leyden; mostró la causa que producia el acúmulo del fluido eléctrico; fué el primero que observó el poder que tienen las puntas de determinar poco á poco y á distancia la emanacion de dicho fluido; concibió el proyecto de atraer á la tierra la electricidad de las nubes, y si los rayos y relámpagos eran efecto de esta misma. Echó, pues, á volar una cometa en una tarde tempestuosa, colgando una

llave al estremo de la cuerda, y ensayando el atraer ó hacer despedir chispas. Este ensayo fué por de pronto infructuoso; pero pasado algun tiempo cayó una lluvia menuda que mojó la cuerda, comunicándola de este modo un débil grado de conductibilidad, y en seguida se efectuó el fenómeno segun esperaba Francklin. El júbilo de este fué estremado, porque con su descubrimiento ya podian preservarse los edificios de los estragos de la electricidad. Despues de este ensayo inventó los pararayos, que adoptados primero en América, hoy existen en toda Europa. El sábio civilizador del Nuevo Mundo, observó el mal estado de las escuelas, y en su consecuencia el de la educacion en general, y con su infatigable celo por el bien de sus compatriotas, formó un plan relativo al asunto. Pára llevarlo á cabo abrió una suscricion que dió un producto mayor del que se esperaba, y con el cual creó un establecimiento que es hoy dia colegio de Filadelfia, y en el que, cuando su ereccion, se enseñaba latin, griego y matemáticas. Valiéndose de iguales medios, fundó un hospital y un hospicio; y cuando le nombraron comisionado para formar un plan que facilitase las medidas de defensa general, concibió el proyecto de dar á las colonias una existencia política. En el *Albaniplan*, nombre de la memoria que escribió con este fin, y que era el mismo del punto en que se habian celebrado las conferencias, pedia que las colonias se rigiesen por un gobierno central administrado por un presidente de real nombramiento, segun las deliberaciones de una asamblea representativa, cuyos individuos deberian ser elegidos proporcionalmente á la cuota de contribucion satisfecha por cada provincia. Aconteció con el proyecto una cosa singular; y fué que, la asamblea lo desechó como demasiado monárquico, y el gabinete como escesivamente popular. Pasó á Lóndres en calidad de comisionado pára abogar por su pais, y no logrando lo que apetecia, se quedó en Inglaterra como agente del Estado de Pensilvania. Allí contrajo amistad con personas instruidas, se puso en correspondencia con las principales celebridades científicas de la época, y fué nombrado miembro de la real sociedad de Lóndres y de otras academias europeas. Regresó á America en 1762, y tomó asiento como representante en la asamblea de Filadelfia, habiendo adquirido ya gran popularidad. Cuando volvió á Lóndres como agente de Pensilvania, fué llamado á la barra en la Cámara de los comunes, para que informase acerca del estado de su pais; y Francklin lo hizo con tal sencillez, firmeza y exactitud, al par, que causó profunda sensacion en aquel ilustre cuerpo, abarcando en su discurso los mas vastos conocimientos de política, administracion, comercio, rentas, etc. La revocacion del acta del derecho de timbre ó registro de todas las transacciones americanas, causó estraordinario júbilo en la patria de Francklin; pero en otros puntos de aquella América hubo serias demostraciones contra el gobierno ingles. Este, en vista del espíritu público, suprimió los nuevos derechos que acababa de fijar, escepto el té; pero el pueblo arrojó al mar este artículo de comercio. Adoptáronse varias medidas de rigor, llegaron algunas tropas inglesas á Boston, aunque en actitud pacífica, y todo esto fué causa de la agitacion que cundió rápidamente por el pais, declarándose luego este en revolucion completa. Francklin, que en todo aquel gran conflicto se condujo con admirable tacto, ya mediando con su infatigable interes en favor de las colonias, ya diciendo á los ministros todas las verdades que pudieran ilustrarles; Francklin, pues, predijo las consecuencias del rigoroso sistema adoptado por el gobierno ingles, anunciando entre otras, la insurreccion de sus colonias y la independencia de la metrópoli; todo lo cual se vió despues exactamente confirmado. Por entonces (1773) remitió Francklin á la asamblea de Pensilvania una porcion de cartas

originales del gobernador general Hutchinson y del teniente general, dirigidas al gobierno ingles, las cuales llenaron de indignacion á los americanos por el desprecio con que en ellas se les trataba, y las medidas de represion que segun las mismas debian adoptarse para sofocar la rebelion. Entonces se formó, por disposicion del gobierno ingles, un escandaloso proceso sobre la manera de haber adquirido Francklin aquellas cartas; y durante la discusion, en la que se usó toda clase de dicterios, amenazas, y hasta espresiones groseras, Francklin que la presenciaba lo oyó todo con inalterable calma, limitándose á hacer con la mano un ademan sencillo como para significar que rechazaba las injurias que le dirigian. Despues de este acontecimiento, que contribuyó en gran manera á disipar toda esperanza é idea de reconciliacion, quitaron á Francklin el destino de director general de correos de América, y conociendo este, que ya la lucha era irremediable por muchos esfuerzos que se ejecutasen para impedirla, regresó á su patria á principios de 1775, con ánimo de combatir al lado de sus compatriotas. A su vuelta á América ya la guerra estaba en toda su fuerza, y al dia siguiente de su llegada fué elegido representante de Pensilvania, y en este concepto tomó una parte muy activa en las valerosas resoluciones de la asamblea general. En 1776 se le confió la mision de pasar al Canadá, con el objeto de negociar la alianza de aquellos habitantes; pero circunstancias particulares se opusieron á que se realizase dicha empresa. El gobierno no habia dejado todavía de reconocer en sus actos al monarca de Inglaterra, y solo pedia que se le considerase igual á los demas ingleses en derechos y prerogativas; pero los principios republicanos conquistaban cada dia nuevos prosélitos, y se iba generalizando el pensamiento de constituirse independientemente, y la esperanza halagüeña de un comercio libre con todos los pueblos del mundo. Así es que, cuando se supo la noticia de que las colonias habian sido declaradas rebeldes, la indignacion llegó á su colmo, puesto que ademas se sabia que la Gran Bretaña se preparaba á reprimir enérgicamente la sublevacion. El 2 de julio de 1776 fué proclamada la independencia, siendo Francklin uno de los que mas poderosamente contribuyeron á este resultado. El general Horve, á su llegada á las márgenes del Hudson, tuvo un encuentro con el ejército insurrecto, que fué en gran parte derrotado. Entonces el vencedor quiso aprovecharse de su triunfo, creyendo que con medidas suaves adelantaria mas que con fuertes castigos, y así publicó una amnistía completa, en la cual se comprenderian todos aquellos que tornasen á la antigua obediencia en el término de cuarenta dias. A peticion suya le envió el Congreso tres diputados, para que conferenciasen con él como simples particulares acerca de la paz, y uno de ellos fué Francklin. Estas conferencias no dieron resultado alguno, y las cosas quedaron en el mismo estado en que anteriormente se hallaban, porque el general solo hablaba de sumision, de obediencia etc., y los comisionados de derechos é independencias. La suerte de los americanos fué todavía adversa por mucho tiempo, y su causa se hubiera perdido á no ser por Washington, que con un ejército de solos cuatro mil hombres, hizo prodigios de valor. No menos eficazmente se portó el Congreso en tan críticas circunstancias; reprodujo la declaracion de independencia públicamente, sin que le arredrase temor alguno; y conociendo que para sostener aquella lucha heróica necesitaba buscar aliados en Europa, envió á Francklin á Francia en calidad de embajador. La celebridad personal de este hombre estraordinario, como observa un escritor de aquella época, era el único título que los americanos podian presentar para suplir las dignidades comunes que se requerian en los em-

bajadores de Europa. Presentóse Francklin en Paris, no como un político fanático, sino como un sábio amigo de la independencia y dignidad de la pàtria, y todo el mundo admiró su prudente reserva, guiada por un juicio sólido y un carácter pundonoroso. Como la corte de Versalles vacilara en declararse abiertamente en favor ó en contra de la independencia americana, era indispensable en el representante de las colonias la política mas sagaz y circunspecta; y Francklin, cuya hermosa presencia le favorecia y armonizaba perfectamente con su conducta y carácter personal, desempeñó su cometido de una manera satisfactoria. «Y así, observa un escritor, como en los casos estraordinarios sucede comunmente que la embajada sostiene al embajador, en Francklin se vió que el embajador sostenia la embajada.» Por último, Francia se declaró en favor de las colonias; el entusiasmo por Francklin fué general, y la marcha de Lafayette aumentó hasta el colmo aquel mismo entusiasmo. El tratado de alianza con los Estados Unidos reconocidos ya como potencia independiente, se celebró en 1778, á lo cual añadirémos que contribuyó eficacísimamente nuestro buen rey Cárlos III, de feliz recordacion. Siguió al reconocimiento de estos paises el de Suecia y Prusia, que pusieron en manos del embajador americano tratados de amistad y de comercio. Francklin permaneció durante algunos años en Paris ó en una quinta de Pissy, disfrutando las dulzuras de la sociedad de hombres ilustrados, saliendo únicamente de su retiro cuando lo exigian los asuntos de su ministerio. En dicha quinta escribió sus obras mas ingeniosas, y la academia de ciencias le dió varias comisiones que desempeñó satisfactoriamente. Pero su edad ya era bastante avanzada; algunos achaques le molestaron lo suficiente por entonces, para que se acordase de su amada patria, y deseando verla antes de morir, regresó á ella en 1785. ¿Qué dirémos de su llegada á Filadelfia? Nunca se vió entusiasmo igual al que mostraron aquellos habitantes, al recibir al ilustre varon que tanto habia trabajado por la independencia de su pais. Toda la gente de aquella ciudad y de las cercanías, acudió á esperarle á larga distancia, y luego que apareció á los ojos de la multitud, voces de júbilo y de bendicion resonaron por todas partes. Francklin volvió á tomar asiento en la asamblea de la provincia, que le eligió por dos veces presidente. En 1778 se retiró definitivamente de los negocios públicos, á causa de haberse agravado sus dolencias, pronunciando antes un discurso, en el que escitaba á sus colegas á que sacrificasen sus opiniones individuales en beneficio de la patria. Murió en 17 de abril de 1790, á la edad de ochenta y cuatro años. Las enfermedades que le llevaron al sepulcro fueron la gota y el mal de piedra, y eran tan crueles los dolores que esperimentó, con especialidad en los últimos dias, que solo tomando grandes dósis de opio sentia algun alivio. Los ratos en que le dejaban descansar los dolores, los empleaba en conversar con los amigos que le rodeaban, en dar disposiciones relativas á alguna empresa de pública utilidad, ó gracias á Dios, porque de un estado humilde y oscuro le habia elevado á la opulencia y á una altura eminente entre los hombres mas distinguidos. Cuando se propagó la triste nueva de su fallecimiento por América, el sentimiento fué general, y así el Congreso como la poblacion de Filadelfia le hicieron suntuosos funerales. En Francia la Asamblea nacional dispuso que hubiese luto público, uniéndose de esta manera el antiguo y el nuevo mundo para llorar la pérdida de un sábio, de un patriota, cuyos talentos y virtudes habian honrado la humanidad. Francklin vivió por espacio de cincuenta años, en compañía de una esposa amada, siendo tambien modelo de virtudes domésticas. El contenido de su testamento correspondió á las generosas y patrióticas ideas de Francklin, pues en él dejaba

fundadas muchas instituciones útiles, concluyendo con estas palabras: «Lego á mi amigo, el amigo del género humano, el general Washington, el baston de manzano silvestre, con que yo solia ir á paseo. Si este baston fuese un cetro, le convendria tambien.» Hé aquí el epitafio que el mismo Francklin habia compuesto para sí años antes de su muerte:

Aquí yace
entregado á los gusanos
el cuerpo de Benjamin Francklin
impresor;
semejante á las cubiertas de un
libro viejo,
cuyas hojas están arrancadas
y el dorado y el rótulo borrados.
Mas no por esto se ha perdido la
obra,
pues volverá á salir á luz,
como él lo creia,
en una nueva y mejor edicion,
revisada y corregida
por
el autor.

La mayor parte de los fragmentos de las obras de Francklin, se publicaron en las colecciones de varias academias, y en particular en las *Transacciones filosóficas*, en donde tambien se insertaron su *Carta acerca de los efectos del rayo* y su *Analogía del trueno con la electricidad*. Todos los físicos repitieron á porfía los esperimentos de Francklin, y Nollet dió á luz en 1753 y 60 sus *Cartas sobre la electricidad, en las cuales se sostiene el principio de las efluencias y afluencias simultáneas contra la doctrina de Francklin*. En 1774 publicó el célebre filósofo americano, en las *Transacciones*, una *Memoria* sobre el modo de calmar la violencia de las olas derramando aceite sobre la superficie del mar. Su *Chimenea de Pensilvania* fué de moda por algun tiempo, con el nombre de *Chimenea á lo Francklin*, que despues ha perfeccionado Desarnot. Redactó Francklin con Robinet y otros, una obra periódica, que salió en Amberes, con el título de *Negocios de Inglaterra y América*, y escribió tambien su vida privada.

FRANCO BARRETO (Juan). Nació en la ciudad de Lisboa, en 1606, y es uno de los buenos poetas del parnaso lusitano. El famoso Francisco Macedo le dió lecciones de humanidades, de que el discípulo sacó grande utilidad, pudiendo decirse que adquirió su talento y su gusto para la poesía. Era Franco descendiente de una familia ilustre, y en su juventud siguió la carrera de las armas, pasando al Brasil contra los holandeses, en la espedicion marítima de 1646. Pero no bien hubo regresado á su pais, dejó la espada por la pluma, siendo naturalmente mas inclinado á la paz del estudio, que al estrépito de la guerra. Graduóse de doctor en derechos en la universidad de Coimbra. Protegióle despues, descubriendo en él grandes disposiciones para la diplomacia, el montero mayor del rey Juan IV, don Francisco Mello, de cuyos hijos fué asimismo preceptor el jóven Barreto. Cuando Mello fué de embajador estraordinario á Francia, llevó consigo á su protegido, en calidad de secretario, cuyo empleo desempeñó Franco á satisfaccion de aquel. Tampoco agradaba al poeta la vida de la corte, aunque la fortuna comenzaba á prepararle un elevado destino, y así abandonó la carrera diplomática luego que tornó á Portugal; y como quedase viudo, entró en el estado eclesiástico, siendo nombrado á poco vicario de Barrerio. Murió Franco Barreto en 1664, y dejó numerosas obras, así en verso como en prosa, todas ellas apreciables, pero con especialidad las que mencionamos á continuacion: *Cipariso, fábula mitológica*. en octavas. Es una hermosa composicion que mereció justísimos elogios de todos los contemporáneos, y que revelaba un poeta de primer órden.—*Relacion del viaje que hicieron en 1641 á Francia don Francisco de Mello y el doctor Coello de Caravallo, en calidad*

de embajadores.—Eneida portuguesa, primera parte... 1664.—*Segunda parte...* 1670. Es una traduccion que puede competir con las de Pope y Anibal Caro, teniendo el doble mérito de seguir fielmente el sentido literal del testo, conservándolo en toda su energía y vigor. Los principales defectos de este trabajo consisten en que Franco, sin duda á causa de la dificultad de superar la rima, es á veces algo difuso y un tanto pródigo de epítetos.—*Ortografía de la lengua portuguesa.*—Entre los manuscritos de Franco, que del cardenal de Sousa, que los tenia en su biblioteca, pasaron á su heredero el duque de Foens, se hallaban los siguientes: —*Biblioteca portuguesa.—Historia de los cardenales portugueses.—Odas de Horacio en verso portugues.—Relacion del viaje del ejército portugues á Bahía.—Batrachomgomachia*, imitacion de la de Homero.—*Genealogía de los dioses gentiles.—Rimas varias.* Escribia Franco con igual facilidad en verso que en prosa, debiéndola, sin duda, á la perfeccion con que poseia el latin, el griego, el italiano, el frances y el español; y si bien es cierto que en ocasiones abusa de los tropos y figuras, no lo es menos que estos defectos casi desaparecen ante lo varonil, animado y elegante de su estilo y su pureza estremada.

FRANCO (Francisco). Nació en la ciudad de Játiva (Valencia), á principios del siglo XVI. Goza gran reputacion como médico. Despues de desempeñar una cátedra de su facultad en Alcalá de Henares, pasó á Portugal, en donde fué médico de cámara del rey don Juan III. Pero su decidida aficion á los viajes, le hizo abandonar aquel reino, y habiendo recorrido varios paises por espacio de algunos años, se estableció en Sevilla como primer catedrático de medicina de aquella escuela, publicando allí las dos obras que nos quedan de él, titulada la una: *Libro de enfermedades contagiosas y de la preservancia de ellas,* que comprende conocimientos útiles de práctica, y da á conocer en su autor un hombre muy docto para su tiempo; y la otra: *De la nieve y del uso de ella,* que contiene preceptos provechosos, y de especial aplicacion al clima meridional de España. Ignórase la época fija en que murió nuestro famoso compatriota.

FRANCO (Pedro). Nació en el siglo XVI, en Turriers, cerca de Cisteron, en Provenza. A este célebre cirujano frances es deudora la humanidad de grandes beneficios. Lo que particularmente contribuyó á eternizar su memoria en los anales quirúrjicos, fué su habilidad en la operacion llamada de la Talla. Es considerado como el primero que aplicó el alto aparato, cuya invencion se le atribuye tambien, y cuya operacion, aunque ofrece grandes inconvenientes, no deja de ser útil en muchos casos. Se ignoran las demas circunstancias de la vida de este hombre célebre, y solo se sabe que en su juventud pasó á Suiza, ocupando sucesivamente las cátedras de anatomía en Friburgo y en Lausana. Las dos obras que de él se conocen, son: *Tratado que comprende una de las partes principales de la cirujía, ejercida por los cirujanos herniarios.—Tratado de las hernias, que contiene una estensa esplicacion de todas sus especies, y otras escelentes partes de la cirujía, etc.* No se sabe la época ni el lugar de su muerte.

FREDEGUNDA. Nació en 1543, para oprobio de su sexo y horror del mundo, en Monte Desiderio, y descendia de una familia oscura y muy plebeya. Era mujer de estraordinaria belleza, y entrando al servicio de Anduavia, primera esposa de Chilperico I, rey de Soissons, logró cautivar el corazon de este príncipe, y á fuerza de artificios consiguió tambien que repudiase á su mujer. Proponíase la ambiciosa Fredegunda ocupar el lugar de la reina, pero el monarca, viendo las

instancias de sus súbditos, contrajo enlace con Galsuinda, hija del rey de los visigodos, y hermana de Brunequilda, con quien el hermano de Chilperico, Rigeberto, rey de Austrasia, acababa de celebrar matrimonio. Galsuinda, que observaba la ciega pasion de su marido por Fredegunda, al propio tiempo que la insolencia de esta, quejóse á los prelados y señores principales del reino, quienes trataron de obligar al rey á que abandonase su querida. Pero antes de que este proyecto llegara á realizarse, la vengativa dama del rey, habiéndolo vislumbrado, resolvió vengarse, y la reina fué encontrada muerta en su lecho. Atribuyóse desde luego aquel horroroso crímen á Chilperico y Fredegunda, con harto motivo, y Brunequilda determinó á su esposo Sigisberto á levantar un ejército, y declarar la guerra á su hermano. En efecto; el rey de Soissons y su querida fueron sitiados en la ciudad de Tornay, á la sazon corte de Chilperico, y ya no les quedaba otro recurso que entregarse á merced del vencedor, cuando Fredegunda envió unos emisarios al campo enemigo, los cuales asesinaron á Sigisberto, siguiéndose á este nuevo crímen la derrota del ejército del sitiador, mandada por su viuda. Con tales precedentes se celebró la boda de Chilperico con Fredegunda, quien, como le dominaba completamente, le perdia con sus desacertados consejos, ya agravando los males del reino con enormes tributos, ya declarando la guerra á sus hermanos, y adquiriéndose el ódio de sus súbditos con violencias y crímenes que escitaban general indignacion. Pero aun no estaba saciada la sed de sangre que devoraba á la infame reina: quedaban á Chilperico dos hijos de su primera esposa, y considerándolos Fredegunda como otros tantos obstáculos á su conservacion en el trono, calumnióles primeramente, y en seguida hizo que les diesen muerte. Fredegunda, homicida y adúltera, temió que sus liviandades, algunas de las cuales ya habia descubierto Chilperico, precipitasen su ruina, y para evitarla mandó que asesinasen al mismo á quien todo lo debia, y cuyo ciego amor por ella era la causa de la dilatada série de crímenes que mancharon su reinado. Muerto, pues, Chilperico, Fredegunda quedó de regente del reino durante la minoría de su hijo Clotario II. El hijo de Sigisberto, Childeberto II, resolvió entonces vengar á su padre, y al efecto pidió socorro á Goutran, rey de Borgoña y tio de los dos príncipes; pero muy en breve tuvo que retirarse, y poco tiempo despues un veneno le arrebató la vida. Ya no quedaban á Fredegunda enemigos que temer; y aplicándose entonces al gobierno del Estado, reinó con gloria, si bien siempre cometiendo crueldades que oscurecieron mucho su esplendor. El mismo Goutran, que la habia servido, pereció por mandato de este mónstruo coronado, é igual suerte tuvieron Pretextato, arzobispo de Ruan, uno de los prelados mas distinguidos de las Gálias y algunos otros señores principales del reino. Murió Fredegunda en 1597, y sus restos fueron depositados en San German de los Prados. A pesar de lo que de esta inhumana mujer hemos referido, y en lo cual están acordes la mayor parte de los historiadores, hay algunos motivos para sospechar que el ódio público exageró los vicios y crueldades que se la atribuyen. Sin embargo, siempre resulta que fué una reina cruel.

FRINEA. Nació en Tespias, y florecia en el siglo IV antes de Jesucristo. Fué una de las mas famosas cortesanas de la Grecia. El célebre escultor Praxiteles estaba ciegamente enamorado de sus gracias, y Frinea le sirvió muchas veces de modelo para sus estátuas de Venus. El artista en un momento de entusiasmo por su belleza, prometió darle la obra que mas le agradase, entre todas las que tenia en su estudio ú obrador. No sabia Frinea cuál elegir entre tantas y tan hermosas crea-

ciones; y para saber la que mas valia, recurrió á una astucia que tuvo buen resultado, y fué la siguiente: Un dia en que Praxiteles fué á visitarla, un criado, á quien ella habia enterado de antemano de lo que debia hacer, entra precipitadamente espresando en su fisonomía el mayor espanto, y dice que el taller del escultor está ardiendo, y que solo han podido salvarse del fuego algunas obras. Levántase al punto Praxiteles y esclama fuera de sí: *Estoy perdido, si el incendio no ha perdonado mi Sátiro y mi Cupido.* Entonces Frinea se echa á reir, y con dulces palabras le tranquiliza, declarándole el ardid que habia usado para saber qué obra prefiere él, y le pide y logra el *Cupido*. Una de las varias estátuas que el gran escultor hizo de la cortesana griega, fué colocada en el templo de Delfos entre la de Arquidamo, rey de Esparta, y la de Filipo, padre de Alejandro el Grande. Llegó á reunir Frinea un caudal tan considerable, que ofreció reconstruir la ciudad de Tebas, á su costa, con la condicion de que se pusiese en el paraje mas público de ella la siguiente leyenda: *Alejandro destruyó á Tebas, y Frinea la ha reedificado.* Segun Quintiliano, habiendo sido esta célebre mujer acusada de impiedad, su defensor entreabrió su vestido, suavizando de esta suerte la severidad de los jueces, quienes quedaron conmovidos al contemplar una hermosura tan perfecta. Otra cortesana del mismo nombre, de quien no habla la historia, dice Ateneo que fué famosa por su insaciable codicia.

FRUELA I (don), segundo rey de Leon; principió su reinado en el año 757 de Cristo; murió en el 768. Las críticas circunstancias de una monarquía recientemente fundada en medio de poderosos enemigos, y la necesidad de conservar las conquistas hechas por el rey don Alfonso, en cuyas espediciones le habia acompañado, dando notorias pruebas de valor y constancia su hijo don Fruela, fueron la causa de que los magnates, y el pueblo principalmente, le aclamasen por sucesor de su padre, sin embargo de estar acreditado de mas intolerante y violento que lo que convenia á la dignidad real. No obstante esto, desde los principios de su reinado manifestó en su piedad ser verdadero hijo de don Alfonso el Católico, pues advirtiendo cuán abandonada estaba la disciplina eclesiástica, porque era comun y frecuente el vivir los clérigos públicamente casados, convocó para esterminar este inconveniente, aquellos obispos que por las Asturias y montañas vivian retirados de sus diócesis, ocupadas por los mahometanos, y tratando maduramente un negocio de tanta gravedad y consecuencia, se decretó en esta junta la separacion de los sacerdotes de sus mujeres actuales, y se les prohibió el poder en adelante casarse. Mientras se ocupaba don Fruela en tan dignos asuntos, se le revelaron las tierras de los vascones, á quienes salió á castigar derrotándolos y saqueando sus pueblos. Entre los prisioneros hechos en esta espedicion se halló una doncella llamada doña Munia, de singular hermosura y de no menos calidad y nobleza, con quien despues se casó don Fruela, y de quien tuvo á don Alfonso el Casto y á doña Jimena. En este tiempo, reconocido Abderrahamen por rey de la mayor parte de España, ideó agregar á sus dominios la nueva monarquía, y formando un numeroso ejército al cargo de Haumar, invadió este las tierras de los cristianos, empezando sus hostilidades por Portugal, é internándose en la Galicia donde le encontró con el suyo don Fruela, que aunque muy inferior en fuerzas, no rehusó el presentarle la batalla en que perecieron, segun refieren las memorias de aquellos tiempos, cincuenta y cuatro mil infieles con su general, que habiendo sido hecho prisionero, fué mandado degollar inmediatamente por don Fruela. En esta accion, que parece pasó en un lugar llamado Pontumo (acaso es

Pontes de Eume, junto á la Coruña) se lograron ricos despojos, y don Fruela determinó fundar con ellos una nueva ciudad que fué Oviedo, consagrando una iglesia al Omnipotente á quien habia debido tan señalada victoria. Pasados algunos años, volviendo Abderrahamen victorioso y triunfante de los catalanes y aragoneses, conservando todavía el resentimiento de la rota y muerte de su general Haumar, se propuso vengarlas entrando á sangre y fuego algunos lugares de Castilla, pero don Fruela viendo tan cerca el enemigo, juntó con la mayor celeridad un corto ejército; pues se dice, que los gallegos no le asistieron en esta ocasion, y presentándose con él al de Abderrahamen, no solo fué el primero en acometer, sino que le deshizo y destrozó de tal manera, que le escarmentó para siempre, haciéndole concebir desde entonces la idea de ser invencibles los cristianos dentro de sus tierras. Los gallegos en este tiempo, no solo habian negado los socorros á don Fruela, sino que llevando mas adelante la perfidia, se rebelaron abiertamente, de suerte, que le fué indispensable el ir sobre ellos con las armas, y despues de vencerlos, castigar á los principales motores de la sublevacion, acaso mas severamente que era necesario. Wimarano, hermano de don Fruela, aunque le asemejaba en el valor y en las demas prendas militares, era muy desemejante de él en la condicion y genio; pues este tenia de cruel y áspero todo lo que aquel de benigno y tratable, con cuyas insignes cualidades se hacia amar de todos, al paso que el pueblo necesitaba acudir al estímulo de sus naturales obligaciones, para no aborrecer á don Fruela. Esta razon y el advertir el rey que los señores huian de su presencia, cuando era contínuo el cortejo de los mismos á su hermano, le hicieron concebir una pasion terrible de celos y de envidia, la cual desfigurada con el pretesto que él quiso darla, le arrebató de tal suerte, que sin tener cuenta con las precisas consecuencias de la atrocidad que meditaba, se acarreó su misma muerte por la de su inocente hermano. Habíase don Fruela enagenado de tal suerte los ánimos de sus vasallos con su severidad y aspereza, que parece no halló, ni aun entre sus cortesanos, sugeto á propósito á quien fiar el fratricidio: y así, ó fuese por el temor de que no le quisiesen obedecer, ó el que descubriesen su designio, y por consiguiente quedase frustrada su inicua determinacion, libró á su misma mano la ejecucion de ella, dando la muerte, dentro de su propio palacio, á Wimarano, y llenando de oprobio con ella sus triunfos y proezas. Este cruel fratricidio no solo acabó de irritar á los vasallos de don Fruela, que generalmente le reprobaban, sino que puso en la mayor desconfianza á aquellos próceres que se habian señalado en el obsequio de su infeliz hermano, temiendo y recelando para sí igual suerte; pues no era creible tuviese con ellos mas consideracion que la que con Wimarano habia tenido. Esta desconfianza alentada del deseo de la seguridad y conservacion propia, los precipitó en el delito de la infidencia, y formándose una poderosa conjuracion, resultó de ella la muerte de don Fruela, que fué ejecutada en Cangas; verificándose en este caso el que el error de uno produce los de muchos: pues de la inconsideracion de don Fruela se originaron los delitos de la siempre detestable y horrenda conjuracion de sus súbditos, por mas que procurasen hacer valer las débiles razones de la venganza del desgraciado Wimarano. Acaeció la muerte de este rey en la era 806, año de Cristo 768. Reinó once años y tres meses. Dejó dos hijos de corta edad, el uno, que despues fué rey, conocido con el nombre de don Alfonso II el Casto, y el otro doña Jimena. Fué sepultado en la iglesia de Oviedo que él habia fundado.

FRUELA II (don), décimotercio rey de Leon; empezó á reinar en el año de Cristo 923; murió en el 924.

Aunque á la muerte del rey don Ordoño II parece se hallaba su hijo don Alfonso con edad suficiente para entrar en los cuidados y gobierno del reino de su padre, la prepotencia con que se habia prevenido su tio don Fruela, le abrió el camino al sólio, á pesar del deseo que muchos de los grandes manifestaron de que fuese colocado en él su sobrino. Por esta razon, luego que ocupó el trono don Fruela II, manifestó su resentimiento, mandando quitar la vida á muchos de los principales señores del reino, y entre ellos á Olmundo, que era entonces el de mas respeto y consideracion en la corte, tanto por su calidad, como por el gran partido de caballeros que le seguia. No contento don Fruela II con esta rigorosa demostracion de su severidad, desterró á Fruminio, obispo de Leon, sugeto digno de toda veneracion por sus virtudes, atribuyéndole igualmente el haber coadyuvado á los intentos de Olmundo; bien que todos estos procederes no tuvieron al parecer toda la necesaria justificacion, y por eso nuestros historiadores, en lo comun, los culpan de injustos. A las severidades de don Fruela II, que suponen alcanzaban tambien á los castellanos, y á las injusticias que estos esperimentaban en Leon, suponiéndolos sujetos á sus reyes, atribuyen algunos historiadores la determinacion que tomaron los súbditos de Castilla, de nombrar jueces que los gobernasen en la ausencia ó prision de su conde soberano. Pero estos hechos y supuestos, igualmente que las épocas á que se refieren, sufren muchas contradicciones en la buena crítica, á la cual deben nueva y mas clara luz en estos tiempos, reduciendo el suceso á otros mas proporcionados y mas convenientes con las memorias de aquella edad. Lo que parece mas cierto sin duda, es que don Fruela II, habiéndose señalado por sus violencias y su severidad, murió cubierto de lepra, habiendo reinado poco mas de un año. Verificóse la muerte de este rey en la era 962, año de Cristo 924, y fué sepultado junto á su hermano don Ordoño II, en la iglesia de Leon.

FRUGONI (Cárlos Inocente). Nació en Génova en 1692, y ocupa un lugar eminente entre los mas célebres y fecundos poetas italianos del siglo último. Tenia dos hermanos, y habiéndoles quedado un patrimonio cuantioso, determinó hacer ricos á los dos mayores el mas jóven de todos ellos; y al efecto siguió la carrera eclesiástica, renunciando la parte de su herencia en favor de los otros. Este generoso jóven era Cárlos Inocente, quien sin mas vocacion entró á la edad de quince años en la congregacion de hermanos llamados somascos, pronunciando sus votos en Novi en 1709. La precocidad de su genio, la viveza de su imaginacion, eran ya objeto de asombro para cuantos le conocian, y sus progresos en las ciencias y en las bellas letras correspondieron y aun escedieron á las esperanzas que habia hecho concebir. Cuando pasó á Brescia (1716) para ocupar la cátedra de retórica, ya su fama de buen poeta y escritor distinguido, inspiraba respeto y admiracion, siendo de advertir que manejaba con igual soltura y elegancia, las lenguas latina é italiana. A él se debió la creacion del *comante eginético*, colonia arcadia que estableció en dicha capital en el año mismo de su llegada. Al siguiente pasó á Roma á esplicar humanidades en el colegio clementino, y entre otros célebres escritores que se honraban con su amistad, debemos contar á Rolli y á Metastasio. Dos años despues regresó á Génova para encargarse de la enseñanza de los jóvenes religiosos de su instituto. Habiendo caido enfermo, se le aconsejó la distraccion de los viajes para su completo restablecimiento, y con tal motivo, pasó sucesivamente á Plasencia y á Parma, fijándose por último, en Módena, en donde, recobrada ya la salud, se dedicó con nuevo ardor á las tareas literarias, y conclu-

yó la traduccion al italiano del *Radamisto* de Crebillon. Tambien en aquellas ciudades contrajo amistad con varios literatos escelentes, y en particular con el cardenal Cornelio Bentivoglio, que le ocupaba entonces en la traduccion poética de Estacio, que le dió celebridad, y en la que le ayudó el vate genoves. Bentivoglio habia pensado tambien traducir la *Tebaida*, á propósito de lo cual dice Fabroni: «Frugoni fué el Apolo de esta empresa, el que añadió aquella perfeccion y riqueza de estilo á que jamas puede llegar un hombre de genio, cuando el cuidado de negocios políticos, siempre diversos, comprime y disipa el calor de su musa, etc.» El duque de Parma Antonio Farnesio, protegió á Frugoni, que residió en aquella corte, y despues del fallecimiento de aquel, fué el poeta secularizado por Clemente XII, bajo condiciones que despues anuló Benedicto XIV. Tambien el infante don Cárlos, despues III de España, que pasó á Parma, favoreció de una manera distinguida y generosa á Frugoni, quien tuvo mas adelante el cargo de poeta de la corte, de inspector de los teatros, y de secretario de la academia de bellas artes. Murió Frugoni en 20 de diciembre de 1768, dejando gran reputacion literaria y habiendo merecido el aprecio constante del soberano y sus ministros, así como tambien el de todas las personas de distincion. No conocemos mas que parte de las poesías de este autor, y así para hacer una apreciacion general de todas, trascribirémos algunas líneas del juicio que un crítico forma de ellas. «No se puede negar, dice, á este poeta la gloria de haber sido uno de los primeros que despertaron en Italia la verdadera poesía lírica, casi sepultada entre los vanos fantasmas del siglo XVII. Cualquier asunto se presentaba sublime á su talento, y adquiria aquellas formas poéticas que le adornan, de gracias y de novedades, sin alterar las bellezas originales..... Sus canciones llenas ya de una flexible robustez y de una risueña majestad, ya de rasgos y agudezas anacreónticas, serán siempre uno de los monumentos mas bellos del ingenio poético. Sus sonetos son robustos y bien manejados, y sus esdrújulos están escritos con una facilidad y armonía, á las cuales nadie habia llegado desde los tiempos de Sannázaro. Sus versos sueltos, que son numerosos, igualan á los de Horacio por el noble vuelo, la facundia, las espresiones enérgicas y el vigor de epítetos, á despecho de las maldicientes y desenfrenadas críticas del célebre *Aristarco* Scanabue..... No nos detendrémos en recordar sus singulares talentos satíricos, de que no dejó de abusar un tanto, cediendo al seductor placer de pintar la parte ridícula de los privados, ó al de una venganza ingeniosa... Si alguna vez emprendió escribir dramas, lo hizo por mandato de varios soberanos, y nunca por inclinacion propia... Escribió tambien Frugoni en prosa escelente, agradable y natural.» La edicion completa de las poesías de este autor consta de nueve tomos en 8.º

FUENMAYOR (Antonio de). Nació en Agreda (Castilla la Vieja), del doctor Fuenmayor, consejero en el Supremo de Castilla, y de doña Beatriz de Pimentel. Breve fué su vida, sus escritos uno solo, pero este ha inmortalizado á aquella, y el nombre de Antonio de Fuenmayor se pronunciará con respeto mientras haya literatura. Diéronle sus padres una escelente educacion, confiándole á maestros sábios y celosos de su propia honra en la de la instruccion de sus discípulos, y siendo Fuenmayor uno de los mas aventajados, así en aplicacion como en talentos, escedió á las esperanzas de todos desde que principió sus estudios. Su precoz ingenio y su imaginacion viva, acompañados de una memoria felicísima, se desarrollaron de una manera portentosa, como si fuesen anuncios de lo poco que habia de vivir. En efecto, aun no habia

cumplido treinta años cuando le arrebató la muerte, siendo ya canónigo de Palencia y arcediano de Campos. Sola una obra conocemos de él, pero obra *de oro*, segun la espresion de don Nicolas Antonio, y es: *Vida y hechos de Pio V, pontífice romano, con algunos notables sucesos de la cristiandad del tiempo de su pontificado.* Ya que hemos citado á aquel crítico, cuya autoridad es, en nuestro concepto, muy respetable, dirémos que al hablar de la obra mencionada añade, que Fuenmayor supo reunir en ella la fuerza de estilo de Julio César, el esmerado laconismo de Salustio y la fecunda brevedad de Cornelio Nepote. Presúmese tambien que nuestro historiador debió ser escelente humanista, si ha de juzgarse por un elegante epigrama que el referido crítico publicó en su biblioteca, hecho en elogio del papa Pio V, despues de la victoria naval contra la escuadra otomana.

FUENTE (Juan Leandro). Nació en Granada á 28 de agosto de 1600. Ni Palomino, ni Pons, ni otros biógrafos hablan de este escelente pintor, uno de los que mas honran al suelo que les vió nacer. Ignórase quién fué el maestro que enseñó á nuestro compatriota: pero, segun parece, en sus cuadros siguió la escuela veneciana. Las dotes que distinguen á Leandro Fuente son: la exactitud del dibujo, la belleza del colorido y la fuerza del claro oscuro, y sus cuadros son dignos de la admiracion de los inteligentes. Uno hay en la iglesia de San Juan de Granada, que representa á este santo arrodillado ante el niño Jesus, que se le aparece encima de una montaña entre varios grupos de ángeles y rodeado de nubes, sobre las cuales se ve al Padre Eterno, cuya cabeza se considera como un modelo del arte. Otros ocho cuadros de grandes dimensiones se ven en la iglesia de agustinos, en que está representada la pasion de Jesucristo. Dichos cuadros son tambien dignos del pincel de Leandro Fuente. En la iglesia de Capuchinos existia otro gran cuadro de *Nuestra Señora, entregando el niño Jesus en manos de San Felix de Cantalicio.* — *El nacimiento del Hijo de Dios*, que pintó Leandro Fuente en Sevilla, en 1638, para la iglesia de San Lorenzo, ha merecido justos elogios, y son innumerables las copias que de él se han sacado. Pero la verdadera obra maestra de este pintor, ó la que mas ha contribuido á su reputacion, es *la Caridad*, cuadro de tamaño natural, que concluyó en 1638, y que existia en Madrid en San Felipe el Real. En él aparece *la Caridad*, trasportada al cielo por algunos grupos de ángeles, y llevando en una de sus manos un vaso con un corazon inflamado. El mérito de esta obra es grandísimo, tanto por el dibujo, cuanto por la espresion y el colorido. Otros varios cuadros quedan de Leandro Fuente; pero este pintor no conocia la intriga, carecia de ambicion y era modesto, y no poseyendo por tanto el arte necesario para hacer valer su mérito, murió pobre y casi desconocido en su patria.

FUENTES (Diego de). Historiador y poeta, natural de Aragon, segun sospecha el erudito don Nicolas Antonio. Digno es su nombre de ser particularmente mencionado en esta obra, siquiera por las obras que este insigne español dejó escritas. Fué una de ellas la titulada: *La conquista de Africa*, que lleva al frente una dedicatoria á don Juan Jimenez de Urrea, conde de Aranda. *La conquista de Sena* tambien es suya; la publicó al mismo tiempo que la de Africa, y por separado la siguiente: *Historia del prudentísimo capitan don Fernando Dávalos, marques de Pescara, con los hechos memorables de otros siete escelentes capitanes del emperador Cárlos V, es á saber: Próspero Colona, el duque de Borbon; don Cárlos Lanoy; don Hugo de Moncada; Filiberto, príncipe de Orange; Antonio de Leiva y el marques del Guasto, recopilada por el M.*

Valles con una adicion de Diego de Fuentes. Sus poesías llevan el título de *Obras poéticas en varios géneros de versos.*

FUENTES (Pedro Enriquez Acevedo de Toledo, conde de). Nació en Valladolid en 18 de setiembre de 1560, y España se honra con contarle en el número de sus mas distinguidos capitanes. Fué paje de Felipe II, é impulsado por su amor á la milicia entró á servir á las órdenes del duque de Alba, que á la sazon hacia su famosa campaña de Portugal. Sometido este reino en tan breve espacio de tiempo, que no se sabe qué fué mas pronto, si invadirlo ó conquistarlo, nuestro jóven conde se condujo con tal bizarría é inteligencia, que el duque le confió el mando de una compañía de lanceros; prueba evidente del mérito del novel guerrero, pues el de Alba no prodigaba recompensas de este género mas que á los que las ganaban con sus hechos. Pasó despues á Flándes el conde de Fuentes, á las órdenes de Alejandro Farnesio, distinguiéndose en aquel pais no menos que en Portugal, y en 1591 hizo tambien la guerra en Francia. Los vastos proyectos del segundo Felipe quedaron desconcertados por la abjuracion de Enrique IV, por cuyo motivo el valeroso español hubo de tornar á su patria con el duque de Parma. Ya eran, sin embargo, bastante conocidos el valor y los talentos de Fuentes, en particular los relativos á la política y á la guerra; y atendiendo á ellos, el monarca le confió el desempeño de embajadas importantísimas, y por último el gobierno de los Paises Bajos y de Milan. A Felipe II sucedió en el trono español su hijo Felipe III, quien continuó la sangrienta guerra de Flándes, en que peleaban los primeros generales de la época. A esta guerra asistió el ilustre Fuentes, ansioso de conquistar laureles para su patria y para sí. Alistóse bajo las banderas del marques de Espínola, y fué uno de los que se hallaron en la toma de Ostende. Hacia tres años que esta importante plaza padecia los trabajos y horrores de un sitio tan dilatado, habiendo ya perecido entre una y otra parte cerca de sesenta mil hombres. No obstante, ni sitiados, ni sitiadores cedian en su respectivo empeño, y el desenlace parecia interminable. Los sitiados hicieron frecuentes salidas, y en ellas se portó el conde como en todas ocasiones; pero cuando se hizo admirar por su estraordinario arrojo fué en el dia en que se dió el último asalto. No queriendo ser menos que algunos otros capitanes que hacian prodigios de valor, fué uno de los primeros que se presentaron en la brecha, teniendo la gloria de clavar en ella el estandarte de Castilla, y de contribuir como pocos á la rendicion de Ostende, que se efectuó en 1606. En tiempo de Felipe IV, y siendo ya general, sirvió Fuentes á su patria con nuevo lustre en la guerra que volvió á encenderse, mas brava que nunca, despues de una tregua de doce años que se habia ajustado con los holandeses. El insigne conde obtuvo uno de los principales mandos, y conquistó brillantes laureles con gloriosos hechos de armas; pero á pesar de ellos, y de las victorias de Espínola, las circunstancias obligaron al rey de España á firmar una paz, poco ventajosa por cierto para este pais. En la guerra que despues hubo entre España y Francia, pasados algunos años, Fuentes mandó la infantería, y á su valor se debieron algunos triunfos; pero la gloria de la primera de las dos naciones citadas empezaba á decaer, y la fortuna fué despues contraria á sus armas. Decidióse esta sangrienta contienda en la batalla de Rocroy, tan funesta para los españoles como gloriosa para sus enemigos. Esta batalla formó la reputacion del gran Condé, quien, como dice un escritor célebre, con la numerosa caballería francesa, atacó aquella infantería española hasta entonces invencible, tan fuerte, tan compacta como la antigua falange macedona, y que se abria con una agili-

dad y presteza sin ejemplo, para hacer la descarga de ocho cañones que encerraba en su centro.» Inauditos esfuerzos costó al príncipe esta victoria; tres veces atacó á nuestra infantería, y dos de ellas tuvo que retroceder con pérdida incalculable, no pudiendo resistir al ímpetu de nuestras tropas. Para que se comprenda cuán terrible debió ser la batalla, citarémos el siguiente hecho: Un jefe del ejército frances preguntó á un oficial español cuántos soldados eran antes de la batalla; y este respondió con noble altivez:—«Cuéntense los muertos y los prisioneros.» Los grandes conocimientos militares que Fuentes desplegó en aquella memorable accion, solo suelen encontrarse en los hombres de un mérito superior. Es de advertir, para mayor honra suya, que el conde tenia entonces ochenta y dos años de edad, y que ademas mandó la batalla sentado en una silla, á causa de los dolores atroces de la gota que le atormentaba, siendo llevado de un punto á otro por varios soldados, para mandar y dirigir todas las operaciones de nuestras tropas. Por último, puede decirse que hizo á la patria el sacrificio de su vida, muriendo acribillado de heridas en medio del combate, á 19 de marzo de 1643. Al saber Condé su muerte, esclamó: «Hubiera querido morir como él, si no fuese vencedor.» Palabras que por sí solas forman la mayor apología que puede hacerse de nuestro compatriota.

FULTON (Roberto). Nació por los años de 1767 en el condado de Lancaster, perteneciente al estado de Pensilvania en América. En sus primeros años se dedicó á la pintura, recibiendo en Lóndres las lecciones de West, famoso pintor de historia; pero conociendo que nunca llegaria á distinguirse en este arte de una manera notable, ó tal vez habiendo contraido amistad con el célebre mecánico Rumsey, compatriota suyo, abandonó aquel estudio por seguir este, confiando en que por su particular inclinacion al último, algun dia podria adquirir celebridad. Poco despues pasó á Francia, invitado por Foel Barlow, americano tambien, y que se ocupaba en la construccion de un panorama, con el cual se prometia grandes utilidades y nombradía. En efecto, Fulton se asoció no solo como artista, sino como interesado, á los trabajos de Foel, y esta empresa le proporcionó grandes beneficios para poder dedicarse con empeño al estudio de la mecánica. Al mismo tiempo logró tener relaciones con los sábios del instituto frances y otros muchos hombres distinguidos, todo lo cual contribuyó á desarrollar su genio. A su regreso á los Estados-Unidos dió á luz numerosos descubrimientos, y entre ellos de *un molino para serrar y pulimentar el mármol.—Una máquina para fabricar cuerdas.—Un barco para navegar sin agua.—Una máquina llamada* Torpedo, *ó modo de volar en el mar los buques enemigos.—Un tratado sobre la perfeccion de los canales de navegacion*, etc. Bástenos citar los nombres de esos inventos, porque aunque contribuyeron poderosamente á darle nombre, ninguno le inmortalizó como el del *Steam-Boat*, ó barco de vapor, tan conocido y generalizado ya en casi todo el mundo, que es inútil detenernos en su descripcion. Veamos lo que dice un biógrafo acerca de este invento, uno de los que mas honran al ingenio humano, y de los que mas grandes beneficios han producido. «Cualesquiera que sean, dice, las ideas que puedan haber sugerido á Fulton algunos proyectos anteriores para la invencion de su *Steam-Boat*, es cierto que es el primero que ha sabido vencer las dificultades que hasta entonces se habian opuesto á la ejecucion, y que ha realizado un nuevo vehículo, cuyo uso se multiplicará de dia en dia, perpetuando el nombre del autor.» Disputóse á Fulton la gloria de este descubrimiento; lo cual unido á la navegacion de otros vapores, ademas de los suyos, por rios en que se le habia

concedido privilegio esclusivo de aquella empresa, le causó tal sentimiento, que le condujo al sepulcro. Murió este célebre mecánico en 24 de enero de 1815, y con tal motivo llevaron luto por espacio de un mes las corporaciones sábias y hombres ilustrados de Nueva-York, que asistieron á sus funerales. Dejó Fulton escrita una obra notable titulada: *Of the improvement of the canal's navigation.* No queremos privar á nuestros lectores de la siguiente descripcion del *Torpedo*, que, aunque breve, da una idea bastante clara de esta ingeniosa máquina, con la cual se proponia Fulton atar debajo del costado de un buque una máquina para volarle ó destruirle. «Consiste el *Torpedo* en una caja de cobre, de capacidad suficiente para contener de ochenta á cien libras de pólvora, provista de una llave de fusil que da fuego á tiempo determinado: el todo se sujeta al cabo de una cuerda de sesenta piés ó mas, que pasa por una polea fijada bajo el agua contra el costado de la nave; al otro cabo de la cuerda se ata una especie de harpon, y el movimiento del buque basta para atraerle entonces contra la máquina del *Torpedo*. Cuando ha terminado el movimiento de reloj, se verifica la esplosion, y todo el esfuerzo ó violencia obra contra el buque en razon de la propiedad que tiene el agua de ser incomprimible.» Esta operacion fué despues simplificada por Fulton en vista de ciertas dificultades, é ideó dos métodos que, al par de la sencillez, ofrecian menor riesgo y mayor economía. «El uno, continúa el citado biógrafo, consiste en dirigir el *Torpedo* contra los buques anclados, por medio de la corriente; el otro en fijarle á una profundidad de doce á catorce piés bajo la superficie del agua, con un fiador de llave de escopeta, de modo que con poco que toque el buque al pasar, produzca inmediatamente el efecto deseado.»

FULVIA, romana. Es conocida en la historia por sus intrigas y maldades. Estuvo casada con Clodio y Marco Antonio, que no la cedian en perversidad, y figura antes de la muerte del primero. Bien se dió á conocer su carácter cuando fué trasladado á Roma el cuerpo del famoso Clodio, que habia sido asesinado. Para incitar al pueblo á la sedicion, mandó ponerlo en el vestíbulo de su casa; la multitud acudió agolpada á contemplar aquel espectáculo, y Fulvia hizo cuantos estremos de dolor juzgó necesarios para agitar el espíritu público, contando en presencia de los romanos las heridas del cadáver. Despues de este suceso contrajo segundas nupcias con Marco Antonio, quien, así como el difunto demagogo, era enemigo de Ciceron. Cuando el primer orador romano fué proscrito y asesinado, entregaron su cabeza á Marco Antonio, y este la envió á Fulvia. Entonces estalló todo el cobarde ódio de que era capaz el corazon de esta infame mujer. Ni el respeto que debia infundirla el nombre del elocuente orador, ni la consideracion de que su cólera recaia sobre un muerto, y que por tanto seria inútil; ni, en fin, su propio decoro fueron parte á calmar á la perversa Fulvia. Colocó el sangriento despojo entre sus rodillas, y no solo le colmó de ultrajes y palabras indignas de su sexo, sino que le traspasó la lengua con los alfileres de su tocado. Vengativa y codiciosa, Fulvia aumentó la lista de los proscritos, con objeto de perseguir y castigar á los que la habian ofendido, ó á los que no eran de su agrado, ó de apoderarse de sus riquezas. Habia querido Fulvia comprar la casa de un senador vecino suyo, pero este no se la quiso vender; y aunque movido luego por temor á ella, intentó cedérsela, fué comprendido en la proscripcion, y muerto á poco tiempo. Presentaron á Marco Antonio la cabeza del infeliz senador, pero como no la conociese, se la envió á su esposa, presumiendo que ella habria dispuesto aquel asesinato. Fulvia dominó en Roma como soberana absoluta durante la ausencia de Octavio, hijastro

suyo, y de su esposo Antonio, que acababan de repartirse la república. Lucio, hermano de Antonio, fué honrado con el triunfo, sin merecerlo, solo por influencia de la malvada Fulvia, quien contando con la gratitud del agraciado, que á la sazon era cónsul, se propuso destruir á Octavio. Al efecto no perdonaron intriga de ninguna especie, para poner de su parte á los veteranos á quienes se habian ofrecido los despojos de Italia, y cuyos ánimos eran inclinados á la rebelion. Apresuróse Octavio á proponer la paz á Lucio y á Fulvia, obligado por las circunstancias, pero la faccion de Antonio solo deseaba la guerra. El objeto principal de Fulvia, al promover aquel trastorno, era llamar la atencion de su esposo Antonio con algun acontecimiento de importancia, y arrancarle de este modo de los brazos de Cleopatra, cuya pasion le detenia en Oriente. Vanas fueron las súplicas del Senado y de los primeros ciudadanos de Roma; Lucio y Fulvia seguian cada vez mas obstinados en su ciego empeño, y pasando de los deseos á las obras, el primero se aprestó á los combates, reuniendo grandes fuerzas, penetró en Roma, y ya se disponia á pasar á la Galia, cuando varios contratiempos le obligaron á encerrarse en Perusa, en donde los tenientes de Octavio, y aun Octavio mismo, le sitiaron. No se dobló al temor el ánimo varonil de Fulvia, antes bien exaltada su rabia por el furor de la venganza, se presentó en medio de sus tropas con espada en mano, provocándolas al combate con ardientes discursos. Pero la plaza, á pesar del valor de los sitiados, hubo de rendirse al hambre, terminando de esta suerte la guerra de Perusa, obra esclusiva de la rencorosa Fulvia, quien murió en el año 712 de Roma, devorada, segun se dice, por los celos que le inspiraba la pasion de Antonio á Cleopatra.

FUST (Juan). Nació a mediados del siglo XV en Maguncia, en donde ejercia el arte de platero, y fué uno de los tres que tuvieron la gloria de participar de uno de los inventos mas admirables y útiles á la humanidad; hablamos de la imprenta. Los otros dos compañeros fueron Guttemberg y Schoeffer. Segun parece, á Fust se debe con especialidad la invencion de los caracteres esculpidos movibles, pues hay grandes probabilidades de que Guttemberg practicó el arte de la imprenta antes que él, ó por la misma época en planchas ó láminas grabadas. Por lo que hace á Schoeffer, que era escritor de profesion, y que despues casó con una hija de Fust, perfeccionó el arte que los otros habian inventado, imaginando los punzones y las matrices. En 1450 parece que se asociaron Guttemberg y Fust, con ánimo de dar mayor impulso y publicidad á un invento y á sus empresas relativas al mismo, dedicándose á tres clases de impresiones, la *tabelaria*, la *xilografía*, y la *impresion*. La primera se hacia en tablas ó planchas esculpidas á la manera del grabado en madera, segun se practica en la actualidad; la segunda con caractéres movibles de madera, y la última, esto es, la verdadera con caractéres sacados de matrices fundidas. El uso de matrices en la estereotipía y las planchas que resultan de sus operaciones, indican, en apariencia al menos, que la estereotipía fué la infancia del arte. Fust era tan entendido como celoso en todo lo perteneciente á la imprenta, pero hay motivos para creer que su invencion tuvo muy poca parte en las operaciones de la sociedad que habia establecido con Guttemberg, siendo este, segun la mayoría de los biógrafos, el primero que concibió la idea de aplicar á escritos de larga respiracion, lo que mucho antes de él se practicaba por medio de grabados. Conviénese, generalmente, en que la primera produccion de la imprenta fué la *Biblia sacra latina*, sin fecha, en fólio, que consta de 637 pliegos, y se hizo, segun parece, entre el año de 1450 á 1455, durante la asociacion de Guttemberg y el antiguo platero de

Maguncia; mas no falta quien cree, que la impresion de esta obra se hizo con los caractéres inventados por Schoeffer. La referida asociacion se disolvió en noviembre de 1455, con motivo de algunas desavenencias ocurridas entre aquellos. Fust habia adelantado algunas sumas para el establecimiento de la empresa, y en reembolso de ellas se quedó con la imprenta, asocióse con Schoeffer, y entonces la nueva compañía publicó el Salterio *(Psalmorum codex)* de 1457, la obra mas antigua impresa con fecha, y reimpresa en 1459 con los mismos caractéres que despues se emplearon en varias ediciones; tambien dió á luz el *Durandi rationale divinorum officiorum*, 1459; las *Constitutiones Clementis quinti*, 1460; la célebre *Biblia lattina*, de 1462, que es la primera con fecha; y el tratado *De Officiis*, de Ciceron. Murió Fust en 1466 en Paris, siendo, á lo que parece, una de las infinitas víctimas de la peste que afligia terriblemente á aquella capital.

G

GABRIELI (Catalina). Nació en Roma, á 12 de noviembre de 1730. Ignórase el nombre del padre de esta célebre italiana, pero se sabe que era cocinero del príncipe Gabrieli, quien admirado al oirla cantar un dia, siendo todavía muy niña, se propuso darla una educacion propia para desarrollar las estraordinarias disposiciones que en ella habia advertido, y de que quedó mas y mas prendado haciéndola repetir varias canciones que sabia de memoria. A este gran talento filarmónico, reunia Catalina una belleza notable, estando ademas, dotada de una viveza llena de gracia. Dióla el príncipe por primer maestro de música, á nuestro famoso compatriota García, que entonces estaba en Roma, y á quien despues sucedió el no menos famoso Porpora, que con sus sábias lecciones la perfeccionó en el arte encantador á que se dedicaba. Los progresos de la graciosa niña, escedieron á las esperanzas de su protector; y este, para que todo el mundo viese la feliz eleccion que habia tenido, daba á menudo conciertos en su palacio, en los cuales Catalina lució sus grandes facultades, en términos, que casi no se hablaba en Roma de otra cosa que de la *cochetta de Gabrielli* (la cocinerita de Gabrieli), cuyo apellido fué el que despues llevó siempre. Terminada su educacion artística, hizo su público *debut* (como ahora se dice) en 1747 en el teatro de Luca, como *primera bufa*, en la ópera *Sofonisba* de Galuppi. Los aplausos con que fué recibida en las funciones que dió, la acabaron de decidir á seguir la carrera del teatro, y se presentó en algunos de Italia, hasta que en 1750 pasó á Nápoles. En esta ciudad, hizo su estreno con la *Dido* de Metastasio, ópera que acabó de fijar su reputacion de artista de primer órden, admirando especialmente en el ária de *Son regina e son amante*. Metastasio la aconsejó que pasase á Viena; y, en efecto, la Gabrieli fué á aquella corte, mereciendo al poco tiempo ser nombrada por Francisco I cantora de cámara. El emperador no concurria al teatro mas que cuando ella tomaba parte en las representaciones, dándola así una alta prueba de lo que apreciaba su mérito. Metastasio, que la habia acompañado en aquella espedicion artística, la daba lecciones de declamacion, y de esta suerte llegó á ser tan notable actriz como gran cantante. ¡Lástima, que á tan laudables prendas reuniese un carácter veleidoso! Referirémos, á própósito de esto último, un lance que pudo tener funestas consecuencias, y que dió mucho que hablar en la capital de Austria. Obsequiábala el embajador de Francia, al mismo tiempo que ella correspondia secretamente al de Portugal, hombre espléndido y que habia puesto á los piés de la encantadora y voluble artista, gran parte de las riquezas que esta poseia. Uno y otro se creian seguros del amor de la Gabrieli, conceptuándose cada cual esclusivo dueño de su corazon; como si en amor, igualmente que en política, no hubiese intrigas diplomáticas. No se sabe qué vió el frances, pero algo debió ver cuando, escitado por las sospechas de que se le vendia, abandonó su gravedad oficial, y se ocultó en un sitio secreto de la casa de la Gabrieli, acechando el momento de sorprenderla con el portugues. En efecto; poco tiempo despues vió salir á este del gabinete de la artista, y luego que hubo desaparecido, ciego de celos se arrojó á la Gabrieli, espada en mano; la escena hubiera terminado trágicamente, á no ir provista la italiana de una fuerte cotilla que embotó la punta del acero, recibiendo solamente una leve herida. Sin embargo, el impetuoso embajador, recobrado su juicio, pues sin duda lo habia perdido

por un momento, se hechó á los piés de la Gabrieli, pidiéndola perdon por su arrebato. Concediósclo ella, pero con la condicion de que la diese la espada, en lo cual no puso reparo el frances, sin sospechar que la intencion de la cantatriz era conservarla como un trofeo, y mandar que grabasen en ella la siguiente inscripcion: *Espada de M... que se atrevió á herir á la Gabrieli; tal dia...* etc.; pero el embajador, espantado por el papel ridículo que iba á presentar á los ojos del mundo, así que circulase la anécdota, interesó en su favor á Metastasio, quien, aunque no sin trabajo, logró que el frances recobrase su arma. La Gabrieli ganó en Viena sumas inmensas, y en 1765 pasó á Palermo, en donde dió motivo con su talento y sus caprichos, á que el público se ocupase de ella como se habia ocupado en Viena. El virey habia tenido la atencion de convidarla á una comida de etiqueta; pero viendo que á la hora fijada no parecia la Gabrieli, envió aquel á uno de sus ayudas de cámara para que la anunciase que todos los convidados estaban ya reunidos, y que se la esperaba con ánsia. La Gabrieli pretestó hallarse indispuesta, á pesar de estarla viendo el ayuda de cámara muy tranquila leyendo, y de rogarla con las mayores instancias que fuese. Por la noche salió en el teatro, pero cantó de tan mala gana, que mas bien parecia aquello murmuradora burla que canto; lo cual acabó de irritar al virey, quien con el desaire recibido antes, ya no podia contener su cólera. Antes, sin embargo, la pasó un aviso, anunciándola, que si no cantaba bien, se veria en la dura necesidad de ponerla en la cárcel: «Me hará gritar—contestó ella al mensajero—pero cantar, jamas.» Terminada la funcion, fué conducida á á la cárcel pública, si bien se guardaron con ella todas las consideraciones debidas á su mérito y á su sexo. Doce dias permaneció la Gabrieli arrestada, y en aquel espacio de tiempo dió suntuosas comidas, pagó las deudas de todos los presos, y socorrió á los pobres con limosnas considerables. La cárcel era por la noche, mas que una mansion de tristeza y dolor, un lugar encantado. La graciosa presa reunia en torno suyo á la mayor parte de los encarcelados, y en presencia de ellos desplegaba todos los tesoros de su voz, como si hubiese estado ante una corte de príncipes. Los que pasaban por la calle, detenian su paso al oir el canto de la sirena, y á poco se veian cercados los muros de la prision por infinidad de curiosos. Baste decir, que pudiendo muchos de los presos que estaban en la cárcel por deudas, salir libremente, puesto que ya ella las habia satisfecho, no quisieron verificarlo mientras la Gabrieli permaneciese allí. Por último, viendo el virey los deseos del público, vivamente interesado por la cantante, cedió al fin, y la Gabrieli fué acompañada en triunfo hasta su casa, por una multitud de pobres que la esperaban impacientes á la puerta. Cuando en 1767 fué á la corte de Parma, el infante don Felipe se prendó ciegamente de ella, por cuyo motivo muchas veces la disimulaba los mas estraños caprichos; al paso que otras, atormentado por los celos, la solia encerrar por algunos dias en una habitacion, cuya llave se llevaba él consigo. Antojósele no cantar, como tenia de costumbre, una noche en que el infante, celoso de un lord ingles que habia hecho fabulosas proposiciones á la eminente operista, deseaba encontrar un pretesto para encerrarla; el infante se aprovechó del que dejamos referido, y al dia siguiente dió órden de que la llevasen á la cárcel. La habitacion que en ella habia destinado el infante á su querida, estaba adornada con maravilloso lujo; la servidumbre, que era numerosa, los tapices, los muebles, todo era digno de una princesa, y no pudo menos de admirar á la prisionera. El infante pasó de incógnito á verla, pero ella se manifestó tan altamente resentida de aquella determinacion, que á fuerza de instancias y

ruegos lograron que saliese de su encierro. Era la Gabrieli demasiado caprichosa para conservar constancia, y demasiado altiva para sufrir que el infante la oprimiese con sus eternos celos, y así, en 1768 se fugó de Parma, pasando á la corte de Rusia, en donde la esperaba hacia mucho tiempo la emperatriz Catalina II. Al verla esta, lo primero que trató fué de asignarla ajuste; la Gabrieli pidió diez mil rublos, á lo cual, admirada la emperatriz respondió: —«No pago tanto á mis feld-mariscales.»—Enhorabuena —replicó la italiana—haga V. M. cantar á sus feld-mariscales.» Durante los años que la Gabrieli permaneció en San Petersburgo, Catalina la dispensó gran proteccion, colmándola, ademas, de honores; así es que, al regresar aquella á Italia, con las riquezas que poseia, logró reunir una renta de unos ochenta mil reales al año. Entonces pensó en retirarse del teatro, pero pudo mas en ella la vanidad, y en 1777 se presentó en el de Viena, en donde era aplaudido el famoso Paggiarotti. A la sazon tenia la Gabrieli cincuenta años; no obstante, fué tal la maestría, la facilidad y la gracia con que cantó en su primera salida, particularmente en un ária, que Paggiarotti, lleno de admiracion, se escondió, así como avergonzado, entre bastidores, esclamando: «*Povero me ¡povero me! ¡questa é un portento!* (Pobre de mí... esta es un prodigio).» El público la aplaudió con mas entusiasmo que nunca. Solo un rival encontró en su brillante carrera, y fué el célebre Marquesi, en competencia del cual cantó en Milan. Formáronse con este motivo dos partidos, que ya aplaudian ó silbaban en el teatro, segun sus particulares afecciones; llegando su animosidad á tal estremo, que hubo insultos y desafíos hasta en las calles mas públicas. Desde entonces se retiró la famosa cantante á Roma. Gustaba tanto la Gabrieli de que se la admirase por su esplendidez, que al poco tiempo quedó reducida su renta á menos de cuarenta mil reales. Por esta razon aborrecia mas que á nadie á los avaros; aunque, como mujer de ingenio, solia castigarlos con singular delicadeza. En una ocasion en que la visitaba un caballero de Florencia, se le prendió á este un encaje en un alfiler del vestido de la artista, quien al tiempo de desprenderlo lo desgarró completamente. El carácter económico de los florentinos es proverbial. El caballero se mostró muy disgustado por aquel accidente; pero la Gabrieli, que lo habia advertido, le mandó al otro dia media docena de botellas de Jerez, y en lugar de tapones ricos encajes de Flándes. Tenia esta mujer estraordinaria eminentes dotes artísticas; voz clara, sonora y tan estensa que se oia á considerable distancia; gran soltura, mucha gracia, buen gusto, escelente escuela, y para que nada la faltase, una figura interesante. En su vida doméstica y en sus viajes, ostentaba una magnificencia casi regia, y siempre llevaba en su comitiva numerosos criados, y un correo delante. Ya hemos hablado de su carácter caprichoso, y de su inconstancia; estos defectos eran en parte disculpables, atendiendo á su buen corazon. Los pobres la aclamaban en todas partes su protectora, socorridos por sus grandes limosnas; nunca olvidó á sus parientes, y menos á un hermano suyo á quien dió escelente educacion. Su trato era agradable, su conversacion amena, festiva y discreta. Finalmente, acometida por un reuma mal cuidado, murió en Roma en abril de 1796.

GAFFARELLI ó CAFFARELLI (Cayetano). Nació en Bari, á 16 de abril de 1703, de un pobre labrador llamado Mayorano. Empeñábase su padre en que siguiera tambien la labranza, pero el niño Gaffarelli á nada manifestaba aficion mas que á la música, siendo notable desde su infancia el buen gusto con que cantaba lo que oia. Labrador hubiera sido, por la oposicion que Mayorano tenia á que se dedicase al

arte, para el cual habia nacido, á no observar un músico de la catedral de Bari, que Gaffarelli concurria á menudo á la capilla, en donde unas veces oia con profunda atencion lo que se cantaba, y otras unia su voz á la de los niños de coro, acompañándoles de una manera admirable. Sorprendido, pues, Gaffaro, que así se llamaba el músico, con el hallazgo de aquel tesoro, llevó un dia á Gaffarelli á su casa, y allí le preguntó si queria ser cantor, á lo cual respondió el niño con toda la ingenuidad de la infancia: *¡Oh mio signore! senza pane, ma non senza música:* (mas bien sin pan, que sin música). Hízole cantar el diapason, y persuadido de que Gaffarelli llegaria á ser uno de los primeros cantores de Italia, pasó al punto á ver y hablar á Mayorano, á fin de decidirle á dar aquella carrera á su hijo. El padre, viendo abierto ante sus ojos el porvenir mas lisonjero, merced á la pintura que Gaffaro le hizo de las ventajas que le resultarian de que Gaffarelli aprendiese música, tuvo la bárbara condescendencia de mandar al niño á Norcia, en donde se hallaban los mas hábiles operarios para hacer eunucos, puesto que aquel debia ser *soprano*. En un solo año aprendió Gaffarelli á leer, escribir y los primeros elementos del arte filarmónico; en seguida le envió Gaffaro á Nápoles, con recomendacion para el insigne Pórpora, desde cuya época el niño Mayorano tomó el apellido de Gaffarelli, diminutivo del de su protector el músico de la catedral de Bari. Tenia ya veinte años, y como en los cinco últimos no hubiese aprendido mas que una sola página de las lecciones de Pórpora, se consideraba como un músico mediano; pero su célebre maestro le desengañó agradablemente, diciéndole: «*Anda, hijo mio, anda, que ya nada tienes que aprender, pues eres el primer cantor de Italia y del mundo.*» Gaffarelli, como todos los sopranos, empezó su carrera representando papeles de mujer. Se estrenó en el teatro del Valle, en Roma, y obtuvo un verdadero triunfo. Pasó despues á otros varios coliseos de Italia, alcanzando en todos ellos grandes y merecidos aplausos. En su regreso á Roma, en 1728, cantó de primer bufo en el teatro de Argentina; despues permaneció en Lóndres por espacio de muchos años, con un éxito admirable, y cuando volvió á Italia, ya poseia grandes riquezas. Su gloria fué aumentando cada vez mas, hasta que hallándose ajustado en Nápoles, oyó hablar de Gizziello como de un artista de estraordinario mérito, y que á la sazon estaba en Roma, en donde debia presentarse por primera vez dos dias consecutivos. El eminente cantante quiso ver por sí mismo el fundamento de aquella nueva celebridad; y con el entusiasmo que inspira el genio, toma la posta, corre dia y noche sin descanso, y asiste á la ópera en que habia de cantar Gizziello. Al oir á este, embozado en su capa y entre la multitud, para que así no se notase su presencia, no pudo menos de esclamar: «¡Bravo, bravísimo, Gizziello! Gaffarelli te lo dice;» y abandonando al punto el teatro, vuelve á emprender el camino con igual velocidad, y entra en Nápoles, teniendo apenas tiempo para vestirse y tomar parte en la funcion anunciada para aquella noche, y cuando todo el mundo hacia conjeturas acerca de su paradero. Descansó algunos años, y ya se opinaba que habria renunciado al teatro, cuando en 1746 tornó á presentarse sucesivamente en el de Turin, Florencia y Milan. La gran delfina de Francia llamó á Gaffarelli á Paris en 1750, en cuya capital lució este sus portentosos talentos, así en presencia de la real familia, como en varios conciertos particulares y academias. Luis XV quiso hacerle un regalo, viendo que habia agradado á la corte, y al efecto envió uno de sus secretarios para que le entregase una caja de oro.—«¡Cómo es eso!—esclamó el artista altamente sorprendido,—¿el rey de Francia me envia esta caja? Tomad, prosiguió abriendo su escritorio, aquí teneis treinta,

la peor de las cuales vale mas que esa; ¡si al menos tuviese el retrato del monarca!...—Señor mio, respondió el secretario, S. M. no regala su retrato mas que á los embajadores.—No obstante, señor comisionado, de todos los embajadores del mundo no se haria un Gaffarelli.» Supo el rey lo ocurrido en esta conversacion, celebró muchísimo la ingeniosa observacion del músico, y se la dijo á la delfina. Esta mandó llamar á Gaffarelli, y le regaló un precioso diamante, poniendo al propio tiempo en sus manos el pasaporte, y diciéndole:—«Está firmado del rey, lo cual es grande honor para vos; pero cuidad de hacer uso de él muy pronto, porque solo vale por diez dias.» Gaffarelli regresó á Italia sumamente descontento de la tacañería francesa, diciendo que ni siquiera habia ganado para los gastos del viaje. Las riquezas que reunió fueron tan considerables, que con ellas compró el ducado de Santo Dorato, cuyo título tomó, dejándolo en su testamento, con una renta anual de catorce mil ducados, equivalente á ciento ochenta mil reales, á un sobrino que, á pesar de su título, cantaba en las iglesias cuando le pagaban. Poco antes de su fallecimiento mandó poner esta modesta inscripcion en una hermosa casa que habia hecho construir: *Amphion Thebas ego domum.* Murió este famosísimo cantante en su posesion de Santo Dorato, en 30 de noviembre de 1783. Pocos artistas han pisado la escena con tantos títulos como Gaffarelli á la pública admiracion. Su voz tenia una espresion encantadora; era, ademas, fuerte, melodiosa, estensa, y su facilidad para la ejecucion de los cantos mas difíciles, prodigiosa. Tenia fama de músico consumado; en el piano era un verdadero genio, é improvisaba las composiciones mas difíciles. Pero tan modesto como era Farinelli en medio de la corte que le colmaba de favores, tan altanero se mostraba en la escena su rival. Farinelli fué condiscípulo de Gaffarelli en la escuela de Pórpora; pero este, Gaffarelli, habia precedido á aquel en la carrera teatral, por cuya circunstancia fué el primero que adornó el canto con todos los atractivos de la música.

GALADIN (Mahometo), emperador del Mogol, en el siglo XVI. Si todos los príncipes y magistrados fuesen tan celosos por la buena administracion de justicia, como el que es objeto de estas breves líneas, otro seria tal vez el estado de las sociedades. El escelente monarca mogol daba audiencia á sus súbditos dos veces al dia, no quebrantando bajo ningun pretesto tan laudable costumbre. Noticioso de que sus guardias ó los empleados de palacio habian impedido en varias ocasiones el acceso de personas de clase humilde de su pueblo hasta su presencia, mandó poner en el palacio una campanita cuya cuerda caia á la calle, con el objeto de que el que solicitase hablarle, la tocase para avisarle. Así que la oia el soberano, bajaba algunas veces á recibir en persona al que le buscaba, pero generalmente le mandaba subir, y en el acto mismo oia sus quejas ó sus pretensiones. Otras prendas no menos recomendables adornaban á este buen príncipe, que murió en el año de 1605.

GALENO (Claudio), célebre médico. Nació en la ciudad de Pérgamo, por los años 131 antes de la era cristiana, de un arquitecto llamado Nicone. Entre todos los estudios á que se dedicó en su juventud con singular aprovechamiento, á ninguno mostró mas aficion que á la medicina, en la cual adquirió conocimientos profundos, escribiendo acerca de ella con tan admirable maestría, que se le considera como uno de los genios mas eminentes que ha producido aquel arte. Poseia, ademas de las nociones especiales de este, las bellas letras, conocia todas las sectas filosóficas, y casi todo lo que en su tiempo se sabia respecto de ciencias naturales. Para perfeccionar sus estudios viajó por Grecia y Egipto, visitando

todas las escuelas, y se estableció en Alejandría, que era entonces el centro de la ilustracion, con especialidad en lo relativo á su arte. De esta capital pasó á Roma, y su genio eminente encontró entre sus colegas tantos admiradores como envidiosos. Estos últimos, aprovechándose de las conjeturas que ofrece la medicina, y no pudiendo vencer con armas de buena ley á Galeno, atribuyeron á magia su acierto en la curacion de las enfermedades, cuando toda su magia consistia en el profundo estudio que habia hecho de las obras de Hipócrates, y particularmente en su gran talento. Durante la peste que asoló por aquel tiempo gran parte del mundo, estuvo ausente de su patria, y poco despues le volvió á llamar á Roma Marco Aurelio, que le colmó en sus cartas con los dictados mas honoríficos y lisonjeros. Sabida es la confianza que el médico de Pérgamo inspiraba á este emperador, segun lo demuestra el hecho siguiente, consignado por el mismo Galeno en sus obras: «Este príncipe, dice, fué acometido repentinamente, de noche, por unos dolores agudísimos, y por un cólico cruel que le escitó calentura; sus médicos le aconsejaron el reposo, sin mas que un poco de caldo en nueve horas. Habiendo ido á verle aquellos facultativos, y yo con ellos; los primeros juzgaron por el pulso que le entraba un acceso de calentura; en tanto yo permanecia sin hablar palabra, y aun sin pulsar al enfermo, por lo cual este, volviéndose hácia mí, me preguntó la causa de no acercarme á él, á lo que respondí *que habiéndole ya pulsado dos veces sus médicos, yo me atenia á lo dispuesto por ellos, no dudando que juzgarian mejor que yo del estado de su pulso.* Pero el príncipe me alargó el brazo; yo le pulsé, y examinándole detenidamente, sostuve que no le encontraba recargo, sino que tenia ocupacion de estómago, no siendo otra la causa de su calentura. El emperador, persuadido de ello, me dijo que recetase, y yo añadí: *Si fueseis otra persona os daria un poco de pimienta con vino, como lo he verificado en otros casos semejantes; pero siendo costumbre no dar á los príncipes sino remedios suaves, bastará aplicar á la boca del estómago, lana empapada en aceite de nardo bien caliente.* Marco Aurelio hizo uno y otro, y despues, volviéndose á Pitolao, tutor de sus hijos, le dijo hablando de mí: «*No tenemos mas que un médico, y este es el único hombre de bien que se encuentra entre ellos.*» Despues de la muerte de Marco Aurelio, regresó Galeno á su patria, en donde falleció por los años de 210. Fué este insigne médico, gloria de su arte, hombre frugal y de costumbres sencillas, á cuyas circunstancias debió su larga vida, pues su temperamento era muy débil. Profesaba la máxima de que el hombre debe abandonar la mesa, quedando siempre con algo de apetito. Su carácter y su trato afable correspondian á su habilidad en la profesion que ejercia. Se declaró enemigo de los cristianos, porque, no obstante el conocimiento que, como hemos dicho, poseia de todas las sectas filosóficas, los confundia con los judíos. Reconocia las causas finales, y se elevaba al Criador con el estudio y contemplacion de sus magníficas obras. Para que se vea cuán distinta opinion tenia Galeno de los estudios anatómicos que la generalidad del vulgo de su época, y la idea que habia formado de los sacrificios del gentilismo, citarémos un hecho. Despues de esplicar un dia la organizacion del cuerpo humano, esclamó para finalizar su leccion: —«*He ofrecido al Eterno un sacrificio mas grato que la sangre de los chivos y de los toros.*» ¡Lástima que no se conserven todos los escritos de este célebre médico de la antigüedad! Parte de ellos fué consumida por las llamas en el incendio del templo de la Paz en Roma, en donde estaban depositados. Los que existen se dieron á luz por primera vez en Basilea, año de 1538, luego en otra edicion greco-latina que salió en Venecia en 1625, y despues

en la de Chartier (1639-Paris), que contiene las obras de Hipócrates, formando entre unas y otras seis tomos en fólio. Galeno, como hombre de verdadero saber, confiesa en sus escritos que mucho de lo que comprendian lo debia al anciano de Coos, al padre de la medicina, muy al contrario de ciertos autores que hacen lo que el grajo de la fábula, ó como los niños que muerden el pecho mismo que les alimenta. La posteridad ha conservado á Galeno gran parte de la fama que tuvo entre sus contemporáneos; fama merecidísima, pues las obras de este grande hombre demuestran que ha sido uno de los principales observadores que han existido, y un eminente práctico, atendiendo al tiempo en que floreció. Sus esperimentos contribuyeron muchísimo á los progresos de la medicina, y aunque se deja llevar con demasiada frecuencia de sutilezas y razonamientos oscuros, como los relativos á sus *cualidades cardinales*, y *otras quimeras*, causando notable perjuicio, es, no obstante, el primero que ha hecho disecciones en el cuerpo humano, cosa que hasta se hallaba prohibida por las leyes romanas, y que impidió no poco los adelantos de la ciencia. Practicaba frecuentes disecciones de animales, y en especial de monos, por tener estos una conformacion mas parecida á la del hombre que los demas animales. Fué asimismo el primero que describió un gran número de músculos, trazando su figura, situacion y direccion; enriqueció la nomenclatura anatómica con numerosas voces, muchas de las cuales aun se conservan en el dia; era partidario de la sangría, y dejó un escrito acerca de esta operacion. Por último, sus vastos conocimientos y atinada práctica, así como tambien su carácter y costumbres le conquistaron el general aprecio, siendo particularmente honrado con la ilimitada confianza y estrecha amistad de los emperadores Marco Aurelio, Lucio Vero, Cómodo, Pertinax y Severo.

GALILEO, GALILEI. Nació en Pisa en 1564, de Vicente Galilei, noble florentino de grande ingenio, y de Julia, hija de Cosme Venturi, de la ilustre familia de los Ammanati de Pistoya. La infancia de Galileo se señaló como la de otros grandes hombres, por varios hechos que indicaban ya lo que habia de ser con el tiempo. Desde sus mas tiernos años dió muestras de singular ingenio para la mecánica, ya imitando máquinas conocidas, ya ideando otras con una habilidad que no podia menos de causar admiracion. Solíanle faltar á menudo materiales para sus obras, y para no suspender sus trabajos, unia nuevas piezas á las antiguas, hasta que por fin lograba los resultados que apetecia. Pronto descubrió Vicente las precoces disposiciones de su hijo, y así le dió una educacion tan esmerada como se lo permitian sus escasos recursos; pero aun no era esto suficiente para colmar los deseos del buen padre, quien hubiera querido proporcionar á aquel maestros en diversas ciencias y artes. Comprendiendo el jóven Galileo la apurada situacion de sus padres, se dedicó al trabajo con ardiente afan, y de esta manera pudo no sólo adquirirse maestros, sino ademas contribuir al sosten de la familia. Galileo estudió literatura en su patria, y adelantó tanto en ella que sus escritos son modelos de pureza, claridad y elegancia. No menos aprovechó en la música. Su padre era escelente profesor, y aplicado Galileo aprendió este arte como el único recreo que se permitia en sus ratos de ócio; así nada tiene de estraño que sobresaliese igualmente que en literatura; otro tanto le sucedió respecto del dibujo y la pintura, llegando por sus conocimientos en estas artes á merecer que le consultasen y tomasen consejo de él muchos pintores de su tiempo. Entonces no contaba Galileo mas que diez y ocho años de edad. Creyendo despues su padre, que la carrera de medicina podria proporcionarle una fortuna decorosa, hizo cuantos sacrifi-

cios estuvieron á su alcance para que estudiase esta facultad. No fueron perdidos estos sacrificios; el noble jóven se dedicó no solo á la ciencia que habia emprendido, sino tambien á la filosofía peripatética. Mal podia avenirse su génio profundo y perspicaz con las sutilezas y oscuridad de la doctrina llamada aristotélica, y profesaba la máxima de que la autoridad de los maestros no es infalible en las materias que pueden ser decididas por el raciocinio y la esperiencia, máxima que para algunos era una especie de herejía. Sostuvo estas ideas en varias discusiones académicas, poniéndose así en lucha abierta contra la generalidad que opinaba lo contrario; por lo cual fué considerado como un ingenio terco y disputador. Digamos ahora á qué debió Galileo uno de sus mas bellos descubrimientos. Hallándose en 1582 en la iglesia metropolitana de Pisa, le llamó la atencion el movimiento arreglado y periódico de una lámpara pendiente de una bóveda, y observándolo mas y mas advirtió que sus oscilaciones tenian igual duracion, para asegurarse mas, hizo en su propia casa repetidos esperimentos, y confirmado en la exactitud de su observacion, dedujo que este fenómeno podria servirle para medir exactamente el tiempo, y en 1633 construyó, guiándose por la idea mencionada, un reloj destinado á las observaciones astronómicas. No se sabe á punto fijo la manera cómo este reloj estaba construido, pero es evidente que lo usó para sus trabajos, y que fué el primero que lo aplicó á la astronomía, mejorándolo quince años despues Huygbens. Lo mas admirable en el particular es, que cuando Galileo tenia ya gran fama por sus descubrimientos, aun no sabia matemáticas, ignorando por tanto, las inmensas ventajas que podria proporcionarle el conocimiento de esta ciencia, si bien las oia ponderar á menudo. Galileo rogó á su padre que le diese algunas lecciones, como instruido que era en ella, pero Vicente le contestó, que luego que concluyese la carrera de medicina, temiendo sin duda que se entibiase la aplicacion del sábio jóven. Pero un tal Ostilio Ricci, profesor de matemáticas, le dió secretamente lecciones, á ruego suyo, si bien obtuvo tambien secretamente el permiso del padre de Galileo. Sucedió lo que el padre temia; el discípulo de Ricci se dedicó esclusivamente al nuevo estudio, y Euclides fué preferido á Hipócrates y Galeno. Luego que hubo comprendido toda la utilidad de las matemáticas, é inclinado á ellas con pasion, declaró resueltamente á su padre que no habia nacido para médico, y sí para matemático, lo cual conocia por lo mucho que adelantaba en esta última ciencia, cuyo estudio cultivaria especialmente si él no se oponia. No era Vicente uno de esos padres obstinados, que por ciego capricho ahogan muchas veces en flor las mas bellas inclinaciones; condescendió, pues, con los deseos de su hijo. Dias y noches enteras pasaba Galileo estudiando los antiguos geómetras; y viendo en el tratado de Arquimedes, acerca de los cuerpos que nadan en los fluidos, el método con que aquel grande hombre habia determinado la liga del oro y de la plata, por medio de pesadas sucesivamente hechas en el agua y en el aire, quedó lleno de admiracion, y mucho mas discurriendo sobre las diversas aplicaciones que podian practicarse. Entonces inventó un instrumento igual al que ahora conocemos con el nombre de balanza hidrostática. Con este invento, el del movimiento oscilatorio y la novedad con que en sus discusiones trataba los puntos mas trascendentales de filosofía, adquirió una reputacion envidiable. Hizo despues algunas investigaciones, acerca del centro de gravedad de los sólidos, pero con una facilidad tan maravillosa, que el marques Guido Ubaldi, famoso geómetra de aquel tiempo, con quien Galileo habia contraido amistad, y que fué el que le indujo á practicar las espresadas investigaciones, le recomen-

dó á Juan de Médicis y al gran duque Fernando, y estos le nombraron catedrático de matemáticas de la universidad de Pisa, contando entonces Galileo escasamente veinticinco años. Galileo correspondió á la proteccion de aquellos dos ilustres personajes, estableciendo, por medio de observaciones y esperiencias sólidas, las leyes del movimiento, demostrando igualmente que todos los cuerpos son graves, y que la diferencia que existe entre los espacios que recorren en la caida, nace de la desigual resistencia que el aire les opone, segun el diferente volúmen de ellos. Para completar esta interesante doctrina, publicó mas adelante sus *Diálogos de las ciencias nuevas*, en cuya obra estableció la verdadera teoría del movimiento uniformemente acelerado. Y esta doctrina no la fundaba en varias hipótesis ni sutilezas escolásticas, sino en esperimentos que hizo públicamente ante una concurrencia inmensa, que le miraba como á un genio sublime. Los partidarios de lo que se llamaba antigua filosofía, vieron caer por tierra el edificio de sus añejas preocupaciones, y les causó tal envidia el atrevido innovador, que el pobre Galileo se vió cruelmente perseguido, teniendo por fin que retirarse á Florencia. Guido Ubaldi le dió entonces grandes pruebas de amistad, y por su mediacion y la de dos amigos suyos, llamados Sagredo y Salviati, obtuvo Galileo la cátedra de matemáticas de Pádua. El jóven astrónomo no fué ingrato á tamaños beneficios, así es que, dió los nombres de Sagredo y Salviati á los dos interlocutores de sus diálogos, y con ellos han pasado á la posteridad. Como Pádua dependia del senado de Venecia, Galileo pudo dedicarse con libertad á sus estudios y esperimentos, construyendo para el servicio de la república algunas máquinas de grande utilidad, y escribiendo para sus discípulos varios tratados, entre los cuales se cuentan los *De Gnonómica, mecánica; astronomía esférica y fortificacion*. Por los años de 1597 inventó los termómetros, atribuidos por mucho tiempo á Drebbil, y el compas de proporcion, á que dió el nombre de *compas militar*. A él se deben tambien el descubrimiento de una estrella, en la constelacion del serpentario, desconocida hasta entonces y dotada de vivísimo resplandor, y varias investigaciones acerca de los imanes naturales, procurando aumentar la fuerza de estos por medio de armaduras. El senado le ratificó el empleo de catedrático, que se le habia concedido solo por seis años, y le aumentó el sueldo, para manifestarle el sumo aprecio que hacia de sus trabajos. A manera que la gloria de Galileo crecia, aumentaba el número de sus ignorantes y osados adversarios, uno de los cuales, llamado Baltasar de Caprara, tuvo el atrevimiento de publicar un libelo contra el honrado y sábio astrónomo, con motivo del descubrimiento de la nueva estrella, atribuyéndose ademas á sí propio, el invento del *compas de proporcion*. Galileo confundió fácilmente á su débil enemigo, cuya obra fué prohibida como un libelo infamatorio. Uno de los descubrimientos que mas han contribuido á inmortalizar el nombre de este genio eminente, es el del telescopio. En 1609 oyó en Venecia, que un holandes habia presentado al conde Mauricio de Nassiau un instrumento óptico, por cuyo medio se aproximaban al observador los objetos mas distantes. No necesitó mas que esta noticia Galileo, quien hizo varios esperimentos é indagaciones, los cuales, como hemos dicho, dieron por resultado la invencion del telescopio. Al poco tiempo presentó al senado de Venecia algunos de estos instrumentos, y recibió en premio el nombramiento de catedrático de matemáticas para toda su vida, y un considerable aumento de sueldo. A este invento siguió el de un microscopio, perfeccionando así el del telescopio, en términos de poderle dirigir hácia el cielo. «Entonces fué cuando, segun dice un biógrafo, vió lo que

ningun mortal habia visto antes que él, esto es, la superficie de la luna semejante á una tierra llena de altas montañas y profundos valles; á Venus presentando como la misma tierra, las faces que prueban su redondez, á Júpiter rodeado de cuatro satélites, que le acompañan en su curso; la via lactea, las nebulosas, todo el cielo, en fin, sembrado de una infinidad de estrellas demasiado pequeñas para que la vista las perciba por sí sola.» En su *Nuncius Siderius* (el correo celeste), escrito que dedicó á los príncipes de Médicis, hizo una relacion de todas las maravillas que habia visto. «Observó del mismo modo, que Saturno se presentaba algunas veces bajo la forma de un simple disco; otras acompañado de dos apéndices que parecian dos pequeños planetas; pero estaba reservado á otro el demostrar que estas apariencias eran efecto de un anillo que rodeaba á Saturno. Descubrió ademas algunas manchas movibles sobre el globo del sol, y no vaciló en inferir de aquí la rotacion de este astro. Reparó aquella débil luz que, en el primero y último cuarto de la luna, nos hace visible por medio del telescopio la parte de su disco, que no recibe entonces la luz directamente del sol, y juzgó con razon que este era un efecto debido á la luz que el globo terrestre reflecta hácia la luna. Por último, no menos profundo en seguir las consecuencias de las cosas nuevas, que sutil en descubrirlas, conoció la utilidad que pudo sacarse de los movimientos y de los eclipses de los satélites de Júpiter para la medida de las longitudes, y emprendió al mismo tiempo un sinnúmero de observaciones diversas, con el objeto de construir unas tablas que pudieran servir á los navegantes.» Protegido hasta esta época, segun dejamos manifestado, por la república de Venecia, Galileo tuvo suficiente espacio y libertad para los trabajos que durante este tiempo hizo; pero habiendo renunciado la plaza que desempeñaba, por condescender á las instancias del gran duque de Toscana, que le nombró su catedrático estraordinario, paso á Florencia, y de aqui datan las mas crueles persecuciones del astrónomo de su siglo. Sus enemigos, ó mas bien los envidiosos de su gloria, redoblaron entonces sus esfuerzos, no solo para desconceptuarle entre el público, tratándole de visionario y de hombre quimérico, sino tambien para que apareciese como autor de proposiciones heréticas, puesto que, segun ellos, los descubrimientos de Galileo atacaban la doctrina del evangelio; acusacion infame de que en aquellos tiempos de general preocupacion é ignorancia, se valian los malvados para matar á todo genio que proclamase ideas nuevas y verdaderas. Lo que el grande hombre que nos ocupa, sufrió en oscuros calabozos, como si fuese un malhechor, estremece á los corazones sensibles, y servirá de eterno baldon á sus encarnizados perseguidores. En 1633 se declaró partidario del sistema de Copérnico, y con este motivo se desencadenó con mas furia que nunca el rabioso despecho de sus verdugos, muchos de los cuales, triste es decirlo, llevaban el nombre de ministros de un Dios de paz. Encerraron nuevamente á Galileo en un calabozo inmundo, y pretendian obligarle á que abjurase lo que ellos llamaban errores, contando ya el respetable astrónomo setenta años de edad. Conocidas son, sin embargo, las célebres palabras que pronunció despues de los horribles tormentos de la inquisicion, que queria hacerle declarar que la tierra no gira al rededor del sol: *É pure si muove!* esclamaba con el valor de la conviccion, unido á la inocencia. Salió de la cárcel, pero fué para el destierro á que le condenó el gobierno, en una aldea inmediata á Florencia, en donde, para que nada faltase á su desgracia, tuvo la de quedar ciego, esperando con la resignacion del justo, su muerte, que acaeció en 9 de enero de 1642. En aquel mismo dia nació otro de los genios mas grandes de las ciencias físicas y astronómicas,

el célebre Newton. Trasladados los restos mortales de Galileo á Florencia algun tiempo despues, se le erigió un magnífico sepulcro. En el paralelo que hace Hume entre Galileo y Bacon, vemos lo siguiente: «Si Bacon es considerado sencillamente como autor y como filósofo, aunque sea muy estimable bajo este punto de vista, es muy inferior á Galileo, su contemporáneo. Bacon demostró desde lejos el camino de la verdadera filosofía, Galileo lo recorrió por sí mismo á pasos agigantados, el ingles no poseia las matemáticas, el florentino era eminente en ellas, y fué el primero que supo aplicarlas á los esperimentos y á la filosofía natural; el primero desechó, digámoslo así, el sistema de Copérnico, el otro le robusteció con nuevas pruebas; el estilo de Bacon es duro y pesado, y si bien su ingenio es brillante en ocasiones, es poco natural y parece haber abierto el camino á las comparaciones y alegorías, que tanto distinguen á los autores ingleses; Galileo, por el contrario, tiene un estilo vivo y agradable, aunque á veces prolijo.» En efecto, el estilo del astrónomo florentino es elegante y puro, por cuya razon há llegado á servir de autoridad clásica. Galileo amaba mucho las bellas letras, y especialmente la poesía. Su carácter era sencillo, amable, y su aspecto, sobre todo en su ancianidad, inspiraba respeto y simpatía. Aunque no contrajo matrimonio, dejó tres hijos naturales. Hé aquí los títulos de sus obras mas notables: *Siderius Nuncius*, que comprende la historia de sus descubrimientos astronómicos.—*El Sagitario, en el cual con balanza justa y fina se pesan las cosas contenidas, etc.—Cuatro diálogos sobre los dos grandes sistemas del mundo toloméico y copernicano.—Sistema Cosmicum.—Epistolæ tres de conciliatione sacræ scripturæ cum sistemate telluris mobilis, quarum duæ posteriores nunc primum curâ M. Nevræi produnt.—Consideraciones acerca del Tasso.—Cartas inéditas de hombres ilustres.—Tratado de fortificacion y de arquitectura*, este se conserva manuscrito en la biblioteca Ricardiana, cuyo catálogo publicó J. Lami.

GALINDEZ DE CARVAJAL (Lorenzo). Nació en el año de 1472 en la ciudad de Plasencia (Estremadura). Entre los jurisconsultos é historiadores que honran á nuestra patria, figura el hombre célebre que va á ocuparnos. En sus estudios se distinguió tanto por su aplicacion, como por el aprovechamiento, y así que concluyó la carrera, se recibió de doctor en Salamanca, siendo el primero á cuyo cargo estuvo la cátedra de derecho que por entonces se estableció en aquella universidad, y que desempeñó Galindez con general aplauso. Atendiendo á sus vastos conocimientos, erudicion y genio, los reyes católicos le llamaron á la corte, y fué sucesivamente miembro del Consejo de Estado y presidente. Despues del breve reinado de Felipe de Austria, fué el primero que aconsejó la necesidad y conveniencia de encargar el gobierno de Castilla á Fernando, por incapacidad de la reina Juana, viuda de aquel príncipe. Su dictámen fué aprobado en el consejo, y toda la nobleza de España se adhirió igualmente á él. Fernando le honró con su confianza, llamándole muchas veces á trabajar de concierto con él en negocios de pública utilidad. A la muerte de este monarca, acaecida en 1516, Galindez abandonó la corte y se retiró á Burgos, no obstante las instancias del cardenal Cisneros para que permaneciese en ella, y en la citada ciudad murió en 1532. Los escritores que han sucedido á Galindez se han valido á menudo de las obras de este, cuyos títulos son los que siguen: *Memorial ó registro breve de los lugares donde el rey y reina católicos, nuestros señores, que hayan gloria, estuvieron cada año, desde el de 1463 hasta que Dios los llevó.—Historia de lo sucedido despues de la muerte del rey don Fernando.—Anotaciones sobre la his-*

toria de España. — Genealogía de los Carvajales. — Adiciones á los varones ilustres de Fernando Perez de Guzman; con una *Historia de Juan II, rey de Castilla.—Anales de los Reyes Católicos.—Suma de las crónicas de los Reyes Católicos.*

GALINDO (Beatriz), llamada *la Latina*. Nació en Salamanca en 1475, de una antigua y nobilísima familia. Su peregrino talento se manifestó de una manera admirable desde la corta edad de nueve años, en la cual lejos de entregarse á los juegos propios de la edad y á las labores de su sexo, no tenia otro placer que la lectura, mostrando particular inclinacion á las bellas letras y á las ciencias. Dióla lecciones de latin un tio suyo, persona de vasta instruccion, quien puso especial esmero en los adelantos de una jóven que tanto prometia. A los diez y seis años era ya la Galindo pasmo de los sábios de Salamanca, y se la consideraba como uno de los mejores latinos de aquella célebre universidad, en que los habia sobresalientes. Los mas entendidos humanistas se sorprendian al oirla esplicar con asombrosa facilidad los pasajes mas oscuros de los clásicos latinos, cuya lengua hablaba con la misma pureza y elegancia que el idioma de Castilla. Tal fué el orígen del sobrenombre que la ha conservado la historia. No era menor la perfeccion con que poseia la ciencia filosófica; y agregando á estos conocimientos algunos otros, fué mirada como un prodigio de sabiduría. Llegó á oidos de Isabel la Católica la fama de la ilustre salmantina; y como amante del genio, mandó que se la presentasen. En efecto, en la audiencia en que *la latina* fué recibida, aquella gran princesa quedó tan prendada de su ilustracion, que la nombró su camarista, depositando en ella toda la confianza. La misma reina, en prueba de aprecio, la casó con uno de los caballeros mas cumplidos de su corte, don Francisco Ramirez, secretario de Fernando V. A los treinta y cinco años de edad quedó viuda y en posesion de un caudal inmenso, como única heredera de su padre y de su esposo; y deseando dedicarse enteramente al estudio, obtuvo de la reina el permiso de retirarse de la corte. Renunciando al fausto y lujo cortesanos, supo dar digno empleo á sus riquezas, satisfaciendo de este modo una imperiosa necesidad de su corazon filantrópico y virtuoso, fundando en 1506 en Madrid, un hospital que se ha conservado con el hombre de *Hospital de la Latina* y varias casas de religiosas. Una de estas estaba principalmente destinada á la educacion de las señoritas pobres; y ella misma desempeñó durante el resto de su vida la piadosa direccion del establecimiento. Por último, despues de haber sido siempre modelo de costumbres, y gloria y honor de su sexo, murió en Madrid á 25 de noviembre de 1535. No ha llegado á nuestros dias ninguna de sus obras, y aun se ignora si fueron impresas, pero consta que escribió unas *Sábias Notas* acerca de los antiguos, unos *Comentarios sobre Aristóteles* y varias *Poesías latinas*.

GALVAM (Antonio). Nació en Lisboa en 1503, y fué hijo natural del historiador portugues, Duarte Galvam, que descendia de una familia noble del reino lusitano. Luego que concluyó sus estudios, emprendió la carrera de las armas, y en 1527 se embarcó para las Indias. Su valor y sus conocimientos, así como tambien su humanidad, brillaron en cuantas acciones se halló contra los insurgentes naturales de aquel pais; y á su mérito debió el que el virey don Nuño de Cuna le nombrase gobernador de las Molucas, cuyos habitantes se habian rebelado contra la dominacion portuguesa. Ciento cincuenta hombres era toda la fuerza con que Galvam salió de Goa en 1528; pero poseia bastante bien la lengua del pais, se hallaba naturalmente dotado de persuasiva elocuencia, y esto le sirvió mucho para tratar con los indios.

Su conducta afable, humana y política, le conquistó muy pronto el afecto de varios pueblos indígenas, que al fin se declararon de su partido; de esta suerte llegó á reunir bajo sus órdenes unos quinientos ó seiscientos hombres. El número reunido por los jefes ó reyes de aquellas comarcas, ascendia á dos mil, pero el portugues los derrotó completamente, enviando luego á su soberano los despojos y coronas de los reyes que no habian querido someterse. Llegó á ser tal el crédito que adquirió Galvam, que su ejército y los pueblos aliados pretendieron proclamarle rey de aquellas tierras; pero el valeroso capitan prefirió al poder y á las riquezas conservarse leal á su príncipe y á su patria, contentándose con valerse de la misma confianza que inspiraba para aconsejar la tranquilidad y fomentar la dicha de sus gobernados. Aquellos mares estaban infestados de corsarios, y Galvam salió en persona á combatirlos, aparejando al efecto dos buques que el mismo mandó, como inteligente marino. Los reyes de Moro, Java, Banda y Amboina, tuvieron la osadía de declararle la guerra y salir á su encuentro, pero una sola batalla fué suficiente para acabar con sus ejércitos, obligando á aquellos á prestar homenaje al monarca lusitano; con lo cual quedaron destruidas las intentonas de los enemigos y asegurada la tranquilidad del gobierno que dirigia Galvam. Hé aquí cómo se espresa un escritor al hablar de la propagacion de la fe en las Molucas, por el valeroso capitan: «Es digno de admiracion ver á un general tan intrépido al frente de sus tropas, con un crucifijo en la mano, predicar públicamente el Evangelio y convertir un gran número de idólatras, entre los cuales se contaron dos reyes con todas sus familias.» No se limitaba á la predicacion el cristiano celo y ardiente caridad del buen portugues, mandó, ademas, destruir varias pagodas, á fin de que no quedasen restos del culto gentil, y edificar en los mismos sitios capillas, empleando en estas obras mas de setenta mil cruzados. Contribuyó tambien á civilizar aquellas regiones, con el establecimiento de un seminario en las costas de Java, para instruccion de los hijos de ingleses. Finalmente, sus hechos le merecieron el dictado de *Apóstol de las Molucas*. En efecto, Galvam era dechado de todas las virtudes; y trataba con las mismas consideraciones y con ley igual á los indios que á sus compatriotas. y así logró que todos le amasen y respetasen, no ya solo como á una autoridad justa y popular, sino como á un buen padre. En cierta ocasion emprendió un viaje á Ternata; y un pueblo inmenso salió á recibirle, saludándole con grandes aclamaciones de júbilo y entusiasmo, y lo que es mas, dándole el titulo de monarca. Entonces conoció Galvam lo que puede una recta y sábia administracion; pues los mismos que se empeñaban en proclamarle rey, se habian rebelado antes contra el yugo de Portugal, sin duda por desafueros cometidos por las autoridades que le habian precedido en el gobierno de las Molucas. Para mas obligarle los agradecidos naturales del pais, enviáronle diputados elegidos entre los indios de mas influencia y representacion, quienes hicieron cuanto estuvo de su parte para que Galvam aceptase el título supremo que le ofrecian. Pero fueron inútiles sus esfuerzos; hombres del temple de Galvam jamas faltan á lo que deben á su lealtad; la traicion solo es digna de esos ignorantes y ciegos ambiciosos, que sin títulos para elevarse, todo lo confian á la osadía y á sus intrigas. Rehusó, pues, la corona, pero no sin esposicion hasta de su propia vida, porque el pueblo queria que la aceptase por fuerza, como siglos antes habia sucedido en España con el ilustre Wamba. En 1540 regresó á Europa, dejando en los dominios que habia gobernado los mas gratos recuerdos. Cuando Galvam esperaba que su rey le premiaria al menos con su amor los inapreciables servicios que acababa de prestarle en tan lejanos climas,

se encontró con que la calumnia y la perfidia habian conspirado contra su reputacion sin mancilla. Los tesoros que Galvam habia enviado á su soberano Juan III, que á la sazon reinaba en Portugal, y los paises conquistados para él mismo, bien merecian diferente acogida de la que le hizo aquel monarca. No solo recibió al héroe con la mayor frialdad, sino que le desterró para siempre de la corte. ¡Insigne ejemplo de régia ingratitud, que por desgracia es demasiado frecuente en la historia! El infeliz Galvam, el apóstol celoso y humanitario de su religion, el militar intrépido, aquel mismo hombre que habia despreciado las riquezas de Oriente y rehusado dos coronas, se vió reducido al estado mas miserable, y por último, tuvo que acudir al hospital de Lisboa, en donde terminó sus dias el 11 de marzo de 1557. Dice Faria de Sousa en su *Aria portuguesa*, que la fama de Galvam durará tanto como el mundo, porque ni los reyes débiles, ni los malos ministros, ni la ciega fortuna, ni los siglos de ignorancia, podrán destruir una reputacion tan dignamente merecida; las mismas palabras del citado escritor, sirvieron de epitafio al sepulcro del héroe portugues. No menos justas son las alabanzas de los historiadores Couto y Freire. El que desee mas detalles acerca de los hechos de Galvam, puede consultar las *Décadas portuguesas* de Barros. No era Galvam uno de esos militares que ahora se usan, es decir, generalmente legos en punto á instruccion, llegando á tal estremo este descuido, que el que desea legar sus hechos á la posteridad (¡deseo muy comun en los que menos valen!) tienen que encargar sus biografías á amigos poco escrupulosos en eso de derramar incienso. Galvam, por el contrario, era hombre versadísimo en ciencias sagradas y profanas, y tenia profundos conocimientos en el arte militar y la náutica. Consérvase de él una obra titulada: *Tratado sobre los diferentes caminos por donde antiguamente se iba á las Indias, y de los descubrimientos antiguos y modernos hasta 1550*; obra tan importante como curiosa, escrita con método, y que revela el saber y erudicion de su autor. La *Historia de las Molucas*, que comprendia diez libros, y tambien escrita por Galvam, se ha perdido.

GALVANI (Luis). Nació en Bolonia á 9 de setiembre de 1737. Fué buen médico y célebre físico. Desde su infancia mostró particular inclinacion al estudio de las ciencias exactas; y ya para cultivarlas con mas constancia, ya tambien llevado de su amor á la religion católica, determinó retirarse del mundo, encerrándose en un cláustro para observar la vida monástica. Pero influyeron tanto en su ánimo las súplicas de los amigos, que por fin le decidieron á seguir la profesion de médico, sin abandonar por esto el estudio de la teología. La fisiología y la anatomía comparada eran los dos ramos predilectos del sábio italiano, y en esta última particularmente hizo grandes progresos, por cuya razon fué nombrado profesor de ella en la universidad de su pueblo natal; ejerciendo al propio tiempo la cirujía y la obstetricia ó arte de partear, con una habilidad que demostraba profundos conocimientos y genio especial. Cuando el establecimiento de la república cisalpina, fué destituido de sus empleos, porque, no hallándose conformes sus ideas políticas con el nuevo órden de cosas, no podia prestar su boca un juramento que repugnaba á su corazon. ¡No tendrá muchos imitadores este ejemplo! Agregóse á este golpe fatal para sus intereses, la pérdida lamentable de Luisa Galeazzi, su esposa, mujer á quien amaba con delirio, y que era digna de él por sus virtudes é instruccion no muy comun en su sexo. Desde aquella época principió á menoscabarse la salud del escelente médico boloñes, quien hubo de retirarse á vivir en compañía de un hermano suyo, en cuyos brazos murió en un estado de marasmo, producido

por una voraz melancolía, en 4 de diciembre de 1798. El gobierno en aquellos últimos momentos le dió una prueba de que sabia apreciar el genio, pues decretó que, á pesar de su obstinacion en seguir las ideas políticas que siempre habia tenido, fuese repuesto en su cátedra. Los trabajos de este hombre ilustre fueron poco numerosos, pero suficientes para inmortalizar su nombre, y están consignados en las Memorias del Instituto de Ciencias de Bolonia. Hé aquí los títulos de sus obras: *De renibus atque ureteribus volatilium.—De volatilium aure.—De viribus electricitatis*, libro reimpreso aparte de las citadas Memorias, y que está en el tomo VII de las mismas. Este último tratado no consta mas que de 55 páginas; pero el descubrimiento hecho por él y consignado y esplicado claramente en tan breve espacio, llevará su nombre á la mas remota posteridad. El descubrimiento á que aludimos es el singular fenómeno llamado *Galvanismo*, y que causó grande admiracion en todos los sábios. El ilustre J. L. Alibert hizo un grande elogio de Galvani por su descubrimiento, en la introduccion al tomo 4.° de las Memorias de la Sociedad Médica de Emulacion.

GALVEZ DE MONTALTO (Luis). Nació en la ciudad de Guadalajara, en noviembre de 1549. Siguió en la universidad de Alcalá las carreras de teología y leyes, y en la misma recibió los grados de doctor en una y otra. Su amor á las bellas letras, y especialmente á la poesía, se desarrolló en 1575, con motivo de un viaje que hizo á Italia. Allí, el frecuente trato con hombres ilustrados, y la lectura de buenos autores, perfeccionaron su gusto. Se ensayó en la poesía, descubriendo á medida que trabajaba, que tenia disposiciones escelentes y particulares para este género de literatura. Así es que, á poco tiempo de regresar á España, publicó el *Pastor de Fílida*, que habia empezado en Nápoles. Varios escritores se han ocupado de este precioso libro, y todos con grande elogio. En efecto, se advierten en él una imaginacion fecunda, sentimientos delicados, pureza y elegancia de estilo. Esta obra está escrita en prosa, y amenizada con algunos versos armoniosos y llenos de imágenes que encantan. Siguió á ella el poema, en ocho cantos, titulado: *Las lágrimas de San Pedro*. El gran Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, habla muy ventajosamente de nuestro compatriota; Miguel de Cervantes no le hace menos honor, cuando en el Quijote, en el capítulo en que el cura arroja al fuego varios libros, separa y guarda con los buenos el *Pastor de Fílida* y *Las lágrimas de San Pedro*. Pero ni su mérito, ni las alabanzas de sus contemporáneos, le alcanzaron favor alguno en la corte; y hallándose ya en los cuarenta años de su edad, renunció á las musas y á la abogacía, y se hizo religioso de la órden de San Gerónimo. A poco de profesar, pasó á Sicilia y murió en Palermo en 1610. Parece que hay una traduccion suya de la *Jerusalen* del Tasso, en octavas reales. No la conocemos.

GALLARDO (Don Bartolomé José). Nació en Campanario, pueblo de Estremadura, el año de 1777, debiendo su orígen á don Juan y doña Ana, descendientes de los Gallardos de Sevilla y labradores bien acomodados. Estos, habiendo descubierto en su hijo desde un principio las mejores disposiciones para el estudio, le dedicaron á las letras en su mismo pueblo, donde aprendió las primeras y el latin, pasando luego á Salamanca á cursar la filosofía, cuando apenas contaba catorce años. Entonces, su madre (ya viuda) manifestó deseos de que el jóven Bartolomé abrazase la carrera eclesiástica; á lo que, negándose desde un principio el escolar, no quiso acceder nunca, ni aun cuando se le privó de sus asistencias para mas obligarle. Fué, pues, preciso, dejar á su albedrío el elegir la carrera que mas le acomodase, aun

la carrera que mas le acomodase, aun acertado con la que mas nombradía ni mas provecho pudiera producirle. Es decir, que se aplicó al estudio de las bellas letras y al de la filosofía, aficionándose mas tarde al de la anatomía, que leyó en la obra de Viuslou, y adquiriendo por último un tesoro de erudicion en diferentes bibliotecas. Se habia hecho ya notar Gallardo por la estension de sus conocimientos y por la travesura de su ingenio, cuando se le nombró aposentador de una division de tropas republicanas francesas, que venian de Portugal, y se le dió una comision importante que desempeñó á satisfaccion de españoles y franceses. Pero el trato frecuente con dichas tropas, así como el íntimo que tuvo luego en Bayona con el abate Aleu y otros españoles, perseguidos por sus opiniones ó, mas bien, por la inquisicion, le hicieron avanzar estraordinariamente en el campo de las ideas, hasta el estremo de que cuando regresó á Salamanca, venia hecho ya un completo enciclopedista. Y no hay que suponer por esto que perdió la aficion, como otros tantos mal llamados eruditos, á la lectura y al estudio de las buenas obras de su pais; antes por el contrario, convencido de que habia mucho y muy bueno en España, la mayor parte desconocido, se dedicó con incesante afan, de nuevo, á rebuscar libros antiguos de autores clásicos; en cuya ocupacion y en sacar de ellos preciosísimos apuntes, puede decirse que ocupó todos los dias de su dilatada existencia. Tuvo tambien en su juventud algunos pasatiempos literarios: tales nos parecen sus amores con una dama, que espresaba en bellísimos versos (á *Silvia*), y sus artículos del *Soplon del diarista de Salamanca*, que cesaron con la publicacion de aquel periódico. En 1805, deseando ver la corte, y con ánimo ademas de hacer oposicion á una plaza vacante de maestro de pajes del rey, se trasladó á Madrid: en cuyo punto, no solo obtuvo la cátedra de frances que pretendia, mas tambien la de ideologia y lógica á que se le ascendió por la junta directiva, luego que se apercibió esta de sus profundos conocimientos filosóficos. Ocurrió despues la malhadada invasion francesa, y Gallardo, como todos los buenos españoles, fué espulsado de su destino; viéndose en la precision de regresar á su pais por falta de otros medios de subsistencia. Despues de la revolucion de mayo se trasladó á Sevilla, en donde hizo conocimiento con el leal conde de Montijo, y le sirvió de secretario y de íntimo amigo. Por esta causa sufrió persecuciones de la regencia, como patriota, y como ocultador presunto de documentos de dicho Montijo. A muy poco se instalaron las cortes españolas, siendo nombrado Gallardo bibliotecario de ellas. Por este tiempo publicó don Bartolomé su famosa *Apología de los palos*, que dió á conocer é hizo justamente célebre por el chiste y travesura al licenciado Palomeque. Luego capitaneados los serviles por el padre Alvarado, presentaron batalla á los *liberales*, con un libro inmoral, inmundo y traidoramente descarado, bautizándole con el dictado de *Diccionario razonado*. En esta produccion se atacaba la gloriosa marcha de la nacion, se anatematizaban las ideas nuevas, se criticaban las Cortes, y se hacia completa rechifla del partido liberal. Todos los diputados se quejaban, lo sentia el virtuosísimo Muñoz Torrero, habia tomado la pluma el sábio Villanueva, y alentado Gallardo, y aun comprometido por un amigo, escribió el *Diccionario crítico burlesco*, que tantos desengaños y persecuciones le habia de valer, aun de los titulados liberales. Fué, pues, preso, encarcelado y perseguido y publicó su *Contestacion ó defensa*, libro de un mérito indisputable, que le valió la libertad y el poder seguir en su empleo de bibliotecario de las Cortes, á despecho de los serviles y de los afrancesados hasta la caida del sistema constitucional. Comprometido Gallardo, como el que mas por sus opiniones políticas, emigró á Inglaterra, al regre-

so de Fernando, y allí permaneció en compañía de Calatrava, Florez Estrada, Puig-Blanc, los Villanuevas y otros liberales, hasta el restablecimiento de la Constitucion en 1820, en que volvió á ocupar su destino de bibliotecario de las Cortes. En esta época, el abate Miñano publicó el folleto *Semblanzas de los diputados*, que se atribuyó á Gallardo y este desmintió en otro titulado *Carta blanca contra el negro folleto*, etc., donde no solo se sinceró, pero acabó con el encubierto abate. En toda la época constitucional se distinguió Gallardo por sus ideas liberales y atrevimiento en profesarlas, y tambien por sus amores con una dama distinguida, á quien el periódico *El Zurriago* sacó en berlina, y Gallardo como buen paladin la defendió caballerescamente y con toda finura en un folleto *(Al Zurriago zurribanda)*. Cayó el sistema constitucional en el negro año de 1823, y cayó tambien Gallardo, no solo como hombre, sino como escritor, pues su equipaje y papeles fueron pasto de los peces del Guadalquivir de Sevilla el dia de San Antonio; dia de terrible memoria para los liberales, y de gratísimos recuerdos para los serviles. Tanto desconcertó á Gallardo la pérdida de sus papeles, que no quiso emigrar, y se resignó á sufrir las persecuciones que le esperaban por sus opiniones, como las sufrió con ánimo bravío é indomable, lo mismo en Chiclana que en Sevilla, lo propio en Castro del Rio que en la imperial Toledo, siempre con altivo ceño, con estóica firmeza. Vuelve la aurora liberal el año de 1834, y aparece de nuevo don Bartolomé como bibliotecario, y en el año de 1838 como diputado; entonces «que casi se caia la casa y no habia energía para acometer» como decia él con chiste, y así continuó hasta la supresion del bibliotecario, es decir del cargo; porque no pudiendo matar honestamente al hombre se mató al cargo; y despues de tantos años los titulados liberales vengaron las ofensas inferidas á los serviles, satisficieron los deseos de los fanáticos. Desde aquella época Gallardo se retiró de la política y marchó á Toledo, á su Alberguilla, dehesa de bienes nacionales que habia comprado, y desde la cual hacia de cuando en cuando algunos viajes á Andalucía, á Valladolid y á la corte en busca de libros, empleando todo su dinero en esto y en vivir la vida dulce y apacible del campo. Su pasion favorita por los libros españoles le llevó en 1852 á Valencia, á donde creia ver y comprar documentos curiosos, y especialmente la riquísima biblioteca de Salvá, sin rival en España y quizá en Europa, llegando en efecto á aquella capital el 14 de julio de dicho año. En la ciudad del Cid trató al señor don Pedro Salvá, á don Estanislao de Kosca Bayo, al señor Fernandez, al señor Fuster y otros literatos, con quienes conversó y vió lo mas precioso que en documentos encierra Valencia, valiéndose de la amistad de don Vicente Boix para tomar nota de cosas importantes en los archivos de la misma. Durante su permanencia en este punto estaba cerrada la biblioteca de la Universidad, y aunque el señor Melendez, sábio sacerdote, tuvo la complacencia de enseñársela, no pudo disponer del tiempo para hacer apuntaciones, teniendo que aprovecharse de la generosidad de don Pedro Salvá y de la del señor Boix, que le permitieron hacer algunas cédulas literarias. En este estado y habiendo tenido que ausentarse su buen amigo don Leon Sanchez Quintanar, sábio catedrático de patología esterna, y siéndole preciso á su íntimo amigo don Ildefonso Martinez, doctor de los baños de Bellus, el ir á cumplir con su destino, manifestó Gallardo deseos de ver la ciudad de Játiva, é hizo el viaje con este último, permaneciendo nueve dias en Bellus, y pasando luego á visitar á don Juan Carbonell á Alcoy, tanto por dar una prueba de amistad á este caballero, como por visitar la ciudad. El dia 9 de setiembre por la noche llegó á Alcoy, el 10 vió la

ciudad, el 11 comió con el señor Carbonell, y ya por la noche se sintió malo, en términos, que atacado de una intermitente perniciosa cerebral, espiró el 14 de setiembre á las 6 y 10 minutos de la tarde de 1852. La historia de sus últimos momentos es curiosa, pero no del caso. Ahora bien; no dejarémos de insertar aquí algunos apuntes sobre el carácter y varias particularidades de don José Bartolomé Gallardo, que nos ha remitido cierto distinguido caballero, íntimo amigo de aquel, y uno de los muy pocos hombres, con quienes el famoso literato tuvo sus mas estrechas confidencias. Lo que aquí se dice, está enteramente conforme con cuanto nosotros teniamos ya aprendido, del trato amistoso que sostuvimos con Gallardo en sus últimos años, y contribuye mucho á descubrir el por qué no le querian muchos famosos políticos y literatos, y él tampoco los tenia muy buena voluntad. Es así: «Su carácter era duro, indomable y enérgico hasta la tenacidad. Fué consecuente en sus principios políticos y filosóficos, porque estos eran producto de convicciones y reflexiones profundas, de estudios detenidos, que unidos á su carácter natural, formaron el fondo austero y de severidad catoniana en sus resultados, esto es, en su crítica. Cualquiera que reflexione, en vista de estos datos, no se admirará del carácter de virulencia, de desapiadada crítica, en que rebosan los escritos de Gallardo, porque esto era debido, de una parte á su genial, y de otra á las persecuciones que vinieron pesando sobre él desde sus primeros pasos en la república literaria. A mas de esto, si se reflexiona que entregado por una larga série de años á estudios profundos, acerca de todos los ramos del saber humano, si se atiende á que debia á su estudio tanto como á su naturaleza, bien se le podrá disculpar su inexorable crítica, su fina sátira, y la especie de orgullo con que combatia las faltas de sus adversarios. Buena prueba de esto es el folleto de las *Letras de cambio*, en que tan mal parados dejó á Burgos, á Hermosilla y al abate Lista, y tambien puede verse como muestra de su superioridad el *Criticon*, en que impugna al señor Jimenez Paton. Respecto de su energía en política, de su entusiasmo por la primera época de la revolucion española, así como de sus odios contra los pro-hombres del partido liberal, á quienes apellidó *santones*, no es de estrañar, atendido á que Gallardo conocia su vida íntima, sus cábalas políticas, y sus reprobados manejos, de los cuales habia sido frecuentemente víctima; por tanto, pues, si hablaba y motejaba con harta frecuencia su conducta, si los calificaba mas ó menos duramente, preciso es confesar, que la mayor parte de las veces era con justicia. Algo, pues, debe concederse al hombre calumniado y perseguido, algo á la persona blanco de injustos ultrajes, desde que luchó con dos clases de enemigos igualmente temibles, es decir, los *fariseos políticos y los príncipes de los sacerdotes*. Ellos, sus enemigos, unos y otros, eclesiásticos y seglares, ya que conocian su moralidad y desinteres, ya que no pudieron halagar su corazon, vencer su inteligencia, ni comprar su pluma, tomaron el empeño de calumniarle, y como no podian decir que robase dinero, quien siempre le habia despreciado, se valieron de su manía por los libros, de su ceguedad por adquirirlos, de su *libropesía*, para decir que robaba libros, y que por eso sabia mas, mucho mas que otros, mientras de otra parte se procuraba pintarle como conocedor de pórtadas y no de profundos conocimientos, como hombre erudito, memorioso, pero no de ingenio: cuando la *Apología de los palos*, las *Letras de cambio* y los *Criticones*, le ponen como el primero y mas chistoso de nuestros autores prosistas modernos. Pero dejemos algo á la envidia, que sin ella no valdria Gallardo lo que valdrá andando el tiempo y perdidas las pasiones ruines que ofuscan la verdad del justo criterio.

Gallardo era frugalísimo; se mantenia con pocas onzas de alimento, es á saber: un vaso de leche por la mañana, un cocidito al medio dia, y un vaso de té con leche ó chocolate á la noche, sin que en estas tres comidas llegase á consumir un panecillo. Su vestir era modesto, y aun raro, un pantalon de la estacion, una chaquetita de terciopelo en verano, una zamarra de felpa en invierno; su capotita y un sombrero calañes á la cordobesa, ribeteado de charol y sin borlas, su magnífico baston de espino, su cuchillo de bolsillo, y una cartera con lapiz y plumas, para hacer estractos y cédulas literarias; hé aquí todo el ajuar del literato Gallardo. Sus obras literarias son varias, y tan poco conocídas y difíciles de encontrar, que muchos tenidos por literatos de tumbo y rumbo las ignoran. En todas ellas rebosa la sal ática, la sátira picante y la hermosura de la lengua castellana, como el primero y mas acabado de nuestros lengüistas, pues era don Bartolomé, el *tutor de la lengua castellana* (1), como oportunamente le apellidaba un sábio catedrático madrileño. Jamas consintió que se le retratase, y aunque en sus últimos años pensó en ello, no tuvo efecto su pensamiento, que era: ser retratado con un gaban de mangas perdidas ó montecristo, con un libro en la mano: y en una de sus hojas estos versos de Juvenal, que representan al vivo el carácter literario y político de Gallardo, que supo conocerse en dichos versos:

Acer, indomitus, libertatisque magister.

Sus obras son: *El soplon del diarista de Salamanca.—Higiene de Presavin. Conexion de la medicina y ciencias auxiliares. — Polémica con García Suelto.—Apología de los palos.—Diccionario crítico-burlesco.—Defensa del Diccionario.—Carta blanca.—Al zurriago zurribanda. — Cuatro palmetazos á los gaceteros de Bayona.—Letras de cambio.— Criticon. —Artículos de sordo-mudez.—Blanca flor.—A Zelinda.—Consejos á Felix sobre la predicacion.—Crítica del diccionario de Cean Bermudez.—El rimado de Palacio.— Teoría del asonante.—Zapatazo á Zapatilla.—Paz, órden y justicia.—Biblioteca de Cortes, etc.*, que entre todo podrán formar unos cuatro tomos, que fuera de desear se reimprimiesen, para beneficio y honra de la lengua castellana.

(1) Sin embargo, la *limpia, fija* y *esplendorosa* Academia española no tuvo por conveniente jamas admitir en su seno á este erudito y escelente filólogo.

GALLEGO (don Juan Nicasio), uno de nuestros primeros literatos del siglo anterior, y por consiguiente acérrimo defensor de los principios de Horacio y de Boileau, ó como si digéramos, del clasicismo puro, nació en Zamora á fines del año de 1777. Habia á la sazon en esta ciudad un tal Pelaez, buen profesor de latinidad y humanidades; bajo cuya direccion y cuando estuvo dispuesto para ello, emprendió Gallego estos estudios, que concluyó á la edad de trece años. Trasladado luego á Salamanca, cursó en aquella célebre universidad la filosofía, y los derechos civil y canónico, dando por terminados todos estos estudios el año de 1800. No era, sin embargo, la contemplacion de aquellas ciencias lo que mas abstraia el ánimo del jóven escolar, ni su estudio, al que se dedicaba con mas ahinco fuera de las horas de cátedra; encantado de las bellezas de Horacio y de Virgilio, solo con estos autores tenia don Juan Nicasio frecuente é íntimo trato. Verdad es que, hasta el momento de llegar á sus manos el *Parnaso Español* de don Juan Sedano, no habia visto nuestro poeta en ciernes, mas obras literarias que la Eneida y la Iliada, ni creia, por lo tanto, que hubiese otra poesía en el mundo, fuera de la de los antiguos romanos. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que, á la lectura de dicho Parnaso, á la que se aficionó estraordinariamente, se siguió luego la de los poetas modernos Iglesias y Melendez, al segun-

do de los cuales trató y admiró despues en Zamora; no ocupándose Gallego ya tanto, en adelante, de Horacio ni de Virgilio, á pesar del afecto y veneracion que siempre les tuvo. Estaba dotado don Juan Nicasio de una imaginacion ardiente, de un oido delicado y sensible á la armonía de la buena versificacion; y si á estas cualidades naturales se añaden los buenos modelos que se propuso imitar, y el afan y empeño con que lo hizo, dejará de parecer estraño que algunas de sus varias composiciones se hayan podido confundir con las de nuestros mejores autores de los siglos XVII y XVIII. Efectivamente, las hay, como una que se insertó en el *Memorial literario* de los años 1805 al 1808, que consiste en unas endechas y pricipia:

Pobre lira mia,
Que entre yerba y flores
Dulce son de amores
Modulaste un dia, etc.

parecida enteramente á las de Figueroa. Sin embargo, la aficion y el gusto con que se dedicó Gallego al estudio de la bella literatura, no fueron tales que le impidiesen seguir sus estudios serios, tomar todos sus grados y, terminada su carrera, recibir las sagradas órdenes, despues de lo cual se trasladó á la corte. Ya aquí, hizo oposicion á una capellanía de honor de S. M. en mayo de 1805, y en octubre de dicho año alcanzó de la misma real persona, que le nombrase director eclesiástico de su casa de pajes; cuyo empleo sirvió hasta 1808, ó época de la invasiòn francesa. Poco antes, esto es, en 1807, habia escrito Gallego una *Oda á Buenos-Aires*, por la defensa que hicieron de esta ciudad los españoles contra los ingleses; siendo esta la primera composicion donde se dió á conocer nuestro personaje como poeta de felices disposiciones, y algo mas que de mediano ingenio. Al año siguiente salió á luz su famosa *Elegía al 2 de mayo;* elegía que, aun cuando merezca la celebridad y fama que ha acarreado á su autor, no faltan críticos que la consideren en un todo opuesta á los principios profesados por el enemigo mas ardiente del romanticismo. Dicen los críticos, que no es fácil encontrar el tipo de esta composicion en la poesía clásica latina y española; que falta la templanza en la entonacion recomendada por el crítico frances, y propia segun los preceptistas del abatimiento que ocasionan el dolor y el infortunio; que tiene casi siempre la vehemencia de una oda, y hay en ella trozos dramáticos de que tal vez no se hallará ejemplo en la antigua literatura; y por último, que en nada se parece esta elegía á las de Ovidio ni á las de Tibulo, ni á la de Herrera y Melendez. Tambien compuso este año y recitó en la Academia de San Fernando una *Oda á la influencia del entusiasmo público en las artes;* la cual sí que no sale ya del círculo clásico, tanto en el fondo como en la forma; pero, por cuanto nos da motivo para contar uno de los sucesos mas desgraciados de la vida de Gallego, insertarémos aquí el final de la última estrofa, en que figurándose el poeta ver en el Museo la imágen de Fernando VII, libre de su cautiverio y triunfante de su enemigo concluye de este modo:

¡Hechicera ilusion! Tan bello dia
Será que luzca al horizonte Ibero?
Sí: no dudeis: lo decretó el destino.
El español guerrero
Romperá rey amado tus prisiones;
Y enemigos pendones
Tenderá por alfombras al camino.
Nuevo Tirso serás: benigno el cielo
En júbilo tornando los clamores
Con que la patria fiel por tí suspira,
Mis ojos te verán; faustos loores
Daré á tu nombre... y romperé mi lira.

Este vaticinio de Gallego se cumplió al pié de la letra: volvió triunfante Fernando; pero el cantor profético fué sepultado en una cárcel, en virtud de una de las primeras resoluciones de aquel monarca. Y fué que, habiendo seguido don Juan Nicasio á la regencia,

cuando desde Madrid se trasladó á Sevilla y luego á Cádiz, y figurado en las Cortes del año 12 como uno de los diputados mas adictos al sistema liberal, se le encerró con muchos de estos en una prision, al restablecimiento del absolutismo, y fué confinado por espacio de cuatro años á una de las cartujas de Andalucía. Desde el año de 1808 hasta la conclusion de la guerra de la independencia, el vate español tuvo colgada su lira, y se ocupó solo de las infinitas y profundas cuestiones, que, en las Cortes á que perteneció, se resolvieron, si no con el mejor acierto, al menos con la mas sana intencion y el mas laudable fin; pero ya en su prision de Andalucía compuso una magnífica *Elegía á la reina Isabel*, de sabor clásico, y otra *á la muerte del duque de Fernandina*, en que su autor sigue un rumbo enteramente diverso; esta elegía es del género romántico desde el principio hasta el fin. Varios cargos y destinos honoríficos ha desempeñado don Juan Nicasio Gallego durante su vida, entre ellos el de capellan de honor de S. M. é individuo de su consejo, ademas de miembro de la Academia de la lengua y de la historia, y últimamente el de presidente de esta honrosa corporacion. Su muerte acaeció en Madrid el año de 1853.

GALLEGOS (Fernando). Nació en Salamanca, en 14 de setiembre de 1461. En el tiempo en que floreció este célebre pintor, los habia muy distinguidos en su patria, pero ninguno mejor que él, así es que, siempre mereció ocupar el primer puesto entre los mas sobresalientes. Créese que fué discípulo de Berruguete, pero en sus obras siguió mas la escuela y estilo de Alberto Durero, así es que á menudo suelen confundirse los cuadros de estos dos pintores. Las principales dotes que adornaban su génio eran, la verdad en la imitacion de la naturaleza, la belleza del colorido, la correccion del dibujo y la filosofía en la composicion. Hablando uno de los críticos mas autorizados de Gallegos, dice: «Merece grandes alabanzas la tabla que está en la capilla de San Clemente de la catedral de Salamanca, pintada por él; representa á Nuestra Señora con el niño en los brazos, y á San Andres y San Cristóbal á los lados;—y añade:—por ser del mismo estilo se le pueden atribuir otras que hay en el claustro de aquella santa iglesia, que figuran á San Miguel, la Vírgen, San Antonio y la Adoracion de los Reyes. Palomino dice que existia en este mismo claustro un escelente San Ignacio mártir y otras tablas de su mano que estaban casi perdidas; y acaso por esta razon se habrá quitado el retablo mayor de la capilla de la universidad, cuya principal pintura tambien lo era.» Murió Gallegos en su patria, á los ochenta y nueve años de edad.

GALLEGOS DE LA SERNA (Juan). Málaga fué su patria, y los reyes Felipe III y Felipe IV le nombraron médico de cámara. No poseemos noticias particulares acerca de la vida de Gallegos de la Serna, pero sus obras le han dado tal fama, que dedicamos este breve espacio para consignar los títulos que llevan, advirtiendo, sin embargo, que escribió algunas mas, de las cuales no tenemos conocimiento: *De generationis principiis omnium viventium.* —*De conservatione infantis in utero et de bono et malo pariendi modo, ac de summo natura artificio, quod servat in partu; nec non de obstetricis officio;* —*De puerorum alendi ratione et sanitate tuenda, ubi et de calculi et epilepsiæ precautione, et curatione.*—*De communi puerorum educandi ratione.* —*De naturali animarum origine invectiva adversus Danielem Sennertum.*

GAMA (Vasco de). Nació en Synis, puerto de Portugal, á principios del siglo XV. Figura en la historia como uno de los hombres mas grandes que han existido. Los biógrafos é historiadores han dejado pocos detalles acerca de la vida privada de este insigne ma-

rino, ocupándose casi esclusivamente de sus descubrimientos y de los hechos relativos á su primer viaje, y al establecimiento de los portugueses en la India. Estraño es, por cierto, este silencio en los que se dedican á esta clase de investigaciones, cuando tantos y tan abultados volúmenes, *in fólio*, suelen producir algunos eruditos muchas veces para bagatelas que á nada importante conducen. El ejemplo de Cristóbal Colon, y la noticia de los inmensos tesoros que existian á la otra parte de los mares, habia escitado en los ánimos vehementes deseos de visitar los nuevos paises, ya con el objeto de hacer mas descubrimientos, ya tambien por el afan de adquirir riquezas. El arte de la navegacion principiaba ya á hacer grandes progresos; y la seguridad con que por lo regular se pasaba del antiguo al nuevo mundo, alentaba á los espíritus mas pusilánimes. No era la nacion lusitana la menos emprendedora; al contrario, siempre sus hijos han demostrado genio especial para esta clase de empresas. Aumentóse por las causas indicadas la actividad de los portugueses, que no podian mirar con indiferencia que los españoles se aprovechasen del fruto de sus investigaciones; y así continuaron los descubrimientos de la costa de Africa, esperando pasar al continente del Sur, y penetrar en el pais de Abisinia, auxiliados por las noticias que les habian proporcionado sus relaciones con los moros. Creian los portugueses que el soberano, así como los habitantes de aquel reino, profesaban la religion cristiana, por cuyo motivo dieron al último el nombre de *Preste Juan*, no sabiendo á punto fijo dónde existian sus estados. En efecto, segun varios autores, dióse la denominacion espresada no solo al rey de Abisinia, sino tambien al gran Can de Tartaria y al gran lama del Tibet. Pedro de Covilam, que habia salido de Payva con el objeto de ir á las Indias por el mar Rojo (en 1487), confirma la existencia del rey cristiano de Abisinia, y cuando pretendia dirigirse á este pais, murió en su regreso al Cairo. El mismo Pedro de Covilam visitó á Goa, Canamor y Calicut, y recorriendo la costa de Sofala, situada en el canal de Mozambique, halló á su llegada al Cairo la relacion del viaje de Payva, que envió á Portugal acompañada de otra que comprendia todos sus descubrimientos. Atravesó por segunda vez el mar Rojo, pasó el Ormuz, y penetró en Abisinia, en donde fué detenido por espacio de mas de veinte años. Este insigne marino suministró á sus compatriotas, por sus sábios viajes, conocimientos importantísimos para navegar por el mar de las Indias, con seguridad de obtener grandes resultados, si conseguian atravesar el Sur del Continente africano. Bartolomé Diaz fué quien tuvo la gloria de descubrir este en 1486, habiéndose embarcado en Lisboa con el objeto de buscarlo. Tales fueron los motivos que impulsaron al rey don Manuel, á elegir á Vasco de Gama para la grande espedicion que se habia proyectado. Era Vasco de Gama hombre que poseia profundos conocimientos en el arte de la navegacion, genio para las mas atrevidas y difíciles empresas, prudencia suma, firmeza para el mando y para desafiar y resistir los peligros. Decidida, pues, la espedicion, hízose á la vela este célebre marino en 8 de junio de 1497 en direccion á las islas de Cabo Verde; y habiéndolas doblado, siguió el rumbo hácia el Sur, y abordó en la bahía de Santa Elena, situada en la costa occidental de Africa, cerca del norte del cabo de Buena Esperanza. En 16 de noviembre salió de dicha bahía, y en dos dias llegó á la estremidad del Africa. Corrió inminentes peligros, adelantándose al Este á causa de los impetuosos vientos del Sudoeste. La tripulacion de los tres navíos de que constaba la flota, se componia de ciento sesenta hombres, y á pesar del valor que todos ellos manifestaron en aquel terrible trance, llegó un momento de temor, en que quisieron obligar al intrépido marino á que desistiese de su arries-

gada empresa. Este no solo supo resistir á las amenazas, sino que revistiéndose de todo su ánimo y superioridad, logró sosegar á su gente, y aun infundirla aliento para proseguir el viaje, desafiando las iras de los elementos desencadenados contra ellos. Vasco enderezó la ruta hácia el Este, á lo largo de la costa meridional del Africa, tocó en la bahía de San Blas, y en 17 de diciembre llegó á la roca de la Cruz, punto en que habian concluido los descubrimientos de Diaz. Por allí, pues, penetraron los portugueses por primera vez en el mar de la India. Pretendia Vasco de Gama buscar los paises visitados por Covilam, y no perdiendo de vista la tierra, subió hácia el norte, pasó el cabo de las Corrientes, la costa de Sofala y aun la ciudad de este nombre, recorrió las cercanías de la de Mozambique, habitada por moros ó mahometanos que obedecian á un rey de su secta. Como estos habitantes tuviesen gran comercio con la India, recibieron á los viajeros con muchas demostraciones de alegría, persuadidos de que iban á establecer algun tráfico con ellos; pero al saber que profesaban la religion cristiana, y que no los conducia á tan remotos climas ninguna empresa comercial, empezaron á tenderles lazos; y sin duda hubiera tenido allí trágico desenlace la espedicion, á no conocer Gama los muchos peligros que les cercaban, y tomar la ruta hácia el Norte. Torciendo despues el rumbo, arribó á Bombaza, capital no menos poblada y rica que Mozambique, y cuyos habitantes se proponian lo mismo que los de esta. Mas favorable acogida tuvieron en Melinda, á pesar de hallarse tambien habitada por mahometanos. Pero la esperiencia habia ya enseñado á Gama lo suficiente para fiarse de tal gente; así, pues, aunque el rey en persona visitó el buque en que estaba el navegante distinguido, y le mostró singular cordialidad, no quiso Gama aceptar la oferta de pasar á la corte, y disculpándose lo mejor que pudo, prosiguió su empresa, llegando á las costas de Malabar, y anclando delante de Calicut el dia 20 de mayo de 1498. En esta ciudad, la mas comerciante y rica de la India, residia la corte del Zamorin (que tal era el nombre de aquel soberano), quien recibió á Gama como pudiera haberlo hecho con un embajador. Habia mas cultura y mas buena fe en los habitantes de aquel reino, que en los de los otros paises visitados por los viajeros; y Gama, fundado en esto, desembarcó en persona, no obstante los ruegos y desconfianza de su hermano Pablo y de toda la tripulacion. Pero Gama estaba resuelto á visitar la corte, como, en efecto, lo verificó, recibiendo nuevas demostraciones de alegría y seguridad y en medio de la mayor pompa. Sucedió, sin embargo, lo que en Mozambique; supieron los moros que aquellos estranjeros eran cristianos, y hablando de ellos al Zamorin en términos desfavorables, pues hubo quien, ademas de la nota de cristianos, les pintó como unos piratas que llevaban siniestros designios, y de quienes habia que desconfiar. El Zamorin entró en sospechas, y sin duda hubiera ocurrido una gran desgracia, á no huir Vasco de Gama. Proyectábase no menos que asesinarle juntamente con todos sus compañeros, reduciendo al par á cenizas los buques; pero Gama, que lo supo á tiempo, adoptó las medidas de precaucion que consideró oportunas, persuadió al rey de lo ventajoso que le seria el hacer alianza con los portugueses, y no bien se vió á bordo, se hizo á la vela, pasó por la costa de Africa, dobló el cabo de Buena Esperanza en 1499, y arribó á Lisboa en setiembre del mismo año. El monarca de Portugal recibió á Vasco de Gama con tanta pompa como á un príncipe, decretó en honor suyo algunas fiestas públicas, colmóle de honores y distintivos, y le nombró almirante de las Indias. Algun tiempo despues volvió á embarcarse el célebre marino, al mando de veinte navíos, con cuyas fuerzas sometió á los príncipes de la costa oriental de Africa,

dejando establecimientos en Mozambique y en Sofala. Los moros de Calicut habian degollado algun tiempo antes á los portugueses que componian la tripulacion de Alvarez de Cabral; y con el objeto de escarmentar de una vez á aquella infame canalla, mandó pasar á cuchillo toda la tripulacion de un buque del Sultan de Egipto, apresado cerca de Mondeli. Formó despues alianza con el soberano de Canamor, y llegando á Calicut, se apoderó de todos los barcos indios y de los malabares que los tripulaban. El Zamorin, recordando los anteriores asesinatos, llenóse de temor, y creyó calmar la ira del almirante, enviándole un moro disfrazado de capuchino, para manifestarle que estaba dispuesto á hacerle la mejor acogida, que le permitiria establecer una factoría en la ciudad de Calicut; pero Gama le anunció que lo primero que exigia, era una completa satisfaccion por el asesinato de sus compatriotas y por los géneros que les habian usurpado. Creyó tambien el Zamorin que, dilatando la contestacion, engañaria á Gama, quien habiendo esperado en vano tres dias, ahorcó los prisioneros, cañoneó la ciudad, que quedó en gran parte destruida, y dejando algunos buques para bloquearla, se dirigió á Cochin, cuyo rey renovó con él el tratado hecho con Cabral, y se estableció en sus dominios. Terminada esta gloriosa espedicion, regresó á su patria Vasco de Gama con 13 navíos, y arribó á Lisboa en 20 de diciembre de 1503. En atencion á sus eminentes servicios le fué confirmado el título de almirante, se le dió el de conde de Videgueyra, y veinte años despues el nombramiento de virey de la India, siendo el primero que obtuvo esta dignidad. A poco de llegar á Cochin, murió este insigne marino, y en 1538 fué trasladado su cuerpo á Portugal, honrando Juan III sus cenizas con régia magnificencia. Varios historiadores han hablado del valiente almirante portugues, ó por mejor decir, de sus viajes y conquistas, y es bien sabido que Camoens tomó asunto de sus aventuras para las *Lusiadas*.

GANGES (Ana Elizabeth de Rossand, marquesa de). Nació en Aviñon en 1636, y es célebre por sus desgracias y trágico fin. A la corta edad de trece años contrajo matrimonio con el marques de Castellane, y presentada en la corte corrompida de Luis XIV, fué tal el efecto que causaron los atractivos de su persona, que desde entonces no la llamaban mas que la *bella provenzala*. Pero esta misma belleza fué orígen de sus desgracias. Viuda de Castellane, y hallándose aun en la flor de su juventud, contrajo nuevo enlace con el marques de Ganges, y regresó á su ciudad natal. Tenia el marques dos hermanos; hombres de mala conducta y de corazon perverso, que concibieron por Ana Elizabeth una pasion violenta, ó que mas bien se propusieron perderla atentando contra su honestidad; pues ¿qué amor podia existir en unos hombres que no solo se comunicaban sus pensamientos en este punto, sino que ademas, de comun acuerdo, proyectaron la muerte de su virtuosa cuñada? Esta resistió, en efecto, las seductoras tentativas de aquellos dos malvados, rechazándolos con la indignacion y el horror que merecian, pero ellos constantes en su infernal maquinacion, intentaron por dos veces envenenarla, hasta que por fin, vieron una conyuntura favorable á sus planes en la ausencia del marques. Hallábase un dia en su aposento la virtuosa dama, cuando entrando sus cuñados la digeron: «Es preciso morir,» y presentándola al propio tiempo un veneno, una pistola y una espada, añadieron: «Escoged.» La marquesa tomó sin vacilar el tósigo mortal, y los cobardes salieron en seguida. Ana consiguió arrojar todo el veneno, y se precipitó desde una ventana de mas de veinte piés de elevacion; allí mismo fué perseguida por sus asesinos, y allí mismo la dieron siete estocadas; pero el crímen parecia

haberles privado de fuerzas, porque la noble víctima aun sobrevivió diez y nueve dias. Los asesinos consiguieron fugarse. El Parlamento los sentenció en ausencia y rebeldía, á ser descuartizados. Los bienes del marques fueron confiscados, degradada su nobleza y él mismo condenado á perpétuo destierro. Pero una de las circunstancias que mas horrorizan en este atentado, es la complicidad de un clérigo llamado Parette, que bajo el pretesto de prestarla los auxilios de una religion santa, acudió á poco de ocurrida la catástrofe para asegurar el éxito. Este mónstruo murió poco despues en las galeras, acosado por negros y tenaces remordimientos. El interes que ofrece el crímen que acabamos de referir, ha hecho que el nombre de la marquesa de Ganges sea uno de los que figuran en las *causas célebres*. Gilbert ha pintado tambien en sus *Heroidas* este suceso, hay un drama de Mr. Boirie y Leopoldo sobre el mismo asunto, y por último, Fortiano de Urbano escribió y dió á luz la *Historia de la marquesa de Ganges*.

GANIMEDES, copero de los dioses, segun la mitología griega, era hijo de Tros, rey de Troya. Sabemos cuán poco respetaban las divinidades de la fábula la inocencia de las doncellas mortales; hemos visto cómo para arrebatarles tan precioso don tomaban diversas formas, y apelaban á los mas estraños medios; digamos ahora lo que pasó á Ganimedes, mancebo, cuya hermosura celebran todos los mitólogos, probablemente con razon, por lo que vamos á referir. Vióle el padre de los dioses en ocasion en que Hebe, encargada de servir el néctar á los habitantes del Olimpo, acababa de dar una caida poco decente á los ojos de sus señores, en el momento en que les presentaba el licor divino, y aprovechando aquella favorable coyuntura, trató de arrebatarle al cielo y tenerle á su lado de paje y escanciador, en lugar de su hija. Al efecto, transformóse en águila, bajó á la tierra rápidamente, y volvió á subir llevando sobre sus alas al gallardo mozo, á quien dió á regir el signo del Zodiaco, que llamamos Acuario, y honró ademas con el empleo que hasta entonces habia Hebe desempeñado. Tántalo, rey de Lidia, habíase apoderado ya antes de su persona por medio de una traicion, lo que motivó el arraigado ódio que griegos y troyanos se tuvieron hasta la destruccion de la ciudad de Príamo. La fábula abandona á Ganimedes en el momento en que Júpiter le toma bajo su proteccion, lo que ha hecho creer á algunos mitólogos que sus últimas aventuras no son para referidas.

GARCIA DE PAREDES (don Diego). Nació en la ciudad de Trujillo, (Estremadura) en mayo de 1466, de familia distinguida. Habiendo entrado en la carrera militar, cuando escasamente contaba catorce años de edad, hizo su primera campaña contra los portugueses, siendo admirado por su estraordinario valor. A los diez y ocho años sobresalia entre los hombres de mas talla por su elevada estatura; su continente era marcial; su fisonomía denotaba prodigiosa energía; sus ojos la actividad de su alma; y así por estas circunstancias como por su fuerza pasmosa, recordaba aquellos héroes tan celebrados entre los griegos. Asegúrase que aun era muy jóven cuando con una sola mano detuvo una rueda de molino en su mas rápido movimiento, y se añade, que este vigor jigantesco solia causarle una especie de fiebre ardiente, durante la cual su fuerza parecia multiplicarse, y destrozaba cuanto se le ponia por delante, habiendo llegado en varias ocasiones al estremo de maltratarse á sí propio. Siguió á su padre en 1485, á la guerra de Granada, y fué uno de los que mas se distinguieron en los sitios de Baeza y Velez Málaga, por el rey Fernando. Grandes hechos debió admirar en Paredes, un monarca tan entendido como este en

las cosas de guerra, cuando por su propia mano le armó caballero, y le confió empresas que ofrecian considerables riesgos. Terminada la guerra de Granada, con tan glorioso resultado para las armas cristianas, regresó García á Trujillo, en donde recibió la triste nueva del fallecimiento de su padre; y así por esta causa, como porque odiaba la holganza, determinó pasar á Italia. Intentaron sus parientes oponerse á su proyecto, aconsejándole que se quedase á cuidar de sus intereses; mas viendo que su resolucion era invencible, le escondieron el caballo y las armas. Entonces Paredes tomó las de un primo suyo, y salió de la ciudad. Sus obstinados parientes enviaron algunos hombres armados para que le detuviesen; estos lograron alcanzarle á pocas leguas de Trujillo, y como trataran de obligarle á la fuerza, tuvo que habérselas con todos ellos, dos de los cuales quedaron muertos y uno herido de gravedad; los demas huyeron presurosamente, temerosos de igual suerte. Ocupaba á la sazon el solio pontificio, Alejandro VI, pariente de nuestro Diego de Paredes, y recibiendo á este, cuando se le presentó en Roma, con el mayor júbilo, le nombró al punto oficial de su guardia. Noticiosos algunos romanos de la estraordinaria fuerza del atleta español, quisieron probarla, pero pronto vieron lo peligroso que era el provocarle á ello. Pasaba en aquella capital una vida poco menos ociosa que la hubiera pasado en su ciudad natal, porque para él no habia mas distracciones que el ejercicio de las armas, y entonces no habia ocasion para dedicarse á él. La ocasion, sin embargo, no tardó en presentarse con motivo de haberse rebelado los Orsinos ó Ursinos, enemigos de los Borjas, contra Alejandro VI. Este pontífice nombró capitan á García, quien por su parte correspondió derrotando en varias ocasiones á los enemigos, los cuales se vieron precisados á encerrarse en Monte Fiascone. Encargado de apoderarse de este punto, y viendo la resistencia que los sitiados le oponian, mandó formar una escala de picas y escudos, á falta de objetos necesarios, y subió por ella hasta la almena. Resistiéronle mucho tambien los soldados que la defendian, pero al fin logró arrojarlos derrotando á cuantos le disputaban el paso. En seguida baja á la ciudad, arranca con sus propias manos los cerrojos y cadenas de la puerta principal, ábrela para que las tropas de Su Santidad tengan entrada franca, y efectivamente, estas penetran, se apoderan de la ciudad, y hacen numerosos prisioneros. Sitiaban entonces á Ostia los españoles, y García acudió presuroso á unirse á ellos. Defendia la plaza el valiente Guerri, pero nuestro don Diego se presentó en la brecha, teniendo la gloria de ser el primero, y despues de poner en fuga á los enemigos, gritó: «Seguidme, españoles, yo os abriré el camino de la victoria.» Todos obedecieron al intrépido capitan, y Ostia fué tomada por asalto en menos de dos horas. La tregua que hubo poco despues, permitió á Paredes volver á España; pero tornóse á encender la guerra por haber Luis XII renovado las pretensiones de su antecesor á la corona de Nápoles; Gonzalo de Córdoba fué el jefe del ejército que Fernando reunió en el puerto de Palos para la conquista de aquel reino. El Gran Capitan, antiguo compañero de armas y amigo del héroe estremeño, le confió en esta espedicion el mando de las tropas que debian, de órden del monarca español, ir en socorro de los venecianos, que á la sazon sitiaban á Cefalonia, bajo las órdenes del general Pésaro. No tardó este en conocer lo que valia Paredes, cuyo arrojo y serenidad no se detenian ante ninguna empresa, por difícil y arriesgada que fuese. Los enemigos, ya que no lograban vencerle frente á frente, trataron de conseguirlo preparándole varias emboscadas; pero todo en vano, porque la prudencia de Paredes igualaba á su esfuerzo, y sabia lo mismo despreciar los peligros, que

evitarlos cuando la conveniencia se lo aconsejaba. Pero en cierta ocasion en que, como siempre, se hallaba peleando á la cabeza de los mas valientes, consiguieron los sitiados apresarle con unos garfios y subirle á la muralla. García conservó su espada y su escudo, y logrando por medio de un esfuerzo atlético desasirse de sus enemigos, combatió contra una multitud de turcos por espacio de un dia entero, sin que pudieran rendirle. Al cabo tuvo que ceder al cansancio, y desangrado por las muchas heridas que habia recibido, cayó en tierra casi sin vida. Los turcos entonces le cargaron de cadenas, y le encerraron en una torre, adoptando grandes precauciones para que no se les fuese de las manos tan rica presa. Así permaneció Paredes durante algun tiempo, sin intentar su evasion, porque aun no tenia fuerzas suficientes para sostener un combate tan porfiado y desigual como el anterior; mas no bien se vió curado de sus heridas, y contando con sus antiguas fuerzas, rompió la cadena que sujetaba sus bríos, en el momento mismo en que el general Pésaro daba el último asalto á la plaza. Baja de la torre, apodérase de las armas de un centinela, sale de la cárcel, y atravesando por en medio de una multitud de enemigos que le perseguian por las calles, contribuyó poderosamente al buen resultado del sitio. En 1501 pasó al servicio de César Borgia, hijo del papa, y en breve tiempo arrebató á los Ursinos las plazas de Jofara y de Faenza, distinguiéndose así por sus sentimientos humanos como por su intrepidez. Queria el inexorable duque degollar á todos los habitantes de la última de las plazas citadas, pero Paredes se opuso á ello diciéndole: «No aguardeis para esto el socorro de mi brazo; yo he venido aquí como soldado, no como asesino, y un soldado no ensangrienta jamas la victoria.» Conmovido el duque al oir estas palabras, perdonó á los vencidos; despues de lo cual Paredes pasó á unirse á Gonzalo de Córdoba que habia ya invadido el reino de Nápoles. Confióle el Gran Capitan el mando de tres mil hombres para practicar un reconocimiento, y él hizo mas todavía, que fué quitar á los franceses los castillos de Cosenza y de Manfredonia. Con no menos bizarría se condujo en el sitio de Canosa; sus enemigos, llenos de terror, tuvieron que encerrarse dos veces en sus trincheras; por fin la plaza cayó en poder de los españoles. Los franceses quisieron recobrarla, y señalar el principio del sitio con un hecho brillante. Al efecto provocaron un reto digno del espíritu caballeresco que todavía reinaba en España y Francia, invitando á los españoles á que eligiesen once de los suyos para pelear con igual número de franceses. El guante fué recogido. Hallábase entonces Paredes postrado en cama, por las muchas heridas que habia recibido en los últimos combates; pero al tener noticia de lo que se trataba, y sin atender á los consejos de sus compañeros y jefes que le veian muy débil aun, abandona el lecho, y pide que se le cuente en el número de los campeones. Verificóse el desafío, y don Diego se vió obligado á resistir á menudo el choque de tres de sus mas valerososos adversarios; pero habiendo durado seis horas el combate, los jueces declararon que la victoria habia quedado indecisa, y dieron por terminada la lucha. Don Diego tenia casi todas sus armas, inclusa la espada, rotas, y aun así se empeñaba en proseguir el duelo hasta vencer ó morir, pero hubo de obedecer las órdenes de Gonzalo de Córdoba. En seguida tomó á Rufo, y se halló en las batallas de Seminara y de Cerinola en 1503, ganando esta última plaza por asalto. Referirémos un hecho particular ocurrido en el sitio de Cerinola, que prueba la nobleza de alma del héroe español. Mandaba á los sitiados Pedro de Aramburе, quien habia tenido que retirarse al castillo; y no restándole esperanza de salvacion, pidió á García un salvo conducto para salir con su gente. Pare-

des, confiado en que aquel procedia de buena fe, dióle el documento que solicitaba, y, ademas, pasó á visitarle sin mas compañía que tres oficiales; cenó con él amigablemente, y aun se retiró despues á dormir en la habitacion que le tenian dispuesta. ¡Cuán engañado se vió en su confianza! Los franceses juzgaron que aquella era buena ocasion para reconquistar la plaza, sin mas que apoderarse del bravo militar español, y acordaron sorprenderle en la cama. Cuando reinaba el mayor silencio, penetraron algunos traidores en el cuarto de García, con paso tan cauteloso, que bien delicado oido habia de ser el que lo percibiese. Pero dió la casualidad de que despertase Paredes, y casi adivinando mas que conociendo la traicion, porque apenas movian ruido los cobardes, salta del lecho, toma la espada, y arrojándose sobre ellos, los hizo huir vergonzosamente. Los españoles, á quienes aquella noche estaba confiada la guarda del castillo, acudieron al ruido, y enterados de la causa que lo habia motivado, quisieron que se ahorcase á los culpables.—«No, respondió García, han quedado vencidos y avergonzados de su conducta; despreciemos, pues, una vil venganza que nada añadiria á nuestra gloria; démosles otra prueba mayor de nuestra generosidad, perdonémoslos;» pronunciadas estas nobles palabras, dispuso que Arambure saliese del castillo con todos los franceses, y puso el sello á su magnífica accion escoltándolos él mismo, para que nadie les insultase. Las plazas de San Germano y de Roca Guillermo cayeron tambien en poder de García, y en el paso Garigliano determinó á Gonzalo de Córdoba á que presentase batalla al enemigo. El ejército frances se componia de treinta mil hombres, y el español solo de ocho mil; por consiguiente, y aunque Paredes se habia apoderado ya del fuerte de Rocea de Andria, que está á la derecha del Garigliano, el intentar la accion rayaba en temeridad. Gonzalo comprendia perfectamente la crítica situacion en que se hallaba, pero conocia tambien el valor y los talentos de García, quien al aconsejar la batalla, no pudo, sin embargo, disimular el peligro que amenazaba á las tropas españolas, á lo cual le contestó Gonzalo:—«García, puesto que tú no conoces el temor, no quieras hacérmelo conocer á mí por primera vez.» Picado el amor propio del valeroso estremeño con esta respuesta, trató, como dice un biógrafo, de vengarse de ella por medio de una brillante accion. En la izquierda del puente construido por el enemigo sobre el Garigliano, habia este puesto una batería, que molestaba con contínuos disparos á los españoles, y que era el principal obstáculo que impedia al Gran Capitan arriesgar la batalla. Paredes intentó apagar los fuegos de aquella batería, y sin comunicar á nadie su proyecto, se presentó solo, como un nuevo Horacio, á corta distancia del puente, desafiando desde allí en alta voz á cuantos franceses quisieran luchar con él. El enemigo miró esta heroicidad como una bravata, y por de pronto no hizo caso del reto; pero como García fuese ganando terreno, á pesar de la resistencia de las avanzadas, los franceses creyeron que aquello era un ardid de Gonzalo para conducir sus soldados y apoderarse del puente. Por lo tanto, todas las fuerzas del enemigo se dirigieron hácia aquel punto. No queria otra cosa Paredes; peleó como un Hércules, y ya retirándose, ya resistiendo á pié firme, logró atraer á los franceses hasta la mitad del puente, en donde ya la batería no podia causar daño á las tropas de Gonzalo. Entonces García, volviéndose hácia los suyos, que se hallaban á cierta distancia del puente, gritó: «¡A las armas compañeros, á las armas!» y corriendo hácia él algunos batallones, que viéndole en peligro, se habian ya puesto en marcha, se trabó un sangriento combate. La batería quedó desmontada, y al dia siguiente Gonzalo ganó la batalla. El infatigable García sometió

poco despues el distrito de Sora, y el Gran Capitan en premio de tantos servicios, le dió las tierras de Colosieta. Despues de conquistado el reino de Nápoles, regresó á España García de Paredes; siendo recibido con las mayores distinciones por los reyes católicos. El Gran Capitan era ya entonces objeto de la envidia y de la calumnia, que procuraban por todos los medios derribarle, siendo, como siempre, los que mas prisa se daban á murmurar de él los menos autorizados para juzgar sus gloriosos hechos. Hallándose un dia Paredes en un salon de la corte, observó ciertos ademanes, y oyó espresiones á algunos empleados de palacio, que le dieron á entender que aquellas gentes sospechaban de la probidad de Gonzalo. Indignado de presenciar tanta miseria y vileza el antiguo compañero de armas del Gran Capitan, acercóse á los cortesanos, y les dijo con voz terrible: —«Cualquiera que se atreva á insultar el honor sin mancha del Gran Capitan, que recoja este guante» y arrojó el suyo. El rey, que habia presenciado esta escena, se presentó, levantó el guante, y se lo devolvió á Paredes, diciendo á los palaciegos: —«Retiraos, y entended que no se debe hablar mal de quien acaba de conquistar un reino.» En seguida manifestó al bravo soldado su aprobacion por la lealtad con que habia salido en defensa de la conducta de su amigo. Deseoso García de ver á los que lo habian sido de su infancia, y á sus parientes y conocidos, pasó á Trujillo, en cuya ciudad le recibieron los habitantes con entusiastas aclamaciones. Allí contrajo matrimonio, y pasado algun tiempo, el rey quiso utilizar sus servicios, enviándole á su aliado el emperador Maximiliano, jefe de la Liga de Cambray contra Venecia. Con este motivo el héroe español se halló en los sitios de Verona y de Vicenza. Despues sirvió á Cárlos V, conquistando nuevos y gloriosos laureles, sobre todo en la célebre batalla de Pavía, en 1525. Este monarca, despues de su coronacion, le nombró caballero de la espuela de oro, última recompensa que recibió su mérito, porque cayendo del caballo, poco tiempo despues este accidente fué causa de su muerte, acaecida en 1530. El epitafio de su sepulcro fué compuesto por el cardenal Borromeo. Este insigne español se habia hallado en quince batallas y diez y siete sitios; habia tomado ocho plazas fuertes y tres ciudades; y finalmente, se señaló en otras muchas acciones de guerra; así nada tiene de estraño que á su muerte viesen todo su cuerpo cubierto de cicatrices. *La crónica del Gran Capitan*, escrita por Fernando del Pulgar, contiene curiosos detalles acerca de nuestro García de Paredes, quien escribió tambien su propia vida para instruccion de don Sancho, su hijo único, *á fin de que en todas ocasiones*, dice el título, *proceda en defensa de su patria, de su honor y de su persona, como buen español y caballero; teniendo siempre á Dios delante de sus ojos, para que le ayude en todas sus empresas.* Algunos de los hechos de este hombre célebre parecen casi fabulosos y fuera de las fuerzas humanas; pero no solo los historiadores españoles Pulgar y Vargas los refieren, sino que lo corroboran los franceses, quien, en punto á glorias de nuestra nacion, suelen guardar un silencio, cúya causa no deja de comprenderse por acá. En suma, García fué un soldado valiente, un vasallo leal, un vencedor magnánimo y generoso, y eclipsó con sus hechos estraordinarios la gloria del famoso Bayard.

GARCIA HIDALGO (José), célebre pintor español. Se ignora el año y pueblo en que nació, si bien se supone que fué en 1656, ya por los principios que tuvo en la pintura, ya tambien segun sus viajes y residencia en Madrid, Valencia y Murcia. Él mismo dejó escritas algunas noticias acerca de su vida, pero á pesar de esto no se sabe si fué valenciano ó natural de Murviedro. Hay grandes motivos para creer

que nació en Castilla, pues segun sus propias palabras, en Valencia mas que por su nombre se le conocia por *el Castellano*. El interes, como dice muy bien un crítico, con que parece se ha querido averiguar la patria y época del nacimiento de este artista, probaria por sí solo que fué un buen pintor; pero lo manifiestan mucho mas las obras que dejó de su mano. Sábese que á los catorce años de su edad le dió en Murcia lecciones de dibujo el caballero Villasis, y que despues siguió el estudio de este arte al lado de Giralte, uno y otro acreditados de inteligentes pintores. García determinó despues pasar á Roma, con el objeto de estudiar las grandes obras de la antigüedad, é instruirse con el trato de los buenos artistas de aquella capital. Realizado su viaje, tuvo por maestros á Jacinto Brandi, Pedro de Cortona, Salvador Rosa y Cárlos Marata, que prendados del genio que descubrian en el jóven español, se tomaron notable interes en sus adelantos. Pero el clima de Roma alteró la salud de nuestro compatriota, quien por esta causa se vió obligado, á pesar suyo, á regresar á España. Estuvo García en Alicante, y luego pasó á Valencia, porque allí podia estudiar las obras de los Juanes, los Ribaltas y otros insignes artistas. Distinguióse muy pronto *el Castellano*, de todos los pintores que entonces frecuentaban la academia establecida en dicha ciudad, en la cual pintó varios cuadros que le dieron fama; hasta que en 1674 se trasladó á Madrid. En este punto empezó á trabajar, poco despues de su llegada, bajo la direccion de don Juan Carreño, los cuadros del claustro de San Felipe el Real, é hizo uno para el oratorio del rey, que acabó de consolidar su reputacion. Es estraño que cuando todos los inteligentes manifestaban su aprobacion contemplando esta hermosa obra, solo don Antonio Palomino la censurase, y lo que es mas, sin razones plausibles para ello. «De aquí se originó, dice Cean Bermudez, la enemistad que habia entre los dos, y el haberse encontrado mas de una vez en lances pesados; pero García se hacia temible, porque pasaba por valiente espadachin, y de aquí dimanó tambien no haber hablado de él Palomino en las vidas que escribió de los pintores en artículos separados, sino por incidencia; tratándole con dureza y tal vez con injusticia, lo que se estraña mucho de un escritor tan pródigo en elogios de los artistas.» Lo cierto es que, á pesar del encono de Palomino, García fué pintor de gran mérito, y apelamos á sus mismas obras que son la mejor prueba. Por otra parte, el tribunal de la Inquisicion le nombró censor de las pinturas públicas, y Felipe V, pintor de cámara, condecorándole, ademas, con la cruz de la órden de San Miguel; adviértase que entonces no se prodigaban las cruces como en nuestros tiempos, en que no hay madre que no tenga algun hijo *cruzado*. La vida de San Agustin, para el claustro de San Felipe el Real en 1711, hecha en veinte y cuatro lienzos, fué obra de García; y aunque la mayor parte de ella se estropeó con el tiempo, dice el ya citado Cean Bermudez, «que algun otro cuadro de la misma, mejor conservado, publica el ingenio del autor, su inteligencia en la composicion y otras máximas del arte.» Este insigne pintor parece que siendo ya de bastante edad se retiró al convento mencionado, en donde murió y fué enterrado. En 1691 dibujó, grabó é imprimió García una cartilla de diseños y reglas para estudio de la juventud, cuya obra comprende ejemplos de varias simetrías del cuerpo humano, nociones de anatomía y de pintura, así como tambien los diferentes modos de pintar, la mezcla y composicion de las tintas, etc., con otras advertencias y noticias curiosas. Hé aquí los mejores cuadros de García: los siguientes los pintó en Valencia: Para San Juan del Hospital *La batalla de Lepanto, con varios santos en una gloria;* en un altar de dicha iglesia.—*San José*, en el retablo de la parroquia de San Andres.—En Santo

Domingo un cuadro que representa al *Santo fundador*, en el refectorio.—En el convento de las monjas de Santa Ursula, *Los cuadros de las paredes del presbiterio.*—En la Misericordia un cuadro que habia en el altar mayor.—*El Martirio del P. Fr. Diego Ortiz*, en San Agustin.—Los que citamos á continuacion fueron hechos en Madrid: *San Pascual Bailon*, en el convento de los Angeles.—En San Felipe el Real los veinte y cuatro lienzos de que anteriormente hemos hablado.—Para el convento de San Agustin de la ciudad de Santiago, pintó *al santo doctor lavando los piés á Cristo en traje de peregrino*, y á *Santo Tomas de Villanueva dando limosna á los pobres.*—Pintó tambien para el convento de monjas Carmelitas de Guadalajara, un lienzo que representaba *El Martirio de San Pedro Pascual.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

